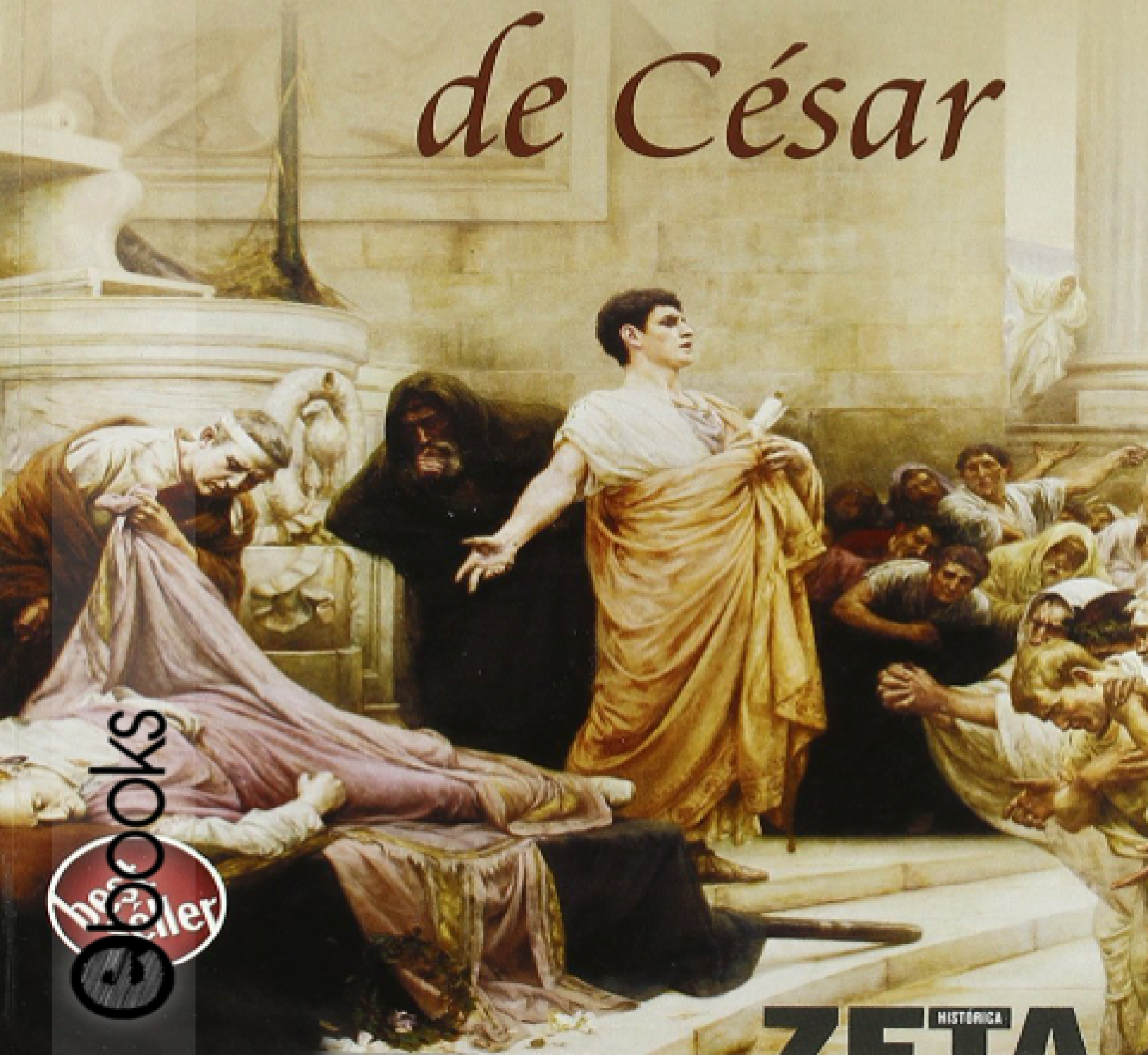


COLLEEN Autora de
EL PÁJARO ESPINO
McCULLOUGH

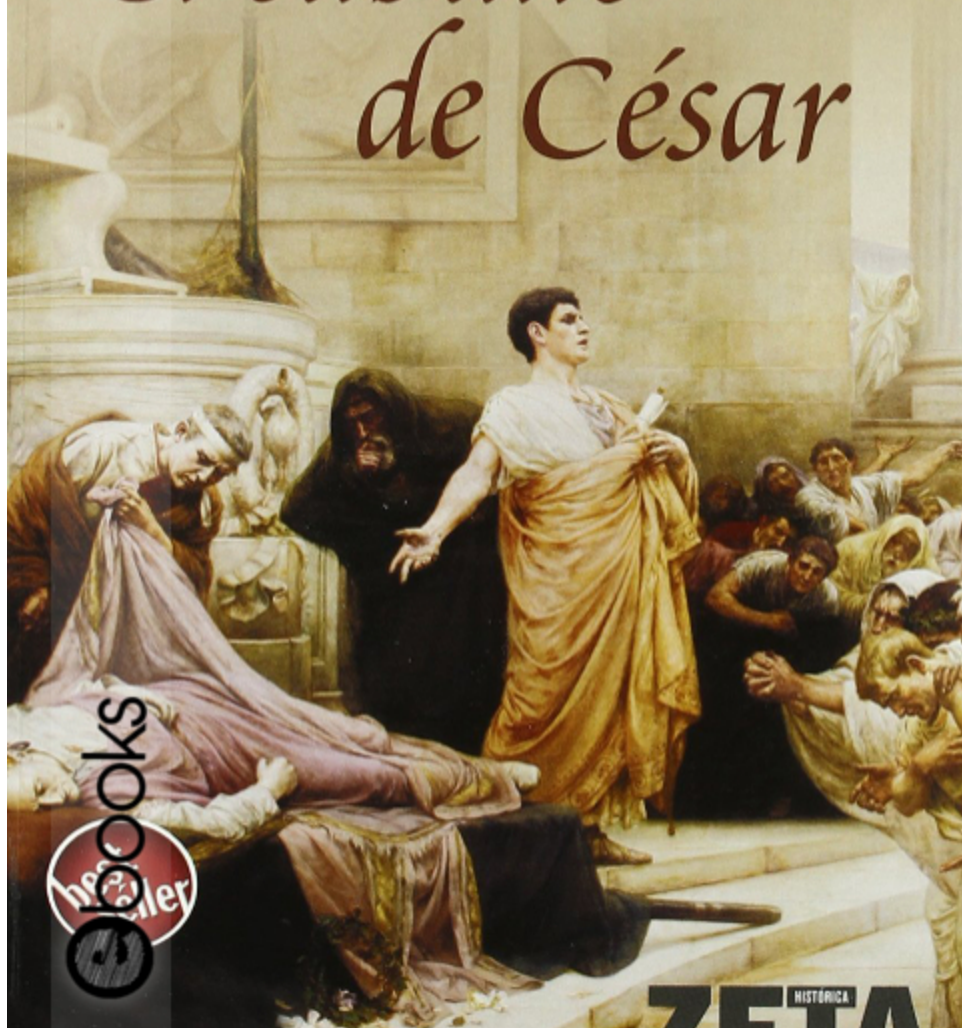
El caballo de César



ZETA HISTÓRICA

COLLEEN Autora de
EL PÁJARO ESPINO
McCULLOUGH

El caballo de César



En el apogeo de su carrera, Julio César ha sometido a sus enemigos y ensanchado el imperio hasta los confines del mundo conocido. Concentra, pues, sus energías en el bienestar de Roma y en afianzar su poder, consciente de las envidias que suscita. Muchos de los que le rodean consideran sus atribuciones de dictador como una amenaza para la República. Entre ellos, el lujurioso Marco Antonio, el resentido Cayo Casio o el virtuoso Marco Bruto. Todos en deuda con César, al que odian en secreto. Sin heredero legítimo, César, cuyo único hijo es fruto de su unión con Cleopatra, verá en el joven Octavio a su posible sucesor.

McCullough finaliza su extraordinario ciclo narrativo sobre la Roma republicana con esta emocionante obra de intrigas, batallas, crímenes y amoríos.

Colleen McCullough

El Caballo De César

Saga Roma Vol 6

eBook v1.0
achim_311 18.02.14

Con afecto y admiración
para el embajador Edward J. Perkins,
catedrático de Ciencias Políticas
de la Universidad de Oklahoma,
por su entrega en el cumplimiento de sus obligaciones
y en tantos servicios no debidamente reconocidos.

Introducción

Los idus de octubre marcaban el final de la época de campañas, y ese día se celebraba una carrera sobre el césped del Campo de Marte, ante las Murallas Servias de la Roma republicana.

Los mejores caballos de guerra del año se enganchaban a pares a los carros y se conducían al galope; el animal del lado derecho del par ganador se convertía en el Caballo de Octubre, y el *flamen Martialis*, el sacerdote de Marte, dios de la guerra, lo sacrificaba ritualmente con una lanza. A continuación se cortaban la cabeza y los genitales del caballo. Los genitales se trasladaban de inmediato al hogar sagrado de la Regia, el templo más antiguo de Roma, para verter allí su sangre, y se les entregaban a las Vírgenes Vestales, quienes los incineraban en la llama sagrada de Vesta; después, esas cenizas se mezclaban con la masa de los pasteles que se ofrecían en el aniversario de la fundación de Roma por su primer rey, Rómulo. La cabeza decorada se arrojaba entre dos equipos de ciudadanos humildes, uno del barrio de Subura y el otro del barrio de Sacra Via, que pugnaban denodadamente por su posesión. Si vencían los de Subura, la cabeza se clavaba en la Torre Mamilia; si ganaban los de Sacra Via, la cabeza se clavaba en el muro exterior de la Regia.

En este ritual, tan antiguo que nadie recordaba su origen, lo mejor de Roma se sacrificaba a los poderes gemelos que la regían: la guerra y la tierra. A éstos la ciudad debía su fuerza, su prosperidad, su eterna gloria. La muerte del Caballo de Octubre era a la vez un duelo por el pasado y una visión del futuro.

I

CÉSAR EN EGIPTO

*(Desde octubre del 48 a.C. hasta junio
del 47 a.C.)*

Capítulo 1

-Sabía que tenía razón: un terremoto muy ligero -dijo César mientras dejaba el fajo de papeles en su mesa.

Calvino y Bruto, sorprendidos, apartaron la mirada de su trabajo.

-¿A qué viene eso ahora? -preguntó Calvino.

-¡Señales de mi divinidad, Cneo! ¿Recordáis la estatua de la Victoria que se puso de espaldas en aquel templo de Elis, el tintineo de espadas y escudos que se entrechocaban en Antioquía y Tolemaida, el sonido de tambores en el templo de Afrodita en Pérgamo? Según mi experiencia, los dioses no intervienen en los asuntos de los hombres, y por supuesto no enviaron un dios a la tierra para derrotar a Magno en Farsalia. Así que hice indagaciones en Grecia, el norte de la provincia de Asia y la Siria del río Orontes. Todos los fenómenos ocurrieron en el mismo momento y en el mismo día: un ligero terremoto. Consultad los informes de nuestros propios sacerdotes en Italia: todos hablan del atronador sonido de tambores procedente de las entrañas de la tierra y de estatuas que hacían cosas extrañas. Terremotos.

-Empaños nuestras ilusiones, César -contestó Calvino con una sonrisa-. Empezaba a pensar que trabajaba para un dios. -Miró a Bruto-. ¿No es una decepción también para ti, Bruto?

La risa no iluminó aquellos ojos grandes, oscuros y pesados de pesados párpados, que se fijaron pensativamente en Calvino.

-Ni decepción, ni desilusión, Cneo Calvino, aunque no se me había ocurrido la posibilidad de que existiera una causa natural. Tomé los informes como halagos.

César hizo una mueca.

-Los halagos son peores -declaró.

Los tres se hallaban sentados en la habitación confortable pero no suntuosa que el etnarca de Rodas les había cedido como despacho, aparte de los aposentos donde se relajaban y dormían. La ventana daba al bullicioso puerto de aquella importante encrucijada de la ruta comercial que unía el mar Egeo con Chipre, Cilicia y Siria; una atractiva e interesante vista, entre el enjambre de barcos, el intenso azul del mar y las altas montañas de Libia al otro lado del estrecho, pero ninguno de ellos le prestaba atención.

César rompió el sello de otro comunicado, le echó una ojeada y dejó escapar un gruñido.

-De Chipre-dijo antes de que sus compañeros pudieran reanudar el trabajo-. Según el joven Claudio, Pompeyo Magno ha partido hacia Egipto.

-Habría jurado que se reuniría con el primo Hirro en la corte del rey de Partia. ¿Qué hay que recoger en Egipto? -preguntó Calvino.

-Agua y provisiones. Al paso de caracol que avanza, antes de que salga con rumbo a Alejandría soplarán ya los vientos etesios. Magno va a reunirse con los demás fugitivos en la provincia de África, imagino -declaró César con cierta tristeza.

-Así que no ha terminado -dijo Bruto con un suspiro.

César contestó chasqueando los dedos.

-Puede terminar en cuanto Magno y su Senado acudan a mí y me digan que puedo aspirar al consulado *in absentia*, mi querido Bruto.

-Bah, eso es demasiado sentido común para hombres del talante de Catón -afirmó Calvino al ver que Bruto no contestaba- Mientras Catón viva, no llegarás a ningún acuerdo con Magno o su Senado.

-Soy consciente de eso.

César había cruzado el Helesponto para llegar a la provincia de Asia hacía tres *nundinae* con el objetivo de descender por el litoral egeo e inspeccionar los estragos causados por los republicanos en su desesperado esfuerzo por reunir flotas y dinero. Se había despojado a los templos de sus tesoros más preciosos. Se habían saqueado las cámaras acorazadas de los bancos, se había llevado a la bancarrota a los plutócratas y los *publicani*; gobernador de Siria más que de la provincia de Asia, Metelo Escipión había permanecido allí en su viaje desde Siria para reunirse con Pompeyo en

Tesalia e ilegalmente había impuesto tributos sobre todo aquello que se le había ocurrido: las ventanas, las columnas, las puertas, los esclavos, el censo por cabezas, el grano, el ganado, las armas, la artillería y la compraventa de tierras. Al ver que el rendimiento no era suficiente, instituyó y recaudó impuestos provisionales para los diez años venideros, y ante las protestas de algunos lugareños, los ejecutó.

Aunque los informes que llevaron a Roma trataban más sobre la evidencia de la divinidad de César que sobre tales asuntos, de hecho el avance de César era a la vez una misión para recabar información y el inicio de la ayuda económica a una provincia incapacitada para prosperar. Así que habló con las autoridades municipales y comerciales, despidió a los *publicani*, condonó los tributos de toda clase por cinco años, dictó órdenes para que los tesoros encontrados en diversos almacenes de Farsalia fueran devueltos a los templos de donde habían salido, y prometió que tan pronto como se hubiera establecido un buen gobierno en Roma, adoptaría medidas más específicas para auxiliar a la pobre provincia de Asia.

Razón por la cual, pensó Cneo Domitio Calvino observando a César mientras leía los papeles dispersos sobre su mesa allí en Rodas, la provincia de Asia tiende a verlo como a un dios. El último hombre que había comprendido el funcionamiento de la economía y a la vez había tenido trato con Asia había sido Sila, cuyo justo sistema impositivo fue abolido quince años después ni más ni menos que por Pompeyo Magno. Quizá, reflexionó Calvino, sea necesario un anciano patricio para apreciar las obligaciones de Roma con sus provincias. Los demás no tenemos los pies tan firmemente anclados en el pasado, así que tendemos a vivir en el presente más que a pensar en el futuro.

El Gran Hombre parecía muy cansado. Esbelto y en forma como siempre, sí, pero sin duda consumido. Como jamás probaba el vino ni se excedía con la comida en la mesa, afrontaba cada nuevo día sin el lastre que suponía la falta de moderación, y su capacidad para despertar despabilado de una breve siesta era envidiable; el problema era que tenía mucho por hacer y no confiaba en la mayoría de sus ayudantes lo suficiente para delegar en ellos parte de sus responsabilidades.

Bruto, pensó Calvino con acritud (Bruto le inspiraba antipatía), es uno de esos en quienes no confía. Es el perfecto contable, y sin embargo destina todas sus energías a proteger su empresa no senatorial de usureros y recaudadores de impuestos agrarios, Matinio et Escaptio. ¡Habría que llamarla Bruto et Bruto! Cualquier persona importante de la provincia de Asia debe millones a Matinio et Escaptio, y también el rey Dejotaro de Galacia y el rey Ariobarzanes de Capadocia, así que Bruto se queja, y eso exaspera a César, que aborrece las quejas.

-El diez por ciento a un interés simple no es beneficio suficiente -decía lastimeramente-, así que ¿cómo puede fijarse el tipo de interés ahí cuando es tan perjudicial para los comerciantes romanos?

-Los comerciantes romanos que prestan a tipos más altos que ese son despreciables usureros -respondía César-. ¡El cuarenta y ocho por ciento al interés compuesto, Bruto, es una atrocidad! Eso es lo que cobraron tus secuaces Matinio y Escaptio a los salaminos de Chipre, y luego los mataron de hambre cuando no pudieron hacer frente a los pagos. Para que nuestras provincias sigan contribuyendo al bienestar de Roma, deben tener una economía saneada.

-No es culpa de los prestamistas el que los prestatarios acepten contratos que estipulan un tipo de interés más alto que lo acostumbrado -sostenía Bruto con la peculiar obstinación que reservaba para asuntos financieros-. Una deuda es una deuda, y ha de pagarse al interés establecido en el contrato. ¡Ahora tú has declarado ilegal este principio!

-Siempre debería haber sido ilegal. Eres famoso por tus epítomes, Bruto. ¿Quién, si no, habría podido reducir a dos hojas la obra completa de Tucídides? ¿Nunca has intentado reducir las Doce Tablas a una breve página? Si el *mos maiorum* es lo que te indujo a ponerte del lado de tu tío Catón, deberías recordar que las Doce Tablas prohíben exigir interés por un préstamo.

-De eso hace seiscientos años -contestaba Bruto.

-Si los prestatarios aceptan préstamos en condiciones exorbitantes, no son candidatos adecuados para un préstamo, y tú lo sabes. De lo que en realidad te quejas, Bruto, es de que haya prohibido a los prestamistas

romanos utilizar las tropas o lictores del gobernador para cobrar sus deudas por la fuerza -replicaba César, montando en cólera.

Era ésta una conversación que se repetía como mínimo una vez al día.

Por supuesto, Bruto representaba un problema especialmente difícil para César, que lo había tomado bajo su ala después de los sucesos de Farsalia por afecto a su madre, Servilia, y por el sentimiento de culpabilidad que le había creado romper el compromiso entre Bruto y Julia a fin de tender una trampa a Pompeyo; este hecho había partido el corazón a Bruto, como César bien sabía. No obstante, pensó Calvino, César no tenía la menor idea de en qué clase de hombre se había convertido Bruto cuando se compadeció de él después de lo de Farsalia. Había dejado allí a un muchacho y reanudó la relación con él doce años más tarde, sin saber que aquel joven con granos, ahora un hombre de treinta y seis años con granos, era un cobarde en el campo de batalla y un león a la hora de defender su extraordinaria fortuna. Nadie se había atrevido a decir a César lo que todo el mundo sabía: que en Farsalia Bruto había tirado su espada sin teñirla de sangre y se había ocultado en los pantanos antes de huir a Larisa, donde fue el primero de la facción «republicana» de Pompeyo en suplicar perdón. No, se dijo Calvino, no me gusta el pusilánime Bruto, y desearía no verlo más. ¡Y tenía la desfachatez de hacerse llamar «republicano»! Ése no es más que un nombre altisonante que él y los otros supuestos republicanos esgrimen para justificar la guerra civil a la que han empujado a Roma.

Bruto se levantó de su mesa.

-César, tengo una cita.

-Pues acude a ella -respondió plácidamente el Gran Hombre.

-¿Significa eso que el gusano Matinio nos ha seguido hasta Rodas? -preguntó Calvino en cuanto Bruto se fue.

-Eso me temo. -Los claros ojos azules, inquietantes a causa del aro negro que envolvía cada iris, se contrajeron-. ¡Anímate, Calvino! Pronto nos libraremos de Bruto.

Calvino le devolvió la sonrisa.

-¿Qué planeas hacer con él?

-Instalarlo en el palacio del gobernador en Tarso, que es nuestro próximo y último destino. No se me ocurre castigo más idóneo para Bruto que obligarlo a trabajar para Sextio, que no lo ha perdonado por apropiarse de dos legiones de Cilicia y llevárselas al servicio de Pompeyo Magno.

En cuanto César dio la orden de trasladarse, todo se precipitó. Al día siguiente zarpó de Rodas rumbo a Tarso con dos legiones completas y unos tres mil doscientos veteranos reunidos de los restos de sus antiguas legiones, principalmente la Sexta. Con él fueron ochocientos soldados de caballería germanos, sus queridos caballos de Remi y el puñado de guerreros ubíes que habían combatido con ellos como lanceros.

Echada a perder por las atenciones de Metelo Escipión, Tarso atravesaba tiempos difíciles bajo el control de Quinto Marcio Filippo, hijo menor del sobrino político de César y suegro de Catón, el indeciso y epicúreo Lucio Marcio Filippo. Habiendo recomendado al joven Filippo por su buen criterio, César se apresuró a poner a Publio Sextio otra vez en la silla curul del gobernador y nombró a Bruto legado suyo, y al joven Filippo su procuestor.

-La Trigésima séptima y la Trigésima octava necesitan una licencia-dijo a Calvino-, así que colócalas durante seis *nundinae* en un buen campamento de las tierras altas, por encima de las Puertas Cilicias, y luego mándalas de regreso a Alejandría con una flota. Esperaré allí hasta que lleguen y entonces iré hacia el oeste para echar a los republicanos de la provincia de África antes de que se acomoden demasiado.

Calvino, un hombre alto de cabello rojizo y ojos tristes que rondaba los cincuenta años, no discutió estas órdenes. Fueran cuales fuesen los deseos de César eran lo correcto; desde que se había unido a él un año atrás había visto lo suficiente para comprender que aquél era el hombre a quien debían adherirse las personas sensatas si querían prosperar. Un político conservador que por lógica debería haber servido a Pompeyo Magno, Calvino había elegido a César asqueado por la ciega enemistad de hombres como Catón y Cicerón. Así que se había dirigido a Marco Antonio en Brindisi y pedido que lo trasladaran junto a César. Muy consciente de que

César agradecería la deserción de un cónsul de la posición de Calvino, Marco Antonio había accedido en el acto.

-¿Tienes intención de dejarme en Tarso hasta hacerme llegar noticias tuyas? -preguntó Calvino.

-La decisión es tuya, Calvino -contestó César-. Preferiría pensar en ti como mi «cónsul errante», si algo así existe. Como dictador, estoy autorizado a conceder *imperium*, así que esta tarde reuniré a treinta lictores para actuar como testigos de una *lex curiata* que te otorgará poderes ilimitados en todos los territorios desde Grecia hacia el este. Eso te pondrá por encima de los gobernadores en sus provincias y te permitirá reclutar tropas en cualquier parte.

-¿Tienes un presentimiento, César? -preguntó Calvino, frunciendo el entrecejo.

-No, si por eso entiendes una especie de hormigueo preternatural en mi mente. Prefiero pensar en mis... esto... presentimientos como algo basado en insignificantes sucesos que mis procesos mentales no han advertido conscientemente, pero están ahí de todos modos. Lo único que digo es que deberías mantener los ojos abiertos por si ves cerdos volar y el oído aguzado por si oyes cerdos cantar. Si ves lo uno u oyes lo otro, algo va mal, y entonces tendrás autoridad para abordarlo en mi ausencia.

Y al día siguiente, que era el penúltimo día de septiembre, Cayo Julio César zarpó de las orillas del río Cydnus hacia el Mare Nostrum impulsado por Coro, que soplaba hacia el sudeste. Sus tres mil doscientos veteranos y ochocientos jinetes germanos viajaban apiñados en treinta y cinco naves de transporte, ya que había dejado atrás sus barcos de guerra para que los calafatearan.

Dos *nundinae* más tarde, justo cuando Calvino, el cónsul errante con *imperium* ilimitado estaba a punto de partir hacia Antioquía para ver en qué estado había quedado Siria tras soportar a Metelo Escipión como gobernador, llegó a Tarso un mensajero a lomos de un caballo agotado.

-El rey Farnaces ha venido de Cimeria con cien mil soldados e invade Ponto por Amiso -dijo el hombre en cuanto pudo hablar-. Amiso está en

llamas, y Farnaces ha anunciado que se propone recuperar todos los territorios de su padre, desde Armenia Parva hasta el Helesponto.

Calvino, Sextio, Bruto y Quinto Filipo se quedaron atónitos.

-Mitrídates el Grande una vez más -declaró Sextio con voz hueca.

-Lo dudo -dijo Calvino con tono enérgico, recobrándose de la conmoción-. Sextio, tú y yo emprendaremos viaje. Nos llevaremos a Quinto Filipo y dejaremos a Marco Bruto en Tarso para que se ocupe de las labores de gobierno. -Se volvió hacia Bruto con tan amenazadora expresión en el semblante que Bruto retrocedió-. En cuanto a ti, Marco Bruto, presta atención a mis palabras: no debe haber recaudación de deudas en nuestra ausencia, ¿entendido? Tienes poderes propretorianos para gobernar, pero si utilizas a un solo lictor para exigir pagos a los romanos o a la gente de la provincia, te aseguro que te colgaremos de las pelotas si es que tienes.

-Y a ti se debe -gruñó Sextio, a quien Bruto tampoco le inspiraba la menor simpatía- que Cilicia carezca de legiones adiestradas, así que tu principal misión será reclutar y adiestrar soldados, ¿me has oído? -Se volvió hacia Calvino y preguntó:- ¿Y qué hay de César?

-Una dificultad. Pidió la Trigésima séptima y la Trigésima octava, pero no me atrevo, Sextio. Ni estoy seguro de que él quisiera que despojara a Anatolia de todas sus tropas más avezadas. Así que le mandaré la Trigésima séptima después de la licencia y nos llevaremos la Trigésima octava al norte. Podemos reunirnos con ésta en lo alto de las Puertas Cilicias y luego marchar hacia Eusebia Mazaca y en busca del rey Ariobarzanes, que tendrá que reclutar tropas por empobrecida que esté Capadocia. Enviaré un mensajero al rey Dejotaro de Galacia y le pediremos que reúna a cuantos hombres le sea posible y luego se encuentre con nosotros en el río Halys por debajo de Eusebia Mazaca. También mandaré mensajeros a Pérgamo y Nicomedia. ¡Quinto Filipo, ve a por unos escribas, rápido!

Pese a haber tomado esta decisión, Calvino estaba preocupado por César. Si éste le había advertido de manera tan indirecta acerca de inminentes conflictos en Anatolia, ese mismo instinto lo había inducido a desear que le enviaran dos legiones completas a Alejandría. No recibirlas podía entorpecer sus planes de seguir hacia la provincia de África lo antes

posible. Así que Calvino escribió una carta para mandar a Pérgamo dirigida a un hijo de Mitrídates el Grande que no era Farnaces.

Se trataba de otro Mitrídates, que se había aliado con los romanos durante la campaña de limpieza de Pompeyo en Anatolia después de los treinta años de guerra entre Roma y su padre. Pompeyo lo había recompensado con una fértil franja de tierra en los alrededores de Pérgamo, la capital de la provincia de Asia. Este Mitrídates no era rey, pero dentro de los límites de su pequeña satrapía no tenía que rendir cuentas a la ley romana. Protegido por tanto de Pompeyo y ligado a éste por las rígidas leyes del patronazgo, había apoyado a Pompeyo en la guerra contra César, pero después de los acontecimientos de Farsalia había enviado una cortés misiva de disculpa a César para pedirle el perdón y el privilegio de transferir su «clientela» a César. La carta había divertido a César y también lo había conquistado. Contestó con igual gracia, informando a Mitrídates de Pérgamo de que estaba perdonado y quedaba admitido en adelante entre la clientela de César, pero debía estar preparado para hacer un favor a César cuando se lo pidiera.

Calvino escribió:

He aquí tu oportunidad de devolver ese favor a César, Mitrídates. Sin duda a estas alturas estarás tan alarmado como todos nosotros por la invasión de Ponto a cargo de tu hermanastro y por las atrocidades que ha cometido en Amiso. Una vergüenza y una afrenta para todos los hombres civilizados. La guerra es una necesidad, o de lo contrario no existiría, pero es obligación de un comandante civilizado apartar a los civiles del camino de la maquinaria militar y protegerlos de los daños físicos. El hecho de que los civiles puedan morir de hambre o perder sus hogares es sencillamente una consecuencia de la guerra, pero otra cosa muy distinta es violar y matar a mujeres y niñas, y torturar y a estorsionar a hombres civiles por diversión. Farnaces es un bárbaro.

La invasión de Farnaces me ha puesto en una situación difícil, mi querido Mitrídates, pero acaba de ocurrírseme que en ti cuento con una ayuda en extremo capaz, formalmente aliada al Senado y el pueblo de Roma. Sé que nuestro tratado te prohíbe reunir un ejército, pero en las

actuales circunstancias debo abolir esa cláusula. Estoy autorizado a ello en virtud de un *imperium maius* legalmente otorgado por el dictador.

No debes de saber que el dictador César ha zarpado rumbo a Egipto con escasos efectivos pidiéndome que le mande otras dos legiones y una armada naval cuanto antes. Ahora me encuentro con que sólo puedo enviarle una legión y una armada.

Por tanto, esta carta te autoriza a reunir un ejército y mandárselo a César a Alejandría. Ignoro dónde puedes encontrar soldados, ya que yo me he llevado todos los hombres de Anatolia, pero he dejado a Marco junio Bruto en Tarso con la orden de empezar a reclutar y adiestrar tropas, así que deberías haber conseguido al menos una legión cuando tu comandante llegue a Cilicia. Te sugiero asimismo que busques en Siria, especialmente en las zonas del sur. Hay allí excelentes hombres, los mejores mercenarios del mundo. Prueba con los judíos.

Cuando Mitrídates de Pérgamo recibió la carta de Calvino, dejó escapar un profundo suspiro de satisfacción. Ésa era su oportunidad para demostrar al nuevo soberano del mundo que era un súbdito leal.

-Yo mismo me pondré al frente del ejército -anunció a su esposa, Berenice.

-¿Es eso lo más sensato? -preguntó ella-. ¿Por qué no nuestro hijo Arquelao?

-Arquelao puede gobernar aquí. Siempre he pensado que quizá yo haya heredado algo de la destreza militar de mi padre Mitrídates el Grande, así que deseo tomar el mando en persona. Además, he vivido entre los romanos y he asimilado parte de su talento para la organización. Por carecer de tal cualidad, entró mi padre en decadencia.

Capítulo 2 —

La reacción inicial de César fue de alegría ante su repentino alejamiento de los asuntos de la provincia de Asia y Cilicia... y del inevitable séquito de legados, funcionarios, plutócratas y etnarcas locales. El único hombre de cierto rango que lo acompañaba en este viaje a Alejandría era uno de sus más valiosos centuriones *primipilus* de los tiempos en la Galia Trasalpina, un tal Publio Rufrio, a quien había ascendido a legado pretorio por sus servicios en el campo de batalla de Farsalia. Y Rufrio, un hombre callado, nunca habría concebido siquiera la posibilidad de invadir la intimidad del general.

Los hombres de acción también pueden ser pensadores, pero reflexionan sobre la marcha, en medio de los acontecimientos, y César, que sentía horror por la inercia, empleaba todos los momentos de todos los días. Cuando recorría los cientos o a veces miles de millas desde una de sus provincias a otra, llevaba a su lado como mínimo a un secretario mientras él viajaba en un carro tirado por cuatro mulas e iba dictando sin cesar al desventurado. Sólo dejaba de lado el trabajo cuando estaba con una mujer o escuchaba música; era un apasionado de la música.

Sin embargo, en aquel viaje de cuatro días desde Tarso hasta Alejandría, no contaba con la asistencia de secretarios ni el entretenimiento de los músicos; César estaba muy fatigado, demasiado fatigado para darse cuenta de que esta vez tenía que descansar, pensar en algo que no fuera dónde iba a desatarse la siguiente guerra o la siguiente crisis.

El hecho de que incluso en la memoria tendiera a pensar en tercera persona se había convertido en un hábito en los últimos años, era una señal de la gran objetividad de su carácter, combinada con una terrible reticencia a revivir el dolor. Pensar en primera persona equivalía a evocar el dolor con toda su intensidad, su amargura, su indelebilidad. De ahí que pensara en

César no como en un yo, que lo recordara todo envuelto en un velo de narración impersonal. Si yo no estoy ahí, tampoco está el dolor.

Lo que habría sido el agradable ejercicio de dotar a la Galia Trasalpina de las características de una provincia romana se había visto enturbiado, en cambio, por la creciente incertidumbre de que César, que tanto había hecho por Roma, no iba a poder ceñirse sus laureles en paz. Lo que Pompeyo magno había conseguido durante toda su vida no iba a serle posible a César, gracias a un maléfico grupúsculo de senadores que se hacían llamar los *boni* -los «buenos hombres»- y habían jurado no hacer ninguna concesión a César: derrocarlo y causar su ruina, anular todas sus leyes y condenarlo al exilio permanente. Dirigidos por Bibulo, con el canalla Catón trabajando siempre en las sombras para avivar su determinación cuando flaqueaba, los *boni* habían convertido la vida de César en una perpetua lucha por la supervivencia.

Desde luego comprendía todas las razones de tal situación; no alcanzaba a entender, sin embargo, la mentalidad de los *boni*, que le parecían tan absolutamente estúpidos que superaban toda posibilidad de comprensión. Tampoco le servía de nada decirse que si él hubiera moderado un poco el impulso de poner en evidencia las ridículas carencias de aquellos hombres, quizás ellos habrían estado menos resueltos a derrocarlo. César tenía el genio vivo y no toleraba a los necios.

Bibulo. Él había sido el iniciador de aquello hacía treinta y tres años, durante el sitio de Mitilene, en la isla de Lesbos, a cargo de Lúculo. Bibulo. Tan insignificante y tan lleno de maldad que César lo había levantado en peso y colocado en lo alto de un armario, riéndose de él y dejándolo en ridículo ante los suyos.

Lúculo. Lúculo, el comandante en Mitilene, quien insinuó que César había obtenido una flota del decrepito rey de Bitinia prostituyéndose, acusación que los *boni* habían reavivado años después y utilizado en el Foro romano como parte de su campaña de difamación política. Otros hombres comían heces y violaban a sus hijas, pero César había vendido el culo al rey Nicomedes para conseguir una flota. Sólo el tiempo y los sensatos consejos de su madre habían quitado valor a la acusación por falta de pruebas.

Lúculo, cuyos vicios eran repugnantes. Lúculo, el íntimo de Lucio Cornelio Sila.

Sila, que siendo dictador había liberado a César de aquel horrendo sacerdocio que Cayo Mario le había infligido a los trece años, sacerdocio que le prohibía llevar armas de guerra o presenciar la muerte. Sila lo había liberado por despecho al difunto Mario y luego lo había enviado al este, a los diecinueve años, a lomos de una mula, para servir con Lúculo en Mitilene. Allí César no se había granjeado las simpatías de Lúculo. En la batalla, Lúculo puso a César ante las flechas, pero César salió indemne y con la corona cívica, la corona de hojas de roble otorgada al más destacado acto de valor, tan rara vez obtenida que su ganador estaba autorizado a llevarla siempre en todos los acontecimientos públicos y recibir el aplauso de todo el mundo. ¡Cuánto le había molestado a Lúculo tener que ponerse en pie y aplaudir a César cada vez que se reunía el Senado! La corona de hojas de roble también le había dado acceso al Senado, pese a que sólo contaba veinte años de edad; otros hombres tenían que esperar hasta pasados los treinta. Sin embargo ya había sido senador; el sacerdote especial de Júpiter, óptimo Máximo, se convertía en senador de manera automática, y César lo había sido hasta que Sila lo liberó de este deber. Lo cual significaba que César había sido senador durante treinta y ocho de sus cincuenta y dos años de vida.

La ambición de César había sido alcanzar todos los cargos políticos a la edad correcta para un patricio y con los máximos votos, sin sobornos. En todo caso no podría haber recurrido al soborno, porque los *boni* se le habrían echado encima al instante. Había visto realizada su ambición, como correspondía a un juliano descendiente directo de la diosa Venus por Via de su hijo, Eneas, y no digamos ya a un juliano descendiente directo del dios Marte por Via de su hijo Rómulo, el fundador de Roma. Marte: Ares; Venus: Afrodita.

Aunque habían pasado ya seis *nundinae*, César se veía aún en Éfeso contemplando su propia estatua erigida en el ágora, así como la inscripción: CAYO JULIO CÉSAR, HIJO DE CAYO, PONTÍFICE MÁXIMO, EMPERADOR, CÓNSUL POR SEGUNDA VEZ, DESCENDIENTE DE

ARES Y AFRODITA, DIOS MANIFIESTO Y SALVADOR DEL GÉNERO HUMANO. Naturalmente había habido estatuas de Pompeyo Magno en todas las ágoras entre Olisipo y Damasco (todas derribadas tras su derrota en Farsalia), pero ninguna que lo declarara descendiente de algún dios, y menos de Ares y Afrodita. Sí, todas las estatuas de conquistadores romanos decían cosas como DIOS MANIFIESTO Y SALVADOR DEL GÉNERO HUMANO. Para la mentalidad oriental, estas palabras eran alabanzas corrientes. Pero lo que de verdad importaba a César era la ascendencia, y la ascendencia era algo que Pompeyo, el galo de Piceno, nunca podría atribuirse; su único antepasado notable era Pico, el tótem del pájaro carpintero. En cambio allí estaba la estatua de César, describiendo su ascendencia para que toda Éfeso la viera. Sí, era importante.

César apenas recordaba a su padre, siempre ausente por una u otra misión al servicio de Cayo Mario y más tarde muerto al inclinarse para atarse la bota. ¡Una extraña manera de morir, mientras se ataba la bota! Así se había convertido César en *paterfamilias* a los quince años. Había sido su madre, una tal Aurelia, de los Cotes, quien había desempeñado a la vez el papel de padre y madre: estricta, crítica, severa, poco compasiva, pero fuente de sensatos consejos. Para los baremos senatoriales, la familia juliana era en extremo pobre, con apenas dinero suficiente para satisfacer a los censores; la dote de Aurelia había sido un edificio aislado en el barrio de Subura, una de las zonas de peor fama en Roma, y allí había vivido la familia hasta que el propio César fue elegido pontífice máximo y pudo trasladarse al *Domus Publica*, un palacio menor propiedad del Estado.

¡Cómo se irritaba Aurelia por su descuidado despilfarro, su indiferencia ante una descomunal deuda! ¡Y en qué apuros se había visto él a causa de la insolvencia! Por fin, cuando conquistó la Galia Transalpina, se convirtió en un hombre aún más rico que Pompeyo Magno, si bien no tanto como Bruto. Ningún romano era tan rico como Bruto, ya que éste, en su disfraz de Servilio Cepio, había heredado el Oro de Tolosa. Eso había hecho de Bruto un deseable partido para Julia hasta que Pompeyo Magno se enamoró de ella. César había necesitado más la influencia política de Pompeyo que el dinero del joven Bruto, así que...

Julia. Todas mis amadas mujeres han muerto, dos de ellas intentando traer hijos al mundo. Mi adorable Cinila, mi querida Julia, las dos recién cruzado el umbral de la vida adulta. Ninguna me causó jamás un solo dolor excepto al morir, ¡qué injusto, qué injusto! Cierro los ojos y las veo allí: Cinila, la esposa de mi juventud; Julia, mi única hija. La otra Julia, la tía Julia, la esposa de Cayo Mario, aquel monstruo abominable. Su perfume aún me provoca el llanto cuando lo huelo en alguna desconocida. En mi infancia no habría conocido el amor si no hubiera sido por sus abrazos y sus besos. Mater, la perfecta adversaria partisana, era incapaz de abrazar y besar por temor a que un cariño muy manifiesto me corrompiera. Me consideraba demasiado orgulloso, demasiado consciente de mi inteligencia, demasiado dispuesto a llegar a la realeza.

Pero todas han desaparecido, mis amadas mujeres. Ahora estoy solo.

No es extraño que empiece a pesarme la edad.

César o Sila. En las balanzas de los dioses estaba cuál de los dos había pasado mayores dificultades para alcanzar la sucesión. La diferencia era escasa: un pelo, una fibra. Los dos se habían visto obligados a preservar su *dignitas* -su parte de fama pública, de posición y valía- marchando sobre Roma. Los dos habían llegado a dictador, el único cargo por encima del proceso democrático o exento de acusaciones futuras. La diferencia entre ellos estribaba en cómo se habían comportado tras su nombramiento: Sila había proscrito, había llenado las arcas vacías del tesoro matando a los comerciantes y senadores ricos y confiscando sus bienes; César había preferido la clemencia, perdonaba a sus enemigos y permitía a la mayoría de ellos conservar sus propiedades.

Los *boni* habían forzado a César a marchar sobre Roma. Con plena conciencia, con deliberación -e incluso con entusiasmo-, habían empujado a Roma a una guerra civil por no conceder a César ni un ápice de lo que habían dado a Pompeyo Magno a cambio de nada, a saber, el derecho a presentarse a la elección a cónsul sin necesidad de aparecer en persona en la ciudad. En cuanto un hombre con poderes cruzaba los límites sagrados de la ciudad, perdía esos poderes y podía ser procesado en los tribunales. Y los *boni* habían inducido a los tribunales a condenar a César por traición en

cuanto renunciara a los poderes de gobernador a fin de aspirar a un segundo consulado, absolutamente legítimo. Había solicitado que le permitieran presentarse *in absentia*, una petición razonable, pero los *boni* lo habían vetado y habían obstaculizado todos sus intentos por llegar a un acuerdo. Cuando todo lo demás falló, César emuló a Sila y marchó sobre Roma. No para conservar la cabeza, que nunca había corrido peligro. La sentencia en un tribunal plagado de adláteres de los *boni* habría sido el exilio perpetuo, un destino peor que la muerte.

¿Era traición aprobar leyes que distribuían las tierras públicas de Roma de manera más equitativa? ¿Traición, aprobar leyes para evitar que los gobernadores expoliaran sus provincias? ¿Traición, trasladar las fronteras del mundo romano a un límite natural a lo largo del río Rin y proteger así Italia y el Mare Nostrum de los germanos? ¿Eran éstas traiciones? ¿Había traicionado César a su país al aprobar estas leyes?

Para los *boni*, sí, eso había hecho. ¿Por qué? ¿Cómo era posible? Porque para los *boni* tales leyes y medidas representaban una ofensa contra el *mos maiorum*, el modo en que funcionaba Roma según la tradición y las costumbres. Las leyes y medidas de César cambiaron lo que Roma siempre había sido. Poco importaba que los cambios fueran por el bien común, por la seguridad de Roma, por la felicidad y prosperidad no sólo de todos los romanos sino también de los súbditos de las provincias: no eran leyes y medidas en consonancia con las costumbres arraigadas, las costumbres que habían sido apropiadas para una pequeña ciudad situada en las rutas de la sal de la Italia central hacía seiscientos años. ¿Por qué no se daban cuenta los *boni* de que las antiguas costumbres no eran ya útiles para la única gran potencia al oeste del río Éufrates? Roma había heredado todo el mundo occidental, y sin embargo algunos de sus gobernantes vivían aún en los tiempos de la inicial ciudad-estado.

Para los *boni*, el cambio era el enemigo, y César era el más brillante servidor del enemigo que jamás había existido. Como Catón solía proclamar desde la tribuna del Foro romano, César era la encarnación de la más pura maldad. Y todo porque César tenía una mente lo bastante lúcida y perspicaz para saber que a menos que se produjeran los cambios adecuados,

Roma perecería, acabaría envuelta en hediondos andrajos sólo apropiados para un leproso.

Así que allí, en aquella *nAve*, estaba el dictador César, soberano del mundo. Él, que nunca había deseado nada más que lo que le pertenecía: ser elegido legítimo cónsul por segunda vez diez años después de su primer consulado, tal como estipulaba la *lex Genucia*. Después de ese segundo consulado, planeaba convertirse en un anciano hombre de estado más sensato y eficiente que aquel individuo vacilante y timorato, Cicerón. Aceptar una misión senatorial de vez en cuando para mandar un ejército al servicio de Roma como sólo César sabía hacerlo. Pero ¿terminar gobernando el mundo? Ésa era una tragedia digna de Esquilo o Sófocles.

La mayor parte del servicio de César en el extranjero había transcurrido en el extremo occidental del Mare Nostrum: las Hispanias y las Galias. Su servicio en oriente se había limitado a la provincia de Asia y Cilicia; nunca lo había llevado a Siria, Egipto o el temible interior de Anatolia.

Lo más cerca de Egipto que había estado era Chipre, años antes de que Catón se lo anexionara; a la sazón el soberano era Tolomeo el Chipriota, hermano menor del por entonces faraón de Egipto, Tolomeo Auletes. En Chipre César se había deleitado entre los brazos de una hija de Mitrídates el Grande y se había bañado en la espuma marina de la que había surgido su antepasada Venus/Afrodita. La hermana mayor de aquella dama mitridátida era Cleopatra Trifena, primera esposa del rey Tolomeo Auletes de Egipto y madre de la actual reina Cleopatra.

César había tenido tratos con Tolomeo Auletes cuando era primer cónsul once años atrás y lo recordaba ahora con irónico afecto. Auletes había necesitado desesperadamente que Roma confirmara su permanencia en el trono egipcio y había querido asimismo estar en la posición de «Amigo y Aliado del pueblo romano». César, el primer cónsul, con gusto lo había legitimado en ambas cuestiones, a cambio de seis mil talentos de oro. Mil de esos talentos habían ido a manos de Pompeyo y otros mil a Marco Craso, pero los cuatro mil restantes habían permitido a César hacer aquello para lo que el Senado le había negado financiación: reclutar y equipar el número necesario de legiones para conquistar la Galia y contener a los germanos.

¡Oh, Marco Craso! ¡Cuánto había anhelado Egipto! Lo había considerado la tierra más rica del planeta, rebosante de oro y piedras preciosas. Hombre de insaciable codicia, Craso había sido una mina de información sobre Egipto, que deseaba anexionar a Roma. Habían frustrado sus intenciones las Dieciocho, el estrato superior del mundo comercial romano, quienes de inmediato habían comprendido que únicamente Craso se beneficiaría de la anexión de Egipto. El Senado podía engañarse con la pretensión de que controlaba el gobierno de Roma pero los comerciantes de las Dieciocho Centurias principales eran quienes tenían en realidad el control. Roma era ante todo una entidad económica dedicada al comercio a escala internacional.

Así pues, al final Craso había partido en busca de sus montañas de oro y joyas a Mesopotamia, y murió en Carres. El rey de los partos aún poseía siete Águilas romanas capturadas a Craso en Carres. Un día, sabía César, tendría que marchar hasta Ecbatana y arrebatárselas al rey parto, lo cual constituiría otro enorme cambio: si Roma absorbía el reino de los partos dominaría tanto Oriente como Occidente.

La lejana visión de una blanca y brillante torre lo arrancó de su ensoñación, y la contempló arrobado mientras se acercaba. La legendaria luminaria de Faros, la isla que se hallaba frente a los dos puertos de Alejandría. Compuesto de tres secciones hexagonales, cada una menor en diámetro que la anterior, y revestido de mármol blanco, el faro tenía una altura de cien metros y era una de las maravillas del mundo. En lo alto ardía un fuego perpetuo que se reflejaba a gran distancia mar adentro en todas direcciones mediante la ingeniosa colocación de losas de mármol muy pulidas, pese a lo cual de día la luz era casi invisible. César había leído todo acerca de aquel faro, sabía que eran esas mismas losas las que protegían las llamas del viento, pero deseaba con toda su alma ascender por los seiscientos peldaños y contemplar la vista.

-Es un buen día para entrar en el Gran Puerto -dijo su piloto, un marinero griego que había viajado muchas veces a Alejandría-. Veremos sin dificultad los marcadores del canal, trozos de corcho ancladas y pintados de rojo a la izquierda y de amarillo a la derecha.

César también sabía todo eso, pero ladeó la cabeza para mirar cortésmente al piloto y escuchar como si no supiera nada.

-Hay tres canales: Esteganos, Poseidos y Tauros, de izquierda a derecha según se entra por el mar. Esteganos recibe su nombre de las Rocas del Lomo del Cerdo, que se encuentran al final del cabo de Loquias, donde están los palacios, Poseidos se llama así porque da directamente al templo de Poseidón; y Tauros se llama así por la Roca del Cuerno de Toro que se halla frente a la isla de Faros. Durante una tempestad, aunque afortunadamente aquí son poco comunes, es imposible entrar en cualquiera de los puertos. Los pilotos extranjeros evitan el puerto de Eunostos, con bancos de arena movedizos y bajíos en todas partes. Como puedes ver - prosiguió, gesticulando-, los arrecifes y las rocas abundan durante kilómetros mar adentro. El faro es una gran ventaja para los barcos extranjeros, y dicen que construirlo costó ochocientos talentos de oro.

César utilizaba a sus legionarios para remar: era un buen ejercicio y evitaba el mal humor y las peleas entre los hombres. A ningún soldado romano le gustaba alejarse de *terra firma*, y la mayoría se pasaban el viaje entero sin mirar al agua por encima de la borda. ¿Quién sabía qué acechaba allí abajo?

El piloto decidió que todas las naves de César utilizarían el paso de Poseidos, ya que aquel día era el más tranquilo de los tres. Solo en la proa, César contempló el panorama. Un estallido de colores, de estatuas doradas y carros en lo alto de los frontones de los edificios, de resplandeciente cal, de palmeras y otros árboles; pero decepcionantemente llano excepto por un cono verdeante de unos setenta metros de altura y un semicírculo rocoso en la costa con apenas altura suficiente para formar la *cavea* de un gran teatro. Antiguamente, como él sabía, el teatro había sido una fortaleza, el Akron, que significaba «roca».

A la izquierda del teatro, la ciudad ofrecía un aspecto de gran riqueza y suntuosidad. Era el Recinto Real, decidió, un inmenso complejo de palacios sobre altos estrados rodeados de poco empinadas escalinatas, entre los cuales había jardines y arboledas. Más allá de la ciudadela empezaban los muelles y almacenes, extendiéndose en una curva a la derecha estaba el

comienzo del Heptastadion, una Vía elevada de casi dos kilómetros de longitud de mármol blanco que comunicaba la isla de Faros con el continente. Era una estructura maciza excepto por dos grandes arcos en su parte central, cada uno con anchura suficiente para permitir el paso de un barco de considerable tamaño entre este puerto, el Gran Puerto, y el del lado occidental, el Eunostos. ¿Era el Eunostos donde estaban atracados los barcos de Pompeyo? No se veía ni rastro de ellos a este lado del Heptastadion.

Debido a que era tan llana, resultaba imposible formarse una idea de las dimensiones de Alejandría más allá de su zona portuaria, pero César sabía que si se incluía la expansión urbana en torno a la ciudad antigua, Alejandría tenía tres millones de habitantes y era la ciudad más grande del mundo. Roma albergaba a un millón de personas entre sus Murallas Serbias, y Antioquía más aun, pero ninguna competía con Alejandría, una ciudad con menos de trescientos años de antigüedad.

De pronto advirtió un revuelo de actividad en la orilla, seguido por la aparición de unos cuarenta barcos de guerra, tripulados todos por hombres armados. ¡Vaya, así se hace!, pensó César. De la paz a la guerra en un cuarto de hora. Algunos de los barcos eran sólidos quinquerrems con grandes quillas de bronce que hendían el agua; algunos eran cuadrirremes y trirremes, todos con afiladas quillas; pero más o menos la mitad de ellos eran naves mucho menores, demasiado bajas para aventurarse a viajar por el mar. Éstas, supuso, eran las embarcaciones de aduanas que patrullaban las siete desembocaduras del río Nilo. No habían visto ninguna navegando hacia el sur, pero eso no significaba que algunos ojos de aguda vista no hubieran detectado la presencia de esta flota romana desde lo alto de algún árbol del delta. Lo cual explicaría aquella presteza.

Todo un comité de recepción. César ordenó al corneta que tocara a generala y después pidió que, mediante banderas, se comunicara a los capitanes de sus barcos que permanecieran inmóviles y esperaran hasta nueva orden. Pidió a su sirviente que le colocara la *toga praetexta*, se ciñó la *corona civica* en torno al cabello ralo y dorado, y se calzó las sandalias senatoriales marrones con hebillas de plata en forma de media luna propias

de un alto magistrado curul. Preparado, se plantó en medio del barco, donde se interrumpía la baranda, y observó cómo se acercaba rápidamente una embarcación de aduanas sin cubierta con un individuo de aspecto fiero de pie en la *popa*.

-¿Qué te da derecho a entrar en Alejandría, romano? -preguntó a gritos el individuo, manteniendo su embarcación al alcance de la voz.

-El derecho de cualquier hombre que llega en son de paz para comprar agua y provisiones -respondió César con una mueca.

-Hay un manantial a doce kilómetros al oeste del puerto de Eunostos. Allí encontrarás agua. No tenemos provisiones para vender, así que sigue tu camino, romano.

-Me temo que no puedo hacer eso, buen hombre.

-¿Quieres guerra? Ya ahora te superamos en número, y éstos no son más que una décima parte de los hombres que podemos lanzar contra ti.

-Ya he tenido guerras suficientes, pero si insistes, libraré otra -dijo César-. Has organizado un buen espectáculo, pero dispongo como mínimo de cincuenta maneras de derrotarte, incluso sin barcos de guerra. Soy el dictador Cayo Julio César.

El agresivo individuo se mordió el labio.

-Muy bien, tú puedes desembarcar, quienquiera que seas, pero tus naves deben permanecer justo aquí, a la entrada del puerto, ¿entendido?

-Necesito un bote con capacidad para veinticinco hombres -dijo César-. Mejor será que me lo proporcionen de inmediato o habrá graves conflictos.

El agresivo individuo dio una orden a sus remeros y la pequeña embarcación se alejó velozmente.

Publio Rufrio apareció junto al hombro de César, visiblemente inquieto.

-Parece que cuentan con mucha infantería de marina -comentó-, pero ni siquiera aquellos que mejor vista tienen entre los nuestros han atisbado soldados en la costa, aparte de unos cuantos hombres muy elegantes tras la muralla del palacio..., la guardia real, imagino. ¿Qué vas a hacer, César?

-Desembarcar con mis lictores en el bote que me faciliten.

-Permite que hagamos a la mar nuestros botes y enviemos unos cuantos soldados contigo.

-Nada de eso -respondió César con calma-. Tu deber es mantener las naves juntas y fuera de peligro... y evitar que *ineptes* como Tiberio Nerón se corten un pie con su propia espada.

Poco después se detuvo junto al barco un gran bote tripulado por dieciséis remeros. César inspeccionó con la mirada la indumentaria de sus lictores, mandados aún por el fiel Fabio, mientras descendían para ocupar las banquetas del bote. Sí, todos los tachones de latón de sus anchas correas negras de piel relucían, todas sus túnicas carmesí estaban limpias y sin arrugas, todos los pares de *caligae* de piel carmesí debidamente atados. Llevaban sus *fascas* con más delicadeza y reverencia que una gata a sus cachorros, las trallas rojas de piel trenzada estaban exactamente como debían estar, y las hachas de una sola cabeza, una por haz, resplandecían malévolamente entre las treinta varas teñidas de rojo que componían cada haz. Satisfecho, César saltó con la agilidad de un muchacho a la embarcación y se colocó en la *popa*.

El bote se dirigió hacia un malecón, contiguo al teatro de Akron pero fuera de las murallas del Recinto Real. Allí se había congregado una muchedumbre de lo que parecían ser ciudadanos corrientes, que agitaban los puños y proferían amenazas en griego con acento macedonio. Cuando amarraron el bote y los lictores bajaron a tierra, los ciudadanos retrocedieron un poco, obviamente desconcertados ante tal calma, ante tan ajeno pero imponente esplendor. Una vez que sus veinticuatro lictores hubieron formado en una columna de doce pares, César abandonó él mismo el bote sin esfuerzo y luego, con exagerados gestos, se arregló los pliegues de la toga. Con las cejas enarcadas, observó altivamente a la multitud, que seguía amenazándolo.

-¿Quién está al mando? -preguntó.

Nadie, por lo visto.

-Adelante, Fabio, adelante.

Sus lictores avanzaron entre la muchedumbre y César los siguió con paso majestuoso. Una simple agresión verbal, pensó, sonriendo orgullosamente a derecha e izquierda. Interesante. Lo que dicen es verdad: a los alejandrinos no les gustan los romanos. ¿Dónde está Pompeyo Magno?

Una llamativa puerta interrumpía la muralla del Recinto Real; con sus pilones laterales unidos por un dintel cuadrado, presentaba profusos adornos dorados, símbolos, y escenas bidimensionales extrañas y multicolores. Allí impedía el paso un destacamento de la guardia real. Rufrio tenía razón: estaban muy elegantes con su armadura ligera griega de corseletes de hilo con escamas de metal plateado cosidas, sus vistosas túnicas doradas, sus botas altas marrones, sus yelmos plateados con viseras y penachos morados de pelo de caballo. También daba la impresión, pensó César, intrigado, de que sabían comportarse mejor en una reyerta que en una batalla. Teniendo en cuenta la historia de la casa real de Tolomeo, probablemente así era. Siempre había una multitud de alejandrinos dispuestos a cambiar un Tolomeo por otro, sin que importara el sexo.

-¡Alto! -prorrumpió el capitán, una mano en la empuñadura de la espada.

César se aproximó a través del pasillo abierto por los lictores y se detuvo obedientemente.

-Desearía ver al rey y la reina -dijo.

-Pues no puedes ver al rey y la reina, romano, y eso es definitivo. Ahora regresa a tu barco y márchate.

-Anuncia a sus majestades reales que soy Cayo Julio César. El capitán soltó una grosera risotada.

-Si tú eres César, yo soy Taueret, la diosa hipopótamo.

-No deberías tomar los nombres de tus dioses en vano. Un parpadeo.

-No soy un miserable egipcio, soy alejandrino. Mi dios es Serapis. Y ahora vete.

-Soy César.

-César está en Asia menor o en Anatolia o donde sea.

-César está en Alejandría, y muy cortésmente solicita ver al rey y la reina.

-Mmm... no te creo.

-Mmm... vale más que me creas, capitán, o si no toda la cólera de Roma caerá sobre Alejandría y te quedarás sin empleo. Y sin el rey y la reina. ¡Contempla a mis lictores, necio! ¡Si sabes contar, cuéntalos, necio!

Veinticuatro, ¿no es así? ¿Y qué magistrado curul romano va precedido de veinticuatro lictores? Sólo uno: el dictador. Ahora franquéame el paso y guíame hasta la sala de audiencias real -dijo César con amabilidad.

Pese a sus baladronadas, el capitán tenía miedo. ¡Vaya una situación en la que estaba metido! Nadie mejor que él sabía que en el palacio no había ninguno de los que debían estar allí: ni el rey, ni la reina, ni el chambelán mayor. Ni un alma con autoridad suficiente para tratar con este arrogante romano que en efecto llevaba veinticuatro lictores. ¿Sería César? No, sin duda. ¿Por qué iba a estar César en Alejandría precisamente? Sin embargo ante sí tenía a un romano con veinticuatro lictores, ataviados con un ridículo manto blanco orlado de púrpura, con unas hojas en la cabeza y un sencillo cilindro de marfil apoyado en el antebrazo derecho desnudo, sostenido entre la mano ahuecada y la sangría del codo. Sin espada, sin armadura, sin un solo soldado a la vista.

Su ascendencia macedonia y un padre acaudalado habían permitido al capitán comprar su cargo, pero la agudeza mental no formaba parte de su herencia. Se lamió los labios.

-Muy bien, romano, te llevaré a la sala de audiencias -contestó con un suspiro-. Pero no sé qué vas a hacer allí, porque no hay nadie en el palacio.

-¿No? -preguntó César, empezando a caminar otra vez tras sus lictores, cosa que obligó al capitán a mandar a un hombre rápidamente para que guiara al grupo-. ¿Dónde ha ido todo el mundo?

-A Pelusium.

-Comprendo.

Pese a ser verano, hacía un día perfecto: poca humedad, una fresca brisa para abanicar la frente, un aire templado y acariciante impregnado del perfume de los árboles en flor, los capullos en forma de campana de una extraña planta. El pavimento era de mármol color arena con vetas marrones, y pulido como un espejo, resbaladizo como el hielo bajo la lluvia. ¿O acaso no llueve en Alejandría? Quizá no.

-Un clima delicioso -comentó César.

-El mejor del mundo -dijo el capitán, muy seguro de ello.

-¿Soy el primer romano que has visto por aquí en los últimos tiempos?

-Como mínimo, el primero que se anuncia con un rango superior al de gobernador. Los últimos romanos que nos visitaron acompañaban a Cneo Pompeyo cuando vino el año pasado a apropiarse de los barcos de guerra y el trigo de la reina. -Chasqueó la lengua al recordarlo-. Un joven muy descortés. No aceptaba un no por respuesta, pese a que su majestad le dijo que el país pasa hambre. Pero ella al final lo embaucó. Llenó de dátiles sesenta cargueros.

-¿Dátiles?

-Dátiles. Zarpó convencido de que las bodegas iban llenas de trigo.

-¡Por todos los dioses! Pobre Cneo Pompeyo. Imagino que su padre no quedó muy contento, aunque quizá sí Lentulo Crus..., a los epicúreos les encantan los nuevos sabores.

La sala de audiencias ocupaba todo un edificio, a juzgar por el tamaño; quizás había una o dos antesalas para los embajadores de visita, pero sin duda no había aposentos. Era el mismo lugar al que había sido conducido Cneo Pompeyo: un enorme salón desnudo cuyo suelo de mármol pulido formaba complicados dibujos de distintos colores; las paredes estaban cubiertas de aquellas vivas pinturas de personas y plantas bidimensionales o de pan de oro; un estrado de mármol morado contenía dos tronos, uno en la grada superior hecho de ébano labrado y dorados, y otro similar pero más pequeño en la grada inmediatamente inferior. Por lo demás no había un solo mueble.

Dejando a César y sus lictores solos en la sala, el capitán se marchó apresuradamente, cabía suponer que para ir en busca de alguien que pudiera recibirlos.

Cruzando una mirada con Fabio, César sonrió.

-¡Qué situación!

-Nos hemos visto en situaciones peores que ésta, César.

-No tientes a Fortuna, Fabio. Me pregunto qué sensación se experimenta al sentarse en un trono.

César ascendió por los peldaños del estrado y se acomodó con cautela en la magnífica silla que había en lo alto, apreciando de cerca lo extraordinario de las incrustaciones en oro y piedras preciosas: lo que

parecía un ojo, salvo que su borde exterior se extendía e hinchaba en una extraña lágrima triangular; una cabeza de cobra; un escarabajo; unas garras de leopardo; unos pies humanos; una peculiar llave; símbolos compuestos de palos.

-¿Es cómoda, César?

-Ninguna silla con respaldo puede ser cómoda para un hombre con toga, razón por la cual nosotros ocupamos sillas curules -contestó César. Se relajó y cerró los ojos. Al cabo de un rato dijo-: Acampad en el suelo; parece que tenemos por delante una larga espera.

Dos de los lictores de menor edad dejaron escapar suspiros de alivio, pero Fabio, escandalizado, movió la cabeza en un gesto de negación.

-No podemos hacer eso, César. Si alguien entrara y nos sorprendiera causaríamos mala impresión.

Como no había reloj de agua, era difícil medir el tiempo, pero a los lictores más jóvenes les parecieron horas enteras las que pasaron allí de pie en un semicírculo con sus *fascas* delicadamente apoyadas entre los pies y el hacha del extremo entre las manos. César siguió durmiendo: una de sus famosas siestas de gato.

-¡Eh, sal de ese trono! -exclamó una joven voz femenina.

César abrió un ojo pero no se movió.

-¡He dicho que salgas del trono!

-¿Quién me lo manda? -preguntó César.

-La princesa real Arsinoe de la casa de Tolomeo.

Al oír esto César se enderezó pero no se levantó; se limitó a mirar con los dos ojos abiertos a la joven, que ahora estaba al pie del estrado.

Detrás de ella había un niño y dos hombres.

Unos quince años, juzgó César: una muchacha robusta, de abundante pecho y cabello dorado, ojos azules, y un rostro que debería adecuarse mejor a su expresión, decidió César: arrogante, airada, peculiarmente autoritaria. Vestía al estilo griego, pero su túnica era de un genuino morado tirio, un color tan oscuro que parecía negro y sin embargo al menor movimiento despedía destellos de tonos ciruela y carmesí. En el cabello llevaba una diadema con gemas incrustadas, en torno al cuello un fabuloso

collar de piedras preciosas, en los brazos desnudos gran cantidad de pulseras; tenía los lóbulos de las orejas anormalmente largos, debido quizás al peso de sus pendientes.

El niño aparentaba nueve o diez años y se parecía mucho a la princesa Arsinoe: la misma cara, los mismos colores de tez y pelo, la misma complexión. También él vestía de morado tirio, una túnica y una *clámide* griega.

Los dos hombres eran obviamente ayudantes de algún tipo, pero el que se hallaba en actitud protectora junto al muchacho era un ser débil, en cuanto que el otro, más cerca de Arsinoe, era una persona que debía tenerse en cuenta. Alto, de espléndido físico, tan rubio como los dos jóvenes de la casa real, poseía una mirada inteligente y calculadora y una boca firme.

-¿Y qué hacemos a partir de ahora? -preguntó César con tranquilidad.

-¡Nada hasta que te postres ante mí! En ausencia del rey, soy la regenta de Alejandría, y te ordeno que bajes de ahí y te humilles -insistió Arsinoe. Miró a los lictores con expresión ceñuda-. ¡Todos vosotros, al suelo!

-Ni César ni sus lictores obedecen órdenes de princesitas insignificantes -dijo César con suavidad-. En ausencia del rey, yo soy el regente de Alejandría en virtud de los términos de los testamentos de Tolomeo Alejandro y de tu padre Auletes. -Se inclinó-. Ahora, princesa, pongámonos manos a la obra... y no me mires con esa cara de niña que necesita una azotaina, o acaso pida a uno de mis lictores que separe una vara de su haz y te la administre. -Miró al impassible acompañante de Arsinoe-. ¿Y tú eres...?

-Ganímedes, tutor eunuco y guardián de mi princesa.

-Bien, Ganímedes, pareces hombre juicioso, así que a ti dirigiré mis comentarios.

-¡Te dirigirás a mí! -vociferó Arsinoe, enrojeciendo-. ¡Y baja de ese trono! ¡Humíllate!

-¡Contén tu lengua! -replicó César-. Ganímedes, exijo alojamiento adecuado para mí y mis acompañantes de alto rango dentro, agua suficiente para mis soldados, que permanecerán a bordo de los barcos hasta que yo averigüe qué ocurre aquí. Es una triste situación cuando el dictador de

Roma llega a cualquier lugar de la tierra y se encuentra con una hostilidad innecesaria y una absurda falta de hospitalidad. ¿Me has entendido?

-Sí, gran César.

-Muy bien. -César se puso en pie y descendió-. No obstante, lo primero que puedes hacer por mí es apartar de mi vista a estos dos niños detestables.

-Eso no puedo hacerlo, César, si deseas que yo permanezca aquí.

-¿Por qué?

-Dolichos es un hombre entero. Él puede llevarse al príncipe Tolomeo Filadelfo, pero la princesa Arsinoe no puede estar en compañía de un hombre entero sin acompañante.

¿Hay algún otro castrado? -preguntó César, disimulando una sonrisa; Alejandría estaba resultándole divertida.

-Claro.

-Entonces ve con los niños, deja a la princesa Arsinoe con algún otro eunuco y regresa de inmediato.

La princesa Arsinoe, momentáneamente amilanada por el tono de César al ordenarle que contuviera la lengua, estaba preparándose para hablar, pero Ganimedes la sujetó firmemente por el hombro y la obligó a salir, precedida por Filadelfo y su tutor.

-¡Qué situación! -volvió a exclamar César, dirigiéndose a Fabio.

-La mano me ardía por el deseo de sacar esa vara, César.

-También la mía -dijo el Gran Hombre con un suspiro-. Aun así, por lo que dicen, la estirpe tolemaica es bastante singular. Ganimedes, como mínimo, es racional. Pero, claro, él no pertenece a la familia real.

-Pensaba que los eunucos eran gordos y afeminados.

-Creo que aquellos castrados en la infancia lo son, pero si los testículos no han sido extirpados hasta pasada la pubertad, puede que no sea ése el caso.

Ganimedes regresó enseguida con una sonrisa en el semblante.

-Estoy a tu servicio, gran César.

-Bastará con un César corriente, gracias. Pero dime: ¿por qué está la corte en Pelusium?

El eunuco pareció sorprenderse.

-Para combatir en la guerra -contestó.

-¿Qué guerra?

-La guerra entre el rey y la reina, César. A principios de año, el hambre provocó la subida de los precios de los alimentos, y Alejandría culpó a la reina (el rey sólo tiene trece años) y se rebeló. -Ganímedes tenía una expresión grave-. Aquí no hay paz, compréndelo. El rey está bajo el control de su tutor, Teodoto, y el chambelán mayor, Poteino. Son hombres ambiciosos, ¿entiendes? La reina Cleopatra es su enemiga.

-¿He de entender que ha huido?

-Sí, pero al sur, a Menfis y con los sacerdotes egipcios. La reina es también faraona.

-¿No son faraones todos los Tolomeos que ocupan el trono?

-No, César, ni mucho menos. El padre de los niños, Auletes, nunca fue faraón. Se negó a aplacar a los sacerdotes egipcios, que ejercen gran influencia en los nativos del Nilo. En tanto que la reina Cleopatra pasó parte de su infancia en Menfis con los sacerdotes. Cuando llegó al trono la ungieron faraona. Rey y reina son títulos alejandrinos; no tienen peso alguno en el Egipto del Nilo, que es el Egipto propiamente dicho.

-Así que Cleopatra, que es faraona, ha huido a Menfis y con los sacerdotes. ¿Y por qué no fuera de Alejandría, como hizo su padre cuando lo derrocaron? -preguntó César fascinado.

-Cuando un Tolomeo abandona Alejandría, debe partir sin dinero. En Alejandría no hay grandes tesoros. Las cámaras del tesoro están en Menfis, bajo la autoridad de los sacerdotes. Así que a menos que el Tolomeo sea también faraón, no hay dinero. La reina Cleopatra recibió dinero en Menfis y viajó a Siria para reunir un ejército. Recientemente ha regresado con ese ejército y ha ido a refugiarse en la ladera norte del monte Casio, en las afueras de Pelusium.

César arrugó la frente.

-¿Una montaña en las afueras de Pelusium? No creía que hubiera ninguna hasta el Sinaí.

-Una enorme montaña de arena, César.

-Ya. Continúa, por favor.

-El general Aquiles llevó el ejército del rey al lado sur del monte, y está allí acampado. Hace poco Poteino y Teodoto acompañaron al rey y la flota a Pelusium. La última noticia que tuve es que se esperaba una batalla -explicó Ganímedes.

-Así pues, Egipto, o más bien Alejandría, está sumida en una guerra civil -dedujo César, empezando a pasearse-. ¿No se ha visto a Cneo Pompeyo Magno en las inmediaciones?

-No que yo sepa, César. Desde luego no está en Alejandría. ¿Es cierto, pues, que lo derrotaste en Tesalia?

-Sí, definitivamente. Se marchó de Chipre hace unos días, y yo creía que con rumbo a Egipto. -No, pensó César, observando a Ganímedes, este hombre desconoce realmente el paradero de mi viejo amigo y adversario. ¿Dónde está Pompeyo, pues? ¿Quizás utilizó ese manantial a diez kilómetros al oeste del puerto de Eunostos y siguió navegando hasta Cirenaica sin parar? Dejó de pasearse-. Muy bien, parece que estoy *in loco parentis* con estos ridículos muchachos y sus disputas. Por tanto mandarás dos mensajeros a Pelusium, uno para el rey Tolomeo, el otro para la reina Cleopatra. Exijo que ambos soberanos se presenten ante mí en su propio palacio. ¿Está claro?

Ganímedes parecía incómodo.

-No preveo dificultades con el rey, César, pero puede que a la reina no le sea posible venir a Alejandría. Nada más verla, la multitud la ahorcará. -Contrajo la boca en actitud de desdén-. El deporte preferido de la turbamulta alejandrina es hacer pedazos a los gobernantes poco populares con sus propias manos. En el ágora, que es muy espaciosa. -Carraspeó-. Debo añadir, César, que por vuestra propia seguridad, sería prudente que tú y tus ayudantes de mayor rango os confinéis en el Recinto Real. En estos momentos gobierna la masa.

-Haz lo que puedas, Ganímedes. Y ahora, si no te importa, me gustaría que me acompañaran a mis aposentos. Asegúrate de que mis soldados son avituallados debidamente. Por supuesto pagaré por cada gota y cada migaja. Pese a los precios excesivos a causa del hambre.

-Así pues -dijo César a Rufrio mientras tomaba una cena tardía en sus nuevos aposentos-, no estoy más cerca de conocer el destino del pobre Magno, pero temo por él. Gánímedes no sabía nada, aunque no me inspira confianza. Si otro eunuco, Poteino, puede aspirar a gobernar a través de un Tolomeo menor de edad, ¿por qué no también Gánímedes a través de Arsinoe?

-Desde luego nos han tratado miserablemente -comentó Rufrio mientras echaba un vistazo alrededor-. En cuanto a alojamiento, nos han metido en una choza. -Sonrió-. César, mantengo a Tiberio Nerón alejado de ti, pero está indignado por tener que compartir sus aposentos con otro tribuno militar, sin mencionar que esperaba cenar contigo.

-¿Por qué habría de desear cenar con uno de los nobles menos epicúreos de Roma? ¡Los dioses me libren de estos insoportables aristócratas!

Como si, pensó Rufrio sonriendo para sus adentros, él no fuera insoportable y aristócrata. Pero la parte insoportable de César no tiene que ver con sus antiguos orígenes. Lo que no puede decir sin menospreciar mi nacimiento es que detesta tener que emplear a un incompetente como Nerón por la única razón de que es un Claudio patricio. Las obligaciones de la nobleza le molestan.

La flota romana permaneció anclada dos días más con la infantería a bordo; presionado, el Intérprete había autorizado a la caballería germana a ir a tierra con sus caballos y acampar en un buen prado frente a las derruidas murallas de la ciudad que daban al lago Mareotis. Los lugareños cedieron un amplio espacio a estos bárbaros de extraordinario aspecto; iban casi desnudos y tatuados y llevaban el pelo, que nunca se cortaban, recogido en una tortuosa red de nudos y rodetes en lo alto de la cabeza. Además, no hablaban ni una sola palabra de griego.

Haciendo caso omiso al consejo de Gánímedes de que permaneciera dentro del Recinto Real, César curioseó y husmeó por todas partes durante aquellos dos días, escoltado sólo por sus lictores, indiferente al peligro. En Alejandría, descubrió, había maravillas dignas de su atención personal: el faro, el Heptastadion, los acueductos y el alcantarillado, la disposición de las construcciones navales, los edificios, la población...

La propia ciudad ocupaba una estrecha franja de piedra caliza entre el mar y un vasto lago de agua dulce; menos de tres kilómetros separaban el mar de esta ilimitada fuente de agua dulce, potable incluso en verano. Preguntando, averiguó que el lago Mareotis se alimentaba de canales que lo comunicaban con la gran desembocadura occidental del Nilo, el Nilo canópico; dado que el Nilo crecía en pleno verano y no a principios de primavera, el Mareotis no presentaba los habituales inconvenientes de los lagos abastecidos por ríos: el estancamiento de aguas, los mosquitos. Un canal, de treinta y cinco kilómetros de longitud, tenía anchura suficiente para dar cabida a dos filas de barcazas y barcos aduaneros, que lo recorrían de continuo.

Un canal distinto y único partía del lago Mareotis en el lado de la ciudad donde estaba la Puerta de la Luna; terminaba en el puerto occidental, si bien sus aguas no se mezclaban con el mar, así que cualquier corriente en él era difusiva, no propulsiva. En los muros de su cauce había una serie de grandes compuertas de bronce, que se alzaban y bajaban con un sistema de cabrestantes accionados por bueyes. El suministro de agua de la ciudad se extraía del canal a través de tuberías en ligera pendiente, y a cada distrito correspondía una compuerta. Otras compuertas cruzaban el canal de parte a parte y podían cerrarse para permitir el dragado de salitre del fondo.

Una de las primeras cosas que César hizo fue ascender por el verde cono llamado Paneio, un monte artificial construido con piedras cubiertas de tierra apisonada en la que se habían plantado exuberantes jardines con arbustos y palmeras bajas. Un camino pavimentado subía en espiral hasta lo alto, y riachuelos con alguna que otra cascada descendían hasta un desagüe en la base. Desde la cima se veía el paisaje en kilómetros a la redonda, de tan llano como era.

La ciudad tenía un trazado rectangular carente de vericuetos. Todas las calles eran anchas, pero dos eran mucho más anchas que ninguna de las vías que César había visto: más de 30 metros de arroyo a arroyo. La avenida Canópica iba desde la Puerta del Sol en el extremo oriental de la ciudad hasta la Puerta de la Luna en el extremo occidental; la avenida Real iba desde la puerta de la muralla del Recinto Real hasta las murallas antiguas.

La biblioteca mundialmente famosa se hallaba dentro del Recinto Real, pero los demás edificios públicos importantes estaban situados en el cruce de las dos avenidas: el ágora, el gimnasio, los tribunales de justicia, y el Paneio o monte de Pan.

Los distritos de Roma eran lógicos en el sentido de que llevaban el nombre de la colina sobre la que se extendían y de los valles que había entre ellas; en la llana Alejandría los puntillosos fundadores macedonios habían dividido el lugar en cinco distritos arbitrarios: Alfa, Beta, Gamma, Delta y Épsilon. El Recinto Real estaba en el distrito Beta; al este no estaba Gamma sino Delta, lugar de residencia de cientos de miles de judíos, que se desbordaban por el sur para ocupar parte de Épsilon, que compartían con muchos miles de métricos (extranjeros con derecho de residencia pero no de ciudadanía). Alfa era la zona comercial de los dos puertos, y Gamma, al suroeste, se conocía también como Rhakotis, el nombre de la aldea anterior al nacimiento de Alejandría.

La mayoría de quienes vivían dentro de las murallas antiguas gozaban en el mejor de los casos de una economía modesta. Los más ricos de la población, todos macedonios puros, residían en los hermosos barrios ajardinados al oeste de la Puerta de la Luna, fuera de las murallas, dispersos entre una vasta necrópolis situada en una zona de parques. Los extranjeros ricos, como los mercaderes romanos, vivían fuera de las murallas, al este de la Puerta del Sol. Estratificación, pensó César; mire a donde mire, veo estratificación.

La estratificación social era extrema y absolutamente rígida; no había «hombres nuevos» para Alejandría.

En aquella ciudad con tres millones de almas, sólo trescientas mil disfrutaban de la ciudadanía alejandrina: eran los descendientes puros de los iniciales colonos macedonios, y defendían sus privilegios implacablemente. El Intérprete, que era el más alto funcionario, tenía que ser de ascendencia macedonia pura; lo mismo ocurría con el Registrador, el Juez Supremo, el Contable, el comandante de noche. De hecho, todos los altos cargos, tanto comerciales como públicos, estaban en manos de los macedonios. Las capas inferiores también se escalonaban en función de la sangre: los híbridos

greco-macedonios, los simples griegos, luego los judíos y los métricos, y en lo más bajo los híbridos greco-egipcios (que eran una clase dedicada a la servidumbre). Una de las dificultades era la adquisición de alimentos. Alejandría no subvencionaba públicamente comida para los pobres, como Roma siempre había hecho y hacía cada vez más. Sin duda era ése el motivo de la hostilidad de los alejandrinos, y del poder de la multitud. *Panem et circenses* es una excelente política. Mantened a los pobres alimentados y entretenidos, y no se sublevarán. ¡Qué ciegos estaban aquellos soberanos orientales!

Dos circunstancias sociales fascinaban a César por encima de las demás. Una era que a los nativos egipcios se les prohibía vivir en Alejandría. La otra era aún más extraña: un padre macedonio de alta cuna castraba a su hijo más inteligente y prometedor a fin de que el adolescente pudiera aspirar a un empleo en el palacio, donde tendría ocasión de ascender al cargo más alto, el de chambelán mayor. Tener a un familiar en el palacio equivalía a contar con la confianza del rey y la reina. Por más que los alejandrinos desprecien a los egipcios, pensó César, han absorbido tantas costumbres egipcias que lo que existe aquí ahora es la mezcla más curiosa entre Oriente y Occidente que puede verse en el mundo.

No destinaba todo su tiempo a tales reflexiones. Ajeno a los gruñidos y amenazadores rostros, César inspeccionó minuciosamente las instalaciones militares de la ciudad, guardando todos los datos en su extraordinaria memoria. Uno nunca sabía cuándo podía necesitar aquellos datos. La defensa era marítima, no terrestre. Era evidente que la moderna Alejandría no temía las invasiones por tierra; la invasión, si llegaba, sería desde el mar, e indudablemente romana.

En el rincón más profundo del puerto occidental, Eunostos, se encontraba el Ciboto -la Caja-, un puerto interior sólidamente fortificado con murallas tan gruesas como las de Rodas y la entrada protegida por formidables cadenas. El perímetro contenía cobertizos para barcos y estaba erizado de artillería; los cobertizos tenían espacio para cincuenta o sesenta grandes galeras de guerra, calculó César. Y los cobertizos del Ciboto no eran los únicos; en el propio Eunostos había muchos más.

Todo ello convertía a Alejandría en una ciudad única, una asombrosa mezcla de belleza física e ingeniosa ingeniería funcional. Pero no era perfecta. Tenía su buena parte de barrios bajos y delincuencia; en las anchas calles de las zonas más pobres de Gamma-Rhakotis y Epsilon se amontonaban los cadáveres de animales y desperdicios en descomposición, y lejos de las dos avenidas se advertía la carencia de fuentes públicas y letrinas comunales. Y no había una sola casa de baños.

Se notaba asimismo una aberración local. ¡Las aves! Los ibis, de dos clases, blancos y negros, eran sagrados. Matar a uno era inconcebible; si un extranjero ignorante lo hacía, lo llevaban a rastras hasta el ágora y allí lo descuartizaban. Conscientes de su carácter sacrosanto, los ibis lo explotaban desvergonzadamente. A la llegada de César, estaban allí instalados, ya que huían de las lluvias veraniegas en la lejana Etiopía. Esto significaba que eran capaces de volar magníficamente, pero una vez en Alejandría dejaban de hacerlo. En lugar de eso, permanecían a millares en aquellas maravillosas calles, apiñándose en los principales cruces con tal densidad, que parecían una capa más de pavimento. Sus abundantes y casi líquidos excrementos ensuciaban hasta el último centímetro de todas las superficies por las que caminaba la gente, y Alejandría, pese a su orgullo cívico, no parecía emplear a nadie para limpiar aquella creciente inmundicia. Probablemente cuando las aves regresaban a Etiopía, la ciudad emprendía una colosal limpieza, pero entre tanto... El tráfico serpenteaba y vacilaba; las carretas debían contratar a un hombre para que las precediera y fuera apartando a esas criaturas. En el interior del Recinto Real, un pequeño ejército de esclavos recogía con delicadeza a los ibis, los metía en jaulas y los soltaba en las calles exteriores.

Lo mejor que uno podía decir de esas aves era que devoraban las cucarachas, las arañas, los escorpiones, los escarabajos y los caracoles, y picoteaban entre los desperdicios de los pescaderos, carniceros y pasteleros. Por lo demás, pensó César sonriendo para sí mientras sus lictores le abrían paso entre los ibis, son el mayor estorbo de toda la creación.

Al tercer día una «barcaza» solitaria llegó al Gran Puerto y fue conducida hábilmente hasta el Puerto Real, una reducida ensenada cerrada

que lindaba con el cabo Loquias. Rufrio había anunciado previamente su visita, así que César fue a situarse en un punto elevado desde el que podía ver perfectamente el desembarco; sin embargo no estaba lo bastante cerca para llamar la atención.

La barcaza era un palacio flotante de enormes dimensiones, todo dorado y púrpura; al pie del mástil había un gran camarote semejante a un templo, con pórtico y pilares incluidos.

Una serie de literas bajó hasta el muelle; cada una iba transportada por seis hombres de estatura y aspecto comparables; la litera del rey era dorada, tenía incrustaciones de piedras preciosas, llevaba unas cortinas de color púrpura tirio e iba engalanada con un penacho de esponjosas plumas púrpura en cada ángulo del tejadillo revestido de azulejos. Su majestad fue acarreado sobre los brazos entrelazados de sus sirvientes desde el camarote-templo hasta la litera e introducido en ella con exquisito cuidado; un muchacho hermoso, blanco y de expresión malhumorada en plena pubertad. Después del rey, apareció un individuo alto con rizos castaños y un rostro atractivo y delicado; Poteino, el chambelán mayor, decidió César, ya que vestía de tono púrpura, un agradable matiz entre el tirio y el chillón magenta de la guardia real y llevaba un collar de oro macizo de peculiar diseño. Les siguió un anciano menudo y afeminado con un ropaje púrpura ligeramente inferior al de Poteino; el carmín de sus labios y el colorete de sus mejillas resaltaban de manera estridente en su cara irascible: Teodoto el tutor. Nunca estaba de más ver a la oposición antes de que ellos lo vieran a uno.

César volvió apresuradamente a su miserable alojamiento y aguardó la llamada real.

Llegó, pero tardó un rato. Cuando César regresó a la sala de audiencias tras sus lictores, encontró al rey sentado no en el trono superior sino en el inferior. Interesante. Su hermana mayor estaba ausente y sin embargo él no se sentía autorizado a ocupar su silla. Vestía la indumentaria de los reyes macedonios: túnica de púrpura tirio, clámide, y un sombrero púrpura de ala ancha con la cinta blanca de la diadema atada alrededor de la alta copa como una banda.

La audiencia fue en extremo formal y muy breve. El rey habló como si recitara de memoria con la mirada fija de Teodoto, tras lo cual despidió a César sin darle oportunidad de plantear su asunto.

Poteino lo siguió al salir.

-¿Una palabra en privado, gran César?

-Con «César» me basta. ¿En mis aposentos o en los tuyos?

-En los míos, creo. Debo disculparme -prosiguió Poteino con voz untuosa mientras caminaba junto a César y tras los lictores- por el nivel de tu alojamiento. Un estúpido insulto. Ese idiota de Ganimedes debería haberte acomodado en el palacio de los invitados.

-¿Ganimedes, un idiota? -repitió César-. No me lo ha parecido.

-Pretende estar por encima de su posición.

-Ah.

Tiene su propio palacio en medio de aquella abundancia de edificios, situado sobre el propio cabo Loquias, con una excelente vista no del Gran Puerto sino del mar. Si el chambelán mayor lo hubiera deseado podría haber salido por la puerta trasera y descendido hasta una pequeña cala para chapotear en el agua con sus mimados pies.

-Muy bonito -dijo César, sentándose en una silla sin respaldo.

-¿Puedo ofrecerte vino de Samos o Kios?

-Ninguno de los dos, gracias.

-¿Agua mineral, pues? ¿Una infusión?

-No.

Poteino se instaló enfrente, sin apartar de César sus inescrutables ojos grises. Puede que no sea rey, pensó César, pero actúa como si lo fuera. Tiene el rostro curtido por la intemperie pero aún atractivo, y su mirada es inquietante. Una mirada sobrecogedoramente inteligente, y más fría incluso que la mía. Controla sus sentimientos de manera absoluta, y es un político. Si es necesario, permanecerá ahí todo el día esperando a que yo dé el primer paso. Lo cual me viene bien. No me importa dar el primer paso, es mi ventaja.

-¿Qué te trae a Alejandría, César?

-Cneo Pompeyo Magno. Estoy buscándolo.

Poteino parpadeó, sinceramente sorprendido.

-¿Buscando en persona a un enemigo derrotado? Sin duda tus legados podrían ocuparse de eso.

-Sin duda podrían, pero me gusta tratar con honor a mis adversarios, y no hay honor en un legado, Poteino. Pompeyo Magno y yo hemos sido amigos y colegas durante los últimos treinta y tres años, y durante una época fue mi yerno. El hecho de que hayamos elegido bandos opuestos en una guerra civil no puede cambiar lo que somos el uno para el otro.

El rostro de Poteino iba empalideciendo; se llevó la valiosa copa a los labios y bebió como si se le hubiera secado la boca.

-Por más que fuerais amigos, ahora Pompeyo Magno es tu enemigo.

-Los enemigos vienen de culturas ajenas, chambelán mayor, no de entre nuestro propio pueblo. «Adversario» es una palabra mejor, una palabra que admite todo lo que hay en común entre dos personas. No, no persigo a Pompeyo Magno como vengador -dijo César sin moverse, aunque en su interior estaba formándose algo así como un nudo frío. Ecuánimemente prosiguió:- Mi política ha sido la clemencia, y mi política continuará siendo la clemencia. He venido en busca de Pompeyo Magno yo mismo para tenderle la mano en un gesto de sincera amistad. Sería mal asunto entrar en un Senado donde no hubiera más que sicofantes...

-No te comprendo -dijo Poteino, totalmente pálido mientras pensaba: no, no, no puedo contarle a este hombre lo que hicimos en Pelusium. Nos equivocamos, hicimos lo imperdonable. El destino de Pompeyo Magno tendrá que ser nuestro secreto. ¡Teodoto! Debo encontrar una excusa para marcharme de aquí e interceptarlo.

Pero no tuvo ocasión. Teodoto irrumpió agitadamente como un ama de casa seguido de cerca por dos esclavos con falda que sostenían entre ambos un gran jarrón. Lo depositaron en el suelo y permanecieron rígidamente a los lados.

Teodoto centró su atención en César, a quien contempló con una mirada de evidente evaluación.

-¡El gran Cayo Julio César! -exclamó con voz aflautada-. ¡Qué honor! Soy Teodoto, tutor de su majestad real, y te traigo un regalo, gran César. -

Dejó escapar una risita-. De hecho, te traigo dos regalos.

No hubo respuesta por parte de César, que permaneció sentado muy erguido, empuñando con la mano derecha la vara de marfil de su cargo, y con la izquierda sujetando por encima del hombro los pliegues de la toga. Su boca, de labios generosos y sensuales, ligeramente arqueados en una sonrisa, se habían convertido en una línea, y los ojos eran dos bolas de hielo orladas de negro.

Alegremente ajeno a ello, Teodoto avanzó y extendió la mano; César dejó la vara en su regazo y alargó la suya para coger el anillo. En el sello se veía una cabeza de león y en torno a la melena las letras CN POM MAG. No lo miró; se limitó a envolverlo con los dedos y apretar hasta que los nudillos perdieron el color.

Uno de los sirvientes levantó la tapa del jarrón mientras el otro introducía en él la mano, revolvía dentro un momento y luego alzaba la cabeza de Pompeyo por la mata de cabello plateado, deslavazado a causa del natrón, que goteaba en el jarrón.

El rostro tenía un aspecto muy apacible, los párpados cubrían aquellos ojos de un azul muy vivo que miraban a su alrededor en el Senado con expresión de inocencia, los ojos del niño malcriado que era. La nariz abultada, la boca pequeña y fina, el mentón hendido, la redonda cara gálica. Todo estaba ahí, todo perfectamente conservado, si bien la piel un poco pecosa tenía ahora un color gris y una textura correosa.

-¿Quién ha hecho esto? -preguntó César a Poteino.

-¡Nosotros, claro! -exclamó Teodoto, con expresión traviesa, satisfecho de sí mismo-. Como le dije a Poteino, los muertos no muerden. Hemos eliminado a tu enemigo, gran César. De hecho, hemos eliminado a dos de tus enemigos. Un día después de venir éste, llegó el gran Lentulo Crus, y lo matamos también. Pero pensamos que no te interesaría ver su cabeza.

César se puso en pie sin pronunciar palabra y se dirigió hacia la puerta. La abrió y gritó:

-¡Fabio! ¡Cornelio!

Los dos lictores entraron de inmediato; sólo el riguroso adiestramiento de años les permitió moderar su reacción cuando contemplaron el rostro de

Pompeyo Magno, chorreando natrón.

-¡Una toalla! -pidió César a Teodoto, y tomó la cabeza de manos del criado que la sostenía-. ¡Traedme una toalla! ¡Una de color púrpura!

Pero fue Poteino quien se movió y chasqueó los dedos a un desconcertado esclavo.

-Ya lo has oído. Una toalla púrpura. Enseguida.

Advirtiéndolo por fin que el gran César no estaba complacido, Teodoto lo miró con la boca abierta de asombro.

-Pero, César, hemos eliminado a tu enemigo -exclamó-. Los muertos no muerden.

César habló con voz baja.

-Mantén la lengua quieta, afeminado. ¿Qué sabes de Roma o los romanos? ¿Qué clase de hombres sois para hacer una cosa así? -Miró la cabeza goteante sin que en sus ojos apareciera una lágrima-. ¡Oh, Magno, ojalá nuestros destinos se invirtieran! -Se volvió hacia Poteino-. ¿Dónde está su cuerpo?

El mal ya estaba hecho; Poteino decidió defenderse con descaro.

-No tengo la menor idea. Se quedó en la playa de Pelusium.

-Encuétralo, pues, monstruo castrado, o arrasaré toda Alejandría alrededor de tu escroto vacío. No es extraño que este lugar se pudra con seres como tú al mando. No mereces vivir, ni tú ni ese rey títere. Andaos con cuidado o tenéis los días contados.

-Me permito recordarte, César, que eres nuestro invitado... y que no te acompañan tropas suficientes para atacarnos.

-No soy vuestro invitado -replicó César-; soy vuestro soberano. Las Vírgenes Vestales de Roma guardan aún el testamento del último rey legítimo de Egipto, Tolomeo XI, y yo tengo el testamento del difunto rey Tolomeo XII. Por tanto, tomaré las riendas del gobierno hasta que me haya pronunciado respecto a la actual situación, y sea cual sea mi decisión, deberá respetarse. Traslada mis pertenencias al palacio de los invitados y trae mi infantería a tierra hoy mismo. Los quiero en un buen campamento dentro de las murallas de la ciudad. ¿Crees que no puedo asolar Alejandría con los hombres que tengo? Piénsalo mejor.

Llegó la toalla, de color púrpura tirio. Fabio la cogió y la extendió. César besó la frente de Pompeyo, depositó la cabeza en la toalla y la envolvió con actitud reverente. Cuando Fabio se disponía a llevársela, César le entregó la vara de marfil de su cargo y dijo:

-No, la llevaré yo. -En la puerta se dio media vuelta-. Quiero que se construya una pequeña pira en los jardines frente al palacio de los invitados. Quiero incienso y mirra para encenderla. ¡Y buscad el cuerpo!

Lloró durante horas, abrazado al bulto de color púrpura tirio, y nadie osó importunarlo. Finalmente Rufrio se acercó con un candil -estaba muy oscuro-para avisarle de que todo había sido trasladado al palacio de invitados y pedirle que lo acompañara hasta allí. Tuvo que ayudar a César a levantarse como si fuera un anciano y guiar sus pasos por los jardines, iluminados por lámparas de aceite cubiertas con globos de cristal alejandrino.

-¡Oh, Rufrio! ¡Que haya tenido que acabar así!

-Lo sé, César. Pero hay una buena noticia. Ha llegado un hombre de Pelusium, Filippo, liberto de Pompeyo Magno. Trae las cenizas del cuerpo, que él mismo quemó en la playa cuando los asesinos se fueron. Como llevaba la bolsa de Pompeyo Magno, ha podido atravesar el Delta en poco tiempo.

De labios de Filippo, pues, conoció César la historia completa de lo que había sucedido en Pelusium, y la huida de Cornelia Metela y Sexto, la esposa y el hijo menor de Pompeyo.

Por la mañana, oficiando César, incineraron la cabeza de Pompeyo Magno y añadieron las cenizas al resto, las guardaron en una urna de oro macizo con granates y perlas marinas incrustados. A continuación César embarcó a Filippo y su pobre esclavo a bordo de un mercante con rumbo al oeste, para que llevara las cenizas de Pompeyo Magno a la viuda. El anillo, confiado también a Filippo, debía llegar a manos del primogénito, Cneo Pompeyo, dondequiera que estuviese.

Hecho todo eso, Cesar mando aun sirviente a alquilar veintiseis caballos y partió a inspeccionar el cumplimiento de sus órdenes y pronto descubrió que era vergonzoso. Poteino había acampado a sus tres mil doscientos

legionarios en Rhakotis, en una zona de tierra baldía plagada de gatos (también animales sagrados) que cazaban a los miles de ratas y ratones y, por supuesto, ocupada ya por los ibis. Los lugareños, todos híbridos greco-egipcios pobres, estaban resentidos porque el campamento romano se hallaba en medio de su barrio y porque Alejandría, azotada por el hambre, ahora tenía muchas bocas que alimentar. Los romanos podían permitirse comprar la comida, por alto que fuera su precio, pero para los pobres el precio subiría más aún por el hecho de tener que repartirse aún más los alimentos.

-Bien, construiremos un muro temporal y una empalizada en torno a este campamento, pero lo haremos de modo que parezca permanente. Los nativos son desagradables, muy desagradables. ¿Por qué? Porque tienen hambre. Con una renta de doce mil talentos anuales, sus miserables gobernantes no les subvencionan los alimentos. Todo este lugar es un claro ejemplo de por qué Roma derrocó a los reyes de Alejandría. -César resopló-. Pon centinelas a unos pasos el uno del otro, Rufrio, y di a los hombres que incluyan el ibis asado en su dieta. ¡Me río de las aves sagradas de Alejandría!

Está de mal humor, pensó Rufrio con sorna. ¿Cómo podían aquellos necios de palacio asesinar a Pompeyo Magno y pensar que así complacerían a César? Está loco de dolor, y no costaría mucho inducirle a causar mayores estragos en Alejandría que los que causó en Uxellodunum o Cenabum. Más aún, los hombres no llevan un día en tierra y ya ansían matar a los lugareños. Está creándose un mal ambiente, y preparándose un desastre.

Dado que no le correspondía a él plantear nada de aquello, se limitó a cabalgar junto al Gran Hombre y oírlo despotricar. No es sólo el dolor lo que tanto lo saca de quicio. Los necios del palacio lo han privado de la oportunidad de obrar con misericordia, de acoger a Magno otra vez en nuestro seno romano. Magno habría aceptado. Catón, no, nunca. Pero Magno, sí, siempre.

La inspección del campamento de caballería sólo sirvió para exasperar más a César. Los germanos ubíes no estaban rodeados por los pobres y había abundantes pastos, un lago limpio donde beber, pero era imposible

utilizarlos conjuntamente con la infantería, gracias al impenetrable pantano que se extendía entre ellos y el extremo occidental de la ciudad, donde estaba la infantería. Poteino, Ganímedes y el inteligente habían sido astutos. Pero ¿por qué la gente hace enfadar a César?, se preguntaba Rufrio desesperado. Cada obstáculo que ponen en su camino aumenta su determinación. ¿Realmente pueden engañarse hasta el punto de creer que son más inteligentes que César? Sus años en las Galias lo han dotado de una capacidad estratégica tan extraordinaria que nadie puede comparársele. Pero contén tu lengua, Rufrio, cabalga a su lado y obsérvalo planear una campaña que acaso no necesite llevar a cabo. Pero si lo necesita, estará preparado.

César despidió a sus lictores y envió a Rufrio de regreso al campamento de Rhakotis con ciertas órdenes. A continuación, atento a cuanto lo rodeaba, guió su caballo calle arriba y luego calle abajo, a paso suficientemente lento para permitir que los ibis eludieran los cascos del animal. En el cruce de las avenidas Canópica y Real, entró en el ágora, un extenso espacio abierto rodeado en sus cuatro lados por una arcada con una pared roja oscura al fondo y pilares dóricos pintados de azul. Después fue hasta el gimnasio, casi de las mismas dimensiones, con análogas arcadas pero provisto de baños calientes, baños fríos, pista atlética y cuadriláteros para ejercitarse. En cada uno de estos espacios detuvo el caballo, ajeno a las miradas iracundas de los alejandrinos y los ibis, y después desmontó para examinar los techos de las arcadas cubiertas y los pasillos. En los tribunales de justicia, se paseó por el interior, aparentemente fascinado por los altos techos de las salas. Desde allí se dirigió a caballo hasta el templo de Poseidón y luego al Serapeum, en Rhakotis, un santuario dedicado a Serapis con un enorme templo en medio de jardines y otros templos menores. Posteriormente visitó el puerto y los muelles, los almacenes; el Emporio, un gigantesco centro comercial, recibió mucha atención de su parte, al igual que los embarcaderos y los malecones de gruesas vigas de maderas cuadradas. También despertaron su interés otros templos y grandes edificios públicos de la avenida Canópica, en especial sus techos, sostenidos todos por macizas vigas de madera. Finalmente regresó al campamento germano

por la avenida Real con el propósito de dar instrucciones respecto a las obras de fortificación.

-Te enviaré dos mil soldados como mano de obra adicional para empezar a dismantelar las murallas de la ciudad antigua -anunció a su legado-. Utilizarás las piedras para construir dos nuevas murallas, cada una comenzando en la parte trasera de la primera casa a ambos lados de la avenida Real y abriéndose hacia el exterior hasta llegar al lago. Tendrá una anchura de ciento treinta metros en el extremo de la avenida Real, pero de mil quinientos metros en el lago. Eso os fortalecerá de cara al pantano al oeste, en tanto que la muralla oriental cortará la carretera que conduce al canal navegable entre el lago y el Nilo canópico. La muralla occidental será de diez metros de altura; el pantano proporcionará defensa adicional. La muralla oriental será de siete metros de altura, con una zanja de cinco metros de profundidad en el exterior minada con *stimuli*, y un foso lleno de agua más allá. Dejad una brecha en la muralla oriental para permitir el tráfico hacia el canal, pero tened piedras a punto para cerrar la brecha en cuanto os lo ordene. Ambas murallas han de tener una torre de vigilancia cada treinta metros, y os enviaré ballestas para colocar en lo alto de la muralla occidental.

Imperturbable, el legado lo escuchó y luego fue a reunirse con Arminio, el jefe ubí. Los germanos no servían para construir murallas, pero su trabajo consistiría en reunir comida y forraje para los caballos. También podían buscar madera para las puntiagudas estacas endurecidas al fuego llamadas *stimuli* y empezar a tejer mimbre para los parapetos. Los germanos eran unos tejedores magníficos.

De nuevo en la avenida Real, César cabalgó hasta el Recinto Real para inspeccionar su muralla de siete metros de altura, que iba desde los peñascos del teatro de Akron hasta el mar en el extremo más alejado del cabo Loquias. No había una sola torre de vigilancia, y no tenía el verdadero carácter defensivo de una muralla; se había puesto mucho más esfuerzo y cuidado en su decoración. No era extraño que la muchedumbre irrumpiera con tanta frecuencia en el Recinto Real. Aquella muralla no impediría entrar ni a un enano emprendedor.

¡Tiempo, tiempo! Su plan iba a requerir tiempo, y tendría que enfrentarse con muchos necios hasta que los preparativos se hubieran terminado. En primer lugar, y por encima de todo, no debía advertirse indicio alguno, aparte de la actividad en el campamento de caballería, de que algo estaba ocurriendo. Poteino y sus adláteres, como el Intérprete, supondrían que César pretendía atrincherarse en la fortaleza de la caballería, abandonar la ciudad si lo atacaban. Bien, que lo pensarán.

Cuando Rufrio regresó de Rhakotis, recibió más órdenes, tras lo cual César convocó a todos sus legados de menor rango (incluido el inevitable Tiberio Claudio Nerón), y les expuso sus planes. Respecto a su discreción, estaba seguro de ella; aquello no era Roma contra Roma, aquello era una guerra contra una potencia extranjera que a ninguno de ellos les gustaba.

Al día siguiente hizo llamar al rey lolomeo, a Poteino, a Teodoto y a Ganímedes al palacio de los invitados, donde los acomodó en asientos mientras él ocupaba su silla curul en lo alto de un estrado. Eso no satisfizo al pequeño rey, pero se dejó aplacar por Teodoto. Ése ha empezado ya la iniciación sexual, pensó César. ¿Qué oportunidades tiene un muchacho así con semejantes consejeros? Si vive, no será mejor soberano que su padre.

-Os he hecho venir para hablaros de un asunto que mencioné anteayer-dijo César con un pergamino en el regazo-. A saber: la sucesión del trono de Alejandría en Egipto, que ahora veo como una cuestión un tanto distinta al trono de Egipto del Nilo. Por lo visto, rey, este último está en las manos de tu hermana ausente, pero no en las tuyas.

Para reinar en Egipto del Nilo, el soberano ha de ser faraón, como lo es la reina Cleopatra. ¿ Por qué, rey, tu cosoberana, hermana y esposa es una exiliada al frente de un ejército de mercenarios en contra de sus propios súbditos?

Poteino contestó; César no esperaba otra cosa. El pequeño rey hacía lo que se le mandaba, y carecía de inteligencia suficiente para pensar si antes no se le explicaban bien las cosas.

-Porque sus súbditos se alzaron contra ella y la expulsaron, César.

-¿Por qué se alzaron contra ella?

-A causa del hambre -respondió Poteino-. El Nilo no se ha desbordado durante dos años consecutivos. El año pasado, la lectura del nilómetro fue la más baja desde que los sacerdotes empezaron a llevar el registro hace tres mil años. El Nilo creció sólo ocho pies romanos.

-Explicate.

-Hay tres clases de inundación, César. Los Codos de la Muerte, los Codos de la Abundancia y los Codos de la Saciedad. Para anegar sus orillas e inundar el valle, el Nilo debe aumentar dieciocho pies romanos. Cualquier medida por debajo de ésta entra en los Codos de la Muerte: el agua y el légamo no se depositan en la tierra, y por tanto no es posible cultivarla. En Egipto nunca llueve. El auxilio nos llega del Nilo. Las mediciones entre dieciocho y treinta y dos pies romanos constituyen los Codos de la Abundancia. El Nilo se desborda lo suficiente para propagar el agua y el légamo por todos los campos de cultivo, y hay cosecha. Las inundaciones por encima de treinta y dos pies inundan el valle de tal modo que se llevan las aldeas y las aguas no retroceden a tiempo para la siembra -dijo Poteino como si hablara de memoria. Obviamente no era ésa la primera vez que tenía que explicar el ciclo de inundaciones a un extranjero ignorante.

-¿El nilómetro? -preguntó César-.

-El instrumento con el que se mide el nivel de inundación. Es un pozo excavado a un lado del Nilo con los Codos marcados en la pared. Hay varios, pero uno de los principales se encuentra a cientos de kilómetros al sur, en la Elefantina, a la altura de la Primera Catarata. Allí el Nilo empieza a crecer un mes antes que en Menfis, en el extremo del Delta. Así conocemos de antemano cómo va a ser la inundación del año. Un mensajero trae la noticia río abajo.

-Entiendo. Sin embargo, Poteino, la renta de la casa real es enorme. ¿No la usáis para comprar grano cuando los cultivos no germinan?

-Sin duda César sabe -contestó Poteino tranquilamente- que ha habido sequía en todas las tierras del Mar Vuestro, desde Hispania hasta Siria. Hemos comprado, pero el coste va en aumento, y naturalmente ese coste debe transmitirse a los consumidores.

-¿En serio? ¡Qué sensato! -fue la respuesta igualmente tranquila de César. Levantó el pergamino que tenía en el regazo-. Encontré esto en la tienda de Cneo Pompeyo Magno después de Farsalia. Es el testamento de Tolomeo XII, tu padre -dijo dirigiéndose al muchacho, adormilado de aburrimiento-, y está muy claro. Dispone que Alejandría y Egipto sean gobernados conjuntamente por su hija mayor, Cleopatra, y su hijo mayor, Tolomeo Evergetes, como marido y mujer.

Poteino se había puesto en pie de un salto. Tendió una mano imperiosa.

-Déjame verlo -exigió-. Si existiera un testamento legítimo y verdadero, se encontraría aquí en Alejandría, con el Registrador, o en Roma, con las Vírgenes Vestales.

Teodoto se había colocado de pie detrás del pequeño rey, clavando los dedos en su hombro para mantenerlo despierto; Gánímedes seguía sentado, escuchando impasible. Tú, pensó César de Gánímedes, eres el más capacitado. ¡Cuánto debe indignarte tener a Poteino como superior! Y sospecho que preferirías ver a tu joven Tolomea, la princesa Arsinoe, sentada en el trono mayor. Todos odian a Cleopatra, pero ¿por qué?

-No, chambelán mayor, no puedes verlo -repuso con frialdad-. En él, Tolomeo XII, conocido como Auletes, declara que su testamento no se depositó en Alejandría ni en Roma debido a... ejem... «problemas de Estado». Puesto que nuestra guerra civil era aún cosa del futuro cuando se redactó este documento, Auletes debía de referirse a sucesos de Alejandría. -Se enderezó, adoptando una expresión todavía más severa-. Ya es hora de que Alejandría se apacigüe, y de que sus soberanos sean más generosos con los desvalidos. No estoy dispuesto a marcharme de esta ciudad hasta que se hayan establecido unas condiciones humanas y sólidas para toda su población, y no sólo para los ciudadanos macedonios. No dejaré enconados focos de resistencia contra Roma a mis espaldas, ni permitiré que ningún país se presente como núcleo de posterior resistencia contra Roma. Aceptad el hecho, caballeros, de que el dictador César permanecerá en Alejandría hasta resolver sus asuntos..., hasta sajar el furúnculo, podríamos decir. Por tanto, espero sinceramente que hayáis enviado ese mensajero a la reina Cleopatra y que la tengamos aquí dentro de unos días.

Y esto, pensó, es lo más que voy a decir para dejar claro que el dictador César no se marchará mientras Alejandría pueda ser una base al servicio de los republicanos. Todos deben ser conducidos hasta la provincia de África, donde podré aplastarlos colectivamente.

Se puso en pie.

-Podéis marcharos.

Se fueron muy enfurruñados.

-¿Enviaste un mensajero a Cleopatra? -preguntó Ganimedes al chambelán mayor cuando salieron a la rosaleda.

-Le envié dos -contestó Poteino sonriente-, pero a bordo de un barco muy lento. Envié también a un tercero, en una batea muy veloz, al general Aquiles, por supuesto. Cuando los dos mensajeros lentos salgan del Delta en la desembocadura del Pelusiaco, Aquiles tendrá hombres aguardando. -Dejó escapar un suspiro-. Mucho me temo que Cleopatra no recibirá ningún mensaje de César. Al final él le dará la espalda, considerándola demasiado arrogante para someterse al arbitrio romano.

-Ella tiene sus espías en el palacio -dijo Ganimedes, con la mirada fija en las figuras menguantes de Teodoto y el pequeño rey, que se alejaban apresuradamente-. Intentará ponerse en contacto con César; le conviene.

-Soy consciente de eso. Pero el capitán Agatacles y sus hombres patrullan cada palmo de la muralla y cada ola a ambas orillas del cabo Loquias. No conseguirá cruzar mi red. -Poteino se detuvo para mirar a la cara al otro eunuco, de igual estatura y atractivo físico-. Supongo, Ganimedes, que prefieres a Arsinoe como reina.

-Son muchos los que preferirían a Arsinoe como reina -repuso Ganimedes sin alterarse-. La propia Arsinoe, por ejemplo. Y su hermano el rey. Cleopatra está contaminada por Egipto, es veneno.

-Siendo así -dijo Poteino, empezando a andar de nuevo-, creo que nos corresponde a nosotros dos trabajar con ese propósito. No puedes ocupar mi cargo, pero si tu discípula sube al trono, no resultará un gran inconveniente para ti, ¿verdad?

-No -contestó Ganimedes, sonriente-. ¿Qué se trae entre manos César?

-¿A qué te refieres?

-Se trae algo entre manos, lo presiento. Hay mucha actividad en el campamento de la caballería, y confieso que me sorprende que no haya empezado a fortificar su campamento de infantería en Rhakotis teniendo en cuenta su conocida minuciosidad.

-¡A mí lo que me molesta es su despotismo! -exclamó Poteino de manera tajante-. Cuando acabe de fortificar el campamento de la caballería no quedará una sola piedra en las murallas de la ciudad antigua.

-¿Por qué pienso que todo esto no es más que un pretexto? -preguntó Ganímedes.

Al día siguiente César mandó a alguien a buscar a Poteino, y a nadie más.

-He de plantearte un asunto en nombre de un viejo amigo -dijo César, relajado y expansivo.

-¿Sí?

-¿Quizá recuerdes a Cayo Rabino Póstumo? Poteino arrugó la frente.

-Rabirio Póstumo..., quizá sí, vagamente.

-Llegó a Alejandría después de que el difunto Auletes volviera a ocupar su trono. Su objetivo era recaudar unos cuarenta millones de sestercios que Auletes debía a un consorcio de banqueros romanos, siendo Rabirio el principal de ellos. Sin embargo, por lo visto, el Contable y sus espléndidos funcionarios macedonios habían dejado que las finanzas de la ciudad se deterioraran hasta un estado alarmante. Así que Auletes dijo a mi amigo Rabirio que tendría que conseguir el dinero poniendo en orden tanto el *fiscus* real como el público. Cosa que Rabirio hizo, trabajando día y noche con vestimenta macedonia que le resultaba tan repulsiva como molesta. Al cabo de un año, las finanzas estaban magníficamente organizadas. Pero cuando Rabirio pidió sus cuarenta millones de sestercios, Auletes y tu predecesor lo desnudaron y lo metieron en un barco con destino a Roma. Da gracias por marcharte con vida, era el mensaje. Rabirio llegó a Roma sin una sola moneda. Para un banquero, Poteino, es un horrendo destino.

Los ojos grises de uno y azul claro del otro permanecían trabados en una fija mirada. Pero una vena latía muy deprisa en el cuello de Poteino.

-Por suerte -prosiguió César plácidamente-, pude ayudar a mi amigo Rabirio a recuperarse económicamente, y ahora es, junto con mis otros amigos Balbo, Balbo el joven y Cayo Opio, un auténtico plutócrata entre los plutócratas. Sin embargo, una deuda es una deuda, y una de las razones por las que decidí visitar Alejandría tiene que ver con esa deuda. Chambelán mayor, en mí has de ver al administrador de Rabirio Póstumo. Devuelve los cuarenta millones de sestercios de inmediato. En términos internacionales ascienden a mil seiscientos talentos de plata. En rigor debería exigirte un interés sobre esa suma del diez por ciento habitual, pero estoy dispuesto a pasar eso por alto. Me conformo con el capital.

-No estoy autorizado a pagar las deudas del difunto rey.

-Tú no, pero el actual rey sí.

-El rey es menor de edad.

-Por eso acudo a ti, amigo mío. Paga.

-Necesitaré amplia documentación como prueba.

-Con mucho gusto mi secretario Faberio te la procurará.

-¿Eso es todo, César? -preguntó Poteino, poniéndose en pie.

-Por el momento. -César salió con su invitado, la personificación misma de la cortesía-. ¿Se sabe ya algo de la reina?

-Nada en absoluto, César.

Teodoto se reunió con Poteino en el palacio principal, cargado de noticias.

-¡Mensaje de Aquiles! -anunció.

-Doy gracias a Serapis. ¿Y qué dice?

-Que los mensajeros están muertos y Cleopatra sigue en su escondite del monte Casio. Aquiles está convencido de que desconoce la presencia de César en Alejandría, pero nadie sabe cómo va a interpretar la siguiente acción de Aquiles. En estos momentos él está trasladando en barco veinte mil soldados de a pie y diez mil hombres a caballo desde Pelusium. Los vientos etesios han empezado a soplar, así que deberían llegar aquí en dos días. -Teodoto chasqueó la lengua de satisfacción-. ¡Lo que daría yo por ver la cara de César cuando llegue Aquiles! Dice que utilizará los dos puertos, pero planea acampar frente a la Puerta de la Luna. -Hombre poco

observador, vio con repentina perplejidad la sombría expresión de Poteino-.
¿No te complace la noticia, Poteino?

-Sí, sí, no es eso lo que me preocupa -repuso Poteino-. Acabo de ver a César, que reclama con apremio el dinero que Auletes se negó a pagar al banquero romano, Rabirio Póstumo. ¡Qué desfachatez! ¡Qué temeridad! ¡Después de tantos años! Y no puedo pedir al Intérprete que pague una deuda privada del difunto rey.

-¡Habrased visto!

-Bueno -susurró Poteino-, pagaré a César el dinero, pero lamentará haberlo pedido.

-Problemas -dijo Rufrio a César al día siguiente, el octavo desde su llegada a Alejandría.

-¿De qué clase?

-¿Has recaudado la deuda de Rabirio Póstumo?

-Sí.

-Los agentes de Poteino cuentan a todo el mundo que has saqueado el tesoro real, fundido la vajilla de oro y vaciado los graneros para tus tropas.

César prorrumpió en carcajadas.

-Las cosas empiezan a estar al rojo vivo, Rufrio. Mi mensajero ha regresado del campamento de la reina Cleopatra... No, no utilicé los tan cacareados canales del Delta; lo envié a caballo a todo galope, con cambio de montura cada quince kilómetros. Ningún mensajero de Poteino se ha puesto en contacto con ella, claro está. Los habrán matado, imagino. La reina me envía una carta muy cordial e informativa, en la que me comunica que Aquiles y su ejército están preparándose para regresar a Alejandría, donde se proponen acampar fuera de la ciudad, ante la Puerta de la Luna.

Rufrio parecía impaciente.

-¿Empezamos? -preguntó.

-No hasta que me haya trasladado al palacio principal y tenga bajo mi cargo al rey -respondió César-. Si Poteino y Teodoto pueden utilizar al pobre muchacho como instrumento, también podré hacerlo yo. Deja que la cábala levante su propia pira funeraria sin saberlo durante dos o tres días. Pero ten a mis hombres a punto para la acción. Cuando llegue el momento,

tendrán mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo. -Estiró los brazos relajadamente-. ¡Qué placer es tener a un enemigo extranjero!

Al décimo día de la estancia de César en Alejandría, un pequeño *dhow* del Nilo entró en el Gran Puerto entre las naves de la flota de Aquiles que estaban llegando y se abrió paso entre las torpes embarcaciones de transporte sin ser advertido. Finalmente amarró en el malecón del Puerto Real, donde un destacamento de la guardia lo observó acercarse con atención para asegurarse de que no lo abandonaba ningún nadador furtivo. Sólo dos hombres viajaban a bordo del *dhow*, ambos sacerdotes egipcios, descalzos, con la cabeza afeitada, y vestidos con túnicas de hilo blanco que se ceñían bajo el pecho y se iban ensanchando hacia un dobladillo a la altura de la pantorrilla. Los dos eran *mete-en-sa*, sacerdotes corrientes sin autorización para llevar oro encima.

-Eh, ¿adónde creéis que vais? -preguntó el cabo de la guardia.

El sacerdote que iba en la proa bajó y se quedó con las manos unidas palma contra palma ante las ingles, en una postura de sumisión y humildad.

-Deseamos ver a César -dijo en griego con marcado acento.

-¿Para qué?

-Traemos un regalo para él del *u'eb*.

-¿Quién?

-Sem de Ptah, Neb-notru, wer-kherep-hemw , Seker-cha'bau, Ptah-mose, Cha'em-uese -recitó el sacerdote con voz monótona.

-No me has sacado de dudas, sacerdote, y estoy perdiendo la paciencia.

-Traemos un regalo para César del *u'eb*, el sumo sacerdote de Ptah en Menfis. Antes te he dicho su nombre completo.

-¿Cuál es ese regalo?

-Aquí está -dijo el sacerdote, volviendo a subir al velero seguido de cerca por el cabo.

En el fondo de la quilla había una estera enrollada, un objeto vulgar para un alejandrino macedonio, con sus estridentes colores y dibujo angular. Era posible comprarlas mejores en el más mísero mercado de Rhakotis. Y probablemente estaba infestada de bichos.

-¿Vais a regalarle eso a César?

-Sí, ¡oh personaje real!

El cabo desenvainó la espada y la hincó con tiento en la estera.

-Yo no lo haría -dijo el sacerdote.

-¿Por qué no?

El sacerdote fijó su mirada en la del cabo y luego hizo un movimiento con la cabeza y el cuello que indujo al hombre a retroceder aterrorizado. De pronto no tenía ante sí a un sacerdote egipcio, sino la cabeza y el sombrero de una cobra.

El sacerdote siseó y sacó una lengua viperina. El cabo, pálido, saltó al embarcadero. Tragando saliva, recuperó el habla: -¿No le gusta César a Ptah?

-Ptah creó a Serapis, como a todos los dioses, pero considera a Júpiter óptimo Máximo una afrenta para Egipto -explicó el sacerdote.

El cabo sonrió; ante sus ojos danzó una bonita recompensa por parte de Poteino.

-Llevad vuestro regalo a César -dijo-, y que Ptah realice sus propósitos. Andad con cuidado.

-Así lo haremos, personaje real.

Los dos sacerdotes se inclinaron, levantaron el cilindro ligeramente flexible situándose uno a cada extremo, y lo izaron con facilidad al embarcadero.

-¿Hacia dónde vamos? -preguntó el sacerdote.

-Seguid ese camino a través de la rosaleda. Es el primer palacio a la izquierda después del pequeño obelisco.

Y hacia allí se dirigieron al trote, con la estera suspendida entre ambos. Un objeto ligero.

Ahora, pensó el cabo, sólo tengo que esperar a que nuestro indeseado invitado muera a causa de la mordedura de la serpiente. Después será recompensado.

El regordete gastrónomo Cayo Trebatio Testa entró contoneándose con el entrecejo fruncido; de más estaba decir que optaría por servir junto al César en aquella guerra civil, pese al hecho de que su patrono oficial era Marco Tulio Cicerón. No sabía bien por qué había decidido viajar a

Alejandría, salvo por el hecho de que siempre andaba en busca de nuevos placeres para el paladar. Pero en Alejandría no había encontrado ninguno.

-César -anunció-, ha llegado para ti un peculiar objeto desde Menfis, del sumo sacerdote de Ptah. ¡No es una carta!

-¡Qué intrigante! -comentó César, apartando la vista de sus papeles-. ¿Ha llegado el objeto en buen estado? ¿No lo han estropeado?

-Dudo que alguna vez se haya encontrado en buen estado -dijo Trebatio con un mohín de desaprobación-. Una estera roñosa. No es una alfombra.

-Tráela exactamente como ha llegado.

-Tendrán que ser tus lictores, César. Los esclavos del palacio, al ver a los portadores, han palidecido más que un germano del Quersoneso Címbrico.

-Tú tráemela, Trebatio.

Dos jóvenes lictores la acarrearón, la depositaron en el suelo y miraron a César, que tenía una expresión un tanto amenazadora.

-Gracias, podéis marcharos.

Manlio se removió inquieto.

-César, ¿podemos quedarnos? Esto ha llegado bajo la custodia de dos de los individuos más extraños que hemos visto. Nada más dejar el paquete, se han marchado como si les persiguieran las Furias. Fabio y Cornelio querían abrirlo, pero Cayo Trebatio se ha opuesto.

-Excelente, ahora marchaos, Manlio. Fuera, fuera.

Al quedarse solo con la estera, César, sonriente, la rodeó y luego se arrodilló y echó un vistazo por un extremo de la alfombra enrollada.

-¿Puedes respirar ahí dentro? -preguntó.

Desde el interior alguien habló, aunque de manera ininteligible. Entonces César advirtió que ambos extremos de la estera habían sido obturados con una tira de mimbre para que el grosor fuera uniforme de una punta a la otra. ¡Qué ingenioso! Extrajo el relleno, y desenrolló el regalo de Ptah con gran delicadeza.

No era extraño que aquella fémina pudiera esconderse en una estera. Era una menudencia. ¿Dónde estaba la robustez heredada de Mitrídates?, se preguntó César, yendo a sentarse en una silla a fin de examinarla. No medía

ni cinco pies romanos, y con suerte pesaba un talento y medio, cuarenta kilos si calzaba sandalias de plomo.

César no tenía por costumbre malgastar su precioso tiempo imaginándose qué aspecto tendrían unas personas desconocidas, ni siquiera cuando dichas personas eran del rango de aquélla. Pero desde luego no esperaba encontrarse a una criatura pequeña y delgada sin el menor aire de majestad. Tampoco a ella le preocupaba su apariencia, descubrió César con asombro, pues se puso en pie como un mono y ni una sola vez miró alrededor en busca de un objeto de metal bruñido que usar como espejo. ¡Vaya!, me gusta, pensó. Me recuerda a mi madre, con esa misma actitud práctica y briosa. Sin embargo su madre había sido considerada la mujer más hermosa de Roma, mientras que nadie juzgaría hermosa a Cleopatra desde ningún punto de vista.

No tenía pecho ni caderas; era recta de arriba abajo, los brazos como palos unidos a los rectos hombros, un cuello largo y descarnado, y una cabeza que recordaba a la de Cicerón, demasiado grande para aquel cuerpo. Su rostro era realmente feo, ya que tenía la nariz tan grande y aguileña que atraía toda la atención. En comparación, el resto de sus facciones eran bastante agradables: una boca carnosa pero no demasiado, pómulos atractivos, una cara ovalada con un mentón firme. Sólo los ojos eran hermosos, muy grandes y separados, con oscuras pestañas bajo oscuras cejas, y los iris del mismo color que los de un león, amarillo dorado. ¿Dónde he visto yo ojos de ese color? Entre los vástagos de Mitrídates el Grande, desde luego. Bueno, es su nieta, pero no es una Mitrídates en nada excepto en los ojos; son gente alta y grande con nariz germánica y pelo pajizo. El cabello de Cleopatra era de color castaño claro y poco espeso, separado en retorcidos mechones desde lo alto de la cabeza hasta la nuca, como la cáscara de un melón, y recogido detrás en un apretado moño. Una piel preciosa, aceitunada y tan transparente que debajo se veían las venas. La cinta blanca de la diadema le rodeaba la cabeza bajo el nacimiento' del pelo; era el único indicio de su realeza, ya que el sencillo vestido griego era de un tono canela apagado, y no llevaba joyas.

Ella lo escrutaba con igual detenimiento y aire sorprendido.

-¿Qué ves? -preguntó él solemnemente.

-Una gran belleza, César, pero te imaginaba moreno.

-Hay romanos rubios, romanos castaños y romanos de pelo negro. También hay romanos pelirrojos y con muchas pecas.

-De ahí vuestros *cognomina*: Albino, Flavio, Rufo, Niger.

Su voz era maravillosa, grave y tan melodiosa que parecía cantar en lugar de hablar.

-¿Sabes latín? -preguntó César, siendo ahora él el sorprendido.

-No, no he tenido ocasión de aprenderlo -contestó Cleopatra-. Hablo ocho lenguas, pero son todas orientales: el griego, egipcio antiguo, egipcio demótico, hebreo, arameo, árabe, medo y persa. -Sus felinos ojos resplandecieron-. ¿Quizá querrás enseñarme latín? Soy buena alumna.

-Dudo que tenga tiempo, niña, pero si lo deseas te enviaré un tutor de Roma. ¿Qué edad tienes?

-Veintiún años. Ocupo el trono desde hace cuatro.

-Una quinta parte de tu vida. Eres una veterana. Siéntate.

-No. Si me siento, no te veré bien. Eres muy alto -contestó ella, paseándose.

-Sí, como los galos y los germanos. Al igual que Sila, yo podía pasar por uno de ellos si era necesario. ¿Y por qué tienes tan poca estatura? Tus hermanos y tu hermana son altos.

-Parte de mi corta estatura es heredada. La madre de mi padre era una princesa nabatea, pero no plenamente árabe. Su abuela era la princesa parta Rodogune, otro lazo de sangre con el rey Mitrídates. Dicen que los partos son bajos. Sin embargo mi madre achacaba mi corta estatura a una enfermedad que padecí de niña. Así que siempre he pensado que el Hipopótamo y el Cocodrilo absorbieron mi crecimiento por sus narices como hacen con el río.

César contrajo los labios.

-¿Como hacen con el río?

-Sí, durante los Codos de la Muerte. El Nilo no crece cuando Taueret, el Hipopótamo, y Sobek, el Cocodrilo, absorben el agua por sus narices. Lo hacen cuando se enojan con el faraón -explicó con total seriedad.

-Puesto que tú eres la faraona, ¿por qué están enojados contigo?

El Nilo lleva dos años en los Codos de la Muerte, tengo entendido.

El rostro de Cleopatra expresó indecisión; se dio media vuelta, se paseó de arriba abajo, y regresó de pronto para plantarse justo frente a él, mordiéndose el labio inferior.

-El asunto es sumamente urgente -dijo-, así que no tiene sentido que me esfuerce en seducirte con artes de mujer. Esperaba que fueras un hombre poco atractivo. Al fin y al cabo eres ya mayor, y por tanto dispuesto a dejarse atraer por mujeres poco hermosas como yo. Pero veo que es verdad lo que cuentan: que puedes tener a cualquier mujer que desees pese a tu edad.

César había ladeado la cabeza y sus ojos fríos y altivos la observaban con una expresión cálida pero sin la menor lujuria. Simplemente la absorbía con la mirada, recreándose en ella. Se decía que Cleopatra se había comportado valientemente en situaciones adversas: el asesinato de los hijos de Bibulo, el alzamiento de Alejandría, y sin duda también otras crisis. Sin embargo hablaba como una joven virginal. Por supuesto era virgen. Obviamente su hermano/marido no había consumado aún su unión, y ella era una diosa en la tierra, no podía emparejarse con mortales. Rodeada de eunucos, con la prohibición de quedarse sola con hombres no castrados. Su situación era, como decía ella, en extremo apurada, o de lo contrario no estaría aquí sola conmigo, un mortal no castrado.

-Sigue -dijo César.

-No he cumplido con mi deber de faraona.

-¿Y cuál es ese deber?

-Dar fruto. Engendrar hijos. La primera inundación después de mi ascenso al trono alcanzó por poco los Codos de la Abundancia, porque el Nilo me concedió tiempo para demostrar mi fecundidad; pero ahora, dos inundaciones después, sigo estéril. Egipto pasa hambre y dentro de cinco días los sacerdotes de Isis en Filas tomarán la medición del nilómetro de Elephantina. Se espera ya la inundación; soplan los vientos etesios. Pero a menos que me apresure, las lluvias del verano no caerán en Aitiopai y el Nilo no se desbordará.

-Las lluvias del verano, no las nieves fundidas del invierno -comentó César-. ¿Conocéis las fuentes del Nilo? -Hazla hablar, pensó. Necesito tiempo para absorber lo que dice. ¡Vaya con lo de «mi edad»!

-Algunos bibliotecarios, como Eratóstenes, enviaron expediciones para descubrir las fuentes del Nilo, pero sólo encontraron afluentes y el propio Nilo. Sí descubrieron las lluvias de verano en Aitiopai. Todo está escrito, César.

-Ya; espero disponer de tiempo para leer algunos de los libros del museo antes de irme. Continúa, faraona.

-Eso es todo -dijo Cleopatra encogiéndose de hombros-. Necesito aparearme con un dios, y mi hermano no me quiere. Prefiere a Teodoto para el placer y a Arsinoe como esposa.

-¿Por qué habría de preferirla a ella?

-Su sangre es más pura que la mía, es su hermana por ambas partes. Su madre era de la estirpe de Tolomeo; la mía era una mitridátida.

-No veo solución a tu dilema, al menos no antes de la inminente inundación. Lo lamento por ti, pobre muchacha, pero no sé qué puedo hacer en auxilio tuyo. No soy un dios.

A Cleopatra se le iluminó el rostro.

-¡Pero sí eres un dios! -exclamó.

César parpadeó.

-Hay una estatua en Éfeso que así lo dice, pero eso no es más que... simple adulación, como dijo un amigo mío. Es cierto que desciendo de dos dioses, pero sólo tengo una o dos gotas de licor divino, no todo el cuerpo lleno de él.

-Eres un dios llegado del oeste.

-¿Un dios llegado del oeste? -repitió César.

-Eres Osiris regresado del Reino de los Muertos para fecundar a Isis-Hathor-Mut y engendrar un hijo, Horus.

-¿Y tú crees eso?

-No lo creo, César; es un hecho.

-Así pues, si no he entendido mal, ¿quieres aparearte conmigo?

-¡Sí, sí! ¿Por qué, si no, iba a estar aquí? Sé mi esposo, dame un hijo. Entonces el Nilo se desbordará.

¡Qué situación! Pero divertida e interesante. ¡Cuán poderoso ha llegado a ser César, si su simiente puede hacer que llueva, que los ríos crezcan, que prosperen países enteros!

-Sería descortés negarse -dijo César con voz grave-, pero ¿no has dejado pasar demasiado tiempo? Faltando sólo cinco días para la lectura del nilómetro, no te garantizo que pueda fecundarte. Y aun si lo consigo, pasarán cinco o seis *nundinae* hasta que lo sepas con certeza.

-Amón-Ra lo sabrá, tal como lo sabré yo, su hija. Yo soy el Nilo, César, soy la encarnación viva del río. Soy dios en la Tierra y sólo tengo una meta: asegurar la prosperidad de un pueblo, la grandeza de Egipto. Si el Nilo permanece un año más en los Codos de la Muerte, al hambre se sumarán la peste y las langostas. Egipto desaparecerá.

-Exijo un favor a cambio.

-Fecúndame y te será concedido.

-Has hablado como un banquero. Deseo tu total cooperación en lo que he venido a hacer con Alejandría.

Cleopatra arrugó la frente en una expresión de recelo.

-¿Hacer con Alejandría? Una extraña manera de expresarlo, César.

-¡Vaya, una mente despierta! -exclamó él con tono elogioso-. Empiezo a albergar la esperanza de tener un hijo inteligente.

-Dicen que no tienes ningún hijo varón.

Sí, tengo un hijo, pensó. Un hermoso hijo en algún lugar de la Galia, que Litavico me robó cuando asesinó a la madre. Pero no sé qué ha sido de él, y nunca lo sabré.

-Cierto -contestó con frialdad-. Pero no tener un hijo propio carece de importancia para un romano. Tenemos la libertad legal de adoptar a un hijo, alguien que comparta nuestra sangre, un sobrino o un primo, ya sea en vida o mediante testamento después de la muerte. Cualquier hijo que pudiéramos tener tú y yo, faraona, no sería romano porque tú no eres romana. Por tanto no puede heredar mi nombre ni mis bienes materiales. -César la miró con

severidad-. No esperes hijos romanos; no es así como funcionan nuestras leyes.

Puedo unirme a ti mediante una especie de boda si tú lo deseas, pero el matrimonio no tendrá valor para la ley romana. Ya tengo una esposa romana.

-Que no te ha dado ningún hijo pese al tiempo que lleváis casados.

-Nunca estoy en casa. -Sonrió, se relajó y la miró enarcando una ceja-. Creo que ya es hora de que vaya a contener a tu hermano mayor. Al anochecer estaremos instalados en el gran palacio y entonces nos ocuparemos de tu fecundación. -Se puso en pie, se acercó a la puerta y llamó:- ¡Faberio! ¡Trebatio!

Su secretario y su legado personal entraron y se quedaron boquiabiertos.

-Ésta es la reina Cleopatra. Ahora que ha llegado comenzarán a ocurrir cosas. Que venga Rufrio de inmediato, y empezad a empacar.

Y se marchó, seguido de sus ayudantes, dejando a Cleopatra en la sala. Ella se había enamorado de inmediato, ya que era de naturaleza impetuosa; hecha ya a la idea de desposarse con un anciano aún más feo que ella, el encontrar en lugar de eso a un hombre que en efecto parecía el dios que era la había llenado de júbilo, de emoción, de verdadero amor. Tach'a había arrojado los pétalos del loto sobre el agua en el cuenco de Hathor y le había dicho que esa noche o la noche siguiente eran los días fértiles de su ciclo, que concebiría si contemplaba a César y lo encontraba digno de su amor. Pues bien, lo había contemplado y había encontrado un sueño, el dios llegado del oeste. Tan alto y espléndido y hermoso como Osiris; incluso las arrugas de su rostro eran apropiadas, ya que revelaban que había sufrido mucho, tal como había sufrido Osiris.

Le temblaron los labios, parpadeó al notar unas repentinas lágrimas. Ella amaba, pero César no, y dudaba que llegara a amarla. No por falta de belleza o encanto femenino; más que por eso, por el abismo de edad, experiencia y cultura que los separaba.

Al anochecer estaban en el gran palacio, un enorme edificio que se ramificaba en corredores y pasillos, se dividía en galerías y salas, tenía patios y estanques de tamaño suficiente para nadar en ellos.

Durante toda la tarde la ciudad y el Recinto Real habían estado en plena actividad; quinientos legionarios de César habían rodeado a los hombres de la guardia real y los habían enviado al recién asentado campamento de Aquiles al oeste de la Puerta de la Luna con saludos de parte de César. Hecho esto, los quinientos hombres procedieron a fortificar la muralla del Recinto Real con una plataforma de combate, parapetos apropiados y muchas torres de vigilancia.

También estaban ocurriendo otras cosas. Rufrio evacuó el campamento de Rhakotis y desalojó a los ocupantes de todas las mansiones de ambos lados de la avenida Real, donde después acomodó a la tropa. Mientras esas personas acaudaladas que se vieron de pronto sin hogar iban de un lado a otro de la ciudad llorando y gimiendo, clamando venganza contra los romanos, centenares de soldados irrumpieron en los templos, el gimnasio y los tribunales de justicia, en tanto unos cuantos que quedaban en Rhakotis fueron al Serapeum. Ante las miradas de horror de los alejandrinos, retiraron todas las vigas de todos los techos y las llevaron a la avenida Real. A continuación comenzaron a trabajar en las estructuras portuarias - embarcaderos, muelles, el Emporio- y se llevaron toda la madera útil además de las vigas. Al anochecer, la mayor parte de la Alejandría pública estaba en ruinas, pues todas las piezas de madera grandes o aprovechables habían sido trasladadas a la avenida Real.

-¡Esto es un ultraje! ¡Un ultraje! -exclamó Poteino cuando el invitado no deseado entró acompañado de una centuria, sus ayudantes y la reina Cleopatra, ésta con aspecto muy ufano.

-¡Tú! -gritó Arsinoe-. ¿Qué estás haciendo aquí? La reina soy yo; Tolomeo se ha divorciado de ti.

Cleopatra se acercó a ella y le asestó violentos puntapiés en las espinillas y luego le arañó la cara.

-La reina soy yo. Cállate o te haré matar.

-¡Arpía! ¡Cerde! ¡Cocodrilo! ¡Chacal! ¡Hipopótamo! ¡Araña! ¡Escorpión! ¡Rata! ¡Serpiente! ¡Piojo! -vociferaba el pequeño Tolomeo Filadelfo-. ¡Simio! ¡Simio, simio, simio!

-Y tú cállate también, sapo inmundo -ordenó Cleopatra con fiereza golpeándole en la cabeza hasta hacerlo lloriquear.

Fascinado por estas pruebas de devoción familiar, César observaba cruzado de brazos. Cleopatra bien podía ser la vigesimoprimera faraona, pero en presencia de sus hermanos menores volvía a comportarse como en el parvulario. César advirtió con interés que ni Filadelfo ni Arsinoe se defendían de la agresión física: la hermana mayor los intimidaba. Finalmente se cansó de aquella falta de decoro y separó hábilmente a los tres alborotadores.

-Vos, señora, quedaos con vuestro tutor -ordenó a Arsinoe-. Ya es hora de que las jóvenes princesas se retiren. También tú, Filadelfo.

Poteino seguía despotricando, pero Ganimedes se llevó a Arsinoe con rostro inexpresivo. Ése, pensó César, es mucho más peligroso que el chambelán mayor. Y sea eunuco o no, Arsinoe está enamorada de él.

-¿Donde está el rey Tolomeo? -preguntó-. ¿Y Teodoto?

El rey Tolomeo y Teodoto estaban en el ágora, todavía intacta. Poco antes, habían estado pasando el rato en los aposentos reales cuando un esclavo apareció de pronto para anunciarles que César estaba enseñoreándose del Recinto Real, acompañado por la reina Cleopatra. Momentos después Teodoto ordenó a los sirvientes que los vistieran a él y al muchacho para una audiencia, Tolomeo con su tocado púrpura y diadema; a continuación los dos entraron en el túnel secreto construido por Tolomeo Auletes para permitir la huida en caso de que apareciera la turbamulta. El pasadizo se hundía en la tierra y pasaba bajo la muralla, e iba a desembocar junto al teatro de Akron, desde donde era posible dirigirse a los muelles o adentrarse en la ciudad. El pequeño rey y Teodoto optaron por ir a la ciudad, al ágora.

Aquel lugar de reunión tenía capacidad para...cien mil personas, y había estado llenándose desde primera hora de la tarde, cuando los soldados de César empezaron a arrancar vigas. Instintivamente los alejandrinos acudían allí siempre que se desataba un tumulto, así que cuando llegaron los dos de palacio, el ágora estaba ya abarrotada. Aun así, Teodoto obligó al rey a esperar en una esquina; necesitaba tiempo para que el muchacho

aprendiera un breve discurso de memoria. Al caer la noche, la muchedumbre se desbordaba fuera del recinto y algunos se habían instalado sobre las arcadas cubiertas. Teodoto condujo al rey Tolomeo hasta una estatua de Calímaco el bibliotecario y lo ayudó a en caramarse al plinton.

-¡Alejandrinos, nos atacan! -exclamó el rey, cuyo rostro teñían de rojo las llamas de un millar de antorchas-. Roma nos ha invadido; todo el Recinto Real está en manos de César, pero hay algo peor aún... -Hizo una pausa para asegurarse de que repetía correctamente lo que Teodoto le había grabado en la memoria y luego prosiguió-: Sí, peor aún. Mi hermana Cleopatra, la traidora, ha regresado y está aliada con los romanos. Ella es quien ha traído a César. Todos vuestros alimentos se han destinado a llenar vientres romanos, y César se acuesta con Cleopatra. Han vaciado el tesoro y asesinado a todo el mundo en el palacio. Han asesinado a cuantos vivían en la avenida Real. Parte de vuestro trigo está siendo vertido en el gran puerto por puro despecho, y los soldados romanos están destruyendo vuestros edificios públicos. Están arrasando Alejandría, profanando sus templos, violando a sus mujeres y niños.

En la noche oscura, los ojos del muchacho reflejaron la creciente furia de la multitud; una furia que la gente ya sentía al entrar en el ágora, una furia que las palabras del pequeño rey transformaron en acción. Alejandría era el único lugar del mundo donde la muchedumbre tenía consciencia permanente de su propio poder, y manejaba ese poder como instrumento político y no con pura cólera destructiva. La muchedumbre había expulsado a muchos Tolomeos; podía expulsar a un simple romano, hacerlos pedazos a él y a su ramera.

-Yo, vuestro rey, he sido destronado por un canalla romano y una puta traidora llamada Cleopatra.

La multitud se agitó, envolvió al rey Tolomeo y lo alzó sobre los anchos hombros de un individuo. Desde aquella posición eminente y a la vista de todos, Tolomeo instó a avanzar a su corcel con su cetro de marfil.

Llegó hasta la verja del Recinto Real, pero allí le impidió el paso César, ataviado con su toga de orla púrpura, su diadema de hojas de roble, la vara de su cargo apoyada en el antebrazo derecho, y flanqueado por doce lictores

a cada lado. Con él estaba la reina Cleopatra, aún con su túnica de color canela apagado.

Poco acostumbrada a un adversario que le plantara cara, la muchedumbre se detuvo.

-¿Qué hacéis aquí? -preguntó César.

-Hemos venido a obligarte a salir de aquí y a matarte -dijo Tolomeo a voz en grito.

-Rey Tolomeo, rey Tolomeo, no podéis hacer lo uno y lo otro a la vez -contestó César razonablemente-. O me obligáis a salir o me matáis. Pero os aseguro que no hay necesidad ni de lo uno ni de lo otro. -Habiendo localizado a los cabecillas en las primeras filas, César se dirigió a ellos-. Si os han dicho que mis soldados ocupan vuestros graneros, os pido que visitéis los graneros y veréis con vuestros propios ojos que no hay allí ninguno de mis soldados, y que están llenos a rebosar. No es asunto mío exigir tributo sobre el precio del grano u otros alimentos en Alejandría; eso corresponde a vuestro rey, ya que vuestra reina estaba ausente. Así que si estáis pagando demasiado, el culpable es el rey Tolomeo, no César. César trajo su propio grano y sus provisiones a Alejandría; no ha tocado las vuestras -afirmó mintiendo descaradamente. Con una mano obligó a avanzar a Cleopatra, y luego le tendió la otra mano al pequeño rey-. Bajad de ahí, majestad, y colocaos donde corresponde a un soberano, de cara a sus súbditos, no entre ellos y a su merced. He oído decir que los ciudadanos de Alejandría pueden hacer pedazos a un rey, y eres tú el culpable de su difícil situación, no Roma. Vamos, ven conmigo.

Los remolinos propios de tan enorme aglomeración habían separado al rey de Teodoto, que no conseguía hacerse oír. Tolomeo permanecía sobre los hombros de su portador, sus rubias cejas unidas en una expresión ceñuda, y un temor muy real cada vez más evidente en la mirada. Pese a no ser inteligente, sí lo era lo suficiente para darse cuenta de que César, de algún modo, estaba ofreciendo una imagen de él poco halagüeña; que la voz clara y potente de César, cuyo griego tenía ahora un acento manifiestamente macedonio, azuzaba contra él a las primeras filas de la muchedumbre.

-¡Bajadme! -ordenó el rey.

Ya en el suelo, se acercó a César y se volvió de cara hacia sus airados súbditos.

-Muy bien hecho -dijo César con tono afable-. Contemplad a vuestro rey y a vuestra reina. Tengo el testamento -del difunto rey, padre de estos muchachos, y estoy aquí para encargarme de que se cumplan sus deseos: que Egipto y Alejandría sean gobernados por la hija viva de mayor edad, la séptima Cleopatra, y su hijo varón de mayor edad, el decimotercer Tolomeo. Sus instrucciones son inequívocas. Cleopatra y Tolomeo Evergetes son sus legítimos herederos y deben gobernar conjuntamente como marido y mujer.

-¡Matad a Cleopatra! -gritó Teodoto-. ¡La reina es Arsinoe!

Incluso esto lo aprovechó César en su propio beneficio.

-La princesa Arsinoe tiene un deber distinto -declaró-. Como dictador de Roma, estoy autorizado a devolver Chipre a Egipto, y así lo hago en este mismo momento. -Su voz rezumó solidaridad-. Soy consciente de la difícil situación en que se ha visto Alejandría desde que Marco Catón anexionó Chipre: perdisteis vuestra buena madera de cedro para la construcción, vuestras minas de cobre, una gran cantidad de alimentos a bajo precio. El Senado que decretó esa anexión ya no existe. Mi Senado no consiente esta injusticia. La princesa Arsinoe y el príncipe Tolomeo Filadelfo irán a Chipre a gobernar en calidad de sátrapas. Cleopatra y Tolomeo Evergetes gobernarán en Alejandría, Arsinoe y Tolomeo Filadelfo en Chipre.

La muchedumbre estaba aplacada, pero César no había acabado.

-Debo añadir, pueblo de Alejandría, que Chipre se os devuelve gracias a la reina Cleopatra. ¿Por qué creéis que ha estado ausente?

Porque viajó para reunirse conmigo y negociar la devolución de Chipre. Y lo ha conseguido. -Sonriente, avanzó unos pasos-. Y ahora ¿por qué no ovacionáis a vuestra reina?

Las palabras de César se transmitieron rápidamente a través de la multitud desde las primeras filas; como todo buen orador, utilizaba mensajes breves y sencillos cuando se dirigía a una gran masa de gente.

Así que la muchedumbre, satisfecha, prorrumpió en ensordecedores vítores.

-Todo eso está muy bien, César, pero no puedes negar que tus soldados están destruyendo nuestros templos y edificios públicos -gritó uno de los cabecillas.

-Sí, un gravísimo asunto -admitió César, extendiendo las manos-. Sin embargo, incluso los romanos deben protegerse, y frente a la Puerta de la Luna acampa un numeroso ejército bajo las órdenes del general Aquiles, que me ha declarado la guerra. Estoy preparándome para contener su ataque. Si queréis que se detenga la demolición, os propongo que acudáis al general Aquiles y le digáis que disperse sus tropas.

La muchedumbre se dio media vuelta como un pelotón de soldados haciendo instrucción; al cabo de un momento, desapareció, supuestamente para ver a Aquiles.

Abandonado, tembloroso, Teodoto miró al joven rey con lágrimas en los ojos y luego se acercó tímidamente para cogerle la mano y besársela.

-Muy inteligente, César -dijo Poteino desde las sombras con una mueca de desprecio.

César hizo una señal a sus lictores y se volvió para encaminarse hacia el palacio.

-Como te he dicho antes, Poteino, soy inteligente. ¿Puedo sugerirte que ceses en tus actividades subversivas entre la población de tu ciudad y vuelvas a ocuparte de la administración del Recinto Real y el erario público? Si te sorprendo propagando un falso rumor sobre mí y tu reina, te haré ejecutar a la manera romana: azotes y decapitación. Si propagas dos falsos rumores, sufrirás la muerte de un esclavo: la crucifixión. Tres falsos rumores, y será crucifixión sin piernas rotas.

En el vestíbulo del palacio, despidió a sus lictores, pero apoyó una mano en el hombro del rey Tolomeo.

-No más expediciones al ágora, muchacho. Ahora vete a tus aposentos. Por cierto, he hecho obstruir el túnel secreto en ambos extremos. -Con extrema frialdad, miró a Teodoto por encima de los alborotados rizos de Tolomeo-. Teodoto, te prohíbo todo contacto con el rey. Mañana te quiero fuera de aquí. Y te lo advierto: si intentas acceder al rey, correrás la suerte que le he descrito a Poteino.

Con un ligero empujón, el rey Tolomeo corrió a llorar a sus aposentos. A continuación César agarró a Cleopatra de la mano.

-Es hora de acostarse, querida. Buenas noches a todos.

Cleopatra sonrió y bajó las pestañas. Trebatio miró con asombro a Fabelio. ¿César y la reina? ¡Pero si ella no era su tipo en absoluto!

Hombre muy experimentado con las mujeres, César cumplió con toda facilidad ese curioso deber: el apareamiento ritual de dos dioses en interés de un país, teniendo en cuenta que, para colmo, la joven diosa era virgen. Tales circunstancias no resultaban propicias para provocar grandes pasiones o sentimientos. Como oriental, a ella le complacía que él llevara depilado todo el cuerpo, pero lo consideró prueba de su divinidad cuando para él era simplemente una manera de evitar los piojos; César era un fanático de la higiene. En ese sentido, ella estaba a la altura: depilada también, emanaba un olor natural dulce.

Pero poco placer podía proporcionar aquel cuerpecito desnudo y descarnado que a causa de la inexperiencia y el nerviosismo estaba seco e incómodo. Cleopatra tenía el pecho casi tan plano como el de un hombre, y César temía romperle los brazos, si no las piernas, si la abrazaba con demasiada fuerza. A decir verdad, todo el ejercicio era poco alentador. Sin la menor tendencia a la pedofilia, César tuvo que aplicar su colosal voluntad para apartar de su mente aquel cuerpo poco desarrollado de niña y realizar su cometido varias veces. Si ella tenía que concebir, desde luego no bastaba con una sola cópula.

No obstante, ella aprendió deprisa y acabó disfrutando mucho de lo que él le hacía, a juzgar por su posterior humedad. Una criatura realmente lúbrica.

-Te amo -fue lo último que ella dijo antes de quedarse profundamente dormida, enroscada contra él con un flaco brazo sobre su pecho y una flaca pierna sobre las de él. César también necesita dormir, pensó, y cerró los ojos.

Por la mañana se habían concluido la mayor parte de las obras en la avenida Real y el Recinto Real. Montado en su caballo de alquiler -no había llevado consigo a *Génitor*, un error-, César salió a inspeccionar el

cumplimiento de sus instrucciones y dijo al legado del campamento de caballería que cortara la carretera del canal, para aislar Alejandría del río Nilo.

Aquello era en realidad una variante de su estrategia en Alesia, donde se había introducido con sesenta mil hombres en un ruedo en el que tanto las murallas interiores como las exteriores estaban muy fortificadas para impedir la entrada de los ochenta mil galos acampados en lo alto del monte alesia y los doscientos cincuenta mil galos acampados en los montes situados tras él. Esta vez se trataba de una mancuerna, no de un ruedo: la avenida Real formaba el eje, el campamento de caballería su abultamiento en un extremo, y el Recinto Real el abultamiento del otro extremo. Los centenares de vigas extraídas de toda la ciudad fueron colocadas como columnas horizontales que unían una mansión a la siguiente para formar parapetos en los terrados, donde César montó su artillería ligera; las ballestas grandes serían necesarias en la muralla de siete metros que protegía el lado oriental del campamento de caballería. El monte de Pan se convirtió en su atalaya, su falda fue transformada en un formidable terraplén de defensa mediante bloques del gimnasio y enormes paredes de piedra extraídas de ambos lados de la avenida Canópica en su cruce con la avenida Real. Podía desplazar a sus tres mil doscientos veteranos de infantería de un extremo de la avenida Real al otro a paso ligero, y liberarse también de la amenaza de los ibis; de algún modo aquellas astutas aves presentían lo que se avecinaba y pronto alzaron el vuelo. Bien, pensó César sonriendo, que los alejandrinos intenten luchar sin matar un ibis sagrado. Si fueran romanos, acudirían a Júpiter óptimo Máximo, y pactarían un acuerdo por el cual quedaban temporalmente exonerados de culpa a cambio de ofrecer posteriormente un sacrificio adecuado. Pero dudo que Serapis piense como el romano Júpiter óptimo Máximo.

Al este de la mancuerna de César se encontraban los distritos Delta y Épsilon, habitados por judíos y métricos; al oeste estaba el grueso de la ciudad, con población griega y macedonia, con diferencia la dirección más peligrosa. Desde lo alto del monte de Pan, César veía cómo Aquiles-¡porto dos los dioses, qué lento era!- intentaba aprestar sus tropas y observaba

también la actividad en el puerto de Eunostos y el Ciboto mientras los barcos de guerra salían de sus cobertizos, sustituyendo a aquellos que habían regresado de Pelusium y tenían que llevarse a tierra para secarse. En uno o dos días -su almirante era tan lento como Aquiles- las galeras pasarían bajo los arcos del Heptastadion y hundirían los treinta y cinco barcos de transporte de César.

Así que mandó dos mil hombres a demoler todas las casas situadas más allá del flanco oeste de la avenida Real, creando así una extensión de escombros de unos ciento veinte metros de anchura plagada de peligros tales como fosos cuidadosamente cubiertos con afiladas estacas en el fondo, cadenas que se alzaban de improviso para enroscarse al cuello, fragmentos de cristal alejandrino... Los otros mil doscientos hombres formaron e invadieron la parte comercial del Gran Puerto, abordaron todos los barcos, los cargaron con trozos de las columnas de los tribunales de justicia, el gimnasio y el ágora, y procedieron a echarlos al agua bajo los arcos. En sólo dos horas, ni una sola embarcación, ni bote ni quinquerreme podía atravesar el Heptastadion de un puerto al otro. Si los alejandrinos deseaban atacar su flota, tendrían que hacerlo por el camino difícil, pasando por los bajíos y bancos de arena del Eunostos, rodeando la isla de Faros y atravesando los pasadizos del Gran Puerto. ¡Date prisa con mis dos legiones, Calvino! ¡Necesito mis propios barcos de guerra!

Una vez bloqueados los arcos, los soldados de César subieron al Heptastadion y destrozaron el acueducto que suministraba agua a la isla de Faros; luego se apoderaron de la hilera exterior de artillería del Ciboto. Encontraron gran resistencia, pero era evidente que los alejandrinos carecían de mentes frías y de un general; se precipitaban a la refriega como los galos belgas en los viejos tiempos antes de aprender el valor de sobrevivir para volver a luchar el día siguiente. No eran enemigos insuperables para aquellos legionarios, todos veteranos de la guerra de nueve años en la Galia Trasalpina, encantados de combatir contra extranjeros tan despreciables como los alejandrinos. ¡Excelentes ballestas y catapultas, las afanadas en el Ciboto! César quedaría complacido. Los legionarios trasladaron la artillería a los muelles en barco y luego

prendieron fuego a las naves amarradas en malecones y embarcaderos. Para terminar la labor, arrojaron proyectiles en llamas mediante las ballestas capturadas hacia los barcos de guerra del Eunostos y los tejados de los cobertizos. Fue una buena jornada de trabajo.

El trabajo de César fue distinto. Había mandado mensajeros a los distritos de Delta y Épsilon y emplazado para conferenciar a tres ancianos judíos y tres jefes métricos. Los recibió en la sala de audiencias, donde había colocado cómodas sillas, buena comida en los aparadores, y a la reina en su trono.

-Debes presentar un aspecto regio -le ordenó César-. Nada de modestia..., y quítale las joyas a Arsinoe si no encuentras ninguna tuya. Cleopatra, procura mostrarte como una gran reina de la cabeza a los pies; ésta es una reunión de vital importancia.

Cuando Cleopatra entró, César a duras penas pudo disimular su asombro. La precedía un grupo de sacerdotes egipcios, que agitaban incensarios y entonaban una endecha grave y monótona en un idioma que él ni siquiera identificaba. Todos ellos eran *mete-en-sa* excepto su superior, que lucía un peto de oro con piedras preciosas incrustadas sobre el que pendían numerosos collares de oro con amuletos; empuñaba un báculo de oro largo y esmaltado con el que golpeaba el suelo para producir un sonido sordo y atronador.

-¡Rendid todos homenaje a Cleopatra, hija de Amón-Ra, Isis reencarnada, Ella la de las Dos Señoras del Alto y el Bajo Egipto, Ella la del junco y la Abeja! -clamó el sumo sacerdote en buen griego.

Cleopatra vestía la túnica de faraona, de lino plisado con bandas de color blanco sobre blanco, cubierta por un manto amplio de manga corta tan diáfano que era transparente e iba bordado con dibujos de chispeantes cuentas de cristal. En la cabeza llevaba un extraordinario y alto tocado que César ya había estudiado en las pinturas murales, pero cuyo sentido no captó plenamente hasta verlo en tres dimensiones. Una fulgurante corona exterior de esmalte rojo se elevaba formando un largo astil en la parte trasera, y en su parte delantera mostraba una cabeza de cobra y otra de buitre hechas en oro, esmalte y piedras preciosas. De su interior surgía una

corona cónica mucho más alta de esmalte blanco y con la cima plana; una cinta de oro enroscada salía de ella. En el cuello la faraona lucía un collar de oro, esmalte y piedras preciosas de veinticinco centímetros de anchura; en el talle un cinto de oro esmaltado de quince centímetros de anchura; en los brazos, magníficas pulseras de oro y esmalte con formas de serpiente y leopardo; en los dedos, docenas de resplandecientes anillos; enganchada tras las orejas y apoyada en la barbilla, una falsa barba de oro y esmalte; en los pies, sandalias de oro enjoyadas con suelas de corcho doradas y muy altas.

Su cara había sido pintada con exquisito cuidado, la boca de brillante carmesí, las mejillas realzadas con colorete, y los ojos réplicas del ojo que decoraba el trono: ribeteados con *stibium* negro que se extendía en finas líneas hacia las orejas y terminaba en pequeños triángulos rellenos del verde cobre que coloreaba también sus párpados superiores hasta las cejas pintadas con *stibium*; en cada mejilla llevaba dibujada una espiral negra. El efecto de la pintura era tan siniestro como asombroso; uno casi podía imaginar que debajo se ocultaba un rostro no humano.

También sus dos ayudantes macedonios, Carmian e Iras, vestían hoy al modo egipcio. Como las sandalias que llevaba eran tan altas, ayudaron a la faraona a subir por los peldaños del estrado hasta su trono, donde se sentó, cogió el cayado de oro esmaltado y cruzó aquellos símbolos de su divinidad sobre el pecho.

Nadie se postró, advirtió César; al parecer bastaba con una ligera reverencia.

-Estamos aquí para presidir -dijo Cleopatra con voz potente-. Somos la faraona, veis nuestra divinidad revelada. Cayo Julio César, hijo de Amón-Ra, Osiris reencarnado, pontífice máximo, emperador, dictador del Senado y el pueblo de Roma, adelante.

¡Ahí está!, pensaba él con entusiasmo mientras ella pronunciaba las sonoras frases. ¡Ahí está! Ni siquiera comprende Alejandría y todo lo macedonio. Es egipcia hasta la médula: en cuanto se ha puesto esta increíble indumentaria real, irradia poder.

-Vuestra majestad me abruma, hija de Amón-Ra -declaró, y luego señaló a sus delegados que, después de saludar, se estaban enderezando-. Permitidme que os presente a Simeón, Abraham y Josué de los judíos, y a Cibirot, Formión y Darío de los méticos.

-Bienvenidos, y tomad asiento -dijo la faraona.

A partir de este punto César casi se olvidó de la ocupante del trono. Optando por plantear el tema tangencialmente, señaló hacia un repleto aparador.

-Sé que la carne ha de prepararse religiosamente y que el vino ha de ser debidamente judaico -manifestó a Simeón, el principal anciano de los judíos-. Todo se ha hecho según estipulan vuestras leyes, así que cuando hayamos hablado, no dudéis en comer. Del mismo modo -dijo a Darío, etnarca de los méticos-, la comida y el vino de la segunda mesa han sido preparados para vosotros.

-Agradecemos tu amabilidad -contestó Simeón-, pero tanta hospitalidad no altera el hecho de que tu corredor fortificado nos ha aislado del resto de la ciudad, de nuestra fuente de alimento, nuestro sustento y de las materias primas para nuestros oficios. Advertimos que has acabado de demoler las casas que hay al lado oeste de la avenida Real, así que debemos suponer que te dispones a derribar nuestras casas en el lado este.

-No te preocupes, Simeón -dijo César en hebreo-, escúchame.

Cleopatra pareció sorprendida; Simeón se sobresaltó.

-¿Hablas hebreo? -preguntó.

-Un poco. Crecí en un barrio de Roma muy políglota, Subura, donde mi madre era la casera de una ínsula. Siempre teníamos a unos cuantos judíos entre los inquilinos, y yo supervisaba el lugar cuando era niño. Así que aprendí idiomas. El residente más anciano era un orfebre, Simón. Conozco el carácter de vuestro dios, vuestras costumbres, vuestras tradiciones, vuestras comidas, vuestras canciones, y la historia de vuestro pueblo. -Se volvió hacia Cibirot-. Incluso hablo un poco de pisidio -añadió en esa lengua-. Por desgracia, Darío, no sé hablar persa -se excusó en griego-, así que por comodidad, conversemos en griego.

En un cuarto de hora había expuesto la situación sin disculparse; una guerra en Alejandría era inevitable.

-Sin embargo -añadió-, por mi propia seguridad preferiría combatir sólo a un lado de mi corredor, el lado oeste. No hagáis nada para oponeros a mí, y os garantizo que mis soldados no os invadirán, que la guerra no se extenderá al este de la avenida Real, y que seguiréis comiendo. En cuanto a las materias primas que necesitáis para vuestros oficios y los sueldos que perderéis aquellos que trabajáis en el lado oeste, no estoy en situación de remediarlo. Pero puede haber compensaciones para las penurias que por fuerza padeceréis hasta que derrote a Aquiles y someta a los alejandrinos. No seáis un obstáculo para César y César estará en deuda con vosotros. Y César siempre paga sus deudas. -Se levantó de la silla curul de marfil y se acercó al trono-. Imagino, gran faraona, que tienes autoridad para pagar a cuantos te ayuden a conservar el trono.

-Así es.

-¿Estás dispuesta, pues, a compensar a los judíos y los métricos por sus pérdidas económicas?

-Lo estoy, siempre y cuando no hagan nada que te estorbe, César.

Simeón se puso en pie y saludó con una profunda reverencia.

-Gran reina -dijo-, a cambio de nuestra cooperación, tanto nosotros como los métricos deseamos pedirte otra cosa.

-Di, Simeón.

-Concedenos la ciudadanía alejandrina.

Siguió un prolongado silencio. Cleopatra permanecía oculta tras su exótica máscara, sus ojos velados por los párpados de color verde cobre, el cayado y el mayal cruzados sobre su pecho que subía y bajaba ligeramente con su respiración. Por fin los relucientes labios rojos se separaron.

-Accedo, Simeón, Darío. Todos los judíos y métricos que hayan vivido en la ciudad durante más de tres años tendrán la ciudadanía alejandrina. Recibirán asimismo una compensación económica por los costes que esta guerra les ocasione, y una gratificación para todos los judíos o métricos que combatan activamente a favor de César.

Simeón dejó caer los hombros en un gesto de alivio; los otros cinco cruzaron miradas de incredulidad. Aquello que les había sido negado durante generaciones era por fin suyo.

-Y yo añadiré la ciudadanía romana -dijo César.

-El precio es más que justo -declaró Simeón, radiante-. Trato hecho. Además, en prueba de nuestra lealtad, vigilaremos la costa entre el cabo Loquias y el hipódromo. No es adecuada para desembarcos masivos, pero Aquiles podría traer a tierra a muchos hombres en embarcaciones pequeñas. Más allá del hipódromo -explicó en atención a César- empiezan las marismas del Delta, como es la voluntad de dios. Dios es nuestro mejor aliado.

-¡Comamos, pues! -propuso César. Cleopatra se levantó.

-Ya no necesitáis a la faraona -dijo-. Carmian, Iras, ayudadme.

-¡Quitadme todo esto de encima! -exclamó la faraona, sacudiéndose las sandalias en cuanto llegó a sus aposentos. Se despojó de la absurda barba falsa, del enorme y pesado collar, y de una avalancha de anillos y pulseras que rebotaron y rodaron por el suelo mientras temerosos sirvientes los perseguían a gatas, observándose unos a otros para asegurarse de que nada se hurtaba. La faraona tuvo que sentarse en tanto Carmian e Iras pugnaban por quitarle la imponente doble corona; el esmalte estaba aplicado sobre madera, no sobre metal, pero se ajustaba perfectamente al cráneo de Cleopatra a fin de que no se cayera, y pesaba mucho.

Al ver entonces a la hermosa mujer egipcia con su indumentaria de música del templo, Cleopatra gritó de alegría y se echó a sus brazos. - ¡Tach'a! ¡Tach'a! ¡Madre mía, madre mía!

Mientras Carmian e Iras protestaban y la reprendían por arrugar la capa de cuentas, Cleopatra abrazó y besó a Tach'a efusivamente.

Su propia madre había sido muy amable, muy tierna, pero siempre había estado demasiado preocupada para demostrar afecto, cosa que Cleopatra le podía perdonar, siendo ella misma víctima del espantoso ambiente del palacio de Alejandría. El nombre de su madre había sido Cleopatra Trifena, y era hija de Mitrídates el Grande; fue entregada como esposa a Tolomeo Auletes, que era hijo ilegítimo de Tolomeo X Sóter, apodado Látiro. Había

tenido dos hijas, Berenice y Cleopatra, pero ningún hijo varón. Auletes tenía una hermanastra, todavía niña cuando Mitrídates lo obligó a casarse con Cleopatra Trifena, pero de eso hacía treinta y tres años, y la hermanastra creció. Hasta la muerte de Mitrídates, Auletes temía demasiado a su suegro para repudiar a su esposa; lo único que podía hacer era esperar.

Cuando Berenice contaba doce años y la pequeña Cleopatra cinco, Pompeyo Magno puso fin a la trayectoria del rey Mitrídates el Grande, que huyó a Cimeria y fue asesinado por uno de sus hijos, el mismo Farnaces que en el presente invadía Anatolia. Libre por fin, Auletes se divorció de Cleopatra Trifena y se casó con su hermanastra. Pero la hija de Mitrídates era una mujer tan pragmática como sagaz; logró conservar la vida, seguir instalada en el palacio con sus dos hijas mientras su sustituta daba a Auletes una hija más, Arsinoe, y por último dos hijos.

Berenice tenía edad suficiente para estar en compañía de los adultos, pero Cleopatra era relegada a los aposentos infantiles, un lugar horroroso. Más adelante, cuando el comportamiento de Auletes se deterioró, su madre envió a la pequeña Cleopatra al templo de Ptah en Menfis, donde entró en un mundo que no se parecía en nada al del palacio de Alejandría. Fríos edificios de piedra caliza al antiguo estilo egipcio, cálidos brazos para estrecharla. El caso fue que Cha'em, sumo sacerdote de Ptah, y su esposa, Tach'a, adoptaron a Cleopatra como si fuera su propia hija. Le enseñaron las dos variantes del egipcio, arameo, hebreo y árabe; le enseñaron a cantar y tocar el arpa; le enseñaron todo lo que había que saber sobre el Egipto del Nilo, el inmenso panteón que Ptah, el creador de los dioses, había hecho.

No eran sólo las perversidades sexuales y las borracheras lo que dificultaba la convivencia con Auletes; además se había apoderado del trono al morir sin descendencia su legítimo hermanastro, Tolomeo XI, que había legado Egipto a Roma. Así había entrado Roma en el asunto, y Roma era una temible presencia. Durante el consulado de César, Auletes había pagado seis mil talentos de oro para asegurarse de que Roma aprobaba su permanencia en el trono; ese oro lo había robado a los alejandrinos, ya que Auletes no era faraón, y no tenía acceso a las fabulosas cámaras del tesoro de Menfis. El problema era que las rentas alejandrinas procedían de los

alrededores de Alejandría, y sus habitantes insistían en que el soberano las devolviera. Corrían tiempos difíciles, los alimentos se habían encarecido, la presión romana era omnipresente y peligrosa. La solución de Auletes fue alterar la acuñación de moneda alejandrina.

El pueblo se alzó contra él de inmediato, dio rienda suelta a la muchedumbre. El túnel secreto permitió a Auletes huir al exilio en barco, pero partió sin dinero. Ello no preocupó a los alejandrinos que lo sustituyeron por su hija mayor, Berenice, y su madre, Cleopatra Trifena. La situación en el palacio se invirtió; fue la segunda esposa y la segunda familia de Auletes quienes quedaron en segundo plano tras las dos reinas mitridátides.

Y la pequeña Cleopatra tuvo que dejar Menfis para regresar, un golpe terrible para ella. ¡Cuánto había llorado por Tach'a, por Cha'em, por aquella vida idílica de afecto y estudio junto a la ancha serpiente azul del Nilo! El palacio de Alejandría se le antojó peor que nunca; a sus once años, Cleopatra continuaba en los aposentos infantiles, que compartía con dos pequeños Tolomeos que no paraban de morder, arañar y gritar. Arsinoe era la peor y no dejaba de decirle que no era «suficientemente buena», que tenía poca sangre tolomaica y era nieta de un rey viejo y granuja que había aterrorizado Anatolia durante cuarenta años y aun así había terminado en la quiebra. En la quiebra a causa de Roma.

Cleopatra Trifena murió un año después de subir al trono, así que Berenice decidió casarse, contra los deseos de Roma. Craso y Pompeyo tramaban aún la anexión con la ayuda y la complicidad de los gobernadores de Cilicia y Siria. Siempre que Berenice intentaba buscar marido, Roma se le adelantaba y ahuyentaba al candidato. Por último, ella acudió a sus parientes mitridátides, y entre ellos encontró a un escurridizo marido, un tal Arquelao. Indiferente a Roma, éste realizó el viaje a Alejandría y se casó con la reina Berenice. Durante unos breves y dulces días fueron felices; entonces invadió Egipto Aulo Gabinio, gobernador de Siria.

Tolomeo Auletes no había malgastado su tiempo en el exilio. Había visitado a los prestamistas (incluido Rabirio Póstumo) y ofrecido a cualquier gobernador de una provincia oriental diez mil talentos de plata

para recuperar su reino. Gabinio aceptó y marchó hacia Pelusium seguido de Auletes. Otro hombre interesante acompañó también a Gabinio: su comandante de caballería, un noble romano de veintisiete años llamado Marco Antonio.

Pero Cleopatra nunca había visto a Marco Antonio; en cuanto Gabinio hubo cruzado la frontera egipcia, Berenice mandó de nuevo a su hermana menor con Cha'em y Tach'a en Menfis. El rey Arquéalo reunió el ejército egipcio con la intención de luchar, pero ni él ni Berenice eran conscientes de que Alejandría no aprobaba el matrimonio de la reina con otro mitridátide. Los integrantes alejandrinos del ejército se amotinaron y mataron a Arquelao, lo cual representó el fin de la resistencia egipcia. Gabinio entró en Alejandría y volvió a poner a Tolomeo Auletes en el trono; Auletes asesinó a su hija Berenice aun antes de que Gabinio abandonara la ciudad.

Cleopatra acababa de cumplir catorce años; Arsinoe tenía ocho, uno de los niños seis y el otro apenas tres. La balanza se había decantado: la segunda esposa y la segunda familia de Auletes volvían a ocupar el poder. Sabiendo que si Cleopatra regresaba a casa, sería asesinada, Cha'em y Tach'a la retuvieron en Menfis hasta que su padre murió a causa de sus vicios. Los alejandrinos no la habían querido en el trono, pero el sumo sacerdote de Ptah era el actual ocupante de un cargo además de tres mil años de antigüedad, y sabía qué hacer. Así que ungió faraona a Cleopatra antes de que abandonara Menfis. Si regresaba a Alejandría como faraona, nadie se atrevería a tocarla, ni siquiera Poteino o Teodoto. Ni Arsinoe. Pues la faraona tenía la llave de las cámaras del tesoro -un ilimitado suministro de dinero- y la faraona era una diosa en el Egipto del Nilo, de donde procedía el sustento de Alejandría.

La principal fuente de los ingresos reales no era Alejandría, sino el Egipto del río. Allí, donde los soberanos habían existido desde quién sabía cuántos miles de años, todo pertenecía al faraón. La tierra, las cosechas, las bestias y las aves de los campos y las granjas, las abejas, los impuestos, tributos y tarifas. El faraón sólo compartía la producción de hilo, que era competencia de los sacerdotes; éstos recibían un tercio de los ingresos

generados por este hilo, el mejor del mundo. Egipto era el único lugar del mundo donde se tejía un hilo tan tenue que quedaba diáfano como un cristal ligeramente empañado, solamente en Egipto se teñía de tan mágicos colores, y solamente en Egipto el hilo tenía una blancura tan extraordinaria. Otra fuente de ingresos era tan única como lucrativa: Egipto producía papel a partir del papiro, que abundaba en el Delta, y el faraón también era dueño del papel.

Por tanto las rentas del faraón ascendían a más de doce mil talentos de oro anuales, divididos en dos erarios: el privado y el público. Seis mil talentos en cada uno. Con el erario público el faraón pagaba a sus gobernadores de distrito, sus burócratas, su policía, la policía del río, su ejército, su armada, sus trabajadores, sus campesinos. Incluso cuando el Nilo no se desbordaba, esas rentas públicas bastaban para comprar grano a países extranjeros. Los fondos privados pertenecían plenamente al faraón y no podían destinarse a nada más que a las necesidades y deseos personales del faraón. En sus arcas se acumulaba la producción nacional de oro, piedras preciosas, porfirio, ébano, marfil, especias y perlas. Las flotas que partían hacia el Cuerno de África en busca de la mayor parte de aquellas riquezas pertenecían al faraón.

No era extraño, pues, que los Tolomeos como Auletes, privados del título de faraón, lo anhelaran, ya que Alejandría era una entidad por completo separada de Egipto. Si bien el rey y la reina ingresaban en forma de impuestos buena parte de los beneficios de la ciudad, no eran propietarios de ella ni de sus bienes, ya fueran los barcos, las fábricas de vidrio o las compañías de mercaderes. Tampoco tenían derecho a la tierra en que se hallaba la urbe. Alejandría había sido fundada por Alejandro Magno, que se las daba de griego pero era macedonio de la cabeza a los pies. El Intérprete, el Registrador y el Contable recaudaban todos los ingresos públicos de Alejandría y los utilizaban en gran medida en su propio interés, mediante un sistema de privilegios y prebendas que incluían el palacio.

Habiendo experimentado las dinastías asirias, kuchitas y persas antes de la llegada de Tolomeo, el mariscal de Alejandro Magno, los sacerdotes de

Ptah en Menfis habían llegado a un acuerdo con él y le habían entregado el erario público egipcio a condición de que en el Egipto del Nilo se invirtiera la cantidad suficiente para mantener la prosperidad de su pueblo y sus templos. Si el Tolomeo era también faraón, disponía asimismo de los fondos privados. Sólo que éstos no saldrían de las cámaras del tesoro de Menfis a menos que el faraón en persona fuera a retirar la suma que necesitara. Así pues, cuando Cleopatra huyó de Alejandría no imitó a su padre zarpando del Gran Puerto sin dinero; fue a Menfis y obtuvo el dinero necesario para contratar a un ejército de mercenarios.

-¡Oh, qué alivio! -exclamó Cleopatra, libre por fin de sus galas reales.

-Puede que esta indumentaria sea agotadora, hija de Amón-Ra, pero te ha ensalzado a los ojos de César-dijo Cha'em, alisándole tiernamente el cabello-. Vestida de griega, estás decepcionante; el púrpura tirio no sirve para un faraón. Cuando todo esto haya pasado y estés segura en el trono, debes ataviarte como faraona incluso en Alejandría.

-Si me vistiera así, los alejandrinos me harían pedazos. Ya conoces su desprecio hacia Egipto.

-La respuesta a Roma corresponde al faraón, no a Alejandría -afirmó Cha'em con cierta aspereza-. Tu primer deber es garantizar la autonomía de Egipto de una vez por todas, por más Tolomeos que leguen Egipto a Roma en sus testamentos. A través de César puedes conseguirlo, y Alejandría debería agradecértelo. ¿Qué es esta ciudad sino un parásito que vive de Egipto y del faraón?

-Quizá -respondió Cleopatra, pensativa- todo eso está apunto de cambiar, Cha'em. Sé que acabas de llegar en barco, pero pásate por la avenida Real y verás qué ha hecho César con la ciudad. La ha destrozado, y sospecho que eso no ha sido más que el principio. Los alejandrinos están desolados, pero llenos de indignación. Lucharán contra César hasta no poder más; aun así me consta que no pueden vencer. Cuando llegue el día en que estén domados, las cosas cambiarán para siempre. He leído los comentarios de César sobre su guerra en la Galia, muy objetivos, sin asomo de emoción. Pero desde que lo conozco, los comprendo mucho mejor. César da libertad y seguirá dando libertad, pero si recibe un continuo rechazo,

cambia de talante. La clemencia y la comprensión desaparecen; hará lo que sea para sofocar toda oposición. Nadie como él ha combatido jamás contra los alejandrinos. -Cleopatra dirigió hacia Cha'em sus extraños ojos con una expresión parecida al distanciamiento de César-. Cuando se ve obligado a ello, César quiebra tanto espíritus como espaldas.

Tach'a se estremeció.

-¡Pobre Alejandría!

Su esposo no dijo nada, demasiado absorto en su rebosante júbilo. Si Alejandría fuera aplastada totalmente, sería ventajoso para Egipto: el poder volvería a Menfis. Los años que Cleopatra había pasado en el templo de Ptah estaban dando fruto; ver Alejandría humillada y saqueada no causaría el menor malestar a la faraona.

-¿Aún no se sabe nada de Elefantina? -preguntó la faraona.

-Todavía es demasiado pronto, hija de Amón-Ra, pero hemos venido para estar a tu lado cuando llegue la noticia, como es nuestro deber -dijo Cha'em-. En estos momentos no puedes venir a Menfis, lo sabemos.

-Así es -confirmó Cleopatra, y dejó escapar un suspiro-. ¡Cuánto os echo de menos a Ptah, a Menfis y a vosotros!

-Pero César se ha casado contigo -dijo Tach'a, tomando entre las suyas las manos de su querida muchacha-. Estás fecundada, lo sé.

-Sí, estoy fecundada, y será un hijo varón.

Complacidos, los dos sacerdotes de Ptah cruzaron una mirada.

Sí, estoy fecundada y será un niño, pero César no me ama. Yo lo amé en cuanto lo vi, tan alto, tan rubio, con ese aspecto de dios. Eso no me lo esperaba, que pareciera la encarnación de Osiris. Viejo y joven a la vez, padre y marido. Lleno de poder, de majestad. Pero yo soy una obligación para él, algo que soportar en su vida terrena que lo lleva en una nueva dirección. En el pasado amó. Cuando no se da cuenta de que lo observo, aflora su dolor. Así que las mujeres a quienes amó deben de haber desaparecido. Sé que su hija murió de parto. Yo no moriré de parto, eso nunca ocurre a las soberanas de Egipto. Aunque teme por mí, confundiendo mi apariencia con fragilidad interior. Soy resistente como el metal. Viviré muchos años, como corresponde a la hija de Amón-Ra. El hijo de César que

saldrá de mi cuerpo será un hombre de edad cuando pueda gobernar con su esposa en lugar de con su madre. También él vivirá muchos años, pero no será hijo único. Después he de tener una hija de César, para que nuestro hijo pueda casarse con su hermana. Luego, más hijos e hijas, todos casados entre sí, todos fértiles. Fundarán una nueva dinastía, la casa de Tolomeo César. El hijo que llevo en las entrañas construirá templos río abajo y río arriba: los dos seremos faraones. Supervisaremos la elección del Buey Buchis, el Buey Apis, estaremos en el nilómetro de Elefantina todos los años para la lectura de la inundación. Egipto disfrutará de Codos de la Abundancia una generación tras otra; mientras exista la casa de Tolomeo César, Egipto no pasará necesidades. Pero más aún, la Tierra de las Dos Señoras, del junco y la Abeja, recuperará todas sus glorias pasadas y todos sus territorios pasados: Siria, Cilicia, Cos, Kios, Chipre y Cirenaica. En este niño reside el destino de Egipto, y sus hermanos y hermanas poseerán talento y genialidad en abundancia.

Así pues, cuando, cinco días más tarde, Cha'em anunció a Cleopatra que el Nilo iba a crecer veintiocho pies y alcanzar por tanto sobradamente los Codos de la Abundancia, la noticia no le sorprendió en absoluto. Veintiocho pies equivalía a la inundación perfecta, del mismo modo que el suyo sería el hijo perfecto. Hijo de dos dioses, Osiris e Isis: Horus, Haroeris.

Capítulo 3

La guerra en Alejandría se desató en noviembre, pero sólo afectó el lado oeste de la avenida Real. Los judíos y los métricos resultaron valientes aliados, enviaron soldados y convirtieron todas sus pequeñas forjas y pequeños talleres de metal en fábricas de armas, un asunto grave para los alejandrinos de origen macedonio y griego, ya que en otro tiempo habían acogido con satisfacción el que las actividades desagradables y malolientes como la metalistería fueran confinadas al lado este, donde de hecho vivían todos los trabajadores especializados en el metal. Haciendo rechinar los dientes con preocupación, el Intérprete se vio obligado a utilizar parte de los fondos de la ciudad para importar armas de Siria y a alentar a cualquiera del lado oeste con aptitud para esa clase de trabajo a forjar espadas y dagas.

Aquiles atacó a través de aquella tierra de nadie una y otra vez, pero fue en vano; los soldados de César repelían los asaltos con la facilidad de veteranos acicateados por el creciente odio hacia los alejandrinos.

Arsinoe y Ganímedes escaparon de las redes de César a principios de noviembre y llegaron al lado oeste de la ciudad, donde la muchacha se revistió con la coraza, el yelmo y las grebas, blandió una espada y pronunció encendidas peroratas. De este modo capturó la atención de todo el mundo durante el tiempo necesario para que Ganímedes entrara en el campamento de Aquiles, donde el astuto eunuco asesinó al general de inmediato. Siendo un superviviente por naturaleza, el Intérprete se apresuró a aceptar a Arsinoe como reina y ascender a Ganímedes a la tienda del general. Una decisión acertada; Ganímedes estaba hecho para el puesto.

El nuevo general fue hasta el puente que cruzaba la avenida Canóptica, ordenó que se amarraran bueyes a los cabrestantes que controlaban las compuertas y cortó el suministro de agua a los distritos Delta y Épsilon. Aunque el distrito Beta y el Recinto Real se libraron, no fue así con la

avenida Real. Acto seguido, por medio de una ingeniosa combinación de norias y la vieja rosca de Arquímedes, bombeó en las cañerías agua salada del Ciboto, se sentó y esperó.

Romanos, judíos y métricos necesitaron dos días más de agua salobre para darse cuenta de lo que ocurría, y entonces cundió el pánico.

César se vio obligado a afrontar el nerviosismo personalmente, cosa que hizo levantando el pavimento en el centro de la avenida Real y cavando un profundo hoyo. En cuanto éste se llenó de agua dulce, la crisis terminó; pronto levantaron el pavimento de todas las calles de los distritos Delta y Épsilon y aparecieron tantos pozos que aquello parecía obra de un ejército de topes. La admiración que con ello despertó César lo elevó hasta una categoría de semidios.

-La ciudad se asienta sobre piedra caliza -explicó César a Simeón y Sibiro-, y ésta siempre contiene estratos de agua dulce porque es lo bastante blanda para ser erosionada por los arroyos subterráneos. Al fin y al cabo, no estamos lejos del río más grande del mundo.

Mientras esperaba a ver qué efecto produciría el agua salada en el ánimo de César, Ganimedes se concentró en el fuego de artillería, lanzando proyectiles en llamas a la avenida Real tan deprisa como sus hombres podían cargar las ballestas y catapultas. Pero César tenía una arma secreta: hombres especialmente adiestrados para disparar unos pequeños artefactos llamados «escorpiones». Éstos arrojaban dardos cortos y afilados de madera, fabricados a docenas por los artificieros a partir de plantillas que garantizaban un vuelo uniforme. Los terrados horizontales de la avenida Real constituían excelentes plataformas para los escorpiones; César los dispuso detrás de vigas de madera a lo largo de las mansiones del lado oeste de la avenida Real. Los ballesteros eran blancos fáciles; un experto en el manejo del escorpión podía herir a su objetivo en el pecho o en el costado cada vez que lanzaba un dardo. Ganimedes tuvo que proteger a sus hombres tras pantallas de hierro, lo cual les impedía apuntar.

Poco después de mediados de noviembre llegó la tan esperada flota romana, aunque nadie en Alejandría lo supo; el viento soplaba tan fuerte que los barcos fueron arrastrados a kilómetros al oeste de la ciudad. Pero un

esquife entró furtivamente en el Gran Puerto y se dirigió hacia el Puerto Real; su tripulación detectó la enseña escarlata del general ondeando en el frontón del palacio principal. El esquife portaba mensajes del legado al mando de la flota, así como una carta de Cneo Domitio Calvino. Pese a que los mensajes decían que la flota necesitaba agua desesperadamente, César se sentó primero a leer la nota de Calvino.

Lamento mucho que no sea posible enviarte la legión Trigésima octava junto con la Trigésima séptima, pero recientes acontecimientos en Ponto me lo impiden. Farnaces ha desembarcado en Amiso, y yo parto con Sextio y la Trigésima octava para ver qué puedo hacer. La situación es poco prometedora, César. Si bien hasta ahora sólo he tenido noticias de la espantosa destrucción, los informes dicen que Farnaces cuenta con más de cien mil hombres, todos escitios, formidables guerreros si damos crédito a los memorandos de Pompeyo Magno.

Lo que sí puedo hacer por ti es mandarte toda mi flota de barcos de guerra, ya que parece improbable que sea necesaria en la campaña contra el rey de Cimeria, que no ha traído armada consigo. Lo mejor de la flota son los diez trirremes rodios, rápidos, manejables y con la quilla de bronce. Están bajo el mando de un hombre que conoces bien, Eufranor, el mejor almirante después de Cneo Pompeyo. Los otros diez barcos de guerra son quinquerremes, muy grandes y robustos, aunque no veloces. También he habilitado veinte mercantes como naves de guerra, reforzando sus proas con quillas de roble, y he añadido más bancos para los remeros. No sé por qué presiento que necesitarás una flota de guerra, pero así es. Claro que, como ahora te diriges a la provincia de África, supongo que pronto te encontrarás con Cneo Pompeyo y sus flotas. Las últimas noticias en ese frente son que los republicanos reúnen fuerzas allí para hacer otro intento. He conocido con horror lo que los egipcios hicieron a Pompeyo Magno.

La Trigésima séptima lleva buena y abundante artillería, y he pensado que quizá necesites provisiones, ya que, según hemos oído, el hambre azota Egipto. He cargado cuarenta buques mercantes con trigo, garbanzos, aceite, tocino y unas judías secas de excelente calidad, perfectas para un buen potaje. Hay también unos cuantos barriles de cerdo salado para la sopa.

He encargado a Mitrídates de Pérgamo que reúna al menos otra legión para ti; gracias por el *imperium maius*, que me ha permitido pasar por alto las estipulaciones de nuestro tratado. Cuándo Mitrídates aparecerá en Alejandría depende de los dioses, pero es buen hombre, así que estoy seguro de que se apresurará. A propósito, irá por tierra, no por mar. Tenemos escasez de barcos de transporte. Si no llega allí a tiempo, puede solicitar barcos en Alejandría para seguirte hasta la provincia de África.

Mi próxima carta te llegará desde Ponto. Por cierto, he dejado a Marco Bruto gobernando Cilicia, con ordenes estrictas de dedicarse a reclutar tropas y adiestrarlas en lugar de recaudar deudas.

-Creo -dijo César a Rufrio mientras quemaba la misiva-, que le vamos a dar gato por liebre a Ganímedes. Después de cargar a bordo de nuestros barcos de transporte todos los barriles de agua vacíos que encontremos, emprendaremos un pequeño viaje hacia el oeste. Organizaremos tanto alboroto como sea posible... ¿Quién sabe? Acaso Ganímedes tenga la impresión de que el truco del agua salada ha dado resultado, y que César abandona la Ciudad con todos sus hombres excepto la caballería, a la que ha abandonado a su suerte sin la menor consideración.

En un primer momento fue esto precisamente lo que Ganímedes pensó, pero un destacamento de su caballería, de patrulla al oeste de la ciudad, se tropezó con un grupo de legionarios de César que recorría la orilla. Parecían romanos amables, aunque ingenuos; una vez capturados contaron al comandante del escuadrón que César no se había marchado, sino que simplemente iba a buscar agua dulce al manantial. Impacientes por volver ante Ganímedes y darle la noticia, los jinetes partieron al galope, dejando que sus prisioneros regresaran junto a César.

-Lo que nos hemos olvidado de decirles -comentó su joven centurión a Rufrio- es que en realidad estamos aquí para recibir una nueva flota y muchos barcos de guerra. Eso no lo saben.

-¡Ganímedes ha mordido el anzuelo! -exclamó César cuando Rufrio le informó-. Nuestro amigo eunuco hará zarpar su armada del puerto de Eunostos para cortar el paso a treinta y cinco humildes barcos de transporte

que vuelven cargados de agua dulce. Una presa fácil para los alejandrinos, ¿no? ¿Dónde está Eufranor?

Si el día no hubiera estado tan avanzado, tal vez la guerra de Alejandría habría terminado allí mismo. Gánímedes tenía apostados cuarenta quinquereemes y cuadrirremes a la salida del puerto de Eunostos cuando se avistaron los barcos de transporte de César, todos remando contra el viento, una tarea no demasiado difícil viajando de vacío. De pronto, cuando los alejandrinos saltaron sobre la presa, diez barcos rodios, diez pónticos y veinte barcos de transporte equipados para la guerra aparecieron detrás de la flota de César, remando a toda velocidad. Como quedaban sólo dos horas y media de luz de día la victoria no pudo ser completa, pero la flota de Gánímedes sufrió graves daños: un cuadrirreme y sus tripulantes capturados, uno hundido, dos más destrozados y sus tripulantes muertos. Los barcos de guerra de César salieron indemnes.

Al amanecer del día siguiente los barcos de transporte de tropas y alimentos de la Trigésima séptima legión entraron en el Gran Puerto. César no estaba aún fuera de peligro, pero contra todo pronóstico había realizado con éxito una guerra defensiva hasta la llegada de aquellos refuerzos tan necesarios. Ahora tenía también cinco mil veteranos ex republicanos, mil no combatientes, y una flota de guerra mandada por Eufranor, así como abundante comida apropiada para los legionarios. ¡Cómo detestaban los hombres los víveres alejandrinos! En especial el aceite de sésamo, calabaza o semillas de crotón.

-Tomaré la isla de Faros -anunció César.

Relativamente fácil. Gánímedes no estaba dispuesto a destinar soldados a la defensa de la isla, si bien los habitantes resistieron enconadamente el ataque de los romanos. Al final, de nada les sirvió.

En lugar de malgastar sus recursos en Faros, Gánímedes se concentró en equipar todo barco capaz de navegar; tenía la convicción de que la solución al dilema de Alejandría residía en una gran victoria naval. Poteino enviaba información diaria desde palacio, pero ni César ni el propio Gánímedes habían informado al chambelán mayor de que Aquiles estaba muerto;

Ganímedes sabía que si Poteino llegaba a enterarse de quién estaba al mando, dejaría de informar.

A comienzos de diciembre Ganímedes perdió a su informador en el palacio.

-No puedo permitir que llegue a Ganímedes el menor indicio de mi próxima maniobra, así que Poteino debe morir-dijo César a Cleopatra-. ¿Tienes alguna objeción al respecto?

Ella lo miró inexpresiva.

-Ninguna.

-Bueno, querida, he pensado que lo más correcto era preguntártelo. Al fin y al cabo es tu chambelán mayor. Podrías quedarte sin eunucos.

-Tengo eunucos de sobra, y nombraré a Apolodoro.

César y la faraona sólo pasaban juntos algún que otro rato; César nunca dormía en el palacio ni cenaba con ella. Destinaba todas sus energías a la guerra, un asunto interminable debido a la inferioridad numérica de sus tropas. Cleopatra aún no le había hablado del niño que estaba formándose en su vientre. Ya tendría tiempo para eso cuando él no estuviera tan preocupado. Deseaba que él recibiera la noticia con alegría, no con enojo.

-Permite que me ocupe yo de Poteino -propuso ella.

-A condición de que no lo tortures. Una muerte rápida y limpia.

-Merece sufrir -masculló Cleopatra con expresión sombría.

-Desde vuestro punto de vista, sin duda. Pero mientras yo esté al mando bastará con un cuchillo entre las costillas en el lado izquierdo. Podría hacerlo desmembrar y decapitar, pero es una ceremonia para la que no tengo tiempo.

Así que Poteino murió de una cuchillada entre las costillas en el lado izquierdo, como él había ordenado. Lo que Cleopatra no se molestó en decir a César es que le había mostrado el cuchillo a Poteino dos días antes de usarlo. Poteino lloró, gimió y rogó mucho por su vida durante esos dos días.

La batalla naval tuvo lugar en los primeros días de diciembre. César dispuso sus naves mar adentro pero a corta distancia de los escollos situados frente al puerto de Eunostos; los diez barcos rodios a su derecha, los diez pónicos a su izquierda, y una brecha de unos setenta metros entre

unos y otros para poder maniobrar. Los veinte barcos de transporte transformados en buques de guerra estaban mucho más atrás. César había diseñado la estrategia, pero Eufranor la puso en práctica, y antes de que zarpara la primera galera se cuidaron meticulosamente todos los detalles. Cada barco de reserva sabía exactamente qué nave de la hilera debía reemplazar; cada legado y tribuno sabía con toda precisión cuáles eran sus obligaciones; cada centuria sabía qué *corvus* utilizar para abordar un barco enemigo, y el propio César visitó cada unidad para pronunciar unas palabras de aliento y ofrecer un breve resumen de sus propósitos. Su larga experiencia le había demostrado que los soldados rasos bien adiestrados y avezados en el combate a menudo podían tomar la iniciativa y convertir una derrota en una victoria si también ellos conocían con exactitud los planes del general, así que siempre informaba a la tropa.

El *corvus*, una pasarela de madera provista de un gancho de hierro bajo su extremo, era un invento romano que databa de las guerras contra Cartago, cuya destreza naval era muy superior a la de cualquier almirante romano de la época. El nuevo artefacto convertía una batalla naval en una batalla terrestre, y en tierra Roma no tenía rival. En cuanto el *corvus* caía en la cubierta de un barco enemigo, el gancho lo unía a él, permitiendo que los soldados romanos saltaran a bordo.

Ganímedes dispuso los veintidós barcos de guerra más grandes y mejores en fila recta de cara a la brecha de César, con otros veintidós detrás, y a la espalda de esta segunda hilera un gran número de botes y birremes sin cubierta. Éstos no eran para combatir sino sólo para transportar una pequeña catapulta con la que arrojar proyectiles incendiarios.

La parte delicada de la operación tenía que ver con los escollos y arrecifes; el bando que primero avanzara era el que más se arriesgaba a embarrancar y acabar lanzado contra las rocas. Mientras Ganímedes, vacilante, permanecía inmóvil, Eufranor dirigió sin miedo sus naves por el pasadizo y sorteó los obstáculos. Los barcos que iban en cabeza quedaron de inmediato rodeados, pero los rodios eran magníficos en el mar; por más que se esforzara en maniobrar con sus galeras mucho más torpes, Ganímedes fue incapaz de hundir o abordar o siquiera inutilizar ninguna de

las embarcaciones rodias. Cuando los pónticos siguieron a los rodios se consumó la derrota de Ganímedes, con su flota ya en completa desbandada y a merced de la de César, quien en tales circunstancias no conocía la clemencia.

Cuando el anochecer interrumpió las hostilidades, los romanos habían capturado un birreme y un quinquerreme con todos sus tripulantes y remeros, hundido tres quinquerremes y causado importantes daños a una veintena más de barcos alejandrinos, que retrocedieron como pudieron hasta el Ciboto y dejaron en manos de César el puerto de Eunostos. Los romanos no sufrieron la menor pérdida.

Ahora quedaban el muelle del Heptastadion y el Ciboto, muy fortificados y con una gran dotación de hombres. En el lado de Faros, los romanos tenían la situación controlada, pero en el lado del Ciboto las cosas eran distintas. El mayor obstáculo para César era la estrechez del Heptastadion, que no permitía el paso de más de mil doscientos hombres, y tan escasas fuerzas no bastaban para arremeter contra las defensas alejandrinas.

Como de costumbre cuando las cosas se complicaban, César agarró su escudo y su espada y escaló el terraplén para animar a sus hombres. Resultaba visible para todos con su capa escarlata de *paludamentum*. Sin embargo, un gran alboroto que se armó a su espalda, dio a sus soldados la impresión de que los alejandrinos se habían abierto paso y se habían situado detrás de ellos; empezaron a retroceder, dejando a César aislado. Éste, al ver que su propio bote flotaba en el agua justo debajo de él, lo abordó de un salto y lo dirigió a lo largo del Heptastadion, gritando a sus hombres que no había alejandrinos en la retaguardia. Pero cada vez saltaban más soldados a la embarcación amenazando con volcarla. Decidiendo de pronto que aquel día no tomaría el extremo del Heptastadion cercano al Ciboto, César se lanzó al agua, sujetando entre los dientes la capa escarlata de general. El *paludamentum* hizo las veces de luminaria mientras nadaba, y todos lo siguieron hasta una posición segura.

Así que Ganímedes conservó el Ciboto y ese extremo del Heptastadion, pero César retuvo el resto de la Vía elevada, la isla de Faros, todo el Gran

Puerto, y el Eunostos excepto el Ciboto.

La guerra entró en una nueva fase y se libró en tierra. Por lo visto Gánimedes había llegado a la conclusión de que, dado que los destrozos causados por César en la ciudad hacían necesarias importantes obras de reconstrucción, ¿por qué no causar más estragos? Los alejandrinos empezaron a demoler otra franja de casas más allá de la tierra de nadie que se extendía al oeste tras las mansiones de la avenida Real, y a utilizar los escombros para levantar una muralla de quince metros de altura con la parte superior suficientemente plana para instalar encima la artillería pesada. A continuación bombardearon la avenida Real día y noche, sin grandes efectos, ya que los sólidos y lujosos edificios de la avenida resistieron el impacto de los proyectiles al igual que un *murus gallicus*; los bloques de piedra con que estaban contruidos les proporcionaban una resistencia rígida, en tanto que las vigas de madera que las unían las dotaban de resistencia flexible. Casi imposibles de derribar, eran un excelente refugio para los soldados de César. Ante el fracaso de este bombardeo, una torre de asalto de madera de diez pisos de altura y montada sobre ruedas empezó a desplazarse de un lado a otro de la avenida Canóptica contribuyendo a aumentar el caos, disparando piedras y andanadas de lanzas. César organizó un contraataque desde lo alto del monte de Pan y arrojó flechas en llamas y fardos de paja ardiendo contra la torre en cantidad suficiente para prenderle fuego. Convertida en un infierno, se alejó hacia Rhakotis mientras decenas de hombres caían gritando desde lo alto y no volvieron a verla.

La guerra había llegado a un punto muerto.

Después de tres meses de ininterrumpida batalla urbana durante la que ninguno de los dos bandos estuvo en situación de imponer las condiciones de una tregua o la rendición, César se retiró al palacio y dejó el control del asedio en manos del competente Publio Rufrio.

-¡Me disgusta combatir en las ciudades! -dijo airado a Cleopatra, vestido con la túnica escarlata que llevaba bajo la coraza-. Esto es exactamente como Masilla, salvo que allí podía delegar la acción en mis legados y marcharme a atacar a Afranio y Pretreyo en la Hispana Citerior. Aquí estoy inmovilizado y cada día que paso inmovilizado es un día más

del que disponen los supuestos republicanos para preparar su resistencia en la provincia de África.

-¿Es allí a donde ibas? -preguntó ella.

-Sí. Pero mi verdadera esperanza era encontrar vivo a Pompeyo Magno y negociar una paz que habría salvado muchas preciosas vidas romanas. Pero gracias a vuestro corrupto y miserable sistema de eunucos y pervertidos a cargo de niños y ciudades, por no hablar de los fondos públicos, Magno está muerto y yo inmovilizado.

-Date un baño -sugirió ella en tono tranquilizador-. Te encontrarás mejor.

-En Roma dicen que las reinas tolemaicas se bañan en leche de burra. ¿De dónde sale ese mito? -preguntó él, sumergiéndose en el agua.

-No tengo la menor idea -contestó ella que, colocándose detrás de él en el baño, alivió la tensión de sus hombros con el masaje de sus dedos sorprendentemente fuertes-. Quizá se remonta a Lúculo, que pasó aquí una temporada antes de seguir viaje hacia Cirinaica. Tolomeo Látiro le regaló un monóculo de esmeralda, creo. No, no un monóculo. Una esmeralda grabada con el perfil de Lúculo... ¿o era el perfil del Látiro?

-Ni lo sé ni me importa. A Lúculo le trataron injustamente, aunque yo personalmente lo despreciaba -dijo César dándose la vuelta.

Por alguna razón ella no tenía un aspecto tan escuálido en el agua; sus pequeños pechos morenos que asomaban a la superficie se veían más llenos, los pezones grandes y muy oscuros, las aureolas más pronunciadas.

-Estás embarazada -dijo él de pronto.

-Sí, de tres meses. Me fecundaste aquella primera noche.

Los ojos de César se posaron en el rostro sonrojado de Cleopatra, y su pensamiento se aceleró para encajar aquella asombrosa noticia en sus planes. ¡Un hijo! Y él no tenía ninguno, nunca había esperado tenerlo. Increíble. El hijo de César ocuparía el trono de Egipto. Sería faraón. César había engendrado un rey o una reina. Le tenía sin cuidado cuál fuera el sexo del niño; un romano valoraba a las hijas en igual medida que a los hijos, ya que las hijas implicaban alianzas políticas de gran trascendencia para sus padres.

-¿Te complace? -preguntó ella con visible nerviosismo.

-¿Te encuentras bien? -dijo él, acariciándole la mejilla con la mano húmeda, y diciéndose que era fácil ahogarse en aquellos magníficos ojos de leona.

-Me sienta bien. -Ladeó la cabeza para besarle la mano. -Entonces, me complace. -La acercó hacia sí. -Ptah ha hablado: será un hijo varón. -¿Por qué Ptah? ¿No es Amón-Ra vuestro gran dios? -Nosotros decimos Amun-Ra -le corrigió Cleopatra-. "Anión" es griego.

-Lo que me gusta de ti -comentó César de pronto- es que no te importa hablar mientras nos tocamos, y no gimes y te comportas como una puta profesional.

-¿Quieres decir que soy una aficionada? -preguntó ella, besándole la cara.

-No seas intencionadamente obtusa. -César sonrió, disfrutando sus besos-. Embarazada estás mejor; pareces más mujer.

A finales de enero, los alejandrinos enviaron una delegación al palacio para hablar con César. Gánímedes no estaba entre sus miembros; el portavoz era el Juez Supremo, una personalidad que Gánímedes consideraba prescindible si César decidía tomar prisioneros. Lo que ninguno de ellos sabía era que César estaba indispuesto, aquejado de un trastorno gástrico que se agravaba con el paso de los días.

La audiencia se celebró en el salón del trono, que César no había visto antes. En comparación, las demás salas eran insignificantes. Estaba decorado con valiosísimos muebles de estilo egipcio; las paredes eran de oro con piedras preciosas incrustadas, el suelo de baldosas también era de oro y las vigas del techo se hallaban recubiertas de oro. Lo que los artesanos locales no dominaban era el escayolado, de modo que no se veían elaboradas molduras ni techos artesonados; pero con tal cantidad de oro, ¿quién iba a fijarse en eso? Llamaba la atención sobre todo una serie de estatuas de oro macizo de tamaño superior al natural, colocadas sobre pedestales: el panteón de los dioses egipcios, entidades sumamente extrañas. En su mayoría tenían cuerpo humano, y casi todos cabeza de

animal: cocodrilo, chacal, leona, gato, hipopótamo, halcón, ibis, babuino de cara de perro...

Apolodoro, advirtió César, no vestía como un macedonio sino como un egipcio; llevaba una túnica larga y plisada de hilo teñido de listas rojas y amarillas, un collar de oro con la efigie de un buitre, y un tocado nemes de oro, que era un paño triangular almidonado, ceñido a la frente y atado en la nuca, con dos alas que sobresalían tras las orejas. La corte había dejado de ser macedonia.

César no dirigió la entrevista. Lo hizo Cleopatra, ataviada de faraona: una gran ofensa para el Juez Supremo y sus acompañantes.

-No hemos venido a negociar con Egipto sino con César-prorrumpió el juez volviéndose a mirar a César, que tenía un color ceniciento.

-Aquí soy yo la soberana, no César, y Alejandría forma parte de Egipto -replicó Cleopatra con una voz áspera, estridente y poco musical-. Chambelán mayor, recuérdale a este hombre quién soy yo y quién es él.

-Has abjurado de tu herencia macedonia -le gritó el juez Supremo mientras Apolodoro lo obligaba a arrodillarse ante la reina-. ¿Dónde está Serapis en medio de esta horrenda galería de bestias? Tú no eres de Alejandría, eres la reina de las bestias.

La descripción divirtió a César, sentado por debajo de Cleopatra en su silla curul de marfil, colocada donde había estado el trono del rey Tolomeo. Demasiados sobresaltos para un burócrata macedonio, se dijo. Una faraona, no la reina, y un romano donde debería haber estado el rey.

-Dime qué os ha traído hasta aquí, Hermócrates, y luego podrás abandonar la compañía de tantas bestias -dijo la faraona.

-He venido a buscar al rey Tolomeo.

-¿Por qué?

-Es evidente que aquí no lo quieren -respondió Hermócrates con tono cortante-. Estamos cansados de Arsinoe y Ganímedes -añadió, sin darse cuenta al parecer de que estaba facilitando a César valiosa información acerca de la moral en el alto mando alejandrino-. Esta guerra es interminable -prosiguió el Juez Supremo con sincero hastío-. Si tenemos la

custodia del rey, quizá sea posible negociar una paz, antes de que la ciudad desaparezca. Tantos barcos destruidos, el comercio arruinado...

-Puedes negociar una paz conmigo, Hermócrates.

-Me niego, reina de las bestias, traidora a Macedonia.

-Macedonia -repitió Cleopatra con igual hastío-. Macedonia es un lugar que ninguno de nosotros ha visto desde hace generaciones.

Ya es hora de que os dejéis de llamar macedonios. Sois egipcios.

-¡Jamás! -exclamó Hermócrates entre dientes-. Traednos al rey Tolomeo, que recuerda a sus antepasados.

-Trae de inmediato a su majestad, Apolodoro.

El pequeño rey entró con el debido atavío macedonio, incluidos el tocado y la diadema; Hermócrates lo contempló un instante y se postró de rodillas para besarle la mano extendida.

-¡Oh, vuestra majestad, vuestra majestad, os necesitamos! -dijo.

Tras la conmoción que le causó el verse separado de Teodoto, el joven Tolomeo se había visto reducido a la sola compañía de su hermano menor Filadelfo, pero había encontrado nuevas maneras de emplear sus energías juveniles, y esas distracciones le hacían disfrutar mucho más que las atenciones de Teodoto. La muerte de Pompeyo Magno había permitido a Teodoto dedicarse a una seducción prematura del muchacho, a quien esos manejos habían intrigado en cierto sentido y lo habían repelido en otro. Aunque había estado con Teodoto -un amigo de su padre- toda su vida, veía al tutor con los ojos de la infancia; para él era un viejo desagradable y de ningún modo deseable. Algunas de las cosas que Teodoto le había hecho eran placenteras, pero no todas, y no podía encontrar el menor placer en su autor, cuya carne colgaba, que tenía los dientes negros y podridos, que tenía un aliento apestoso. Aunque se acercaba a la pubertad, Tolomeo no estaba muy interesado en el sexo, y sus fantasías giraban aún en torno a la guerra, las armas, los carros, en sí mismo como general. Así que cuando César desterró a Teodoto, él acudió al pequeño Filadelfo como compañero de sus juegos bélicos, y descubrió una clase de vida enormemente deleitosa. Correrías por el palacio y los jardines, conversaciones con los legionarios de César que patrullaban en el recinto, anécdotas de las grandes batallas

ocurridas en la Galia, y un aspecto de César que no había sospechado. Así pues, aunque rara vez veía a César, había transferido su veneración por un héroe al soberano del mundo, y en aquel momento disfrutaba del espectáculo de un magistral estratega dejando en ridículo a sus súbditos alejandrinos.

Por consiguiente, observó al Juez Supremo con recelo.

-¿Me necesitáis? -preguntó-. ¿Para qué, Hermócrates?

-Eres nuestro rey. Te necesitamos con nosotros.

-¿Con vosotros? ¿Dónde?

-En nuestro lado de Alejandría.

-¿Quieres decir que debo dejar mi palacio?

-Tenemos otro palacio listo para ti. Al fin y al cabo, aquí veo a César sentado en tu lugar. Es a ti a quien necesitamos, no a la princesa Arsinoe.

El muchacho soltó una carcajada.

-¡Bueno, eso no me sorprende! -dijo sonriendo-. Arsinoe es una arpía arrogante.

-Exactamente -concedió Hermócrates. No se volvió hacia Cleopatra sino hacia César-. César, ¿podemos llevarnos a nuestro rey Tolomeo?

César se enjugó el sudor del rostro.

-Sí, Juez Supremo.

Tolomeo prorrumpió en ruidoso llanto.

-No, no quiero ir. Quiero quedarme con vosotros, César. Por favor, por favor.

-Eres un rey, Tolomeo, y puedes ser útil a tu pueblo. Debes ir con Hermócrates -contestó César con voz débil.

-¡No, no! Quiero quedarme con vosotros, César.

-Apolodoro, llévatelos a los dos -dijo Cleopatra, cansada de la escena.

Todavía gritando y protestando, el rey salió de la sala a rastras.

-¿A qué venía todo eso? -preguntó César con el entrecejo fruncido.

Cuando el rey Tolomeo llegó a sus nuevos aposentos de una preciosa e intacta casa situada en los jardines del Serapeum, todavía lloraba con desconsuelo; su dolor se exacerbó cuando apareció Teodoto, ya que Cleopatra le había enviado otra vez a su tutor. Para consternación de

Teodoto, el muchacho rechazó sus insinuaciones violenta y malévolamente. Pero no era a Teodoto a quien Tolomeo deseaba agredir: ansiaba vengarse de César, quien lo había traicionado.

Después de dormirse entre sollozos, el muchacho despertó por la mañana dolido y con el corazón endurecido.

-Ve a traer a Arsinoe y Ganímedes -ordenó al Intérprete.

Al verlo, Arsinoe gritó de alegría.

-¡Oh, Tolomeo! Has venido a casarte conmigo -exclamó.

El rey le volvió la espalda.

-Envía a esta arpía embustera junto al César y a mi hermana-dijo con tono cortante, y luego lanzó una mirada a Ganímedes, que parecía consumido, exhausto-. Mata a éste de inmediato -ordenó-. Yo mismo me pondré al mando del ejército.

-¿No hay conversaciones de paz? -preguntó el Intérprete, con un nudo en el estómago.

-No hay conversaciones de paz. Quiero la cabeza de César en una bandeja de oro.

Así que la guerra continuó aún más enconadamente que antes, una creciente carga para César, que padecía tan terribles calambres y vómitos que era incapaz de ejercer el mando.

A primeros de febrero llegó otra flota; más barcos de guerra, más comida, y la Vigésima séptima legión, una fuerza compuesta de tropas ex republicanas licenciadas en Grecia, pero aburridas de la vida civil.

-Haced zarpar a nuestra flota-dijo César a Rufrio y Tiberio Claudio Nerón; estaba envuelto en mantas, todo su cuerpo sacudido por los calambres-. Nerón, como romano de más alto rango, tú tendrás el mando nominal, pero quiero que comprendas que el verdadero comandante es nuestro amigo rodio, Eufranor. Ordene lo que ordene, obedecerás.

-No es correcto que un extranjero tome las decisiones -protestó Nerón con rigidez, adelantando el mentón.

-¡Me da igual si es correcto o no! -consiguió decir César, aunque los dientes le castañeteaban, y tenía el rostro demacrado y pálido-. Sólo me interesan los resultados, y tú, Nerón, no podrías capitanear ni la disputa por

la cabeza del Caballo de Octubre. Así que atiéndeme, deja que Eufranor haga lo que quiera y dale todo tu apoyo. De lo contrario te desterraré con deshonor.

-Déjame ir con ellos -suplicó Rufrio, previendo problemas.

-No puedo prescindir de ti en la avenida Real. Eufranor vencerá.

Eufranor venció, pero el precio de su victoria fue superior al que César estaba dispuesto a pagar. Anticipándose como siempre, el almirante rodio destruyó la primera nave alejandrina y fue a por otra. Rodeado por varios barcos alejandrinos, solicitó ayuda a Nerón. Nerón hizo caso omiso de su petición; Eufranor y su barco se hundieron, muriendo todos sus hombres. Las dos flotas romanas llegaron sanas y salvas al Puerto Real, convencido Nerón de que César nunca descubriría su traición. Pero un pajarito del barco de Nerón contó lo ocurrido al oído de César.

-Recoge tus cosas y márchate -ordenó César-. No quiero volver a verte nunca más, necio arrogante e irresponsable.

Nerón quedó atónito.

-¡Pero vencí! -exclamó.

-Tú perdiste. Venció Eufranor. Ahora, desaparece de mi vista.

César había escrito una carta a Vatia Isaurico a Roma a finales de noviembre, explicándole que estaba temporalmente inmovilizado en Alejandría y esbozando sus planes para el año siguiente. Por el momento tendría que continuar como dictador; las elecciones curules tendrían que esperar hasta que él llegara a Roma, tardara lo que tardara. Entre tanto Marco Antonio tendría que actuar como Maestro del Caballo y Roma tendría que arreglarse sin otros altos magistrados que los tribunos de la plebe.

Después de eso no volvió a escribir a Roma, confiando en que su buena suerte proverbial librara a la ciudad de cualquier mal hasta que él pudiera trasladarse allí y ocuparse personalmente de los asuntos de la urbe. Marco Antonio se había desenvuelto bien después de un periodo dudoso; mantendría el orden. Pero ¿por qué sólo César parecía capaz de dotar a los lugares de estabilidad política y economía operativa? ¿No podían los hombres distanciarse lo suficiente de la realidad para ver más allá de sus

carreras, de sus propios compromisos? Egipto era una muestra de ello. El país necesitaba urgentemente una mano firme en el trono, una forma de gobierno más atenta e ilustrada, una multitud sin poder. Así que César debería permanecer allí el tiempo suficiente para educar a la soberana en el cumplimiento de sus responsabilidades, asegurarse de que se convirtiera en refugio de romanos renegados, y enseñar a los alejandrinos que expulsar a los tolomeos no era una solución para los problemas basados en los grandes ciclos de los buenos y malos tiempos.

La enfermedad se negó a abandonarlo y minó sus fuerzas; un trastorno muy grave que le hizo perder muchos kilos, a él que no tenía ni un solo gramo de carne superflua. A mediados de febrero, y pasando por alto sus protestas, Cleopatra llamó a palacio al sacerdote-médico Hapd'efan'e de Menfis para que lo tratara.

-Tienes el revestimiento del estómago muy inflamado -dijo aquel individuo en un griego torpe-, y el único remedio es unas gachas de almidón de cebada mezcladas con un brebaje especial de hierbas. Debes alimentarte de eso durante un mes como mínimo, y después veremos.

-Siempre y cuando no incluya hígado y huevos con leche, comeré cualquier cosa -dijo César fervientemente, recordando la dieta de Lucio Tucio cuando se recuperaba de las fiebres que casi le habían costado la vida mientras se escondía de Sila.

En cuanto empezó este monótono régimen, mejoró de manera espectacular, ganó peso y recuperó las energías.

Al recibir la carta de Mitrídates de Pérgamo, el día primero de marzo, sintió un profundo alivio. No siendo ya su salud una sombra gris agazapada en el fondo de su mente, pudo concentrarse en el contenido de la carta con su vigor de siempre.

Bueno, César, he llegado a Hierosolima, llamada Jerusalén, tras hacerme con un millar de caballos de Dejotaro en Galacia, y una legión de soldados aceptables de Marco Bruto en Tarso. No quedaba nada útil en el norte de Siria, pero parece que el rey judío sin reino, Hircano, siente un hondo afecto por la reina Cleopatra: ha donado tres mil soldados judíos de primera y me manda al sur en compañía de su amigo, Antipater, y del hijo

de Antipater, Herodes. Dentro de dos *nundinae* esperamos llegar a Pelusium, donde Antipater me asegura que tendrá la autoridad necesaria para reunir el ejército de la reina Cleopatra del monte Casio; se compone de judíos e idumeos.

Tú sabrás mejor que yo dónde es más probable que mi ejército encuentre resistencia. He sabido por Herodes, un joven afanoso y sagaz, que Aquiles retiró su ejército de Pelusium hace meses para entrar en guerra contigo en Alejandría. Pero Antipater, Herodes y yo preferimos no adentrarnos en los pantanos y canales del Delta sin instrucciones concretas tuyas. Así que esperaremos órdenes en Pelusium.

En el frente pónico las cosas no marchan bien. Cneo Domitio Calvino y las tropas que consiguió reunir se enfrentaron a Farnaces cerca de Nicópolis, en Armenia Parva, y sufrieron una aplastante derrota. Calvino no tuvo más alternativa que retroceder en dirección oeste hasta Bitinia; si Farnaces le hubiera seguido, Calvino habría sido aniquilado. Sin embargo, Farnaces prefirió quedarse en Ponto y Armenia Parva, causando estragos. Sus atrocidades son horribles. Por lo último que supe antes de marcharme, planeaba invadir Bitinia; pero de ser eso cierto sus preparativos eran torpes y mal organizados. Farnaces siempre ha sido así; lo recuerdo de cuando era joven.

Cuando llegué a Antioquía, oí un nuevo rumor: que Asander, el hijo de Farnaces que se quedó gobernando en Cimeria, aguardó a que su padre estuviera completamente inmerso en el conflicto de Ponto y entonces se declaró rey y exilió a su padre. Así que podría ocurrir que tú y Calvino disfrutarais de un inesperado respiro si Farnaces regresa antes a Cimeria para derrocar a su ingrato hijo.

Aguardo tu respuesta con impaciencia, y soy tu servidor.

¡Rescate, por fin!

César quemó la carta y luego hizo escribir a Trebatio una misiva supuestamente redactada por Mitrídates de Pérgamo y dirigida a él. Con su contenido pretendía inducir a los alejandrinos a abandonar la ciudad e iniciar una rápida campaña en el Delta. Pero primero la carta debía llegar a Arsinoe en el palacio a fin de que ella creyese que sus agentes la habían

robado antes de que César la abriera, que él ignoraba que tenía refuerzos cerca. La falsa carta fue sellada con una moneda acuñada por Mitrídates de Pérgamo, y por intrincados medios llegó a Arsinoe aparentemente sin abrir. Tanto la carta como Arsinoe desaparecieron del palacio en menos de una hora. Dos días después el rey Tolomeo, su ejército y los macedonios residentes en Alejandría navegaban en dirección este hacia el Delta. La ciudad quedó inerme e incapaz de defenderse, carente de toda su casta dominante.

César aún no se encontraba del todo bien, por más que él se negara a admitirlo; viéndolo ceñirse la armadura para la inminente campaña en el Delta, Cleopatra se preocupó.

-¿No puedes dejar que Rufrio se ocupe de esto? -preguntó.

-Probablemente, pero si he de aplastar por completo la resistencia y conseguir que Alejandría entre en razón de una vez por todas, debo estar allí en persona -explicó César, sudando por el esfuerzo de vestirse.

-Entonces mejor será que Hapd'efan'e te acompañe -dijo ella con tono suplicante.

Pero él había ya conseguido equiparse sin ayuda, y su piel había recuperado el color. La mirada que dirigió a Cleopatra era la mirada de César, el hombre que lo tenía todo bajo control.

-Te preocupas demasiado -dijo.

La besó, y ella notó su aliento agrio.

Dos cohortes de soldados heridos recibieron orden de quedarse para defender el Recinto Real. César se llevó a los tres mil doscientos hombres de las legiones Sexta, Trigésima séptima y Vigésima séptima, junto con toda la caballería, y partió de Alejandría por una ruta que Cleopatra consideraba indebidamente tortuosa. En lugar de ir al Delta por el canal navegable, dio un rodeo por el sur del lago Mareotis, manteniéndolo a su izquierda; cuando por fin dobló hacia el brazo canópico del Nilo, hacía tiempo que ya no estaba al alcance de la vista.

Un veloz mensajero había ido al galope a Pelusium muy por delante del ejército del rey Tolomeo con la misión de comunicar a Mitrídates de Pérgamo que debía actuar como el otro brazo de la pinza que quería formar

César, y que para ello debía avanzar por la orilla este del brazo pelusiaco del Nilo, pero no debía entrar en el propio Delta. Acorralarían a Tolomeo cerca del vértice de la pinza, en tierra firme.

Así llamado porque tenía la forma de la letra griega delta, el Delta del Nilo era mayor que cualquier otra desembocadura de río conocida en el Mare Nostrum: medía unos doscientos cincuenta kilómetros desde el brazo pelusiaco hasta el brazo canópico; y tenía más de ciento sesenta kilómetros desde el Mare Nostrum hasta la bifurcación del Nilo propiamente dicho al norte de Menfis. El gran río se dividía una y otra vez en numerosos ramales, unos más grandes que otros, que se extendían en abanico para verter sus aguas en el Mare Nostrum a través de siete desembocaduras interconectadas. Inicialmente todas las vías de agua del Delta eran naturales, pero cuando los tolomeos, que estaban al tanto de los conocimientos científicos griegos, empezaron a gobernar en Egipto, conectaron la red de brazos del Nilo mediante miles de canales, de modo que cualquier porción de tierra del Delta nunca estaba a más de un kilómetro y medio del agua. ¿Por qué era necesario cuidar tanto el Delta cuando los mil seiscientos kilómetros de cauce del Nilo desde Elefantina hasta Menfis producían alimento suficiente para abastecer a Egipto y Alejandría? Porque en el Delta crecía el byblos, el junco del papiro a partir del cual se fabricaba el papel. Los tolomeos poseían el monopolio mundial del papel, y los beneficios de la venta iban a las arcas privadas del faraón. El papel era el templo del pensamiento humano y con el tiempo los hombres se vieron incapaces de vivir sin él.

Siendo el principio del invierno según las estaciones, pero el final de marzo según el calendario romano la inundación del verano había retrocedido, pero César no deseaba que su ejército quedara atascado en un laberinto de vías de agua que conocía mucho peor que los asesores y guías de Tolomeo.

Los continuos diálogos con Simeón, Abraham y Josué durante los meses de guerra en Alejandría habían proporcionado a César un conocimiento de los judíos egipcios muy superior al de Cleopatra; hasta que él llegó, ella nunca había considerado a los judíos merecedores de su atención. En

cambio César sentía un enorme respeto por la inteligencia, sabiduría e independencia de los judíos, y planeaba ya cómo convertir a los judíos en valiosos aliados de Cleopatra cuando él se fuera. Aunque constreñida por su educación y su rango excepcional, ella tenía cualidades para ser un buen gobernante una vez que César le hubiera hecho comprender los principios básicos. Al ver que Cleopatra accedía libremente a conceder a judíos y métricos la ciudadanía alejandrina, él se había animado. Un comienzo.

Al sureste del Delta se encontraba la Tierra de Onías, un enclave autónomo de judíos descendientes del sumo sacerdote Onías y sus seguidores, exiliados de Judea por negarse a postrarse en el suelo ante el rey de Siria; eso, había dicho Onías, lo hacían sólo ante su dios. El rey Tolomeo VI Filometor cedió a los onienses una amplia franja de tierra a cambio de un tributo anual y soldados para el ejército egipcio. La noticia de la generosidad de Cleopatra había llegado a la Tierra de Onías, que tomó partido por ella en esta guerra civil y permitió así que Mitrídates de Pérgamo ocupara Pelusium sin lucha; Pelusium estaba lleno de judíos y tenía fuertes lazos con la Tierra de Onías, que era vital para todos los judíos egipcios porque contenía el Gran Templo. Éste era una réplica en menor tamaño del templo del rey Salomón, incluso disponía de la torre de veinticinco metros de altura y los barrancos artificiales que simulaban los valles de Kedrón y Gehenna.

El pequeño rey había transportado su ejército en barcas por el brazo fatnítico del Nilo; éste se unía al brazo pelusiaco justo por encima de Leontópolis y la Tierra de Onías, que se extendía entre Leontópolis y Heliópolis. Allí, cerca de Heliópolis, el rey Tolomeo encontró a Mitrídates de Pérgamo en un sólido campamento de estilo romano y lo atacó con temeraria inconsciencia. Casi sin dar crédito a su buena fortuna, Mitrídates sacó a sus hombres de inmediato del campamento y entró en la refriega con tal éxito que muchos soldados de Tolomeo murieron y los restantes se dispersaron presas del pánico. Sin embargo, alguien en el ejército de Tolomeo demostró tener sentido común, ya que en cuanto hubo amainado el frenesí posterior a la batalla, los hombres de Tolomeo retrocedieron hasta

una fortaleza natural, un enclave protegido por una sierra, el Nilo pelusiaco y un amplio canal de orillas altas y escabrosas.

César alcanzó las inmediaciones de aquel paraje poco después de la derrota de Tolomeo, sintiéndose más agotado por la marcha de lo que deseaba admitir, incluso ante Rufrio. Dio el alto a sus hombres y examinó atentamente la posición de Tolomeo. Para él, el principal obstáculo era el canal, en tanto que para Mitrídates era la sierra.

-Hemos encontrado lugares por donde es posible vadear el canal -le dijo Arminio, de los ubíes germanos-, y en otros puntos podemos cruzar a nado, y también los caballos.

Se ordenó a los soldados de infantería que talaran todos los árboles de la zona para construir una pasarela a través del canal, cosa que hicieron con entusiasmo, pese al arduo día de marcha; después de seis meses de guerra, el odio romano hacia Alejandría y los alejandrinos estaba al rojo vivo. Del primero al último los guerreros albergaban la esperanza de que aquélla fuera la batalla decisiva, tras la cual pudieran abandonar Egipto para no volver.

Tolomeo mandó a la infantería y a la caballería ligera para cortar el avance de César, pero la infantería romana y la caballería germana atravesaron el canal con tal furia que cayeron sobre los soldados de Tolomeo como exaltados galos belgas. Las tropas de Tolomeo se dispersaron y huyeron, pero los romanos les cortaron la retirada; sólo unos pocos escaparon para ir a buscar refugio a la fortaleza del pequeño rey, a unos diez kilómetros de distancia.

Al principio César pensó en atacar de inmediato, pero cuando contempló el bastión de Tolomeo cambió de idea. Éste había utilizado las abundantes piedras de las ruinas de antiguos templos situados en los alrededores para reforzar las defensas naturales del enclave. César se dijo que era mejor que los hombres acamparan esa noche. Habían realizado una marcha de más de treinta kilómetros antes de entablar combate en el canal; merecían una buena comida y un sueño reparador antes del siguiente enfrentamiento. Lo que no le dijo a nadie fue que él mismo se sentía débil,

que al mirar las defensas de Tolomeo le había parecido que se balanceaban como restos de un naufragio en un mar tempestuoso.

Por la mañana tomó una pequeña rebanada de pan con miel así como sus gachas de cebada, y se encontró mucho mejor.

Los tolomeanos -era más fácil llamarlos así porque no todos eran alejandrinos- habían fortificado una aldea cercana y la habían unido a su estructura montañosa mediante bastiones de piedra; César lanzó la acometida principal de su primera carga contra la aldea, con la intención de tomarla y seguir por ímpetu natural hasta apoderarse de la fortaleza. Pero entre el Nilo pelusiaco y las líneas de Tolomeo había un espacio que resultaba inaccesible porque quienquiera que estuviera al mando de las huestes tolomeanas había organizado allí un fuego cruzado de flechas y lanzas; Mitrídates de Pérgamo, que avanzaba desde el lado opuesto de la sierra, tenía sus propios problemas y no podía ayudar. Aunque la aldea cayó, César no pudo sacar a sus tropas del letal fuego cruzado para arremeter contra el monte y acabar la labor.

Subiendo con su caballo alquilado a la cima de un montículo, advirtió que los tolomeanos habían dado mucha importancia a aquella pequeña victoria y habían descendido desde la parte más elevada de su ciudadela para colaborar en el lanzamiento de flechas contra los asediados romanos. César hizo llamar al canoso centurión *primipilus* de la Sexta legión, Décimo Carfuleno.

-Toma cinco cohortes, Carfuleno, rodea las defensas inferiores y ocupa las posiciones elevadas que han abandonado esos idiotas -ordenó enérgicamente, experimentando un secreto alivio al notar que el descanso y la comida le habían devuelto su habitual comprensión de una situación complicada. Era fácil saber cómo actuar cuando volvía a sentirse el mismo de siempre. ¡Ay, la edad! ¿Es éste el principio del fin de César? Si es así, que sea rápido, que no sea un lento sumirse en la senescencia.

La ocupación de las posiciones elevadas provocó un pánico generalizado entre las tropas de Tolomeo. En menos de una hora después de la toma de la ciudadela por parte de Carfuleno, el ejército de Tolomeo había sido completamente derrotado. Miles de hombres murieron en el campo de

batalla, pero unos cuantos, protegiendo entre ellos al pequeño rey, consiguieron llegar al Nilo pelusiaco y sus barcazas.

Naturalmente, fue necesario recibir a Malaquías, sumo sacerdote de la Tierra de Onías, con la debida ceremonia, presentárselo al radiante Mitrídates de Pérgamo, sentarse con los dos y compartir el dulzón vino judío. Cuando una sombra se proyectó en la entrada de la tienda, César se excusó y se puso en pie, sintiéndose de pronto muy cansado.

-¿Noticias del pequeño Tolomeo, Rufrio?

-Sí, César. Ha subido a bordo de una de las barcazas, pero había tal caos en la orilla del río que su guardia personal no ha podido apartar la barcaza a tiempo y ésta se ha llenado de hombres hasta los topes. No mucho más allá río abajo ha volcado. El rey se encontraba entre los ahogados.

-¿Habéis recuperado el cuerpo?

-Sí. -Rufrio sonrió, y su rostro arrugado de ex centurión se iluminó como el de un niño-. Tenemos también a la princesa Arsinoe. Estaba en la ciudadela y ha desafiado a Carfuleno a un duelo. ¡Increíble! Blandía la espada y gritaba como Mormolife.

-¡Magnífica noticia! -exclamó César, satisfecho.

-¿Órdenes, César?

-En cuanto pueda zafarme de las formalidades -dijo César, señalando con la cabeza hacia la tienda-, saldré hacia Alejandría. Me llevaré el cadáver del rey y a la princesa Arsinoe. Tú y el buen Mitrídates podéis poner orden y seguirme luego con el ejército.

-Ejecútala -dijo la faraona desde el trono cuando César llevó ante ella a la desmelenada Arsinoe, todavía revestida con su armadura. Apolodoro inclinó la cabeza.

-De inmediato, hija de Amón-Ra.

-Ejem..., me temo que no -terció César con tono de disculpa. La pequeña figura en lo alto del estrado se enderezó con una tensión amenazadora.

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó Cleopatra.

-Arsinoe es mi cautiva, faraona, no la tuya. Por tanto, según la costumbre romana, será enviada a Roma para tomar parte en mi desfile

triumfal.

-Mientras viva mi hermana, mi vida correrá peligro. Yo ordeno que sea ejecutada hoy.

-Y yo ordeno que no.

-César, en estas tierras estás de visita. Tú no das órdenes al trono de Egipto.

-¡Estupideces! -exclamó César, molesto-. Yo te he puesto en el trono, y mando a quienquiera que se siente en este caro asiento mientras esté de visita en estas tierras. Ocúpate de tus asuntos, faraona: entierra a tu hermano en el Sema, empieza a reconstruir tu ciudad, viaja a Menfis o Cirene, amamanta al niño que llevas en el vientre. A propósito, cástate con tu otro hermano. No puedes gobernar sola; no es costumbre egipcia ni alejandrina que un soberano gobierne solo.

Se marchó. Cleopatra se quitó a puntapiés las altas sandalias y corrió tras él, olvidando su dignidad faraónica, dejando que la atónita audiencia sacara las conclusiones que quisiera de aquella batalla de voluntades real. Arsinoe se echó a reír a carcajadas; Apolodoro lanzó una triste mirada a Carmian e Iras.

-Afortunadamente, no he hecho venir al Intérprete, el Registrador, el Contable, el juez Supremo y el comandante de noche-comentó el chambelán mayor-. No obstante, creo que debemos dejar que la faraona y César resuelvan sus asuntos entre ellos. Y vos, alteza, no riáis. Vuestro bando ha perdido la guerra; nunca seréis reina de Alejandría. Hasta que César os ponga a bordo de un barco romano, estaréis en la mazmorra más oscura y peor ventilada que haya bajo el Sema..., a pan y agua. No es tradición romana ejecutar a la mayor parte de aquellos que marchan en un desfile triunfal, así que sin duda César os pondrá en libertad después del suyo; pero os lo advierto, alteza, si regresáis alguna vez a Egipto, moriréis. Vuestra hermana se ocupará de eso.

-¿Cómo te atreves? -gritó Cleopatra-. ¿Cómo te atreves a humillar a la reina delante de la corte?

-La reina no debería ser tan despótica, querida -contestó César, dándose palmadas en la rodilla, ya apaciguado su mal genio-. Antes de anunciar una

ejecución, pregúntame. Te guste o no, Roma ha sido una notable presencia en Egipto durante cuarenta años. Cuando yo parta, Roma no partirá conmigo. Para empezar, pienso dejar en Alejandría tropas romanas. Si quieres seguir reinando en Egipto y Alejandría, actúa de una manera hábil y política, empezando por mí. El hecho de que sea tu amante y el padre de tu hijo no nacido carece de importancia en cuanto tus intereses y los de Roma entran en conflicto.

-Porque César está al servicio de Roma-dijo ella con amargura.

-Naturalmente. Ven, siéntate y abrázame. Las discusiones no son buenas para un bebé. Él sigue tranquilo cuando hacemos el amor, pero estoy seguro de que se altera mucho cuando nos peleamos.

-También tú crees que es un varón -dijo Cleopatra, reacia aún a sentarse en el regazo de César, pero empezando a ceder.

-Cha'em y Tach'a me han convencido.

Apenas había pronunciado estas palabras, todo su cuerpo se convulsionó. César bajó la vista y se miró asombrado; luego se desplomó de la silla y quedó tendido en el suelo con la espalda arqueada y brazos y piernas rígidamente extendidos.

Cleopatra gritó para pedir ayuda, y se acercó a él corriendo al tiempo que se despojaba de la doble corona y sin la menor precaución la lanzaba a un lado. El rostro de César había adquirido un color azul amoratado y sus miembros se sacudían espasmódicamente. Al intentar sujetarlo, la faraona, que seguía gritando, se vio derribada por tierra.

La crisis cesó tan bruscamente como empezara.

Pensando que los amantes resolvían sus diferencias con violencia física, Carmian e Iras no se atrevieron a entrar hasta que el tono de los chillidos de su señora los convencieron de que ocurría algo grave. Entonces, cuando las dos muchachas sumaron sus gritos a los de Cleopatra, Apolodoro, Hapd'efan'e y tres sacerdotes acudieron presurosos y encontraron a César tendido en el suelo, con una respiración lenta y sibilante, el rostro lívido como si estuviera a las puertas de la muerte.

-¿Qué tiene? -preguntó Cleopatra a Hapd'efan'e, que estaba de rodillas al lado de César oliéndole el aliento y tomándole el pulso.

-¿Ha tenido convulsiones, faraona?

-Sí, sí.

-¡Vino muy dulce! -ordenó el médico-sacerdote-. ¡Vino muy dulce y un junco flexible y bien hueco! ¡Deprisa!

Mientras los otros sacerdotes obedecían, Carmian e Iras se ocuparon de Cleopatra, que aullaba aterrorizada, y la convencieron para que se despojara de parte de sus galas faraónicas y de todas sus joyas. Apolodoro, a voz en grito, decía que rodarían cabezas a menos que se encontrara de inmediato el junco hueco, y César, comatoso, permanecía ajeno al terror que anidaba en los pechos de los demás: ¿qué ocurriría si el soberano del mundo moría en Egipto?

Un sacerdote llegó del pabellón de momificación con el junco, utilizado normalmente para insuflar natrón en la cavidad craneal. Hapd'efan'e se aseguró, mediante una pregunta al sacerdote, de que aquel junco nunca se había utilizado. Entonces lo cogió, sopló a través de él para comprobar que estaba hueco de un extremo a otro, abrió la boca de César, le introdujo en ella el junco, y después de palparle la garganta, lo empujó hacia adentro con delicadeza hasta hundirlo unos treinta centímetros. Luego, con mucho cuidado, vertió gota a gota el vino dulce por el tubo, haciéndolo muy despacio para no bloquearle la respiración al paciente. La cantidad de vino era pequeña, pero el proceso pareció prolongarse eternamente. Por fin Hapd'efan'e se sentó sobre los talones y esperó. Cuando el paciente empezó a agitarse, el sacerdote extrajo el junco y cogió a César entre sus brazos.

-Ten -dijo al ver abiertos los turbios ojos-, bebe esto.

Al cabo de unos momentos, César se había recuperado lo suficiente para permanecer de pie sin ayuda, pasearse de un lado a otro y observar a toda aquella gente asustada. Cleopatra, la cara sucia y bañada en lágrimas, lo miraba como si se hubiera levantado de entre los muertos; Carmian e Iras lloriqueaban; Apolodoro estaba desplomado en una silla con la cabeza entre las rodillas; varios sacerdotes parloteaban y hacían aspavientos al fondo; y aparentemente toda aquella consternación se debía a él.

-¿Qué ha pasado? -preguntó, yendo a sentarse junto a Cleopatra y sintiéndose un poco raro.

-Has tenido un ataque de epilepsia-declaró Hapd'efan'e sin rodeos-, pero tú no padeces epilepsia, César. El hecho de que con el vino dulce hayas vuelto en ti tan deprisa indica que has sufrido un cambio corporal después de este mes de rigores. ¿Cuándo has comido por última vez?

-Hace muchas horas. -Rodeó los hombros de Cleopatra con el brazo para reconfortarla y miró al egipcio moreno y delgado con una radiante sonrisa y expresión de arrepentimiento-. El problema es que cuando estoy ocupado me olvido de comer.

-En el futuro debes tener alguien al lado que te recuerde que has de comer-dijo Hapd'efan'e con severidad-. Las comidas regulares mantendrán a raya esta enfermedad, pero si te olvidas de comer, bebe vino dulce.

-No -contestó César con una mueca-. Vino no.

-Entonces hidromiel o el zumo de alguna fruta..., cualquier líquido dulce. Haz que tu siervo tenga algo a mano, incluso en medio de una batalla. Y presta atención a los síntomas de advertencia: náuseas, mareo, visión borrosa, debilidad, dolor de cabeza e incluso cansancio. Si notas algo así, César, toma de inmediato una bebida dulce.

-¿Cómo has hecho beber a un hombre inconsciente, Hapd'efan'e?

-Con esto -dijo.

Hapd'efan'e le tendió el junco; César lo cogió y le dio vueltas entre los dedos.

¿Cómo has sabido que sorteabas el conducto del aire que va a mis pulmones? Los dos canales están uno junto al otro, y normalmente el esófago está cerrado para permitir la respiración.

-No lo sabía con certeza -se limitó a decir Hapd'efan'e-. He rezado a Sejmet para que tu coma no fuera demasiado profundo y te he masajeadó el exterior de la garganta para obligarte a tragar cuando tu gástrico ha notado la presión del junco. Ha dado resultado.

-¿Sabes todo eso y sin embargo ignoras cuál es mi enfermedad?

-Las enfermedades son misteriosas, César, y en su mayoría escapan a nuestro conocimiento. La medicina se basa en la observación. Afortunadamente, he aprendido mucho de ti al observar la austeridad de tu

vida. -Adoptó una expresión astuta-. Por ejemplo, que consideras el comer una pérdida de tiempo.

Cleopatra empezaba a serenarse; su llanto había dado paso al hipo.

-¿Cómo sabes tanto sobre el cuerpo? -preguntó a César.

-Soy un soldado. Cuando uno recorre los campos de batallas para rescatar heridos y contar a los muertos, ve toda clase de cosas. Al igual que este excelente médico, he aprendido de la observación. Apolodoro se puso en pie y se enjugó el sudor.

-Me ocuparé de que preparen la cena -dijo con voz ronca-. ¡Gracias a todos los dioses que estás bien, César!

Esa noche, mientras yacía insomne en el enorme lecho de plumas de Cleopatra, notando el contacto de su cuerpo cálido en el fresco del supuesto invierno de Alejandría, César pensó en el día, el mes, el año.

Desde el momento en que había pisado suelo egipcio, todo se había alterado drásticamente: la cabeza de Magno -aquella perversa cábala palaciega-, una corrupción y una degeneración que sólo Oriente podía producir, una indeseada campaña luchada en las calles de una hermosa ciudad; la voluntad de un pueblo de destruir lo que se había tardado tres siglos en construir; su propia participación en esa destrucción... y una pragmática proposición de una reina resuelta a salvar a su pueblo de la única manera que creía que podía ser salvado, concibiendo el hijo de un dios. Creía que él, César, era un dios. Extraño. Insólito.

Ese día César había tenido miedo. Ese día César, que nunca estaba enfermo, había afrontado las consecuencias inevitables de sus cincuenta y dos años. No sólo por su edad, sino por los excesos que había cometido, forzándose a seguir cuando otros hombres se detendrían a descansar. ¡No, César no! El descanso no era propio de César. Nunca lo sería. Pero ahora César, que nunca estaba enfermo, debía admitir que llevaba meses indispuerto. Fuera cual fuese la fiebre o el miasma que había producido temblores y arcadas en su cuerpo, había dejado secuelas. Una parte del organismo de César había -¿cómo había dicho el médico-sacerdote?- sufrido un cambio. César tendría que acordarse de comer, o de lo contrario padecería un ataque de epilepsia, y dirían que por fin César estaba

decaendo, debilitándose, que César no era ya invencible. Así que César debía mantener el secreto, no debía permitir que el Senado y el pueblo supieran que algo le pasaba, porque ¿quién, si no, sacaría del lodo a Roma?

Cleopatra suspiró, susurró algo, dejó escapar un leve hipo. Tantas lágrimas, y todas por César. Esta cría patética me ama, me ama. Para ella me he convertido en marido, padre, tío, hermano. Todas las retorcidas ramificaciones de un tolemeo. Yo no lo comprendía, creía entenderlo pero no lo entendía. La fortuna ha arrojado las preocupaciones y pesares de millones de personas sobre sus frágiles hombros; no le ha permitido elegir su destino más de lo que yo le permití a Julia. Ha sido ungida soberana con ritos más antiguos y sagrados que ningún otro; es la mujer más rica del mundo; tiene un poder absoluto sobre las vidas humanas. Sin embargo es un cría insignificante, una niña. Para un romano, es imposible calibrar en qué la han convertido sus primeros veintiún años de vida, con el asesinato y el incesto como norma. Latón y Cicerón sostienen que César aspira a ser rey de Roma, pero ninguno de ellos tiene la menor idea de qué es reinar verdaderamente. Un verdadero reinado está tan lejos de mí como esta criatura que tengo a mi lado, hinchada por el hijo mío que lleva dentro.

Debo levantarme, pensó. Debo beber algo de ese brebaje que Apolodoro tan amablemente me ha traído: zumo de melones y uvas cultivados en invernáculos de lienzo. ¡Qué degeneración! Mi mente divaga: soy César y a la vez soy yo; no puedo separar lo uno de lo otro.

Pero en lugar de ir a beber el zumo de melones y uvas cultivadas en invernáculos de lienzo, apoyó otra vez la cabeza en la almohada y se volvió para observar a Cleopatra. Pese a que era plena noche, no estaba muy oscuro; los grandes paneles de la pared exterior estaban un poco corridos y entraba la luz de la luna, que daba a la piel de Cleopatra un color no plateado sino de bronce claro. Una piel adorable. Alargó el brazo para tocarla, acariciarla, recorrer con la palma de la mano el abultado vientre de una preñez de seis meses, cuya piel no estaba aún bastante distendida para estar luminosa, como él recordaba que estaba el vientre de Cimila cuando le faltaba poco para parir a Julia, o antes de dar a luz a Cayo, que nació

muerto debido al ataque de eclampsia de su progenitora. Quemamos a Cimila y al pequeño Cayo juntos, mi madre, la tía Julia y yo. No César. Yo.

Los pequeños pechos de Cleopatra se habían puesto redondos y firmes como globos, y sus pezones se habían oscurecido hasta tener el mismo color negro ciruela que la piel de sus abanicadores etíopes. Quizá lleve en las venas algo de esa sangre, porque su organismo contiene rasgos que no son los de Mitrídates y Tolomeo. Su piel es deliciosa al tacto, tejido vivo con una finalidad más importante que simplemente complacerme. Pero soy parte de este ser, porque lleva mi hijo. En general tenemos a los hijos cuando somos demasiado jóvenes, cuando se llega a mi edad es el momento de disfrutarlos y de adorar a sus madres. Se requieren muchos años y muchos sufrimientos para comprender el milagro de la vida.

Cleopatra tenía el pelo suelto y esparcido sobre la almohada, no era una cabellera espesa y negra como la de Servilia, no un río de fuego en que él podía envolverse, como el de Rhiannon. Ése era el pelo de Cleopatra, del mismo modo que ése era el cuerpo de Cleopatra. Y Cleopatra me ama de manera distinta a todas las demás. Me devuelve la juventud.

Los ojos leoninos de la faraona estaban abiertos, la mirada fija en el rostro de César. En otro momento él habría adoptado una expresión impasible, habría excluido a la joven de su mente con la automática rapidez de un reflejo; nunca hay que entregar a las mujeres la espada del conocimiento, porque la utilizan para castrar. Pero ella está acostumbrada a los eunucos; no valora a esa clase de hombres, lo que busca en mí es un esposo, un padre, un tío, un hermano. Soy su igual en el poder, y sin embargo poseo el poder adicional de la masculinidad. La he conquistado. Ahora debo demostrarle que no entra en mis intenciones ni en mi naturaleza aplastarla para obtener su sumisión. Ninguna de mis mujeres ha sido servil.

-Te quiero -dijo rodeándola con sus brazos-, como mi esposa, mi hija, mi madre, mi tía.

Cleopatra no podía saber que estaba equiparándola a unas mujeres reales, no empleando metáforas tolomaicas, pero a ella le invadió una oleada de amor, de alivio, de absoluto regocijo.

César la había admitido en su vida. César había dicho que la quería.

Al día siguiente César la subió a lomos de un asno y la llevó a ver los efectos de seis meses de guerra en Alejandría. Amplias zonas estaban en ruinas, sin una sola casa en pie, por todas partes había montículos improvisados y paredes con piezas de artillería abandonadas, mujeres y niños revolviendo entre los escombros en busca de algo comestible o útil, sin hogar y sin esperanza, vestidos con andrajos. Del puerto apenas quedaba nada; los incendios provocados por César en los barcos alejandrinos se habían propagado, y habían ardido todos los almacenes, lo que sus soldados habían dejado del gran emporio, los cobertizos, los muelles, los malecones.

-¡Oh, el depósito de libros ha desaparecido! -exclamó ella, retorciéndose las manos muy alterada-. ¡No hay catálogo, de modo que nunca sabremos qué se ha quemado!

Si César la observó con ironía, no dijo nada que delatara su asombro ante las prioridades de ella; Cleopatra no se había conmovido por el sobrecogedor espectáculo de todas aquellas mujeres y niños muertos de hambre, en cambio ahora estaba al borde del llanto a causa de los libros.

-Pero la biblioteca está en el museo -dijo él-, y el museo sigue intacto.

-Sí, pero los bibliotecarios son tan lentos que los libros llegan mucho más deprisa de lo que pueden catalogarse, así que durante los últimos cien años han estado apilándose en un almacén especial, ¡y ha desaparecido!

-¿Cuántos libros hay en el museo? -preguntó César.

-Casi un millón.

-En tal caso no hay de qué preocuparse. Anímate, querida. La suma total de todos los libros escritos es muy inferior a un millón, lo cual significa que sea lo que sea lo que estaba guardado en ese almacén serían duplicados u obras recientes. Muchos de los libros del propio museo deben de ser también duplicados. Las obras recientes son fáciles de conseguir, y si necesitas un catálogo Mitrídates de Pérgamo tiene en su biblioteca un cuarto de millón de libros, muchos de fecha reciente. Lo único que debes hacer es encargarse a Sosio o Ático, en Roma, copias de las obras que el museo no tiene. Ellos no tienen los libros en propiedad, pero los piden prestados a Varro, Lucio Piso, a mí, o a otros que poseen amplias

bibliotecas privadas. Lo cual me recuerda que Roma carece de Biblioteca pública, y eso debo remediarlo.

Siguieron adelante. Entre los edificios públicos, el ágora era el menos dañado; algunos de sus pilares habían sido desmantelados para sostener los arcos del Heptastadion, pero las paredes permanecían indemnes, así como el tejado de la arcada. Del gimnasio, en cambio, apenas quedaban los cimientos, y los tribunales de justicia habían desaparecido por completo. El hermoso monte de Pan estaba despojado de vegetación, sus arroyos y cascadas se habían secado y tenían los lechos cubiertos de sal incrustada, y todos los terrenos llanos estaban sembrados de piezas de artillería romana. Ningún templo se conservaba intacto, pero César advirtió complacido que nadie se había llevado sus esculturas y cuadros, aunque sí estaban manchados y deteriorados.

El Serapeum de Rhakotis había sufrido menos desperfectos que el resto, gracias a que se hallaba lejos de la avenida Real. No obstante, tres macizas vigas habían desaparecido del templo principal, y el tejado se había hundido parcialmente.

-Sin embargo, Serapis está en perfecto estado -comentó César, trepando por los montículos de escombros. Pues allí estaba el dios, en su trono de oro con piedras preciosas incrustadas, una figura semejante a Zeus, con barba y melena, con el cancerbero, el perro de tres cabezas, a sus pies, y tocado con una gigantesca y pesada corona en forma de cesto.

-Es una excelente estatua -opinó César, estudiando a Serapis-. No está al nivel de Fidias o Praxíteles o Mirón, pero es muy buena. ¿Quién la esculpió?

-Briaxis -contestó Cleopatra. Apretó los labios, echó un vistazo a las ruinas, y recordó aquel edificio enorme y bien proporcionado sobre su elevado podio de muchas gradas, las columnas jónicas todas extraordinariamente pintadas y doradas, las metopas y el pavimento auténticas obras maestras. Sólo el propio Serapis había sobrevivido.

-“¿Se debe acaso a que César ha visto tantas ciudades saqueadas, tantas ruinas humeantes, tantos estragos? -se preguntó-. Esta destrucción no parece alterarle apenas, pese a que él y sus hombres han sido los principales

causantes. Mi pueblo se limitó a destruir casas corrientes, edificios modestos y sin importancia.”

-Bien -dijo mientras él y sus lictores la acompañaban de regreso al Recinto Real, que estaba intacto-, utilizaré todos los talentos de oro y plata que pueda reunir para reconstruir los templos, el gimnasio, el ágora, los palacios de justicia, todos los edificios públicos.

César tiró del cabestro del asno y el animal se detuvo, parpadeando con un aleteo de sus largas pestañas.

-Eso es muy encomiable -dijo él con aspereza-, pero no empieces por lo superfluo. Lo primero a que has de destinar tu dinero es a procurar alimentos para aquellos que han quedado vivos en medio de esta desolación. Lo segundo a que has de destinar tu dinero es a retirar los escombros. Lo tercero a que has de destinar tu dinero es a construir casas nuevas para la gente corriente, incluidos los pobres. Sólo cuando el pueblo de Alejandría esté servido podrás gastar dinero en los edificios públicos y los templos.

Cleopatra abrió la boca para despotricar contra él, pero antes de que pudiera expresar su indignación, sus miradas se cruzaron. ¡Oh, Ptah creador! ¡Es un dios, poderoso y terrible!

-Puedo asegurarte -prosiguió César- que la mayoría de las personas que han muerto en esta guerra eran macedonios o greco-macedonios. Quizá murieron cien mil. Así que tienes aún casi tres millones de personas de quienes preocuparte, personas cuyas moradas y empleos han desaparecido. Desearía que comprendieras que dispones de una oportunidad de oro para granjearte las simpatías de la gran mayoría del pueblo alejandrino. Desde que se convirtió en una potencia, Roma no ha quedado reducida a ruinas ni su gente corriente se halla descuidada. Vosotros los tolomeos y vuestros señores macedonios habéis gobernado en un lugar mucho más grande que Roma a vuestro antojo, sin el menor ánimo de filantropía. Eso debe cambiar, o la turbamulta regresará más indignada que nunca.

-Estás diciendo -contestó ella, dolida y confusa- que nosotros los que estamos en lo alto de la jerarquía no hemos actuado como un verdadero gobierno. Reprochas nuestra indiferencia hacia las clases inferiores, el

hecho de que nunca hayamos tenido la costumbre de llenar sus vientres a nuestra costa, y de extender la ciudadanía a cuantos viven aquí. Pero Roma tampoco es perfecta. Lo que ocurre es que Roma posee un imperio, puede compartir la prosperidad con sus clases inferiores explotando a las provincias. Egipto carece de provincias. Las que tenía, Roma se las ha quitado para satisfacer sus propias necesidades. En cuanto a ti, César, tu trayectoria ha sido tan sanguinaria que te resta autoridad moral para juzgar a Egipto.

César dio un tirón al cabestro, y el asno echó a caminar.

-A lo largo de mi vida -dijo él con tranquilidad-, he dejado a medio millón de personas sin hogar. Por mi causa han muerto cuatrocientas mil mujeres y niños. He matado a más de un millón de hombres en los campos de batalla. He amputado manos. He vendido a otro millón de hombres, mujeres y niños para la esclavitud. Pero todo lo que he hecho ha sido sabiendo que antes había negociado tratados, buscado la reconciliación, mantenido mi palabra en cualquier acuerdo. Y cuando he destruido algo, lo que he dejado detrás beneficia a las generaciones futuras en mucha mayor medida que el daño provocado, las vidas a las que he puesto fin o he arruinado. -Su voz no aumentó de volumen pero sí cobró fuerza-. ¿Acaso crees, Cleopatra, que no veo en mi imaginación la suma total de la devastación y los desastres que he causado? ¿Crees que no me duele? ¿Crees que vuelvo la vista atrás sin pesar? ¿Sin dolor? ¿Sin arrepentimiento? Si es así, te equivocas. El recuerdo de la crueldad es mal consuelo en la vejez, pero sé de buena fuente que no viviré para llegar a viejo. Te lo repito, faraón: gobierna a tus súbditos con amor, y nunca olvides que es sólo un azar del nacimiento lo que te hace distinta de una de esas mujeres que revuelven entre los escombros de esta ciudad asolada. Tú crees que Amón-Ra te asignó tu puesto; a mí me consta que fue un accidente del destino.

Cleopatra, que tenía la boca abierta de asombro, alzó la mano para tapársela y fijó la vista al frente entre las orejas del asno, resuelta a no llorar. Así que cree que no llegará a viejo, y se alegra de ello, pensó. Pero ahora me doy cuenta de que nunca lo conoceré realmente. Me está diciendo

que todo lo que ha hecho era fruto de una decisión consciente, tomada con pleno conocimiento de las consecuencias. Yo nunca poseeré esa fortaleza ni esa percepción ni esa implacabilidad. Dudo que nadie más la tenga.

Un *nundinum* más tarde César convocó una conferencia informal en la gran habitación que utilizaba como estudio. Cleopatra y Apolodoro estaban allí, junto con Hapd'efan'e y Mitrídates de Pérgamo. También se hallaban presentes varios romanos: Publio Rufrio; Carfuleno, de la Sexta; Lamio, de la Decimocuarta; Fabricio, de la Vigésima séptima; Macrino, de la Trigésima séptima; Fabio, el lictor de César, su secretario Faberio y su legado personal Cayo Trebatio Testa.

-Estamos a comienzos de abril -anunció César, aparentemente muy animado y en buen estado de salud: un caudillo de la cabeza a los pies-, y por los informes de Cneo Domitio Calvino desde la provincia de Asia sé que Farnaces ha regresado a Cimeria para ocuparse de su hijo descarriado, que ha decidido no someterse a *tata* sin luchar. Así que los asuntos en Anatolia permanecerán suspendidos durante al menos tres o cuatro meses. Además, todos los pasos de montaña hacia Ponto y Armenia Parva quedarán cortados por la nieve hasta mediados de *sextilis*... ¡Cuánto detesto la discrepancia entre el calendario y las estaciones! En ese sentido, faraona, Egipto tiene razón. Basasteis vuestro calendario en el sol, no en la luna, y me propongo mantener una charla con vuestros astrónomos. -Inspiró y volvió al primer tema-. Sin embargo, no tengo la menor duda de que Farnaces regresará, así que planearé mis acciones futuras teniéndolo en cuenta. Calvino está ocupado reclutando y adiestrando hombres, y Dejotaro está deseoso de expiar sus culpas por haber formado parte de los seguidores de Pompeyo Magno. En cuanto a Ariobarzanes -sonrió-, Capadocia será siempre Capadocia. No nos dará ninguna alegría, pero tampoco a Farnaces. He encargado a Calvino que mande traer algunas de las legiones republicanas que devolví a Italia con mis propios veteranos, de modo que cuando llegue la hora estaremos bien preparados. Para ventaja nuestra, Farnaces forzosamente perderá parte de sus mejores soldados en la lucha contra Asander en Cimeria. -Se inclinó en su silla curul, recorriendo los atentos rostros con la mirada-. Los que hemos estado en Alejandría durante

los últimos seis meses hemos combatido en una campaña que nos ha desgastado enormemente, y todas las tropas tienen derecho a gozar de un descanso durante el invierno. Así pues, me propongo permanecer en Egipto durante dos meses más, tanto tiempo como los acontecimientos permitan. Con el permiso y la cooperación de la faraona, enviaré a mis hombres cerca de Menfis para que acampen allí durante el invierno, suficientemente lejos de Alejandría para evitar los recuerdos. Es un lugar con muchos atractivos, y como cobrarán la paga, los hombres tendrán dinero que gastar. Además, estoy disponiendo lo necesario para que el excedente de las hijas de Alejandría se traslade también al campamento. Han muerto tantos maridos potenciales que la ciudad tendrá una saturación de mujeres en los años venideros, y ésa es una medida con sentido. No pretendo que estas muchachas actúen como putas sino como esposas. Las legiones Vigésima séptima, Trigésima séptima y Decimocuarta permanecerán acuarteladas en Alejandría el tiempo suficiente para crear hogares y familias. Me temo que la Sexta no tendrá ocasión de formar lazos permanentes.

Fabricio, Lamio y Macrino se miraron sin saber si recibían con agrado o no la noticia. Décimo Carfuleno, de la Sexta, se mantuvo impasible.

-Es esencial que Alejandría permanezca en paz -prosiguió César-. A medida que pase el tiempo, más y más legiones romanas se verán destinadas al servicio de guarnición en lugar de al servicio activo. Lo cual no implica que el servicio de guarnición consista en quedarse ocioso. Todos recordamos lo que ocurrió a los gabinianos a quienes Aulo Gabinio dejó como guarnición en Alejandría después de que Auletes hubo recobrado el trono. Se acostumbraron a vivir como los nativos, y asesinaron a los hijos de Bibulo para no volver al servicio activo en Siria. La reina atajó esa crisis, pero no debe volver a ocurrir. Las legiones acantonadas en Egipto se comportarán como un ejército profesional, se mantendrán adiestrados como guerreros, y estarán siempre a punto para marchar a las órdenes de Roma. Pero los hombres destinados a tierras extranjeras sin una vida doméstica al principio quedan descontentos y luego se vuelven desleales. Lo que no debe ocurrir es que roben las mujeres a los ciudadanos de Menfis. Así pues, contraerán matrimonio con las alejandrinas sobrantes y, como Cayo Mario

siempre ha dicho, difundirán las costumbres romanas, los ideales romanos y la lengua latina a través de sus hijos.

Su fría mirada recorrió a los tres centuriones afectados, cada uno de ellos *primipilus* de su legión; César nunca se tomaba molestias con los legados o los tribunos militares, que eran nobles y temporales. Pero sí con los centuriones, que eran el eje del ejército, sus únicos oficiales a tiempo completo.

-Fabricio, Macrino, Lamio, éstas son vuestras órdenes. Quedaos en Alejandría y guardarla bien.

De nada servía quejarse. Podía haber sido mucho peor, como una de las marchas de mil quinientos kilómetros en treinta días que organizaba César.

-Sí, César -contestó Fabricio en el papel de portavoz.

-Publio Rufrio, tú también te quedarás aquí. Ocuparás el mando supremo en calidad de *legatus propretor*.

La noticia encantó a Rufrio, que tenía ya una esposa alejandrina, embarazada, y no deseaba dejarla.

-Décimo Carfuleno, la Sexta me acompañará cuando marche hacia Anatolia -dijo César-. Lamento que no tengáis un hogar permanente, pero habéis estado conmigo desde que os tomé prestados a Pompeyo Magno hace muchos años, y os valoro más aún por haber sido leales a Pompeyo cuando él os tomó de nuevo. Incorporaré más veteranos a vuestra legión a medida que viajemos hacia el norte. En ausencia de la Décima, la Sexta estará bajo mi mando directo.

La radiante sonrisa de Carfuleno reveló que le faltaban dos dientes y contrajo la cicatriz que le atravesaba la cara de una mejilla a la otra, pasando sobre el muñón de su nariz. Su actuación en la toma de la ciudadela de Tolomeo había salvado a toda una legión atrapada por el fuego cruzado, así que había recibido la corona cívica cuando el ejército estuvo formado en parada para el reparto de condecoraciones y, al igual que César, estaba autorizado a entrar en el Senado, según lo estipulado por Sila para los ganadores de coronas importantes.

-La Sexta se siente muy honrada, César. Seremos fieles a ti hasta la muerte.

-En cuanto a vosotros -dijo César afablemente al lictor jefe y su secretario-, sois elementos permanentes. Adonde voy, vais vosotros. Sin embargo, Cayo Trebatio, de ti no requiero ningún otro servicio que pueda representar un estorbo para tu noble posición y tu trayectoria pública.

Trebatio suspiró, recordando aquellos horribles paseos a pie en la terrible humedad de Portus Itius, porque el general prohibía a sus legados y tribunos montar a caballo, recordando el sabor de una oca asada menapia, recordando aquellos espantosos viajes en una calesa traqueteante en la que tomaba notas con el estómago revuelto. Por fin volvería a Roma y a las literas, las ostras de Beiae, los quesos arpinatos, el vino falernio.

-Bueno, César, como imagino que tarde o temprano tu camino te llevará a Roma, aplazaré las decisiones sobre mi futuro hasta que llegue ese día -declaró heroicamente.

Los ojos de César se iluminaron. Respondió con amabilidad:

-Quizás en Menfis encuentres el menú más atractivo. Has adelgazado demasiado. -Cruzó las manos sobre el regazo y cabeceó enérgicamente-. Los romanos presentes pueden marcharse.

Todos ellos abandonaron la habitación, hablando ya animadamente incluso antes de que Fabio cerrara la puerta.

-Tú primero, creo, buen amigo Mitrídates -dijo César relajando su postura-. Eres el hijo y Cleopatra es la nieta de Mitrídates el Grande, lo cual te convierte en tío suyo. Si hicieras venir a tu esposa e hijos menores, ¿te quedarías en Alejandría para supervisar la reconstrucción de la ciudad? Cleopatra me dice que tendrá que importar a un arquitecto, y tú tienes justa fama por lo que has hecho en el llano situado bajo la acrópolis de Pérgamo. -Adoptó una expresión pensativa-. Recuerdo bien ese llano. Lo utilicé para crucificar a quinientos piratas, para desagrado del gobernador cuando se enteró. Hoy en día, en cambio, está lleno de paseos, arcadas, jardines y hermosos edificios públicos.

Mitrídates arrugó la frente. Hombre vigoroso de cincuenta años, hijo no de una esposa sino de una concubina, había salido a su poderoso padre: robusto, musculoso, alto, ojos claros y pelo rubio. Al estilo romano, llevaba el cabello muy corto y la cara afeitada, pero su indumentaria tendía más a lo

oriental: tenía debilidad por el hilo de oro, los vistosos bordados y todos los tonos de púrpura conocidos por los teñidores de murex. Cualquier rareza podía tolerarse en tan leal súbdito primero de Pompeyo y ahora de César.

-Para serte franco, César, lo haría encantado, pero ¿puedes prescindir de mí? Comprende que, con Farnaces al acecho, soy necesario en mis propias tierras.

César negó rotundamente con la cabeza.

-Farnaces no llegará a las fronteras de la provincia de Asia, menos aún a Pérgamo. Lo detendré en Ponto. Por lo que dice Calvino, tu hijo es un excelente regente en tu ausencia, así que tómate unas largas vacaciones del gobierno. Gracias a tus lazos de sangre con Cleopatra, los alejandrinos te aceptarán, y advierto que has forjado muy firmes relaciones con los judíos. Todos los oficios de Alejandría están en manos de los judíos y los métricos, y estos últimos te aceptarán porque te aceptan los judíos.

-En este caso sí, César, accedo.

-Bien. -Habiendo conseguido su propósito, el soberano del mundo despidió a Mitrídates de Pérgamo con una inclinación de cabeza-. Gracias.

-Y yo te doy gracias a ti -dijo Cleopatra cuando su tío hubo salido. ¡Un tío! ¡Qué asombroso!, pensó. Debo de tener mil parientes por parte de mi madre. Farnaces también es mi tío. Y por Via de Rhodogune y Apama, me remonto a Cambises y Darío de Persia, los dos faraones en su día. En mí confluyen dinastías enteras. ¡Qué sangre llevará mi hijo!

César le hablaba de Hapd'efan'e, a quien deseaba llevarse como médico personal.

-Se lo pediría yo mismo-dijo en latín, lengua que ahora Cleopatra conocía bien-, de no ser porque llevo en Egipto tiempo suficiente para saber que pocas personas son verdaderamente libres. Únicamente los macedonios. Me atrevería a decir que Cha'em es su amo, ya que es médico-sacerdote de la consorte de Ptah, Sejmet, y parece vivir en el recinto de Ptah. Pero como tú eres dueña en parte de Cha'em, sin duda hará lo que tú digas. Necesito a Hapd'efan'e. Ahora que Lucio Tucio ha muerto (fue médico de Sila y después mío), no confío en ninguno de los médicos que ejercen en Roma. Si Hapd'efan'e tiene esposa y familia, de buen grado los llevaré también.

¡Por fin Cleopatra podía hacer algo por él!

-Hapd'efan'e, César quiere llevarte con él cuando se vaya -dijo al sacerdote en la antigua lengua-. Tu consentimiento complacería a Ptah, el creador, y a la faraona. Para nosotros en Egipto tus pensamientos serían como un canal hacia el César, estuviera él donde estuviera. Contéstale tú mismo, y cuéntale tu situación. Siente interés por ti.

El médico-sacerdote, con rostro impasible, miró a César sin parpadear con sus ojos negros y almendrados.

-Dios César -dijo con su torpe griego-, es evidente que Ptah el creador desea que esté a tu servicio. Lo haré de buena gana. Soy *hemnetjer-sinw*, o sea que he hecho voto de celibato. -Un destello de humor asomó a sus ojos-. No obstante, me gustaría que mi tratamiento hacia tu persona incluyera ciertos métodos egipcios que los médicos griegos desechan; los amuletos y ensalmos ejercen una poderosa magia, al igual que los sortilegios.

-¡Por supuesto! -exclamó César entusiasmado-. Como pontífice máximo, conozco todos los ensalmos y sortilegios romanos; podemos comparar nuestras notas. Estoy totalmente de acuerdo, ejercen una poderosa magia. -Su semblante se tornó grave-. Tenemos que aclarar una cosa, Hapd'efan'e: nada de "dios César" y nada de postrarse en el suelo para saludarme. En el resto del mundo no soy dios, y ofendería a los demás si me llamaras así.

-Como deseas, César.

En realidad, aquel hombre aún joven y afeitado veía con gran satisfacción ese nuevo giro en su vida, ya que sentía una curiosidad natural por el mundo y deseaba ver lugares desconocidos en compañía de un hombre que veneraba literalmente. La distancia no podía separarlo de Ptah el creador y de su esposa, Sejmet, ni de su hijo Nefertem del Loto. Con el pensamiento podía llegar a Menfis desde cualquier parte con la misma velocidad con que un rayo de sol atravesaba las puertas sagradas. Así pues, mientras la conversación entre César y Cleopatra se desarrollaba en un griego demasiado rápido para su comprensión, mentalmente calculó el equipo que necesitaría: para empezar, una docena de juncos flexibles y huecos, sus trépanos, cuchillos, trocares, agujas...

-¿Y los funcionarios de la ciudad? -preguntó César.

-Los últimos han sido desterrados -contestó Apolodoro-; los embarqué en una nave con rumbo a Macedonia. Cuando llegué con la nueva guardia real, encontré al Registrador intentando quemar todos los estatutos y ordenanzas, y al Contable intentando hacer lo mismo con los libros de cuentas. Afortunadamente, llegué a tiempo de impedirlo. El tesoro de la ciudad se encuentra bajo el Serapeum, y las oficinas municipales forman parte del recinto. Todo eso ha sobrevivido a la guerra.

-¿Escoger hombres nuevos para estos cargos? ¿Cómo fueron elegidos los anteriores?

-Por sorteo entre los macedonios de alto rango, la mayoría de los cuales han muerto o huido.

-¿Por sorteo? ¿Quieres decir que echaron a suertes los cargos?

-Sí, César, por sorteo. Pero los resultados estaban amañados, naturalmente.

-Bueno, eso resulta más barato que celebrar unas elecciones, que es el método romano. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

-Nos reorganizaremos -dijo Cleopatra con firmeza-. Me propongo prohibir el sorteo y en lugar de ello celebrar elecciones. Si el millón de nuevos ciudadanos votan por una selección de candidatos, constatarán que tienen voz en la política.

-Eso depende seguramente de la selección de pretendientes. ¿Piensas permitir que se presente todo aquel que se postule?

Cleopatra entornó los párpados con expresión cautelosa.

-Aún no me he decidido respecto al proceso de selección -contestó, evasiva.

-¿No crees que los griegos se sentirán excluidos si los judíos y métricos gozan del derecho de ciudadanía? ¿Por qué no conceder el derecho de voto a todo el mundo, incluidos los híbridos egipcios? Considéralos tu censo principal o limita su poder de votación si no queda otro remedio, pero concédeles la simple ciudadanía.

Pero César leyó en el rostro de ella que eso era ir demasiado lejos.

-Gracias, Apolodoro, Hapd'efan'e, podéis marcharos -dijo él, ahogando un suspiro.

-Así que estamos solos -dijo Cleopatra, haciéndolo levantarse de la silla y tenderse junto a ella en un triclinio-. ¿Estoy haciéndolo bien? Estoy gastando el dinero según tus instrucciones: damos de comer a los pobres y retiramos los escombros. Hemos contratado a todos los constructores para edificar casas corrientes. Asimismo, hay dinero suficiente para iniciar la reconstrucción de edificios públicos, porque para ese fin he sacado mis propios fondos de las cámaras del tesoro. -Sus ojos grandes y amarillos destellaron-. Tienes razón; es la manera de conseguir el afecto del pueblo. Cada día salgo a lomos de mi asno con Apolodoro para ver a la gente, para consolarla. ¿Me gano así tu favor? ¿Gobierno de manera más ilustrada?

-Sí, pero aún tienes mucho que aprender. Cuando me digas que has concedido el derecho de voto a todo tu pueblo, lo habrás conseguido. Posees una autocracia natural, pero no eres suficientemente observadora. Ahí tienes a los judíos, son conflictivos, pero tienen aptitudes. Trátalos con respeto, pórtate siempre bien con ellos. En tiempos difíciles serán tu mayor apoyo.

-Sí, sí -contestó Cleopatra impaciente, cansada de tanta seriedad-. Tengo otra cosa de qué hablar contigo, amor mío. César entornó los ojos.

-¿De verdad? -dijo.

-Sí, de verdad. Sé qué vamos a hacer con nuestros dos meses, César.

-Si los vientos me fueran favorables, iría a Roma.

-Pero no lo son, así que remontaremos el Nilo hasta la primera catarata.

-Se dio unas palmadas en el vientre-. La faraona debe mostrar al pueblo que es fecunda.

César frunció el entrecejo.

-Estoy de acuerdo en que la faraona debe hacerlo, pero yo he de quedarme aquí en el Mare Nostrum e intentar mantenerme al corriente de los asuntos del mundo.

-¡Me niego a escuchar! -exclamó Cleopatra-. Me tienen sin cuidado los acontecimientos que tienen lugar alrededor de vuestro mar. Tú y yo vamos a

zarpar en el barco de Tolomeo Filopator para ver el verdadero Egipto, el Egipto del Nilo.

-No me gustan las presiones, Cleopatra.

-Es por tu salud, tonto. Dice Hapd'efan'e que necesitas un descanso como es debido, no una prolongación de tus obligaciones. ¿Y qué mayor descanso puede haber que un viaje en barco? Por favor, te lo ruego, concédeme este deseo. César, una mujer necesita guardar recuerdos de un idilio con su amado. Nosotros no hemos tenido idilio, y los demás no podemos verte siempre como el dictador César, aunque tú te veas así. Por favor. Por favor.

Capítulo 4

Tolomeo Filopator, el cuarto de aquellos que llevaban el nombre de Tolomeo, no había sido uno de los más vigorosos soberanos de su estirpe; sólo dejó a Egipto dos legados tangibles: los dos grandes barcos que construyó. Uno era para navegar por el mar y medía-ciento treinta metros de eslora y veinte de manga. Tenía seis bancos de remos y cuarenta hombres por banco. El otro era una barcaza de río, con menos fondo y sólo dos bancos de remos, con diez hombres por banco, y medía ciento seis metros de eslora y doce de manga.

La barcaza de Filopator estaba guardada en un cobertizo a la orilla del río, no lejos de Menfis, y había sido primorosamente cuidada durante los ciento sesenta años que llevaba construida: humedecida y engrasada, pulida, reparada continuamente, y utilizada siempre que el faraón navegaba por el río.

El *Filopator del Nilo*, como Cleopatra llamaba a este barco, contenía grandes habitaciones, baños, una galería de columnas en la cubierta para unir las salas de recepción de la *popa* y la proa, de las cuales una era para audiencias y la otra para banquetes. Debajo de la cubierta y por encima de la hilera de remos estaban los aposentos privados del faraón y los alojamientos para gran número de servidores. La cocina de a bordo consistía solamente en una zona de braseros aislada del resto mediante pantallas; los preparativos para grandes comidas se llevaban a cabo en la ribera, ya que la gran embarcación avanzaba aproximadamente a la misma velocidad que un legionario a paso de marcha, y docenas de servidores la seguían por la orilla este; mientras que la orilla oeste era un mundo reservado a los muertos y los templos.

Tenía incrustaciones de oro, ámbar, marfil, delicados trabajos de marquetería y muebles de las mejores maderas del mundo incluida la

madera de cidro de los montes Atlas, la más exquisita que César había visto jamás; y la suya era una opinión muy autorizada, considerando que los romanos acaudalados habían convertido la recolección de madera de cidro en un arte. Los pedestales eran de criselefantina -una mezcla de oro y marfil-; las estatuas eran obra de Praxíteles, Mirón e incluso Fidias; había pinturas de Zeuxis y Parrasio, Pausias y Nicias, y tapices de tal riqueza que competían con las pinturas en el realismo de sus detalles. Las alfombras que lo cubrían todo eran persas, y las cortinas de hilo transparente estaban teñidas de los colores apropiados para cada una de las habitaciones.

Viejo amigo Craso, pensó César, por fin creo tus historias acerca de la increíble riqueza de Egipto. Es una lástima que no estés aquí para ver esto, un barco para un dios en la tierra.

El avance río abajo se realizaba mediante velas de púrpura tirio, ya que en Egipto el viento siempre soplaba desde el norte; luego, a la vuelta, la fuerza de los remos contaba con la ayuda de la impetuosa corriente del río, que fluía en dirección norte hacia el Mare Nostrum. César nunca vio a los remeros, no tenía idea de cuál era su raza ni de cómo los trataban; en otras partes los remeros eran personas libres con rango profesional, pero Egipto no era tierra de hombres libres. Cada noche, antes de ponerse el sol, el *Filopator del Nilo* se amarraba a la orilla este en algún embarcadero real que ningún otro barco podía contaminar.

César había temido aburrirse, pero eso nunca ocurrió. El tráfico fluvial era continuo y pintoresco, con centenares de *dhow*s de velas latinas cargados de comida, de mercancías traídas de los puertos del Mar Rojo, grandes tinajas de calabazas, azafrán, aceite de sesamo y linaza, cajas de dátiles, animales vivos; eran auténticas tiendas flotantes. Todo ello implacablemente supervisado por las embarcaciones más veloces de la policía fluvial, que estaba por todas partes. Navegando por el Nilo era más fácil comprender el fenómeno de los Codos, ya que las orillas tenían una altura de cinco metros en su punto más bajo y casi diez en el más alto; si el río no crecía por encima de la altura más baja, no podía inundar los campos, pero si crecía por encima de la altura de las orillas más elevadas, el agua se

extendía por el valle de manera incontrolable, anegaba aldeas, arruinaba el grano sembrado, tardaba demasiado en retroceder.

Los colores eran espectaculares, el cielo y el río de un azul impoluto, los lejanos acantilados que anunciaban el comienzo de la meseta desértica tenían una gama de matices que iba desde el color paja claro hasta el carmesí oscuro; la vegetación del valle era de todos los verdes imaginables. En esa época del año, mediados de invierno según las estaciones, las aguas de aluvión habían retrocedido por completo y los cultivos parecían mantos de hierba exuberante y ondulada, que iba madurando en espera de la siega y la cosecha. César había imaginado que allí no crecían árboles, pero vio sorprendido que había florestas, a veces pequeños bosquecillos de laureles, un sicomoro autóctono, espinos, robles, higueras y palmeras de todas clases, además de las famosas datileras.

Más o menos allí donde la mitad septentrional del Bajo Egipto pasaba a ser la mitad meridional del Alto Egipto, un afluente comunicaba el Nilo con el lago Moeris, y formaba la tierra de Ta-she, lo bastante rica para dar dos cosechas de trigo y cebada al año; un tolemeo anterior había mandado excavar un gran canal desde el lago hasta el Nilo, para que el agua siguiera fluyendo. Toda la tierra que se extendía a lo largo de los más de mil seiscientos kilómetros del Nilo egipcio era fértil. Cleopatra explicó que incluso cuando el Nilo no se desbordaba, la gente del valle conseguía mantenerse mediante el regadío; era Alejandría la causante de las hambrunas: tres millones de bocas que alimentar, más habitantes que a lo largo de todo el Nilo.

Los acantilados y la meseta desértica eran la Tierra Roja; el valle, con su terreno profundo, oscuro, y perpetuamente productivo, era la Tierra Negra.

En ambas orillas se alzaban innumerables templos, contruidos todos con la misma concepción colosal: una serie de pilares macizos unidos mediante dinteles, muros, patios, más pilares y puertas en el interior; unidos por hileras de esfinges con cabeza de carnero, de león, de seres humanos. Los templos aparecían cubiertos de imágenes bidimensionales de personas,

plantas, animales, pintadas de todos los colores; los egipcios adoraban el color.

-La mayoría de los tolomeos han erigido, reparado o terminado nuestros templos -dijo Cleopatra mientras recorrían el magnífico laberinto de Abydos-. Incluso mi padre, Auletes, se dedicó con ahínco a la construcción... ¡Deseaba tanto ser faraón! Cuando Cambises de Persia invadió Egipto hace quinientos años, consideró sacrílegos los templos y las pirámides, y los dañó, a veces los destruyó por completo. Así que hay mucho trabajo pendiente para nosotros los tolomeos, que hemos sido los primeros en preocuparnos después de los verdaderos egipcios. Yo he puesto los cimientos de un nuevo templo consagrado a Hathor, pero quiero que nuestro hijo participe también en su construcción. Será el mayor constructor de templos de toda la historia de Egipto.

-¿Por qué los tolomeos, que tan helenizados están, han construido exactamente igual que los antiguos egipcios? Incluso utilizáis los jeroglíficos en lugar de escribir en griego.

-Probablemente porque la mayoría de nosotros hemos sido faraones, y desde luego porque los sacerdotes están muy apegados a la antigüedad. Son ellos quienes proporcionan los arquitectos, escultores y pintores, a veces incluso en Alejandría. Pero espera a ver el templo de Isis en Filas. Le dimos un ligero estilo helénico, y por eso, creo, se lo considera el templo más hermoso de Egipto.

El río tenía abundancia de peces, incluido el oxirrinco, un monstruo de quinientos kilos que daba nombre a un pueblo; la gente comía pescado, fresco y ahumado, como alimento principal. Abundaban las chernas, las carpas y las percas, y para asombro de César, los delfines surcaban las aguas y saltaban, eludiendo a los voraces cocodrilos casi con desdeñosa facilidad.

Muchos de los animales eran sagrados, a veces los veneraban en una sola población, a veces en todas partes. La visión de Suchis, un gigantesco cocodrilo sagrado, al que nutrían a la fuerza con pasteles de miel, carne asada y vino dulce provocó las carcajadas de César. La criatura de diez metros de largo estaba tan harta de comida, que en vano intentaba escapar

de los sacerdotes que la alimentaban; éstos le abrían las fauces y le embutían más comida por la garganta mientras la bestia gemía. César vio al buey Buchis, al buey Apis, a sus madres, vio los templos en que llevaban sus regaladas vidas. Los bueyes sagrados, sus madres, los ibis y los gatos eran momificados al morir, y puestos a descansar en vastos túneles y cámaras subterráneos. A los ojos de un extranjero como César, los gatos y los ibis parecían extrañamente tristes, centenares de miles de pequeñas figuras envueltas en ámbar, secas como el papel, rígidas, inmóviles, cuyos espíritus vagaban en el reino de los muertos.

De hecho, pensó César mientras el *Filopator del Nilo* se acercaba a las regiones más meridionales del Alto Egipto, no es extraño que esta gente vea a sus dioses en parte como humanos y en parte como animales, ya que el Nilo es un mundo propio, y los animales están perfectamente integrados en el ciclo humano. El cocodrilo, el hipopótamo y el chacal son bestias temibles: el cocodrilo acecha para atacar a un pescador imprudente, un perro o un niño; el hipopótamo sale a la orilla y destruye los cultivos con su boca y sus enormes patas; el chacal entra furtivamente en las casas y se lleva niños recién nacidos y gatos. Por tanto Sobek, Taueret y Anubis son dioses malvados. En tanto que Basted el gato come ratas y ratones; Orus el halcón hace lo mismo, Thoh el Ibis come plagas de insectos; Hathor la vaca proporciona carne, leche y trabajo; Cnum el carnero fecunda a las ovejas que dan carne, leche y lana. Para los egipcios, arrinconados en su estrecho valle y mantenidos sólo por su río, los dioses deben ser tanto animales como humanos. Aquí comprenden que el hombre es también un animal. Y Amón-Ra, el sol, brilla todos los días del año; para nosotros, la luna significa lluvia o el ciclo de las mujeres o cambios de humor, mientras que para ellos, la luna forma parte de Nut, el cielo nocturno del que nació la tierra. Para nosotros los romanos, los dioses son fuerzas que crean caminos que comunican dos universos distintos; ellos en cambio no viven en esa clase de mundo. Aquí reinan el sol, el cielo, el río, lo humano y lo animal. Una cosmología sin conceptos abstractos.

Resultaba fascinante ver el lugar donde las aguas del Nilo se salían de su interminable cañón rojo para convertirse en el río de Egipto; en la seca

Nubla, contenido entre enormes paredes de roca, no regaba nada, dijo Cleopatra.

-El Nilo recibe dos afluentes en Aitiopai, donde vuelve a ser generoso -explicó-. Estos dos afluentes recogen las lluvias veraniegas y constituyen la inundación, en tanto que el propio Nilo fluye más allá de Meroe y las reinas exiliadas de las Sembritae, que en otro tiempo reinaron en Egipto y que son tan gruesas que no pueden andar. El propio Nilo se alimenta de lluvias que caen todo el año más allá de Meroe, y por eso no se seca en invierno.

Inspeccionaron el primer nilómetro en la isla de Elefantina, en la pequeña catarata, y siguieron río arriba hasta la Primera Catarata, compuesta de rugientes cascadas y aguas blancas. Luego fueron al sur hasta los pozos de Siene, donde en el día más largo del año, el sol, al mediodía, iluminaba el fondo de los pozos y su imagen se reflejaba en la profundidad de aquellos hoyos.

-Sí, he leído a Eratóstenes -dijo César-. Aquí en Siene el sol detiene su curso hacia el norte y empieza a ir otra vez hacia el sur. Eratóstenes lo llamó "el trópico" porque marcaba el punto del cambio de dirección. Un hombre digno de mención. Según recuerdo, también atribuyó a Egipto la geometría y la trigonometría; generaciones de niños han padecido bajo la férula de sus maestros y las enseñanzas de Euclides, y todo porque la inundación entierra todos los años las piedras que marcan los límites de Egipto, y de ahí la invención de la agrimensura por parte de los egipcios.

-Sí, pero no olvides que fueron los entrometidos griegos quienes lo escribieron todo -comentó Cleopatra, bien instruida en matemáticas; y se echó a reír.

El viaje fue para César un descubrimiento tanto de Egipto como de Cleopatra. En ninguna parte, ni en las riberas del Mare Nostrum ni en las tierras de los partos un monarca recibía tan absoluta veneración como la que dedicaban a la faraona con total espontaneidad, y no como por obligación ni como resultado del terror. La gente acudía en multitud a las orillas del río para lanzar flores a la gran embarcación que se deslizaba sobre las aguas, para postrarse, levantarse y hacer una reverencia tras otra

pronunciando su nombre. La faraona los bendecía con su divina presencia, y la inundación había sido perfecta.

Siempre que era posible, Cleopatra hacía montar un estrado en la cubierta para colocarse en lo alto y agradecer así la veneración de sus súbditos, colocándose de perfil para que ellos vieran su vientre de embarazada. Los habitantes de todas las poblaciones por las que pasaban la veían allí, ceñida la corona blanca del Alto Egipto, y el barco se veía rodeado de rápidas canoas de juncos, pequeños botes de barro y barcos de pesca de cuero, quedando la cubierta a menudo sembrada de flores. Aunque Cleopatra estaba ya en sus últimos tres meses de embarazo y no se sentía tan cómoda como los meses anteriores, sus propias necesidades no importaban. La faraona era lo único importante.

Pese a las continuas interrupciones, los dos amantes hablaron mucho. Éste era un placer mayor para César que para Cleopatra; a ella le molestaba la reticencia de César a conversar sobre aquellos aspectos de su vida que la joven anhelaba conocer. Quería conocer todos los detalles de su relación con Servilia -el mundo entero especulaba sobre eso-, su largo matrimonio con una mujer con la que apenas había cohabitado, la sucesión de mujeres que había dejado con el corazón roto después de seducirlas simplemente por el placer de poner los cuernos a sus maridos, sus enemigos políticos. ¡Tantos y tantos misterios! Misterios sobre los que él se negaba a hablar, si bien la sermoneaba interminablemente sobre el arte de gobernar, desde las leyes hasta la guerra, o se lanzaba a contar fascinantes historias sobre los druidas de la Galia, los templos lacustres en Tolosa y su contenido de oro que un tal Servilio Cepio había robado, las costumbres y tradiciones de medio centenar de pueblos distintos. Siempre y cuando los temas no fueran íntimamente personales, hablaba gustosamente. Pero en cuanto ella empezaba a sondear en su intimidad emocional, él se cerraba.

Como era lógico, Cleopatra dejó la visita al recinto de Ptah para el final de su viaje de regreso al norte. César había visto las pirámides desde el barco, pero ahora, montado a caballo, fue conducido a través de los campos por Cha'em. Cleopatra, ya muy pesada, decidió no ir.

-Cambises de Persia intentó desconchar las piedras pulidas del exterior, pero se hartó y se dedicó a la destrucción de los templos -explicó Cha'em-, y por eso muchas de ellas están casi intactas.

-¡Demontres, Cha'em! No entiendo por qué un hombre vivo, aun siendo un dios, ha de dedicar tanto tiempo y esfuerzo a la construcción de una estructura que no ha de servirle para nada durante su vida. -comentó César, sinceramente perplejo.

-Bien -contestó Cha'em, sonriendo sagazmente-, debes recordar que Jufu y los demás no realizaron el verdadero trabajo. Quizá venían de vez en cuando para ver cómo progresaba, pero nunca pasaron de ahí. Y los constructores eran muy competentes. Hay alrededor de dos millones de piedras grandes en el *mer* de Jufu, pero la mayor parte de la construcción se hizo durante la inundación, cuando las barcazas podían traer los bloques hasta el pie de las rampas que ascendían a la meseta, y no había que trabajar en los campos. Pero durante las épocas de la siembra y la cosecha, el trabajo a gran escala prácticamente se interrumpía. El revestimiento exterior pulido es de piedra caliza, pero en otro tiempo cada *mer* estaba revestida de oro..., saqueado por desgracia por las dinastías extranjeras. El interior de las tumbas fue profanado en ese mismo periodo, así que todos los tesoros han desaparecido.

-¿Dónde está, pues, el tesoro de la faraona actual?

-¿Te gustaría verlo?

-Mucho. -Tras un titubeo, César añadió-: Debes comprender, Cha'em, que no estoy aquí para saquear Egipto. Las posesiones de Egipto pasarán a mi hijo, o a mi hija, que tanto da. -Se encogió de hombros-. No me gusta la idea de que, a su debido tiempo, mi hijo pueda casarse con mi hija; entre los romanos no se acepta el incesto. Aunque, curiosamente, por lo que he oído decir a mis soldados, los dioses animales egipcios les inquietan más que el incesto.

-Pero tú sí comprendes la función de nuestros "dioses animales", lo veo en tu mirada. -Cha'em hizo volver grupas a su asno-. Ahora iremos a las cámaras.

Ramsés II había construido buena parte del recinto de más de un kilómetro cuadrado dedicado a Ptah, al que se accedía por una larga avenida flanqueada por magníficas esfinges con cabeza de carnero, y a los lados de los pilones occidentales había erigido colosales estatuas de sí mismo, minuciosamente pintadas.

Nadie, decidió César, ni siquiera él, habría encontrado la entrada a las cámaras del tesoro sin conocerla de antemano. Cha'em lo guió por una serie de pasadizos hasta una sala interior donde se alzaban, bajo una espectral iluminación, las estatuas pintadas de tamaño natural de la tríada menfita. Ocupaba el lugar central Ptah el Creador, con la cabeza afeitada y el casquete real de oro labrado ceñido al cráneo. Estaba envuelto en vendas de momia del cuello hasta los pies, a excepción de las manos, que sujetaban un bastón de mando coronado por varias plataformas que sostenían un enorme *anj* de bronce -un símbolo en forma de T rematado por un gancho- y un cetro. A su derecha estaba su esposa, Sejmet, que tenía el cuerpo de una mujer bien formada pero con cabeza de león, sobre cuya melena se elevaban el disco de Ra y la cobra *uraeus*. A la izquierda de Ptah estaba el hijo de ambos, Nefertem, Guardián de las dos Señoras y Señor del Loto, tocado con una alta corona de loto azul adornada en cada lado por dos penachos de plumas de avestruz.

Cha'em tiró del bastón de mando de Ptah y separó de él el *anj* con el cetro encima. Entregó el pesado objeto a César, dio media vuelta, abandonó la sala, se llegó hasta los pilones exteriores y volvió sobre sus pasos. En un tramo del corredor se detuvo, se arrodilló y empujó con ambas manos una piedra grabada situada casi a ras del suelo; por efecto de un resorte, ésta saltó hacia delante, asomando de la pared lo justo para extraerla. Cha'em la retiró, tendió la mano hacia César, cogió el *anj* e insertó el extremo en el hueco.

-Pensamos en esto durante mucho tiempo -dijo mientras empezaba a hacer girar el *anj* utilizando el cetro para ejercer considerable fuerza-. Los ladrones de tumbas conocen todos los trucos, así que es difícil engañarlos. Al final, optamos por un recurso sencillo y una ubicación discreta. Sumando la longitud total de todos los pasadizos, ésta asciende a muchos

codos. Y éste es un pasadizo más. -Gruñó a causa del esfuerzo, y sus palabras quedaron de pronto ahogadas por un agudo chirrido-. La historia de Ramsés el Grande está expuesta a lo largo de ambas paredes y las piedras que muestran los símbolos de sus numerosos hijos están intercaladas entre los jeroglíficos y las imágenes. Y el pavimento..., bueno, no tiene nada de particular.

Sorprendido, César miró hacia el lugar de donde procedía el ruido justo a tiempo de ver, en el centro del suelo, una losa de granito que se elevaba por encima de las circundantes.

-Ayúdame -dijo Cha'em, soltando el anj, que quedó fijo en el hueco, asomando de la parte inferior de la pared.

César se arrodilló, levantó la losa y bajo ella sólo vio oscuridad. Las losas de alrededor, menores, estaban dispuestas de modo tal que era posible ir retirándolas: dos de sus lados no estaban fijos. Cuando las quitaron todas, quedó en el suelo un agujero de anchura suficiente para introducir por él objetos de tamaño considerable.

-Ayúdame -repitió Cha'em, asiendo la vara de bronce con el extremo ensanchado a la que estaba acoplada la losa central.

La vara medía un metro y medio de longitud; la desenroscó y extrajo para eliminar todo obstáculo en el momento de bajar. Con un ágil movimiento, Cha'em entró en el agujero, buscó algo a tientas y encontró por fin dos antorchas.

Cha'em volvió a salir.

-Ahora iremos a encenderlas al fuego sagrado -dijo-, porque las cámaras no disponen de ninguna fuente de luz.

-¿Hay aire suficiente para que ardan? -preguntó César mientras se dirigían hacia la fogata del sanctasanctórum, una reducida sala donde estaba la estatua de Ramsés sentado.

-Habiendo retirado las losas, sí, y siempre y cuando no nos adentremos demasiado. Si se tratase de sacar el tesoro, habría venido con otros sacerdotes e introducido aire con un fuelle antes de entrar.

Con las antorchas ardiendo lentamente, descendieron a las entrañas de la tierra bajo el santuario de Ptah, bajando por una escalera a una antesala;

más allá, había un laberinto de túneles bordeados con pequeñas cámaras llenas de lingotes de oro, cofres repletos de perlas y piedras preciosas de todos los colores y clases; algunas de esas cámaras olían a corteza de árboles, especias, incienso; otras contenían *laserpicium* y bálsamos; muchas guardaban colmillos de elefante; algunas encerraban piezas de porfirio, alabastro, cristal de roca, malaquita, lapislázuli; varias estaban colmadas de caoba, madera de cidro, electro, monedas de oro. Pero no había ninguna estatua ni pinturas, nada de aquello que César habría considerado obras de arte.

César regresó al mundo corriente con una sensación de vértigo; en el interior de las cámaras se acumulaba tal cantidad de tesoros que, en comparación, palidecían incluso las setenta fortalezas de Mitrídates el Grande. Era cierto lo que Marco Craso siempre decía: que nosotros, los habitantes del mundo occidental, no tenemos ni idea de los tesoros que acumulan los orientales, ya que no los valoramos por sí mismos. Tales cosas son intrínsecamente inútiles, y por eso están aquí escondidas. Si fueran mías fundiría los metales y vendería las joyas para financiar una economía más próspera. En tanto que Marco Craso no habría hecho más que pasearse contemplando esas riquezas canturreando. Sin duda todo empezó cuando alguien escondió algunas cosas de valor, y el tesoro creció hasta convertirse en un monstruo que requería un extremo ingenio para protegerlo.

De regreso al pasadizo, enroscaron la vara en su base, que estaba un metro y medio más abajo del suelo, y accionaron de nuevo el mecanismo que había levantado la losa central; a continuación colocaron las losas de alrededor y la del centro en su sitio, de nuevo al nivel del suelo. César observó con atención el pavimento y advirtió que ya no había indicio alguno de la entrada. Para comprobarlo golpeó el suelo con la planta del pie, pero no sonó a hueco, ya que las losas tenían un grosor de diez centímetros.

-Si uno mira de cerca la piedra con inscripciones -dijo mientras Cha'em ponía el *anj* y el cetro en el báculo de Ptah-, vería que ha sido manipulada.

-Mañana ya no -respondió Cha'em tranquilamente-. La cubrirán con yeso, la pintarán y la envejecerán para que tenga el mismo aspecto que las

otras.

Siendo muy joven, César había sido capturado por los piratas, que tan seguros se sentían de lo ignoto de su cala licia que lo dejaron permanecer en cubierta mientras navegaban; pero él había contado las calas y cuando lo pusieron en libertad tras el pago de un rescate regresó para capturarlos. Lo mismo fue haciendo con las cámaras del tesoro: contar las losas entre el santuario de Ptah y la que sobresalía de la pared al empujarla. Pero es muy distinto, pensó mientras seguía a Cha'em hacia el exterior, cuando uno no conoce el secreto. Para encontrar las cámaras del tesoro, los ladrones tendrían que revolver todo el templo; César, en cambio, había tenido la oportunidad de llevar a cabo un simple ejercicio de cálculo. Y no tenía intención de apoderarse de lo que un día pertenecería a su hijo; pero un hombre habituado a pensar nunca pierde la oportunidad de hacerlo.

Capítulo 5

A finales de mayo regresaron a Alejandría y encontraron que los escombros habían sido retirados por completo y por todas partes se construían nuevas viviendas. Mitrídates de Pérgamo se había trasladado a un cómodo palacio con su esposa, Berenice, y su hija, Laodicem, y Rufrio se dedicaba a edificar un cuartel para las tropas que se quedarían allí a pasar el invierno, al este de la ciudad, cerca del hipódromo, pues consideraba prudente alojar a sus legiones a un paso de los judíos y métricos.

César dio a la faraona consejos y advertencias.

-No seas tacaña, Cleopatra. Emplea el dinero en dar de comer a tu pueblo, y no pases el coste a los pobres. ¿Por qué crees que Roma tiene tan pocos problemas con su proletariado? No cobres entrada a las carreras de cuádrigas, y piensa en unos cuantos espectáculos que puedan organizarse en el ágora con acceso gratuito. Trae compañías de actores griegos para representar obras de Aristófanes, Menandros, los dramaturgos más alegres; a la gente corriente no le gustan las tragedias porque en general viven sus propias tragedias. Prefieren reír y olvidar sus problemas durante una tarde. Aumenta el número de fuentes públicas y construye algunos baños públicos asequibles. En Roma, retozar en una casa de baños cuesta un cuarto de sestercio; la gente sale limpia y de buen humor. Mantén bajo control a esas lamentables aves durante el verano. Contrata unos cuantos hombres y mujeres para lavar las calles e instala unas letrinas públicas decentes en cualquier lugar donde haya un desagüe que se lleve las aguas fétidas. Puesto que Alejandría y Egipto están sobrados de burocracia, establece censos para contar tanto a la ciudadanía en general como a la nobleza, y confecciona un catálogo de granos que dé derecho a los pobres a un *medimnus* de trigo al mes, más una ración de cebada para que puedan elaborar cerveza. El dinero que recibes como renta ha de distribuirse, no lo dejes enmohecer; si lo

guardas, la economía se viene abajo. Alejandría ha sido domada, pero está en tus manos mantenerla así.

Y siguió enumerando las leyes que debía aprobar, los reglamentos y ordenanzas locales, la institución de un sistema de auditoría pública. Debía también reformar los bancos de Egipto, propiedad de la faraona, que los dirigía a través de una burocracia deficiente. ¡Eso no podía ser!

-Destina más dinero a la educación, anima a los pedagogos a crear escuelas en mercados y lugares públicos, subvenciona sus sueldos a fin de que más niños puedan aprender. Necesitas contables, escribanos, y cuando lleguen más libros llévalos directamente al museo. Los funcionarios públicos son perezosos, así que supervisa más severamente sus actividades, y no les ofrezcas cargos vitalicios.

Cleopatra escuchó mansamente, sintiéndose como una muñeca de trapo que movía la cabeza cada vez que la agitaban. Embarazada ya de ocho meses, se movía torpemente, no podía alejarse demasiado de un orinal, tenía que soportar las patadas del hijo de César en sus entrañas mientras que el propio César la aturullaba mentalmente. Pero estaba dispuesta a soportar cualquier cosa salvo la idea de que muy pronto él se iría, de que tendría que vivir sin él.

Por fin llegó su última noche juntos, las nonas de junio. Al amanecer, César, junto con los tres mil doscientos hombres de la Sexta legión y la caballería germana marcharían hacia Siria en el primer tramo de un viaje de más de mil quinientos kilómetros.

Cleopatra hizo lo posible para que él pasara una noche agradable, aunque comprendía que si bien él a su manera la quería, ninguna mujer sustituiría jamás a Roma en el corazón de su amante, ni significaría tanto para él como la Décima o la Sexta legiones. Es lógico, se dijo, esos soldados y él han pasado muchas cosas juntos. Sus hombres forman parte de las fibras mismas de su ser. Pero también yo moriría por él. Es el padre que no tuve, el marido de mi corazón, el hombre perfecto. ¿Quién en todo el mundo podría compararse a él? Ni siquiera Alejandro Magno, que fue un conquistador aventurero, poco interesado en los aspectos prácticos del buen gobierno o los estómagos vacíos de los pobres. Babilonia no atrae en

absoluto a César. César nunca sustituiría a Roma por Alejandría. ¡Ojalá lo hiciera! Con César a mi lado, no sería Roma quien dominara el mundo sino Egipto.

Podían besarse y abrazarse, pero hacer el amor era imposible. Sin embargo, un hombre tan sereno como César no se dejaba disuadir por eso. Me gusta la manera en que me acaricia, tan rítmica y firme, y sin embargo la piel de la palma de su mano es suave. Cuando se vaya, podré imaginar esas manos, tan hermosas. Su hijo se parecerá a él.

-Después de Asia, ¿irás a Roma? -preguntó.

-Sí, pero no por mucho tiempo. He de dirigir una campaña en la provincia de África y terminar de una vez con los republicanos -dijo y suspiró-. ¡Oh, si Magno viviera, las cosas podrían haber sido muy distintas!

Cleopatra tuvo una de sus peculiares y súbitas percepciones.

-Eso no es así, César. Si Magno viviera, si hubiera llegado a un acuerdo contigo, nada habría cambiado. Hay muchos otros que nunca se arrodillarán ante ti.

Él guardó silencio por un momento y luego se echó a reír. -Tienes razón, amor mío, toda la razón. Es Catón en quien se apoyan los republicanos.

-Tarde o temprano te quedarás de manera permanente en Roma.

-Un día de éstos, quizás. Aunque he de combatir contra los partos y recuperar las águilas de Craso cuanto antes.

-Pero tengo que verte otra vez. Es necesario. Había pensado que cuando hayas acabado tus guerras contra los republicanos te establecerás en Roma para gobernar, y entonces yo podría ir a Roma contigo.

César se incorporó sobre un codo para mirarla.

-Cleopatra, ¿nunca aprenderás? En primer lugar, ningún soberano puede alejarse de su reino durante muchos meses consecutivos, así que no puedes venir a Roma. Y en segundo lugar, como soberana es tu deber gobernar.

-Tú eres soberano, y sin embargo permaneces alejado meses y meses -protestó ella, rebelándose.

-Yo no soy un soberano. Roma tiene cónsules, pretores y distintos magistrados. Un dictador es sólo una medida temporal, nada más. En

cuanto yo, como dictador, ponga a Roma en orden, dejaré el cargo. Tal como hizo Sila. Gobernar Roma no es una prerrogativa constitucional. Si lo fuera, no me alejaría de Roma. Del mismo modo que tú no puedes alejarte de Egipto.

-Vamos, no discutamos en nuestra última noche -exclamó ella, agarrándole el antebrazo con actitud apremiante.

Pero para sí, Cleopatra pensaba: Soy la faraona, soy dios en la tierra. Puedo hacer lo que quiera, nada me lo impide. Tengo a mi tío Mitrídates y cuatro legiones romanas. Así que cuando hayas derrotado a los republicanos y fijado tu residencia en Roma, César, me reuniré contigo.

¿Que no gobernarás Roma?

¡Claro que lo harás!



LA MARCHA DE LOS DIEZ MIL DE CATÓN

Desde agosto del 48 a.C. hasta mayo del 47
a. C.

Capítulo 1 —

Labieno llevó a Catón y Cicerón la noticia de la derrota de Pompeyo Magno en Farsalia; cabalgando al galope, llegó a la costa adriática de Macedonia tres días después de la batalla, agotado ya el décimo caballo. Aunque iba solo y vestía aún el tosco uniforme de soldado en campaña, los centinelas apostados a las puertas del campamento no tuvieron que mirarlo dos veces para reconocer su rostro atezado de aspecto poco romano; el comandante de la caballería de Pompeyo era conocido -y temido- por todos los soldados.

Sabiendo que Catón estaba en los aposentos del general, Labieno se apeó del lomo de su exhausto animal y se encaminó por la Via Principalis hacia la enseña escarlata que ondeaba agitada por la continua brisa marina. Esperaba contra toda esperanza que Catón estuviera solo. No era momento para soportar el histrionismo de Cicerón.

Pero su deseo no se vería cumplido. El Gran Abogado estaba allí, y a través de la puerta abierta se oía su latín formalmente expresado y perfectamente escogido, como si se dirigiera a un jurado y no al adusto y poco impresionable Catón. Éste, advirtió Labieno tan pronto como cruzó el umbral, escuchaba a Cicerón con una expresión que revelaba que estaba al límite de su paciencia.

Sorprendidos por aquella repentina irrupción, Catón y Cicerón se sobresaltaron, abriendo ambos la boca para hablar; pero el serio semblante de Labieno los silenció.

-Nos derrotó en menos de una hora -dijo Labieno lacónicamente, yendo derecho al aparador del vino. Tan sediento estaba que apuró el vaso de un trago; luego hizo una mueca y se estremeció-. Catón, ¿por qué no tienes nunca un vino decente?

Fue Cicerón quien reaccionó con aspavientos y exclamaciones de horror.

-¡Oh, esto es espantoso, terrible! -dijo, mientras las lágrimas empezaban a correr por su rostro-. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué me presté a participar en esta siniestra y fatídica expedición? Por derecho debería haber permanecido en Italia, si no en Roma. Allí habría sido útil; aquí soy un estorbo. -Y prosiguió lamentándose en este tono. No existía nada capaz de atajar la verbosidad de ese maestro de la oratoria.

Catón, en cambio, guardó silencio durante largo rato, consciente sólo de la sensación de entumecimiento que iba extendiéndose por sus mandíbulas tensas. Lo imposible había ocurrido. César era el vencedor. Pero ¿cómo era posible? ¿Cómo? ¿Cómo había podido imponerse el lado equivocado? Las distintas reacciones de los dos hombres no sorprendieron a Labieno, que los conocía bien a ambos y no sentía especial simpatía por ninguno. Haciendo caso omiso a Cicerón, concentró su atención en Catón, el más tenaz de los incontables enemigos de César. Obviamente Catón no había concebido siquiera que su propio bando -los republicanos, como se hacían llamar- pudiera ser derrotado por un hombre que había contravenido todos los principios de la constitución no escrita de Roma, que había cometido el sacrilegio de marchar contra su propio país. Ahora era Catón el toro golpeado por el mazo del sacrificio, postrado de rodillas sin saber qué lo había llevado a esa situación.

-¿Nos derrotó en menos de una hora? -repitió Catón por fin.

-Sí. Pese a su considerable inferioridad numérica, sin disponer de reservas y con sólo un millar de caballos, nos derrotó. Jamás había visto que una batalla tan importante se dirimiera en tan poco tiempo. ¿Su nombre? Farsalia.

Y esto, se juró Labieno, es todo lo que sabréis por mí acerca de Farsalia. Fui general al servicio de César durante todas sus hazañas en la Galia Transalpina, y estaba convencido de que podría vencerlo. Tenía la certeza de que sin mí no habría realizado ni la menor de sus conquistas. Pero Farsalia me ha demostrado que cuando en otro tiempo me encargaba misiones, él lo hacía con la certeza de que un subordinado diestro podía llevarlas a cabo sin

error. Siempre se reservó para sí la estrategia, utilizándonos a Trebonio, Décimo Bruto, Fabio y el resto de nosotros como instrumentos tácticos de su voluntad estratégica.

En algún punto del camino entre el Rubicón y Farsalia me olvidé de eso, y cuando dirigí mis seis mil caballos contra el millar de germanos de César en Farsalia, creí que la batalla ya estaba ganada. Una batalla que yo preparé porque el gran Pompeyo Magno estaba demasiado consumido por la lucha en su tienda de mando para dedicarse a otra cosa que no fuera compadecerse a sí mismo. Yo quería luchar, sus generales querían luchar, pero Pompeyo Magno quería una guerra fabiana: matar de hambre al enemigo, hostigar al enemigo, pero nunca combatir contra el enemigo. Y bien, él tenía razón y nosotros estábamos equivocados.

¿En cuántas enconadas batallas ha luchado César? Muy a menudo ha combatido literalmente, empuñando el escudo y la espada en primera línea de combate. Casi en cincuenta ocasiones. No hay nada que César no haya visto, nada que no haya hecho. Lo que yo consigo inspirando miedo -más que miedo, terror- en mis soldados, él lo consigue ganándose el afecto de los suyos, que lo aprecian más que a sus propias vidas.

Una súbita amargura lo impulsó a golpear con la mano la jarra de vino casi vacía, que salió volando y cayó estrepitosamente.

-¿Acaso todo el buen vino se va a Tesalia? preguntó-. ¿No hay una sola gota digna de beberse en este condenado lugar?

Catón salió de su estupor.

-Ni lo sé ni me importa -bramó-. Si quieres beber néctar, Tito Labieno, vete a otro sitio. -Señalando a Cicerón, que proseguía con sus lamentos, añadió-: Y llévatelo contigo.

Sin esperar a ver cómo los otros encajaban sus palabras, Catón salió por la puerta y se dirigió por el tortuoso camino al monte de Petra.

No han pasado meses sino días. ¿Cuántos días? ¿Dieciocho? Sí, sólo dieciocho días desde que Pompeyo Magno, al frente de nuestro numeroso ejército, se dirigió al este para ocupar un nuevo territorio en Tesalia. No me quería a su lado. ¿Acaso piensa que no sé lo mucho que le molestan mis

críticas? Así que optó por llevarse a mi querido Marco Favonio en mi lugar, dejándome aquí en Dirraquio para ocuparme de los heridos.

Marco Favonio, mi mejor amigo... ¿dónde está? Si siguiera vivo, habría regresado junto a mí con Tito Labieno.

¡Labieno! El carnicero que debe destruir a todos los carniceros, un bárbaro vestido de romano, un salvaje que disfrutaba torturando a otros romanos simplemente porque éstos habían luchado al servicio de César y no de Pompeyo. Y Pompeyo, que incurrió en el desmedido orgullo de atribuirse el sobrenombre de "Magno", "el Grande", ni siquiera protestó por pura fórmula cuando Labieno mandó aplicar tormento a los setecientos hombres capturados de la Novena legión de César, hombres a quien Labieno conocía bien de la Galia Trasalpina. Éste es el motivo central, ésta es la razón por la que perdimos el enfrentamiento clave de Farsalia. La causa justa ha sido defendida por aquellos a quienes no correspondía hacerlo.

Pompeyo Magno ya no es Grande, y nuestra querida república agoniza. Ha ocurrido en menos de una hora.

La vista desde la cima era magnífica; un mar oscuro como el vino bajo un cielo levemente brumoso y un pálido sol, exuberantes colinas verdes que se sucedían a lo lejos hacia las elevadas cumbres de Candavia, la pequeña ciudad de terracota de Dirraquio y su robusto puente de madera que la unía a tierra firme. La vista era apacible, serena. Incluso los kilómetros y kilómetros de imponentes fortificaciones, erizadas de torres, extendiéndose más allá de una agostada tierra de nadie, formaban parte del paisaje como si siempre hubieran estado allí. Reliquias de un asedio titánico que se había prolongado durante meses hasta que de pronto, en el espacio de una sola noche, César había desaparecido y Pompeyo había caído en el error de creerse el vencedor.

Desde lo alto de Petra, Catón miró hacia el sur. Allí, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, en la isla de Corcira estaba Cneo Pompeyo, con su enorme base naval, sus centenares de naves, sus millares de marinos, remeros y soldados. Era curioso que el primogénito de Pompeyo Magno tuviera talento para la guerra en el mar.

El viento azotaba las rígidas tiras de cuero de su falda y sus mangas, agitaba su cabello castaño, largo y ya canoso, y le pegaba la barba al pecho. Hacía un año y medio que había abandonado Italia, y en todo ese tiempo no se había afeitado ni cortado el pelo; Catón estaba de duelo por el desmoronado *mos maiorum*, que era el que siempre había regido la vida de Roma de un modo correcto, y que debería volver a imperar. Pero el *mos maiorum* se había visto erosionado gradualmente durante casi cien años por una serie de políticos demagogos y jefes militares, que había culminado en Cayo Julio César, el peor de todos.

¡Cómo odio a César! Lo odiaba ya mucho antes de tener yo edad suficiente para entrar en el Senado: sus aires de grandeza, su belleza, su dorada oratoria, su brillante legislación, su hábito de poner cuernos a sus enemigos políticos, su incomparable destreza militar, su absoluto desprecio por el *mos maiorum*, su talento para la destrucción, su intachable origen patricio. ¡Cómo nos opusimos a él en el Foro y el Senado, nosotros que nos hacíamos llamar los *boni*, los hombres buenos! Catulo, Ahenobarbo, Metelo Escipión, Bibulo y yo. Catulo ha muerto, Bibulo ha muerto..., ¿dónde están Ahenobarbo y el descomunal idiota de Metelo Escipión? ¿Soy el único que queda de los *boni*?

Cuando de pronto empezaron a caer las perpetuas lluvias de aquella costa, Catón regresó a los aposentos del general, donde sólo encontró a Estatilo y Atenodoro Cordilion, dos personajes que podía recibir con sincera alegría.

Estatilo y Atenodoro Cordilion habían sido los dos dóciles filósofos de Catón durante un tiempo casi inmemorial; éste les pagaba por hacerle compañía y les daba comida y alojamiento. Sólo otro estoico habría soportado la hospitalidad de Catón durante más de un día o dos, ya que este bisnieto del inmortal Catón el Censor se enorgullecía de la sobriedad de sus gustos; los demás simplemente lo consideraban un tacaño. Este juicio no le importaba a Catón en absoluto. Era inmune tanto a las críticas como a las buenas opiniones de los demás. Sin embargo, Catón y los suyos eran tan aficionados al vino como al estoicismo. Si el vino que él y sus filósofos bebían era barato y malo, el suministro era interminable, y si Catón no

pagaba más de cinco mil sestercios por un esclavo, decía con razón que obtenía de ese hombre -no admitía mujeres en su casa- tanto trabajo como si hubiera pagado por él cincuenta veces más.

Dado que a los romanos, incluso a aquellos lo bastante míseros para pertenecer al censo por cabezas, les gustaba vivir lo más cómodamente posible, la peculiar devoción por la austeridad de Catón lo había convertido en un excéntrico apreciado, incluso admirado; esto, combinado con su extrema tenacidad y su incorruptible integridad lo habían elevado al rango de héroe. Por desagradable que fuera un deber, Catón se entregaba a él en cuerpo y alma. Su voz áspera y poco melodiosa, su brillantez en las arengas y las intervenciones parlamentarias, su ciega determinación de derrocar a César, todo ello había contribuido a crear su leyenda. Nada lo intimidaba, y nadie podía hacerle cambiar de idea.

Estatilo y Atenodoro Cordilion nunca habrían intentado siquiera discutirle nada; pocos sentían verdadero afecto por él, pero ellos dos sí.

-¿Vamos a hospedar a Tito Labieno? -preguntó Catón, yendo al aparador del vino y sirviéndose un vaso lleno, sin aguar.

-No -dijo Estatilo con una débil sonrisa-. Ha usurpado el antiguo y mejordomicilio de Lentulo Crus y se ha agenciado un ánfora del melernio de la intendencia para ahogar sus penas.

-No le deseo nada malo, pero no lo quiero aquí-dijo Catón, de pie mientras su sirviente le quitaba la guarnición de cuero. A continuación se sentó con un suspiro-. Supongo que la noticia de nuestra derrota ha corrido ya.

-Ha llegado a todas partes -contestó Atenodoro Cordilion, sus legañosos y viejos ojos anegados en lágrimas-. Oh, Marco Catón, ¿cómo podemos vivir en un mundo que César gobernará como un tirano?

-Ese mundo no es aún un resultado inevitable. No lo será hasta que yo mismo esté muerto e incinerado. -Catón tomó un largo trago y estiró las largas y musculosas piernas-. Imagino que hay supervivientes de Farsalia que piensan lo mismo, como sin duda Tito Labieno. Si César está aún de humor para conceder indultos, dudo que Labieno reciba uno de ellos. ¡Conceder indultos! Como si César fuera nuestro rey. ¡Y todos se

maravillan de su clemencia, cantan sus virtudes de hombre misericorde! ¡Bah! César es otro Sila, y sus antepasados tienen el mismo origen: desde hace siglos provienen de la realeza. Más aún en el caso de César; al menos Sila nunca afirmó ser descendiente de Venus y Marte. Si nadie se lo impide, César se coronará rey de Roma. Siempre ha tenido la herencia necesaria para hacerlo, y ahora tiene el poder. Lo que no tiene son los vicios de Sila, y sólo esos vicios impidieron a Sila ceñirse la diadema.

-Entonces, debemos ofrecer un sacrificio a los dioses para rogar les que Farsalia no sea nuestra última batalla -propuso Estatilo, volviendo a llenar el vaso de Catón con vino de una nueva jarra-. ¡Si al menos supiéramos mejor lo que ha ocurrido! Quién sigue con vida, quién murió, quién fue capturado, quién escapó...

-Este vino es sospechosamente bueno -lo interrumpió Catón con el entrecejo fruncido.

-He pensado que, dada esta catastrófica noticia, no infringiríamos gravemente nuestras convicciones si por una vez siguiéramos el ejemplo de Labieno -dijo Atenodoro Cordilion en tono de disculpa. -¡Entregarse a los placeres como un sibarita no es un acto justo, por malas que sean las noticias! -replicó Catón.

-Yo discrepo -dijo una voz meliflua desde el umbral.

-Ah, Marco Cicerón -dijo Catón con cara de pocos amigos. Todavía lagrimeando, Cicerón ocupó un asiento desde el que veía a Catón, se enjugó los ojos con un pañuelo grande, limpio y bien planchado -una herramienta indispensable para un genio de los tribunales- y aceptó el vaso que Estatilo le tendía. Sé, pensó Catón con objetividad, que este vehemente dolor suyo es sincero, y sin embargo me resulta ofensivo hasta la náusea. Un hombre debe dominar todas sus emociones para ser verdaderamente libre.

-¿Qué le has sonsacado a Tito Labieno? -preguntó con tal aspereza que Cicerón se sobresaltó-. ¿Dónde están los demás? ¿Quién murió en Farsalia?

-Sólo Ahenobarbo -respondió Cicerón.

¡Ahenobarbo! Primo, cuñado, infatigable compañero en los *boni*. Nunca volveré a ver su semblante resuelto. Nunca volveré a oír cómo despotrica de

su calvicie, convencido de que su resplandeciente cráneo predisponía a los electores contra él siempre que se presentaba para el sacerdocio.

Cicerón seguía hablando.

-Parece que Pompeyo Magno escapó junto con todos los demás. Según Labieno, eso ocurre tras una derrota. Los conflictos en que los hombres mueren en el campo de batalla son aquellos en los que se combate hasta el final. Nuestro ejército, en cambio, se rindió. Cuando César desarticuló la carga de caballería de Labieno, armando a sus cohortes libres de a pie con lanzas de asedio, todo hubo acabado. Pompeyo abandonó el campo de batalla. Los otros jefes lo siguieron, en tanto que las tropas o bien dejaron las armas, o pidieron cuartel, o huyeron.

-¿Y tu hijo? -se sintió obligado a preguntar Catón.

-Tengo entendido que combatió magníficamente, pero resultó ileso -contestó Cicerón, manifiestamente contento.

-¿Y tu hermano Quinto y su hijo?

La ira y la exasperación demudaron el satisfecho semblante de Cicerón.

-Ninguno de los dos combatió en Farsalia; mi hermano Quinto siempre ha dicho que no lucharía en favor de César, pero que lo respetaba demasiado para luchar contra él. -Se encogió de hombros-. Eso es lo peor de la guerra civil. Divide a las familias.

-¿No hay noticias de Marco Favonio? -preguntó Catón, manteniendo un tono convenientemente seco.

-No.

Catón gruñó, desechando al parecer el tema.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Cicerón con aire lastimoso.

-En rigor, Marco Cicerón, eres tú quien ha de tomar esa decisión -dijo Catón-. Tú eres aquí el único cónsul. Yo he sido pretor, pero nunca cónsul. Así pues, tu rango es superior al mío.

-¡Tonterías! -exclamó Cicerón-. Pompeyo te dejó al frente a ti, no a mí. Eres tú quien ocupa la residencia del general.

-Mi misión era específica y limitada. La ley prescribe que las decisiones ejecutivas sean tomadas por el hombre de mayor rango.

-Pues me niego rotundamente a tomarlas.

Los ojos grises estudiaron el rostro asustado y reacio de Cicerón. ¿Por qué siempre tenía que adoptar aquella actitud servil, sumisa? Catón lanzó un suspiro.

-Muy bien, yo tomaré las decisiones ejecutivas. Pero sólo a condición de que tú avales mis acciones cuando tenga que rendir cuentas ante el Senado y el pueblo de Roma.

-¿Qué Senado? -preguntó Cicerón con amargura-. ¿Los títeres de César en Roma o los varios centenares que ahora huyen en todas direcciones desde Farsalia?

-El verdadero gobierno republicano de Roma, que se reunirá en alguna parte y seguirá oponiéndose a César el monarca. -Nunca te rendirás, ¿verdad?

-No mientras respire.

-Tampoco yo, pero no a tu manera, Catón. Yo no soy soldado, no tengo madera para serlo. Estoy pensando en volver a Italia y empezar a organizar la resistencia civil contra César.

Catón se puso en pie de un salto, con los puños apretados.

-¡No te atrevas! -bramó-. Volver a Italia es como humillarse ante César.

-Calma, calma, lamento haberlo dicho -gimoteó Cicerón-. Pero ¿qué vamos a hacer?

-Haremos los bártulos y nos llevaremos a los heridos a Corcira, naturalmente. Aquí tenemos barcos, pero si nos retrasamos, los dirraquianos los quemarán -contestó Catón-. En cuanto encontremos refugio junto a Cneo Pompeyo, recibiremos noticia de los demás y decidiremos nuestro destino final.

-¿Ocho mil hombres enfermos más todos nuestros enseres y víveres? No tenemos barcos suficientes -protestó Cicerón con voz entrecortada.

-Si Cayo César -dijo Catón con cierta sorna- pudo meter a veinte mil soldados, cinco mil no combatientes y esclavos, todas sus mulas, carros, equipo y artillería en menos de trescientos barcos maltrechos y cruzar el mar entre Bretaña y la Galia, no hay razón para que yo no pueda acomodar una cuarta parte de eso a bordo de cien robustas naves de transporte y navegar costeando por aguas tranquilas.

-Ah. Ah, sí, sí. Tienes toda la razón, Catón. -Cicerón se puso en pie y entregó su vaso a Estatilo con dedos temblorosos-. He de empezar a recoger mis propias cosas. ¿Cuándo zarpamos?

-Pasado mañana.

La Corcira que Catón recordaba de una visita anterior había desaparecido, al menos en sus costas. Había sido una exquisita isla, la joya del-Adriático, montañosa y exuberante, un lugar de calas de ensueño aguas claras y resplandecientes.

Sucesivos almirantes pompeyanos, que culminaron en Cneo Pompeyo, habían remodelado Corcira. Cada cala contenía barcos de transporte o galeras de guerra; cada pequeña aldea se había convertido en un centro temporal al servicio de las exigencias de los campamentos establecidos en su periferia; el mar en otro tiempo diáfano rebosaba excrementos humanos y animales y olía peor que los lodosos bajíos del Pelusium egipcio. A esta falta de higiene se sumaba el hecho de que Cneo Pompeyo había establecido su base principal en los estrechos situados frente a la costa del continente. El motivo era que esa zona proporcionaba a sus naves pesca abundante mientras César intentaba transportar tropas y provisiones desde Brindisi hasta Macedonia. Pero las corrientes de los estrechos no se llevaban la inmundicia; al contrario, la acumulaban.

Catón parecía no notar el hedor, en tanto que Cicerón se quejaba continuamente, cubriéndose con el pañuelo el rostro macilento y el ofendido olfato. Al final se trasladó a una decrepita villa en lo alto de una colina donde podía asear por un encantador vergel y coger fruta de los árboles, olvidando casi la nostalgia de su patria. Lejos de Italia, Cicerón apenas era una sombra de sí mismo.

La repentina aparición del hermano menor de Cicerón, Quinto, y el hijo de éste, Quinto el joven, sirvió sólo para aumentar sus penas. Reacios a luchar por ningún bando, los dos habían ido de un sitio a otro por toda Grecia y Macedonia y después, tras la derrota de Pompeyo Magno en Farsalia, se habían dirigido a Dirraquio en busca de Cicerón. Al encontrar abandonado el campamento, y oír decir en las inmediaciones que los republicanos habían zarpado hacia Corcira partieron también ellos hacia allí.

-Ahora entenderás -dijo Quinto con enfado, su hermano mayor- por qué no estaba dispuesto a aliarme con Pompeyo Magno, ese necio sobrevalorado. No sirve ni para atarle las botas a César.

-¿Adónde irá a parar el mundo si los asuntos de estado se deciden en un campo de batalla? -replicó Cicerón-. Ni a largo plazo puede ser así. Tarde o temprano, César tiene que regresar a Roma y tomar las riendas del gobierno, y yo me propongo estar entonces en Roma para impedirle gobernar.

Quinto el joven dejó escapar un resoplido.

¡*Gerrae*, tío Marco! Si pones el pie en territorio itálico, serás arrestado.

-Ahí, sobrino, es donde te equivocas -dijo Cicerón con altivo desdén-. Casualmente he recibido una carta de Publio Dolabela rogándome que regrese a Italia. Dice que mi presencia será bien acogida, que César desea cónsules de mi rango en el Senado. Insiste en la necesidad de una oposición sana.

-¡Valiente actitud tener un pie en cada campamento! -exclamó Quinto padre con desdén-. Tu yerno es uno de los principales adláteres de César. Aunque he oído que no está siendo un buen marido para Tullia.

-Razón de más para volver a casa.

-¿Y yo qué, Marco? ¿Por qué habría de permitírsete a ti, que te opusiste abiertamente a César, volver a casa libre y absuelto? Mi hijo y yo, que no nos hemos opuesto a César, tendremos que ir a verlo y asegurarnos su indulto porque todo el mundo cree que combatimos en Farsalia. ¿Y qué vamos a hacer para conseguir dinero?

Consciente del rubor de su rostro, Cicerón intentó aparentar indiferencia.

-Sin duda eso es asunto tuyo, Quinto.

-*Cacat!* Me debes millones, Marco, millones. Por no hablar de los millones que debes a César -gritó Quinto-. Devuélveme una parte ahora mismo, o te juro que te abriré en canal.

Era una amenaza vana, ya que no llevaba espada o daga; no obstante, este diálogo estableció el tono de la reunión, durante la que se acentuó la falta de rumbo de Cicerón, su preocupación por su hija, Tulla, y su

indignación por el cruel comportamiento de su esposa, Terencia, una arpía. Poseedora de una fortuna independiente que se había negado a compartir con el dilapidador Cicerón, Terencia se las sabía todas en cuestiones de dinero, desde desplazar las piedras que delimitaban sus tierras hasta declarar lugares sagrados las franjas más productivas, evadiendo así los impuestos; Cicerón había convivido durante tanto tiempo con tales actividades que le parecían normales. Lo que no podía perdonarle a Terencia era cómo trataba a la pobre Tulia, que tenía sobrados motivos para quejarse de su marido, Publio Cordelio Dolabela. Pero, Terencia no lo veía con los mismos ojos. Si Cicerón no tuviera la certeza de que su esposa carecía de sentimientos -aparte de la satisfacción por los beneficios económicos obtenidos-, habría pensado que ella misma estaba enamorada de Dolabela. ¡Ponerse del lado de éste contra una criatura de su misma sangre! Tulia estaba enferma; lo había estado desde que perdió a su hijo. ¡Mi niña, mi corazón!

Aunque Cicerón, por supuesto, no se atrevía a manifestar casi nada de esto en sus cartas a Dolabela. Necesitaba a Dolabela.

Hacia mediados de septiembre (el comienzo mismo del verano según las estaciones de ese año) el almirante de Corcira convocó un pequeño consejo en su cuartel general.

A punto de cumplir los treinta y dos años, Cneo Pompeyo se parecía mucho a su legendario padre, aunque tenía el pelo de un rubio un poco más oscuro, los ojos más grises que azules, y una nariz más romana que la despreciada protuberancia de Pompeyo Magno. Poseía dotes de mando; habiendo heredado de su padre la capacidad organizativa, se le daba bien la tarea de manipular una docena de flotas independientes y muchos miles de servidores. Lo que no tenía era la arrogante presunción ni el complejo de inferioridad de Pompeyo Magno; la madre de Cneo Pompeyo, Mucia Tercia, pertenecía a la alta aristocracia y tenía famosos antepasados, así que el pesar por los propios orígenes picentinos que tanto había atormentado al pobre Pompeyo Magno jamás había preocupado a su hijo.

Sólo estaban presentes ocho hombres: Cneo Pompeyo, Catón, los tres Cicerones, Tito Labieno, Lucio Afranio y Marco Petreyo.

Afranio y Petreyo habían sido generales de Pompeyo Magno durante muchos años; incluso habían gobernado las Hispanias en su nombre hasta que César los expulsó de allí hacía un año. Por canosos que estuvieran, eran soldados hasta la médula, y los viejos militares nunca mueren. Habiendo llegado a Dirraquio poco antes del éxodo a Corcira, lógicamente habían seguido a los demás, complacidos por ver a Labieno, también picentino.

Habían traído más noticias, noticias que alegraron mucho a Catón pero desanimaron a Cicerón: la resistencia a César iba a reorganizarse en la provincia de África, aún en manos de un gobernador republicano. Juba, rey de la vecina Numidia, se decantaba claramente del lado republicano, así que todos los supervivientes de Farsalia intentaban dirigirse a la provincia de África con todas las tropas que podían reunir.

-¿Y tu padre? -preguntó Cicerón a Cneo Pompeyo mientras se sentaba entre su hermano y su sobrino. Le horrorizaba la idea de partir hacia la provincia de África cuando su único deseo era marcharse a casa.

-He mandado una carta a medio centenar de lugares del lado oriental del Mare Nostrum -respondió tranquilamente Cneo Pompeyo-, pero aún no he sabido nada. Pronto volveré a intentarlo. Según un informe, pasó brevemente por Lesbos para reunirse allí con mi madrastra y el joven Sexto, pero si es así, la carta que le envié allí debió de llegar demasiado tarde. Tampoco he tenido noticia de Cornelia Metela o Sexto.

-¿Qué te propones hacer, Cneo Pompeyo? -preguntó Labieno, descubriendo sus dientes grandes y amarillos en una mueca tan inconsciente y habitual como un tic facial.

Ah, eso es interesante, pensó el silencioso Catón, paseando la mirada de rostro en rostro. El hijo de Pompeyo siente la misma aversión que yo por este salvaje.

-Permaneceré aquí hasta que los vientos etesios lleguen con la estrella de Sirio, al menos un mes más -contestó Cneo Pompeyo-, y entonces trasladaré mis flotas y mis hombres a Sicilia, Melite, Gaudos y las islas Vulcánides. Cualquier sitio donde pueda hacerme fuerte y dificultar a César la labor de alimentar a Italia y Roma. Si Italia y Roma pasan hambre por falta de grano, a César le será mucho más difícil imponerles su voluntad.

-¡Magnífico! -exclamó Labieno, y se recostó satisfecho-. Yo partiré hacia África con Afranio y Petreyo. Mañana. Cneo Pompeyo enarcó las cejas.

-Labieno, puedo cederte un barco, pero ¿a qué viene tanta prisa? Quédate un tiempo más y llévate contigo algunos de los heridos de Catón. Dispongo de transportes suficientes.

-No -contestó Labieno, levantándose y haciendo un gesto en dirección a Afranio y Petreyo-. Iré primero a Citera y Creta para ver cuántos hombres puedo reunir allí entre las tropas refugiadas..., y los embarcaré en esa nave que vas a cederme. Si encuentro hombres que transportar, encargará más barcos y tripulaciones si es necesario, aunque los soldados pueden remar. Reserva tus recursos para Sicilia.

Se marchó al instante, seguido por Afranio y Petreyo, parecidos a dos enormes, cordiales y viejos sabuesos.

-Adiós a Labieno -comentó Cicerón entre dientes-. No puedo decir que vaya a echarlo de menos.

Ni yo, quiso decir Catón, pero se calló. Optó en cambio por dirigirse a Cneo Pompeyo.

-¿Y qué hacemos con los ocho mil hombres que traje de Dirraquio? Por lo menos mil están en condiciones de partir hacia África de inmediato, pero el resto necesita más tiempo para recuperarse. Ninguno de ellos quiere abandonar la lucha, pero no puedo dejarlos aquí si tú te vas.

-Bueno, parece que nuestro nuevo Gran Hombre está más interesado en Asia menor que en el Adriático. -Con una mueca de desprecio, Cneo Pompeyo soltó un bufido-. ¡Por favor, besar la tierra en Ilión en honor de su antepasado Eneas! ¡Reducir los impuestos troyanos! ¡Buscar la tumba de Héctor! -De pronto sonrió-. Pero el ocio no le ha durado mucho tiempo. Hoy ha llegado un mensajero y me ha informado de que el rey Farnaces ha salido de Cimeria para invadir Ponto.

Quinto Cicerón se echó a reír.

-Sigue los pasos de su querido padre, ¿eh? ¿Ha ido César a contener su avance?

-No, César sigue avanzando hacia el sur. Es el traidor de Calvino quien se enfrentará con el hijo de Mitrídates el Grande. ¡Estos reyes orientales! Son como una cabeza de Hidra. Se corta una, y aparecen dos más. Así que me atrevería a decir que las intenciones de Farnaces son, como de costumbre, extender la guerra desde un extremo de Anatolia al otro.

-Lo cual mantendrá lo bastante ocupado a César en el lado oriental del Mare Nostrum -dijo Catón satisfecho-. Tendremos tiempo de sobra para hacernos fuertes de nuevo en la provincia de África.

-Catón, ¿te das cuenta de que Labieno intenta adelantarse a ti, a mi padre y quienquiera que pueda aspirar al mando supremo en África? -preguntó Cneo Pompeyo-. ¿Por qué está tan impaciente por llegar allí? -Preocupado, se golpeó la palma de la mano con el puño de la otra-. Ojalá supiera dónde está mi padre. Lo conozco, Catón, y sé lo mucho que puede llegar a deprimirse.

-No temas, aparecerá-aseguró Catón, inclinándose para agarrar el fornido brazo del almirante o deseoso de ocupar la tienda de mando. En cuanto a mí, no tengo el menor deseo de ocupar la tienda de mando -Señaló a Cicerón con la cabeza. Ahí tienes a mi superior, Cneo Pompeyo. Marco Cicerón es cónsul, así que cuando parta hacia África, estaré bajo su autoridad.

Cicerón lanzó un chillido de indignación y se puso en pie.

¡No, no, no, no! Ya te lo he dicho, mi respuesta es no. Ve a donde quieras y haz lo que quieras, Catón. Nombra a uno de tus filósofos, o a un babuino, o a esa ramera pintada que tanto te molesta para la tienda de mando. Ya he tomado una decisión: me voy a Roma.

Ante esto Catón se irguió y contempló a Cicerón como si de pronto examinara a un insecto molesto.

-En virtud de tu rango y tu hueca palabrería, Marco Tulio Cicerón, eres en primer lugar y ante todo servidor de la república. Lo que quieres y lo que hagas son dos cosas muy distintas. A lo largo de tu señorial vida ni una sola vez has cumplido realmente con tu obligación, y menos cuando esa obligación te exigía empuñar la espada. Eres una criatura del Foro cuyos actos no son ni remotamente comparables a tus palabras.

-¿Cómo te atreves? -exclamó Cicerón con voz ahogada, sonrojándose-. ¿Cómo te atreves, Marco Porcio Catón, monstruo con cabeza de cerdo, hipócrita? Has sido tú, nadie más que tú, quien me ha metido en esto. Has sido tú y nadie más que tú quien ha obligado a Pompeyo Magno a entablar una guerra civil. Cuando acudí a él con las razonables y justas condiciones ofrecidas por César, fuiste tú quien cogió tan colosal rabieta que lo aterrorizaste literalmente. Gritaste, vociferaste y aullaste hasta que Magno se convirtió en un tembloroso manojo de nervios. Hiciste que ese hombre se humillara y arrastrara ante ti más vilmente que Lúculo ante César. No, Catón, no culpo a César de esta guerra civil; te culpo a ti.

Cneo Pompeyo, pálido de ira, había abandonado también su silla.

-¿Qué quieres decir, Cicerón, don nadie sin antepasados procedente de las más apartadas colinas de Samnio? ¿Mi padre dejándose intimidar? ¿Mi padre arrastrándose y humillándose? Retira esas palabras, o te las haré tragar hundiendo el puño entre tus dientes podridos.

-No, no me retracto -bramó Cicerón, fuera de sí-. Yo estaba presente. Vi lo que ocurrió. Tu padre, Cneo Pompeyo, es un niño mal criado que jugueteó con César y con la idea de una guerra civil por un mejorar su propia opinión de sí mismo, y que jamás creyó instante que César cruzara el Rubicón con una insignificante legión, que nunca creyó que hubiera hombres con semejante valor, que nunca creyó en nada excepto su propio... su propio mito. Un mito, hijo de Magno, que empezó cuando tu padre chantajeó a Sila para que le concediera el mando conjunto y que acabó hace un mes en un campo de batalla llamado Farsalia. Aunque me duela admitirlo, tu padre, hijo de Magno, no está ni remotamente a la altura de César por lo que se refiere a la guerra y la política.

Momentáneamente paralizado por la estupefacción, Cneo Pompeyo se abalanzó con un bramido hacia Cicerón con las manos extendidas para estrangularlo.

Ni Quinto padre ni Quinto el joven se movieron, demasiado atónitos para preocuparse por lo que le hiciera Cneo Pompeyo al tirano de la familia. Fue Catón quien se interpuso entre Cicerón y el mortalmente ofendido hijo de Pompeyo Magno y sujetó a éste por las muñecas. El forcejeo entre

ambos fue breve. Sin esfuerzo, Catón obligó a Cneo Pompeyo a bajar los brazos y se los inmovilizó tras la espalda.

-¡Ya basta! -ordenó con la mirada encendida-. Cneo Pompeyo, ve a ocuparte de tus flotas. Marco Cicerón, si te niegas a ser el leal servidor de la república, vuelve a Italia.

-Sí, vete -gritó el hijo de Pompeyo Magno, y se desplomó en la silla para masajearse las muñecas. Por todos los dioses, ¿quién habría pensado que Catón fuera tan fuerte?-. Empacad vuestras pertenencias, tú y los tuyos, y ojalá no vuelva a ver vuestras caras nunca más. Un bote estará esperando mañana al amanecer para llevaros a Patrás, desde donde podéis regresar a Italia, o viajar al Hades para acariciar las cabezas del cancerbero. Márchate. Salid de mi vista.

Con la cabeza en alto y dos manchas de color escarlata en las mejillas, Cicerón recogió los pliegues de su toga, se los echó sobre el hombro izquierdo y salió, con su sobrino al lado. Quinto padre se rezagó un poco y al llegar a la puerta se dio media vuelta.

-Me cago en vosotros -dijo con grave dignidad.

A Cneo Pompeyo el comentario le pareció extraordinariamente divertido; dejó caer la cabeza entre las manos y prorrumpió en carcajadas.

-Yo no le veo la gracia -dijo Catón, inspeccionando el aparador del vino. Esos últimos minutos le habían dado sed.

-Lógico es que no se la veas, Catón -comentó Cneo Pompeyo cuando pudo volver a hablar-. Por definición, un estoico no tiene sentido del humor.

-Eso es verdad -concedió Catón, sentándose otra vez con la copa de excelente vino Samio entre las manos-. Sin embargo, Cneo Pompeyo, aún no hemos llegado a un acuerdo con respecto a mí y los heridos.

-¿Cuántos de esos ocho mil hombres crees que realmente podrán volver a luchar?

-Como mínimo siete mil. ¿Puedes proporcionarme barcos de transporte suficientes para llevar a los mil mejores a África en cuatro días?

Cneo Pompeyo arrugó la frente.

-Espera a que soplen los vientos etesios, Catón; te llevarán derecho a nuestra provincia romana. Si partes antes estarás a merced de Auster, o

Libotono, o Céfiro, o cualquiera de los otros vientos que a Eolo le apetezca sacar de su bolsa para que los barcos naveguen a media vela.

-No, debo partir cuanto antes, y pedirte que envíes al resto de mis hombres antes de trasladarte tú mismo. Tu trabajo es vital, pero es distinto del mío. Mi tarea consiste en salvaguardar a los valientes soldados que tu padre dejó bajo mi custodia. Porque son valientes. Si no lo fueran, no estarían heridos.

-Como deseas -contestó Cneo Pompeyo con un suspiro-. Pero me será difícil embarcar a esos otros hombres que quieres que te envíe más tarde; voy a necesitar los barcos de transporte para utilizarlos yo mismo. Si los vientos etesios tardan en levantarse, no puedo garantizarte que lleguen a la provincia de África. -Se encogió de hombros-. De hecho, todos vosotros podríais tocar tierra en cualquier parte.

-Eso es cosa mía -dijo Catón con su firme determinación de costumbre, pero levantando la voz menos que otras veces.

Cuatro días después, cincuenta de los barcos de transporte que Catón había empleado para trasladar a sus hombres, su equipo y provisiones desde Dirraquio estaban cargados y listos para zarpar: mil doscientos soldados ya repuestos agrupados en dos cohortes, doscientos cincuenta ayudantes no combatientes, doscientas cincuenta mulas de carga, cuatrocientas cincuenta mulas de tiro, ciento veinte carretas, trigo, garbanzos, tocino y aceite para un mes, más piedras de moler, hornos, utensilios, ropa y armas de reserva... y, como regalo de Cneo Pompeyo, mil talentos de plata que viajarían en el barco de Catón.

-Llévatelos, tengo muchos más -dijo Cneo Pompeyo alegremente-. Obsequio de César. -Y entregándole unos cuantos rollos de papel, todos atados y sellados, añadió-: Esto ha llegado de Dirraquio para ti. Noticias de Italia.

Con los dedos un poco temblorosos, Catón cogió las cartas y se las metió en la sisa de su ligera coraza de cuero.

-¿No vas a leerlas ahora?

Catón lo miró con severidad pero con los ojos un tanto empañados y su boca de líneas generosas torcida en una mueca de dolor.

-No -dijo con su voz más sonora y áspera-, las leeré más tarde, cuando tenga tiempo.

Si bien necesitaron todo el día para sacar los cincuenta barcos de transporte de aquel puerto inadecuado, Cneo Pompeyo permaneció en el pequeño muelle de madera hasta que las últimas naves llegaron al horizonte y sus finos mástiles como espinas negras se recortaron contra el cielo opalescente del atardecer.

Luego Cneo Pompeyo se dio media vuelta y regresó a su cuartel general; ahora la vida sería más apacible, sin duda, pero por alguna razón cuando Catón no estaba, se notaba un vacío. ¡Qué respetuoso temor había sentido por Catón en su juventud! De niño sus pedagogos y profesores de retórica le habían instruido en los distintos estilos de los tres grandes oradores del Senado: César, Cicerón y Catón. Nombres con los que había crecido, hombres que nunca olvidaría; entre ellos su padre, el Primer Hombre de Roma, que nunca había sido buen orador, pero sí un maestro en salirse con la suya. Ahora todos ellos se habían dispersado, mientras que las mismas pautas seguían repitiéndose, y los hilos de las distintas vidas iban entrelazándose hasta que Atropos se apiadara y cortara este hilo o aquél.

Lucio Escribonio Libo estaba esperando; Cneo Pompeyo ahogó un suspiro. Un buen hombre que había sido almirante tras la muerte de Bibulo y luego había cedido elegantemente el puesto al hijo de Pompeyo Magno; como era lo correcto. La única razón por la que este vástago de la rama pobre de la familia Escribonio había llegado tan alto y tan deprisa residía en el hecho de que Cneo Pompeyo había echado el ojo a su preciosa hija con hoyuelos en las mejillas, se había divorciado de su aburrida Claudia y se había casado con aquélla. Un matrimonio que Pompeyo Magno había deplorado. Pero así era su padre, obsesionado él mismo por casarse con las más augustas aristócratas, y resuelto a que sus hijos siguieran sus pasos. Sexto era aún demasiado joven para el matrimonio, y Cneo había intentado complacerle en interés de la armonía hasta que puso los ojos en Escribonia, que contaba diecisiete años. El amor podía arruinar los planes mejor trazados, reflexionó el primogénito de Pompeyo Magno mientras saludaba a su suegro.

Cenaron juntos, hablaron del inminente traslado a Sicilia y alrededores, la potencial resistencia de la provincia de África... y el posible paradero de Pompeyo Magno.

-El mensajero de hoy nos ha comunicado que Pompeyo se ha llevado a Cornelia Metela y Sexto de Lesbos, y viaja de isla en isla por el Egeo -dijo su primogénito.

-Si es así, creo que ya es hora de que vuelvas a escribirle -aconsejó Escribonio Libo, preparándose para partir.

Cuando se fue, Cneo Pompeyo se sentó resueltamente a su mesa, se acercó una doble hoja en blanco de papel fanio y asió su pluma de junco, que hundió en el tintero.

Seguimos vivos y en marcha, y todavía somos dueños de los mares. Por favor, querido padre, te lo ruego, junta cuantos barcos puedas y reúnete conmigo o dirígete a África.

Pero antes de que le llegase la breve respuesta de Pompeyo Magno, se enteró de que su padre había muerto en los lodosos bajíos del Pelusium egipcio a manos de un joven y estúpido rey a causa de una intriga palaciega.

Por supuesto. Por supuesto. Crueles y faltos de ética como son los orientales, lo mataron pensando en granjearse el favor de César. Ni por un instante se les había ocurrido que César deseaba salvar su vida. ¡Oh, padre! ¡Mejor así! De este modo no tendrás que agradecerle a César el favor de seguir viviendo.

Cuando estuvo seguro de que podía trabajar sin mostrarse abatido ante sus subordinados, Cneo Pompeyo envió otros seis mil quinientos de los heridos de Catón a África, rogando a los *Lares Permarini*, a Neptuno y a Espes que los soldados y Catón se encontraran en algún punto de los tres mil kilómetros de costa que se extendían entre el delta del Nilo y la provincia de África. A continuación inició la ardua tarea de trasladar sus flotas y a sus hombres a las bases de Sicilia.

Aunque los escasos nativos de la isla no supieron si lamentar o alegrarse de ver partir a los romanos, Corcira perdió lentamente sus cicatrices y regresó a su dulce olvido. Lentamente.

Capítulo 2

Catón había decidido utilizar a sus soldados y a sus no combatientes como remeros; era un excelente ejercicio para convalecientes, pensó, si no se les forzaba demasiado. Céfire soplabla de manera intermitente desde el oeste, así que las velas no servían de nada, pero el tiempo era bueno y el mar estaba en calma, como siempre con aquella suave brisa. Por implacable que fuera su odio hacia César, Catón había leído con interés aquellos precisos e impersonales comentarios que el propio César había escrito sobre su guerra en la Galia Trasalpina, y no permitió que sus sentimientos le impidieran ver los muchos datos prácticos que contenían. Sobre todo, era evidente que el general había participado en los sufrimientos y privaciones de sus soldados: había caminado cuando ellos caminaban; vivido de unos pedazos de carne pasada cuando ellos lo hacían; nunca se había distanciado de ellos en las largas marchas ni en las terribles ocasiones en que habían tenido que apiñarse detrás de sus fortificaciones sin percibir otro destino que el de ser capturados y quemados vivos en jaulas de mimbre. Política e ideológicamente, Catón había sacado mucho partido de esos comentarios, pero si bien sus pasiones lo inducían a despreciar y quitar importancia a todas las acciones de César, una parte de su mente absorbía las lecciones.

De niño, Catón había sufrido mucho para aprender; no poseía siquiera la mitad de la capacidad de su hermanastra Servilia para recordar lo que le habían enseñado, ni mucho menos la legendaria memoria de César. Para Catón todo requería mucho esfuerzo y repetición, de modo que Servilia se burlaba de él con desdén, pero su adorado hermanastro Cepio lo protegía de la crueldad de ella. Si Catón había sobrevivido a una horrenda infancia como el menor de aquella camada de huérfanos divididos y tumultuosos era sólo gracias a Cepio. Cepio, de quien se había dicho que no era hijo de su padre sino fruto del amor entre su madre, Livia Drusa, y el padre de Catón,

con quien ella después se casó; que la estatura de Cepio, su cabello rojo y su nariz grande y aguileña eran herencia de Porcio Catón; que por tanto Cepio no era hermanastro de Catón sino su hermano, pese al augusto nombre patricio de Servilio Cepio que llevaba, y a la gran fortuna que había heredado como tal. Una fortuna basada en quince mil talentos de oro robados a Roma; el fabuloso Oro de Tolosa.

A veces, cuando el vino no daba resultado y los demonios de la noche se negaban a desaparecer, Catón recordaba aquella noche en que algún secuaz de los enemigos del tío Druso había clavado un cuchillo pequeño pero eficaz en la ingle del tío Druso y lo había hecho girar hasta causarle una herida mortal. Un ejemplo de lo letal que podía llegar a ser la mezcla de la política y el amor. Los interminables gritos de sufrimiento, el charco de sangre en el suelo de mosaico, la deliciosa calidez que Catón, un niño de dos años, había sentido entre los brazos de Cepio, que tenía cinco años, mientras los seis niños presenciaban la lenta y terrible muerte de Druso. Una noche que nunca olvidaría.

Cuando por fin su tutor consiguió enseñarle a leer, Catón encontró su código de vida en la prolífica obra de su bisabuelo Catón el Censor, una implacable ética basada en emociones reprimidas, principios inflexibles y frugalidad; Cepio la había tolerado en su hermano menor, aunque él nunca la había adoptado. Pero Catón, que no percibía los sentimientos de los demás, no había entendido debidamente los celos de Cepio respecto a un código de vida que no permitía ni un Los hermanos fueron inseparables; incluso realizaron juntos la instrucción militar. Catón nunca imaginó la existencia sin Cepio, su firme defensor contra Servilia cuando ella se reía de sus rojos cabellos porque era descendiente del deshonroso segundo,,matrimonio de Catón el Censor con la hija de su propio esclavo. Por supuesto, Servilia conocía la verdadera ascendencia de Cepio, pero como éste llevaba el nombre de su propio padre, ella centraba su maldad en Catón.

A Cepio nunca le había preocupado realmente su procedencia, pensó Catón mientras se inclinaba sobre la borda del barco para contemplar las innumerables y centelleantes luces de su flota proyectadas en forma de

cintas de oro sobre las negras y quietas aguas. Servilia. Una niña monstruosa, una mujer monstruosa. Más malévola aún que nuestra madre. Las mujeres son despreciables. En el momento en que un individuo hermoso y arrogante con un buen linaje y dotes de conquistador aparecía ante ellas, no dudaban en entregársele. Como mi primera esposa, Atilia, que se abrió de piernas ante César. Como la mitad de las mujeres de Roma, que se abrían de piernas ante César. ¡César! Siempre César.

Sus pensamientos pasaron entonces a su sobrino, Bruto, el único hijo de Servilia. Innegablemente era hijo de su marido de aquel momento, Marco junio Bruto, a quien Pompeyo Magno había tenido la desfachatez de ejecutar por traición. Bruto, huérfano de padre, había suspirado durante años por la hija de César, Julia, e incluso consiguió comprometerse con ella. ¡Eso había encantado a Servilia! Si su propio hijo se casaba con la hija de César, éste formaría parte de la familia y ella no necesitaría esforzarse tanto por ocultar su idilio con César a su segundo marido, Silano. Silano también había muerto, pero él de desesperación, no bajo la espada de Pompeyo Magno.

Servilia siempre dijo que yo no podría atraer a Bruto a mi bando, pero lo conseguí. Lo conseguí. Para Bruto, el primer día aciago fue cuando supo que su madre había sido amante de César durante cinco años; el segundo fue el día en que César rompió el compromiso de Bruto con Julia para casar a la muchacha con Pompeyo Magno, de edad suficiente para ser su abuelo... y que era el verdugo del padre de Bruto. Un matrimonio de pura conveniencia política, pero había creado un lazo entre Pompeyo Magno y César hasta la muerte de Julia. Y el dolorido Bruto -¡qué blando es!-volvió la espalda a su madre y acudió a mí. Es justo castigar a los inmorales, y el peor castigo que yo podía haber encontrado para Servilia era apartar de ella a su estimado hijo.

¿Dónde está Bruto ahora? Un republicano indiferente en el mejor de los casos, siempre dividido entre su deber republicano y su pecado dominante, el dinero. Ni un Crespo ni un Midas... demasiado romano, por supuesto. Demasiado involucrado en los porcentajes de interés, tarifas de corretaje, sociedades mercantiles y todas las furtivas actividades comerciales de un

senador romano, no autorizado por la tradición para la simple búsqueda del dinero, pero demasiado avaro para resistirse a la tentación.

Bruto había heredado la fortuna de Servilio Cepio fundada en el Oro de Tolosa. Catón hizo rechinar los dientes, se aferró a la baranda con ambas manos hasta que sus nudillos se tornaron blancos. Pues Cepio, su querido Cepio, había muerto. Había muerto solo, durante el viaje a la provincia de Asia, esperando en vano a que yo sostuviera su mano y lo ayudara a cruzar el Río. Llegué una hora tarde. ¡Oh, vida, vida! La mía ya no ha vuelto a ser la misma desde que vi el rostro exangüe de Cepio; lloré, gemí y vociferé como un demente. Estaba enloquecido. Sigo enloquecido. ¡Qué dolor! Cepio tenía treinta años y yo veintisiete; pronto cumpliré los cuarenta y seis. Sin embargo, parece como si su muerte hubiera acaecido ayer, y mi pena sigue ahora tan viva como entonces.

Bruto heredó conforme al *mos maiorum*; era el pariente por línea paterna más cercano de Cepio; el hijo de Servilia, su sobrino. No le envidio a Bruto un solo sestercio de esa imponente fortuna, y puedo consolarme con la certidumbre de que la riqueza de Cepio no podía haber pasado a mejores manos. Sólo lamento que Bruto no sea más hombre, menos débil. Pero con semejante madre, ¿qué otra cosa podía esperarse de él? Servilia lo había convertido en lo que quería: un muchacho obediente, servil y temeroso de ella. Era raro que Bruto hubiera tenido el sentido común de cortar sus lazos y unirse a Pompeyo Magno en Macedonia. El canalla de Labieno dice que luchó en Farsalia. Asombroso. Quizás alejado de la arpía de su madre haya cambiado mucho. Quizás incluso asome su cara llena de granos en la provincia de África. ¡Ja!, lo creeré cuando lo vea.

Catón reprimió un bostezo y fue a tenderse en su jergón de paja entre las siluetas patéticamente inmóviles de Estatilo y Atenodoro Cordilion, que eran pésimos marinos.

Céfiro seguía soplando desde el oeste, pero cambió de rumbo hacia el norte lo suficiente para permitir que los cincuenta barcos de transporte de Catón avanzaran hacia África. Sin embargo, iban demasiado hacia el este, advirtió él con desánimo. En lugar de avistar primero el talón de Italia, luego la puntera, y por último Sicilia, se vieron impulsados hacia la costa

occidental del Peloponeso griego hasta el cabo Tenaro, desde donde continuaron mal que bien hacia Citera, la bella isla que Labieno tenía previsto visitar en busca de las tropas que habían huido de Farsalia. Si Labieno aún estaba allí, no hizo señales desde la orilla. Conteniendo su inquietud, Catón siguió navegando hacia Creta y dejó atrás los prominentes y escarpados peñascos de Criumetopon en su undécimo día de travesía.

Cneo Pompeyo no había podido proporcionarle un piloto, pero había mandado a Catón a pasar un día con sus seis mejores hombres, todos avezados marinos que conocían tan bien el extremo oriental del Mare Nostrum como los antiguos fenicios. Por tanto, fue Catón quien identificó los diversos acantilados, Catón quien tenía cierta idea de dónde estaban.

Aunque no habían avistado otras naves, Catón no se había atrevido a detenerse para hacer acopio de agua en ningún punto de Grecia, así que después de doce días ancló la flota en un lugar desprotegido pero en calma frente a la isla cretense de Gaudos, y allí se aseguró de que todos los barriles y ánforas que llevaban quedaran llenos a rebosar del agua que brotaba de un manantial en la pared del acantilado. Gaudos era el último puesto avanzado antes de arriesgarse a cruzar las desiertas aguas del mar de Libia. Libia. Iban a Libia, donde ejecutaban a los hombres untándolos de miel y atándolos sobre un hormiguero. Libia, un lugar habitado por los nómadas marmárides -hombres de mármol-, y si había que creer a los geógrafos griegos, un país de arenas movedizas y perpetua sequía.

En Gaudos, él mismo había remado en un pequeño bote para ir de un grupo de barcos a otro, levantándose para pronunciar a gritos su breve arenga con aquella famosa voz estentórea:

-Compañeros de viaje, la costa africana está aún lejos, pero aquí debemos despedirnos de la amigable presencia de la Madre Tierra, ya que en adelante navegaremos sin divisar tierra, en medio de bancos de atunes y los gritos de los delfines. No temáis. Yo, Marco Porcio Catón, me encargo de vosotros, y os llevaré sanos y salvos hasta África. Mantendremos juntas nuestras naves; remaremos con ímpetu, pero con buen juicio; entonaremos las canciones de nuestra querida Italia; confiaremos en nuestras propias fuerzas y en nuestros dioses. Somos romanos de la verdadera república, y

sobreviviremos para complicarle la vida a César, lo juro por Sol Indiges, Tellus y Liber Pater.

El pequeño discurso fue acogido con entusiastas vítores y caras sonrientes.

A continuación, aunque no era sacerdote ni augur, Catón sacrificó una oveja y, como comandante, la ofreció a los *Lares Permarini*, los protectores de quienes viajaban por mar. Cubriéndose la cabeza con un pliegue de su toga ribeteada de púrpura, oró:

-Oh, vosotros los llamados *Lares Permarini*, o sea cual sea el nombre que prefiráis, vosotros que quizá seáis dioses, diosas o de ningún sexo, os pedimos que intercedáis por nosotros ante el todopoderoso padre Neptuno, cuyos vástagos quizá seáis o quizá no, antes de emprender nuestro viaje a África. Os rogamos que atestigüéis ante todos los dioses que somos sinceros al pedirnos que nos mantengáis a salvo, libres de las tempestades y las asechanzas de las profundidades, que mantengáis nuestros barcos juntos y nos permitáis desembarcar en algún lugar civilizado. Conforme a nuestros acuerdos contractuales, que se remontan a los tiempos de Rómulo, os ofrecemos el debido sacrificio, una espléndida y joven oveja, previamente lavada y purificada.

Y al decimotercer día la flota levó anclas para zarpar rumbo a donde sólo los *Lares Permarini* sabían.

Habiendo superado el mareo, Estatilo abandonó su camastro e hizo compañía a Catón.

-Por más que me empeño, nunca comprendo el ritual de la veneración romana -dijo disfrutando ahora con el ligero balanceo de un barco grande y pesado a través de un mar resplandeciente.

-¿A qué te refieres, Estatilo?

-A la legalidad, Marco Catón. ¿Cómo puede un pueblo establecer contratos legales con sus dioses?

-Los romanos lo hacen, siempre lo han hecho. Aunque te confieso que, como no soy sacerdote, no estaba seguro de cuándo exactamente se redactó el contrato con los *Lares Permarini* -contestó Catón con gran seriedad-. Sin embargo, he recordado que Lucio Ahenobarbo dijo que los contratos con

numina como los Lares y los Penates fueron redactados por Rómulo. De esos contratos legales suscritos por el Senado y el pueblo de Roma sólo se conservan los establecidos con las más recientes deidades, como Magna Mater e -hizo una mueca de aversión- Isis. Un sacerdote lo sabría de manera automática; forma parte de su trabajo. Pero ¿quién elegiría a Marco Porcio Catón para uno de los colegios pontificiales cuando ni siquiera puede conseguir que lo elijan cónsul en un año de pobres candidatos?

-Aún eres joven -dijo Estatilo, consciente de la decepción de Catón por no haber obtenido el consulado cuatro años atrás-. En cuanto se restaure el verdadero gobierno de Roma, serás cónsul *senior*, respaldado por todas las centurias.

-Es posible. Pero primero lleguemos a África.

Los días pasaron lentamente mientras la flota avanzaba con rumbo al sureste, impulsada básicamente a remo, si bien la enorme vela que cada barco llevaba izada en un mástil se hinchaba de vez en cuando, ayudando un poco. No obstante, como una vela deshinchada dificultaba aún más la labor de remar, las velas se arriaban a menos que fuera un día de ráfagas de viento frecuentes.

Para mantenerse en forma y alerta, Catón empuñaba el remo regularmente. Al igual que los barcos mercantes, los de transporte tenían un solo banco de remos, con quince hombres por lado. La cubierta se extendía de proa a *popa*, lo cual significaba que los remeros se sentaban en el interior del casco, circunstancia más soportable por el hecho de que iban alojados en un portarremos exterior que los proyectaba por encima del agua, simplificando la tarea de remar y proporcionándoles aire fresco. Las naves de guerra eran por completo distintas: tenían varios bancos de remos, manejados cada uno por entre dos y cinco hombres, estando el último banco tan cerca de la superficie del agua que las portillas se sellaban con válvulas de cuero. Pero las galeras de guerra no estaban concebidas para llevar carga ni permanecer a flote entre las batallas; se las cuidaba con esmero y pasaban la mayor parte de sus veinte años de servicio en cobertizos terrestres. Cuando Cneo Pompeyo abandonó Corcira, dejó a los nativos centenares de cobertizos, buenos para leña.

Como Catón creía que el trabajar con desinteresado ahínco era una de las señas de un hombre cabal, se empleaba a fondo con el remo, dando ejemplo así a los otros veintinueve hombres que ocupaban el banco con él. De un modo u otro corrió la voz de que el comandante participaba en la boga, y los hombres remaron con más entusiasmo, al son del timbal del hortator. Contando todas las almas a bordo de aquellos barcos que transportaban más soldados que mulas, carretas o material, había hombres suficientes sólo para formar dos equipos, lo cual significaba hacer turnos de cuatro horas, día y noche.

La dieta era monótona; el pan, el alimento por excelencia, estaba excluido del menú excepto el día pasado en Gaudos. Ningún barco podía correr el riesgo de padecer un incendio a causa de un horno encendido. Una fogata se mantenía permanentemente en un hogar de ladrillo, para calentar una enorme caldera de hierro en la que sólo se preparaba una clase de comida: unas espesas gachas de guisantes a las que se daba sabor con un trozo de tocino. Preocupado por la escasez de agua potable, Catón había ordenado que las gachas se cocinaran sin sal, lo cual mermó todavía más el apetito de los hombres.

No obstante, el tiempo permitió a los cincuenta barcos mantenerse juntos y al parecer, como Catón comprobó durante sus continuos viajes en el bote de un barco a otro, los mil quinientos hombres permanecían tan optimistas como podía esperarse, dado su natural temor a una entidad tan secreta y misteriosa como el mar. Ningún soldado romano se sentía a gusto en el océano. Cuando veían delfines los saludaban con alegría, pero había también tiburones, y los cardúmenes de peces huían al percibir el ruido de tantos remos, lo cual limitaba el entretenimiento visual de los romanos a la vez que los privaba de guisos de pescado.

Las mulas bebían más de lo que Catón había calculado, el sol lucía con fuerza a diario, y el nivel de agua en los barriles descendía con inquietante rapidez. Diez días después de pasar por Gaudos, Catón empezó a dudar de que sobrevivieran para volver a ver tierra. En sus recorridos en bote de nave en nave, prometía a los hombres que las mulas se echarían por la borda mucho antes de que se vaciaran los barriles de agua, pero sus gentes no

acogieron bien esta promesa: eran soldados, y para los soldados las mulas eran tan preciosas como el oro. Cada centuria disponía de diez mulas para transportar lo que cada hombre no podía añadir a los veinticinco kilos que llevaba cargados en la espalda, y de una carreta tirada por cuatro mulas para el material más pesado.

Finalmente, Coro empezó a soplar del noroeste. Con gritos de satisfacción, los hombres se aprestaron a desplegar las velas. En Italia era un viento húmedo, pero no en el mar de Libia. Aumentó la velocidad del barco, el manejo de los remos se hizo menos agotador, y renació la esperanza.

En mitad de la decimocuarta noche tras salir de Gaudos, Catón despertó y de inmediato se incorporó, olfateando el aire por los orificios de su imponente nariz. El mar, había notado desde hacía tiempo, tenía un olor propio, dulzón, que recordaba vagamente al del pescado. Pero de pronto percibía un aroma distinto. ¡Tierra! ¡Olía a tierra!

Inspirando con embeleso, se acercó a la borda y contempló aquel cielo mágico de color añil. No estaba oscuro, en ningún momento lo había estado. Aunque no se veía la luna, la bóveda celeste resplandecía salpicada de incontables estrellas, que en algunos sitios formaban como finos velos, todas titilantes excepto los planetas.

Los griegos dicen que los planetas giran alrededor de nuestro globo mucho más cerca que las brillantes estrellas, que se encuentran a una distancia inimaginable. Somos afortunados, ya que en nuestra esfera residen los dioses. Somos el centro del universo, presidimos a todos los cuerpos celestes. Y éstos, para venerarnos a nosotros y a los dioses, resplandecen como linternas en la noche para recordarnos que la luz es la vida.

¡Mis cartas! ¡Aún no he leído mis cartas! Mañana desembarcaremos en África, y tendré que mantener alto el ánimo de mis hombres en un lugar habitado por gente de mármol y cubierto de arenas movedizas. Me guste o no, he de leer las cartas en cuanto empiece a clarear, antes de que cunda el entusiasmo y yo me vea arrastrado a él. Hasta entonces, remaré.

De Servilia, puro veneno destilado, masculló Catón mientras leía sus pérfidas palabras. Abandonó la lectura a la séptima columna, hizo una bola

con el pequeño rollo de papel y lo lanzó por la borda. ¡No quiero saber nada de ti, detestada hermanastra!

Una untuosa misiva de su suegro, Lucio Marcio Filippo, un hombre escurridizo y un completo epicúreo. Roma estaba muy tranquila bajo el control del cónsul Vatia Isaurico y el pretor urbano Cayo Trebonio. De hecho, lamentaba Filippo con elegante prosa, no había ocurrido nada aparte de los disparatados informes según los cuales Pompeyo había obtenido una gran victoria en Dirraquio, y César, derrotado, huía.

La misiva fue a reunirse con la carta de Servilia en el mar, y danzó sobre las ondas creadas por las palas de los remos. Tampoco de ti quiero saber nada, Filippo, siempre a salvo con los pies en los dos bandos, sobrino político de César, suegro de Catón, el mayor enemigo de César. Tus noticias llegan tarde, se me atragantan.

La verdadera razón por la que nunca había leído sus cartas era la última carta que leyó, la de Marcia.

Cuando Cornelia Metela desafió las tradiciones y emprendió viaje para reunirse con Pompeyo Magno, yo deseé con toda mi alma seguir su ejemplo. Si no lo hice fue por culpa de Porcia. ¿Por qué habías de tener una hija tan fielmente cumplidora del *mos maiorum* como tú? Cuando me sorprendió empacando, se abalanzó sobre mí como una arpía y luego fue corriendo a ver a mi padre para exigirle que me prohibiera partir. Bueno, ya conoces a mi padre. Haría cualquier cosa para mantener la paz. Así que Porcia se salió con la suya y sigo aquí en Roma.

Marco, *meum mel, mea vita*, vivo sola en un vacío del espíritu, sumida en dudas y preocupaciones. ¿Estás bien? ¿Piensas alguna vez en mí? ¿Volveré a verte?

No es justo que haya pasado más tiempo casada con Quinto Hortensio que durante mis dos matrimonios contigo. Nunca hemos hablado de ese exilio al que me condenaste, aunque entendí inmediatamente por qué lo hacías. Lo hacías porque me amabas demasiado, y considerabas tu amor por mí una traición a esos principios estoicos más importantes para ti que tu propia vida, o que tu esposa. Así que cuando la pura senectud indujo a Hortensio a pedirme en matrimonio, tú te divorciaste de mí y me entregaste

a él, por supuesto con la connivencia de mi padre. Me consta que no recibiste un solo sestercio del anciano, pero mi padre se embolsó diez millones. Tiene gustos caros.

Interpreté mi exilio con Hortensio como una prueba de la profundidad de tu amor por mí. ¡Cuatro largos y horribles años! ¡Cuatro años! Sí, él estaba demasiado viejo y debilitado para im ponerme sus atenciones, pero ¿imaginas cómo me sentía sentada a diario durante horas con Hortensio, mientras él arrullaba a su pez preferido, Paris? ¿Echándote de menos, anhelando tu presencia, padeciendo una y mil veces tu repudio?

Y luego, cuando él murió y tú me tomaste como esposa una segunda vez, disfruté de unos breves meses contigo antes de que abandonaras Roma e Italia para cumplir con uno de tus inexorables deberes. ¿Es eso justo, Marco? Tengo sólo veintiséis años, me he casado con dos hombres, con uno dos veces, y sin embargo aún sigo estéril. Al igual que Porfia y Calpurnia, no tengo hijos.

Sé lo mucho que detestas leer mis reproches, así que dejaré de quejarme. Si fueras otra clase de hombre, no te amaría como te amo. Somos tres las que lloramos por nuestros hombres ausentes: Porfia, Calpurnia y yo. ¿Porfia?, te oigo preguntar. ¿Porfia echa de menos al difunto Bibulo? No, no a Bibulo. Porfia echa de menos a su primo Bruto. Lo ama, creo, en igual medida que tú me amas a mí, ya que Porfia tiene tu misma naturaleza: la devoran las pasiones, pero todas ellas están paralizadas por su absurda devoción a las enseñanzas de Zenón. ¿Quién era Zenón al fin y al cabo? Un chipriota estúpido que se negaba a gozar de todas las cosas maravillosas que los dioses nos han proporcionado para nuestro disfrute, desde la risa hasta la buena comida. ¡Ya ves que a través de mí habla Epicuro! En cuanto a Calpurnia, echa de menos a César. Once años su esposa, y sin embargo sólo ha pasado unos cuantos meses con César, que mantuvo relaciones con tu horrenda hermana hasta que se marchó a la Galia. Desde entonces, nada. Las viudas y esposas estamos mal atendidas.

Alguien me ha dicho que no te has afeitado ni cortado el pelo desde que saliste de Italia, pero no imagino tu maravillosa y noble cara romana tan barbuda como la de un judío.

Dime por qué, Marco, se nos enseña a leer y escribir a las mujeres, si estamos condenadas a quedarnos en casa esperando. Ahora he de dejarlo, no puedo ver a causa de las lágrimas. Por favor, te lo ruego, escíbeme. Dame esperanza.

El sol estaba alto; Catón leía muy despacio. Arrugó el pergamino de Marcia y lo lanzó a las aguas chispeantes. ¡Al diablo con las esposas!

Le temblaban las manos. ¡Qué estúpida carta! Amar a una mujer con una intensidad que consume como una pira funeraria no es un acto razonable, no puede ser un acto razonable. ¿No se da cuenta de que todas sus cartas dicen lo mismo? ¿No entiende que nunca le escribiré? ¿Qué iba a decirle? ¿Qué hay que decir?

Al parecer sólo él percibió el olor a tierra en el aire; todo el mundo se ocupaba de sus asuntos como si aquél fuera un día cualquiera. La mañana siguió transcurriendo. Catón se sentó a remar en uno de los turnos y luego volvió a colocarse junto a la borda aguzando la mirada. Nada apareció a lo lejos, pero cuando el sol se halló directamente sobre ellos, se dibujó una tenue línea azul en el horizonte. En el instante mismo en que Catón la vio, el vigía anunció desde lo alto del mástil:

-¡Tierra! ¡Tierra!

Su barco iba a la cabeza de la flota y las naves le seguían, dispuestas en forma de lágrima. Al no disponer de tiempo para embarcarse en su pequeño bote, envió en su lugar a un ansioso centurión *pilus prior*, Lucio Gratidio, para dar instrucciones a los capitanes de que no se adelantaran a él y permanecieran atentos a escollos, arrecifes y rocas ocultas. El agua se había tornado de pronto muy poco profunda y transparente como el mejor cristal de Puteoli y con el mismo ligero brillo azul.

La tierra pareció acercarse muy deprisa porque era muy llana, un fenómeno al que los romanos no estaban acostumbrados, porque navegaban en regiones donde la costa era abrupta y montañosa, y por tanto era visible a muchos kilómetros. Para alivio de Catón, el sol de poniente reveló un paisaje más verde que ocre; si crecía hierba, había cierta esperanza de civilización. Por los pilotos de Cneo Pompeyo sabía que había sólo un punto poblado en los mil quinientos kilómetros de costa entre Alejandría y

Cirenaica: Paraetionio, de donde Alejandro Magno había partido hacia el sur en dirección al mítico oasis de Amón, para conversar allí con el Zeus egipcio.

Paraetionio, debemos encontrar Paraetionio. Pero ¿está al oeste de aquí o al este?

Catón rebuscó en el fondo de un saco y consiguió reunir un puñado de garbanzos -apenas les quedaba comida-; a continuación lanzó las legumbres al agua mientras oraba:

-¡Oh dioses! Sea cual sea el nombre por el que se os conoce, sea cual sea vuestro sexo o aunque no seáis de ningún sexo, permitidme adivinar correctamente.

Una vigorosa ráfaga de Coro sopló en cuanto terminó su súplica; Catón se acercó al capitán, erguido en un pequeño tablado de la *popa* entre las cañas sujetas con cuerdas del macizo timón.

-Capitán, giramos hacia el este en la dirección del viento.

A menos de siete kilómetros costa abajo, Catón avistó dos peñascos que flanqueaban la boca de una bahía y en los que se veían un par de casuchas de adobe. Si existía Paraetionio, el pueblo tenía que estar junto al puerto. En medio de las rocas que delimitaban la entrada se advertía un claro paso; dos marineros empuñaron las cañas del timón y el barco de Catón giró, con los remos recogidos para la maniobra, a fin de entrar en el hermoso puerto natural.

A Catón la sorpresa le desorbitó los ojos. Ya había allí anclados tres barcos romanos ¿Quiénes serían, quiénes? Demasiado pocos para constituir la flota de Labieno, así que ¿quiénes eran?

Al fondo de la bahía se alzaba un pequeño poblado de adobe. Pero el tamaño no importaba. Allí donde vivía una colectividad humana, por fuerza tenía que haber agua potable y provisiones a la venta. Y pronto averiguarían quiénes eran los dueños romanos de los barcos, todos con el pendón del SPQR enarbolado en los mástiles. Romanos importantes.

Se acercó a la orilla en su pequeño bote acompañado por el centurión *pilus prior*, Lucio Gratidio; toda la población de Paraetionio, unas seiscientas almas, estaba alineada en la playa, contemplando maravillada

aquellos cincuenta enormes barcos que entraban en el puerto a la vez. A Catón no se le ocurrió que acaso no pudiera comunicarse con los habitantes de Paraetonio; todo el mundo en todas partes hablaba griego, la *lingua mundi*.

Las primeras palabras que oyó, no obstante, fueron en latín. Dos personas se adelantaron, una atractiva joven de unos veinticinco años y un muchacho imberbe. Catón abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera decir nada, la mujer se le echó al cuello llorando y el joven le agarró de la mano.

-¡Mi querida Cornelia Metela! ¡Y Sexto Pompeyo! ¿Significa esto que Pompeyo Magno está aquí? -preguntó Catón.

Ante esta pregunta, Cornelia Metela lloró aún más desconsoladamente, provocando también el llanto de Sexto Pompeyo. Ese dolor encerraba un mensaje: Pompeyo Magno estaba muerto. Mientras la cuarta esposa de Pompeyo Magno, abrazada al cuello de Catón, le mojaba con sus lágrimas la toga orlada de púrpura y éste intentaba soltarse de la mano de Sexto Pompeyo, un hombre de aspecto importante vestido con túnica griega se acercó a ellos seguido de un pequeño séquito.

-Soy Marco Porcio Catón.

-Yo soy Filopoemon -fue la respuesta. La expresión del personaje indicaba que el nombre de Catón no significaba nada para un nativo de Paraetonio.

Aquello era ciertamente el fin del mundo.

Durante la cena en la modesta morada de Filopoemon Catón conoció la horrible historia de Pompeyo Magno: en Pelusium, el centurión retirado, Septimio, había atraído a Pompeyo hasta un bote donde le dio muerte, mientras Cornelia Metela y Sexto presenciaban la escena desde su barco. Y lo peor de todo era que Septimio, después de decapitar a Pompeyo, había metido la cabeza en una tinaja y había dejado el cuerpo en los bajíos lodosos.

-Nuestro liberto Filipo y el muchacho que era su esclavo habían subido al bote con mi padre, pero huyeron para salvar su vida -explicó Sexto-. No pudimos hacer nada. El puerto de Pelusium estaba lleno de naves del rey

egipcio, y varios barcos de guerra se dirigían hacia nosotros. O nos quedábamos para ser capturados y probablemente asesinados, o nos hacíamos a la mar. -Se encogió de hombros y añadió con labios temblorosos-: Sabía qué decisión habría tomado mi padre, así que huimos.

Aunque ya no lloraba, Cornelia Metela aportó poco a la conversación. Catón, que rara vez se fijaba en esas cosas, notó lo mucho que había cambiado. Antes era la más altiva de las aristócratas patricias, hija del augusto Metelo Escipión, se casó en primeras nupcias con el primogénito del compañero de Pompeyo en dos de sus consulados, Marco Licito Craso. Más adelante, Craso y el marido de Cornelia se marcharon para invadir el reino de los partos, y murieron en Carres. Cornelia Metela, viuda, se había convertido en un peón político, ya que Pompeyo también era viudo y había olvidado rápidamente la muerte de su esposa Julia, hija de César. De modo que los *boni*, incluido Catón, deseosos de apartar a Pompeyo Magno de César y de atraer a Pompeyo al bando de los *boni*, creyeron que la mejor manera de lograrlo era concederle a Cornelia Metela como nueva esposa. En extremo susceptible respecto a sus oscuros orígenes (era picentino, pero además con el horrendo estigma de la Galia), Pompeyo siempre contraía matrimonio con mujeres de la más alta nobleza. ¿Y qué más alta nobleza que Cornelia Metela? Una descendiente de Escipión el Africano y Emilio Paulo, nada menos. Perfecta para las intenciones de los *boni*. El plan había surtido efecto. Lleno de gratitud, Pompeyo no había dudado en casarse con ella, y se había convertido, si no en uno de los *boni*, por lo menos en un buen aliado.

En Roma, Cornelia Metela se había mostrado la misma de siempre, insufriblemente orgullosa y distante, cuando no manifiestamente fría, considerándose sin duda el animal sacrificial de su padre. El matrimonio con un Pompeyo de Piceno fue para ella una sorprendente humillación, pese a que este Pompeyo en particular era el primer dignatario de Roma. Sencillamente, no tenía la sangre adecuada, así que Cornelia Metela fue a ver en secreto a las Vírgenes Vestales y después de obtener una medicina que preparaban con centeno podrido, abortó. Pero aquí en Paraetionio se

mostraba distinta. Amable. Dulce. Delicada. Cuando por fin habló fue para comunicar a Catón los planes de Pompeyo tras su derrota en Farsalia.

-Nos dirigíamos a Serica -declaró con tristeza-. Cneo estaba cansado de Roma, de la vida en cualquier ciudad de las costas del Mare Nostrum. Así que nos proponíamos penetrar en Egipto, viajar luego hasta el mar Rojo y embarcarnos después hacia la Arabia Felix. Desde allí nos dirigiríamos a la India, y de la India a Serica. Mi esposo pensaba que los habitantes de Serica podrían sacar provecho de las habilidades de un gran militar romano.

-Estoy seguro de que le habrían sacado provecho -dijo Catón poco convencido. ¿Quién sabía qué habrían pensado los habitantes de Serica de un romano? Obviamente no lo habrían distinguido de un galo, un germano o un griego. Su territorio estaba tan lejos, era tan misterioso, que la única información que Herodoto podía ofrecer de ellos era que confeccionaban una tela con los hilos de un gusano y que la llamaban *bombyx*. Su nombre latino era *vestis serica*. En raras ocasiones una muestra de este tejido había llegado a través de las rutas comerciales sármatas del rey de los partos, pero tan precioso era que el único romano de quien se sabía que tenía un trozo era Lúculo.

¡Qué bajo había caído Pompeyo Magno para contemplar la posibilidad de ser útil a los habitantes de Serica! Sin duda no era ya un romano de Roma.

-Desearía volver a casa -declaró Cornelia Metela con un suspiro.

-¡Ve a casa, pues! -gritó con brusquedad Catón, impaciente porque le parecía estar perdiendo el tiempo, cuando tenía por delante la tarea de acampar a sus hombres.

Sorprendida, Cornelia Metela lo miró con desánimo.

-¿Cómo puedo volver a casa si César controla el mundo? Apuntará nuestros nombres en lo alto de su lista de personas proscritas y nuestras cabezas servirán para que algún esclavo que informe sobre nosotros pueda obtener la libertad y una pequeña fortuna. Incluso si sobrevivimos, quedaremos en la pobreza.

-*Gerrae!* -exclamó Catón-. Mi buena mujer, a ese respecto César no es Sila. Su política es la clemencia, y es una política muy sagaz. No quiere

granjearse los odios de los comerciantes ni de sus pares los nobles. Quiere que le besen los pies en abyecto agradecimiento por perdonarles la vida y consentirles conservar sus propiedades. Admito que la fortuna de Magno será confiscada, pero no tocará tu riqueza. Tan pronto como el viento lo permita, te recomiendo que vuelvas a casa. -Se volvió con actitud severa hacia Sexto Pompeyo-. En cuanto a ti, joven, la elección es clara. Acompaña a tu madrastra hasta Brindisi o Tarento, luego únete a los enemigos de César, que se congregarán en la provincia de África.

Cornelia Metela tragó saliva.

-No es necesario que Sexto me escolte -declaró-. Acepto tu palabra en cuanto a la clemencia de César, Marco Catón, y zarparé sola.

Declinando el ofrecimiento de alojamiento de Filopoemon, Catón se llevó aparte al etnarca de Paraetionio.

-Os pagaremos en monedas de plata toda el agua y la comida que podáis proporcionarnos -dijo.

Filopoemon lo miró con expresión tan preocupada como complacida y respondió.

-Podemos suministrarte toda el agua que necesites, Marco Catón, pero no tenemos mucha comida disponible. El hambre asola Egipto, por lo que no hemos podido comprar trigo. Pero podemos venderte ovejas y queso de nuestras cabras. Mientras estéis aquí, podemos suministrar a tus hombres ensalada de distintas clases de perejil silvestre, pero esta verdura no se conserva.

-Se os agradecerá todo aquello de lo que podáis prescindir.

Al día siguiente dejó que Lucio Gratidio y Sexto Pompeyo se ocuparan de los hombres, pues él prefirió seguir conversando con Filopoemon. Cuanto más pudiera aprender de África tanto mejor.

La función de Paraetionio era proporcionar un puerto a los muchos peregrinos que viajaban al oasis de Amón para consultar su oráculo, tan famoso en esta orilla del Mare Nostrum como lo era Delfos en Grecia. Amón se encontraba a más de trescientos kilómetros rumbo sur, a través de un seco desierto de largas dunas y bajos montículos rocosos; allí los

marmárides iban de pozo en pozo con sus camellos y cabras, con sus grandes tiendas de cuero.

Cuando Catón preguntó por Alejandro Magno, Filopoemon frunció el entrecejo.

-Nadie sabe si Alejandro fue a Amón para plantear una pregunta al oráculo -dijo-, o si Ra, el señor de los dioses egipcios lo llamó oasis para divinizarlo.-Se quedó pensativo un momento- Todos los Tolomeos desde el primer Sóter han realizado la peregrinación, ya fueran reyes de Egipto o sátrapas de Cirenaica. Nosotros estamos vinculados a Egipto por sus reyes y reinas, por el oasis, pero nuestra sangre es egipcia, no macedonia ni griega.

Mientras Filopoemon se extendía hablando de las manadas de camellos que el pueblo mantenía para alquilar a los peregrinos, los pensamientos de Catón tomaron otro rumbo. No, no podemos quedarnos aquí mucho tiempo, pero si zarpamos mientras sopla Coro, el viento nos llevará a Alejandría. Después de enterarme del modo como el joven rey trató a Pompeyo Magno, no creo que Egipto sea seguro para los romanos que se oponen a César.

-Mientras sople Coro, imposible -masculló. Filopoemon pareció perplejo.

-¿Coro?

-Argestes -aclaró Catón pronunciando el nombre griego de aquel viento.

-¡Ah, Argestes! Pronto dejará de soplar, Marco Catón. Un día de estos se levantará Aparctias. sí, claro! Estamos a mediados Aquilo... Los vientos etesios, ¡sí, claro! Estamos a mediados de octubre según el calendario, a mediados de *quinctilis* según las estaciones. Sirio está a punto de aparecer.

-Siendo así-dijo Catón con un gran suspiro de alivio-, no será necesario que abusemos mucho más tiempo de tu hospitalidad, Filopoemon.

Y no fue necesario. Al amanecer del día siguiente, los idus de octubre, llegaron los vientos etesios. Catón organizó el embarque de Cornelia Metela en una de las tres naves que pertenecían a la joven viuda y viajarían con ella, y luego la despidió con una emoción anormalmente tierna; ella le había donado las reservas de Pompeyo Magno, doscientos talentos en monedas de plata. ¡Cinco millones de sestercios!

La flota zarpó al tercer día de los etesios, los hombres estaban más contentos de lo que habían estado desde que Pompeyo los reclutó para su gran ejército de la guerra civil. Muchos tenían menos de treinta años y habían servido a Pompeyo en Hispana durante mucho tiempo; eran tropas veteranas y por tanto muy valiosas. Al igual que otros soldados de bajo rango, ignoraban las espinosas diferencias entre las facciones políticas de Roma, así como la fama de fanático de Catón. Ellos lo consideraban un hombre extraordinario: cordial, alegre, compasivo. Adjetivos que ni siquiera Favonio habría aplicado a su más querido *amicus*, Marco Porcio Catón. Habían recibido a Sexto Pompeyo con júbilo, y echado a suertes qué barco lo llevaría, porque Catón no tenía intención de alojar al hijo menor de Pompeyo Magno en su propia nave; Lucio Gratidio y los dos filósofos eran compañía más que suficiente para él.

Catón permaneció en la *popa* mientras su barco guiaba a los otros cincuenta hacia la salida de la bahía de Paraetionio con el viento en las velas y el primer turno de remeros soldados bogando con ahínco. Tenían comida suficiente para un viaje de veinte días: dos de los agricultores locales habían obtenido buenas cosechas de garbanzos gracias a las lluvias del invierno y trigo suficiente para alimentar al pueblo de Paraetionio. Habían vendido de buena gana los garbanzos a Catón. Por desgracia no había tocino. Se requería un bosque de robles italianos con abundantes bellotas para alimentar buenos cerdos. ¡Ojalá en Cirenaica alguien criara puercos! Comer tocino salado era mejor que no comer tocino.

El viaje de ochocientos kilómetros a Cirenaica les llevó sólo ocho días, la flota navegaba lo bastante lejos de la orilla para no tener que preocuparse de arrecifes o escollos. Cirenaica era un enorme saliente en la costa septentrional africana, y la distancia que la separaba de Creta y Grecia era mucho menor que la interminable costa recta que la separaba del delta del Nilo.

Hicieron la primera escala en Chersoneso, un grupo de siete casas adornadas de redes de pesca; Lucio Gratidio remó hasta la orilla y averiguó que Darnis, una población mucho mayor, estaba sólo a unos cuantos kilómetros más adelante. Pero lo que una aldea de pescadores consideraba

«mucho mayor» resultó ser poco más o menos del tamaño de Paraetonio; allí podían abastecerse de agua, pero no había más alimento que pescado. Deberían dirigirse a la Cirenaica oriental, a una distancia de unos doscientos cincuenta kilómetros.

Cirenaica había sido feudo de los soberanos tolomeicos de Egipto hasta que su último sátrapa, Tolomeo Apion, se la había legado a Roma en su testamento. Reacia heredera, Roma no había hecho nada para anexionarse el territorio ni para establecer allí una guarnición, y menos aún enviar a un gobernador. Prueba fehaciente de que la ausencia de gobierno permitía que la gente medrara sin impuestos y se dedicara a sus tareas de siempre obteniendo una mayor prosperidad personal, Cirenaica se había convertido en un legendario remanso del mundo, una especie de idealizada tierra de ensueño. Como estaba fuera de las rutas habituales y no tenía oro, piedras preciosas ni enemigos, no atraía a individuos de mala índole. Pero de pronto, treinta años atrás, el gran Lúculo la había visitado, y las cosas cambiaron de prisa. Empezó la romanización, se establecieron impuestos, y se nombró a un gobernador de rango pretoriano para que administrara Cirenaica conjuntamente con Creta. Pero como el gobernador prefería vivir en Creta, Cirenaica continuó siendo poco más o menos lo que siempre había sido, un dorado remanso, con la única diferencia real de los impuestos romanos. Éstos resultaron ser bastante tolerables, ya que las sequías que azotaban a otros territorios que suministraban grano a Italia no solían coincidir con las sequías de Cirenaica. Gran productora de cereales, Cirenaica contó de súbito con un mercado en el lado opuesto del Mare Nostrum. Flotillas de cargueros vacíos llegaban de Ostia, Puteoli y Neapolis impulsadas por los vientos etesios, y cuando después de la cosecha los barcos habían sido estibados, Auster, el viento del sur, empujaba las embarcaciones de regreso a Italia.

Cuando llegó Catón, la región prosperaba gracias a la sequía que asolaba los demás territorios desde Grecia hasta Sicilia; en Cirenaica las lluvias del invierno habían sido excelentes, el trigo, ya casi listo para la siega, había aumentado notablemente su rendimiento, y los mercaderes de grano romanos más emprendedores comenzaban a llegar con sus flotillas.

Una molestia para Catón, que encontró Darnis, pequeño como era, ya lleno de barcos. Se vio obligado a navegar hasta Apolonia, el puerto que servía a la ciudad de Cirene, la capital de Cirenaica. Allí podría atracar.

Y pudo, pero sólo porque Labieno, Afranio y Petreyo habían llegado antes que él con ciento cincuenta barcos de transporte y habían expulsado a alta mar a las flotillas que cargaban el grano. Como Catón, erguido en la *popa* del barco que iba en cabeza, era una figura inconfundible, Lucio Afranio, al frente del puerto, le dejó entrar con su flota.

-¡Qué absurdo! -gruñó Labieno mientras llevaba a Catón a paso rápido hacia la casa que había confiscado al principal ciudadano de Apolonia-. Ven, toma un poco de vino decente -dijo en cuanto entraron en la habitación que había convertido en su despacho.

Catón no advirtió la ironía.

-No, gracias.

Labieno lo miró boquiabierto.

-¡Vamos! Eres el mayor bebedor de Roma, Catón.

-No desde que dejé Corcira -contestó Catón con dignidad-.

Juré a Liber Pater que no probaría el vino hasta que trajera a mis hombres sanos y salvos hasta la provincia de África.

-Unos cuantos días aquí y volverás a beber como antes.

Labieno fue a servirse una generosa cantidad, y la apuró sin detenerse a respirar.

-¿Por qué? -preguntó Catón, tomando asiento.

-Porque no somos bienvenidos. La noticia de la derrota y la muerte de Magno ha corrido por todos los rincones del Mare Nostrum como si la llevara un pájaro, y en Cirenaica sólo se piensa en César. Están convencidos de que nos pisa los talones y les aterroriza ofenderlo al darle la impresión de que ayudan a sus enemigos. Así que Cirene ha cerrado sus puertas, y Apolonia está dispuesta a causarnos todo el daño posible; la situación se ha agravado desde que expulsamos a las flotillas que compraban el grano.

Cuando Afranio y Petreyo entraron con Sexto Pompeyo, Labieno tuvo que darles la misma explicación; Catón permaneció sentado, impertérrito,

dándole vueltas a la situación. ¡Oh, dioses, vuelvo a estar entre los bárbaros! Mis breves vacaciones han terminado.

Una parte de él deseaba visitar Cirene y su palacio tolomeico, que según se decía era fabuloso. Habiendo visto el palacio de Tolomeo el Chipriota en Pafos, tenía interés por comparar cómo habían vivido los tolomeos en Cirenaica y cómo habían vivido en Chipre. Doscientos años atrás, Egipto había sido un gran imperio que incluso había poseído algunas de las islas Egeas, a la vez que Palestina y media Siria. Pero las islas Egeas y las tierras de Siria-Palestina las habían perdido hacía un siglo, y lo único que los Tolomeos habían logrado conservar era Chipre y Cirenaica, de donde Roma los había obligado a salir en fecha reciente. Recuerdo claramente, reflexionó Catón, que había sido el agente de la anexión de Chipre, que Chipre no había acogido bien la soberanía romana. De Oriente a Occidente, nunca resulta fácil.

Labieno había encontrado mil soldados de caballería gálicos y dos mil de infantería al acecho en Creta, los había rodeado con su habitual inflexibilidad y se había apropiado de todas las naves de Creta. Con mil caballos, dos mil mulas y cuatro mil hombres -además de no combatientes y esclavos- hacinados en doscientos barcos, navegó de la Apolonia cretense a la Apolonia cirenaica (había ciudades quedebían su nombre a Apolo por todo el mundo) en sólo tres días, p había visto obligado a esperar a los vientos etesios.

-Nuestra situación va de mal en peor -dijo Catón a Estatilo y Atenodoro Cordilion mientras los tres se instalaban en la pequeña casa que Estatilo había encontrado abandonada; Catón se había negado a desalojar a nadie y no precisaba de comodidades.

-Lo comprendo -dijo Estatilo, atendiendo nervioso a Atenodoro Cordilion que, padecía un resfriado, que Deberíamos ahabernos dado cuenta de que Cirenaica se pondría del lado del ganador.

-Muy cierto -convino Catón con amargura. Se tiró de la barba-. Quedan aún quizás unas cuatro *nundinae* de vientos etesios, así que de algún modo he de presionar a Labieno para que siga avanzando. Una vez que el viento sur empiece a soplar, nunca llegaremos a la provincia de África, y Labieno

está más resuelto a saquear Cirene que a hacer algo práctico por continuar con la guerra.

-Impondrás tu voluntad -dijo Estatilo tranquilamente.

Si Catón impuso su voluntad fue gracias a la diosa Fortuna, que parecía favorecerle. Al día siguiente llegaron noticias del puerto de Arsinoe, a unos ciento cincuenta kilómetros al oeste; Cneo Pompeyo había mantenido su palabra y enviado rumbo a África a otros seis mil quinientos de los heridos de Catón. Habían desembarcado en Arsinoe, siendo bien recibidos por los habitantes del lugar.

-Así pues, dejaremos Apolonia y navegaremos hasta Arsinoe -dijo Catón a Labieno con su tono más áspero.

-Dentro de un *nundinum* -respondió Labieno.

-¿Ocho días más? ¿Estás loco? Tú haz lo que quieras, necio, pero mañana yo me llevaré a mi flota a Arsinoe.

El gruñido de Labieno se convirtió en rugido, pero Catón no era Cicerón. Había amilanado a Pompeyo Magno, y no le asustaban los bárbaros como Tito Labieno, que estaba allí con los puños apretados, enseñando los dientes, y mirándole con un brillo de furia en los ojos. De pronto Labieno se encogió de hombros e hizo un gesto de indiferencia.

-Muy bien, partiremos hacia Arsinoe mañana -dijo.

Y allí fue donde la diosa Fortuna abandonó a Catón, que encontró una carta de Cneo Pompeyo esperándole.

Las cosas en la provincia de África pintan bien, Marco Catón. Si sigo al ritmo actual, tendré la flota amarrada en buenas bases a lo largo de la costa meridional de Sicilia, y una o dos de las islas Vulcaniae podrán recibir el grano de Cerdeña. De hecho las cosas pintan tan bien que he decidido dejar a mi suegro Libo al frente, y marcharme a la provincia de África con un gran número de soldados que se han presentado en la Macedonia occidental y me han pedido que les permita luchar contra César.

Por tanto, Marco Catón, mal que me pese, debo pedirte que me devuelvas todas las naves en el acto. Las necesitamos desesperadamente, y me temo que las tropas no heridas deben tener prioridad sobre tus hombres heridos. En cuanto pueda, te enviaré otra flota lo bastante grande para

transportar a tu gente a la provincia de África, aunque te advierto que debes navegar mar adentro. La gran hendidura de la costa africana entre Cirenaica y nuestra provincia no es navegable: no hay mapas y las aguas están llenas de peligros.

Te deseo suerte, y he -hecho una ofrenda para que tú y tus heridos, tras tantos sufrimientos, lleguéis hasta nosotros.

Sin barcos. Además, como bien sabía Catón, era imposible volver antes de que Auster eliminara cualquier posibilidad de regreso.

-Sea cual sea mi destino, Tito Labieno, debo insistir en que envíes también tus barcos a Cneo Pompeyo -bramó Catón.

-Me niego.

Catón se volvió hacia Afranio.

-Lucio Afranio, como cónsul estás por encima de nosotros. Te sigue Marco Petreyo, y luego yo. Tito Labieno, aunque has sido propretor bajo las órdenes de César, nunca has sido pretor electo. Por tanto la decisión no te corresponde a ti. ¿Tú qué dices, Lucio Afranio?

Afranio había sido fiel hasta la médula a Pompeyo Magno; la única importancia de Labieno se debía a que se había acogido al patronazgo de Pompeyo y era picentino como él.

-Si el hijo de Magno necesita nuestros barcos, Marco Catón, los tendrá-declaró Afranio.

-Así pues, aquí estamos, en Arsinoe, con nueve mil soldados de infantería y un millar de caballos. Puesto que eres tan fiel al *mos maiorum*, Catón, ¿qué propones? -preguntó Labieno, furioso.

Sabiendo que Labieno conocía su propia incapacidad para soliviantar a las tropas como habría hecho César, porque los hombres le odiaban, Catón se relajó. Lo peor había pasado.

-Propongo que vayamos a pie -respondió con calma.

Nadie tuvo valor de responder, pero los ojos de Sexto Pompeyo se iluminaron.

-Después de leer la carta de Cneo Pompeyo y antes de convocar esta reunión -prosiguió Catón-, he hecho ciertas indagaciones entre los lugareños. Si algo puede hacer un soldado romano, es marchar. Al parecer,

la distancia entre Arsinoe y Hadrumetum, el primer pueblo de la provincia de África, es algo menos que los dos mil quinientos kilómetros que separan Capua y la Hispania Ulterior. Unos dos mil cuatrocientos kilómetros. Calculo que la resistencia en la provincia de África no estará del todo unida hasta mayo del próximo año. Aquí en Cirenaica ha llegado noticia de que César está en Alejandría, detenido allí por una guerra, y que el rey Farnaces de Cimeria se ha levantado en armas en Asia Menor. Cneo Calvino marcha hacia allí para contenerlo, con dos legiones de Publio Sextio y poco más. Estoy seguro de que tú, Labieno, conoces a César en el campo de batalla mejor que ninguno de nosotros, así que dínos: ¿realmente crees que cuando haya puesto en orden Alejandría partirá hacia el oeste?

-No -contestó Labieno-. Irá a sacar a Calvino del aprieto y dar a Farnaces tal lección que a éste no le quedará más remedio que volver a Cimeria con el rabo entre las piernas.

-Bien, estamos de acuerdo -dijo Catón amablemente-. Por tanto, mis senadores y magistrados curules, me dirigiré a nuestras tropas y solicitaré que voten democráticamente respecto a si recorremos a pie o no los dos mil cuatrocientos kilómetros hasta Hadrumetum.

-Eso no es necesario -dijo Labieno, y escupió al suelo el vino que tenía en la boca-. Afranio puede decidir.

-Nadie puede tomar esa decisión excepto aquellos a quienes vamos a pedir que emprendan el viaje -vociferó Catón en su tono más agresivo-. ¿De verdad quieres tener bajo tu mando a diez mil hombres reacios y resentidos, Tito Labieno? ¿De verdad? Pues yo no. Los soldados de Roma son ciudadanos. Tienen voto en nuestras elecciones, por escaso que sea el valor de ese voto si son pobres. Pero muchos de ellos no son pobres, como César bien sabía cuando los envió de permiso a Roma para votar por él o por sus candidatos preferidos. Estos hombres nuestros son auténticos veteranos que han acumulado riqueza gracias a la parte que les correspondía en los botines. Son importantes tanto política como militarmente. Además, depositan cada sestercio de sus ingresos en los bancos de las legiones para contribuir a la financiación de la guerra de la república contra César, así que también son nuestros acreedores. Por tanto, iré a preguntarles.

Acompañado por Labieno, Afranio, Petreyo y Sexto Pompeyo, Catón se dirigió al enorme campamento de las afueras de Arsinoe, hizo formar a la tropa en la plaza situada junto a los almacenes y explicó la situación.

-Pensadlo esta noche y dadme una respuesta mañana al amanecer -dijo con voz fuerte.

Al amanecer los soldados tenían ya la respuesta, así como un representante para comunicarla: Lucio Gratidio.

-Marcharemos, Marco Catón, pero con una condición.

-¿Cuál?

-Que tú estés en la tienda de mando. En una batalla, de buena gana nos sometemos a las órdenes de nuestros generales, legados, tribunos. Pero en una marcha nadie sabe qué puede ocurrir, sin carreteras ni poblados, y sólo un hombre puede prevalecer: tú -declaró Lucio Gratidio con firmeza.

Los cinco nobles miraron a Gratidio con asombro, incluso Catón; era una respuesta que nadie esperaba.

-Si el cónsul Lucio Afranio considera que vuestra petición es conforme al *mos maiorum*, me pondré al frente -contestó Catón.

-Es conforme -dijo Afranio con voz hueca; el comentario de Catón respecto al hecho de que Pompeyo Magno era deudor de su propio ejército había sido un duro golpe para Afranio (y Petreyo): Afranio había prestado a Pompeyo una fortuna.

-Como mínimo -dijo Sexto al día siguiente a Catón-, administraste tal patada en el trasero a Labieno que aprendió la lección.

-¿De qué hablas, Sexto?

-Ha pasado la noche cargando sus soldados y sus caballos a bordo de un centenar de barcos y al amanecer ha zarpado hacia la provincia de África, con todo el trigo que el pueblo de Arsinoe le ha vendido, y con un palmo de narices. -Sexto sonrió-. Afranio y Petreyo se han ido también.

Una gran satisfacción invadió a Catón, que de hecho olvidó su propia situación lo suficiente para sonreír también.

-¡Oh, qué alivio! Pero estoy preocupado por tu hermano, que se queda con cien barcos menos.

-También yo estoy preocupado por él, Catón, pero no tan preocupado como para querer que los fellatores marchen con nosotros... ¡Labieno y sus preciosos caballos! Nadie necesita un millar de caballos en esta expedición; beben agua en grandes cantidades y comen mucho. -Sexto dejó escapar un suspiro-. Es el hecho de que se haya llevado todo el dinero lo que más daño nos hará.

-No -dijo Catón con serenidad-, no se ha llevado todo el dinero. Aún tengo los doscientos talentos que me dio tu querida madrastra. Simplemente me olvidé de mencionárselos a Labieno. No temas, Sexto, podremos comprar lo que necesitemos para sobrevivir.

-Trigo no -dijo Sexto sombríamente-. Se ha llevado toda la primera cosecha de Arsinoe, y con las flotillas dispuestas a comprar el grano navegando por los alrededores, no conseguiremos nada de la última cosecha.

-Teniendo en cuenta la cantidad de agua que debemos acarrear, Sexto, no podríamos transportar también el trigo. No, esta expedición se alimentará de ganado: ovejas, cabras y bueyes.

-¡Oh, no! -exclamó Sexto-. ¿Carne? ¿Nada más que carne?

-Nada más que carne y las verduras comestibles que encontremos -contestó Catón con firmeza-. Me atrevería a decir que Afranio y Petreyo han decidido arriesgarse a hacerse a la mar porque de pronto se preguntaron si, con Catón en la tienda de mando, se les permitiría montar a caballo mientras los otros iban a pie.

-¿He de suponer que nadie montará a caballo?

-Nadie. ¿Te tienta salir corriendo detrás de Labieno ante esa perspectiva?

-¡A mí no! Fíjate, por cierto, en que no se ha llevado tropas romanas. La caballería es gala; no son ciudadanos.

-Bueno -dijo Catón, poniéndose en pie-, ya he tomado mis notas, y es hora de empezar a organizar la marcha. Estamos a principios de noviembre, y calculo que los preparativos nos llevarán dos meses, lo cual significa que partiremos a primeros de enero.

-Comienzos de otoño según las estaciones. Hará todavía un calor espantoso.

-Me han dicho que el clima en la costa es soportable, y debemos mantenernos cerca de la costa o nos perderemos irremediablemente.

-Dos meses de preparativos me parece excesivo.

-La logística lo requiere. Para empezar, he de encargarme que se tejan diez mil sombreros para protegernos del sol. Imagínate lo que sería la vida si Sila no hubiera dado fama a esos sombreros. Bajo el sol de estas latitudes tienen un valor inestimable. Aunque todo hombre bueno deba detestar a Sila, he de agradecerle este hallazgo tan sensato. Nuestras tropas deben caminar tan cómodamente como sea posible, lo cual significa que nos llevaremos todas nuestras mulas y las que haya dejado Labieno. Una mula puede encontrar forraje allí donde crezca cualquier clase de plantas, y los lugareños me han asegurado que las hay en la costa. De modo que el equipo de los soldados viajará a lomos de esos animales de carga. Para avanzar por una terra incognita despoblada, Sexto, no es necesario llevar puestas las cotas de malla, los escudos y los yelmos, ni levantar un campamento cada noche. Los pocos nativos que haya no se atreverán a atacar a una columna de diez mil hombres.

-Espero que tengas razón -dijo Sexto Pompeyo con ardor-, porque no me imagino a César permitiendo que los hombres marchasen desarmados.

-César es un militar, yo no. Me guió por el instinto.

Con el pago de diez talentos de la donación de Cornelia Metela, los hombres pudieron comer pan durante aquellos dos meses de preparativos, pan empapado de buen aceite de oliva. Haciendo indagaciones, encontraron tocino, y Catón disponía aún de una gran reserva de garbanzos. Sus propios mil hombres estaban en magnífica forma, gracias a casi un mes de remo, pero los últimos en llegar, a causa de las heridas y la inactividad, estaban más débiles. Catón hizo llamar a todos sus centuriones y dio órdenes: todos los hombres que se disponían a marchar tenían que someterse a un riguroso programa de instrucción y ejercicio, y en enero aquellos que no estuvieran en forma se quedarían en Arsinoe y tendrían que arreglárselas por sí solos.

El *dioiketes* de Arsinoe, un tal Sócrates, fue de gran ayuda, una continua fuente de buenos consejos. Instruido y equitativo, su imaginación se echó a volar en cuanto Catón le relató sus planes.

-¡Oh, Marco Catón, una nueva *anabasis*! -exclamó.

-No soy Jenofonte, Sócrates, y mis diez mil hombres son buenos soldados y ciudadanos romanos, no mercenarios griegos dispuestos a luchar al servicio del enemigo persa -dijo Catón, que últimamente procuraba moderar su voz y no ofender a las personas que necesitaba. De este modo esperó que su tono no revelara el terror que le producía ver comparada su expedición con esa otra famosa marcha de diez mil hombres, hacía casi cuatrocientos años-. Además, mi marcha no quedará en los anales de la historia. No siento el impulso de Jenofonte de escribir para explicar la traición, porque aquí no existe traición. Por tanto no escribiré comentario alguno sobre mi propia «marcha de los diez mil».

-No obstante, es muy espartano lo que te propones.

-Es muy sensato lo que me propongo -respondió Catón.

Confió a Sócrates su mayor preocupación: que los hombres, habituados a la dieta itálica a base de fécula, aceite, verdura y fruta, sin más carne entre los pobres que un poco de tocino para dar sabor, fueran incapaces de tolerar una dieta consistente en carne.

-Pero sin duda debes conocer el *laserpicium* -dijo Sócrates.

-Sí, lo conozco. -La parte del rostro de Catón que quedaba visible entre el cabello y la barba se contrajo en una mueca de asco-. La clase de remedio digestivo por la que hombres como mi suegro pagan una fortuna. Se dice que ayuda al estómago a recuperarse del exceso de... -respiró hondo con expresión de asombro- ¡carne! ¡Exceso de carne! Sócrates, Sócrates, debería tener *laserpicium*, pero ¿cómo voy a pagar una cantidad suficiente para administrárselo a diez mil hombres a diario durante meses?

Sócrates se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

-El lugar a donde vas, Marco Catón, es un descampado cubierto de silfio, un pequeño arbusto que será un festín para tus mulas, cabras y bueyes. Un pueblo conocido como los *psylli* extrae el *laserpicium* del silfio. Viven en el límite occidental de Cirenaica y tienen una pequeña ciudad

portuaria, Filaenorum. Si comer carne con exceso fuera una costumbre dietética en el Mare Nostrum, los *psylli* serían mucho más ricos de lo que son. Son los astutos mercaderes que visitan Filaenorum quienes obtienen grandes beneficios, no los *psylli*.

-¿Hablan griego algunos de ellos?

-Sí, claro, tienen que hablarlo, o de lo contrario no recibirían nada a cambio de su *laserpicium*.

Al día siguiente Catón partió a caballo hacia Filaenorum, y Sexto Pompeyo le siguió al galope para no quedarse rezagado.

-Vuelve y sé útil en el campamento -ordenó Catón con severidad.

-Puedes dar tantas órdenes como quieras a todo el mundo, Catón -replicó Sexto-, pero yo soy el hijo de mi padre, y me muero de curiosidad. Así que cuando Sócrates ha dicho que te ibas a comprar muchos talentos de *laserpicium* a un pueblo conocido como los *psylli*, he decidido que necesitabas mejor compañía que la de Estatilo y Atenodoro Cordilion.

-Atenodoro está enfermo -dijo Catón lacónicamente-. Aunque he ordenado que nadie realice la marcha montado a caballo, me temo que debo eximir a Atenodoro de esa norma. No puede andar, y Estatilo es su enfermera.

Resultó que Filaenorum estaba a trescientos kilómetros al sur, pero la región se hallaba suficientemente poblada para que los viajeros pudieran disponer de comida y un lecho cada noche, y Catón acabó agradeciendo la compañía alegre e irreverente de Sexto. Sin embargo, se dijo mientras recorrían los últimos ochenta kilómetros, empiezo a advertir a qué clase de dificultades tendremos que enfrentarnos. Aunque hay pasto para el ganado, es un paraje baldío.

-La única ventaja -afirmó Nasamones, jefe de los *psylli*- es la presencia de agua subterránea, razón por la cual se da tan bien el silfio. La hierba no crece porque sus raíces no penetran lo suficiente para encontrar agua; el silfio tiene una larga raíz central. Sólo cuando crucéis las salinas y las marismas entre Carax y Leptis Mayor necesitaréis toda el agua que podáis transportar. Hay otra extensión de desierto salobre entre Sabrata y Tapso, pero no es muy grande y hay una Via romana en la parte final del trayecto.

-¿Hay poblados, pues? -preguntó Catón, animándose.

-De aquí a Leptis Mayor, que se halla a mil kilómetros en dirección oeste, sólo está Carax.

-¿A qué distancia está Carax?

-A algo más de trescientos kilómetros, pero en la costa hay pozos y oasis, y los habitantes son mis propios *psylli*.

-¿Crees que podría contratar a cincuenta *psylli* para acompañarnos hasta Tapso? -preguntó Catón tímidamente-. Así, si encontramos a alguien que no habla griego, podremos parlamentar. No quiero que las tribus teman que estemos invadiendo sus territorios.

-El precio será alto -contestó Nasamones.

-¿Dos talentos de plata?

-Por esa suma, Marco Catón, puedes contar con todos nosotros.

-No, cincuenta bastarán. Sólo hombres, por favor.

-Imposible -replicó Nasamones, sonriendo-. Extraer *laserpicium* del silfio es trabajo de mujeres, y eso es lo que deberéis hacer: extraerlo a lo largo del viaje. La dosis es una cucharada diaria por cabeza; con tantas bocas no podríais acarrear la cantidad necesaria. Sin embargo, incluiré diez hombres sin coste adicional para que mantengan la disciplina entre las mujeres y atiendan a los heridos por mordeduras de serpientes o por el aguijón de un escorpión.

Sexto Pompeyo, aterrorizado, palideció y tragó saliva.

-¿Serpientes? -repitió estremeciéndose-. ¿Escorpiones?

-En gran cantidad -confirmó Nasamones, como si las serpientes y los escorpiones no fueran más que una molestia cotidiana-. Tratamos las mordeduras y picaduras practicando un corte profundo en ellas y sorbiendo el veneno, pero es más fácil decirlo que hacerlo, así que os aconsejo que utilicéis mis hombres; son expertos. Si las picaduras se tratan debidamente, pocos hombres mueren..., sólo las mujeres, los niños y los ancianos y enfermos.

Bien, pensó Catón lúgubremente, tendré que reservar mulas suficientes libres de carga para acarrear a los hombres heridos por picaduras. Pero gracias, generosa Fortuna, por haberme proporcionado a los *psylli*.

En el camino de regreso a Arsinoe, dijo con vehemencia a Sexto: -Y no te atrevas a decir una sola palabra sobre serpientes o escorpiones a nadie. Si lo haces te encadenaré y te enviaré encadenado al rey Tolomeo.

Se tejieron los sombreros, y Arsinoe y las inmediaciones se quedaron sin asnos, ya que Catón descubrió por mediación de Sócrates y Nasamones que las mulas beberían y comerían demasiado. Los asnos, más pequeños y resistentes, fueron las bestias de carga elegidas. Afortunadamente a ningún granjero ni mercader le importó trocar sus pollinos por mulas; aquellas eran mulas del ejército romano, de la mejor raza. Catón adquirió cuatro mil asnos a cambio de sus tres mil mulas. Para tirar de los carromatos se llevó bueyes, pero resultó que era imposible comprar ovejas. Al final tuvo que conformarse con mil vacas y mil cabras.

Esto no es una marcha, es una emigración, pensó. ¡Cómo debe de estar riéndose ahora Labieno, a salvo en Utica! ¡Pero yo le enseñaré! Aunque muera en el empeño, haré llegar a mis diez mil a la provincia de África en condiciones de combatir. Pues Catón tenía diez mil hombres, contando a los no combatientes que se llevó también. Ningún general romano exigía a sus soldados que marcharan, construyeran, lucharan y además cuidaran de sí mismos. Cada centuria constaba de cien hombres, pero sólo ochenta eran soldados; los otros veinte eran sirvientes que molían el grano, cocían el pan, repartían el agua durante la marcha, se encargaban de las bestias y carromatos de la centuria, y limpiaban y lavaban la ropa. No eran esclavos, sino ciudadanos romanos que no se consideraban aptos para el combate: patanes de escasa inteligencia que recibían una pequeña parte del botín pero los mismos sueldos y raciones que los soldados.

Mientras las mujeres cirenaicas tejían los sombreros, los hombres elaboraban odres para el agua, porque las ánforas de arcilla, con la base en punta y una forma concebida para colocarse en un armazón o en un espeso lecho de serrín, eran demasiado pesadas para amarrarlas dentro de cuévanos a los lomos de un asno.

-¿No llevamos vino? -preguntó Sexto consternado.

-No, ni una gota -respondió Catón-. Los hombres beberán agua, y nosotros también. Atenodoro tendrá que prescindir de su reconstituyente.

Al segundo día de enero se puso en movimiento la gigantesca expedición, entre las ovaciones de toda la población de Arsinoe. No era una ordenada columna militar en marcha, sino más bien una errante masa de animales y hombres vestidos con túnicas y tocados con grandes sombreros de paja. Los hombres trataban de que las bestias no se dispersaran mientras Catón los conducía en dirección sur hacia Filaenorum y los *psylli*. Aunque el sol brillaba con fuerza, Catón pronto observó que las etapas que había establecido no debilitarían a sus hombres. Quince kilómetros al día, que era la distancia que podían recorrer los animales.

Pero si bien Marco Porcio Catón nunca había capitaneado un ejército, y en Roma, siempre exasperada por su obstinación y firmeza, se le había considerado una persona con el menor sentido común, resultó ser el comandante ideal para una migración. Como si tuviera cien ojos, lo iba observando todo y evitaba cometer errores que nadie, ni siquiera César hubiera previsto. Al amanecer del segundo día sus centuriones recibieron órdenes de asegurarse de que todos los hombres llevaran las *caligae* fuertemente atadas en torno a los tobillos; atravesaban un terreno lleno de pequeños hoyos a menudo ocultos, y si un hombre se torcía un tobillo o se rompía un ligamento, se convertía en una carga. Al final del primer *nundinum*, ni siquiera a medio camino de Filaenorum, Catón ya había desarrollado un sistema mediante el cual cada centuria se ocupaba de cierta cantidad de asnos, vacas y cabras, como si los animales fueran de su propiedad; si permitía que las bestias comieran o bebieran en exceso, la centuria no podía robar forraje o agua a otra centuria más prudente.

Al anochecer, la muchedumbre se detenía, hacía acopio de agua sacándola de pozos o manantiales, y cada hombre se echaba a dormir sobre su *sagun* de fieltro impermeable, una capa circular con un agujero en medio para la cabeza, utilizada para protegerse durante la marcha de la lluvia o la nieve. Todo el pan y los garbanzos se consumieron durante ese primer trayecto de la marcha, ya que el *laserpicium* no formaría parte del menú hasta Filaenorum. Quince kilómetros diarios. Bien estaba, pues, que aquellos primeros trescientos kilómetros fueran a través de un terreno más

propicio; estaban adquiriendo experiencia; después de Filaenorum, las cosas se complicarían mucho.

Cuando como por milagro llegaron a Filaenorum no en veinte días sino en dieciocho, Catón concedió a los hombres tres días de descanso en un improvisado campamento poco á allá d una la g playa arenosa. Así pues, sus hombres nadaron, pescaron y gastaron de algún que otro precioso sestercio a cambio de los favores sexuales de las mujeres *psylli*.

Todos los legionarios sabían nadar; formaba parte de su adiestramiento, ya que ¿quién sabía cuándo un general como, por ejemplo, César, podía ordenarles que cruzaran a nado un lago o un caudaloso río? Desnudos y despreocupados, los hombres se divirtieron y se atracaron de pescado.

Déjalos, pensó Catón, que también disfrutaba nadando.

-¡Vaya! -exclamó Sexto, mirando la desnudez de Catón-. No me había fijado en tu atlética complexión.

-Eso es -dijo Catón, carente de sentido del humor- porque eres demasiado joven para recordar la época en que no llevaba túnica debajo de la toga para protestar contra la erosión del *mos maiorum*.

Exentos del control de los animales y las tareas de la centuria, los centuriones tenían otras obligaciones. Catón los convocó y dio instrucciones respecto al *laserpicium* y la inminente dieta a base exclusivamente de carne.

-No comeréis ninguna planta sin que los *psylli* que nos acompañan nos hayan dicho previamente que es comestible, y os aseguraréis que vuestros hombres hagan lo mismo -gritó-. A cada uno de vosotros se os proporcionará una cuchara y la cantidad de *laserpicium* correspondiente a vuestra centuria, y vosotros personalmente administraréis media cucharada a cada hombre. Será vuestro deber acompañar a las mujeres *psylli* y a doscientos no combatientes en la recogida y la preparación del silfio. Por lo que sé, la planta ha de triturarse, hervirse y dejarse enfriar, tras lo cual el *laserpicium* queda a flote en la superficie de la cocción y debe espumarse. Eso significa que necesitaremos leña en un terreno falto de árboles. Por tanto, os aseguraréis de que todas las plantas muertas y secas se recojan y se transporten para quemarlas. Cualquier hombre que intente violar a una

mujer *psylli* será despojado de la ciudadanía, azotado y decapitado. Hablo en serio.

Si los centuriones creían que había terminado, se equivocaron.

-¡Otro asunto! -bramó Catón-. Cualquier hombre, sea cual sea su rango, que permita que una cabra se coma su sombrero, tendrá que ir con la cabeza descubierta, y eso significa insolación y muerte. Casualmente tengo aún sombreros suficientes para sustituir a los que ya se han comido las cabras, pero se me están terminando. Así pues, que todos los hombres de esta expedición lo tengan en cuenta: si pierden el sombrero, pierden la vida.

-Eso es hablarles con firmeza -dijo Sexto mientras acompañaba a Catón a la casa de Nasamones-. El único problema, Catón, es que una cabra decidida a comerse un sombrero es tan difícil de eludir como una ramera que le ha echado el ojo a un viejo rico. ¿Cómo proteges tu sombrero?

-Cuando no lo llevo en la cabeza, o sea cuando me acuesto a dormir, me tiendo sobre él. ¿Qué más da si la copa se aplasta? Cada mañana vuelvo a ahuecarlo, y me lo ato firmemente con las cintas que les pusieron las sensatas tejedoras.

Nasamones, que lamentaba que aquel maravilloso circo se marchara, anunció:

-Ya he hecho correr la voz. Hasta que lleguéis a Carax, mi pueblo os ayudará tanto como le sea posible. -Carraspeó-. Ejem... ¿me permites un consejo, Marco Catón? Aunque necesitarás las cabras, no llegarás vivo a la provincia de África si permites que las cabras anden sueltas. No sólo se comerán vuestros sombreros sino que se os comerán hasta la ropa. Una cabra come de todo. Así que atadlas mientras marcháis y encerradlas en un corral por la noche.

-¿Encerrarlas cómo? -preguntó Catón, harto de las cabras.

-He notado que cada legionario lleva en sus pertrechos una estaca de empalizada, lo bastante larga para servir como bastón en terreno escabroso. Por la noche pueden utilizarse como parte de una cerca para guardar las cabras.

-Nasamones -dijo Catón con una sonrisa más alegre que ninguna de las que le había visto Sexto-, realmente no sé qué habríamos hecho sin ti y los

psylli.

Las hermosas montañas de Cirenaica quedaron atrás; los diez mil se adentraron en un llano despoblado cubierto de silfio y poco más. Entre aquellos arbustos pequeños y grisáceos la tierra ocre estaba salpicada de cascajo y piedras del tamaño de un puño. Las estacas de empalizada, usadas como bastones, resultaron de un valor inestimable.

Nasamones tenía razón; abundaban los pozos y las charcas. Sin embargo no eran lo bastante numerosos para dar de beber a diez mil hombres y siete mil animales cada noche; eso habría requerido un río del tamaño del Tíber. Así que Catón ordenó que una centuria se encargara de llenar los odres de agua en cada pozo o charca por la que pasaran. Eso permitió que el gigantesco ejército siguiera avanzando, y al ponerse el sol todos podían sentarse a comer carne de vaca o cabra cocida en agua marina -los diez mil recogían arbustos muertos- y luego echarse a dormir.

Aparte del claro cielo y las matas de silfio, no perdían de vista el mar, una vasta extensión de bruñido azul, adornada de blanco alrededor de las rocas, que llegaba en suaves olas a la playa. Al paso que avanzaban los animales, los hombres podían darse un rápido baño para refrescarse y lavarse. Si sólo podían recorrer quince kilómetros diarios no llegarían a Hadrumetum antes de finales de abril. Y para entonces, pensó Catón con gran alivio, las disputas sobre quién será el comandante en jefe de nuestro ejército habrán terminado. Yo simplemente dejaré a mis diez mil con las legiones y me dedicaré a alguna actividad pacífica.

Los romanos no comían carne de vaca ni de cabra; en Roma, de las vacas sólo se utilizaban el cuero, el sebo y un fertilizante hecho a base de sangre y hueso, y de las cabras se obtenía leche y queso.

Un novillo proporcionaba unos doscientos cincuenta kilos de partes comestibles, ya que los hombres lo comían todo excepto la piel, los huesos y los intestinos. Medio kilo diario por hombre -nadie podía obligarse a comer más- representaba sacrificar veinte reses diarias durante seis días; el *nundinum* de ocho días se completaba con dos días de carne de cabra, aún menos apetitosa.

Al principio Catón tenía la esperanza de que las cabras dieran leche con la que elaborar queso, pero en cuanto Filaenorum quedó atrás, las cabras lecheras rechazaron a sus crías y se les secaron las ubres. Sin ser un experto en cabras, imaginó que eso tenía algo que ver con el exceso de silfio y la imposibilidad de devorar sombreros de paja u otras exquisiteces. Las vacas de largos cuernos avanzaban parsimoniosamente sin molestar a los hombres, los huesos de sus caderas sobresaliendo visiblemente de sus regiones posteriores como vestigios de alas y las ubres vacías oscilando bajo sus panzas. Sin ser tampoco un experto en ganado bovino, supuso que los toros eran un estorbo, ya que todos estaban castrados. Se tratara de gatos, perros, carneros, machos cabríos o toros, todos los machos sin castrar adelgazaban y se consumían a causa de su desazón por copular. Esparcían la simiente y producían toda una cosecha de cachorros, crías, añejos o terneros.

Algunas de estas cosas se las comentaba a Sexto Pompeyo, que estaba fascinado por los rasgos de la personalidad de Marco Porcio Catón que posiblemente ningún otro romano había conocido. ¿Era aquél el hombre que había incitado a su padre a la guerra civil? ¿El hombre que, como tribuno de la plebe, había vetado cualquier legislación que pudiera mejorar el funcionamiento de las cosas? ¿El hombre que, a la edad que Sexto tenía ahora, había intimidado a todo el Colegio de tribunos de la plebe para que mantuvieran aquella desastrosa columna dentro de la Basílica Porcia? ¿Por qué? Porque Catón el Censor había puesto la columna allí; formaba parte del *mos maiorum* y no podía retirarse por ningún motivo. ¡Cuántas historias había oído sobre Catón el incorruptible cuestor urbano, Catón el bebedor, Catón el que había vendido a su amada esposa! Y sin embargo allí estaba ese mismo Catón reflexionando sobre los machos y su voracidad sexual, como si él mismo no fuera un macho... y un macho muy bien dotado, dicho sea de paso.

-Por lo que a mí respecta -comentó Sexto-, deseo inmensamente regresar a la civilización. La civilización significa mujeres, y tengo ya una desesperada necesidad de estar con una mujer.

Los ojos grises se volvieron hacia él con una mirada gélida.

-Si un hombre es un hombre, Sexto Pompeyo, debería controlar sus más bajos instintos. Cuatro años no son nada -dijo Catón entre dientes.

-¡Claro, claro! -dijo Sexto, apresurándose a retractarse. ¿Cuatro años? ¡Es curioso que Catón mencione ese periodo de tiempo!, se dijo. Marcia pasó cuatro años como esposa de Quinto Hortensio, entre dos juergas de Catón. ¿La amaba él entonces? ¿Sufrió?

Carax era una aldea a orillas de una deliciosa laguna. Su población, compuesta de *psylli* y de un pueblo del interior conocido como los garamantes, se ganaba el sustento sumergiéndose en el mar para recolectar esponjas y perlas; sólo consumían pescado, erizos de mar y unas cuantas verduras cultivadas en parcelas que las mujeres regaban concienzudamente; y fueron éstas quienes, al ver aparecer aquella imponente hueste, defendieron ferozmente los productos de sus huertos blandiendo azadas y profiriendo maldiciones. Catón de inmediato prohibió el saqueo de los huertos, y luego negoció con la autoridad local para comprar todas las verduras disponibles. No era suficiente alimento ni mucho menos, claro está, pero al ver sus monedas de plata las mujeres se precipitaron a recoger para ellos toda clase de vegetales comestibles.

Los romanos sabían bien que un humano no puede sobrevivir a menos que la fruta y la verdura formen parte de su dieta, pero hasta el momento Catón no había advertido ningún síntoma de escorbuto en los hombres, que habían adquirido el hábito de masticar un tallo de silfio mientras caminaban para mejorar la salivación. Fuera lo que fuese lo que contenía el silfio aparte del *laserpicium*, era obvio que tenía el mismo efecto que la verdura. Sólo hemos recorrido seiscientos kilómetros de nuestra ruta, pensó, pero presiento que vamos a conseguirlo.

Tras un día de descanso para nadar y comer pescado en abundancia, los diez mil se adentraron en aquel terrible paisaje, llano como una tabla, una agotadora caminata a través de salinas y salobres marismas entre las que se intercalaban extensiones de silfio. No había ningún pozo ni oasis en seiscientos kilómetros; cuarenta días de sol implacable, noches frías, escorpiones y arañas. En Cirenaica nadie había mencionado las arañas, que fueron una aterradora sorpresa. Ni en Italia, ni en Grecia, ni en las

Hispanias, ni en las Galias, ni en Macedonia, ni en Tracia, ni en Asia Menor, en ninguna de las partes del globo que los romanos recorrían de extremo a extremo, había grandes arañas. El resultado era que un centurión *primipilus*, distinguido con las más altas condecoraciones, veterano de casi tantas batallas como César, se desmayaba ante la visión de una gran araña. Las arañas de Fazania -como se llamaba esta región- no eran grandes. Eran enormes, tan grandes como la palma de la mano de un niño, con unas patas repugnantemente peludas que plegaban malignamente bajo ellas cuando descansaban.

-¡Por Júpiter! -exclamó Sexto, sacudiendo una de ellas de su sagun antes de plegarlo una mañana-. Te aseguro, Marco Catón, que si hubiera sabido que existían tales criaturas habría preferido soportar a Tito Labieno. Me costaba creer a mi padre cuando afirmaba que había abandonado el mar Caspio a los tres días de llegar a causa de las arañas, pero ahora lo entiendo.

-Al menos -dijo Catón aparentemente sin el menor temor-, su picadura es dolorosa simplemente por el tamaño de sus pinzas. No son venenosas como los escorpiones.

En su interior sentía tanto miedo y repugnancia como cualquier otro, pero el orgullo le impedía revelarlo; si el comandante gritaba y se echaba a correr, ¿qué pensarían los diez mil? ¡Si al menos hubiera plantas leñosas para encender fogatas con las que calentarse de noche! ¿Quién habría pensado que un lugar tan abrasador durante el día podía ser tan frío al ponerse el sol? Y el cambio de temperatura era repentino, espectacular. Tan pronto estaban asándose de calor como pasaban a temblar de frío hasta que les castañeteaban los dientes. Pero la escasa provisión de madera arrastrada por el mar hasta las playas tenía que reservarse para las hogueras en que cocían el silfio y la carne.

Los hombres *psylli* se ganaban el sustento. Por más que rastreaban el terreno en busca de escorpiones, los escorpiones aparecían. Muchos hombres sufrieron su picadura, pero cuando los *psylli* hubieron enseñado a los médicos de la centuria a sajar la carne y succionar vigorosamente, pocos necesitaron montar en los burros. Una mujer *psylli*, frágil y menuda, no

tuvo tanta suerte. Murió a causa de la picadura de un escorpión, y su muerte no fue rápida ni plácida.

Cuanto más ardua resultaba la marcha, más alegre estaba Catón. Sexto no se explicaba cómo conseguía cubrir tanta distancia en un día; daba la impresión de que en su ir y venir visitaba a todos los pequeños grupos, se detenía a charlar y reír con ellos, los elogiaba. Y ellos se henchían, sonreían, hacían ver que aquello eran unas felices vacaciones. Luego seguían adelante. Quince kilómetros al día.

Los odres de agua menguaban; no habían pasado ni dos días de aquel trayecto de cuarenta cuando Catón impuso el racionamiento del agua, incluso a los animales. Si alguna vaca o novillo flaqueaba, se lo sacrificaba en el acto para convertirlo en la comida de la noche. Los asnos, en apariencia tan infatigables como Catón, seguían adelante; a medida que disminuía el agua el peso de su carga también menguaba, y avanzaban con mayor rapidez. Sin embargo, la sed era terrible. Los angustiados mugidos de las vacas, los balidos de las cabras y el triste rebuzno de los pollinos resonaban noche y día. Quince kilómetros diarios.

En ocasiones sentían vanas esperanzas de divisar unas nubes de tormenta a lo lejos, cada vez más negras, cada vez más cerca; una o dos veces vieron caer una gris cortina de lluvia. Pero nunca llovió cerca de los diez mil.

Para Catón, cuyos estallidos de energía lo impulsaban a realizar sus rondas entre los expedicionarios, el viaje se había convertido en una actividad plenamente satisfactoria. El desolado páramo a que había quedado reducida su alma a causa de su ética estoica parecía fundirse con los desolados páramos que atravesaba su ser físico; como si flotara en un mar de dolor y sin embargo el dolor fuera purificador, incluso hermoso.

A mediodía, cuando el sol convertía el paisaje en una vasta y trémula bruma, a veces creía ver a su hermano Cepio acercarse a él, su cabello rojo resplandeciente como un halo de llamas, su inconfundible rostro iluminado por el amor. En una ocasión vio a Marcia y en otra a una mujer distinta, morena, una desconocida que en el fondo de su corazón sabía que era su madre, pese a que ésta había muerto dos meses después de nacer él, y él

nunca había visto un retrato suyo. Servilia transformada en diosa, Libia Drusa. Madre, madre.

Su última visión se produjo el cuadragésimo día de marcha tras dejar Carax, y fue precedida al amanecer por el anuncio de Lucio Gratidio: el agua se había acabado. Era otra vez Cepio, pero esta vez la amada figura se acercó tanto que sus brazos extendidos casi tocaron a Catón.

-No desesperes, hermano menor. Hay agua.

Alguien gritó. La visión desapareció en medio del repentino estruendo de diez mil gargantas secas gritando: ¡agua!

En el espacio de una breve tarde el paisaje cambió con la espectacularidad y rapidez de un rayo. El agua marcó los límites de este cambio, un arroyo pequeño pero impetuoso tan reciente que las plantas de las orillas eran aún muy jóvenes. Sólo entonces tomó conciencia Catón de que llevaban ochenta días de camino, de que el otoño empezaba a convertirse en invierno, de que comenzaban a caer las lluvias. Una de aquellas intensas tormentas había descargado su líquida bendición en un lugar cuya geografía permitía que el agua corriera, borboteante y absolutamente pura, hasta llegar al mar. El rebaño de vacas se había reducido a menos de cincuenta cabezas, y el de cabras a unas cien. Cepio había entregado su mensaje justo a tiempo.

Humanos y animales se dispersaron por ambas orillas del riachuelo a lo largo de ocho kilómetros para beber hasta saciarse, y a continuación -con severas advertencias de que ninguna criatura debía orinar o defecar en ningún lugar cercano al arroyo-, Catón concedió a los diez mil cuatro días de descanso para llenar los odres, nadar en el mar, pescar y dormir. Él mismo tenía que partir en busca de civilización y más alimentos.

-El territorio de Fazania se extiende a nuestras espaldas -dijo a Sexto mientras yacían en la arena después de un baño.

Estamos morenos como nueces, pensó Sexto, mirando a los grupos de hombres dispersos en la interminable playa. Incluso Catón, tan rubio, está muy curtido. Supongo que eso significa que yo parezco un sirio.

-¿En qué territorio entramos ahora? -preguntó.

-Tripolitania -contestó Catón.

-¿Por qué se lo ve tan triste? -se dijo Sexto-. Cualquiera pensaría que acabamos de dejar atrás los campos Elíseos en lugar del Averno. ¿No sabe que esta agua ha llegado justo en el último día antes de que empezáramos a morir de sed? ¿Que también nos habíamos quedado sin comida? ¿O habrá hecho aparecer el agua con su fuerza de voluntad? Ya no me sorprende nada en Catón.

-Tripolitania -repitió Sexto-. La tierra de las tres ciudades. Sin embargo no sé de ninguna ciudad entre Berenice y Hadrumetum.

-A los griegos les gusta poner nombres que les suenan familiares; fíjate en todas esas poblaciones llamadas Berenice, Arsinoe, Apolonia, Heracleaia. Así que imagino que cuando construyeron tres aldeas de un puñado de casas cada una aquí donde la costa es más fértil, llamaron al territorio «tres ciudades»: Leptis Mayor, Oea y Sabrata, si Sócrates y Nasamones están en lo cierto. Extraño, ¿no? La única Leptis que yo conocía era Leptis Menor, en la provincia de África.

Tripolitania no era un exuberante cuerno de la abundancia como Campania o el valle del río Betis en la Hispana Ulterior, pero a partir de ese primer arroyo el aspecto del paisaje inducía a pensar que los alrededores estaban habitados. Aún crecía silfio, pero también había plantas más delicadas que los *psylli* declararon comestibles. Algún que otro árbol salpicaba la planicie; sus ramas se extendían horizontalmente como las capas de un saliente de roca, sus frondas eran escasas y de un color verde amarillento semejantes a helechos. A Catón le recordaron los dos árboles que había en el jardín del peristilo del tío Druso, árboles que, según se decía, había llevado a Roma Escipión el Africano. Si era así, en primavera o verano debían de tener magníficas flores de color escarlata o amarillo.

A Sexto Pompeyo le dio la impresión de que Catón volvía a ser el de siempre.

-Creo -dijo éste- que es el momento idóneo para que monte a lomos de un asno y me adelante para ver por qué camino quieren los lugareños que pasen diez mil hombres y un puñado de cabras. No será, estoy seguro, a través de sus trigales o sus melocotonares. Intentaré comprar un poco de

comida. El pescado es un cambio agradable, pero necesitamos más cabezas de ganado, y ojalá encontremos grano para hacer el pan.

A lomos de un asno, pensó Sexto conteniendo la risa, Catón está ridículo; tiene las piernas tan largas que parece impulsar el animal con los pies más que montarlo.

Por ridículo que le pareciera a Sexto, cuando Catón regresó cuatro horas más tarde los tres hombres que lo acompañaban lo contemplaban con respetuoso asombro. Realmente hemos llegado a la civilización, porque han oído hablar de Marco Porcio Catón.

-Tenemos una ruta para cuando sigamos adelante -anunció Catón a Sexto, apeándose del asno con la misma facilidad con que un hombre pasaría sobre una cerca baja-. Te presento a Aristodemo, Fazanes y Focias, que actuarán como agentes nuestros en Leptis Mayor. A treinta y cinco kilómetros de aquí, Sexto, podré comprar un rebaño de corderos añales. Es carne, ya lo sé, pero al menos de otra clase. Tú y yo nos trasladaremos a Leptis, así que carga tus cosas.

Atravesaron una aldea, Misurata, y llegaron a una ciudad de unos veinte mil habitantes de ascendencia griega; Leptis Mayor o Magna. La cosecha acababa de ser recogida y había sido un buen año. Cuando Catón sacó sus monedas de plata, consiguió trigo suficiente para que los hombres pudieran volver a una dieta de pan, y aceite suficiente para remojarlo.

-Hay sólo mil kilómetros hasta Tarso, otros ciento cincuenta hasta Utica, y en total sólo unos trescientos sin agua en el tramo entre Sabrata y el lago Tritonis, el principio de nuestra provincia romana -anunció Catón rompiendo una hogaza de pan crujiente y recién hecha-. Al menos, Sexto, una vez cruzada Fazania, sé cuánta agua necesitaré en nuestro último trayecto por el desierto. Podré cargar algunos de los asnos con grano, sacar las muelas y los hornos de los carromatos y hacer pan allí donde haya leña. ¿No es un lugar maravilloso?

Esta vez voy a saciarme de pan. El estoico por antonomasia, pensó Sexto, siente debilidad por el pan. Pero tiene razón. Tripolitania es un lugar maravilloso.

Aunque la temporada de la uva y el melocotón había pasado, los lugareños secaban la fruta, lo cual implicaba que disponían de pasas a puñados, y trozos de correoso melocotón que chupar. En estado silvestre abundaban el apio, las cebollas, la col y la lechuga.

Tanto las mujeres y los niños como los hombres, todos los tripolitanos vestían unos ajustados calzones de lana muy tupida y polainas de cuero sobre botas de puntera cerrada que les protegían de las serpientes, los escorpiones y aquellas enormes arañas conocidas como *tetragnathi*. Casi todos se dedicaban a la agricultura -trigo, olivas, fruta, vino-, pero apacentaban rebaños de ovejas y vacas en tierras comunales consideradas demasiado pobres para labrarlas. En Leptis había mercaderes, más el inevitable contingente de agentes romanos husmeando para hacer dinero rápido, sin embargo se percibía una sensación de rusticidad, no de comercio.

Tierra adentro se extendía una meseta baja que era el inicio de cinco mil kilómetros de desierto de este a oeste, y que se extendía tan al sur que nadie conocía su límite. Los garamantes vagaban por aquel territorio sobre camellos, pastoreando sus cabras y ovejas, refugiándose en tiendas para protegerse no de la lluvia, que nunca caía, sino de la arena. Un potente viento levantaba la arena con tal fuerza que podía matar a los hombres por asfixia.

Mucho más seguros de sí mismos ahora que habían dejado atrás mil trescientos kilómetros, los diez mil abandonaron Leptis con la moral alta.

En sólo diecinueve días cruzaron la extensión de salinas de unos trescientos veinte kilómetros; si bien la falta de leña les impidió hornear el pan, Catón había adquirido tantos corderos como vacas para variar la dieta basada en carne de la mejor manera posible. ¡No más cabras! Si nunca vuelvo a ver otra cabra mientras viva, juró Catón, me daré por satisfecho. Era un sentimiento compartido por sus hombres, en especial por Lucio Gratidio, en quien había recaído la responsabilidad de cuidar de las cabras.

El lago Tritonis constituía el límite no oficial de la provincia romana de África; fue una decepción, ya que sus aguas eran saladas a causa del natrón, una sustancia semejante a la sal. Dado que una clase inferior de murex

poblaba el mar al este del lago, en la orilla se alzaba una fábrica para la elaboración de tinte púrpura, y junto a ella yacía una maloliente montaña de conchas vacías y de restos podridos de las criaturas que habían vivido dentro de ellas. El tinte púrpura se extraía de un pequeño tubo del cuerpo del murex, lo cual implicaba una gran cantidad de desechos.

No obstante, el lago marcaba el comienzo de una Vía romana debidamente trazada y pavimentada. Riendo y charlando, los diez mil pasaron apresuradamente junto a la pestilente fábrica, y avanzaron dando brincos por la carretera. Allí donde había una carretera, estaba también Roma.

A las afueras de Tapso, Atenodoro Cordilion se desplomó y murió; el suceso fue tan repentino que Catón, que estaba en otra parte, no llegó a su lado a tiempo de despedirse. Llorando, Catón encargó la construcción de una pira de leña, ofreció libaciones a Zeus y una moneda a Caronte, el barquero, y luego empuñó su bastón y se colocó de nuevo al frente de sus hombres. Quedaban ya muy pocos de los viejos tiempos. Catulo, Bibulo, Ahenobarbo, y ahora su querido Atenodoro Cordilion. ¿Cuántos días más me quedan? Si César acaba gobernando el mundo, espero que no sean muchos.

La marcha terminó en un vasto campamento en las afueras de Utica, la capital de la provincia romana. Otra Cartago se había edificado junto al lugar de origen de Aníbal, Amílcar y Asdrúbal, pero Escipión Emiliano la había arrasado tan completamente que la nueva Cartago nunca fue rival de Utica, dotada de un puerto igualmente magnífico.

Para los diez mil fue un gran dolor tener que separarse de su querido comandante; nunca organizados en legiones, las quince cohortes y los no combatientes que Catón había llevado hasta allí se disgregarían y pasarían a formar parte de legiones ya existentes. Aun así, aquella increíble marcha dotó a cada uno de sus participantes de una gloria que casi los equiparaba a dioses a ojos de los demás soldados romanos.

Catón sólo se llevó a Lucio Gratidio, quien, si Catón veía realizado su propósito, adiestraría en el arte militar a civiles. La última noche antes de entrar en el palacio del gobernador de Utica y regresar a un mundo del que

había permanecido alejado durante más de cinco meses, Catón se sentó a escribir a Sócrates, el *dioiketes* de Arsinoe.

Tuve la previsión, mi querido Sócrates, de buscar a unos cuantos hombres cuyo doble paso natural medía exactamente un metro y medio, y les encargué que contaran los pasos de todo nuestro viaje desde Arsinoe hasta Utica. El promedio de sus cálculos dio la cifra de 2.258 kilómetros. Dado que descansamos tres días en Fictaenorum, un día en Carax, y cuatro días en las afueras de Leptis Mayor -un total de un nundinum - caminamos durante ciento dieciséis días. Si recuerdas, partimos de Arsinoe tres días antes de la nona de enero. Hemos llegado a Utica la nona de mayo. Hasta que me senté a calcular todo esto con mi ábaco, pensaba que habíamos viajado a una media de dieciséis kilómetros diarios, pero resulta que cubrimos algo más de veinte kilómetros al día. Todos excepto sesenta y siete de mis hombres han sobrevivido al viaje, aunque también perdimos a una mujer *psylli* a causa de la picadura de un escorpión.

Esto es sólo para anunciarte que hemos llegado y estamos a salvo, pero también para decirte que a no ser por ti y Nasamones de los *psylli*, nuestra expedición habría fracasado. No he recibido más que amabilidad y socorro por parte de cuantos hemos encontrado por el camino, pero los servicios que tú y Nasamones nos prestasteis van más, allá de todo límite. Un día, cuando nuestra amada república se restaure, espero veros a ti y a Nasamones en Roma como invitados míos. Os colmaré de honores públicos en el Senaculum.

La carta tardó un año en llegar a Sócrates, un año durante el cual ocurrieron muchas cosas. Sócrates la leyó entre lágrimas y luego se sentó y sacudió la cabeza, cayendo sobre su regazo la hoja de papel fano.

-¡Oh, Marco Catón, ojalá fueras un Jenofonte! -exclamó-.

Cuatro meses a través de una tierra inexplorada y sólo puedes darme datos y cifras. ¡Qué romano eres! Un griego habría tomado abundantes notas como punto de partida de un libro; tú te limitaste a hacer contar los pasos a unos cuantos hombres. Te lo agradezco debidamente y esta carta se guardará como reliquia porque encontraste el momento de escribirla, pero ¡qué habría yo dado por una narración de la marcha de tus diez mil!

Capítulo 3

La provincia romana de África no era demasiado grande, sólo sumamente rica. Después de que Cayo Mario hubiera derrotado al rey Yugurta de Numidia sesenta años atrás, la provincia se vio aumentada con algunas tierras numidias, pero Roma prefería los reyes sumisos a los gobernadores, así que permitió al rey Hiempsal conservar la mayor parte de su país. Éste había reinado durante más de cuarenta años, y le sucedió su hijo Juba. La provincia de África en sí poseía algo que la hacía indispensable para Roma: el río Bagradas, una gran corriente con muchos y caudalosos afluentes que permitía el cultivo de trigo a gran escala. Cuando Catón y sus diez mil llegaron allí, la cosecha de grano había sido tan importante como la de Sicilia, y los hacendados pertenecían al Senado o a los Dieciocho, que eran los más poderosos nobles comerciantes. La provincia poseía también otra característica que exigía que Roma la gobernase directamente: ocupaba un saliente de la costa africana que apuntaba al norte en dirección a Sicilia y la suela de la bota italiana, así que era una perfecta cabeza de puente para la invasión de Sicilia e Italia. En otros tiempos, Cartago la había utilizado precisamente con ese fin en varias ocasiones.

Cuando César cruzó el Rubicón y consiguió el control casi pacífico de Italia, el Senado, contrario a él, huyó del país tras los pasos de Pompeyo Magno, a quien nombró su comandante en jefe. Reacio a devastar Italia con otra guerra civil, Pompeyo había decidido luchar contra César en el extranjero, eligiendo Grecia/Macedonia como su teatro de operaciones.

No obstante, era de igual importancia mantener las provincias productoras de grano, especialmente Sicilia y África. Así pues, antes de huir, el Senado republicano había mandado a Catón a defender Sicilia, en tanto que Publio Atio Varo, gobernador de la provincia de África, retenía

esta región en nombre del Senado republicano y el pueblo de Roma. César envió a su brillante ex tribuno de la plebe, Cayo Escribonio Curio, para expulsar a los republicanos de Sicilia y África; no sólo tenía que dar de comer a Roma, sino a la mayor parte de Italia, incapaz de alimentarse por sí sola. Sicilia cayó en manos de Curio muy pronto, ya que Catón no era un general sino simplemente un valiente soldado. Cuando escapó a África, Curio y su ejército lo siguieron. Pero Atio Varo no iba a dejarse amilanar por un general de Triclinio como Catón ni por un general en ciernes como Curio. Primero hizo imposible la permanencia de Catón en África y éste fue junto a Pompeyo a Macedonia. Posteriormente, con la ayuda del rey Juba, Atio Varo tendió una emboscada al confiado Curio. Curio y su ejército perecieron.

Resultó, pues, que César controlaba una provincia con trigo, Sicilia, mientras que los republicanos controlaban la otra, África. Esta situación proporcionaba a César cantidad suficiente de grano en los buenos años pero insuficiente en los malos años, y se había producido una sucesión de malos años debido a una serie de sequías que habían asolado todas las tierras del Mare Nostrum de uno a otro extremo. Complicaba aún más las cosas la presencia de flotas republicanas en el mar toscano, dispuestas a echarse sobre los convoyes de grano de César, y la situación tendía a agravarse ahora que la resistencia republicana en el este había desaparecido y que Cneo Pompeyo había vuelto a situar su armada en las rutas marítimas del grano.

Cuando se reunieron en la provincia de África después de Farsalia, los republicanos eran muy conscientes de que César iría tras ellos. Mientras ellos fueran capaces de llevar un ejército al campo de batalla, la dominación de César era discutible. Tratándose de César, lo esperaban pronto; cuando Catón partió de Cirenaica, la opinión generalizada era que César llegaría en junio, ya que ese plazo le daría tiempo para ocuparse antes del rey Farnaces en Anatolia. De modo que cuando los diez mil terminaron su marcha, Catón descubrió con asombro que el ejército republicano se había abandonado a la pereza, y no había ni rastro de César.

Si el difunto Cayo Mario hubiera posado la mirada en el palacio del gobernador de Utica en este año, lo habría encontrado muy poco cambiado respecto a lo que había sido cuando él lo había ocupado seis décadas antes. Tenía las paredes enlucidas y pintadas de rojo mate; aparte de la amplia sala de audiencias, era un laberinto de pequeñas habitaciones, si bien había dos cómodos aposentos en un anexo para los plutócratas del grano que estaban de paso o los senadores del primer banco que visitaban Oriente. En esos momentos lo ocupaban tantos republicanos importantes que el palacio parecía a punto de reventar, y en el abarrotado interior resonaban las voces de aquellos importantes republicanos enfrentados entre sí.

Un joven y tímido tribuno guió a Catón al despacho del gobernador, donde Publio Atio Varo estaba sentado tras su escritorio de nogal, rodeado de subordinados que revolvían papeles.

-Me he enterado de que has sobrevivido a un viaje extraordinario, Catón-dijo Varo sin levantarse a estrecharle la mano porque detestaba a Catón. Obedeciendo a un gesto suyo, los subalternos se pusieron en pie y salieron del despacho.

-Difícilmente podría permitirme no sobrevivir -contestó Catón con voz potente, incapaz de contener su irritación ante la mera visión de aquel patán-. Necesitamos soldados.

-Sí, es cierto.

Militar de buena familia -pero no demasiado buena-, Varo se consideraba subsidiario de Pompeyo Magno, pero no sólo el deber hacia su patrón lo había inducido a ponerse del lado republicano: era un apasionado enemigo de César, y se enorgullecía de ello. En ese momento carraspeó con actitud desdeñosa.

-Mucho me temo, Catón, que no puedo ofrecerte alojamiento. Todos aquellos que no han sido como mínimo tribunos de la plebe duermen en los pasillos; los ex pretores como tú tienen derecho a un armario.

-No espero que me des alojamiento, Publio Varo. Uno de mis hombres está buscando ahora mismo una casa pequeña.

Varo se estremeció al recordar los míseros alojamientos de Catón: en Tesalónica, una choza de adobe con tres habitaciones y tres sirvientes, uno

para él, uno para Estatilo, y uno para Atenodoro Cordilion.

-Bien. ¿Vino? -preguntó.

-Para mí no -dijo Catón-. He jurado no probar una sola gota hasta que César haya muerto.

-Un noble sacrificio -comentó Varo.

El incómodo visitante permaneció sentado en silencio; tenía el cabello y la barba enmarañados porque no se había detenido a bañarse antes de acudir a informar. ¿Qué podía uno decirle a un hombre así?

-He oído decir que en los últimos cuatro meses sólo habéis comido carne, Catón.

-Pudimos comer pan una parte del camino.

-¿Ah, sí?

-Eso he dicho.

-También he oído contar que había escorpiones y arañas gigantes.

-Sí.

-¿Murieron muchos hombres a causa de las picaduras?

-No.

-¿Se han recuperado todos tus hombres plenamente de sus heridas?

-Sí.

-¿Y... esto... os visteis atrapados en alguna tormenta de arena?

-No.

-Debió de ser una pesadilla cuando te quedaste sin agua.

-No me quedé sin agua.

-¿Os atacaron los salvajes?

-No.

-¿Conseguisteis transportar las armas de los hombres?

-Sí.

-Debiste de echar de menos la esgrima política.

-No hay política en las guerras civiles.

-Habrás echado de menos la compañía noble, pues.

-No.

Atio Varo desistió.

-Bueno, Catón, me alegro de verte, y confío en que encuentres una casa adecuada. Ahora que estás aquí y que nuestras tropas no han sufrido bajas, convocaré un consejo para la segunda hora de luz de mañana. - Acompañando a Catón a la salida añadió-: Aún tenemos que decidir quién será el comandante en jefe.

Catón no tuvo tiempo de responder, ya que Varo vioo que Sexto Pompeyo, apoyado en el quicio de la puerta exterior, estaba de charla con los centinelas, y exclamó:

-¡Sexto Pompeyo! ¡Catón no me había dicho que también estabas aquí!

-Eso no me sorprende, Varo. Sin embargo, aquí estoy.

-¿Has venido a pie desde Cirenaica?

-Bajo la tutela de Marco Catón, ha sido un agradable paseo.

-¡Pasa, pasa! ¿Puedo ofrecerte un poco de vino?

-Claro que puedes -respondió Sexto guiñando el ojo a Catón mientras se alejaba del brazo de Varo.

Lucio Gratidio esperaba en la pequeña plaza situada frente a las puertas del palacio, masticando una brizna de paja y devorando con los ojos a las mujeres que lavaban en la fuente. Como vestía aún una túnica sucia y arrugada, ningún hombre de la guardia se había dado cuenta de que aquel individuo grande y enjuto era el centurión *pilus prior* de la primera legión de Pompeyo Magno.

-Te he encontrado un sitio cómodo -dijo a Catón cuando éste hubo salido del palacio y se quedó parpadeando bajo el sol-. Nueve habitaciones y un baño. Con una fregona, una cocinera y dos criados incluidos, el precio sube a quinientos sestercios al mes.

Para un romano de Roma, una ganga, incluso para uno tan frugal como Catón.

-Un excelente acuerdo, Gratidio. ¿Ha aparecido ya Estatilo?

-No, pero aparecerá-dijo Gratidio alegremente, guiando a Catón por una callejuela-. Simplemente quería asegurarse de que Atenodoro Cordilion descanse en paz. Resulta solitario para un filósofo, imagino, que sus cenizas sean enterradas tan lejos de cualquier otro filósofo. Tenías razón al prohibir

a Estatilo trasladarlas a Utica. No había madera suficiente para una pira adecuada; quedarían demasiados huesos por consumir, demasiada médula.

-Yo no lo había considerado desde ese punto de vista -dijo Catón.

Sus aposentos estaban en la planta baja de un edificio de siete pisos en el mismo puerto, y desde las ventanas se veía el bosque de mástiles, la maraña de muelles y malecones de color gris plateado y aquel mar de un azul etéreo. Quinientos sestercios al mes eran ciertamente una ganga, decidió Catón al descubrir que los dos criados eran hombres obedientes dispuestos a prepararle un baño caliente. Y cuando apareció Estatilo para la última comida del día, no pudo evitar sonreír. A Estatilo lo acompañaba precisamente Sexto Pompeyo, quien declinó el ofrecimiento de compartir su pan, aceite, queso y ensalada, pero se acomodó en una silla y pasó a hacer un resumen a Catón de su conversación con Varo.

-He pensado que te gustaría saber que Marco Fabonio está a salvo -empezó a decir-. Encontró a César en Anfípolis y solicitó su perdón. César se lo concedió gustosamente, por lo visto. Lo de Farsalia debió de desquiciarlo en cierto modo, Catón, porque se echó a llorar y dijo a César que sólo deseaba regresar a su hacienda de Italia y llevar una vida plácida y tranquila.

¡Oh, Fabonio, Fabonio! En fin, ya me lo veía venir. Mientras yo esperaba con los heridos en Dirraquio, tuviste que soportar las interminables disputas entre los generales de Pompeyo, hábilmente azuzados por el bárbaro Labieno. En tus cartas me lo contabas todo, pero no me sorprende que no haya recibido ninguna misiva tuya desde Farsalia. ¡Cuánto has temido informarme que abandonabas la causa republicana! Ojalá disfrutes esa paz que buscas, mi querido Marco Fabonio. No te culpo. No, no puedo culparte.

-Y mi informante -proseguía Sexto-, que mantendremos en el anonimato, me contó que en Utica las cosas están aún peor de lo que estaban en Dirraquio y Tesalónica. Incluso idiotas como Lucio César hijo y Marco Octavio, que ni siquiera han sido jamás tribunos de la plebe, dicen que merecen rango de legado en nuestro ejército. En cuanto a los personajes

con verdadero peso... ¡uf!... Labieno, Metelo Escipión, Afranio y el gobernador Varo, todos piensan que deben ocupar la tienda de mando.

-Esperaba que eso se hubiera decidido antes de llegar yo aquí -dijo Catón con voz áspera y rostro inexpresivo.

-No, se decidirá mañana.

-¿Y qué se sabe de tu hermano?

-Aplicándole un correctivo a Libo, su suegro, en algún lugar del sur de Sicilia -contestó Sexto. Con una sonrisa añadió-: Preveo que no lo veremos hasta que se resuelva la disputa por el mando.

-Un hombre sensato -comentó Catón-. ¿Y tú, Sexto?

-Ah, yo no me separaré del padre de mi madrastra. Puede que Metelo Escipión no sea inteligente y no tenga talento, pero creo que mi padre preferiría que sirviera junto a él.

-Sí, lo preferiría. -Catón levantó sus penetrantes ojos grises y miró a Sexto con severidad-. ¿Qué se sabe de César?

-Éste es el gran misterio, Catón -dijo Sexto, ceñudo-. Por lo que parece, sigue en Egipto, aunque aparentemente no en Alejandría. Corren toda clase de rumores, pero lo cierto es que nadie ha oído nada de César desde que una' carta suya enviada desde Alejandría en noviembre llegó a Roma un mes después.

-No me lo creo -declaró Catón, con la boca tensa-. Es un prolífico corresponsal, y ahora, más que en cualquier otro momento de su vida, necesita estar en el centro de todo. ¿César, callado? ¿César, sin mantenerse en contacto? Debe de haber muerto. ¡Ése sí es un golpe de fortuna! ¡César muerto de alguna enfermedad contagiosa o por la lanza de un campesino en un atrasado paraje como Egipto! Me siento... engañado.

-Desde luego, según los rumores no está muerto. De hecho, se dice que navega Nilo abajo en un barco dorado lleno de flores, con la reina de Egipto a su lado, escuchando el tañido de tal cantidad de arpas que sus sonos bastarían para ahogar el berrido de diez elefantes, viendo danzar a muchachas cubiertas de velos y bañándose en bañeras llenas de leche de burra.

-¿Te mofas de mí, Sexto Pompeyo?

-¿Yo mofarme de ti, Marco Catón? Jamás.

-Entonces se trata de un truco. Pero explica la inercia que se respira aquí en Utica. Ese miserable autócrata, Varo, no tenía intención de decirme nada, así que te agradezco esas noticias. No, el silencio de César tiene que ser un truco. -Hizo una mueca-. ¿Y qué ha sido de Marco Tulio Cicerón, ese eminente cónsul y abogado?

-Inmovilizado en Brindisi por su último dilema. Vatinio le dio la bienvenida en Italia, pero luego Marco Antonio regresó con el grueso del ejército de César y ordenó a Cicerón que se fuera. Cicerón mostró la carta de Dolabela, y Marco Antonio se disculpó. Pero ya conoces a ese pobre diablo de Cicerón; es demasiado tímido para aventurarse a entrar en Italia más allá de Brindisi. Su esposa no quiere saber nada de él. -Sexto ahogó una risita-. Es más fea que la gárgola de una fuente.

Una iracunda mirada de Catón le devolvió la seriedad.

-¿Y Roma? -preguntó Catón.

Sexto lanzó un silbido.

-¡Catón, es un circo! El gobierno sigue adelante como puede con diez tribunos de la plebe, porque nadie ha conseguido celebrar elecciones para los ediles, los pretores o cónsules. El propio Dolabela consiguió ser adoptado por la plebe y ahora es tribuno de la plebe. Tiene deudas enormes, así que ahora intenta lograr que la Asamblea de la Plebe apruebe una condonación general de las deudas. Cada vez que lo intenta, Polio y Trebelio, fieles a César, lo vetan, de modo que ha imitado a Publio Clodio y ha organizado bandas callejeras para aterrorizar a ricos y pobres por igual -explicó Sexto, animado-. Mientras el dictador César está ausente en Egipto, el jefe de estado es su Maestro del Caballo, Antonio, que está comportándose de una manera alarmante: vino, mujeres, codicia, malevolencia y corrupción.

-¡Puaj! -exclamó Catón con los ojos encendidos-. Marco Antonio es un jabalí rabioso, un buitre... ¡Ésa sí que es una extraordinaria noticia! -Sonrió con saña-. César por fin se ha superado a sí mismo, poniendo a un borracho como Antonio al mando. ¡Maestro del Caballo! ¡Culo del Caballo, más bien!

-No valoras lo bastante a Marco Antonio -dijo Sexto muy seriamente-. Se trae algo entre manos, Catón. Los veteranos de César están acampados en torno a Capua, pero están inquietos y amenazan con marchar sobre Roma para exigir que se satisfagan sus «derechos»..., sean cuales sean esos «derechos». Dice mi madrastra, que por cierto te envía un cordial saludo, que eso se debe a que Antonio pretende utilizar las legiones en su propio beneficio.

-¿En su propio beneficio? ¿No en beneficio de César?

-Según Cornelia Metela, Antonio ha concebido grandes ambiciones y pretende ocupar el lugar de César.

¿Cómo está tu madrastra?

Bien -respondió Sexto, y se apresuró a explicar-. Construyó una hermosa tumba de mármol en los jardines de su villa de los montes Albanos cuando César le mandó las cenizas de mi padre. Al parecer César encontró a nuestro liberto Filipo, el que incineró el cadáver en la playa de Pelusium, y el propio César hizo incinerar la cabeza. Las cenizas llegaron con una carta amable y compasiva de él, según palabras de la misma Cornelia Metela, en la que le prometía que se le permitirá conservar todas sus propiedades y dinero. Así que la guarda para enseñársela a Antonio si éste aparece con intención de confiscárselo todo.

Eso me asombra y a la vez me inquieta profundamente -dijo Catón-. ¿Qué pretende César? Necesito saberlo.

Diecisiete hombres se reunieron en la sala de audiencias del gobernador a la segunda hora del día siguiente.

Con desánimo, Catón pensó: ¡Oh, vuelvo a mi antiguo ambiente, pero ya le he perdido el gusto! Quizá sea un defecto de mi carácter el detestar el mando, pero si es un defecto, me ha llevado a adoptar una filosofía que se ha arraigado inexorablemente en mi alma. Conozco los parámetros exactos de lo que debo hacer. Puede que los hombres se burlen de tanta abnegación, pero la inmoderación es mucho peor, ¿y qué es el mando sino una forma de inmoderación? Henos aquí, trece hombres con togas romanas, a punto de despedazarnos unos a otros por una concha vacía llamada tienda de mando. ¡Una metáfora, incluso! ¿Cuántos comandantes habitan realmente una

tienda, o si lo hacen, la mantienen austera y sencilla? Sólo César. ¡Cuánto me duele tener que admitirlo!

Cuatro de los hombres presentes eran numidios. Obviamente uno de ellos era el propio rey Juba, ya que vestía de la cabeza a los pies de púrpura tirio y llevaba la blanca diadema ceñida en torno a los abundantes y sueltos rizos. En la barba, también rizada, llevaba entrelazados hilos de oro. Al igual que los otros tres, aparentaba unos cuarenta años; el cuarto numidio era muy joven.

-¿Quiénes son estas... personas? -preguntó Catón a Varo con su tono más estridente y desagradable.

-Marco Catón, baja la voz, por favor. Éstos son el rey Juba de Numidia, el príncipe Masinissa y su hijo Arabión, y el príncipe Saburra dijo Varo, abochornado e indignado.

-¡Échalos de aquí, gobernador! ¡De inmediato! Esto es una reunión de hombres romanos. Varo se esforzó por no perder la paciencia.

-Numidia es nuestra aliada en nuestra guerra contra César, Marco Catón, y tiene derecho a estar presente.

-Tiene derecho a estar presente en un consejo de guerra quizá, pero no a contemplar cómo trece nobles romanos se ponen en ridículo al discutir de asuntos puramente romanos -bramó Catón.

-La reunión aún no ha empezado, Catón, y sin embargo tú ya te has desmandado -dijo Varo entre dientes.

-Gobernador, repito que ésta es una asamblea romana. Ten la bondad de hacer salir de aquí a estos extranjeros.

-Lo siento, pero no puedo hacerlo.

-Entonces permaneceré aquí en desacuerdo, y no diré una sola palabra -vociferó Catón.

Seguido por las miradas de ira de los cuatro numidios, se retiró al fondo de la sala y se colocó detrás de Lucio Julio César hijo, un vástago del árbol juliano cuyo padre era primo de César, además de ser su mano derecha y un firme seguidor. Es curioso, pensó Catón, con la mirada fija en la espalda de Lucio, que el hijo sea republicano.

-No se lleva bien con su padre -susurró Sexto, acercándose a Catón-. Es muy inferior a él, pero nunca tendrá el sentido común de admitirlo.

-¿No tendrías que estar en la primera fila?

¿A mi tierna edad? No es probable.

Noto en ti, Sexto Pompeyo, cierta frivolidad que deberías eliminar- aconsejó Catón con su tono de voz normal.

-Soy consciente de ello, Marco Catón, y por eso paso tanto tiempo contigo -contestó Sexto, también en voz alta.

-¡Silencio al fondo! ¡Orden en la reunión!

-¿Orden? ¿Orden? ¿Qué quieres decir, Varo? Veo al menos un sacerdote y un augur en esta asamblea. ¿Desde cuándo una reunión legal de ciudadanos romanos que van a tratar de cuestiones públicas empieza sin que antes se pronuncien las oraciones y se invoquen los auspicios? -gritó Catón-. ¿Tan bajo ha caído nuestra amada república que hombres como Quinto Secilio Metelo Pio Escipión Nasica se quedan ahí de brazos cruzados, sin oponerse a una reunión ilegal? No puedo obligarte a expulsar a los extranjeros, Varo, pero te prohíbo que empieces sin antes honrar a Júpiter óptimo Máximo y uirino.

-Si hubieras esperado, Catón, habrías visto que me disponía a pedir a nuestro buen Metelo Escipión que pronunciara las oraciones y a nuestro buen Fausto Sila que invocara los auspicios -explicó Varo, en una rápida reacción que sólo engañó a los numidios.

-¿Ha habido alguna vez una reunión más condenada al fracaso que ésta?, se preguntó Sexto Pompeyo, disfrutando del espectáculo de Catón pulverizando como mínimo a diez romanos y cuatro numidios.

-Tengo razón, ha cambiado mucho desde que lo conocí en Paraetonium, pero ahora comprendo la impresión que debía de causar en el Senado en una de aquellas ocasiones en que se echaba con uñas y dientes sobre todo el mundo, desde César hasta mi padre. Es imposible hacerlo callar y es imposible pasarlo por alto.

Pero Catón, una vez hubo expresado su protesta y se hubo asegurado de que se observaban las formalidades religiosas, cumplió su palabra y permaneció al fondo en silencio.

La pugna por la tienda de mando se desarrolló entre Labieno, Afranio, Metelo Escipión y el mismísimo gobernador, Varo. Tal grado de disensión se debía al hecho de que Labieno, no cónsul, tuviera con mucho el mejor historial de combate, mientras que Metelo Escipión, cónsul y ex gobernador de Siria, se veía respaldado tanto por su derecho legal como por su sangre. Afranio entró en la liza porque, comprometido con Labieno, quiso apoyar el derecho a la tienda de mando de este antiguo lugarteniente de César y cónsul. Lamentablemente, al igual que Labieno, Afranio carecía de antepasados con grandes méritos. El candidato imprevisto era Atio Varo, quien adujo que él era el gobernador legal de su provincia, afirmó que la guerra iba a desarrollarse en su provincia y añadió que, en su provincia, su rango estaba por encima del de todos los demás.

Para Catón, era una suerte que el acaloramiento de la discusión impidiera a algunos de los presentes expresarse adecuadamente en griego, pues ésta era una lengua que no permitía las sartas de insultos propias del latín. Por eso mismo la conversación no tardó en pasar al latín. Los numidios quedaron al margen de inmediato, lo cual no complació a Juba, un hombre sagaz que en secreto detestaba a todos los romanos; pero había llegado a la conclusión de que tenía más probabilidades de expandir su reino hacia Mauritania con los republicanos que con César, quien no sentía ningún aprecio por Juba. Siempre que Juba se acordaba del famoso día en que César, molesto ante tanta mentira en un tribunal romano, perdió la paciencia y le tiró de la barba real, esa misma barba parecía dolerle de nuevo.

El resentimiento de los numidios aumentó debido a que Varo no había dispuesto allí ningún asiento: se contaba con que todos se mantuvieran de pie, por larga que fuera la discusión. A Juba, que exigió ofendido una silla para que pudiesen descansar sus reales pies, le negaron ese favor; por lo visto, los romanos en sus congresos estaban muy cómodos de pie. Si bien debo cooperar con estos romanos en el campo de batalla, pensó Juba, también he de minar la autoridad romana en la llamada provincia de África. ¡Qué enorme sería la riqueza de Numidia si yo dominara las tierras que se extienden a orillas del río Bagradas!

Transcurridas cuatro breves horas de primavera, de cuarenta y cinco minutos cada una, la discusión seguía viva, la decisión no se perfilaba aún y la acritud aumentaba a cada gota que caía del reloj de agua.

-¡Es inadmisibile! -clamó Varo finalmente, dirigiéndose a Labieno con hostilidad-. Farsalia se perdió por culpa de tu táctica, así que me río de esa pretensión tuya de que eres nuestro mejor general. Si lo eres, ¿qué esperanzas podemos albergar de derrotar a César? Ya es hora de que entre sangre nueva en la tienda de mando, la sangre de Atio Varo. Lo repito, ésta es mi provincia, otorgada legalmente a mí por el legítimo Senado de Roma, y el gobernador de esta provincia es aquí el hombre de más alto rango.

-¡Estupideces, Varo! -replicó Metelo Escipión-. Yo seré el gobernador de Siria hasta que cruce el *pomerium* de Roma y entre en la ciudad, y no es probable que eso ocurra antes de que derrotemos a César. Más aún, el Senado me otorgó el *imperium maius*. Tu *imperium* es el de un propretor corriente. Eres insignificante, Varo.

-Puede que no posea un *imperium* ilimitado, Escipión, pero al menos encuentro cosas mejores que hacer que recrearme con niños y pornografía.

Metelo Escipión lanzó un alarido y se abalanzó sobre Varo, en tanto Labieno y Afranio, cruzados de brazos, contemplaban la pelea. Hombre alto y de buena complexión de quien una vez se dijo que tenía el rostro de un camello altivo, Metelo Escipión sacó mayor partido de sus fuerzas de lo que el joven Atio Varo esperaba.

Catón apartó con el hombro a Lucio César y avanzó a zancadas hacia el centro de la sala para separar a los dos hombres.

-¡Ya basta! ¡Basta! Escipión, ve ahí y quédate absolutamente inmóvil. Varo, ven aquí y quédate absolutamente inmóvil. Labieno, Afranio, descruza los brazos e intentad portaros como lo que sois y no un par de bailarinas contoneándose frente a la Basílica Emilia.

Se paseó por la sala, el cabello y la barba alborotados a fuerza de mesárselos, y por fin dijo, volviéndose de cara a los presentes:

-Muy bien, es evidente que esto podría prolongarse todo el día, y todo el día de mañana, y el próximo mes y el próximo año, sin llegar a ninguna decisión. Por tanto, yo tomaré la decisión en este mismo momento. Quinto

Secilio Metelo Pio Escipión Nasico -anunció, utilizando el incómodo nombre completo de Metelo Escipión-, tú ocuparás la tienda de mando como jefe supremo. Te designo por dos razones, ambas válidas conforme al *mos maiorum*. La primera es que eres un cónsul con *imperium maius* vigente, un *imperium* que, como bien sabes, Varo, está por encima de todos los demás. La segunda es que te llamas Escipión. Sea superstición o realidad, los soldados creen que Roma no puede conseguir una victoria en África sin un Escipión en la tienda de mando. Tentar ahora a la diosa Fortuna sería una estupidez. No obstante, Metelo Escipión, no eres mejor general que yo, así que no estorbarás a Tito Labieno en el campo de Batalla, ¿comprendido? Tu puesto es nominal, y únicamente nominal. Labieno tendrá el mando militar, con Afranio como su segundo.

-¿Y yo? -preguntó Varo, boquiabierto-. ¿Dónde entro yo en tu magnífico plan, Catón?

Donde te corresponde por derecho, Publio Atio Varo. En la función de gobernador de esta provincia. Tu obligación es garantizar la paz, el orden y el buen gobierno, procurar que nuestro ejército esté adecuadamente aprovisionado, y actuar como enlace entre Roma y Numidia. Es evidente que mantienes excelentes relaciones con Juba y sus adláteres, así que sé útil en este terreno.

-¡No tienes derecho! -gritó Varo con los puños apretados-. ¿Quién eres tú, Catón? Eres un ex pretor que no podría siquiera ser elegido cónsul, y poco más. De hecho, si no tuvieras una voz de trueno serías una nulidad absoluta.

-Eso no te lo discuto -contestó Catón, sin ofenderse.

-Yo sí te discuto a ti aún más que a Varo el derecho de decidir -gruñó Labieno enseñando los dientes-. Estoy cansado de hacer el trabajo militar sucio sin un *paludamentum*.

El escarlata no le queda bien a tu color de piel, Labieno -dijo Sexto Pompeyo burlonamente -. Vamos, caballeros, Catón tiene toda la razón. Alguien ha de decidir, y lo admitáis o no Catón es la persona idónea porque él no desea la tienda de mando.

-Si no deseas la tienda de mando, Catón, ¿qué deseas? -quiso saber Varo.

-Ser prefecto de Utica -respondió Catón en un tono de voz moderado-. Es un trabajo que hago bien. No obstante, Varo, tendrás que encontrarme una casa adecuada. Mis aposentos de alquiler son demasiado pequeños.

Sexto lanzó un penetrante grito de entusiasmo y se echó a reír.

-¡Bravo, Catón!

-*Quin taces!* -prorrumpió Lucio Manlio Torcuato, un seguidor de Varo-. ¡Cierra la boca, joven Pompeyo! ¿Quién eres tú para aplaudir las acciones del bisnieto de un esclavo?

-No le contestes, Sexto -aconsejó Catón entre dientes.

-¿Qué ocurre? -preguntó Juba en griego-. ¿Está decidido?

-Todo está decidido, rey, excepto por lo que a ti atañe -respondió Catón en griego-. Tu función es proporcionar tropas de refuerzo a nuestro ejército, pero hasta que llegue César y puedas ser útil, te sugiero que regreses a tus dominios.

-Por un momento Juba guardó silencio, ladeando la cabeza para escuchar lo que Varo le susurraba.

-Apruebo tus disposiciones, Marco Catón, pero no la manera en que las has tomado -dijo finalmente con actitud muy regia-. Sin embargo, no regresaré a mi reino. Tengo un palacio en Cartago y allí residiré.

-Por lo que a mí respecta, rey, puedes quedarte donde te venga en gana, pero te lo advierto: ocúpate de tus asuntos numidios, no de los romanos -le advirtió Catón-. Infringe esta orden y te echaré.

Hosco y frustrado, truncada su autoridad, Publio Atio Varo llegó a la conclusión de que la mejor manera de tratar con Catón era concederle todo aquello que pidiera, y procurar no estar en la misma habitación que él. Así que Catón fue trasladado a una agradable residencia en la plaza principal, junto al puerto. El dueño de la casa, un plutócrata del grano que se hallaba ausente, se había pasado al bando de César y por tanto no estaba en condición de objetar. La morada incluía el servicio y un mayordomo adecuadamente llamado Prognantes, ya que era demasiado alto, tenía una mandíbula inferior gigantesca y la frente saliente. Catón contrató su propio

personal de oficina (a expensas de Varo), pero aceptó los servicios del agente del dueño de la casa, un tal Butas, cuando Varo se lo envió.

Hecho esto, Catón convocó a los Trescientos. Formaban este grupo los comerciantes más poderosos de Utica, todos ellos romanos.

-Los que sois dueños de metalisterías dejaréis de hacer calderas, ollas, verjas y arados -anunció-. En adelante forjaréis espadas, dagas, las partes metálicas de las lanzas, yelmos y alguna clase de cota de malla. Yo, como ayudante del gobernador, compraré y pagaré todo lo que produzcaís. Los que os dedicáis a la construcción empezaréis a trabajar de inmediato edificando silos y nuevos almacenes: Utica va a garantizar el bienestar de nuestro ejército en todos los sentidos. Mamposteros, quiero que nuestras fortificaciones y murallas resistan un sitio más cruel que el que Escipión Emiliano infligió a la antigua Cartago. Los contratistas de los muelles se dedicarán solamente al suministro de aumento y material de guerra; queda prohibido malgastar el tiempo en perfumes, tintes, telas, muebles y demás. Será rechazado cualquier barco cuyo cargamento yo considere superfluo para el esfuerzo bélico, y, por último, se reclutará, adiestrará y armará debidamente a todos los hombres entre diecisiete y treinta años para formar una milicia ciudadana. Mi centurión, Lucio Gratidio, comenzará la instrucción en el paseo de Utica mañana al amanecer. -Recorrió con la mirada los atónitos semblantes-. ¿Alguna pregunta?

Puesto que al parecer no tenían ninguna, los despidió.

-Es evidente -dijo a Sexto Pompeyo (que había decidido no abandonar la compañía de Catón mientras César estuviera en otra parte)-, que, como la mayoría de las personas, agradecen una dirección firme.

-Es una lástima, pues, que sigas manteniendo que careces de talento para capitanear tropas -comentó Sexto con cierta tristeza-. Mi padre siempre decía que capitanear bien un ejército consistía principalmente en preparar la batalla, más que en la batalla en sí.

-Créeme, Sexto, soy incapaz de capitanear tropas -gruñó Catón-. Es un don especial de los dioses, pródigamente otorgado a hombres como Cayo Mario y César, que observan una situación y parecen comprender en un instante cuáles son los puntos débiles del enemigo, cómo les afectará el

terreno, y dónde es más probable que flaqueen las tropas propias. Dame un buen legado y un buen centurión y haré lo que me ordenen, pero soy incapaz de pensar qué debo hacer.

-Tu conocimiento de ti mismo es inmisericorde -dijo Sexto. Se inclinó, con un brillo en los ojos de color avellana-. Pero dime, querido Catón, ¿poseo yo el don del mando? Mi corazón dice que sí, pero después de oír a todos esos necios alardear de un talento que el hombre más tonto del mundo puede ver que no poseen, ¿estoy acaso equivocado?

-No, Sexto, no estás equivocado. Sigue los dictados de tu corazón.

En el espacio de dos *nundinae*, en Utica empezó a reinar una nueva rutina más marcial, que al parecer todos acogieron con agrado. Pero en esa segunda *nundinae* se presentó Lucio Gratidio con cara de preocupación.

Tenemos un problema, Marco Catón -anunció.

-¿Cuál?

-La moral no está ni mucho menos tan alta como debería: mis hombres jóvenes están alicaídos y dicen una y otra vez que este esfuerzo será inútil. Aunque no veo prueba alguna de que ello sea verdad, insisten en que Utica es secretamente partidaria de César, y que los cesáreos van a destruirlo todo. -Adoptó una expresión aún más sombría-. Hoy he averiguado que nuestro amigo numidio, el rey uba, está tan convencido de este absurdo que se propone atacar Utica y arrasarla como castigo. Pero sospecho que es el propio Juba el responsable de los rumores.

¡Ajá! -exclamó Catón, y se puso en pie-. Coincido plenamente contigo, Gratidio. Todo esto es una conspiración de Juba, no de unos inexistentes cesáreos. Está creando problemas para obligar a Metelo Escipión a darle un mando. Quiere imponerse a los romanos. ¡Muy bien, enseguida atajaré esas ambiciones! ¡Habrás visto tal desfachatez!

Catón salió malhumorado y se encaminó apresuradamente al palacio real de Cartago donde en otro tiempo el príncipe Gauda, un aspirante al trono numidio, había esperado lloriqueando mientras Yugurta combatía contra Cayo Mario. El edificio era mucho más suntuoso que el palacio del gobernador en Utica, advirtió Catón al salir de su carro tirado por dos mulas, con su *toga praetexta* de orla púrpura impecablemente plegada.

Precedido por seis lictores vestidos con túnicas carmesí y llevando las hachas en sus *fascēs* como muestra de su *imperium*, Catón se dirigió al pórtico, saludó con un gesto seco a la guardia y entró como si fuera el dueño del lugar.

Siempre da resultado, pensó: nada más ver a los lictores con las hachas y detrás de ellos al hombre con la toga orlada de púrpura, incluso las paredes de Ilión se desmoronarían.

El interior era espacioso y estaba vacío. Catón ordenó a los seis lictores que permanecieran en el vestíbulo y luego se adentró en las profundidades de una mansión concebida para envolver a sus moradores en un lujo que a él se le antojaba nauseabundo. No le preocupaba violar la intimidad de Juba; Juba había transgredido el *mos maiorum* de Roma, había cometido un delito.

La primera persona que Catón encontró fue el rey, tendido en un triclinio en una hermosa estancia con un borboteante surtidor y una gran ventana con vistas a un patio por la que entraba deliciosamente el sol a raudales. Frente a Juba desfilaba con gracia por el suelo de mosaico una procesión formada por unas dos docenas de mujeres ligeras de ropa.

¡Éste es un espectáculo bochornoso! -bramó Catón.

El rey se sobresaltó vivamente. Tenso y tembloroso, se levantó del triclinio y fue a plantarse ultrajado ante el intruso, mientras las mujeres gritaban y se acurrucaban en los rincones tapándose la cara.

¡Sal de aquí, perverso! -rugió Juba.

No, sal tú de aquí, traidor numidio -vociferó Catón en un tono tan estentóreo que la exclamación del rey pareció un susurro-.

Márchate, márchate, márchate. Abandona la provincia de África hoy mismo, ¿me has oído? Me traen sin cuidado tu repugnante poligamia y tus mujeres, unas pobres criaturas privadas de libertad. Soy un romano monógamo con una esposa que dirige su propio negocio, sabe leer y escribir, y se espera de ella que se comporte virtuosamente sin necesidad de eunucos ni encierro. Escupo en tus mujeres, y escupo en ti. -Catón ilustró este punto escupiendo, no como un hombre expulsando flema, sino como un gato furioso.

-¡Guardia, guardia!

La guardia irrumpió en la sala, seguida de cerca por los tres príncipes numidios. Masinissa, Saburra y el joven Arabión quedaron atónitos al ver a Catón con una docena de lanzas apoyadas en el pecho, la espalda y los costados. Catón no prestó la menor atención a esas armas, ni retrocedió un solo paso.

-Mátame, Juba, y desencadenarás un caos. Soy Marco Porcio Catón, senador y *propretor* al mando de Utica. ¿Crees que vas a intimidarme cuando he plantado cara a hombres como César y Pompeyo Magno? Mira bien este rostro y sabrás que pertenece a un hombre que nunca se aparta de su camino, que no admite soborno ni corrupción. ¿Cuánto le pagas a Varo para que tolere a individuos como tú en su provincia? Bueno, en fin, Varo puede hacer lo que le dicte su codicia, pero no se te ocurra siquiera sacar tu dinero para sobornarme. Márchate de la provincia de África hoy, Juba, o te juro por Sol Indiges, Tellus y Liber Pater que iré en busca de nuestro ejército, lo movilizaré en una hora y os proporcionaré a todos la muerte de un esclavo: la crucifixión.

Apartó las lanzas con desdén, se dio media vuelta y salió.

Esa misma noche, el rey Juba y su séquito viajaban camino de Numidia. Antes habían apelado al gobernador Atio Varo, pero éste se echó a temblar y dijo que cuando Catón estaba de ese humor, lo más aconsejable era obedecer.

La marcha de Juba puso fin al nerviosismo que había reinado en Utica; la ciudad pasó a venerar el suelo que Catón pisaba, pero si él se hubiera enterado, habría reunido a toda la población y le habría lanzado una diatriba sobre la impiedad.

En cuanto a su propia situación, se sentía a gusto. El trabajo civil era lo suyo; sabía que era algo que hacía muy bien.

Pero ¿dónde está César?, se preguntó mientras se acercaba paseando al puerto para observar las incesantes idas y venidas. ¿Cuándo aparecerá? Aún no se sabe nada de su paradero, y en Roma la crisis es cada día más peligrosa. Eso significa que cuando se presente, tendrá que ocuparse de los asuntos de Roma en cuanto expulse a Farnaces de Anatolia. Aún faltan

meses para su llegada; cuando aparezca en África estaremos entumecidos. ¿Es ése su truco? Nadie sabe mejor que César lo dividido que está nuestro alto mando. Así que me corresponde a mí mantener la paz entre todos esos necios durante como mínimo seis meses. Tendré que moderar la brutalidad del bárbaro Labieno además de frustrar las intenciones de nuestro astuto rey Juba, por no mencionar a un gobernador cuya principal ambición bien puede ser actuar como chambelán mayor de un extranjero numidio.

En medio de estas tristes reflexiones, advirtió que un joven se acercaba a él con una sonrisa vacilante en el rostro. Entornando los ojos (desde la marcha tenía problemas de visión), examinó aquella silueta familiar hasta que de pronto la reconoció. ¡Marco! Su único hijo.

-¿Qué estás haciendo aquí en lugar de estar oculto en Roma? -preguntó haciendo caso omiso de los brazos extendidos del muchacho.

La cara de su hijo, tan parecida a la de Catón pero sin la expresión de firme determinación, se contrajo.

-Padre, pensaba que era el momento de unirme al esfuerzo republicano en lugar de quedarme escondido en Roma -dijo el joven Catón.

-Una acción correcta, Marco, pero te conozco. ¿Qué ha sido exactamente lo que ha provocado esta decisión tardía?

-Marco Antonio amenaza con confiscar nuestras propiedades.

-¿Y mi esposa? ¿La has dejado a merced de Marco Antonio?

-Fue Marcia quien insistió en que viniera.

-¿Y tu hermana?

-Porcia vive aún en casa de Bibulo.

-¿Y mi propia hermana?

-La tía Porcia está convencida de que Antonio se dispone a confiscar las propiedades de Ahenobarbo, así que ha comprado una casita en la Aventina por si acaso. Ahenobarbo invirtió magníficamente su dote, dice ella; ha estado dándole intereses durante treinta años. Me ha pedido que te dé recuerdos suyos. También te los envían Marcia y Porcia.

-¡Qué ironía! ¡Que el más capacitado e inteligente de mis dos hijos haya sido mujer!, pensó Catón. Mi marcial y valiente Porcia sigue al pie del cañón. ¿Qué decía Marcia en aquella última carta que leí? ¿Que Porcia está

enamorada de Bruto? Bueno, intenté casarlos, pero Servilia se opuso. ¿Su precioso y castrado hijo casarse con su prima, la hija de Catón? ¡Ja! Servilia antes lo mataría.

-Marcia ruega que le escribas -dijo el joven Catón.

-Mejor será que vengas conmigo a casa, muchacho; tengo sitio para ti -dijo su padre, eludiendo la respuesta-. ¿Aún se te dan bien los trabajos administrativos?

-Sí, padre.

Allí se acabaron las esperanzas que albergaba el joven de que su padre, al verlo otra vez, le perdonara sus defectos. Sus debilidades.

Imposible. Catón no tenía defectos, ni debilidades. Catón nunca se apartaba del buen camino. ¡Qué terrible era ser hijo de un hombre sin flaquezas!



PONER LAS COSAS EN ORDEN EN ASIA MENOR

De junio a septiembre del año 47 a.C.

Capítulo 1

Las cosas no iban bien para Judea desde que la vieja reina Alejandra muriera el mismo año en que nació Cleopatra; viuda del formidable Alejandro Janeo, consiguió reinar en una Siria al borde de la desintegración. No obstante, entre su propio pueblo judío sus esfuerzos no eran valorados ni admirados por todo el mundo, ya que sus simpatías se inclinaban por los fariseos; hiciera lo que hiciera la reina, resultaba inaceptable para los saduceos, los cismáticos samaritanos, los herejes galileos del norte, y la población no judía de la Decápolis. Judea se hallaba en un estado de indefinición religiosa.

La reina Alejandra tenía dos hijos: Hircán y Aristóbulo. Tras la muerte de su esposo, eligió al mayor, Hircán, para sucederla, probablemente porque él la obedecería sin rechistar. Lo nombró de inmediato sumo sacerdote, pero murió antes de poder cimentar el poder de su hijo. En cuanto la enterraron, su hijo menor se apoderó tanto del sumo sacerdocio como del trono.

Pero el hombre con mejores dotes naturales de la corte judía era un idumeo, Antipater; gran amigo de Hircán, estaba enemistado con Aristóbulo desde hacía tiempo, así que cuando éste usurpó el poder, Antipater rescató a Hircán y los dos huyeron. Les dio refugio el rey Aretas del país árabe de Nabatea, muy rico gracias al comercio con la costa malabar de la India y la isla de Taprobane. Antipater estaba casado con la sobrina del rey Aretas, Cipros; había sido un matrimonio por amor, pero al casarse con una gentil, Antipater perdió toda oportunidad de ocupar el trono judío, pues su descendencia, cuatro hijos y una hija, no eran judíos.

La guerra entre Hircán y Antipater por un lado y Aristóbulo por el otro siguió, complicada por la repentina aparición de Roma como una potencia en Siria; Pompeyo Magno llegó para convertir Siria en provincia romana poco después de la derrota de Mitrídates el Grande y su aliado armenio,

Tígranes. Los judíos se levantaron e hicieron perder la paciencia a Pompeyo, que se vio obligado a marchar hacia Jerusalén y tomarla en lugar de quedarse a pasar cómodamente el invierno en Damasco. Hircán fue nombrado sumo sacerdote, pero Judea pasó a formar parte de la nueva provincia romana de Siria, privada de toda autonomía.

Aristóbulo y sus hijos siguieron creando problemas, con la ayuda de una serie de inútiles gobernadores romanos de Siria. Finalmente llegó allí Aulo Gabinio, amigo y seguidor de César y buen militar él mismo. Confirmó a Hircán en el puesto de sumo sacerdote y le otorgó cinco regiones como fuente de ingresos: Jerusalén, la Sefora galilea, Gazara, Amato y Jericó. Aristóbulo, indignado, se opuso; Gabinio le hizo frente con una guerra breve, intensa y eficaz, y Aristóbulo y uno de sus hijos acabaron en un barco rumbo a Roma por segunda vez. Gabinio partió hacia Egipto a fin de volver a colocar a Tolomeo Auletes en el trono, contando con el ferviente apoyo de Hircán y Antipater. Gracias a ellos, Gabinio pudo desplazar sin dificultad la frontera egipcia más al norte de Pelusium, cuya población judía no se opuso a él.

Marco Licinio Craso, excelente amigo de César y el siguiente gobernador de Siria, heredó una provincia pacífica, incluso en torno a Judea. Por desgracia para los judíos, Craso no respetaba las religiones, las costumbres y los derechos locales; irrumpió en el Gran Templo y se llevó todo aquello de valor que contenía, incluidos dos mil talentos de oro guardados en el sanctasanctórum. El sumo sacerdote Hircán lo maldijo en nombre del dios judío, y Craso pereció poco después en Carrae. Pero el botín del Gran Templo nunca se devolvió.

Siguió como gobernador no oficial un simple cuestor, Cayo Casio Longino, el único superviviente de cierta importancia de Carrae. Pese a no ser elegible, Casio tomó serenamente las riendas del gobierno en Siria y empezó a recorrer la provincia para prevenirla contra cierta invasión partía. En Tiro conoció a Antipater, quien trató de explicarle las complejidades de la religión y la raza en el sur de Siria, y por qué los judíos combatían permanentemente en dos frentes, entre sus propias facciones religiosas y contra cualquier potencia extranjera que pretendiera imponer disciplina.

Cuando Casio consiguió reunir dos legiones, las lanzó encarnizadamente contra un ejército galileo decidido a aniquilar a Hircán. Poco después, los partios en efecto invadieron la provincia, y el cuestor de treinta años Cayo Casio fue el único obstáculo capaz de contener al ejército partio que quería conquistar Siria. Casio actuó de manera brillante, derrotó de un modo decisivo las hordas partias, y expulsó al príncipe Pacoro de los partios.

Así que cuando por fin Marco Calpurnio Bibulo, miembro de los *boni* y enemigo de César, se dignó llegar allí para gobernar Siria poco antes de que se desencadenara la guerra civil, encontró una provincia en paz y todos los libros en orden. ¿Cómo se atrevía un simple cuestor a hacer lo que había hecho? ¿Cómo se atrevía un simple cuestor a gobernar una provincia? Desde el punto de vista de los *boni*, un simple cuestor debía quedarse cruzado de brazos hasta la llegada del siguiente cuestor, pasara lo que pasara, incluidas las insurrecciones judías y las invasiones partias. Tal era la mentalidad de los *boni*. En consecuencia, Bibulo adoptó una actitud glacial hacia Casio, a quien ni siquiera dirigió unas palabras de agradecimiento. En lugar de eso ordenó a Casio marcharse de Siria de inmediato, pero no sin antes darle un sermón sobre la inconveniencia de asumir las responsabilidades de un cuestor conforme al *mos maiorum*.

¿Por qué, pues, eligió Casio el bando de los *boni* en la guerra civil? Desde luego no por amor a su cuñado Bruto, pese a que adoraba a la madre de Bruto, Servilia. Pero ella se mantuvo neutral en el conflicto: tenía parientes cercanos en ambos bandos. Una razón de la actitud de Casio estribaba en la antipatía instintiva de éste hacia César: no eran distintos en el sentido de que los dos habían asumido el mando militar muy jóvenes sin la aprobación del gobernador -César en Tralles, de la provincia de Asia, Casio en Siria-, y en que los dos eran valientes, vigorosos y realistas. Desde el punto de vista de Casio, César había acumulado demasiada gloria para sí mismo con aquella asombrosa guerra de nueve años en la Galia Transalpina... ¿Cómo podía encontrar Casio, llegada la hora, alguna campaña la mitad de vistosa que aquélla? Sin embargo, eso no era nada en comparación con el hecho de que César había marchado sobre Roma en el momento en que Casio ocupaba su puesto como tribuno de la Asamblea de

la Plebe, interrumpiendo la rutina de la administración y arruinando las posibilidades de Casio de obtener un gran éxito en la más inmortal de las magistraturas. Otro motivo se sumaba al aborrecimiento de Casio: César era el padre natural de la esposa de Casio, la tercera hija de Servilia, Tertula. Legalmente era hija de Silano y recibió de éste una gran dote, pero media Roma -incluido Bruto- sabía de quién era hija Tertula en realidad. Cicerón tuvo la temeridad de hacer chistes al respecto.

Después de saquear unos cuantos templos para financiar la guerra republicana contra César, Casio fue enviado a Siria con la misión de reunir una flota para Pompeyo. Navegar por alta mar se adecuaba mucho más a sus gustos que ser un insignificante miembro de la cadena de mando de Pompeyo. Descubrió que su talento militar se desplegaba en la guerra naval e infligió una derrota ignominiosa a la flota de César frente a Mesina, en Sicilia. Más tarde, ante las costas de Vibo, en el mar toscano, interceptó al almirante de César, Sulpicio Rufo, y lo habría derrotado también de no ser por la diosa Fortuna. Una legión de veteranos de César observaba la batalla desde la orilla. Cansados de la ineptitud de Sulpicio, se apropiaron de la flota de pesca local, remaron hasta la multitud de barcos de guerra enfrentados en combate y arremetieron de tal modo contra Casio que éste tuvo que huir en una nave ajena para salvar la vida cuando los veteranos le hundieron la suya.

Lamiéndose las heridas del espíritu, Casio decidió retirarse al este para avituallarse y conseguir unos cuantos barcos más para sustituir los que habían mandado a pique los hombres de César. Pero cuando navegaba desde Numibia la suerte volvió a sonreírle; se cruzó con una docena de barcos mercantes cargados de leones y leopardos para su venta en Roma. ¡Qué maravilla! ¡Valían un dineral! Con los barcos mercantes bajo su custodia atracó en la Megara griega para cargar agua y alimentos. Megara era una ciudad fanáticamente leal a la república, y allí le prometieron cuidar de los leones y leopardos hasta que él encontrara un lugar más remoto donde esconderlos; cuando Pompeyo venciera, Casio se los vendería al propio Pompeyo para los juegos que celebrarían la victoria. Con los felinos enjaulados en tierra firme, Casio zarpó con una docena de barcos mercantes

vacíos para ponerlos al servicio de Cneo Pompeyo como naves de transporte.

En su siguiente escala se enteró de la derrota de Farsalia. Atónito, huyó a Apolonia, en Cirenaica, donde encontró a muchos refugiados de Farsalia: Catón, Labieno, Afranio y Petreyo entre ellos. No obstante, ninguno estaba dispuesto a prestar atención a un joven y prometedor tribuno de la Asamblea de la Plebe privado de su cargo a causa de la guerra civil. Así que se hizo a la mar indignadísimo, negándose a donar sus naves a la causa republicana en la provincia de África. ¡Pueden meterse la provincia de África donde les quepa! No quiero formar parte de una campaña en la que interviene Catón o Labieno, o ese engreído de Metelo Escipión.

Regresó a Megara para recoger sus leones y leopardos, y allí descubrió que habían desaparecido. Quinto Fufio Caleno había ido a conquistar la ciudad para César; los habitantes abrieron las jaulas y dejaron sueltos a los leones y leopardos para que se comieran a los hombres de Caleno. Los animales, en lugar de eso se comieron a los habitantes de Megara. Fufio Caleno rodeó a las bestias, volvió a meterlas en sus jaulas y las embarcó rumbo a Roma para los juegos en celebración de la victoria de César. Casio quedó desolado.

En Megara descubrió un hecho interesante, sin embargo: Bruto se había rendido a César después de Farsalia, había sido indultado y en el presente ocupaba el palacio del gobernador en Tarso, mientras que el propio César se había ido en busca de Pompeyo, y Calvino y Sextio habían marchado a Armenia Parva para enfrentarse con Farnaces.

Así pues, sin otro sitio mejor a donde dirigirse, Cayo Casio viajó a Tarso. Entregaría su flota a Bruto, su cuñado y coetáneo (sólo se llevaban cuatro meses); si no podía quedarse en Tarso, al menos averiguaría a través de Bruto qué había de real y qué de confabulación. Quizá de este modo podría decidir más serenamente qué hacer con el resto de su arruinada vida.

Bruto se alegró tanto de ver a Casio quilo abrazó y besó fervientemente, lo hizo entrar con gran amabilidad al palacio y le proporcionó unos cómodos aposentos.

-Insisto en que te quedes aquí en Tarso -dijo Bruto tras una buena cena- y esperes a César.

-Me procribirá -contestó Casio apesadumbrado.

-¡No, no, no! Casio, te doy mi palabra de que la política de César es la clemencia. Tu caso es similar al mío. No has combatido en la guerra contra él después de que él te indultara, porque él no ha tenido ocasión de verte para indultarte. Con toda seguridad acabarás perdonado. Después, César te promocionará en tu carrera como si nada de esto hubiera ocurrido.

-Excepto que deberé mi futura carrera -masculló Casio- a su generosidad, su aprobación, su condescendencia. ¿Qué derecho tiene César a indultarme, a fin de cuentas? No es rey, ni yo su súbdito. Los dos somos iguales ante la ley.

Bruto decidió hablar con franqueza:

-César tiene el derecho del vencedor en una guerra civil. Vamos, Casio, ésta no es la primera guerra civil de Roma; al menos ha habido ocho desde Cayo Graco, y los que estaban del lado del vencedor nunca han sufrido, en cambio los del lado perdedor sí, sin duda. Hasta ahora. Ahora, con César, nos encontramos ante un vencedor dispuesto a olvidar el pasado. Es la primera vez que ocurre, Casio, la primera vez. ¿Qué deshonor hay en aceptar un indulto? Si la palabra te molesta, llámalo de otra manera, por ejemplo, lo pasado pasado está. No te obligará a arrodillarte ante él ni te dará la impresión de que te considera un insecto. Conmigo fue muy amable, no me reprochó nada, y noté su genuina satisfacción por poder hacerme tan pequeño favor. Así es como lo ve él, Casio, sinceramente. Como si ponerse del lado de Pompeyo fuera una pequeñez, algo a lo que todo hombre tenía derecho si lo consideraba su obligación. César es un hombre de buena crianza, y no tiene necesidad de engrandecerse rebajando a los demás.

-Si tú lo dices... -dijo Casio con la cabeza gacha.

-Bueno, aunque yo era demasiado constitucional para concebir la idea de ponerme al lado de César -declaró Bruto, sin tener la menor idea de qué era la constitucionalidad-, la verdad es que Pompeyo Magno era mucho más bárbaro. Vi lo que ocurría en el campamento de Pompeyo, vi cómo consentía que Labieno se comportase... se comportase... ¡Oh, no puedo

hablar de ello! Si César hubiera estado en la Galia italiana cuando estuvo allí mi difunto padre con Lépido, nunca lo habría asesinado sin más; Pompeyo, en cambio, sí lo hizo. Pienses lo que pienses de César, es un romano hasta la médula.

-También yo -replicó Casio.

-¿Y acaso yo no? -preguntó Bruto.

-¿Estás seguro?

-Absolutamente seguro.

Pasaron a continuación a comentar las noticias de Roma, pero lo cierto era que ninguno de los dos sabía demasiado, sólo rumores y habladurías. Se decía que Cicerón había vuelto a Italia y que Cneo Pompeyo iba rumbo a Sicilia, pero no había llegado ninguna carta de Servilia, ni de Porcia, ni de Filipo, ni de nadie en Roma.

Finalmente, Casio se calmó lo suficiente para permitir a Bruto hablar de los asuntos de Tarso.

-Aquí puedes ayudar mucho, Casio. Tengo órdenes de reclutar y adiestrar más legiones, pero si bien puedo reclutar con relativa facilidad, soy incapaz de adiestrar. Tú has traído a César una flota y barcos de transporte, que él te agradecerá, pero puedes mejorar tu posición ante él si me ayudas con la instrucción. Al fin y al cabo estas tropas no son para una guerra civil, sino para la guerra contra Farnaces. Calvino se ha retirado a Pérgamo, pero Farnaces está demasiado ocupado devastando Ponto para molestarse en seguirlo. Así que cuantos más soldados reunamos, tanto mejor. El enemigo es extranjero.

Eso había ocurrido en enero. Cuando Mitrídates de Pérgamo pasó por Tarso a finales de febrero camino de Alejandría para reunirse allí con César, Bruto y Casio pudieron proporcionarle una legión completa de hombres razonablemente preparados. Ninguno de ellos tenía noticia de la guerra de César en Alejandría pero sí se sabía que Pompeyo había sido asesinado vilmente por la cábala palaciega del rey Tolomeo. Se habían enterado no por César desde Egipto, sino por una carta de Servilia, quien les contó que César había enviado las cenizas de Pompeyo a Cornelia Metela. Tanto se

explayó Servilia al respecto que incluso dio los nombres de los miembros de la cábala: Poteino, Teodoto y Aquiles.

Bruto y Casio continuaron con la labor de transformar civiles en soldados de Roma, mientras esperaban pacientemente en Tarso el regreso de César. Por fuerza tenía que regresar para ocuparse de Farnaces. Nada ocurriría hasta que las nieves se fundieran en los puertos de montaña en Anatolia, pero cuando llegara la primavera, llegaría también César.

A principios de abril se produjo un ligero alboroto, una conmoción.

-Marco Bruto -anunció el capitán de la guardia de palacio-, hemos detenido a un individuo ante tu puerta. Indigente, andrajoso. Pero insiste en que trae información importante para ti desde Egipto.

Bruto arrugó la frente, y su mirada melancólica reflejó las dudas y las indecisiones que siempre lo atormentaban.

-¿Cómo se llama?

-Teodoto, ha dicho.

Bruto, tensándose, se sentó más erguido.

-¿Teodoto?

-Eso ha dicho.

-Tráelo, y quédate, Anfión.

Anfión acompañó hasta allí a un hombre de unos sesenta años, cubierto en efecto de andrajos, pero esos andrajos conservaban aún un color ligeramente púrpura. Tenía en el rostro arrugado una expresión hosca y servil. Bruto sintió de inmediato una repulsión física por el afeminamiento tan poco romano de aquel hombre, la afectada sonrisa que dejaba al descubierto unos dientes cariados y ennegrecidos.

-¿Teodoto? -preguntó Bruto.

-Sí, Marco Bruto.

-¿El mismo Teodoto que fue tutor del rey Tolomeo de Egipto?

-Sí, Marco Bruto.

-¿Qué te trae por aquí y en tan lamentable estado?

-El rey ha sido derrotado y muerto, Marco Bruto.

-Los labios de Teodoto se contrajeron en un silbido-. César personalmente lo ahogó en el río después de la batalla.

-¿César lo ahogó?

-Sí, personalmente.

-¿Por qué iba a hacer César una cosa así si lo había derrotado? -Para eliminarlo del trono egipcio. Quiere que su ramera, Cleopatra, reine sin rival.

-¿Por qué acudes a mí con la noticia, Teodoto?

Los ojos legañosos se abrieron de par en par con una expresión de sorpresa.

-Porque tú no sientes ningún afecto por César, Marco Bruto; todo el mundo lo sabe. Te ofrezco un instrumento que te ayude a destruir a César.

-¿Viste tú mismo a César cuando ahogaba al rey?

-Con mis propios ojos.

-Entonces ¿cómo es que sigues vivo?

-Escapé.

-¿Una criatura débil como tú escapó de César?

-Estaba oculto entre los papiros.

-Pero viste a César ahogar personalmente al rey.

-Sí, desde mi escondite.

-¿Fue el ahogamiento un acontecimiento público?

-No, Marco Bruto. Estábamos solos.

-Juras que eres realmente Teodoto el tutor?

-Lo juro por el cadáver de mi rey muerto.

Bruto cerró los ojos, lanzó un suspiro, los abrió, y volvió la cabeza para mirar al capitán de la guardia.

-Anfión, lleva a este hombre a la plaza pública junto al ágora y crucifícalo. Y no le rompas las piernas.

Teodoto quedó boquiabierto.

-Marco Bruto, soy un hombre libre, no un esclavo. He venido a ti de buena fe.

-Vas a recibir la muerte de un esclavo o de un pirata, Teodoto, porque la mereces. ¡Necio! Si has de mentir elige tus mentiras con más cuidado... y elige también con más cuidado a quién se las cuentas. -Bruto le volvió la espalda-. Anfión, llévatelo y ejecuta la sentencia de inmediato.

-Hay un viejo patético amarrado a una cruz en la plaza principal - comentó Casio cuando fue a cenar-. Dicen los guardias de servicio que has prohibido que le rompan las piernas.

-Sí -contestó Bruto plácidamente, dejando el papel que leía.

-Es un tanto excesivo, ¿no? Tardan días en morir si no se les rompen las piernas. No sabía que eras tan duro. ¿Es un viejo esclavo un digno objetivo, Bruto?

-No es un esclavo -dijo Bruto, y le contó la historia.

Casio no quedó complacido.

-Por Júpiter, ¿qué te pasa? Deberías haberlo enviado a Roma de inmediato -dijo con la respiración acelerada-. Ese hombre era testigo presencial de un asesinato.

-*Gerrae* -dijo Bruto, arreglando una pluma de junco-. Por más que detestes a César, Casio, lo conozco desde hace muchos años y eso me da objetividad suficiente para saber que Teodoto no ha dicho más que mentiras. César es muy capaz de cometer un asesinato, pero en el caso del rey de Egipto le bastaba con entregárselo a su hermana para que ella lo ejecutara. Los Tolomeos son aficionados a asesinarse entre sí, y éste había estado en guerra con su hermana. ¿Ahogar César al muchacho en un río? No es su estilo. Lo que me desconcierta es que Teodoto pensara que en mí encontraría un oído dispuesto a escuchar, o que pensara que un romano daría crédito a uno de los tres hombres responsables de la horrenda muerte de Pompeyo. Así que también era responsable el rey. No soy un hombre vengativo, Casio, pero puedo decirte que me ha proporcionado gran satisfacción crucificar a Teodoto.

-Hazlo bajar, Bruto.

-¡No! No discutas conmigo, Casio, y no me levantes la voz. Yo soy el gobernador de Cilicia, no tú, y ordeno que Teodoto debe morir.

Pero cuando Casio escribió a Servilia, le relató el destino de Teodoto en Tarso de manera muy distinta. César había ahogado en el río al muchacho de catorce años para complacer a la reina Cleopatra. Casio no temía que Bruto escribiera su propia versión, ya que Bruto y su madre no se llevaban

bien, así que, el hijo nunca le escribió. Si escribió a alguien, fue a Cicerón.
Un par de timoratos, Bruto y Cicerón.

Capítulo 2

Sólo una carretera salía de Pelusium en dirección norte. Seguía la costa del Mare Nostrum y atravesaba un territorio yermo e inhóspito hasta entrar en Siria Palestina por la ciudad de Gaza. A partir de ahí el terreno era un poco menos desolado, y empezaban a aparecer pueblos con cierta regularidad. Demasiado pronto aún para la cosecha del grano, pero Cleopatra les había dado numerosos camellos bien cargados, importados de Arabia; eran unas extrañas criaturas que lanzaban unos terribles gemidos pero no necesitaban beber a diario como los caballos de los germanos.

César no perdió tiempo hasta que llegó a Tolemaida, una población bastante grande situada poco más allá del cabo norte de una ancha bahía. Allí se detuvo durante dos días para entrevistarse con el contingente judío, al que había convocado desde Jerusalén mediante una carta que explicaba cortésmente su apremio de tiempo. Allí lo esperaban Antipater, su esposa Cipros y sus dos hijos mayores, Fasael y Herodes.

-¿Hircán no está? -preguntó César enarcando las cejas.

-El sumo sacerdote no puede abandonar Jerusalén ni siquiera por el dictador de Roma -contestó Antipater-. Es una prohibición religiosa que con toda seguridad el *pontifex maximus* de Roma sabrá perdonar.

César entornó sus ojos claros.

-Por supuesto. ¡Qué descuidado de mi parte!

Una familia interesante, pensaba César. Cleopatra le había hablado de ellos, le había explicado que allí donde Antipater iba, lo acompañaba siempre Cipros; una pareja muy bien avenida. Antipater y Fasael eran hombres apuestos, tenían la misma piel ligeramente oscura que Cleopatra, pero no la nariz de ésta. Ojos oscuros, cabello oscuro, estatura considerable. Fasael tenía el porte de un príncipe guerrero, en tanto que su padre presentaba más bien el aspecto de un funcionario enérgico. Herodes

procedía de una rama distinta del árbol genealógico; era bajo, propenso al exceso de peso, y podría haber pasado por primo cercano del banquero preferido de César, Lucio Cornelio Balbo, de la hispana ciudad de Gades. Sangre fenicia: boca carnosa, nariz aguileña, ojos separados y párpados caídos. Los tres iban bien afeitados y llevaban el pelo corto, lo cual indujo a César a pensar que no eran judíos en todos los sentidos. Racialmente, como él sabía, eran idumeos que habían abrazado la fe judaica, pero se preguntaba en qué consideración los tenían los judíos de Jerusalén. Cipros, una árabe nabatea, era la que más se parecía a Herodes, aunque poseía un peculiar encanto del que carecía su hijo por completo; la redondez de sus formas la hacía deseable y en sus ojos se adivinaba una gran sensualidad. No obstante, especuló César, quizá Cipros iba con Antipater a todas partes para asegurarse de que él seguía siendo suyo y sólo suyo.

-Puedes decirle a Hircán que Roma reconoce plenamente su sumo sacerdocio, y que puede llamarse a sí mismo rey de Judea-anunció César.

-¿Judea? ¿Qué Judea es ésa? ¿El reino de Alejandro Janeo? ¿Volveremos a tener un puerto en Joppa? -preguntó Antipater con tono más de cautela que de ansiedad.

-Me temo que no -respondió César con amabilidad-. Sus límites son los que trazó Aulo Gabinio: Jerusalén, Amato, Gazara, Jericó y Sefora galilea.

-No un territorio continuo sino cinco distritos.

-Así es, pero todos los distritos son ricos, en especial Jericó.

-Necesitamos acceso al Mar Vuestro.

-Lo tenéis, ya que Siria está siendo gobernada como provincia romana. Nadie os impedirá utilizar ningún puerto. -Su mirada era cada vez más fría-. Mi querido Antipater, a caballo regalado no le mires el diente. Te garantizaré que no se acuartelarán tropas en ningún territorio de Judea, y declaro exentos de tributos a todos los territorios de Judea. Teniendo en cuenta las rentas derivadas del bálsamo de Jericó, es un buen trato para Hircán, aunque tenga que pagar las tarifas portuarias.

-Sí, naturalmente -dijo Antipater adoptando una expresión de gratitud.

-También puedes decirle a Hircán que tiene entera libertad para reconstruir las murallas de Jerusalén y fortificarlas.

-¡César! -exclamó Antipater-. Es una noticia excelente.

-En cuanto a ti, Antipater -prosiguió César con una mirada un tanto más benévola-, os otorgo a ti y a tus descendientes la ciudadanía romana, os eximo de todos los impuestos personales, y a ti, Antipater, te declaro principal ministro del gobierno de Hircán. Tengo entendido que las obligaciones de un sumo sacerdote son difíciles de cumplir, que necesita ayuda civil.

-Eres muy generoso, muy generoso -dijo Antipater.

-Ah, pero hay condiciones. Tú e Hircán debéis conservar la paz en el sur de Siria, ¿queda claro? No quiero rebeliones ni aspirantes al trono. A mí me trae sin cuidado si queda alguien o no de la línea de Aristóbulo. Todos ellos han sido una molestia para Roma y una continua fuente de conflictos locales. Así pues, no ha de ser necesario que ningún gobernador de Siria marche en dirección a Jerusalén, ¿entendido?

-Entendido, César.

Ninguno de sus dos hijos, advirtió César, dejó traslucir expresión alguna en su rostro. Pensaran lo que pensaran, ni Fasaél ni Herodes manifestarían nada en presencia de romanos.

Tiro, Sidón, Biblos y las restantes ciudades de Fenicia salieron peor libradas que Judea; y también Antioquía, cuando César llegó allí. Todas se habían puesto del lado de Pompeyo con entusiasmo, le habían proporcionado dinero y barcos. Por consiguiente, decidió César, cada una de ellas pagaría una multa equivalente al valor de lo que había proporcionado a Pompeyo, y a la vez daría a César lo mismo que había dado a Pompeyo. Para asegurarse de que se obedecían sus órdenes, dejó a su joven primo Sexto Julio César en Antioquía como gobernador provisional de Siria, cargo que el joven, nieto del tío de César, sintiéndose muy halagado, juró desempeñar magníficamente.

En cambio, Chipre ya no sería gobernada desde Siria. César mandó allí al joven Sextilio Rufo en calidad de cuestor, pero no exactamente para gobernar.

-De momento, Chipre no pagará ninguno de los impuestos y tributos romanos, y los productos de la tierra irán aparar a Egipto. La reina

Cleopatra ha enviado un gobernador, Serapion. Tu trabajo, Rufo, consistirá en cerciorarte de que Serapion se comporta como es debido -indicó César-. Es decir, según los criterios de Roma, no de Egipto.

Que excluyera a Chipre del Imperio romano no gustó a Tiberio Claudio Nerón, a quien César encontró oculto en Antioquía, convencido aún de que no había hecho nada malo en Alejandría.

-¿Significa eso que has asumido la responsabilidad de devolverle Chipre a la corona egipcia? -preguntó Nerón a César con incredulidad.

-Aunque así fuera, Nerón, ¿es acaso asunto tuyo? -preguntó César con suma frialdad-. Contén tu lengua.

Más tarde Sextilio Rufo dijo a Nerón:

-¡Necio! César no está dando nada que pertenezca a Roma. Su única intención es permitir que la reina de Egipto explote la madera y el cobre de Chipre para reconstruir su ciudad y su flota, y obtenga grano para paliar el hambre. Si Cleopatra cree que Chipre vuelve a ser de Egipto, allá ella. César sabe bien cuál es la situación.

Y así, pues, partieron hacia Tarso a principios de *quinctilis*, tras un mes de viaje. Disciplinar a Siria había llevado su tiempo.

Gracias a Hapd'efan'e, César se encontraba bien. Había recuperado su peso normal y no padecía de mareos y náuseas. Había aprendido a tomarse cualquier zumo o brebaje que Hapd'efan'e le administrara a intervalos regulares durante el día, y toleraba la jarra de eso mismo que el médico colocaba junto a su lecho.

Hapd'efan'e estaba prosperando. Montaba un asno llamado Paser y transportaba su equipaje en otros tres llamados Pennut, H'eyna y Sut, cuyos cuévanos estaban repletos de ordenados y misteriosos fardos y paquetes. Aunque César había esperado que siguiera afeitándose la cabeza y vistiendo sus pulcras ropas de hilo blanco, el médicosacerdote no lo hizo así. Llamaba demasiado la atención, dijo cuando le preguntaron. Cha'em le había dado permiso para ataviarse como un griego y llevar el pelo corto como un romano. Si se detenían en cualquier población a pasar la noche; iba a explorar los puestos de hierbas de los mercados, o se sentaba a

conversar con alguna repulsiva arpía ataviada con un collar de pieles de ratón y un cinto de rabos de perro.

César contaba con varios criados libertos para atenderle en sus necesidades personales; era muy exigente con la limpieza de sus prendas, hasta el punto de reclamar que a diario le cambiaran el forro interior de sus botas de marcha, y disponía de un sirviente encargado de depilarle, costumbre que seguía desde hacía tanto tiempo que ya apenas le crecía el vello. Como los criados sentían simpatía por Hapd'efan'e y aprobaban su incorporación al séquito, iban de un lado a otro buscando fruta para él, y se ocupaban de mondarla o exprimirla. Lo que no se le ocurrió pensar a César era que obraban así porque todos ellos sentían un gran aprecio por el propio César, y ahora Hapd'efan'e representaba el bienestar de César. Así pues, le enseñaron latín al inescrutable sacerdote, mejoraron su griego, e incluso disfrutaron de la presencia de aquellos ridículos asnos.

Desde Antioquía, los camellos fueron enviados a Damasco para ser vendidos. César era muy consciente de que se requeriría una gran cantidad de dinero para devolver la estabilidad a Roma; cualquier aportación servía, por pequeña que fuera, incluida la venta de camellos de primera calidad a los pueblos del desierto.

Una fuente de ingresos mucho mayor la encontró en Tiro, la capital mundial de la industria del tinte púrpura, y la que más tuvo que pagar de todas las ciudades sirias en concepto de reparaciones de guerra. Allí un grupo de jinetes se acercó a los romanos y entregó a César una caja de parte de Hircán, otra de parte de Antipater y una tercera de parte de Cipros. Cada una contenía una corona de oro, no una simple diadema de finísimo pan de oro, sino unos adornos extremadamente pesados que nadie podría haberse ceñido sin padecer un severo dolor de cabeza; tenían forma de guirnaldas de hojas de olivo. Pero las coronas que llegaron a continuación, regalo del rey de los partios, eran réplicas de la tiara oriental, un alto tocado en forma de cono truncado; incluso un elefante habría tenido problemas para llevarla, pensó César en broma. Después de eso, llegaron una tras otra las coronas de todos los soberanos de las satrapías situadas a las orillas del río Éufrates, incluso las más pequeñas. Sampsiceramo mandó una en forma de trenza de

oro tachonada con magníficas perlas marinas. El pahlavi de Seleucia envió una de enormes esmeraldas talladas engastadas en oro. Si esto sigue así, pensó César alegremente, podré financiar esta guerra.

Así que cuando la Sexta, los germanos y César llegaron a Tarso, llevaban doce mulas cargadas de coronas.

Tarso parecía prosperar pese a la ausencia del gobernador Sextio y su cuestor Quinto Filipo. Cuando César vio la disposición del campamento de la llanura de Cydnus, quedó estupefacto por el talento de Bruto para la organización militar. El enigma se resolvió cuando entró en el palacio del gobernador y se encontró cara a cara frente a Cayo Casio Longino.

-Sé que no requieres mi intercesión, César, pero me gustaría de todos modos interceder ante ti en favor de Cayo Casio -dijo Bruto con aquella cara de perro apaleado que sólo él era capaz de poner-. Te ha traído una buena flota y su ayuda ha sido inestimable en la instrucción de los soldados. Entiende mucho más que yo en cuestiones militares.

¡Oh Bruto, pensó César suspirando; con tus filosofías y tus granos, tus tristezas y tus préstamos!

No recordaba haber conocido a Cayo Casio, a cuyo hermano mayor, Quinto, sí conocía bien desde la campaña contra Afranio y Petreyo en la Hispania Citerior; después de la cual lo había enviado a gobernar la Hispania Ulterior. Esto no significaba que no conociera a Cayo, sino simplemente que cuando César hizo su última y corta visita a Roma para enterarse del estado de cosas, Cayo Casio debía de ser un joven que empezaba su carrera de abogado en los tribunales de justicia, y por tanto apenas digno de consideración. Aunque César sí recordaba lo mucho que habían complacido a Servilia los esponsales de Cayo con Tertula. ¡Por todos los dioses, se dijo, este hombre es el marido de mi hija natural! Espero que la meta en cintura, Julia decía que Servilia la mimaba demasiado.

Bueno, ahora Cayo Casio era un hombre de treinta y seis años. Alto pero no demasiado, de complexión robusta y aire marcial, con unas facciones regulares que tal vez algunas mujeres consideraban atractivas, un amago de sonrisa en las comisuras de los labios, un mentón muy obstinado, y la clase de cabello que era la desesperación de un barbero: fuerte, rizado,

e imposible de domar a menos que estuviera muy corto, como lo llevaba Casio; al igual que los ojos, el cabello era castaño claro.

Miró a César sin parpadear, con una expresión de ira mezclada con un ligero desdén. Vaya, pensó César; a Casio no le gusta que le hagan desempeñar el papel de suplicante. Si le doy la menor excusa, me echará el indulto a la cara, saldrá de aquí precipitadamente y se clavará su propia espada bajo las costillas. Entiendo por qué Servilia le tiene tanto cariño. Es precisamente como le gustaría que fuera el pobre Bruto.

-Ya sabía yo que sólo una persona que ha estado en varios campamentos podía haber organizado el de Tarso -comentó César con desenfado extendiendo la mano derecha con una sonrisa franca-. ¡Cayo Casio, cómo no! ¿Cómo puede Roma darte las gracias por mantener a los partios fuera de Siria tras la muerte del pobre Marco Craso? Confío sinceramente en que te hayan acogido como mereces, en que estés aquí a gusto.

Y de este modo el momento pasó sin que fuera necesario hablar de indultos; Cayo Casio no tuvo más remedio que aceptar la mano que César le tendía con tanta naturalidad, no tuvo otro remedio que sonreír, que quitar valor a sus hazañas en Siria unos años antes. Aquel patricio, demasiado apuesto, demasiado encantador, se las había ingeniado para indultarlo con un apretón de manos y un cálido saludo personal.

-He enviado previamente a Calvino para que nos espere dentro de diez días en Iconio con todas las tropas que pueda reunir allí-dijo César durante la cena-. Vosotros, Bruto y Casio, marcharéis conmigo.

Bruto, te necesitaré como legado personal, pero a ti, Casio, te cederé encantado el mando de una legión. Calvino envía a Quinto Filipo de vuelta para que gobierne en Tarso, así que en cuanto llegue, partiremos por las Puertas Cilicias hacia Iconio. Marco Antonio ha mandado a Calvino desde Italia dos legiones de ex republicanos, y Calvino sostiene que está otra vez preparado para enfrentarse con Farnaces. -Sonrió, fijando la mirada en algo que estaba más allá de la habitación-. Esta vez las cosas irán de otra manera. César está aquí.

Más tarde Casio dijo a Bruto entre dientes:

-Tiene una seguridad en sí mismo increíble. ¿Nada la ha hecho vacilar nunca?

Bruto parpadeó, recordando el día en que César se presentó en casa de su madre ataviado con todo el esplendor púrpura y carmesí de las vestiduras del *pontifex maximus* y serenamente anunció que iba a casar a Julia con Pompeyo Magno. Me desmayé. No tanto por la conmoción-¡cuánto la amaba!-, sino por la perspectiva de enfrentarme a la cólera de mi madre. César había hecho lo imperdonable, había rechazado a un Servilio Cepio en favor de Pompeyo Magno, el campesino de Piceno. ¡Oh, qué furiosa estaba! Y naturalmente, no culpó a César sino a mí. Me estremezco con sólo recordar aquel día.

-No, nada hace vacilar la seguridad de César -respondió a Casio-. Es innata.

-Si es así, quizá la respuesta sea hundirle un cuchillo en el pecho -masculó Casio.

A causa de los granos, Bruto no podía afeitarse, y tenía que conformarse con recortarse la negra barba lo máximo posible; al oír aquel comentario, se le erizó hasta el último pelo de aquella barba.

-¡Casio! ¡No lo pienses siquiera! -dijo en un susurro aterrorizado.

-¿Por qué no? Matar a un tirano es el deber de todo hombre libre.

-Él no es un tirano; Sila sí lo era.

-Entonces, dime tú cómo hay que llamarlo -replicó Casio con desdén. Recorrió con la mirada el rostro contraído de Bruto. ¡Que las Furias se lleven a Servilia por acobardar así a su hijo! Se encogió de hombros-. No te desmayes, Bruto. Olvida lo que he dicho.

-¡Prométeme que no lo harás! Prométemelo.

A guisa de respuesta, Casio se retiró a sus aposentos, y allí se paseó de un lado a otro hasta que se apagó su ira.

Cuando César abandonó Tarso había reunido un pequeño grupo de republicanos arrepentidos, los cuales habían recibido el indulto sin la humillación de oír la palabra "perdón". En Antioquía, el joven Quinto Cicerón; en Tarso, su padre. Eran los dos que más importaban a César.

Ninguno de ellos estaba interesado en unirse en la campaña contra Farnaces.

-Debería ir a Italia -dijo Quinto padre, suspirando-. Mi estúpido hermano sigue en Brindisi, sin atreverse a aventurarse más allá y a la vez temeroso de regresar a Grecia. -Miró tristemente a César con sus ojos castaños-. El problema es, César, que fuiste un magnífico comandante y fue un placer combatir a tu servicio. Cuando llegó el momento, no pude levantarme en armas contra ti, dijera lo que dijera Marco. -Cuadró los hombros-. Sostuvimos una espantosa discusión en Patrae antes de que él partiera hacia Brindisi. ¿Sabías que Catón intentó nombrarlo comandante en jefe de las fuerzas republicanas?

César se echó a reír.

-Bien, no me sorprende. Catón es un enigma para mí. Posee un don increíble para convencer, y sin embargo nunca se ha formado convicciones propias, y se niega a asumir la responsabilidad de sus acciones. Fue él quien obligó a Magno a entrar en esta guerra, pero cuando Magno se lo reprochó, tuvo el valor de decirle que aquellos que habían iniciado el asunto debían ser quienes le pusieran fin. Se refería a nosotros, los militares. Para Catón, los políticos no crean guerras. Y eso significa que no comprende la naturaleza del poder.

-Todos somos tal como se nos ha educado, César. ¿Cómo escapaste tú a este sino?

-Tuve una madre lo bastante fuerte para oponerse a mí sin aplastarme. Una entre millones, sospecho.

Así que los dos Quinto Cicerón, padre e hijo, les despidieron agitando la mano cuando los vieron partir. Era un aceptable ejército compuesto por dos legiones cilicias, la Sexta y los fieles germanos, quienes habían pasado tanto tiempo lejos de sus brumosos bosques que ya rara vez pensaban en su antigua forma de vida.

Las montañas de Anatolia tenían casi todas más de tres mil metros de altitud, y eran imposibles de atravesar excepto por unos pocos pasos. Las Puertas Cilicias eran uno de ellos: un camino angosto y escarpado entre espesos pinares que recorría el desfiladero de cuyas paredes brotaban

rumorosas cascadas de nieve fundida; allí aún hacía mucho frío de noche en esa época del año. La táctica de César ante obstáculos menores como las bajas temperaturas y la gran altitud era obligar a su ejército a avanzar a toda marcha, de modo que llegada la hora de acampar, todos estaban demasiado agotados para notar el frío, y demasiado mareados a causa de la altura para permanecer despiertos. Insistió en la necesidad de asentar los campamentos debidamente, sin saber, hasta que se reunió con Calvino, cuál era exactamente el paradero de Farnaces; lo único que Calvino le había dicho en su única carta era que el rey de Cimeria había regresado definitivamente.

Tras cruzar el paso, el ejército descendió a la altiplanicie que formaba una especie de cuenco en el centro de la inmensa Anatolia; paraje de colinas y prados, en esa estación presentaba un aspecto verde y exuberante, con pastos idóneos para los caballos, animales de los cuales -advirtió César- había demasiados. Aquello era Licaonia, no Galacia.

Iconio era un pueblo grande en una ruta de comercio importante. Se hallaba en la ladera sur del elevado monte Taurus y estaba encarado hacia el norte frente a una llanura y en la dirección de Galacia y el Ponto occidental. Una carretera llevaba a Capadocia y de allí al Éufrates; otra a las Puertas Cilicias, y de allí a Tarso, Siria, el lado oriental del Mare Nostrum; otra a la provincia de Asia y desde allí al mar Egeo en Esmirna; otra a Ancira en Galacia y de ahí al mar Euxino; y otra a Bitinia, en el Helesponto, y de ahí a Roma por la Via Egnatia. Estas rutas eran transitadas por caravanas, grandes filas de camellos, caballos y mulas guiados por mercaderes armados hasta los dientes en previsión de las bandas de salvajes que merodeaban en los bosques. Una caravana podía ser romana, greco-asiática, cilicia, armenia, media, persa o siria. Por Iconio desfilaban hacia el este lanas teñidas, muebles, madera para ebanistería, vino, aceite de oliva, pinturas y pigmentos y tintes, ruedas gálicas revestidas de hierro, sierras de hierro, estatuas de mármol y cristal de Puteoli; y hacia el oeste: alfombras, tapices, cinc para bronce, sierras de bronce, albaricoques secos, lapislázuli, malaquita, pinceles de pelo de camello, pieles, astracán y cuero de primera calidad.

Lo que no gustaba en Iconio era la llegada de ejércitos, pero eso fue lo que ocurrió a mediados de *quinctilis*: César apareció desde Tarso con tres legiones y su caballería germana; Calvino desde Pérgamo con cuatro buenas legiones romanas. El anormal número de caballos se debía al rey Dejotaro, que había cabalgado hasta allí desde su territorio con dos mil jinetes galacios. Correspondió a Calvino proporcionar alimento al ejército amalgamado, excepto a los galacios, que traían su propia comida.

Calvino traía muchas noticias.

-Cuando Farnaces llegó a Cimeria, Asander tuvo la inteligencia de adoptar tácticas fabianas -explicó, hablando con César en privado-. Por muy de cerca que su padre lo persiguiera, Asander siempre iba un paso por delante. Al final Farnaces desistió, volvió a cargar sus tropas a bordo de los barcos y surcó el Euxino hacia la pobre Amisus, que saqueó por segunda vez. Ha ido a desembarcar en Zela, una parte de Ponto que no conozco, salvo por el hecho de que está bastante lejos de la costa del Euxino cercana a Amaseia, en cuyas rocas están las tumbas de todos los reyes póntricos. Por lo que he oído, es un territorio mucho más amable que el que encontramos en Armenia Parva en diciembre y enero pasados.

Con la cabeza inclinada hacia un mapa dibujado y pintado sobre pergamino de Pérgamo, César trazó una ruta con un dedo.

-Zela, Zela, Zela... Sí, la tengo. -Frunció el entrecejo-. ¡Si tuviéramos unas buenas carreteras romanas! Tendrán que ser la mayor prioridad del próximo gobernador de Ponto. Me temo, Calvino, que deberemos rodear la orilla este del lago Tatta y cruzar el Halys para adentrarnos en las montañas. Necesitaremos buenos guías, lo cual significa, supongo, que tendré que perdonar a Dejotaro por donar a manos llenas dinero y hombres galacios a la campaña republicana.

Calvino sonrió.

-Ah, está aquí con el gorro frigio en la mano, muriéndose de miedo. En cuanto Mitrídates fue derrotado y Pompeyo Magno recorrió toda Anatolia repartiendo tierras, Dejotaro extendió su reino en todas direcciones, incluso a costa del viejo Ariobarzanes. Cuando Ariobarzanes murió y el nuevo

soberano ocupó el trono de Capadocia (éste es un tal Filoromaíos), apenas quedaba en solo territorio decente en Capadocia.

-Quizás eso explique el dinero que Capadocia debe a Bruto... Oh, ¿he dicho Bruto? Quería decir Matinio, claro está.

-No temas, Dejotaro también está metido hasta el cuello en deudas con Matinio, César. Magno siguió pidiendo dinero y dinero, ¿y de dónde iba a sacarlo Dejotaro?

-Respuesta: de un usurero romano -dijo César con exasperación-. ¿Es que nunca aprenderán? Lo apuestan todo a la posibilidad de obtener más tierras o descubrir una veta de oro puro de diez kilómetros.

-He oído que tú mismo estás nadando en oro... o como mínimo en coronas de oro -comentó Calvino.

-Así es. Hasta el momento calculo que, fundidas, darán unos cien talentos de oro, más el valor de las joyas que algunas contienen. ¡Esmeraldas, Calvino! Esmeraldas del tamaño del puño de un recién nacido. Ojalá me dieran simplemente lingotes. El trabajo de orfebrería de las coronas es exquisito, pero ¿quién va a querer comprar coronas de oro aparte de las personas que me las dieron? No me queda más opción que fundirlas. Es una lástima. Aunque espero vender las esmeraldas a Bogud, Bocus y quienquiera que herede el trono de Numidia tras la derrota de Juba-dijo César, tan práctico como siempre-. Las perlas no representan demasiado problema; puedo venderlas fácilmente en Roma.

-Espero que el barco no se hunda -comentó Calvino.

-¿El barco? ¿Qué barco?

-El que llevará las coronas hasta el erario público.

Los dos enarcaron las cejas. Los ojos de César brillaron.

-Mi querido Calvino, no soy tan tonto como para eso. Por lo que he oído sobre la situación en Roma, aun suponiendo que el barco no se hunda, las coronas nunca llegarían a las arcas del Tesoro. No, las guardaré yo.

-Muy sensato -respondió Calvino. Antes ya habían hablado un rato de los informes acerca Roma llegados a Pérgamo.

Dejotaro tenía en efecto un gorro frigio, un tocado de tela con una punta redondeada que caía a un lado. No obstante, el suyo era de púrpura tirio con

hilo de oro entretejido, y lo llevaba en la mano cuando César lo recibió. Con cierta malicia, César había dado un carácter relativamente público a la audiencia; no sólo estaba allí Cneo Domitio Calvino, sino también varios legados, incluidos Bruto y Casio. Veamos ahora cómo te comportas, Bruto. Aquí, ante César, se encuentra uno de tus principales deudores.

Dejotaro era ya un anciano, pero aún vigoroso. Al igual que su pueblo, era galo, descendiente de una migración gálica que llegó a Grecia hacía doscientos cincuenta años; desviados de su rumbo, la mayoría de los galos habían vuelto a casa, pero el pueblo de Dejotaro había seguido hacia el este y ocupado finalmente una parte de la Anatolia central donde el paisaje de ricos pastos se les antojó un sueño a esas gentes hechas a los caballos, que intuyeron un prometedor trabao para sus hábiles jinetes guerreros, el Grande subió al poder, comprendió Anatolia. Cuando Mitrídates el Grande subió al poder, comprendió de inmediato que los galacios tenían que marcharse, de modo que invitó a todos sus jefes a un banquete y los asesinó. Eso había ocurrido en la época de Cayo Mario, hacía sesenta años. Dejotaro había escapado a la matanza porque no tenía edad para acompañar a su padre al banquete, pero en cuanto llegó a la adultez, Mitrídates tuvo en él a un feroz enemigo. Dejotaro se alió con Sila, Lúculo y más tarde Pompeyo, siempre contra Mitrídates y Tigranes, y finalmente vio su sueño realizado cuando Pompeyo le cedió una vasta extensión de territorio y convenció al Senado (con la connivencia de César) para que le permitiera llamarse rey y considerara esas tierras de Galacia un reino subordinado.

Ni por un momento se le pasó por la cabeza que alguien pudiera derrotar a Pompeyo Magno; nadie se había esforzado tanto como Dejotaro para ayudar a Pompeyo. Ahora Dejotaro estaba allí, frente a aquel desconocido, el dictador Cayo Julio César, con el gorro en la mano y el corazón palpitándole con fuerza bajo las costillas. El hombre que vio era muy alto para un romano, y sus cabellos y ojos eran demasiado claros para un galo, pero sí eran romanas las facciones: la boca, la nariz, la forma de los ojos, la forma de la cara, los afilados pómulos. Era difícil de imaginar un hombre más distinto de Pompeyo Magno, y sin embargo también Pompeyo tenía el cabello rubio de un galo; quizá Dejotaro había tomado afecto a

Pompeyo desde su primera reunión porque Pompeyo tenía el verdadero aspecto de un galo, incluido los rasgos faciales.

Si hubiera visto antes a este hombre, quizá me lo habría pensado dos veces antes de prestar tanta ayuda a Pompeyo Magno. César es tal como cuentan: lo bastante regio para ser un rey, y esos ojos fríos y penetrantes se clavan en un hombre hasta la médula. ¡Oh, Dann! ¡Oh, Dagda! ¡César tiene los ojos de Sila!

-César, te ruego misericordia -empezó a decir-. Sin duda comprendes que yo formaba parte de los voluntariamente sometidos a Pompeyo Magno. Fui en todo momento su súbdito más leal y obediente. Si lo ayudé, lo hice porque era mi obligación, no por razón personal alguna. De hecho, reunir dinero para su guerra me arruinó también a mí, y estoy endeudado con... - dirigió la mirada a Bruto y vaciló-, con ciertas firmas de prestamistas. Muy endeudado.

-¿Qué firmas? -preguntó César.

Dejotaro parpadeó y desplazó el peso del cuerpo de uno a otro pie.

-No estoy autorizado a divulgar sus nombres -contestó y tragó saliva.

-César miró de soslayo hacia donde estaba sentado Bruto, en una silla colocada intencionadamente dentro del área de visión de César. ¡Vaya!, pensó. Mi querido Bruto está muy preocupado. También lo está su yerno Casio. ¿Acaso también Casio tiene participación en Matinius et Scaptius! ¡Qué gracia!

-¿Por qué no? -preguntó fríamente. -Forma parte del contrato, César.

-Me gustaría ver ese contrato.

-Lo dejé en Anciro.

-Vaya, vaya. ¿Aparecía en él el nombre de Matinius? ¿O quizás el de Scaptius?

-No lo recuerdo -susurró Dejotaro, cabizbajo.

-¡Vamos, César! -intervino Casio con brusquedad-. Deja en paz a este pobre hombre. Pareces un gato tras un ratón. Tiene razón; es asunto suyo a quién le debe dinero. Que seas dictador no te da derecho a entrometerte en cuestiones que no atañen al gobierno de Roma. Está endeudado, y sin duda ése es el único aspecto importante para Roma.

-Si eso lo hubiera dicho Tiberio Claudio Nerón, César le habría ordenado al instante que se marchara, que regresara a Roma, que se fuera a cualquier parte lejos de él. Pero lo había dicho Cayo Casio, al que había que vigilar, un hombre de mal genio y sin pelos en la lengua.

Bruto se aclaró la garganta.

-César, si me permites, desearía hablar en favor del rey Dejotaro, a quien conozco de sus visitas a Roma. No olvides que en él Mitrídates encontró un enemigo implacable, que en él Roma tuvo un permanente aliado. ¿Realmente importa qué bando eligió el rey Dejotaro en esta guerra civil? También yo me puse del lado de Pompeyo Magno, y se me ha perdonado. Cayo Casio se decantó por Pompeyo Magno y se le ha perdonado. ¿Cuál es la diferencia? Seguramente Roma, representada por el dictador César, necesita a todos los aliados posibles en la inminente lucha contra Farnaces. El rey ha venido a ofrecer sus servicios, nos ha traído dos mil hombres a caballo que necesitamos desesperadamente.

-¿Propones, pues, que perdone al rey Dejotaro y lo deje marchar impune? -preguntó César a Bruto.

Un brillo de temor apareció en los ojos de Bruto. Ve peligrar su dinero, pensó César.

-Sí -contestó Bruto.

-Un gato tras un ratón. No, Casio, no es un gato tras un ratón; un gato tras tres ratones.

César se inclinó en su silla curul y clavó en Dejotaro aquella mirada suya que tanto recordaba a la de Sila.

-Compadezco tu difícil situación, rey, y es admirable que un vasallo ayude a su patrón hasta el límite de sus posibilidades. El único problema es que Pompeyo tenía todos los vasallos, y César ninguno. Así que César tuvo que financiar su guerra con las arcas de Roma. Y ese dinero debe devolverse al diez por ciento en interés simple, el único índice ahora legal en todo el mundo. Y eso debería mejorar tu suerte considerablemente, rey. Puede que te permita conservar la mayor parte de tu reino, pero desde este momento te anuncio que no tomaré la menor decisión hasta que Farnaces haya sido derrotado. César recaudará hasta el último sestercio posible para

pagar a Roma, así que con toda seguridad los tributos de Galacia aumentarán, aunque no llegarán al antiguo interés que pagabas a esos usureros anónimos. Piensa en ello, rey, hasta que convoque otro consejo en Nicomedia tras la derrota de Farnaces. -Se puso en pie-. Puedes retirarte, rey. Y gracias por la caballería.

Había llegado una carta de Cleopatra, y este hecho hizo que César despachara con premura su entrevista con Dejotaro. La carta iba acompañada de una caravana de camellos que transportaba cinco mil talentos de oro.

Mi querido, maravilloso y omnipotente dios en la tierra, mi César, dios del Nilo, dios de la Inundación, hijo de Amón-Ra, reencarnación de Osiris, amado de la faraona, te echo de menos.

Pero todo esto no es nada, querido César, comparado con la buena nueva de que el quinto día del pasado mes de *pered* di a luz a tu hijo. Mi ignorancia no me permite traducir la fecha exactamente a vuestro calendario, pero fue el vigésimo tercer día de vuestro junio. Se halla bajo el signo de Khnun el Carnero; el horóscopo que insististe en que encargara a un astrólogo romano dice que será faraón. No hacía falta malgastar dinero para enterarse de eso. Ese hombre era muy reservado, no hacía más que murmurar que se produciría una crisis en su decimoctavo año, pero que la posición de los astros no le permitían ver con claridad. ¡Es precioso, mi querido César! Horus en persona. Nació antes de tiempo pero perfectamente formado. Sólo un poco flaco y arrugado..., se parece a su *tata*. Tiene el cabello dorado, y dice Tach'a que sus ojos serán azules.

¡Tengo leche! ¿No es maravilloso? Una faraona debe alimentar siempre a sus hijos ella misma: es la tradición. Mis pequeños pechos rezuman leche. El niño es tranquilo pero con una voluntad férrea, y te juro que la primera vez que abrió los ojos para mirarme sonrió. Es muy alto; mide más de dos pies romanos. Tiene el escroto grande y también el pene. Cha'em lo circuncidó según la costumbre egipcia. El parto fue fácil. Noté los dolores, me senté en cuclillas sobre un grueso montón de sábanas de hilo limpias, y llegó él.

Se llama Tolomeo XV César, pero lo llamamos Cesarión.

Las cosas van bien en Egipto, incluso en Alejandría. Rufrio y las legiones están bien instalados en su campamento, y las mujeres que les diste como esposas parecen haber aceptado su suerte. La reconstrucción continúa, y yo he empezado el templo de Hathor en Dendera con las piedras grabadas con los signos de Cleopatra VII y Tolomeo XV César. Trabajaremos también en Filae.

Mi queridísimo César, te echo mucho de menos. Si estuvieras aquí podrías ocuparte de gobernar con mis buenos deseos; no me gusta tener que apartarme de Cesarión para tratar con armadores en litigio y terratenientes ariscos. Mi marido Filadelfo, a medida que crece, se parece cada vez más a nuestro hermano muerto, a quien no añoro ni remotamente. En cuanto Cesarión tenga edad suficiente, despediré a Filadelfo y elevaré a nuestro hijo al trono. Espero, por cierto, que te asegures de que Arsinoe no escape a la custodia romana. Es otra de las que me derrocaría al instante si pudiera.

Ahora la mejor noticia de todas. Con la guarnición bien instalada en el campamento, hablé con mi tío Mitrídates y le hice prometer que cuando tú te establezcas en Roma, él gobernará en mi ausencia mientras te visito. Sí, ya sé que dijiste que una faraona no debía abandonar su país, pero una razón me obliga: debo tener más hijos contigo, y antes de que vuelvas al este a combatir contra los partios. Cesarión debe tener una hermana con quien casarse, y mientras no sea así el Nilo corre peligro. ¡Pues nuestro próximo hijo podría ser otro niño! Hemos de traer al mundo una cantidad de criaturas suficiente para asegurarnos de que sean de ambos sexos. Así que, te guste o no, iré a verte a Roma tan pronto como hayas derrotado a los republicanos en África. Ha llegado una carta de Amonio, mi agente en Roma, y en ella me dice que los acontecimientos que allí tienen lugar van a mantenerte atado a Roma durante un tiempo cuando te hayas establecido de manera indiscutible en el gobierno. Lo he autorizado a construirme un palacio, pero necesito que me concedas los terrenos. Según Amonio, es muy difícil llegar a un acuerdo con un ciudadano romano para que actúe como supuesto comprador en la adquisición de terreno de alto nivel, así que una cesión tuya aligeraría y simplificaría las cosas. En el capitolio, cerca del

templo de Júpiter Óptimus Máximus. El sitio lo he elegido yo. Le pedí a Amonio que me encontrara el lugar con mejores vistas.

En honor de nuestro hijo, te mando con esta carta cinco mil talentos de oro.

Escríbeme, por favor. Te echo de menos, te echo de menos, te echo de menos. Sobre todo tus manos. Todos los días rezo por ti a Amón-Ra, y a Montu, dios de la guerra.

Te quiero, César.

Un hijo varón, aparentemente sano. César se siente absurdamente complacido para ser un anciano que debería acoger con alborozo el nacimiento de sus nietos. Pero Cleopatra le ha puesto al niño un nombre griego, Cesarión. Quizá sea mejor así. No es romano, ni podrá serlo nunca. Será el hombre más rico del mundo y un rey poderoso. ¡Pero la madre es una mujer inmadura! ¡Qué carta tan torpe, con tanta vanagloria! ¡Concederle terrenos para construir un palacio en el Capitolio, cerca del templo de Júpiter...! Incluso si fuera posible, ¡qué sacrilegio! Está resuelta a venir a Roma, y no aceptará un no por respuesta. Si es así, que lo haga, que lo haga bajo su propia responsabilidad.

César, eres demasiado duro con ella. Nadie puede actuar por encima de la capacidad de su mente y su talento, y ella tiene la sangre manchada, pese a que en el fondo sea una muchacha encantadora. Sus pecados son naturales en su entorno, sus errores no se deben tanto a la arrogancia como a la ignorancia. Me temo que jamás poseerá el don de la previsión, así que debo velar por que nuestro hijo sí lo tenga.

Pero respecto a un asunto César ha tomado una firme determinación: Cesarión nunca tendrá una hermana con quien casarse. César no volverá a fecundarla. *Coitus interruptus*, Cleopatra.

Se sentó a escribirle, con la atención puesta en parte en los sonidos que llegaban a sus aposentos: rumores de legiones levantando el campamento, relinchos de caballos, gritos y juramentos, los obscenos bramidos de Carpuleno a un desventurado soldado.

¡Qué buenas noticias, mi querida Cleopatra! Un hijo varón, tal como se había predicho. ¿Se atrevería Amón-Ra a defraudar a su hija en la Tierra?

Me alegro muy sinceramente por ti y por Egipto.

El oro es bien recibido. Desde que salí de nuevo al ancho mundo, he comprendido mejor hasta qué punto está endeudada Roma. La guerra civil no proporciona botines, y la guerra sólo es beneficiosa si hay botín. Tu contribución en nombre de nuestro hijo no será malgastada.

Puesto que insistes en venir a Roma, no me opondré, pero sí te advertiré que no será lo que tú esperas. Dispondré que recibas unos terrenos al pie de la colina Janiculana, junto a mis propios jardines de recreo. Dile a Amonio que se dirija al agente Cayo Matio.

No soy famoso por mis cartas de amor. Simplemente te transmito mi afecto y te hago saber que estoy de verdad complacido contigo y con nuestro hijo. Volveré a escribirte cuando llegue a Bitinio. Cúdate y cuida de nuestro niño.

Y eso fue todo. César enrolló la hoja, dejó caer una gota de cera fundida sobre el extremo, y la selló con su anillo, uno nuevo que Cleopatra le había regalado no sólo por amor. Era también un reproche por su reticencia a hablar con ella de su pasado sentimental. La amatista labrada presenta una esfinge de forma griega, con cabeza humana y cuerpo de león, y en lugar del nombre completo abreviado, simplemente decía CÉSAR en letras mayúsculas invertidas. A él le encantaba. Cuando decidiera cuál de sus sobrinos o parientes cercanos sería su heredero adoptivo, el anillo pasaría a él junto con el nombre. Un grupo lamentable, por todos los dioses. ¿Lucio Pinario? Ni siquiera Quinto Pedio, el mejor de sus sobrinos, era precisamente maravilloso. Entre los primos, estaban el joven Sexto Julio César de Antioquía, Décimo Junio Bruto, y el hombre a quien casi toda Roma daba por heredero suyo, Marco Antonio. ¿Quién, quién, quién? Ya que no podía ser Tolomeo XV César.

Al salir le entregó la carta a Cayo Faberio.

-Envíasela a la reina Cleopatra a Alejandría -indicó lacónicamente.

Faberio se moría por saber si el niño había nacido ya, pero una ojeada al rostro de César lo disuadió de preguntar. El viejo estaba de mal humor, con pocas ganas de entrar en conversaciones sobre recién nacidos, aunque fuera el suyo.

El lago Tatta era una gran extensión de agua salobre y poco profunda. Al observar sus orillas hechas de sedimentos rocosos, César pensó que quizá fuera el vestigio de algún antiguo mar interior, ya que había conchas empotradas en la piedra blanda. Pese a su carácter desértico, la vista era de una asombrosa belleza; la espumosa superficie del lago despedía destellos verdes, amarillos y rojizos, que formaban entrelazadas cintas de color, y el seco paisaje reflejaba a lo largo y ancho de muchos kilómetros esos mismos tonos.

César, que nunca había estado en la Anatolia central, encontró el espectáculo extraño y magnífico. El río Halys, el gran cauce rojo que serpenteaba a lo largo de cientos de kilómetros como la vara *lituus* de un augur, corría por un estrecho valle entre altas montañas rojas cuyas torres y salientes recordaban a una alta ciudad. En otros tramos de su recorrido, le explicó el atento Dejotaro, el río atravesaba una ancha llanura de fértiles campos. Las montañas volvieron a aparecer, altas y aún nevadas, pero los guías galacios conocían todos los desfiladeros; el ejército avanzó por ellos, una tradicional serpiente romana de quince kilómetros de longitud, la caballería en los flancos, los soldados entonando sus himnos de marcha para mantener el paso.

Esto ya es otra cosa, pensó César. Un enemigo extranjero, una auténtica campaña en un territorio nuevo y desconocido de una belleza inquietante.

Y en aquel momento el rey Farnaces envió su propia corona de oro a César. Ésta se parecía a la tiara armenia más que a la partia: mitrada, no truncada y con rubíes redondos y en forma de estrella incrustados, todos exactamente del mismo tamaño.

-¡Oh, si al menos supiera de alguien capaz de comprarla por lo que realmente vale! -exclamó César dirigiéndose a Calvino-. Resulta sobrecogedor fundir una cosa así.

-La necesidad ante todo -dijo Calvino con rotundidad-. En realidad, esos pequeños *curbunculi* alcanzarán un buen precio en cualquier joyería del Porticus Margaritaria, donde nunca he visto piedras en forma de estrellas. Esta corona tiene tantas piedras preciosas que el oro apenas se ve. Como una tarta recubierta de frutos secos.

-¿Crees que nuestro amigo Farnaces empieza a preocuparse?

-Oh, sí. Su grado de preocupación se notará en la frecuencia con la que te manda una corona -respondió Calvino con una sonrisa.

Llegaron una cada tres días durante el siguiente *nundinum*, todas iguales en forma y contenido; por entonces César estaba a sólo cinco días de marcha del campamento cimerio.

Tras la tercera corona, Farnaces envió un embajador a César con una cuarta corona.

-Una muestra de respeto por parte del rey de reyes, gran César.

-¿Rey de reyes? ¿Así es como se hace llamar Farnaces? -preguntó César, simulando asombro-. Dile a tu señor que es un título que sienta mal a quien lo lleva. El último rey de reyes fue Tigranes, y ya ves lo que hizo Roma con él por mediación de Cneo Pompeyo Magno. Y sin embargo yo derroté a Pompeyo Magno, así que, embajador, ¿en qué me convierte a mí eso?

-En un poderoso conquistador -respondió el embajador, tragando saliva. ¿Por qué los romanos no parecían poderosos conquistadores? Sin litera de oro, sin harén de esposas y concubinas, sin una guardia compuesta de selectos soldados, sin reluciente indumentaria. César vestía una sencilla coraza de acero con una cinta roja en torno a la parte inferior del pecho, y salvo por esa cinta, en nada se diferenciaba de la docena de hombres que lo rodeaban.

-Vuelve con tu rey, embajador, y dile que es hora de que se marche a su territorio -dijo César con tono pragmático-. Pero antes de irse, quiero suficientes lingotes de oro para pagar los daños causados en Ponto y Armenia Parva. Un millar de talentos por Amiso, tres mil por el resto de esos dos países. El oro se utilizará para reparar sus estragos, no os confundáis. No es para las arcas de Roma. -Hizo una pausa para volverse y mirar a Dejotaro. Educadamente prosiguió-. El rey Farnaces era cliente de Pompeyo Magno, y no cumplió honorablemente sus obligaciones como tal. Por tanto multo al rey Farnaces con dos mil talentos de oro por ese incumplimiento, y dicha suma sí irá a las arcas de Roma.

Dejotaro enrojeció, balbuceó y se atragantó, pero no pronunció una sola palabra. ¿Acaso César no tenía ni un asomo de vergüenza? ¡Dispuesto a castigar a Galacia por cumplir sus obligaciones de subsidiario e igualmente dispuesto a castigar a Cimeria por incumplirlas!

-Si en el día de hoy no tengo noticias de tu rey, embajador, seguiré avanzando por este hermoso valle.

Ahogando la risa que le producía la escandalizada expresión de Dejotaro, Calvino dijo:

-No hay ni una décima parte de ese oro en toda Cimeria.

-Quizá te sorprendas, Cneo. No olvides que Cimeria era una parte importante del reino del antiguo rey, y amasó montañas de oro. No todo ese oro estaba en las setenta fortalezas que Pompeyo saqueó en Armenia Parva.

Dejotaro dijo en son de queja a Bruto:

-¿Lo has oído? ¿Lo has oído? Un rey subordinado nunca acierta, elija el camino que elija. ¡Habrás visto desfachatez!

-Calma, calma -respondió Bruto en tono tranquilizador-. Así es como obtiene el dinero para financiar esta guerra. Lo que dice es cierto. Tuvo que recurrir a las arcas de Roma y eso ha de devolverse. -Bruto dirigió al rey de Galacia la mirada severa y admonitoria de un padre a un hijo travieso-. Y tú, Dejotaro, has de devolverme el dinero a mí. Espero que eso esté claro.

-Y yo espero que tú entiendas, Marco Bruto, que cuando César dice el diez por ciento a interés simple, es eso lo que quiere decir -replicó Dejotaro con tono hostil-. Eso es lo que estoy dispuesto a pagar si conservo mi reino, pero ni un solo sestercio más. ¿Quieres que entregue los libros de Matinius a los auditores de César? ¿Y cómo crees que vas a recaudar las deudas ahora que no puedes utilizar las legiones con ese fin? El mundo ha cambiado, Marco Bruto, y el hombre que dicta cómo ha de ser el nuevo mundo no siente simpatía por los usureros, ni siquiera por los de su propia clase. El diez por ciento a interés simple... si conservo mi reino. Y la conservación de mi reino quizá dependa de lo bien que tú y Cayo Casio aboguéis por mi causa en Nicomedia después de enfrentarnos con Farnaces.

César quedó sobrecogido al ver Zela. Una alta meseta rocosa, se alzaba en medio de una cuenca de ochenta kilómetros cubierta de trigo de

primavera tan verde como las esmeraldas de la corona, rodeada por todas partes de altísimas montañas de color lila aún nevadas, con el río Scylax, una corriente ancha de color azul acero que serpenteaba de un extremo a otro de la llanura.

El campamento cimerio se hallaba al pie de la meseta, en lo alto de la cual Farnaces había instalado sus tiendas de mando y su harén; había disfrutado de una vista perfecta de la serpiente romana cuando ésta salió del paso norte, y envió entonces su tercera corona. El embajador regresó después de entregar a César la cuarta corona y transmitió su mensaje, pero Farnaces hizo caso omiso, convencido de que era invencible. Observó a César disponer sus legiones y su caballería en el interior de un campamento fortificado para pasar la noche, a menos de dos kilómetros de sus propias líneas.

Al amanecer Farnaces atacó en masa; como su padre y Tigranes antes que él, no podía creer que una fuerza muy reducida, por bien organizada que estuviera, fuera capaz de resistir la carga de cien mil guerreros. Las cosas le fueron mejor que a Pompeyo en Farsalia; sus huestes aguantaron cuatro horas antes de desintegrarse. Al igual que en los primeros momentos en la Galia Belga, los escitios se quedaron a luchar hasta la muerte, considerando una deshonra abandonar vivos un campo de batalla tras una derrota.

-Si los enemigos anatolios de Magno eran de este calibre -dijo César a Calvino, Pansa, Biniciano y Casio-, no se merece el nombre de «Magno». Vencerlos no es una gran gesta.

-Supongo que los galos eran adversarios infinitamente superiores -dijo Casio entre dientes.

-Lee mis comentarios -respondió César, sonriendo-. El valor no es la cuestión. Los galos poseían dos cualidades que los adversarios de hoy no tienen. En primer lugar, aprendieron de sus propios errores iniciales. Y en segundo lugar, poseían un inquebrantable patriotismo que sólo con grandes esfuerzos conseguí canalizar en forma de carreteras tan útiles para ellos como para Roma. Pero tú actuaste bien, Casio; dirigiste tu legión como un verdadero *vir militaris*. Tendré mucho trabajo para ti dentro de unos años,

cuando vaya a enfrentarme con el reino de los partios y a recuperar nuestras águilas. Para entonces serás cónsul, y por tanto uno de mis principales legados. Tengo entendido que te gusta librar batallas tanto en tierra como en mar.

Esto debería haber entusiasmado a Casio, pero le encolerizó. Habla como si todo fuera una concesión personal suya, pensó. ¿Qué gloria podría representarme eso a mí?

El Gran Hombre se había apartado para inspeccionar el campo de batalla y dar instrucciones de que se cavaran enormes tumbas para enterrar a los escitios; los cadáveres eran demasiado numerosos para quemarlos, aun si en Zela hubiera habido bosques.

Farnaces había huido llevándose sus arcas hacia el norte y dejando allí muertas a las mujeres de su harén. Cuando César se enteró sólo le preocuparon las mujeres.

Donó el botín a sus legados, tribunos, centuriones, legiones y caballería, rehusando quedarse con el porcentaje correspondiente al general; él tenía ya sus coronas, y con eso le bastaba. Cuando concluyó la ceremonia del reparto del botín, los soldados de bajo rango eran diez mil sestercios más ricos, y los legados como Bruto y Casio habían amasado cien talentos por cabeza. Eso era lo que había quedado en el campamento cimerio, así que ¿quién sabía qué se había llevado Farnaces? No obstante, nadie recibió el dinero en mano; se trataba de un ejercicio contable realizado por representantes electos, ya que el botín en sí se mantenía intacto hasta ser exhibido en el desfile triunfal del general, tras lo cual se distribuía el dinero.

Dos días después, el ejército partió hacia Pérgamo, donde fue recibido con vítores y una lluvia de flores. La amenaza que representaba Farnaces había desaparecido, y la provincia de Asia podía dormir en paz. Pese a que habían pasado cuarenta y dos años, en la provincia nadie había olvidado las cien mil personas masacradas por Mitrídates el Grande en su invasión.

-Enviaré a la provincia de Asia un buen gobernador en cuanto regrese a Roma -dijo César a Arquelao, hijo de Mitrídates de Pérgamo, en una entrevista en privado-. Él sabrá lo que debe hacerse para devolver la prosperidad a la provincia. Los tiempos de los *publicani* han terminado para

siempre. Cada distrito recaudará sus propios impuestos y los pagará directamente a Roma después de la moratoria tributaria de cinco años. Sin embargo, no es por eso por lo que quería verte. -César se inclinó y cruzó las manos sobre su escritorio-. Escribiré a tu padre a Alejandría, pero Pérgamo debería conocer desde ahora su destino. Me propongo trasladar la sede del gobernador a Éfeso; Pérgamo está demasiado al norte, demasiado lejos de todo. Así que Pérgamo se convertirá en el reino de Pérgamo, y será gobernada por tu padre como estado dependiente. No será un reino tan grande como el que el último atálida legó a Roma en su testamento, pero sí mayor de lo que es ahora. Estoy añadiendo la Galacia occidental a fin de que Pérgamo disponga de tierras suficientes para la labranza y el ganado. Tengo la impresión de que las provincias de Roma se están convirtiendo en cargas burocráticas para Roma, perpetuando los gastos adicionales de numerosos intermediarios y un papeleo superfluo. En cuanto encuentre una buena familia de ciudadanos locales competentes y aptos para administrar un estado "cliente" o subordinado, fundaré ese estado. Pagaréis impuestos y tributos a Roma, pero Roma no tendrá que molestarse en recaudarlos. -Se aclaró la garganta-. Hay un precio: conservar Pérgamo para Roma a toda costa y contra todo enemigo; continuar no sólo como súbditos personales de César, sino también súbditos personales del heredero de César; gobernar con sensatez y aumentar la prosperidad local para todos los ciudadanos, no sólo para las clases altas.

-Siempre he sabido que mi padre es un hombre juicioso, César -dijo el joven, asombrado ante tan increíble regalo-, pero lo más juicioso que ha hecho en su vida ha sido ayudarte. Te estamos... no, agradecidos no es una palabra suficiente.

-No busco gratitud -respondió César lacónicamente-. Busco algo máspreciado: lealtad.

De allí partió hacia el norte en dirección a Bitinia, el estado situado en las costas meridionales del Propontis, un vasto lago que constituía una antesala del gran mar Euxino, que se extendía a través de los estrechos del Bósforo tracio, junto al cual se hallaba la antigua ciudad griega de Bizancio. A su vez, el Propontis se extendía hacia el sur hasta el mar Egeo a través de

los estrechos del Helesponto, uniendo así con el Mare Nostrum los grandes ríos de las estepas escitias y sarmatias.

Nicomedia se hallaba a orillas de un largo y tranquilo brazo del Propontis, cuyas aguas eran un espejo del mundo que se hallaba sobre y alrededor de él: desde el cielo salpicado de nubes hasta las imágenes perfectamente invertidas de árboles, montes, personas y animales. Era un lugar donde el mundo parecía existir tanto abajo como arriba, al igual que un globo terrestre en miniatura visto desde el interior. Era uno de los parajes preferidos de César, porque albergaba alentadores recuerdos de un rey octogenario que llevaba una peluca rizada y elaboradas pinturas en el rostro y mantenía un ejército de esclavos afeminados para realizar todos sus deseos. No, el tercer rey Nicomedes y César nunca habían sido amantes; habían sido algo mucho mejor: buenos amigos. Recordaba también a la corpulenta y anciana reina Oradaltis, cuyo perro, *Sila*, la mordió en el trasero el día que César cumplió los veinte años de edad. Su única hija, Nisa, había sido secuestrada por Mitrídates el Grande y retenida durante años. Lúculo la había liberado cuando ella ya contaba cincuenta años, y la había enviado junto a su madre; pero por entonces el viejo rey ya había muerto. Cuando Roma convirtió a Bitinia en provincia, César engañó al gobernador, junco, transfiriendo los fondos de Oradaltis a un banco Bizantino y trasladándola a ella a una agradable mansión en una aldea de pescadores de la costa euxina. Allí Oradaltis y Nisa vivieron felizmente, pescando con sedales desde el muelle y paseando con su nuevo perro, llamado *Lúculo*.

Ya todos habían muerto, naturalmente. El palacio que tan bien recordaba era desde hacía tiempo la residencia del gobernador; los objetos más valiosos se los había llevado el primer gobernador, junco, pero aún estaban allí los dorados y el mármol morado. Junco, reflexionó César, había sido el inspirador de su firme decisión de poner fin a la corrupción de los gobernadores. Bueno, en realidad Verres fue el primero, pero él no había sido gobernador. Verres era un caso único, como Cicerón demostró.

Los hombres iban allá a gobernar las provincias y amasar fortuna a costa de la población: vendían la ciudadanía, vendían el derecho de

exenciones tributarias, confiscaban bienes, regulaban el precio del grano, se apropiaban de las obras de arte, aceptaban sobornos de los *publicani* y cedían a cambio de dinero sus lictores e incluso sus tropas a los recaudadores de deudas de los prestamistas romanos.

A Junco le habían ido muy bien las cosas en Bitinia, pero alguna deidad se había ofendido por sus acciones; él y sus fraudulentas ganancias se fueron al fondo del mar en el viaje de regreso. Lo cual no devolvía las estatuas y las pinturas al lugar que les correspondía.

¡Oh, César, te estás haciendo viejo! Ésos eran otros tiempos, y los muchos recuerdos presentes en estas paredes tienen la forma y el contenido de *lemures*, criaturas del submundo puestas en libertad dos noches al año. Han ocurrido muchas cosas y demasiado deprisa. Las obras de Sila aún perduran, y César es su última víctima. Ningún hombre que ha marchado contra su propio país puede sentirse feliz. Los gestos de bondad de César son conscientes, hechos en beneficio de César, y César ya no ve el mundo como un lugar donde pueda ocurrir algo por arte de magia. Porque no es así. Los hombres y las mujeres lo arruinan con sus impulsos, sus deseos, su irreflexión, su poca inteligencia, su codicia. Un Catón y un Bibulo pueden derrocar un buen gobierno. Y un César puede cansarse de intentar restaurar un buen gobierno. El César que puso a prueba su ingenio contra el del pícaro y viejo rey era un hombre muy distinto de este César, que se ha vuelto frío, cínico, cauto. Este hombre no tiene pasiones. Este hombre sólo desea acabar cada día con su imagen intacta. Este hombre está cada vez más peligrosamente cerca de cansarse del hecho de vivir. ¿Cómo puede un solo hombre devolver el orden a Roma? Y más tratándose de un hombre que ha cumplido ya los cincuenta y tres. Sin embargo, fuera como fuese, había que seguir viviendo.

Uno de los protegidos de César más prometedores, Cayo Vibio Pansa, fue nombrado gobernador de Bitinia; en tanto que César decidió que, por el momento, Ponto debía tener su propio gobernador en lugar de ser gobernado conjuntamente con Bitinia. Designó para mandar en Ponto a otro hombre prometedor, Marco Coelio Viniciano; tendría la misión de reparar los estragos de Farnaces.

Cuando por fin hubo dejado claras sus disposiciones, echó el cerrojo de la puerta de su estudio y escribió cartas: a Cleopatra y Mitrídates de Pérgamo en Alejandría; a Publio Servilio Vatia Isaurico en Roma; a Marco Antonio, su Maestro del Caballo; y, por último y no por ello menos importante, al más anciano de sus amigos, Cayo Matio. Ambos eran de la misma edad. El padre de Matio tenía alquilado el otro apartamento de la planta baja de la ínsula (una manzana de edificios) de Aurelia en la Subura, así que los dos niños habían jugado juntos en el precioso jardín que el padre de Matio había creado al fondo del patio de luces de la ínsula. El hijo había heredado el talento de Matio padre para la horticultura ornamental y diseñado en su tiempo libre los jardines de recreo de César al otro lado del Tíber. Matio había inventado la poda artística, y aprovechaba con entusiasmo cualquier oportunidad de recortar las ramas de un boj o un ligustro dándoles magníficas formas de aves y otros animales.

César emprendió la escritura de esta carta con las defensas bajadas, ya que el receptor no tenía ningún interés creado.

VENI, VIDI, VICI.

Llegué, vi, conquisté. Estoy pensando en adoptar esto como mi lema, pues parece ocurrir con suma regularidad, y la frase en sí es muy breve. Por lo menos esta última vez en que he llegado, visto y conquistado ha sido contra un extranjero.

En Oriente las cosas ya están en orden. ¡Qué desastre! Debido a gobernadores voraces y reyes invasores, Cilicia, la provincia de Asia, Bitinia y Ponto están hundidas. Menos compasión siento por Siria. He seguido los pasos de ese otro dictador, Sila, limitándome a volver a aplicar todas sus medidas de ayuda, que fueron notablemente perspicaces. Puesto que no estás implicado en la recaudación de impuestos, mis reformas en Asia menor no te perjudicarán, pero el desconsuelo reinará entre los publicani y otros especuladores asiáticos cuando llegue a Roma: les he cortado las alas. ¿Me preocupa? No, no me preocupa. El fallo de Sila era su ineptitud política. Renunció a su función de dictador sin asegurarse antes de que su nueva constitución no podía abolirse. Créeme, César no cometerá ese error.

Nada deseo menos que un Senado lleno de mis propias criaturas, pero me temo que es eso lo que debe ocurrir. Quizás a ti te parezca sensato tener un Senado complaciente, pero no es así, Matio, no es así. Mientras haya una sana competencia política, más fácil será mantener en orden a mis seguidores más exaltados. Pero cuando las instituciones gubernamentales estén compuestas por completo por seguidores míos, ¿qué impedirá a un hombre más joven y ambicioso que yo pasar sobre mi cadáver y sentarse en la silla de dictador? Debe haber una oposición al gobierno. Lo que el gobierno no necesita son los *boni*, que se oponen por el placer de oponerse, que no comprenden qué es aquello a lo que se oponen. Por tanto, la oposición de los *boni* era irracional, no estaba sólidamente basada en un análisis genuino y reflexivo. Observarás que he escrito mi última frase en pasado. Los *boni* ya no existen, la provincia de África se encargará de eso. Lo que yo esperaba ver era la clase correcta de oposición: pero me temo que lo único que consigue una guerra civil es la aniquilación de la oposición. Estoy entre la espada y la pared.

A partir de Tarso he disfrutado del dudoso placer de la compañía de Marco junio Bruto y Cayo Casio. Ahora los dos indultados trabajan infatigablemente por... su propio beneficio. No, no por Roma y desde luego no por César. ¿Una potencial y saludable oposición senatorial, pues? No, me temo que no. A ninguno de los dos le importa más su país que sus propios proyectos personales. Aunque estar con esos dos ha tenido su lado entretenido, y he aprendido mucho sobre el arte de prestar dinero.

Acabo de concluir la reorganización de los reinos adheridos de Anatolia, en especial Galacia y Capadocia. Dejotaro necesitaba una lección, así que se la di. Inicialmente tenía la intención de reducir Galacia a una pequeña zona en torno a Ancira, pero de pronto Bruto rugió como un león y sacó las garras para proteger a Dejotaro, que le debe millones y millones. ¿Cómo me atrevo a despojar a tan buen hombre de tres cuartas partes de sus territorios y convertir un ingreso estable en una deuda permanente? Bruto no estaba dispuesto a eso. ¡Qué elocuencia, qué recursos retóricos! Sinceramente, Matio, si Cicerón hubiera oído a Bruto en pleno discurso, se hubiera mesado los cabellos y hubiera rechinado los dientes de envidia. Y Casio

apoyó a Bruto, debo añadir. No son sólo simples cuñados y antiguos compañeros de colegio.

Finalmente accedí a que Dejotaro conservara mucho más de lo que tenía previsto, pero perdió la Galacia occidental, que ha pasado al nuevo reino adherido de Pérgamo, así como Armenia Parva, que ahora pertenece a Capadocia. Puede que Bruto no quiera muchas cosas, pero lo que quiere lo quiere con desesperación, a saber, conservar su fortuna.

Los motivos de Bruto son tan transparentes como el agua de los manantiales anatólios, pero Casio es un individuo mucho más retorcido. Arrogante, engreído y muy ambicioso. Nunca le perdonaré el grosero informe que mandó a Roma tras la muerte de Craso en Carrae, ensalzando sus propias virtudes y convirtiendo al pobre Craso en poco más que un avaro. Admito la debilidad de éste por el dinero, pero era verdaderamente un gran hombre.

Lo que molestó a Casio de mi redistribución de los reinos adheridos fue que la hice a mi albedrío, sin debate alguno en la cámara, sin aprobación de ninguna ley, sin tomar en cuenta los deseos de nadie excepto los míos. En este sentido resulta fantástico ser el dictador: ahorra mucho tiempo en cuestiones respecto a las que me consta que voy por el mejor camino posible. Pero eso a Casio no le complace. O dicho de otro modo: sólo complacería a Casio si el dictador fuera él.

Soy padre de un niño. La reina de Egipto me dio un hijo varón el pasado junio. Naturalmente no es romano, pero su destino es gobernar Egipto, así que no me quejo. En cuanto a la madre de mi hijo, saca tus propias conclusiones cuando la conozcas. Insiste en venir a Roma cuando los republicanos -¡qué nombre tan poco acertado!- hayan sufrido su derrota final. Su agente, un tal Amonio, acudirá a ti y te pedirá que se le conceda un terreno junto a mis jardines del Janículo, para construir en ellos un palacio donde alojarse durante su estancia en Roma. Cuando te ocupes de la escritura de compraventa, ponla a mi nombre aunque pague ella.

No tengo la menor intención de divorciarme de Calpurnia para casarme con ella. Eso sería imperdonable. La hija de Piso ha sido una esposa ejemplar. No he pasado en Roma más que unos cuantos días desde poco

después de casarme con ella, pero tengo mis espías. Calpurnia es lo que debe ser la esposa de César, una mujer fuera de toda sospecha. Una buena muchacha.

Sé que parezco severo, un poco burlón, un tanto reservado. Pero he cambiado mucho, Matio. No es fácil para un hombre elevarse tan por encima de sus pares hasta el punto de no tener ya igual, y me temo que eso es lo que me ha pasado a mí. Los hombres que podrían haberme inquietado han muerto. Publio Clodio.

Cayo Curio. Marco Craso. Pompeyo Magno. Me siento como el faro de la isla de Faros: no hay nada que tenga la mitad de su altura. Y no es eso lo que yo habría elegido.

Cuando crucé el Rubicón para entrar en Italia y marché hacia Roma, algo se rompió en mí. No es justo que me empujaran a hacer eso. ¿Realmente pensaban que no iniciaría la marcha? Soy César, mi *dignitas* es para mí más preciada que mi propia vida. ¿Cómo iba a aceptar César que por una traición inexistente lo condenaran a un exilio irreversible? Inconcebible. Si tuviera que hacerlo todo otra vez, lo haría. No obstante, se rompió algo dentro de mí. Nunca podré ser lo que quería ser: cónsul por segunda vez, *pontifex maximus*, un anciano hombre de Estado cuya opinión es solicitada en la cámara después de que hayan hablado los cónsules, un militar sin parangón.

Ahora soy un dios en Éfeso y un dios en Egipto, soy dictador de Roma y soberano del mundo. Pero no lo he elegido yo. Me conoces lo bastante bien para comprender lo que digo. Pocos hombres me comprenden. Interpretan mis motivos a la luz de lo que serían sus propios motivos si estuvieran en mi lugar.

Fue para mí una consternación conocer la muerte de Aulo Gabinio en Salona. Un buen hombre exiliado por una causa injusta. El viejo Tolomeo Auletes no tenía los diez mil talentos para pagarle. Dudo que Gabinio recibiera más de dos mil por el trabajo. Si Lentulo Espintero se hubiera dado prisa en Cilicia y hubiera obtenido ese contrato antes que Gabinio, ¿lo habrían procesado? No, por supuesto. Pertenece a los *boni*, en tanto que

Gabinio votó por César. Eso es lo que tiene que acabarse, Matio: que exista una ley para un hombre, otra ley para otro hombre.

Mi *inimicus* Cayo Casio permanece en silencio respecto a un asunto. Cuando le dije que su hermano Quinto había saqueado la Hispana Ulterior, estibado el botín en un barco y zarpado hacia Roma antes de que Cayo Trebonio llegara para gobernar, Casio no pronunció una sola palabra. Tampoco cuando le dije que el barco, cargado a rebosar, volcó y se hundió en el estuario de íbera, y Quinto Casio se ahogó. No estoy seguro de si el silencio de Cayo Casio se debe al hecho de que Quinto era mi hombre, o de que Quinto dejó en mal lugar a los Casio.

Estaré en Roma hacia finales de septiembre.

César había escrito una carta desde Zela justo después de la batalla y se la había enviado a Asander en Cimeria. Repetía lo que se le había dicho al embajador: que Cimeria debía a Ponto cuatro mil talentos de oro, y a las arcas de Roma dos mil más. También informaba a Asander de que su padre había huido a Sinope, al parecer de camino hacia sus tierras.

Poco antes de que César abandonara Nicomedia, recibió la respuesta de Asander. Éste le agradecía su consideración, y estaba encantado de poder comunicar al dictador César que Farnaces había sido ajusticiado tras su regreso a Cimeria. Asander era ahora rey de Cimeria, y su deseo era pasar a formar parte de los adheridos a César. Como prueba de buena fe, dos mil talentos de oro acompañaban la misiva; otros cuatro mil habían sido enviados a Viniciano, el nuevo gobernador de Ponto.

Así que cuando César surcó el Helesponto, su nave transportaba siete mil talentos de oro y un gran número de coronas.

Su primera escala fue en la isla de Samos, donde buscó a uno de sus opositores más moderados, el gran consular patricio Servio Sulpicio Rufo, que lo recibió con satisfacción y le confesó que su tristeza era tan grande como su arrepentimiento.

-Te tratamos injustamente, César, y lo lamento. Para serte sincero, nunca soñé siquiera que las cosas pudieran llegar tan lejos -declaró Sulpicio.

-No fue culpa tuya. Mi esperanza es que regreses a Roma y vuelvas a ocupar tu escaño en el Senado. No para darme la razón, sino para considerar mis leyes y medidas según su valor intrínseco.

Allí en Samos, César perdió a Bruto, a quien había prometido un sacerdocio. Como Servio Sulpicio era una gran autoridad en las leyes y procedimientos sacerdotales, Bruto deseó quedarse para estudiar con el gran experto. César sólo lamentó dejarlo atrás por el hecho de que Cayo Casio no se quedó con él en Samos.

De Samos viajó a Lesbos, donde estaba uno de sus opositores más tenaces, el consular Marco Claudio Marcelo, quien rechazó con vehemencia todas las proposiciones de César.

La siguiente parada fue Atenas, que había apoyado fervientemente a Pompeyo; no quedó bien librada a manos de César. Éste le impuso una cuantiosa multa, dedicó la mayor parte de su tiempo a un viaje a Corinto, situada en el istmo que dividía la Grecia continental del Peloponeso. Cayo Mumio la había saqueado hacía generaciones, y Corinto nunca se había recuperado. César curioseó por sus edificios desérticos y subió hasta la gran ciudadela del Acrocorinto. Casio, que lo acompañó por orden expresa suya, no podía explicarse su fascinación.

-Este lugar pide a gritos un canal a través del istmo -comentó el Gran Hombre, de pie sobre el estrecho promontorio de roca a gran altura sobre el agua-. Si hubiera un canal, los barcos no tendrían que rodear el cabo Tenaro a merced de las tormentas. Podrían ir derechos de Patrae al Egeo.

-¡Imposible! -replicó Casio-. Sería necesario abrir una brecha en la tierra de más de doscientos pies.

-Nada es imposible -dijo César con suavidad-. En cuanto a la ciudad antigua, necesita nuevos colonos. Cayo Mario quería repoblarla con veteranos de sus legiones.

-Y fracasó -dijo Casio lacónicamente. Dio un puntapié a una piedra y la observó rodar-. Planeo quedarme en Atenas.

-Me temo que no va a ser posible, Cayo Casio. Irás a Roma conmigo.

-¿Por qué? -preguntó Casio, tenso.

-Porque no eres un admirador de César, mi querido amigo, y Atenas tampoco lo es. Considero prudente manteneros a ambos separados. No, no te marches, escúchame con atención.

Ya a medio volverse, Casio se interrumpió y lo miró con cautela. Piensa, Casio, piensa. Quizá lo odies, pero es él quien manda.

-He decidido aumentar tu rango y el de Bruto, no porque sea mi voluntad, sino porque los dos habríais sido pretores y cónsules al alcanzar vuestra edad. Por tanto, bien está que así sea -dijo César, mirando a Casio a los ojos-. Abandona tu resentimiento hacia mí y piensa que deberías dar gracias a los dioses por mi actitud misericorde. Si fuera Sila, estarías muerto, Casio. Canaliza tus energías en la dirección correcta y sé útil a Roma. Yo no importo, tú no importas. Roma importa.

-Juras sobre la cabeza de tu hijo recién nacido que no ambicionas ser el rey de Roma?

-Lo juro -dijo César-. ¿Rey de Roma? Antes preferiría ser uno de esos ermitaños locos que viven en una cueva por encima de Palus Asphaltites. Ahora vuelve a considerar la cuestión, Casio, y considérala desapasionadamente. Un canal es posible.

IV

EL MAESTRO DEL CABALLO

Desde finales de septiembre hasta finales de
diciembre del año 47 a.C.

Capítulo 1

La Sexta legión y la caballería romana habían sido enviadas de Pérgamo a Éfeso para constituir el núcleo del ejército de la provincia de Asia, por consiguiente, cuando César puso el pie en territorio itálico el día del cumpleaños de Pompeyo Magno, tenía sólo a Décimo Carfuleno y una centuria de infantes, así como a Aulo Hirtio, Cayo Casio, su ayudante Cayo Trebatio y un puñado de legados y tribunos deseosos todos de reanudar sus trayectorias públicas. Carfuleno y su centuria estaban allí para proteger el oro, necesitado de escolta.

Los vientos los habían llevado en torno al cabo de Tarento, lo cual fue un inconveniente. Si hubieran desembarcado en Brindisi, como estaba previsto, César habría visto a Marco Cicerón; así las cosas, tuvo que dar instrucciones a los demás para que siguieran por la Via Apia sin él, y se dispuso a retroceder hasta Brindisi en una rápida calesa.

Afortunadamente, las cuatro mulas no habían recorrido aún muchos kilómetros cuando una litera apareció ante ellos; César lanzó un grito de satisfacción. Cicerón, tenía que ser Cicerón. ¿Quién, si no, utilizaría un medio de transporte tan lento como una litera con aquella ola de calor de principios de verano? La calesa se aproximó ruidosamente, y César se apeó antes de que se detuviera por completo. Avanzó a zancadas hacia la litera y allí encontró a Cicerón, encorvado sobre una mesa portátil. Cicerón lo miró boquiabierto un instante, luego lanzó un chillido y se apresuró a salir.

-¡César!

-Ven, vamos a dar un paseo.

Los dos antiguos adversarios caminaron en silencio por el ardiente camino hasta que ya no los oía nadie, y allí César se detuvo para volverse de cara a Cicerón con expresión preocupada. ¡Cuánto había cambiado! No tanto en su apariencia física, aunque estaba mucho más delgado, más

arrugado; sobre todo había cambiado su espíritu, y ello se revelaba claramente en sus inteligentes ojos castaños, un tanto legañosos. También él deseaba simplemente ser un eminente consular, un anciano hombre de Estado, un censor quizás, alguien cuya opinión se consultara en los debates de la cámara. «Pero al igual que ocurre conmigo, ya no es posible. Ha corrido demasiada agua bajo el puente.»

-¿Cómo te ha ido? -preguntó César, tenso.

-Mal -contestó Cicerón sin rodeos-. Llevo un año inmovilizado en Brindisi; Terencia no me envía dinero; Dolabela ha abandonado a Tulia, y la pobre muchacha tuvo tal enfrentamiento con su madre que ha venido a refugiarse junto a mí. Está mal de salud, y todavía ama a Dolabela, aunque no me explico por qué.

-Vete a Roma, Marco. De hecho deseo que ocupes tu escaño en el Senado otra vez. Necesito toda la oposición decente que pueda conseguir.

Cicerón torció el gesto.

-¡No, no puedo hacerlo! Pensarían que me he rendido ante ti. César notó que la sangre le aflucía al rostro; apretando los labios, contuvo su mal genio.

-Bueno, dejémoslo por el momento. Basta con que empaques tus cosas y lleves a Tulia a un clima más saludable. Quédate en una de tus hermosas villas de Campania. Escribe un poco. Reflexiona. Resuelve tus problemas con Terencia.

-¿Terencia? Eso no tiene solución -dijo Cicerón con amargura-. ¿Puedes creer que me ha amenazado con dejarle todo su dinero a extraños, cuando tiene un hijo y una hija que dependen de ella?

-¿A unos perros, a unos gatos o a un templo? -preguntó César con expresión muy seria.

Cicerón estalló.

-¡Para dejar su dinero a cualquiera de esos debería tener corazón! Creo que su elección ha recaído en personas dedicadas a la... esto... «sabiduría de oriente», o algo así.

-¡Por todos los dioses! ¿Se ha unido al culto de Isis?

-No es probable que Terencia aplique el látigo a su propia espalda.

Conversaron durante un rato más sin centrarse en ningún tema en particular. César dio a Cicerón las noticias que tenía de los dos Quintos, sorprendido de que ninguno de los dos hubiera aparecido aún por Italia. Cicerón le contó que Ático y su esposa, Pilia, estaban muy bien, y que su hija crecía sobrecogedoramente deprisa. Pasaron a continuación a comentar cómo estaban las cosas en Roma, pero Cicerón era reacio a tratar de problemas de los que culpaba claramente a César.

-¿Qué ha trastornado a Dolabela aparte de las deudas? -preguntó César.

-¿Cómo voy a saberlo? Sólo sé que ha entablado relación con el hijo de Esopo, y ese sujeto es una pésima influencia.

-¿El hijo de un actor trágico? Dolabela anda con compañías de bajo nivel.

-Esopo -respondió Cicerón con dignidad- es casualmente un buen amigo mío. La compañía de Dolabela no es de bajo nivel; es simplemente mala.

César desistió, regresó a su carro y partió hacia Roma.

Su primo y buen amigo Lucio Julio César se reunió con él en la villa de Filippo, cerca de Miseno, a corta distancia de Roma. Siete años mayor que César, Lucio se parecía mucho a él en las facciones y en la complexión, pero tenía los ojos de un azul más suave, más amable.

-Ya sabrás, claro está, que Dolabela lleva todo el año alborotando para conseguir una condonación general de las deudas, y que un par de tribunos de la Asamblea de la Plebe muy capacitados se han opuesto a él con tesón -dijo Lucio con tono interrogativo cuando se sentaron para hablar.

-Lo sé desde que salí de Egipto. Se trata de Asinio Polio y Lucio Trebelio, dos de mis hombres.

-¡Dos excelentes hombres! Aunque se juegan la vida, siguen vetando la propuesta de Dolabela en la Asamblea de la Plebe. Dolabela pensó acobardarlos haciendo resurgir las bandas callejeras de Publio Clodio, añadió unos cuantos ex gladiadores y empezó a aterrorizar al Foro. Polio y Trebelio ni se inmutaron y continúan vetándolo.

-¿Y tu sobrino y primo mío, Marco Antonio, mi Maestro del Caballo? -preguntó César.

-Antonio es un descontrolado, Cayo. Indolente, voraz, grosero, lascivo, y para colmo borracho.

-Conozco bien su historia, Lucio. Pero pensaba, viendo su buen comportamiento durante la guerra contra Magno, que había madurado y abandonado sus malos hábitos.

-¡Nunca abandonará sus malos hábitos! -replicó Lucio-. La reacción de Antonio ante la creciente violencia de Roma fue dejar la ciudad y marcharse a cualquier otra parte para... ¿cómo decía?... «supervisar ciertos asuntos en Italia». Su idea de supervisión consiste en literas llenas de queridas, carretas llenas de vino, una cuádriga tirada por cuatro leones, un séquito de enanos, cómicos de la legua, magos y bailarinas, y una orquesta de flautistas y tamborileros tracios... Se cree un nuevo Dioniso.

-¡El muy necio! Se lo advertí -comentó César en voz baja.

-Si se lo advertiste, no te prestó la menor atención. A finales de marzo llegó la noticia desde Capua de que las legiones allí acampadas estaban inquietas, así que Antonio partió con su circo hacia Capua, donde, por lo que sé, sigue con las legiones seis meses después. En cuanto él se marchó de Roma, Dolabela incrementó la violencia. Entonces Polio y Trebelio enviaron a Publio Sila y al sencillo Valerio Mesala a entrevistarse contigo. ¿Los has visto?

-No. Continúa, Lucio.

-Las cosas empeoraron gradualmente. Hace dos *nundinae* el Senado promulgó su *Senatus consultum Ultimum* y ordenó a Antonio que arreglara la situación en Roma. Tardó en hacer algo, pero cuando actuó, lo que hizo fue inefable. Cuatro días atrás llevó a la Décima legión directamente desde Capua hasta el Foro y ordenó a los soldados que atacaran a los alborotadores. Desenvainaron las espadas y se abrieron paso a través de aquellos hombres armados sólo con porras. Murieron ochocientos de ellos. Dolabela interrumpió sus maquinaciones de inmediato, pero Antonio hizo caso omiso. Dejó el Foro ensangrentado y mandó a varios hombres de la Décima a rodear a un pequeño grupo que, según él, formaban los cabecillas. ¿Quién le había dado tal información? No tengo ni idea. Eran unos cincuenta en total, incluidos veinte ciudadanos romanos. Hizo azotar y

decapitar a los no ciudadanos y despeñó a los ciudadanos desde la Roca Tarpeya. Luego, habiendo añadido esos cadáveres a su escabechina, Antonio se volvió con la Décima a Capua.

César estaba pálido y tenía los puños apretados.

-No sabía nada de todo eso -admitió.

-Estoy seguro de que no lo sabías, pese a que las noticias han corrido por todo el país. Pero ¿quién, sino yo, informaría de ello al dictador César?

-¿Dónde está Dolabela?

-Sigue en Roma, pero mantiene una actitud discreta.

-¿Y Antonio?

-Sigue en Capua. Sostiene que las legiones están al borde del motín.

-¿Y el gobierno, aparte de Polio y Trebelio?

-No existe. Has estado fuera demasiado tiempo, Cayo, y apenas pasaste por Roma antes de marcharte. ¡Dieciocho meses! Mientras Vatia Isaurico fue cónsul las cosas funcionaron bastante bien, pero éste no era un buen año para dejar a Roma sin cónsules ni pretores, y así te lo digo a las claras. Ni Vatia ni Lepido tienen autoridad, y este último es débil en las negociaciones. Los conflictos empezaron en el momento mismo en que Antonio trajo las legiones de Macedonia.

Él y Dolabela, que antes eran tan buenos amigos, parecen resueltos a arrasar Roma tan a conciencia que ni siquiera tú podrías recoger los pedazos... Y si tú no puedes recoger los pedazos, Cayo, los dos lucharán hasta el final para decidir quién de ellos es el próximo dictador.

-¿Ésas son sus intenciones? -preguntó César.

Lucio César se puso en pie y se paseó por la habitación con una expresión muy grave.

-¿Por qué has pasado fuera tanto tiempo, primo? -preguntó, dándose de pronto la vuelta para mirar cara a cara a César que seguía sentado-. Has hecho un disparate. ¡Retrozar en los brazos de una vampiresa oriental, navegar por los ríos, concentrar tu atención en el lado equivocado del Mare Nostrum! Cayo, hace un año que murió Magno. ¿Dónde has estado? Tu sitio está en Roma.

Nadie más podría haberle dicho aquello, como César bien sabía. Sin duda Vatia, Lepido, Filipo, Polio, Trebelio y cuantos se habían quedado en Roma habían dejado deliberadamente la misión en manos del único hombre a quien César no replicaría. Su amigo y aliado durante muchos años, Lucio Julio César, consular, augur mayor, el más leal legado de la guerra gálica. Así que le escuchó cortésmente hasta que Lucio César terminó su discurso, y entonces alzó las manos en un gesto defensivo.

-Ni siquiera yo puedo estar en dos lugares al mismo tiempo -dijo, manteniendo un tono de voz ecuánime y objetivo-. Claro que sabía todo el trabajo que tenía pendiente en Roma, y claro que era consciente de que Roma era lo primero. Pero me encontraba ante una disyuntiva, Lucio, y aún creo que me decanté por la opción correcta. O bien dejaba el lado oriental del Mare Nostrum para que se convirtiera en un nido de intrigas, resistencia republicana, conquistas bárbaras y absoluta anarquía, o me quedaba allí y ponía las cosas en orden. Porque casualmente los conflictos se desencadenaron cuando yo estaba allí, de modo que decidí quedarme en Oriente, convencido de que Roma sobreviviría hasta mi llegada. Ahora mi error me parece evidente: deposité demasiada confianza en Marco Antonio. Y lo más exasperante, Lucio, es que puede ser muy competente. ¡Cuánto daño les hizo Julia Antonia a esos tres muchachos entre sus migrañas y sus vahos, sus desastrosas elecciones de marido, su incapacidad para mantener un hogar romano como es debido! Como tú dices, Marco es un descontrolado, un borracho y un lascivo, Cayo es tan inepto que podría pasar por un deficiente mental, y Lucio es tan astuto que nunca deja que su mano izquierda sepa lo que hace su mano derecha.

Las miradas de los cuatro ojos azules se cruzaron. ¡La familia, la maldición de todo hombre!

-Sin embargo, ahora estoy aquí, Lucio. Esto no volverá a ocurrir. Y no es demasiado tarde. Si Antonio y Dolabela tienen intención de luchar por la dictadura por encima de mi cadáver, se encontrarán con lo que no esperan. El dictador César no va a tener para ellos la gentileza de morir.

-Comprendo tu punto de vista respecto a Oriente -dijo Lucio, un poco más tranquilo-, pero no te dejes engatusar por Antonio, Cayo. Sientes

debilidad por él, pero esta vez ha ido demasiado lejos. -Frunció el entrecejo-. Sucede algo extraño con las legiones, y presiento que mi sobrino está detrás de ello. No permite que nadie se acerque a esos militares.

-¿Acaso tienen motivos para el descontento? Cicerón me insinuó que no han cobrado.

-Supongo que sí han cobrado, porque me consta que Antonio se llevó plata de las arcas para acuñar moneda. ¿Quizás estén aburridos? Son tus veteranos de la Galia. También están con ellos los veteranos de la campaña de Pompeyo Magno en Hispana -dijo Lucio César-. La inactividad no puede complacerles.

-Tendrán trabajo de sobra en la provincia de África en cuanto yo me haya ocupado de Roma -contestó César, que se puso en pie-. Partimos hacia Roma ahora mismo, Lucio. Quiero entrar en el Foro al rayar el alba.

-Una cosa más, Cayo -dijo Lucio cuando salían-. Antonio se ha trasladado al palacio de Pompeyo Magno en las Carinas.

César se detuvo en seco.

-¿Con permiso de quién?

-El suyo propio, como Maestro del Caballo. Afirmó que su antigua casa era demasiado pequeña para sus necesidades.

-Vaya, vaya -comentó César, echando a andar de nuevo-. ¿Qué edad tiene?

-Treinta y seis.

-Edad suficiente para ser más sensato.

Cada vez que César regresa a Roma, ésta presenta un aspecto de mayor abandono. ¿Se debe ello a que César visita otras muchas ciudades, ciudades planificadas y construidas por griegos que con su avanzada concepción de la arquitectura no temen arrasar edificios antiguos en nombre del progreso? Como los romanos reverencian la antigüedad y a los antepasados, no se atreven a derruir un edificio público simplemente porque no cumple ya su función. Pese a sus grandes dimensiones, la pobre Roma no es una dama encantadora. Su cogollo está en el fondo de una húmeda hondonada que en justicia debería desaguar en los pantanos de las Palus Cerollas, pero no lo hace porque el borde rocoso de la Velia separa Esquilina de Palatina, de

modo que el cogollo es casi una ciénaga. Si la Cloaca Máxima no pasara justo debajo sería sin duda un lago. La pintura de los edificios se desconcha por todas partes, los templos del Capitolio están sucios, incluso el de Júpiter Óptimus Máximus. En cuanto a Juno Moneta, ¿cuántos siglos hace que no se restaura? Los vapores procedentes de la acuñación de moneda en el sótano están causando estragos. Nada está bien planificado ni trazado; la ciudad es una vieja maraña. Por más que César intenta mejorarla con sus propios proyectos financiados con capital privado. Lo cierto es que Roma está exhausta a causa de décadas de guerra civil. No puede seguir así; esto ha de acabar.

César no tuvo tiempo de fijar la mirada en las obras públicas que había iniciado siete años atrás: el Foro julio, contiguo al Foro romano; la Basílica Julia, en el Foro romano inferior, donde estaban antes las dos antiguas basílicas Opimia y Sempronia; la nueva Curia para el Senado; las oficinas del Senado.

No, estaba demasiado ocupado contemplando los cadáveres descompuestos, las estatuas caídas, los altares destrozados, las hornacinas profanadas. El Ficus Ruminalis presentaba marcas e indicios de violencia; otros dos árboles sagrados tenían partidas las ramas inferiores, y las aguas del estanque de Curtio estaban teñidas de sangre. Más arriba, en el primer tramo de la subida al Capitolio, las puertas del Tabulario de Sila estaban abiertas de par en par, y a su alrededor había fragmentos de piedra.

-¿Antonio no se planteó siquiera limpiar todo esto? -preguntó César.

-En absoluto -dijo Lucio.

-Ni él ni nadie más, por lo visto.

-La gente corriente tiene demasiado miedo para aventurarse a venir aquí, y el Senado no quería que los esclavos públicos retiraran los cadáveres hasta que los parientes tuvieran ocasión de reclamarlos -explicó Lucio con tristeza-. Es un síntoma más de la ausencia de gobierno, Cayo. ¿Quién asume las responsabilidades cuando no hay *praetor urbanus* ni ediles?

César se volvió hacia su principal secretario, que con el semblante pálido se tapaba la nariz con un pañuelo.

-Faberio, ve al puerto de Roma y ofrece mil sestercios a cualquier hombre dispuesto a transportar en carreta los cadáveres en descomposición -ordenó lacónicamente-. Quiero que al anochecer no quede aquí ni un solo cuerpo, y todos deben trasladarse a los pozos de cal del Campo Esquilino. Aunque sus asesinatos no tienen justificación, eran alborotadores y descontentos. Si sus familias aún no los han reclamado, lo lamento.

Faberio se apresuró a cumplir la orden, deseando con desesperación estar en otra parte.

-Coponio, busca al supervisor de los esclavos públicos y dile que mañana quiero todo el Foro lavado a fondo -ordenó César a otro secretario; resopló por la nariz con un gesto de asco-. Éste es un sacrilegio de la peor especie; no tiene sentido.

Pasó entre el templo de la Concordia y el viejo Senáculo, y se agachó para examinar los fragmentos esparcidos alrededor de las puertas del Tabularlo.

-¡Bárbaros! -gruñó-. ¡Por compasión, fíjate en esto! Algunas de nuestras leyes más antiguas grabadas en piedra, rotas en piezas tan pequeñas como las de un mosaico. Y eso es lo que tendremos que hacer: contratar a expertos en el arte del mosaico para recomponer las tablas. Antonio se arrepentirá de esto. ¿Dónde está?

-Aquí viene uno que quizá pueda contestar esta pregunta -dijo Lucio, observando acercarse a un individuo robusto vestido con una toga orlada de púrpura.

-¡Vatia! -exclamó César, tendiendo la mano derecha.

Publio Servilio Vatia Isaurico descendía de una gran familia plebeya ennoblecida, y era hijo del más fiel seguidor de Sila; el padre había prosperado durante el mandato de Sila, y fue tan astuto que consiguió seguir prosperando después de su caída. Aún vivía, retirado en una villa campestre. El hecho de que el hijo eligiera seguir a César era un misterio para aquellos que juzgaban a los nobles romanos según las inclinaciones políticas de sus familias; la rama de los Servilio Vatia era en extremo conservadora, como lo había sido Sila. No obstante, este Vatia en particular tenía una vena de jugador; se había encaprichado de César, el caballo peor

situado en la carrera hacia el poder, y era lo bastante sagaz para saber que César no era un demagogo ni un aventurero político.

Con una mirada chispeante en los ojos grises y una sonrisa en el rostro enjuto, Vatia cogió la mano de César entre las suyas y la estrechó con fervor.

-Gracias a los dioses porque has vuelto.

-Ven, pasea con nosotros. ¿Dónde están Polio y Trebelio?

-Vienen hacia aquí. No te esperábamos tan pronto.

-¿Y Marco Antonio?

-Está en Capua, pero nos comunicó que vendría a Roma.

Terminaron su recorrido ante las macizas puertas de bronce junto al altísimo podio del templo de Saturno, donde se encontraba el Tesoro público. Tras mucho llamar, por fin una hoja de la puerta se abrió un poco y por el resquicio asomó la cara asustada de Marco Cuspido, *tribunus aerarius*.

-¿Atiendes en persona a los que llaman, Cuspido? -preguntó César.

-¡César! -La puerta se abrió de par en par-. ¡Pasa, pasa!

-No entiendo por qué tenías tanto miedo, Cuspido -dijo César mientras avanzaba por el pasillo escasamente iluminado que llevaba a las oficinas-. Esto está tan vacío como un intestino después de un enema. -Con expresión ceñuda, asomó la cabeza a una pequeña habitación-. Han desaparecido incluso las mil seiscientas libras de *laserpicium*. ¿Quién ha aplicado la lavativa?

Cuspido no fingió incompreensión.

-Marco Antonio, César. Como Maestro del Caballo, tiene autoridad para hacerlo, y dijo que tenía que pagar a las legiones.

-Para pagar una guerra yo sólo me llevé treinta millones de sestercios en monedas acuñadas y diez mil talentos de plata en lingotes. Quedaron veinte mil talentos de plata y quince mil talentos de oro -dijo César sin alterarse-. Suficiente para sacar del bache a Roma, digo yo, aunque hubiera que pagar a doscientas legiones. Lo cierto es que yo había calculado aproximadamente lo que iba a encontrar en el erario al inspeccionarlo. No preveía que estuviera vacío.

-El oro sigue aquí, César -aseguró Marco Cuspio, nervioso-. Lo trasladé a otro sitio. Durante el consulado de Publio Servilio Vatia se encargaron mil talentos de plata en moneda.

-Sí, yo los encargué -confirmó Vatia-, pero sólo se pusieron en circulación cuatro millones de sestercios. El grueso del dinero volvió aquí.

-Intenté pedir datos y cifras, de verdad.

-Nadie te culpa, Cuspio. No obstante, mientras el dictador esté en Italia, nadie sacará de aquí un solo sestercio a menos que él esté presente, ¿queda claro?

-Sí, César, muy claro.

-Pasado mañana te llegará un envío de siete mil talentos de oro y numerosas coronas de oro. El oro es propiedad del erario, y se estampará debidamente. Conserva las coronas como prueba de mi triunfo en Asia. Buenos días tengas.

Cuspio cerró la puerta y se dejó caer contra ella, respirando entrecortadamente.

-¿Qué se trae entre manos Antonio? -preguntó Vatia a los Césares.

-Me propongo averiguarlo -contestó César el dictador.

Publio Cornelio Dolabela procedía de una antigua familia patricia que había entrado en decadencia, una historia bastante habitual. Al igual que otro Cornelio, Sila, Dolabela vivía de su ingenio y poco más. Había pertenecido al Círculo del viejo Clodio en la época en que Clodio y sus jóvenes compinches igualmente desmandados habían escandalizado a los más moderados elementos de Roma con sus actividades. Pero habían pasado casi siete años desde que Nilo asesinó a Clodio en la Via Apia, hecho que representó la disolución de la banda.

Algunos de los seguidores de Clodio llegaron a desarrollar distinguidas carreras públicas: Cayo Escibonio Curio, por ejemplo, había sido un brillante tribuno de la Asamblea de la Plebe al servicio de César y murió en combate justo cuando su estrella estaba en ascenso; Décimo Junio Bruto Albino, más conocido como Décimo Bruto, había pasado de capitanear las bandas callejeras de Clodio a capitanearlas huestes de César con aún mayor habilidad, y en el presente era gobernador en la Galia Transalpina; y

naturalmente Marco Antonio había tenido tanto éxito bajo el mando de César que ahora era el segundo hombre más poderoso de Roma, el Maestro del Caballo del dictador.

Sin embargo, no había sido así para Dolabela, quien siempre parecía estar en otra parte cuando César distribuía los mejores puestos, a pesar de que había adoptado el bando de' César en cuanto se supo que el paso del Rubicón era un hecho.

En muchos sentidos él y Marco Antonio se parecían: grandes, detestablemente egoístas, fanfarrones. Donde diferían era en el estilo; Dolabela tenía modos más suaves. Los dos vivían en una pobreza crónica; los dos se habían casado por dinero: Antonio con la hija de un rico provincial, rico provincial murió en una epidemia, Fabia había permanecido virgen demasiado tiempo para ser una esposa satisfactoria, pero los dos habían salido de sus primeros matrimonios considerablemente más acaudalados. Después Antonio se casó con Antonia, su prima carnal, hija del repugnante Antonio Híbrida; era tan famosa como su padre por torturar esclavos, pero Antonio pronto la obligó a abandonar ese hábito a golpes. Dolabela, en cambio, la segunda vez se casó por amor, con la encantadora hija de Cicerón, Tulia... ¡y qué decepcionante resultó!

Mientras Antonio actuaba como legado mayor de César, llevando el timón en Brindisi y luego al frente de las tropas en Macedonia Grecia, Dolabela comandaba una flota en el Adriático y sufrió una derrota tan ignominiosa que César no volvió a darle otra oportunidad.

En justicia debe decirse que los barcos de Dolabela eran cascarones y la flota republicana se componía de liburnios, los mejores barcos combate existentes. Pero ¿tuvo César eso en cuenta? De tanto Marco Antonio medraba imparable, Publio Dolabela esconfundía falto de rumbo.

Su situación llegó a ser desesperada. Había dilapidado hacía ya mucho tiempo la fortuna de Fabia y la dote recibida de Cicerón no duró más que una gota del reloj de agua. Llevando la misma clase de vida que Antonio (aunque a escala más modesta), las deudas de Dolabela fueron amontonándose. Los prestamistas a quienes el libertino de treinta y seis años debía millones empezaron a acosarlo de manera tan insistente y

desagradable que éste apenas se atrevía a dejarse ver en los barrios buenos de Roma.

Cuando César se marchó a Egipto y desapareció de la faz de la tierra, Dolabela descubrió que tenía ante sí la respuesta a sus males desde hacía años: seguiría el ejemplo de Publio Clodio, fundador del Círculo Clodio, e intentaría ser elegido tribuno de la Asamblea de la Plebe. Al igual que Clodio, Dolabela era patricio 0 elegible para ese tentador cargo público. Pero Clodio había soslayado ese obstáculo haciéndose adoptar por un plebeyo. Dolabela encontró a una dama llamada Libia, y procedió a hacerse adoptar por ella. Como plebeyo auténtico, podía presentarse a las elecciones.

A Dolabela no le interesaba utilizar el cargo para fomentar su fama política; su propósito era conseguir que aprobaran una condonación general de deudas. Dada la presente crisis, no era tan absurdo como parecía. Padeciendo las privaciones que una guerra civil siempre acarreaba, Roma estaba llena de individuos y empresas endeudados hasta el cuello, y deseosos de encontrar una manera de salir de su difícil situación sin tener que pagar dinero. Dolabela llevó a cabo una campaña reivindicando la condonación general de deudas, y fue elegido. Le dieron un mandato. Lo que no había tenido en cuenta era la oposición de otros dos tribunos de la Asamblea de la Plebe, Cayo Asinio Polio y Lucio Trebelio, que tuvieron las agallas de vetarlo durante el primer *contio* que convocó para debatir la medida. *Contio* tras *contio*, Polio y Trebelio siguieron vetándolo.

Dolabela echó mano de sus trucos «clodianos» y recurrió a la banda callejera; acto seguido el Foro romano se vio sacudido por una campaña de terror que debería haber llevado a Polio y Trebelio al exilio voluntario. No fue así. Se quedaron en el Foro, se quedaron en la *rostra*, mantuvieron su tenaz esfuerzo. Veto, veto, veto. No hubo condonación general de las deudas.

Llegó marzo, y en la Asamblea de la Plebe las cosas siguieron en punto muerto. Hasta el momento Dolabela había mantenido a las bandas bajo relativo control, pero era evidente que se requería mayor violencia. Conociendo a Marco Antonio desde hacía mucho tiempo, Dolabela sabía

perfectamente que éste se hallaba aún más endeudado que él; también a Antonio le interesaba que se aprobara la condonación general de deudas con carácter de ley.

-Pero la cuestión es, mi querido Antonio, que no puedo dar rienda suelta a mis matones si el Maestro del Caballo del dictador anda cerca -explicó Dolabela ante un par de jarras de potente vino.

Antonio agachó la cabeza, cubierta de pelo rizado y rojizo, echó un trago y sonrió.

-De hecho, Dolabela, las legiones acuarteladas en Capua están inquietas, así que en realidad debería ir hasta allí para investigar -dijo. Sacó la lengua para tocarse la punta de la nariz, un truco fácil para Antonio-. Es muy posible que encuentre en Capua una situación tan delicada que deba quedarme allí durante... mmm... tanto tiempo como tardes en conseguir la aprobación de la ley.

Y eso acordaron. Antonio partió hacia Capua para cumplir sus legítimas obligaciones como Maestro del Caballo, y entretanto Dolabela causó estragos en el Foro romano. Trebelio y Polio fueron agredidos físicamente por las bandas, maltratados brutalmente, apaleados sin piedad; pero, al igual que otros tribunos de la Asamblea de la Plebe hicieron antes que ellos, se negaron a dejarse intimidar. Cada vez que Dolabela convocaba un *contio* en la Asamblea de la Plebe, Polio y Trebelio estaban allí para acogerse a su derecho al veto; claro que acudían cubiertos de vendas y con los ojos morados, pero eran ovacionados. A los asiduos del Foro les entusiasmaba la valentía, y las bandas no se componían de asiduos al Foro.

Por desgracia para Dolabela, no podía permitir que sus muchachos mataran -o ni siquiera medio mataran- a Polio y Trebelio, que eran hombres de César, y César regresaría. Él tampoco apoyaría una condonación general de las deudas. Polio en particular contaba con el afecto de César; estaba presente cuando el viejo cruzó el Rubicón, y en esos momentos se dedicaba a escribir una historia de los últimos veinte años. Lo que Dolabela no había previsto era el belicoso resurgimiento del Senado, no lo bastante nutrido de asistentes en esos tiempos para formar quórum. Consciente de ello, Dolabela había excluido por completo de sus cálculos al principal

organismo de gobierno. ¿Y qué hizo entonces Vatia Isaurico? Convocó una sesión del Senado y lo obligó a aprobar el *Senatus consultum Ultimum*, una medida comparable a la ley marcial. Se ordenó nada menos a Marco Antonio que pusiera fin a la violencia en el Foro. Tras esperar en vano seis meses la condonación general de deudas, Antonio estaba harto. Sin molestarse a advertir a Dolabela, entró en el Foro con la Décima y arremetió contra las bandas... y contra los desdichados asiduos del Foro atrapados allí en medio. Dolabela ignoraba quiénes eran los hombres ejecutados por Marco Antonio, y sólo podía suponer que Antonio -como sería muy propio de él- simplemente había atrapado a los primeros cincuenta que vio en los callejones del Velabrum. Dolabela siempre había sabido que Antonio era un carnicero, pero que nunca implicaría a uno de su propia clase e inclinaciones.

Ahora César había vuelto a Roma. Publio Cornelio Dolabela se vio convocado a la presencia del dictador en la *Domus Publica*.

Como pontífice máximo, César estaba autorizado a vivir en el edificio público más parecido a un palacio que tenía Roma. Mejorado y ampliado primero por Ahenobarbo y luego por César, era una enorme residencia ubicada en el centro mismo del Foro y presentaba una peculiar dicotomía: en un lado vivían las seis Vírgenes Vestales, en el otro el pontífice máximo. Uno de los deberes del sumo sacerdote de Roma era supervisar las Vestales, que no llevaban una vida de claustro, pero cuyos hímene intactos representaban el bienestar público de Roma, o de hecho la suerte de Roma. Investidas a los seis o siete años de edad, servían durante treinta años y luego quedaban en libertad para reintegrarse a la comunidad e incluso casarse si así lo deseaban, como había hecho Fabia con Dolabela. Sus deberes religiosos no eran grandes, pero también tenían bajo su custodia los testamentos de los ciudadanos romanos, y en el momento en que César regresó a Roma eso implicaba que guardaban alrededor de tres millones de documentos, todos minuciosamente archivados, numerados y clasificados, ya que incluso los ciudadanos romanos más pobres tendían a hacer testamento y a dejarlo en manos de las Vestales fuera cual fuera su lugar de residencia. En cuanto una Vestal cogía el testamento de alguien se sabía que

era sacrosanto, que nadie lo leería hasta que se presentara una prueba de la muerte del testador y, ¡pareciera la persona indicada para autenticarlo.

Así pues, cuando Dolabela se presentó en la *Domus Publica*, no se dirigió al lado de las Vestales, ni a la entrada principal ornada con el nuevo frontón encargado por César (la *Domus Publica* era un templo inaugurado), sino a la puerta privada del pontífice máximo.

Todos los empleados de la época de la ínsula de Aurelia en Subura habían muerto, incluidos Borbundo y su esposa, Cardixa, pero los hijos de éstos aún administraban las muchas propiedades de César. El tercero de esos hijos, Cayo Julio Trogo, estaba en las oficinas de la *Domus Publica*, y dejó pasar a Dolabela con una ligera reverencia. Dolabela, un hombre alto, no estaba acostumbrado a que alguien le hiciera sentir pequeño, pero al lado de Trogo parecía un enano.

César se hallaba en su estudio, ataviado con sus magníficas galas pontificales, un detalle significativo, según supo Dolabela sin comprender la razón. Tanto la toga como la túnica eran de bandas púrpura y carmesí; en aquella sala, bien iluminada gracias a una ventana y numerosas lámparas, las suntuosas vestiduras reproducían los colores de la decoración, ya que muebles y paredes eran de tonos carmesí y púrpura, con dorados en las molduras de escayola del techo.

-Siéntate -le indicó César con brusquedad, dejando caer el pergamino que estaba leyendo para mirar fijamente a los ojos de Dolabela, fríos, penetrantes, no del todo humanos-. ¿Qué tienes que decir en tu defensa, Publio Cornelio Dolabela?

-Que las cosas se nos han escapado de las manos?respondió Dolabela con franqueza.

-Reclutaste bandas para aterrorizar a la ciudad.

-¡No, no! -aseguró Dolabela, mirándolo con los ojos muy abiertos y expresión inocente-, De verdad, César, las bandas no fueron cosa mía. Yo simplemente presenté un proyecto de ley para la condonación general de las deudas, y al hacerlo, descubrí que la mayoría de los romanos estaban tan endeudados que se volcaron con desesperación en apoyo al proyecto. Mi

propuesta cobró impulso del mismo modo que una bola de nieve rodando pendiente abajo por el Clivus Victoriae.

-Si no hubieras presentado ese irresponsable proyecto de ley, Publio Dolabela, no habría habido bola de nieve -replicó de mal humor-. ¿Tan grandes son tus propias deudas?

-Sí.

-De modo queda medida era en esencia egoísta.

-Supongo que sí. Sí.

-¿No se te ocurrió pensar, Publio Dolabela, que los dos miembros de tu colegio tribunicio que se opusieron a la medida no estaban dispuestos a permitirte legislar?

-Sí, sí, claro.

-¿Cuál era, pues, tu deber como tribuno? Dolabela lo miró con cara de incompreensión.

-¿Mi deber como tribuno?

-Comprendo que tu origen patricio te impide entender bien los asuntos plebeyos, Publio Dolabela, pero tienes cierta experiencia política. Debiste de saber cuál era tu deber en cuanto Cayo Polio y Lucio Trebelio se obstinaron en vetar esa ley.

-Yo... no.

César, sin parpadear, mantenía los ojos fijos en Dolabela como dos dolorosos taladros.

-Y la persistencia, Publio Dolabela, es una virtud admirable, pero tiene un límite. Si dos de los miembros de tu colegio ejercen el veto en todos tus *contio* durante tres meses, el mensaje está claro. Debes retirar la ley propuesta porque se considera inaceptable. Tú en cambio has perseverado durante diez meses. De nada sirve que ahora te quedes ahí sentado como un niño arrepentido, seas o no responsable de la organización de bandas callejeras al estilo del viejo Clodio, no tuviste el menor escrúpulo en aprovecharte de ellas, llegando al punto de quedarte de brazos cruzados mientras agredían físicamente a dos hombres que están protegidos por los antiguos principios plebeyos de la inviolabilidad y la sacrosantidad. Marco Antonio arrojó de lo alto de la Roca Tarpeya a veinte ciudadanos afines a ti,

pero ninguno de ellos era ni remotamente tan culpable como tú, Publio Dolabela. En justicia debería ordenar que éste fuera también tu destino. Y así, de hecho, debería haber obrado Marco Antonio, que tenía que saber quién era el responsable. Tú y mi Maestro del Caballo habéis sido uña y carne durante veinte años.

Se produjo un silencio. Dolabela, con los dientes apretados, notó el sudor en la frente y rogó para que las gotas no resbalaran hasta sus ojos obligándolo a enjugárselas.

-Como pontífice máximo, Publio Cornelio Dolabela, es mi deber informarte de que tu adopción en la plebe era ilegal. No contó con mi consentimiento, y ése es un requisito indispensable según la *lex Clodia*. Por tanto, debes abandonar el tribunado de la Asamblea de la Plebe inmediatamente y retirarte por completo de la vida pública hasta que el Tribunal de Quiebras reanude las sesiones y puedas apelar a él para resolver tus asuntos. La ley no dispone de mecanismos para situaciones como la tuya, y como el jurado lo compondrán otros de tu misma clase saldrás mejor librado de lo que mereces. Ahora márchate. -César bajó la cabeza.

-¿Eso es todo? -preguntó Dolabela con incredulidad.

César tenía ya un pergamino entre las manos.

-Eso es todo, Publio Dolabela. ¿Me crees tan estúpido como para atribuir la culpa a quien no la tiene? En esto tú no eres el principal instigador, tú eres un simple peón.

Indignado pero con alivio, el simple peón se puso de pie.

-Una cosa más -dijo César todavía leyendo.

-¿Sí, Cesar?

-Te prohíbo todo contacto con Marco Antonio. Tengo mis fuentes de información, Dolabela, así que te sugiero que no intentes infringir esa prohibición. Vale.

Dos días después llegó a Roma el Maestro del Caballo. Atravesó la Puerta Capena al frente de un escuadrón de caballería germana, a lomos del corcel público antoniano, una bestia enorme y vistosa tan blanca como el antiguo caballo público de Pompeyo Magno. Antonio, no obstante, había ido más lejos que Pompeyo: en lugar de arreos de piel escarlata, su montura

los llevaba de piel de leopardo. También él llevaba una capa corta de leopardo sujeta al cuello mediante una cadena de oro, doblada hacia atrás en un hombro para mostrar el forro escarlata del mismo color de la túnica. Su coraza era de oro, moldeada para ajustarse a sus magníficos pectorales, y llevaba grabada la escena en la que Hércules (los orígenes de los Antonios se remontaban a Hércules) mataba al león de Nemea; las tiras de piel escarlata de las mangas y el faldellín estaban tachonadas y orladas de oro. Llevaba el yelmo ático de oro con el penacho de plumas de avestruz teñidas de escarlata (debían de costar diez talentos, ya que eran muy poco comunes en Roma) colgado del arzón posterior de la silla de piel de leopardo, ya que prefería ir con la cabeza descubierta para que el público, boquiabierto, no albergara la menor duda de quién era aquella figura poderosa y divina. Para mayor presunción, había equipado a las monturas negras del escuadrón de germanos con arreos de color escarlata, y a los jinetes los había ataviado con plata y pieles de leones; las cabezas de estas fieras remataban sus yelmos y las garras les colgaban anudadas ante el pecho.

Todas las mujeres de la multitud apiñada para verlo atravesar el mercado de Capena debieron de plantearse la misma duda: ¿Era hermoso o era feo? Por lo general las opiniones estaban divididas, ya que en cuanto a estatura o musculatura era hermoso, mientras que su rostro era feo. Antonio tenía el cabello muy espeso y rizado, de color castaño rojizo, la cara tosca y redondeada, el cuello tan corto y grueso que parecía la prolongación de la cabeza. Sus ojos, pequeños, hundidos y demasiado juntos, tenían el mismo color castaño del pelo. La nariz y el mentón casi se tocaban por encima de la boca pequeña de labios carnosos. Las mujeres que le habían concedido sus favores amorosos comparaban sus besos con el mordisqueo de una tortuga. No obstante, nadie podía negar que su presencia destacaba en medio de cualquier multitud.

Se forjaba unas fantasías desbordantes y fabulosas. Eso mismo podría decirse de muchos hombres, pero la diferencia entre Antonio y los demás estribaba en el hecho de que Antonio vivía realmente sus fantasías en el mundo real. Se veía a sí mismo como Hércules, como el nuevo Dioniso, como Sanpsiceramo, el legendario potentado oriental, y se las ingeniaba

para que su comportamiento y apariencia fueran una combinación de los tres.

Aunque su exageradamente ostentoso modo de vida ocupaba casi todos sus pensamientos, no era estúpido como su hermano Cayo, ni un patán; Marco Antonio, en lo tocante a sus propios intereses, poseía un lado astuto que, cuando era necesario, lo sacaba de situaciones precarias, y sabía cómo conseguir que su abrumadora masculinidad actuara en su favor ante otros hombres, especialmente el dictador César, que era su primo segundo. A todo esto se añadía la facilidad para la oratoria propia de su familia, que aunque no estaba a la altura de Cicerón o César, sin duda era superior a la de la mayoría de los miembros del Senado. No le faltaba valor, y era capaz de pensar en el campo de batalla. De lo que sí carecía era del sentido de la moralidad, del comportamiento ético, de respeto por la vida y los seres humanos, y sin embargo podía ser asombrosamente generoso y una excelente compañía. Antonio era como un toro en la puerta del toril, un hombre de impulsos. Lo que deseaba obtener gracias a su noble origen tenía dos aspectos: por un lado, deseaba ser el primer hombre de Roma; por otro, deseaba palacios, buena vida, sexo, comida, vino, comedia y diversión permanente.

Desde su regreso a Italia con las legiones de César hacía casi un año, se había entregado sin freno a todas esas actividades. Como Maestro del Caballo del dictador, era constitucionalmente el hombre más poderoso en ausencia del dictador, y había estado utilizando ese poder de unas maneras que, como bien sabía, César deploraría. Pero también había estado viviendo como un potentado oriental, y gastando mucho más dinero del que tenía. Tampoco le había importado lo que un hombre más prudente habría comprendido desde el principio: que llegaría un día en que tendría que rendir cuentas de sus actividades. Antonio vivía únicamente en el presente. Sólo que el día por fin había llegado.

Lo sensato, decidió, era dejar a sus amigos en la villa de Pompeyo en Herculano. No tenía sentido alterar al primo Cayo más de lo necesario. A pesar de que el primo Cayo conocía bien a hombres como Lucio Gelio

Poplicola, Quinto Pompeyo Rufo el Joven y Lucio Vario Cotila, éstos no eran de su agrado.

Su primera parada en Roma no fue la *Domus Publica*, ni la enorme mansión de Pompeyo en las Carinas, ahora su morada; fue derecho a la casa de Curio en el Palatino, estacionó a sus germanos en el jardín contiguo a la casa de Hortensia, y entró preguntando por la señora Fulvia.

Era la nieta de Cayo Sempronio Graco por Via de su madre, Sempronia, que se había casado con Marco Fulvio Banbalio, una alianza muy apropiada considerando que los Fulvios habían sido los más fervientes seguidores de Cayo Graco, y habían padecido el mismo destino que él. Sempronia había recibido la enorme fortuna de su abuela, pese a que la *lex Voconia* prohibía a las mujeres ser herederas principales. Pero la abuela de Sempronia era Cornelia, la madre de los Gracos, con poder suficiente para obtener un decreto del Senado que la eximiera del cumplimiento de la ley. Cuando Fulvio y Sempronia murieron, otra exención senatorial autorizó a Fulvia a heredar tanto de su padre como de su madre. Era la mujer más rica de Roma. Fulvia no tuvo que sufrir el habitual destino de las herederas. Eligió ella misma a su marido, Publio Clodio, el patricio rebelde, fundador del Círculo Clodio. ¿Por qué escogió a Clodio? Porque estaba enamorada de la imagen demagógica de su propio abuelo, y vio en Clodio grandes posibilidades para la demagogia. Su fe en él no se vio defraudada. Tampoco estaba dispuesta a quedarse en casa como una clásica esposa romana. Incluso en los últimos meses de embarazo se la veía en el Foro alentando a gritos a Clodio, besándolo obscenamente, comportándose en general como una ramera. En su vida privada era miembro de pleno derecho del Círculo Clodio, conocía a Dolabela, a Poplicola, a Antonio... y a Curio.

Tras el asesinato de Clodio quedó sumida en la mayor congoja, pero su viejo amigo Ático la convenció de que tenía que seguir viviendo por sus hijos, y con el tiempo la terrible herida cicatrizó un poco. Después de tres años de viudedad se casó con Curio, otro brillante demagogo. Con él tuvo un hijo pelirrojo y travieso, pero su vida juntos se vio trágicamente interrumpida cuando Curio murió en la guerra.

Ahora tenía treinta y siete años, era madre de cinco hijos -cuatro de Clodio, uno de Curio- y no aparentaba más de veinticinco años.

Sin embargo, cuando Antonio cruzó la puerta de la mansión, éste no tuvo apenas oportunidad de evaluarla con su certero ojo de conocedor; ella apareció en la puerta del atrio, gritó y se abalanzó sobre él con tal entusiasmo que rebotó contra la coraza y cayó al suelo riendo y llorando a la vez.

-¡Marco, Marco, Marco! ¡Déjame contemplarte! -exclamó ella tomándole la cara entre las manos, ya que también Antonio se había dejado caer al suelo-. El tiempo no pasa por ti.

-Ni por ti -contestó él con admiración.

Sí, seguía tan deseable como siempre. Unos pechos seductoramente grandes, tan firmes como cuando tenía dieciocho años, cintura esbelta (no era mujer que ocultara sus encantos sexuales), sin arrugas que afearan su tez clara y deliciosa, con las cejas y las pestañas negras, los ojos enormes de azul oscuro. ¡Y el cabello! Del mismo magnífico color castaño que antes. ¡Qué belleza! Y tan acaudalada.

-Cásate conmigo -propuso él-. Te amo.

-Y yo te amo a ti, Antonio, pero es demasiado pronto. -Los ojos se le llenaron de lágrimas, no de alegría por la llegada de Antonio sino a causa del dolor por la pérdida de Curio-. Vuélvemelo a pedir dentro de un año.

-¿Tres años entre maridos como de costumbre, pues?

-Sí, eso parece. Pero no me dejes viuda por tercera vez, Marco, te lo ruego. Te metes en problemas continuamente, y por eso te amo, pero quiero envejecer con alguien que recuerde desde la juventud, ¿y quién me queda excepto tú? -preguntó.

Antonio la ayudó a levantarse, pero era un hombre demasiado experimentado para intentar abrazarla.

-Décimo Bruto -dijo sonriente-. Poplicola.

-¡Bah, Poplicola! Un parásito -contestó ella con desdén-. Si te casas conmigo tendrás que renunciar a la compañía de Poplicola; no pienso recibirlo.

-¿Ningún comentario sobre Décimo?

-Décimo es un gran hombre, pero es... En fin, no sé. Veo a su alrededor un constante halo de infelicidad. Y me resulta demasiado frío; tener a Sempronia Tudítania por madre lo echó a perder, creo. Sabía hacer la *fellatio* mejor que cualquier otra mujer en Roma, incluidas las profesionales. -Fulvia no se mordía la lengua-. Admito que me alegré cuando por fin murió a fuerza de dietas. También Décimo debió de alegrarse, imagino. Ni siquiera se molestó en escribir desde la Galia.

-Hablando de *fellatrices*, he oído que la madre de Poplicola también ha fallecido.

Fulvia hizo una mueca.

-El mes pasado. Tuve que sostenerle la mano hasta que le quedó rígida... ¡Uf!

Pasearon por el jardín del peristilo, porque era un magnífico día de verano. Ella se sentó junto a la fuente y jugó con el agua del estanque mientras Antonio ocupaba un asiento de piedra y la contemplaba. ¡Por Hércules, qué bella era! El próximo año...

-Has perdido las simpatías de César -dijo ella de pronto.

Antonio resopló quitándole importancia.

-¿De quién, de mi viejo primo Cayo? Puedo manejarlo con una mano atada a la espalda. Soy su preferido.

-No estés demasiado seguro, Marco. Bien recuerdo cómo manipulaba a mi querido Clodio cuando César estaba en Roma. Clodio no hacía nada que César no hubiera sembrado antes en su mente, desde el viaje de Catón para anexionarse Chipre hasta todas aquellas leyes extrañas sobre los colegios religiosos y la ley religiosa. -Dejó escapar un suspiro-. Sólo cuando César se marchó a la Galia, mi Clodio empezó a desbocarse. César lo controlaba. Y se empeñará en controlarte a ti también.

-Es de la familia -respondió Antonio sin perturbarse-. Puede que reciba una reprimenda, pero no pasará de ahí.

-Vale más que le hagas una ofrenda a Hércules para que así sea.

Al salir de la mansión de Fulvia, Antonio fue al Palacio de Pompeyo y se reunió con su segunda esposa, Antonia Híbrida. Ésta no estaba mal, pero la pobre había heredado las facciones de la familia Antonio, y lo que en un

hombre quedaba bien era evidente que en una mujer quedaba mal. Era una muchacha fornida, y él no había tardado en cansarse de ella, pero aún tardó menos en gastar su considerable fortuna. Ella le había dado una hija, Antonia, que en esos momentos contaba cinco años, pero la unión de primos carnales no había sido acertada por lo que se refería a sus vástagos. La pequeña Antonia era mentalmente retrasada, además de muy fea y gorda. Antonia tendría que conseguir una descomunal dote en alguna parte o casar a su hija con un plutócrata extranjero dispuesto a entregar la mitad de su fortuna por la oportunidad de conseguir una esposa de la estirpe antoniana.

-Estás jugando con fuego -dijo Antonia Híbrida cuando él la encontró en su salón.

-No me quemaré, Híbrida.

-Esta vez sí, Marco. César está indignado.

-*Cacat!* -exclamó él con vehemencia alzando un puño.

Ella se encogió.

-¡No, por favor! -gritó-. ¡No he hecho nada, nada!

-Deja de gimotear, no corres peligro.

-César mandó un mensaje -informó ella, recobrándose.

-¿Cómo?

-Para que te presentes en la *Domus Publica* de inmediato. Con toga, no con armadura.

-El Maestro del Caballo siempre lleva armadura.

-Yo sólo transmito el mensaje. -Antonia Híbrida examinó a su marido; quizá pasaran meses antes de que volviera a verlo, aunque vivieran en la misma casa. Él la había golpeado con frecuencia al principio del matrimonio, pero no había domado su espíritu, sólo la había apartado del hábito de torturar a los esclavos-. Marco -añadió ella-, querría tener otro hijo.

-Puedes tener lo que quieras, Híbrida, pero no otro hijo. Una deficiente mental es ya demasiado.

-Las lesiones se produjeron en el parto, no en el útero.

Antonio se acercó al gran espejo de plata en el que Pompeyo Magno se había mirado en otro tiempo con la esperanza de ver desvanecerse en sus

profundidades el fantasma de su Julia muerta. Se observó con la cabeza ladeada. ¿Cómo iba a estar imponente con una toga? Nadie sabía mejor que el propio Marco Antonio que los hombres con un físico como el suyo no ofrecían un aspecto imponente. Las togas eran para personas como César; se requería gran estatura y elegancia para lucirlas. No, pero debía admitir que el viejo llevaba también la armadura con gracia. Simplemente tenía una apariencia regia en cualquier circunstancia. El dictador de la familia. Así lo llamábamos entre nosotros cuando éramos niños, Cayo, Lucio y yo. Nos dirigía a todos, incluso al tío Lucio. Y ahora dirige Roma como dictador.

-No me esperes a cenar -dijo y se marchó.

-Pareces un *miles gloriosus* de Plauto con esa ridícula indumentaria -fue el primer comentario de César, sentado tras su mesa. No se levantó, ni intentó en lo más mínimo tener algún contacto físico con Antonio.

-Así vestido, los soldados me admiran. Les gusta ver que sus superiores parecen sus superiores.

-Al igual que tú, Antonio, tienen el gusto en el culo. Te pedí que vinieras con toga. La armadura no es lo apropiado en el *pomerium*.

-Como Maestro del Caballo, puedo llevar armadura dentro de la ciudad.

-Como Maestro del Caballo, debes obedecer al dictador.

-Bien, ¿me siento o me quedo en pie? -preguntó Marco Antonio.

-Siéntate.

-Ya estoy sentado, ¿y ahora qué?

-Quiero una explicación de los sucesos en el Foro.

-¿Qué sucesos?

-No te hagas el tonto, Antonio.

-Sólo pretendo acabar cuanto antes con tu sermón.

-Así que ya sabes para qué te he llamado, para darte, como tú bien dices, un sermón.

-¿No es así?

-Quizá no esté de acuerdo con la elección de esa palabra, Antonio. Yo pensaba en algo más en la línea de «castración».

-¡Eso no es justo! ¿Qué he hecho yo, aparte de poner orden? -preguntó Antonio airado-. Tu fiel Vatia aprobó el decreto y me dio órdenes para que

actuara con violencia. Eso es lo que yo hice. Desde mi punto de vista, hice bien el trabajo. Desde entonces nadie ha vuelto a abrir la boca.

-Hiciste entrar a soldados profesionales en el Foro romano y les ordenaste utilizar las espadas para atacar a hombres armados con porras de madera. Organizaste una matanza. Asesinaste a ciudadanos romanos en su lugar de reunión. Ni siquiera Sila tuvo la temeridad de hacer una cosa así. ¿Tal vez el hecho de que fueras requerido para empuñar la espada contra otros romanos en el campo de batalla justifica el que hayas convertido el Foro romano en un campo de batalla? ¡El Foro romano, Antonio! Has ensuciado con sangre de los ciudadanos las piedras que pisó Rómulo. El Foro de Rómulo, de Curtio, de Oratio Cocles, de Fabio Máximo Verrucoso Cuncpator, de Apio Claudio Ceco, de Escipión el Africano, de Escipión Emiliano, de un millar de romanos más nobles que tú, más capacitados, más reverenciados. Has cometido un sacrilegio -dijo César, pronunciando las palabras lenta y claramente, con tono cortante.

Antonio se levantó con los puños cerrados.

-No me gustan tus sarcasmos. No me vengas a mí con tu oratoria, César. Di lo que tengas que decir y acabemos. Luego volveré a ocuparme de mi trabajo, que consiste en intentar mantener las legiones en calma. Porque no lo están. Están muy, muy a disgusto -gritó, con un brillo rojo de astucia en el fondo de los ojos. Eso debía desviar la atención del viejo, siempre muy sensible respecto a sus legiones.

No fue así.

-¡Siéntate, pedazo de ignorante! Cierra esa boca rebelde, o te caparé aquí mismo, y no creas que no soy capaz de hacerlo. ¿Te las das de guerrero, Antonio? Comparado conmigo eres un principiante. ¡Montando un precioso caballo con la armadura de desfile de un soldado vanidoso! No te colocas en la primera fila, nunca lo has hecho. Podría arrebatarte ahora mismo la espada y cortarte en pedazos.

César había dado rienda suelta a su mal genio. Antonio respiró hondo, sacudido hasta la médula. ¿Por qué se habría olvidado del mal genio de César?

-¿Cómo te atreves a ser insolente conmigo? -prosiguió César-.

¿Cómo te atreves a olvidarte de quién eres exactamente? Tú, Antonio, eres una creación mía: yo te hice y yo puedo acabar contigo. Si no fuera por nuestros lazos de sangre, te habría desechado en favor de una docena de hombres más eficaces e inteligentes. ¿Era mucho pedir que te comportaras con un poco de discreción, con un poco de sentido común? Es obvio que pedía demasiado. Además de un necio, eres un carnicero, y tu comportamiento ha complicado infinitamente mi labor en Roma. He recibido en herencia tu carnicería. Desde el instante en que crucé el Rubicón, mi política con los romanos ha sido la clemencia, pero ¿cómo describes esta masacre? No, César no puede confiar en que su Maestro del Caballo se comporte como un romano auténtico, educado, civilizado. ¿Cómo aprovechará Catón esta masacre cuando se entere? ¿O Cicerón? Has echado a perder mi clemencia, y no te doy las gracias por ello.

El Maestro del Caballo alzó las manos en un gesto de vil rendición.

-Pax, pax, pax! Fue un error. Lo siento, lo siento.

-Los remordimientos son para después del hecho, Antonio. Había al menos cincuenta maneras de atajar la violencia en el Foro sin romper más de una o dos cabezas. ¿Por qué no armaste a la Décima con escudos y estacas, como hizo Cayo Mario cuando redujo a la muchedumbre mucho más numerosa de Saturnino? ¿No se te ocurrió pensar que al ordenar semejante matanza a la Décima, traspasaste una parte de tu culpabilidad a tus hombres? ¿Cómo voy a explicarles estas cosas a ellos, por no hablar ya de la población civil? -Tenía una mirada gélida, pero destilaba también aversión-. Nunca olvidaré ni perdonaré tu acción. Más aún, ésta me indica que te complace utilizar el poder de un modo que podría resultar peligroso no sólo para el Estado sino también para mí.

-¿Estoy despedido? -preguntó Antonio, haciendo ademán de levantarse de la silla-. ¿Has acabado?

-No, no estás despedido, y no, no he acabado. Quédate sentado -dijo César, aún con visible disgusto-. ¿Qué ha ocurrido con la plata del erario?

-Ah, eso.

-Sí, eso.

-Me la llevé para pagar a las legiones, pero aún no he tenido ocasión de acuñarla -dijo Antonio con un gesto de indiferencia.

-¿Está, pues, en Juno Moneta?

-Ejem... No.

-¿Dónde está?

-En mi casa. Me pareció un lugar más seguro.

-Tu casa. ¿Te refieres a la casa de Pompeyo Magno?

-Bueno, sí, supongo.

-¿Qué te llevó a pensar que podías instalarte allí?

-Necesitaba una casa más grande, y la de Magno estaba vacía.

-Entiendo por qué la elegiste: tienes un gusto tan vulgar como el de Magno. Pero ten la bondad de trasladarte otra vez a tu propia casa, Antonio. En cuanto disponga de tiempo, sacaré a subasta la morada de Magno, así como el resto de sus propiedades -informó César-. Las propiedades de aquellos que no hayan sido indultados después de que yo haya puesto fin a la resistencia en la provincia de África pasarán al Estado, aunque algunas pueden ser adjudicadas antes. Pero no se venderán para beneficio de mis propios hombres o mis mercenarios. No tendré a mi servicio a ningún Crisógono. Si encuentro a uno, no serán necesarios Cicerón y un tribunal para hacerlo caer en desgracia. Procura no robar a Roma. Devuelve la plata al erario, que es donde debe estar. Puedes irte. -Dejó llegar a Antonio hasta la puerta y volvió a hablar-. A propósito: ¿cuántas pagas atrasadas se les deben a mis legiones?

Antonio adoptó una expresión de incompreensión.

-No lo sé, César.

-No lo sabes, y sin embargo te llevaste la plata. Toda la plata. Como Maestro del Caballo que eres, te sugiero que digas a los pagadores de las legiones que me presenten sus libros directamente a mí aquí en Roma. Cuando trajiste a las legiones de regreso a Italia recibiste órdenes de que les pagaras en cuanto estuvieran en el campamento. ¿No han cobrado nada desde que regresaron?

-No lo sé -repitió Antonio, y se escapó.

-¿Por qué no lo has despedido en el acto, Cayo? -preguntó el tío de Antonio a su primo durante la cena.

-Ése hubiera sido mi mayor deseo. No obstante, Lucio, no es tan sencillo como parece, ¿no crees?

Una expresión pensativa apareció en la mirada de Lucio César.

-Explicate.

-Mi error fue, en primer lugar, confiar en Antonio, pero despedirlo sin más sería un error mayor aún -contestó César, masticando un tallo de apio-. Piénsalo. Durante casi doce meses Antonio ha tenido el control de Italia y el mando de las legiones veteranas, con las que ha pasado la mayor parte de su tiempo, especialmente desde marzo.

Yo no he visto a las legiones, y él se ha encargado de no permitir que ningún otro de mis representantes en Italia se acercase a ellas. Tenemos pruebas de que los hombres no han cobrado, así que en estos momentos se les debe el dinero de dos años. Antonio fingió ignorancia respecto al asunto; sin embargo retiró dieciocho mil talentos de plata del erario y los trasladó a la casa de Magno. Aparentemente para llevarlos a acuñar a Juno Moneta, pero no lo ha hecho.

-Tengo el corazón en un puño, Cayo. Sigue hablando.

-No tengo un ábaco a mano, pero mi habilidad aritmética no es mala aunque tenga que hacer los cálculos mentalmente. Quince legiones por cinco mil hombres por mil per cápita por año asciende a unos setenta y cinco millones de sestercios, o sea tres mil talentos de plata. Añádele a eso, pongamos, unos trescientos talentos para pagar a los no combatientes y luego dobla la cifra para calcular la paga de dos años, y obtendrás seis mil seiscientos talentos de plata. Eso es mucho menos de los dieciocho mil que Antonio retiró.

-Ha estado viviendo a lo grande -comentó Lucio con un suspiro-. Me consta que no paga alquiler por la utilización de las varias residencias de Magno, pero esa horrorosa armadura que lleva ya le habrá costado una fortuna. Están además, las armaduras de sus sesenta germanos, más el vino, las mujeres, el séquito. Mi sobrino, sospecho, está endeudado hasta el

cuello y decidió que lo mejor era vaciar el erario en cuanto se enteró de que tú estabas en Italia.

-Debería haberlo vaciado hace meses -dijo César.

-¿Crees que ha intentado provocar el malestar de las legiones no pagándoles y achacándote a ti la culpa? -preguntó Lucio.

-Sin duda. Si fuera tan organizado como Décimo Bruto o tan ambicioso como Cayo Casio, nuestra situación sería mucho peor. Nuestro Antonio tiene elevadas ideas, pero carece de método.

-Es un maquinador, no un planificador.

-Exactamente.

César encontró apetitoso el espeso requesón de cabra que tenía delante; cogió un poco usando otro tallo de apio a modo de cuchara. -¿Cuándo te propones atacar, Cayo?

-Lo sabré porque me lo dirán mis legiones -respondió César.

Su cara se contrajo en un espasmo de dolor, dejó de inmediato su tentempié y se llevó la mano al pecho.

-¡Cayo! ¿Te encuentras bien?

¿Cómo contarle a un buen amigo que el dolor no es del cuerpo? ¡Mis legiones no! ¡Oh Júpiter óptimo Máximo, mis legiones no! Dos años atrás ni se me habría pasado por la cabeza, pero aprendí la lección con la insubordinación de la Novena. Ahora no confío en ninguna de ellas, ni siquiera en la Décima. César no confía ya en ninguna de ellas, ni siquiera en la Décima.

-Es sólo una ligera indigestión, Lucio.

-Si te ves con ánimos, aclara la situación.

-Necesito el resto de este año para maniobrar. En primer lugar está Roma, y después las legiones. Haré acuñar seis mil talentos para la paga, pero aún no voy a pagar a nadie. Quiero saber qué ha estado contando Antonio, y eso no ocurrirá si las legiones no me lo dicen. Si fuera a Capua mañana podría sonsacarles la verdad en un día, pero creo que éste es un asunto que hay que dejar madurar, y la mejor manera de conseguirlo es no ver a las legiones en persona. -César cogió el tallo de apio y empezó a comer otra vez-. Antonio se ha metido en honduras, y ahora tiene la

esperanza puesta en una tabla de salvación. No está muy seguro de cómo será la salvación, pero está nadando con todas sus fuerzas. Quizá confía en que yo muera, cosas más raras se han visto. O como mínimo espera que me marche a la provincia de África al frente de mis tropas y le deje el terreno despejado para hacer lo que se le antoje. Es un hombre adepto de la diosa Fortuna: aprovecha las oportunidades cuando se le presentan; no crea sus oportunidades. Lo quiero en aguas aún más profundas antes de atacarle, y quiero saber exactamente qué ha estado haciendo y diciendo a mis hombres. El hecho de tener que devolver la plata es un golpe para él; ahora nadará febrilmente. Pero yo estaré esperándole detrás de la tabla. Sinceramente, Lucio, ojalá que continúe nadando durante dos o tres meses más. Necesito tiempo para poner orden en Roma antes de ocuparme de las legiones y de Antonio.

-Sus acciones son una traición, Cayo.

César alargó la mano y dio una palmada en el brazo a Lucio.

-Tranquilízate, no habrá juicios por traición dentro de la familia. Impediré que se salve nuestro pariente, pero no perderá la cabeza. -Hizo chasquearla lengua-. Ninguna de sus dos cabezas. Al fin y al cabo, buena parte de lo que piensa lo piensa con el pene.

Capítulo 2

Cuando años atrás Sila hubo regresado de Oriente con su legendaria belleza totalmente arruinada para marchar sobre Roma por segunda vez, fue nombrado (por decisión propia, cosa que prefería no mencionar) dictador de Roma.

Durante varias *nundinae* pareció no hacer nada. Pero unas cuantas personas especialmente observadoras advirtieron la presencia de un hosco anciano que embozado con una capa se paseaba por la ciudad, desde la puerta de Colina hasta la puerta de Capena, desde el circo Flaminio hasta el *Ager*. Era Sila, recorriendo pacientemente miserables callejones y calles principales para ver con sus propios ojos cuáles eran las necesidades de Roma, y para decidir de qué modo él, el dictador, iba a restaurarla, quebrantada como estaba tras veinte años de guerras civiles y de contiendas con países extranjeros.

Ahora el dictador era César, un hombre más joven que conservaba aún su belleza, y también César se paseó desde la puerta de Colina hasta la puerta de Capena, desde el circo Flaminio hasta el *Ager*, por miserables callejones y calles principales, para ver con sus propios ojos cuáles eran las necesidades de Roma, y para decidir de qué modo él, el dictador, iba a restaurarla, quebrantada como estaba tras cincuenta y cinco años de guerras civiles y de contiendas con países extranjeros.

Ambos dictadores habían vivido de niños en los peores barrios de la ciudad, habían visto de primera mano la pobreza, la delincuencia, la corrupción, la injusticia, la desenfadada aceptación del destino que parecía propia del temperamento romano. Pero en tanto que Sila había anhelado retirarse al mundo de la carne, César sólo sabía que mientras viviera debía seguir trabajando. Su solaz era el trabajo, ya que su fuerza vital era

intelectual; en su interior no anidaban los poderosos impulsos de la carne que pedían ser satisfechos, como le había ocurrido a Sila.

No necesitaba el anonimato de Sila. César se paseó sin rebozo y con gusto se detuvo a escuchar a todos, desde los viejos que vigilaban las letrinas públicas a la última generación de Decumii que dirigía a las bandas que vendían protección a las tiendas y los pequeños negocios. Habló con libertos griegos, con madres que llevaban niños de la mano y cargaban cestas de frutas y verduras, con judíos, con ciudadanos romanos de Cuarta y Quinta Clase, con jornaleros del censo por cabezas, con maestros, con vendedores ambulantes, panaderos, carniceros, herbolarios y astrólogos, con caseros e inquilinos, con creadores de imágenes de cera, escultores, pintores, médicos y comerciantes. En Roma, parte de estas personas eran mujeres, que trabajaban como alfareras, carpinteras, médicas, en toda clase de oficios; sólo las mujeres de la clase superior no estaban autorizadas a ejercer profesiones o participar en el comercio.

Él mismo era casero; aún era propietario del edificio de apartamentos de Aurelia, ahora a cargo del hijo mayor de Burbundo, Cayo Julio Arverno, también gerente de sus negocios. Arverno (nacido libre), medio germano y medio galo, había sido instruido personalmente por la madre de César, que tenía más facilidad para los números y las cuentas que nadie a quien César hubiera conocido, incluidos Craso y Bruto. Así que conversó largamente con Arverno.

En esto consiste todo, pensó exultante al abandonar la compañía de Arverno: dos ex esclavos absolutamente bárbaros, Burbundo y Cardixa, habían traído al mundo siete hijos absolutamente romanos. Quizás habían tenido algunas ventajas: amos que liberaban a sus esclavos como era debido y los empadronaban en tribus rurales para que pudieran votar, los educaban y los alentaban a adquirir una posición; pero con todo y con eso, eran romanos hasta la médula.

Y si eso daba resultado, como era obvio que así era, ¿por qué no lo contrario? Coger del censo por cabezas a romanos demasiado pobres para pertenecer a una de las cinco clases, y embarcarlos para que se establecieran en lugares extranjeros: llevar Roma alas provincias, sustituir el griego por el

latín como *lingua mundi*. El viejo Cayo Mario había intentado hacerlo, pero eso iba contra el *mos maiorum*, echaba a perder la exclusividad romana. Bueno, desde entonces habían transcurrido sesenta años, y las cosas habían cambiado. Mario acabó perdiendo el juicio, se convirtió en un loco asesino. En cambio, César tenía una mente cada vez más aguda, y César era el dictador: no había nadie que lo contradijera, y menos ahora que los *boni* no eran una fuerza política.

Lo primero y más importante era zanjar la cuestión de la deuda. Eso debía tener prioridad sobre las visitas a viejos amigos y la sesión del Senado, que aún no había convocado. Cuatro días después de entrar en Roma reunió la Asamblea Popular, los *comitia* que permitían la asistencia de patricios y plebeyos. El Pozo de los *Comitia*, unas gradas en la parte inferior del Foro, solía ser el lugar donde se celebraban muchas asambleas, pero en esos momentos lo estaban demoliendo para construir la nueva Cámara del Senado de César, así que César convocó la reunión en el templo de Cástor y Pólux.

Aunque su tono de voz normal era grave, César adoptaba un registro más alto cuando hablaba en público, para que todos lo oyeran. Lucio César, que de pie junto a Vatia Isaurico, Lepido, Hirtio, Filipo, Lucio Piso, Vatinio, Fufio Caleno, Polio y el resto de los servidores de César estaba en la primera fila de la numerosa multitud, se asombró de nuevo ante el dominio que su primo tenía sobre las masas. Siempre había poseído ese don, y los años no habían mermado su aptitud. De hecho, la habían mejorado. La autocracia se le da bien, pensó Lucio. Conoce su poder, y sin embargo no se deja embriagar por él, ni se enamora de él, ni está tentado de ponerlo a prueba para ver hasta dónde puede llegar.

No habría condonación general de las deudas, anunció César con un acento que no admitía disputa.

-¿Cómo puede César condonar las deudas? -preguntó con las manos abiertas en un gesto irónico-. Ante vosotros tenéis al más gran deudor de Roma. Sí, yo tomé dinero prestado del erario, una gran suma. Ha de devolverse, *quirites*, ha de devolverse al nuevo tipo uniforme de interés que he impuesto a todos los préstamos: el diez por ciento simple. Y tampoco

aceptaré objeciones a eso. Pensad. Si el dinero que tomé prestado no se devuelve, ¿de dónde saldrá el dinero para subvencionar el grano?, ¿el dinero para restaurar el Foro?, ¿el dinero para financiar las legiones de Roma?, ¿el dinero para construir carreteras, puentes y acueductos?, ¿el dinero para pagar a los esclavos públicos?, ¿el dinero para construir más graneros?, ¿el dinero para financiar los juegos?, ¿el dinero para añadir un nuevo depósito a la Esquilina?

La multitud permanecía atenta y en silencio, no tan decepcionada o furiosa como habría estado si la introducción hubiera sido distinta.

-Si se condonan las deudas, César no tiene que devolver a Roma ni un solo sestercio. Puede sentarse con los pies en la mesa y exhalar un suspiro de satisfacción; no necesita derramar una sola lágrima porque el erario esté vacío. No debe dinero a Roma, su deuda se ha condonado junto con todas las deudas. No, eso no podemos aceptarlo, ¿no es así? ¡Es absurdo! Y por tanto, *quirites*, porque César es un hombre honrado que cree que las deudas deben pagarse, debe decir "no" a una condonación general.

Muy astuto, pensó Lucio César, divirtiéndose.

César prosiguió diciendo que, sin embargo, promulgaría una medida paliativa. Comprendía que corrían tiempos difíciles. Los caseros romanos tendrían que aceptar una reducción de dos mil sestercios al año en el alquiler, los caseros del resto de Italia una reducción de seiscientos. Más tarde anunciaría otras medidas paliativas y para las deudas más grandes negociaría un acuerdo que resultara beneficioso para ambas partes. Para eso debían mantenerse pacientes durante un poco más de tiempo, porque se requería tiempo para dictar unas medidas que fueran absolutamente justas e imparciales.

A continuación anunció la nueva política fiscal, que tampoco entraría en vigor inmediatamente, teniendo en cuenta el papeleo que generaba. Es decir, el Estado pediría prestado dinero a particulares y empresas, y a otras ciudades y distritos de toda Italia y del mundo romano. Se les preguntaría a los reyes subordinados si deseaban convertirse en acreedores de Roma. El interés se pagaría al tipo corriente del diez por ciento simple. La res publica, dijo César, no se financiaría con los escasos impuestos que Roma cobraba:

los aranceles aduaneros, los derechos de la liberación de los esclavos, los ingresos de las provincias, la parte del Estado en el botín de guerra, y eso era todo. No habría impuesto sobre las rentas, ni impuestos sobre las personas, ni impuestos sobre las propiedades, ni impuestos a la banca... ¿De dónde procedería pues el dinero? La respuesta de César fue que el Estado pediría prestado en lugar de instituir nuevos impuestos. Los ciudadanos más pobres se convertirían en acreedores de Roma. ¿Cuál era la garantía? La propia Roma. La mayor nación sobre la faz de la tierra, rica y poderosa, no susceptible de quiebra.

No obstante, advirtió, los petimetres y las lánguidas señoras que se paseaban en literas de púrpura tirio tachonadas con perlas marinas tenían los días contados, porque sí había un impuesto que se proponía establecer. La púrpura tiria no estaría libre de impuestos, los banquetes desorbitantemente caros no estarían libres de impuestos, el *laserpicium* que aliviaba los síntomas de los excesos en el comer y beber no estaría libre de impuestos.

Para concluir, dijo amigablemente, no se le escapaba el hecho de que existían muchos bienes raíces cuyos propietarios eran en la actualidad *nefas*, personas excluidas de Roma y la ciudadanía por delitos contra el Estado. Esos bienes se subastarían justamente y las ganancias resultantes se ingresarían en el erario, que había aumentado un poco gracias a la donación de cinco mil talentos de oro de la reina Cleopatra de Egipto y dos mil talentos de oro del rey Asander de Cimeria.

-No instituiré proscripciones -exclamó-. Ningún ciudadano en particular se beneficiará de los desdichados que perdieron su derecho a llamarse ciudadanos romanos. No venderé la manumisión de esclavos a cambio de información, no ofreceré recompensa a cambio de información. Ya sé todo lo que necesito saber. Los comerciantes de Roma son la causa del bienestar de la nación, y es a ellos a quienes acudo en busca de ayuda para curar estas terribles heridas. -Alzó las dos manos por encima de la cabeza-. ¡Larga vida al Senado y el Pueblo de Roma! ¡Larga vida a Roma!

Un excelente discurso, claro y sencillo, despojado de recursos retóricos. Surtió efecto; la muchedumbre se marchó con la sensación de que Roma

estaba en manos de alguien que la ayudaría verdaderamente sin derramar más sangre. Al fin y al cabo, César estaba aún ausente cuando se produjo la masacre en el Foro; si hubiera estado allí, no habría ocurrido. Pues, entre las muchas cosas que dijo, pidió disculpas por la matanza del Foro y aseguró que los responsables recibirían su castigo.

-Es escurridizo como una anguila-dijo Cayo Casio a su suegra, enseñando los dientes.

-Mi querido Casio, César tiene más inteligencia en un solo dedo que el resto de los romanos nobles juntos -contestó Servilia-. Aunque la compañía de César no te enseñe más que eso, no perderás nada. ¿Cuánto en efectivo puedes conseguir?

Él parpadeó.

-Unos doscientos talentos.

-¿Has tocado la dote de Tertula?

-No, claro que no -dijo indignado-. Su dinero es suyo.

-Eso no ha sido impedimento para muchos maridos.

-Para mí, sí.

-Bueno. Le diré que convierta sus bienes en dinero contante.

-¿Qué te propones exactamente, Servilia?

-Sin duda ya lo has adivinado. César se dispone a subastar algunas de las mejores propiedades de Italia: mansiones en Roma, villas en el campo y en la costa, fincas, probablemente una o dos piscifactorías. Tengo intención de comprar, y te sugiero que hagas lo mismo -explicó ella con un asomo de satisfacción en la voz-. Aunque creo a César cuando dice que no pretende que ni él ni sus adláteres saquen ganancia, las subastas se realizarán siguiendo el ejemplo de Sila; sólo hay determinada cantidad de dinero disponible para comprar. Las propiedades más interesantes se venderán primero, y obtendrán por ellas su valor real. Después de la primera media docena, los precios caerán y al final las propiedades más corrientes se saldarán por casi nada. Entonces compraré.

Casio, sonrojándose, se puso en pie de un salto.

-Servilia, ¿cómo puedes decir eso? ¿Crees que me aprovecharía de las desgracias de hombres a quienes he tratado, en cuyo bando he combatido,

con quienes he compartido ideales? ¡Por todos los dioses!

¡Antes prefiero la muerte!

-*Gerrae* -contestó ella plácidamente-. ¡Siéntate! La ética es sin duda una magnífica abstracción, pero lo sensato es afrontar el hecho de que alguien va a beneficiarse. Si te sirve de consuelo, compra una parcela de las tierras de Catón y piensa que eres mejor custodio que una de las sanguijuelas de César... o de Antonio. ¿Sería acaso mejor que un Cótula o un Fonteyo o un Poplicola sea propietario de las encantadoras haciendas de Catón en Lucania?

-Eso es un sofisma -masculló Casio, calmándose.

-Es simple sentido común.

Entró el mayordomo y saludó con una reverencia.

-*Domina*, el dictador César quiere verte.

-Hazlo pasar, Epafrodito.

Casio volvió a levantarse.

-Ahora sí me marchó.

Antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra, él se escabulló del salón en dirección a la cocina.

-Mi querido César -dijo Servilia, alzando la cara para que él la besara.

César correspondió con un casto saludo y tomó asiento frente a ella, mirándola con expresión burlona.

Más vieja que él, rondaba ya los sesenta, y los años empezaban por fin anotarse. La belleza de su cabellera no se transmitía a su corazón, reflexionó, y eso nunca cambiaría. Ahora, sin embargo, dos anchos mechones blancos hendían su mata de cabello negro como el hollín y le conferían una especial malignidad bastante afín a su espíritu. Las arpías y las *veneficae* tienen un pelo así, pero ella ha conseguido el triunfo definitivo de combinar la maldad con la buena presencia. Su cintura había aumentado y sus pechos en otro tiempo adorables estaban ceñidos con implacable severidad, pero no había engordado lo suficiente para que desaparecieran las nítidas líneas de su mandíbula o hinchar la ligera concavidad del lado derecho de su cara provocada por el debilitamiento de sus músculos. Tenía el mentón afilado, la boca pequeña, carnosa y enigmática, la nariz

demasiado corta para el ideal de belleza romana, y ancha en la punta, un defecto que todo el mundo había olvidado gracias a los labios y los ojos, éstos muy separados, oscuros como una noche sin luna, de mirada severa, fuerte e inteligente. Tenía la piel blanca, las manos estilizadas y elegantes, los dedos largos y las uñas arregladas.

-¿Cómo estás? -preguntó César.

-Estaré mejor cuando Bruto vuelva a casa.

-Conociendo a Bruto, imagino que estará pasándoselo muy bien en Samos con Servio Sulpicio. Le prometí un sacerdocio, así que está ocupado aprendiendo de una autoridad reconocida.

-¡Qué necio es! -gruñó ella-. Tú eres la autoridad reconocida, César. Naturalmente, no estaba dispuesto a aprender de ti.

-¿Por qué iba a estarlo? Le rompí el corazón al arrebatarse a Julia.

-Mi hijo es un pusilánime -repuso Servilia-. Ni siquiera atándose el palo de una escoba al espinazo conseguiría permanecer erguido con la espalda bien recta. -Se mordisqueó el labio inferior con sus diminutos y blancos dientes y miró de soslayo a su visitante-. Supongo que sus granos no han mejorado.

-No, no han mejorado.

-Tampoco él, adivino por tu tono.

-Lo infravaloras, querida. En Bruto hay algo de gato, mucho de hurón e incluso un poco de zorro.

Servilia agitó las manos, irritada.

-¡No hablemos de él! ¿Cómo es Egipto? -preguntó con amabilidad.

-Un lugar muy interesante.

-¿Y su reina?

-En cuanto a belleza, Servilia, no podría hacerte sombra. A decir verdad, es flaca, menuda y fea. -Una sonrisa misteriosa apareció en su rostro-. Sin embargo es fascinante. Su voz es pura música, tiene los ojos de una leona, una vasta cultura y un intelecto por encima de la media para una mujer. Habla ocho idiomas..., bueno, ahora nueve, porque le enseñé latín. *Amo, amas, amat.*

-¡Qué parangón!

-Quizá tú misma tengas ocasión de conocerla un día de estos. Vendrá a Roma cuando yo acabe mi labor en la provincia de África. Tenemos un hijo.

-Sí, he oído decir que por fin has engendrado un varón. ¿Será tu heredero? -No digas estupideces, Servilia. Se llama Tolomeo César y será faraón de Egipto. Un gran destino para un no romano, ¿no crees?

-Sin duda. ¿Y quién será, pues, tu heredero? ¿Esperas tener uno de Calpurnia?

-A estas alturas, lo dudo.

-Su padre volvió a casarse recientemente.

-¿Sí? Apenas he hablado con Piso aún.

-¿Es Marco Antonio tu heredero? -insistió ella.

-Hoy por hoy no tengo heredero. Aún no he hecho testamento. -Sus ojos resplandecieron-. ¿Cómo está Pontio Aquila? -Todavía es mi amante.

-Estupendo. -César se puso en pie y le besó la mano-. En cuanto a Bruto, no desesperes. Puede que algún día te sorprenda.

Un contacto menos que renovar, ya había visto a uno de sus viejos conocidos. ¿Piso se ha casado otra vez? Interesante. Calpurnia no me dijo nada de ello. Tan callada y tranquila como siempre. Me gusta hacer el amor con ella, pero no la fecundaré. ¿Cuánto tiempo me queda? Si Cathbad tiene razón, no un tiempo suficiente para la paternidad.

Dedicó los días a hablar con plutócratas, con banqueros, con Marco Antonio, los pagadores de las legiones, con los principales hacendados y con muchos otros, y las noches al papeleo y las cuentas con su ábaco de marfil, por consiguiente, ¿qué tiempo podía quedarle para compromisos sociales? Ahora que Marco Antonio había devuelto la plata, el erario estaba razonablemente provisto teniendo en cuenta los dos años de guerra, pero César sabía que aún le quedaban cosas por hacer, y una de las tareas pendientes iba a representar un inmenso coste: tendría que encontrar financiación para pagar un buen precio por miles y miles de *iugera* de buena tierra, tierra en la que pudieran establecerse los veteranos de treinta legiones. Aquellos años en que se despojaba de tierras públicas a pueblos y ciudades rebeldes prácticamente habían pasado. Los terrenos serían caros,

ya que los legionarios eran de Italia o de la Galia Cisalpina y esperaban retirarse a diez *iugera* de suelo itálico, no en el extranjero.

Cayo Mario, el que primero colocó a las legiones romanas en el censo por cabezas, cuyos miembros no podían poseer tierras, había soñado con enviarlos a las provincias al licenciarlos, para que propagaran allí las costumbres romanas y la lengua latina. Incluso había iniciado esa labor en la gran isla de Cercina situada en el golfo adyacente a la provincia de África. El padre de César había sido su principal agente en esa operación y pasó mucho tiempo en Cercina. Pero tras la locura de Mario aquello quedó en nada debido a la implacable oposición del Senado. Así pues, a menos que cambiaran las circunstancias, las tierras de César tendrían que estar en Italia o en la Galia Cisalpina, los bienes raíces más caros del mundo.

A finales de octubre consiguió ofrecer una cena en el *triclinium* de la *Domus Publica*, un hermoso salón con sobrada capacidad para nueve triclinios. Por un lado daba a la amplia columnata que rodeaba el principal jardín del edificio, y como la tarde era cálida y soleada, César hizo abrir todas las puertas. Allí Pompeyo Magno había visto por primera vez a Julia y se había enamorado de ella, entre los exquisitos murales de la batalla del lago Regilio en la que Cástor y Pólux en persona habían combatido del lado de Roma. ¡Qué triunfo había sido aquél! ¡Qué contenta se había puesto la madre de Pompeyo!

Estaban allí Cayo Matio y su esposa, Priscila; Lucio Calpurnio Piso y su nueva esposa, otra Rutilia; Publio Vatinio con su adorada esposa, la ex mujer de César, Pompeya Sila; Lucio César, viduo, que fue solo, ya que su hijo estaba con Metelo Escipión en la provincia africana, un republicano en el bando de César; Vatia Isaurico llegó con su esposa Junia, la hija mayor de Servilia. Lucio Marcio Filippo se presentó con un pequeño ejército: su segunda esposa, Átia, que era sobrina de César; la hija que ésta tuvo con Cayo Octavio, Octavia la joven, y el hijo, Cayo Octavio; Marcia, la hija del propio Marcio, esposa de Catón pero gran amiga de la esposa de César, Calpurnia, y su hijo mayor, Lucio, que vivía con ellos. Las ausencias más notables eran las de Marco Antonio y Marco Emilio Lepido, que habían sido invitados.

El menú se había elegido con muchísimo cuidado, ya que Filippo era un famoso epicúreo, en tanto que a Cayo Matio, por ejemplo, le gustaba la comida sencilla. El primer plato consistió en camarones, ostras y cangrejos de las piscifactorías de Bayas, algunos guisados y servidos en elegantes platos, algunos al natural, algunos ligeramente asados; como acompañamiento llevaban ensaladas de lechuga, pepino y apio aliñadas con diversas salsas hechas con los mejores aceites y vinagres añejos; angulas de agua dulce ahumadas; una perca con salsa de *garum*; huevos duros con salsa picante, pan recién hecho, delicioso aceite de oliva para untar. El segundo plato incluía diversas carnes asadas, entre ellas una pata de cerdo con su crujiente piel, numerosas gallinas y un lechal guisado durante horas con leche de oveja; delicados embutidos recubiertos con miel de tomillo diluida y ligeramente asados; un estofado de cordero con sabor a mejorana y cebolla; un añal asado en un horno de arcilla. El tercer plato consistía en pasteles de miel, bizcochos con pasas bañadas en vino con especias, tortas dulces, fruta, incluidas fresas traídas de Alba Fuquentia y melocotones de los vergeles de César en Campania, quesos secos y tiernos, ciruelas cocidas y frutos secos. Los vinos eran añejos y de las mejores uvas Falernias, tintos y blancos, y el agua provenía del manantial de Juturna.

A César todo eso le traía sin cuidado; él habría preferido pan con aceite de cualquier clase, un poco de apio y gachas hervidas con un trozo de tocino.

-No puedo evitarlo, soy un soldado -comentó, y se echó a reír, pareciendo de pronto más joven y relajado.

-¿Aún bebes vinagre con agua caliente por las mañanas? -preguntó Piso.

-Si no hay limones, sí.

-¿Qué bebes ahora? -insistió Piso.

-Zumo de fruta, es mi nueva dieta. Tengo un médico-sacerdote egipcio, y ha sido idea suya. Ha acabado gustándome.

-Este falernio te gustaría mucho más -aseguró Filippo, saboreando el vino.

-No, he perdido el gusto por el vino.

Los triclinios de los varones formaban una amplia U, con el *lectus medius* del anfitrión en un extremo, y las mesas, exactamente de la misma altura de los triclinios estaban justo delante, permitiendo a los comensales alargar una mano y escoger de las bandejas aquello que les apeteciera. Había cuencos y cucharas para todo lo que fuera demasiado blando o pegajoso para tomarlo con los dedos, y las exquisiteces se servían ya cortadas en trozos del tamaño de un bocado; si un comensal deseaba enjuagarse las manos simplemente se volvía hacia la parte trasera del triclinio y un atento criado le ofrecía un cuenco de agua y una toalla. Se habían despojado de las togas porque entorpecían el movimiento, así como del calzado, y los hombres se lavaban los pies antes de reclinarse con el codo apoyado en un cabezal para más comodidad.

Al otro lado de las mesas estaban las butacas de las mujeres; en lugares más modernos se consideraba elegante que también se reclinaran en triclinios, pero en la *Domus Publica* imperaban aún las viejas costumbres, de modo que las mujeres comían sentadas. Si alguna novedad incluía aquella cena, era que César permitió que sus invitados eligieran dónde querían reclinarse o sentarse, con dos excepciones: acomodó a su primo Lucio en el *locus consularis* a la derecha de su triclinio, y dijo a su sobrino nieto, el joven Cayo Octavio, que se colocara entre ellos. Todos notaron que daba preferencia a un simple muchacho, y algunos enarcaron las cejas, pero...

El impulso de César de distinguir al joven Cayo Octavio fue fruto de su sorpresa al ver al muchacho, quien muy correctamente se había quedado en la sombra de su padrastro, mientras éste, Filipo, exhibía su satisfacción por haber sido invitado con efusivos saludos a todos y aspavientos. Bueno, pensó César, al menos hay alguien distinto. Recordaba bien a Octavio, por supuesto; habían conversado hacía dos años y medio cuando pasó unos días en la villa de Filipo en Miseno.

¿Qué edad tendría ahora? Dieciséis años probablemente, aunque aún llevaba la toga orlada de púrpura y el medallón de bulla colgado del cuello propios de la infancia. Sí, sin duda tenía dieciséis años, porque Octavio padre había organizado un gran festejo con motivo de su nacimiento

durante el año de consulado de Cicerón, en medio de las crecientes sospechas respecto a las intenciones de Catilina de derrocar el gobierno. Fue a finales de septiembre, mientras la Cámara esperaba noticias de una revuelta en Etruria y mientras Catilina, desafiante, actuaba aún con descaro en Roma. ¡Estupendo! La madre y el padrastro del joven habían decidido que éste celebraría el paso a la vida adulta durante los festejos de Juventas en diciembre, cuando la mayoría de los adolescentes romanos adoptaban la *toga virilis*, la sencilla toga blanca de un ciudadano. Algunos padres acaudalados y eminentes permitían que sus hijos celebraran la ocasión en el día de su cumpleaños, pero ese privilegio no se le había concedido al joven Cayo Octavio. ¡Estupendo! No estaba malcriado.

Era un muchacho de sorprendente belleza. Llevaba el cabello ligeramente rizado y de un vivo color dorado, un poco largo para ocultar su único verdadero defecto, las orejas; aunque no eran excesivamente grandes sobresalían como las asas de un jarrón. Una madre inteligente, no un hijo vanidoso, ya que el muchacho no se comportaba como si fuera consciente del impacto que causaba su físico. Una piel trigueña sin mancha alguna, una boca y un mentón firmes, una nariz alargada un tanto respingona, pómulos salientes, rostro oval, cejas y pestañas oscuras, y unos ojos notables. Los tenía separados y muy grandes, de un gris luminoso sin el menor matiz azul o amarillo, un poco misteriosos, pero no al modo de los de Sila o César, porque su mirada no era fría ni inquietante; de hecho, era cálida. Sin embargo, pensó César, examinando analíticamente aquellos ojos, no revelan absolutamente nada, son unos ojos cautos. ¿Quién me dijo eso en Miseno? ¿O se me ocurrió a mí el calificativo? Octavio no sería alto pero tampoco excesivamente bajo. Una estatura media, un cuerpo esbelto, pero unas pantorrillas musculosas. ¡Estupendo! Sus padres lo han obligado a ir a pie a todas partes para desarrollar esas pantorrillas. Pero tiene el pecho más bien estrecho, la caja torácica exigua, no más ancha que los hombros. Y las ojeras bajo esos asombrosos ojos revelan hastío. ¿Dónde he visto antes esa mirada? La he visto, sé que la he visto, pero hace mucho tiempo. Hapd'efan'e... Debo preguntárselo a Hapd'efan'e.

¡Quién tuviera esa mata de pelo! La calvicie no le cuadra a un hombre con el apellido César. Cayo Octavio no se quedará calvo, ha heredado el cabello de su padre. Fuimos muy buenos amigos, su padre y yo. Nos conocimos en el sitio de Mitilene y nos enfrentamos junto a Filipo al despreciable Bibulo. Así que me complació que Octavio se casara con mi sobrina, de ascendencia latina, antigua y sólida, y además muy rica. Pero Octavio murió prematuramente y Filipo ocupó su lugar en la vida de Atia. Interesante, lo ocurrido con los jóvenes tribunos militares de Lúculo. ¿Quién habría pensado que Filipo acabaría estando donde estaba?

-¿Qué te propones, Cayo? -preguntó Lucio en un susurro cuando César situó al muchacho entre ellos.

Una pregunta que su anfitrión pasó por alto, demasiado ocupado asegurándose de que Atia estaba cómoda en su silla frente a él. Y que Calpurnia no cometía el error de sentar a Marcia y sentarse ella misma demasiado cerca de Lucio Piso, cuyas pobladas cejas negras se juntaban en lo alto de la nariz en una mueca de disgusto por tener que compartir aquella excelente cena con la esposa de Catón precisamente. Uno o dos hábiles malabarismos con las sillas, y Marcia se acomodó entre Atia y Calpurnia, mientras que Piso tuvo ante sí blancos no más vulnerables que la Priscila de Matio, Pompeya Sila, tan hermosa como necia, y su propia esposa Rutilia. Esta Rutilia, observó César, era una muchacha de expresión agria, no mayor de dieciocho años, con el cabello castaño claro y la piel pecosa de su familia, dientes de conejo, y el vientre abultado en un incipiente embarazo. Piso tendría por fin un hijo.

-¿Cuándo te propones partir hacia África? -preguntó Vatinio. -En cuanto reúna naves suficientes.

-¿Soy legado para esta campaña?

-No, Vatinio -dijo César, haciendo una mueca de asco ante el pescado y optando por un trozo de pan-, te quedarás en Roma como cónsul.

La conversación se interrumpió. Todas las miradas convergieron en César primero y luego en Publio Vatinio, que estaba sentado con la espalda erguida, sin saber qué decir.

Ese subordinado de César era un hombre diminuto de piernas endebles y con un gran bulto en la frente que en otro tiempo había sido causa de que lo rechazaran como augur. Gracias a su ingenio, su alegre talante y una gran inteligencia, se había granjeado el afecto de quienes se relacionaban con él en el Foro, el Senado o los tribunales, y pese a sus defectos físicos, Vatinius había demostrado ser tan buen militar como político. Enviado en auxilio de Gabinio en el sitio de Salona en Ilírico, él y su legado, Quinto Cornificio, no sólo habían tomado la ciudad sino que luego aplastaron a las tribus de Ilírico antes de que éstas se aliaran con Burebistas y las tribus de la cuenca del Danubio y se convirtieran en un estorbo mayor que Farnaces para Roma y para César.

-No es un gran consulado, Vatinius -prosiguió César-, ya que ocuparás el cargo sólo lo que queda del año. En circunstancias normales no me habría molestado en nombrar cónsules hasta Año Nuevo, pero hay razones por las que necesito dos cónsules en activo de inmediato.

-César, de buena gana sería cónsul durante dos *nundinae*, y no digamos ya dos meses -consiguió decir Vatinius-. ¿Convocarás unas elecciones como es debido o simplemente me nombrarás a mí y a...?

-Quinto Fufio Caleno -dijo César amablemente-. Sí, convocaré unas elecciones como es debido. Nada más lejos de mi intención que alterar a algunos de los senadores que aún espero ganar para mi causa.

-¿Serán unas elecciones al estilo de Sila, o permitirás que se presenten otros aparte de Vatinius y Caleno? -preguntó Piso con expresión ceñuda.

-Me es indiferente si se presentan sólo ellos o media Roma, Piso. Yo indicaré... esto... mis preferencias personales, y dejaré la decisión a las centurias.

Nadie hizo comentarios a ese respecto. En la actual situación de Roma, y después de aquel maravilloso discurso sobre la deuda, los comerciantes de las dieciocho centurias principales de buena gana elegirían a un simio si César lo designaba.

-¿Por qué es tan necesario tener cónsules en activo para lo que queda de año cuando tú estás en Roma, César? -preguntó Vatia Isaurico.

César cambió de tema.

-Cayo Matio, he de pedirte un favor-dijo.

-Lo que quieras, Cayo, ya lo sabes -contestó Matio, un hombre apacible sin aspiraciones políticas; sus negocios habían prosperado gracias a su vieja amistad con César, y a él con eso le bastaba.

-Sé que el agente de la reina Cleopatra, Amunio, se dirigió a ti y obtuvo una concesión de terrenos para el palacio de Cleopatra junto a mis jardines bajo el Janículo. ¿Estarías dispuesto a darle a esos jardines tu toque personal? Estoy convencido de que más adelante la reina donará el palacio a Roma.

Matio sabía de sobra que eso haría Cleopatra, ya que la propiedad estaba a nombre de César, como él había ordenado.

-Ayudaré encantado, César.

-¿Es la reina tan hermosa como Fulvia? -preguntó Pompeya Sila, consciente de que ella misma era más bella que Fulvia.

-No -respondió César dando a entender con su tono que daba por zanjado el tema. Se volvió hacia Filipo-. Tu hijo menor es un joven muy capaz.

-Me complace que sea de tu agrado, César.

-Quiero que Cilicia sea gobernada como parte de la provincia de Asia durante uno o dos años. Si no te importa que él se quede en Oriente una temporada más, Filipo, me gustaría dejarlo en Tarso como gobernador propretor.

-¡Excelente! -exclamó Filipo, radiante.

Los ojos de César se posaron en el hijo mayor, que tenía ya más de treinta años, era muy apuesto, tenía el mismo talento que Quinto, según se decía, y sin embargo permanecía siempre en Roma dejando pasar sus oportunidades sin tener la excusa del epicureísmo de su padre. En ese momento César descubrió de pronto la razón: Lucio tenía la mirada fija en Atia, una mirada de amor desesperado. Pero esa mirada pasaba inadvertida porque obviamente no era un sentimiento correspondido. Atia estaba tranquilamente sentada, sonriendo de vez en cuando a su marido como hacen las mujeres cuando están plenamente satisfechas de su suerte conyugal. Mmm, un trasfondo conflictivo en la familia de Filipo. César

desvió su atención de Atia y la centró en el joven Octavio, que hasta ese momento no había hecho un solo comentario, no por timidez sino porque era consciente de su juventud. El muchacho observaba a su hermanastro con total comprensión pero con rígido disgusto y desaprobación.

-¿Quién va a gobernar la provincia de Asia junto con Cilicia? -quiso saber Piso, una pregunta cargada de significado.

Desea el puesto con desesperación, y es un buen hombre en muchos sentidos, pero...

-Vatia, ¿irás tú? -propuso César.

Vatia Isaurico reaccionó primero con perplejidad y luego con gran entusiasmo.

-Sería un honor, César.

-Bien, en ese caso el puesto es tuyo. -Observó a Piso que se sentía humillado-. Piso, también tengo un trabajo para ti, pero en Roma. Todavía intento poner en orden la legislación referente al alivio de la deuda, pero no la habré completado ni remotamente antes de marcharme a África. Considerando tu habilidad en la redacción de textos públicos, me gustaría colaborar contigo en el asunto y después dejarlo en tus manos en cuanto me vaya. -Guardó silencio por un momento y siguió hablando con total seriedad-. Uno de los aspectos menos equitativos del gobierno de Roma tiene que ver con el pago de servicios realizados. ¿Por qué un hombre ha de verse obligado a amasar su fortuna gobernando una provincia? Eso ha provocado asombrosos abusos, y yo me encargaré de poner fin a esa situación. ¿Por qué no ha de recibir un hombre el mismo estipendio que un gobernador por la labor que hace en la propia Roma, un trabajo de igual importancia? Mi propósito es pagarte un estipendio de gobernador proconsular por terminar las leyes que redacte en borrador.

¡Eso lo ha hecho callar!, pensó César.

-Eso lo ha hecho callar -susurró el joven Octavio.

Cuando se hubo retirado el tercer plato de las mesas y sólo quedaban jarras de vino y agua, las mujeres se fueron a los espaciosos aposentos de Calpurnia en la planta superior para charlar.

César pudo por fin concentrarse en el más silencioso de sus invitados.

-¿Has cambiado de idea respecto a tu futura carrera pública, Octavio?

-¿Te refieres, César, a si voy a seguir guardando silencio?

-Sí.

-No, no he cambiado de idea. Creo que esta actitud es la más acorde con mi carácter.

-Recuerdo que dijiste que Cicerón tiende a irse de la lengua. Tienes toda la razón. Lo encontré en la Via Apia, en las afueras de Tarento, el día que regresé a Italia, y le recordé ese hecho sin miramientos.

Octavio contestó con una indirecta:

-En la familia se dice, tío Cayo, que cuando tenías unos diez años actuaste como una especie de enfermero acompañante de Cayo Mario mientras él se recuperaba de una embolia. Y que él hablaba y que tú escuchabas. Que aprendiste mucho sobre la guerra escuchando.

-Así fue, en efecto. Sin embargo, Octavio, yo ya revelaba entonces mi talento para la guerra, no sé muy bien cómo. Quizás escuchaba con demasiada atención y él percibió en mí cualidades que yo mismo desconocía.

-Te envidiaba -se limitó a decir Octavio.

-¡Muy perspicaz! Sí, me envidiaba. Sus días habían terminado y los míos aún no habían empezado. Los ancianos pueden volverse malevolentes después de una apoplejía.

-No obstante, pese a que sus días habían acabado, volvió a la vida pública. Envidiaba aún más a Sila.

-Sila tenía ya edad suficiente para haber demostrado sus aptitudes. Y Mario tomó en consideración mis pretensiones con considerable astucia.

-Nombrándote el *flamen Dialis* y casándote con la hija menor de Cina. Un sacerdocio vitalicio que te impedía tocar una arma de guerra o presenciar la muerte.

-Así es. -César sonrió a su sobrino nieto-. Pero yo me libré del sacerdocio con la connivencia de Sila. Sila no sentía la menor simpatía por mí, pero si bien Mario había muerto ya hacía tiempo, Sila aún lo despreciaba, casi hasta el delirio. Así que me liberó de esa obligación por despecho a un muerto.

-No intentaste librarte del matrimonio. Te negaste a divorciarte de Cinila cuando Sila te lo ordenó.

-Era una buena esposa, y las buenas esposas son poco comunes.

-Lo recordaré.

-¿Tienes muchos amigos, Octavio?

-No, recibo lección en casa, y no trato con muchos jóvenes.

-Debes tratar con ellos en el Campo de Marte cuando vayas allí para realizar la instrucción militar. Octavio se ruborizó y se mordió el labio.

-Rara vez voy al Campo de Marte.

-¿Te lo prohíbe tu padraastro? -preguntó César, atónito.

-¡No, no! Es muy bueno conmigo, muy amable. Simplemente..., simplemente no voy al Campo de Marte con frecuencia suficiente para hacer amigos.

¿Otro Bruto?, se preguntó César consternado. ¿Elude este muchacho fascinante sus deberes militares? Durante nuestra conversación en Misena afirmó que carecía de talento militar. ¿Será ésa la causa, una reticencia a revelar su ineptitud? Sin embargo, no parece un Bruto; juraría que no es por cobardía o desinterés.

-¿Eres buen estudiante? -preguntó dejando de lado las cuestiones delicadas. Ya habría tiempo más adelante para investigar.

-En matemáticas, historia y geografía, soy muy bueno, creo -dijo Octavio, recuperando la compostura-. Es el griego lo que me cuesta dominar. Por más griego que lea, escriba o hable, me es imposible pensar en esa lengua. Así que he de pensar en latín y luego traducir.

-Interesante. Quizá más tarde, después de vivir seis meses en Atenas, aprendas a pensar en griego -dijo César, incapaz de dar crédito a esa clase de incapacidad. Él pensaba espontáneamente en la lengua en la que hablaba, fuera cual fuera.

-Sí, quizá -respondió Octavio sin convicción.

César se recostó un poco más en el triclinio, advirtiéndole que Lucio los escuchaba descaradamente.

-Dime, Octavio, ¿hasta dónde quieres llegar?

-Hasta el consulado, votado por todas las centurias.

-¿A dictador incluso?

-No, eso desde luego no.

César advirtió el tono crítico.

-¿Por qué esa rotundidad?

-Desde que te obligaron a cruzar el Rubicón, tío Cayo, he observado y escuchado. Aunque no te conozco bien, creo que ser dictador era el último de tus deseos.

-Habría preferido cualquier cargo antes que ése -afirmó César sombríamente-, pero era mejor ese cargo que la ignominia y el exilio innmerecidos.

-Haré frecuentes ofrendas a Júpiter óptimo Máximo para no tener que afrontar nunca esa alternativa.

-¿Te atreverías a aceptarla si no te quedara otro remedio? -Sí, en el fondo de mi corazón soy un César.

-¿Un Cayo Julio César?

-No, simplemente un juliano de los Césares.

-¿Quiénes son tus héroes?

-Tú -se limitó a decir Octavio-. Sólo tú.

-Se incorporó en el triclinio-. Disculpadme, tío Cayo, primo Lucio. He prometido a mi madre volver pronto a casa.

Los dos hombres reclinados en el *lectus medius* observaron salir discretamente del comedor a la frágil figura.

-Bien, bien, bien -dijo Lucio arrastrando las palabras.

-¿Qué piensas de él, Lucio?

-Tiene mil años de edad.

-Siglo más, siglo menos, sí. ¿Te cae bien?

-Es evidente que a ti sí, pero ¿y a mí? Sí... con reservas.

-Explícate.

-No es un juliano de los Césares, por más que él lo crea. Advierto en él resonancias del viejo patriciado, pero también de una mentalidad que no se ha formado en el molde patricio. Me es imposible catalogar su estilo, y sin embargo me consta que lo tiene. Bien puede ser que Roma no haya visto antes un estilo como el suyo.

-Estás diciendo que llegará lejos.

Un destello apareció en aquellos ojos de un intenso color azul.

-¡Necio no soy, Cayo! Yo en tu lugar, lo tomaría como mi *conturbernalis* personal en cuanto cumpla los diecisiete.

-Eso pensé cuando lo conocí en Miseno hace unos años.

-Una cosa vigilaría.

-¿Qué?

-Que no se aficione demasiado a los culos.

Un destello apareció en aquellos ojos de un azul más claro.

-¡Necio no soy, Lucio!

Capítulo 3

La tormenta que se gestaba en los campamentos de los legionarios en los alrededores de Capua dejó oír su primer trueno el día después de la cena en casa de César, a finales de octubre. Llegó una carta de Marco Antonio.

César, tenemos problemas. Grandes problemas. Los veteranos más veteranos han enloquecido de ira, y no puedo hacerlos entrar en razón... o mejor dicho a sus representantes electos. Las legiones más exaltadas son la Décima y la Duodécima. ¿Te sorprende? Bueno, al menos a mí sí me sorprende.

La gota que hizo rebosar el vaso fue mi orden de que la Séptima, la Octava, la Novena, la Décima, la Undécima, la Duodécima, la Décimotercera y la Décimocuarta levantaran el campamento y marcharan hacia Neapolis y Puteoli. Todos los representantes electos se plantaron ante mi puerta en Herculano (vivo en la villa que Pompeyo tenía allí) para decirme que nadie iba a ninguna parte hasta que se les notificaran formalmente ciertas cuestiones como la fecha de su baja definitiva, sus parcelas de tierra, sus partes en los botines y gratificaciones por esta campaña extra; así es como la llaman, "campaña extra". No es una obligación habitual. Y quieren que se les pague.

Estaban decididos a verte, así que no les gustó mucho saber que estabas demasiado ocupado en Roma para venir a Campania. Inmediatamente después, la Décima y la Duodécima se descontrolaron, y empezaron a saquear todas las aldeas de los alrededores de Abella, donde están acampadas.

César, no puedo contenerlos más. Te sugiero que vengas personalmente. O si realmente te es imposible, manda a alguien importante para entrevistarse con ellos. Alguien a quien conozcan y en quien confíen.

Ya se ha desencadenado, y es demasiado pronto. Oh, Antonio, ¿nunca aprenderás a ser paciente? Tienes ya mucha experiencia en esto, y sin embargo acabas de cometer una torpeza: has revelado tu falta de sinceridad. El único aspecto inteligente, que es actuar ahora en lugar de dejarlo para más tarde, se debe simplemente a tu impaciencia. No, como bien sabes, no puedo abandonar Roma. Pero no por las razones que tú piensas. No me atrevo a dejar Roma hasta que se celebren las elecciones, ésa es la verdadera razón. ¿Lo has adivinado? No lo creo, por más que actúes ahora. No eres lo bastante sutil.

Utiliza la táctica de la demora, César, pospón tu intervención hasta después de las elecciones, sin tener en cuenta a quién tengas que sacrificar.

Hizo llamar a su militar más leal y competente, Publio Cornelio Sila, sobrino de Sila.

-¿Por qué no envías a Lepido? -preguntó Sila.

-No posee influencia suficiente con los veteranos más antiguos como los hombres de la Décima y la Duodécima -respondió César lacónicamente-. Es mejor mandar a un hombre a quien conocen de Farsalia. Explícales que tengo previsto su reparto de tierras, Publio, pero que la legislación referente a las deudas tiene prioridad.

-¿Quieres que lleve los carromatos con la paga, César?

-Creo que no. Tengo mis razones. La situación está a punto de desbordarse; un bálsamo como la paga podría aplacar las cosas antes de tiempo. Simplemente haz lo que puedas con los escasos argumentos que te he proporcionado -dijo César.

Publio Sila regresó cuatro días después, con cortes y moretones en la cara y los brazos.

-Me lanzaron piedras -gruñó, tenso de ira-. ¡César, hazlos morder el polvo!

-Quienes quiero que muerdan el polvo son aquellos que están cebando su indignación -respondió César con actitud sombría-. Sospecho que esos hombres están ociosos y ebrios casi permanentemente, Tampoco se ha mantenido la disciplina. Eso significa que los taberneros les han dado mucho crédito, y los centuriones y tribunos están aún más borrachos que la

tropa. Pese a su continua presencia en Campana desde hace muchos meses, Antonio ha permitido que esto ocurra. ¿Quién, si no, puede haber avalado tal cantidad de vino a crédito?

Publio Sila lanzó de pronto una mirada de comprensión a César, pero guardó silencio.

A continuación César hizo llamar a Cayo Salustio Crispo, un brillante orador.

-Elige a otros dos senadores, Salustio, e intenta que los *cunni* entren en razón. En cuanto pasen las elecciones iré a verlos en persona. Basta con que mantengas la situación bajo control hasta que yo llegue.

La Asamblea Centuriada se reunió por fin en el Campo de Marte para votar a dos cónsules y ocho pretores; nadie se sorprendió cuando Quinto Fufio Caleno salió elegido cónsul mayor y Publio Vatinio cónsul menor. También fueron votados todos los candidatos a pretor a quienes César recomendó personalmente.

Eso había quedado resuelto. Ya podía ocuparse de las legiones... y de Marco Antonio.

Dos días más tarde, poco después del amanecer, Marco Antonio entró en Roma a caballo. Sus jinetes germanos escoltaban una litera sostenida entre un par de mulas. En ella viajaba Salustio, gravemente herido.

Antonio estaba nervioso y crispado. Ahora que llegaba su gran momento, dudaba cómo debía comportarse exactamente durante su entrevista con César. Eso era lo malo de tratar con alguien que le había dado una patada en el culo cuando tenía doce años y, metafóricamente, había seguido dándoselas desde entonces. Ponerse en una situación de ventaja era difícil.

Así que optó por una actitud agresiva. Dejó a Poplicola y Cotila fuera sujetando su Caballo Público, irrumpió en la *Domus Publica* y fue derecho al estudio de César.

-Vienen hacia Roma -anunció al entrar. César dejó su vaso de vinagre y agua caliente.

-¿Quiénes?

-La Décima y la Duodécima.

-No te sientes, Antonio. Estás dando un parte. Permanece de pie ante mi mesa e informa a tu comandante. ¿Por qué vienen hacia Roma dos de mis legiones más veteranas?

El pañuelo del cuello no le cubría una porción de piel donde empezó a hincársele la cadena de oro de la capa de leopardo; Antonio alzó una mano y tiró del pañuelo escarlata, advirtiéndole que tenía el cuerpo cubierto de sudor frío.

-Se han amotinado, César.

-¿Qué ha pasado con Salustio y sus acompañantes?

-Lo intentaron, César, pero...

-En algunas ocasiones, Antonio, te he visto capaz de hablar con fluidez -dijo César con voz cada vez más gélida-. Mejor será que ésta sea una de esas ocasiones, por tu propio bien. Dime qué ha pasado, por favor.

Ese «por favor» era lo peor. ¡Concéntrate, concéntrate!

-Cayo Salustio convocó a asamblea a la Décima y a la Duodécima. Llegaron de muy mal talante. Él empezó a decir que todos cobrarían antes de embarcarse hacia África y que el asunto de las tierras se estaba considerando, pero Cayo Avieno intervino...

-¿Cayo Avieno? -preguntó César-. ¿Un tribuno no electo de los soldados de Piceno? ¿Ese Avieno?

-Sí, es uno de los representantes de la Décima.

-¿Qué tenía que decir Avieno?

-Dijo a Salustio y a los otros dos que las legiones estaban hartas, que no estaban dispuestas a combatir en otra campaña. Querían la baja del servicio y las tierras de inmediato. Salustio contestó que tú les darías una gratificación de cuatro mil si subían a los barcos...

-Eso fue un error -le interrumpió César, frunciendo el entrecejo-. Sigue.

Sintiéndose más seguro, Antonio continuó:

-Algunos de los más exaltados apartaron a Avieno y empezaron a lanzar piedras. Rocas, de hecho. Al cabo de un instante era una verdadera lluvia. Conseguí rescatar a Salustio, pero los otros dos están muertos.

César se recostó en su silla, consternado.

-¿Dos de mis senadores, muertos? ¿Quiénes eran?

-No lo sé -contestó Antonio, sudando de nuevo. Desesperadamente buscó una disculpa y adujo con precipitación-: Verás, no he asistido a ninguna sesión del Senado desde mi regreso. Las responsabilidades como Maestro del Caballo me han tenido muy ocupado.

-Si rescataste a Salustio, ¿por qué no está ahora aquí contigo?

-No está en condiciones, César, lo he traído a Roma en una litera. Tiene una grave herida en la cabeza, pero no está paralizado ni tiene ataques ni ningún otro síntoma anormal. Los médicos del ejército dicen que se recuperará.

-Antonio, ¿por qué has dejado que las cosas lleguen a este punto? He pensado que debía preguntártelo, darte la oportunidad de explicarte.

Antonio abrió de par en par sus ojos de color castaño rojizo.

-¡La culpa no es mía, César! Los veteranos volvieron a Italia tan descontentos que no he podido apaciguarlos de ninguna manera. Están muy ofendidos porque tú dejaste todo el trabajo en Anatolia a las legiones ex republicanas, y no aprueban el hecho de que les entregues tierras al retirarse.

-Y dime: ¿qué crees que intentarán la Décima y la Duodécima cuando lleguen a Roma?

-Por eso he venido tan rápidamente, César -se apresuró a contestar Antonio-. Vienen dispuestos al asesinato. Creo que por tu propia seguridad deberías abandonar la ciudad.

Aquel rostro atractivo y surcado de arrugas parecía tallado en pedernal.

-Sabes perfectamente que nunca dejaría Roma en una situación así, Antonio. ¿Es a mí a quien vienen dispuestos a asesinar?

-Lo harán si te encuentran -dijo Antonio.

-¿Estás seguro de eso? ¿No exageras?

-No, te lo juro.

César apuró el vaso y se puso en pie.

-Vete a casa y cámbiate, Antonio. Ponte una toga. Voy a convocar al Senado a una reunión dentro de una hora en el templo de Júpiter Stator en la Velia. Ten la bondad de estar allí. -Fue a la puerta y asomó la cabeza al exterior-. ¡Faberio! -llamó, y luego volvió a mirar a Antonio-. ¿Y bien?

¿Qué haces ahí plantado como un cretino? En el templo de Júpiter Stator dentro de una hora.

No ha ido mal, pensó Antonio saliendo a la Sacra Via, donde sus amigos seguían esperando.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Lucio Gelio Poplicola con nerviosismo.

-Ha convocado al Senado a una reunión dentro de una hora, aunque no sé de qué cree que va a servirle.

-¿Cómo se lo ha tomado? -preguntó Lucio Vario Cotila.

-Puesto que siempre recibe las malas noticias con la misma expresión que la Roca Tarpeya, ignoro cómo se lo ha tomado -dijo Antonio con impaciencia-. Vamos, he de ir a mi antigua casa y buscar una toga. Quiere que esté presente en la reunión.

El desánimo asomó en los rostros de Poplicola y Cotila. Pese a que ambos eran claramente elegibles, ninguno pertenecía al Senado. La razón de esta exclusión estribaba en unos sucesos que los hacían socialmente inaceptables: Poplicola había intentado asesinar al padre de César, el Censor, en una ocasión, y Cotila era hijo de un hombre condenado y enviado al exilio por el tribunal. Cuando Antonio regresó a Italia, ambos vincularon sus carreras a la fulgurante trayectoria de él, y esperaban obtener una gran promoción una vez que César dejara de ser un estorbo.

-¿Se irá de Roma? -preguntó Cotila.

-¿Irse él? Jamás. Quédate tranquilo, Cotila, las legiones me pertenecen ahora, y dentro de dos días el viejo habrá muerto; lo harán pedazos con sus propias manos. Y eso dejará a Roma en el *tumultus*, y yo, como Maestro del Caballo, asumiré el cargo de dictador. -De pronto, se detuvo con expresión de asombro-. ¿Sabéis? No entiendo por qué no se nos había ocurrido esto mucho antes.

-No era fácil ver un camino claro hasta tenerlo de regreso a Italia -dijo Poplicola y arrugó la frente-. Una cosa me preocupa...

-¿Qué? -preguntó Cotila con aprensión.

-Tiene más vidas que un gato.

Antonio estaba cada vez de mejor humor: mientras más pensaba en la entrevista con César, más se convencía de que se había salido con la suya.

-Incluso los gatos se quedan sin vidas tarde o temprano -contestó satisfecho-. A sus cincuenta y tres años, ya le ha pasado la hora.

-Será para mí un gran placer proscribir a Filipo, esa gorda babosa -se jactó Poplicola.

Antonio fingió escandalizarse.

-Lucio, es tu hermanastro.

-Apartó a nuestra madre de su vida; merece la muerte.

La asistencia fue escasa en el templo de Júpiter Stator. Sin embargo, aún quedaba una cosa por hacer, pensó César: reforzar el Senado. Cuando entró tras sus veinticuatro lictores, buscó en vano con la mirada a Cicerón, que estaba en Roma y a quien se había notificado la reunión urgente del Senado. No podía presentarse en el Senado de César, eso se interpretaría como una señal de sometimiento.

La silla curul de marfil del dictador se colocó entre las sillas curules de los cónsules en un estrado improvisado. Desde que el pueblo quemó la Curia Hostilia con el cuerpo de Clodio dentro, la principal institución de gobierno de Roma se veía obligada a celebrar sus asambleas en un espacio provisional. Aquel lugar tenía que ser un templo consagrado, y la mayoría eran demasiado pequeños, aunque Júpiter Stator tenía capacidad suficiente para los sesenta hombres escasos allí reunidos.

Marco Antonio estaba presente, vestido con una toga orlada de púrpura, arrugada y llena de manchas. ¿No puede Antonio vigilar siquiera a sus propios criados?, se preguntó César, irritado.

En cuanto César entró, Antonio se acercó a él.

-¿Dónde se sienta el Maestro del Caballo? -preguntó.

-Hablas como Pompeyo Magno cuando fue cónsul por primera vez -repuso César con acritud-. Busca a alguien que te escriba un libro sobre la materia. Llevas seis años en el Senado.

-Sí, pero rara vez he asistido excepto cuando era tribuno de la Asamblea de la Plebe, y eso ocurrió sólo durante tres *nundinae*.

-Coloca tu asiento en la primera fila, donde yo pueda verte a ti y tú a mí, Antonio.

-¿Por qué te has molestado en elegir cónsules?

-Enseguida lo averiguarás.

Pronunciaron las oraciones y se leyeron los auspicios.

César esperó hasta que todo el mundo se hubo sentado.

-Hace dos días ocuparon sus cargos Quinto Fufio Caleno y Publio Vatinio -dijo César-. Representa un gran alivio ver que Roma está en manos de sus principales magistrados, los dos cónsules y ocho pretores. Los tribunales estarán en activo, los *comitia* se celebrarán de la manera prescrita. -Cambió de tono, adoptando uno más tranquilo y pragmático-. He convocado esta sesión para informaros, padres conscriptos, de que dos legiones amotinadas, la Décima y la Duodécima, marchan en estos momentos en dirección a Roma, según el Maestro del Caballo con intenciones asesinas.

Nadie se movió, nadie murmuró siquiera, pero la conmoción era tan palpable que el aire parecía vibrar.

-Intenciones asesinas. Para asesinarme a mí, por lo visto. En vista de esto, deseo ser menos importante para Roma. Si el dictador muriera víctima de sus propias tropas, acaso nuestro país desapareciera. Nuestra querida Roma podría llenarse una vez más de ex gladiadores y otros rufianes. El comercio se hundiría drásticamente. Las obras públicas, tan necesarias para el pleno empleo y los contratistas, podrían interrumpirse, en especial aquellas que pago yo personalmente. Los juegos y festivales de Roma podrían desaparecer. Júpiter óptimo Máximo podría mostrar su desagrado lanzando un rayo para demoler su templo. Vulcano podría castigar a Roma con un terremoto. Juno Sospita podría descargar su ira en los niños aún no nacidos de Roma. El erario podría vaciarse de la noche a la mañana. El padre Tíber podría desbordarse y verter las aguas residuales en las calles. Pues el asesinato del dictador es un acontecimiento cataclísmico.

Estaban todos sentados con la boca abierta.

-En cambio -prosiguió con serenidad-, el asesinato de un *privatus* tiene poca trascendencia pública. Por tanto, padres conscriptos del viejo y sagrado Senado de Roma, renuncio en este momento a mi *imperium maius* y al cargo de dictador. Roma tiene dos cónsules legítimamente elegidos que han jurado sus cargos según los rituales prescritos, y ningún sacerdote ni

augur ha puesto objeción alguna. Gustosamente dejó Roma en sus manos. - Se volvió hacia sus lictores, que estaban delante de las puertas cerradas e inclinó la cabeza-. Fabio, Cornelio y todos los demás, os agradezco muy sinceramente vuestras atenciones a la persona del dictador y os aseguro que si vuelvo a ser elegido para un cargo público, solicitaré vuestros servicios. - Pasó entre los senadores y entregó a Fabio una bolsa tintineante-. Un pequeño donativo, Fabio, que debéis repartiros en la proporción habitual. Ahora volved al colegio de lictores.

Fabio asintió y, con rostro impasible, abrió la puerta. Los veinticuatro lictores salieron.

El silencio era tan profundo que todos se sobresaltaron al oír el súbito aleteo de un pájaro entre las vigas.

-Mientras venía hacia aquí -dijo César-, he redactado una *lex curiata* para confirmar el hecho de que he renunciado a mis poderes dictatoriales.

Antonio había escuchado incrédulo, sin comprender exactamente qué hacía César, y menos aún por qué lo hacía. Por un momento, en realidad, había pensado que se trataba de una broma de César.

-¿Qué quiere decir que renuncias a la dictadura? -preguntó con la voz quebrada-. No puedes hacer eso con dos legiones amotinadas camino de Roma. Te necesitamos.

-No, Marco Antonio, no me necesitáis. Roma tiene cónsules y pretores en el ejercicio de sus funciones. Ahora son ellos los responsables del bienestar de Roma.

-Tonterías. Esto es una emergencia.

Ni Caleno ni Vatinio habían pronunciado una sola palabra; cruzaron una mirada con la que acordaron permanecer en silencio. El acto de César era algo más que una simple abdicación, y ambos conocían bien a César como amigo, político y militar. Aquello tenía que ver con Marco Antonio: nadie estaba sordo ni ciego; todos sabían que Antonio se había portado mal con las legiones. Así pues, mejor que César representara su escena hasta el final. También Lucio César, Filipo y Lucio Piso habían tomado la misma decisión.

-Naturalmente, no espero que los cónsules me hagan el trabajo sucio -dijo César, dirigiéndose a la Cámara, no a Antonio-. Me reuniré con las dos legiones amotinadas en el Campo de Marte y descubriré por qué están tan resueltas a causar no sólo mi destrucción, sino también la suya. Pero me reuniré con ellos como *privatus*, como una persona no más importante que ellos. -Alzó la voz y añadió-: Y que el resto dependa de lo que allí ocurra.

-¡No puedes renunciar! -exclamó Antonio con voz entrecortada.

-Ya he renunciado, con *lex curiata* incluida.

Entumecido, con dificultad para respirar, Antonio se abalanzó hacia César.

-¡Te has vuelto loco! -consiguió decir-. ¡Rematadamente loco! En cuyo caso, la respuesta es evidente: ante la pérdida de la cordura del dictador, yo, como Maestro del Caballo, me declaro dictador.

-No puedes declararte nada, Antonio -dijo Lucio César desde su escaño-. El dictador ha dimitido. A partir de ese momento, el cargo de Maestro del Caballo deja de existir. Tú también eres un *privatus*.

-¡No! ¡No, no, no! -rugió Antonio apretando los puños-. Como Maestro del Caballo, y ante la pérdida de la cordura del dictador, ahora soy yo el dictador.

-Siéntate, Antonio -dijo Fufio Caleno-. Lo que dices es improcedente. No eres el Maestro del Caballo; eres un *privatus*.

¿Qué había ocurrido? ¿Adónde se había ido todo? Aferrándose al último vestigio de compostura, Antonio miró por fin a César a los ojos y vio desdén, sorna y cierta satisfacción.

-Márchate, Antonio -susurró César.

Cogió a Antonio del brazo derecho y lo acompañó hasta la puerta abierta, en medio del murmullo de sesenta voces.

Una vez fuera soltó el brazo de Antonio como si tocarlo fuera una transgresión.

-¿Crees que me has engañado, primo? -preguntó-. No eres lo bastante inteligente para eso. Ahora sé ya lo suficiente para comprender que no eres digno de confianza, que no puede uno fiarse de ti, que eres de hecho lo que tu tío dice de ti: un descontrolado. Nuestra relación política y profesional ha

terminado, y nuestra relación de consanguinidad es una humillación, un motivo de vergüenza. Apártate de mi vista, Antonio. Y no vuelvas a presentarte ante mí. Eres un simple *privatus*, y *privatus* te quedarás.

Antonio se dio media vuelta y se echó a reír, simulando que aún era dueño de sí mismo.

-Algún día me necesitarás, primo Cayo.

-Si te necesito, Antonio, te utilizaré. Pero siempre seré muy consciente de que no eres de fiar. Así que no vuelvas a darte demasiadas ínfulas. No estás a la altura de un hombre pensante.

Un único lictor, vestido con una sencilla toga blanca y sin el hacha en sus *fascēs*, guió a la Décima y Duodécima en torno a las murallas hasta el Campo de Marte; venían del sur y el Campo de Marte estaba al norte.

César recibió a los legionarios absolutamente solo, montado en su famoso caballo de guerra con estribos de puntera, ataviado con su habitual armadura de acero y el *paludamentum* de general. La corona de hojas de roble ceñía su cabeza para recordarles que era un héroe de guerra condecorado, un soldado de primera línea y extraordinario valor. Sólo con verlo bastaría para que les flaquearan las rodillas.

Después de la larga marcha desde Campana se les había pasado la borrachera, ya que las tabernas de la Via Latina habían cerrado sus puertas a cal y canto: no tenían dinero y la garantía de Marco Antonio no era válida en esta parte del país. Cuando estaban aún a cierta distancia de Roma les había llegado la noticia de que César ya no era el dictador y por tanto Marco Antonio había perdido su puesto, y eso los había desmoralizado. De algún modo, a medida que avanzaban con sus *caligae* de clavos, sus agravios parecieron menguar, y sus recuerdos de César como amigo y compañero se reavivaron. Así pues, cuando lo vieron a lomos de su montura sin un asomo de miedo, brotó en ellos el afecto que sentían por él, que siempre habían sentido y siempre sentirían.

-¿Qué hacéis aquí, *quirites*? -preguntó él con frialdad.

Una ahogada exclamación surgió entre los hombres, aumentando en intensidad cuando sus palabras corrieron de fila en fila. ¿*Quirites*? ¿César los llamaba ciudadanos civiles vulgares y corrientes? ¡Pero ellos no eran

civiles vulgares y corrientes, eran sus hombres! Él siempre los llamaba sus hombres. Eran sus soldados.

-No sois soldados -dijo César con desprecio, sin hacer caso de los murmullos de protesta-. Incluso Fernaces dudaría en llamaros así. Sois borrachos e incompetentes, unos necios patéticos. Habéis alborotado, saqueado, incendiado, causado estragos. Lapidasteis a Publio Sila, uno de vuestros comandantes en Farsalia. Lapidasteis a tres senadores, matando a dos de ellos. Si no tuviera la boca seca como el esparto, *quirites*, os escupiría. Os escupiría a todos.

Los legionarios empezaron a gimotear, algunos de ellos incluso a llorar.

-¡No! -gritó un hombre desde las filas-. ¡No, es un error! ¡Un malentendido! César, pensábamos que nos habías olvidado.

-Sería mejor olvidaros que tener que recordar vuestro motín. Sería mejor que estuvierais todos muertos y no aquí presentes como amotinados.

La hiriente voz prosiguió para informarles de que César tenía que preocuparse de toda Roma, de que había confiado en que ellos le esperarían porque él pensaba que lo conocían.

-¡Pero te amamos! -exclamó alguien-. Te amamos.

-¿Amor? ¿Amor? ¿Amor? -bramó César-. César no puede amar a unos amotinados. Sois los soldados profesionales del Senado y el pueblo de Roma, sus servidores, su única defensa contra los enemigos. Y acabáis de demostrar que no sois profesionales. Sois chusma. Indignos incluso de limpiar los vómitos de las calles. Sois unos amotinados, y sabéis lo que eso significa. Habéis perdido vuestra parte del botín que debía repartirse tras la celebración de mis triunfos; habéis perdido las tierras que os correspondían al licenciarnos; habéis perdido todas vuestras bonificaciones. Ahora sois *quirites* del censo por cabezas.

Lloraron, rogaron, suplicaron perdón. ¡No, *quirites* no, ciudadanos civiles vulgares y corrientes no! ¡*Quirites* nunca! Su lugar estaba con Rómulo y Marco, no con Quirino.

La situación se prolongó durante varias horas, presenciada por media Roma, cuyos ciudadanos observaban desde lo alto de las Murallas Serbias o sentados en los tejados de los edificios del Capitolio; los miembros del

Senado, incluidos los cónsules, se apiñaban a una distancia prudencial del *privatus* que intentaba sofocar el motín.

-¡Este hombre es extraordinario! -comentó Vatinio a Caleno con un suspiro-. ¿Cómo ha podido pensar Antonio que los soldados de César iban a tocarle un solo pelo de la cabeza?

Caleno sonrió.

-Creo que Antonio estaba seguro de haber ganado el afecto de sus hombres. Ya sabes cómo era Antonio en la Galia, Polio -dijo-, siempre jactándose de que heredaría las legiones de César cuando el viejo se retirara. Durante un año les ha estado pagando la bebida y dejándolos disfrutar a sus anchas, que es lo que él entiende por felicidad, olvidando que estos hombres han marchado de buena gana a través de más de un metro y medio de nieve durante días interminables sólo por complacer a César, y, por supuesto, nunca lo han abandonado en el campo de batalla por difícil que se pusiera el combate.

-Antonio pensaba que había llegado su hora-dijo Polio, encogiéndose de hombros-, pero César lo ha engañado. Me pregunto por qué el viejo estaba tan decidido a celebrar las elecciones, y por qué no visitó Campania para aplacar a los hombres. Él iba tras Antonio, y sabía lo lejos que tenía que llegar para hacerlo caer. Lo siento por César; es una situación triste, se mire por donde se mire. Espero que haya aprendido la verdadera lección de todo esto.

-¿Cuál es la verdadera lección? -preguntó Vatinio.

-Que ni siquiera un César puede dejar ociosas a las tropas veteranas durante tanto tiempo. Sí, Antonio los incitó, pero también otros lo intentaron. Siempre hay descontentos y pendencieros por naturaleza en cualquier ejército. La ociosidad les proporciona un terreno fértil para medrar -contestó Polio.

-Nunca los perdonaré -dijo César a Lucio César con las mejillas encendidas.

Lucio se estremeció.

-Pero los has perdonado.

-Por el bien de Roma, he obrado con prudencia. Pero te juro, Lucio, que todos los hombres de la Décima y la Duodécima pagarán por este motín. Primero la Novena, ahora dos más. ¡La Décima! Los llevé desde Pomptino hasta Genava; siempre habían sido mis hombres. De momento los necesito, pero sus propias acciones me han revelado qué debo hacer: debo introducir a uno o dos agentes de con fianza entre la tropa para anotar los nombres de los cabecillas en esta clase de actos. Se ha sentado un mal precedente: algunos de ellos habrán llegado a la conclusión de que los soldados de Roma tienen su propio poder.

-Al menos, ahora ha terminado.

-Ah, no. Aún habrá más -afirmó César con certeza-. Puede que haya extraído los colmillos de Antonio, pero aún acechan unas cuantas serpientes entre las legiones.

-En cuanto a Antonio, he oído decir que tiene el dinero para pagar sus deudas -comentó Lucio, que reflexionó un instante y se apresuró a rectificar-. Al menos parte de sus deudas. Se propone participar en la puja por el palacio de Pompeyo en las Carinas.

César arrugó el entrecejo en una expresión de curiosidad.

-Cuéntame más.

-Para empezar, saqueó todas las residencias de Pompeya a las que fue. Por ejemplo, aquella parra de oro macizo que Aristóbulo el judío regaló a Magno apareció el otro día en el Porticus Margaritaria. Se vendió por una fortuna en cuanto Curtio lo expuso. Y Antonio tiene otra fuente de ingresos: Fulvia.

-¡Por todos los dioses! -exclamó César, asqueado-. Después de Clodio y Curio, ¿qué puede ver en un ser tan vulgar como Antonio?

-Un tercer demagogo. Fulvia se enamora de hombres conflictivos, y en ese sentido Antonio es un buen candidato. Escucha lo que te digo, Cayo: se casará con Antonio.

-¿Se ha divorciado él de Antonia Híbrida?

-No, pero lo hará.

-¿Tiene Antonia Híbrida dinero propio?

-Su padre, Híbrida, consiguió ocultar la existencia de buena parte del oro de la tumba que encontró en Cefalenia, y eso le permite vivir un segundo exilio más cómodo. Antonio gastó los doscientos talentos de la dote, pero estoy seguro de que el padre de buena gana le daría otros doscientos talentos si le dejaras volver del exilio. Sé que es un hombre execrable, y recuerdo tu proceso contra él, pero es una manera de asegurar el futuro de su hija. No encontrará otro marido, y la niña es un caso triste.

-Haré volver a Híbrida en cuanto regrese de África. ¿Qué importa uno más si voy a permitir el regreso de todos los exiliados de Sila?

-¿Volverá Yerres? -preguntó Lucio.

-Jamás! -respondió César con vehemencia-. ¡Jamás, jamás, jamás!

Se pagó a las legiones y se las embarcó gradualmente en Meápolis y Puteoli, iban destinadas a un primer campamento en los alrededores de Lilibeo, en el oeste de Sicilia, para trasladarse desde allí a la provincia de África.

Nadie, y menos los dos cónsules, preguntó por qué -o en virtud de qué ley- un *privatus* actuaba tranquilamente como comandante en jefe de las fuerzas que debían aplastar a los republicanos en la provincia de África. A su debido tiempo todo se aclararía. Y así fue. A finales de noviembre César celebró elecciones para designar a los magistrados del año siguiente, y cedió graciosamente a los ruegos de que se presentara para el consulado. Cuando le preguntaron si tenía alguna preferencia en cuanto a cuál de sus seguidores debería compartir con él el consulado, indicó que le gustaría contar con su viejo amigo y colega Marco Emilio Lepido.

-Espero que entiendas tus obligaciones, Lepido -le dijo después de que ambos candidatos fueran declarados consulares entre las ovaciones de la multitud en el pabellón electoral de Vatinio.

-Eso creo -contestó Lepido, satisfecho, en absoluto intimidado por la franqueza de César. El consulado prometido había tardado en llegar, pero sería suyo el día de Año Nuevo, eso sin duda.

-Dímelo, pues.

-Debo mantener el orden en Roma e Italia durante tu ausencia: mantener la paz, desarrollar tu programa legislativo, asegurarme de no insultar a los

caballeros ni deprimir la economía, seguir aleccionando a los senadores según tus criterios, y vigilar como un halcón a Marco Antonio. Debo vigilar asimismo a los íntimos de Antonio, desde Poplicola hasta el más reciente de ellos, Lucio Tilio Cimber -dijo Lepido.

-¡Qué gran tipo eres, Lepido!

-¿Quieres volver a ser dictador, César?

-Preferiría que no, pero quizá sea necesario. Si llegara a ser necesario, ¿estarías dispuesto a ocupar el cargo de Maestro del Caballo? -preguntó César.

-No faltaría más. Mejor yo que alguno de los otros. Nunca he tenido la inclinación de intimar con la tropa.

Capítulo 4

Bruto volvió a casa a primeros de diciembre, cuando César ya había partido hacia Campania para terminar de embarcar a su ejército. Su madre lo miró de arriba abajo con acritud.

-No has mejorado -concluyó.

-En realidad creo que sí -replicó Bruto, sin hacer siquiera ademán de sentarse-. He aprendido mucho en los últimos dos años.

-He oído decir que en Farsalia tiraste la espada y te escondiste.

-Si hubiera seguido empuñándola, habría puesto en peligro mi salud. ¿Toda Roma conoce esa historia?

-¡Vaya, Bruto, casi me has levantado la voz! ¿A quién te refieres con eso de "toda Roma"?

-Me refiero a toda- Roma.

-¿Y a Porcia en particular?

-Es tu sobrina, madre. ¿Por qué la odias tanto?

-Porque, al igual que su padre, desciende de un esclavo.

-Y un campesino túsculo, olvidas añadir.

-Me he enterado de que vas a ser pontífice.

-Ah, César ha venido a verte, ¿no? ¿Habéis renovado vuestro idilio?

-¡No seas grosero, Bruto!

Así que César no había renovado el idilio, pensó Bruto, dando media vuelta. Al salir del salón de su madre, fue al de su esposa. Hija de Apio Claudio Pulcro, se había comprometido con él siete años atrás, poco después de la muerte de Julia. Pero esa unión le había proporcionado pocas alegrías. Bruto había conseguido consumir el matrimonio, pero sin placer, una circunstancia peor que la ausencia de amor para la pobre Claudia. Tampoco había acudido al lecho de ella con frecuencia suficiente para engendrar los hijos que ella anhelaba. Una mujer joven de buen carácter y

no mala presencia, tenía muchas amistades y pasaba todo el tiempo posible lejos de aquella desdichada casa. Cuando se veía obligada a permanecer en ella, se confinaba en sus aposentos con su telar. Afortunadamente, no deseaba administrar la casa aunque en rigor era su obligación hacerlo como esposa del señor; Servilia siempre fue la señora.

Bruto besó a Claudia en la mejilla, le sonrió distraídamente y fue en busca de sus dos filósofos particulares, Estrato de Épiro y Volumnio. ¡Por fin dos caras que se alegraban de verle! Habían estado con él en Silicio, pero los envió de regreso a Roma cuando se unió a Pompeyo; a su tío Catón podía gustarle arrastrar a sus filósofos particulares a una guerra, pero Bruto no era tan severo, ni lo eran Volumnio y Estrato de Épiro. Bruto era un académico, no un estoico.

-El cónsul Caleno quiere verte-dijo Volumnio.

-Me pregunto para qué.

-¡Siéntate, Marco Bruto! -dijo Caleno, alegrándose aparentemente de verlo-. Empezaba a preocuparme que no regresaras a tiempo.

-¿A tiempo de qué, Quinto Caleno?

-De asumir tus nuevas responsabilidades, naturalmente. -¿Nuevas responsabilidades?

-Así es. Cuentas con el favor de César... En fin, ya lo sabes..., y dijo que me asegurara de comunicarte que no se le ocurre nadie más apto que tú para este trabajo en particular.

-¿Trabajo? -preguntó Bruto, un tanto confuso.

-¡Mucho trabajo! Aunque aún no has sido pretor, César te ha concedido *imperium* proconsular y te ha nombrado gobernador de la Galia Cisalpina.

Bruto se sentó, boquiabierto.

-¿*Imperium* proconsular? ¿A mí? -chilló, sin aliento.

-Sí, a ti -confirmó Caleno, que parecía no inmutarse por aquel extraordinario hecho, ni enojarse porque tan suculento puesto fuera a manos de un ex republicano-. La provincia está en paz, así que no tendrás responsabilidades militares; de hecho, en estos momentos no hay ninguna legión, ni siquiera acuartelada. -El cónsul principal cruzó los brazos sobre la mesa y puso cara de complicidad-. Verás, el próximo año se realizará un

censo general en Italia y en la Galia Cisalpina, elaborado a partir de principios completamente nuevos. El censo de hace dos años ya no satisface las necesidades de César, y por eso ha encargado otro.

Caleno se inclinó para coger un estuche de piel escarlata sellado con cera púrpura y se lo entregó a Bruto por encima de la mesa. Éste observó el sello con curiosidad: una esfinge con la palabra CÉSAR en torno al margen.

Cuando fue a coger el estuche, advirtió que pesaba más de lo normal: debía de estar repleto de pergaminos estrechamente enrollados.

-¿Qué contiene? -preguntó.

-Tus instrucciones, dictadas por el propio César. Tenía intención de dártelas en persona, pero, naturalmente, no te presentaste a tiempo. -Caleno se levantó, rodeó la mesa y dio a Bruto un cálido apretón de manos-. Hazme saber la fecha en que partirás y yo prepararé tu *lex curiata de imperium*. Es un buen puesto, Marco Bruto, y coincido con César: es idóneo para ti.

Bruto salió de allí aturdido, e hizo llevar el estuche a su criado como si fuera de oro. Al principio se quedó parado en la estrecha calle frente a la casa de Caleno y dio varias vueltas sobre sí mismo como si no supiera bien dónde estaba. De pronto cuadró los hombros.

-Lleva el estuche a casa, Filas, y guárdalo en mi cámara acorazada de inmediato -ordenó Bruto a su criado. Carraspeó y se removiό inquieto, visiblemente incómodo-. Si la señora Servilia lo viera, quizá pediría que se lo entregaras. Prefiero que no lo vea, ¿queda claro?

Inexpresivo, Filas inclinó la cabeza.

-Yo me encargo de eso, *domine*. Irá directamente a tu cámara acorazada sin que nadie lo vea.

De modo que se separaron, Filas para regresar a la casa de Bruto, y Bruto para recorrer a pie la corta distancia hasta la casa de Biblo. Allí se encontró con un caos. Al igual que en muchas de las residencias más agradables de la Palatina, la parte trasera daba a la estrecha calle. Se entraba por un reducido patio donde estaba el portero, con las cocinas a un lado y el baño y la letrina al otro. Justo enfrente se hallaba el gran peristilo, rodeado en sus tres lados respetables por una columnata a la que daban los diversos aposentos de los moradores. Al fondo estaba el comedor, el estudio del

señor y, más allá, el amplio salón de recepciones, provisto de una galería con vistas al foro romano.

El jardín era un revoltijo de cajas y estatuas envueltas; un montón de cazos y sartenes atadas con cordel ocupaba las losas frente a la cocina, y los pasillos estaban atestados de camas, triclinios, sillas, pedestales, distintas clases de mesas y armarios. La ropa blanca estaba apilada en un lado y la ropa de vestir en otro.

Conmocionado, Bruto comprendió de inmediato lo que ocurría: aunque muerto, Marco Calpurnio Bibulo había sido declarado *nefas*, y sus estatuas eran confiscadas. Su hijo superviviente, Lucio, se quedaba desposeído, al igual que su viuda. Estaban desalojando la casa, y por tanto la vivienda saldría a subasta.

-*Ecator, Ecator, Ecator* -dijo una voz familiar, sonora y áspera, lo bastante grave como para ser la de un hombre.

Allí estaba Porcia, vestida con su habitual y espantosa túnica marrón de tela tosca; su mata de vistoso cabello rojo y rizado se deshacía en mechones mal sujetos por las horquillas.

-¡Ponedlo todo en su sitio otra vez! -gritó Bruto, acercándose a ella rápidamente.

Al instante se vio levantado en volandas y comprimido en un abrazo que le sacó el aire de los pulmones. Aspiró el olor de ella: tinta, papel, lana vieja, piel de estuche.

-¡Porcia, Porcia, Porcia!

Bruto nunca supo por qué ocurrió lo que sucedió a continuación, ya que no había nada de nuevo en ese saludo: Porcia llevaba años levantándolo en volandas y apretujándolo. Pero los labios de Bruto, apretados contra su mejilla, de repente buscaron los de ella, y al encontrarlos, se fundieron; le invadió una oleada de fuego y emoción. Forcejeó por liberar sus brazos y deslizarlos por la espalda de ella. Luego la besó con el primer arrebato de pasión que había sentido en su vida. Ella le devolvió el beso, el sabor de sus lágrimas mezclado con la delicadeza de su aliento, exento del olor del vino y las comidas elaboradas. Aquello pareció prolongarse durante horas, y ella

no lo apartó. Su éxtasis era demasiado grande, su anhelo demasiado antiguo, su amor demasiado abrumador.

-Te amo -dijo él cuando pudo hablar, acariciándole su magnífica cabellera, recreando las yemas de sus dedos en la mata llena de vida.

-¡Oh, Bruto, siempre te he amado! ¡Siempre, siempre!

Encontraron dos sillas abandonadas en la columnata y se acomodaron en ellas cogidos de la mano, mirándose con los ojos anegados en lágrimas, sonriendo. Dos niños descubriendo un hechizo.

-Por fin he vuelto a casa -dijo él con labios trémulos.

-No puede ser verdad -dijo ella, y se inclinó para besarlo otra vez.

Una docena de personas había presenciado aquel apasionado encuentro, pero eran todos criados excepto el hijo de Bibulo, que guiñó un ojo al mayordomo y se marchó pasando inadvertido.

-Vuelve a ponerlo todo en su sitio -repitió Bruto al cabo de un rato.

-No puedo. Ya llegó la orden de embargo.

-Yo compraré la casa, así que vuelve a ponerlo todo dentro -insistió.

En los adorables ojos grises de Porcia apareció una expresión se vera; de pronto era como si Catón mirara a través de ellos.

-No, mi padre no lo consentiría.

-Sí, querida, lo consentiría -contestó Bruto muy seriamente-. ¡Vamos, Porcia, ya conoces a Catón! Lo vería como una victoria para los republicanos. Lo consideraría una buena acción. Es deber de la familia cuidar de la familia. ¿Dejar Catón sin hogar a su hija? Yo censuro a César por esto. Lucio Bibilo es demasiado joven para pertenecer a la causa republicana.

-Su padre fue uno de los grandes republicanos. -Porcia volvió la cara mostrando a Bruto su perfil, la viva imagen de Catón; la nariz grande y aguileña le pareció noble y la boca llamativamente hermosa-. Sí, veo el sentido de tus palabras -dijo ella, y lo miró con temor-. Pero otros pujarán también. ¿Y si otro compra esta casa?

Bruto se echó a reír.

-¡Porcia! ¿Quién puede pagar más que Marco Junio Bruto? Además, ésta es una casa bonita, pero no puede compararse con mansiones como las

de Pompeyo Magno o Metelo Escipión. Las grandes sumas de dinero se pagarán por las casas más importantes. No pujaré personalmente, sino por mediación de un agente para no dar pie a rumores. Y pujaré por las haciendas de tu padre en Lucania. Por ninguna otra de sus propiedades, sólo éstas. Me gustaría que conservaras algo de él para siempre.

A Porcia se le saltaron las lágrimas.

-Hablas como si ya estuviera muerto, Bruto.

-Muchos conseguirán indultos, Porcia, pero tú y yo sabemos que César no llegará a un acuerdo con ninguno de los cabecillas que se fueron a la provincia de África. Aun así, César no vivirá eternamente. Es más viejo que Catón, y quizás éste pueda volver a casa algún día.

-¿Por qué le pediste el indulto? -quiso saber ella de pronto.

El rostro de Bruto se ensombreció.

-Porque yo no soy Catón, querida mía.

-Ojalá lo fueras.

-Ojalá. Pero si de verdad me amas debes saber lo que soy. Un cobarde, como dice mi madre. No... No puedo explicar qué me ocurre cuando llega la hora de la batalla o de desafiar a personas como César. Simplemente me vengo abajo.

-Mi padre dirá que no es correcto que te ame porque te has sometido a César.

-Sí, lo dirá -admitió Bruto, sonriente-. ¿Significa eso que no tenemos futuro juntos?

-No lo creo.

Ella le echó los brazos al cuello con vehemencia.

-Soy una mujer, y las mujeres son débiles, dice mi padre. No lo aprobará, pero no puedo vivir sin ti y no viviré sin ti.

-¿Me esperarás, pues? -preguntó Bruto.

-¿Esperarte?

-César me ha concedido *imperium* proconsular. Debo irme de inmediato a gobernar la Galia Cisalpina.

Porcia dejó caer los brazos y se apartó.

-¡César! -siseó-. Todo acaba en César, incluso tu horrenda madre.

Bruto encorvó los hombros.

-Lo sé desde que lo conocí cuando era un muchacho. Cuando regresó de su cuestorado en la Hispania Ulterior, se irguió en medio de todas aquellas mujeres con el aspecto de un dios. ¡Tan imponente! ¡Tan... regio! A mi madre le traspasó el corazón. Precisamente a ella, con todo su orgullo. Una patricia de la familia Servilia Cepionis. Pero se tragó el orgullo por él. Cuando murió Silano, mi padrastro, pensó que César se casaría con ella. Él se negó aduciendo que era una esposa infiel. «Contigo, sólo contigo», exclamó ella. No importaba con quién hubiera sido infiel, dijo él. El hecho era que había sido una esposa infiel.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Porcia, fascinada.

-Porque ella volvió a casa bramando y gritando como Mormolice. Toda la casa se enteró -se limitó a decir Bruto, y se estremeció-. Pero así es César. Se requiere un Catón para oponerse a él, y yo no soy un Catón, amor mío. -Los ojos se le llenaron de lágrimas y le cogió las manos-. Perdona mi debilidad, Porcia. ¡Un *imperium* pro consular y ni siquiera he sido pretor! ¡La Galia Cisalpina! ¿Cómo puedo decirle que no? No tengo fuerza para eso.

-Sí, lo comprendo -dijo ella muy seria-. Ve y gobierna tu provincia, Bruto. Te esperaré.

-¿Te importa que no diga nada acerca de esto a mi madre?

Ella lanzó su extraña risa, pero sin alegría.

-No, querido Bruto, no me importa. Si a ti te aterroriza, a mí me aterroriza aún más. No despertemos al monstruo antes de tiempo. Continúa casado con Claudia por el momento.

-¿Has tenido noticias de Catón? -preguntó el.

-No, ni una palabra. Tampoco Marcia, que sufre mucho. Ahora tiene que volver a casa con su padre, claro. Filippo intentó interceder por Marcia, pero César fue inflexible. Deben confiscarse todas las propiedades de mi padre, y ella le cedió su dote cuando él reconstruyó la basílica Porcia tras el incendio de Clodio. Filippo no está contento. ¡Marcia llora tanto, Bruto!

-¿Y tu dote?

-También se destinó a reconstruir la basílica Porcia.

-En ese caso, ingresaré una suma con los banqueros de Vívulo para ti.

-Catón no lo aprobaría.

-Si Catón se apropió de tu dote, amor mío, ha perdido el derecho a opinar. Vamos -dijo, ayudándola a levantarse-, quiero besarte otra vez, en algún lugar menos público. -En la puerta de su estudio la miró con expresión grave-. Somos primos carnales, Porcia. Quizá no deberíamos tener hijos.

-Sólo medio primos carnales -contestó ella sensatamente-. Tu madre y mi padre únicamente son hermanastros.

Una gran cantidad de dinero salió a la luz cuando se subastaron las propiedades de los republicanos no indultados. Pujando por mediación de Escaptio, Bruto no tuvo dificultades para adquirir la casa de Bibulo, su gran villa en Cayeta, su latifundio de Etruria y sus fincas y viñedos de Campania; la mejor manera de proporcionar una renta a Porcia y al joven Lucio, había decidido, era comprar todas las posesiones de Bibulo. Pero no tuvo suerte con las haciendas de Catón en Lucania.

El agente de César, Cayo julio Arverno, compró hasta la última de las propiedades de Catón, por mucho más de lo que valían; Escaptio, en nombre de Bruto, no se atrevió a seguir pujando cuando los precios llegaron a un nivel exorbitante. César tenía dos razones para obrar así: deseaba la satisfacción de quedarse con las propiedades de Catón, y también deseaba utilizarlas para dotar a sus tres ex centuriones de tierra suficiente para que estuvieran autorizados a pertenecer al Senado. Décimo Carfuleno y otros dos habían ganado la *corona civica*, y César se proponía respetar la legislación de Sila según la cual toda persona galardonada con una condecoración importante tenía derecho a acceder al Senado.

-Lo raro es que creo que mi padre lo aprobaría -dijo Porcia a Bruto cuando él fue a despedirse.

-Estoy muy seguro de que César no buscaba la aprobación de Catón -dijo Bruto.

-Entonces interpretó mal a mi padre, que tiene el valor en tan alta consideración como César.

-Dado el intenso odio que existe entre ambos, Porcia, ninguno de los dos puede entender al otro.

La mansión de Pompeyo en las Carinas fue asignada a Marco Antonio por treinta millones de sestercios, pero cuando él despreocupadamente dijo a los subasteros que aplazaría el pago hasta que mejorara su economía, el jefe de la firma lo llevó aparte y le dijo:

-Marco Antonio, me temo que debes pagar la suma completa de inmediato. Órdenes de César.

-¡Pero me quedaría sin nada! -protestó Antonio, indignado.

-Paga ahora o perderás la propiedad e incurrirás en una multa.

Maldiciendo, Antonio pagó.

Por su parte Servilia, nueva propietaria del latifundio de Lentulo Crus y de varios lucrativos viñedos en la Campania falernia, salió mucho mejor parada gracias a la intervención de César.

-Nuestras instrucciones son ofrecerte un tercio del precio -dijo el subastero jefe cuando ella se presentó en la empresa para ponerse de acuerdo en el pago. No se había molestado en utilizar a intermediarios; era mucho más divertido pujar en persona. Sobre todo porque era mujer y supuestamente no debía participar en esa clase de actividades públicas.

-¿Instrucciones de quién? -preguntó ella.

-De César, *domine*. Dijo que lo comprenderías.

La mayoría de Roma lo comprendió, incluido Cicerón, que casi se cayó de la silla con un ataque de risa.

-¡Bien hecho, César! -gritó a Ático (otro afortunado pujador), que estaba allí de visita para darle las noticias-. Un tercio menos. Un tercio. Hay que admitir que ese hombre tiene ingenio.

Naturalmente, la broma residía en el hecho de que la tercera hija de Servilia, Tertula, era hija de César. La broma no hizo la menor gracia a Servilia, pero el agravio no era razón suficiente para rechazar el descuento. Al fin y al cabo, diez millones eran diez millones.

Cayo Casio, que no pujó por nada, tampoco se había divertido.

-¡Cómo se atrevió a llamar la atención sobre mi esposa! -gruñó-. ¡Tertula está en boca de todos!

Lo que enojó a Casio no era sólo la relación de su esposa con César; mientras que Bruto, de la misma edad que él y exactamente en el mismo punto en el *cursus honorum*, iba a gobernar la Galia Cisalpina como proconsul, él, Cayo Casio, había sido enviado a la provincia de Asia con un legado propretoriano corriente. Pese a que Vatia, el gobernador, era su yerno, no era una de las personas preferidas de Casio.

V

EL MALESTAR DE LA VICTORIA

Desde enero hasta quinctilis (julio) del 46 a.C.

Capítulo 1 —

Publio Sitio era un caballero romano de la Nuceria campaniense, de considerable riqueza y educación; entre sus amigos se habían contado Sila y Cicerón. Varias inversiones desafortunadas durante los primeros consulados de Pompeyo Magno y Marco Craso lo habían inducido a unirse a la conspiración de Catilina para derrocar el gobierno legítimo de Roma; lo que le había atraído fue la promesa de Catilina de decretar una condonación general de las deudas. Aunque Sitio no lo veía así en su momento, resultó beneficioso para él el hecho de que las dificultades económicas le impidieron permanecer en Italia en espera de que Catilina ascendiera al poder. Se vio obligado a huir a la Hispania Ulterior al principio del consulado de Cicerón e Híbrida, y cuando comprobó que no se había alejado lo bastante de Roma, emigró a Tingis, capital de la Mauritania occidental.

Gracias a esta angustiosa serie de acontecimientos, Publio Sitio descubrió en sí mismo cualidades que desconocía; el comerciante con tendencias a la especulación se transformó en un filibustero locuaz y muy capacitado que asumió la reorganización del ejército del rey Boco, e incluso proporcionó al soberano de Mauritania occidental una buena flota. Aunque el reino de Boco estaba más lejos de Numidia que el de su hermano, Bogud, el reino de Mauritania oriental, Boco intuía con horror las ideas expansionistas que le rondaban por la cabeza al rey Juba de Numidia. Juba estaba decidido a ser otro Massimisa, y dado que la provincia africana de Roma se encontraba en la frontera este de Numidia, la única dirección posible para la expansión era el oeste.

Una vez que hubo reforzado las huestes de Boco, Sitio hizo lo mismo con las de Bogud. Obtuvo satisfactorias recompensas: dinero, su propio palacio en Tingis, todo un harén de exquisitas mujeres, y el final de sus

preocupaciones con los negocios. Definitivamente la vida de un filibustero con talento era preferible a la participación en conspiraciones en Italia.

Cuando el rey Juba de Numidia se declaró en favor de los republicanos después de que César hubo cruzado el Rubicón, fue inevitable que Boco y Bogud de Mauritania se pusieran del lado de César. Publio Sitio intensificó los preparativos militares mauritanos y se sentó a ver qué ocurría. Sintió un gran alivio cuando César venció en Farsalia, pero experimentó una gran conmoción cuando los supervivientes republicanos de Farsalia decidieron convertir la provincia de África en su posterior foco de resistencia. Estaban demasiado cerca.

Así que Sitio contrató a unos cuantos espías en Utica y Hadrumetum para mantenerse informado acerca de las actividades republicanas, y aguardó a que César iniciara la invasión, como era previsible.

Pero la invasión de César comenzó mal en varios aspectos. Él y su primera flota tuvieron que desembarcar en Leptis Menor porque todos los puertos de mar al norte de éste estaban muy fortificados por los republicanos y habría sido absurdo intentar el desembarco. Puesto que en Leptis Menor no había instalaciones portuarias, las naves tuvieron que acercarse a una larga playa donde se ordenó a las tropas saltar al agua y vadear hasta la orilla. César encabezó la marcha, naturalmente. Pero su legendaria suerte lo abandonó; saltó, tropezó y cayó cuan largo era al agua. Un pésimo augurio. Todos los presentes contemplaron el hecho con los ojos desorbitados, y sonaron muchas exclamaciones ahogadas.

César se levantó con la agilidad de un gato, alzó los puños y la arena mojada le resbaló por los brazos.

-¡África, te tengo en mi poder! -gritó, convirtiendo el mal augurio en otro propicio.

Tampoco había olvidado la vieja leyenda de que Roma no podía vencer en África sin un Escipión. Los republicanos tenían a Metelo Escipión en la tienda de mando, pero el segundo en el mando de César, de manera meramente nominal, era Escipión Salvito, un descendiente de mala fama de la familia Cornelio Escipión a quien él había sacado de un burdel romano.

Una total insensatez, César lo sabía; Cayo Mario había realizado conquistas en África sin un solo Escipión a la vista, aunque Sila era un corneliano.

No obstante nada de ello tenía gran importancia en comparación con el hecho de que sus legiones seguían amotinándose. La Novena y la Décima se habían sumado a la Decimocuarta en un motín sofocado en Sicilia, pero que fue reavivado tras el desembarco en África. César hizo formar a las legiones, azotó a unos cuantos soldados y se concentró en los cinco hombres -incluido el tribuno no electo de la milicia, Cayo Avieno- que más perjuicios habían causado. Obligó a los cinco a subir a bordo de un barco con todas sus pertenencias y los mandó de regreso a Italia, deshonrados, expulsados del ejército y despojados de todo derecho a recibir tierras y reparto de botín.

-Si yo fuera Marco Craso, os diezmaría -gritó a las legiones formadas-. No merecéis compasión. Pero no puedo ejecutar a hombres que han combatido valientemente por mí.

Lógicamente, la noticia de que las legiones de César eran desafectas llegó a los republicanos; Labieno lanzó exclamaciones de júbilo.

-¡Qué situación! -dijo César a Calvino, que estaba a su lado como de costumbre-. De mis ocho legiones tres se componen de reclutas novatos, y de mis cinco legiones veteranas tres no son dignas de confianza.

-Todas lucharán por ti con su acostumbrado valor -afirmó Calvino tranquilamente-. Tú posees un talento para tratarlas que necios como Marco Craso nunca tuvieron. Sí, sé que lo apreciabas, pero un general que diezma es un necio.

-He sido demasiado débil -dijo César.

-Es un consuelo saber que tienes debilidades, Cayo. Un consuelo también para ellos. Tu clemencia no deteriora la imagen que tienen de ti. - Le dio una palmada a César en el brazo-. No habrá más motines. Ve a adiestrar a los reclutas nuevos.

Consejo que César siguió, descubriendo que la suerte volvía a sonreírle. Durante unas maniobras con sus tres legiones de reclutas, se tropezó casualmente con Tito Labieno y un contingente más numeroso que el suyo,

y evitó la derrota con su característica audacia. Eso puso el fin al júbilo de Labieno.

Informes de todo esto habían llegado a Publio Sitio; él y sus dos reyes empezaron a temer que César, en clara inferioridad numérica, fuera derrotado.

Sitio se preguntó qué podía hacer Mauritania para ayudar. Nada en la provincia de África, porque el ejército mauritano era similar al numidio: se componía de una caballería ligera que no combatía cuerpo a cuerpo sino como lanceros. No disponían de barcos suficientes para transportar hombres y caballos a una distancia de más de mil quinientos kilómetros. Por tanto, decidió Publio Sitio, lo mejor era invadir Numidia desde el oeste y obligar así al rey Juba a retroceder para defender su propio reino. Eso dejaría a los republicanos muy limitados de caballería y los privaría de una de sus fuentes de aprovisionamiento.

En cuanto se enteró de que el atrevido Sitio había invadido su reino, Juba se asustó y se retiró apresuradamente hacia el oeste.

«No sé durante cuánto tiempo podremos mantener alejado a Juba - comunicó Sitio a César en una carta-, pero mis reyes y yo esperamos que su ausencia te dé al menos un respiro.»

Respiro que César aprovechó bien. Mandó a Cayo Salustio Crispo y una legión a la gran isla de Cercina en el golfo, donde los republicanos habían almacenado gran cantidad de grano. Como ya había pasado la época de cosecha, César no tenía acceso al grano de la provincia de África porque el trigo de los latifundios del río Bagradas se encontraba al oeste de las líneas republicanas; las tierras del territorio de César en torno a Leptis Menor eran las más pobres de la provincia y las del sur de Tapso eran aún peores.

-Lo que han olvidado los republicanos -dijo César a Salustio, ya recuperado de la lapidación en Abella- es que Cayo Mario colonizó Cercina con sus veteranos. Fue mi padre quien dirigió la operación, así que los habitantes de Cercina conocen bien el nombre de César. Te encargo esta misión, Salustio, porque con tus palabras eres capaz de hacer bajar a los pájaros de los árboles. Tu trabajo consistirá en recordar a los hijos y nietos de los veteranos de Cayo Mario que César es sobrino de Mario, que deben

ser leales a César. Habla con elocuencia, y no tendrás que luchar. Quiero que los cercinenses entreguen las reservas de grano de Metelo Escipión voluntariamente. Si lo conseguimos, comeremos por más que dure nuestra estancia en África.

Mientras Salustio realizaba con su legión la corta travesía a Cercina, César fortificó su posición y empezó a enviar cartas de solidaridad a los plutócratas del trigo de las cuencas del Bagra y el Catada, a quienes Metelo Escipión había encolerizado innecesariamente. Éste, después de cargar grano suficiente para alimentar a sus huestes sin molestarse en pagar por él, por razones que sólo él conocía, aplicó una política de tierras calcinadas, incendiando los campos donde crecían los cultivos del año.

-Da la impresión de que Metelo Escipión cree que los republicanos van a perder -dijo César a su sobrino Quinto Pedio.

-Gane quien gane -respondió Quinto Pedio, hacendado agrícola hasta la médula-, mejor será que este asunto termine a tiempo de sembrar por segunda vez. Aún no han caído las grandes lluvias invernales, y el rastrojo quemado, después de ser arado, resulta fructífero.

-Esperemos que Salustio salga airoso de su misión -contestó César.

Dos *nundinae* después de su marcha, Salustio y su legión regresaron; Salustio venía sonriente. Analizada la situación, los cercinenses se habían declarado unánimemente a favor de César, comprometiéndose a mantener allí la mayor parte del grano, a defenderlo contra los barcos de transporte republicanos cuando llegaran, y a mandárselo a César cuando lo necesitara.

-¡Magnífico! -exclamó César-. Ahora sólo nos queda provocar un combate general y acabar de una vez con este odioso asunto.

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Con Juba ausente, ni Metelo Escipión en la tienda de mando ni Labieno en el campo de batalla deseaban un combate general contra alguien tan escurridizo como César, aun con los veteranos desafectos.

César escribió a Publio Sítio y le pidió que se retirara.

En realidad pasó más tiempo del que el calendario indicaba, ya que el Colegio de Pontífices, siguiendo instrucciones de César, había añadido una intercalación tras el mes de febrero: veintitrés días más. Este corto mes,

llamado marcedonio, debía tomarse en consideración cuando ambos bandos decían que marzo les parecía interminable. Las legiones republicanas, acampadas a las afueras de Hadrumetum, y las legiones de César, acampadas alrededor de Leptis Menor, tuvieron que soportar dos meses de relativa inercia mientras Juba, en el oeste de Numidia, intentaba echarle mano al astuto Publio Sitio, que finalmente recibió la carta de César y se retiró a finales de marzo. Juba regresó rápidamente a la provincia de África.

Aun así, César tenía que provocar un combate, ya que los republicanos actuaban con mucha cautela. Organizaban escaramuzas, se retiraban, volvían a organizar escaramuzas y volvían a retirarse. ¡Muy bien, así se haría! César debía atacar Tapso por tierra. No muy al sur de Leptis Menor, la ciudad padecía ya un total bloqueo desde el mar, pero Labieno la había fortificado bien, y aún mantenían la posición.

Observado de cerca por Metelo Escipión y Labieno en el mando conjunto del ejército republicano, que incluía a Juba con su escuadrón de elefantes de guerra, César salió con sus legiones de Leptis Menor en dirección a Tapso a principios de abril.

Un característico elemento de aquel litoral inhóspito y salobre proporcionó a César la oportunidad que esperaba desde hacía tiempo: una lengua de tierra llana y arenosa de unos dos mil quinientos metros de anchura y varios kilómetros de largo. A un lado estaba el mar, al otro una enorme laguna salada. Exultante, César guió a su ejército hasta el istmo, y siguió avanzando hasta que todos sus hombres en apretada formación lo ocuparon.

Jugaba con la posibilidad de que Labieno no adivinara por qué marchaba en una especie de *agmen*

* quadratum

en lugar de usar la habitual serpiente en fila de a ocho; el *agmen quadratum* era una formación en anchas columnas que reducía la longitud de las tropas a la vez que aumentaba su anchura. Conociendo a Labieno, daba por sentado que éste supondría que César esperaba ser atacado por el

vigilante ejército republicano y deseaba sacar a sus hombres de la lengua de tierra lo más deprisa posible. En realidad, era César quien se proponía atacar.

En cuanto César entró en la lengua de tierra, Labieno vio lo que debía hacer, y se apresuró a hacerlo. Mientras el grueso de su infantería, bajo el mando de Afranio y Juba, cortaban la retirada a César, Labieno y Metelo Escipión guiaron la caballería y las rápidas legiones veteranas en torno al lado interior de la laguna y las apostaron en el extremo opuesto del istmo para recibir allí a la avanzadilla de César.

Sonaron los cornetas de César: su ejército se dividió en dos mitades de inmediato, con Cneo Domitio Calvino al frente de la sección que retrocedió y cargó contra Afranio y Juba, en tanto que César y Quinto Pedio siguieron adelante con la otra mitad para cargar contra Labieno y Metelo Escipión. Todas las legiones veteranas de César ocupaban la cabeza y la retaguardia de su ejército, quedando en el centro los reclutas novatos. En cuanto las dos mitades se pusieron en marcha en direcciones opuestas los reclutas quedaron detrás de las tropas veteranas.

Tapso, como pasó a llamarse la batalla, fue una derrota aplastante. Azuzados por la desaprobación de César unida a su clemencia, los veteranos, en especial la Décima, combatieron quizá mejor que durante toda su larga trayectoria. Al final del día diez mil muertos republicanos salpicaban el campo de batalla, y la resistencia organizada en África había terminado. El aspecto más decepcionante de Tapso para César fue la escasez de cautivos prominentes. Metelo Escipión, Labieno, Afranio, Petreyo, Sexto Pompeyo, el gobernador Atio Varo, Fausto Sila y Lucio Manlio Torcuato huyeron, como también el rey Juba.

-Mucho me temo que esto continuará en otra parte -dijo Calvino a César después-. En Hispania, quizás.

-Si es así, iré a Hispania -respondió César sombríamente-. La causa republicana debe morir, Calvino, o de lo contrario la Roma que quiero construir volverá a caer en la concepción del *mos maiorum* que tenían los *boni*.

-Entonces es a Catón a quien debes eliminar.

-Eliminar, no, si con eso pretendes decir «matarlo». No quiero ver muerto a ninguno de ellos, y menos a Catón. Los demás pueden llegar a comprender lo erróneo de sus procedimientos; Catón nunca. ¿Por qué? Porque esa posibilidad no está presente en su mente. No obstante debe seguir vivo, y debe formar parte de mi Senado. Necesito a Catón para exhibirlo.

-Eso no lo consentirá.

-No se dará cuenta de ello -aseveró César con rotundidad-. Voy a redactar un protocolo que rija el comportamiento en el Senado y los *comitia*: poner fin, por ejemplo, a las largas intervenciones cuyo único objetivo es evitar las votaciones. Habrá un tiempo limitado para los discursos. Y nada de acusaciones respecto a otros miembros sin pruebas concluyentes.

-¿Marchamos hacia Utica, pues?

-Marchamos hacia Utica.

Capítulo 2 —

Un mensajero de Metelo Escipión llevó a Utica la noticia de la derrota en Tapso, pero no llegó mucho antes que los refugiados del campo de batalla, ninguno de ellos con rango superior al de tribuno militar de segunda.

«Lucio Torcuato, Sexto Pompeyo y yo nos unimos a la flota de Cneo Pompeyo en Hadrumetum -anunciaba la breve nota de Metelo Escipión-. Por ahora desconocemos nuestro próximo destino, pero no será Utica a menos que tú lo solicites, Marco Catón. Si puedes reunir hombres suficientes para oponer resistencia a César, combatiremos contigo.»

-Pero si las tropas de César estaban descontentas -dijo Catón con voz sorda a su hijo-. Estaba seguro de que lo derrotaríamos.

El joven Catón no contestó. ¿Qué podía decir?

Tras escribir a Metelo Escipión para comunicarle que no se molestara en ir a Utica, Catón permaneció absorto en sus pensamientos durante el resto de aquel aciago día. Al amanecer del día siguiente, acompañado de Lucio Gratidio, fue a ver a los refugiados de Tapso, que se habían hacinado en un viejo campamento a las afueras de Utica.

-Tenemos hombres suficientes para presentar batalla a César una vez más -dijo Catón a su jefe, un legado menor llamado Marco Epio-. En la ciudad tengo a cinco mil hombres bien adiestrados dispuestos a unirse a los tuyos. Y puedo proporcionaros nuevas armas.

Epio movió la cabeza en un gesto de negación.

-No, Marco Catón, ya hemos tenido suficiente. -Se estremeció y levantó la mano para hacer la señal que prevenía el mal de ojo-. César es invencible, ahora lo sabemos. Capturamos a uno de los centuriones de la Décima, Titio, a quien interrogó personalmente Quinto Metelo Escipión. Titio admitió que la Novena, la Décima y la Decimocuarta se han

amotinado dos veces desde que salieron de Italia. Aun así, cuando César los mandó a la batalla, lucharon como héroes para él.

-¿Qué le ocurrió a ese centurión?

-Fue ejecutado.

Y ésa es la razón, pensó Catón, por la que nunca debería haber puesto a Metelo Escipión en la tienda de mando, o a Labieno. César habría perdonado la vida a un valiente centurión cautivo, como debería hacer cualquier hombre.

-Bien, os propongo que os trasladéis al puerto de Utica y subáis a bordo de los barcos de transporte que ahí esperan -dijo Catón alegremente-. Pertenecen a Cneo Pompeyo, quien, deduzco, planea dirigirse al oeste, a las Baleares e Hispania. Estoy seguro de que no insistirá en que lo acompañéis, así que si preferís regresar a Italia, decídselo.

Él y Lucio Gratidio volvieron a Utica.

En la ciudad el pánico del día anterior había amainado, pero los habitantes no se dedicaban a sus asuntos como venían haciendo durante los meses de la prefectura de Catón a pesar de la guerra. Los trescientos ciudadanos más importantes esperaban ya en la plaza del mercado para que Catón les dijera qué quería que hiciesen. Lo amaban sinceramente, como casi toda Utica, porque había sido escrupulosamente justo, mostrándose siempre dispuesto a escuchar sus agravios, siempre optimista.

-No -dijo Catón con desacostumbrada delicadeza-, no puedo seguir tomando decisiones por vosotros. Vosotros mismos debéis decidir si deseáis oponeros a César o solicitar su perdón. Si queréis conocer mi opinión os la daré: creo que debéis solicitar el perdón. La alternativa sería enfrentaros a un sitio, y vuestro destino no sería distinto al de las ciudades de Cartago, Numancia, Avarico, Alesia. César domina aún más que Escipión Emiliano la táctica del bloqueo. El resultado sería la destrucción de esta ciudad extraordinariamente rica y hermosa y la muerte de muchos de sus ciudadanos. César impondrá una multa considerable, pero disfrutaréis de la continuada prosperidad necesaria para pagarla. Solicitad el perdón.

-Si liberamos a nuestros esclavos y los destinamos al servicio militar, Marco Catón, quizá sobrevivamos al sitio -sugirió un ciudadano.

-Eso no sería lícito y moral -contestó Catón con severidad-. Ningún gobierno debería tener la autoridad para ordenar a un hombre que deje en libertad a sus esclavos si él no quiere.

-¿Y si se manumitieran voluntariamente? -preguntó otro.

-En tal caso lo aceptaría. No obstante os recomiendo encarecidamente que no os resistáis. Hablad de ello entre vosotros y luego llamadme otra vez.

Él y Gratidio atravesaron la plaza para sentarse en el pretil de piedra de una fuente, donde el hijo de Catón se reunió con ellos.

-¿Combatirán, padre?

-Espero que no.

-Yo espero que sí -dijo Gratidio con lágrimas en los ojos-. Si no luchan, me quedará sin trabajo. Detesto la idea de someterme mansamente a César.

Con la mirada puesta en los trescientos hombres que debatían el asunto, Catón no respondió. No tardaron en tomar una decisión: Utica solicitaría el perdón.

-Creedme -dijo Catón-, es lo mejor. Aunque yo tengo menos motivos que nadie para amar a César, es un hombre misericorde que ha demostrado su clemencia desde el principio de esta triste situación.

Ninguno de vosotros sufrirá daños físicos ni perderá sus propiedades.

Algunos de los trescientos habían decidido huir; Catón les prometió que organizaría su traslado con la ayuda de los barcos de la causa republicana.

-Y eso es todo -dijo con un suspiro cuando él, su hijo y Gratidio estuvieron en el comedor, donde entró Estatilo con visible aprensión.

-Sírve un poco de vino -pidió Catón a Prognantes, su mayordomo.

Los otros se quedaron inmóviles y se volvieron con una mirada de asombro hacia el señor de la casa, que cogió la jarra de arcilla.

-He cumplido mi misión, ¿por qué no iba a beber? -preguntó.

Tomó un sorbo e hizo una mueca de aversión. Acto seguido exclamó: ¡Qué extraordinario! He perdido el gusto por el vino.

-Marco Catón, traigo noticias -anunció Estatilo.

La comida llegó cuando sus palabras resonaban aún en el aire: pan recién hecho, aceite, una gallina asada, ensaladas y quesos, unos racimos de

uva tardía.

-Has estado fuera toda la mañana, Estatilo -dijo Catón, e hincó el diente a una pata de gallina-. ¡Qué bien sabe! ¿Cuál es esa noticia que tanto temes?

-Los jinetes de Juba están saqueando los campos.

-No podía esperarse otra cosa. Ahora come, Estatilo.

Al día siguiente corrió la voz de que César se aproximaba rápidamente y Juba se había marchado en dirección a Numidia. Catón observó desde su ventana a la delegación de los trescientos que partió a caballo para negociar con el conquistador, y luego dirigió la mirada hacia el puerto, donde refugiados y soldados subían a bordo de los barcos en medio de una frenética actividad.

-Esta noche -dijo- celebraremos una agradable cena. Sólo nosotros tres, creo. Gratidio es un buen hombre, pero no sabe apreciar la filosofía.

Hizo este comentario con tal satisfacción que el joven Catón y Estatilo cruzaron una mirada de perplejidad. ¿Realmente se alegraba tanto de que su labor hubiera concluido? ¿Y qué se proponía hacer ahora? ¿Rendirse a César? No, eso era inconcebible. Sin embargo, no había dado órdenes de empacar sus escasas ropas y sus libros, no había intentado siquiera asegurarse espacio en uno de los barcos.

La cómoda casa del prefecto en la plaza principal contenía un cuarto de baño como era debido. A media tarde Catón ordenó que llenaran la bañera y fue a disfrutar plácidamente del agua. Cuando salió, el comedor estaba preparado para la cena, y los otros dos comensales estaban allí reclinados, el joven Catón a la derecha, Estatilo a la izquierda, y el triclinio reservado a Catón se hallaba en medio. Cuando éste entró, su hijo y Estatilo lo contemplaron boquiabiertos: se había cortado la melena y se había afeitado la barba, y llevaba la túnica senatorial con la ancha banda púrpura del *latus clavus* cayendo desde el hombro derecho.

Ofrecía un aspecto magnífico, mucho más joven, pese a que en su cabello, peinado ahora como antiguamente, no se advertía ni un solo pelo rojo. Tras muchos meses absteniéndose del vino, sus ojos grises habían recuperado la luminosidad de otro tiempo, y las arrugas propias de la disipación habían desaparecido.

-¡Estoy muerto de hambre! -dijo, ocupando el *lectus medius*-.
¡Prognantes, la comida!

Era imposible mantener una actitud sombría; el ánimo alegre de Catón era demasiado contagioso. Cuando Prognantes sacó un vino tinto de una excelente cosecha, Catón lo paladeó atentamente, declaró que era bueno, y fue tomando un sorbo de vez en cuando.

Cuando sólo quedaban en la mesa el vino, dos excelentes quesos y unas uvas, y todos los criados excepto Prognantes se habían ido, Catón se acomodó en el triclinio apoyando el codo en un cabezal y exhaló un hondo suspiro de satisfacción.

-Echaré de menos a Atenodoro Cordilion -dijo-, pero tú tendrás que ocupar su lugar, Marco. ¿Qué era lo real en opinión de Zenón?

¡Vaya, estoy otra vez en la escuela!, pensó el hijo de Catón, y contestó de manera mecánica:

-Las cosas materiales. Las cosas que son sólidas.

-¿Es sólido mi triclinio?

-Sí, claro.

-¿Es sólido dios?

-Sí, claro.

-¿Y pensaba Zenón que el alma era sólida?

-Sí, claro.

-¿Cuál es la primera de todas las cosas sólidas?

-El fuego.

-¿Y después del fuego?

-El aire, luego el agua y luego la tierra.

-¿Qué debe ocurrir con el aire, el agua y la tierra?

-Deben regresar al fuego al final del ciclo.

-¿Es fuego el alma?

-Eso pensaba Zenón, pero Panecio no estaba de acuerdo.

-Además de en Zenón y Panecio, ¿dónde podemos buscar el alma?

Catón hijo vaciló, y buscó ayuda en Estatilo, quien contemplaba a Catón con creciente consternación.

-Podemos consultar a Sócrates a través de Platón -contestó Estatilo con voz trémula-. Aunque veía grandes defectos en Zenón, Sócrates era el perfecto estoico. Le traían sin cuidado el bienestar material, el frío y el calor, las pasiones de la carne.

-¿Buscamos el alma en el *Fedro* o en el *Fedón*?

Estatilo tomó aire y habló.

-En el *Fedón*. En este diálogo, Platón comenta lo que Sócrates dijo a sus amigos poco antes de tomarse la cicuta.

Catón se echó a reír y extendió las manos.

-Todos los hombres buenos son libres, todos los malos hombres son esclavos. Fijémonos en las Paradojas.

El tema del alma pareció quedar de lado cuando los tres se embarcaron en uno de los temas preferidos de Catón. Estatilo fue el encargado de adoptar el punto de vista epicúreo, el hijo de Catón el peripatético, y Catón, fiel a sí mismo, siguió siendo un estoico. Los razonamientos se desarrollaron entre risas, un rápido intercambio de premisas tan conocidas que todas las respuestas eran automáticas.

Se oyó a lo lejos un estruendoso trueno. Estatilo se levantó y fue a mirar por la ventana de la fachada sur en dirección a las montañas.

-Se acerca una terrible tormenta -anunció. Bajando la voz, repitió-: una terrible tormenta.

Volvió a reclinarsse para hablar en defensa de la libertad y la esclavitud en nombre de los epicúreos.

El vino estaba haciendo mella en Catón, que no se había dado cuenta de su gradual efecto. De pronto, con violento ademán, lanzó su arra por la ventana del lado sur.

-¡No, no, no! -bramó-. Un hombre libre que consiente cualquier clase de esclavitud es un mal hombre, y no hay más que hablar. No me importa qué clase de esclavitud acepte, sean los placeres lascivos, la comida, el vino, la puntualidad, el dinero..., el hombre que se esclaviza es un mal hombre. Perverso. Malévolo. Su alma abandonará ese cuerpo tan sucia, tan cubierta de inmundicia, que se hundirá en el Tártaro, y allí se quedará para siempre. Sólo el alma del hombre bueno ascenderá al éter, a los reinos de dios. No de

los dioses, sino de dios. Y el hombre bueno nunca sucumbe a ninguna clase de esclavitud, a ninguna clase. A ninguna clase.

Durante este apasionado discurso, Estatilo se había puesto en pie y había ido a acurrucarse junto al joven Catón.

-Si tienes ocasión -susurró-, ve a su dormitorio y quítale la espada.

Sobresaltado, el joven Catón miró con horror a Estatilo.

-¿Ésa es la razón de todo esto?

-Por supuesto. Va a matarse.

Catón fue perdiendo el brío y finalmente se quedó inmóvil, temblando y mirando fijamente a su público. Sin previo aviso, se puso en pie, y tambaleándose, se dirigió a su estudio, donde los otros dos lo oyeron revolver entre los libros y pergaminos.

¡*Fedón, Fedón, Fedón!*-gritaba, entre risitas.

El joven Catón miraba boquiabierto a Estatilo, quien de pronto le dio un empujón.

-¡Ve, Marco! ¡Quítale ahora la espada!

Catón hijo corrió hasta los amplios aposentos de su padre y se apoderó de la espada, colgada de su bridecú en un gancho de la pared.

De regreso en el comedor, vio a Prognantes allí de pie con el jarrón de vino en la mano.

-Ten, llévate esto y escóndelo -ordenó, entregando la espada de Catón al mayordomo-. ¡De prisa! ¡Deprisa!

Prognantes se marchó justo a tiempo; Catón reapareció con un pergamino en la mano. Lo arrojó al *lectus medius* y se volvió hacia el atrio.

-Oscurece. Tengo que dar el santo y seña a los centinelas -anunció lacónicamente, y se fue, pidiendo a gritos un *sagum* impermeable; iba a llover.

La tormenta se acercaba; los rayos empezaban a bañar el comedor de un intermitente resplandor blanco azulado, ya que aún no habían encendido los candiles. Prognantes acudió con una vela.

-¿Está escondida la espada? -preguntó Catón hijo.

-Sí, *domine*. El señor no la encontrará, quédate tranquilo.

-¡Estatilo, no puede hacer una cosa así! ¡No debemos permitirselo!

-No se lo permitiremos. Esconde también tu espada.

Catón regresó al cabo de un rato, echó en un rincón su capote mojado y cogió el Fedón del triclinio. A continuación se acercó a Estatilo, lo abrazó y lo besó en las dos mejillas.

Luego hizo lo mismo con el joven Catón, a quien le resultó extraño notar los brazos de su padre a su alrededor, y aquellos labios secos en su cara y su boca. Sólo recordaba el día en que su padre los había llamado a él y a Porcia para anunciarles que se había divorciado de su madre por adulterio con César y que nunca volvería a verla. Ni siquiera un momento. Ni siquiera para despedirse. Catón hijo, aún niño, lloró desconsoladamente por su madre, y su padre le dijo que no debía acobardarse, que acobardarse por algo tan insignificante no era correcto. Tantos recuerdos de un padre severo, de un padre que imponía su despiadada ética a cuantos lo rodeaban, ¡y sin embargo qué orgulloso estaba de ser el hijo del gran Catón! Así que en ese momento se acobardó y lloró.

-Por favor, padre, no lo hagas.

-¿Qué? -preguntó Catón, abriendo los ojos de par en par, sorprendido-. ¿Retirarme a leer mi Fedón?

-No tiene importancia -gimió el joven Catón-. No tiene importancia.

El alma, el alma, que los griegos consideraban del género femenino. A Catón le parecía adecuado, oyendo los ruidos de la tormenta, que el mundo natural se hiciera eco de la tempestad desatada dentro de su... ¿corazón?, ¿su mente?, ¿su cuerpo? Ni siquiera eso sabemos, así que ¿cómo podemos saberlo todo acerca del alma, su pureza o su falta de pureza? ¿su inmortalidad? Necesito que me la demuestren, que me la demuestren más allá de cualquier sombra de duda.

A la luz de varios candiles múltiples, se sentó en una silla y, desenrollando el pergamino, leyó lentamente el texto griego; para Catón, siempre era más fácil separar las palabras en griego que en latín, no sabía por qué. Leyó las palabras de Sócrates mientras formulaba a Simmias una de sus famosas preguntas; Sócrates enseñaba haciendo preguntas.

-¿Creemos en la muerte?

-Sí -dijo Simmias.

-La muerte es la separación del alma y el cuerpo. Estar muerto es el resultado final de esta separación.

Sí, sí, sí, así debe ser. Lo que soy es más que un simple cuerpo, lo que soy contiene el fuego blanco de mi alma, y cuando mi cuerpo muera, mi alma será libre. Sócrates, Sócrates, tranquilízame. Dame la fuerza y la resolución para hacer lo que debo hacer.

-Para gozar del conocimiento puro, debemos despojarnos de nuestros cuerpos... el alma está hecha a imagen de dios, y es inmortal, y posee inteligencia, y es uniforme, y no cambia. Es inmutable. El cuerpo, por el contrario, está hecho a imagen del género humano. Es mortal. Carece de inteligencia, adopta muchas formas y se desintegra. ¿Puedes negarlo?

-No.

-Así pues, si lo que digo es verdad, el cuerpo debe entrar en decadencia, pero el alma no.

Sí, sí, Sócrates tiene razón, el alma es inmortal. No se disolverá cuando muera mi cuerpo.

Experimentando una gran sensación de alivio, Catón dejó el libro en su regazo y miró la pared, buscando su espada. Al principio pensó que lo que veía era efecto del vino, pero al cabo de un momento sus ojos mortales, tan llenos de falsas visiones, reconocieron la verdad: su espada había desaparecido. Dejó el libro en la mesilla de noche y se levantó para golpear un gong de cobre con un mazo. El sonido retumbó en la oscuridad, desgarrada por un rayo, realzada por un trueno.

Acudió un criado.

-¿Dónde está Prognantes? -preguntó Catón.

-La tormenta *domine*, la tormenta. Sus hijos están llorando.

-Mi espada ha desaparecido. Trae mi espada de inmediato.

El criado inclinó la cabeza y se marchó. Al cabo de un rato Catón volvió a golpear el gong.

-Mi espada ha desaparecido. Tráela de inmediato.

Esta vez el hombre pareció asustado; asintió con la cabeza y se fue apresuradamente.

Catón cogió el *Fedón* y siguió leyéndolo hasta el final, pero las palabras no le afectaban. Golpeó el gong una tercera vez.

-¿Sí, *domine*?

-Reúne a todos los criados en el atrio, incluido Prognantes.

Los recibió allí y miró airado a su mayordomo.

-¿Dónde está mi espada, Prognantes?

-*Domine*, la hemos buscado por todas partes, pero no aparece.

Catón se movió tan deprisa que en realidad nadie lo vio avanzar a zancadas y golpear a Prognantes; sólo se oyó el contacto de su puño contra la maciza mandíbula del mayordomo. Éste se desplomó inconsciente, pero ningún criado fue a ayudarlo; los demás, temblando, se limitaron a mirar fijamente a Catón.

De pronto irrumpieron en el atrio el joven Catón y Estatilo.

-¡Padre, por favor, por favor! -exclamó el joven Catón, sollozando y abrazando a su padre.

Catón lo apartó de sí como si apestara.

-¿Acaso estoy loco, Marco, para que me niegues la posibilidad de protegerme contra César? ¿Consideras que he perdido mis facultades mentales para atreverte a despojarme de mi espada? No la necesito para quitarme la vida, si eso es lo que te preocupa; quitarme la vida es fácil. Me basta con contener la respiración o golpearme la cabeza contra una pared. Mi espada es mi derecho. ¡Tráeme la espada!

El hijo huyó sollozando desesperadamente mientras cuatro de los criados se llevaban el cuerpo inanimado de Prognantes. Sólo dos de los esclavos de menor rango se quedaron.

-Traedme la espada -les dijo.

Un ruido de arrastre precedió la llegada de la espada: la lluvia había amainado y producía sólo un suave murmullo; la tormenta se alejaba mar adentro. Un niño de corta edad llevaba el arma a rastras tenazmente, sujetando la empuñadura de marfil en forma de águila con las dos manos, mientras que la punta rozaba contra el suelo. Catón se inclinó y la cogió, verificando el filo. Seguía afilada.

-Vuelvo a ser el de siempre -declaró, y regresó a sus aposentos.

Ya podía releer el *Fedón* y comprender su significado. ¡Ayúdame, Sócrates! ¡Demuéstrame que mis temores son innecesarios!

-Aquellos que aman el conocimiento saben que sus almas están unidas al cuerpo sólo como si estuvieran pegadas con cola o sujetas con alfileres. En cambio, aquellos que no aman el conocimiento no saben que cada placer, cada dolor, es una especie de clavo que fija el alma al cuerpo como un remache, de modo que emula al cuerpo y cree que todas sus verdades surgen del cuerpo... ¿Existe lo contrario de la vida?

-Sí.

-¿Qué es?

-La muerte.

-¿Y cómo llamamos a aquello que no muere?

-Inmortal.

-¿Muere el alma?

-No.

-¿El alma es inmortal, pues?

-Sí.

-El alma no puede perecer cuando muere el cuerpo, ya que el alma no admite la muerte como parte de sí misma.

Ahí está, manifiesta, la verdad de todas las verdades.

Catón enrolló y ató el pergamino del *Fedón*. Lo besó, se acostó en su cama y se sumió en un sueño profundo mientras el rumor de la tormenta se desvanecía hasta convertirse en una calma absoluta.

En plena noche lo despertó un dolor punzante en la mano derecha; se la contempló con consternación y luego golpeó el gong.

-Manda a buscar al médico Cleantes -dijo al criado-. Y pídele a Butas que venga a verme.

Su agente llegó con sospechosa celeridad; Catón lo observó con ironía, comprendiendo que como mínimo una tercera parte de los ciudadanos de Utica sabían que su prefecto había pedido su espada.

-Butas, ve al puerto y asegúrate de que quienes intentan subir a bordo de las naves están bien.

Butas obedeció. Al salir se detuvo para susurrarle a Estatilo:

-No puede estar pensando en el suicidio; está demasiado preocupado por el presente. Son imaginaciones vuestras.

En la casa todos se alegraron, y Estatilo, que estaba a punto de ir a buscar a Lucio Gratidio, cambió de idea. A Catón no le gustaría que le mandara a un centurión para implorarlo.

Cuando llegó Cleantes, Catón le tendió la mano derecha.

-Me la he roto -dijo-. Entablíllamela para que pueda usarla.

Mientras Cleantes realizaba aquella labor casi imposible, Butas regresó para informar a Catón de que la tormenta había causado estragos en los barcos y muchos refugiados se hallaban en un estado de confusión.

-Pobre gente -dijo Catón-. Vuelve al amanecer y ponme de nuevo al corriente, Butas.

Cleantes carraspeó.

-He hecho lo que he podido, *domine*, pero ¿puedo quedarme en tu casa un rato más? Me han dicho que el mayordomo Prognantes sigue inconsciente.

-¡Ah, ése! Su mandíbula es como su nombre indica: un saliente de roca. Me ha roto la mano, un lamentable inconveniente. Sí, ve y atiéndelo si es necesario.

Estaba despierto cuando Butas le informó al amanecer de que la situación en el muelle se había apaciguado. Cuando el agente se marchó, Catón se tendió en la cama.

-Cierra la puerta, Butas -ordenó.

En cuanto la puerta se cerró, cogió la espada, que había dejado apoyada contra el cabezal de su estrecha cama e intentó colocarla en la posición tradicional empujándola hacia arriba por debajo de la caja torácica para hundirla en el pecho justo a la izquierda del esternón. Pero la mano rota se negó a obedecerle, aun después de que se arrancara la tablilla. Finalmente se limitó a clavarse la hoja en el vientre tan alto como le fue posible y la movió de lado a lado para ensanchar la herida en la pared abdominal. Mientras gemía e hincaba el arma, decidido a acabar consigo, para liberar su alma pura e inmaculada, de pronto su cuerpo traidor se adueñó de su

voluntad y empezó a sacudirse violentamente. Catón cayó de la cama y lanzó un ábaco contra el gong, que sonó ruidosamente.

Cuanto vivían en la casa corrieron hacia allí de todas direcciones, con el hijo de Catón a la cabeza, y encontraron a Catón en el suelo en medio de un charco de sangre cada vez mayor, sus entrañas esparcidas alrededor en humeantes montones. Tenía los ojos abiertos de par en par pero no veían nada.

El joven Catón gritó histéricamente, pero Estatilo, demasiado conmovido para hacer nada, vio parpadear a Catón.

-¡Está vivo! ¡Está vivo! ¡Cleantes, está vivo!

El médico estaba ya arrodillado junto a Catón; lanzó una mirada furiosa a Estatilo.

-¡Ayúdame, idiota! -bramó.

Juntos recogieron los intestinos de Catón y volvieron a introducirlos en el abdomen; Cleantes iba maldiciendo y empujando, finalmente sacudió la masa de entrañas hasta que quedó bien alojada y pudo unir fácilmente los bordes de la herida. A continuación cogió su aguja curva y un poco de hilo limpio y cosió firmemente la espantosa raja con docenas de puntos muy seguidos.

-Es tan fuerte que quizá viva -dijo, levantándose para examinar su trabajo-. Todo depende de la cantidad de sangre que haya perdido. Gracias a Asclepio que está inconsciente.

Catón salió de un plácido sueño para entrar en una terrible agonía. Un horrendo lamento de dolor brotó de su boca, medio grito y medio gemido. Al abrir los ojos vio muchas personas alrededor, la cara de su hijo manchada de lágrimas y mocos, a Estatilio y el médico Cleantes acabando de lavarse las manos mojadas en una palangana de agua, y esclavos apiñados, un niño que lloraba, mujeres arrodilladas.

-¡Vivirás, Marco Catón! -exclamó Cleantes con tono triunfal-. Te hemos salvado.

Con la vista más clara, Catón bajó la mirada y observó la toalla de hilo ensangrentada sobre su cintura. Con la mano izquierda tiró tembloroso de la

toalla para ver su vientre morado y distendido, surcado de parte a parte por una irregular hendidura, ahora pulcramente cosida con hilo carmesí.

-¡Mi alma! -gritó, y después de estremecerse, hizo acopio de todas las fuerzas que a lo largo de su vida le habían permitido luchar sin tregua por escasas que fueran las posibilidades de éxito. Llevándose las dos manos a los puntos, tiró y arrancó con desesperada energía hasta que la herida estuvo otra vez abierta y entonces empezó a sacarse los intestinos y a desparramarlos.

Nadie hizo ademán de detenerlo. Paralizados, su hijo, su amigo y su médico le contemplaron mientras se destruía moviendo los labios en silencio. De pronto lo sacudió un violento espasmo. Sus ojos grises, todavía abiertos, tomaron la apariencia de la muerte, los iris desaparecieron bajo la expansión de las pupilas negras; por último asomó en aquellos ojos un ligero resplandor dorado, la pátina final de la muerte. El alma de Catón se había ido.

La ciudad de Utica lo incineró al día siguiente en una enorme pira de incienso, mirra, nardo, canela y bálsamo de Jericó, envuelto su cuerpo en púrpura tiria y paño de oro.

Marco Porcio Catón, enemigo de toda ostentación, habría detestado la ceremonia.

Pese al escaso tiempo de que disponía para preparar su muerte, había hecho todo lo posible: había dejado cartas para su pobre y desolado hijo, para Estatilo y para César, donativos en dinero para Lucio Gratidio y Prognantes el mayordomo, todavía inconsciente. Pero no dejó nada para Marcia, su esposa.

Cuando César entró en la plaza mayor a lomos de Génitor, el *paludamentum* escarlata cuidadosamente dispuesto sobre las elegantes ancas castañas de su caballo, se habían recogido ya las cenizas de la pira, pero los restos aromáticos y ennegrecidos de la pira en sí seguían aún entre la silenciosa multitud de espectadores.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó César con un escalofrío.

-Es la pira de Marco Porcio Catón el Uticense -anunció Estatilo con voz sonora.

Los ojos de César eran tan fríos que parecían sobrenaturales, no humanos; sin cambiar de expresión se apeó del caballo, y la capa cayó detrás de él con gracia. A ojos de los ciudadanos de Utica, ofrecía todo el aspecto de un conquistador.

-¿Su casa? -preguntó a Estatilo.

Estatilo se dio media vuelta y lo guió.

-¿Está aquí su hijo? -preguntó César, seguido de Calvino.

-Sí, César, pero muy alterado por la muerte de su padre.

-Un suicidio, claro. Cuéntame cómo ha sido.

-¿Qué hay que contar? -preguntó Estatilo con un gesto de indiferencia-. Ya conocías a Marco Catón, César. No estaba dispuesto a someterse a ningún tirano, ni siquiera a uno clemente. -De debajo de la manga de su túnica negra extrajo un delgado rollo de pergamino-. Ha dejado esto para ti.

César lo cogió, examinó el sello, una imagen del gorro cónico propio de los esclavos manumisos, con las palabras M PORC CATÓN alrededor del borde: no era una referencia a su propia lucha contra lo que consideraba tiranía sino una referencia a su bisabuela, la hija de una esclava.

Me niego a deberle la vida a un tirano, un hombre que se burla de la ley perdonando a otros hombres, como si la ley le otorgara derecho a ser su amo. La ley no se lo permite.

Pese a sus ansias de leerlo, Calvino dudó de que alguna vez tendría la oportunidad de hacerlo. De pronto, los dedos fuertes y alargados de César arrugaron la nota y la tiraron, después de lo cual él se los contempló como si fueran los de otra persona y tomó aire emitiendo un sonido que no era un suspiro ni un gruñido.

-Me cuesta aceptar tu muerte, Catón, del mismo modo que a ti te costó entregarme tu vida -dijo con aspereza.

El joven Catón salió arrastrando los pies, sostenido por dos criados.

-¿No lograste convencer a tu padre de que esperara al menos hasta verme y hablar conmigo?

-César, tú conocías a Catón mucho mejor que yo -contestó el joven-. Murió como había vivido, sin contemplaciones.

-¿Qué planeas hacer ahora que tu padre ha muerto? Ya sabes que todas sus propiedades han sido confiscadas.

-Solicitarte el indulto y buscar algún medio para ganarme la vida. Yo no soy mi padre.

-Estás indultado, como lo habría estado él.

-¿Puedo pedirte un favor, César?

-Sí, claro.

-Estatilo. ¿Puede acompañarme a Italia? Mi padre le ha dejado el dinero necesario para llegar hasta Marco Bruto, que lo tomará a su servicio.

-Marco Bruto está en la Galia Cisalpina. Estatilo puede reunirse con él.

Y ése fue el final. César se dio media vuelta y salió, Calvino lo siguió... después de haber recuperado la nota. Un valioso material para los archivos.

Fuera, César se sacudió aquel pesar como si nunca lo hubiera sentido.

-En fin, no podía esperar otra cosa de Catón -dijo a Calvino-. Siempre el peor de mis enemigos, siempre dispuesto a frustrar mis deseos.

-Un absoluto fanático, César. Desde el día de su nacimiento, sospecho. Nunca entendió la diferencia entre la vida y la filosofía.

César se echó a reír.

-¿La diferencia? No, mi querido Calvino, la diferencia no. Catón nunca entendió la vida. La filosofía era su manera de enfrentarse con algo que era incapaz de comprender. La filosofía era su manual de conducta. El hecho de que optara por el estoicismo reflejaba su personalidad: la purificación a través de la negación de sí mismo.

-¡Pobre Marcia! Un golpe cruel.

-El golpe cruel fue su amor por Catón, que se negó a ser amado.

Capítulo 3

Del alto mando republicano, sólo Tito Labieno, los dos Pompeyos y el gobernador Atio Varo llegaron a Hispania.

Publio Sitio volvió a ponerse en acción al servicio de los reyes Boco Bogud de las Mauritanas; tan pronto como recibió la noticia de la victoria de César en Tapso mandó su flota a barrer los mares y él personalmente se puso al frente de las tropas que invadieron Numidia por tierra.

Metelo Escipión y Lucio Manlio Torcuato zarparon con un grupo de barcos que optaron por navegar cerca de la costa africana; Cneo y Sexto Pompeyo, en la flota inicial de Cneo, decidieron salir a mar abierto e ir a avituallarse en las islas Baleares. Labieno viajó con ellos, desconfiando del buen juicio de Metelo Escipión, a quien además aborrecía.

La flota de Publio Sitio encontró a esos barcos cerca de África y los atacó con tal entusiasmo que la captura fue inevitable. Al igual que Catón, Metelo Escipión y Torcuato prefirieron el suicidio al indulto de César.

En irremediable desorden, el ejército numidio de caballería ligera no pudo hacer frente a las tropas invasoras de Sitio, que lo venció y avanzó inexorablemente a través del reino de Juba.

Marco Petreyo y el rey Juba se habían ido a Cirta, la capital, y allí encontraron las puertas cerradas y a la población demasiado temerosa de la venganza de César para dejarlos entrar. Los dos buscaron refugio en una villa que Juba tenía no lejos de Cirta, y allí acordaron luchar en un duelo a muerte como la manera más honorable de acabar. El resultado fue el previsible: Juba era mucho más joven y fuerte que Petreyo, que había envejecido al servicio de Pompeyo Magno. Petreyo murió en el duelo, pero cuando Juba intentó administrarse a sí mismo el golpe mortal, descubrió que sus brazos eran demasiado cortos. Un esclavo le sostuvo la espada, y Juba se abalanzó sobre ella.

La tragedia más triste de todas fue la del hijo de Lucio César, que fue capturado y liberado a petición propia para quedarse en una villa a las afueras de Utica hasta que César tuviera ocasión de decidir su sino. Atendían la villa unos cuantos criados del propio César, y en el jardín había varias jaulas con animales salvajes halladas entre el equipaje abandonado de Metelo Escipión; César tenía intención de llevárselos para utilizarlos en los juegos que planeaba celebrar en honor de la difunta Julia, ya que el Senado, rencoroso, le había negado los juegos funerarios.

Quizás el aura de recelo que envolvía a este único miembro de la familia de Julio César que se había puesto del lado republicano había acabado trastornándole, o quizás había padecido siempre algún tipo de inestabilidad mental innata. Fuera como fuese, pronto unos legionarios se unieron a Lucio César hijo, y juntos se apoderaron de la villa y torturaron a los criados de César hasta matarlos. A falta de más víctimas humanas, Lucio César hijo torturó después a los animales hasta la muerte. Cuando los legionarios se marcharon, Lucio César decidió quedarse. Un tribuno enviado para interesarse por él, se horrorizó al encontrarle paseando por la villa cubierto de sangre, mascullando y delirando. Al igual que Ajax tras la caída de Troya, parecía pensar que las bestias eran sus enemigos.

César decidió que debía procesárselo, considerando absolutamente necesario que el único hijo de su primo fuera juzgado públicamente, y confiando en que el tribunal militar comprendiera que Lucio César hijo era un demente desahuciado. En espera del proceso, se le dejó encerrado en la villa bajo vigilancia.

¡Oh, espíritus de Publio Vetio! Cuando unos soldados fueron a encadenar a Lucio César para llevarlo al consejo de guerra a Utica, lo encontraron muerto, pero no por su propia mano. Nunca se aclaró el misterio de quién había entrado subrepticamente para asesinarlo, pero ni siquiera el más insignificante miembro del servicio de César pensó que éste pudiera estar implicado. Fueron muchos los rumores acerca del dictador César, y sin embargo esa calumnia en particular nunca se difundió. Tras oficiar en el funeral como pontífice máximo, César envió las cenizas de

Lucio a su padre con tantas explicaciones como creía que éste podría soportar.

También Utica fue perdonada, pero César recordó a los trescientos que durante sus primeros trece años de consulado había aprobado una *lex Julia* que había beneficiado enormemente a la ciudad.

-La multa es de doscientos millones de sestercios, que se pagarán en plazos semestrales durante un periodo de tres años. No a mí, ciudadanos de Utica, sino directamente al erario de Roma.

Una multa enorme. Ocho mil talentos de plata. Puesto que Utica no podía negar que había ayudado a los republicanos y había alabado, adorado y acogido de buen grado a Catón, el más pertinaz enemigo de César, los trescientos aceptaron su suerte con sumisión. ¿Qué podían hacer al respecto, sobre todo teniendo que pagar el dinero directamente al erario romano? César no era un tirano dispuesto a enriquecerse. También los propietarios republicanos de los latifundios de trigo de los valles del Bagradas y el Catada sufrieron su castigo. César subastó sus propiedades en el acto, asegurándose así de que aquellos que siguieran cultivando trigo a gran escala en la provincia de África fueran partidarios incondicionales suyos. Fue una medida, en su opinión, vital para el bienestar de Roma; ¿quién sabía qué le depararía el futuro?

Desde la provincia de África siguió a Numidia, donde sacó a subasta todos los bienes personales de Juba antes de dismantelar por completo el reino de Numidia. La región oriental, la más fértil, se incorporó a la provincia africana como África Nova; Publio Sitio recibió una excelente franja de tierra en el límite occidental de África Nova como feudo personal, a condición de que lo conservara para la Roma de César y el heredero de César. Bogud y Boco recibieron el extremo oeste de Numidia, pero César dejó que los dos reyes establecieran las fronteras por sí mismos.

El último día de mayo abandonó África con rumbo a Cerdeña, dejando atrás a Cayo Salustio Crispo para que gobernara las provincias romanas. La travesía de doscientos cincuenta kilómetros se prolongó durante veintisiete días; los mares estaban agitados; sus barcos hicieron aguas; tuvieron que buscar refugio en todas las pequeñas islas del trayecto; los vientos los

llevaron demasiado al este y luego demasiado al oeste, un viaje exasperante, y no porque César fuera propenso al mareo, que no lo era, sino porque el barco se movía demasiado para permitirle leer, escribir e incluso pensar con lucidez.

Cuando por fin llegaron a puerto, César aumentó el diezmo de la republicana Cerdeña a un octavo y hasta impuso una multa especial de diez millones de sestericios a la ciudad de Sulcis por apoyar activamente a los republicanos.

Al segundo día de *quinctilis*, estaba ya preparado para zarpar hacia Ostia o Puteoli, dependiendo del rumbo que propiciaran el tiempo y los vientos; entonces empezaron a rugir los vendavales equinocciales, comparado con los cuales el viento que había azotado su barco en el viaje hasta Cerdeña había sido un suave céfiro. César miró hacia el puerto de Carales y cedió a las súplicas de su capitán, quien propuso no navegar. Los vendavales soplaron sin interrupción durante tres *nundinae*, pero al menos en tierra firme César pudo leer y escribir, así como ponerse al día con la montaña de correspondencia.

No tuvo tiempo para pensar hasta que por fin zarpó rumbo a Ostia. El viento soplaba desde el suroeste, así que llegarían a Ostia, en la desembocadura del Tíber.

La guerra continuará, a menos que Cayo Trebonio pueda capturar en la Hispania Ulterior a Labieno y los dos Pompeyos antes de que puedan organizar de nuevo la resistencia. No existe hombre mejor que Trebonio, pero la lástima es que cuando llegó a su provincia, no encontró en ella a nadie dispuesto a cooperar después del rapaz gobierno de Quinto Casio. Ése es el problema, César. No puedes hacerlo todo tú solo, y por cada Cayo Trebonio hay un Quinto Casio; por cada Cayo Trebonio hay un Quinto Casio; por cada Cayo Trebonio hay un Quinto Casio.

Hispania está en buenas manos. No tiene sentido perder el tiempo ahora preocupándose por ese territorio. Piensa en cambio que hasta la fecha la guerra ha favorecido a César y que África, a los ojos de todo el mundo, confirma el resultado de Farsalia. ¡Tantos muertos! ¡Tanto talento y tantas aptitudes malgastados en los campos de batalla!

¿Y qué decir del *Fedón*? A César le llevó cierto tiempo sonsacar la historia a Estatilo, pero finalmente le bastó insinuar que quizás incumpliera su promesa de permitirle ir al lado de Bruto para que Estatilo le relatara los detalles del inefable suicidio. César se alegró mucho al saber que aquel templado e indestructible acero que era el ánimo de Catón estuviera internamente tan quebrado. A la hora de la muerte, temió morir. Primero tuvo que convencerse de que viviría eternamente mediante la lectura del *Fedón*. Fascinante. Es uno de los textos griegos más hermosos y poéticos jamás escritos, pero quien lo escribió hablaba de segunda mano, y ni él ni Sócrates, el filósofo supremo, tenían una lógica, un razonamiento y un sentido común válidos. El *Fedón*, el *Fedro* y los demás diálogos estaban llenos de sofistería, a veces claramente falsa, y cometían el mismo error filosófico de siempre: llegaban a conclusiones que les convenían y complacían en lugar de alumbrar la verdad. En cuanto al estoicismo, ¿qué filosofía hay más estrecha? ¿Qué otro código de conducta espiritual puede engendrar con tal éxito al mayor de los fanáticos.

En resumen, Catón no había podido cometer el acto sin saber antes que disfrutaría de una vida después. Y buscó la confirmación en el *Fedón*. Esto consuela a César, que no anhela una vida después de la muerte. ¿Qué puede ser la muerte salvo un sueño eterno? La única inmortalidad a la que puede aspirar un hombre es vivir en el recuerdo y la historia del género humano hasta el final de los tiempos. Un destino que corresponderá a César, pero que César hará todo lo posible para que no corresponda a Catón. Sin Catón, no habría habido guerra civil. Es por eso por lo que no puedo perdonarle. Es por eso por lo que César no puede perdonarle.

Ah, pero la vida de César es cada vez más solitaria, incluso con la muerte de Catón. Bibulo, Ahenobarbo, Lentulo Crus, Lentulo Espinter, Afranio, Petreyo, Pompeyo Magno, Curio. Roma se ha convertido en una ciudad de viudas, y César no tiene ya verdaderos rivales. ¿Cómo puede sobresalir César sin el impulso de una oposición? Pero no, pero nunca, la oposición de sus legiones.

Las legiones de César. La Novena, la Décima, la Duodécima, la Décimocuarta, sus estandartes colmados de honores, su parte del botín

suficiente para que los soldados de más bajo rango alcanzaran el estatus de Tercera Clase en las centurias, y sus centuriones lograran el estatus de Segunda Clase. Sin embargo, se amotinaron. ¿Por qué? Porque estaban ociosos, mal supervisados y a merced de la malevolencia de hombres como Avieno. Porque entre sus filas algunos les han inculcado la idea de que pueden imponer a los generales las condiciones de su servicio. Su motín no ha sido perdonado, pero, más importante aún, no ha sido olvidado. Ningún hombre de una legión amotinada obtendrá jamás tierras en Italia, ni una parte completa del botín tras la celebración de los triunfos de César.

Tras la celebración de las victorias de César. César ha esperado catorce años para el triunfo, privado de su triunfo hispánico cuando regresó como pretor de la Hispania Ulterior. El Senado lo obligó a entrar en la ciudad cruzando el *pomerium* para presentar su candidatura al consulado, y así perdió su *imperium* y su triunfo. Pero este año celebrará su victoria, tan magníficamente que los festejos triunfales de Sila y Pompeyo Magno parecerán insignificantes en comparación. Este año. Sí, este año. Habrá tiempo, porque este año César corregirá por fin el calendario, vinculará las estaciones a los meses en un año de trescientos sesenta y cinco días como es debido, con un día más cada cuatro años para compensar el tiempo perdido. Aunque César no haga más que eso por Roma, su nombre perdurará durante mucho tiempo después de su muerte.

A eso se reduce la inmortalidad. ¡Ay, Catón, con tu anhelo de un alma inmortal, tu miedo a morir! ¿Qué hay que temer en la muerte?

El barco se inclinó, se estremeció. El viento estaba cambiando, levantándose, girando hacia el sureste. Casi percibía en el aire el olor del Egipto del Nilo, aquel hedor dulzón propio de las tierras inundadas, las extrañas flores en los extraños jardines, la fragancia de la piel de Cleopatra.

Cleopatra. César la echa de menos, aunque pensaba que no sería así. ¿A quién se parecerá el niño? Ella dice en sus cartas que se parece a César, pero César lo verá de manera más desapasionada. Un hijo varón para César, pero no un hijo romano. ¿Quién será el hijo romano de César, el hijo que adopte en su testamento? Vaya a donde vaya la vida de César, es ya hora de que haga testamento. ¿Pero cómo puede uno poner en la balanza a un

muchacho de dieciséis años, desconocido y sin experiencia, y a un hombre de treinta y siete?

Ruega para que haya tiempo de ponerlos en la balanza.

El Senado ha votado en favor de la dictadura de César durante diez años, le ha otorgado poderes de censor durante tres y el derecho de expresar sus preferencias cuando los candidatos se presenten a la elección de magistrados. Una buena noticia que recibir antes de abandonar África.

Una voz susurra: «¿Adónde vas, Cayo Julio César? ¿Y por qué parece importarte tan poco? ¿Se debe a que has hecho todo lo que querías hacer, pero no del modo y con la sanción constitucional que deseabas? No tiene sentido lamentarse de lo que se ha hecho y no puede deshacerse. No, no puede deshacerse, ni siquiera por un millón de coronas de oro tachonadas de rubíes o esmeraldas o perlas marinas del tamaño de guijarros.»

Pero sin rivales la victoria está vacía. Sin rivales, ¿cómo puede brillar César?

El malestar en la victoria proviene de ser el único superviviente en el campo de batalla.

VI

TIEMPOS DIFÍCILES, TAREAS INGRATAS

Desde sextilis (agosto) hasta finales de
diciembre del 46 a.C.

Capítulo 1

La *Domus Publica* había cambiado para bien en su exterior. La planta baja, más antigua, estaba construida con bloques de toba y tenía las ventanas rectangulares; el pontífice máximo Ahenobarbo le había añadido un piso superior de *opus incertum* revestido de ladrillo, con ventanas en arco. El pontífice máximo César agregó un frontón sobre la entrada principal y dio a toda la fachada de aquel feo edificio un aspecto más uniforme revistiéndolo de mármol pulido. Dentro conservaba su venerable belleza, ya que César, pontífice máximo desde hacía diecisiete años, no permitía el menor abandono.

Ya era hora, pensó tras regresar finalmente de Cerdeña, de empezar a ofrecer recepciones, de sugerir a Calpurnia que fuera la anfitriona de las celebraciones de la Bona Dea en noviembre; si el dictador César iba a quedarse en Roma durante muchos meses, bien podía causar cierto revuelo.

Sus aposentos estaban en la planta baja: un dormitorio y un estudio, y, donde solía vivir su madre, dos despachos para su secretario principal, Cayo Faberio. Éste lo saludó con una satisfacción un tanto excesiva y no lo miró a los ojos.

-¿Tan ofendido estás por no haberte llevado a África? Pensé que era mejor darte un descanso, Faberio -dijo César.

Faberio se sobresaltó y negó con la cabeza.

-No, César, no estoy ofendido ni mucho menos. En tu ausencia he podido trabajar mucho y ver a ratos a mi familia.

-¿Cómo están?

-Muy contentos de trasladarse al Aventino. El monte Orbio lamentablemente está en decadencia.

César dejó ahí la conversación, pero tomó mentalmente nota para averiguar qué le preocupaba al más antiguo de sus secretarios.

Cuando entró en los aposentos de su esposa en la planta superior, se arrepintió de inmediato, porque Calpurnia tenía invitadas: Marcia y Porcia, la viuda y la hija de Catón. ¿Por qué las mujeres elegían amistades tan peculiares? No obstante, ya era demasiado tarde para retroceder. Era mejor afrontarlo. Calpurnia, advirtió César, era cada vez más bella con la edad. A los dieciocho años había sido una muchacha de aspecto agradable, tímida y callada, y César sabía de sobra que su conducta durante los años de su ausencia había sido irreprochable. Ahora, con casi treinta años, tenía mejor figura, mayor compostura, y estaba muy favorecida con su nuevo peinado. La repentina aparición de César no le causó la menor agitación, pese a que ser sorprendida con aquellas dos mujeres debería haberla abochornado.

-César -dijo, levantándose y acercándose a besarlo.

-¿Es ése el gato que te regalé? -preguntó él, señalando a una oronda bola de pelo rojizo que descansaba en el triclinio.

-Sí, ése es Félix. Está ya viejo, pero goza de buena salud.

César se había adelantado para tomar la mano de Marcia y sonreír a Porcia cordialmente.

-Señoras, un triste encuentro. Habría dado cualquier cosa porque fuera más feliz.

-Lo sé -contestó Marcia, parpadeando para disipar las lágrimas-. ¿Estaba... estaba bien antes...?

-Muy bien, y era un hombre muy querido en Utica. Tanto es así que los habitantes de la ciudad le han dado el sobrenombre de «Uticense». Fue muy valiente -dijo César, sin hacer ademán de sentarse.

-¡Claro que fue valiente! -replicó Porcia con la misma voz áspera y estridente de su padre-. ¡Era Catón!

¡Cuánto se parecía a él! Era una lástima que fuera una muchacha, y el joven Marco el varón. Aunque ella nunca habría suplicado un indulto: habría ido a Hispania o estaría muerta.

-¿Vives con Filipo? -preguntó a Marcia. Por el momento sí -respondió ella, y dejó escapar un suspiro-. Quiere que vuelva a casarme, pero no es ése mi deseo.

-Si no lo deseas, no debes hacerlo. Hablaré con él.

-¡Oh, sí, hazlo! -gruñó Porcia-. Eres el rey de Roma, y todas tus órdenes deben obedecerse.

-No, no soy rey de Roma, ni quiero serlo -contestó César tranquilamente-. Lo decía con buena intención, Porcia. ¿Cómo te va?

-Desde que Marco Bruto compró todas las propiedades de Bibulo, vivo en la casa de Bibulo con el hijo menor de éste.

-Me alegra saber que Bruto ha sido tan generoso. -Viendo a varios gatos más, César los utilizó como excusa para escabullirse-. Tienes suerte, Calpurnia. Estos animales me provocan escozor en la piel y me hacen llorar. *Ave*, señoras.

Y escapó.

Faberio le había dejado la correspondencia importante sobre la mesa. Arrugando la frente, vio un pergamino que llevaba fecha de mayo, y el sello de Vatio Isaurico. Antes de abrirlo supo que contenía malas noticias.

Siria se ha quedado sin gobernador, César. Tu joven primo Sexto Julio César ha muerto.

¿Conociste por casualidad a un tal Quinto Cecilio Baso cuando pasaste el año pasado por Antioquía? Por si no fue así, será mejor que te explique quién es. Miembro romano de las Dieciocho, fijó su residencia en Tiro y entró en el negocio del tinte púrpura tras servir con Pompeyo Magno durante sus campañas en Oriente.

Habla fluidamente medo y persa, y ahora se dice que tiene amigos en la corte del rey de Partia. Sin duda es muy rico, y no todos sus ingresos proceden del púrpura tirio.

Cuando impusiste aquellos severos castigos a Antioquía y las ciudades de la costa fenicia por su firme apoyo a los republicanos, Baso se vio muy afectado. Fue a Antioquía y consultó a algunos tribunos militares de la legión siria, antiguos amigos, todos ellos hombres que habían luchado al servicio de Pompeyo Magno. Poco después, el gobernador Sexto César tuvo noticia de que tú habías muerto en la provincia de África y la legión siria estaba inquieta. El gobernador se reunió en asamblea con la legión a fin de aplacar a los hombres, pero lo asesinaron y aclamaron a Baso como su nuevo comandante.

A continuación Baso se autoproclamó nuevo gobernador de Siria, con lo cual todos tus adeptos del norte de Siria huyeron de inmediato a Cilicia. Como yo me encontraba en Tarso visitando a Quinto Filipo, pude actuar con presteza: envié una carta a Marco Lépido a Roma y le pedí que mandara un gobernador a Siria lo antes posible. Según su respuesta, ha enviado a Quinto Cornificio, que debería responder bien. Éste y Vatinio realizaron una brillante campaña en Ilírico el año pasado.

Pero Baso se ha afianzado de manera formidable. Marchó hacia Antioquía, que le cerró las puertas y le negó la entrada. Así que nuestro amigo el comerciante de púrpura siguió adelante hasta Apameia: a cambio de numerosos favores comerciales, ésta se declaró a favor de Baso, que entró en la ciudad y se estableció allí, nombrando a Apameia capital de Siria.

Ha cometido muchas fechorías, César, y sin duda está aliado con los partos. Ha concertado una alianza con el nuevo rey de los árabes esquenitas, un tal Alcaudonio, quien, dicho sea de paso, fue uno de los árabes que acompañaban a Abgaro cuando éste llevó a Marco Craso a la trampa de los partos en Carres. Alcaudonio y Baso se afanan en reclutar tropas para un nuevo ejército sirio. Imagino que los partos van a invadir, y que el ejército sirio de Baso se unirá a ellos para enfrentarse a Roma en Cilicia y la provincia de Asia.

Esto significa que tanto Quinto Filipo como yo estamos también reclutando hombres y hemos mandado un aviso a los reyes adheridos a Roma.

El sur de Siria está tranquilo. Tu amigo Antipater se asegura de que los judíos queden fuera de los planes de Baso y ha solicitado soldados, armas y provisiones a la reina Cleopatra de Egipto en previsión de la invasión parta. La reconstrucción y fortificación de las murallas de Jerusalén puede resultar más vital de lo que preveías.

Se han producido incursiones partas a lo largo del Éufrates, pero el territorio de los árabes esquenitas no ha padecido. Quizá pensabas que el lado oriental del Mare Nostrum estaba en paz, pero dudo que Roma pueda

llegar a decir eso respecto a ninguna de las zonas de su mundo. Siempre hay alguien deseando arrebatarse sus posesiones.

¡Pobre Sexto César, nieto del tío de César, Sexto! Esa rama de la familia (la más antigua) no había tenido la legendaria suerte de César. Los césares patricios utilizaban tres nombres de pila: Sexto, Cayo y Lucio. Si un Julio César tenía tres hijos, el primero era Sexto, el segundo Cayo y el tercero Lucio. El padre de César era el hijo segundo, no el primero, y sólo el matrimonio de la hermana mayor de su padre con el «hombre nuevo» Cayo Mario, inmensamente rico, había permitido a su padre disponer del dinero necesario para permanecer en el Senado y ascender en el *cursus honorum*, los sucesivos escalafones que llevaban a las principales magistraturas. La hermana menor de su padre se había casado con Sila, así que César podía decir en rigor que tanto Mario como Sila eran sus tíos. Eso había resultado muy conveniente a lo largo de los años.

El hermano mayor de su padre, Sexto, había sido el primero en morir, a causa de una inflamación pulmonar durante un crudo invierno de campaña durante la guerra civil itálica. ¡Los pulmones! De pronto César recordó dónde había visto antes los defectos que percibió en el joven Cayo Octavio. En el tío Sexto. Él tenía ese mismo aspecto: el pecho pequeño, la caja torácica estrecha. César no había dispuesto de un solo momento para preguntar a Hapd'efan'e, y ahora podría ofrecer al médico-sacerdote más información. El tío Sexto padecía de ahogos, solía ir a los Campos de Fuego próximos a Puteoli una vez al año para inhalar los vapores de azufre que emanaba la tierra entre borbotones de lava y llamas. Recordaba que, según su padre, los ahogos aparecían de vez en cuando en un Julio César; era un rasgo de la familia. ¿Un rasgo que Cayo Octavio había heredado? ¿Por eso el muchacho no asistía regularmente a la instrucción militar para jóvenes del Campo de Marte?

César hizo llamar a Hapd'efan'e.

-¿Te ha dado Trogo una habitación agradable, Hapd'efan'e? -preguntó.

-Sí, César. Unos hermosos aposentos para invitados con vistas al amplio peristilo. Tengo espacio para guardar mis medicamentos y mis

instrumentos, y Trogo me ha encontrado un aprendiz. Me gusta esta casa y me gusta el Foro romano. Son lugares antiguos.

-Háblame de los ahogos.

-Ah -dijo el médico-sacerdote, abriendo de par en par sus ojos oscuros-. ¿Te refieres a ese ruido anhelante que emiten algunos pacientes al respirar?

-Sí.

-Pero al espirar, no al inspirar.

César respiró de manera experimental.

-Al expulsar el aire, sin duda.

-Sí, conozco el síntoma. En épocas en que no hay flores ni cosechas y los días son sin viento y relativamente secos, el paciente se encuentra bastante bien a menos que lo altere una emoción dolorosa. Pero cuando flotan en el aire partículas de polen, paja o polvo, o la humedad es alta, el paciente respira con dificultad. Si no se lo aparta de la causa de esa irritación, padece un ataque grave con ahogos y tos hasta que tiene arcadas y se pone morado en sus esfuerzos por respirar. A veces muere.

-Mi tío Sexto padecía esa dolencia, y en efecto murió, pero por lo visto de una inflamación pulmonar debida al frío extremo. El médico de la familia la llamó «disnea», según recuerdo -dijo César.

-No, no es disnea. Eso consiste en un esfuerzo continuo por respirar, más que en una situación episódica-contestó Hapd'efan'e con firmeza.

-¿Y esa enfermedad episódica que no es la disnea puede heredarla un miembro de la familia?

-Sí, sin duda. Su nombre griego es «asma».

-¿Cuál es el mejor tratamiento, Hapd'efan'e?

-¡No el que utilizan los griegos, desde luego! Ellos proponen sangrías, laxantes, cataplasmas calientes, una poción a base de hidromiel mezclada con hisopo, y pastillas de gálbamo y trementina. Estas últimas es posible que ayuden un poco, debo admitirlo. Pero en nuestra tradición médica se dice que los asmáticos poseen una especial sensibilidad, que se toman las cosas más a pecho que otros. Tratamos los ataques con inhalaciones de vapores de azufre, pero centramos nuestros esfuerzos en evitar los ataques. Recomendamos al paciente permanecer alejado del polvo, las partículas de

hierba o paja, el pelo de animal, el polen, y la excesiva humedad marina - explicó Hapd'efan'e.

-¿Es una enfermedad crónica?

-En algunos casos sí, César, pero no siempre. A veces desaparece después de la infancia. Una vida doméstica armoniosa y un estado de tranquilidad general son favorables.

-Gracias, Hapd'efan'e.

Una de sus preocupaciones respecto a Cayo Octavio se había aclarado, pero encontrar una solución sería muy difícil. El muchacho no debía acercarse a caballos y mulas. Sí, también había sido éste el caso del tío Sexto. Sería casi imposible que hiciera la instrucción militar, y sin embargo era absolutamente obligatoria para un hombre con aspiraciones a cónsul. Por ese lado, Bruto no tenía problema. Su familia era tan poderosa, con tan insignes antepasados, y su fortuna tan grande, que nadie tendría jamás la falta de delicadeza de aludir al escaso espíritu marcial de Bruto. Octavio, en cambio, carecía de antepasados imponentes por línea paterna, y llevaba el nombre de su padre. La sangre juliana patricia le venía por línea materna, no estaba presente en sus apellidos. ¡Pobre! Su camino al consulado sería difícil, casi insuperable. Y eso si vivía lo suficiente.

César, desilusionado, se levantó y empezó a pasearse. Aparentemente Cayo Octavio no tenía probabilidades suficientes de sobrevivir para nombrarlo su heredero. Otra vez Marco Antonio, oh, ¡Qué horrenda perspectiva!

Lucio Marcio Filipo le había enviado una invitación a cenar en su amplia casa del Palatino para «celebrar su regreso a Roma», decía la gentil nota.

Maldiciendo la pérdida de tiempo, pero conscientes de que las obligaciones familiares exigían su asistencia, César y Calpurnia llegaron en la novena hora de luz y descubrieron que eran los únicos invitados. Dueño de un comedor con capacidad para seis triclinios, Filipo solía llenarlos los seis, pero no fue así aquel día. En la cabeza de César sonó una señal de alarma. Se quitó la toga, se aseguró de que el ralo cabello le tapaba el cuero cabelludo -se lo dejaba crecer en la coronilla y se lo echaba hacia delante- y

aceptó una palangana del criado para lavarse los pies. Naturalmente se le adjudicó el *locus consularis*, el lugar de honor en el triclinio de Filipo, éste se colocó a su lado, y junto a él se situó Cayo Octavio, de modo que Filipo quedó en medio. El primogénito de Filipo no estaba presente; ¿se debía a eso su presentimiento de que algo ocurría?, se preguntó César. ¿Le habían convocado para informarle de que Filipo se divorciaba de su esposa por adulterio con su hijo? No, no, claro que no. Ésas no eran noticias que se comunicaran en una cena con la esposa delante. Marcia tampoco estaba presente; sólo Atia y su hija, Octavia, acompañaban a Calpurnia en las tres sillas situadas frente a ellos en la mesa.

Calpurnia estaba deliciosa con un elegante vestido azul drapeado que hacía juego con sus ojos; lucía la nueva clase de mangas, abiertas desde el hombro y abrochadas en intervalos en el exterior del brazo mediante pequeños botones con piedras preciosas. Atia había elegido una tela de color añil que, dada su tez clara, la favorecía; y la mucha cha, Octavia, iba exquisitamente ataviada de rosa claro. ¡Cuánto se parecía a su hermano! La misma mata de pelo rubio y ondulado, la cara oval, los pómulos altos y la nariz respingona. Sólo sus ojos eran distintos, de color aguamarina claro.

Cuando César sonrió a Octavia, ella le devolvió la sonrisa, revelando unos dientes perfectos y un hoyuelo en la mejilla derecha. Sus miradas se cruzaron, y César involuntariamente respiró hondo a causa del asombro. ¡Tía Julia! El alma plácida y delicada de la tía Julia le miraba, le infundía calor. Octavia es la tía Julia renacida. Le regalaré un frasco del perfume de la tía Julia y me recrearé con su aroma. Esta muchacha despertará el observó a su hermano, - cubriendo es una valiosísima perla. Luego César observó a su hermano, descubriendo que éste miraba a su hermana con un afecto incondicional. Adora a su hermana mayor, pensó La comida estaba a la altura de las posibilidades de Filipo e incluía su plato preferido para las cenas con invitados: una masa suave y amarillenta de crema batida con huevos y miel dentro de un tonel lleno de una mezcla de nieve y sal. Lo traían al galope desde el monte desde el monte Fiscelo, la montaña más alta de Italia. Los dos jóvenes saborearon la masa helada con expresión de

éxtasis, al igual que Calpurnia y Filippo. César rehusó probarla; también Atia.

-Entre los huevos y la crema, tío Cayo, sencillamente no me atrevo -dijo ella, y se echó a reír pero con nerviosismo-. Ten, toma unas fresas.

-Para Filippo poco importa que no sea ya temporada -comentó César, cada vez más intrigado ante la aprensión que se palpaba en el aire. Se recostó contra su cabezal y miró a Filippo con expresión burlona, enarcando una ceja-. Tiene que haber algún motivo para esta ocasión, Lucio. Sácame de dudas.

-Como te decía en mi nota, es para festejar tu regreso a Roma. Ahora bien, existe también otro motivo para la celebración, lo admito -dijo Filippo con un tono tan suave como su crema helada.

César, algo tenso, comentó:

-Puesto que mi sobrino nieto es hombre desde hace casi ocho meses, sin duda no guarda relación con él. Por tanto debe de guardar relación con mi sobrina nieta. ¿Está prometida?

-Lo está-dijo Filippo.

-¿Dónde está el futuro novio?

-En sus tierras etruscas.

-¿Puedo saber su nombre?

-Cayo Claudio Marcelo el Joven -contestó Filippo con displicencia.

-El Joven -repitió César.

-Bueno, no podría ser el otro. Se fue al extranjero, sin indulto.

-No sabía que el Joven se quedó en Italia.

-Considerando que no hizo nada malo y que se quedó en Italia, ¿por qué necesita un indulto? -preguntó Filippo, comenzando a enfadarse.

-Porque era cónsul principal cuando crucé el Rubicón, y no intentó persuadir a Pompeyo Magno y los *boni* para que llegaran a un acuerdo conmigo.

-Vamos, César, sabes que estaba enfermo. Lentulo Crus hizo todo el trabajo, aunque como cónsul menor no tenía las *fascas* en enero. En cuanto juró el cargo, Marcelo el Joven, se vio obligado a guardar cama, y estuvo postrado durante muchas lunas. Dado que ninguno de los médicos encontró

la causa de su enfermedad, siempre he opinado que fue su manera de evitar el disgusto de su hermano y su primo, mucho más militantes.

-Es un cobarde, insinúas.

-No, un cobarde no. A veces, César, te dejas llevar demasiado por tu mente jurídica. Marcelo el Joven es simplemente un hombre prudente con la visión necesaria para darse cuenta de que eres invencible. No es una deshonra para ningún hombre tratar astutamente con sus parientes menos perspicaces -dijo Filipo con una mueca-. Los parientes pueden ser un gran estorbo. Fíjate en mí, obstaculizado por una madre como Pala y un hermanastro que intentó asesinar a su propio padre. Por no hablar de mi padre, que no hizo más que escabullirse. A causa de ellos adopté el punto de vista epicúreo y he permanecido decididamente neutral durante toda mi vida política. Y fíjate en tu propio caso con Marco Antonio. -Filipo frunció el entrecejo y apretó los puños, pero consiguió dominarse-. Después de Farsalia, Marcelo el Joven se recobró de prisa, y asiste al Senado desde que tú abandonaste África. Ni siquiera Antonio puso reparos a su presencia, y Lepido le dio la bienvenida.

César permaneció inexpresivo, manteniendo fría su mirada.

-¿Te complace este compromiso, Octavia? -preguntó, volviéndose hacia ella y recordando que la tía Julia se había casado con Cayo Mario con ánimo de sacrificio, aunque por lo visto con el tiempo llegó a amarlo. César prefería recordar el dolor que Mario le causó.

Octavia se estremeció.

-Sí, me complace, tío Cayo.

-¿Solicitaste tú este compromiso?

-No me corresponde a mí solicitarlo -respondió ella, y el color abandonó sus mejillas y labios.

-¿Lo conoces, a ese hombre de cuarenta y cinco años?

-Sí, tío Cayo.

-¿Y esperas con ilusión la vida de casada a su lado?

-Sí, tío Cayo.

-¿No hay nadie más con quien prefieras casarte?

-No, tío Cayo -susurró la muchacha.

-¿Dices la verdad?

Pálida, apartó de él su mirada aterrorizada.

-Sí, tío Cayo.

-En ese caso, te doy mi enhorabuena, Octavia -dijo César, dejando las fresas-. Sin embargo, como pontífice máximo prohíbo el matrimonio *confarreatio*. Será un matrimonio ordinario, y conservarás pleno control de tu dote.

Tan pálida como su hija, Atia se levantó con una anormal torpeza.

-Calpurnia, ven a ver el ajuar de Octavia. Las tres mujeres salieron rápidamente con la cabeza gacha. Con tono relajado, César se dirigió a Filipo:

-Ésta es una alianza muy extraña, amigo mío. Has comprometido a la sobrina nieta de César con uno de los enemigos de César. ¿Qué te da derecho a hacer eso?

-Tengo todo el derecho -respondió Filipo mirándole airado-. Soy el *paterfamilias*; tú no. Cuando Marcelo el joven vino a hacerme esta proposición, la consideré la mejor que tenía.

-Tu posición como *paterfamilias* es discutible. Legalmente habría dicho que Octavia está bajo la custodia de su hermano, ahora que ha llegado a la mayoría de edad. ¿Has consultado a su hermano?

-Sí -contestó Filipo entre dientes.

-¿Y cuál ha sido tu respuesta, Octavio?

El mayor de edad se levantó del triclinio y se sentó en la silla situada frente a César, desde donde podía ver directamente a su tío abuelo.

-Medité la propuesta detenidamente, tío Cayo, y recomendé a mi padrastro que la aceptara.

-Dame tus razones, Octavio.

La respiración del muchacho era audible, un estertor húmedo en cada espiración, pero obviamente no estaba dispuesto a amilanarse, pese a que la tensión emocional, según Hapd'efan'e podía producirle ahogo.

-En primer lugar, Marcelo el joven había tomado posesión de las fincas de su hermano, Marco, y de su primo, Cayo. Las compró en subasta. Cuando tú elaboraste la lista de las propiedades confiscadas, tío, no

incluiste las de Marcelo el joven, Así que mi padre y yo dimos por supuesto que Marcelo era un pretendiente adecuado. Por tanto su riqueza fue mi primera razón. En segundo lugar, los Claudio Marcelo son una gran familia de nobles plebeyos que cuenta con cónsules desde hace muchas generaciones, y con estrechos lazos con los Cornelios patricios de la rama Lentulo. Los hijos que tenga Octavia con Marcelo el Joven tendrán una gran influencia social y política. En tercer lugar, no creo que la conducta de este hombre ni la de su hermano, Marco el cónsul, haya sido deshonesto o poco ética, aunque admito que Marco fue para ti un terrible enemigo. No obstante, él y Marcelo se unieron a la causa republicana porque la consideraban justa, y tú precisamente, tío Cayo, jamás has castigado a nadie por eso. Si el pretendiente hubiera sido Cayo Marcelo, mi decisión habría sido distinta, porque mintió al Senado y a Pompeyo Magno. Ésta es una ofensa que tú y yo, como todos los hombres decentes, encontramos abominable. En cuarto lugar, observé a Octavia con mucha atención cuando se conocieron, y luego hablé con ella. Aunque quizás a ti no te guste, tío, sí resultó del agrado de Octavia. No es mal parecido; ha leído mucho y es culto y de buen carácter. Y está perdidamente enamorado de mi hermana. En quinto lugar, su posición futura en Roma depende en gran medida de tu favor. El matrimonio con Octavia refuerza esa posición, lo cual nos lleva al sexto punto: será un excelente marido. Dudo que Octavia llegue a tener motivos para reprocharle una infidelidad o un trato que yo mismo podría encontrar vejatorio. -Octavio cuadró sus estrechos hombros-. Éstas son mis razones para considerarlo un marido idóneo para mi hermana.

César se echó a reír.

-Muy bien, joven amigo. Ni siquiera César podría haber sido más objetivo. Veo que cuando convoque la reunión del Senado deberé tomar muy en cuenta a Cayo Claudio Marcelo el joven, lo bastante astuto para fingir una enfermedad, lo bastante sagaz para adquirir las propiedades de su hermano y su primo, y lo bastante emprendedor para consolidar su posición ante el dictador César mediante un matrimonio político. -Se irguió en el triclinio-. Dime una cosa, Octavio: si la situación cambiara y apareciera una

proposición de matrimonio aún más deseable para tu hermana, ¿romperías el compromiso?

-Naturalmente, César. Quiero mucho a mi hermana, pero procuramos que nuestras mujeres comprendan que siempre deben ayudarnos a favorecer nuestras carreras y nuestras familias casándose con quienes se les indica. A Octavia nunca le ha faltado nada, nunca se ha privado de ropas caras y ha tenido una educación digna de Cicerón. Es consciente de que el precio de su comodidad y sus privilegios es la obediencia.

El resuello iba mitigándose; Octavio había superado su prueba relativamente indemne.

-¿Qué se rumorea por ahí? -preguntó César a Filipo, que estaba visiblemente aliviado.

-He de decir que Cicerón está en su villa de Túsculo escribiendo una nueva obra maestra -dijo Filipo, incómodo. No había sido una cena tranquila, y notaba ya que necesitaba *las erpicium*.

-Advierto en tus palabras un tono pesimista. ¿Cuál es el tema?

-Un elogio a Catón.

-Ah, ya veo. De ahí deduzco que aún se niega a ocupar su puesto en el Senado.

-Sí, pero Ático intenta hacerlo entrar en razón.

-¡Eso es imposible! -dijo César cruelmente-. ¿Qué más?

-El pobre Varro está fuera de sí. Cuando Antonio era Maestro del Caballo, utilizó su autoridad para despojar a Varro de algunas de sus mejores fincas, que puso a su propio nombre. Esas rentas le vienen bien ahora que ya no es Maestro del Caballo. Los prestamistas lo acosan para que devuelva el préstamo que pidió para pagar ese monumento al mal gusto, el palacio de Pompeyo en las Carinas.

-Gracias por la información. La tendré en cuenta -dijo César sombríamente.

-Y hay otra cosa, César, que creo que te interesa saber, aunque me temo que será un golpe.

-Asesta el golpe, Filipo.

-Se trata de tu secretario, Cayo Faberio.

-Sabía que pasaba algo. ¿Qué ha hecho?

-Ha estado vendiendo la ciudadanía romana a extranjeros.

Ay, Faberio, Faberio! ¡Después de tantos años! Parece que nadie, excepto el propio César, puede esperar uno o dos meses más para recibir su parte del botín. La celebración de mis triunfos es inminente, y junto con su parte, Faberio habría obtenido el estatus de caballero.

Ahora se ha quedado sin nada.

-¿Son sus manejos a gran escala?

-Lo bastante grande para comprar una mansión en el Aventino.

-Mencionó una casa.

-Yo no consideraría una simple casa la antigua residencia de Afranio.

-Ni yo. -César volvió a reclinarsse en el triclinio y esperó a que el criado le pusiera las sandalias y abrochara las hebillas-. Octavio, acompáñame a casa -ordenó-. Calpurnia puede quedarse a hablar con las mujeres un rato más. Después le enviaré una litera. Gracias, Filipo, por la bienvenida... y por los rumores. Muy esclarecedores.

Una vez que se hubo marchado el incómodo invitado, Filipo se calzó unas zapatillas sin talón y fue al salón de su esposa, donde encontró a Calpurnia y Octavia examinando montones de ropa nueva mientras Atia las observaba.

-¿Lo ha aceptado? -susurró Atia, acercándose a la puerta. -Después de hablar Octavio, César se ha aplacado. Tu hijo es un joven extraordinario, querida.

-¡Qué alivio! Octavia desea mucho este matrimonio.

-Creo que César designará a Octavio heredero suyo. Una expresión de terror apareció en el rostro de Atia. -¡Ecastor, no!

Como la cómoda casa de Filipo se encontraba en el mismo lado del Palatino que el Circo Máximo y miraba más al oeste que al norte, César y su acompañante, los dos togados, caminaron hasta el Foro superior, doblaron la esquina del centro comercial y descendieron por la cuesta del Clivus Sacer hasta la *Domus Publica*. César se detuvo.

-Dile a Trogo que mande una litera a Calpurnia, si no te importa -pidió a Octavio-. Quiero inspeccionar mis nuevas edificaciones.

Octavio volvió al cabo de un momento, y prosiguieron su paseo. El sol, ya muy bajo, doraba los pisos rematados en arco del Tabulario y cambiaba sutilmente los colores de los templos del Capitolio. Aunque Júpiter óptimo Máximo dominara la colina más alta y Juno Moneta el Arx, que era la más baja, casi hasta el último palmo de espacio estaba ocupado por algún templo consagrado a algún dios o algún aspecto de un dios, siendo los más antiguos pequeños y grises, y los más nuevos rebosantes de color y resplandecientes por el abundante uso del dorado. Sólo la ligera depresión entre los dos montículos, el *Asilum*, era un terreno libre, poblado de pinos, álamos y varios árboles procedentes de África parecidos al helecho.

La Basílica Julia estaba totalmente acabada; César contempló con gran satisfacción su belleza y tamaño. De dos plantas, el nuevo juzgado tenía la fachada de mármol de colores, columnas corintias separadas por arcos bajo los cuales se alzaban estatuas de sus antepasados: Eneas, Rómulo, el Quinto Marcio Rex que había construido el acueducto, Cayo Mario, Sila y Catulo César. Allí estaba su madre, su primera esposa, Cinila, las dos tías Julias, y Julia, su hija. Eso era lo mejor de ser el soberano del mundo: podía erigir estatuas de quien quisiera, incluidas mujeres.

-Es tan maravillosa que vengo a contemplarla a menudo -dijo Octavio-. Ya no habrá que aplazar los juicios por culpa de la lluvia o la nieve.

César siguió hasta la nueva Curia Hostilia, sede del Senado. El Pozo de los *Comitia* había desaparecido para dejarle sitio. César había hecho construir una nueva tribuna mucho más alta y amplia que se extendía frente al Foro en toda su longitud, adornada con estatuas y unas columnas que sostenían los mascarones de los barcos capturados. Se decía que estaba alterando el *mos maiorum* con tantos cambios; pero él hacía caso omiso. Ya era hora de que Roma ofreciera un aspecto mejor que lugares como Alejandría y Atenas. La nueva Basílica Porcia de Catón seguía al pie de la Colina de los Banqueros porque, pese a sus reducidas dimensiones, era muy reciente y lo bastante atractiva para merecer ser conservada.

Más allá de la Basílica Porcia y la Curia Hostilia estaba el Foro Julio, una colosal construcción que había exigido la expropiación de los locales comerciales situados frente a la Colina de los Banqueros y la excavación de

la pendiente para allanarla. No sólo eso, sino que además las Murallas Servias estorbaban por la parte trasera, César tuvo que pagar para trasladar esas sólidas fortificaciones en torno a su nuevo foro. Éste era un gran patio rectangular pavimentado de mármol y rodeado en sus cuatro lados por magníficas columnas corintias de mármol púrpura cuyos capiteles eran de hojas de acanto doradas. Una espléndida fuente adornada con estatuas de ninfas ocupaba el espacio central, y su único edificio, un templo dedicado a Venus Genetrix, se alzaba al fondo sobre un alto podio con gradas. El templo era del mismo mármol púrpura, con las mismas columnas corintias, y en lo alto del frontón tenía una *biga* dorada, una estatua de Victoria conduciendo dos caballos alados. Sólo la *biga* reflejaba los rayos del sol poniente.

César sacó una llave y entraron en la celda, una amplia habitación con un techo artesonado adornado con rosas. Las pinturas colgadas de las paredes cortaron la respiración a Octavio.

-La *Medea* es de Timomaco de Bizancio -dijo César-. Pagué ochenta talentos por ella, pero vale mucho más.

Sin duda, pensó Octavio, impresionado. Asombrosamente natural, la obra mostraba a Medea dejando caer en el mar los restos ensangrentados de los hermanos que había asesinado para entorpecer la persecución de su padre y poder escapar con Jasón.

-La Afrodita surgiendo de la espuma del mar y el Alejandro Magno son del incomparable Apeles, un genio. -César sonrió-. Sin embargo creo que es mejor que no te diga el precio. Con ochenta talentos no pagaría ni una de las conchas de Apeles.

-Pero están aquí en Roma -dijo Octavio con fervor-. Eso por sí solo hace que una pintura extraordinaria valga el precio que costó. Si Roma las tiene, no las tienen Atenas o Pérgamo.

La estatua de Venus Genetrix -Venus la Progenitora- se alzaba en el centro de la pared del fondo de la celda, tan bien pintada que la diosa parecía a punto de descender de su pedestal dorado. Al igual que la estatua de Venus Victrix en lo alto del teatro de Pompeyo, tenía el rostro de Julia.

-La esculpió Arcesilao -dijo César de pronto, dándose la vuelta.

-Apenas recuerdo a Julia.

-Una lástima -comentó César con un temblor en la voz-. Julia era una perla de valor inestimable.

-¿Quién es el escultor de tus propias estatuas? -preguntó Octavio.

A un lado de la efigie de Venus se alzaba un César con armadura y en el otro un César togado.

-Un individuo que encontró Balbo. Mis banqueros han encargado una estatua ecuestre mía para colocarla en el Foro, a un costado de la fuente. Yo encargué una estatua de Génitor para el otro lado. Es tan famoso como el *Bucéfalo* de Alejandro.

-¿Qué irá allí? -preguntó Octavio, señalando un plinto vacío de madera negra incrustada con piedras y esmalte de un peculiar diseño.

-Una estatua de Cleopatra con su hijo engendrado por mí. Ella misma quería donarla a Roma, y como dice que será de oro macizo, he preferido no colocarla fuera, donde alguien podría tener la idea de llevársela a pequeños fragmentos -dijo César, y soltó una carcajada.

-¿Cuándo llegará a Roma Cleopatra?

-No lo sé. Como ocurre con todos los viajes, incluso el último, depende de los dioses.

-Algún día también yo construiré un Foro.

-El Foro Octavio, una ambición magnífica.

Octavio dejó a César ante su puerta y empezó a subir la cuesta hacia la casa de Filipo, más consciente que nunca de su crónica insuficiencia respiratoria cuando se veía obligado a realizar esa clase de esfuerzos. Anochece y estaba bajando la temperatura. La decoración del día da paso a la de la noche, pensó Octavio cuando el lento y pesado aleteo de los búhos sustituyó el sonido suave del vuelo de los pajarillos. Una enorme nube se elevó por encima del Viminal, teñida de rosa por los últimos rayos de sol.

Noto un cambio en César. Parece cansado, aunque no es un agotamiento físico. Es más bien como si comprendiera que no le agradecerán sus esfuerzos, que las insignificantes criaturas que se arrastran a sus pies le reprocharán con envidia su brillantez, su capacidad para llevar a cabo lo que

ellos no tienen esperanzas de hacer. «Como todos los viajes, incluso el último». ¿Por qué se habrá expresado así?

Un poco más allá de las antiguas columnas cubiertas de liquen de la Porta Mugonia, la pendiente era aún mayor; Octavio se detuvo a descansar apoyando la espalda contra una de ellas, pensando que la otra parecía un *lemur* pensativo huido del submundo, con su cuerpo rechoncho y su gorro en forma de champiñón. Se irguió, avanzó un poco más y se detuvo frente al camino que conducía a las Cabezas de Buey, sin duda la peor zona del Palatino.

Yo nací en una casa de ese camino. El padre de mi padre, un hombre conocido por, su tacañería, vivía aún y mi padre no había recibido todavía su herencia. Antes de que pudiéramos trasladarnos, mi padre murió, y mi madre eligió a Filipo. Un hombre de poca importancia para quien los placeres de la carne son lo principal.

César desprecia los placeres de la carne. No a modo de filosofía, como Catón, sino simplemente por parecerle intrascendentes. Para él, el mundo está lleno de cosas que deben arreglarse, cosas que sólo él sabe cómo enmendar. Porque se lo plantea todo incesantemente, reflexiona, analiza, lo descompone todo en sus partes integrantes y luego las une de una manera mejor, más práctica.

¿Cómo es posible que él, el noble más augusto de todos, no se vea condicionado por su origen y pueda ver más allá de eso hasta distancias ilimitadas? César es un hombre ajeno a las clases. Es el único hombre que conozco directa o indirectamente capaz de comprender tanto las situaciones generales como los más nimios detalles. Deseo con toda mi alma ser otro César, pero no tengo una mente como la suya. No soy un genio universal. No sé escribir obras de teatro y poemas, pronunciar brillantes discursos en cualquier momento, construir un puente o una torre de sitio, redactar grandes leyes sin esfuerzo, tocar instrumentos musicales, capitanear de manera impecable a las tropas en una batalla, escribir lúcidos comentarios, empuñar la espada y el escudo para combatir en primera línea, viajar ligero como el viento, dictar a cuatro secretarios a la vez, y todas esas otras hazañas legendarias que él realiza gracias a la amplitud de su mente.

Tengo una salud frágil, que puede empeorar; es un hecho que afronto a diario. Pero puedo planificar; tengo intuición para escoger la alternativa correcta; pienso con agilidad, y estoy aprendiendo a sacar el mayor partido a mi escaso talento. Si algo tenemos en común César y yo es la absoluta negativa a rendirnos o abandonar. Y quizás a la larga sea ésta la clave. De alguna manera, seré tan grande como César.

Empezó a ascender por el Clivus Palatinus, una figura menuda que se fundió gradualmente con la oscuridad hasta formar parte de ella. Los gatos del Palatino, buscando ratones o pareja, saltaban de sombra en sombra, y un perro viejo, al que le faltaba media oreja, levantó la pata para orinar en la Porta Mugonia, demasiado sordo para oír a los murciélagos.

Cayo Faberio, que había colaborado con César durante veinte años, fue despedido con deshonor; César convocó a la Asamblea Popular para presenciar la destrucción de las tablas donde se habían inscrito los nombres de los falsos ciudadanos de Faberio.

-Se ha tomado buena nota de estos nombres, ninguno tendrá jamás nuestra ciudadanía -anunció a la concurrencia-. Cayo Faberio ha devuelto el dinero que recibió a cambio de las falsas ciudadanía, y ha dicho que lo donará al templo de Quirino, el dios de todos los verdaderos ciudadanos romanos. Además, la parte del botín de guerra correspondiente a Cayo Faberio se dejará en el fondo general para ser repartida.

César cruzó su nuevo estrado, más alto que el anterior, bajó por los peldaños y hizo subir a Marco Terencio Varro, una pequeña figura.

-¡Ven aquí, Marco Antonio! -llamó.

Sabiendo lo que le esperaba, Antonio ascendió ceñudo, y se plantó ante Varro mientras César informaba a la asamblea de que Varro había sido buen amigo de Pompeyo Magno pero nunca había participado en la conspiración republicana. El noble sabino, un gran erudito, recibió las escrituras de sus propiedades devueltas, más un millón de sestercios de multa que César impuso a Antonio por los trastornos causados a Varro. A continuación Antonio tuvo que disculparse públicamente.

-No tiene importancia -dijo Fulvia con delicadeza cuando Antonio entró en su casa inmediatamente después de la asamblea-. Cásate conmigo, y

podrás utilizar mi fortuna, mi querido Antonio. Ahora estás divorciado, no hay ningún impedimento; cástate conmigo.

-No me gusta estar en deuda con una mujer -replicó Antonio.

-*Gerrae!* -exclamó ella-. Mira tus dos esposas.

-Me las impusieron, y no es éste tu caso. Pero César por fin ha fijado las fechas, para la celebración de sus triunfos, así que recibiré mi parte del botín de las Galias en menos de un mes. Entonces me casaré contigo. -En su rostro apareció una expresión de ira-. Primero la Galia, luego Egipto por el rey Tolomeo y la princesa Arsinoe, luego Asia Menor por el rey Farnaces y por último África por el rey Juba. ¡Como si César nunca hubiera oído hablar de los republicanos! ¡Qué farsa! Podría matarle. Me nombra su Maestro del Caballo y con eso me deja fuera del botín de Egipto, Asia Menor y África. Yo tuve que quedarme en Italia en lugar de ir a combatir a su servicio. ¿Y me ha dado las gracias? No. Ahora prescinde de mí.

Una nerviosa doncella entró apresuradamente.

-*Domina, domina*, el pequeño Culio se ha caído y se ha golpeado la cabeza.

Fulvia ahogó una exclamación, levantó las manos y salió corriendo.

-¡Oh, ese niño! ¡Me va a matar! -se lamentó.

Tres hombres habían presenciado este interludio no muy romántico: Poplicola, Cotila y Lucio Tilio Cimbro.

Cimbro se había incorporado al Senado como cuestor un año antes de que César cruzara el Rubicón, y apoyó su causa en la Cámara. A diferencia de Antonio esperaba una parte del botín asiático y africano, pero era poca cosa en comparación con lo que Antonio recibiría por su participación en la Galia. Sus vicios eran caros, su relación con Poplicola y Cotila duraba ya desde hacía unos años y su vínculo con Antonio se había estrechado desde el regreso de Antonio a Italia después de Farsalia. Sin embargo, hasta esta esclarecedora escena, no había percibido el profundo odio de Antonio hacia su primo César; realmente daba la impresión de que fuera capaz de asesinarlo.

-¿No decías, Antonio, que estás destinado a ser heredero de César? -preguntó Poplicola con despreocupación.

-Lo digo desde hace años. ¿Qué tiene eso que ver ahora?

-Creo que Poplicola busca la manera de introducir el tema en nuestra conversación-dijo Cotila diplomáticamente-. Eres el heredero de César, ¿no es así?

-Tengo que serlo -se limitó a contestar Antonio-. ¿Quién podría serlo si no?

-En ese caso, si te molesta depender económicamente de Fulvia porque la amas, tienes otra fuente, ¿no? En comparación con César, Fulvia es pobre -continuó Cotila.

Súbitamente interesado, con un brillo en los ojos, Antonio lo miró.

-¿Insinúas lo que creo entender, Cotila?

Cimbro se apartó discretamente del campo de visión de Antonio, procurando pasar inadvertido.

-Los dos lo insinuamos -dijo Poplicola-. Lo único que tienes que hacer para salir de deudas para siempre es matar a César.

-*Quirites*, brillante idea! -Antonio alzó los puños en un gesto de euforia-. Además, sería muy fácil.

-¿Quién de nosotros debería hacerlo? -preguntó Cimbro, reincorporándose a la conversación.

-Lo haré yo mismo. Conozco sus hábitos -respondió Antonio-. Trabaja hasta la octava hora de la noche, luego se acuesta cuatro horas y duerme profundamente. Puedo saltar la tapia de su peristilo privado, matarlo y volver a salir sin que nadie se dé cuenta. A la décima hora de la noche. Y después, si hay una investigación, la coartada será que nosotros cuatro estábamos bebiendo en la taberna del viejo Murcio en la Via Nova.

-¿Cuándo lo harás? -quiso saber Cimbro.

-Esta noche -contestó Antonio alegremente-. Antes de que se me pase la ira.

-Es un pariente cercano -le recordó Poplicola. Antonio prorrumpió en carcajadas.

-¡Vaya, Lucio! ¡Mira quién fue a hablar! Tú intentaste matar a tu propio padre.

Los cuatro se echaron a reír estentóreamente. Cuando Fulvia regresó, encontró a Antonio de excelente humor.

Pasada la media noche Antonio, Poplicola, Cota y Cibra entraron tambaleantes y algo ebrios en la taberna del viejo Murcio y se apropiaron de la mesa del fondo con la excusa de que necesitaban quedarse cerca de la ventana por si alguno quería vomitar.

Cuando la campana del vigilante del Foro anunció la décima hora de la noche, Antonio salió furtivamente por la ventana, y Cota, Cibra y Poplicola se apiñaron en torno a la mesa y prosiguieron su ruidosa juerga como si Antonio continuara con ellos.

Esperaban que tardara un rato, ya que la *Via Nova* estaba en una eminencia rocosa de unos diez metros de altura; Antonio tendría que recorrer una corta distancia hasta la Escalera de los Joyeros, que lo llevaría hasta la parte trasera del Porticus Margaritaria y la *Domus Publica*.

Regresó antes de lo previsto con expresión airada.

-¡No puedo creerlo! -exclamó sin aliento-. Sobre la tapia del peristilo estaban sentados unos criados con antorchas.

-¿Es una nueva costumbre de César, eso de tener guardia? -preguntó Cibra con curiosidad.

-No lo sé -gruñó Antonio-. Es la primera vez que intento entrar sin ser visto en el edificio durante la noche.

Dos días después César convocó al Senado por primera vez desde su regreso. El lugar elegido fue la Curia de Pompeyo en el Campo de Marte, detrás del patio de las cien columnas y la mole del teatro. Aunque representaba una larga caminata, los convocados respiraron con alivio. La Curia de Pompeyo se había construido específicamente para las sesiones del Senado, y podía alojar con holgura y en el debido orden a todo el mundo. Como se hallaba fuera del *pomerium* en la época en que existía la Curia Hostilia del Foro, se utilizaba sobre todo para los debates sobre la guerra extranjera, un tema que se consideraba inadecuado para tratarlo dentro del *pomerium*.

César estaba ya sentado en su silla curul sobre el podio, con una mesa plegable delante cubierta de documentos, y tablas de cera y una púa de

acero utilizada para escribir en la cera. No prestó atención a los hombres que iban entrando; había hecho que los esclavos de éstos colocaran sus asientos en las gradas: la grada superior para los *pedarii* los senadores con voto pero sin voz; la central para los magistrados de menor rango, es decir, ex ediles y ex tribunos de la Asamblea de la Plebe; y la grada más baja para los ex pretores y cónsules.

Sólo cuando Fabio, el jefe de los lictores, le tocó el hombro, levantó la cabeza y miró alrededor. No está mal la concurrencia en los bancos traseros, pensó. Hasta el momento había nombrado a doscientos hombres nuevos, incluidos los tres centuriones que habían ganado la *corona civica*. En su mayoría pertenecían a las familias que constituían las Dieciocho Centurias, pero algunos eran de importantes familias itálicas, y unos cuantos, como Cayo Helvio Cina, de la Galia Cisalpina. Los nombramientos «inapropiados» no habían contado con la aprobación de los miembros de las familias romanas de más rancio abolengo, que consideraban el Senado un organismo de su uso exclusivo. Había corrido la voz de que César estaba llenando el Senado de galos con calzones y legionarios de bajo rango, y también se rumoreaba que se proponía proclamarse rey de Roma. Diariamente desde su llegada de África alguien preguntaba a César cuándo iba a «restaurar la república», cosa que él pasaba por alto. Cicerón había estado protestando muy alto acerca de la gradual pérdida de exclusividad del Senado, una actitud exacerbada por el hecho de que él mismo no era un Romano de los Romanos, sino un Hombre Nuevo de una zona rural: cuantos más hombres como él estaban presentes en el Senado, menos brillaba su propio triunfo por conseguir el escaño contra todo pronóstico. Además era un esnob desmedido.

Unos cuantos hombres que César deseaba ver estaban sentados en los bancos delanteros: los dos Mannio Emilio Lepido, padre e hijo; Lucio Volcatio Tulo el Viejo; Calvino; Lucio Piso; Filipo; dos miembros del *gens* de Apio Claudio Pulcro. Y había también algunos hombres que no deseaba ver en la misma medida: Marco Antonio y el prometido de Octavia, Cayo Claudio Marcelo el joven. Pero Cicerón no estaba. César apretó los labios. Sin duda sus elogios a Catón lo tenían demasiado ocupado para asistir.

El podio estaba bastante concurrido. Lo ocupaban él mismo y Lepido, los dos cónsules y seis de los pretores, incluido su incondicional aliado Aulo Hirtio y el hijo de Volcatio Tulo. El insoportable Cayo Antonio estaba en el banco tribunicio, junto con los demás miembros del tribunate de la Asamblea de la Plebe, no menos pesados que él.

Son suficientes, pensó César, contándolos y viendo que había quórum. Se levantó y, cubriéndose la cabeza con un pliegue de la toga, pronunció las oraciones, luego aguardó a que Lucio César consultara los auspicios, y fue derecho al grano.

-En primer lugar, una mala noticia, padres conscriptos -dijo con su voz grave de costumbre; la acústica en la Curia de Pompeyo era buena-. Se me ha informado de que el menor de los hijos del gran cónsul, ha muerto. Lo echaremos de menos. Siguió adelante como si la siguiente noticia no fuera a causar sensación, y cogió por tanto desprevenidos a los senadores.

-Me veo obligado a llamar vuestra atención sobre una segunda cuestión desagradable. Marco Antonio ha atentado contra mi vida. Se le vio intentando entrar en la *Domus Publica* a una hora en la que se sabe que duermo y que no hay nadie en el interior. No vestía indumentaria normal, sólo una túnica y llevaba un cuchillo. Tampoco era normal el camino de entrada: la tapia de mi peristilo privado.

Antonio permaneció inmóvil, tenso de asombro. ¿Cómo se había enterado César? Nadie lo había visto, nadie.

-Menciono este asunto sin intención de tomar medidas. Simplemente os llamo la atención al respecto y me tomo la libertad de informar a todos de que no vivo tan desprotegido como puede parecer. Así pues, aquellos de vosotros que no aprobáis mi dictadura, mis métodos, mejor será que lo penséis dos veces antes de decidir que queréis librar a Roma del tirano César. Os digo con franqueza que mi vida ha sido ya suficientemente larga, tanto en años como en fama. Sin embargo, aún no estoy tan cansado de ella como para no impedir que se le dé fin mediante un asesinato. Eliminadme, y os aseguro que Roma padecerá males peores que el dictador César. La actual situación de Roma es casi la misma que cuando Lucio Cornelio Sila asumió la dictadura; necesita una mano fuerte, y en mí tiene esa mano. Una

vez que haya elaborado y aplicado mis leyes y me haya cerciorado de que Roma sobrevivirá para llegar a ser aún más grande, renunciaré a la dictadura. No obstante, no lo haré hasta que mi labor esté concluida, y puede llevarme muchos años. Así que quedáis advertidos, y no pidáis más que «devuelva la república» a su anterior esplendor. ¿Qué esplendor? -dijo con voz atronadora, sobresaltando a su atónita audiencia-. Repito: ¿Qué esplendor? Un grupúsculo de hombres rebeldes, obstinados y presuntuosos que defendían celosamente sus privilegios. El privilegio de ir a gobernar una provincia y saquearla. El privilegio de ofrecer a sus socios la oportunidad de ir a una provincia y saquearla. El privilegio de tener una ley para unos y otra ley para otros. El privilegio de destinar incompetentes a los cargos públicos por el mero hecho de que tienen un gran apellido. El privilegio de votar para impedir la aprobación de leyes que son absolutamente necesarias. El privilegio de mantener el *mos maiorum* en una forma apta sólo para una pequeña ciudad-estado, pero no para un imperio mundial.

Los senadores permanecían todos erguidos en sus asientos, boquiabiertos. Algunos hacía ya tiempo que no oían a César expresar sus ideas radicales en la Cámara. Otros lo oían por primera vez.

-Si creéis que toda la riqueza y los privilegios de Roma deben pertenecer a las Dieciocho de las que provenís, senadores, os pondré en vuestros sitios. Me propongo reestructurar nuestra sociedad para distribuir la riqueza de manera más equitativa. Promulgaré leyes para fomentar el desarrollo de las clases tercera y cuarta, y mejoraré la situación del censo por cabezas alentándolos a emigrar a lugares donde pueden ascender a clases superiores. Después, introduciré una investigación de los recursos de quienes se benefician de la distribución del grano gratuito, para que los hombres que pueden permitirse pagar por el grano dejen de obtenerlo sin coste alguno. En la actualidad trescientas mil personas reciben el subsidio de grano gratuito. Reduciré esa cifra a la mitad de la noche a la mañana. También prohibiré que un hombre libere a sus esclavos a fin de beneficiarse del subsidio de grano. ¿Cómo voy a hacerlo? Creando un nuevo tipo de censo en noviembre. Mis agentes del censo irán de puerta en puerta por

toda Roma, Italia y las provincias. Recogerán abundante información sobre la vivienda, los alquileres, la higiene, los ingresos, la población, los niveles de alfabetización, la delincuencia, los incendios, y el número de hijos, ancianos y esclavos de cada familia. Mis agentes preguntarán también a los miembros del censo por cabezas si desean emigrar al extranjero para establecerse en las colonias que yo fundaré. Dado que Roma cuenta ahora con un gran excedente de barcos de transporte de tropas, los utilizaré.

Piso tomó la palabra.

-César, todo ciudadano de Roma está autorizado al subsidio de grano gratuito, sea rico o pobre. Te lo advierto: me opondré a cualquier intento de imponer una investigación de los recursos.

-Oponete cuanto quieras, Lucio Piso; la ley entrará en vigor de todos modos. ¡No admitiré que se me contradiga! Y te aconsejo que no te opongas; eso perjudicará tu carrera. La medida es justa. ¿Por qué habría de pagar Roma a hombres como tú, que pueden comprar el grano? -preguntó César con dureza.

Se produjo un rumor de voces y se vieron expresiones sombrías: el César arrogante y despótico de siempre había vuelto. Sin embargo los rostros de los bancos traseros mostraban alarma pero no cólera. Debían su posición a César y votarían a favor de sus leyes.

-Aparecerán innumerables leyes agrarias -prosiguió César-, pero no hay necesidad de violencia, así que no os pongáis furiosos. Todas las tierras que se adquieran en Italia y en la Galia Cisalpina para el retiro de los legionarios se pagarán por adelantado y según su valor real, pero la mayor parte de la legislación agraria afectará a tierras extranjeras en las Hispanias, las Galias, Grecia, Epiro, Ilirico, Macedonia, Vitinia, Ponto, África Nova, los territorios de Publio Sitio y las Mauritanas.

»Al tiempo que algunos de los miembros del censo por cabezas y algunos de nuestros legionarios vayan a establecerse a estas colonias, concederé la plena ciudadanía a los habitantes de las provincias que la merezcan: médicos, maestros, artesanos y comerciantes. Si residen en Roma, pasarán a formar parte de las cuatro tribus urbanas, pero si residen en Italia, se integrarán en la tribu rural de su distrito.

-¿Tienes previsto hacer algo con los tribunales, César? -preguntó el pretor Volcatio Tulo en un intento de aplacar a la Cámara.

-Sí, por supuesto. El *tribunus aerarius* desaparecerá de la lista del jurado -anunció el dictador, cambiando de tema de buen grado-. El Senado aumentará su número hasta los mil miembros. Éstos, junto con los caballeros de las Dieciocho, proporcionarán jurados más que suficientes para los tribunales. El número de pretores pasará a ser de catorce por año, a fin de acelerar las vistas en los tribunales más ocupados. Cuando mi legislación esté aplicada, apenas será necesario el Tribunal de Extorsión, porque los gobernadores y grandes comerciantes de las provincias estarán demasiado controlados para poder ejercer la extorsión. Las elecciones se regularán mejor, así que el Tribunal de Sobornos también se anulará. En tanto que los delitos ordinarios como el asesinato, el robo, la violencia, la malversación de fondos y la bancarrota requieren más juzgados y más tiempo. También tengo intención de aumentar las penas por asesinato, pero no de un modo que altere el *mos maiorum*. No se introducirán la pena de muerte ni la pena de prisión por un delito, pues son conceptos ajenos al pensamiento y a la cultura romanos. En cambio, aumentaré el tiempo de exilio e impediré que un hombre condenado al exilio se lleve consigo su dinero.

-¿Tu objetivo es la república ideal de Platón, César? -preguntó Piso con sorna; era el que más ofendido se sentía.

-En absoluto -contestó César cordialmente-. Mi objetivo es una república romana justa y práctica. Consideremos la violencia, por ejemplo. Quienes desean organizar bandas callejeras encontrarán mayores dificultades, porque voy a abolir todos los círculos y hermandades excepto aquellos de intención inocua como las sinagogas judías y los gremios profesionales... y los círculos funerarios, naturalmente. Determinados colegios y otros lugares donde se reúnen regularmente los alborotadores desaparecerán. Cuando los hombres tengan que comprar su propio vino, beberán menos.

-He oído el rumor de que planeas dividir los latifundios -dijo Filipo, un gran terrateniente.

-Gracias por recordármelo, Lucio Filipo -contestó César con una amplia sonrisa-. No, los latifundios no se dividirán a menos que el Estado los haya comprado para repartir las tierras entre los soldados. Ahora bien, en el futuro no se permitirá a ningún latifundista explotar sus tierras sólo con esclavos. Un tercio de sus trabajadores deberán ser hombres libres de la región. Esto favorecerá a los pobres sin empleo de las zonas rurales y también a los mercaderes locales.

-¡Eso es absurdo! -bramó Filipo, enrojeciendo-. Vas a introducir una legislación que se entrometerá en todo. Pronto un hombre tendrá que pedir permiso incluso para mear. Tú, César, te propones despojar a Roma deliberadamente de la Primera Clase. ¿De dónde sacas esas delirantes ideas? ¡Ayudar a los pobres de las zonas rurales! Un hombre tiene derechos, y uno de ellos es el derecho a administrar sus negocios y empresas como desee. ¿Por qué he de pagar un sueldo a un tercio de los trabajadores de mi latifundio si puedo comprar esclavos baratos y no pagarles?

-Todo el mundo debería pagar un sueldo a sus esclavos, Filipo. ¿No te das cuenta de que tienes que comprar tus esclavos? -preguntó César-. ¿Y luego tienes que construir una *ergastula* para albergarlos, comprar comida para alimentarlos y utilizar el doble de trabajadores para supervisar a esos hombres remisos? Si se te diera bien la aritmética o tuvieras agentes capaces de sumar dos y dos, no tardarías en caer en la cuenta de que sale más barato dar empleo a hombres libres. Te ahorras el desembolso inicial, y no necesitas proporcionarles albergue ni alimentarlos. Vuelven cada noche a su propia casa y comen el fruto de sus propios huertos porque tienen esposa e hijos que los cultivan.

-*Gerrae!* -gruñó Filipo, empezando a ceder.

-¿Cómo? ¿No habrá leyes suntuarias? -preguntó Piso.

-Sí, y no pocas -contestó César de inmediato-. Los lujos tendrán una severa carga impositiva, y si bien no prohibiré la construcción de tumbas caras, el hombre que edifique una tendrá que pagar al erario de Roma la misma cantidad de dinero que pague al constructor de la sepultura. -Miró a Lepido, que no había dicho ni una sola palabra, y enarcó una ceja-. Cónsul menor, sólo una cuestión más y podrás disolver la reunión. No habrá debate.

Miró de nuevo a la Cámara y pasó a explicar que se proponía ajustar el calendario a las estaciones, y que por tanto el presente año tendría 455 días: *mercedonius* había terminado, pero un periodo de 67 días llamado *intercalaris* se añadiría también tras el último día de diciembre. El día de Año Nuevo, cuando por fin llegara, caería exactamente donde le correspondía: transcurrido un tercio del invierno.

-No hay adjetivos para calificarte, César -declaró Piso antes de marcharse, temblando de la cabeza a los pies-. Eres un... un... un monstruo.

Simulando sentirse ultrajado por una acusación injusta, Antonio esperó hasta poder hablar él mismo con César.

-¿Qué te propones, César, al acusarme de intento de asesinato? Y acto seguido empiezas a hablar de devolver la república a sus días de esplendor sin darme siquiera oportunidad de defenderme. -Acercó el rostro al de César con actitud hostil-. Primero me humillas en público y ahora me acusas de intento de asesinato en el Senado. No es verdad, pregúntaselo a cualquiera de los tres hombres con los que pasé toda la noche en la taberna de Murcio.

César lanzó una mirada a Lucio Tilio Cimbro, que descendía del lado derecho de la última grada seguido por el esclavo que le llevaba el asiento. Un hombre interesante. Siempre con información útil.

-Vete, Antonio -dijo con hastío-. Como ya he comentado, no tengo intención de tomar medidas. No obstante, he pensado que tu estúpido jugueteo con el asesinato era un excelente pretexto para informar a la Cámara de que no se librarán de mí tan fácilmente. ¿Van tus apuros económicos peor que de costumbre, quizá?

-Voy a casarme con Fulvia y pronto dispondré de mi parte del botín de las Galias -replicó Antonio-. ¿Qué necesidad tengo de asesinarte?

-Una pregunta, Antonio: ¿cómo sabes cuándo se produjo el intento de asesinato si no fuiste tú? He olvidado mencionar la fecha. Claro que lo intentaste. En un ataque de ira después de la disculpa a Varro. Ahora vete.

Acercándose, Lucio César le comentó a su primo:

-No albergo esperanzas con respecto a Antonio.

Casi en la puerta, tras salir sus lictores, César se dio media vuelta para contemplar el ostentoso salón con los espléndidos mármoles cuya combinación de colores no era del todo acertada, ¡típico de su autor! Y al fondo del estrado que ocupaban los magistrados curules se alzaba la estatua de Pompeyo Magno, envuelto en su toga de mármol blanco con una orla de mármol púrpura, con su rostro, sus manos, el brazo derecho y las pantorrillas pintados en el tono exacto de su piel, sin omitir las pequeñas pecas. El cabello dorado estaba magníficamente realizado, y en los ojos de un vivo color azul parecía haber una chispa de vida.

-Un extraordinario parecido -dijo Lucio siguiendo la mirada de su primo-. ¿No se te ocurrirá emular a Magno erigiendo una estatua tuya detrás de los magistrados curules en tu nueva Curia?

-Bien pensado, Lucio, no es mala idea. Si pasara fuera diez años, cada vez que el Senado se reuniera en su Curia recordaría el hecho de que un día regresaría.

Salieron, cruzaron la columnata y tomaron el camino de vuelta a la ciudad.

-Quería hacerte una pregunta, Lucio. ¿Cómo se desenvolvió el joven Cayo Octavio en su etapa como prefecto de la ciudad?

-¿No se lo preguntaste tú mismo, Cayo?

-Él no lo mencionó, y admito que yo lo olvidé.

-No temas; lo hizo muy bien. Aun siendo *praefectus urbi*, ocupó el palco de pretor urbano con una admirable mezcla de humildad y aplomo. Resolvió las dos o tres inevitables situaciones conflictivas como un veterano: muy sereno, formuló las preguntas adecuadas y pronunció el veredicto correcto. Sí, lo hizo muy bien.

-¿Sabes que padece la enfermedad del ahogo?

Lucio se detuvo.

-*Edepol!* No, no lo sabía.

-Eso plantea un dilema, ¿no crees?

-Sí, desde luego.

-Aun así, opino que ha de ser él, Lucio.

-Aún queda tiempo de sobra. -Lucio rodeó los hombros de César con un brazo y le dio un reconfortante apretón-. No olvides la suerte de César, Cayo. Decidas lo que decidas, estará marcado por la suerte de César.

Capítulo 2 —

Cleopatra llegó a Roma a finales del primer *nundinum* de septiembre. Se trasladó desde Ostia en una litera con cortinas, con una enorme procesión de acompañantes por delante y por detrás, incluido un destacamento de la Guardia Real cuyos componentes iban revestidos de sus extrañas armaduras, pero montados en corceles blancos como la nieve con arreos adornados de tachuelas púrpura. El hijo de Cleopatra, un poco enfermo, viajaba en otra litera con sus nodrizas, y en una tercera se hallaba el rey Tolomeo XIV, el esposo de trece años de Cleopatra. Las tres literas llevaban cortinas de paño dorado, piedras preciosas incrustadas en la madera labrada que destellaban bajo el intenso sol de aquel hermoso día de principios de verano, penachos de plumas de avestruz salpicados de polvo de oro meciéndose en los cuatro ángulos de los techos revestidos de azulejos. Cada una de ellas era transportada por ocho fornidos hombres de piel muy negra, vestidos con faldellines de paño dorado y anchos collares de oro, enseñando los enormes pies descalzos. Apolodoro viajaba en un palanquín con toldo a la cabeza de la columna, con un alto báculo de oro en la mano derecha, su tocado de paño dorado, anillos en los dedos y la cadena propia de su cargo en torno al cuello. Los varios cientos de acompañantes, incluso el más humilde de todos ellos, lucían costosas túnicas; la reina de Egipto estaba decidida a causar impresión.

Habían partido al amanecer acompañados durante el trecho inicial por buena parte de los habitantes de Ostia, y cuando Ostia quedó atrás, otros los sustituyeron; cualquiera que tuviera ocasión de estar en la Vía Ostiensis esa mañana consideró más divertido unirse al desfile real que dedicarse a sus asuntos de costumbre. El lictor Cornelio, designado para actuar como guía, fue a recibir la comitiva a unos dos kilómetros de las Murallas Servias y la contempló con profunda veneración. ¡Lo que tendría para contar cuando

regresara al colegio de lictores! A esas horas era ya mediodía, y Apolodoro miró las imponentes almenas con alivio. Pero Cornelio los condujo en torno al Aventino hasta los muelles del puerto de Roma, donde se detuvieron. El chambelán mayor arrugó la frente. ¿Por qué no entraban en la ciudad? ¿Por qué habían llevado a su majestad a aquel barrio sórdido y decrepito?

-Cruzaremos el río en barco por aquí -explicó Cornelio.

-¿En barco? Pero si la ciudad está a nuestra derecha.

-Ah, no vamos a entrar en la ciudad -dijo Cornelio con afable inocencia-. El palacio de la reina está al otro lado del Tíber, al pie de la colina Janiculana, y éste es el punto mejor para cruzar; hay muelles a los dos lados.

-¿Por qué no está el palacio de la reina dentro de la ciudad?

-Eso sería imposible -dijo Cornelio-. La ciudad está prohibida a cualquier soberano ungido porque entrar en ella implica cruzar el *pomerium* sagrado y renunciar a todo poder imperial.

-¿*Pomerium*? -preguntó Apolodoro.

-Los límites invisibles de la ciudad. Dentro, nadie tiene *imperium* excepto el dictador.

A esas alturas, la mitad de las personas presentes en el puerto de Roma se habían congregado para contemplar el espectáculo, tanto los trabajadores de las cuadras, establos matadero como los pastores del Campus Lanatarius. Cornelio lamentó no haberse llevado a otros lictores para mantener a raya a la muchedumbre. ¡Era como un circo! Y así veía Roma aquella parada, como un circo inesperado y maravilloso en un día laborable corriente. Por suerte para los egipcios, enseguida una serie de barcazas se acercaron al muelle; las literas y el palanquín embarcaron rápidamente a bordo de la primera de ellas, y la multitud de acompañantes tuvo que apretujarse en las otras, quedando la última para la Guardia Real, cuyos hombres desmontaron y trataron de aplacar a sus nerviosos caballos.

El ceño de Apolodoro se hizo aún más acusado cuando los desembarcaron junto a los miserables callejones del Transtiberim, donde se vio obligado a ordenar a la Guardia Real que rodeara los palanquines en apretada formación para evitar que los habitantes andrajosos y mugrientos

arrancaran con sus cuchillos las piedras preciosas que adornaban los postes de las literas; incluso las mujeres parecían llevar cuchillos. Tampoco le complació advertir, después de otro largo paseo, que el palacio de la reina carecía de muros para impedir la entrada de los transtiberinos.

-Se cansarán y volverán a sus casas -aseguró Cornelio que, despreocupado, encabezó la marcha a través de un arco que daba a un patio.

La reacción de Apolodoro fue apostar a la Guardia Real ante esa entrada y ordenar que permanecieran allí hasta que los transtiberinos se marcharan. ¿Qué clase de lugar era aquél donde no había muros para excluir a la escoria de la humanidad de las residencias de sus superiores? ¿Y qué clase de lugar era aquél donde se designaba a un solo lictor sin sus *fascas* para escoltar a su majestad? ¿Dónde estaba César?

Las pertenencias de la reina habían llegado antes que ella, a fin de garantizar que cuando saliera de su litera y entrara en el amplio atrio, su mirada se posara en un interior debidamente decorado, desde pinturas y tapices en las paredes hasta alfombras, sillas, mesas, triclinios, estatuas, su gran colección de pedestales con bustos de todos los Tolomeos y sus esposas..., en suma, un ambiente acogedor.

Cleopatra no estaba de buen humor. Naturalmente, había observado a través de las cortinas aquel paisaje extraño salpicado de colinas, había visto las sólidas Murallas Servias, los tejados de terracota en las colinas situadas dentro de esas murallas, los pinos altos y delgados, los frondosos árboles, los pinos en forma de parasoles. Para ella, al igual que para Apolodoro, fue también una sorpresa el ver que rodeaban la ciudad y entraban en una zona portuaria cubierta de montones de cacharros rotos y pestilente basura. ¿Dónde estaba la guardia de honor que debería haber enviado César? ¿Por qué habían tenido que cruzar aquel... aquel "arroyo" para ir a un barrio aún peor y dirigirse luego apresuradamente a aquel rincón perdido? ¿Y por qué, además, César no había contestado a ninguna de las muchas notas que ella le había enviado desde su llegada a Ostia, excepto la primera? Y en ese lacónico comunicado simplemente le decía que se trasladara a su palacio cuando deseara.

Cornelio la saludó con una reverencia. La conocía de Alejandría, pero estaba lo bastante habituado a los soberanos orientales para saber que no lo reconocería. Y así fue; su majestad estaba enfadada.

-Te transmito saludos de César, majestad-dijo él-. En cuanto disponga de tiempo te visitará.

-En cuanto disponga de tiempo me visitará -repitió ella a Cornelio, que ya se retiraba-. ¡Me visitará! ¡Pues cuando me visite, se arrepentirá de haber venido!

-Cálmate y compórtate como es debido, Cleopatra -dijo Carmian con firmeza; criada desde la infancia con la reina, ella y Iras no la temían, adivinaban todos sus estados de ánimo.

-Es muy bonito -comentó Iras, echando un vistazo alrededor-. Me encanta el enorme estanque en medio del salón, y qué buena idea decorarlo con delfines y tritones. -Alzó la vista al cielo con menos aprobación-. Tendrían que haber puesto techo, ¿no?

Cleopatra seguía de mal humor.

-¿Y Cesarión? -preguntó.

-Lo han llevado directamente a sus habitaciones. Pero no te preocupes, se recuperará.

La reina vaciló por un momento, mordiéndose los labios. De pronto se encogió de hombros.

-Estamos en una tierra extraña de altas montañas y árboles raros, así que supongo que cabe prever que las costumbres sean igualmente extrañas y peculiares. Ya que por lo visto César no va a venir corriendo a darme la bienvenida, no tiene sentido que siga con toda mi indumentaria real puesta. ¿Dónde están las habitaciones del niño y mis aposentos?

Tras ponerse un sencillo vestido griego y comprobar que Cesarión estaba mejor, recorrió el palacio con Carmian e Iras.

Más bien pequeño, pero suficiente, dictaminaron. César le había cedido uno de sus libertos, Cayo julio Cnifo, como su mayordomo romano, que se ocuparía de la compra de alimentos y artículos domésticos entre otras cosas.

-¿Por qué no hay cortinas de gasa en las ventanas y alrededor de las camas? -preguntó Cleopatra.

Cnifo la miró perplejo. -Lo siento, no comprendo.

-¿No hay aquí mosquitos? ¿No hay mariposas nocturnas y bichos?

-Sí, tenemos bastantes, Majestad.

-Entonces debéis evitar que entren. Carmian, ¿hemos traído gasa?

-Sí, más que suficiente.

-Entonces encárgate de que la coloquen alrededor de la cuna de Cesarión de inmediato.

Cleopatra no había descuidado la religión; había acarreado consigo un selecto panteón de dioses, cuyas figuras no eran de oro macizo sino de madera, vestidas y pintadas como correspondía: Amón-Ra, Pta, Sejmed, Orus, Nefertén, Osiris, Isis, Anubis, Bastet, Taueret, Sobek y Hathor. Para atender a los dioses y a las devociones de la reina, la acompañaba un sumo sacerdote, Pu'em-re, y seis *mete-en-sa* como ayudantes.

El agente, Amonio, había ido a Ostia para visitar a su reina en varias ocasiones y se había asegurado de que los constructores incluyeran una habitación con las paredes enyesadas; en ésta colocarían el templo en cuanto los *mete-en-sa* hubieran pintado en las paredes las oraciones, los sortilegios y los papiros con los signos reales de Cleopatra, Cesarión y Filadelfo.

Cleopatra, cada vez más deprimida, se postró ante Amón-Ra. La oración formal, en egipcio antiguo, la pronunció en voz alta, pero al concluirla permaneció de rodillas, las manos y la frente contra el frío suelo de mármol, y rezó en silencio.

Dios del Sol, portador de la luz y la vida, protégenos en este desalentador lugar al que hemos llevado tu culto. Estamos lejos de casa y de las aguas del Nilo, y hemos venido sólo para mantener la fe en ti, con todos nuestros dioses grandes y pequeños, del cielo y del río. Hemos viajado al oeste, al Reino de los Muertos, para ser fecundados otra vez, ya que Osiris reencarnado no puede venir a Egipto con nosotros. El Nilo inunda perfectamente, pero si queremos mantener la Inundación, es hora de que engendremos otro hijo. Ayúdanos, te lo ruego, prolonga nuestro exilio entre estos infieles, conserva indemne a nuestra divinidad, tensos nuestros nervios, fuerte nuestro corazón, fecundo nuestro útero. Permite que nuestro

Hijo, Tolomeo César Horus, conozca a su divino padre, y concédenos una hermana para él a fin de que puedan casarse y mantener pura nuestra sangre. El Nilo debe inundar. La faraona debe volver a concebir, muchas veces.

Cuando Cleopatra partió de Alejandría con su flota compuesta de diez naves de guerra y sesenta barcos de transporte, su entusiasmo había contagiado a cuantos viajaban con ella. No albergaba temores por Egipto en su ausencia: Publio Rufrio lo custodiaba con cuatro legiones y el tío Mitrídates de Pérgamo ocupaba el Recinto Real.

Pero para cuando recalaron en Paraetionio a cargar agua, su entusiasmo se había apagado. ¿Quién habría imaginado el aburrimiento de no ver nada más que mar? En Paraetionio aumentó la velocidad de la flota, ya que Apeliotes, el viento del este, empezó a soplar y los impulsó en dirección oeste hacia Utica, muy tranquila y sumisa tras la guerra de César. Después Auster, el viento del sur, apareció para llevarlos al oeste de la costa de Italia. Cuando la flota atracó en Ostia sólo había navegado veinticinco días desde que zarpó de Alejandría.

Allí, en Ostia, la reina se quedó a bordo de su buque insignia hasta que todos sus enseres se hubieron desembarcado y llegó la noticia de que su palacio estaba a punto. Mientras tanto, acribillaba a César con cartas, y cada día se plantaba junto a la borda esperando verle aparecer. En su lacónica nota, César sólo le había dicho que estaba ocupado en la redacción de una lex agraria, fuera lo que fuera, y no tenía tiempo para visitarla. ¿Por qué sus comunicados eran siempre tan poco afectuosos? Le hablaba como si ella fuera un gobernante suplicante cualquiera, una molestia para quien encontraría tiempo sólo cuando pudiera. ¡Pero ella no era un gobernante cualquiera, ni una suplicante! Era la faraona, su esposa, la madre de su hijo, la hija de Amón-Ra.

Cesarión había contraído unas fiebres cuando estaban atracados en aquel puerto lodoso y horrendo. ¿Acaso le importaba a César? No, a César no le importaba. Ni siquiera había contestado a esa carta.

Ahora allí estaba ella, lo más cerca de Roma que llegaría a estar, si era cierto lo que el lictor Cornelio había dicho, y César aún no aparecía.

Al anochecer accedió a comer lo que Carmian e Iras le llevaron, pero no antes de darlo a probar.

Un miembro de la casa de Tolomeo no sólo daba un poco de comida y bebida a un esclavo; un miembro de la casa de Tolomeo daba comida y bebida al hijo de un esclavo cuyo amor por sus retoños fuera evidente. Una excelente precaución. Al fin y al cabo, su hermana Arsinoe estaba allí en Roma, aunque, no siendo una soberana ungida, sin duda vivía dentro de las murallas, en casa, según había informado Amonio, de una noble llamada Cecilia. Viviendo en la abundancia.

El aire de esa tierra era distinto, y no le gustaba. Después de oscurecer refrescaba de un modo desconocido para ella, pese a que supuestamente estaban a principios del verano. Este frío mausoleo de piedra donde ella se alojaba hacía más penetrante la niebla que se elevaba del supuesto río, que se veía desde la galería. Qué humedad. Qué sensación de extrañamiento. Y ni rastro-de César.

No se acostó hasta la hora media de la noche según el reloj de agua, y una vez en la cama se agitó y dio vueltas hasta que por fin concilió el sueño tras oír cantar el gallo. Todo un día en tierra y ni rastro de César. ¿Vendría a verla alguna vez?

Lo que la despertó fue un instinto. Ningún sonido, ningún rayo de sol, ningún cambio en la atmósfera tenía el poder que Cha'em le había insuflado de niña en Menfis. «Cuando no estés sola, te despertarás», le había dicho, y había soplado sobre ella. Desde entonces, la silenciosa presencia de otra persona en la habitación la despertaba. Como ocurrió en ese momento, y ella actuó tal como Cha'em se lo había enseñado. Abre los ojos un poco y no te muevas. Observa hasta que identifiques al intruso y sólo entonces reacciona de la manera adecuada.

César, sentado en una silla junto a los pies de la cama, no la miraba a ella, sino que tenía la mirada perdida a lo lejos como a veces hacía. Aunque la habitación no estaba iluminada, se veía claramente que era él. El corazón le dio un vuelco a Cleopatra, su amor por él le salió a borbotones en un torrente de emoción, junto con un terrible dolor. No es el mismo. Inconmensurablemente más viejo, muy cansado. Su belleza es tal que

perdurará después de la muerte, pero ha perdido algo. Sus ojos siempre fueron claros, pero ahora sus iris tienen un tono muy pálido y contrastan más con el aro negro que los rodea. De pronto, a Cleopatra todo su rencor y su irritación se le antojaron insignificantes; esbozó una sonrisa, fingió despertar y verlo, y levantó los brazos en un gesto de bienvenida. No soy yo quien necesita auxilio.

César la miró, le dirigió su maravillosa sonrisa y al levantarse se quitó la toga que lo envolvía. A continuación la rodeó con los brazos, aferrándose a ella como un náufrago a una tabla. Se besaron, primero como si exploraran la suavidad de los labios, luego profundamente. No, Calpurnia, él no es así contigo. Si lo fuera, no me necesitaría, y me necesita desesperadamente. Lo percibo en todo el cuerpo y respondo a él con todo el cuerpo.

-Te noto más redonda, flacucha-dijo él, acariciándole el cuello con la boca y los pechos con las palmas de las manos.

-Y tú estás más delgado, anciano -contestó ella, arqueando la espalda.

Cleopatra conceniró sus pensamientos en su útero a la vez que se abría a él y lo abrazaba con fuerza pero con ternura. -Te amo -dijo ella.

-Y yo a ti -dijo él, y era verdad.

Existía una magia divina en unirse a una soberana ungida; nunca antes lo había sentido tan intensamente, pero César seguía siendo César, y su mente nunca se relajaba por completo, así que aunque hizo el amor con ella ardientemente durante largo rato, la privó de su propio clímax. Cesarión no tendría una hermana, nunca la tendría. Darle una hija a Cleopatra era un crimen contra todo lo que representaba Júpiter óptimo Máximo, lo que representaba Roma, lo que representaba él.

Ella no se dio cuenta de su omisión, al estar demasiado satisfecha, demasiado alejada del pensamiento consciente, demasiado turbada por estar otra vez con él después de casi diecisiete meses.

-Estás toda mojada, es hora del baño -dijo él para reforzar el engaño; César tenía la suerte de que ella segregaba abundantes fluidos. Mejor que no se diera cuenta.

-Tienes que comer, César -dijo Cleopatra después del baño-, pero ¿antes no querrás ver al niño?

Cesarión ya se había recuperado y volvía a estar tan alegre y ruidoso como de costumbre. Tendió los brazos a su madre, que lo cogió y se lo mostró orgullosa a su padre.

Supongo, pensó César, que de niño me parecía mucho a éste. Incluso yo veo que es indiscutiblemente mío, aunque lo reconozco sobre todo por el parecido con mi madre y mis hermanas. Tiene la misma mirada de curiosidad que tenía Aurelia, y su expresión no es la mía. Un niño precioso, robusto y bien alimentado, pero no gordo. Sí, es un auténtico César. No engordará como los Tolomeos. De su madre sólo ha heredado los ojos, pero no el color. Tiene las órbitas menos hundidas que las mías y los ojos de un azul más oscuro.

Sonrió.

-Dile ave a tu *tata*, Cesarión -dijo en latín.

El niño abrió los ojos de par en par complacido y se volvió hacia su madre.

-¿Éste es mi *tata*? -preguntó en un latín de extraño acento.

-Sí, tu *tata* por fin ha venido.

Al instante el niño tendió los brazos hacia él. César lo cogió, lo abrazó, lo besó y le acarició el cabello espeso y dorado mientras Cesarión se acurrucaba contra él como si conociera desde siempre a aquel extraño. Cuando Cleopatra fue a tomarlo de los brazos de César, el niño se negó a volver con su madre. En su mundo ha echado de menos a un hombre, pensó César, y necesita a un hombre.

Olvidándose de la cena, se sentó con su hijo en el regazo y descubrió que la criatura hablaba mucho mejor el griego que el latín, no incurría en un lenguaje infantil y construía las frases correctamente. Tenía sólo quince meses, y sin embargo era ya un hombre.

-¿Qué quieres hacer cuando seas mayor? -preguntó César.

-Quiero ser un gran general como tú, *tata*.

-¿No faraón?

-¡Bah, faraón! Tengo que ser faraón, y lo seré antes de llegar a mayor - contestó el niño, poco entusiasmado al parecer con su destino regio-. Yo quiero ser general.

-¿A quién declararías la guerra?

-A los enemigos de Roma y Egipto.

-Todos sus juguetes tienen que ver con la guerra -dijo Cleopatra con un suspiro-. A los once meses tiró los muñecos y exigió una espada.

-¿A esa edad ya hablaba?

-Sí, frases enteras.

En ese momento aparecieron las niñeras para llevárselo a comer. Esperando lloros y protestas, César vio con cierto asombro que su hijo aceptaba lo inevitable de buen grado.

-No tiene mi orgullo ni mi temperamento -comentó César mientras cruzaban el comedor, tras prometer a Cesarión que volvería-. Tiene mejor carácter.

-Es dios en la tierra -se limitó a decir Cleopatra. Acomodándose junto a César en su mismo triclinio, preguntó-. Y ahora dime: ¿por qué estás tan cansado?

-Por la gente -respondió él vagamente-. Roma no ve con buenos ojos el gobierno de un dictador, y encuentro continua oposición.

-Pero tú decías que querías oposición. Ten, tómate tu zumo.

-Existen dos clases de oposición -explicó César-. Yo deseaba un ambiente de debate inteligente en el Senado y los *comitia*, no continuas peticiones de «devolver la República», como si la República fuera una entidad desaparecida afín a la utopía de Platón. ¡Utopía! -Dejó escapar un soplo de disgusto-. Esa palabra significa «ninguna parte». Cuando pregunto qué tienen de malo mis leyes, se quejan de que son demasiado largas y complicadas de leer, así que no las leen. Cuando pido sugerencias, se quejan de que no les he dejado nada que sugerir. Cuando pido cooperación, se quejan de que los obligo a cooperar, quieran o no. Reconocen que muchos de mis cambios son sumamente beneficiosos, y luego se quejan de que lo cambio todo, y de que el cambio está mal. Así que la oposición que me encuentro es irracional, como lo era la de Catón.

-Pues ven y habla conmigo -se apresuró a decir Cleopatra-. Tráeme tus leyes y yo las leeré. Cuéntame tus planes y yo haré una crítica constructiva. Exponme tus ideas y te daré una opinión meditada. Si lo que necesitas es otra mente, amor mío, la mía es la mente de un dictador con diadema. Déjame ayudarte, por favor.

César le cogió la mano, se la llevó a los labios y se la besó, y la sombra de una sonrisa asomó a sus ojos con algo de su antiguo vigor y vida.

-Así lo haré, Cleopatra, así lo haré. -Su sonrisa se tornó más amplia; su mirada, más sensual-. Con el paso del tiempo has adquirido una belleza especial, amor mío. No eres una Afrodita de Praxíteles, no, pero la maternidad y la madurez te han convertido en una mujer deliciosamente deseable. Echaba de menos tus ojos de leona.

Dijo Cicerón a Marco Junio Bruto en una carta escrita dos *nundinae* después:

Te perderás la celebración de los triunfos del Gran Hombre, mi querido Bruto, allí inmovilizado entre los insubros. Afortunado tú. La primera celebración, por la Galia, tendrá lugar mañana, pero yo me niego a asistir. Por tanto no veo razón para retrasar esta misiva, rebosante como está de noticias amorosas y matrimoniales.

La reina de Egipto ha llegado. El César la ha acomodado con todo lujo en un palacio al pie de la colina Janiculana, lo suficientemente lejos río arriba para ver al otro lado del Padre Tíber, el Capitolio y el Palatino en lugar de los burdeles del Puerto de Roma.

Ninguno de nosotros tuvo el privilegio de contemplar el desfile triunfal privado de la faraona cuando llegó por la Via Ostiensis, pero según cuentan iba envuelta en oro, desde las literas hasta la indumentaria.

La acompañaba el presunto hijo de César, un niño de poco más de un año, y su marido de trece años, el rey Tolomeo no sé cuántos, un muchacho hosco y adiposo, sin ningún atractivo y con un saludable temor a su hermana mayor/esposa. ¡Incesto! El juego que practica toda la familia. Ya dije eso acerca de Publio Clodio y sus hermanas en su día. Recuérdalo.

En la comitiva hay esclavos, eunucos, niñeras, tutores, consejeros, secretarios, escribas, contables, médicos, herbolarios, hechiceras,

sacerdotes, un sumo sacerdote, nobles menores, una guardia real de doscientos hombres, un filósofo o cuatro, incluido el gran Filostrato y el aún mayor Sosígenes, músicos, bailarines, actores, magos, cocineras, lavaplatos, lavanderas, modistas y varias sirvientas. Naturalmente viaja con todos sus muebles preferidos, su ropa blanca, sus vestidos, sus joyas, sus cofres de dinero, los instrumentos y aparatos de su peculiar culto religioso, telas para túnicas nuevas, abanicos y plumas, colchones, almohadas, cabezales, alfombras, cortinas, biombos, cosméticos, y su propia provisión de especias, esencias, bálsamos, resinas, inciensos y perfumes. Y eso sin contar sus libros, sus espejos, sus instrumentos astronómicos, y su propio adivino privado Caldeo.

Según se dice, su séquito asciende a más de mil personas, así que lógicamente no caben todas en el palacio. César les ha construido una aldea en la periferia del Transtiberim, y los transtiberinos están furiosos. Es una guerra a muerte entre los nativos y los intrusos, hasta el punto de que César ha promulgado un edicto según el cual todo transtiberino que alce un cuchillo para cortar la nariz o las orejas a un forastero detestado será enviado a una de las nuevas colonias, le guste o no.

La he conocido, es una mujer increíblemente altiva y arrogante. Ofreció una recepción para nosotros los campesinos romanos con el beneplácito oficial de César, mandó unas suntuosas barcas a recogerlos cerca del Pons Aemilius y, cuando desembarcamos, nos transportaron en literas y palanquines llenos de almohadones y alfombras de pieles. Nos recibió en audiencia -literalmente- en el amplio atrio y nos invitó a utilizar también libremente la galería. Cleopatra es muy menuda, me llega al ombligo, y eso que yo no soy alto. Tiene un pico por nariz, pero unos ojos extraordinarios. El Gran Hombre, que está encaprichado, los llama ojos de leona. Me produjo vergüenza ajena presenciar su comportamiento con ella: está como un mozalbete con su primera prostituta.

Manio Lepido y yo curioseamos un poco por allí y encontramos el templo. Mi querido Bruto, nos quedamos atónitos. Había nada menos que doce estatuas de aquellos seres, cuerpos de hombre o mujer pero cabeza de animal: halcón, chacal, cocodrilo, león, vaca, etc. El peor era una mujer, con

el vientre muy hinchado y grandes pechos flácidos, coronada con una cabeza de hipopótamo... ¡Absolutamente repugnante! Entonces entró el sumo sacerdote -hablaba un excelente griego- y se ofreció a explicarnos quién era cada uno, mejor dicho, qué era cada uno en aquel extraño y desconcertante panteón. Llevaba la cabeza afeitada, una prenda de hilo blanco con pliegues y un collar de oro y piedras preciosas que debía de valer tanto como toda mi casa.

La reina iba cubierta de paño de oro de la cabeza a los pies. Con sus joyas podría comprarse toda Roma. Entonces salió César de algún santuario interior con su niño, que no se mostró nada tímido. Nos sonrió como si fuéramos nuevos súbditos y nos saludó en latín. Debo decir que se parece mucho a César. Sí, fue una ocasión regia, y empiezo a sospechar que la reina pretende engatusar a César para que lo designe rey de Roma. Querido Bruto, nuestra amada República se aleja cada vez más, y esta avalancha de nueva legislación al final despojará a la Primera Clase de todos sus antiguos derechos.

Cambiando de tema, Marco Antonio se ha casado con Fulvia. ¡Ésa sí es una mujer que realmente aborrezco! Seguramente ha llegado a tus oídos que César dijo en la Cámara que Antonio había intentado asesinarlo.

Pese a lo mucho que deploro a César y todo aquello que representa, me alegro de que Antonio fracasara. Si Antonio fuera el dictador, las cosas serían aún peores.

Más interesante aún es la boda entre la sobrina nieta de César, Octavia, y Cayo Claudio Marcelo el joven. Sí, has leído bien. Ha salido bien librado, mientras que su hermano y su primo están en el exilio, despojados de sus propiedades. Así es Marcelo el joven, debo añadir. Esta alianza ha tenido una consecuencia en extremo fascinante que casi me indujo a faltar a mis principios y acudir al Senado. Ocurrió durante una sesión del Senado convocada por César para debatir la primera serie de sus leyes agrarias. Mientras los senadores se dispersaban al final de la asamblea, Marcelo el Joven pidió a César el indulto para su hermano Marco, que sigue en Lesbos. Cuando César se negó varias veces, ¿me creerás si te digo que Marcelo el joven se postró de rodillas y le suplicó? Y ese individuo repelente, Lucio

Piso, se sumó al ruedo, aunque no se arrodilló. Dicen que César quedó desconcertado, casi horrorizado. Retrocedió hasta chocar con la estatua de Pompeyo Magno, gritando a Marcelo el joven para que se levantara y dejara de hacer el ridículo. El resultado fue que Marco Marcelo ha sido indultado. Marcelo el joven va por ahí diciendo que se propone restituir a su hermano Marco todas las fincas. No podrá hacer lo mismo con su primo Cayo Marcelo, ya que he sabido que falleció de una enfermedad fulminante. Su hermano Marco volverá a Roma después de visitar Atenas, nos contó Marcelo el joven.

Desde luego, los Claudio Marcelo no son santos de mi devoción, como sabes. Fuera cual fuera la razón de su renuncia al estatus patricio y su incorporación a la plebe, es ya demasiado lejana para conocerse, pero el hecho de que lo hicieran dice mucho sobre ellos, ¿no?

Volveré a escribirte cuando tenga más noticias.

Cuando César explicó a Cleopatra la aversión de Roma a los reyes y las reinas y el significado de cruzar el *pomerium*, la natural indignación de la reina de Egipto por no ser admitida en la ciudad se desvaneció. Cada lugar tenía sus tabúes, y los de Roma estaban todos ligados a la idea de la República, a un rechazo de la soberanía absoluta que rayaba en el fanatismo y, de hecho, engendraba fanáticos como Marco Porcio Catón el Uticense, cuyo horroroso suicidio era aún la comidilla de Roma.

Para Cleopatra, la soberanía absoluta era un hecho natural, pero si no podía entrar en la ciudad, no podía. Cuando lloró al pensar que no vería la celebración de los triunfos de César, él le dijo que un caballero amigo de su banquero Opio, un tal Sexto Perquitieno, le había propuesto que la reina compartiera su balcón con él. Como la casa de éste estaba construida en el monte del Capitolio con vistas al Campo de Marte, Cleopatra vería el comienzo del desfile, y lo seguiría hasta que doblara la curva del Capitolio para entrar en la ciudad por la Porta Triunfalis, una puerta especial abierta sólo para los triunfos.

Los legionarios veteranos de la campaña gala marcharían en esta primera celebración, lo cual representaba sólo cinco mil hombres; únicamente unos cuantos de cada una de las legiones participantes en la

guerra de las Galias seguían bajo las Águilas, ya que Roma no mantenía un ejército regular con servicio prolongado. Aunque el mayor de los veteranos de las Galias contaría sólo treinta y un años si se había alistado a los diecisiete, el desgaste natural de la guerra, las heridas y el retiro habían mermado su número.

Pero cuando se dio la orden de marchar, la Décima descubrió con consternación que no iría a la cabeza. Se había concedido ese honor a la Sexta. Tras tres amotinamientos, la Décima había perdido el favor de César, y desfilaría la última.

Las once legiones originales entre la Quinta Alauda y la Decimoquinta aportaron estos cinco mil veteranos, ataviados con túnicas nuevas, con nuevos penachos de pelo de caballo en los yelmos, y empuñaban bastones enguarnaldados con hojas de laurel (no se permitía el uso de armas reales). Los portaestandartes lucían armadura de plata, y los aquilíferos, portadores del águila de plata de cada legión, llevaban pieles de león sobre la armadura de plata. No fue compensación para la desventurada Décima, que decidió vengarse de una manera peculiar.

Aquella era una parada en la que podían participar los cónsules del año, ya que el triunfador, cuyo *imperium* tenía que superar el de todos los demás, era dictador. Por tanto, Lepido se sentó con los otros magistrados curules en el podio de Castor en el Foro. El resto del Senado encabezó el desfile; lo formaban en su mayoría miembros recién nombrados por César, así que los senadores, alrededor de quinientos, constituían una imponente parte del desfile, aunque por desgracia pocos llevaban togas orladas de púrpura.

Al Senado seguían los *tubilustra*, una banda de cien hombres que hacían sonar las trompetas de oro con cabeza de caballo que un Ahenobarbo anterior había traído de su campaña en la Galia contra los *arverni*. Luego venían las carretas con el botín, intercaladas con grandes carromatos de plataforma plana que hacían las veces de escenarios donde unos actores debidamente ataviados y rodeados del debido decorado representaban los incidentes de la campaña. Los empleados de los banqueros de César que habían asumido la colosal labor de organizar aquel imponente espectáculo habían echado el resto en su esfuerzo por encontrar actores suficientes que

se parecieran a César, ya que él ocupaba un lugar destacado en las escenas de la mayoría de los carromatos, y en Roma todos lo conocían.

Allí estaban todas las escenas famosas: reproducción de la plataforma del sitio de Avarico; un barco veneciano de roble con velas de cuero y obenques de hierro; César en Alesia yendo al rescate del campamento en el que habían irrumpido los galos; un mapa de las dobles murallas que rodeaban Alesia; Vercingetorix sentado con las piernas cruzadas en el suelo al someterse a César; una maqueta de la meseta y su fortaleza en Alesia; carros abarrotados de estrafalarios galos melenudos, el largo cabello acartonado con arcilla para darle grotescas formas, sus ropajes vistosos, sus largas espadas (de madera plateada) en alto; todo un escuadrón de caballería de Remi con sus brillantes atuendos; el famoso sitio de Quinto Cicerón y la Séptima contra la plena potencia de sus enemigos; la representación de una fortaleza británica; un carro de guerra británico con cochero, lancero y un par de pequeños caballos incluidos; y otras veinte escenas. Cada carreta o carromato iba arrastrado por una yunta de bueyes adornados con flores, enajaezados de escarlata, verde chillón, vistoso azul y amarillo.

En medio de toda esta fabulosa exhibición danzaban grupos de ramera con togas de color fuego, acompañadas de enanos saltarines con capotes de retazos de muchos colores llamados *centunculi*, músicos de toda clase, hombres que sacaban fuego por la boca, magos y fenómenos. No se exhibían coronas de oro ni guirnaldas, ya que los galos no habían ofrecido ninguna a César, pero en las carretas con el botín resplandecían los tesoros de oro. En Atuatuca, César había encontrado las riquezas acumuladas de los cimbrios germánicos y los teutones, y también había reunido preciosas ofrendas votivas guardadas por los druidas en Carnuto durante siglos.

Luego vinieron las víctimas sacrificiales: dos bueyes blancos que se ofrecerían a Júpiter óptimo Máximo cuando el triunfador llegara al pie de la escalinata de su templo en el Capitolio, un destino situado a unos cinco kilómetros de distancia de aquella procesión que recorría el velabro y el Foro Boario, luego entraba en el Circus Maximus, daba una vuelta, salía por el extremo de Capena a la Via Triunfalis y finalmente recorría todo el Foro romano hasta el pie del monte Capitolino, donde se detenía. Allí los

prisioneros de guerra condenados a muerte fueron conducidos al Tuliano, donde los estrangulaban; allí las carretas y los participantes secundarios se dispersaron; allí el oro fue devuelto al erario; y allí las legiones entraron en el Vicus lugarius para marchar de regreso hacia el Campo de Marte a través del Velabro, donde celebrarían un banquete y esperarían el reparto de dinero por parte de los pagadores de las legiones. Sólo el Senado, los sacerdotes, los animales sacrificiales y el triunfador ascendieron por el monte Capitolino hasta el templo de Júpiter óptimo Máximo, acompañados ahora por unos músicos especiales que tocaban el *tibicen*, una flauta hecha con la espinilla de un enemigo muerto.

Los dos bueyes blancos iban adornados con guirnaldas y flores y llevaban los cascos y los cuernos dorados; los guiaban el *popa*, el *cultarius* y sus acólitos, que realizarían expertamente el sacrificio.

Les seguían el colegio de pontífices y el colegio de augures con sus togas multicolores de rayas escarlata y púrpura, cada augur con su *lituus*, un bastón con arabescos que lo distinguía de los pontífices. Detrás caminaban los otros colegios sacerdotales menores con sus túnicas específicas, el *flamen Martialis* con un aspecto muy extraño envuelto en su pesada capa circular, con sus coturnos de madera y su yelmo apex de marfil. En la celebración de los triunfos de César no habría *flamen Quirinalis*, ya que Lucio César desfilaba en calidad de augur jefe y no en su otra función, ni tampoco había *flamen Dialis*, ya que ese sacerdote de Júpiter en particular era de hecho César, exento desde hacía mucho de sus obligaciones.

La siguiente sección del desfile era siempre muy bien recibida por la multitud, ya que la formaban los prisioneros. Cada uno iba vestido con sus mejores galas, oro y joyas, la viva imagen de la salud y la prosperidad; Roma, en la celebración del triunfo, no exhibía prisioneros maltratados o apaleados. Por esta razón los hospedaban en la mansión de algún potentado mientras aguardaban aquel momento. La Roma de la República no encerraba a nadie en prisiones.

El rey Vercingetorix era el primero; sólo él, Coto y Lucterio morirían. Vercasivellauno, Eporedorix y Biturgo -y todos los demás, prisioneros de guerra menos importantes- regresarían ilesos junto a sus pueblos. En otro

tiempo, muchos años atrás, Vercingetorix se había maravillado ante la profecía que decía que pasarían seis años entre su captura y su muerte; en ese momento sabía que se cumpliría. Gracias a la guerra civil y otros problemas, César había tardado seis años en celebrar su triunfo sobre la Galia Transalpina.

El Senado había decretado un privilegio muy especial para César: lo precederían sesenta y dos lictores en lugar de los habituales veinticuatro propios de un dictador. Cantores y danzarinas especiales acompañarían a los lictores, entonando loas al triunfador César.

Así pues, cuando llegó el turno a César, el desfile llevaba ya en marcha dos largas horas de verano. Iba montado en el carro triunfal, un vehículo de cuatro ruedas extremadamente antiguo más parecido a la carroza ceremonial del rey de Armenia que a la cuádriga de dos ruedas; tiraban de él cuatro caballos grises idénticos con crines y colas blancas, elegidos por César. Éste lucía las vestiduras triunfales, que consistían en una túnica bordada con hojas de palma y una toga púrpura bordada profusamente en oro. En la cabeza llevaba una corona de laurel, en la mano derecha una rama de laurel, y en la izquierda el cetro retorcido de marfil propio del triunfador, coronado por un águila de oro. Su cochero vestía una túnica púrpura, y en la parte trasera del espacioso carruaje un hombre con túnica púrpura sostenía una corona de hojas de roble doradas sobre la cabeza de César y de vez en cuando entonaba la advertencia que se daba a todos los triunfadores: «*Respice post te, hominem te memento*».

*

Aunque Pompeyo Magno había sido demasiado vanidoso para seguir la antigua costumbre, César sí lo hizo. Se pintó la cara y las manos con *minim* de vivo color rojo, imitando el rostro y las manos de terracota de la estatua de Júpiter óptimo Máximo en su templo. Sólo el triunfo permitía que un romano imitara hasta tal punto a un dios.

Detrás del carro triunfal iba el caballo de guerra del César, el famoso Génitor (en realidad el actual era uno de los varios que había tenido a lo

largo de los años, que César criaba a partir del Génitor original, un regalo de Sila), cubierto con el *paludamentum* escarlata del general. Para César, habría sido inconcebible celebrar el triunfo sin que Génitor, el símbolo de su legendaria suerte, disfrutara de su propia pequeña celebración.

En pos de Génitor venía la muchedumbre de hombres que consideraba que la campaña gala de César los había liberado de la esclavitud; todos llevaban el gorro de la libertad en la cabeza, un tocado cónico que identificaba a los libertos. A continuación desfilaban aquellos de sus legados en la guerra de las Galias que en ese momento estaban en Roma, todos con armadura y montados en sus Caballos Públicos.

Y en último lugar el ejército, cinco mil hombres de once legiones que mientras marchaban gritaban: "*¡Io triunfe!*" Las canciones obscenas vendrían más tarde, cuando hubiera más gente para oírlas y reír.

Cuando César subió al carro triunfal, se desprendió la rueda izquierda delantera, lanzándolo contra el adral frontal y haciendo caer al hombre que sostenía la corona de hojas de roble y provocando los nerviosos relinchos y espantadas de los caballos.

Una ahogada exclamación colectiva surgió de entre los espectadores.

-¿Qué ocurre? ¿Por qué está la gente sorprendida? -preguntó Cleopatra a Sexto Perquitieno, que había palidecido.

-¡Un terrible augurio! -susurró éste haciendo con la mano la señal para protegerse del mal de ojo.

Cleopatra lo imitó.

El retraso fue mínimo. Como por arte de magia, apareció una rueda nueva y se encajó rápidamente. César permaneció a un lado, moviendo los labios. Aunque Cleopatra no lo sabía, estaba recitando un sortilegio.

Lucio César, el augur jefe, se había acercado de inmediato.

-No, no -le dijo César sonriendo-. Expiaré el augurio subiendo de rodillas por la escalinata del templo de Júpiter óptimo máximo.

-*Edepol!*, Cayo, no podrás. Hay cincuenta peldaños.

-Puedo, y lo haré. -Señaló un frasco sujeto con una correa al costado interior del carro-. Tengo una poción mágica.

El carro triunfal se puso en marcha, y pronto el ejército avanzaba para formar la retaguardia del desfile, tres kilómetros por detrás del Senado. En el Foro Boario el triunfador tuvo que detenerse y saludar a la estatua de Hércules, siempre desnudo excepto en los días triunfales, cuando también él vestía la indumentaria triunfal.

Ciento cincuenta mil personas se aglomeraban en las largas gradas del Circus Maximus; hasta los criados de Cleopatra en su palacio oyeron los vítores y el alboroto causados por la entrada de César. Pero para cuando su carro hubo subido a lo largo de uno de los lados de la spina, por su extremo de Capena, descendido por el otro lado y vuelto a subir en dirección a la salida de Capena, el ejército estaba ya dentro, y la multitud estaba agotada de tanto vociferar. Así que cuando la Décima empezó a entonar su nueva canción de marcha, todos callaron para escuchar.

Dejad paso al vendedor de rameras,
fijaos en su noble cabeza,
en su miembro viril que visita todos los coños;
a todas se las folla, en el lecho o en la silla.
En Bitinia vendió el culo
su almirante necesitaba velocidad
así que César no tardó en correrse
entre sábanas de hilo dignas de un rey.
Nunca ha perdido una sola batalla
pese a que su polla es de poco tamaño.
Sabe enardecer y poseer a quien quiere
nuestro rey de Roma listo y apañado.

César llamó a Fabio y Cornelio, que seguían a los sesenta y dos lictores que lo precedían.

-Id a decir a la Décima que si no dejan de cantar esa canción, los privaré de su parte del botín y los licenciaré sin tierras -ordenó.

Transmitieron el mensaje, y la cantinela cesó de inmediato, pero mucho se especuló en el colegio de lictores sobre cuál de los versos ofendió más a César; la conclusión de Fabio y Cornelio fue que la alusión a la venta del

culo lo había sacado de quicio, pero otros lictores se decantaron por la frase del «rey de Roma». Desde luego, no fue por el contenido obsceno de la canción de la Décima; eso era lo corriente.

Cuando terminó la celebración, caía la noche. El reparto del botín tendría que dejarse para la mañana siguiente. El Campo de Marte se convirtió en campamento, ya que todos los veteranos retirados estaban también allí, después de presenciar los actos entre la muchedumbre. Los legionarios tenían que recoger su parte en persona a menos que, como ocurría en el caso del triunfo de César, muchos de los veteranos vivieran en la Galia Cisalpina. Algunos se agruparon y nombraron un representante con un documento de autorización, lo cual contribuiría a aumentar las dificultades con las que inevitablemente se enfrentarían los pagadores de las legiones.

Los soldados rasos recibieron veinte mil sestercios por cabeza (una cantidad superior a la paga de veinte años de servicio); los centuriones de segunda recibieron más de cuarenta mil sestercios, y los centuriones de primera ciento veinte mil sestercios. Eran unas gratificaciones enormes, mayores que las de cualquier otro ejército en la historia, incluso que las del ejército de Pompeyo Magno después de conquistar Oriente y duplicar el contenido del erario. Pese a este botín, los soldados de todos los rangos se marcharon indignados. ¿Por qué? Porque César había apartado un pequeño porcentaje y lo había entregado a los pobres de Roma, cada uno de los cuales recibió cuatrocientos sestercios, treinta y seis libras de aceite y quince *modii* de trigo. ¿Qué habían hecho los pobres para merecer una parte? Los pobres no habían en sí de gozo, pero no así el ejército.

La opinión general entre los militares era que César tramaba algo, pero ¿qué? Al fin y al cabo, nada podía impedir a un liberto pobre alistarse en las legiones, así pues, ¿por qué César hacía una donación a hombres que no se habían alistado?

Las celebraciones por los triunfos por Egipto, Asia Menor y África siguieron en rápida sucesión, ninguna tan espectacular como la de la Galia, pero todas muy por encima de la media. El triunfo de Asia incluía un carro que mostraba a César en Zela rodeado de todas sus coronas: sobre esta

escena había un gran cartel bellamente escrito donde se leía: VENI, VIDI, VICI. La celebración por el triunfo de África fue la última, y la que obtuvo menos aprobación por parte de la elite romana, porque César, dejando que su indignación se impusiera a su sentido común, utilizó los teatrillos de los carromatos para escarnecer al alto mando republicano. Allí aparecían Metelo Escipión abandonándose a la pornografía, Labieno mutilando soldados romanos, y Catón bebiendo vino.

Los triunfos no fueron el final de los entretenimientos extraordinarios de ese año. César organizó también unos magníficos juegos funerarios por su hija, Julia, que había contado en vida con el afecto del pueblo de Roma. Había crecido en Subura rodeada de personas sencillas, y nunca se situó por encima de ellas. Por eso la habían incinerado en el Foro romano, y por eso sus cenizas yacían en una magnífica tumba del Campo de Marte, un hecho insólito.

Se representaron obras en el teatro de piedra de Pompeyo y en los escenarios provisionales levantados allí donde había espacio suficiente; gozaban de gran popularidad las comedias de Plauto, Enio y Terencio, pero a la gente le gustaban más las sencillas farsas atelanas. Se trataba de unas pantomimas llenas de personajes ridículos con máscaras. No obstante, debían tenerse en cuenta todos los gustos, así que un pequeño espacio se reservó para los elevados dramas de Sófocles, Esquilo y Eurípides.

César instituyó asimismo un certamen para la presentación de nuevas obras y ofreció un generoso premio para el ganador.

-Mi querido Salustio, deberías escribir obras además de textos de historia-dijo César.

Mejor sería que Salustio se hubiera dedicado a eso. Había tenido que abandonar el cargo de gobernador en la provincia de África tras haberla desvalijado sin pudor. El asunto llegó a oídos de César, quien pagó personalmente millones para compensar a los plutócratas del grano y el comercio agraviado. Y sin embargo César seguía sintiendo simpatía por Salustio.

-No, no soy un dramaturgo -respondió Salustio, moviendo la cabeza en un gesto de repugnancia ante la sola idea-. Estoy ocupado escribiendo una

historia muy precisa de la conspiración de Catilina.

César parpadeó.

-¡Por todos los dioses, Salustio! Espero que pongas por las nubes a Cicerón.

-Nada más lejos -contestó alegremente el impenitente saqueador de su provincia-. Culpo de todo el asunto a Cicerón. Él fabricó una crisis para elevar su consulado por encima de la banalidad.

-Roma podría alborotarse tanto como Utica cuando la publiques.

-¿Publicarla? No, no me atrevería a publicarla, César. -Rió entre dientes-. Al menos no hasta que Cicerón haya muerto. Espero no tener que esperar veinte años.

-No me extraña que Milo te hiciera azotar por coquetear con su querida Fausta -comentó César, y soltó una carcajada-. Eres incorregible.

Los juegos funerarios de Julia no se redujeron a obras de teatro. César cubrió con una carpa todo el Foro romano y su Foro julio, y ofreció combates de gladiadores, espectáculos con bestias salvajes, luchas entre prisioneros de guerra condenados, y exhibiciones de la última moda marcial, los duelos con espadas largas y finas inútiles en una batalla.

Tras lo cual ofreció un banquete público en nada menos que veintidós mil mesas. Entre las exquisiteces se incluían seis mil angulas de agua dulce que tuvo que pedir a su amigo Lucilio Hirro, que se negó a cobrárselas. El vino corrió como el agua, las mesas rebosaban comida y quedaron sobras suficientes para que los pobres se llevaran a casa sacos enteros para completar su dieta durante mucho tiempo.

Cicerón seguía escribiendo a Bruto a la Galia Cisalpina.

Sé que ya te he hablado de la vergonzosa sátira que hizo César sobre los héroes republicanos en África, pero continuó indignado por ello. ¿Cómo puede ese hombre tener tan excelente gusto por lo que se refiere a juegos y espectáculos, y sin embargo mofarse de sus meritorios oponentes romanos?

No obstante, no te escribo por eso. Por fin me he divorciado de la arpía de Terencia. ¡Treinta años de suplicio! Así que ahora soy un solterón disponible de sesenta años, una sensación muy extraña y liberadora. Hasta el momento se me han ofrecido dos viudas: una, la hermana de Pompeyo

Magno; la otra, su hija. ¿Sabías que Publio Sila murió de repente? El Gran Hombre se llevó un disgusto; siempre le había inspirado simpatía, no entiendo por qué. Una persona cuyo padre fue adoptado por un hombre como Sexto Perquitieno el Viejo y criado en esa casa tiene que ser un bellaco. Así que su Pompeya se ha quedado viuda. Sin embargo yo prefiero a la otra Pompeya. Para empezar, es treinta años más joven. Por otra parte, parece una viuda bastante optimista que apenas ha guardado luto por Fausto Sila. Probablemente ello se debe a que el Gran Hombre le permitió conservar todas sus propiedades, que son muchas. No me casaré con una mujer pobre, mi querido Bruto, pero tampoco me casaré, después de Terencia, con una mujer que tiene total control de su propia fortuna. Así que quizá ninguna Pompeya Magna sea la elección acertada. Los romanos dejamos mucha autonomía a las mujeres.

Se ha producido otro divorcio entre los Tulio Cicerón. Mi querida Tulia ha roto por fin su unión con el jabalí rabioso de Dolabela. Solicité que se le devolviera la dote, como es mi derecho cuando la esposa ha sido la parte perjudicada. Para mi sorpresa Dolabela accedió. Creo que intenta recuperar el favor de César, y de ahí la prometida devolución. César está obsesionado por que las mujeres reciban un trato correcto, y prueba de ello es su preocupación por Antonia Híbrida. ¿Y qué ha pasado entonces? Tulia me informa de que está embarazada de Dolabela. ¿Qué les pasa a las mujeres? Y no sólo eso, sino que además está muy abatida, no parece interesada en el niño que está en camino, y tiene la temeridad de culparme por el divorcio. Dice que yo la convencí con mis sermones. Me rindo.

Sin duda Cayo Casio te habrá escrito para anunciarte que regresa de la provincia de Asia. Creo que él y Vatia Isáulico no tienen nada en común excepto sus esposas, tus hermanas.

Bueno, Vatia se unió a César y no hay modo de desprenderle. Por lo que Casio me cuenta en su carta, Vatia es un gobernador muy estricto, ha regulado los tributos y los diezmos de la provincia de Asia (aunque la normativa no entrará en vigor hasta dentro de varios años) a fin de que un publicanos o cualquier otra clase de comerciante romano no pueda obtener ni un sestercio de beneficio desde Amanus hasta Propontis. Te pregunto,

Bruto, para qué tiene Roma provincias si no permite a los romanos sacar uno o dos sestercios de ellas.

Sinceramente, creo que César opina que Roma debería pagar a sus provincias, no a la inversa.

Cayo Trebonio ha llegado a Roma, expulsado de la Hispania Ulterior por Labieno y los dos Pompeyos, a lo que parece. Tuvo que hacer grandes esfuerzos después de la deplorable conducta de Quinto Casio cuando era gobernador; era una especie de Cayo Verres, dicen. Los tres republicanos se entregaron a un júbilo histérico y han estado reuniendo legiones con notable éxito. Tras anclar sus muchas naves en aguas baleares, Cneo Pompeyo vive ahora en Corduba como nuevo gobernador romano. Labieno es el comandante militar.

Me pregunto qué planea César.

-Creo que César viajará a Hispania tan pronto como concluya su actual legislación -dijo Calpurnia a Marcia y Porcia.

Los ojos de Porcia se encendieron y en su rostro asomó una expresión de esperanza.

-¡Esta vez será diferente! -exclamó, golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño derecho, entusiasmada-. Cada día que pasa las legiones de César son más desafectas, y desde los tiempos de Quinto Sertorio, Hispania ha producido legionarios tan buenos como los de Italia. Esperad y veréis: Hispania será el fin de César. Rogaré por ello.

-Vamos, Porcia -dijo Marcia, cruzando una triste mirada con Calpurnia-, recuerda quién nos acompaña.

-Bah -replicó Porcia, cogiendo la mano de Calpurnia-. ¿Por qué habría de importarle a la pobre Calpurnia? César se pasa el tiempo al otro lado del Tíber con esa mujer.

Muy cierto, pensó Calpurnia. Las únicas noches que duerme en su cama de la *Domus Publica* son las vísperas de una reunión del Senado. Cuando no es así, está con ella. Estoy celosa y no me gusta sentir celos. Odio a esa mujer, pero aún amo a César.

-Creo que la reina es muy ducha en cuestiones de gobierno -dijo Calpurnia con compostura-, y que él dedica al amor muy poco del tiempo

que pasa con ella. Por lo que dice, hablan de sus leyes. Y de asuntos políticos.

-¿Quieres decir que tiene la desfachatez de pronunciar su nombre ante su esposa? -preguntó Porcia con incredulidad.

-Sí, con frecuencia. Por eso no me preocupa mucho. César no ha cambiado en su trato conmigo. Soy su esposa. En el peor de los casos, ella es su amante, aunque me gustaría ver al niño -añadió con tristeza.

-Dice mi padre que es un niño precioso -dijo Marcia, y de inmediato arrugó la frente-. Lo interesante es que el hijo de Atia, Octavio, detesta a la reina y se niega a aceptar que el niño sea hijo de César. Aunque mi padre dice que sin duda el niño es hijo de César, pues se le parece mucho. Octavio la llama la reina de las bestias, a causa de sus dioses, que por lo visto tienen cabeza de animal.

-Octavio tiene celos de ella -afirmó Porcia.

Calpurnia abrió los ojos desmesuradamente.

-¿Celos? Pero ¿por qué?

-No lo sé, pero mi Lucio lo conoce de la instrucción en el Campo de Marte, y asegura que no lleva esos celos en secreto.

-No sabía que Octavio y Lucio Bibulo fueran amigos -dijo Marcia.

-Son de la misma edad, diecisiete años, y Lucio es uno de los pocos que no se burla de Octavio cuando va a hacer la instrucción.

-¿Por qué han de burlarse de él? -preguntó Calpurnia, perpleja.

-Porque tiene ahogos., Mi padre -prosiguió Porcia, transfigurada por la mera mención de Catón- diría que Octavio no debería ser castigado por lo que es una imposición de los dioses. Mi Lucio está de acuerdo.

-Pobre muchacho. No lo sabía -dijo Calpurnia.

-Como vivo en esa casa, yo sí lo sé -comentó Marcia sombríamente-. Hay momentos en que Atia teme por la vida de Octavio.

-Pero aún no entiendo por qué tiene celos de la reina Cleopatra -dijo Calpurnia.

-Está celoso porque ella le ha robado a César -le informó Marcia-. César pasaba mucho tiempo con Octavio hasta que la reina llegó a Roma. Ahora se ha olvidado de que Octavio existe.

-Mi padre condena los celos -declaró Porfia-. Dice que destruyen la paz interior.

-No creo que seamos muy celosas, y sin embargo ninguna de nosotras disfruta de paz interior -apuntó Marcia.

Calpurnia cogió un gatito que pasaba por allí y le besó la cabeza lustrosa y redonda.

-Tengo el presentimiento -dijo rozando con la mejilla el abultado vientre del animal- de que la reina Cleopatra tampoco está en paz.

Una sagaz conjetura. Tras enterarse de que César iría a Hispania para atajar la rebelión republicana, Cleopatra se mostró consternada.

-¡Pero no puedo vivir en Roma sin ti! -dijo-. Me niego a quedarme aquí sola.

-Te diría que volvieras a Egipto, pero en otoño e invierno el mar es peligroso entre aquí y Alejandría -contestó César, conteniendo el mal genio-. Ten paciencia, amor mío, la campaña no será larga.

-He oído decir que los republicanos tienen trece legiones.

-Imagino que eso como mínimo.

-Y tú has licenciado a todas tus legiones veteranas menos dos.

-La Quinta Alauda y la Décima. Pero Rabirio Póstumo, que ha accedido a actuar otra vez como mi *praefectus fabrum*, está reclutando hombres en la Galia Cisalpina y allí muchos de los veteranos licenciados están bastante aburridos como para reengancharse. Contaré con ocho legiones, suficientes para derrotar a Labieno -dijo César, y se inclinó para darle un largo beso. Está todavía irritada, pensó él. Mejor cambiar de tema-. ¿Has examinado los datos del censo?

-Sí, y son excelentes -contestó ella con calidez, dejándose llevar-. Cuando vuelva a Egipto, instituiré un censo similar. Lo que me fascina es cómo conseguiste adiestrar a miles de hombres para que reunieran la información puerta por puerta.

-A la gente le gusta hacer preguntas. El adiestramiento se centra en enseñarles a tratar con personas a quienes no les gusta que les pregunten sobre su vida.

-Tu talento me obnubila, César. Lo haces todo de una manera tan eficaz, y sin embargo tan rápida... Los demás vamos a rastras detrás de ti.

-Sigue con tus halagos, y no cabré por la puerta -dijo él con ligereza y luego frunció el entrecejo-. Al menos tus elogios parecen sinceros. ¿Sabes qué han puesto esos idiotas en la horrible cuádriga de oro que erigieron en el pórtico de Júpiter óptimo Máximo?

Cleopatra lo sabía. Si bien ella lo aprobaba y estaba de acuerdo, ya conocía a César lo bastante bien para entender por qué le había indignado tanto. El Senado y las Dieciocho habían encargado una escultura de oro de César en una cuádriga colocada sobre un globo del mundo, otro de los honores que le hacían contra su voluntad.

«Estoy en un dilema respecto a estos honores -le había confesado César hacía un tiempo-. Cuando los rechazo, me califican de grosero e ingrato, y cuando los acepto, me califican de altivo y arrogante. Les dije que me negaba a consentir esa espantosa construcción, pero han seguido adelante de todos modos.»

César no había visto «la espantosa construcción» hasta esa mañana, cuando la descubrieron. El escultor, Arcesilao, había hecho un buen trabajo; sus cuatro caballos eran magníficos. Gratamente sorprendido, César había dado una vuelta a su alrededor con ecuanimidad hasta fijarse en la placa sujeta en la parte delantera del carro. Decía, en griego, exactamente lo mismo que la estatua de él en el ágora de Éfeso: DIOS MANIFIESTO y todo lo demás.

-¡Quitad esa abominación! -gritó.

Nadie hizo ademán de obedecer. Uno de los senadores llevaba una daga al cinto; César se la arrebató y la utilizó para hundirla en la superficie de oro cincelado hasta que la placa se desprendió.

-¡Nunca digáis eso de mí! -ordenó, y se marchó, tan furioso que pisoteó la placa, que quedó convertida en un amasijo de metal.

Así pues, en ese momento Cleopatra dijo pacíficamente:

-Sí, ya lo sé. Y lamento que te ofendiera.

-No quiero ser rey de Roma. Y no quiero ser un dios -gruñó él.

-Eres un dios -se limitó a decir ella.

-¡No, no es verdad! Soy un simple mortal, y muy sencillo, y padeceré el destino de todos los mortales, Cleopatra. ¡Moriré! ¿Lo oyes? ¡Moriré! Los dioses no mueren. Si me hicieran dios después de muerto sería distinto. Dormiría el sueño eterno y no sabría que era un dios. Pero mientras sea mortal, no puedo ser dios. ¿Y para qué necesito ser rey de Roma? Como dictador puedo hacer todo aquello que deba hacerse.

-Es como un toro atormentado por una multitud de niños que están a salvo al otro lado de la barrera -dijo Servilia a Cayo Casio con gran satisfacción-. ¡Me estoy divirtiendo! Y Pontio Aquila también.

-¿Cómo está tu devoto amante? -preguntó Casio con dulzura.

-Trabajando para mí contra César, pero muy sutilmente. Desde luego, César no siente simpatía por él, pero la equidad es una de las debilidades de César, así que si un hombre promete, es ascendido, aun tratándose de un republicano indultado... y amante de Servilia -explicó con ironía.

-¡Qué arpía eres!

-Y siempre lo he sido. Tenía que serlo para sobrevivir en la casa del tío Druso. Ya sabes que Druso me confinó en la habitación de los niños y me prohibió salir hasta que me casé con el padre de Bruto, ¿no? -preguntó.

-No, no lo sabía. ¿Por qué un Livio Druso haría una cosa así?

-Porque yo espiaba para mi padre, que era enemigo de Druso.

-¿A qué edad?

-A los nueve, diez, once.

-Pero ¿por qué vivías con el hermano de tu padre en lugar de con tu padre? -quiso saber Casio.

-Mi madre cometió adulterio con el padre de Catón -respondió ella, contrayendo el rostro pese a la lejanía del recuerdo-, y mi padre decidió tratar a los hijos que tuvo con ella como si no fueran suyos.

-Eso lo explica -dijo Casio-, y sin embargo, ¿espiaste para él?

-Era un Servilio Cepio patricio -dijo ella, como si eso lo justificara todo. Conociéndola, Casio supuso que así era.

-¿Qué pasó con Vatia en la provincia de África? -preguntó ella.

-No me permitió recaudar las deudas mías ni las de Bruto.

-Ah, ya veo.

-¿Cómo está Bruto?

Servilia enarcó las cejas con expresión de indiferencia.

-¿Cómo voy a saberlo? A mí no me escribe más de lo que te escribe a ti. Él y Cicerón se cartean continuamente. Bueno, ¿y por qué no? Los dos son como dos viejas.

Casio sonrió.

-De camino hacia aquí vi a Cicerón en Túsculo, y me quedé en su casa a pasar la noche. Está muy ocupado escribiendo un elogio a Catón. Quizá te guste la idea. Aunque no, posiblemente no. No obstante, la inminencia de la guerra en las Hispanias le tenía muy agitado. Lo cual me sorprendió, dado lo mucho que detesta a César. Le pregunté por qué, y dijo que si los Pompeyos vencen a César, en su opinión serían mucho peores gobernantes de Roma que César.

-¿Y qué contestaste a eso, querido Casio?

-Que, al igual que él, me conformaría con el tranquilo dictador que ya conocemos. Los Pompeyos proceden de Piceno, y nunca he conocido a un picentino que no fuera cruel hasta la médula. Rasca en la superficie de un picentino y debajo aparecerá un bárbaro.

-Por eso los picentinos son tan buenos tribunos de la Asamblea de la Plebe. Les gusta atacar por la espalda, y nunca son tan felices como cuando pueden cometer fechorías. ¡Bah! -dijo Servilia-. Al menos César es un romano de los de verdad.

-Tanto es así que tiene la ascendencia necesaria para ser rey de Roma.

-Al igual que Sila -coincidió ella-. Sin embargo, y también como Sila, no quiere ser rey de Roma.

-Si puedes afirmar eso tan rotundamente, ¿por qué tú y otros os esforzáis tanto por difundir la idea de que César arde en deseos de ceñirse la diadema?

-Por hacer algo -dijo Servilia-. Además, yo misma debo llevar dentro algo de picentina. Me encantan las fechorías.

-¿Has conocido a su majestad? -preguntó Casio, notando crecer su propio carácter romano. Qué a gusto se sentía otra vez en Roma. Tertula

quizá fuera medio de César, pero su otra mitad era pura Servilia, y las dos mitades se unían para hacer de ella una esposa fascinantemente seductora.

-Querido mío, su majestad y yo somos íntimas amigas -susurró Servilia-. ¡Qué tontas llegan a ser las mujeres romanas! ¿Te puedes creer que la mayoría de mis iguales han decidido llamar a la reina de Egipto *infra dignitatem*? Las muy tontas.

-¿Por qué tú no la encuentras por debajo de tu dignidad?

-Me parece más interesante mantener buenas relaciones con ella. En cuanto César parta hacia Hispania, la pondré a la moda.

Casio frunció el entrecejo.

-Estoy seguro de que tus motivos no son admirables, mi querida suegra, pero sean cuales sean, se me escapan. Sabes muy poco de ella. podría ser una víbora más astuta que tú.

Servilia levantó los brazos y se desperezó.

-Ahí te equivocas, Casio. Sé mucho de Cleopatra. Tal vez ignores que su hermana menor pasó dos años aquí en Roma. César la exhibió, como cautiva en la celebración del triunfo egipcio. La alojaron con la vieja Cecilia, y como Cecilia es una buena amiga mía, conocí bastante bien a la princesa Arsinoe. Charlamos durante horas sobre Cleopatra.

-De esa celebración hace casi seis meses. ¿Dónde está la princesa Arsinoe ahora? -Casio miró a su alrededor en un gesto teatral-. Me sorprende que no viva aquí contigo.

-Viviría aquí si tuviera ocasión de acogerla. Por desgracia César la embarcó con rumbo a Éfeso el día después de la celebración. He oído decir que allí ha de servir en el templo de Artemis. En cuanto huya, se pondrá una buena recompensa a su cabeza. Por lo visto César prometió a Cleopatra que cortaría las alas a Arsinoe. ¡Qué lástima! Me hacía mucha ilusión reunir a las dos hermanas.

Casio se estremeció.

-Hay momentos, Servilia, en que me alegro profundamente de ser de tu agrado.

En respuesta, ella cambió de tema.

-¿De verdad prefieres a César como dictador, Casio?

El rostro de Casio se ensombreció.

-Preferiría no tener dictador. Aceptar a un dictador es una ofensa contra Quirino -gruñó.

VI

APARECEN LOS VETERANOS

Desde intercalaris del 46 a.C. hasta
septiembre del 45 a.C.

Capítulo 1

El sobrino de César, Quinto Pedio, y Quinto Fabio Máximo habían conducido cuatro «nuevas» legiones desde Placentia en la Galia Cisalpina occidental durante noviembre, y llegado a la Hispania Ulterior un mes más tarde. Según las estaciones era finales del verano, y hacía mucho calor; para su satisfacción encontraron que la provincia no estaba bajo el total control de los tres generales republicanos, y pudieron acampar debidamente río Betis arriba y comprar la cosecha de la región. Las órdenes de César eran esperarlo y emplear el tiempo acumulando provisiones, pese a que no preveía una campaña larga. En cuestiones de logística, el lema de César era: vale más prevenir que curar.

Al comienzo de los sesenta y siete días de *intercalaris* que siguieron a diciembre, esta cómoda situación cambió. Apareció Labieno con dos legiones de romanos bien adiestrados y cuatro legiones de inexpertos soldados locales, y puso cerco al campamento. En una batalla campal los legados de César, Pedio y Fabio Máximo, habrían salido bien librados, pero en un asedio Labieno podía sacar mayor provecho de su superioridad numérica, y así sucedió. Sin duda valió más prevenir que curar. Sitiadas o no, las tropas de César tenían con qué alimentarse. Dudando de la posibilidad de conservar el suministro de agua del arroyo que atravesaba el campamento, las cuatro legiones acampadas cavaron pozos y se dispusieron a esperar el rescate de César.

Con la Décima, la Quinta Alauda y dos legiones nuevas compuestas básicamente de veteranos aburridos, César partió de Placentia en el mismo momento en que se iniciaba el sitio a las tropas de sus dos legados en la Hispania Ulterior. La distancia hasta Corduba por la Via Domitia era de casi dos mil kilómetros, y fue una de las características marchas de César: la recorrieron en veintisiete días a una media de sesenta kilómetros diarios,

gracias en parte al hecho de que ya no era necesario levantar un campamento cada noche. La Galia de la Via Domitia estaba tan pacificada que ni siquiera César tenía necesidad de campamentos, paredes, zanjas y empalizadas. Eso cambió cuando atravesaron el paso desde Laminium en la Hispania Citerior hasta Oretum en la Hispania Ulterior, pero por entonces quedaban sólo doscientos cincuenta kilómetros de marcha.

En cuanto César llegó, Labieno desapareció.

Sexto Pompeyo retenía la capital fortificada de Corduba mientras su hermano mayor, Cneo, con el grueso del ejército, sitiaba la población de Ulia, desafiantemente antirrepublicana. Pero en cuanto Labieno informó de que César se disponía a tomar Corduba antes de que Sexto pudiera conseguir refuerzos, Cneo Pompeyo levantó el sitio para regresar a Corduba. Justo a tiempo.

-Tenemos trece legiones, y César sólo ocho -dijo Cneo Pompeyo dirigiéndose a Labieno, Atio Varo y Sexto Pompeyo-. Propongo que nos enfrentemos a él ahora y lo derrotemos de una vez por todas.

-¡Sí! -exclamó Sexto.

-Sí-repitió Atio Varo con menos entusiasmo.

-Me niego en redondo -dijo Labieno.

-¿Por qué? -preguntó Cneo Pompeyo-. Acabemos con esto de una vez, por favor.

-En estos momentos las huestes de César pueden comer, pero pronto llegará el invierno, y según los lugareños, será un invierno crudo -respondió Labieno con sensatez-. Dejemos que César haga frente al invierno. Lo acosaremos, le impediremos que reúna víveres y lo obligaremos a agotar sus provisiones.

-Tenemos cinco legiones más que él -recordó Cneo, poco convencido-. Cuatro de nuestras trece se componen de soldados romanos veteranos, otras cinco están casi al mismo nivel, lo cual significa que tenemos sólo cuatro legiones de reclutas, y según has dicho tú mismo, Labieno, no son malas.

-Lo que tú no sabes y yo sí, Cneo Pompeyo, es que César cuenta también con ocho mil soldados de caballería galos. Cuando César cruzó el paso les llevaba unos cuantos días de ventaja, pero ahora ya están aquí. Pero

ha sido un año de sequía, hay pocos pastos, y si este invierno nieva en la zona alta del Betis, César los perderá. Ya conoces a la caballería gala. -Se interrumpió, gruñó y adoptó una expresión sarcástica-. No, no la conoces. Pues yo sí. Trabajé con ellos durante ocho años. ¿Por qué crees que César acabó prefiriendo a los germanos? Cuando sus preciosos caballos empiezan a sufrir, los galos se vuelven a casa. Así que dejaremos a César en paz hasta la primavera. En cuanto los caballos empiecen a pasar hambre, César tendrá que despedirse de la caballería.

Los dos Pompeyos recibieron la noticia con honda decepción, pero eran dignos hijos de su padre. Pompeyo Magno nunca combatía amenos que sus tropas superaran mucho numéricamente a las del enemigo. Ocho mil caballos daban clara superioridad a César.

Cneo Pompeyo suspiró y golpeó la mesa con el puño en un gesto de frustración.

-Muy bien, Labieno, comprendo tus argumentos. Dedicaremos el invierno a impedir que César pueda descender a las laderas béticas en busca de praderas sin nieve.

-Labieno está aprendiendo -comentó César a sus legados, que ahora incluían a Dolabela, Calvino, Messala Rufo, Polio y su almirante, Cayo Didio. Inevitablemente lo acompañaba también Tiberio Claudio Nerón, cuyo único valor era su nombre; César necesitaba a todos los patricios de abolengo disponibles para dignificar su causa-. Será difícil encontrar forraje suficiente para los caballos. Son un estorbo en cualquier campaña, pero con Labieno en el campo de batalla los necesitaremos. Su caballería hispánica es excelente, y cuenta al menos con varios millares. Y puede conseguir más.

-¿Qué te propones, César? -preguntó Quinto Pedio.

-Permanecer aquí en la parte alta del Betis por el momento. Para cuando arrecie el frío del invierno, tengo unas cuantas ideas. Primero debemos convencer a Labieno de que su táctica da resultado. -César miró a Quinto Fabio Máximo-. Quinto, quiero que tus legados de menor rango dediquen sus ratos de ocio a buscar hombres de confianza entre mis centuriones y los utilicen para evaluar la actitud de mis legiones. No he percibido señales de motín, pero los días en que confiaba plenamente en mis huestes han

quedado atrás. La mayoría de los hombres que Ventidio reclutó en Placentia son veteranos, y me consta que excluyó a los descontentos. En todo caso debemos permanecer atentos.

Se produjo un incómodo silencio. Era terrible comprobar que César, el general soldado, pensaba de ese modo en el presente. Sin embargo tenía razones para ello. El motín era insidioso. Cuando los hombres que manipulaban a la tropa descubrían que era posible, éste se convertía en una manera de controlar al general. En el ejército la situación era inestable desde que Cayo Mario admitió en las legiones a los miembros del censo por cabezas que tenían prohibido poseer tierras, y el motín era sólo un síntoma más de esa inestabilidad. César buscaría una solución.

A principios de enero, con el calendario y las estaciones ya en perfecta concordancia, César puso en práctica una de sus ideas, procediendo a sitiar la localidad de Ategua, a un día de marcha de Corduba en dirección sur a lo largo del río Salsum. Justo en las fauces del león. En Ategua había una gran cantidad de comida pero, más importante aún, Labieno guardaba allí el forraje de sus caballos para el invierno.

Era un invierno crudo, y la marcha de César fue tan secreta como inesperada. Cuando Cneo Pompeyo se enteró y sacó sus tropas de Corduba para impedir la captura de Ategua, César ya había rodeado el pueblo a la manera de Alesia: con un doble cerco de fortificaciones, el interior circundando el pueblo, el exterior para mantener a raya las tropas de refuerzo de Cneo Pompeyo. Las ocho legiones de César estaban entre los dos cercos, en tanto que los ocho mil hombres de la caballería gala acosaban sin cesar a Cneo Pompeyo. Tito Labieno, que se encontraba ausente en una misión, llegó y contempló con severidad la doble barricada de César.

-No puedes auxiliar a Ategua ni romper el cerco, Cneo -dijo Labieno-. Lo único que consigues es perder hombres en las escaramuzas de la caballería de César. Retírate a Corduba. Ategua es una causa perdida.

Cuando el pueblo cayó pese a su heroica resistencia, fue un golpe para los republicanos en muchos sentidos. Por un lado, César pudo alimentar a sus caballos, y por otro Labieno tuvo que llevar a los suyos a pastar más

cerca de la costa; pero además los hispánicos empezaron a perder la confianza. Aumentaron notablemente las deserciones entre los reclutas hispánicos.

Para César, lo que debería haber sido una gran satisfacción se vio empañado por una carta y un pergamino de Servilia.

He pensado que los pergaminos adjuntos, César, te molestarían tanto como a mí. Al fin y al cabo, aparte de mí, eres la única persona que conozco cuyo aborrecimiento hacia Catón es tan grande como el monte Ararat. Esta «joya» es obra de ese campesino, Cicerón, y naturalmente la ha publicado Ático. En cuanto tuve ocasión de conocer al hipócrita plutócrata que se las arregla para estar en buenas relaciones contigo y con tus enemigos, le lancé una filípica que no olvidará en mucho tiempo.

«Además de hipócrita, eres un parásito, Ático -dije-. El intermediario por antonomasia, que obtiene toda clase de beneficios sin el menor talento. Me alegro que César haya establecido una de sus colonias más grandes para el censo por cabezas en tu latifundio de Épiro. Así aprenderás lo que puede pasar cuando uno inicia un negocio en tierras públicas. Espero que te pudras en vida, y espero que los pobres de César causen estragos en tu latifundio.»

No podría haber encontrado una manera mejor que ésa de alarmarlo. Por lo visto él y Cicerón pensaban que habían apartado a tu colonia lejos del ganado y las tenerías de Ático. Ahora saben que están aún en Butrotum. César, no te dejes convencer por Ático para trasladar a otra parte esa colonia. Ático no es dueño de la tierra, no paga arriendo por la tierra, y se merece todos los daños que podáis causarle tú y el censo por cabezas. ¡Publicar ese asqueroso himno de elogio al peor hombre que se ha sentado jamás en el Senado! Estoy furiosa. Cuando leas el *Catón* de Cicerón, también tú montarás en cólera. Por supuesto, ese idiota de hijo mío lo considera extraordinario. Por lo visto había escrito un pequeño panfleto ensalzando al tío Catón, pero lo rompió después de leer el panegírico de Cicerón.

Dice Bruto que volverá a Roma en cuanto Vibio Pansa llegue para sustituirlo en el gobierno de la Galia Cisalpina. Francamente, César ¿de dónde sacas a esos don nadie? Aun así, Pansa tiene dinero suficiente para

haberse casado con la hija de Fufio Caleno, así que me atrevería a decir que Pansa llegará lejos. Ahora están en Roma unos cuantos de tus antiguos legados en la Galia, desde el pretor Décimo Bruto hasta el ex gobernador Cayo Trebonio.

Sé que Cleopatra te escribe unas cuatro veces al día, pero he pensado que quizá te gustaría leer algo de otra persona en un tono más desapasionado. Ella sobrevive, pero está muy triste sin ti. ¿Cómo tuviste el valor de decirle que sería una campaña corta? Pasará un año antes que se te vuelva a ver en Roma, calculo. ¿Y por qué demonios la instalaste en ese mausoleo de mármol? La pobre está siempre helada. El invierno es frío y ha llegado pronto; hay hielo en el Tíber y Roma ya está nevada. Supongo que el invierno alejandrino se parece a los últimos días de la primavera en Roma. Al niño le va mejor, y piensa que jugar en la nieve es la mejor diversión que se ha inventado.

Ahora, los chismes: Fulvia está embarazada de Antonio y tiene tan buen aspecto como de costumbre. Imagínatelo, un vástago, probablemente varón, del tercero de sus amigos camorristas. Clodio, Curio, y ahora Antonio.

Cicerón-¡oh, no puedo quitarme de encima a ese hombre! se casó el otro día con su pupila de diecisiete años, Publilia. ¿Qué te parece? Repugnante.

Lee el *Catón*. Cicerón, dicho sea de paso, ardía en deseos de dedicárselo a Bruto, pero Bruto declinó el insigne honor. ¿Por qué? Porque sabía que si aceptaba, yo lo asesinaría.

César leyó el *Catón* con al menos tanta rabia e indignación como Servilia, y su ira estaba al rojo vivo cuando lo acabó. Catón, decía Cicerón, era el romano más noble que había existido, el servidor más leal y más firme de la extinta República, el enemigo de todos los tiranos como César, el permanente protector del *mos maiorum*, el héroe incluso en la muerte, el perfecto marido y padre, el orador brillante, el frugal dueño de sus apetitos físicos, el verdadero estoico hasta el final, y muchas cosas más. Quizá si Cicerón no hubiera ido más lejos, César habría digerido el Catón. Pero Cicerón había ido mucho más lejos. La obra ponía especial énfasis en el contraste entre la virtudes superlativas de Marco Porcio Catón y las inefables bajezas del dictador César.

Temblando de cólera, César permaneció tenso en su silla y se mordió los labios hasta hacerlos sangrar. Así que ésa es tu opinión, Cicerón, ¿no? Muy bien, Cicerón, estás acabado. César nunca volverá a pedirte nada. Nunca te sentarás en el Senado de César aunque le supliques de rodillas. En cuanto a ti, Ático, editor de este texto injusto y malicioso, César hará lo que propone Servilia. Los pobres inmigrantes invadirán Butrotum.

Durante la marcha hacia la Hispania Ulterior César había matado el tiempo escribiendo un poema. Se titulaba *Iter* -«El viaje»-, y al releerlo, le pareció mucho mejor que al principio. Era lo mejor que había escrito en muchos años, lo bastante bueno para publicarlo.

Por supuesto, tenía intención de enviárselo a Ático, cuyo pequeño ejército de amanuenses realizaba un magnífico trabajo. Pero ahora *Iter* iría a los hermanos Sosio para su publicación. Ático tampoco recibiría ningún favor dictatorial en el futuro. No era necesario ser rey de Roma para tomar represalias. Bastaba con ser dictador de Roma.

Transformada su ira en glacial determinación, César empezó a escribir una refutación del *Catón* de Cicerón, en la que rebatiría punto por punto el texto de Cicerón. Utilizaría una prosa ante la cual Cicerón se retorcería por su propia falta de talento. El *Catón* no podía pasarse por alto. Los lectores considerarían a César peor que cualquier tirano griego pese al partidismo y las tergiversaciones del texto. Éste requería una respuesta.

Normalmente era César quien buscaba una batalla campal para poner fin rápidamente a una guerra, pero en Hispania fueron los republicanos. César estaba demasiado absorto en su «Anti-Catón» para pensar en batallas.

Sexto Pompeyo disfrutó enormemente leyendo el *Catón* de Cicerón, pero le decepcionó el hecho de que no hablara de la marcha de *Catón*, momento que, para Sexto Pompeyo, representaba la última ocasión en que sintió verdadera felicidad. La provincia de África le había resultado detestable, e Hispania era aún peor. Sexto Pompeyo era incapaz de sentir simpatía por Tito Labieno, y encontraba a Atio Varo un hombre insignificante y venal. El pobre Cneo era el único por el que merecía la pena combatir, y sin embargo éste parecía haber perdido su antiguo fervor por la lucha republicana.

-El combate en tierra no es lo mío, Sexto, ésa es la verdad -admitió Cneo sombríamente cuando se dirigían a una reunión con Labieno y Atio Varo. Era el primer día de marzo; el sol de Hispania empezaba a calentar otra vez, y en Corduba ya no hacía frío-. Soy un almirante.

-Yo también me encuentro más a gusto en el mar-dijo Sexto-. ¿Qué va a pasar?

-Intentaremos provocar una batalla contra César lo antes posible. -Cneo se detuvo y agarró a su hermano de la muñeca con fuerza-. Sexto, ¿me prometes una cosa?

-Lo que sea, ya lo sabes.

-Si caigo en el campo de batalla o me llega el fin de algún otro modo, ¿te casarás con Escribonia?

Notando un hormigueo en la mano, Sexto se soltó.

-¡Ni hablar! -contestó-. Eso es ridículo. No va a pasarte nada. -Tengo una premonición.

-Tú y todos los que vamos a entrar en combate.

-Admito que puede tratarse de una fantasía, pero ¿y si no lo es? No quiero que mi querida Escribonia sea cautiva de César. No tiene dinero ni parientes en la familia de César. -En los ojos azules de Cneo se advertía una sinceridad desesperada que Sexto ya había visto antes, en los ojos de su padre cuando hablaba de huir a la lejana Serica-. Por alguna razón, Sexto, no tengo ninguna premonición respecto a ti. Venzamos o perdamos en la lucha contra César, sobrevivirás y escaparás. Por favor, te lo ruego, llévate a Escribonia contigo. Ten con ella a los nietos de nuestro padre, ya que yo no lo he conseguido. Dime que lo harás. Prométemelo.

Para que Cneo no viera sus lágrimas, Sexto lo abrazó con una convulsión de amor y pesar.

-Te lo prometo, Cneo.

-Bien. Ahora veamos qué nos cuenta Labieno.

El alto mando reunido acordó que el ejército abandonaría las inmediaciones de Corduba y se desplazaría hacia el sur para atraer a César y alejarlo así de sus bases y sus provisiones. Para Cneo Pompeyo, la mayor

sorpresa llegó de Labieno, que se negó a asumir el mando en el campo de batalla.

-No tengo la suerte de César -se limitó a decir-. Me ha costado dos batallas comprenderlo, pero ahora lo sé. Cada vez que la estrategia ha estado en mis manos, hemos perdido. Así que ahora es tu turno, Cneo Pompeyo. Me pondré al frente de la caballería y obedeceré tus órdenes.

El primogénito de Pompeyo Magno miró horrorizado a Labieno. Si aquel hombre fogueado y ya canoso decía eso, ¿qué ocurriría? Él sabía que ocurriría. Labieno podía achacar las derrotas a la suerte de César, pero Cneo Pompeyo pensaba que se debían más a la habilidad de César.

Esta idea se vio confirmada el quinto día de marzo, cuando se desató la batalla cerca de un pueblo llamado Soricaria. Cneo Pompeyo descubrió que no poseía la destreza ni la intuición de su padre para la guerra en tierra. Él y su infantería salieron mal parados, pero el enfrentamiento no fue decisivo pese a las pérdidas republicanas. Cneo Pompeyo se retiró a lamerse las heridas, erosionada aún más la confianza en sus posibilidades, cuando un esclavo le informó de que los tribunos y soldados hispánicos huían furtivamente. Sin saber si obraba de manera correcta, hizo detener a los desertores por la noche; por la mañana, con un gesto de indiferencia los dejó marchar. Si los hombres no estaban dispuestos a luchar, ¿para qué retenerlos?

-Somos muy pocos los que estamos consagrados a la causa -dijo a Sexto con lágrimas en los ojos-. No hay nadie sobre la faz de la tierra con el talento necesario para vencer a César, y yo estoy cansado. -Tendió la mano y entregó un papel a Sexto-. Ha llegado esto de César al amanecer. Todavía no se lo he mostrado a Labieno ni a Atio Varo, pero debo hacerlo.

Para Cneo Pompeyo, Tito Labieno y los legados y hombres del ejército republicano: la clemencia de César se ha acabado. Sirva este comunicado como aviso de ese hecho. No habrá más indultos, ni siquiera para hombres que nunca hayan sido indultados. Los reclutas hispánicos serán considerados igualmente culpables y sufrirán el castigo en consonancia, del mismo modo que todos los pueblos que hayan ayudado a la causa

republicana. Todos los hombres en edad de combatir que se encuentren en cualquier pueblo serán ejecutados sumariamente.

-César está furioso -susurró Sexto-. Cneo, tengo la sensación de haber dado un puntapié por error a un avispero en lugar de a una pelota. ¿Por qué está tan furioso? ¿Por qué?

-No tengo la menor idea -respondió Cneo, y fue a enseñar la nota a Labieno y Atio Varo.

Labieno lo sabía. Con el sudor brillándole en la frente, clavó una pétrea mirada en los dos Pompeyos.

-Se le ha acabado la paciencia. La última vez que ocurrió eso fue en Uxellodunum, donde amputó las manos a cuatro mil galos y los envió a mendigar de un extremo de la Galia al otro.

-¡Por todos los dioses! -exclamó Sexto, horrorizado-. ¿Por qué?

-Para demostrar a los galos que si seguían resistiéndose, no recibirían más misericordia. Ocho años, pensó, eran misericordia más que suficiente. Tú ya tienes edad para recordar el mal genio de César, Cneo. Cuando se le acaba la paciencia, se desboca. Nada puede detenerlo.

-¿Qué debo hacer? -preguntó Cneo.

-Lee el comunicado al ejército antes del combate. -Labieno cuadró los hombros-. Mañana buscaremos el lugar idóneo para presentar batalla. Lucharemos hasta la muerte, y yo personalmente la convertiré en la batalla más difícil de la incomparable carrera de César.

Encontraron el terreno apropiado cerca del pueblo de Munda, en el camino que iba desde Astigi hasta Calpe, en la costa, la Columna de Hércules del lado hispánico del estrecho. Al ser un puerto bajo de montaña, Munda proporcionó a los republicanos un excelente terreno cuesta abajo; para César, que a su llegada correría jubiloso hacia el estandarte de combate, supondría luchar cuesta arriba. El plan de César consistía en mantener la posición con la infantería hasta que su enorme cuerpo de caballería, agrupado en su ala izquierda, pudiera adelantar a los republicanos por la derecha y rodear a todo su ejército. No sería fácil en un terreno en pendiente y con un enemigo avisado de que no habría cuartel durante la batalla, ni clemencia después de la batalla.

Los dos bandos trabaron combate poco después del amanecer, y el resultado fue un enfrentamiento sanguinario e interminablemente largo. No hubo oportunidad de desarrollar tácticas brillantes o innovadoras en Munda, quizá la batalla más directa que César había librado. Fue también la que estuvo más cerca de perder, ya que los republicanos se negaron a ceder terreno y no permitieron a César desplegar su caballería. Munda fue un combate lento, cuerpo a cuerpo, con César en notable desventaja, luchando cuesta arriba y con cuatro legiones de infantería menos. Las tropas de Cneo Pompeyo se habían tomado muy en serio el mensaje de César y lucharon con denuedo y desesperación.

Al cabo de ocho horas aún no había nada decidido en Munda. A lomos de *Génitor* en lo alto de un buen punto de observación, César vio cómo su primera línea empezaba a flaquear y romperse. Desmontó al instante, cogió el escudo, desenvainó la espada y se abrió paso a través de sus hombres hasta la primera fila, donde la Décima ya no resistía.

-¡Vamos, *cunni*, si no son más que niños! -vociferó, repartiendo golpes a diestra y siniestra-. Si esto es todo lo que sabéis hacer, será vuestro último día de vida y también el mío, porque moriré con vosotros.

La Décima reaccionó, cerró filas y luchó con César en medio. Con el sol a punto de ponerse y sin desenlace a la vista, fue Quinto Pedio el que subió al punto de observación. Adiestrado por César, vio una oportunidad para la caballería y ordenó que ésta cargara contra el flanco derecho de Pompeyo Magno, comandada por un joven tribuno llamado Salvidieno Rufo. Los galos, reforzados por un millar de germanos, siguieron a Salvidieno, embistieron a la caballería de Labieno, la arrollaron y cayeron sobre la retaguardia de Pompeyo.

Al anochecer, cubrían el campo de batalla los cadáveres de treinta mil republicanos y sus aliados hispánicos. De la Décima legión de César apenas sobrevivió nadie. Por fin sus componentes habían expiado el motín. Tito Labieno y Publio Atio Varo murieron en combate, casi voluntariamente, en tanto que los dos Pompeyos escaparon.

Cneo huyó a Hispalis e intentó encontrar refugio allí, pero Cesenio Lento, un legado menor de César, le persiguió, lo mató; lo decapitó y colgó

su cabeza en la plaza del mercado. Cayo Didio, haciendo limpieza en la región, la encontró y se la envió a César, consciente de que a éste no le complacería aquella atrocidad; Cesenio Lento perdería rápidamente el favor de César por semejante acción.

Casi cegado por la fatiga, Sexto subió a lomos de un caballo sin jinete e instintivamente se encaminó hacia Corduba, donde Cneo había dejado a Escribonia. Obligado a ir de hurtadillas de un sitio a otro porque los hispánicos se arrepentían sinceramente de haber tomado partido por los republicanos, Sexto había dado un rodeo de más de ciento cincuenta kilómetros antes de ver Corduba a lo lejos; habían pasado dos noches desde la batalla de Munda.

Al oír el ruido de unos caballos al trote por el camino se ocultó en una arboleda, desde donde observó a los hombres que pasaban ante él bajo la luz de la luna. Allí, ensartada en una lanza, vio la cabeza de su hermano, los ojos sin vida dirigidos al cielo, la boca tórcida en una mueca de dolor. ¡Cneo, Cneo!

La premonición de su hermano se había cumplido. Primero mi padre, ahora mi hermano. Los dos decapitados. ¿Será ése también mi destino? Si es así, juro por Sol Indiges, Tellus y Liber Pater que sobreviviré a César y seré un enemigo implacable de sus sucesores. Porque la República nunca volverá, lo presiento. Mi padre tenía razón cuando decidió huir a Serica, pero ahora es tarde para eso. Permaneceré en el mundo del Mare Nostrum, pero en el agua. Cneo mantiene aún su flota en las Baleares. ¡Picus, nuestra deidad picentina, conserva su flota para mí!

Frente a las puertas de Corduba encontró a Cneo Pompeyo Filipo, el mismo criado liberto que había incinerado el cuerpo de su padre en la playa de Pelusium, y había dejado de servir a Cornelia Metela para estar con los hijos en Hispania. Provisto de un candil, deambulaba, demasiado viejo para atraer la atención de nadie.

-¡Filipo! -susurró Sexto.

El liberto apoyó la cabeza en su hombro y se echó a llorar. -¡*Domine*, han matado a tu hermano!

-Sí, ya lo sé. Lo he visto. Filippo, prometí a Cneo que cuidaría de Escribonia. ¿La han detenido ya?

-No, *domine*. La he escondido.

-¿Puedes traerla hasta aquí? ¿Con un poco de comida? Buscaré un segundo caballo.

-Hay un pasadizo en la muralla, *domine*. La traeré dentro de una hora.

Filipo dio media vuelta y desapareció.

Sexto fue en busca de caballos. Como la mayoría de las ciudades, Corduba disponía de pocos establos dentro de las murallas, y él sabía exactamente dónde guardaban sus habitantes los caballos. Cuando Filippo regresó con Escribonia y su doncella, Sexto estaba preparado.

La bella y desdichada muchacha estaba desolada y se aferró a él con desesperación.

-¡No, Escribonia, no hay tiempo para eso! Tampoco podemos llevar a tu doncella. Iremos sólo tú y yo. Ahora enjúgate los ojos. Te he encontrado un caballo viejo y manso; lo único que tienes que hacer es sentarte a horcajadas y agarrarte. Vamos, sé valiente en recuerdo de Cneo.

Filipo le había llevado la clase de ropa que utilizaría un hispánico y había pedido a Escribonia que se pusiera algo poco llamativo. Los dos intentaron hacerla subir al caballo, pero ella se negó. ¡No, era impúdico montar a horcajadas! ¡Mujeres! Así que Sexto tuvo que buscarle un asno, lo cual le exigió cierto tiempo. Finalmente, pudo dar un beso de despedida a Filippo, coger el cabestro del asno de Escribonia y ponerse en camino poco antes del amanecer. Por bella que fuese la esposa de Cneo, tenía el cerebro del tamaño de un guisante.

Durante el día se ocultaban y de noche viajaban por caminos vecinales. Llegaron a la costa muy al norte de Nueva Cartago y se adentraron en la Hispania Citerior, el antiguo feudo de Pompeyo Magno. Filippo había entregado a Sexto una bolsa con dinero y cuando se les acabó la comida compraron más en solitarias alquerías a lo largo del viaje de cientos de kilómetros hacia el norte, evitando a las fuerzas de ocupación de César. Cuando cruzaron el río Íbero, Sexto dejó escapar un suspiro de alivio. Sabía exactamente adónde iba, al territorio de los lacetanos, a quienes su padre

había confiado el cuidado de sus caballos durante años. Allí él y Escribonia estarían a salvo hasta que César y sus adláteres abandonaran las Hispanias. Luego iría a Maior, la isla Balear más grande, donde se pondría al mando de la flota de Cneo y se casaría con Escribonia.

-Creo que es posible concluir que Munda ha sido el final de la resistencia republicana -dijo César a Calvino mientras cabalgaban hacia Corduba-. Labieno ha muerto por fin. Aun así, ha sido una buena batalla. No podría haberla mejor. He luchado en el campo entre mis hombres, y son ellos a quienes recuerdo. -Se despezó, haciendo una mueca de dolor-. No obstante, debo confesar que a mis cincuenta y cuatro años, noto el esfuerzo. -Su voz adquirió un tono más frío-. Munda también ha resuelto mi problema con la Décima. Los pocos que han quedado no estarán de humor para discutir el siguiente destino que les adjudique.

-¿Adónde los enviarás? -preguntó Calvino.

-A los alrededores de Narbo.

-La noticia de Munda llegará a Roma a finales de marzo -dijo Calvino con cierta satisfacción-. Cuando regreses verás que Roma ha aceptado lo inevitable. Probablemente el Senado te votará como dictador vitalicio.

-Pueden votar lo que se les antoje -contestó César con indiferencia-. El año próximo por estas fechas estaré camino de Siria.

-¿Siria?

-Con Baso ocupando Apameia, Cornificio ocupando Antioquía y Antistio Veto camino de esa zona para asumir el gobierno y ver qué puede hacer para poner orden, la respuesta es evidente. Los partos intentarán invadir dentro de dos años. Por tanto yo debo invadir antes el reino de los partos. Deseo emular a Alejandro Magno, conquistar desde Armenia hasta Bactria y Sogdiana, desde Gedrosia y Carmania hasta Mesopotamia, e incluir India para mayor seguridad -explicó César con calma-. Los partos han aprendido a codiciar territorio al oeste del Éufrates, y por tanto nosotros debemos aprender a codiciar territorio al este del Éufrates.

-¡Por todos los dioses, estás hablando de un mínimo de cinco años! -exclamó Calvino con voz ahogada-. ¿Crees que estás en situación de abandonar Roma a su suerte durante tanto tiempo, César? Ya sabes lo que

ocurrió cuando te marchaste de Egipto, y sólo fueron unos meses, no años. César, no puedes esperar que Roma prospere mientras tú andas por ahí conquistando.

-¡No ando por ahí conquistando! -replicó César entre dientes-. Me sorprende, Calvino, que no hayas entendido el hecho de que las guerras civiles cuestan dinero, dinero que Roma no tiene, dinero que debo encontrar en el reino de los partos.

Entraron en Corduba sin luchar. La ciudad abrió sus puertas y rogó misericordia, un poco de la famosa clemencia de César. No la obtuvo. César reunió a todos los hombres en edad militar y los ejecutó allí mismo. Luego impuso a la ciudad el pago de una multa tan grande como la de Utica.

Capítulo 2 —

Una grave inflamación pulmonar aquejó a Cayo Octavio el día antes de su prevista partida hacia Hispana para servir allí como *contubernalis* personal de César, así que hasta mediados de febrero no estuvo en condiciones de dejar Roma, y cuando lo hizo tuvo que soportar las protestas de su madre. El calendario concordaba perfectamente con las estaciones por primera vez desde hacía cien años, de modo que emprender viaje en febrero implicaba encontrar puertos de montaña nevados y cortantes vientos.

-¡No llegarás allí vivo! -se lamentó Atia, desesperada.

-Sí, madre, llegaré. ¿Cómo voy a enfermarme viajando en un buen carro tirado por mulas con ladrillos calientes y muchas mantas?

Así pues, haciendo caso omiso de las protestas de Atia, el joven partió y descubrió que un viaje en esa época del año (siempre y cuando se abrigara) no provocaba asma, como había aprendido a llamar a su enfermedad. César le había enviado a Hapd'efan'e, quien le había dado sensatos consejos. Con nieve en los caminos, no había polvo ni polen en el aire, las mulas no perdían el pelo, y el frío no era húmedo sino muy seco. Cuando el carro se atascó en la nieve a medio cruzar el puerto del monte Genaba en la Via Domitia, el joven comprobó asimismo con satisfacción que podía empuñar una pala y ayudar a despejar el camino, y que después del ejercicio se sentía mejor. Únicamente experimentó dificultades respiratorias al recorrer la calzada que cruzaba las marismas de la desembocadura del río Ródano, pero el malestar no le duró más de ciento cincuenta kilómetros. En lo alto del paso a través de los Pirineos costeros, se detuvo para contemplar los trofeos de Pompeyo Magno, cada vez más deteriorados por las inclemencias del tiempo. Y luego descendió a la Hispania Citerior de los lacetanos, donde eran ya evidentes las primeras señales de la primavera. Aun así, no sufrió ningún ataque de asma, la primavera era bastante húmeda y sin viento.

En Cástulo se enteró de que se había librado una batalla decisiva en Munda y de que César estaba en Corduba, así que se dirigió a Corduba.

Llegó allí el vigésimo tercer día de marzo, encontrando la ciudad manchada de sangre y envuelta por el humo de decenas de piras funerarias; sin embargo, afortunadamente, el palacio del gobernador se hallaba en una ciudadela alejada de lo que, supuso, eran las secuelas de ejecuciones masivas. Sorprendido de su propia entereza, advirtió que podía contemplar aquel espectáculo con ecuanimidad; al menos en ese sentido no parecía inferior a otros hombres, circunstancia que le complació enormemente. Muy consciente de que lo consideraban débil a causa de su aspecto, le había aterrorizado la idea de que la visión y el olor de la matanza pudieran acobardarlo.

En el vestíbulo del palacio estaba sentado un joven en uniforme militar, por lo visto haciendo las veces de unidad de recepción o filtrado; los centinelas, notando la riqueza del pequeño séquito y del carruaje privado de Octavio, lo habían dejado pasar de inmediato, pero obviamente este joven no estaba dispuesto a ser tan atento.

-¿Sí? -dijo, levantando la vista bajo sus pobladas cejas.

Octavio lo miró sin hablar. Ése era un soldado hecho y derecho. Precisamente lo que Octavio anhelaba ser y nunca sería. Cuando el guardia se puso en pie reveló una estatura comparable a la de César, unos hombros como dos montes gemelos y un cuello grueso y nervudo como el de un toro. Pero todo eso no era nada en comparación con su rostro, llamativamente hermoso y a la vez por completo viril: una mata de pelo claro, cejas oscuras y espesas, unos ojos avellanados hundidos y de mirada severa, la nariz fina, y la boca y el mentón fuertes. Tenía los brazos musculosos y unas manos grandes y bien formadas que delataban su capacidad para realizar con ellas tanto trabajos que exigieran fuerza como tareas de gran delicadeza.

-¿Sí? -volvió a preguntar el soldado más amablemente, con un amago de sonrisa en los ojos. Una especie de Alejandro, pensó observando al desconocido («hermoso» no era una palabra que formara parte de su vocabulario para describir a hombres), pero de aspecto muy delicado y distinguido.

-Disculpa -dijo cortésmente el visitante, y sin embargo con cierto dejo de superioridad-. Vengo a presentarme ante Cayo Julio César. Soy su *contubernalis*.

-¿Qué gran aristócrata te ha enviado? -preguntó el hombre-. Lo pasarás mal en cuanto ponga sus ojos en ti.

Octavio sonrió, y con eso desapareció de su expresión el aire de superioridad.

-Ah, ya conoce mi aspecto. Él mismo solicitó mi presencia.

-¡Ah, un pariente! ¿Cuál eres?

-Me llamo Cayo. Octavio.

-No me dice nada.

-¿Y cuál es tu nombre? -preguntó Octavio, muy interesado por él.

-Marco Vipsanio Agripa, el *contubernalis* de Quinto Pedio.

-¿Vipsanio? -repitió Octavio arrugando la frente-. ¡Qué nombre tan peculiar! ¿De dónde eres?

-De la Apulia sammita, pero la zona se llama Mesapia. Normalmente me llaman por mi *cognomen*, Agripa.

-«Nacido con los pies por delante.» No parece que cojees. -Tengo los pies perfectamente. ¿Cuál es tu *cognomen*? -No tengo. Soy simplemente Octavio.

-Sube por la escalera, sigue por el pasillo de la izquierda y ve hasta la tercera puerta.

-¿Vigilarás mis cosas hasta que pueda recogerlas?

Las «cosas» estaban entrando. Agripa miró irónicamente al nuevo *contubernalis*. Tenía «cosas» suficientes para ser un legado de alto rango. ¿Qué miembro de la familia era? Algún lejano pariente político, sin duda. Parecía simpático; no era engreído y sin embargo, de un modo difícil de precisar, tenía un elevado concepto de sí mismo. Desde luego no era un militar en potencia. Si a alguien le recordaba, era un individuo relacionado con Cayo Mario: un pariente político de Mario que había sido asesinado por un soldado raso por hacerle proposiciones homosexuales. En lugar de ejecutar al soldado, Mario lo condecoró. Aunque no era que aquel joven indujera a pensar eso.

Cayo Octavio..., de Latium, sin duda. Había muchos Octavios en el Senado, incluso entre los cónsules. Agripa se encogió de hombros y volvió a concentrarse en verificar la lista de ejecutados.

-Adelante -dijo César cuando Octavio llamó a la puerta.

César se volvió hacia él con expresión dura, pero sus facciones se relajaron cuando vio quién era. Dejó la pluma y se levantó.

-Mi querido sobrino, has tardado en llegar. Me alegro mucho de tenerte aquí.

-También yo me alegro, César. Sólo lamento haberme perdido la batalla.

-No lo laments. Desde el punto de vista táctico no fue una de mis mejores batallas, y perdí demasiados hombres. Espero por tanto que no sea la última. Tienes buen aspecto, pero le pediré a Hapd'efan'e que te examine para asegurarnos. ¿Había mucha nieve en los puertos de montaña?

-En el *mons Genava*, sí, pero el paso de los Pirineos estaba transitable. - Octavio se sentó-. Te he notado especialmente serio al entrar, tío.

-¿Has leído el *Catón* de Cicerón?

-¿Esa sarta de estupideces? Sí, me distrajo durante los días que pasé enfermo en Roma. Le contestarás, espero.

-Eso estaba haciendo cuando has llamado. -César dejó escapar un suspiro-. Algunos, como Calvino y Messala Rufo, no creen que deba dignarme contestar. Opinan que escriba lo que escriba se considerará poco *magnammo*.

-Probablemente tienen razón, pero aun así es necesario contestar. Pasarlo por alto equivale a admitir que hay en ese texto algo de verdad. La gente que lo considere mezquino no se pondrá de tu lado en cualquier caso. Cicerón te ha acusado de aniquilar de manera permanente el proceso democrático (el derecho de todo romano a organizar su propia vida sin intromisiones de ninguna clase) y de la muerte de Catón. Más adelante, cuando tenga dinero, zanjaré el asunto comprando todos los ejemplares del *Catón* en existencias y quemándolos -dijo Octavio.

-Interesante idea. Podría hacerlo yo mismo.

-No, la gente adivinaría quién estaba detrás de eso. Permite que lo haga yo en el futuro, cuando haya pasado el revuelo. ¿Cómo enfocas tu escrito de

refutación?

-Para empezar, con unos cuantos dardos bien dirigidos a Cicerón. Después paso a destrozar el personaje de Catón mejor de lo que Cayo Casio destruyó a Marco Craso. Desde la tacañería hasta el vino para congraciarse con los filósofos y la vergonzosa manera en que trataba a sus esposas; todo estará ahí -dijo César con satisfacción-. Estoy seguro de que Servilia de buena gana me informará de los incidentes menos conocidos de la vida de Catón.

Así empezó para Cayo Octavio una existencia de cadete muy distinta de lo habitual. Aunque esperaba tener la oportunidad de conocer mejor al fascinante Marco Vipsanio Agripa, Octavio descubrió no obstante al día siguiente de su llegada que César no estaba dispuesto a permitir que este *contubernalis* se relacionara con sus compañeros.

Una vez que la Fortuna ponía a César en un lugar, éste se negaba a abandonarlo hasta que estuviera debidamente organizado. En el caso de la Hispania Ulterior, provincia romana desde hacía mucho tiempo, la labor de César consistió fundamentalmente en establecer colonias romanas. Excepto la Quinta Alauda y la Décima, todas las legiones que lo habían acompañado a Hispania se asentarían en la provincia Ulterior y recibirían generosas asignaciones de tierra de primera calidad expropiada a los hacendados hispanos que habían respaldado a los republicanos. Se fundaría una colonia para los pobres de la ciudad de Roma en Urso, que llevaría el gozoso nombre de *Colonia Genetiva Julia Urbanorum*, pero el resto de las colonias fueron para los soldados veteranos. Una estaba cerca de Hispalis, otra cerca de Fidentia, dos cerca de Ucubi, y tres cerca de Nueva Cartago. Otras cuatro estaban al oeste, en las tierras de los lusitanos. Cada colonia disfrutaría de la plena ciudadanía romana, y se permitiría a los libertos ocupar puestos en el consejo de gobierno, siendo ésta una atribución muy poco común.

Una de las tareas de Octavio consistió en acompañar a César en su rápida calesa de una colonia a otra, supervisando el reparto de las tierras, asegurándose de que quienes llevaban a cabo el trabajo sabían cómo hacerlo, promulgando los fueros donde se esbozaban las leyes, normas y

ordenanzas coloniales, y eligiendo personalmente al primer grupo de ciudadanos que formaría cada consejo de gobierno. Octavio entendió que estaba a prueba: no sólo debía confirmarse su competencia, sino también su estado de salud.

-Espero -dijo a César mientras regresaban de Hispalis- serte de alguna ayuda, tío.

-De una gran ayuda-contestó César, en apariencia un poco sorprendido-. Tienes una gran capacidad para los detalles, Octavio, y disfrutas sinceramente de lo que para muchos son los aspectos más aburridos de este trabajo. Si fueras pasivo, diría que eres un burócrata ideal, pero no eres en absoluto desidioso. En diez años podrás administrar Roma por mí mientras yo me dedico a asuntos que se me dan mejor que la administración de Roma. No me importa redactar las leyes para convertirla en un lugar más funcional y operativo, pero me temo que en realidad lo mío no es quedarme en un mismo sitio durante años, ni siquiera si el sitio es Roma, ésta rige mi corazón pero no mis pies.

A esas alturas estaban ya en muy buenas relaciones, y habían casi olvidado que los separaban más de treinta años. Así que a los luminosos ojos grises de Octavio asomó una sonrisa, y dijo:

-Ya lo sé, César. Tus pies han de estar en marcha. ¿No puedes aplazar la expedición a Partia hasta que yo haya avanzado un poco más en el camino de llegar a serte verdaderamente útil? Roma no confiaría en un simple joven, y posiblemente tampoco confiarán aquellos a quienes has de delegar el gobierno en tu ausencia.

-Marco Antonio-dijo César.

-Exacto. O Dolabela. Calvino quizá sí, pero él no es un hombre lo bastante ambicioso para querer el puesto. E Hirtio, Pansa, Polio y los demás no tienen antepasados suficientemente importantes para mantener en su sitio a Antonio o Dolabela. ¿Debes cruzar el Éufrates tan pronto?

-Sólo hay dos lugares con la riqueza necesaria para sacar a Roma de su precaria situación económica actual, sobrino: Egipto y Partia. Por razones obvias no puedo tocar Egipto, y por tanto tendrá que ser Partía.

Octavio apoyó la cabeza contra el respaldo y volvió la cara para contemplar el paisaje, prefiriendo ocultar su rostro a César por si delataba sus pensamientos.

-A ese respecto, comprendo la necesidad de que sea Partia. Al fin y al cabo, la riqueza de Egipto no es comparable a la de Partia.

Este comentario provocó las carcajadas de César, que tuvo que enjugarse las lágrimas de tanto reír.

-Si vieras lo que yo he visto, Octavio -contestó César por fin-, no dirías eso.

-¿Qué has visto? -preguntó Octavio con la expresión de un niño.

-Las cámaras del tesoro -respondió César aún entre risas. Y con eso bastaba por el momento. Deprisa pero sin pausa.

-¡Qué trabajo más extraño el tuyo! -comentó Marco Agripa a Octavio unas horas más tarde aquel mismo día-. Eres más un secretario que un cadete, ¿no?

-A cada cual lo que le corresponde -respondió Octavio sin ofenderse-. Yo carezco de talento militar, pero creo que tengo ciertas dotes para el gobierno, y colaborar tan estrechamente con César es muy educativo a ese respecto. Me habla de todo lo que hace, y yo..., en fin, escucho con mucha atención.

-No me habías dicho que era tu tío carnal. -En rigor, no lo es. Es mi tío abuelo.

-Según Quinto Pedio, eres su favorito entre los favoritos. -Eso es una indiscreción por parte de Quinto Pedio.

-Me atrevería a decir que es tu primo carnal o algo así. A veces habla solo -dijo Agripa intentando arreglar su propia indiscreción-.

¿Vas a quedarte aquí un tiempo?

-Sí, durante dos noches.

-Entonces ven a divertirme con nosotros mañana. No tenemos dinero, por lo que la comida no es muy buena, pero bienvenido seas.

Ese «nosotros» incluía a Agripa y a un tribuno militar llamado Quinto Salvidieno Rufo, un picentino pelirrojo de entre veinticinco y treinta años.

Salvidieno examinó a Octavio con curiosidad.

-Todo el mundo habla de ti -dijo, e hizo un hueco al invitado en un banco tirando al suelo unos pertrechos militares.

-¿Hablan de mí? ¿Por qué? -preguntó Octavio, sentándose en el borde del banco, un tipo de mueble con el que había tenido escaso contacto hasta el momento.

-En primer lugar, porque eres el favorito de César. En segundo lugar, nuestro jefe Pedio dice que eres algo delicado: no puedes montar a caballo ni dedicarte debidamente a las obligaciones militares -explicó Salvidieno.

Un no combatiente les sirvió la comida, que consistía en una gallina hervida dura, un puré de garbanzos y tocino, un poco de pan aceptable y aceite, y un gran plato de magníficas aceitunas de Hispania.

-No comes mucho -observó Salvidieno engullendo la comida.

-Soy «delicado» -respondió Octavio de manera un tanto mordaz.

Agripa sonrió y sirvió vino a Octavio. Cuando el invitado tomó un sorbo y dejó la jarra, su sonrisa se hizo más ancha.

-¿No te gusta nuestro vino? -preguntó.

-No me gusta el vino en general. A César tampoco.

-En cierto sentido te pareces mucho a él-dijo Agripa.

El rostro de Octavio se iluminó.

-¿Me parezco a él? ¿De verdad?

-Sí. Hay algo de él en tu cara, que es más de lo que puede decirse de Quinto Pedio. Y eres más aristocrático.

-He tenido una educación distinta -explicó Octavio-. El padre de Pedio fue un caballero de Campania, así que él creció allí. Yo, en cambio, me he criado en Roma. Mi padre murió hace muchos años. Mi padrastro es Lucio Marcio Filipo.

Un nombre muy conocido. Los otros dos parecieron impresionados.

-Un epicúreo -dijo Salvidieno, mejor informado que el joven Agripa-. Además, cónsul. No es extraño que lleves equipaje suficiente para un legado de alto rango.

Octavio pareció abochornado.

-Ah, eso es cosa de mi madre -aclaró-. Siempre está convencida de que voy a morir, especialmente cuando me alejo de ella. Para seros sincero no

necesito tantas cosas ni las utilizo. Puede que Filippo sea un epicúreo hasta la médula, pero yo no. -Eché una ojeada a la pobre y desaseada habitación-. Os envidio -añadió con un suspiro-. No es divertido ser delicado.

-¿Te lo has pasado bien? -preguntó César cuando regresó su *contubernalis*, consciente de que apenas daba oportunidad al muchacho de mezclarse con sus compañeros.

-Sí, pero eso me ha hecho tomar consciencia de mis privilegios.

-¿En qué sentido, Octavio?

-Ah, tengo mucho dinero en la bolsa, tengo todo lo que necesito, disfruto de tu favor -contestó Octavio con franqueza-. Agripa y Salvidieno no tienen dinero, no cuentan con el favor de nadie, y sin embargo son dos excelentes hombres, creo.

-Si lo son, ascenderán bajo la protección de César, de eso puedes estar seguro. ¿Me recomiendas que los lleve a la campaña parta?

-Sin duda. Pero a tu servicio directo, César. Conmigo, puesto que yo no tendré edad suficiente para gobernar Roma en tu ausencia.

-¿De verdad quieres venir? El polvo puede ser peligroso para ti.

-Aún tengo mucho que aprender de ti, así que me gustaría intentarlo.

-A Salvidieno lo conozco. Estuvo al frente de la carga de caballería en Munda, y ganó nueve *phalerae* de oro. Un picentino típico, imagino: muy valiente, una mente militar superior, capaz de idear estrategias. De Agripa no sé nada. Dile que esté presente cuando nos pongamos en marcha por la mañana, Octavio -ordenó César, deseando ver qué clase de persona había elegido Octavio como amigo.

Conocer a Agripa fue una revelación. A César le pareció uno de los jóvenes más impresionantes que había conocido. Si hubiera sido más feo, se habría parecido mucho a Quinto Sertorio, pero su buena presencia lo elevaba a otra categoría. Si hubiera asistido a una de las grandes escuelas romanas para los hijos de los caballeros, sin duda habría acabado siendo prefecto. Era la clase de joven de quien siempre cabía esperar el mayor esfuerzo: muy fiable, sin miedo, atlético y en extremo inteligente. Un inquebrantable. Era una lástima que no hubiera recibido una educación mejor. En cuanto a su sangre, era muy mediocre. Estas dos circunstancias

retrasarían cualquier esperanza de carrera pública en Roma. Ésa era una de las razones por las que César estaba decidido a cambiar la estructura social lo suficiente para permitir el ascenso de hombres tan capacitados como aparentaba ser Agripa a sus diecisiete años. Ya que él no era un prodigio como Cicerón, ni poseía la crueldad de un Cayo Mario -dos hombres nuevos que habían conseguido elevarse por encima de su condición-, lo que necesitaba Agripa era un protector, y César asumiría la responsabilidad. Su sobrino nieto tenía buen ojo para elegir hombres aptos, lo cual era un alivio.

Mientras Agripa permanecía en posición de firmes y contestaba las amables pero sagaces preguntas de César, Octavio -como observó César con el rabillo de ojo- contemplaba a Agripa con adoración. Y no era en absoluto la clase de adoración con que miraba a César. Vaya, vaya...

A veces viajaba con ellos en su calesa un secretario, pero esa mañana César prefirió estar a solas con Octavio. Había llegado la hora de afrontar aquella conversación, aplazada porque a César no le entusiasmaba en absoluto.

-Marco Agripa te cae muy bien -empezó César.

-Mejor que cualquier otra persona que haya conocido -contestó Octavio al instante.

Cuando ha de sajarse un furúnculo, debe cortarse a fondo y con crueldad.

-Eres un chico muy mono, Octavio.

Octavio, sobresaltado, no lo tomó como un cumplido.

-Espero que con la edad me haré más hombre, César -dijo en un susurro.

-No veo muchas posibilidades de que así sea, porque no tendrás tiempo de hacer todo el ejercicio necesario para desarrollar un físico como el de Agripa, o el mío. Tú siempre tendrás poco más o menos el mismo aspecto de ahora, un chico mono y esbelto.

Octavio empezó a enrojecer.

-¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo, César? ¿Que parezco afeminado?

-Sí -dijo César claramente.

-Por eso hombres como Lucio César y Cneo Calvino me miran como me miran.

-Exactamente. ¿Albergas tiernos sentimientos hacia tu propio sexo, Octavio?

Octavio palideció.

-No que yo sepa, César. Admito que quizá contemple a Marco Agripa como un bobo, pero es que lo admiro mucho.

-Si no albergas tiernos sentimientos, te sugiero que pongas fin a las miradas de bobo. Asegúrate de no sentir nunca esa clase de atracción. Nada puede retrasar más la carrera pública de un hombre que ese defecto en particular, lo sé por experiencia-dijo César.

-¿Te refieres a la acusación acerca del rey Nicomedes de Bitinia?

-Precisamente. Una acusación injustificada, debida a que por desgracia no me había granjeado el afecto de mi comandante, Lúculo, ni de mi compañero Marco Bibulo. Se complacieron en utilizarla para rebajarme políticamente, y en la celebración de mis triunfos tuve que oírla de nuevo.

-La canción de la Décima.

-Sí -contestó César apretando los labios-. Ya han pagado por eso.

-¿Cómo te defendiste de esa acusación? -preguntó Octavio con curiosidad.

-Mi madre, una mujer extraordinaria, me aconsejó que pusiera los cuernos a mis rivales políticos, cuanto más públicamente, mejor. Y que nunca entablara amistad con compañeros que tuvieran esa clase de fama. Me dijo que jamás diera la menor prueba de que tal acusación tuviera una base que no fuera el puro despecho -explicó César, mirando al frente-. Y me -dijo también que no visitara Atenas.

-Recuerdo muy bien a tu madre -Octavio sonrió-. Me aterrorizaba.

-A veces también a mí-César cogió las manos de Octavio entre las suyas y se las apretó con fuerza-. Te transmito su consejo, pero con un ánimo diferente, ya que tú y yo somos hombres muy, muy distintos. Tú no posees el atractivo que yo tenía para las mujeres cuando era joven. Yo hacía que desearan domesticarme, capturar mi corazón, al mismo tiempo que dejaba muy claro ante todo el mundo que no podía ser domesticado ni tenía

corazón. Eso tú no puedes hacerlo. Careces de la arrogancia o el aplomo necesarios. Merecido o no, te envuelve cierto aire de afeminamiento. Lo achaco a tu enfermedad, que ha preocupado mucho a tu madre, y ella ha caído en el error de mimarte. También tu dolencia te ha impedido asistir a la instrucción militar con la regularidad suficiente para que tus iguales te conozcan bien. En todas las generaciones hay individuos como tu primo Marco Antonio, que consideran afeminados a todos los hombres incapaces de levantar yunques y engendrar un bastardo cada *nundinum*. Por eso Antonio quedó impune tras besar a su amigo Cayo Curio en público; nadie podía creer que Antonio y Curio fueran verdaderos amantes.

-¿Y lo eran? -preguntó Octavio fascinado.

-No. Simplemente les gustaba escandalizar a los mojigatos. En cambio, si tú hicieras eso, la reacción sería muy distinta, y Antonio sería el primero en acusarte. -César hizo una inspiración-. Como dudo que tengas la energía o la presencia física para labrarte una reputación de gran mujeriego, te recomiendo una estrategia distinta: cástate joven y lábrate la reputación de marido fiel. Puede que algunos te consideren un individuo insípido, pero da resultado, Octavio. Lo peor que dirán de ti es que eres poco atrevido y estás dominado por tu mujer. Por tanto elige a una esposa con quien puedas disfrutar de paz doméstica y que sin embargo dé la impresión a los demás de que es ella quien manda en casa. -Se echó a reír-. No es fácil y quizá no te sea posible, pero tenlo en cuenta. No eres ningún estúpido, y he notado que normalmente consigues salirte con la tuya. ¿Me sigues? ¿Entiendes lo que digo?

-Sí, claro -contestó Octavio-. Sí.

César le soltó las manos.

-Así pues, no mires a Marco Agripa con manifiesta adoración. Yo comprendo el motivo, pero otros no serán tan sutiles. Cultiva su amistad, por supuesto, pero permanece siempre un tanto distante. Te recomiendo que cultives su amistad porque es exactamente de tu misma edad, y algún día necesitarás amigos como él. Promete mucho, y si es a ti a quien debe su promoción social, podrás contar con su lealtad absoluta, porque es de esa clase de hombres. Te recomiendo que te mantengas a cierta distancia de él

porque no conviene que extraiga la impresión de que es amigo íntimo tuyo y estáis en el mismo plano. Que sea para ti el *fides Achates* de Eneas. Al fin y al cabo, llevas en las venas la sangre de Venus y Marte, en tanto que Agripa es un oscano mesapio sin antepasados dignos de mención. Todos los hombres deberían poder aspirar a ser grandes y hacer grandes cosas, y me gustaría construir una Roma que les permitiera realizar esos sueños. Pero algunos tenemos además la suerte de ser de origen elevado, aunque eso representa una carga adicional: debemos demostrar que somos dignos descendientes de nuestros antepasados en lugar de dedicarnos a buscar ancestros ilustres.

El paisaje desfila junto a ellos; pronto cruzarían el río Betis en su largo viaje hacia el río Tagus. Octavio miró por la ventanilla sin ver nada. Luego se lamió los labios, tragó saliva y volvió a mirar a César a los ojos, en los que se advertía una expresión amable, comprensiva, afectuosa.

-Entiendo lo que has dicho, César, y te lo agradezco más de lo que puedas llegar a imaginar. Es un consejo muy sensato, y lo seguiré al pie de la letra.

-Si lo haces, muchacho, sobrevivirás. -Los ojos de César brillaron-. A propósito, he notado que, pese a que hemos ido de un lado a otro de la Hispania Ulterior durante la primavera, no has sufrido un solo ataque de asma.

-Hapd'efan'e me lo ha explicado -dijo Octavio, más despreocupado, más seguro-. Cuando estoy contigo, César, me siento seguro. Tu aprobación y tu protección me envuelven como una manta, y no experimento ansiedad.

-¿Ni siquiera cuando hablo de asuntos desagradables?

-Cuanto más te conozco, César, más te veo como un padre. El mío murió antes de que yo lo necesitara para hablar con él de las preocupaciones y dificultades de los hombres, y Lucio Filipo... Lucio Filipo...

-Lucio Filipo abandonó las responsabilidades de la paternidad alrededor de la fecha en que tú naciste -apuntó César, absurdamente complacido del resultado de una conversación que al principio temía-. Yo tampoco tuve un padre, pero mi madre cumplió mejor la función que la tuya. Atia es madre y

nada más que madre, pero la mía ejerció además las funciones de un padre. Así que si puedo ayudarte en cuestiones paternales, lo haré encantado.

No es justo, pensaba Octavio, que haya conocido a César tan tarde. Si lo hubiera conocido así cuando era niño, quizá ni siquiera habría padecido de asma. Mi amor por él es ilimitado. Haría cualquier cosa por él. Pronto habrá terminado nuestra labor en las Hispanias y regresará a Roma. Regresará junto aquella espantosa mujer al otro lado del Tíber, aquella mujer de rostro desagradable rodeada de dioses animales. Por culpa de ella y el niño, César no tocará la riqueza de Egipto. ¡Qué astutas son las mujeres! Ésta ha esclavizado al soberano del mundo y se ha asegurado la supervivencia de su reino. Conservará la riqueza del país para su hijo, que no es romano.

-Háblame de las cámaras del tesoro, César-dijo Octavio, y con la mirada llena de inocencia volvió sus ojos grises hacia su ídolo.

Aliviado al tener un nuevo tema de conversación, César lo complació.

Era un asunto que no podía comentar ante ningún romano, excepto ante aquel muchacho que lo veía como a un padre.

Capítulo 3 —

Para Cicerón, el primer año del nuevo calendario fue una época de pesares y sufrimientos.

Tulia dio a luz a un niño prematuro y enfermizo a principios de enero; el recién nacido, Publio Cornelio, recibió el *cognomen* de la rama de los Cornelios de su abuela: Lentulo. Fue sugerencia de Cicerón. Como Dolabela se había marchado a la Hispania Ulterior para unirse a César, no estaba presente para insistir que su hijo llevara su propio *cognomen*. Fue la manera que tuvo César de vengarse de Dolabela, que se había ido sin devolver la dote de Tulia.

Ésta, enferma, no mostró interés por su hijo, se negó a comer y hacer ejercicio. A mediados de febrero murió plácidamente, al parecer -o eso opinaban quienes la conocían- a causa del amor no correspondido que sentía por Dolabela. El terrible dolor de Cicerón se vio agravado por la indiferencia de la madre de Tulia y el ridículo comportamiento de su nueva esposa, Publilia, que no entendía en absoluto por qué Cicerón lloraba y no le prestaba la menor atención. Además, para Publilia, su matrimonio con un hombre tan famoso constituía una gran decepción, como se apresuraba a decir a su madre y su hermano menor de edad siempre que la visitaban. Visitas que el afligido Cicerón llegó a temer hasta tal punto que buscaba cualquier pretexto para marcharse en cuanto llegaba su familia política.

Recibió innumerables cartas de condolencia, una de Bruto enviada desde la Galia Cisalpina justo antes de su regreso a Roma. Cicerón la abrió de inmediato, convencido de que aquel hombre, tan afín a él en su filosofía y sus tendencias políticas, encontraría las palabras exactas para aliviar su maltrecho *animus*. En lugar de eso encontró una nota de pésame fría, desapasionada y estereotipada que de hecho le daba a entender que su dolor era exagerado, excesivo, inmoderado. Un golpe que se hizo aún más

evidente cuando llegó la carta de César y en ella el exquisito consuelo que Cicerón había esperado de Bruto. Oh, ¿por qué había escrito la carta debida quien no debía?

¡Quien no debía, quien no debía! Esa opinión se reforzó cuando recibió un lacónico comunicado de Lepido, quien, como patricio superior del Senado, era quien lo encabezaba, el *princeps Senatus*. Deseaba saber por qué Cicerón no acudía a las sesiones de la Cámara y le recordaba que, según las nuevas leyes de César, un senador estaba obligado a asistir so pena de perder su escaño. Desde la fundación de la República, los oligarcas del Senado habían disfrutado del título de senador sin necesitar siquiera sentarse en la Cámara ni formar parte de un jurado a menos que quisieran. Ahora era distinto. Los senadores tenían que incorporarse a los jurados cuando se les exigiera, y tenían que hacer acto de presencia en la Cámara. Si el motivo de la ausencia de Cicerón era una enfermedad, debía obtener tres declaraciones juradas de tres senadores a tal efecto.

La enfermedad era la única excusa válida para estar ausente si un senador se hallaba en Italia. Además, ahora un senador tenía que presentar una solicitud a la Cámara para salir de Italia. Cicerón se veía trabado por multitud de normas y reglamentos que eran un insulto a sus derechos como miembro del organismo de gobierno más augusto de Roma. ¡Era intolerable! Entre afligido e indignado, Cicerón tuvo que buscar tres senadores dispuestos a jurar ante Lepido que Marco Tulio Cicerón era incapaz de ocupar su escaño en la Cámara debido a una grave enfermedad de larga duración.

Para colmo, tras decidir que Tulla debía tener un monumento glorioso en unos jardines públicos, Cicerón descubrió que la tumba de diez talentos proyectada por el arquitecto Cluatio le costaría veinte talentos; las leyes suntuarias de César estipulaban que fuere cual fuese el coste de una tumba debía pagarse al erario una cantidad equivalente. Sin embargo el abogado encontró una manera de soslayar esta normativa: bastaba con llamar santuario a la tumba de Tullia y quedaba libre de impuestos. Por tanto Tulla no tendría una tumba sino un santuario. A veces los treinta años de

matrimonio con Terencia resultaban provechosos: ella conocía maneras de evitar cualquier impuesto que el propio César fuera capaz de crear.

Naturalmente, hubo paliativos a sus desdichas, en particular la favorable acogida que recibió su Catón. En una carta Aulo Hirtio, gobernador de la Galia Narbonesa al servicio de César, le contó que éste planeaba escribir un «Anti-Catón». Sí, César, hazlo, por favor, se dijo Cicerón. Causará un daño inconmensurable a tu *dignitas*.

Las noticias procedentes de la Hispania Ulterior llegaban con cuentagotas. Tan escasas eran que Hirtio, al escribir desde Narbo el decimoctavo día de abril, no sabía que Cneo Pompeyo había sido capturado y decapitado. Sí se conocía, en cambio, el resultado de la batalla de Munda, y era un hecho que toda Roma debía aceptar. La resistencia republicana había sido atajada definitivamente y nada impediría a César aplicar sus vergonzosas leyes contra la Primera Clase. Incluso Ático, hasta entonces siempre equitativo respecto a César, empezó a preocuparse. Aunque seguía trabajando para asegurarse que los pobres del censo por cabezas no eran embarcados con destino a Butrotum, no pudo obtener garantías de que los mandarían a otra parte. Los legados de César se negaban a comprometerse.

-Tendremos que esperar hasta que César regrese -dijo Cicerón-. Una cosa es cierta: mandar al censo por cabezas al otro lado del mar no es algo que se haga en una hora; nadie zarpará antes del regreso de César. -Guardó silencio por un instante-. Tienes que saberlo, Tito, así que mejor ahora. Voy a divorciarme de Publilia. No puedo soportarla a ella ni a su familia un momento más.

Tito Pompeyo Ático miró a su amigo con mordaz compasión. Gran aristócrata de la *gens Cecilia*, Ático podría haber hecho una ilustre carrera pública, podría haber llegado hasta el consulado, pero su pasión era el comercio, y un senador no podía dedicarse a negocios que guardaran relación directa con la propiedad de la tierra. Discretamente aficionado a los jovencitos, se había ganado el sobrenombre «Ático» por su devoción a Atenas, un lugar donde se aceptaba esa clase de amor; había convertido esa ciudad en su segundo hogar, y limitaba sus actividades en ese terreno a sus estancias allí. Cuatro años mayor que Cicerón, se había casado tarde, con

una prima, Cecilia Pilia, y había engendrado a su heredera, su querida hija Cecilia Ática. Sus lazos con Cicerón iban más allá de la amistad, ya que su hermana, Pomponia, estaba casada con Quinto Cicerón. Esa unión, asaz tempestuosa, ponía permanentemente la pareja al borde del divorcio. En conjunto, reflexionó Ático, los dos Cicerones habían contraído matrimonios desdichados; se habían visto obligados a casarse por dinero, con herederas. Lo que ninguno de los dos hermanos había tenido en cuenta era la tendencia de las herederas romanas a controlar su propio dinero, y no había ninguna ley que estipulara la obligación de compartirlo con sus maridos. Lo triste del caso era que las dos mujeres amaban a sus Cicerones; simplemente no sabían cómo demostrarlo, y eran además mujeres austeras que deploraban la tendencia de ellos al derroche.

-Me parece sensato que te divorcies de Publilia -comentó Ático con delicadeza.

-Publilia fue muy desconsiderada con Tulia cuando estaba enferma.

Ático lanzó un suspiro.

-En fin, Marco, es muy difícil ser diez años menor que tu hijastra. Por no hablar de lo complicado que es vivir con una leyenda mayor que tu abuelo.

El pequeño Publio Cornelio Lentulo murió a principios de junio, a los seis meses de vida. Nacido al inicio del octavo mes *in utero*, había heredado de Dolabela la fuerza suficiente para intentar vivir, pero sus nodrizas encontraban repugnante su cuerpo descarnado y rojizo y no podían amarlo como su madre habría hecho si el amor por el padre no hubiera excluido todos los demás afectos. El niño abandonó la lucha tan plácidamente como Tulia, pasando de una pesadilla a un sueño. Cicerón mezcló sus cenizas con las de la madre y decidió enterrarlos juntos en el santuario... si llegaba a encontrar el trozo de tierra idóneo para su monumento.

Curiosamente, la muerte del niño puso fin al capítulo de Tulia en la mente de Cicerón. Empezó a recobrase, proceso que se aceleró cuando por fin llegó a sus manos un ejemplar del «Anti-Catón» de César. Aún no se había publicado, pero se sabía que los hermanos Sosio estaban a punto de hacerlo. Cicerón lo encontró malévolo, rencoroso y desagradable. ¿De

dónde había sacado César parte de su información? Contenía sabrosas anécdotas sobre el amor no correspondido de Catón por la esposa de Metelo Escipión, Emilia Lepida, fragmentos de la pésima poesía que había escrito después de ser rechazado por ella, extractos de su pleito (jamás entablado) contra Emilia Lepida por incumplimiento de promesa, un evocador relato del momento en que Catón anunció a sus hijos que nunca más se les permitiría ver a su madre. Revelaba incluso los más íntimos secretos de Catón. Como César fue el hombre con quien la primera esposa de Catón cometió adulterio, en el colmo de la indecencia divulgaba los sórdidos detalles de las técnicas amatorias de Catón. ¡César se las iba a pagar!

¡Pero y la prosa! Cicerón, consternado, se preguntó por qué él era incapaz de una prosa la mitad de buena. Y en cuanto al poema de César, *Iter*, todos lo consideraban una obra maestra, desde Varro hasta Lucio Piso, un gran experto en literatura. No es justo que un hombre tenga tanto talento, así que me alegro de que su odio a Catón lo haya sacado de quicio.

Luego Cicerón tuvo que ponerse del lado de César, una posición no precisamente cómoda, pero que debía adoptar en justicia.

Marco Claudio Marcelo, a quien César había indultado cuando su hermano, Cayo Marcelo el joven, se arrodilló y suplicó, había abandonado Lesbos y viajado a Atenas, y allí fue asesinado en el Pireo. Ciertas personas que no ocultaban su odio hacia César empezaron a difundir en el extranjero el rumor de que César había pagado a los asesinos de Marco Marcelo. Una calumnia que Cicerón no podía pasar por alto, pese a lo mucho que aborrecía a César. A su pesar, anunció públicamente que César no podía tener nada que ver con el asesinato. César era un asesino de la personalidad, prueba de ello su «Anti-Catón», pero no uno que asesinara en miserables callejones oscuros. Cicerón se tomó muchas molestias para desmentir el rumor.

La noticia de la decapitación de Cneo Pompeyo corría ya por toda Roma, junto con sus consecuencias. El decapitador, Cesenio Lento, había sido un prometedor colaborador de César, pero cuando César recibió la cabeza a través del asqueado Cayo Didio, Cesenio Lento se vio despojado inmediatamente de su parte del botín y enviado de regreso a Roma con la

cáustica amonestación de César resonando aún en sus oídos. No habría promoción en el *cursus honorum* para semejante bárbaro; de hecho, Cesenio Lento fue expulsado del Senado cuando César tuvo tiempo de dedicarse a las responsabilidades de censor heredadas junto con muchos otros honores.

Así era César, pensó Cicerón: por un lado, escrupulosamente civilizado; por el otro, un intencionado denigrador de la virtud. Pero en absoluto era un hombre dispuesto a pagar por un asesinato. Eso jamás. Así pues, Cicerón demostró comprender en cierto modo a César, pero no lo suficiente. Lo que Cicerón nunca entendería era que sus propios impulsos e irreflexivos virajes eran la causa del antagonismo de César. Si él no hubiera denigrado tanto a César en su *Catón* César no habría denigrado a Catón en su «Anti-Catón». Causa y efecto.

Capítulo 4

¿Adónde se había ido el dinero? Aunque la parte del botín galo correspondiente a Marco Antonio había ascendido a mil talentos de plata, cuando se dispuso a pagar a sus acreedores descubrió que debía más del doble de esa cantidad. Sus deudas se elevaban a setenta millones de sestercios, y Fulvia no tenía las reservas en efectivo necesarias para pagarlas tras haber desembolsado ya treinta millones antes de la boda. El problema era que la subasta de propiedades confiscadas había reducido, momentáneamente, el valor de las tierras de primera calidad y vender tierras era la única manera en que ella podía reunir el dinero hasta recibir más ingresos. Aquel tercer marido estaba resultándole caro.

La gran fortuna de Fulvia había sido amasada inicialmente por su bisabuela, Cornelia, la madre de los Gracos, una romana de las de antes. Su nieta, que era la madre de Fulvia, no había visto razón alguna para cambiar la forma de administración. Así pues, las numerosas propiedades y negocios de Fulvia estaban enterrados en sociedades en las que participaba como capitalista o eran nominalmente de otra persona. Por tanto, vender bienes no era fácil, requería mucho tiempo y no contaba con la aprobación de su banquero, Cayo Opio, que sabía perfectamente adónde iba a parar el dinero.

-El problema es que llegué a la Galia demasiado tarde -dijo Antonio sombríamente a Décimo Bruto y a Cayo Trebonio.

Estaban los tres en la taberna de Murcio, en la parte alta de la Via Nova, tras haberse dado cita en la Escalinata Vestal.

-Es cierto. Llegaste después del alzamiento de Vercingetorix -convino Trebonio, que había estado con César durante cinco años y había recibido diez mil talentos. Con una sonrisa añadió-: Incluso entonces llegaste tarde, según recuerdo.

-¡Mira quién fue a hablar! -gruñó Antonio-. Vosotros dos erais mariscales de César, y yo un simple cuestor. Siempre soy un poco demasiado joven para acceder al dinero de verdad.

-La edad no tiene nada que ver con eso -dijo Décimo Bruto arrastrando las palabras y enarcando una ceja. Antonio arrugó la frente.

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó.

-Quiero decir que nuestra edad ya no nos permite luchar para llegar a ser cónsules electos. Mi elección como pretor de este año ha sido una farsa tan grande como lo fue la de Trebonio hace tres años. Debemos esperar los dictados de César para ver cuándo se nos permitirá ser cónsules. No es una decisión de los electores; es una decisión de César. A mí me ha prometido el consulado para dentro de dos años, pero ya veis a Trebonio: debería haber sido cónsul el año pasado, y todavía no lo es. Individuos como Vatia Isaurico y Lepido tienen más influencia y han de ser contentados antes -dijo Décimo Bruto, hablando más deprisa a medida que empeoraba su humor.

-No sabía que estabas tan indignado -comentó Antonio.

-Todos los auténticos hombres lo están, Antonio. Estoy dispuesto a admitir cualquier mérito de César por lo que se refiere a competencia, brillantez y esfuerzo... Sí, sí, es un genio. Pero ya sabes lo que se siente al verse eclipsado por alguien cuando, por el propio nacimiento, uno debería estar muy arriba. Tú eres medio Antonio y medio Julio; yo soy medio Junio Bruto y medio Sempronio Tuditano. Los dos somos de buen linaje y deberíamos tener una clara oportunidad de llegar a lo más alto. Vestidos con nuestras togas blancas, podríamos engatusar a los votantes, prometerles lo que fuera, mentir y sonreír. En lugar de eso, estamos al servicio de César, el rey de Roma. Lo que recibimos es por su gracia y favor, no por nuestros méritos. Resulta abominable. Abominable.

-Ya veo -dijo Antonio con sorna.

Trebonio escuchaba, preguntándose si Antonio y Décimo sabían realmente lo que decían. Por lo que a él se refería, no importaba qué derechos heredaba uno de sus antepasados, porque él no tenía antepasados ilustres. Era por completo una creación de César, y no habría recorrido ni la décima parte del camino sin la ayuda de César. Fue César quien compró sus

servicios como tribuno de la Asamblea de la Plebe y le pagó para ocupar ese cargo; fue César quien descubrió sus aptitudes militares; fue César quien le encargó hacer maniobras independientes durante la guerra de las Galias; fue César quien lo hizo pretor; fue César quien lo nombró gobernador de la Hispania Ulterior. Yo, Cayo Trebonio, soy un hombre de César, comprado y sobradamente pagado. Mi riqueza se la debo a él; mi preeminencia se la debo a él. Si César no se hubiera fijado en mí, sería un don nadie. Eso aumenta más aún mi rencor hacia César, ya que cada vez que acometo una empresa, recuerdo que en el momento en que dé un paso en falso, César tiene la potestad de reducirme a la nada. A los aristócratas como estos dos puede perdonárseles algún que otro desliz, pero un don nadie como yo no tiene posibilidades de rectificar. Defraudé a César en la Hispania Ulterior, y cree que no me esforcé lo suficiente en expulsar a Labieno y a los dos Pompeyos. Por tanto, cuando nos encontramos en Roma, tuve que postrarme ante él y rogar su perdón, como si fuera una de sus mujeres. Decidió ser misericorde, reprenderme por suplicarle, decir que no había nada que perdonar, pero lo sé, lo percibí. No volverá a recurrir a mí; nunca seré cónsul con plenos poderes sino sólo un subalterno.

-¿De verdad intentaste asesinar a César, Antonio? -preguntó de pronto.

Antonio parpadeó, y se volvió hacia Trebonio.

-Pues... sí, a decir verdad -contestó, e hizo un gesto de indiferencia.

-¿Qué te indujo a hacerlo? -quiso saber Trebonio, intrigado.

Antonio sonrió.

-El dinero, ¿qué si no? Yo estaba con Poplicola, Cotila y Cimbro. Uno de ellos, no recuerdo quién, me recordó que soy heredero de César, de manera que se me antojó buena idea apropiarme del dinero de César en el acto. Pero todo quedó en nada. El viejo tenía guardias apostados por toda la *Domus Publica*, así que no pude entrar. -Lanzó un gruñido-. Lo que quiero saber es quién me delató, porque alguien lo hizo. César afirmó en la Cámara que me habían visto, pero me consta que no me vio nadie. Sospecho que fue Poplicola.

-César es tu pariente cercano, Antonio -dijo Décimo Bruto.

-¡Ya lo sé! En aquel momento no me importó, pero Fulvia me sonsacó la historia cuando César la mencionó en la Cámara, y me hizo prometer que no volvería a levantar la mano contra él nunca -dijo con una mueca de aversión-. Me lo hizo jurar por mi antepasado Hércules.

-César es también pariente mío -dijo Décimo Bruto entre dientes-, pero yo no he hecho ningún juramento.

Cayo Trebonio tenía una apariencia taciturna por naturaleza, y una expresión siempre triste en los ojos grises. Mirando a Antonio le dijo:

-La cuestión es si tú harías lo mismo que Poplicola e irías con el cuento a César si te enteraras de que existe una conspiración para asesinarlo.

Se produjo un silencio. Antonio miró fijamente a Trebonio. También Décimo Bruto se volvió hacia él.

-Yo no voy con cuentos a nadie, Trebonio, ni siquiera para denunciar conspiraciones de asesinato.

-Eso suponía -respondió Trebonio-. Sólo quería asegurarme. Décimo golpeó ruidosamente la mesa con la palma de la mano. -Así no vamos a ninguna parte. Sugiero que hablemos de otro tema.

-¿Qué tema? -preguntó Trebonio.

-En este momento ninguno de nosotros goza de la estima de César por una razón u otra. Este año me ha nombrado pretor, pero sin ningún cometido aceptable. ¿Por qué, pues, no me llevó a la Hispania Ulterior con él? Soy mejor al mando de un ejército que ineptos como Quinto Pedio. Pero César no está contento conmigo. En lugar de darme una palmada en la espalda por sofocar la sublevación de los Bellovaci, me dijo que había sido demasiado severo con ellos. -Torció el gesto. Su tez era tan clara que no parecía tener facciones definidas-. Nos guste o no, dependemos del favor del gran hombre, y tengo motivos para congraciarme con él. Quiero ese consulado aunque sea por su gracia y favor. Tú, Trebonio, mereces un consulado. Y tú, Antonio, tienes mucho que hacer si quieres salir adelante.

-¿Adónde quieres llegar? -preguntó Antonio con impaciencia.

-Al hecho de que no nos conviene quedarnos aquí en Roma como tres rastreras arpías -dijo Décimo, arrastrando otra vez las palabras-. Tenemos que salirle al encuentro antes de que llegue aquí, cuanto antes mejor. En

cuanto esté en Roma, se precipitará sobre él tal avalancha de aduladores que nos será imposible hablar con él. Los tres hemos trabajado con él durante años, y sabe que somos capaces de capitanear una tropa. Se sabe que tiene intención de invadir Partia. Pues bien, tenemos que dirigirnos a él cuanto antes para asegurarnos el cargo de legados superiores en esa campaña. Después de Asia, África e Hispania, tiene docenas de hombres capaces de ponerse al mando de un ejército, desde Calvino hasta Fabio Máximo. En cierta medida nosotros, *amici*, somos viejas glorias; las Galias quedan ya muy lejos. Así que debemos llegar hasta él y recordarle que somos mejores que Calvino o Fabio Máximo.

Los otros dos escuchaban con interés.

-Yo salí bien parado de la Galia -prosiguió Décimo Bruto-, pero el botín parto me haría tan rico como lo era Pompeyo Magno. Al igual que tú, Antonio, tengo gustos muy caros. Y como asesinar a un pariente es una acción sumamente reprobable, tendremos que buscar otra fuente de ingresos que no sea el testamento de César. No sé qué pensáis hacer vosotros, pero yo salgo mañana a reunirme con César.

-Te acompaño -dijo Antonio al instante.

-Y yo -convino Trebonio, recostándose satisfecho contra el respaldo.

El tema había sido planteado, y la reacción de los parientes de César no era en absoluto insatisfactoria. Trebonio no estaba seguro de cuándo había decidido que César debía morir, porque la idea había surgido de un modo inconsciente, y no tenía nada que ver con nobles intenciones. Se basaba en un odio puro: el odio del hombre que no tiene nada hacia el hombre que lo tiene todo.

Capítulo 5 —

Cuando Bruto regresó por fin de la Galia Cisalpina, venía de un humor raro, o al menos a su madre se lo parecía. Aunque era evidente que había disfrutado mucho del encargo de César, se lo veía aún más distraído que de costumbre, hasta el punto de que las mordacidades de Servilia caían en saco roto.

De todos los cambios, el más fascinante era el de su piel: se le había limpiado de una manera tan espectacular que ya podía apurar el afeitado. Quedaban las cicatrices como único testimonio de la repulsiva enfermedad que lo había atormentado durante casi veinticinco años. Al año siguiente, tanto él como Cayo Casio cumplirían los cuarenta, y ya les correspondía ser candidatos a pretores. Que lo fueran sólo dependía de César.

¡César! César, el indiscutible soberano del mundo, como Lucio Pontio Aquila, el amante de Servilia, le recordaba como mínimo una vez en cada encuentro. Éste había sido nombrado tribuno de la Asamblea de la Plebe, y bullía de impotencia. No podía vetar ninguna ley promulgada por un dictador, y se moría de ganas de encontrar una manera de exteriorizar su odio hacia César y todo aquello que representaba.

En cuanto a Cayo Casio, se dedicaba a pasear su mal humor por Roma; con poco que hacer, y escasas esperanzas de obtener la dichosa pretoría, mataba el tiempo en compañía de Cicerón, Filipo y otros de esa misma clase. Toda Roma estaba sorprendida de que hubiera abjurado de la noche a la mañana del estoicismo, y se hubiera convertido al epicureísmo, sin otro motivo, a juicio de Servilia, que el hecho de que Bruto se lo tomaba tan mal que lo evitaba. ¡Cosa difícil, siendo ambos visitantes tan asiduos de Cicerón!

En consecuencia, Servilia empleaba casi todas sus horas en hacer compañía a la reina Cleopatra, que se consumía de soledad en su mausoleo

de mármol. La reina sabía, por supuesto, que Servilia había sido amante de César durante muchos años, pero, lejos de considerar esta circunstancia un riesgo para su amistad, la consideraba un vínculo; y Servilia comprendía su actitud.

-¿Tú crees que César volverá? -le preguntó Cleopatra un día de finales de mayo.

-Opino igual que Cicerón, que no tiene más remedio -contestó rotundamente Servilia-. Si piensa ir a luchar contra los partos, antes tendrá mucho que solucionar en Roma.

-¡Cicerón! -exclamó Cleopatra con una mueca-. Creo que nunca he conocido a nadie que se dé tantos aires.

-Tú tampoco le caes bien -dijo Servilia.

-¡Mamá! -Era Cesarión, llegando al galope en un caballo de madera-. ¡Dice Filomena que no puedo salir!

-Si Filomena dice que no puedes salir, hijo mío, es que no puedes salir -contestó Cleopatra.

-Parece mentira que se parezca tanto a César -dijo Servilia con un nudo en la garganta. ¿Por qué, por qué no he sido yo la madre de su hijo? El mío habría sido romano, y patricio por los cuatro costados.

El niño partió al galope, aceptando la autoridad de su madre con la alegría de siempre.

-Sí, físicamente sí -dijo Cleopatra con una sonrisa tierna-, pero ¿te imaginas a César tan obediente, ni siquiera de pequeño?

-La verdad es que no. Oye, ¿y por qué no puede salir? Hace un día ideal para jugar al sol, y le iría bien la luz del día.

A Cleopatra se le nubló la expresión.

-Otra razón para querer que vuelva su padre. Hace tiempo que los transtiberinos esquivan a mi guardia y merodean con malas intenciones por la zona. Van armados con cuchillos, y se dedican a rajar narices y rebanar orejas. Ya ha habido algunos niños de la edad de Cesarión entre sus víctimas, y unas cuantas criadas mías.

-Pero, Cleopatra, querida, ¿para qué tienes guardia? ¡No encierres al niño! ¡Haz que salga, pero vigilado!

-Entonces querría jugar con los guardias.

-¿Y qué tendría eso de malo? -preguntó Servilia, sorprendida.

-Que sólo puede jugar con sus iguales.

Servilia apretó los labios.

-Eso, Cleopatra, no lo entiendo ni yo, que vengo de mucho mejor linaje que tú. Pronto aprenderá a reconocer a sus pares, pero de momento le conviene el sol, el aire y el ejercicio.

-Tengo otra solución -dijo Cleopatra, decidida.

-Me muero de ganas de saberla.

-Voy a hacer que rodeen la finca con un muro muy alto.

-Eso no impedirá la entrada de los transtiberinos.

-Sí, sí la impedirá. Y haré que la guardia patrulle palmo a palmo.

Servilia puso los ojos en blanco, pero no insistió. En los meses que llevaba tratando a Cleopatra se había dado cuenta de las grandes diferencias que existían entre las romanas y las orientales. Una cosa era que la reina de Egipto tuviera millones de súbditos, y otra que estuviera dotada de un ápice de sentido común. Nada más conocerla había observado algo que la alivió un poco: César tal vez sintiera algo por Cleopatra, pero no estaba perdidamente enamorado. Conociéndole, lo más probable era que le sedujese la idea de ser padre reconocido de un rey. César se había acostado con varias reinas, pero siempre estaban casadas con otro, mientras que aquélla era toda suya. Cleopatra tenía sus atractivos, naturalmente, y lo que le faltaba de sentido común lo suplía con conocimiento de las leyes y el gobierno; sin embargo, cuanto más la conocía Servilia, menos miedo le tenía a la reina.

La mujer a quien frecuentaba Bruto era el polo opuesto de Cleopatra. A su regreso a Roma, la primera puerta a la que él había llamado había sido la de Porcia, que lo había acogido con toda la felicidad del mundo, aunque sin ofrecerle sus labios ni esos vehementes abrazos que lo levantaban en vilo. Y no por falta de amor, no, ni por dudas; la razón tenía un nombre, y ese nombre era Estatilo.

Estatilo, cuyos planes iniciales eran ir a Placentia a ver a Bruto, había acabado por quedarse en Roma y presentarse en casa de los Bibulos para

ofrecer sus servicios al joven Lucio Bibulo. Dado que a éste no se le había ocurrido consultar a su madrastra, de repente Porcia se encontró viviendo en un remedo extraño de la casa de Catón, la de su infancia: relegada a segundo plano por un filósofo que no sólo bebía a todas horas, sino que, ante sus propios ojos, recurría a todas las argucias imaginables para incitar al mismo vicio a su pupilo. ¡Qué injusticia! ¿Por qué ella no había insistido más en que Lucio fuera a Hispania, junto a Cneo Pompeyo? Ya tenía edad para ser *contubernalis*, pero la muerte de Catón lo había desconsolado tanto que Porcia había tenido reparos en presionarle. La aparición de Estatilo hizo que lo lamentase.

Ésa era, y no otra, la razón de su actitud distante hacia Bruto, a quien devoraba con la vista pero sin olvidar la presencia de Estatilo. -Bruto, querido, se te han quitado todas las impurezas de la piel -dijo, ardiendo en deseos de acariciar su mejilla lisa y bien afeitada. -Yo creo que es por ti -dijo él, con una sonrisa iluminándole los ojos.

-Tu madre debe de estar contenta.

Bruto resopló.

-¿Mi madre? Está demasiado ocupada con esa extranjera repugnante del otro lado del Tíber.

-¿Cleopatra? ¿Te refieres a Cleopatra?

-¿A quién, si no? Prácticamente viven juntas.

-Pues yo habría dicho que Cleopatra era la última persona con quien Servilia querría estar en buenos términos -dijo Porcia, estupefacta.

-Sí, yo también, pero ya ves que nos equivocábamos. Tengo claro que alguna maldad trama, pero no sé cuál. De momento sólo dice que se divierten juntas.

El primer encuentro, pues, quedó en miradas tímidas; caricias visuales, que también fueron el límite de las posteriores entrevistas. A veces sólo Estatilo hacía de carabina. Otras veces lo acompañaba Lucio.

En junio, Bruto consiguió estar con Porcia sin que los oyera nadie, y aunque le costó, fue derecho al grano.

-¿Quieres casarte conmigo, Porcia? -preguntó.

Ella se encendió de pies a cabeza, convertida en una columna de fuego.

-¡Sí, sí, sí! -exclamó.

Bruto volvió a casa con la intención de echar a Claudia sin mayores preámbulos. Tenía tantas ganas de divorciarse que ni siquiera se le ocurrió alegar motivos de peso, como la falta de hijos. Se limitó a llamar a Claudia a su presencia, comunicarle el divorcio y mandar que la llevaran en litera a casa de su hermano mayor. Los clamores de Apio Claudio resonaron hasta el otro confín de la ciudad, y éste no dudó en presentarse ante el cruel marido.

-¡Esto no se hace!

Iba y venía dando gritos por el atrio, demasiado furioso para esperar a que Bruto le hiciera pasar a algún lugar más reservado.

A los pocos segundos apareció Servilia, atraída por el ruido, y Bruto se encontró entre un cuñado furibundo y una madre que lo estaba aún más.

-¡Esto no se hace! -repitió ella.

Bruto, imbuido repentinamente de valor (ni él mismo supo si por el repentino cambio de su rostro, que se había vuelto respetable, o por su amor a Porcia), les plantó cara con la cabeza erguida y la mirada severa.

-Ya lo he hecho -dijo-, y no se hable más. Mi mujer no me gusta. Nunca me ha gustado.

-¡Pues entonces devuélvele la dote! -vociferó Apio Claudio Pulcro.

Brutus arqueó las cejas y preguntó:

-¿Qué dote? Vuestro difunto padre no me dio ninguna dote. ¡Venga, márchate!

Dio media vuelta y se encerró en su estudio.

-¡Nueve años de matrimonio! -oyó que le decía Apio Claudio a Servilia-. ¡Nueve años de matrimonio! ¡Le llevaré a los tribunales!

Una hora después, oyendo los golpes de Servilia en la puerta del estudio, supo que su madre estaba dispuesta a seguir aporreándola el tiempo que hiciera falta. Más valía zanjar el asunto de una vez por todas, al menos parcialmente. La noticia de sus planes con Porcia podía esperar. Abrió la puerta con gesto decidido y se apartó.

-¡Idiota! -escupió Servilia con fuego en sus ojos negros-. ¿Por qué lo has hecho? ¡De una mujer tan querida y tan buena persona como Claudia no

puedes divorciarte así como así! -Por mí como si la quiere toda Roma. Yo no.

-Así no harás nuevas amistades.

-Ni espero hacerlas, ni me apetece.

-¡Será la revolución! ¡Bruto, es una Claudia del más alto rango! ¡Y sin dote, además! Al menos concédele algo, para que tenga un mínimo de independencia económica -dijo Servilia, sosegándose un poco. De repente su mirada se volvió perspicaz-. ¿Se puede saber qué planes tienes?

-Poner orden en mi casa -dijo Bruto. -Concédele un poco de dinero.

-Ni un sestercio.

Servilia hizo rechinar los dientes. Bruto, a quien en otros tiempos aquel ruido había reducido a un muñeco tembloroso, lo soportó sin cambio alguno en su expresión.

-Doscientos talentos -dijo Servilia.

-Ni un sestercio, madre.

-¡Tacaño despreciable! ¿Qué quieres, que te condene toda Roma?

A Bruto se le agotó la paciencia.

-Márchate -dijo.

El resultado fue que Servilia, en su obsesión por silenciar las malas lenguas, envió doscientos talentos a Claudia. También Lentulo Spinter el joven acababa de divorciarse de su mujer en circunstancias escandalosas, pero en comparación con el frío repudio de una esposa tan dulce e intachable por parte de alguien hasta entonces inofensivo como Bruto el escándalo de Lentulo parecía insignificante. En cuanto al propio Bruto, siguió adelante con su vida sin dar importancia a los reproches generales.

Al darse cuenta de que había perdido el ascendiente sobre su hijo, Servilia decidió quedarse al margen, observar y esperar. El tiempo revelaría las intenciones de Bruto, porque algo tramaba. Aparte de curársele la piel, también parecía habersele curado el espíritu; pero si se engañaba tanto como para creer que su madre no tenía más ases en la manga, pronto recibiría una lección.

¿Qué estaba ocurriendo con su vida? Hasta donde le alcanzaba la memoria, todo eran decepciones.

La suposición de Servilia de que su hijo había salido de Roma al día siguiente y se había refugiado en su villa de Túsculo sólo para evitarla era razonable, pero errónea. Bruto pensaba en otras cosas que en su madre. Durante el viaje de veinticuatro kilómetros, realizado en un cómodo *carpentum* de alquiler, le ocupaban cuestiones bastante más placenteras; y es que tenía junto a él a su nueva esposa: Porcia.

La ceremonia, oficiada por el gran augur y *flamen Quirinalis*, se había efectuado en el propio domicilio de Lucio César, con sus libertos por únicos testigos; y, a juzgar por la calma con que el augur había reaccionado a la petición de la pareja, debía de presidir enlaces inesperados a diario. Tras juntarles las manos con su cinta de cuero rojo, y declararles marido y mujer, les condujo a la puerta, donde les despidió con los mejores deseos. Luego, nada más marcharse la feliz pareja, acudió a su escritorio; en Roma no había nadie a quien quisiera transmitir la fascinante noticia, pero sí a su primo Cayo, que estaba viajando desde Hispania a Roma.

La proximidad de la capital hacía que Túsculo careciese de villas tan fastuosas como las que los ricos o poderosos de Roma poseían en Miseno, Bayas y Herculano. Las villas tusculanas tendían a ser menores y más viejas, y a estar bastante pegadas entre sí. La de Bruto lindaba por un lado con la de Livio Druso Nerón, y por el otro con la de Catón (que había pasado a manos de un senador, ex centurión condecorado). El tercer límite era la Via Tusculana, y el cuarto la villa de Cicerón; hecho, este último, bastante inoportuno, debido a la manía de Cicerón de ir a ver a Bruto siempre que le sabía en casa. Sin embargo, la tarde en que llegó con Porcia, Bruto ya sabía que Cicerón tenía compromisos que le impedirían ir a verles antes del día siguiente, aunque estuviera al corriente de su llegada.

Ninguno de los dos tenía apetito para cenar lo que les habían preparado los criados. En cuanto pudieron abandonar la fiesta sin faltar al decoro, Bruto llevó a Porcia a ver la casa, y a continuación (con el miedo en el cuerpo) la condujo al lecho nupcial. Por haber conversado con ella cuando ya era esposa de Bibulus, conocía su escasa afición a la intimidad conyugal, y también sabía que sus propias dotes para el ejercicio amoroso eran muy mediocres.

Bruto nunca había compartido la obsesión por lo carnal común al resto de los hombres, ni en la adolescencia ni en el comienzo de la edad adulta. Siempre que había experimentado algún impulso natural, había logrado encauzarlo hacia tareas intelectuales. En gran medida era por culpa de Catón, convencido (tanto por fidelidad a las antiguas costumbres romanas como por su interpretación del estoicismo) de que los varones debían llegar al matrimonio tan vírgenes como las mujeres. Una parte de la culpa, sin embargo, había que echársela a Servilia, cuyo desprecio por la poca virilidad de su hijo había hecho de él un joven inseguro en todos los aspectos de la vida. Tampoco había que olvidar a Julia, a quien con tal ardor y durante tanto tiempo, había amado Bruto. Julia, nueve años menor, nunca había recibido de él nada más que un casto beso; y al cumplir los diecisiete años, cuando ya faltaba poco para que el enamorado viera terminada su espera, César la había casado con Pompeyo el Grande. Si de por sí ya había sido un duro golpe, todavía lo había agravado más la delectación de Servilia al explicarle que Julia estaba enamoradísima del viejo, y que a él, Bruto, le consideraba un hombre aburrido y feo.

En cuanto a Porcia, no por haber estado casada con Bibulo llegaba a la noche de bodas mejor preparada que Bruto, ya que su anterior marido ya había estado casado otras dos veces, con dos Domicias de los Enobarbos, y a ambas las había seducido César, el gran depredador. A los dieciocho años, al ser entregada arbitrariamente por su padre a Bibulo, Porcia se había visto obligada a convivir con un hombre amargado, próximo a la cincuentena y con dos hijos anteriores de la primera Domicia, a los que se sumaba Lucio, habido con la segunda. En cuanto a Bibulo, pese a sentirse muy halagado por el hecho de que Catón le hubiese hecho entrega de su única hija, no la hallaba muy de su gusto. Por un lado Porcia medía un metro ochenta de estatura, y él poco más de un metro sesenta; por el otro, Porcia no respondía al ideal de belleza femenina más común.

En suma, que Bibulo había desempeñado sus deberes conyugales con cierta indiferencia, sin ningún empeño en complacerla. Lo que le gustaba era pensar que su tercera esposa fuera hija de Catón, una de las pocas a quienes no podría robarle César. A saber cuál habría sido el destino de

Bibulo si, después de gobernar Siria, hubiera regresado a Roma. Tras el asesinato de sus dos hijos en Alejandría, sólo le quedaba Lucio. En caso de que hubiera vuelto, quizás hubiera decidido tener hijos con Porcia; pero claro, no había vuelto. Mientras él permanecía en Éfeso, César cruzaba el Rubicón, y a Bibulo no se le había vuelto a ver por Roma. Porcia se había quedado viuda sin haber sido prácticamente esposa.

Ahí estaban, pues, los dos: sentados al borde de la cama, mudos y asustados; enamoradísimos, pero sin tener ni idea de cómo afectaría a ese amor la intimidad. Como era pleno verano, afuera aún era completamente de día. Al cabo de un rato Bruto giró la cabeza, y al contemplar el espeso cabello, tan brillante y rojo de Porcia experimentó un deseo que a ella bien seguro que no le repugnaría.

-¿Me dejas que te suelte el pelo? -preguntó.

Los ojos grises de Porcia (en todo iguales a los de Catón, excepto en que expresaban temor) se abrieron mucho.

-Si quieres... -dijo-. Pero no pierdas los alfileres, que me he olvidado de poner otros de repuesto en el equipaje.

De hecho, Bruto era una persona demasiado cuidadosa para perderlos. Los fue quitando uno por uno, y amontonándolos en la mesita, mientras empezaba a disfrutar de la operación. ¡Qué sensación de vida, la de aquella masa de cabello que ella nunca se cortaba! Después de acariciarlo un poco lo dejó suelto, y una cascada de fuego se derramó sobre la cama.

-¡Qué bonito! -susurró.

Porcia, que nunca había oído calificar nada suyo de bonito, se estremeció de placer. A continuación, las manos de Bruto empezaron a manipular su modesto vestido casero, retiraron la faja, desabrocharon el corte de la espalda, lo deslizaron por los hombros y trataron de extraer los brazos de Porcia de las mangas. Ella le ayudó, hasta que, al darse cuenta de que tenía los pechos al desnudo, volvió a taparse con la tela.

-Por favor -le rogó él-, déjame mirar. ¡Por favor!

Era todo tan nuevo... ¿Qué ganas podía tener alguien de mirar? Aun así, cuando Bruto le cubrió las manos con las suyas y las hizo descender con

suavidad, Porcia se lo permitió con los dientes apretados y la mirada perdida.

Bruto estaba embelesado. ¿Cómo adivinar que los deplorables vestidos de Porcia, que parecían tiendas de campaña, contuvieran unos pechos tan exquisitos, pequeños y firmes, de pezoncitos tan deliciosamente rosados?

-¡Qué maravilla! -musitó, antes de besarle uno.

A Porcia se le erizó la piel, y una oleada de calor le recorrió todo el cuerpo.

-Levántate para que te vea entera -ordenó él, descubriendo en su voz un nuevo matiz: firme, aterciopelado, un poco ronco.

Ella obedeció, sorprendida por el tono y sorprendida de sí misma. Entonces el vestido cayó alrededor de sus pies, dejándola en su tosca ropa interior de lino. Bruto también se la quitó, pero de una manera tan reverencial que Porcia no sintió el impulso de esconder la parte de su cuerpo que a Bibulo nunca le había interesado investigar. Claro que sus dos Domicias habían sido pelirrojas.

-¡Eres de fuego toda tú! -dijo Bruto, deslumbrado.

A continuación la tomó, todavía de pie, entre sus brazos, le puso la cabeza en el vientre y empezó a acariciarla con la cara, y a besarla, mientras recorría su espalda y sus costados con las manos. Porcia cayó de espaldas en la cama, mientras Bruto se quitaba la túnica con dificultad y se dejaba ayudar como la había ayudado a ella. Estaban descubriendo el prodigio de tocarse, que no les dejaba respirar, y del que no se cansaban; estrechamente abrazados, se besaban con ardor, apasionadamente. Cuando Bruto se introdujo suavemente en Porcia, la llenó de gozo y de una extraña sensación, algo nuevo que iba creciendo, creciendo hasta que la hizo gritar, y él también gritó.

-Te quiero -dijo Bruto sin perder la erección.

-¡Y yo siempre te he querido!

-¿Otra vez?

-¡Sí, sí! ¡Muchas, infinitas!

Con su hijo en Túsculo, y nadie a quien criticar, Servilia decidió hacer una visita a Cleopatra. Fue una agradable sorpresa encontrar allí a Lucio

César, uno de los hombres más cultos de Roma. Los tres se enfrascaron en una animada conversación sobre el Catón y el «AntiCatón»; naturalmente estaban todos a favor de César, aunque Servilia y Lucio César tenían sus dudas sobre la sensatez del «Anti-Catón».

-Sobre todo por sus virtudes literarias -dijo Servilia-, que le han granjeado mucha audiencia.

-Lucio Pisón dice que el contenido le da igual, que es una prosa magnífica, de lo mejor de César -añadió Cleopatra.

-Ya. Típico de Lucio Pisón, que con tal de que la prosa sea magnífica es capaz de leer un libro sobre un escarabajo -objetó Lucio César. Arqueando una ceja, miró a Servilia y preguntó-: Esas anécdotas que no conocía nadie, ¿se las proporcionaste tú a César?

-Pues claro -dijo ella, satisfecha-, aunque no tengo el don de César de destripar la poesía de Catón, por ejemplo. Me limité a enviárselo todo. Y eso que había varios cajones.

-Hablar mal de los muertos es tentar a los dioses -observó Lucio César. Las dos mujeres le miraron sorprendidas.

-No sé por qué -dijo Cleopatra-. Si hay gente que en vida ha sido insoportable, ¿qué sentido tiene que los dioses te obliguen a moderar cualquier comentario sobre ellos sólo porque hayan tenido la delicadeza de morirse? Te aseguro que cuando se murió mi padre di gracias a los dioses. Ni cambié de opinión sobre él, ni cambié de opinión sobre mi hermano mayor; y el día que se muera Arsinoe, no pienso decir nada bonito de ella.

-Estoy de acuerdo -dijo Servilia-. La hipocresía es detestable.

Lucio César levantó las manos en señal de rendición.

-¡Señoras, por favor! ¡Lo único que hago es repetir lo que piensa casi toda Roma!

-Incluido el imbécil de mi hijo -dijo con despecho Servilia-. Hasta ha tenido la temeridad de escribir un «Anti-anti-Catón», o como haya que llamar a la refutación de una refutación.

-Lo comprendo -dijo Lucio-. Teniendo en cuenta lo unido que está a Catón...

-Ahora ya no -dijo Servilia-. Catón está muerto.

-¿Y no te parece que el matrimonio de Bruto con Porcia es una manera de prolongar los lazos con Catón? -preguntó Lucio con total inocencia.

¿Cómo era posible que una sala tan amplia y luminosa quedara de pronto en la mayor oscuridad, como si en el interior se hubiese producido un eclipse total? Porque indudablemente el día se oscureció, y el ambiente se cargó de chispas de un relámpago invisible cuya fuente era Servilia, que estaba completamente rígida.

Cleopatra y Lucio César la miraron fijamente, hasta que Cleopatra venció el pasmo y acudió junto a su amiga.

-¡Servilia! ¡Servilia! ¿Qué te pasa? -preguntó, cogiéndole una mano para frotársela.

Servilia la retiró.

-¿Matrimonio con Porcia?

-No me digas que no lo sabías -dijo Lucio César, algo confuso.

El aire se había cargado de oscuridad.

-¡Pues no, no lo sabía! ¿Y tú? ¿Cómo lo sabes?

-Porque los he casado esta mañana.

Servilia se levantó y salió con paso inestable, pidiendo a gritos su litera y sus criados.

-¡Estaba convencido de que lo sabía! -le dijo Lucio a Cleopatra, que suspiró.

-No tengo fama de compasiva, Lucio, pero a Bruto y Porcia les compadezco.

Cuando al cabo de un rato Servilia llegó a su casa, ya era demasiado tarde para emprender el viaje a Túsculo. Sólo con verle la cara, los criados se echaron a temblar: estaba envuelta en una aura negra e impenetrable.

-Epafrodito, tráeme un hacha -le dijo al intendente, a quien sólo llamaba por su nombre completo cuando ocurría algo grave. Epafrodito (único miembro de la servidumbre con bastante veteranía para haber vivido la crucifixión de la niñera que había dejado caer a Bruto de bebé) corrió en busca del hacha.

Servilia, hecha una fiera, fue al estudio de Bruto y empezó a destruirlo; daba hachazos al escritorio, a los divanes y a las sillas, de un golpe hacía

volar botellas de vino y agua, y no dejó entera ni una sola de las copas de cristal alejandrino. Después sacó todos los rollos de sus casillas, vació los cajones de libros y, tras amontonarlos en el suelo, cogió una lámpara múltiple, la sacudió para verter todo el aceite en la pila de papeles y le prendió fuego. Al oler el humo, Epafrodito arrancó a los criados de su inmovilidad con órdenes de que trajesen cubos de arena de la cocina y cubos de agua de la fuente del peristilo y el impluvio del atrio, rezando por que la señora saliera del estudio antes de que ya no fuera posible apagar las llamas. En cuanto Servilia hubo salido por la puerta del estudio, Epafrodito puso manos a la obra, más asustado por el fuego que por la Clitemnestra que se alejaba con el hacha a rastras.

Servilia sólo se permitió un descanso cuando ya no quedó nada por demoler en el cubículo donde dormía Bruto, ni tampoco quedaba en pie ninguna de sus estatuas favoritas; aun así, seguía tan consumida por la rabia que lamentó no tener más pertenencias que destruir. ¡Ah, sí! ¡El busto de bronce de un joven, obra de Estrongilión! ¡El gran orgullo de Bruto! ¡En el atrio! Fue, cogió la escultura (tan pesada que sólo la ira le permitió levantarla) y se la llevó a su salón, donde la dejó en una mesa y se la quedó mirando. ¿Cómo destruir algo de bronce sin disponer de un horno?

-¡Dito! -rugió.

Epafrodito apareció enseguida.

-Sí, *domina*.

-¿Ves esto?

-Sí, *domina*.

-Pues llévatelo al río y tíralo.

-¡Pero si es de Estrongilión! -protestó él.

-¡Por mí como si es de Fidias o de Praxíteles! ¡Obedece! -Los ojos negros, fríos como la obsidiana, traspasaron al sirviente-. Obedece, Epafrodito. ¡Hermione! -rugió.

Enseguida apareció su doncella, como por arte de magia.

-Acompaña a Epafrodito al río, y asegúrate de que tire al agua esta... cosa. Si no, le crucifico.

Los dos viejos criados tuvieron que sumar sus fuerzas para llevarse el busto a trancas y barrancas.

-¿Qué ha pasado? -susurró Hermione-. ¡No la veía así desde que César le dijo que no quería casarse con ella!

-No sé qué ha pasado, pero lo que sé es que si no la obedecemos nos crucificará -dijo Epafrodito, mientras dejaba el busto en manos de un esclavo joven y fuerte-. FormiÓN, al Tíber, y deprisa.

Al despuntar el alba, ante la puerta había un carruaje de alquiler.

Servilia se acomodó en él sin cambiarse de ropa, y sin llevar criada.

-Todo el camino al galope -le dijo escuetamente al *carpentarius*.

-¡Pero, *domina*, eso no puedo hacerlo! ¡Acabaría derrengada por las sacudidas!

-Oye, imbécil -masculló ella-, si te digo que al galope has de ir al galope. Me da igual las veces que tengas que cambiar de mulas.

¡Cuando digo al galope, es que es al galope!

Bruto y Porcia se habían levantado escandalosamente tarde, y por eso Servilia les sorprendió desayunando.

-*Cunnus*! ¡Serpiente viscosa y rastrera! -exclamó con voz sibilante; y, sin detenerse ni un momento, se acercó a Porcia, echó un brazo hacia atrás y le dio un puñetazo en la sien a quien acababa de convertirse en su nuera. Porcia cayó atontada al suelo, y Servilia procedió a darle patadas sistemáticamente de la cabeza a los pies, concentrándose en la ingle y los pechos.

Para contenerla hicieron falta Bruto y dos criados varones.

-¿Cómo has podido hacerme esto, ingrato? -chilló Servilia a su hijo, entre forcejeos, puntapiés y mordiscos al aire.

Porcia, que no parecía muy lesionada, se levantó sin ayuda. Luego se abalanzó sobre Servilia, la cogió por el pelo con una mano y empleó la otra para darle bofetadas.

-¡A mí no me hables en ese tono soez, patricia estirada y monstruosa! -exclamó-. ¡Y no te atrevas a tocarme! ¡Ni a mí ni a Bruto!

¡Soy hija de Catón, y no estoy por debajo de nadie! ¡Como vuelvas a tocarme, haré que te arrepientas de haber nacido! ¡Vete a hacer de

lameculos de tu reina extranjera, y a nosotros déjanos en paz!

Cuando dejó de hablar, tres criados habían conseguido separarlas. Las dos mujeres se miraban enseñándose los dientes, despeinadas y cubiertas de morados.

-*Cunnus!* -rugió Servilia.

Bruto se interpuso.

-¡Madre, Porcia, aquí mando yo, y exijo obediencia! No te corresponde encontrarme esposa, madre. Como ves, ya he elegido una. Si no la tratas con educación, si no le das la bienvenida a mi casa, te echaré. ¡Lo digo en serio! Ya sé que todos los hombres tienen el deber de dar alojamiento a sus madres, pero, si no tratas bien a mi mujer, yo dejaré de hacerlo. Porcia, te pido disculpas por el comportamiento de mi madre. Sólo puedo suplicarte que la perdones. -Se apartó-. ¿Ha quedado todo claro? En ese caso, mis sirvientes os soltarán.

Servilia se quitó de encima a los esclavos que la sujetaban, y preguntó en tono burlón, con las manos en el pelo: -¿Qué, Bruto, ya te ha salido un poco de carácter? -Pues sí, ya lo ves.

-¿Cómo le has cazado, arpía? -preguntó a Porcia.

-Arpía lo serás tú, Servilia. Bruto y yo -dijo Porcia, acercándose a su esposo- estamos hechos el uno para el otro.

Cogidos de la mano, desafiaron a Servilia con la mirada.

-Te crees que lo tienes todo controlado, ¿eh, Bruto? Pues no -dijo Servilia-. ¡Vas muy desencaminado si esperas que sea amable con la descendiente de una esclava celtíbera y un sucio campesino tusculano! Como me echas, dejaré tu reputación tan por los suelos que se habrá terminado tu carrera: ¡Bruto, el cobarde que se escabullía de la instrucción, y que tiró la espada en Farsalia! ¡El prestamista que mata a viejos de hambre! ¡El que se divorcia de una mujer intachable después de nueve años de casados, y le niega una compensación! ¡César aún me escucha, y sigo teniendo influencia en el Senado! Y tú, gigantona sin seso, ¡tú no vales ni para limpiarle los zapatos a mi hijo!

-¡Ni tú para lamerle las heces a Catón, serpiente adúltera! -se desgañitó Porcia.

-*Ave, Ave, ave!* -dijo en la puerta (que estaba abierta) una voz alegre; y entró tan campante Cicerón, con los ojos brillantes, observando por turno a todos los actores de aquella deliciosa obra de teatro.

Bruto reaccionó muy bien: sonrió de oreja a oreja y, apartándose de su mujer y de su madre, fue a darle a Cicerón un apretón más que cordial.

-¡Querido Cicerón, cuánto me alegro! -dijo-. No podrías ser más oportuno. Necesitaba tu ayuda para unos asuntillos. He empezado el epítome de esa historia de Roma tan rara que escribió Fanio, y según Estratón de Epiro es un ejercicio inútil...

Los dos hombres fueron a encerrarse en el estudio y dejó de oírse la voz de Bruto.

-¡Tú no llegarás a vieja, Porcia! -bramó Servilia.

-¡No te tengo miedo! -contestó Porcia a gritos-. ¡Lo tuyo es puro farol!

-¡De eso nada! He sobrevivido en casa de los Livios Drusos sin nadie que me protegiera ni me tendiera la mano, cosa que no podía decir tu padre: él tenía a Cepio, nuestro hermano. ¡Mira, Porcia, mi madre hizo de puta con tu abuelo, o sea, que no te me pongas moralista! Al menos mi adulterio fue con un hombre que por su sangre puede ser rey de Roma, que es algo que no puede decirse en ningún caso del monigote de Catón. Más te vale no hacer planes de fundar una familia, guapa, porque los críos que pueda tener Bruto de ti no vivirán ni para que los desteten.

-¡Amenazas vanas! ¡Eres más hueca que una caña, Servilia!

-En realidad no quería hablarte de Fanio -dijo Bruto, mientras las voces de las dos mujeres resonaban del otro lado de la puerta.

-Lo sospechaba -dijo Cicerón, todo oídos-. Ah, felicidades por la boda.

-¡Cómo corren las noticias!

-Una noticia así es más veloz que el rayo, Bruto. Me he enterado esta mañana, por Dolabela.

-¿Dolabela? ¿No estaba con César?

-Estaba, pero ahora que ya tiene lo que quería ha vuelto para hacer las paces con sus acreedores.

-¿Qué quería? -preguntó Bruto.

-El consulado, y una buena provincia. César le ha prometido que el año que viene será cónsul, y que después de eso se irá a Siria -dijo Cicerón. Suspiró-. Por mucha voluntad que le ponga, no consigo que Dolabela me caiga mal, ni siquiera ahora que se niega a pagar la dote de Tulia. Dice que el hecho de que esté muerta anula cualquier pacto, y mal que me pese creo que tiene razón.

-Un poder como el de prometer consulados no debería tenerlo ningún romano-dijo Bruto, crispado.

-Completamente de acuerdo. ¿De qué querías hablar?

-De un tema que ya te había mencionado: considero conveniente ir al encuentro de César antes de que llegue a Roma.

-¡Hazme caso y recapacita, Bruto! -exclamó Cicerón-. Ahora mismo es tal la muchedumbre que sale de Roma para recibir al Gran Hombre, que se han levantado enormes nubes de polvo. No te rebajes a seguir al rebaño.

-Creo que es mi obligación. Y la de Casio. Pero ¿qué le digo, Cicerón? ¿Cómo puedo descubrir sus planes?

Cicerón pareció dubitativo.

-A mí no tiene sentido preguntármelo, Bruto. No pienso unirme al rebaño. Yo me quedo aquí.

-Mis planes -dijo Bruto- son hablar de ti y de mí; que César tenga claro que lo he discutido todo contigo, y que pensamos igual.

-¡No, no, no! -exclamó Cicerón, horrorizado-. ¡Rotundamente no! Mi nombre no beneficiaría en nada a vuestra causa, y menos desde lo del *Catón*. Si le indignó bastante como para escribir una réplica tan imprudente, está claro que para César Rex seré persona non grata. -Se animó-. He empezado a llamarle Rex. Porque actúa como un rey, ¿no? Cayo Julio César Rex; suena de maravilla.

-Lamento tu postura, Cicerón, pero no me disuadirá de ir a ver a César a Placentia-dijo Bruto.

-Tú tienes que hacer lo que te parezca más conveniente. -Cicerón se levantó-. Ya es hora de que vuelva a casa. Llevo unos días recibiendo tantas visitas... Creo que no hay nadie que no pase a saludarme. -Al acercarse a la puerta, le alivió no oír nada al otro lado-. Ah, ¿te he comentado que hace

poco recibí una carta muy extraña? Es de alguien que pretende ser nieto de Cayo Mario, y podría decirse que me pide consejo. Le he contestado que creía que siendo pariente de César no necesitaría mi modesta ayuda. -Al llegar a la puerta de la casa, añadió-: Mi querido hijo está en Atenas (sí, claro, ya lo sabes), y quiere comprarse un carruaje. ¡Parece mentira! ¡Un carruaje! ¿Para qué tenemos pies, querido Bruto, si no es para desplazarnos, sobre todo a esa edad? -Emitió una risa aguda-. Le he escrito una carta diciéndole que le pida el dinero a su madre. ¡Que lo intente, que lo intente!

Nada más marcharse Cicerón, apareció Servilia.

-Vuelvo a Roma -se limitó a decir.

-Buenísima idea, madre. Espero que para cuando Porcia llegue a su nueva casa ya estéis un poco reconciliadas. -Le dio la mano para que subiera al *carpentum*-. Te aviso de que lo digo en serio. Si me ofendes, te echaré.

-Ofenderte lo haré de todos modos, pero tú a mí no me echas. El día que lo intentes, comprobarás el control que sigo teniendo sobre tu fortuna. El único hombre que me ha vencido es César, y tú, hijo mío, no vales ni lo que su dedo meñique.

Bruto fue a buscar a Porcia algo trastornado, pero contento de que ya hubieran pasado las dos peores visitas que pudieran recibir durante el día. ¿Mi madre dueña de mi fortuna? ¿En qué sentido? ¿A través de quién? ¿De mi banquero, Flavio Hemicilo? No. ¿De mi director, Matinio? Tampoco. Sólo puede ser mi director Escaptio, que siempre ha sido un títere en sus manos.

Su mujer estaba sentada en el jardín, contemplando un melocotonero cuyos frutos ya empezaban a madurar. Al oírle giró la cabeza y le tendió las manos con el rostro iluminado de alegría. ¡Oh, Porcia, cuánto te quiero! Mi columna de fuego.

-¿Qué, qué te parece? -le preguntó Servilia a Casio.

-Entiendo perfectamente que estés en contra, Servilia, pero en muchos sentidos Bruto y Porcia forman buena pareja -dijo él-. Ya, ya sé que te da grima reconocer que se parezcan en algo, pero eso no quiere decir que no sea verdad. Son dos personas con poco sentido del humor, muy serias, y de

miras tan estrechas que aburren. En el fondo, si he abjurado del estoicismo es por eso, porque no aguantaba tanta intransigencia.

Servilia miró a su varón favorito con todo el amor del mundo. Era tan marcial, tan viril, tan brusco y decidido... ¡Cuánto se alegraba de tenerle en la familia! Vatia Isaurico, casado con Junia Major, y Lepido, el marido de Junia Minor, eran dos aristócratas estirados y puntillosos, incapaces, por lo visto, de conciliar su adhesión a César con el hecho de que su suegra hubiera cometido adulterio con el Gran Hombre. En cambio Casio, que a causa de la paternidad de Tertula era el más directamente afectado, no permitía que el adulterio incidiese en sus simpatías personales.

-Me ha dicho Tertula que irás a ver a César.

-Sí, y espero que Bruto me acompañe, si Porcia no le disuade. -Casio sonrió haciendo una mueca-. Dudo que le parezca bien que su marido le dé coba a César.

-Tranquilo, éste lo hará sin decírselo a ella -dijo Servilia-. Pero ¿por qué es tan necesario?

-Munda -respondió Casio-. La victoria de César me alivió tanto... Siempre he aborrecido al rey sin corona de Roma, pero al menos forzó una decisión final. Hoy en día, la causa republicana está demasiado muerta para resucitarla. En mi condición de hombre perdonado que no ha cometido un solo error desde que César le concedió el perdón implícito (porque, con lo inteligente que es, nunca lo habría dado de palabra), pienso conseguir mi parte de los beneficios, aunque me repugne tratarle con educación. El año que viene quiero ser pretor, y Bruto también, pero cuando el Gran Hombre llegue a Roma ya no quedará ni un cargo libre. -Dirigió a Servilia una mirada irónica. Entre ellos dos no había secretos-. En cuanto a... esto... al yerno extraoficial de César, considero que se merece un buen empleo. De hecho, considero que se merece Siria más que Dolabela. ¿Tú no?

-Completamente -dijo ella-. Ve con mi bendición.

Capítulo 6

Mientras César y Octavio, conversadores incesantes, viajaban por la costa de la Hispania Citerior para cruzar los Pirineos, en el puerto marítimo de Narbo se vivía un alboroto sólo comparable a cuando Lucio César lo había usado como base mientras su primo Cayo combatía a los galos de largos cabellos. Narbo, atractiva ciudad en la desembocadura del Atax, era famosa por su buen pescado, sobre todo por el pez más succulento de todos: un animal muy plano que vivía en el lecho del estuario y al que había que desenterrar de su escondrijo; de ahí su nombre, mújol cavador.

Aun así, la gente de Narbo descartó de entrada que los más de sesenta senadores que llegaron a finales de junio lo hicieran para comer mújoles. La ciudad estaba al corriente de la llegada de César, y sabía que la importante comitiva venía a verle a él. La elección de Narbo se debía a que era el único lugar de suficientes dimensiones para alojar con el debido confort a tanta gente. Décimo Bruto, Cayo Trebonio, Marco Antonio y Lucio Minicio Basilo (primeros senadores en llegar, y nombres hartos conocidos desde la campaña de César en la Galia) se instalaron de inmediato en la mansión de Lucio César, mantenida por su dueño con la esperanza de poder regresar algún día a un lugar que guardaba dentro de su corazón. El resto se repartió por las mejores posadas, o pidió ser acogido por algún próspero mercader romano. En Narbo había muchos, debido a que la ciudad servía de puerto a una fértil región que se extendía hasta Tolosa (magnífica ciudad del interior, a orillas del curso alto del río Garumna).

Hacía poco que Narbo se había visto promovida a un estatus todavía superior, cuando César había creado una provincia (la Galia Narbonense) que abarcaba desde el río Ródano hasta los Pirineos, y desde el Mare Nostrum al *oppidum* galo de Burdigala, incorporando de ese modo las tierras de los volcos tectosages y los aquitanos. En su nueva condición de

capital, Narbo se había visto agraciada por un suntuoso palacio del gobernador, donde se alojarían César y los suyos. El primer beneficiario del edificio, que ya lo ocupaba, era el valeroso y erudito legado de César, Aulo Hirtio.

Marco Antonio pasó una sola noche en casa de Lucio César, porque al día siguiente Hirtio le invitó al palacio del gobernador. En la mansión de Lucio César quedaban, pues, Cayo Trebonio, Décimo Bruto y Basilo: nada más satisfactorio (ni aliviador) para el primero de los tres, que había decidido que ya era hora de empezar a tantear a determinadas personas sobre el tema de la muerte prematura de César.

Empezó con Décimo junio Bruto, a causa de lo que se habían dicho en la taberna de Murcio.

-La única manera de que tengamos alguna posibilidad en las elecciones de las que hablaste, Décimo, es que César ya no gobierne Roma -le dijo, mientras caminaban entre el bullicio de los muelles.

-Sí, Trebonio, me doy cuenta.

-Entonces ¿cómo te parece que podríamos poner punto final al gobierno de César?

-Sólo hay una manera: matándole.

-Hace tiempo -dijo Trebonio con su voz lastimera, contemplando el anclaje de una nave-, César denunció a Híbrida, el tío de Antonio, por sus atrocidades en Grecia. Fue un escándalo, a causa del parentesco entre César y los Antonios, pero el Gran Hombre (que entonces aún no era tan grande) dijo que no infringía los principios escritos de la familia porque el parentesco sólo era por Via matrimonial.

-Sí, me acuerdo del proceso. Híbrida hizo que se suspendiera acogándose a la protección de los tribunos, pero César le había vuelto tan impopular que al final no tuvo más remedio que exiliarse -dijo Décimo-. En mi caso, el parentesco con los julios es de sangre, pero bastante lejano, a través de una Popilia que era la madre del padre de Catulo César.

-¿Tan lejano como para que te planteases unirte a un grupo decidido a matar a César?

-Sin la menor duda -dijo Décimo Bruto, y siguió caminando con la nariz arrugada por la peste a pescado, algas y barcos-. Aunque ¿para qué necesitas un grupo, Trebonio?

-Porque no tengo ninguna intención de sacrificar mi vida y mi carrera -dijo Trebonio con franqueza-. Quiero que haya bastantes personajes implicados como para que parezca una acción patriótica, que el Senado no se atreva a castigar.

-¿Es decir, que no tienes planeado hacerlo aquí en Narbo?

-Lo único que pienso hacer en Narbo es tantear a una serie de personas, pero sólo después de escuchar y observar mucho. Si te lo pido aquí y ahora es porque así seremos dos los que escuchemos y observemos.

-Consulta a Basilo, y seremos tres.

-Sí, ya se me había ocurrido. ¿Tú crees que accedería?

-En cuanto se lo pidiéramos -dijo Décimo. Hizo una mueca de asco, pero no era por la peste-. Es como Híbrida: tortura a sus esclavos. Me han dicho que César está al corriente de sus actividades, y que ya no le ascenderán a ningún otro cargo.

Trebonio frunció el entrecejo.

-No es lo mejor para la imagen del grupo.

-Lo sabe muy poca gente. Para el rebaño senatorial es una persona importante.

En efecto: Lucio Minucio Basilo era un terrateniente del Piceno que afirmaba que sus orígenes familiares se remontaban a la época de Cincinato. La única prueba de ello que podía presentar era su palabra, pero, como había comprobado que la mayoría de sus compañeros de la Primera Clase se conformaban con ella, había llegado muy lejos. Ese mismo año César le había nombrado pretor. Aspiraba al consulado, pero acababa de enterarse de que César había sido informado de su vicio secreto, y de que había un testigo de por medio, un esclavo torturado. Al recibir de César una carta muy seca en la que le informaba del final de su carrera pública, Basilo había pasado de adorarlo a odiarlo. Tras cuatro años siendo uno de los legados de César en la Galia, representaba un duro golpe verse excluido de su círculo. Venía a Narbo para defenderse, pero con pocas esperanzas.

Al ser tanteado por Trebonio y Décimo Bruto, accedió de inmediato (y hasta con júbilo) a unirse a lo que Décimo había bautizado como el Círculo de Asesinos de César.

Ya eran tres. ¿Cuál sería el siguiente?

Lucio Estayo Murco había acudido a Narbo con toda confianza, sabedor de que César le tenía en gran estima. Era un gran navegante, con un historial de éxitos al mando de varias flotas de César. Sin embargo, se había unido a César por una causa de lo más elemental: saber que ganaría, y querer estar del lado vencedor. El problema era que César le caía enormemente antipático, y que el sentimiento, intuía, era mutuo; de ahí que su posición de favor pudiera cambiar de un momento a otro, sobre todo ahora que ya no había batallas que librar. Había sido pretor y quería ser cónsul, pero le agobiaba la certeza de que como sólo había dos consulados por año, y los favorecidos por César eran muchos, partía con muy pocas posibilidades.

Su nombre fue propuesto por Basilo, pero los tres acordaron no tantearle en Narbo. La estancia en Narbo no era para hacer tanteos, sino para confeccionar listas.

En Narbo había otros posibles miembros del Círculo de Asesinos de César, pero en todos los casos se trataba de simples senadores *pedarii*, representantes de relleno y con poco peso. Fueron incorporados a la lista Décimo Turulio, los hermanos Cecilio Metelo y Cecilio Buciolano y los hermanos Publio y Cayo Servilio Casca; también Cesenio Lento, el decapitador de Cneo Pompeyo, que estaba enfadadísimo.

Al tercer día de *quinctilis*, se produjo la esperada aparición en Narbo de César y su séquito, acompañados por los restos de la Décima Legión y de la Quinta Alauda (algo más nutrida la segunda).

Marco Antonio observó que César presentaba un aspecto de lo más saludable.

-¡Querido Antonio -dijo César con cordialidad, dándole un beso en la mejilla-, qué alegría verte! A Aulo Hirtio también, naturalmente.

Viendo bajar a un hombre delgado de la calesa de César, Marco Antonio se distrajo y no oyó el resto de lo que le decían. ¿Podía ser el joven Cayo

Octavio? ¡Sí, lo era! Pero venía muy cambiado. Lo cierto era que Marco Antonio jamás había prestado demasiada atención a su primo segundo, a quien presagiaba un futuro de bujarrón que sería la vergüenza de la familia, pero ahora el muchacho, sin dejar de ser tan afectado y guapito como _de costumbre, exudaba una serena confianza que hablaba muy bien de su desempeño como cadete de César.

Éste se giró hacia Octavio sonriendo, y le mandó acercarse.

-Ya ves que traigo a casi toda la familia. Sólo nos faltaba Marco Antonio para completarla. -Pasó un brazo por los hombros de Octavio, y se los estrechó ligeramente-. Entra, Cayo; entérate de qué alojamiento me tienen preparado.

Tras sonreír a Marco Antonio con naturalidad, Octavio hizo lo que se le pedía. Se estaba acercando Quinto Pedio. Antonio actuó con la debida celeridad.

-Vengo a disculparme, César. Y a suplicar tu perdón.

-Acepto lo uno y otorgo lo otro, Antonio.

En cuestión de segundos se reunieron todos, desde Quinto Pedio hasta el joven Lucio Pinario, el otro sobrino nieto de César, *contubernalis* de su primo Pedio. También estaban Quinto Fabio Máximo, Calvino, Mesala, Rufo y Polión.

-Tendré que buscar alojamiento -le dijo Antonio a Hirtio, contando a los presentes-. En casa del tío Lucio no puedo quedarme.

-No hace falta-dijo César cordialmente-. A Agripa, Pinario y Octavio ya los meteremos juntos donde quepan.

-¿Agripa? -preguntó Antonio.

-Ahí le tienes -dijo César, señalándole-. Dime, Antonio, ¿alguna vez habías visto a un militar tan prometedor?

-Es Quinto Sertorio en guapo -dijo enseguida Antonio.

-Yo he pensado lo mismo. Está de *contubernalis* de Pedio, pero cuando me vaya a Oriente le transferiré a mi personal; a él y a uno de los tribunos militares de Pedio, Salvidieno Rufo, que en Munda estuvo al frente de la caballería y lo hizo estupendamente.

-Da gusto saber que aún salen buenos hombres de Roma.

-No, Antonio, de Roma no. ¡De Italia! ¡Sé más amplio de miras!

-Según mi recuento, han venido a darte caba sesenta y dos senadores -dijo Antonio cuando entraron juntos-. La mayoría son *pedarii* de relleno que nombraste tú, pero también han venido Trebonio, Décimo Bruto, Basilo y Estayo Murco. -Se quedó callado, mirando a César con semblante burlón-. Te veo muy encariñado con esa *saltatrix tonsa* de Octavio -dijo a bocajarro.

-No dejes que te engañen las apariencias, Antonio. Octavio dista mucho de ser una bailarinita imberbe. Tiene más visión política en su meñique que tú en todo tu corpachón. Desde poco después de Munda le llevo conmigo a todas partes, y si no me falla la memoria nunca había disfrutado tanto en, compañía de un joven. Tiene mala salud, y nunca será militar, pero lleva encima de los hombros una cabeza vieja y sabia. Lástima que se llame Octavio.

Una punzada de alarma tensó el cuerpo de Antonio.

-¿No estarás pensando en adoptarle, y que se llame Julio César? -preguntó.

-No, por desgracia. Ya te digo que tiene mala salud. Demasiado mala para llegar a viejo -dijo César, sin mucha seriedad.

Apareció Octavio y dijo:

-En el piso de arriba, César; las habitaciones del fondo del pasillo. De momento no me vas a necesitar, o sea que si no te importa voy a ver dónde dejan las cosas Agripa y Pinarío. ¿Te parece mal que me aloje con ellos?

-No, es lo que tenía previsto. Que te diviertas en Narbo, y no te metas en líos. Estás de permiso.

Los hermosos ojos de Octavio, grandes y grises, se demoraron en el rostro de César con manifiesta adoración, hasta que el joven asintió con la cabeza y desapareció.

-Se cree que el sol te sale por el culo -dijo Antonio.

-Da gusto saber que hay alguien que lo piensa, Antonio; sobre todo en mi propia familia.

-¡Venga, hombre! Si Pedio te pide permiso hasta para tirarse un pedo.

-¿Y tú qué haces, primo?

-Trátame bien y te trataré bien, César.

-He aceptado tus disculpas, pero estás a prueba, y te conviene recordarlo. ¿Ya has saldado tus deudas?

-No -dijo Antonio, malhumorado-, pero he podido pagar a los usureros una cantidad suficiente para que se callen. El resto se lo pagaré cuando Fulvia vuelva a estar boyante. También cuento con recibir una parte del botín parto.

Habían llegado a las habitaciones de César, donde ya estaba Hapd'efan'e pelando fruta. Antonio miró al médico con expresión de rechazo.

-Te tengo reservados otros planes -dijo César, comiéndose un melocotón.

Antonio se quedó de piedra, y le miró furibundo.

-¡No, otra vez no! -replicó-. ¡No me pidas que te caliente la silla otros cinco años en Roma, porque no estoy dispuesto! ¡Quiero una campaña decente, con un botín decente!

-Lo tendrás, Antonio, pero no conmigo -dijo César sin levantar la voz-. El año que viene serás cónsul, y luego te irás a Macedonia con seis buenas legiones. Vatinio se quedará en Illyricum, y llevaréis a cabo una campaña conjunta hacia el norte, por las tierras del Danubio y Dacia. No tengo ningunas ganas de que en mi ausencia las fronteras de Roma se vean amenazadas por el rey Burebistas. Tú y Vatinio conquistaréis desde el Savus y el Dravus hasta el mar Euxino. Y tu parte del botín no será de legado, sino de general.

-Pero no será un botín parto -rezongó Antonio.

-Si las insignificantes campañas de los anteriores gobernadores de Macedonia indican algo, Antonio -dijo César sin perder los estribos-, predigo que saldrás de la campaña tan rico como Creso. Las tribus del Danubio tienen mucho oro.

-Sí, pero tendré que repartirlo con Vatinio -dijo Antonio.

-El botín de los partos habríais tenido que repartíroslo tú y dos docenas del mismo rango. Además, ¿no te das cuenta de que como general te llevarás toda la recaudación de la venta de esclavos? ¡Treinta mil talentos! - La mirada de César se volvió burlona-. Antonio, eres un caso flagrante de

chico romano que nunca hacía los deberes, y que no ha llegado a dominar la aritmética. Aparte de eso, eres insaciable de nacimiento.

César se quedó en Narbo dos *nundinae*, organizando la nueva provincia de la Galia Narbonense y asignando propiedades grandes y fértiles a los escasos supervivientes de la Décima Legión. A la Quinta Alauda le tenía reservado marchar con él al este, hacia el valle del Rhodanus, donde pensaba distribuir tierras de no inferior calidad a sus integrantes. Aquellos legionarios sin igual, que se casarían con mujeres galas y mezclarían la sangre de dos pueblos guerreros excepcionales, eran un don inestimable para la Galia.

-Siempre ha sido como un rey -dijo Cayo Trebonio a Décimo Bruto, mientras veían a César circular entre los lisonjeros senadores-, pero la arrogancia se le está pronunciando a pasos agigantados. ¡César Rex! Si convencemos a todos los romanos importantes de que pretende coronarse rey de Roma, conseguiremos que no se nos inculpe, Décimo. Roma nunca ha castigado a los regicidas.

-Para convencer a los romanos importantes de que piensa coronarse rey de Roma, nos hace falta alguien que goce de la confianza de César-dijo Décimo, pensativo-; alguien como Antonio, que se rumorea que será uno de los cónsules del año que viene. Ya sé que no cometerá esa acción personalmente, pero siempre he intuido que tampoco la condenaría. ¿Tú crees que llegaría hasta el punto de presentarla como algo respetable?

-Es posible-dijo Trebonio, sonriendo-. ¿Se lo pregunto?

El improbable esfuerzo que estaba haciendo Antonio por mantener la sobriedad y servirle de algo a César volvía difícil hablar con él a solas, pero la última noche en Narbo, Trebonio consiguió su objetivo invitándole a ver un caballo de excepcional belleza.

-Es un animal que aguantaría tu peso, Antonio, y vale más de lo que pide el dueño. Ya sé que tus acreedores te acosan, pero un cónsul necesita un caballo público mejor que el tuyo, que ya debe de estar para que lo jubilen. No olvides que el Tesoro sufraga los caballos públicos.

Antonio mordió el anzuelo, y al ver al animal (alto y fuerte pero ágil, con un pelaje muy atractivo de manchas grises claras y oscuras) quedó

encantado. Concluido el negocio, volvió caminando a la ciudad en compañía de Trebonio.

-Ahora voy a decirte un par de cosas -dijo Trebonio-, pero no quiero que me contestes. Sólo te pido que escuches. Tampoco hace falta que me digas que por el mero hecho de abordar un tema así pongo mi vida en tus manos. Al margen de que estés en acuerdo o en desacuerdo conmigo, me niego a creer que seas capaz de acusarme ante César. Ya sabes de qué tema se trata, claro: de matarle. En estos momentos, somos bastantes los que consideramos que es una medida imprescindible para que Roma vuelva a ser libre, pero no podemos precipitarnos, porque es necesario que los de la Primera Clase nos vean como paladines de la libertad, auténticos patriotas que le hacen a Roma un enorme favor.

Se quedó callado mientras dos senadores los adelantaban.

-Me doy cuenta de que tu juramento a Fulvia no se puede romper; por lo tanto, no te pido que ingreses en el Círculo de Asesinos de César. (El nombre es idea de Décimo. Puede entenderse como una conspiración, pero también como una broma; ¡las paredes oyen!) Lo que hago es pedirte que nos prestes ayuda sin infringir tu juramento; concretamente, que hagas que parezca que César está a punto de ceñirse la diadema. Ya hay gente que lo dice, pero en general se considera un bulo inventado por los enemigos confesos de César; por eso no ha hecho mella en los plutócratas de verdad, como Flavio Hemicilo o Ático. Como bien dice Décimo, es necesario que alguien del círculo de César presente su conversión en rey de Roma como algo previsible, cantado.

Pasaron otros dos senadores, y Trebonio levantó la voz ensalzando con fervor el nuevo caballo público de Antonio.

-Ha empezado a correr el rumor de que el año que viene serás cónsul -dijo Trebonio, reanudando su exposición-, y que, cuando César salga de Roma para luchar contra los partos, te quedarás a gobernar la ciudad hasta finales de año, cuando emprenderás con Vatinio una campaña en Dacia. No me preguntes cómo me he enterado. El caso es que lo sé. Supongo que no estás tan contento como pueda creer César, y lo comprendo. El botín es dudoso. Los germanos no tienen un tesoro como el de Atatuca, ni un centro

de culto lleno de imágenes votivas de oro, como los druidas. Tendrás que obligar a los bárbaros a revelarlos emplazamientos de sus túmulos, y que yo sepa no eres ningún Labieno. En cuanto a la venta de esclavos, ¿quién los comprará? El mercado más grande es el reino de los partos, que mientras tengan a César encima no comprarán ningún esclavo. En cambio, muerto César, todo cambia, ¿verdad?

Antonio se agachó para atarse una bota, y Trebonio vio que le temblaban los dedos. El mensaje no estaba cayendo en oídos sordos, no.

-En suma, que en tu calidad de cónsul electo en lo que queda de año, y de cónsul de facto para el que viene, estás en una posición perfecta para tomar una serie de pequeñas medidas que hagan que parezca que César aspira a convertirse en rey. Dicen que se erigirá una estatua suya donde Quirino. ¿Y si el Senado votase a favor de concederle un palacio en el Quirinal, al lado del templo de Quirino, y coronarlo con un frontón de templo? ¿Y si se estableciera un culto a la clemencia de César, pero con cierta apariencia de culto divino? ¿Y si el *flamen* fueras tú? ¿Verdad que la gente no tendría más remedio que tomárselo en serio?

Trebonio hizo una pausa para recuperar aliento.

-Tengo muchas ideas en el mismo sentido, y estoy seguro de que a ti se te ocurrirán otras tantas. Lo que debemos hacer es lograr que parezca que César jamás renunciará a su poder, y que su objetivo es convertirse en un dios en la tierra. Como el primer paso en esa dirección es ser rey, las dos cosas pueden presentarse como una sola. Verás, en el Círculo de Asesinos de César no hay nadie que tenga ganas de que le procesen por traición *perduellio*, ni que le castiguen por el crimen; nuestra intención es ser héroes, pero para eso hace falta crear un estado de ánimo entre la Primera Clase, que es la única que importa. En las clases inferiores todos piensan que César ya es un dios y un rey, y no sólo están encantados con ello sino que le adoran. Él les da trabajo, oportunidades, prosperidad... ¿Qué les importa quién y cómo gobierne? Nada. Ni siquiera a la Segunda Clase. Lo que hay que conseguir es que la primera odie a muerte a César Rex.

Ya se acercaban a la mansión de Lucio César.

-No digas nada, Antonio. La única respuesta que necesitamos son tus actos.

Trebonio se despidió con una inclinación de cabeza y, sonriendo como si hubieran estado hablando de cualquier trivialidad, entró en la casa. Marco Antonio, por su parte, fue hacia el palacio del gobernador. Y también sonreía.

Al alba, cuando la enorme comitiva salió de Narbo, César invitó a Antonio a su carruaje. Cayo Octavio montó en otro con Décimo Bruto, sin sentirse ofendido en lo más mínimo.

-Tú y yo, joven Octavio, somos parientes lejanos -dijo Décimo Bruto, mientras ocupaba su asiento con un suspiro de fatiga. La estancia en Narbo había sido agotadora, cargada de una tensión que no se aliviaría hasta tener la seguridad de que Antonio no se había chivado.

-Es verdad -dijo Octavio, de excelente humor.

Fue el preludio de un viaje lleno de conversaciones banales, que terminó a los tres días en Arelate, donde César permaneció un *nundinum* para organizar la Quinta Alauda. Cuando las calesas iniciaron el ascenso por la Vía Domitia hacia el paso de Mons Genava, Octavio volvía a estar en la de César, y el compañero de viaje de Décimo Bruto era Marco Antonio. No, no se había chivado. ¡Qué alivio!

-¿Y bien? ¿Ya has caído en desgracia? -preguntó Décimo-. Decididamente, Antonio, a ti hay que amordazarte.

Antonio le dirigió una amplia sonrisa.

-No, el Gran Hombre y yo estamos en buenas relaciones. El problema es que soy tan corpulento que no queda sitio para un secretario, y el mariposón de la cara guapa no ocupa mucho espacio. Menudo personaje, ¿eh?

-Sí -respondió enseguida Décimo-, pero no en el sentido en que lo dices. Cayo Octavio es peligrosísimo.

-¡Supongo que lo dices en broma! De tanto esperar a saber si me he chivado, te ha trastornado la tensión, Décimo.

-Ni mucho menos, Antonio. ¿Te acuerdas de lo que cuentan que le dijo Sila a Aurelia, cuando ella suplicaba por la vida de César? Entonces debía

César de tener más o menos la edad de Octavio. «¡Está bien, tú ganas! ¡Le perdono la vida! Pero te aviso de una cosa: veo muchos Marios en este joven.» Pues yo en éste veo muchos Marios.

-Está claro que se te ha nublado el juicio -dijo Antonio, haciendo un ruido grosero y cambiando de tema-. La próxima parada es Cularo.

-¿Y qué pasa en Cularo?

-Que hay una reunión de los vocontios. El Gran Hombre les cederá a perpetuidad las que tradicionalmente han sido sus tierras, en honor del viejo Cneo Pompeyo Trogo.

-Por mucho que me duela, tengo que reconocerle una virtud -dijo Décimo Bruto refiriéndose a César-: que nunca olvida los favores. En todos estos años de campañas en la Galia, Trogo ha sido un apoyo muy valioso, y los vocontios se han ganado a pulso la condición de amigos y aliados. Desde que Trogo se incorporó al mando, los vocontios ya no han hecho nuevas incursiones. Otro punto a su favor es que tampoco se unieron a Vercingetorix.

-Cuando lleguemos a Taurasia me adelantaré -anunció Antonio.

-¿Para qué?

-Es que Fulvia sale de cuentas, y me gustaría estar con ella. Décimo Bruto estalló en carcajadas.

-¡Antonio! ¡Ahora sí que te tienen en el bote! ¿Cuántos hijos tienes ya?

-Legítimos sólo una, y es imbécil. Ten en cuenta que los de Fadia se murieron todos durante aquella epidemia; claro que con una madre así no se perdió gran cosa. Fulvia es diferente. Este crío podrá decir que es biznieto de Cayo Graco.

-¿Y si es niña?

-Según Fulvia, es niño, y por algo lo dirá.

-Dos niños y dos niñas con Clodio, un niño con Curio... Sí, tienes razón, por algo lo dirá.

La Via Domitia descendía a la gran llanura del río Padus a la altura de Placentia, capital de la Galia Cisalpina y sede del gobernador Cayo Vibio Pansa, uno de los dirigentes más leales a César. Siendo como era sucesor de Bruto, les recibió encantado a éste y a Casio cuando llegaron a la ciudad.

-Bruto, amigo mío, has hecho una espléndida labor -dijo efusivamente-. Con un predecesor como tú, no me queda casi nada más que hacer que aplicar tus *edicta*. ¿Venís a ver a César?

-La verdad es que sí; o sea, que tendrás la casa invadida -dijo Bruto, un poco descolocado por los elogios-. Cayo Casio y yo nos alojaremos en la posada de Tigelio.

-¡Ni hablar! ¡No pienso permitirlo! He recibido un mensaje de César diciendo que su grupo lo compondrán él, Quinto Pedio, Calvinos y tres *contubernales*. Décimo Bruto y Cayo Trebonio siguen camino hacia Roma, como todos los que han conseguido no quedarse rezagados -dijo Pansa.

-Pues entonces muchas gracias, Pansa -dijo Casio sin rodeos.

Cuando ocuparon sus cuatro habitaciones, le comentó a Bruto:

-Espero que no tengamos que esperar demasiado, porque con lo aburrido que es Pansa...

-Mmm-murmuró Bruto, pensando en otra cosa; concretamente en Porcia, a quien echaba muchísimo de menos. A ello se sumaba, en honor a la verdad, el sentimiento de culpa de no haberle contado adónde iba.

La espera fue mínima. César apareció al día siguiente, a tiempo para cenar, y, si bien al verles se mostró algo más imperioso de la cuenta (al menos para el gusto de Casio), su alegría era sincera.

Fueron siete los que se reclinaron a cenar: César, Calvino, Quinto Pedio, Pansa, Bruto, Casio y Cayo Octavio. De acuerdo con la tradición, la esposa de Pansa, Fufia Calena, no le había acompañado a aquella provincia; por lo tanto, no había mujeres que entorpecieran con trivialidades la conversación.

-¿Dónde está Quinto Fabio Máximo? -preguntó Pansa a César.

-Se ha adelantado con Antonio. Como lo hizo tan bien en Hispania, se le dedicará un triunfo. A Quinto Pedio también.

Casio apretó los labios, pero sin decir nada. No se le había pasado por la cabeza que la victoria sobre unos enemigos puramente romanos pudiera celebrarse con triunfos. ¿O acaso César pensaba presentarlo como una rebelión hispánica? No, imposible; para eso no se había sublevado una parte suficiente de la Ulterior, y la Citerior ni siquiera había participado.

-¿Tú también vas a tener tu triunfo? -preguntó Pansa.

-Pues claro -dijo César, con una sonrisa ligeramente maliciosa.

Ni siquiera se molestará en intentar esconder que el enemigo era romano, pensó Casio. ¡Cómo se regodeará en una victoria tan patética! Me gustaría saber si ha guardado la cabeza de Pompeyo en agua y sal, para enseñarla en el desfile.

Quedaron todos en silencio, concentrados en comer. Casio no era el único a quien incomodaba el hecho de que el enemigo hubiera sido romano.

-¿Qué, Bruto, últimamente has escrito algo? -preguntó César. Bruto dio un respingo, saliendo de sus ensoñaciones sobre Porcia, y le miró a la cara con sus ojos castaños de expresión triste. -Pues sí -dijo-, ni más ni menos que tres disertaciones.

-Tres.

-Sí. Me gusta simultanear varios proyectos. He tenido la suerte -añadió sin pensar- de que los manuscritos estuvieran en Túsculo, y se han salvado del fuego.

-¿Fuego?

Bruto se puso muy rojo y se mordió el labio.

-Pues... sí, es que en mi estudio de Roma hubo un incendio. Se me quemaron todos mis libros y papeles.

-*Edepol!* ¿Y tienes la casa convertida en cenizas?

-No, la casa está intacta. Nuestro intendente reaccionó deprisa.

-Epafrodito. Sí, ya me acuerdo de que es una joya. ¿Dices que no se ha salvado ni un solo libro o papel? Me extraña, porque lo normal es tenerlos repartidos por las cuatro paredes del estudio, y además están las mesas, el escritorio... -dijo César, mientras comía frutos secos.

-Es verdad -dijo Bruto, cada vez más angustiado.

Se notaba que la inteligencia que había detrás de aquellos ojos claros había detectado un misterio. Casio consideró posible, incluso, que hubiera adivinado la realidad. Sin embargo, como Bruto no era una presa digna de un felino de tales dimensiones, el tema quedó zanjado mediante unas palabras llenas de autoridad:

-Háblanos un poco de los manuscritos de Túsculo.

-Pues hay una de las disertaciones que es sobre la virtud, la otra sobre la paciencia sumisa, y la tercera sobre el deber-dijo Bruto, recuperándose.

-¿Qué tienes que decir de la virtud, Bruto?

-Pues... que de por sí ya garantiza la felicidad. Cuando un hombre es virtuoso de verdad, César, su felicidad no puede ser destruida ni por la pobreza ni por la enfermedad ni por el exilio.

-¡No me digas! Me dejas de piedra, porque con una vida tan plena como la tuya... Un argumento estoico de esas características debería ser del agrado de Porcia. Te felicito de corazón por tu boda -dijo César, muy serio.

-Ah, gracias, muchas gracias.

-La paciencia sumisa... Pero ¿es una virtud? -preguntó César. Se contestó a sí mismo:- ¡Rotundamente no!

Calvino soltó una carcajada.

-Una respuesta muy de César.

-No, muy de hombre -se oyó decir desde el diván del fondo-. La paciencia es una auténtica virtud, pero la sumisión sólo es admirable como virtud en las mujeres -afirmó Octavio.

Casio dejó de mirar al derrotado Bruto, y al fijarse en el joven Octavio se llenaron de sorpresa sus profundos ojos marrones. Tenía en la punta de la lengua decir que a alguien tan femenino como aquel mocoso no le atribuía autoridad para hablar sobre respuestas varoniles, pero una vez más se reprimió. Y lo que le detuvo fue la cara de César. ¡Por todos los dioses! ¡Nuestro gobernante está orgulloso de este pisaverde! ¡Es más, respeta su opinión!

Se llevaron el último plato. Sólo quedaban el vino y el agua. ¡Qué cena tan peculiar, tan fraguada de tensiones ocultas! A Casio le costaba identificar la fuente exacta de las tiranteces. Al principio, como era inevitable, le echó la culpa a César, pero a medida que avanzaba la cena fue trasladándola más y más al joven Cayo Octavio. Para empezar, parecía mentira lo bien que se llevaba con su tío abuelo. Le bastaba con abrir la boca para ser escuchado no como un humilde cadete, sino como un legado. Y no se trataba únicamente de César; también Calvino y Pedio bebían de los labios del chaval. Aun así, Casio no podía acusarle de insolente,

maleducado, atrevido ni aun de presuntuoso, puesto que Octavio se mantenía casi siempre al margen, y dejaba la voz cantante a sus mayores, excepto aquellos comentarios esporádicos, a veces repelentes, pero siempre de una clarividencia asombrosa, que pronunciaba con una mezcla de afabilidad y firmeza. Eres un hombre profundo, Octavio, se dijo Casio.

-Bueno, vamos a lo importante -dijo César, de forma tan inesperada que sacó a Casio de sus reflexiones sobre Cayo Octavio.

-¿Lo importante? -preguntó Pansa, azorado.

-Sí, pero tranquilo, Pansa, que no tiene nada que ver con las provincias. Marco Bruto, Cayo Casio, el año que viene es año de pretorías -dijo César-. Bruto, te propongo ser *praetor urbanus*. A ti, Casio, *praetor peregrinus*. ¿Aceptáis?

-¡Sí, por favor! -exclamó Bruto, animándose.

-Sí, acepto -dijo Casio, no tan contento.

-Considero que el cargo de pretor urbano es el que mejor conviene a tus cualidades, Bruto, mientras que el de pretor en el extranjero se adecúa más al perfil de Casio. Tú, con tu amor al trabajo meticulado, promulgarás los *edicta* más indicados y te ceñirás a ellos -le dijo César a Bruto. Luego miró a Casio-. En cuanto a ti, Casio, tienes mucha experiencia con los que no son ciudadanos, viajas mucho y deprisa, y sabes pensar con rapidez. Por lo tanto, pretor en el extranjero.

¡Ah!, pensó Casio, relajándose en el diván. El viaje ha valido la pena. Conque Dolabela pretende quedarse con Siria, ¿eh?

Bruto se hallaba en un estado de exaltación. ¡Pretor urbano! ¡Lo máximo! ¡Porcia lo entenderá! ¡Seguro que lo entiende!

Octavio pensó que parecían dos gatos en un charco de nata.

Capítulo 7 —

Cuando César salió de Placentia, iba solo; incluso a Cayo Octavio se le dijo que tendría que hacer el viaje a Roma por su cuenta. Así pues, las pocas calesas que recorrían al galope la Via Emilia Scauri, en dirección a la costa y la Via Aurelia de Etruria, no contenían a nadie más que los secretarios y criados de César, así como a Hapd'efan'e.

Ya estaba *sextilis* muy avanzado; faltaban, pues, menos de siete meses para marchar hacia Siria y emprender una guerra de las de verdad. En definitiva, había mucho trabajo por delante: por un lado lo que quedaba por hacer para Roma e Italia; por el otro, los miles de preparativos que comportaba planificar una campaña de cinco años, con quince legiones de infantería y diez mil jinetes germanos, galos y gálatas. El papel de *praefectus fabrum* corría a cargo de Cayo Rabirio Póstumo, mientras que Publio Ventidio, el viejo y fiel mulero, se ocupaba del reclutamiento y la instrucción. En aquella campaña no iban a participar reclutas primerizos; afortunadamente, ningún viejo legionario podía soportar más de un año de paz y de tranquilidad, y el índice de reenganches era altísimo. Bajo la supervisión de Ventidio, se procedía a una cuidadosa selección de los veteranos que volvían a alistarse, con la finalidad de componer seis legiones imbatibles con la flor y nata, mientras el resto se repartía por las otras nueve con el criterio de que ninguna tuviera un nivel de experiencia superior a las demás. Artillería: cien piezas por legión, sin contar las armas pequeñas. Artificieros y personal no combatiente especializado en todo lo imaginable.

El viaje por carretera se le pasó volando en dictar toda clase de asuntos a los apelotonados secretarios, desde temas militares, pasando por cuestiones romanas, italianas, de obras públicas que resultaban imprescindibles, hasta la del canal del istmo de Corinto o un nuevo puerto en Ostia... Había que desecar las lagunas pontinas, erigir más acueductos

que abasteciesen a Roma, y desviar el Tíber para que tanto el-Campus Martius como el Campus Vaticanus quedasen en la misma orilla que la ciudad. Como Italia no tenía ninguna Via Julia Caesaris, era necesario construir una entre Roma y Firmum Picenum, a fin de volver accesibles las partes de los Apeninos que lo eran menos.

Y los comisarios agrarios debían espabilar un poco, pandilla de vagos, pues no era cuestión de que los veteranos de César establecidos en Italia esperaran varios años a que les concedieran tierras. Para evitar que fueran expoliados por esposas codiciosas, embaucadores y terratenientes ávidos, César había promulgado una ley que les prohibía vender las propiedades asignadas durante veinte años. A ese respecto, le había molestado un comentario de Bruto en Placentia: Bruto sabía tan poco de la naturaleza humana (¡qué «paciencia sumisa» ni qué ocho cuartos!) que tenía la idea peregrina de que la prohibición de los veinte años era una manera de evitar que los soldados se vendieran las tierras para gastarse el dinero en vino y putas. Éste era el concepto que él tenía de las clases bajas. ¡Despreciarles como capaces de destruir felicidad, él, que nada sabía de la pobreza, la enfermedad ni el exilio! En el Palatino tendrían que haber crecido todos pobres, como César, que aunque no lo hubiera sido de solemnidad (a diferencia de Sila), conocía de primera mano el sufrimiento que traía consigo la pobreza, las vidas que agostaba...

¡Qué fascinante, que un año de gobernar la Galia Cisalpina le hubiera curado los granos a Bruto! La autoridad le había liberado de sus miserias... y también (ya era hora) de Servilia, hasta el punto de haberse divorciado de Claudia nada más volver a Roma, y haberse casado con la hija de Catón. En cuanto al incendio en el estudio, César tenía tan clara la razón como si hubiera estado delante.

Había llegado el momento de que la Galia Cisalpina se integrase a Italia y dejase de ser gobernada como provincia. Ahora que todos sus habitantes ya eran ciudadanos de pleno derecho, ¿qué sentido tenía mantener una barrera artificial, y que Roma enviase un gobernador en lugar de gobernada directamente? También a los sicilianos convenía otorgarles la ciudadanía, aunque fuera a riesgo de una enconada oposición (incluso entre los de su

círculo). Había demasiados descendientes de griegos, pero bueno, eso también podía decirse en Italia de Roma para abajo, ¿no? Gente más pequeña, más morena...

No estaba bien que Alejandría contase con una biblioteca de casi un millón de textos, mientras que Roma no tenía ninguna. ¡Varrón! El encargo perfecto para Marco Terencio Varrón: conseguir varias copias de todos los libros existentes, y reunirlos bajo el mismo techo.

El problema que no compartió con sus secretarios por medio del dictado fue el destino de Roma en su ausencia, motivo de angustia desde que la situación en Siria le había hecho comprender que no había más remedio que eliminar el reino de los partos, o el ámbito del Mare Nostrum dejaría de ser occidental. Saberse el único capaz de invadir y aplastar al imperio parto no era una muestra de vanidad desmesurada, sino de conocimiento de sí mismo, de su propia voluntad, capacidades y genio. Nada tenía que ver la verdad con la vanidad.

Si César no conquistaba a los partos, no sólo seguirían siendo una amenaza, sino que a la larga invadirían el mundo occidental. El don que les faltaba a la mayoría de los políticos, a César le sobraba: el de la previsión. Veía desplegarse en su cerebro los siglos por venir, y pensaba más en ellos que en los que ya estaban consignados en los libros de historia. Los partos eran un conjunto belicoso y dispar de pueblos remotamente emparentados, unidos bajo un rey y un gobierno central. En el fondo se parecían a Roma, con la diferencia de que en Roma no había rey. Si llegaba a darse el caso de que un solo hombre, con una idea clara, uniese a los pueblos de aquel vasto imperio y los dotase de una sola manera de pensar, no habría ninguna civilización que se les resistiese. El único que podía impedirlo era César; nadie más que él tenía la amplitud de miras necesaria para darse cuenta de lo que se avecinaba.

Lo malo era que Roma no constituía un todo indisociable; de ahí que en ausencia de César se convirtiese en un problema mayúsculo. César había decidido que la única manera de impedir la desintegración de lo que había conseguido hasta la fecha era dotar al corazón del universo de un sistema de controles y equilibrios encaminado a evitar que cualquier otro hombre

hiciera lo mismo que él. Ya lo había intentado Sila promulgando una nueva constitución, pero sólo había durado quince años porque no era nueva, sino una tentativa de volver al pasado.

La solución de César era más compleja. En ese momento, la *res publica* estaba en condiciones muy superiores a las del inicio de su primera dictadura. Las leyes se estaban asentando, y eran buenas, aunque no se lo parecieran a algunos de la Primera Clase. El comercio se había recuperado tanto que ya no había agitadores que pidiesen la cancelación general de las deudas. La solución de César a los problemas financieros de la capital había beneficiado tanto a los deudores como a los acreedores, y unos y otros la aclamaban. Por primera vez en varias décadas funcionaban los tribunales, no había pegas con los jurados, resultaba más difícil defenderlos privilegios, las asambleas empezaban a entender su papel en el gobierno de Roma, y existían menos posibilidades de que el Senado quedara bajo el dominio de un grupo reducido, como el de los *boni*.

En realidad, el problema no radicaba en ningún grupo en especial. Si algún fallo había cometido César, era el de haberlo realizado todo prácticamente en solitario, como autócrata. Porque había otras personas que se consideraban capaces de lo mismo. La larga duración de la dictadura de César había generado un cambio de ambiente; él lo sabía, pero no encontraba la manera de solucionarlo, como no fuera siendo dictador hasta la muerte y esperando que Roma, para entonces, hubiera aprendido bastante como para no retroceder, sino seguir progresando. ¿Hacia dónde? Eso no lo sabía. Lo único que estaba en su mano era demostrar el acierto de los cambios que había introducido, y confiar en que sus sucesores apreciaran su valía con la claridad necesaria para conservarlos.

Nada de ello solucionaba el problema de sus cinco años de ausencia. Al principio le había parecido que lo más conveniente era llevarse a Marco Antonio, que por naturaleza era propenso a los abusos de poder; Antonio, sin embargo, había creado problemas con las legiones, y había pretendido controlar el ejército para convertirse en el primer hombre de Roma, cuando no en su dictador. Llevarse a Antonio, por lo tanto, significaba arriesgarse a importantes motines en cuanto surgiesen las primeras dificultades. Podía

repetirse lo de la expedición de Lúculo y Clodio al este de Anatolia. No, a Antonio mejor dejarle en Roma. Para eso había que nombrarle cónsul, y a continuación darle un mando proconsular para alejarlo de Italia en calidad de general de un ejército propio, a fin de distraerle de los asuntos italianos.

Pero ¿cómo controlar al cónsul Antonio? Lo primero que debía hacer César era seguir siendo dictador, y, en consecuencia, dejar todas las fuerzas que quedasen en Italia bajo el control de un Maestro del Caballo. Que nunca volvería a ser el propio Marco Antonio. Un excelente candidato era Lepido; la pega era que insistiría en asumir el gobierno de alguna provincia, y tendría que sustituirle Calvino como Maestro del Caballo. Lo segundo era cerciorarse de que Antonio fuera el cónsul inferior. El superior sería el propio César, hasta partir para Oriente. Después, el cónsul superior tendría que ser una persona hostil a Antonio, alguien que tuviera mucho gusto en controlarle hasta verle partir a Macedonia como procónsul. En el fondo sólo había un candidato: Publio Cornelio Dolabela.

Por otro lado, ni en Italia ni en la Galia Cisalpina habría guarniciones compuestas por legiones de veteranos. A la hora de dotar militarmente a las provincias, César recurriría a las legiones profesionales que no se llevase con él, y dentro del semicírculo de los Alpes limitaría la actividad militar al reclutamiento y la instrucción. Sexto Pompeyo estaba en Hispania, luchando contra Carrinas, y no se rendiría fácilmente. Por sí solo no representaba una gran amenaza, pero aun así era necesario dotar a las Hispanias y las Galias de gobernadores enérgicos; hombres de su plena confianza, que no albergasen simpatías hacia Marco Antonio.

El tiempo pasaba tan deprisa que llegó a su villa de las afueras de Lanuvium sin haber agotado sus reflexiones. Quedaba una tarea pendiente, que no se atrevía a seguir postergando: la de hacer testamento. Por eso había decidido no pasar por Roma, que sólo quedaba a treinta kilómetros. Para solucionar aquel asunto necesitaba estar a solas.

Los Julios tenían propiedades en el Lacio desde siempre, pero aquella villa se la había comprado a Fulvia, cuando ella vendía sus tierras para pagar las deudas de Antonio. El primer dueño, Publio Clodio, había sido asesinado al volver de inspeccionar las obras, y por eso Fulvia, su heredera,

había tomado tal odio a la mansión que no había querido terminarla; conque así había quedado, un prodigio arquitectónico cojo, hasta que lo había completado el nuevo dueño, César. La villa estaba situada en los montes Albanos, a cierta distancia de Lanuvium y muy apartada de la Via Apia. Como la habían construido al borde de un precipicio, sobre pilares de treinta metros, desde la galería el panorama era impresionante: un primer plano montuoso, en segundo término la llanura del Lacio, y como trasfondo soñador el mar Toscano. Cada vez que el Etna o las islas Vulcanias entraban en erupción y escupían humo (lo cual sucedía a menudo), las puestas de sol eran maravillosas. Varrón, experto en fenómenos naturales, insistía en que se estaba fraguando un terrible cataclismo en la cadena de volcanes de Italia, basándose en que los Campos Ygneos de detrás de Puteoli y Neapolis estaban mostrando una creciente actividad.

¿Quién, quién, quién? ¿Quién sería el heredero de César?

A Antonio, cosa extraña, César lo descartó definitivamente al reconocer su silueta en el patio del palacio del gobernador de Narbo. Aunque su cuerpo -de voluminoso tórax, hombros y brazos descomunales, barriga lisa y muslos y pantorrillas musculosos- nunca sufrió el menor deterioro a pesar de los excesos físicos que él cometía a conciencia, al verle bajo el sol del atardecer César había observado indicios claros y terribles de degradación interna, erosión moral y empobrecimiento emocional. Los estragos de la buena vida, sin duda, pero también la angustia de las deudas, y el exceso de una ambición brutal sumado a la falta de sentido común.

En cuanto a Quinto Pedio, no obstante todas sus cualidades siempre sería un caballero de la Campania, ese rasgo lo había transmitido a sus descendientes: sus hijos eran como él, ni en el aspecto ni en el modo de actuar habían salido a los Julios, pese a ser hijos de una patricia, Valeria Messala. Lucio Pinario tampoco prometía mucho. Los Pinarios ya hacía mucho tiempo que no eran los poderosos patricios de antaño. La hermana de César, Julia Major, se había casado con el abuelo de Pinario, un gandul que falleció poco después. A la hora de volverla a casar, César, harto de que las mujeres de su familia eligiesen maridos pobres, se la había dado al padre de Quinto Pedio. Al principio ella había protestado, pero sólo hasta

descubrir lo bien que se vivía siendo la mimada de un viejo. A la hermana menor de César, Julia Minor, no se le había permitido elegir marido. César, el joven *paterfamilias*, le había encontrado a un terrateniente riquísimo del Lacio, concretamente de Aricia: Marco Atio Balbo, de quien Julia había tenido un hijo y una hija (la Atia que se había casado con Cayo Octavio, de Velitres, en el corazón del Lacio, y en segundas nupcias casó con el ilustre Filipo). El hermano de Atia había muerto sin descendencia.

Después de la criba, los únicos candidatos eran Décimo junio Bruto Albino y Cayo Octavio.

Décimo Bruto estaba en la flor de la vida, y nunca había dado un paso en falso. Tras lograr el generalato por sus brillantes campañas por tierra y mar en la Galia Trasalpina, había ejercido de pretor en el tribunal de homicidios. César sólo tenía un reproche que hacerle: que hubiera sido tan despiadado con la rebelión de los belovacos, cuando gobernaba la Galia Trasalpina. Aun así, había aceptado sus explicaciones de que los belovacos eran los únicos que habían conservado su fuerza mucho después de la partida de César, creyendo que el siguiente gobernador carecería de la misma determinación.

El nombramiento de Décimo como cónsul ya no podía dilatarse mucho. Sin embargo, César tampoco pensaba llevárselo a Oriente, aunque por muy distintos motivos que en el caso de Antonio. Como Décimo le merecía una confianza ciega, quería que permaneciera vigilando Roma e Italia. Una vez terminada su etapa como cónsul, iría a gobernar la Galia Cisalpina, que por su posición geográfica era la que mayores facilidades ofrecía para esta vigilancia de Roma e Italia.

Cayo Octavio cumpliría dieciocho años a finales de septiembre. César le tenía en grandísima estima, pero lo consideraba demasiado joven y enfermizo. Había consultado a Hapd'efan'e sobre el asma del chico, esperando ver disipados sus temores (ya que durante los meses en Hispania casi no había padecido ningún ataque), pero la larga conversación no había servido para tranquilizarle. Según Hapd'efan'e, la buena racha se debía a que Octavio se sentía seguro en compañía de César. Seguiría mejorando

mientras César formase parte de su mundo, incluso durante la expedición a Oriente.

Pero el sucesor de César sólo tomaría posesión de su herencia a la muerte de César. El heredero de César se vería privado de la presencia de César. Y la muerte, pensó éste, no puede estar muy lejos, a menos que se equivocara el jefe de los druidas, Cathbad, que le había prometido que se ahorraría las miserias de la vejez, pues moriría en la flor de la vida. César ya había cumplido cincuenta y dos años, y podían quedarle unos diez años de vigor.

Cerró los ojos y recordó los rostros de los posibles candidatos.

Décimo Bruto, rubio hasta la insipidez; pero en quien, si se le miraba con atención, se advertían unos ojos acerados y de gran inteligencia, una boca firme y vigorosa, y unas facciones propias de alguien que había que tomar en consideración. Un punto en contra era la sangre de *fellatrix* de su madre. Los Sempronios Tuditanos eran disolutos, y César ya había oído rumores sobre Décimo Bruto.

La cara alejandrina de Cayo Octavio: ligeramente afeminada, con demasiado ángel, a decir verdad, y lastrada por unas orejas de soplillo que él no podía disimular ni dejándose el pelo más largo de la cuenta. Pero si uno se fijaba bien, se advertía que los ojos eran los de una persona temible y sutil, y que la boca y la barbilla poseían gran firmeza. Su punto en contra era el asma.

¡César, César, decídete!

¿Qué le había dicho Lucio? Algo como que la suerte de César estaba vinculada a su nombre, que no necesitaba confiar en nada más.

«¡Los dados están echados!», dijo en griego, por segunda vez en su vida. La primera había sido justo antes de cruzar el Rubicón.

Cogió una hoja de papel, mojó la pluma de junco en el tintero y empezó a escribir.

Capítulo VIII

LA CAÍDA DE UN TITÁN

De octubre del 45 a.C. hasta finales de marzo
del 44 a.C.

Capítulo 1

Instalado en la *Domus Publica*, mientras los preparativos para celebrar su triunfo sobre la Hispania Ulterior iban viento en *popa*, César salió de la ciudad para visitar a Cleopatra, que lo recibió con gran alegría.

-Mi pobre niña, no te he tratado muy bien -dijo él, compungido, tras una noche de amor en la que no había habido la menor oportunidad de darle un hermano a Cesarión.

La mirada de ella se llenó de consternación.

-¿Tanto me he quejado en mis cartas? -preguntó con inquietud-. No era mi intención preocuparte.

-Tú nunca me has preocupado -contestó él, y le besó la mano-. Tengo otras fuentes de información además de tus cartas, ¿sabes? Tienes una defensora.

-¡Servilia! -exclamó ella de inmediato.

-Servilia, sí -asintió César.

-¿No te importa que me haya hecho amiga suya?

-¿Por qué iba a importarme? -Una hermosa sonrisa iluminó su semblante-. De hecho, ha sido muy inteligente por tu parte entablar amistad con Servilia.

-Creo que fue cosa de ella.

-Da igual. Esa mujer es un peligroso enemigo, hasta para una reina. En realidad, le caes muy bien, y seguramente prefiere que yo me líe con reinas extranjeras, y no con rivales romanas.

-¿Como la reina Eunoë de Mauritania? -preguntó ella recatadamente.

César soltó una carcajada.

-¡Me encantan los chismes! ¿Cómo demonios iba a acostarme con ella? Si ni siquiera llegué a Gades cuando estuve en Hispania, imagínate cruzar el estrecho para ver a Bogud.

-En realidad, fue una conclusión mía. -La reina frunció el entrecejo y le cogió del brazo-. César, estoy intentando llegar también a otra conclusión.

-¿Cuál?

-Eres un hombre muy reservado, y se te nota en distintos aspectos. Nunca sé cuándo vas a completar... la *patratio*. -Se la veía atormentada, pero decidida-. He dado a luz a Cesarión, así que sé que debes hacerlo, pero me gustaría saber cuándo.

-Eso, querida, te otorgaría demasiado poder -respondió él, arrastrando las palabras.

-¡Oh, tú y tu desconfianza!

La conversación podía haber degenerado en una pelea pero salvó la situación Cesarión, que entró trotando y con los brazos abiertos.

-*Tata!*

César lo levantó, lo lanzó al aire entre los penetrantes chillidos de júbilo del niño, lo besó y lo abrazó.

-¡Vaya estirón ha dado!

-¿Verdad que sí? No veo nada mío en él, gracias a Isis.

-Estás preciosa, faraona, y te quiero... aunque me muestre reservado - dijo César con una mirada burlona.

Cleopatra suspiró y abandonó el tema en litigio.

-¿Cuándo piensas iniciar la campaña de Partia?

-*Tata*, ¿puedo ir contigo como *contubernalis*?

-Esta vez no, hijo. Tu tarea es proteger a tu madre. -César le frotó la espalda al niño mientras miraba a Cleopatra-. Pretendo marcharme tres días después de los idus de marzo del año próximo. Y de todos modos, debes pensar en regresar a Alejandría.

-Será más fácil verte desde Alejandría-dijo ella.

-Desde luego.

-Entonces me quedaré aquí hasta que te vayas. Ya es hora de celebrar que llevas seis meses en Roma, César. Yo ya me he adaptado un poco y he hecho algunos amigos, aparte de la querida Servilia. ¡Tengo planes! - prosiguió Cleopatra con espontaneidad-. Quiero que Filostrato dé

conferencias, y he logrado contratar los servicios de tu cantor favorito, Marco Tigelio Hermógenes. ¡Organizaremos una fiesta magnífica!

-Sin duda.

Sin soltar a Cesarión, César cruzó la estancia hasta la columnata exterior y contempló el jardín que había creado Cayo Matio, con sus arbustos podados en forma de animales.

-Me alegro de que no hicieras levantar ese muro, amor mío. Le habrías roto al corazón a Matio -comentó.

-Es muy extraño -dijo ella, confusa-. Los trastiberinos estuvieron merodeando durante mucho tiempo, pero de pronto, cuando me disponía a edificar el muro, desaparecieron. ¡Temía por nuestro hijo! ¿Te lo ha dicho Servilia? ¡Porque yo no te lo dije!

-Sí, me lo dijo ella. Pero ya no tienes por qué preocuparte. Los trastiberinos se han ido.-César sonrió, pero con amargura-. Los he mandado a Butrotum con Ático. Allí podrán rajar los hocicos y las orejas a su ganado, para variar.

A Cleopatra, Ático le caía bien, así que miró a César consternada.

-¡Oh! ¿Te parece justo? -preguntó.

-Absolutamente -respondió él-. Vino con Cicerón a hablar conmigo del asunto de mi colonia para el censo por cabezas. Yo ordené hace meses el traslado de los trastiberinos y ahora ya han llegado.

-¿Qué le dijiste a Ático?

-Que mis extranjeros pensaban que se quedaban en Butrotum, pero van a ser trasladados -contestó César mientras alborotaba el pelo a Cesarión.

-¿Y cuál es la verdad?

-Que se quedan en Butrotum. El mes que viene mandaré a otros dos mil. A Ático no va a gustarle.

-¿Tanto te ofendió que Cicerón publicara el *Catón*?

-Tanto y más -admitió César con semblante sombrío.

El triunfo hispánico se celebró el quinto día de octubre. A la Primera Clase le pareció detestable; al resto de Roma le encantó. César no hizo el menor esfuerzo por minimizar el hecho de que el enemigo derrotado fuera romano, aunque no cometió el error de exhibir la cabeza de Cneo Pompeyo.

Cuando pasó ante su nueva tribuna en la parte baja del Foro romano, todos los magistrados sentados se pusieron en pie para honrar al triunfador, excepto Lucio Pontio Aquila, que había encontrado por fin la manera de distinguirse en su tribunado de la plebe. El gesto de desprecio de Aquila enfureció a César; también le disgustó mucho la fiesta en el templo de Júpiter óptimo Máximo celebrada más tarde. En su opinión, fue lamentable e indigna. Pagó de su propio bolsillo otra fiesta el siguiente día festivo según los cánones religiosos, pero Pontio Aquila no fue invitado. César quiso dejar bien claro que el amante de Servilia no recibiría más ascensos públicos.

Cayo Trebonio se dirigió sin tardanza a casa de Aquila y añadió otro miembro al Círculo de Asesinos de César. Aunque le obligó a prometerle que no le diría una palabra a Servilia.

-Trebonio, no soy tonto -dijo Aquila, arqueando una ceja-. Es maravillosa en la cama, pero no te irás a imaginar que no sé que todavía sigue enamorada de César...

Se les habían unido algunos hombres más: Décimo Turulio, por quien César sentía una profunda antipatía, los hermanos Cecilio Metelo y Cecilio Buciolano, los hermanos Publio y Cayo Servilio Casca, de una rama plebeya de la *gens Servilia*, Cesenio Lento, el asesino de Cneo Pompeyo y, curiosamente, Lucio Tilio Cimbro, que ese año era pretor, con otros varios pretores -Lucio Minucio Basilo, Décimo Bruto y Lucio Estayo Murco- todos ellos ingresaron en el círculo.

En octubre otro hombre pasó a formar parte del Círculo de Asesinos de César: Quinto Ligario, a quien César odiaba tanto que le prohibió que regresara a Roma de África, aunque éste le había suplicado que le perdonara. La presión de muchos amigos influyentes logró que César transigiera y le mandara volver; sin embargo, Ligario que, acusado de traición, fue defendido con éxito en los tribunales por Cicerón, sabía que nunca se le permitiría ascender en la vida pública.

Y en efecto, el grupo de asesinos en ciernes iba creciendo, pero seguía sin contar con hombres de auténtico peso, nombres que toda la Primera Clase conociera bien y a los que respetara incondicionalmente. A Trebonio

no le quedaba más opción que esperar el momento oportuno. Tampoco Marco Antonio se había ocupado de demostrar que César andaba detrás del trono y la divinización: estaba demasiado encantado con el nacimiento del hijo habido con Fulvia, al que la embelesada pareja había puesto por nombre Antilo.

El día siguiente a la celebración de su triunfo César dimitió como cónsul, pero no como dictador. Acto seguido nombró a Quinto Fabio Máximo y a Cayo Trebonio cónsules delegados para los tres meses escasos que quedaban de año. Al denominarlos «sufectos» les dispensaba de la necesidad de ser elegidos; bastaba con un decreto senatorial.

Anunció los nombres de los que serían gobernadores el año siguiente: Trebonio sustituiría a Vatia Isaurico en la provincia de Asia; Décimo Bruto iría a la Galia Cisalpina; otro miembro del Círculo de Asesinos de César, Estayo Murco, sucedería a Antiscio Veto en Siria; y otro más, Tilio Cimbro, gobernaría Bitinia junto con Ponto. El gran despliegue de gobernadores de las provincias occidentales abarcaba desde Polio en la Hispania Ulterior hasta Décimo Bruto en la Galia Cisalpina, pasando por Lepido en la Hispania Citerior y la Galia Narbonense y Lucio Munacio Planco en la Galia Transalpina y la Galia del Ródano.

-Sin embargo -dijo César a la Cámara- todavía no puedo dimitir como dictador, lo cual significa que debo reemplazar a mi actual Maestro del Caballo, Marco Emilio Lepido, que será gobernador el año próximo. Le sucederá Cneo Domitio Calvino.

Antonio, que escuchaba con aire de suficiencia y esperaba oír su nombre -al fin y al cabo, se estaba portando muy bien-, sintió el revés como un jarro de agua fría. ¡Calvino! Un hombre mucho más difícil de intimidar y engañar que Lepido, un hombre que no hacía el menor esfuerzo por disimular su antipatía por Marco Antonio. ¡Maldito César! ¿Es que nunca se le allanaría el camino?

Al parecer, no. Después, César procedió a anunciar a los cónsules para el año siguiente. Él mismo seguiría como cónsul superior hasta que partiera hacia el este, y Marco Antonio sería cónsul inferior para el año entero. A César le sucedería Publio Cornelio Dolabela como cónsul superior.

-¡Ah, no..., ni hablar! -Antonio se puso en pie y gritó:- ¡Antes muerto que por debajo de Dolabela!

-Ya veremos lo que nos traen las elecciones, Antonio -dijo César sin-inmutarse-. Si los electores deciden ponerte por delante de Dolabela en las urnas, estupendo. Pero si no, acatarás mis órdenes.

Dolabela, un hombre de aspecto imponente, tan alto y tan fuerte como Antonio, se reclinó en su banco, enlazó las manos tras la nuca y sonrió con complacencia. Sabía tan bien como Antonio que sus propias actividades en Roma eran mucho más difíciles de demostrar que las de un hombre que había irrumpido con su ejército en el Foro romano, matando a ochocientos civiles.

-Tus actos te perseguirán toda la vida, Antonio -dijo, y se puso a silbar.

-¡Eso no sucederá! -respondió Antonio entre dientes.

Casio escuchaba con atención, sin casarse con nadie, y menos con Antonio, a quien consideraba una bestia. César, como mínimo, tenía un poco de sensatez. Dolabela era venal y podía comportarse como un idiota, pero había madurado un poco durante el año anterior, y no se iba a 'arredrar ante Antonio, eso por lo menos estaba claro. Tal vez Roma sobreviviera. Además, Casio estaba encantado: le habían comunicado que le iban a admitir en el Colegio de Augures, un honor significativo.

Bruto escuchaba con esperanzas crecientes. Como relató más adelante a Cicerón, las disposiciones de César le hicieron creer que al final César intentaría restaurar la República.

-¡Bruto, a veces dices unas tonterías! -exclamó Cicerón-. El hecho de que César acabe de hacerte pretor urbano ya te hace imaginar que ese hombre es una maravilla. Pues no. ¡Es una calamidad!

Fue después de esa reunión del Senado cuando empezaron a multiplicarse de repente los honores otorgados a César. Muchos de ellos ya habían sido debatidos, e incluso aprobados, en *consulta* senatorial, sin embargo nunca se llevaron a la práctica. Pero a la sazón la situación dio un vuelco: la estatua de César que se iba a colocar en el templo de Quirino llevaría una placa con la leyenda AL DIOS INCONQUISTABLE. Antonio dijo, en una reunión del Senado a la que César no asistió, que la frase hacía

referencia a Quirino, no a César. En esa misma sesión se concedió una dotación para una estatua de marfil de César conduciendo un carro dorado, que saldría en todos los desfiles oficiales; otra estatua de César se alzaría entre las de los reyes de Roma y el fundador de la República, Lucio Junio Bruto. El palacio de César en el Quirinal, con su frontón, también recibió una subvención monetaria.

Con la invasión de Partia pendiente, César en realidad no tenía tiempo para asistir a muchas reuniones del Senado y, a principios de diciembre, se vio obligado a pasar un tiempo en Campania para resolver el reparto de tierras entre los veteranos. Antonio y Trebonio aprovecharon la oportunidad, aunque fueron lo bastante astutos para delegar en otros hombres, menos encumbrados que ellos, la propuesta de sus decretos. En el futuro, el mes de *quinctilis* se llamaría mes de julio. Se crearía una tribu de treinta y seis ciudadanos romanos, la Tribu Julia. Se fundaría un nuevo colegio de *luperci*, el de los Lupercos Julios, y su prefecto sería Marco Antonio, que ya era *lupercus*. Se levantaría un templo a la Clemencia de César, y Marco Antonio sería *flamen* del nuevo culto a la Clemencia de César. César se sentaría en una silla curul de oro y se ceñiría una corona de oro con piedras preciosas durante los juegos. Su estatua de marfil saldría en el desfile de los dioses, sobre una tribuna idéntica a la de éstos. Todos esos decretos se inscribirían en letras de oro sobre placas de plata pura, para mostrar que César había llenado las arcas del tesoro hasta arriba.

-¡Protesto! -exclamó Casio cuando Trebonio, nuevo cónsul portador de las *fascas*, planteó una votación de la Cámara sobre las propuestas-. Lo digo y lo repito: ¡Protesto! César no es un dios, pero os comportáis como si lo fuera. ¿Es que se ha marchado a Campania para no estar presente y no tener que avergonzarse y verse obligado a protestar para guardar las formas? Desde luego, a mí me lo parece. Cónsul, anula esas mociones. Son sacrílegas.

-Si te opones, Cayo Casio, levántate y colócate a la izquierda del estrado curul -fue la respuesta de Trebonio.

Furioso, Casio se dirigió a la zona izquierda, en general la más propensa a perder cuando había votaciones: era la de la mala suerte. Y aquel día lo

fue. Sólo un puñado de hombres, entre ellos Casio, Bruto, Lucio César, Lucio Piso, Calvino y Filipo, se situaron a la izquierda. Casi la totalidad de la Cámara, con Antonio a la cabeza, se colocó a la derecha.

-No creo que el precio de mi cargo de pretor lleve aparejado el tener que soportar esos honores divinos -dijo Casio a Bruto, Porcia y Tertula después de la cena.

-¡Ni yo! -declaró Porcia en tono solemne.

-Casio, dale a César algo de tiempo, por favor -rogó Bruto-. No creo que haya sido él quien instigara esos honores, la verdad. Creo que se va a quedar asombrado.

-Son una vergüenza -dijo Tertula, que oscilaba permanentemente entre el placer de saberse hija de César y la tristeza de que no la hubiera reconocido como tal, ni siquiera de manera oficiosa.

-¡Claro que los están proponiendo a instancias de César! -exclamó Porcia, con una exasperada mirada a Bruto.

-No, amada mía, te equivocas -insistió Bruto-. Los han propuesto hombres que intentan sacar provecho u obtener favores, y los ha aprobado una Cámara que probablemente cree que él los ha pedido. Pero hay dos cosas muy significativas: una, Marco Antonio está metido hasta las cejas en todo lo que está pasando, y dos, que los ponentes han esperado a que César no estuviera presente.

Pero transcurrió cierto tiempo hasta que César se enteró de los nuevos honores, por una razón muy sencilla: tenía tanto trabajo que no leía las actas de las reuniones del Senado celebradas en su ausencia. De todos modos, irritaba a Cleopatra porque se ponía a leer durante sus deslumbrantes recepciones, sin apenas comer, de tan atareado que estaba.

-¡Intentas hacer demasiado! -le reprochó ella un día-. Hapd'efan'e dice que has dejado de tomarte el jarabe desde que no es de jugo de frutas. César, aunque no te guste, tienes que tomártelo. ¿Quieres desmayarte en público?

-No pasará nada -contestó él, ausente y con la vista fija en un papel.

Ella se lo arrebató de las manos y le puso delante de las narices un vaso lleno.

-¡Bebe! -ordenó.

El amo del mundo obedeció dócilmente, pero después insistió en regresar a sus papeles. Sólo levantó la cabeza cuando Marco Tigelio Hermógenes inició una serie de arias que había compuesto con letras de Safo, acompañándose a la lira.

-La música es una de las pocas cosas que logran distraer su atención del trabajo -susurró Cleopatra a Lucio César. Lucio le apretó la mano.

-Por lo menos hay algo que lo consigue.

Los honores prosiguieron. El hermano menor de Marco Antonio, Lucio, se hizo tribuno de la plebe el día décimo de diciembre, y se distinguió proponiendo a la Asamblea de la Plebe que concediera a César el derecho de recomendar a la mitad de los candidatos en cada elección, excepto en las de los cónsules, y el derecho a nombrar a todos los magistrados, cónsules incluidos, excepto mientras se encontraba en Oriente. La moción se formalizó al primer *contio*, lo cual era inconstitucional, pero fue sancionada por el cónsul Trebonio.

-Para César nada es inconstitucional -dijo Trebonio. Tal manifestación, pronunciada por un partidario de César tan firme, sólo fue considerada un poco peculiar por parte de algunos hombres como Cicerón, que fue informado más tarde.

A mediados de diciembre, César nombró a los cónsules para un segundo año: Aulo Hirtio y Cayo Vibio Pansa, y para el tercero: Décimo junio Bruto y Lucio Munacio Planco. Ninguno de ellos apoyaría a Antonio.

Después el Senado nombró a César dictador por cuarta vez, aunque su tercer mandato todavía no había concluido.

Al parecer, el tribuno de la plebe Lucio Casio tenía pocos conocimientos legales; organizó un plebiscito ante la Asamblea de la Plebe que permitiría a César nombrar a los nuevos patricios. Algo bastante ilícito, puesto que el patriciado no tenía absolutamente nada que ver con la plebe. César nombró a un nuevo patricio, y sólo a uno, su sobrino nieto Cayo Octavio, que estaba en pleno ajetreo de preparativos para acompañarle al extranjero como *contubernalis*. Sería ya patricio, pero no le habían ascendido de rango militar, como le comunicó Filipo con cierta mordacidad.

Octavio aceptó la reprimenda con ecuanimidad, más preocupado por disuadir a su madre de cargarlo de comodidades y lujos que él consideraba superfluos.

El primero de enero los nuevos cónsules y pretores tomaron posesión de sus cargos y todo fue bien. La observación de la noche en busca de augurios no reveló nada reseñable, los bueyes blancos para el sacrificio llegaron al cuchillo adecuadamente drogados y la fiesta celebrada en el templo de Júpiter óptimo Máximo en lo alto del Capitolio fue magnífica. Marco Antonio, en sus funciones de cónsul inferior, se paseaba pavoneándose y dándose importancia, y se las arregló para ignorar a Dolabela, que sonreía con sorna en segundo plano, porque sería cónsul superior cuando César se fuera a Oriente.

Una de las responsabilidades del cónsul superior el día de Año Nuevo era establecer la fecha del festival latino, la fiesta de Júpiter Lacial que se celebraba en el monte Albano. Solía celebrarse en marzo, justo antes del inicio de la temporada de campañas, pero César quería presidirla y anunció que ese año se celebraría durante las nonas de enero.

Los Julios eran los sacerdotes hereditarios de Alba Longa, una ciudad mucho más antigua que la fundación de Roma; cuando el cónsul superior era un julio, como ese año, podía lucir las galas reales de rey de Alba Longa para celebrar el festival latino. Desde luego, no había existido rey en Alba Longa desde que la naciente Roma había arrasado totalmente la ciudad, que no llegó a reconstruirse. Pero fue fundada por Iulo, el hijo de Eneas, y los Julios, sus descendientes directos, que fueron sus reyes, eran ahora también sus grandes sacerdotes.

Cuando César recibió las vestiduras del rey de Alba Longa y abrió el perfumado baúl de cedro para examinar las túnicas, las encontró en perfectas condiciones. La última ocasión en que se habían lucido había sido quince años atrás, cuando él fue cónsul por primera vez. Como era muy alto, se había visto obligado a encargarse un nuevo par de botas altas, de color escarlata brillante. Ahora parecían un poco deformadas. Mejor que me las pruebe primero, pensó, y eso hizo. Mientras daba unos pasos con ellas puestas, advirtió que el dolor que había estado sintiendo en las pantorrillas

durante algún tiempo desaparecía como por arte de magia. Se dirigió en busca de Hapd'efan'e.

-¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? -dijo el médico-sacerdote con voz apesadumbrada.

-¿Ocurrido el qué? -preguntó César.

-César, tienes venas varicosas, y las botas romanas son demasiado cortas para dar a tus vasos sanguíneos distendidos el soporte adecuado. Estas botas te sujetan bien hasta la rodilla. Por eso han aliviado tu dolor en las piernas. Deberías usar botas altas.

-*Edepol!* -exclamó César, y se rió-. Voy a llamar a mi zapatero enseguida, pero ya que mis familiares son sacerdotes de Alba Longa, no hay razón alguna para que yo no calce estas botas hasta que me hagan dos pares de color marrón. ¡Te felicito, Hapd'efan'e!

César fue a sentarse en la tribuna, donde estaba negociando las quejas relativas al *fiscus*.

El cónsul inferior Marco Antonio, el ex cónsul inferior Trebonio, el ex pretor Lucio Tilio Cimbrio, el ex pretor Décimo Bruto y veinte senadores *pedarii* cuidadosamente elegidos entraron en solemne procesión a verle. Seis de los hombres de rango inferior llevaban una placa brillante de plata cada uno, del tamaño de un folio. Irritado por la interrupción, César ya abría la boca para echarles cuando Antonio se le adelantó, e hincó una rodilla en tierra con reverencia.

-César -declamó-, como tu Senado ha decretado, venimos a presentarte seis nuevos honores, grabados en oro sobre plata.

La multitud presente jaleó su anuncio.

Décimo Turulio, el nuevo cuestor, dio un paso al frente y le presentó su placa, rodilla en tierra: el mes de julio.

Cecilio Metelo presentó la nueva tribu, Julia.

Cecilio Buciolano presentó a los Lupercos Julios.

Marco Rubrio Riga presentó la Clemencia de César.

Casio Parmensis presentó la silla curul de oro y la corona.

Petronio presentó la estatua de marfil para el desfile de los dioses.

A lo largo de toda la ceremonia, a la que se fueron agregando más testigos, César permaneció inmóvil, como tallado en piedra, tan confuso que no podía hablar ni moverse; todavía seguía boquiabierto. Al final, cuando le hubieron presentado las seis placas y todo el grupo permaneció alrededor, expectante, con sus rostros reluciendo de orgullo, César cerró la boca. Pero por más que lo intentó, no logró ponerse en pie a causa de la debilidad y los vértigos que lo aquejaban.

-No puedo aceptar todo esto -dijo-; son honores que no se deben otorgar a los hombres. Lleváoslos, hacedlos fundir y devolved el metal a donde debe estar: el Erario.

Los miembros de la delegación se levantaron, ofendidos.

-¡Esto es un insulto! -exclamó Turulio.

César no le hizo caso y se volvió hacia Antonio, que parecía tan indignado como los demás.

-Marco Antonio, deberías tener un poco más de conocimiento. Como cónsul con las *fascas*, voy a convocar una reunión del Senado en la Curia Hostilia dentro de una hora.

Hizo un ademán al esclavo que le llevaba el jarabe, cogió la taza y se lo bebió.

La nueva Curia Hostilia tenía un interior mucho menos pretencioso que la Curia de Pompeyo en el Campo de Marte, pero era del gusto más exquisito, según admitió Cicerón con una chispa de pesar por no disponer allí de un asiento. Sencilla, con las gradas y el estrado curul de mármol blanco, las paredes de escayola pintadas de blanco, con algunas guirnalda decorativas y el suelo de losetas de mármol blancas y negras; el techo, como el de la antigua Curia, estaba formado por vigas de cedro, por entre las cuales se veían las tejas de arcilla. Era una réplica exacta de la antigua Curia Hostilia, y por tanto nadie protestó por que se le otorgara el mismo nombre.

Al haber sido convocada la sesión con tan poca antelación, la Cámara no estaba llena, pero cuando entró César detrás de sus veinticuatro lictores, contó un cómodo quórum. Como era día de juicios, estaban allí todos los pretores; la mayoría de los tribunos de la plebe; unos cuantos cuestores

junto a ese gusano de Turulio; doscientos diputados; Dolabela, Calvino, Lepido, Lucio César, Torcuato, Piso. Era evidente que había corrido la voz de que César había rechazado las placas de plata, porque cuando entró, los murmullos arreciaron en lugar de disminuir. Me estoy haciendo viejo, pensó: ya ni me he enfurecido por esto, sólo me siento muy cansado. Están acabando conmigo.

César distinguió al nuevo pontífice, Bruto, encargándole que dirigiera las oraciones, y al nuevo augur Casio le encomendó que hiciera los auspicios. Después se dirigió al frente del estrado curul y permaneció en pie con su *corona civica* mientras la Cámara aplaudía. Esperó a que aplaudieran uno por uno a sus tres senadores ex centuriones y después inició su discurso.

-Honorable cónsul inferior, cónsules, pretores, ediles, tribunos de la plebe y padres conscriptos del Senado, os he convocado para informaros de que esos honores que insistís en otorgarme deben cesar de inmediato. Está bien que el dictador de Roma reciba ciertos honores, pero únicamente los honores apropiados para un hombre. ¡Un hombre! Un miembro corriente de la *gens humana*, no un dios ni un rey. Hoy algunos de vosotros me habéis presentado unos honores que infringen nuestro *mos maiorum* y a nivel público me parecen de extremado mal gusto. Nuestras leyes están grabadas en bronce, no en plata, y de bronce deberán ser todas las leyes. Las vuestras eran de plata con inscripciones de oro, dos metales preciosos que tienen otros usos mucho más adecuados que las placas de leyes. He ordenado que las destruyan y que el metal sea devuelto al Erario.

Hizo una pausa. Sus ojos tropezaron con los de Lucio César. Lucio hizo un gesto imperceptible con la cabeza hacia Antonio, que estaba a espaldas de César en el estrado. César asintió también: «He comprendido tu mensaje.»

-Padres conscriptos, quiero advertiros que estas señales ridículas de adulación deben terminar. No las he pedido, no las deseo y no pienso aceptarlas. Éste es mi dictado y será obedecido. ¡Esta Cámara no aprobará ningún decreto que pueda interpretarse como un intento para coronarme rey de Roma! Tal título fue abrogado cuando nació la República, es un título

aborrecible. ¡Yo no necesito ser rey de Roma! Soy el dictador de Roma, legalmente nombrado, y eso es todo lo que voy a ser.

Entre los presentes corrió un estremecimiento cuando Quinto Ligario se levantó.

-Si no deseas ser rey de Roma -gritó y señaló la pierna derecha de César-, ¿por qué llevas las botas escarlata de los reyes?

César apretó los labios y se le tiñeron las mejillas de rojo. ¡Nunca admitiría delante de esa gente que tenía venas varicosas!

-Como sacerdote de Júpiter Lacial, tengo derecho a llevar las botas sacerdotales. Y no voy a aceptar falsas suposiciones sobre esta premisa, Ligario. Si ya has terminado, siéntate.

Ligario se dejó caer en su asiento, con el entrecejo fruncido.

-Eso es todo lo que tenía que decir sobre la cuestión de los honores. Sin embargo, para subrayar mi intención, para demostraros a todos de forma concluyente que no soy más que un hombre, un romano, y no deseo absolutamente nada más de lo que mi rango me otorga, ahora mismo voy a despedir a mis veinticuatro lictores. Los reyes necesitan guardaespaldas y los lictores de un magistrado curul representan el equivalente republicano de los guardaespaldas. Por lo tanto, voy a desplazarme a mis asuntos oficiales sin ellos siempre que esté dentro de un radio de dos kilómetros de Roma.

César se volvió hacia Fabio, que estaba sentado con sus compañeros en las gradas laterales, a la derecha del estrado curul.

-Fabio, llévate a tus hombres al colegio de lictores. Cuando los necesite te lo comunicaré.

Horrorizado, Fabio alzó una mano para protestar, pero luego la bajó. Los lictores de César se levantaron y salieron de la Cámara en profundo silencio.

-Despedir a los propios lictores es ilegal -dijo César-. No son las *fascēs* ni quienes las portan quienes dan poder a un magistrado curul. Ese poder reside en la *lex curiata*. Hoy es un día laborable, así que id a atender vuestros asuntos. Pero recordad lo que he dicho. En ninguna circunstancia

aceptaré la idea de dirigir Roma como rey. Rex es una palabra, nada más. César no necesita ser Rex. Ser César es suficiente.

No todos los tribunos de la plebe adulaban a César. Uno de ellos, Cayo Servilio Casca, ya pertenecía al círculo de asesinos de César. Otros dos estaban esperando la aprobación de los fundadores del círculo: Lucio Cesetio Flavio y Cayo Epidio Marulo. Sin embargo, Trebonio y Décimo Bruto habían decidido no invitar a Flavio y Marulo a sumarse al grupo, a pesar de que ambos odiaban a César. Eran notorios soplones y ninguno de los dos tenía ni un asomo de influencia entre la Primera Clase.

Al día siguiente de que César proclamara su rechazo a la posibilidad de convertirse en rey de Roma, Flavio y Marulo se hallaban cerca de la nueva tribuna del Foro, que, como había sido construida por cuenta de César, ostentaba un busto del Gran Hombre sobre un alto pedestal. Aunque hacía un día gris y frío, los asiduos al Foro iban de acá para allá, en busca de algún caso judicial interesante en la basílica Julia -un buen lugar para refugiarse, en todo caso-, picando tentempiés de los puestos y los tenderetes situados en rincones, esperando a que algún nuevo orador decidiera ponerse a declamar encaramado en las gradas o en la tribuna. En otras palabras, como un día de principios de enero cualquiera.

De repente Flavio y Marulo se pusieron a vociferar y armaron tal alboroto que no tardaron en congregarse a una multitud a su alrededor.

-¡Mirad! ¡Mirad! -gritaba Marulo, señalando con el dedo.

-¡Una desgracia! ¡Qué crimen! -coreaba Flavio a voz en grito, señalando también.

Ambos apuntaban al busto de César, un busto de calidad, pintado con gran verosimilitud; en torno a sus cejas claras y su pelo rubio alguien había anudado una ancha cinta blanca, atada en la nuca, cuyos extremos caían sobre los hombros del busto.

-¡Quiere ser rey de Roma! -chillaba Marulo.

-¡Una diadema..., una diadema! -continuaba Flavio.

Tras un buen rato de escándalo, los dos tribunos de la plebe arrancaron la cinta del busto y la patearon con gran ostentación, antes de rasgarla a tiras.

Al día siguiente, las nonas, se celebró en el monte Albano el festival latino, que ofició César ataviado con las antiguas galas de los reyes sacerdotes albanos, como le confería su derecho juliano.

Fue una ceremonia relativamente breve, que permitió a los celebrantes desplazarse desde Roma hasta allí de amanecida y regresar al anochecer. Montando a *Génitor*, César encabezó la procesión de magistrados de regreso a la ciudad donde, por segunda vez, el nuevo joven patricio Cayo Octavio actuó como *praefectus urbi* en ausencia de los cónsules y los pretores. Para la gente corriente ésa era una ocasión popular; los que vivían cerca del monte Albano se acercaban allá y después asistían a una fiesta pública. Los habitantes de Roma se conformaban con congregarse a lo largo de la Via Apia para ver regresar a la procesión de magistrados.

-*Ave, Rex!* -gritó alguien desde la cuneta cuando pasó César a caballo-.
Ave, Rex! Ave, Rex!

César echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

-¡No, os equivocáis de *cognomen*! Me llamo César, no *Rex*.

Marulo y Flavo, que cabalgaban junto a los tribunos de la plebe, espolearon a sus monturas hasta alcanzar a César; haciendo encabritarse y corcovear a sus caballos de manera espectacular empezaron a gritar, señalando a la masa de gente.

-¡Lictores, llevaos de aquí al hombre que ha llamado rey a César! -repetían.

Cuando los lictores de Antonio se disponían a actuar, César levantó la mano y los detuvo.

-Quedaos donde estáis -ordenó escuetamente-. Marulo, Flavo, regresad a vuestros puestos.

-¡Te ha llamado rey! Si no tomas alguna medida, César, es que quieres ser rey-gritó Marulo.

Para entonces todo el desfile se había detenido, los caballos se arremolinaban y los lictores y los magistrados observaban la escena con fascinación.

-Llevaos a ese hombre y que lo juzguen -gritaba Flavo.

-¡César quiere ser rey! -chillaba Marulo.

-¡Antonio, ordena a tus lictores que se lleven a Flavo y Marulo a su sitio! -escupió César, con las mejillas arreboladas.

Antonio no se movió.

-Antonio, si no haces lo que te ordeno, mañana serás un *privatus*.

¿Habéis oído? ¿Habéis oído? César es rey, da órdenes a un cónsul como si fuera su criado -exclamaba Marulo mientras los lictores de Antonio cogían su caballo por la brida y lo conducían a su fila. -*Rex! Rex! Rex!* ¡César, *Rex!* -repetía Flavo a gritos. -Convoca una reunión del Senado mañana al amanecer -fue la despedida de César a Antonio cuando alcanzaron la *Domus Publica*. Esta vez sí había perdido los estribos.

Las oraciones y los auspicios se despacharon en un santiamén y los aplausos a los ganadores de las coronas se atajaron sin contemplaciones.

-Lucio Cesetio Flavo y Cayo Epidio Marulo ¡venid! -tronó César-. ¡Ahora mismo, al centro de la sala!

Los dos tribunos de la plebe se levantaron de su banco tribuno frente al estrado curul y se acercaron a César, que aguardaba con la barbilla levantada y una dura mirada en los ojos.

-¡Estoy harto de que me hagáis quedar en ridículo! ¿Me oís? ¿Me entendéis? ¡Harto! Y no pienso soportarlo ni un minuto más. Flavo, Marulo, deshonoráis vuestro puesto.

-*Rex! Rex! Rex! Rex!* -corearon ellos.

-*Tacete, ineptes!* -rugió César.

Nadie sabía muy bien cómo lo conseguía, pero cuando César adoptaba cierta expresión y rugía de cierta manera, el mundo entero se estremecía. César no era un rey, era la Némesis. De repente, todos los senadores recordaron todo lo que podía hacer un dictador sin necesidad de ser rey. Azotar. Decapitar.

-¿Hasta dónde se ha rebajado el tribunal de la plebe, cuando algunos de sus componentes como vosotros creen que pueden comportarse como un par de vándalos alborotadores? -inquirió César-. Si alguien ciñe una cinta blanca a una imagen mía, quitadla por todos los medios. ¡Con ello ganaríais mi aprobación! Pero convertirlo en un escándalo delante de mil personas, ésa es una conducta inaceptable para cualquier magistrado romano, hasta

para el más impávido de los demagogos que se haya hecho llamar alguna vez tribuno de la plebe. Y si alguna persona de la multitud hace un comentario ingenioso, dejadla. Una respuesta suave o un chiste le harán quedar en ridículo. Lo que hicisteis los dos en la Vía Apia es desmesurado: convertisteis una vulgar *scurra* del gentío en un circo. ¿De qué pensabais acusarle? ¿De alta traición? ¿De baja traición? ¿De impiedad? ¿Asesinato? ¿Robo? ¿Desfalco? ¿Soborno? ¿Extorsión? ¿Violencia? ¿Incitación a la violencia? ¿Quiebra? ¿Brujería? ¿Sacrilegio? Que yo sepa, éstos son todos los delitos según la legislación romana. Hacer un comentario provocativo en público no constituye un delito. Difamar a otros hombres no constituye un delito. Si lo fuera, Marco Cicerón estaría permanentemente en el exilio por haber llamado a Lucio Piso mamón y torbellino de codicia, entre otras cosas. Lo mismo que determinados miembros de esta Cámara, por llamar a algunos de sus colegas desde comedores de heces hasta violadores de sus propios hijos. ¿Cómo os atrevéis a convertir un incidente sin importancia en un gran crimen? ¿Cómo os atrevéis a vilipendiarme armando tal alboroto por una nadería? ¡Esto se acabó! ¿Me habéis oído? ¿Me habéis oído bien? Si un solo miembro de este cuerpo vuelve tan siquiera a sugerir... y no digo ya a expresar abiertamente, que quiero ser rey de Roma, que se ande con cuidado. Rex es una palabra. Tiene implicaciones, pero no es una realidad en nuestra esfera romana. ¿Rex? ¿Rex? Si quisiera ser un dirigente absoluto a perpetuidad, ¿para qué molestarme en llamarme Rex? ¿Por qué no César, sencillamente? César también es una palabra. Podría tener el mismo significado que rey. Así pues: ¡cuidado! Como dictador, puedo arrebatáros vuestra ciudadanía romana y vuestras propiedades. Puedo mandaros azotar y decapitar. ¡Para eso no necesito ser Rex! Creedme, padres conscriptos, me están entrando tentaciones. ¡Tentaciones! Eso es todo. Estáis despedidos. ¡Fuera!

El silencio fue más atronador que el sonido de esa voz potente que rebotaba en las vigas del techo y resonaba contra las paredes.

Cayo Helvio Cina se levantó del banco de los tribunos y se situó en un lugar desde donde podía ver a César y a los dos bellacos, que estaban temblando bajo su túnica de senador.

-Padres conscriptos, como presidente del Colegio de tribunos de la plebe -dijo-, propongo que Lucio Cesetio Flavio y Cayo Epidio Marulo sean destituidos desde este momento de su cargo de tribunos de la plebe. Incluso propongo que sean expulsados del Senado.

En la Cámara estalló un tumulto, los puños se agitaban en el aire.

-¡Fuera! ¡Fuera!

-¡No podéis hacer eso! -gritó el padre de Lucio Cesetio Flavio, poniéndose en pie-. ¡Mi hijo no se lo merece!

-Si tuvieras una brizna de sentido común, Cesetio, desheredarías a tu hijo por su tremenda estupidez -le espetó César-. Y ahora, marchaos, marchaos todos. No quiero volver a veros hasta que empecéis a portaros como romanos responsables.

Helvio Cina salió, convocó a la Asamblea de la Plebe y promulgó la destitución de Flavio y Marulo del Colegio de tribunos de la plebe y del Senado. Después propuso una rápida elección: Lucio Decidio Saxa y Publio Hostilio Saserna fueron nombrados tribunos de-la plebe.

-Espero que te des cuenta, Cina -dijo amablemente César cuando concluyó la reunión-, de que hoy era *feriae*. Mañana tendrás que volver a repetirlo todo, cuando se puedan reunir los *comitia*. De todas maneras, aprecio tu gesto. Ven a mi casa a tomar una copa de vino y a hablarme de la nueva poesía.

La campaña del «Rey de Roma» cesó de repente, como si nunca hubiera existido. Quienes no escucharon a César explicar que no había razón alguna para que «Rex» y «César» no significaran lo mismo fueron informados de su comentario y tragaron saliva. Como dijo Cicerón a Ático (seguían sin llegar a ninguna parte con el tema de los inmigrantes de Butrotum), el problema era que la gente tenía tendencia a olvidar qué clase de hombre era César en realidad hasta que perdía los estribos.

Acaso de resultas de esa reunión memorable, en las calendas de febrero la Cámara se reunió bajo los auspicios de Marco Antonio y votó a Cayo Julio César como dictador a perpetuidad. Dictador de por vida. Absolutamente nadie, de Bruto y Casio a Décimo Bruto y Trebonio, tuvo el

valor de colocarse a la izquierda del estrado curul cuando se llamó a votar.
El decreto fue aprobado por unanimidad.

Capítulo 2 —

Había ya veintidós hombres en el Círculo de Asesinos de César: Cayo Trebonio, Décimo Bruto, Estayo Marco, Tilio Cimbro, Minucio Basilo, Décimo Turulio, Quinto Ligario, Antistio Labeo, los hermanos Servilio Casca, los hermanos Cecilio, Popilio Liguriensis, Petronio, Pontio Aquila, Rubrio Ruga, Octacilio Naso, Cesenio Lento, Casio Parmensis, Espurio Melio y Servio Sulpicio Galba. Además de su odio por César, Espurio Melio había dado una razón peculiar, si bien lógica, para adscribirse al círculo. Cuatrocientos años atrás, su antepasado del mismo nombre, Espurio Melio, intentó coronarse rey de Roma: matar a César era la manera de borrar el odio inagotable de su familia, que no había prosperado desde entonces. El ingreso de Galba deleitó a los fundadores del círculo, porque era patricio, ex pretor y tenía una enorme influencia. Durante la primera etapa de la guerra de las Galias de César, Galba había dirigido una campaña en los Alpes, con tan malos resultados que César prescindió rápidamente de sus servicios. Además, César le había puesto los cuernos.

Seis de los miembros aún podían ostentar alguna clase de distinción, pero por desgracia el resto era, según las abatidas palabras de Trebonio a Décimo Bruto, un patético grupúsculo de frustrados y viejas glorias.

-Lo mejor que se puede decir es que todos han cerrado el pico: no he oído ni un solo rumor acerca de la existencia del Círculo de Asesinos de César.

-Yo tampoco -contestó Décimo Bruto-. Si pudiéramos reclutar a un par más de miembros tan influyentes como Galba, yo diría que nuestro número sería más que suficiente. Si fuéramos más de veintitrés, el asunto se convertiría en un caos peor que la lucha por la cabeza del Caballo de Octubre.

-Nuestra empresa tiene alguna semejanza con la lucha por la cabeza del Caballo de Octubre -dijo Trebonio tras una reflexión-. Si lo piensas, es eso lo que intentamos, ¿no? Matar al mejor caballo de batalla de Roma.

-De acuerdo. César es único; es imposible que nadie lo eclipse. Si hubiera alguna esperanza, no habría necesidad de matarlo. Aunque Antonio vive de la ilusión... ¡Bah! Trebonio, tendríamos que matar a Antonio también.

-No estoy de acuerdo -repuso Trebonio-. Si queremos vivir y prosperar, debemos hacer que parezca un acto de patriotismo. Si liquidamos a uno solo de los subalternos de César, nos considerarán rebeldes y bandidos.

-Dolabela estará ahí y con él se puede negociar -dijo Décimo Bruto-. Antonio es un ambicioso desaforado. El mayordomo de Décimo Bruto llamó a la puerta del estudio.

-*Domine*, Cayo Casio desea verte.

Los dos hombres cruzaron una mirada de incomodidad.

-Que pase, Boco.

Casio entró con ciertas vacilaciones, lo cual era muy extraño, pues por lo general era cualquier cosa menos vacilante.

-¿No os estaré molestando? -preguntó, como si se hubiera olido algo.

-No, no -contestó Décimo Bruto, acercando otra silla-. ¿Un poco de vino? ¿Algo de comer?

Casio se derrumbó ruidosamente en el asiento, entrelazó las manos y se las retorció.

-No, gracias, estoy bien.

Se produjo un silencio difícil de romper. Finalmente fue Casio quien tomó la palabra.

-¿Cuál es vuestra opinión de nuestro dictador vitalicio? -preguntó.

-Que nos hemos metido en un buen problema -dijo Trebonio.

-Que no volveremos a ser libres -dijo Décimo Bruto.

-Pienso exactamente lo mismo, igual que Marco Bruto, aunque él cree que no se puede hacer nada.

-¿Y tú, Casio, crees que sí? -preguntó Trebonio.

-¡Si pudiera, le mataría con mis propias manos! -exclamó Casio. Levantó los ojos de color ambarino hacia la cara de Trebonio y algo vio en sus rasgos planos, porque contuvo el aliento-. Sí, mataría a ese obstáculo para nuestros propósitos.

-¿Y cómo le matarías? -inquirió Décimo Bruto, fingiendo perplejidad.

-Pues... no sé, no sé... -tartamudeó Casio-. Se me acaba de ocurrir, ¿sabéis...? Hasta que le votamos como dictador de por vida, supongo que aceptaba la idea de soportarlo unos años, pero es indestructible. Seguirá asistiendo a las reuniones del Senado a los noventa años. Tiene una salud admirable y nunca se debilitarán sus facultades mentales.

Mientras hablaba, Casio iba elevando la voz. Los ojos claros de los otros dos, que lo miraban fijamente, delataban la afinidad de sus posturas. Comprendió que se hallaba entre amigos y se relajó visiblemente.

-¿Soy yo el único?

-En absoluto -repuso Trebonio-. En realidad, oye lo que te digo: únete al círculo.

-¿Qué círculo?

-El Círculo de Asesinos de César. Lo llamamos así porque si se hace pública su existencia, siempre podremos aducir que es un nombre que hemos puesto en broma a un grupo de hombres que no aprueban a César y que se han unido para acabar con él políticamente -explicó Trebonio-. Hasta ahora somos veintiuno. ¿Te interesa ingresar?

Casio tomó la decisión con la misma celeridad con la que, en la reunión a orillas del río Bilechas, optó por abandonar a Marco Craso a su destino e irse al galope a Siria.

-Contad conmigo -dijo. Se recostó en su asiento-. Y ahora sí aceptaré un poco de vino.

Sin más reticencias, los dos fundadores empezaron a informar a Casio acerca del círculo, su duración, sus objetivos, las razones por las cuales habían decidido matar al Caballo de Octubre. Casio les escuchó con suma atención hasta que supo los nombres de los demás miembros.

-Gente de poca monta-dijo, inexpresivo.

-Tienes razón -repuso Décimo-, pero nos da una baza importante: el número. Podría ser una alianza política, por ejemplo, nunca hubo muchos *boni*. Al menos son todos senadores y somos demasiados para dar la imagen de una conspiración a la sombra. «Conspiración» es la única palabra que no deseamos que guarde relación con nuestro círculo.

-Tu participación es esencial, Casio -continuó Trebonio-, y nos interesaba contar con ella, porque tú sí tienes influencia. Pero aun contigo, Casio, y con el patricio Sulpicio Galba, quizá no sea suficiente para darle al acto el... el heroísmo que debe tener. Quiero decir que en realidad somos tiranícidas, no asesinos. Y eso es lo que debemos parecer cuando lo hayamos llevado a cabo. Tenemos que ser capaces de ir a la *rostra* y declarar ante el pueblo de Roma que hemos librado a nuestra amada tierra de la maldición de la tiranía, que no tenemos de qué disculparnos y que no esperamos represalias. Los hombres que liberan a su país de un tirano deberían ser ensalzados. Roma ya se ha deshecho de sus tiranos antes, y los hombres que llevaron a cabo tal hazaña han pasado a la historia como grandes benefactores. Como Bruto, que desterró al último rey y ejecutó a sus propios hijos cuando éstos intentaron restaurar la monarquía. O Servilio Ahala, que mató a Espurio Melio cuando intentó coronarse rey de Roma...

-¡Bruto! ¡Bruto! -le interrumpió Casio-. Ahora que Catón ha muerto, necesitamos a Bruto en el círculo. El descendiente directo del primer Bruto y heredero por línea materna de Servilio Ahala. Si logramos persuadir a Bruto de que se sume a nosotros, estaremos seguros: nadie se atrevería a perseguirnos.

Décimo Bruto se quedó rígido; sus ojos disparaban dardos helados.

-Yo también soy descendiente directo del primer Bruto... ¿Crees que no lo habíamos pensado?

-Sí, pero tú no estás emparentado con Servilio Ahala -dijo Trebonio-. Marco Bruto te supera en categoría, Décimo, y es inútil enfadarse por eso. Es el hombre más rico de Roma, su influencia es colosal, es de la estirpe de los Bruto y patricio Servilio... ¡Casio, tenemos que convencerle! Si contamos con dos Bruto, no podemos fallar.

-De acuerdo, lo comprendo -reconoció Décimo, más tranquilo-. ¿Tú qué crees, Casio? ¿Hay alguna posibilidad? Admito que no le conozco bien, aunque lo que sé de él indica que nunca sería partidario de un tiranicidio. Es tan dócil, tan acomodaticio, tan anodino...

-Estás en lo cierto, es eso y más aun -intervino Casio con tristeza-. Su madre lo manipula... -Hizo una pausa y después se animó-: Lo manipulaba hasta que... hasta que se casó con Porcia. ¡Oh, qué peleas! No cabe duda: Bruto tiene más agallas desde que se casó con Porcia. Y el decreto del *dictator perpetuus* le habrá horrorizado. Hablaré con él, le convenceré de que tiene el deber moral y ético de junio Bruto y Servilio Ahala de librar a Roma de su actual tirano.

-¿Nos atreveremos a abordarle? ¿Y si se lo cuenta todo a César? -inquirió Décimo Bruto con recelo.

-¿Bruto? -dijo Casio, atónito-. ¡No, nunca! Aunque no acepte sumarse a nosotros, apostaría la vida a que guardará silencio.

-Pues eso haremos, eso haremos -decidió Décimo Bruto.

Cuando el dictador perpetuo convocó a las centurias en el Campo de Marte para «elegir» a Publio Cornelio Dolabela cónsul superior en ausencia de César, la votación se desarrolló deprisa y sin tropiezos; no había razón para que no fuera así, puesto que sólo había un candidato, pero con todo y con eso había que contar los votos de todas las centurias, al menos la Primera Clase entera e incluso la Segunda Clase hasta donde fuera necesario para obtener la mayoría; las centurias estaban claramente a favor de la Primera Clase, así que en una «elección» como la de aquel día, nadie de la Tercera, la Cuarta o la Quinta Clase se molestó siquiera en presentarse.

Asistieron César y Marco Antonio, el primero como magistrado supervisor y el segundo en funciones de augur. El cónsul inferior necesitó una eternidad para consultar los auspicios; rechazó al primer cordero porque no estaba limpio, al segundo porque le faltaban dientes. Sólo cuando llegó el tercero accedió a realizar sus funciones, que consistían en inspeccionar el hígado de la víctima según un estricto protocolo, establecido por escrito y exhibido en un modelo de bronce tridimensional. No había

elementos místicos en los augurios romanos, así que no era necesario encontrar a hombres místicos para actuar como augures.

César, con su impaciencia acostumbrada, ordenó que se iniciara la votación mientras Antonio llevaba a cabo su exploración.

-¿Qué pasa? -preguntó a Antonio tras acercarse a él.

-El hígado... tiene un aspecto horrible.

César se inclinó a mirar, le dio la vuelta con un *stylus*, contó los lóbulos y comprobó su forma.

-Está perfecto, Antonio. Como pontífice máximo y compañero augur, declaro que trae buenos auspicios.

Antonio se encogió de hombros y se alejó mientras los acólitos augurales empezaban a limpiar y a recoger; después se quedó inmóvil con la mirada perdida. Con una sonrisa maliciosa en los labios, César reanudó la supervisión.

-No te enfades, Antonio, ha sido un buen intento -dijo.

Cuando se hubo registrado la mitad de los votos de las noventa y siete centurias necesarias, Antonio tuvo un sobresalto y lanzó un grito, antes de dirigirse a la parte de la *saepta* de la torre de supervisión, desde donde se veían las largas filas de figuras de blanco haciendo cola hacia los cestos.

-¡Una bola de fuego! ¡Mal augurio! -anunció con voz estentórea-. Como augur oficial de esta ocasión, ordeno que las centurias se vayan a casa.

Fue una actuación brillante. César, desprevenido, no tuvo tiempo para preguntar quién más había visto el meteoro evanescente antes de que las centurias, formadas por hombres que preferían estar en otra parte, empezaran a dispersarse a toda prisa.

Dolabela se acercó precipitadamente, abandonando su puesto como encargado del orden de las filas de las centurias dispuestas a votar; tenía la cara congestionada de ira.

-*Cunnus*! -insultó al sonriente Antonio.

-Antonio, has ido demasiado lejos -dijo César entre dientes.

-He visto una bola de fuego -sostuvo Antonio con terquedad-. A mi izquierda, muy baja en el horizonte.

-Supongo que es tu manera de informarme de que será inútil intentar otra votación, ¿verdad? Ésa también fracasará...

-César, yo sólo te digo lo que he visto.

-Eres un loco y un salvaje, Antonio. Hay otras fórmulas -concluyó César, que dio media vuelta y empezó a bajar la escalera de la torre.

-¡Ahora verás, canalla! -gritó Dolabela con tono amenazador mientras subía.

-¡Lictores, detenedle! -ordenó Antonio, bajando detrás de César.

Cicerón también ascendía, imponente, con los ojos brillantes.

-Ha sido una estupidez, Marco Antonio -anunció-. Has cometido un acto ilegal. Debías observar el cielo como cónsul, no como augur. Los augures deben recibir el encargo formal para observar el cielo, los cónsules, no.

-Gracias, Cicerón, por explicarle a Antonio cuál es el modo correcto de evitar las próximas elecciones -le dijo cortante César-. Te recordaré que Publio Clodio declaró ilegal que los cónsules observaran el cielo sin que se les encomendase oficialmente. Antes de pontificar, repasa las leyes que se han adoptado durante tu exilio.

Cicerón resopló y se alejó, mortificado.

-Dudo que tengas las agallas necesarias para impedir el nombramiento de Dolabela como cónsul sufecto -dijo César a Antonio.

-No, no voy a hacer eso -repuso Antonio amablemente-, como cónsul sufecto, no me supera en rango.

-Antonio, Antonio, estás tan flojo en derecho como en aritmética. Claro que puede, si como cónsul sustituye al cónsul superior. ¿Por qué piensas que nombré a un cónsul sufecto para unas cuantas horas cuando Fabio Máximo, el cónsul superior, murió el último día de diciembre? La ley no sólo vale cuando está escrita en las tablas; es válida también cuando se basa en precedentes indiscutibles. Y yo senté el precedente hace poco más de un mes. Nadie lo refutó, ni siquiera tú. Puedes pensar que hoy has ganado la partida, pero, ya sabes, yo siempre te llevo la delantera. -César sonrió afablemente y se reunió con Lucio César, que miraba furioso a Antonio.

-¿Qué vamos a hacer con mi sobrino? -preguntó Lucio, desesperado.

-¿En mi ausencia? Bajarle los humos, Lucio. En realidad, no está en buena posición. La antipatía de Dolabela por él no va a disminuir después de lo de hoy. Con Calvino como Maestro del Caballo, el Erario en manos de Balbo padre y Opio... Sí, Antonio está bien sujeto.

Consciente de que, efectivamente, lo tenían amordazado, Antonio regresó a su casa, furibundo. ¡No era justo! ¡Era una indignidad! El viejo zorro dominaba hasta el último truco de los manuales políticos y legales, además de los trucos que se inventaba él. Muy pronto hasta el último senador estaría obligado a respetar, bajo juramento, todas las leyes y los dictados de César en su ausencia. El juramento se pronunciaría a cielo abierto, en el templo de Semón Sanco Dio Fidio, y el viejo, como pontífice máximo, había inventado tretas como la de sostener una piedra en la mano para invalidar el juramento... César llevaba demasiado tiempo gobernando para dejarse engañar.

Tengo que hablar con Trebonio. Con Cayo Trebonio. No con Décimo Bruto, sino con Trebonio. Una conversación muy privada.

Se puso en contacto con él después de la reunión del Senado para nombrar a Dolabela cónsul sufecto. Sufecto pero superior.

-Acaba de llegar mi caballo de Hispania. ¿Te apetece acompañarme al Campo Lanatario para verlo? -preguntó Antonio en tono alegre.

-Desde luego -repuso Trebonio.

-¿Cuándo?

-No hay mejor momento que el presente, Antonio.

-¿Dónde está Décimo Bruto?

-Con Cayo Casio.

-Es una curiosa amistad.

-No en los tiempos que corren.

Caminaron en silencio hasta que cruzaron la Puerta Capena, en dirección a la zona donde estaban las cuadras de Roma, así como los establos y los mataderos.

Hacía un día frío, de viento cortante; en el interior de las Murallas Servias no se notaba tanto, pero una vez fuera de la ciudad, empezaron a castañetearles los dientes.

-Por ahí hay una taberna que no está mal -dijo Antonio-. *Clemencia* puede esperar, yo necesito un trago de vino y una lumbre. ¿*Clemencia*?

-Mi nuevo caballo público. Al fin y al cabo, Trebonio, soy el *flamen* del nuevo culto, el de la *Clemencia* de César.

-¡Ah! Cómo se enfureció cuando le entregamos las placas de plata...

-No me lo recuerdes. Cuando nos conocimos, César me dio tales patadas en el trasero que no pude sentarme en un *nundinum*.

Los escasos clientes de la taberna miraron a los recién llegados con la boca abierta: en toda la historia del local, nunca habían entrado personajes con la toga orlada de púrpura. El dueño se precipitó a escoltarlos a su mejor mesa, echando a tres comerciantes, demasiado sorprendidos para protestar, y después les llevó su mejor ánfora de vino y unos cuencos con cebolletas en vinagre y aceitunas.

-Aquí estaremos seguros; esta gente es tan latina como Quirino -dijo Trebonio en griego. Probó un sorbo de vino, puso cara de asombro y dedicó una aprobadora inclinación de cabeza al tabernero, que estaba exultante.

-Bien, Antonio, ¿qué te ronda la cabeza?

-Tu pequeño complot. El tiempo se agota. ¿Qué tal va todo?

-Por un lado bien, pero por otro no tan bien. Veintidós es un buen número, pero nos falta una figura, y es una pena. Es inútil organizar todo esto si no logramos sobrevivir en olor de santidad. Somos tiranicidas, no asesinos. -Era la frase preferida de Trebonio-. Sin embargo, Cayo Casio se ha unido a nosotros y está intentando convencer a Marco Bruto para que se alce como cabeza visible.

-*Edepol!* -exclamó Antonio-. Que así sea.

-No tengo tan claro que Casio salga airoso.

-¿Qué te parecerían unas cuantas garantías adicionales, si no convencemos a Bruto? -preguntó Antonio mientras retiraba las capas de una cebolleta.

¿Garantías? -repitió Trebonio con expresión alerta.

-No te olvides de que yo seré cónsul... Y no vayas a pensar que Dolabela será un problema, porque no le dejaré. Cuando haya muerto quien tú sabes, se tirará al suelo, panza al aire, en señal de sumisión -dijo

Antonio-. Lo que te estoy ofreciendo es suavizar las cosas para vosotros con el Senado y el pueblo. Mi hermano Cayo es pretor y mi hermano Lucio tribuno de la plebe. Puedo garantizarte que ninguno de los participantes irá a juicio, que ninguno será privado de su magistratura, provincia, propiedades o títulos. Recuerda que soy el heredero de César. Yo controlaré sus legiones, que me aprecian mucho más que a todos y mucho más que a Dolabela. Nadie se atreverá a enfrentarse a mí en el Senado o las asambleas.

Su rostro atractivo adquirió una expresión salvaje.

-No soy tan idiota como César se cree, Trebonio. Si le matan... ¿por qué no matarme también a mí, al tío Lucio, a Calvino y a Pedio? Mi vida también corre peligro. Así que voy a hacer un trato contigo. Contigo y sólo contigo. El plan es tuyo y tú eres quien mantiene la unión del grupo. Lo que quiero decirte es entre tú y yo, y no para divulgarlo. Si tú te aseguras de que yo no voy a caer, yo te aseguro que los demás no sufrirán las consecuencias de su acto.

Trebonio se quedó pensativo. La oferta que recibía era buena, no podía desdeñarla. Antonio era un administrador perezoso, no un maníaco del trabajo como César. Se daría por satisfecho dejando que Roma retornara a sus antiguas costumbres siempre y cuando él pudiera andar por ahí como su prohombre, con la inmensa fortuna de César que gastar.

-Trato hecho -dijo Cayo Trebonio-. Será nuestro secreto, Antonio. En cuanto a los demás: ojos que no ven, corazón que no siente.

-¿Y esto incluye a Décimo también? Le recuerdo de la época del Círculo Clodio, y quizá no sea tan fiable como mucha gente piensa.

-A Décimo no se lo diré, te doy mi palabra.

A principios de febrero, César encontró su *casus belli*. Según las noticias llegadas de Siria, Antistio Veto, que había ido a reemplazar a Cornificio, había inmovilizado a Baso en Apameia, pensando que aquello sería un sitio rápido y breve. Pero Baso había fortificado su «capital» siria de forma muy eficiente, por lo que el asedio a la ciudad se convirtió en muy largo. Peor aún, Baso pidió ayuda al rey parto Herodes, y éste se la prestó. Un ejército parto dirigido por el príncipe Pacoro invadió Siria. Todo el norte

de la provincia estaba ocupado, y Antistio Veto se encontraba acorralado en Antioquía.

Puesto que nadie podía aportar razones para que Siria no fuera defendida por Roma o para que los partos no fueran atacados, César tomó del Erario mucho más dinero del que había decidido en un principio y envió los fondos para la guerra a Brindisi, donde permanecerían hasta que él fuera a recogerlos. Por razones de seguridad, los fondos fueron a parar a las bóvedas de su banquero, Cayo Opio. César también dio órdenes para que todas las legiones se reunieran en Macedonia en cuanto fuera posible trasladarlas allí por mar desde Brindisi. La caballería partió desde Ancona, el puerto más cercano a Rávena, donde estaba acampada. El día anterior se había ordenado a los legados y demás auxiliares que salieran hacia Macedonia y él mismo informó a la Cámara que renunciaría a su mandato como cónsul en los idus de marzo.

Cayo Octavio, sorprendido, recibió un aviso de Publio Ventidio para que partiera urgentemente hacia Brindisi, donde debía embarcarse con Agripa y Salvidieno Rufo a finales de febrero. Fue una orden bien acogida, aunque su madre lloriqueó y se lamentó porque nunca más volvería a ver a su amado hijo, y Filipo, debido a los lamentos de la mujer, estaba extraordinariamente irritable. Renunciando a las dos terceras partes del equipaje que su madre le había preparado, Octavio alquiló tres calesas y dos carros, con la intención de tomar hacia el sur por la Via Latina inmediatamente. ¡Libertad! ¡Aventuras! ¡César!

La tarde anterior a su partida, César encontró un momento para verlo y darle una breve despedida.

-Espero que continúes con tus estudios, Octavio, porque no creo que tu destino esté en el ejército -dijo el Gran Hombre, que parecía cansado e inusualmente tenso.

-Así lo haré, César, así lo haré. Marco Epidio y Ario de Alejandría vienen conmigo para pulir mi retórica y mis conocimientos sobre la ley. Apolodoro de Pérgamo viene para ayudarme en mis esfuerzos con el griego. -Hizo una mueca-. He mejorado un poco, pero aún no consigo pensar en griego por más empeño que ponga.

-Apolodoro ya es un hombre mayor -dijo César, arrugando el entrecejo.

-Sí, pero me ha asegurado que se encuentra bien para viajar.

-Entonces llévatelo. Y comienza a educar al joven Marco Agripa. Ése es un muchacho a quien estoy deseando ver encaminado en la carrera pública y el ejército. ¿Te ha buscado Filippo alojamiento en casa de alguien en Brindisi? Las posadas estarán llenas.

-Sí, en casa de su amigo Aulo Plauto.

César se rió, y de pronto pareció más joven.

-¡Qué oportuno! Siendo así, puedes velar por la seguridad de los fondos para la guerra, joven Octavio.

-¿Los fondos para la guerra?

-Se necesitan muchos millones de sestercios para mantener un ejército comiendo, marchando y luchando -dijo César con gravedad-. Un general prudente se lleva su dinero cuando se va: si tiene que solicitar más fondos a Roma, el Senado puede oponerse. Por lo tanto, mis fondos para la guerra, varios millones de sestercios, están en las bóvedas de mi banquero Opio, exactamente al lado de la casa de Aulo Plauto.

-Cuidaré de tus fondos, César, te lo prometo.

Un rápido apretón de manos, un suave beso en la mejilla, y César se marchó. Octavio se quedó de pie, mirando hacia el hueco de la puerta con un indefinible peso en su corazón.

Una intriga más de un pequeño rey de Roma, pensó Marco Antonio el día antes de la Lupercalia. Ese año participarían en la celebración tres equipos, con Antonio al frente de los *Lupercios* Julios.

La Lupercalia era una de las fiestas más antiguas y apreciadas en Roma, y sus arcaicos rituales estaban cargados de alusiones sexuales que ofendían al segmento más mojigato de las clases altas, que prefería no asistir.

En la esquina del promontorio del monte Palatino que daba al extremo del Circo Máximo y el Foro Boario, había una cueva y un manantial, y el lugar se conocía como Lupercal. Allí, junto al santuario del *Genius Loci* y bajo un viejo roble (aunque en otros tiempos había sido una higuera), la loba había amamantado a los gemelos abandonados Rómulo y Remo. Rómulo fundó después la ciudad original en el Palatino y ejecutó a su

hermano por alguna extraña razón descrita como «saltar los muros». Una de las chozas de paja de Rómulo se conservaba aún en el Palatino, al igual que el pueblo de Roma todavía veneraba la gruta del Lupercal y rezaba al espíritu de Roma, el *Genius Loci*. Todo esto había sucedido seiscientos años atrás, pero los ritos continuaban vivos, y nunca con mayor fuerza que durante la Lupercalia.

Los hombres de los tres colegios de *luperci* se reunieron en la gruta, y ante su entrada, desnudos, sacrificaron varios machos cabríos y un perro. Los tres prefectos de los *luperci*, los Julios, los Fabios y los Quintilianos, supervisaron el degüello de los animales y luego observaron cómo los hombres se limpiaban los cuchillos ensangrentados en la frente, prorrumpiendo en las carcajadas de ritual. Ninguno de los dos jefes rió tanto como Marco Antonio, mientras parpadeaba para quitarse la sangre de los ojos, hasta que los miembros de su equipo se la limpiaron con bolas de lana impregnadas de leche. Despellejaron a los machos cabríos y al perro, y cortaron los trozos de cuero ensangrentados en tiras que los *luperci* se enrollaron alrededor de las caderas, asegurándose de que una parte de este espantoso ropaje fuera lo suficientemente larga como para usarla como un látigo.

Entre los varios miles de personas que acudían a la Lupercalia, sólo unos pocos podían ver esta parte de la ceremonia, bien situándose entre los pilares de las casas que estaban por encima, bien encaramados en los techos de los templos y los santuarios que estaban por debajo; el Palatino se hallaba demasiado abarrotado de gente.

Cuando los *luperci* se hubieron vestido, ofrecieron pequeñas pastas saladas, llamadas *mola salsa*, a las deidades sin rostro que salvaguardaban al pueblo de Roma. Las pastas las hacían las vírgenes Vestales, a partir de las primeras espigas de la última cosecha del Lacio, y constituían el verdadero sacrificio. Los machos cabríos y el perro degollados tenían la única función, aunque también fuera ritual, de proveer de atavío a los *luperci*. Después, las tres docenas de hombres, atléticos y sanos, se sentaron en el suelo y degustaron un «banquete» rociado con vino aguado. En

realidad era una comida frugal porque, en cuanto terminaban, los *luperci* comenzaban su carrera de tres kilómetros.

Con Antonio a la cabeza, bajaron la escalera de Caco desde la Luperca para mezclarse desordenadamente entre la multitud, riéndose mientras asían las correas de piel y daban latigazos al gentío. La multitud les abrió paso y ellos comenzaron a correr hacia lo alto del Palatino, por el lado del Circo Máximo, doblando por una esquina para tomar la ancha avenida de la *Via Triumphalis*, bajando hacia los pantanos de los Palus Cerioliae; luego subieron hasta el Velia, en lo alto del Foro romano, bajaron por el Foro hasta la tribuna de la Via Sacra y terminaron retrocediendo hacia el primer templo de Roma, el antiguo y pequeño *Regia*. A medida que avanzaban, la carrera se hacía cada vez más difícil porque la multitud se cerraba ante ellos, dejando apenas espacio para que pasaran de uno en uno, y la gente se cruzaba constantemente ofreciéndose para recibir los latigazos de los *luperci*.

Los latigazos tenían un propósito solemne: quienquiera que fuera golpeado tenía la certeza de que procrearía. Por eso, aquellos que deseaban con ansia tener un hijo, tanto hombres como mujeres, rogaban que los dejaran mezclarse entre la multitud para que alguno de los *luperci* pudiera alcanzarle con su sangriento látigo. Antonio no ponía en duda esta creencia. La madre de Fulvia, Sempronia, la hija de Cayo Graco, había llegado a los treinta y nueve años sin tener hijos; como no sabía qué más hacer, fue a la Lupercalia y recibió un latigazo. Nueve meses después dio a luz a Fulvia, la única hija que tuvo. De modo que Antonio flagelaba y azotaba generosamente con su correa de cuero a pesar del esfuerzo adicional que suponía, mientras reía estridentemente, se detenía a beber el agua que algún alma caritativa de entre la multitud le ofrecía y se lo pasaba en grande.

Sin embargo, Antonio daba al gentío mucho más que eso. En cuanto la gente lo veía, empezaba a gritar y se desvanecía enloquecida, pues él era el único *lupercio* que no se había tapado los genitales con los trozos de piel. El pene más formidable y el escroto más grande de Roma estaban allí, a la vista de todo el mundo: era un auténtico espectáculo. Estaban todos encantados y gritaban: «¡Oh, oh, oh, azótame, azótame!»

Hacia el final de la carrera, los *lupercios* descendieron por la colina hacia la parte baja del Foro, con Antonio todavía en cabeza. Más allá, sentado en la silla curul, en la tribuna, se hallaba el dictador César, que, por una vez, no estaba enfrascado en ninguna tarea administrativa. También él reía, hacía chistes e intercambiaba chanzas con la gente que se apiñaba a su alrededor. Cuando vio a Antonio, dijo algo gracioso, obviamente, sobre los genitales expuestos, provocando la hilaridad de los hombres y las mujeres. Una *mentula* muy perspicaz, César, nadie podría negarlo. ¡Muy bien, César, toma un azote para ti también!

Al llegar al pie de la tribuna, Antonio tendió el brazo izquierdo y cogió algo que le pasó alguien; de pronto, subió los escalones y, tras detenerse detrás de César, intentó ponerle una cinta blanca alrededor de la cabeza, que ya estaba coronada con hojas de roble. César reaccionó con la rapidez del rayo. La cinta cayó a sus pies, sin estropear la corona de roble. Con la cinta en la mano derecha, la levantó y habló a la multitud con voz estentórea:

-Júpiter óptimo Máximo es el único rey de Roma!

El gentío comenzó a vitorearlo ensordecedoramente, pero él alzó los brazos para que callara.

-*Quiris*-dijo, dirigiéndose a un joven con toga que se encontraba más abajo-, lleva esto al templo de Júpiter óptimo Máximo y ponlo en la base de la estatua del Gran Dios, como un obsequio de César.

La muchedumbre volvió a vitorear al tiempo que el joven, obviamente emocionado por el honor, subía a la tribuna para aceptar la cinta. César le sonrió, le dijo unas palabras que nadie más oyó y, luego, aturdido y eufórico, el *quiris* descendió de la tribuna y comenzó a subir la cuesta del Capitolio, rumbo al templo.

-Aún no has terminado tu carrera -dijo César a Antonio, que se encontraba de pie, sin resuello y con una ligera erección que tenía alborotadas a todas las mujeres-. ¿Quieres ser el último hombre en llegar a la meta? Después de darte un baño y de taparte, tienes algo más que hacer. Convoca al Senado para mañana al amanecer, en la Curia Hostilia.

Cuando el Senado se reunió, temblando de miedo, encontró que César estaba como de costumbre.

-Que se inscriba en bronce -dijo César con ecuanimidad- que en el día de la Lupercalia, en el año del consulado de Cayo Julio César y Marco Antonio, el cónsul Marco Antonio ofreció a César una corona y que César la rechazó públicamente, con el beneplácito del pueblo de Roma.

-¡Muy buena la jugada, César! -lo felicitó Antonio efusivamente mientras el Senado se disolvía para atender otros asuntos-. Ahora toda Roma ha visto que te negabas a lucir la corona. Debes admitir que te he hecho un gran favor.

-Por favor, déjate de filantropías ahora mismo, Antonio. De lo contrario, puede que una de tus dos cabezas se vea obligada a separarse de tu cuerpo. Mi problema es saber en cuál de las dos tienes el cerebro.

Veintidós no era un gran número, pero juntar a veintidós hombres bajo un mismo techo para una reunión del Círculo de Asesinos de César era algo muy difícil. Ninguno de sus miembros (puesto que ninguno se veía a sí mismo como un conspirador) tenía un comedor lo suficientemente grande como para acomodar a tantos huéspedes, y soplaba demasiado viento como para charlar en un peristilo o un jardín público. La culpa y la aprensión contribuían a que evitaran ser vistos juntos, incluso antes de una reunión del Senado.

Si en su día Cayo Trebonio no hubiera sido un distinguido tribuno de la plebe y sentido un interés superior al habitual por la historia de la Asamblea de la Plebe, el grupo se habría deshecho sólo por la falta de un lugar seguro para reunirse. Por suerte, Trebonio estaba archivando los documentos de los Plebeyos, que se guardaban bajo el templo de Ceres, en el Aventino. Allí, en lo que se consideraba el templo más hermoso de Roma, los conjurados podían reunirse sin que nadie se diera cuenta al caer la noche, siempre y cuando estos encuentros no fueran tan frecuentes como para provocar las preguntas de alguna mujer entrometida que deseara saber adónde iba de noche su esposo, su hijo o su yerno.

Como la mayoría de los templos, detrás de la exquisita columnata que lo rodeaba por los cuatro costados, Ceres era un edificio sin ventanas, con unas pesadas y herméticas puertas dobles de bronce. En cuanto se cerraban las puertas, no podía verse una luz que indicara que había alguien dentro.

La *cella* era enorme, presidida por una estatua de la diosa de más de seis metros de altura, cuyos brazos estaban llenos de gavillas de trigo, vestida con una túnica maravillosamente pintada con motivos estivales, desde rosas hasta pensamientos y violetas. Tenía sobre el cabello rubio una guirnalda de flores y las cornucopias desbordantes de frutos se amontonaban a sus pies. Sin embargo, lo más sorprendente del templo era un mural gigantesco con una imagen priápica de Plutón que secuestraba a Proserpina para violarla y exilarla en el Hades, mientras una Ceres llorosa y despeinada deambulaba por un árido y devastado paisaje invernal, buscando en vano a su amada hija.

Todos los miembros del grupo se reunieron por la noche dos días después de que César hubiera ordenado inscribir su rechazo de la corona en una placa de bronce. Estaban todos nerviosos e irritables, algunos incluso sentían un poco de pánico. Al observar sus caras, Trebonio se preguntó cómo haría para mantenerlos unidos.

Casio comenzó a hablar.

-En menos de un mes César se habrá ido -dijo-, y hasta ahora no he visto la menor señal de que alguno de vosotros esté tomándose este asunto en serio. ¡Es muy fácil hablar! ¡Pero lo que necesitamos es acción!

-¿Y tú has conseguido algo con Marco Bruto? -preguntó Estayo Murco con causticidad-. ¡Hay más cosas en juego que la acción, Casio! Se supone que yo ya tenía que haber partido para Siria, y mi superior me mira mal porque sigo en Roma. Mi amigo Címbro podría decir lo mismo.

La susceptibilidad de Casio era consecuencia directa de su fracaso con Bruto; entre su extraordinaria pasión por Porcia y la guerra desatada entre Porcia y Servilia, Bruto tenía tan poco tiempo que incluso sus preciadas pero ilícitas actividades comerciales se estaban resintiendo.

-Dadme otros *nundinum* -dijo Casio lacónicamente-. Si en ese tiempo no reacciona, no contéis con él. Aunque no es eso lo que me preocupa. No basta con matar a César. También deberíamos matar a Antonio y a Dolabela, y a Calvino.

-Si lo haces -dijo Trebonio tranquilamente-, nos declararán *nefas* y nos exilarán para siempre sin un sestercio, eso si salvamos nuestras cabezas.

Una guerra civil no es posible porque no hay legiones en la Galia Cisalpina para que Décimo pueda dirigirlas, y todas las legiones acampadas entre Capua y Brindis; en estos momentos se están dirigiendo a Macedonia. No se trata de una conspiración para derrocar el gobierno de Roma, sino que somos un grupo que desea salvar Roma de un tirano. Mientras nos limitemos a matar a César, podremos decir que hemos actuado correctamente, dentro de lo que establece la ley y teniendo en cuenta el *mos maiorum*. Si matamos a los cónsules, nos declararán *nefas*, no os engañéis.

Marco Rubrio Ruga era un don nadie; su familia había dado un gobernador de Macedonia que había tenido la mala suerte de tener que aguantar a Catón de joven. Rubrio no conocía moral, ética ni principios.

-¿Por qué tenemos que hacer todo esto? -preguntó-. ¿Por qué no atacamos a César secretamente, lo asesinamos y no se lo contamos a nadie?

Se hizo un largo silencio hasta que Trebonio tomó la palabra.

-Somos hombres honorables, Marco Rubrio, ésta es la razón. ¿Dónde está el honor en un simple asesinato? ¿Asesinar a César y no admitirlo? ¡No! Jamás!

Se oyeron los murmullos de asentimiento de todos los presentes y Rubrio Ruga intentó ocultarse en un rincón oscuro.

-Creo que Casio tiene razón-dijo Décimo Bruto dirigiendo una breve mirada de desprecio a Rubrio Ruga-. Antonio y Dolabela se volverán contra nosotros. Aprecian demasiado a César como para no hacerlo.

-¡Oh, vamos, Décimo! ¿Cómo puedes decir eso de Antonio? Siempre está incordiando a César sin el menor remordimiento -protestó Trebonio.

-Pero lo hace persiguiendo su propio interés, Cayo, no el nuestro. No te olvides que juró a Fulvia por su antepasado Hércules que nunca tocaría a César -replicó Décimo-. Por eso es más peligroso aún. Si matamos a César y dejamos que viva Antonio, comenzará a preguntarse cuándo le llegará su turno.

-Décimo tiene razón -dijo Casio con énfasis.

Trebonio suspiró.

-Id a vuestras casas, todos vosotros. Volveremos a encontrarnos aquí dentro de un *nundinum*, y esperemos que tú, Casio, traigas a Marco Bruto.

Concéntrate en eso, y no en un baño de sangre que no dejaría a nadie vivo para ocupar las sillas del estrado curul, de modo que Roma se sumiría en el caos.

Como él tenía la llave, Trebonio esperó a que los demás se hubieron ido, algunos en grupo, otros solos, y después recorrió el recinto apagando las lámparas, sosteniendo la última en la mano. Esto está condenado al fracaso, pensó, realmente está condenado al fracaso. No hacen más que escuchar, saltando y brincando al menor ruido. Son incapaces de pronunciar una sola palabra de aliento y de tener opiniones que valga la pena escuchar. Parecen ovejas: bee, bee, bee. Incluso hombres como Cimbro, Aquila, Galba, Basilio, son ovejas. ¿Cómo pueden veintidós ovejas matar a un león como César?

A la mañana siguiente, Casio fue a casa de Bruto, a la vuelta de la esquina de la suya, y se lo llevó a su estudio, donde cerró la puerta y se quedó de pie mirando iracundo a un sorprendido Bruto.

-Siéntate, cuñado -dijo.

Bruto se sentó.

-¿Qué pasa, Cayo? Estás muy extraño.

-¡Debería estarlo, dadas las condiciones en las que se encuentra Roma! Bruto, ¿cuándo vas a comprender que César ya es el rey de Roma?

Los fuertes hombros de Bruto se hundieron. Bajó la mirada y suspiró.

-Ya lo he pensado, por supuesto que ya lo he pensado. César tenía razón cuando decía que Rex es sólo una palabra.

-Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

-¿Cómo?

-¡Sí! ¿Qué vas a hacer? Bruto, por tus ilustres ancestros, ¡despierta! -gritó Casio-. ¡Hay una razón por la que Roma ahora tiene a un hombre que descende del primer Bruto y de Servilio Ahala! ¿Por qué te muestras tan ciego frente a tu deber?

Bruto abrió desmesuradamente sus oscuros ojos.

-¿Deber?

-¡Deber, deber, deber! Es tu deber matar a César.

-¿Que mi deber es matar a César? -dijo Bruto con expresión de terror-. ¿A César?

-¿No se te ocurre nada mejor que convertir en preguntas todo lo que digo? Si César no muere, Roma nunca volverá a ser una república. ¡El ya es un rey, ya ha establecido una monarquía! Si lo dejamos vivir, cuando llegue el momento elegirá un heredero en vida y éste heredará la dictadura. De modo que hay varios de entre los nuestros que están decididos a matar a César Rex. Incluido yo.

-¡Casio, no!

-¡Casio, sí! Los otros son Bruto, Décimo, Cayo Trebonio, Cimbro, Estacio Murco, Galba, Poncio Aquila. ¡Somos veintidós, Bruto! Te necesitamos para que seas el número veintitrés.

-¡Por Júpiter! ¡No puedo, Casio! ¡No puedo!

-¡Claro que puedes! -exclamó una voz. Porcia entró por la puerta de la columnata; la cara y los ojos le brillaban-. Casio, ¡es lo único que se puede hacer! ¡Bruto será el número veintitrés!

Los dos hombres se quedaron mirándola; Bruto parecía confuso, y Casio inquieto. ¿Cómo no se había acordado de la columnata?

-Porcia, ¡jura por el cadáver de tu padre que no dirás una palabra de esto a nadie! -dijo Casio con un suspiro.

-¡Lo juro encantada! No soy estúpida, Casio, ya sé lo peligroso que es todo esto. Ah, ¡pero se trata de una buena acción! ¡Matar al rey y reinstaurar la amada República de Catón! ¿Y quién mejor para hacerlo que mi Bruto? -Comenzó a ir de un lado al otro de la habitación, temblando de alegría-. Sí, ¡es una buena acción! ¡Ah, pensar que podré ayudar a vengar a mi padre, reinstaurar su República!

Bruto al fin consiguió hablar.

-Porcia, tú sabes que Catón no lo aprobaría, ¡jamás lo aprobaría! ¿Un asesinato? ¿Catón, perdonar un asesinato? ¡Esto no es una buena acción! ¡En todos los años en que Catón se enfrentó a César, nunca, ni una vez, contempló la posibilidad de un asesinato! ¡Algo así lo denigraría, destruiría su memoria como campeón de la libertad!

-¡Estás equivocado, muy equivocado! -gritó Porcia enfurecida, acercándose a Bruto amenazadoramente como un guerrero, con los ojos despidiendo chispas-. ¿Eres un cobarde, Bruto? ¡Por supuesto que mi padre lo hubiera aprobado! ¡Cuando Catón estaba vivo, César era una amenaza para la República, pero todavía no había acabado con ella! ¡Sin embargo ahora César ha acabado con ella! ¡Catón pensaría como yo, como Casio y como deberían hacerlo todos los hombres de bien!

Bruto se tapó los oídos con las manos y abandonó la estancia.

-No te preocupes, yo me ocuparé de que lo haga -dijo Porcia dirigiéndose a Casio-. Para cuando termine con él, cumplirá con su deber. - Porcia apretó los labios y frunció el ceño-. Sé exactamente lo que tengo que hacer, ¡de verdad que lo sé! Bruto es un pensador. Habrá que convencerlo, no se le deberá permitir reflexionar sobre el asunto. Tengo que conseguir que tema más no hacerlo que hacerlo. ¡Pues sí, así será! -exclamó, y salió, dejando a Casio fascinado.

-Es la viva imagen de Catón -suspiró.

-Pero ¿qué ha pasado? -preguntó Servilia al día siguiente-. ¡Mira eso! ¡Es una vergüenza!

El busto del primer Bruto, con barba, según la antigua usanza, y con el rostro inexpresivo, estaba cubierto de una pintada: BRUTO, ¿POR QUÉ ME HAS OLVIDADO? ¡YO FUI QUIEN ECHÓ AL ÚLTIMO REY DE ROMA!

Con la pluma en la mano, Bruto salió de su estudio dispuesto a poner paz, por enésima vez, entre su esposa y su madre, pero se encontró con que ninguna de las dos estaba enojada con la otra. ¡Oh, Júpiter!

-¡Pintura! ¡Pintura! -gritó Servilia con furia-. ¡Se necesitará un cubo de aguarrás para limpiarla y además se arruinará la pintura de debajo! ¿Quién habrá hecho esto? ¿Y qué significa «Por qué me has olvidado»? ¡Dito! ¡Dito! -llamó, marchándose del lugar.

Pero aquello sólo fue el comienzo. Cuando Bruto, acompañado por un grupo de amigos, fue al tribunal del pretor urbano en el Foro, también se lo encontró embadurnado de pintadas: BRUTO, ¿POR QUÉ DUERMES?

BRUTO, ¿POR QUÉ FALLAS A ROMA? BRUTO, ¿CUÁL DEBERÍA SER TU PRIMER EDICTO? BRUTO, ¡DESPIERTA!

La estatua del primer Bruto que se encontraba cerca de las de los reyes de Roma tenía la siguiente inscripción: BRUTO, ¿POR QUÉ ME HAS OLVIDADO? ¡YO ECHÉ AL ÚLTIMO REY DE ROMA! Y la estatua de Servilio Ahala, muy cerca de allí, decía: BRUTO, ¿NO ME RECUERDAS? ¡YO MATÉ A MELLO CUANDO INTENTÓ SER REY!

El puesto del mercado que vendía aguarrás se quedó sin existencias; Bruto tuvo que enviar a sus criados a buscar aguarrás por toda Roma, mientras su precio alcanzaba cotas desconocidas.

Estaba aterrorizado, sobre todo porque tenía la certeza de que César, que siempre lo sabía todo, se enteraría de la existencia de las pintadas y preguntaría qué significaban, lo que, a los ojos de Bruto, saltaba a la vista: Bruto estaba siendo conminado a matar al *dictator perpetuus*.

Al día siguiente, al alba, cuando Epafrodito atendía a los amigos de Bruto, no sólo habían pintado de nuevo la desteñida y vieja estatua del primer Bruto, sino que su propio busto estaba cubierto por otra inscripción que decía: ¡MÁTALO, BRUTO! Y el busto de Servilio Ahala tenía otra que ponía: ¡YO MATÉ A MELLO! ¿ES QUE SOY EL ÚNICO PATRIOTA DE ESTA CASA? Además, en la pared del atrio alguien había escrito con letras prolijas: ¿TE LLAMAS BRUTO? ¡HASTA QUE NO ASESTES EL GOLPE NO MERECESE ESE NOMBRE ILUSTRE E INMORTAL!

Servilia se paseaba chillando por la casa, Porcia tenía ataques de risa histéricos, los clientes se agolpaban perplejos en el atrio, y el pobre Bruto se sentía como si un terrible *lemur* se hubiera escapado del infierno para llevarlo a la locura.

Y eso sin mencionar los continuos sermones de Porcia. En vez de la dulce dicha de su cuerpo junto al suyo en la cama, Bruto tenía a su lado a una arpía que no paraba de rezongar.

-¡No, me niego! -gritaba él una y otra vez-. ¡No cometeré un asesinato!

Al final, Porcia lo arrastró literalmente a su salón, lo empujó hacia una silla y sacó un puñal. Pensando que iba a usarlo contra él, Bruto se encogió, pero ella se arrancó el vestido y se clavó la hoja en el blanco y tierno muslo.

-¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Puede que a ti te dé miedo matar, Bruto, pero a mí no! -gritó, mientras le sangraba la herida.

-¡Bueno, basta ya! -logró decir Bruto, con el rostro lívido-. ¡Basta, Porcia, tú ganas! Lo haré. Lo mataré.

Porcia se desmayó.

Y así fue como el Círculo de Asesinos de César obtuvo a su preciado líder, Marco Junio Bruto Servilio Cepio. Estaba demasiado intimidado como para seguir negándose, y se daba cuenta con horror de que cuanto más tiempo siguiera Porcia practicando su campaña de pintadas y sermones, más habladurías habría en Roma.

-No estoy ciega ni sorda, Bruto -dijo Servilia después de que el médico hubiera atendido a Porcia-. Y tampoco soy estúpida. Todo esto es una conspiración para matar a César, ¿no es verdad? Y quien sea que esté detrás de la conspiración, te necesita a ti para llevarla a cabo. Dicho esto, insisto en que me des todos los detalles. ¡Habla, Bruto, o eres hombre muerto!

-No sé de ninguna conspiración, madre -consiguió decir Bruto, mirándola a los ojos-. Alguien está tratando de destruir mi reputación y desacreditarme ante César. Alguien muy maligno y bastante loco, por cierto. Sospecho de Matinio.

-¿Matinio? -preguntó Servilia, confusa-. ¿El administrador de tus negocios?

-Ha estado malversando fondos. Lo despedí hace unos días, pero me he olvidado de decirle a Epafrodito que Matinio no debía ser admitido en la casa. -Sonrió avergonzado-. Hemos tenido mucho trájín últimamente.

-Ya veo. Continúa.

-Madre, ahora que Epafrodito ya lo sabe, estoy seguro de que no verás más pintadas -continuó Bruto, sintiéndose cada vez más seguro. Era cierto que Matinio había estado malversando fondos y que él lo había despedido, eso era lo mejor del asunto-. Es más, esta misma mañana iré a ver a César y le explicaré lo sucedido. He contratado a antiguos gladiadores para que vigilen mi tribunal y las estatuas día y noche, por lo que las actividades de Matinio para crearme problemas con César se habrán acabado.

-Tiene sentido -dijo Servilia despacio.

-No hay nada más, madre -dijo con una risita nerviosa-. Es decir, ¿de verdad crees que soy capaz de asesinar a César?

Servilia echó la cabeza hacia atrás y rió.

-¿De verdad? ¿Un ratón como tú? ¿Un conejo? ¿Un gusano?

¿Un don nadie invertebrado sometido a un monstruo atroz como tu esposa? ¡Seguro que ella sí sería capaz de matarlo! Pero ¿tú? Me es más fácil creer en cerdos voladores.

-Tienes razón, madre.

-Bueno, ¡no te quedes ahí parado como un imbécil! Vete a ver a César antes de que te acuse de tramar su asesinato.

Bruto la obedeció. Al fin y al cabo, ¿no era eso lo que hacía siempre? En definitiva, era la mejor alternativa.

-Pues eso es lo que ha sucedido, César -dijo al *dictator perpetuus* en su estudio de la *Domus Publica*-. Quisiera disculparme por las preocupaciones que todo esto pudo haberte causado.

-Me intrigaba, Bruto, pero no me preocupaba. ¿Por qué la idea de la muerte debería preocupar a un hombre? Hay muy poco que no haya hecho o conseguido, aunque confío en vivir lo suficiente como para conquistar el reino de los Partos. -Los ojos pálidos de César esos días estaban siempre apagados; la presión del trabajo era casi excesiva, incluso para César-. Si no los conquistamos, nuestro mundo occidental se arrepentirá tarde o temprano. Confieso que no sentiré alejarme de Roma. -Una sonrisa iluminó sus ojos-. No es muy adecuado que un hombre que aspira a ser rey diga algo así, ¿verdad? Oh, Bruto, ¿qué hombre en su sano juicio querría reinar sobre una panda de romanos pendencieros, díscolos y quisquillosos? Yo no.

Bruto parpadeó al asomarle las lágrimas a los ojos y bajó la vista.

-Una buena pregunta, César. Yo tampoco quisiera reinar sobre ellos. El problema es que las pintadas han desatado rumores sobre la existencia de una conspiración para matarte. Por favor, comienza a llevar otra vez contigo a tus lictores.

-No pienso hacerlo -dijo alegremente César mientras acompañaba a su visitante a la puerta-. Si lo hago, la gente creerá que tengo miedo, y no puedo permitirlo. Lo peor es que Calpurnia ha oído rumores y está

preocupada. Y Cleopatra también. -Se echó a reír-. ¡Mujeres! Si las dejas, son capaces de conseguir que un hombre se encoja como una violeta.

-Eso es muy cierto -dijo Bruto, y partió a su casa para enfrentarse a su mujer.

-¿Es verdad lo que me ha dicho Servilia? -preguntó Porcia, furiosa.

-No lo sabré hasta que me digas qué es lo que te ha dicho.

-Que has ido a ver a César.

-Porcia, después de todas esas pintadas en tantos espacios públicos, tuve que hacerlo -dijo Bruto con frialdad-. No tienes que montar en cólera, la Fortuna está en favor de tu causa. He podido culpar a Matinio. Si esta acusación ha satisfecho a mi madre, que así ha sido, no ha podido menos de satisfacer a nuestro jefe. -Cogió las manos de Porcia entre las suyas y las apretó-. Mi querida niña, ¡debes aprender a ser discreta! Si no lo eres, no tendremos éxito en esta empresa. Las escenas de histeria y automutilación deben parar, ¿me oyes? Si me amas de verdad, protégeme, no me incrimines. Después de ver a César, ahora tengo que visitar a Casio, que debe de estar tan preocupado como yo. Por no mencionar a los demás. Lo que era un secreto ahora está en boca de todos gracias a ti.

-Debía obligarte a hacerlo -dijo Porcia.

-Está bien, pero ya lo has hecho. Tu humor es muy inestable. ¿Te has olvidado de que mi madre vive aquí? Fue amante de César durante años y todavía lo ama desesperadamente. -Se le demudó el rostro-. Por favor, créeme, queridísima, cuando digo que no amo a César. Todos mis problemas se deben a él. Si yo fuera Casio, matarlo sería más fácil que levantar una pluma. Pero lo que no entiendes es que yo no soy Casio. Hablar de asesinato y cometer un asesinato son dos cosas muy diferentes. Jamás he matado a una criatura más grande que una araña. Pero ¿matar a César? -Se estremeció-. Eso es como adentrarse deliberadamente en los Campos de Fuego. Lo que en un sentido está bien, y así lo creo, en otros sentidos, ah, Porcia, no puedo creer que matarlo beneficie a Roma o que reinstaure la República. Mi intuición me dice que su asesinato sólo empeorará las cosas. Y eso es porque con ello se altera la voluntad de los dioses. Es lo que pasa con todos los asesinatos.

Ella escuchó parte de lo que él le dijo, sólo lo que su corazón rebelde le permitió escuchar. Se calmó y bajó la voz.

-Querido Bruto, tienes razón al criticarme. Soy demasiado inestable, es verdad que pierdo el control. Me comportaré, te lo prometo. ¡Pero matarlo es la mejor acción en toda la historia de Roma!

A finales de febrero, César convocó una sesión del Senado para las calendas de marzo, intentando que fuera la última antes de su renuncia al cargo de cónsul en los idus. Las legiones seguían embarcándose en el Adriático a un ritmo vertiginoso; en la costa adriática de Macedonia, estaban acampadas entre Dirraquio y Apolonia, con el séquito personal de César instalado en Apolonia. Dirraquio marcaba el límite norte y Apolonia el límite sur de la Via Egnacia, la ruta romana que se encuentra al este de Tracia y el Helesponto. Una marcha de mil trescientos kilómetros que las legiones debían recorrer en un mes.

En la sesión de las calendas de marzo, César explicó la campaña que se proponían llevar a cabo Publio Vatinio y Marco Antonio contra el rey dacio Burebistas. Esta campaña era necesaria, según César, porque había decidido fundar colonias de censo por cabezas en las costas del Ponto Euxino. Después de fin de año, continuó César, Publio Dolabela iría a Siria como gobernador y le suministraría las provisiones durante sus campañas. El Senado, con una asistencia limitada, escuchó cortésmente las viejas noticias de César.

-Cuando el Senado se reúna para los idus de marzo, lo hará fuera del *pomerium*, puesto que se hablará de mi guerra. La reunión será preferiblemente en la Curia Pompeya, y no en el templo de Belona. Belona es demasiado pequeño. En esa sesión, también asignaré las provincias a los pretores de este año.

Esa noche, el grupo de asesinos de César se reunió en el templo de Ceres. Cuando Casio entró con Marco Bruto, el resto de los asistentes, incluido Trebonio, los miró atónito.

-¡Pellízcame para saber si estoy despierto! -exclamó Publio Casca. Como los demás, Casca estaba muy aprensivo, ya que los rumores de la

conspiración para matar a César iban en aumento-. ¿Nos has delatado a César cuando estuviste con él, Bruto?

-¿Lo has hecho o no? -preguntó Cayo Casca, hermano de Publio.

-Hemos hablado de las malversaciones de fondos que hizo un colega mío -contestó Bruto con tranquilidad, al tiempo que se acercaba con Casio a un banco que estaba detrás de Plutón. Bruto había superado el miedo, había aceptado lo que iba a suceder, aunque la visión de algunas de las caras de los presentes no le supuso la menor alegría. ¡Lucio Minucio Basilio! ¿Cómo podía un propósito noble necesitar a una escoria como él para salir adelante? ¡Era un advenedizo que se decía descendiente de Minucio de Cincinato y que torturaba a sus esclavos! ¡Y Petronio, un insecto cuyo padre había sido tratante de esclavos de minas y picapedreros! ¡Cesenio Lento, que ya era un magnicida! ¡Y Aquila, el amante de su madre, más joven que su hijo! ¡Oh, qué grupo tan maravilloso!

-¡Orden! ¡Orden! -gritó Trebonio con severidad; también él comenzaba a sentir la tensión-. Bienvenido, Marco Bruto. -Se dirigió hacia el centro del recinto, junto a la peana de Ceres, y contempló las veintidós caras, enrojecidas por la luz de las lámparas que, al proyectar sobre ellas sombras grotescas, les daba una apariencia siniestra y extraña-. Esta noche tenemos que tomar unas cuantas decisiones. Quedan sólo catorce días para los idus de marzo. Aunque César dijo que luego permanecería tres días más en Roma, no podemos estar seguros de que lo haga. Si recibe noticias de que lo necesitan en Brindisi, partirá de inmediato. Mientras que hasta los idus tendrá que permanecer por fuerza en Roma.

Dio una vuelta alrededor del *cella*; era un hombre común, de lo más mediocre, poco corpulento, ni muy alto ni muy bajo, con un aspecto y porte un tanto insulsos. Y, sin embargo, como sabían todos los hombres allí presentes, era un individuo muy capaz. Si su breve consulado había sido anodino, sólo era porque César no le había dejado hacer nada importante. Fue gobernador designado de la provincia de Asia, y aunque es verdad que no había tenido un mando militar, su cometido había sido muy difícil debido a los problemas económicos de la provincia. Su principal baza era una inteligencia auténticamente romana: una mezcla de pragmatismo, un

instinto claro para saber cuándo había que actuar, un olfato muy afinado para detectar los conflictos y unas excelentes habilidades logísticas. Por lo tanto, todos lo escucharon, sintiéndose menos incómodos, menos inseguros.

-Para poner al día a Marco Bruto, voy a explicar lo que ya se ha decidido, es decir, el lugar de los acontecimientos. El hecho de que César haya prescindido de sus lictores tiene una gran importancia, pero, aun así, siempre se pasea por la ciudad rodeado de cientos de admiradores. Eso ha reducido nuestras opciones a sólo un lugar, que es la larga callejuela que va del palacio de Cleopatra hasta la Via Aurelia, porque cuando él acude a visitarla sólo lo acompañan dos o tres secretarios. Como los planes migratorios de César han reducido el número de los transtiberini, la zona está vacía. Por lo tanto, éste es el lugar donde tenderemos la emboscada. Aún no hemos decidido la fecha.

-¿Una emboscada? -preguntó Bruto, sorprendido-. ¿Vais a tender una emboscada a César? ¿Cómo sabrá la gente quién lo ha hecho?

-Es la única manera -contestó Trebonio de forma tajante-. Para probar que hemos sido nosotros, le cortaremos la cabeza y la llevaremos al Foro, donde apaciguaremos a todos con un par de discursos magníficos, convocaremos una sesión del Senado y les exigiremos que nos elogien por haber liberado a Roma de un tirano. Si fuera necesario, secuestraremos a Cicerón para que también acuda, puesto que él nos apoyará, con toda seguridad.

-¡Pero eso es absolutamente lamentable! -exclamó Bruto-. ¡Repugnante! ¡Nauseabundo! ¿La cabeza de César? ¿Y cómo es que Cicerón no está aquí?

-¡Porque Cicerón es un gallina, incapaz de mantener la boca cerrada! -repuso Décimo Bruto, furioso-. Lo utilizaremos luego, ni antes ni durante. ¿Cómo crees que habría que matar a César, Bruto? ¿En público?

-Pues sí, en público -dijo Bruto sin vacilar. Se oyó un murmullo colectivo.

-Nos lincharían en el acto -dijo Galba, tragando saliva.

-Esto es un tiranicidio, no un asesinato -dijo Bruto en un tono que dio a entender a Casio que ya había tomado una decisión irrevocable-. Debe ser una acción pública, a la vista de todo el mundo. Cualquier acción furtiva

nos haría quedar como vulgares asesinos. He sido inducido a creer que estamos actuando de acuerdo con el espíritu del primer Bruto y Ahala, que fueron libertadores y a quienes trataron como tales. Nuestros motivos son puros, nuestras intenciones nobles. Estamos liberando a Roma de un rey tirano, y eso requiere el coraje de nuestras convicciones. ¿Es que no lo veis? -preguntó, tendiendo las manos hacia ellos-. ¡No podremos recibir aplausos por esta acción si actuamos en secreto, a hurtadillas!

-¡Ah, claro, ya me lo imagino! -dijo Basilio con desdén-. De pronto nos encontramos con César, por ejemplo, en la Via Sacra, rodeado de miles de clientes, nos abrimos paso entre la multitud, nos acercamos a él como si nada y le decimos: «*Ave*, César, somos hombres honorables que venimos a matarte. Ahora, por favor, no te muevas, desprende la toga de tu hombro izquierdo y expón tu corazón a nuestras dagas.» ¡Qué estupidez! ¿En qué mundo vives, Bruto? ¿En las nubes del Olimpo? ¿En la república ideal de Platón?

-¡No, pero tampoco me entretengo manipulando pinzas y hierros candentes, Basilio! -gruñó Bruto, sorprendido de su propia rabia. Por mucho que se hubiera metido en esa situación empujado por Porcia, no estaba dispuesto a hacerle el juego a gente como Minucio Basilio, ¡ni por mil Catones! Tras comprometerse de manera irrevocable, ahora veía que ese asunto le importaba de verdad.

Escuchar a Bruto, tan obstinado, tuvo un efecto inesperado en Casio; pasó de un deseo de autoconservación a un poderoso y repentino anhelo de sacrificar hasta su vida por las ideas de Bruto. ¡Bruto tenía razón! ¿Qué mejor lugar para matar a César que a la vista de todo el mundo? Todos ellos morirían por ello allí mismo, pero Roma elevaría sus estatuas entre los dioses para siempre. Había destinos peores.

-¡*Tacete*, todos vosotros! -gritó, interviniendo en la discusión-. ¡Bruto tiene razón, estúpidos! ¡Debemos actuar en público! Según mi experiencia, todo lo que se hace de manera clandestina tiende a salir mal; lo que debemos hacer es actuar abiertamente, no de un modo retorcido. Obviamente, no podemos presentarnos delante de César y anunciarle lo que pretendemos, Basilio, pero un puñal puede matar tan bien en público como

en cualquier otro lugar. Es más, así podremos matar a los tres de una sola vez. César tiene la costumbre de estar siempre con el cónsul inferior a un lado y el cónsul sufecto del otro. -Se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra-. De ese modo, además de César, también nos libramos de Antonio y Dolabela.

-¡No! -gritó Bruto-. ¡No, no! ¡Somos tiranicidas, no asesinos! ¡No quiero ni oír hablar de matar a Antonio y a Dolabela! Si en ese momento están con él, dejadlos. ¡Mataremos al rey, sólo al rey! ¡Y mientras lo hagamos, diremos que estamos liberando a Roma de un tirano! Luego soltaremos las dagas e iremos a la tribuna, donde nos dirigiremos a todos orgullosamente, sin vergüenza, exultantes. Nuestros mejores oradores tendrán que ser capaces de mover montañas y hacer llorar a las Gorgonas, pero entre nosotros hay oradores que pueden hacerlo. Nos llamaremos los libertadores de Roma, y luciremos los gorros de la libertad para reforzar nuestra acción.

Ah, ¿por qué habré pensado que Marco Bruto sería una gran baza?, se preguntó Trebonio, escuchando esas palabras absurdas con el ánimo abatido. Su mirada se cruzó con la de Décimo Bruto, que puso los ojos en blanco con desesperación. Poco importaba si mandaban callar a Bruto, el plan se tambaleaba, su integridad corría peligro. Una cosa era llevar a cabo la acción en secreto y confesarla después, en el momento adecuado, tras informar a Antonio. Lo que Bruto estaba proponiendo era un verdadero suicidio. ¡Antonio se vería obligado a vengarse matándolos a todos! Con todas esas ideas agolpándosele en la cabeza, Trebonio intentó rescatar algo del plan original.

-¡Esperad, esperad! ¡Ya lo tengo! -vociferó, tan alto que la discusión cesó inmediatamente, y todas las caras se volvieron hacia él-. Se puede hacer en público, pero también sin correr riesgos. En los idus de marzo, en la Curia Pompeia, ¿eso es lo suficientemente público para ti, Bruto?

-Una curia del Senado es exactamente el tipo de lugar público al que me refería -dijo Bruto entrecortadamente, con los ojos hinchados y la frente cubierta de sudor-. No quería decir que había que hacerlo en medio de una gran multitud en el Foro, sólo que debía haber testigos de renombre,

hombres capaces de jurar por lo más sagrado que éramos sinceros y teníamos intenciones honorables. Una sesión del Senado cumpliría con todos mis requisitos, Trebonio.

-Entonces ya está decidido dónde y cuándo lo haremos -dijo Trebonio, agradecido-. César siempre entra en el Senado directamente, nunca se detiene a conversar. Generalmente, una vez dentro y mientras espera a que se llene la Cámara, se dedica al eterno papeleo administrativo. Pero nunca infringe las reglas del Senado: nunca trae consigo a sus secretarios, y no le acompañan lictores. En cuanto penetra en la Curia, está totalmente desprotegido. Estoy totalmente de acuerdo contigo, Bruto, en que debemos matar a César, y sólo a él. Eso significa que no debemos dejar entrar a los demás magistrados curules mientras se realice la acción, ya que ellos sí llevan lictores. Y los lictores no piensan, actúan. Si cualquiera levantase una mano contra César en presencia del lictor de cualquiera de los magistrados curules, el lictor se lanzaría en su defensa. No tendríamos éxito. Por lo tanto, es vital que los demás magistrados curules y sus lictores no puedan entrar.

Los rostros comenzaron a iluminarse; Trebonio estaba trazando un nuevo plan que tenía la ventaja de la inmediatez. Ninguno de aquellos hombres allí reunidos deseaba realizar la acción para confesarla después en el momento oportuno, exhibiendo un trofeo tan espeluznante como la cabeza de César. Alguno de ellos ya había empezado a preguntarse si los veintitrés tendrían la voluntad y el coraje de confesar su participación en los hechos.

-Tendremos que actuar rápido -prosiguió Trebonio-. Seguramente habrá senadores nuevos dentro del recinto, pero nosotros nos apiñaremos alrededor de César y la mayoría ni se dará cuenta de lo que sucede hasta que sea demasiado tarde. Y haremos todo lo que podamos para aprovechar al máximo nuestra situación, con un discurso, con los gorros de la libertad, lo que sea. La primera reacción será de sorpresa, y la sorpresa paraliza. Para cuando Antonio vuelva en sí, Décimo (creo que todos estamos de acuerdo en que es nuestro mejor orador) ya habrá empezado su discurso. Lo menos que se puede decir de Antonio es que es un hombre práctico. Aunque sea el

sobrino de César, pensará que lo hecho, hecho está. El Senado lo observará y lo imitará a él, no a Dolabela. Todo el mundo sabe que César y Antonio se tienen manía y se vigilan. Realmente, compañeros míos, estoy seguro de que Antonio estará dispuesto a escuchar, y de que no tomará represalias.

¡Ah, Trebonio, Trebonio! ¿Qué sabes tú que nosotros no sepamos?, se preguntó Décimo cuando Trebonio terminó el largo pero eficaz discurso. Tienes un pacto con Antonio, ¿no es verdad? ¡Qué astuto eres, Trebonio! ¡Y qué astucia la de Antonio! Antonio va a conseguir lo que quiere sin mover un dedo contra su primo Cayo.

-Yo insisto en que debemos matar también a Antonio -dijo Casio obstinadamente.

-No, no lo creo -contestó Décimo-. Trebonio tiene razón. Si no nos disculpamos por nuestra acción liberadora (una palabra perfecta, Bruto, ¡creo que deberíamos llamarnos los Libertadores!), Antonio tendrá varias razones para querer complacernos. En primer lugar, será él quien dirija la invasión contra los partos.

-¿Y eso no sería como ocupar el lugar de César? -refunfuñó Casio.

-Es una guerra, y a Antonio le gustan las guerras. Pero ¿ocupar el lugar de César? Eso él no lo hará jamás, es demasiado vago. El único conflicto se producirá entre él y Dolabela sobre quién será el cónsul superior -dijo Estacio Murco-. Pero sugiero que uno de nosotros vaya corriendo a buscar a Cicerón, que no se hallará presente mientras César esté en el Senado, pero estará encantado de ir a ver su cadáver.

-Hay un problema más importante -intervino Décimo-. Y es cómo vamos a hacer para que Antonio, Dolabela y los demás magistrados curules no entren en la Curia mientras nosotros actuamos. Uno de nosotros tendrá que permanecer en el jardín de Pompeyo. Tiene que ser el que se lleve mejor con Antonio, alguien con quien Antonio se sienta a gusto paseando y charlando. Si Antonio no entra, los demás tampoco lo harán, ni siquiera Dolabela. -Respiró hondo-. Creo que el hombre adecuado para quedarse en el jardín es Cayo Trebonio.

Trebonio dio un respingo, y Décimo se acercó a él, le cogió la mano y la sujetó con fuerza.

-Los que estuvimos en la guerra de las Galias sabemos que a ti no te asusta usar el puñal, así que nadie te llamará cobarde, mi querido Cayo. Creo que eres tú el que debería quedarse fuera, aun cuando eso signifique que no tendrás la oportunidad de participar en el golpe por la libertad.

Trebonio le devolvió el apretón de manos.

-Acepto, con la condición de que cada uno de vosotros me vote para hacerlo, y de que tú, Décimo, asestes una puñalada de más por mí. Veintitrés hombres, veintitrés puñaladas. De ese modo, nadie sabrá cuál fue el puñal que mató verdaderamente a César.

-Lo haré de buen grado -contestó Décimo, con los ojos brillantes.

Se realizó la votación: Cayo Trebonio fue elegido por unanimidad para permanecer fuera del Senado y entretener a Marco Antonio.

-¿Es necesario volver a reunirnos antes de los idus? -preguntó Cecilio Buciolano.

-No -respondió Trebonio, con una amplia sonrisa-. Pero sí insisto en que nos reunamos todos en el jardín una hora después del amanecer. No importa si nos ven a todos juntos conversando muy serios y la gente se acerca a nosotros, porque en cuanto hayamos llevado a cabo nuestro plan, todos sabrán de qué hablábamos. Lo repasaremos todo más detalladamente. César no será puntual. Son los idus, no lo olvidéis, lo que significa que César deberá sustituir a nuestro inexistente *flamen Dialis* y conducir a su oveja por la Via Sacra y luego subir los escalones para sacrificarla en el Arx. También tendrá una serie de obligaciones insoslayables, ya que abandonará Roma muy poco después, o la abandonaría si siguiera vivo.

Todos rieron diligentemente, salvo Bruto y Casio.

-Preveo que vamos a disponer de varias horas para hablar del asunto antes de que llegue César -continuó Trebonio-. Décimo, sería una buena idea que te presentaras en la *Domus Publica* al amanecer y que luego acompañaras a César a la ceremonia de Júpiter y a donde sea que él quiera ir. En cuanto parta para el Campo de Marte, avísanos. Hazlo abiertamente, dile que es muy tarde y que conviene advertir a los senadores de que ya está en camino.

-Con sus botas rojas y altas -bromeó Quinto Ligario.

Ante las puertas del templo de Ceres, todos se estrecharon las manos solemnemente, se miraron a los ojos y luego desaparecieron en la oscuridad.

-Cayo, me gustaría que volvieras a llamar a tus lictores -dijo Lucio César a su primo, a quien encontró cuando éste abandonaba el Erario-. ¡Y no dejes de llamarme cuando quieras dictar una carta! Esta obsesión con el trabajo se está volviendo ridícula.

-Me encantaría disponer de una hora libre, Lucio, pero es realmente imposible -dijo César, despidiendo al secretario-. Hay ciento cincuenta y tres puntos en la ley agraria, debido a la falta de tierras públicas y a los pendencieros que son los dueños de los *latifundium* cuyas propiedades mi comisión está comprando. Hay casi la misma cantidad de colonias en tierras extranjeras, todas las cuales han de ser legisladas individualmente. En mi capacidad de censor, tengo innumerables contratos de tierras por arrendar; cada día me llegan treinta o cuarenta peticiones de ciudadanos de una ciudad u otra, todos con agravios serios, y eso no es más que una pequeña parte de mi trabajo. Mis senadores y magistrados son demasiado perezosos, demasiado arrogantes, o demasiado despreocupados en cuanto al funcionamiento del gobierno como para actuar como suplentes. Y yo todavía no he tenido tiempo para crear los departamentos burocráticos necesarios antes de que pueda retirarme de mi puesto de dictador.

-Yo estoy aquí dispuesto a ayudar, pero tú no me pides nada -dijo Lucio, un poco tenso.

César sonrió y le apretó el brazo.

-Tú eres un cónsul venerable, no muy joven, y ya sólo por los servicios que me has prestado en las Galias quedas eximido del papeleo administrativo. No, ya es hora de que los senadores nuevos hagan algo más que asistir a las escasas sesiones del Senado sin decir esta boca es mía, para después dedicarse a buscar casos criminales succulentos que los benefician a ellos pero no a Roma.

Lucio parecía más tranquilo, y aceptó acompañar a César mientras pasaban entre el pozo de Juturna y el pequeño *aedes* redondo de Vesta, seguidos por un gran número de adictos a César, un improvisado séquito

que formaba parte de la carga de ser un gran hombre, y que Lucio César se alegraba de ver ahora que su primo había renunciado a la escolta de los lictores.

Aunque los tenderetes y casetas en el Foro Romano estaban prohibidos (eso no regía para los pequeños puestos ambulantes de tentempiés que nutrían a los visitantes del Foro), no había ninguna ley escrita que evitara que ciertas personas ocuparan un pequeño espacio del Foro donde realizaban actividades generalmente relacionadas con lo esotérico. Los romanos eran supersticiosos, les encantaban los astrólogos, los adivinos y los magos orientales, de modo que muchos de ellos pululaban por los alrededores. Si alguien depositaba en cualquiera de aquellas manos una moneda de plata, sabría qué le depararía el futuro, o por qué había fracasado su empresa comercial, o bien qué clase de vida le esperaba a su hijo recién nacido.

El viejo Espurina gozaba de una reputación sin igual entre estos adivinos. Su lugar estaba junto a la entrada de la *Domus Publica*, del lado del templo de las vírgenes Vestales, junto a la puerta por donde entraban los ciudadanos romanos que deseaban depositar su testamento ante las Vestales. Un lugar excelente para un adivino, porque los hombres o las mujeres que pensando en la muerte llevaban un testamento en la mano, siempre sentían la tentación de detenerse, darle al viejo Espurina un denario y enterarse de cuánto tiempo les quedaba de vida. Su aspecto inspiraba confianza en sus dones místicos, pues era delgado, iba sucio y descuidado y tenía el rostro ajado.

Cuando los Césares pasaron a su lado sin fijarse en él, puesto que Espurina formaba parte del entorno desde hacía décadas, éste se puso en pie.

-¡César! -gritó.

Ambos Césares se detuvieron y se volvieron hacia él.

-¿A qué César te refieres? -preguntó Lucio, sonriendo.

-¡Sólo hay un César, augur jefe! Su nombre llegará a identificarse con el del hombre que gobierna Roma -gritó Espurina de forma es tridente, con el

iris oscuro de los ojos rodeado de un halo blanco que anunciaba la proximidad de la muerte-. ¡«César» significa «rey»!

-Ah, no, no empecemos otra vez. -César suspiró-. ¿Quién te paga para que digas eso, Espurina? ¿Marco Antonio?

-No es eso lo que quiero decirte, César, y nadie me ha pagado.

-Entonces, ¿qué quieres decir?

-¡Guárdate de los idus de marzo!

César metió la mano en la bolsa que llevaba colgada de su cinturón y le arrojó una moneda de oro que Espurina cogió sin decir nada.

-¿Qué va a pasar en los idus de marzo, anciano?

-¡Tu vida correrá peligro!

-Te agradezco la advertencia -dijo César, y siguió caminando.

-No suele equivocarse -comentó Lucio con un escalofrío-. ¡César, te lo ruego, vuelve a llamar a tus lictores!

-¿Y dejar que toda Roma se entere de que hago caso de los rumores y los viejos adivinos? ¿Admitir que tengo miedo? ¡Nunca! -exclamó César.

Atrapado en la red de sus propias maquinaciones, Cicerón no tuvo más remedio que sentarse en la tribuna de los espectadores mientras se decidían las leyes, las medidas políticas y los decretos senatoriales sin él. Lo único que tenía que hacer era entrar en la Curia, esperar a que su esclavo le abriera el banquillo y sentarse entre los cónsules superiores de los primeros bancos. Pero el orgullo, la obstinación y el odio a César Rex se lo impedían. Peor aún, desde la publicación de su *Catón* sentía toda la fuerza de la enemistad de César, y Ático también era bastante impopular ante César. Daba igual cómo lo hicieran, o por medio de quién lo hicieran, la cuestión era que los emigrantes pobres de las zonas más miserables de Roma continuaban llegando a raudales a la colonia que se había formado en las afueras de Butrotum.

Fue Dolabela el primero en decirle que corrían rumores sobre el asesinato de César.

-¿Quién? ¿Cuándo? -preguntó ansiosamente.

-Precisamente, en realidad nadie sabe nada. Es el clásico rumor, en la línea «se dice», «he oído» y «hay algo en el aire», sin nada sólido en qué

basarse. Sé que tú detestas a César, pero yo le soy muy leal -declaró Dolabela-, así que estoy vigilando estrechamente y escuchando aún más detenidamente. Si algo le ocurriera, me destrozaría, y Antonio se pondría como loco.

-¿No se murmuran nombres, aunque sea sólo uno? -preguntó Cicerón.

-Ninguno.

-Me acercaré a ver a Bruto -dijo Cicerón, y acompañó a su antiguo yerno a la puerta.

-¿Has oído algo de una conspiración para asesinar a César? -preguntó Cicerón a Bruto en cuanto le sirvieron la copa de vino con agua.

Ah, ¡eso! -dijo Bruto, un poco enojado.

-¿O sea que hay algo de cierto? -preguntó ansiosamente.

-No, en absoluto, y eso es lo que me irrita. Por lo que sé, todo empezó porque ese loco de Matinio llenó toda Roma de pintadas ordenándome que matara a César.

-¡Ah, sí, las pintadas! No las he visto, pero me lo han contado. ¿Eso es todo? ¡Qué decepción!

-Sí, ¿verdad?

Dictator perpetuus. Uno hubiera pensado que en Roma habría hombres con agallas suficientes para librarnos de César.

Los ojos oscuros de Bruto, más severos que antaño, se fijaron en los de Cicerón con cierta ironía.

-¿Y por qué no nos libras tú de César? -preguntó Bruto.

-¿Yo? -exclamó Cicerón, llevándose la mano al pecho de manera histriónica-. Mi querido Bruto, no es mi estilo. Yo los asesinatos los cometo con la pluma y la voz. A cada cual lo suyo.

-Tu ausencia del Senado ha silenciado tu pluma y tu voz, Cicerón, ése es el problema. No queda nadie que le aseste una puñalada verbal a César. Tú eras nuestra única esperanza.

-¿Pretendes que entre en el Senado con ese hombre sentado en la silla del dictador? ¡Antes muerto! -afirmó Cicerón de modo categórico.

Se hizo una breve e incómoda pausa, que interrumpió Bruto.

-¿Estarás en Roma hasta los idus?

-Desde luego. -Cicerón tosió suavemente-. ¿Cómo se encuentra Porcia?

-No está muy bien, no.

-En ese caso, confío en que tu madre sí esté bien.

-Sí, es incombustible, pero ahora mismo no está aquí. Tertula está embarazada y mi madre pensó que el aire del campo le haría bien, así que se han ido a Túsculo -contestó Bruto.

Cicerón partió, convencido de que Bruto se lo había quitado de encima, aunque no entendía por qué ni cómo.

En el Foro se encontró con Marco Antonio enfrascado en una conversación con Cayo Trebonio. Durante un instante pensó que no le harían caso, pero Trebonio lo miró y sonrió.

-Cicerón, ¡me alegro de verte! Te quedarás en Roma algún tiempo, ¿verdad?

Antonio, como de costumbre, gruñó algo, le estrechó brevemente la mano a Trebonio y se encaminó hacia el barrio de las Carinas.

-¡Cómo detesto a ese hombre! -exclamó Cicerón.

-Es el típico perro que ladra pero no muerde -contestó Trebonio tranquilamente-. Su problema radica en su tamaño. Debe de ser difícil pensar que uno es un hombre normal cuando está, digamos, tan bien dotado.

Cicerón, famoso por su mojigatería, se sonrojó.

-¡Es una vergüenza! -exclamó-. ¡Una auténtica vergüenza!

-¿Te refieres a la Lupercalia?

-¡Por supuesto que me refiero a la Lupercalia! ¿Cómo pudo exhibirse de esa forma?

Trebonio se encogió de hombros.

-Antonio es así.

-Y encima le ofreció a César una corona.

-Creo que, en realidad, lo habían acordado entre ellos de antemano. Así César pudo hacer grabar su repudio público de la corona en una placa de bronce que, según me han contado fuentes fidedignas, será colocada en su tribuna. En latín y en griego.

Cicerón de pronto vio a Ático que venía del barrio de Argiletum, se despidió de Trebonio y se marchó rápidamente.

Ya está, pensó Trebonio, encantado de haberse librado de un cotilla y entrometido como Cicerón. Antonio ya sabe cuándo y dónde será.

El decimotercer día de marzo César por fin encontró un momento para visitar a Cleopatra, que lo recibió con los brazos abiertos, besos y apasionadas muestras de afecto. Por muy cansado que estuviera César, ese miserable traidor que tenía entre las piernas insistía en obtener una gratificación inmediata, así que se retiraron a la alcoba de Cleopatra e hicieron el amor hasta bien entrada la tarde. Luego Cesarión quiso jugar con su *tata*, que disfrutaba con el pequeño cada vez más. Su hijo galo, el que había tenido con Rhianon, desapareció sin dejar rastro. También se parecía mucho a él, aunque César lo recordaba como un niño más bien corto de luces, incapaz de retener el nombre de los cincuenta hombres que estaban dentro de su caballo de Troya de juguete. César había encargado otro para Cesarión, comprobando con placer que el niño podía identificar a cada uno de los personajes después de una sola lección. Era un buen augurio, significaba que no era tonto.

-Únicamente me preocupa una cosa -dijo Cleopatra mientras cenaban.

-¿Y qué es, mi amor?

-Sigo sin quedarme embarazada.

-Bueno, yo no he podido cruzar el Tíber tantas veces como habría querido -dijo él con tranquilidad-, y parece que no soy de esa clase de hombres que dejan preñadas a sus mujeres en cuanto se quitan la toga.

-Pero con Cesarión me quedé embarazada enseguida.

-Bueno, siempre hay accidentes.

-Seguro que es porque Tach'a no está aquí. Podría leer el cuenco de pétalos y decirme los días en los que hay que hacer el amor.

-Haz una ofrenda a Juno Sospita. Su templo está en las afueras del recinto sagrado -dijo César con naturalidad.

-Ya he hecho ofrendas a Isis y Hathor, pero sospecho que no les gusta estar tan lejos del Nilo.

-No te preocupes, pronto volverán a casa.

Ella se dio la vuelta en el triclinio y lo miró con sus grandes ojos dorados.

Sí, estaba muy cansado, y a veces olvidaba tomar su brebaje dulce. Una vez se había caído y tenido convulsiones en público. Pero, por suerte, Hapd'efan'e estaba delante y le dio el jarabe antes de tener que introducirle el tubo. Cuando se hubo repuesto, César había atribuido su crisis a un calambre muscular, lo que pareció satisfacer a los presentes. Lo bueno de eso fue que se llevó un susto y desde entonces se cuidaba más y Hapd'efan'e estaba más alerta.

-Te encuentro cada vez más hermosa -le dijo César mientras le acariciaba el vientre. Pobre pequeña, privada de un hijo sólo porque un romano, el pontífice máximo, no aprobaba el incesto. Susurrando y desperezándose, Cleopatra bajó sus largas pestañas negras y tendió la mano hacia él.

-¿A mí? ¿Con mi gran nariz curva y mi cuerpo escuálido? ¡Incluso a los sesenta, Servilia es más guapa!

-Servilia es una mujer malvada, tenlo por seguro. Alguna vez pensé que era hermosa, pero lo que me mantuvo atrapado en sus redes jamás fue su belleza. Es inteligente, interesante y taimada.

-A mí siempre me ha parecido una buena amiga.

-Eso es porque a ella le conviene, créeme.

Cleopatra se encogió de hombros.

-¿Y qué importan sus propósitos? No soy una romana a la que pueda perjudicar, y además tienes razón, es inteligente e interesante. Me salvó de morir de aburrimiento mientras estabas en Hispania. De hecho, a través de ella he conocido a varias mujeres romanas. ¡Cómo esa Clodia! -Cleopatra rió-. Es una vividora, muy buena compañía.

Y también me ha presentado a Hortensia, sin duda la mujer más inteligente de por aquí.

-No lo sé. Después de la muerte de Cepio, hará unos veinte años, se vistió de luto y rechazó a todos los pretendientes que se le acercaron. Me sorprende que frecuente a Clodia.

-A lo mejor Hortensia prefiere tener amantes -dijo Cleopatra con recato-. A lo mejor Clodia y ella los eligen juntas entre los jóvenes nadadores desnudos del Trigarium.

-Ninguno de los miembros de la familia de los Claudios se ha preocupado nunca por su reputación. ¿Todavía te visitan Clodia y Hortensia?

-Sí, vienen a menudo. De hecho, las veo más a ellas que a ti.

-¿Eso es un reproche?

-No, lo entiendo, pero no por eso tus ausencias son más fáciles de sobrellevar. Aunque desde que has vuelto veo a más hombres romanos. Por ejemplo, a Lucio Piso y Filipo.

-¿Y a Cicerón?

-Él y yo no nos llevamos muy bien -contestó Cleopatra-. Lo que me gustaría saber es cuándo me traerás de visita a algunos de los hombres más famosos de Roma. A hombres como Marco Antonio, por ejemplo. Me muero por conocerlo, pero no contesta a mis invitaciones.

-Con una esposa como Fulvia no creo que se atreva a aceptarlas. Es muy posesiva. -César hizo una mueca.

-Bueno, entonces que no le diga que se dispone a visitarme. -Tras una pausa, agregó pensativa:- ¿Ya no te veré hasta después de los idus? Esperaba que pudieras venir mañana también.

-Esta noche puedo quedarme a dormir contigo, mi amor, pero debo volver a la ciudad al amanecer. Tengo demasiado trabajo.

-¿Y mañana por la noche?

-No puedo. Lepido da una cena sólo para hombres y no me atrevería a faltar. Allí también tendré que trabajar, pero al menos podré estrechar las manos de unos cuantos a quienes, de lo contrario, no vería. Sería muy grosero de mi parte comunicar a Bruto y Casio cuáles serán sus provincias directamente en el Senado, ante todo el mundo.

-Otros dos hombres famosos que no conozco.

-Ya tienes veinticinco años y eres lo suficientemente adulta para darte cuenta de por qué muchos de los hombres y mujeres más prominentes de Roma eluden tu compañía -dijo César desapasionadamente-. Te llaman la Reina de las Bestias, y te echan la culpa de mi supuesto deseo de convertirme en Rey de Roma. Te consideran una mala influencia.

-¡Qué necesidad! -exclamó ella, irguiéndose indignada-. ¡No hay nadie en el mundo capaz de influir en tu manera de pensar!

A Marco Emilio Lepido le habían ido muy bien las cosas desde que César había sido declarado dictador. Era el más joven de los tres hijos del Lepido que junto con el padre de Bruto se había rebelado contra Sila, y había nacido con una mancha que le cubría el rostro; se consideraba que era una señal de sempiterna buena suerte. Sin duda, había tenido la suerte de ser demasiado joven para participar en la revuelta de su padre; su hermano mayor había muerto en ella y el segundo, Paulo, había pasado varios años en el exilio. La familia era patricia e inmensamente venerable, pero después de que Lepido padre muriera de pena, parecía casi imposible que recuperara su antigua posición social entre las más antiguas de las familias famosas de Roma. Entonces César había sobornado a Paulo con el consulado, un puesto que, según esperaba, le permitiera ser elegido cónsul sin tener que cruzar el *pomerium* para proponer su candidatura. Por desgracia, Paulo era un gusano, que no valía la enorme suma que César le había pagado. Curio, al que había comprado por bastante menos, había demostrado ser mucho más útil.

Pero ninguna de las maniobras de César para evitar un proceso innecesario había tenido éxito; cruzar el Rubicón para iniciar una revuelta, que siempre había considerado un último recurso, se convirtió en su única alternativa. Y Marco Lepido, el más joven de los tres hermanos, al darse cuenta enseguida de que ésa era su oportunidad, se alió rápidamente con César y ya no volvió a mirar atrás. Tenía una manera de ser despreocupada y era poco observador, tendía a hacer las cosas con el menor esfuerzo posible y generalmente se le consideraba un político de poco peso. Para César, sin embargo, Marco Lepido poseía dos grandes virtudes: era un hombre que le era total e incondicionalmente fiel y, además, era un aristócrata lo suficientemente importante como para dar respetabilidad a la facción de César.

Su primera mujer había sido Cornelia Dolabela, quien no había tenido dote, pero había muerto poco después de dar a luz. Su siguiente mujer trajo consigo una dote de quinientos talentos; era la hija mediana de Servilia y su

segundo esposo, Silano. Junilla se había casado con Marco Lepido unos años antes de que César cruzara el Rubicón, años en los que el dinero de la dote había mantenido a Lepido a flote. Cuando estalló la guerra civil, su suegra, Servilia, se alegró de que él y Vatia Isaurico estuvieran del lado de César, puesto que Bruto y Tertula se alinearon del lado de Pompeyo. A Servilia le daba igual quién ganara la guerra: ella no podía perder.

Lepido era el yerno que menos le gustaba a Servilia, sobre todo porque era tan aristocrático de nacimiento que no se molestaba en absoluto en adularla. Pero a Lepido -un hombre alto, guapo, cuyos lazos de sangre con los Julios Césares se notaban en la cara- le tenía totalmente sin cuidado la opinión de Servilia. Tampoco le importaba mucho Junilla, quien estaba muy enamorada de él. Tenían dos hijos y una hija, todos pequeños todavía.

Lepido, que se había enriquecido a través de su lealtad a César, había comprado una enorme e imponente residencia en el Germalo del Palatino, con vistas al Foro, y tenía un comedor lo suficientemente grande como para que cupieran seis triclinios. Sus cocineros eran tan buenos como los de Cleopatra, y su bodega era alabada por los privilegiados que habían tenido el gusto de probar su contenido.

Consciente de que seguramente César abandonaría Roma en cuanto concluyera la sesión del Senado de los idus, Lepido había vuelto a casa temprano y se había asegurado de que César asistiría a su cena la noche antes de los idus. También había invitado a Antonio, Dolabela, Bruto, Casio, Décimo, Bruto, Trebonio, Lucio Piso, Lucio César, Calvino y Filipo; asimismo había convidado a Cicerón, pero éste declinó su asistencia debido a su «grave estado de salud».

Para su sorpresa, el primero en llegar fue César.

-Mi querido César, pensé que serías el último en llegar y el primero en irte -dijo, recibéndolo en el imponente atrio.

-Hay cierto método en mi locura, Maestro del Caballo -dijo César, señalando el séquito que lo seguía y que incluía a su médico egipcio-. Me temo que voy a ser imperdonablemente grosero porque pienso trabajar durante toda la cena; por eso he venido más temprano, para pedirte que me des el triclinio más pequeño a mí solo. Sienta a quien quieras en el *locus*

consularis, y a mí ponme en un triclinio alejado donde pueda leer, escribir y dictar, sin distraer a tus invitados.

Lepido se lo tomó con tranquilidad y buen humor. -Tus deseos son órdenes, César -dijo, conduciendo al incómodo huésped de honor al comedor-. Traeré un quinto triclinio y tú elegirás el que quieras.

-¿Cuántos seremos?

-Doce, incluidos tú y yo.

-*Edepol!* Eso significa que tendrás a sólo dos hombres en uno de los triclinios.

-No te preocupes, César. Antonio puede estar conmigo en mi triclinio, en el *locus consularis*, y no pondré a nadie entre nosotros -dijo Lepido con una sonrisa-. Antonio es tan grande que tres individuos en el mismo triclinio estarían demasiado apretados.

-En realidad, da igual -dijo César, mientras los sirvientes traían un triclinio y lo ponían más allá del triclinio solitario que estaba a la izquierda del *lectus medio*, perteneciente al anfitrión, situado en el lado inferior de la «U»-. Éste me viene perfecto. Aquí tengo espacio de sobra para desparramar mis papeles y, si no es demasiada molestia, por favor pide que pongan una silla detrás para mi secretario. Recibiré a los hombres de uno en uno. Los demás pueden esperar fuera.

-Pediré que les traigan sillas confortables y comida en abundancia -dijo Lepido, y salió rápidamente para llamar a su mayordomo.

Así, cuando los demás comenzaron a llegar, encontraron a César instalado en el más humilde de los triclinios, con un secretario sentado en una silla detrás de él y el resto del triclinio cubierto de pilas de papeles y pergaminos.

-¡Pobre Lepido! -dijo Lucio César, con un brillo irónico en los ojos-. Deberías ponernos a Calvino, Filipo y a mí justo delante de este individuo grosero. Ninguno de nosotros es lo suficientemente tímido como para dejarlo en paz y, ¿quién sabe?, a lo mejor hasta habla un poco con nosotros.

Cuando llegó el primer plato, Marco Antonio y Lepido se recostaron los dos solos en el *lectus medio*; Dolabela, Lucio Piso y Trebonio se instalaron

a su derecha, y Filipo, Lucio César y Calvino un poco más allá. A la izquierda estaban Bruto, Casio y Décimo Bruto, y, a su lado, César.

Naturalmente, a ninguno de los comensales le sorprendió la diligencia de César, de modo que la comida y la conversación transcurrieron alegremente, ayudados por un excelente Falerno blanco para acompañar un primer plato, ligero, de pescado; un espléndido Chian tinto para acompañar el segundo plato, más sustancioso, de carne, y un vino ligeramente efervescente y dulce, de Alba Fucentia, para acompañar los postres y los quesos que conformaron el tercer y último plato.

Filipo se extasió ante el nuevo postre que los cocineros de Lepido habían preparado: una mezcla gelatinosa de nata, miel, puré de fresas tempranas, yemas de huevo y las claras batidas a punto de nieve, todo lo cual se había congelado en un molde en forma de pavo real y decorado con nata batida y teñida de color rosado, verde, azul, lila y amarillo con los zumos de hojas y pétalos.

-Al probar esto -murmuró-, reconozco que mi ambrosía Monte Ficcello es excesivamente empalagosa. ¡Esto es perfecto! ¡Una verdadera ambrosía! César, ¡pruébalo!

César levantó la mirada, sonrió, tomó una cucharada y puso cara de sorprendido.

-¡Tienes razón, Filipo, sí que es una ambrosía! Cláusula número diez: «Se prohíbe vender, trocar, regalar o disponer de cualquier modo de los vales de grano gratuitos, el culpable será obligado a echar cal durante cincuenta *nundinae* en las tumbas de los pobres de la necrópolis.» -Tomó otra cucharada-. ¡Excelente! Seguro que mi médico lo aprobaría. Cláusula número once: «Al morir el poseedor de un vale de grano gratuito, éste debe ser devuelto al puesto del edil de la plebe junto con el certificado de defunción...»

-Creí que la ley sobre la distribución del grano gratuito ya estaba en vigor, César -observó Décimo Bruto.

-Sí, lo está, pero al releerla me pareció muy ambigua. Las mejores leyes, Décimo, no tienen agujeros.

-Me encanta el castigo -señaló Dolabela-. Echar cal en una fosa común hedionda disuade a cualquiera de casi cualquier cosa.

-Bueno, tenía que encontrar algo que fuera realmente disuasorio, cosa nada fácil cuando la gente no tiene dinero para pagar multas y tampoco propiedades para embargar. Los poseedores de vales son muy pobres -explicó César.

-Ahora que estás con nosotros un momento, respóndeme a una pregunta -dijo Dolabela-: He observado que deseas cien piezas de artillería por legión para la campaña contra los partos. Ya sé que eres un ardiente defensor de la artillería, César, pero ¿no crees que es un poco excesivo?

-Catafractas-dijo César.

-¿Catafractas? -preguntó Dolabela, frunciendo el entrecejo.

-La caballería parta se cubre con unas cotas de malla metálica desde la cabeza hasta los pies -explicó Casio, que había visto a miles de ellos en el río Bilechas-. Montan unos caballos gigantes que también llevan cotas de malla.

-Sí, me acordé de que en tu informe para el Senado, Casio, decías que no pueden cargar a pleno galope, y pensé que si reciben un intenso fuego de artillería al principio de la batalla, sufrirán graves pérdidas -explicó César, pensativo-. También se podría atacar el convoy de camellos que lleva las flechas de repuesto a la caballería de arqueros partos. Si me equivoco, tendré que almacenar el sobrante de la artillería, pero no creo estar equivocado.

-Tampoco yo lo creo -reconoció Casio, impresionado.

Antonio, que odiaba las cenas de hombres solos a las que asistían los más estirados de entre sus pares, escuchaba la conversación mientras observaba pensativamente a los tres hombres del *lectus imus*, a su izquierda -Bruto, Casio y Décimo Bruto- y luego a César. ¡Mañana, mi querido primo, mañana! Mañana estarás muerto a manos de estos tres hombres y ese nunca bien ponderado genio que está frente a ellos, Trebonio. Está decidido a que suceda y sucederá. ¿Has visto alguna vez una cara más abatida que la de Bruto? ¿Por qué se habrá metido él también en esto si está tan aterrorizado? Seguro que él no clavará el puñal.

-Volviendo al tema de los pozos de cal, las necrópolis y la muerte -dijo de pronto Antonio en voz alta-. ¿Cuál es el mejor modo de morir?

Bruto se sobresaltó, palideció y soltó la cuchara.

-En la batalla -contestó Casio al instante.

-Durmiendo -apuntó Lepido, recordando a su padre, que tras verse obligado a divorciarse de la mujer a quien adoraba, se consumió lentamente.

-¡Simplemente de viejo! -dijo Dolabela, soltando una carcajada.

-Con el sabor de algo parecido a esto en la lengua -intervino Filipo, lamiendo la cuchara.

-Rodeado de tus hijos -dijo Lucio César, cuyo único hijo lo había decepcionado tanto. No existe peor destino que el de sobrevivir a un hijo.

-Sintiéndose vengado -terció Trebonio, lanzando una mirada de odio a Antonio. ¿Es que ese patán iba a traicionarlos?

-Leyendo un poema mejor que los de Catulo -dijo Lucio Piso-. Creo que es posible que Helvio Cina lo escriba algún día.

César levantó la mirada, enarcando las cejas.

-La manera de morir es lo de menos -comentó-, siempre y cuando sea repentina.

Calvino, que llevaba un rato cambiando de posición y gruñendo, gimió y se llevó la mano al pecho.

-Me temo -dijo, con el rostro ceniciento- que el que va a morir soy yo. ¡Qué dolor! ¡Qué dolor!

En vez de dejar su trabajo para informar a Bruto y Casio de cuáles serían las nuevas provincias que les había asignado para el año próximo, César tuvo que llamar a Hapd'efan'e, que estaba en el atrio; todos se olvidaron del asunto mientras se arremolinaban preocupados alrededor de Calvino, César el primero.

-Es un ataque al corazón -dijo Hapd'efan'e-, pero no creo que muera. Hay que llevarlo a su casa para tratarlo.

Bajo la vigilancia de César, trasladaron a Calvino a una litera.

-Era un tema de mal agüero -le dijo César con irritación a Antonio.

Mucho más de lo que imaginas, agregó Antonio para sus adentros.

Bruto y Casio recorrieron juntos casi todo el camino de vuelta a casa; no dijeron palabra hasta que llegaron a la puerta de Casio.

-Mañana por la mañana, Bruto, nos encontramos media hora después del amanecer a los pies de la escalera de Caco -dijo Casio-. Así tendremos tiempo de sobra para llegar al Campo de Marte. Nos veremos entonces.

-No, Casio, no me esperes. Preferiría ir por mi cuenta. Mis lectores serán suficiente compañía.

Casio frunció el entrecejo, observando la cara pálida de Bruto.

-¡Espero que no estés pensando en echarte atrás!

-Por supuesto que no -Bruto respiró hondo-. Es sólo que la pobre Porcia se encuentra en un estado..., ya sabes. ¡Está al corriente de todo!

Casio hizo rechinar los dientes.

-¡Esa mujer es un peligro! -Llamó a su puerta-. Pero tú no te echas atrás, ¿me oyes?

Bruto se alejó y dobló la esquina hacia su propia casa, cuya puerta le abrió el portero; mientras recorría los pasillos de puntillas para ir a su alcoba rezó para que Porcia ya estuviera dormida.

No lo estaba. En cuanto vislumbró la suave luz del candil, se levantó de un salto de la cama, se abalanzó sobre Bruto y lo abrazó convulsivamente.

-¿Qué sucede? ¿Qué sucede? -dijo en voz lo suficientemente alta para que la oyera toda la casa-. ¡Has regresado muy pronto! ¿Se ha descubierto todo?

-Cállate, cállate -susurró Bruto, y cerró la puerta-. No, no se ha descubierto nada. Calvino cayó gravemente enfermo, así que la fiesta se terminó pronto. -Se quitó la toga y la túnica, dejándolas en el suelo, y se sentó en el borde de la cama para desatarse el calzado-. Porcia, ¡duérmete ya!

-No puedo dormir -dijo ella, sentándose a su lado.

-Pues toma un poco de jarabe de amapolas.

-Me estriñe.

-Me estás haciendo enojar. Por favor, te lo ruego, ¡acuéstate de tu lado de la cama y al menos finge que duermes! Necesito paz. Suspirando y

rezongando, Porcia obedeció; Bruto sintió ganas de hacer de vientre, se levantó, se puso la túnica y se calzó las chinelas.

-¿Qué sucede, qué sucede?

-Nada, sólo me duele la tripa -contestó, cogió el candil y fue a las letrinas. Permaneció allí hasta que se hubo asegurado de que no le quedaba nada más que evacuar. Luego, temblando en la noche helada, se detuvo en la columnata, hasta que el frío lo obligó a volver a la alcoba y a Porcia. De camino hacia allí, pasó delante de la puerta de Estrato de Épiro, que estaba cerrada, sin luz. La puerta de Volumnio también estaba cerrada y sin luz. En cambio la de Estatilo estaba abierta, con la luz encendida. Nada más llamar, Estatilo lo hizo pasar.

Después de su boda con Porcia, a Bruto no le había extrañado que ella le preguntara si Estatilo podía ir a vivir con ellos, pero Porcia no le había dicho que lo que pretendía era separar a Lucio Bibulo de Estatilo y de la bebida. Para Bruto era un placer tener al filósofo amigo de Catón en su casa. Y nunca tanto como ahora.

-¿Puedo acostarme en tu triclinio? -preguntó Bruto, castañeteándole los dientes.

-Claro que sí.

-No puedo quedarme con Porcia.

Vaya, vaya.

-Está histérica.

-Vaya, vaya. Acuéstate, traeré unas mantas.

Ninguno de los tres filósofos estaba al tanto de la conspiración para matar a César, aunque todos se daban cuenta de que pasaba algo y habían llegado a la conclusión de que Porcia estaba enloqueciendo. Después de todo, ¿quién podía culpar a la hija de Catón, tan nerviosa y sensible, cuando Servilia no paraba de meterse con ella en cuanto Bruto salía de su casa? Sin embargo, Estatilo había visto crecer a Porcia y los otros dos no. Cuando se dio cuenta de que ella amaba a Bruto, él había tratado de evitar el matrimonio. Parte de su oposición a Bruto se debió a los celos, pero también fue por su temor de que Bruto se hartara de los ataques y arrebatos de Porcia. Lo que no había previsto era la enemistad con Servilia, aunque

debía haberlo hecho. ¡Cuánto había odiado esa mujer a Catón! Y ahora ahí estaba el pobre Bruto, demasiado intimidado para enfrentarse a su mujer. Así que Estatilo chasqueó la lengua y, canturreando, instaló a Bruto en el triclinio y luego se sentó con un candil para velar por él.

Bruto se sumió en un sueño liviano, gimió y se movió de un lado a otro, despertándose cuando el sueño de que apuñalaba a César alcanzaba su sangriento, horrible clímax. Estatilo, todavía en la silla a su lado, se había dormido, aunque se despertó en cuanto Bruto puso los pies en el suelo.

-Sigue durmiendo -dijo el filósofo.

-No, no puedo. Hoy se reúne el Senado y oigo cantar a los gallos. No puede faltar mucho más de una hora para el amanecer -contestó Bruto levantándose-. Gracias, Estatilo, necesitaba un refugio. -Suspiró y cogió el candil-. Ahora más vale que vaya a ver cómo está Porcia. -Al llegar a la puerta, se detuvo y soltó una carcajada extraña-. Menos mal que mi madre no regresará de Túsculo hasta la tarde.

Porcia también había encontrado solaz en el sueño. Estaba acostada de espaldas, con los brazos por encima de la cabeza y las señales de copiosas lágrimas en la cara. El baño de Bruto estaba listo; se metió en el agua caliente y permaneció un rato en remojo mientras su imperturbable criado aguardaba a que saliera para secarlo con una suave toalla de hilo. Luego Bruto, sintiéndose mejor, se puso una túnica limpia, sus sandalias curules y se dirigió a su estudio a leer a Platón.

-¡Bruto, Bruto! -gritó Porcia, irrumpiendo en la habitación con el pelo despeinado, los ojos desorbitados y la túnica que se le caía de los hombros-. ¡Brutus, es hoy!

-Querida, no estás bien -dijo él, sin levantarse-. Vuelve a la cama y déjame llamar a Atilio Stilo.

-¡No necesito un médico! ¡No me pasa nada! -Sin darse cuenta de que cada uno de sus gestos y sus expresiones contradecía sus palabras, dio una vuelta por la habitación, hurgó en los casilleros tristemente vacíos, cogió una pluma de un cubilete en el escritorio y se puso a clavarla en el aire-. ¡Toma esto, monstruo! ¡Y esto, asesino de la República!

-¡Dito! -gritó Bruto-. ¡Dito!

El mayordomo acudió de inmediato.

-Dito, vete a buscar a las criadas de la señora Porcia y tráelas. Ella no está bien, así que llama también a Atilio Stilo.

-¿No estoy bien? ¡Toma eso! ¡Muere, César! ¡Muere!

Tras dirigirle una mirada asustada, Epafrodito se fue corriendo y volvió con una rapidez sospechosa acompañado de dos criadas.

-Vamos, *domina* -dijo Silvia, que había estado con Porcia desde la infancia-. Acuéstate hasta que llegue Atilio.

Porcia se fue a la cama, pero en contra de su voluntad, forcejeando tanto que tuvieron que llevarla dos esclavos.

Encerradla en sus habitaciones -ordenó Bruto-, y quitadle las tijeras y los cortapapeles. Temo por su cordura, de verdad.

-Es muy triste -dijo Epafrodito, más preocupado por Bruto, que tenía un aspecto terrible-. Permíteme que te traiga algo para comer.

-¿Ya ha amanecido?

-Sí, *domine*, pero hace muy poco. Todavía no ha salido el sol.

-Entonces tomaré pan con miel, y ese té de hierbas que prepara el cocinero. Me duele el estómago -dijo Bruto.

Atilio Stilo, uno de los médicos de moda de Roma, estaba en la puerta cuando Bruto iba a salir, vestido con su toga de orla púrpura y sujetando el discurso del asesinato con la mano derecha.

-Hagas lo que hagas, Stilo, dale a la señora Porcia una poción para tranquilizarla -ordenó Bruto, y salió a la calle, donde sus seis lictores aguardaban con las *fascies* al hombro.

Los rayos de sol apenas tocaban las estatuas doradas en lo alto del templo Maga. Mientras Bruto descendía rápidamente la Escalera de Caco en dirección al Foro Boario y doblaba hacia la Porta Flumentana, la puerta de las Murallas Servias que daban al Foro Holitorio. El lugar era un hervidero de vendedores de fruta y verduras que exhibían su mercancía a los primeros clientes. Ése era el camino más corto para ir desde el Palatino al gran teatro de Pompeyo Magno en el Campo de Marte: sólo un cuarto de hora a pie.

Sumido en un mar de confusiones, Bruto era consciente a cada paso que daba del puñal que llevaba colgado del cinturón, lo bastante largo para que la punta de su vaina se le clavase en lo alto del muslo; nunca en su vida había llevado un puñal debajo de la toga. Sabía lo que iba a ocurrir, pero parecía que lo único real era ese puñal. Mientras esquivaba los carros cargados de repollos y coles, chirivías y nabos, apio y cebollas -todo lo que se pudiera cultivar en los huertos de los alrededores del Campo de Marte y el Campo Vaticano en esa época del año-, Bruto se sorprendió al ver que el suelo estaba lleno de barro y charcos; ¿es que había llovido por la noche? ¡Qué impasibles eran los lictores! Se limitaban a seguir caminando.

-¡Una tormenta terrible! -dijo un hortelano, que estaba de pie en la parte trasera de su carro, pasando manojos de rábanos a una mujer.

-Creí que se acababa el mundo -contestó ella, cogiendo los manojos con destreza.

¿Una tormenta? ¿Es que hubo una tormenta? Bruto no había oído ni el menor murmullo de un trueno ni visto el reflejo de un rayo. ¿Acaso la tormenta de su corazón era tan fuerte que había tapado la real?

Más allá del Circo Flaminio, el gigantesco teatro de mármol de Pompeyo Magno se erguía sobre la pradera del Campo de Marte, y el semicírculo del propio teatro se elevaba por el oeste. Por detrás y por el este, había un magnífico jardín rectangular rodeado por los cuatro costados por una columnata que contenía exactamente cien pilares estriados, con capiteles corintios dorados y pintados en tonos azules, mientras que el espacio de las paredes que mediaba entre una serie de murales estaba pintado de rojo escarlata. Un extremo del jardín daba a la pared recta del escenario del teatro; en el otro había unos escalones de poca altura que subían hacia la Curia Pompeia, el edificio consagrado donde se reunía el Senado.

Bruto entró en el peristilo de cien columnas por las puertas del sur y se detuvo, parpadeando por la sombra repentina, para ver dónde se habían reunido los Libertadores. Sólo esa palabra le había armado de valor para acudir: no eran asesinos, eran libertadores. ¡Eso! Fuera, en el jardín, en un lugar soleado y resguardado del viento, junto a la ornamentada fuente que

funcionaba en invierno y verano con tuberías de agua caliente, Casio lo saludó con la mano y se alejó del grupo para reunirse con él.

-¿Cómo está Porcia? -preguntó.

-No está nada bien. He llamado a Atilio Stilo.

-Ven a escuchar a Cayo Trebonio. Te ha estado esperando.

Capítulo 3

César había oído la tormenta, la primera de la estación equinoccial con sus fuertes vientos y sus torrenciales lluvias, y salió al peristilo principal para contemplar el fantástico zigzaguar de los rayos entre las nubes y escuchar el ruido de los truenos mientras la tormenta se situaba justo sobre Roma. Cuando empezó a llover a mares, se retiró a su habitación, se acostó y disfrutó de sus cuatro preciosas horas de sueño tranquilo y profundo. Dos horas antes del amanecer, la tormenta había pasado, estaba otra vez despierto y el primer turno de secretarios y escribas llegaba para cumplir con sus obligaciones. Al alba Trogo le llevó crujiente pan recién hecho, un poco de aceite de oliva y su habitual bebida caliente (en esa época del año zumo de limón, mucho más agradable que el vinagre, sobre todo ahora que Hapd'efan'e insistía en endulzarlo con miel).

Se encontraba bien, renovado, contento de ver que su temporada en Roma por fin llegaba a su final.

Cuando terminaba el desayuno entró Calpurnia, con las negras ojeras propias de la fatiga. César se levantó en el acto y fue a saludarla con un beso. Luego, poniéndole la mano bajo la barbilla, la miró a la cara con semblante preocupado.

-¿Qué ocurre, querida? ¿Te asustó la tormenta?

-No, César, me asustó un sueño -contestó ella, y le agarró el brazo con inquietud.

-¿Un mal sueño?

Ella se estremeció.

-¡Un sueño horrible! Vi que unos hombres te rodeaban y te mataban a puñaladas.

-*Edepol!* -exclamó, sintiendo cierta impotencia. ¿Cómo calmaba uno a una esposa preocupada?-. Era sólo un sueño, Calpurnia.

-¡Pero tan real! -puntualizó ella-. En el Senado, pero no en la Curia Ostilia, sino en la Curia de Pompeyo, porque ocurría cerca de su estatua. Por favor, César, no vayas a la asamblea de hoy.

César le separó las manos y se las cogió.

-Debo ir, querida. Hoy abandono el cargo de cónsul; es el final de mi cometido oficial en Roma.

-¡No! Por favor, no vayas. ¡Ha sido un sueño tan vívido!

-En ese caso te agradezco la advertencia, y procuraré no ser apuñalado en la Curia de Pompeyo -dijo él con amabilidad pero con firmeza.

Entró Trogo llevándole su *toga trabea*. Vestido ya con la túnica de rayas carmesí y púrpura, con los altos coturnos rojos calzados, César permaneció inmóvil mientras Trogo lo envolvía con la enorme prenda, disponiéndola en pliegues sobre el hombro izquierdo de modo que no se le cayera al moverse.

¡Qué magnífico aspecto!, pensó Calpurnia. El púrpura y el rojo le favorecen más que el blanco.

-¿Qué has de hacer en tu calidad de pontífice máximo? -preguntó-. ¿No puedes utilizar eso como pretexto?

-No, no puedo -dijo él, un tanto exasperado-. Son los idus, un breve sacrificio.

Y salió rara unirse a la procesión que esperaba en la Sacra Via. Inspeccionó rápidamente las ovejas y se fue cuesta abajo hacia la parte inferior del Foro y el Arx del capitolio.

Al cabo de una hora volvió para cambiarse, descubriendo con alivio que el salón de recepción estaba abarrotado de asiduos, algunos de los cuales tendría que ver antes de iniciar su ronda. Encontró a Décimo Bruto en su estudio, charlando con Calpurnia.

-Espero -dijo César, entrando con su toga orlada de púrpura que hayas convencido a mi esposa de que hoy mi vida no corre peligro.

-Eso he intentado, pero no sé si lo he conseguido -respondió Décimo que, sentado en el borde de la mesa de malaquita de César, apoyaba en ella las palmas de las manos y tenía los tobillos cruzados en actitud informal.

-Debo ver a unos cincuenta adeptos, pero a ninguno de ellos durante mucho rato y a ninguno en privado. Lo digo por si deseas quedarte. ¿Qué te trae por aquí en un día tan soleado y a hora tan temprana?

-He pensado que quizá visitarías a Calvino camino del Senado, y me gustaría verlo -dijo Décimo tranquilamente-. Si aparezco allí yo solo, es probable que me rechace. Pero si aparezco contigo, no podrá rechazarme.

-Muy astuto. -César se rió. Miró a Calpurnia enarcando las cejas-. Gracias, querida, tengo trabajo.

-Décimo, cuida de él -rogó ella desde la puerta.

Décimo le dirigió una amplia sonrisa, una sonrisa reconfortante.

-No te preocupes, Calpurnia, te prometo que cuidaré de él.

Dos horas más tarde los dos salieron de la *Domus Publica* para subir por la Escalinata Vestal hacia el Palatino, seguidos por un gran número de partidarios. Cuando doblaron la esquina de la casa para dirigirse hacia las *aedes* de Vesta, pasaron ante el viejo Espurina, sentado en su sitio de siempre junto a la Puerta de los Testamentos.

-¡César, guárdate de los idus de marzo!

-Los idus de marzo han llegado, Espurina, y como ves estoy perfectamente -contestó César, y se echó a reír.

-Los idus de marzo, sí, pero aún no han terminado.

-Viejo necio -masculló Décimo.

Espurina es muchas cosas, Décimo, pero eso no -aseguró César.

Al pie de la Escalinata Vestal la multitud se apiñó para seguirles; una mano le tendió una nota a César. Décimo la interceptó y se la guardó dentro de la toga.

-No nos detengamos -dijo-. Más tarde te la daré para que la leas.

En casa de Cneo Domitio Calvino los dejaron entrar y los llevaron directamente hasta donde se hallaba Calvino, tendido en un triclinio de su estudio.

-Tu médico egipcio es una maravilla, César -dijo Calvino al verles-. ¡Décimo, qué placer!

-Tienes mejor aspecto que anoche-dijo César. -Me encuentro mucho mejor.

-No nos quedaremos, pero necesitaba verte con mis propios ojos, viejo amigo. Lucio y Piso dicen que van a saltarse la sesión de hoy para venir a hacerte compañía, pero si te cansan, échalos. ¿Cuál fue el problema?

-Un espasmo en el corazón. Hapd'efan'e me dio un extracto y mejoré casi en el acto. Me dijo que el corazón..., bueno, la palabra que utilizó fue «revoloteaba»..., una palabra muy evocadora. Por lo visto tengo algún fluido acumulado en torno a este órgano.

-Siempre y cuando te recuperes lo suficiente para ser Maestro del Caballo... Lepido parte hoy hacia la Galia Narbonesa, así que habrá un ausente más en la Cámara. Tampoco estará Filipo, que ayer cometió un exceso. ¡Él y sus ambrosías! Así que temo que los bancos delanteros estén algo vacíos en mi última aparición -dijo César.

Sorprendentemente, se inclinó para besar a Calvino en la mejilla.

-Cuídate.

Dicho esto se marchó, seguido por Décimo Bruto.

Calvino se quedó con el entrecejo fruncido; cerrando los párpados, se adormeció.

Cuando pasaban por el Circus Flaminius, sorteando los charcos, Décimo habló:

-César, ¿puedo avisar de que llegamos?

-Naturalmente.

Uno de los criados de Décimo partió de inmediato.

Cuando entraron en la columnata, encontraron a unos cuatrocientos senadores en el jardín, unos leyendo, otros dictando a escribas, otros tendidos en la hierba durmiendo, otros charlando y riendo en corrillos.

Marco Antonio se acercó a recibirlos y estrechó la mano a César.

-*Ave*, César. Pensábamos ya que no vendrías, cuando ha llegado corriendo el mensajero de Décimo.

César soltó la mano de Antonio y le dirigió una fría mirada dando a entender que si el dictador llegaba tarde sólo era asunto suyo, y subió por la escalera de la Curia Pompeya, seguido por dos criados, uno con su silla curul de marfil y una mesa plegable, y el otro con tablillas de cera y un saco lleno de pergaminos. Colocaron la silla y la mesa en la parte delantera del

estrado curul, y, a indicación de César, se marcharon. Viendo correctamente colocadas la mesa y la silla, César fue vaciando el saco, colocando los pergaminos ordenadamente uno encima del otro en el extremo de la mesa. Y después se sentó con las tablillas de cera apiladas a su izquierda y una púa de acero junto a ellas por si deseaba tomar alguna nota.

-Ya está trabajando -dijo Décimo, reuniéndose con los otros veintidós al pie de la escalera-. Dentro hay unos cuarenta *pedarii*, ninguno cerca del extremo curul. Trebonio, es hora de actuar.

Trebonio fue de inmediato junto a Antonio, quien había decidido que la mejor manera de mantener fuera a Dolabela era quedarse con él y hacer el esfuerzo de comportarse amablemente. Sus lictores, doce por cada uno, estaban a cierta distancia, con las *fascēs* (que pertenecían al superior, Dolabela, ya que era marzo) en el suelo. Aunque la asamblea se celebraba fuera del *pomerium*, el lugar estaba a cosa de un kilómetro de la ciudad, así que los lictores iban togados y no llevaban hacha en su haz de varas.

A Trebonio se le había ocurrido un refinamiento durante la noche, y lo puso en práctica tan pronto como entró Bruto con sus seis lictores. Por respeto a César, que no llevaba lictores desde hacía ya unas *nundinae*, todos los pretores y los dos ediles curules despedirían a sus lictores y asistirían a la sesión sin ellos. Ninguno objetó cuando Casio se lo planteó a los demás magistrados curules. Los lictores de ediles y pretores, contentos ante ese imprevisto día de descanso, volvieron rápidamente a su colegio, que se encontraba detrás de la posada del Clivus Orbius, y por tanto muy a mano para los lictores sedientos.

-Quédate fuera conmigo un rato -dijo Trebonio alegremente a Antonio-. Necesito hablar contigo.

Dolabela había visto a un amigo jugando a los dados con otros dos. Haciendo una señal a sus lictores para indicarles que aún tenían tiempo libre, fue a sumarse a la partida de dados; tenía la corazonada de que era un día de suerte.

Mientras Antonio y Trebonio estaban absortos en su conversación al pie de la escalera, Décimo guió hasta el interior a los Libertadores. Si alguno de los senadores que quedaban en el jardín los hubiera observado, quizá le

había extrañado la gravedad de sus rostros, la actitud ligeramente furtiva que habrían adoptado inconscientemente; pero ninguno los miró.

Rezagándose, Bruto notó un tirón en la toga, y al volverse vio a uno de sus criados domésticos, enrojecido y jadeante.

-Sí, ¿qué pasa? -preguntó, alegrándose de que algo retrasara su participación en un tiranicidio.

-¡*Domine*, la señora Porcia!

-¿Qué le ocurre?

-¡Ha muerto!

El mundo no se sacudió ni se balanceó ni giró. Bruto miró incrédulo al esclavo.

-Tonterías -dijo.

-¡*Domine*, está muerta! ¡Juro que está muerta!

-Explicame qué ha pasado -ordenó Bruto con serenidad.

-Se encontraba en un estado horrible, corriendo de un lado a otro como una demente, gritando que César había muerto. -¿No la ha visitado Atilio Estilo?

-Sí, *domine*, pero se ha enfadado y se ha ido al negarse ella a tomar la poción que le había preparado.

-¿Y?

-Se ha desplomado, muerta. Epafrodito no ha encontrado señales de vida..., nada. Está muerta. Muerta. *Domine*, ven a casa. Por favor, ven a casa.

-Dile a Epafrodito que irá en cuanto pueda -dijo Bruto, apoyando un pie en el primer peldaño-. No está muerta, te lo prometo. La conozco. Es un desmayo.

Subió el siguiente peldaño, dejando atrás al esclavo, boquiabierto.

La sala, con capacidad suficiente para seiscientas personas apretadas, parecía muy vacía pese a que unos cuantos senadores de los bancos traseros ya se habían sentado, hombres estudiosos que aprovechaban cualquier oportunidad para leer. Ninguno había colocado su asiento en el lado del estrado curul, ya que la luz de una serie de rejas del triforio entraba a raudales cerca de las puertas exteriores, pero los lectores estaban

distribuidos de manera bastante regular entre los dos lados de la Cámara, en la grada superior derecha y la grada superior izquierda. Muy bien, pensó Décimo, guiando a su grupo. Echando un vistazo atrás vio que Bruto aún no había entrado. Se ha acobardado, ¿no?

César estaba sentado con la cabeza inclinada sobre un pergamino desenrollado, totalmente abstraído.

De pronto se movió, pero no para mirar hacia el grupo que atravesaba la sala. Con la mano izquierda cogió la tabla que estaba encima del montón, la abrió y, sujetando la púa con la derecha, empezó a escribir rápidamente sobre la cera.

A tres metros del estrado, el grupo, desconcertado, se detuvo; no parecía normal que César no advirtiera la presencia de sus asesinos. Décimo posó la mirada en la estatua de Pompeyo, muy alta sobre su pedestal de un metro veinte de altura, dentro de una hornacina al fondo de la plataforma, que era muy amplia, ya que debía dar cabida a entre dieciséis y veinte hombres sentados en sillas curules. Con repentina torpeza en los dedos, Décimo buscó a tientas el puñal, lo sacó y lo mantuvo oculto a su costado. Percibió que los otros hacían lo mismo y con el rabillo del ojo vio que Bruto se acercaba corriendo por la sala. Por fin ha reunido valor, pensó.

Lucio Pilio Cimbro ascendió por las gradas de los lictores al lado del estrado, su puñal a la vista.

-¡Espera, cretino impaciente, espera! -bramó César irritado, con la cabeza aún gacha, grabando la cera con la púa.

Con los labios apretados ante esa ofensa, Cimbro lanzó una feroz mirada a los otros Libertadores -¿veis qué grosero es nuestro dictador?, parecía decir- y avanzó para tirar de la toga de César y dejar al descubierto el lado izquierdo de su cuello. Pero Cayo Servilio Casca, abriéndose paso a la izquierda de Cimbro, llegó primero, e intentó acuchillar desde detrás la garganta de César. El golpe pasó rozando la clavícula e hirió superficialmente la parte alta del pecho. César se levantó tan deprisa que el movimiento fue apenas perceptible y al mismo tiempo asestó un golpe instintivo con la púa de acero. La hundió en el brazo de Cayo Casca a la vez

que el resto de los Libertadores, envalentonados, avanzaban con los puñales en alto.

Aunque luchó con denuedo, César no gritó ni habló. La mesa salió despedida en medio de una lluvia de pergaminos, seguida de la silla de marfil, y la sangre empezó a salpicar. Algunos senadores de las gradas superiores contemplaban la escena, exclamando horrorizados, pero ninguno se movió para acudir en ayuda de César. Retrocediendo, éste topó con el pedestal de Pompeyo en el momento en que Casio se abría paso hasta delante, hundía la hoja del puñal en el rostro de César y lo hacía girar vaciándole un ojo y acabando con su belleza. El furor se adueñó de los Libertadores. Los puñales caían una y otra vez y la sangre manaba a borbotones. De pronto César dejó de forcejear, aceptando lo inevitable. Su mente única concentró sus menguantes energías en morir con una dignidad sin parangón. Con la mano izquierda tiró de un pliegue de la toga para ocultarse la cara, con la derecha se sujetó la toga para que al caer las piernas le quedaran púdicamente cubiertas. Ninguno de aquellos indeseables vería qué pensaba César al morir, ni se burlaría del recuerdo de sus piernas desnudas.

Cecilio Buciolano lo apuñaló en la espalda, Casenio Lento en el hombro. Sangrando horriblemente, César permaneció en pie mientras continuaban los golpes. Penúltimo, y frío guerrero como era, Décimo Bruto concentró todas sus fuerzas en la primera de las dos puñaladas, hundiendo la hoja en el lado izquierdo del pecho. Cuando el puñal hirió el corazón, César se desplomó, y Décimo se agachó para asestar el segundo golpe en nombre de Trebonio. Y Bruto, el último en golpear, cegado por el sudor, paralizado por el miedo, se arrodilló para dirigir su cuchillo contra aquellos genitales que su madre tanto había adorado, perforando los muchos pliegues de la toga porque, accidentalmente, había apuntado hacia abajo. Oyó rechinar el metal contra el hueso, sintió arcadas y se levantó con dificultad a la vez que un intenso dolor le traspasaba el dorso de la mano; alguien le había cortado.

El hecho estaba consumado. Los veintidós hombres habían herido a César en algún sitio, Décimo Bruto dos veces. Con el rostro y las piernas

cubiertas, César yacía bajo la estatua de Pompeyo. La toga estaba hecha jirones en el pecho y la espalda, e iba empapándose de la roja sangre que se extendía por el mármol blanco de la plataforma hasta que pareció imposible que un cuerpo pudiera contener tanta sangre. Había sangre por todas partes. Algunos se echaron atrás para evitar el contacto, pero Décimo no se dio cuenta hasta que la sangre le caló las sandalias. Lanzó un gemido: sin duda aquella sangre le quemaba.

Respirando agitadamente, los Libertadores cruzaron miradas enfebrecidas. Bruto intentaba restañarse la herida de la mano. Como por efecto de un súbito y tácito acuerdo, todos se dieron media vuelta y corrieron hacia las puertas, Décimo tan horrorizado como el resto. Los *pedarii* que habían presenciado el hecho estaban ya fuera, anunciando a voces que César había muerto. El pánico se generalizó cuando los Libertadores salieron al jardín con las togas ensangrentadas y los puñales aún en la mano.

La gente huyó en todas direcciones excepto hacia el interior de la Curia Pompeya. Senadores, lictores y esclavos pusieron pies en polvorosa, gritando que César había muerto, César había muerto, César había muerto.

Olvidando sus grandes planes de discursos y atronadora oratoria, los Libertadores huyeron también. ¿Quién de entre ellos podría haber imaginado que la realidad sería tan distinta del sueño, que ver a César muerto era un final terrible de todas las ideas, filosofías y aspiraciones? Sólo después de consumado el hecho comprendieron todos ellos, incluso Décimo Bruto, el verdadero significado de su acción. El titán había caído, el mundo había cambiado tanto que ya ninguna república podía surgir, plenamente reorganizada, de la mente del Gran Hombre. La muerte de César era una liberación, pero lo que habían liberado era el caos.

Por puro instinto los Libertadores corrieron en busca de asilo al templo de Júpiter óptimo Máximo, a toda velocidad a través del césped del Campo de Marte, por el Capitolio escalera arriba hasta el refugio original de Rómulo, y por último ascendiendo los numerosos peldaños de la escalinata del templo. Una vez allí, sin aliento, flaqueándoles las rodillas, los veintidós hombres cayeron al suelo. Sobre ellos se alzaba el Gran Dios de oro y

marfil, de quince metros de altura, en su rostro de terracota de vivo color rojo se dibujaba su amplia y estúpida sonrisa.

En cuanto el primer *pedarius* salió como una flecha de la Curia Pompeya gritando que César había sido asesinado, Marco Antonio lanzó un alarido y echó también a correr, abandonando el peristilo en dirección a la ciudad. Desconcertado por la inesperada reacción de Antonio, Trebonio corrió tras él, diciéndole que se detuviera, que regresara y convocara al Senado. Pero ya era demasiado tarde. Dolabela y sus lictores huían, al igual que los senadores, los esclavos... y los Libertadores. Lo único que Trebonio podía hacer era tratar de atrapar a Antonio.

Dentro, el silencio era absoluto. Incapaz de contemplar lo que yacía a sus pies, la estatua de Pompeyo miraba por encima de la sala hacia las puertas abiertas, sus pupilas eran dos pequeños puntos frente a aquel cegador resplandor, porque el artista había elegido darles un intenso azul. César estaba acurrucado sobre el costado derecho, el rostro cubierto por un pliegue de la toga. La sangre por fin había dejado de fluir, pero formaba una pequeña cascada a un lado del estrado. De vez en cuando entraba un pájaro, aleteaba en vano en torno a los rosetones del techo hasta que la luz lo atraía de nuevo al exterior, a la libertad. Pasaron las horas, pero nadie se atrevió a entrar. César y Pompeyo no se movieron.

Ya bien entrada la tarde, el mayordomo de Calvino se presentó en el estudio de su señor, donde el inválido, muy recuperado, hablaba con Lucio César y Lucio Piso. Tras el mayordomo apareció el médico egipcio, Hapd'efan'e.

-¡Otro reconocimiento no! -exclamó Calvino, que se encontraba ya tan bien que le molestaban las interrupciones médicas.

-No, *domine*. Le he pedido a Hapd'efan'e que estuviera presente por si acaso.

-¿Por si acaso qué, Héctor?

-Un horrible rumor corre por la ciudad. -Héctor vaciló un momento y luego dejó caer la noticia sin más rodeos-. Todos dicen que César ha sido asesinado.

-¡Por Júpiter! -exclamó Piso a la vez que Calvino se levantaba de un salto del triclinio.

-¿Dónde? ¿Cómo? ¡Habla, habla! -ordenó Lucio César.

-Acuéstate, señor Calvino, acuéstate por favor -rogaba Hapd'efan'e a Calvino mientras Héctor contestaba a Lucio César.

-Al parecer nadie sabe nada con certeza, *domine*. Sólo que César ha muerto.

-Vuelve al triclinio, Calvino, y nada de protestas. Piso y yo iremos a investigar -dijo Lucio César a medio camino de la puerta.

-¡Mantenédme informado! -dijo Calvino.

Mientras bajaba por la Escalinata Vestal de cinco en cinco peldaños seguido de cerca por Piso, Lucio César mascullaba:

-No puede ser, no puede ser.

Irrumpieron en la sala de recepción del pontífice máximo, y encontraron a Quinctilia y a Cornelia Médula paseando de un lado a otro. Calpurnia estaba sentada en un banco, exánime, y Junia la sujetaba. Cuando entraron los hombres todas las mujeres corrieron hacia ellos.

-¿Dónde está? -preguntó Lucio César.

-Nadie lo sabe, augur jefe -respondió Quinctilia, una mujer gruesa y alegre, la superiora de las Vestales-. Es sólo que en el Foro todo el mundo dice que ha sido asesinado.

-¿Ha vuelto a casa después de la sesión en la Curia Pompeya?

-No, no ha vuelto.

-¿Ha venido alguien con autoridad?

-No, nadie.

-Piso, quédate aquí -ordenó Lucio César-. Yo me voy a la Curia Pompeya para ver si allí aún queda alguien.

-Llévate algunos lictores -aconsejó Piso.

-No, me bastará con Trogo y alguno de sus hijos.

Lucio, acompañado por Cayo Julio Trogo y tres de sus hijos, atravesó el Velabrum, a ratos corriendo, a ratos trotando y a ratos caminando. Había corrillos de gentes por todas partes; algunas personas se retorcían las manos, algunas lloraban, pero cuando les preguntó ninguna sabía nada

excepto que César había muerto, que César había sido asesinado. Lucio dejó atrás el Circus Flaminius, siguió hacia el teatro, entró en la columnata de los cien pilares. Llevándose una mano al costado al notar una punzada de dolor, Lucio se detuvo para recobrar el aliento. Allí no había nadie, pero se advertían muchos indicios de que un gran número de hombres había huido apresuradamente.

-Quédate aquí -dijo lacónicamente a Trogo, y a continuación subió la escalinata y entró en la Curia Pompeya.

Notó enseguida aquel olor, inconfundible para un soldado, el olor de la sangre coagulada. La silla de marfil estaba reducida a pedazos en el suelo de mármol blanco y púrpura; una mesa plegable había ido a parar a la grada inferior del lado derecho -lo habían atacado, pues, desde la izquierda-; y había pergaminos esparcidos alrededor, y un cuerpo tendido en el estrado curul vacío, absolutamente inmóvil. Al agacharse, Lucio comprobó que César llevaba muerto varias horas, pero apartó con delicadeza el pliegue de la toga que le cubría la cabeza y ahogó una exclamación. El lado izquierdo de la cara era una masa de sangre y carne, se veía brillar el hueso, y el ojo había quedado reducido a pulpa. ¡Oh, César!

-¡Trogo! -gritó.

Trogo entró corriendo y se echó a llorar como un niño.

-¡No hay tiempo para eso! Envía a dos de tus hijos al Foro Holitorio para que traigan una carretilla de mano. Deprisa. Ya llorarás después.

Oyó cómo se alejaban corriendo los dos jóvenes. Cuando Trogo y su otro hijo entraron en la sala, Lucio les indicó que se marcharan.

-Esperad fuera -dijo, y se dejó caer en el borde del estrado curul. Ahí contempló a su apreciado primo, tan quieto, en medio de semejante charco de sangre. Para haberse desangrado de aquel modo, la herida mortal debió de ser una de las últimas.

-¡Oh, Cayo, que todo haya acabado así! ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo puede seguir sin ti el mundo? Sería más fácil perder a nuestros dioses.

Las lágrimas empezaron a resbalar por su rostro. Lloró por los años, los recuerdos, la dicha, el orgullo, la pérdida de aquel romano brillante e

incomparable. Al lado de César, todos los demás eran insignificantes. Por eso lo habían matado, naturalmente.

Pero cuando Trogo entró para anunciar que la carretilla había llegado, Lucio César se puso en pie con los ojos secos.

-Traedla -ordenó.

Era una vieja carretilla de madera sin pintar, con dos ruedas, una plataforma plana y muy estrecha pero de longitud suficiente para acarrear un cuerpo, y con dos empuñaduras en un extremo para empujarla. Distraídamente Lucio retiró de ella unas hojas de árbol y un poco de tierra y se aseguró de que el rostro destrozado estaba cubierto.

-Muchachos, cogedlo con cuidado y colocadlo en la carretilla.

El cadáver aún no estaba rígido. Tendido de espaldas, un brazo se resistía a permanecer junto al costado e insistía en colgar de la carretilla. Lucio se despojó de la toga orlada de púrpura y la extendió sobre César, remetiéndola alrededor del cuerpo. Es mejor dejar que el brazo y la mano penden al descubierto, pensó; revelarán al mundo cuál es la carga de la carretilla.

-Llevadlo a casa.

Trebonio corrió con frenesí tras Antonio gritándole que se calmara, que le ayudara a afrontar la situación, y convocara una sesión de la Cámara. Pero Antonio, capaz de moverse con la ligereza del viento pese a su envergadura, atravesó el Foro con sus lictores a toda velocidad y siguió adelante.

Furioso y frustrado, Trebonio renunció a atraparlo. Esforzándose por recobrar la serenidad, ordenó a su esclavo que regresara a la Curia Pompeya y averiguara qué ocurría allí; luego debía ir a informarle a Casa de Cicerón. Hecho esto ascendió al Palatino y preguntó por Cicerón.

No estaba en casa, pero se esperaba su regreso en cualquier momento. Trebonio se sentó en el atrio, aceptó vino y agua del mayordomo y se dispuso a aguardar. El esclavo llegó primero, para informarle de que la Curia Pompeya estaba vacía y los Libertadores habían huido en masa para buscar asilo en el templo de Júpiter óptimo Máximo.

Estupefacto, Trebonio, apoyó la cabeza en las manos e intentó adivinar qué había salido mal. ¿Por qué habían buscado asilo cuando debían estar en la tribuna proclamando su acción?

-Mi querido Trebonio, ¿qué ocurre? -exclamó la sonora voz de Cicerón poco después, alarmado al ver a Cayo Trebonio con la cabeza entre las manos. Había estado asesorando a la esposa de Quinto, Pomponia, en cuestiones de derecho matrimonial, y no había oído los rumores.

-En privado -dijo Trebonio, poniéndose en pie.

-¿Y bien? -preguntó Cicerón, apresurándose a cerrar la puerta.

-Un grupo de senadores ha matado a César en la Curia Pompeya hace cuatro horas -comunicó Trebonio con calma-. Yo no era uno de ellos, pero estaba al mando de la operación.

El rostro envejecido y arrugado de Cicerón se iluminó como el faro de Alejandría. Lanzó gritos de júbilo, batió las palmas en un desenfrenado aplauso y por último estrechó con entusiasmo la mano de Trebonio.

-¡Trebonio, qué magnífica noticia! ¿Dónde están? ¿En la tribuna del Foro Romano? ¿Siguen hablando en la Curia Pompeya?

Trebonio retiró la mano.

-¡Ojalá! -gruñó con ira-. ¡No, no están en la Curia Pompeya! No, no están en la tribuna del Foro. Primero el imbécil de Antonio se ha dejado llevar por el pánico y se ha ido a toda prisa a las Carinas, imagino, ya que desde luego no se ha detenido en el Foro. Se suponía que debía encabezar la campaña para ensalzar la eliminación de César, no escabullirse como si las Furias lo persiguieran.

-¿Antonio formaba parte de la conspiración? -preguntó Cicerón con incredulidad.

Recordando con quién hablaba, Trebonio intentó como mínimo enmendar el desliz.

-¡No, no, claro que no! Pero me constaba que no sentía mucho aprecio por César, de modo que se me ocurrió hablar con él para convencerlo de que quitara importancia a la muerte cuando se consumara, eso es todo. Viendo que no paraba de correr, he venido a buscarte, como en todo caso planeaba hacer, pensando que nos darías tu apoyo.

-Con mucho gusto, con mucho gusto.

-¡Ahora ya es tarde! -exclamó Trebonio con desesperación-. ¿Sabes qué han hecho? Se han dejado dominar por el pánico. Por el pánico. Hombres como Décimo Bruto y Tirio Cimbro presas del pánico. Mi fiable banda de tiranicidas ha salido a toda prisa de la Curia Pompeya y ha escapado al templo de Júpiter Óptimo Máximo, donde se refugian como perros apaleados. Dejando que cuatrocientos *pedarii* corrieran en todas direcciones gritando que César estaba muerto, que había sido asesinado, después de lo cual habrán ido a encerrarse en sus casas. La gente corriente está en el Foro, y no hay nadie con autoridad que les explique nada.

-¿Décimo Bruto? No, él nunca se dejaría llevar por el pánico -susurró Cicerón.

-Te lo aseguro, se han dejado vencer por el pánico. Todos. Casio, Galba, Estayo Murco, Basilo, Quinto Ligario..., hay veintidós hombres en el Capitolio rogando a la estatua de Júpiter muertos de miedo. Todo ha sido en balde, Cicerón -dijo Trebonio con tono lúgubre-. Pensaba que inducirlos a cometer el asesinato sería la parte difícil; no se me había ocurrido siquiera que después podía suceder esto. El pánico. El plan se ha ido a pique; ahora nadie puede salvar nuestra posición. Han cometido el asesinato, sí, pero no han sabido mantener el terreno. ¡Necios, necios! -Trebonio gimió.

Cicerón cuadró los hombros y le dio una palmada a Trebonio.

-Quizá no sea demasiado tarde-dijo enérgicamente-. Iré inmediatamente al Capitolio, pero te recomiendo que reúnas a unos cuantos de los gladiadores de Décimo Bruto. Están en Roma por los juegos funerarios de algún antepasado, o al menos eso me contó él el otro día. Con este asunto entre manos, quizá los trajera como guardaespaldas para después. -Tendió una mano a Trebonio-. ¡Vamos, amigo mío, ánimo! Ve y proporciónales cierta protección a esos veintidós hombres, y yo los guiaré hasta la tribuna del Foro. -Volvió a lanzar un grito de júbilo y se echó a reír-. César ha muerto. ¡Qué regalo para la libertad! Hay que ensalzarlos, hay que elogiarlos a los cuatro vientos.

A última hora de la tarde Cicerón entró en el templo de Júpiter Óptimo Máximo, seguido por su apreciado liberto Tiro.

-¡Enhorabuena! -clamó-. ¡Compañeros del Senado, qué proeza! ¡Qué victoria para la República!

Aquella potente voz los sobresaltó, y chillando, corrieron a refugiarse en todos los rincones de la cella. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, Cicerón fue mirándolos con asombro. ¿Marco Bruto? ¡Por todos los dioses! ¿Cómo habían conseguido convencerlo para que se metiera en aquello? ¡Pero qué aterrorizados estaban todos! Matar a César los había acobardado por completo, incluso a Casio, incluso a Décimo Bruto, incluso al temerario Minucio Basilo.

Así que se dispuso a aplacar su pánico mediante la palabra, y descubrió que ningún argumento podía persuadirlos de que salieran del templo y hablaran en la tribuna del Foro. Finalmente mandó a Tiro a comprar vino, y cuando llegó, lo repartió en los toscos vasos de barro que el vendedor le había proporcionado. Los observó beberlo con tal avidez que enseguida se terminó.

Cuando Trebonio entró, Cicerón todavía intentaba levantarles el ánimo.

-Los gladiadores están fuera -dijo Trebonio lacónicamente, y luego dejó escapar un resoplido de disgusto-. Como temía, Antonio ha corrido a su casa y se ha encerrado allí a cal y canto. Lo mismo han hecho Dolabela y todos los miembros del Senado que están al corriente. -Se volvió hacia los Libertadores con exasperación e ira. Preguntó:- ¿Por qué os habéis dejado llevar por el pánico? ¿Por qué no estáis en el Foro? La gente se amontona como moscas alrededor de un animal muerto, pero no hay nadie para informarles de lo ocurrido.

¡Tenía un aspecto tan horrible! -gimoteó Bruto, meciéndose de atrás a adelante-. ¿Cómo podía estar muerto alguien tan vivo? ¡Horrible, horrible!

-Ven -dijo Cicerón de pronto, obligando a Bruto a levantarse. Acto seguido se acercó a donde estaba Casio sentado con la cabeza entre las rodillas y también tiró de él-. Iremos los tres a la tribuna del Foro, y no admito discusión. Alguien debe hablar al pueblo, y puesto que no están ni Antonio ni Dolabela, vuestras caras son las más conocidas. ¡Adelante! ¡Vamos, adelante!

Tomando a Casio y a Bruto de la mano, Cicerón los llevó a rastras fuera del templo, y luego por el Clivus Capitolinus abajo hasta la tribuna. En el Foro se había congregado una multitud no muy numerosa; tenía una actitud dócil y parecía desconcertada, sin rumbo. Observando a la gente, Bruto recobró compostura suficiente para comprender que Cicerón tenía razón, que algo debía decirse. Con el gorro de la libertad sobre el cabello oscuro y rizado, y sin toga, se colocó al borde de la tribuna.

-Conciudadanos de Roma-dijo con voz débil-, es cierto que César ha muerto. Para cuantos amamos la libertad era inadmisible que siguiera con vida. Así que algunos de nosotros, incluido yo, hemos decidido liberar a Roma de la tiranía dictatorial de César. -Alzó el puñal con la mano ensangrentada, cuyo vendaje improvisado hacía resaltar más aún el color rojo.

Se oyeron gemidos entre la multitud, que aumentaba por momentos a medida que corría la voz de que alguien hablaba desde la tribuna; sin embargo nadie se movía, nadie daba muestras de ira.

-César no podía despojar de sus tierras a hombres que las han poseído desde hace siglos sólo para establecer a sus veteranos en Italia -prosiguió Bruto-. Nosotros, los Libertadores, que hemos matado al dictador César, el rey de Roma, comprendemos que los soldados de Roma deben tener tierras donde retirarse, y amamos a los soldados de Roma tanto como César, pero amamos también a los hacendados de Roma, y ¿qué íbamos a hacer?, os pregunto. César se mostró muy partidista, así que debía desaparecer. Roma no se reduce a sus veteranos, aunque nosotros, que hemos liberado a Roma de César, amamos a los veteranos de Roma.

Siguió divagando sobre los soldados veteranos y sus tierras, asunto que significaba muy poco para aquella muchedumbre urbana, y no dijo prácticamente nada sobre por qué o cómo había muerto César. Ninguno de los que intentaron descifrar las palabras de Bruto entendió con claridad quiénes eran aquellos Libertadores, o a quién habían liberado de qué. Cicerón escuchaba a Bruto con desaliento. No podía hablar hasta que éste terminara, pero cuanto más se alargaba Bruto, menos deseaba hablar él. Por su mente desfilaban expresiones como «cometer un suicidio verbal». El

problema residía en que aquél no era su medio idóneo; él necesitaba la resonancia de una buena sala para que su voz reverberase, y necesitaba mirar a rostros inteligentes, no a las masas.

Agotado, Bruto se interrumpió de repente. La multitud permaneció inmóvil y muda.

Un grito rompió el silencio. Procedía del Velabrum, y lo siguió otro, más cercano, desde las sombras que la basílica Julia proyectaba sobre el Vicus lugarius. Luego otro grito y otro más. En la tribuna, Bruto vio lo que se acercaba a través del pasillo que se abría entre la muchedumbre: una carretilla de verdulero empujada por dos jóvenes altos y fuertes de aspecto galo. En ella yacía algo cubierto con una toga orlada de púrpura, y a un lado de la carretilla colgaba una mano flácida, blanca como la leche. Tras los dos galos que llevaban esta carga iban otros dos hombres, y detrás de ellos, Lucio César en túnica.

Bruto empezó a gritar, un horrible sonido lleno de horror y dolor. Antes de que Cicerón pudiera contenerlo se echó a correr, junto con Casio. Saltaron de la tribuna y huyeron de nuevo cuesta arriba por el Capitolio hacia el templo. Sin saber qué hacer, Cicerón fue tras ellos.

Al llegar a la *cella*, Bruto aulló:

-¡Está en el Foro! ¡Está muerto, está muerto, está muerto, está muerto!

A continuación se desplomó y empezó a llorar como un demente. En estado no mucho mejor, Casio se arrastró hasta un rincón y sollozó. Al cabo de un momento ambos lloraban y gemían.

-Me rindo -dijo Cicerón a Trebonio, que parecía agotado-. Voy a buscarles comida y un vino aceptable. Tú quédate aquí, Trebonio. Tarde o temprano recobrarán el juicio, pero no antes de mañana, me temo. Mandaré también unas mantas. Aquí hace frío. -En la puerta ladeó la cabeza y miró a Trebonio con pesar-. ¿Oyes eso? Manifestaciones de dolor, no de júbilo. Da la impresión de que la gente del Foro prefería a César antes que la libertad.

Primero llevaron a César al baño del pontífice máximo. Hapd'efan'e, que había vuelto de casa de Calvino, mantuvo su serenidad de médico y retiró la toga hecha jirones y la túnica; ningún togado llevaba taparrabos. Mientras Trogo le quitaba de los pies los altos coturnos rojos de los reyes

albanos, Hapd'efan'e empezó a lavar la sangre, bajo la mirada de Lucio César. Era un hombre bien constituido, César, aun a sus cincuenta y cinco años, con la piel siempre blanca donde el sol no la había curtido, pero ahora blanquísima, porque había perdido toda la sangre.

-Veintitrés heridas -dijo Hapd'efan'e-, pero si hubiera recibido atención inmediata, ninguna habría sido mortal excepto ésta -señaló el golpe administrado más profesionalmente, una herida no muy grande, pero justo en el corazón-. Murió en cuanto recibió este golpe. No necesito abrir el pecho para saber que la hoja penetró en el corazón. Dos de sus agresores actuaron por motivos muy personales: aquí -señaló la cara- y aquí -señaló los genitales-. Lo conocían mucho mejor que los otros. Su belleza y su virilidad los ofendía.

-¿Puedes arreglarlo lo suficiente para que podamos mostrar el cuerpo? -dijo Lucio, preguntándose qué dos hombres odiaban a César de una manera tan personal, porque aún ignoraba quiénes eran los desconocidos.

-Soy experto en momificación, mi señor Lucio. Sé que ésta no es una práctica necesaria para un pueblo que incinera a sus muertos, pero incluso su rostro quedará entero cuando haya acabado-dijo Hapd'efan'e. Titubeó. Miró afligido a Lucio con sus ojos de azabache-. La faraona... ¿lo sabe?

-¡Por Júpiter! Probablemente no -dijo Lucio, y dejó escapar un suspiro-. Sí, Hapd'efan'e, iré a verla ahora mismo. César hubiera querido que lo hiciera.

-Sus pobres mujeres. -Hapd'efan'e suspiró a su vez, y siguió trabajando.

Así que Lucio César, envuelto en una de las togas de su primo, se fue a ver a Cleopatra acompañado por dos de los afligidos hijos de Trogo. No se molestó en cruzar el río en barca; fue por el Pons Aemilius y la Via Aurelia, agradeciendo la soledad del largo paseo. Cayo, Cayo, Cayo... estabas cansado, muy cansado. Veía caer sobre ti el cansancio como una densa bruma, poco a poco, ya desde que te obligaron a cruzar el Rubicón. No era eso lo que tú querías. Tú solo querías lo que te correspondía. Quienes te lo negaron eran hombres insignificantes, mezquinos, sin el menor sentido común. Los dominaban las emociones, no el intelecto. Por eso no te

comprendían. Un hombre con tu capacidad para la objetividad es un continuo reproche a la estupidez irracional. ¡Pero te echaré de menos!

De algún modo Cleopatra se había enterado. Los recibió vestida de negro.

-César ha muerto -dijo ella con serenidad, con la barbilla en alto y sin una sola lágrima en aquellos extraordinarios ojos.

-¿Incluso hasta aquí ha llegado el rumor?

-No. Pu'en-re lo ha adivinado al esparcir la arena y filtrarla. Ha hecho el vaticinio cuando hemos encontrado a Amón-Ra vuelto en su pedestal hacia el oeste y a Osiris roto en pedazos en el suelo.

-Un temblor de tierra en este lado del río. En la ciudad no ha habido ninguno, que yo sepa -dijo Lucio.

-Los dioses mueven la tierra cuando mueren, Lucio. Lloro por él en mi cuerpo, pero no en mi alma, porque no está muerto. Ha ido al Oeste, de donde vino. César será un dios, incluso en Roma. Pu'en-re lo ha visto en la arena, ha visto su templo en el Foro. Divus Julius. Ha sido asesinado, ¿verdad? -preguntó.

-Sí, por hombres insignificantes que no soportaban estar a su sombra.

-Porque pensaban que quería ser rey. Pero no lo conocían. Una acción horrible, Lucio. A causa de este asesinato, el mundo entero tomará un rumbo distinto de ahora en adelante. Una cosa es asesinar a un hombre y otra muy distinta asesinar a un dios en la tierra. Pagarán por su crimen, pero todos los pueblos del mundo pagarán aún más. Han obstaculizado la voluntad de Amón-Ra, que es Júpiter óptimo Máximo y Zeus. Han jugado al juego de los dioses.

-¿Cómo se lo dirás a su hijo?

-Con toda claridad. Es un faraón. En cuanto vuelva a Egipto, depondré a mi hermano, que es un chacal, y elevaré a Cesarión al trono junto a mí. Algún día heredará el mundo de César.

-Pero no puede ser el heredero de César -dijo Lucio con delicadeza.

Abriendo mucho sus ojos amarillos, ella lo miró con desdén.

-El heredero de César debe ser romano, ya lo sé, pero es Cesarion quien lleva la sangre de César, y quien heredará todo lo que César fue.

-No puedo quedarme -dijo Lucio-, pero te recomiendo que te marches a Egipto cuanto antes. Los hombres que han matado a César aún podrían estar sedientos de sangre.

-Sí, es mi intención marcharme. ¿Qué me queda aquí? -Le brillaron los ojos, pero no derramó ninguna lágrima-. No he tenido ocasión de despedirme de él.

-Tampoco nosotros. Si necesitas algo, acude a mí.

Cleopatra lo dejó ir en la fría noche y mandó con él a unos esclavos con antorchas de reserva; las antorchas estaban impregnadas del excelente asfalto de Palus Asphaltites en Judea, pero no duraban mucho. Del mismo modo que ninguna vida duraba mucho. Sólo los dioses vivían eternamente, e incluso ellos podían ser olvidados.

¡Qué serena está!, pensó Lucio. Quizá los soberanos sean distintos de otros hombres y mujeres. César era distinto, y era un soberano por naturaleza. La diadema no cuenta, cuenta el espíritu.

En el Pons Aemilius se encontró con el amigo más antiguo de César, el caballero Cayo Matio, cuya familia había ocupado el otro apartamento de la planta baja en la ínsula de Aurelia en Subura.

Se abrazaron y lloraron.

-¿Aún no sabes quién ha sido, Matio? -preguntó Lucio, enjugándose los ojos y rodeando los hombros de Matio con el brazo mientras seguían caminando.

-He oído algunos nombres, y por eso Piso me envía a verte. Marco Bruto, Cayo Casio... y dos de sus propios mariscales galos, Décimo Bruto y Cayo Trebonio. ¡Bah! Se lo debían todo a él, y así se lo han agradecido.

-La envidia es el peor vicio de todos.

-La idea fue de Trebonio -prosiguió Matio-, pero no fue él quien dio el golpe. Su trabajo consistía en mantener a Antonio fuera de la Cámara mientras los demás cometían el asesinato. Dentro no había lictores. Era un plan muy astuto, pero después ha fallado. Se han dejado llevar por el pánico y han ido a esconderse al templo de Júpiter Óptimo Máximo.

Lucio notó una sensación de frío cada vez mayor en la boca del estómago.

-¿Formaba Antonio parte de la conspiración?

-Unos dicen que sí, otros dicen que no, pero Lucio Piso no lo cree, como tampoco Filipo. No hay razón real para suponerlo, Lucio, si Trebonio se ha visto obligado a quedarse fuera para entretenerlo. Matio sollozó y rompió a llorar otra vez-. Lucio, ¿qué vamos a hacer? Si César, con su talento, no encontró un camino para salir de esta situación, ¿quién queda para intentarlo? ¡Estamos perdidos!

Servilia había tenido un día especialmente irritante, entre Tertula, que seguía encontrándose mal, y la partera tusculana local, que había desaconsejado el agitado viaje de regreso a la sucia y malsana ciudad; Tertula estaba segura de que abortaría. Así que Servilia viajó sola, y llegó a Roma después de anochecer.

Al pasar de largo ante el portero, ni siquiera se dio cuenta de que éste tenía ya los labios separados para darle un mensaje. Desfiló con sus cortas piernas por el lado de las mujeres de la columnata, sintiéndose ofendida por las voces jubilosas que llegaban de las tres habitaciones situadas en el lado opuesto, donde vivían aquellos filósofos, unos parásitos inútiles, y que sin duda estaban otra vez borrachos. Si de ella dependiera, estarían en lo alto del vertedero cercano a las fosas de cal del *Ager*. O mejor aún colgando de tres cruces entre los rosales del peristilo.

Seguida a la carrera por su doncella, entró en sus propios aposentos y echó al suelo su voluminoso hatillo; consciente de que tenía la vejiga a punto de reventar, dudó si volver a la letrina para vaciarla, pero finalmente se encogió de hombros y siguió adelante hacia el pasillo que comunicaba el comedor con el estudio de Bruto para buscar a su hijo. Los candiles estaban todos encendidos. Epafrodito fue a recibirla, retorciéndose las manos.

-¡No me digas! -exclamó ella con malhumor-. ¿Qué ha hecho ahora esa dichosa muchacha?

-Esta mañana pensábamos que estaba muerta, *domina*, y hemos enviado a buscar al señor a la Curia Pompeya, pero él tenía razón. Ha dicho que era un desmayo, y eso era.

-¿Así que ha pasado todo el día sentado junto a su cama en lugar de ir a la Cámara?

-Todo lo contrario, domina. Ha mandado un mensaje con el criado diciéndonos que era sólo un desmayo, y no ha vuelto a casa. -Epafrodito rompió a llorar ruidosamente-. ¡Oh, y ahora no puede venir a casa! -se lamentó.

-¿Cómo que no puede venir a casa?

-No puede porque César está muerto -gritó Porcia, que apareció de pronto-, y mi Bruto..., mi Bruto... lo ha matado.

Servilia quedó paralizada a causa de la conmoción. Permaneció inmóvil notando cómo el chorro de orina descendía entre sus piernas, con los ojos fuera de las órbitas, sin respiración.

-César está muerto -repitió Porcia-. Mi padre ha sido vengado. Tu amante ha muerto porque tu hijo lo ha matado. Y yo induje a Bruto a hacerlo..., yo lo induje.

Recuperada la capacidad de movimiento, Servilia se abalanzó sobre Porcia y le golpeó con el puño. Porcia se desplomó, y Servilia la agarró por el pelo con las dos manos, la arrastró hasta el charco de orina, y le restregó la cara en él hasta que ella volvió en sí, tosiendo.

-*Meretrix mascula! Femina mentula!* ¡Mugrienta y miserable *verpa!*

Porcia se levantó y atacó a Servilia con uñas y dientes. Las dos, entrelazadas en colérico y silencioso combate, se balanceaban mientras Epafrodito pedía ayuda a gritos. Hicieron falta seis hombres para separarlas.

-¡Encerradla en su habitación! -ordenó Servilia jadeando, muy complacida porque ella había salido ganando. Porcia sangraba y estaba cubierta de arañazos y mordiscos, con la ropa hecha jirones-. ¡Vamos, obedeced! Obedeced o haré que os crucifiquen.

Los tres filósofos habían salido de sus habitaciones, pero ninguno se atrevió a acercarse, y ninguno protestó mientras se llevaban a Porcia a rastras a su habitación y la encerraban dentro bajo llave.

-¿Qué miráis? -preguntó a los filósofos la señora de la casa-. ¿Acaso estáis deseando colgar de una cruz, sanguijuelas empapadas en vino?

Los tres volvieron de inmediato a sus aposentos. Epafrodito, en cambio, permaneció donde estaba: cuando Servilia entraba en aquellos estados, era mejor procurar que se le pasara.

-¿Es verdad lo que ha dicho, Dito?

-Eso me temo, domina. El señor Bruto y los otros han solicitado asilo en el templo de Júpiter óptimo Máximo.

-¿Los otros?

-Eran unos cuantos, parece. Cayo Casio es también un asesino.

Ella se tambaleó y se agarró al mayordomo.

-Ayúdame a llegar a mi habitación, y haz que limpien esto. Tenme informada, Dito.

-Sí, domina. ¿Y qué hacemos con la señora Porcia?

-Que se quede donde está. Sin comida ni bebida. ¡Que se pudra!

Una vez que hubo salido la doncella, Servilia cerró de un portazo, y se dejó caer en un triclinio, llena de dolor. ¿César, muerto? No, no podía ser. Pero así era. Catón, Catón, Catón, ¡ojalá tengas que empujar rocas en el Tártaro por toda la eternidad! Eres tú el único culpable. Eres tú quien lo ha ensuciado todo, tú quien metió a Bruto en la cabeza la idea de casarse con ella, tú y la *mentula* que te engendró sois quienes habéis arruinado mi vida. ¡César, César! ¡Cuánto te he amado! Siempre te amaré, no puedo apartarte de mi mente.

Se recostó y cerró los ojos, soñando primero cómo mataría a Porcia... ¡Ése sería un gran día! Luego, abriendo los ojos, con una mirada negra y feroz, se concentró en un problema mucho más importante. cómo salvar a Bruto de aquella delirante catástrofe, cómo asegurarse de que la familia Servilio Cepio y la familia junio Bruto salían de aquel desastre con la fortuna y la reputación intactas. César había muerto, pero la ruina de la familia no haría que él volviera a su lado.

-Hace dos horas que ha anochecido -dijo Antonio a Fulvia-. Ahora ya no habrá peligro.

-¿Peligro de qué? -preguntó Fulvia, cuyos ojos de un azul violáceo se nublaron en la penumbra-. Marco, ¿qué vas a hacer?

-Voy a ir a la *Domus Publica*.

-¿Por qué?

-Para comprobar con mis propios ojos que realmente ha muerto.

-¡Claro que ha muerto! Si no fuera así, alguien habría venido a decírtelo. Quédate, por favor. No me dejes sola.

-No te pasará nada.

Y se fue, con una capa de invierno sobre los hombros.

Un selecto barrio de grandes mansiones, las Carinas eran una estribación del monte Esquilino que descendía hasta el Foro, separada de los humeantes baños públicos por varios santuarios y por un robledal. Así pues, Antonio no tenía que recorrer una gran distancia. Los faroles parpadeaban a lo largo de la Sacra Vía hasta el Foro. La calle estaba atiborrada de peatones que se dirigían hacia el centro de Roma para esperar noticias sobre César. Embozado, Antonio se mezcló con la multitud y siguió adelante. Algunos iban a la parte baja del Foro, pero la zona que rodeaba la *Domus Publica* estaba abarrotada. Se vio obligado a abrirse paso entre la muchedumbre y aporrear la puerta de la residencia del pontífice de un modo menos discreto del previsto. Pero nadie hizo ademán de impedirselo. La mayoría de la gente lloraba desconsoladamente, y todos eran romanos corrientes. Ningún senador aguardaba frente a la casa de César.

Al verlo, Trogo abrió la puerta sólo lo suficiente para dejarlo entrar y cerró rápidamente. Lucio Piso estaba detrás de él, con una adusta expresión en su moreno rostro.

-¿Está aquí? -preguntó Antonio, lanzando la capa a Trogo.

-Sí, en el templo -dijo Piso-. Ven.

-¿Y Calpurnia?

-Mi hija se ha acostado. Ese extraño individuo egipcio le ha preparado una poción para dormir.

El templo se hallaba entre las dos alas de la *Domus Publica*, era una amplia sala sin un solo ídolo, ya que pertenecía a los *numina* de Roma; los sombríos dioses sin cara ni forma humana cuya existencia se remontaba a muchos siglos antes de que aparecieran las ideas griegas, y que seguían siendo el verdadero núcleo de la veneración romana; eran las fuerzas que regían las funciones, las acciones, y cosas tales como las despensas, los graneros, los pozos, los cruces de caminos... La sala estaba muy iluminada con candelabros, abiertas sus grandes puertas de bronce en ambos extremos;

la una daba a la columnata que rodeaba el peristilo y la otra daba al misterioso vestíbulo de los reyes con sus dos *amygdalae* y sus tres caminos de mosaicos en pendiente que llevaban a otra puerta de dos hojas. A ambos lados de la sala se alzaban las *imagines* de las Vestales superiores desde los tiempos de la primera Emilia; llevaban realistas máscaras de cera y se exhibían en el interior de templos en miniatura, cada uno posado sobre un costoso pedestal.

César estaba sentado en un féretro negro justo en el centro, y parecía dormido. Solo Hapd'efan'e sabía que el lado superior izquierdo de la cara era cera cuidadosamente teñida sobre un fondo de gasa. El dictador tenía los ojos y la boca cerrados. Más afectado y temeroso de lo que esperaba, Antonio se acercó lentamente al féretro y contempló aquel semblante dormido. César vestía la toga y la túnica de colores carmesí y púrpura del pontífice máximo, y una corona de hojas de roble ceñía su cabeza. El único anillo que había llevado en vida era su sello, pero había desaparecido; tenía los largos dedos cruzados sobre el regazo, con las uñas cortadas y limadas.

De pronto Antonio no pudo resistir más aquella visión. Se dio media vuelta y salió de la celta en dirección al estudio de César, seguido por Piso.

-¿Hay dinero aquí? -preguntó Antonio de repente. Piso lo miró inexpresivo.

-¿Cómo voy a saberlo? -dijo.

-Calpurnia sí debe de saberlo. Despiértala.

-¿Cómo dices?

-¡Despierta a Calpurnia! Ella sabrá dónde guardaba el dinero. Mientras hablaba, Antonio abrió un cajón de la mesa y empezó a revolver el interior.

-¡Antonio, detente!

-Soy el heredero de César, así que será mío en todo caso. ¿Qué más da si cojo ahora un poco o me lo llevo más tarde? Estoy sin blanca, y he de encontrar dinero suficiente para satisfacer a los prestamistas mañana.

Cuando se enojaba, Piso ofrecía un aspecto aterrador. Su rostro tenía por naturaleza un aire de villanía, y cuando enseñaba los dientes podridos y rotos, parecían colmillos. Fuera de sí, agarró la mano de Antonio, se la sacó del cajón y lo cerró violentamente.

-¡He dicho que te detengas! Y no pienso despertar a mi pobre hija.

-Soy el heredero de César, ya te lo he dicho.

-Yo soy el albacea de César no tocarás nada, ni te llevarás nada ni harás nada hasta que vea el testamento de César -declaró Piso.

-Muy bien, eso tiene fácil solución.

Antonio se dirigió al templo, donde Quinctilia, la vestal superior, se había instalado en una silla para velar a César.

-¡Tú! -bramó él, haciéndola levantarse de un tirón-. Ve a traer el testamento de César.

-Pero...

-He dicho que traigas el testamento de César... ahora mismo.

-¡No te atrevas a perturbar la suerte de Roma! -gruñó Piso.

-Sólo será un momento -balbuceó Quinctilia, asustada.

-Entonces no pierdas el tiempo. Búscalo y tráelo al estudio de César.
¡Muévete, cerda estúpida!

-¡Antonio! -rugió Piso.

-Está muerto, ¿qué más le da? -dijo Antonio, señalando con la mano el cadáver de César-. ¿Dónde está su sello?

-En mi poder -susurró Piso, demasiado furioso para levantar la voz.

-¡Dámelo! Soy su heredero.

-No hasta que yo lo vea con mis propios ojos.

-César debía de tener certificados de propiedad, escrituras, toda clase de documentos -dijo Antonio, revolviendo en los casilleros del estudio.

-Sí, pero no aquí, necio avaricioso e impío. Lo dejaba todo en manos de sus banqueros. No era como Bruto, que tiene su propia cámara acorazada. -
Piso se sentó rápidamente a la mesa para evitar que Antonio se acercara a ella. Fríamente, dijo:- Pido a los dioses que tengas una muerte lenta y horrible.

Quinctilia apareció con un pergamino en la mano, lacrado y sellado. Cuando Antonio fue a cogerlo, ella lo esquivó con sorprendente agilidad y se lo entregó a Piso, quien lo tomó y lo acercó a un candil para examinar el sello.

-Gracias, Quinctilia -dijo Piso-. Por favor, di a Cornelia y a Junia que vengan a actuar como testigos. Este ingrato insiste en que abra ahora el testamento.

Las tres vestales vestidas de blanco de la cabeza a los pies, el cabello coronado por siete aros de lana bajo el velo, se colocaron a un lado de la mesa mientras Piso rompía el sello y desplegaba el breve documento.

Buen lector, y ayudado por el punto que César siempre ponía sobre la inicial de una nueva palabra, Piso lo examinó rápidamente, ocultando el contenido a Antonio con el brazo. De pronto, echó atrás la cabeza y prorrumpió en carcajadas.

-¿Qué? ¿Qué?

-No eres el heredero de César, Antonio. De hecho ni siquiera te menciona -consiguió decir Piso, buscando a tientas su pañuelo para secarse las lágrimas, medio de pena, medio de alegría-. ¡Bien hecho, César! ¡Bien hecho!

-No te creo. Dámelo.

-Antonio, hay tres vestales como testigos -advirtió Piso al entregárselo-. No intentes destruirlo.

Antonio cogió el documento con dedos trémulos y leyó sólo lo suficiente para ver un nombre siniestro; ni siquiera llegó a la cláusula de adopción.

-¿Cayo Octavio? ¿Ese bobo afeminado? Es una broma. Eso, o César estaba loco cuando lo escribió; lo impugnaré.

-Inténtalo -dijo Piso, arrebatándole el testamento. Sonrió a las tres vestales, tan complacidas como él ante aquel maravilloso castigo-. Es irrecusable, Antonio, y tú lo sabes. Las siete octavas partes para Cayo Octavio; una octava parte a repartir entre..., ejem, Quinto Pedio, Lucio Pinario, Décimo Bruto... (éste quedará excluido porque es uno de los asesinos) y mi hija Calpurnia.

Piso se apoyó contra el escritorio y cerró los ojos mientras Antonio salía hecho una furia. César debía de tener como mínimo cincuenta mil talentos, pensó, todavía sonriendo. Una octava parte de eso son seis mil doscientos cincuenta talentos. Dejando de lado a Décimo Bruto, que no puede heredar

a causa de su crimen, corresponden a Calpurnia algo más de dos mil talentos. Bien, bien, bien. Le ha resuelto la vida, como es propio de un marido decente. Yo no puedo tocar ese dinero... como mínimo sin el consentimiento de ella.

Al abrir los ojos descubrió que estaba solo. Las vestales sin duda se habían ido para seguir velando. Guardándose el testamento en la toga, Piso se levantó. ¡Dos mil talentos! Eso convertía a Calpurnia en una importante heredera. En cuanto acabara el periodo oficial de duelo de diez meses, la casaría con alguien lo bastante poderoso para ayudarlo con su hijo. ¿No se alegraría Rutilia?

Resultaba interesante, sin embargo, que César no hubiera incluido provisión alguna para un posible hijo de Calpurnia. Eso significa que sabía que no iba a nacer, y que si nacía, no sería de él. Estaba demasiado ocupado con Cleopatra al otro lado del río. Cayo Octavio iba a ser el hombre más rico de Roma.

Tras enterarse de la noticia del asesinato de César a su paso por Veii, no muy lejos al norte de Roma, Lepido llegó a casa de Antonio al amanecer. Pálido a causa de la conmoción y la fatiga, aceptó una jarra de vino y miró fijamente a Antonio.

-Yo me siento mal, pero tú pareces estar peor -dijo Lepido.

-Yo me siento peor de lo que parece.

-Es extraño. No pensaba que la muerte de César fuera a afectarte tanto, Antonio. Piensa en todo el dinero que vas a heredar.

Al oír esto, Antonio se echó a reír como un demente, y empezó a caminar de un lado a otro, dándose palmadas en los muslos y pateando el suelo con sus enormes pies.

-¡No soy el heredero de César! -aulló.

Lepido lo miró boquiabierto.

-Es una broma.

-No, no es una broma -aseguró Antonio.

-Pero ¿a quién va a dejar su fortuna si no?

-Piensa en el candidato menos probable.

Lepido tragó saliva.

-¿Cayo Octavio? -susurró.

-Cayo *cunnus* Octavio -confirmó Antonio-. Todo va a parar a manos de una muchacha con toga de hombre.

-¡Por Júpiter!

Antonio se desplomó en una silla.

-Estaba tan convencido... -dijo.

-Pero ¿Cayo Octavio? No tiene sentido, Antonio. ¿Cuántos años tiene, dieciocho o diecinueve?

-Dieciocho. Está instalado ahora en Apolonia, al otro lado del Adriático. Me pregunto si César se lo dijo. En Hispania estaban muy unidos. No he leído todo el testamento, pero sin duda lo adoptó.

-Más importante es saber qué va a ocurrir ahora -dijo Lepido, inclinándose hacia él-. ¿No deberías hablar con Dolabela? Es el cónsul superior.

-Ya veremos -dijo Antonio sombríamente-. ¿Has traído soldados contigo?

-Sí, dos mil. Están en el Campo de Marte.

-Entonces lo primero es poner guarnición en el Foro.

-Estoy de acuerdo -dijo Lepido, y en ese preciso instante entró Dolabela.

-*Pax, pax!* -exclamó Dolabela, alzando las manos con las palmas abiertas-. He venido a decir que, en mi opinión, tú deberías ser el cónsul superior ahora que César ha muerto, Antonio. Esta conmoción lo cambia todo. Si no presentamos un frente unido, sólo los dioses saben qué podría ocurrir.

-Ésa es la primera buena noticia que oigo.

-¡Vamos, eres el heredero de César!

-*Quintaces!* -gruñó Antonio, irritado.

-No es el heredero de César -explicó Lepido-. Lo es Cayo Octavio. Ya sabes, el sobrino nieto. El afeminado.

-¡Por Júpiter! -dijo Dolabela-. ¿Qué vas a hacer?

-De momento quitarme de encima a los prestamistas con alguna evasiva y luego conseguir algo de dinero del Senado. Ahora que César ha muerto,

su decreto sobre quién puede y quién no puede sacar dinero del Erario tendrá que abolirse. Estás de acuerdo, Dolabela, espero.

-Totalmente -contestó Dolabela con entusiasmo-. Yo también debo dinero.

-¿Y yo qué? -preguntó Lepido con tono amenazador.

-Para empezar, serás pontífice máximo -dijo Antonio.

-Ah, eso le gustará a Junila. Puedo vender mi casa.

-¿Qué vamos a hacer con los asesinos? -preguntó Dolabela-. ¿Sabemos ya cuántos son?

-Veintitrés si contamos a Trebonio -contestó Antonio.

-¿Trebonio? Pero él...

-Se quedó fuera para evitar que yo entrara, y por tanto que entraras tú. En el interior no había lictores. Redujeron al viejo a carne picada. ¿Por qué no sabes nada de todo esto? Lepido viene de Veii, y sí lo sabe.

-Porque yo he estado encerrado en casa.

-Yo también, pero lo sé.

-Dejaos de discusiones -terció Lepido-. Conociendo a Cicerón, estoy seguro de que ya ha venido a verte. ¿Me equivoco?

-No te equivocas. Ahora es un hombre feliz. Quiere una amnistía para todos ellos -explicó Antonio.

-No y mil veces no -vociferó Dolabela-. No voy a permitir que el asesinato de César quede impune.

-Cálmate, Publio -dijo Lepido-. Piensa, hombre, piensa. Si no manejamos esto de la manera más pacífica posible, sin duda se desatará otra guerra civil, y eso es lo último que queremos. Tenemos que acabar cuanto antes con el funeral de César, lo cual implica convocar al Senado. Habrá que organizar una ceremonia oficial. ¿Has visto la muchedumbre del Foro? No están furiosos, pero su número aumenta por momentos. -Se puso en pie-. Vale más que vaya al Campo de Marte y despliegue a mis hombres. ¿Cuándo se reunirá el Senado? ¿Dónde?

-Mañana al amanecer, en el templo de Tellus -respondió Antonio-. No habrá peligro.

-¡Pontífice máximo! -exclamó Lepido, complacido. Ya en la puerta, añadió-: ¿No es extraño? Cuando hablamos en Micena de las diversas maneras de morir, él dijo que le daba igual una u otra siempre y cuando fuera rápida. Me alegro de que su deseo se haya cumplido. ¿Os imagináis a César muriendo lentamente?

-Antes se habría arrojado sobre su espada -contestó Dolabela, malhumorado, y parpadeó para enjugarse las lágrimas-. Lo echaré de menos.

-Según me ha contado Cicerón, los «Libertadores», como se hacen llamar los asesinos por increíble que parezca, han perdido los nervios -dijo Antonio-. Por eso debemos tomárnoslo con calma. Cuanto más los persigamos, más podrían enfurecerse hombres como Décimo Bruto; él puede ponerse al frente de un ejército. Tranquilo, Dolabela, tranquilo.

-De momento -fue lo único que Dolabela estuvo dispuesto a prometer-. A la menor oportunidad, Antonio, lo pagarán.

A Cicerón le complacía todo excepto la patética intervención oratoria de los Libertadores. Dos veces había convencido a Bruto para que hablara ese día, la primera desde la tribuna de Foro, la segunda desde la escalinata del templo. ¡Un necio inútil y lastimero! Cuando no divagaba sobre las tierras de propietarios particulares cedidas a los veteranos, por más que él amara a los veteranos, mantenía que los Libertadores no habían violado el juramento de salvaguardar a César, porque esos juramentos no eran válidos. ¡Oh, Bruto, Bruto! Cicerón anhelaba intervenir, pero el instinto de supervivencia se imponía y le hacía guardar silencio. También, a decir verdad, sentía cierta decepción por no haber sido incluido antes en la conspiración. Si él hubiera estado al corriente, no se habría producido aquel caos, y la mayoría de la Primera Clase no estaría ahora encerrada en sus casas del Palatino por miedo a la revolución y al asesinato.

Lo que hizo fue dedicar mucho tiempo a hablar con Antonio, Dolabela y Lepido, induciéndolos con delicadeza a admitir que, al fin y al cabo, el asesinato del dictador César no era el peor crimen jamás cometido.

Cuando el Senado se reunió en el templo de Tellus en las Carinas, al amanecer del segundo día tras la muerte de César, los Libertadores no

asistieron; seguían en el templo de Júpiter óptimo Máximo, negándose a salir. Estaban allí la mayoría de los demás senadores, pero no Lucio César ni Calvino ni Filippo. Tiberio Claudio Nerón abrió la sesión solicitando que se concediera a los Libertadores honores especiales por liberar a Roma de un tirano, lo cual provocó gritos de indignación entre los *pedarii*.

-Siéntate, Nerón; nadie ha pedido tu opinión -dijo Antonio, y acometió un discurso muy razonable y moderado en el que informaba a los padres conscriptos acerca de cómo soplarían en adelante los vientos romanos desde el estrado curul: el hecho se había consumado, no se podía dar marcha atrás, y sí, había sido un error, pero no, no había duda de que los hombres que mataron a César eran tan honorables como patrióticos. Lo más importante, insistió Antonio, era que el gobierno prosiguiera su trabajo teniéndole a él, el cónsul superior Marco Antonio, al frente. Algunos miraron con asombro a Dolabela, pero éste se limitó a asentir.

-Eso es lo que quiero, y en eso debo insistir-dijo Antonio con tono práctico-. No obstante, es esencial que la Cámara corrobore las leyes y decretos de César, incluidos aquellos pendientes de aprobación.

Muchos entendieron lo que pretendía: que siempre que necesitara hacer algo, Antonio lo presentaría como un proyecto de César que éste no había llevado a cabo antes de morir. ¡Cuánto deseó Cicerón rebatírsele! Pero no podía; tenía que convertir su discurso en un alegato en favor de los Libertadores, quienes habían obrado con buena intención y de manera honorable, y había que disculpar el exceso de celo que los había llevado a eliminar a César. La amnistía era vital. Su única alusión a las leyes y decretos de César no promulgados llegó al final, cuando afirmó que no consideraba prudente aceptar aquello que César aún no había planteado.

La asamblea se disolvió después de resolver que el gobierno debía continuar bajo los auspicios de Marco Antonio, Publio Cornelio Dolabela y los pretores; y con un *senatus consultum* según el cual los Libertadores, todos ellos patriotas, debían quedar impunes.

Desde el templo de Tellus, los magistrados superiores, junto con Allo Hirtio, Cicerón y atrás treinta personas, fueron al templo de Júpiter óptimo Máximo. Allí Antonio informó a los Libertadores, sucios y sin afeitar, que

el Senado había decretado una amnistía general y se les eximía del castigo. Fue un alivio. Entonces todo el grupo subió a la tribuna del Foro y sus componentes se estrecharon las manos públicamente ante las miradas taciturnas de la multitud que observaba en silencio. Una multitud ni a favor ni en contra. Pasiva.

-Para consolidar nuestro pacto -dijo Antonio cuando abandonaba la tribuna-, propongo que cada uno de nosotros invite hoy a cenar a un Libertador. Casio, ¿serás mi convidado?

Lepido invitó a Bruto; Aulo Hirtio a Décimo Bruto; Cicerón a Trebonio, y así sucesivamente hasta que todos los Libertadores recibieron una invitación a cenar esa noche.

-¡No me lo puedo creer! -exclamó Casio a Bruto mientras subían por la Escalera Vestal-. Estoy totalmente libre.

-Sí -dijo Bruto con aire ausente. Acababa de recordar que quizá Porcia hubiera muerto. Desde que se había separado del esclavo para entrar en la Curia Pompeya era la primera vez que se acordaba de ella. Pero, claro, estaba viva. Si hubiera muerto, Cicerón se lo habría dicho.

Servilia lo recibió poco más allá de la portería, allí plantada como debió de estarlo Clitemnestra después de matar a Agamenón. Sólo le faltaba el hacha. Una Clitemnestra, eso es mi madre.

-He encerrado bajo llave a tu esposa -le dijo a modo de saludo.

-¡Madre, no puedes hacer eso! Ésta es mi casa -se quejó él.

-Ésta es mi casa, Bruto, y lo será hasta el día en que me muera. Ese monstruoso súcubo no es asunto mío, aunque sea mi nuera. Te indujo a asesinar a César.

-He liberado a Roma de un tirano -dijo él, deseando con toda su alma recibir, al menos por una vez, un halago de ella. Deseos vanos, Bruto, eso nunca ocurrirá-. El Senado ha decretado una amnistía para los Libertadores, así que aún soy pretor urbano. Todavía conservo mi riqueza y mis propiedades.

Servilia se echó a reír.

-¿No irás a decirme que te has creído eso?

-Es un hecho, madre.

-El asesinato de César es un hecho, hijo mío. Los decretos senatoriales no valen siquiera el papel en que están escritos.

Décimo Bruto tenía tal caos en la cabeza que dudaba de su cordura. Eso significaba que estaba desquiciado. Que había sentido el pánico: ¡Pánico! ¡Él, Décimo junio Bruto, presa del pánico! Él, veterano de muchas batallas, de muchas situaciones con peligro de muerte, había contemplado el cadáver de César y se había dejado llevar por el pánico. Él, Décimo junio Bruto, había huido.

Ahora iba a cenar con otro veterano de la guerra de las Galias: el guerrero amanuense Aulo Hirtio, tan bueno con la pluma como con la espada, indiscutiblemente el seguidor más leal de César. Al año siguiente Hirtio sería cónsul con Vibio Pansa si se cumplía el dictado de César. Pero Hirtio es un campesino, un don nadie. Yo soy Junio Bruto, un Sempronio Tuditano. La lealtad es algo que me debo en primer lugar y ante todo a mí mismo. Y a Roma, naturalmente, de más está decirlo. Maté a César porque estaba arruinando la Roma de mis antepasados, creando una Roma que ninguno de nosotros quería. ¡Décimo, deja de engañarte! ¡Estás volviéndote loco! Mataste a César porque era tan superior a ti que te diste cuenta de que la única manera de que los hombres llegaran a recordar tu nombre era matándolo. Ésa es la verdad. Saldrás en los libros de historia gracias a César.

Le fue difícil mirar a Hirtio a los ojos, de un color indefinido entre gris, azul y verde, de expresión tranquila pero severa; la severidad era lo que predominaba, pero Hirtio le tendió la mano cordialmente y lo hizo pasar a su acogedora casa, comprada, como la de Décimo, con la parte del botín de la Galia Trasalpina. Cenaron solos, un gran alivio para Décimo, que temía la presencia de otros.

Finalmente, una vez retirado el último plato y desaparecidos los criados, quedando sólo el agua y el vino, Hirtio se volvió en su lado del triclinio para ver a Décimo con mayor comodidad.

-Os habéis metido en un buen lío -dijo mientras servía vino sin aguar.

-¿Por qué dices eso, Aulo? Los Libertadores hemos sido amnistiados. Las cosas seguirán como siempre.

-Me temo que no. Se han puesto en marcha cosas que no pueden seguir igual porque no existían. Son completamente nuevas. Sobresaltado, Décimo derramó un poco de vino. -No te entiendo.

-Acompáñame y te lo enseñaré.

Hirtio bajó los pies del triclinio y los enfundó en unas zapatillas sin talón.

Perplejo, Décimo lo siguió. Atravesaron el atrio y salieron a la galería, que tenía una excelente vista de la parte baja del Foro. El sol aún no se había puesto y se veía claramente la muchedumbre. Hasta donde llegaba la vista, masas y masas de gente, allí de pie, casi sin moverse, casi sin hablar.

-¿Y? -preguntó Décimo.

-Hay allí muchas mujeres, pero mira a los hombres. Míralos con atención. ¿Qué ves?

-Hombres -contestó Décimo, cada vez más perplejo.

-Décimo, ¿de verdad ha pasado tanto tiempo? ¡Míralos! La mitad de los hombres de esa multitud son soldados viejos, los antiguos soldados de César. Viejos como soldados, si bien no por su edad. Tienen veinticinco, treinta, treinta y cinco años, pero no más. Viejos y sin embargo aún jóvenes. Por toda Italia corre la voz de que César ha sido asesinado, y han venido a Roma para su funeral. Millares de ellos. La Cámara ni siquiera ha fijado una fecha para el funeral todavía, pero fíjate cuántos hay ya. Cuando el cuerpo de César sea incinerado, los hombres de Lepido estarán en clara inferioridad numérica. -Estremeciéndose, Hirtio se dio media vuelta-. Hace frío. Volvamos a entrar.

De nuevo en el triclinio, Décimo se bebió de un trago media jarra de vino y luego miró a Hirtio con serenidad.

-¿Quieres mi sangre, Aulo?

-Lamento mucho la muerte de César -contestó Hirtio-. Era mi amigo y benefactor. Pero no se puede volver atrás. Si los que quedamos no nos unimos, habrá otra guerra civil, y eso Roma no puede permitírselo. -Hirtio suspiró y prosiguió-. Pero somos gente educada, rica, privilegiada y hasta cierto punto objetiva. Tenéis que preocuparos de los veteranos, Décimo, no de hombres como yo o Pansa, por más que amáramos a César. Yo no quiero

tu sangre, pero los veteranos sí la querrán. Y si los veteranos la quieren, quienes ocupan el poder tendrán que complacerlos. En cuanto los veteranos empiecen a reclamar vuestra sangre, lo mismo hará Marco Antonio.

Décimo sintió un sudor frío.

-Exageras.

-No, no exagero. Tú serviste con César. Sabes lo que sentían sus soldados por él. Era amor puro y simple. Incluso los sublevados. En cuanto acabe el funeral, se pondrán violentos, y también Antonio. O si no Antonio, algún otro con poder. Dolabela, por ejemplo, o Lepido, esa escurridiza anguila. O alguien que no tenemos en cuenta porque ha estado esperando entre bastidores.

Décimo bebió más vino y se sintió mejor.

-Me quedaré en Roma -masculló, casi para sí.

-Dudo que te dejen quedar en Roma. El Senado renegará de la amnistía porque lo exigirán el pueblo y los veteranos. El pueblo llano adoraba también a César; él era uno de ellos. Y cuando llegó a la cumbre no los olvidó, siempre tuvo unas palabras de ánimo para ellos, siempre se detuvo a escuchar sus quejas. ¿Qué significa el concepto abstracto de libertad política para un hombre o una mujer de Subura. Décimo, dímelo? Sus votos ni siquiera cuentan en la elección de las centurias o la Asamblea de la Plebe. César era uno de ellos. Ninguno de nosotros lo ha sido nunca ni lo será.

-Si me marchó de Roma, será como admitir que obré mal.

-Es cierto.

-Antonio es fuerte. Nos ha tratado con bastante decencia.

-Décimo, no confíes en Marco Antonio.

-Tengo muy buenas razones para confiar en él -dijo Décimo, sabiendo que Hirtio no conocía el hecho de que Marco Antonio había participado en el asesinato de César.

-Creo que quiere protegeros, sí. Pero el pueblo y los veteranos no se lo permitirán. Además, Antonio quiere el poder de César, y cualquier hombre que aspira a eso se arriesga a correr la misma suerte que César. Este asesinato ha sentado un precedente. Antonio empezará a temer que pueda

ser el siguiente en caer. -Hirtio se aclaró la garganta-. No sé qué hará, pero sea lo que sea, te lo aseguro: no beneficiará a los Libertadores.

-Insinúas que los Libertadores deberían encontrar excusas legítimas y honrosas para abandonar la ciudad -dijo Décimo-. Para mí eso es fácil. Puedo marcharme a mi provincia de inmediato.

-Puedes ir. Pero no conservarás durante mucho tiempo la Galia Trasalpina.

-¡Tonterías! La Cámara ha decidido que las leyes y decretos se respetarán, y el propio César me encargó el gobierno de la Galia Trasalpina.

-Créeme, Décimo, conservarás tu provincia siempre y cuando les convenga a Antonio y Dolabela.

En cuanto Décimo Bruto hubo llegado a su casa, se sentó para escribir apresuradamente a Bruto y Casio, y les contó lo que le había dicho Hirtio; de nuevo presa del pánico, les anunció que tenía intención de abandonar Roma e Italia e irse a su provincia.

Mientras escribía, la carta se hacía cada vez más confusa. Décimo vaticinaba atropelladamente que los Libertadores huirían en masa a Chipre o a las más remotas regiones de la Cantabria Hispánica. ¿Qué podían hacer sino escapar?, preguntó. No contaban con un general como Pompeyo Magno que los guiara, y ninguno de ellos tenía influencia en las legiones o en soberanos extranjeros. Tarde o temprano los declararían enemigos públicos, y eso les costaría la ciudadanía y la cabeza, o como mínimo los procesarían y mandarían al exilio perpetuo sin rentas de qué vivir. En medio de tales augurios, Décimo les rogaba que intentaran convencer a Antonio de que ningún Libertador aspiraba al gobierno ni pretendía matar a los cónsules.

Acababa sugiriéndoles que los tres se reunieran en la quinta hora de la noche en un lugar a convenir.

-Así pues, se reunieron en casa de Casio y hablaron en susurros y con los postigos cerrados por si algún criado sentía curiosidad. Bruto y Casio se quedaron atónitos ante la magnitud de la obsesión de Décimo y por tanto dudaron que supiera lo que decía. Quizás, insinuó Casio, Hirtio tenía sus propias razones para intentar asustarlos de tal modo que abandonaran Roma

admitiendo con ello que habían cometido un crimen. Así que no, Bruto y Casio no se irían de Roma, y se negaban a reunir sus activos disponibles.

-Haced lo que queráis -dijo Décimo, poniéndose en pie-. Tanto si os vais como si os quedáis, me tiene sin cuidado. Yo me voy a mi provincia en cuanto lo tenga todo preparado. Si estoy bien atrincherado en la Galia Trasalpina, quizás Antonio y Dolabela decidan dejarme en paz. Aunque creo que, para mi propia seguridad, reclutaré allí tropas en secreto entre los veteranos. Por si acaso.

-¡Oh, esto es terrible! -dijo Bruto a Casio cuando Décimo se hubo marchado-. Mi madre me ha condenado; Porcia no ha pronunciado ni dos palabras coherentes... ¡Casio, se nos ha acabado la suerte!

-Décimo está equivocado -afirmó Casio con aplomo-. Fui yo quien cenó con Antonio, así que puedo asegurarte que está muy equivocado. Me sorprendió la euforia de Antonio ante el fin de César. Le brillaron los dientes al sonreír-. Excepto, claro está, por el contenido de su testamento.

-¿Irás mañana a la sesión del Senado? -preguntó Bruto.

-Por supuesto. De hecho, debemos ir todos. Y no te preocupes, Décimo también estará allí, estoy seguro.

Lucio Piso había convocado la Asamblea para hablar del funeral de César. Al entrar con actitud vacilante en el decrepito interior del templo de Tellus, los Libertadores no encontraron una manifiesta hostilidad, pero ninguno de los miembros de los bancos traseros se acercó a ellos, para evitar tocarlos. Las exequias de César se fijaron para dos días más tarde; el vigésimo segundo día de marzo.

-Así sea-dijo Piso, y miró a Lepido-. Marco Lepido, ¿está segura la ciudad?

-La ciudad está segura, Lucio Piso.

-¿Y no es hora, pues, de que leas el testamento de César públicamente, Piso? -preguntó Dolabela-. Tengo entendido que contiene un legado público.

-Vayamos a la tribuna del Foro -propuso Piso.

De común acuerdo, la Cámara se levantó y se encaminó hacia la tribuna en medio de un mar de gente. Amilanado, atormentado y tembloroso,

Décimo vio cuánta razón tenía Aulo Hirtio: muchos de los presentes eran soldados veteranos, ese día aún más numerosos que el anterior. Se hallaban también los asiduos profesionales del Foro, hombres que conocían las caras más destacadas de la Primera Clase. Cuando Bruto y Casio subieron a la tribuna con Antonio y Dolabela, los asiduos del Foro cuchichearon a sus vecinos peor informados. Se alzó un murmullo de desaprobación, cuyo volumen fue aumentando con un tono amenazador. Dolabela, Antonio y Lepido hicieron ostentosos gestos de amistad hacia Bruto, Casio y Décimo Bruto, hasta que al final el murmullo hostil cesó.

Lucio Calpurnio Piso leyó íntegramente el testamento de César. No sólo nombraba a Cayo Octavio heredero, sino que además lo adoptaba formalmente como hijo suyo, que debía ser reconocido en adelante como Cayo Julio César. Entre la muchedumbre surgieron exclamaciones de asombro. Nadie sabía quién era el tal Cayo Octavio, y los asiduos del Foro pudieron informar de sus orígenes pero no describir su apariencia. Cuando se mencionó a Décimo Bruto como heredero menor, se oyó otro gruñido de la multitud, pero Piso pasó ágilmente al legado de mayor interés: trescientos sestercios a cada ciudadano romano, y uso público de los jardines al otro lado del Tíber. La noticia fue acogida con un alarmante silencio. No hubo vítores ni aplausos, nadie lanzó objetos al aire. Cuando Piso concluyó anunciando la fecha del funeral, el Senado se alejó rápidamente de la tribuna, escoltado cada miembro por seis soldados de Lepido.

Fue como si el mundo entero aguardara el funeral de César, como si nadie en Roma, hombre o mujer, estuviera dispuesto a emitir un juicio hasta que terminaran las exequias de César. Incluso cuando al día siguiente Antonio comunicó al Senado en el templo de Júpiter Stator que suprimía permanentemente de la constitución el cargo de dictador, sólo Dolabela reaccionó con entusiasmo. Apatía, apatía por todas partes. Y la muchedumbre iba aumentando más y más. Al anochecer, todo el Foro y las calles adyacentes estaban iluminadas con faroles y fogatas. Los preocupados vecinos de las ínsulas cercanas no durmieron por miedo al fuego.

Fue un alivio, pues, cuando empezó el día del funeral.

Se había erigido un santuario especial en una zona al aire libre del Foro, a corta distancia de la *Domus Publica* y de la pequeña *aedes* redonda de Vesta. Era una réplica exacta pero más pequeña del templo de Venus Genetrix en el Foro de César, y estaba hecha de madera pintada a imitación del mármol. En lo alto había una plataforma, a la que se accedía por unos peldaños laterales, sostenida por unas columnas.

Tras un prolongado debate en el Senado, Lucio César y Lucio Piso, encargados de los preparativos fúnebres, habían decidido que la tribuna del Foro era un lugar demasiado peligroso para la exhibición pública del cadáver y el panegírico. La zona media del Foro era más segura. Desde allí, el cortejo fúnebre podía doblar por el Vicus Tuscus y el Velabrum sin atravesar la muchedumbre. En cuanto llegara al Circus Flaminius, la procesión lo recorrería; como las gradas tenían capacidad para cincuenta mil espectadores, los ciudadanos de Roma dispondrían de una buena oportunidad para llorar a su hijo más querido: Y de allí el cortejo se dirigiría al Campo de Marte, donde serían incinerados los restos, en una pira alimentada por maderas y sustancias aromáticas adquiridas a costa del Estado y traídas en varios centenares de carromatos.

La procesión se inició en las inmediaciones de los pantanos de Palus Ceroliae, donde había espacio para que se congregara la multitud. El féretro de César se uniría al cortejo cuando éste pasara por la *Domus Publica*. Los dos mil soldados de Lepido impedían que la muchedumbre accediera a la Sacra Via y acordonaban el amplio espacio donde tendría lugar el panegírico y se instalaría el público preferente.

Cincuenta carros negros y dorados tirados por pares de caballos negros llevaron a los actores con máscaras de cera que representaban a los antepasados de César -desde Venus, Eneas y Marte hasta sus tíos políticos Cayo Mario y Lucio Cornelio Sila pasando por Julio y Rómulo- desde la Velli hasta el santuario elevado sobre una plataforma, ante el que se agruparon formando un triple semicírculo. Cien de los varios centenares de carromatos cargados con incienso, mirra, nardo y otras muchas sustancias aromáticas caras y combustibles se alinearon detrás de los carros aislándolos de la multitud, y una apretada fila de soldados se dispuso a lo

largo de los carromatos para crear una barrera más. Entre la procesión que descendía desde la Velia iban las plañideras profesionales que, vestidas con túnicas negras, no cesaban de golpearse el pecho, de mesarse los cabellos profiriendo lamentos y entonando cantos fúnebres.

Nunca se había congregado una multitud tan grande desde la famosa reunión de Saturnino. Cuando César apareció en su féretro a través de las puertas del vestíbulo de los reyes, se oyó un lamento, un suspiro, un temblor como de un millón de hojas. Lucio César, Lucio Piso, Antonio, Dolabela, Calvino y Lepido, todos ellos con túnicas y togas negras, portaban el ataúd. A su paso, la muchedumbre se abría y luego se cerraba tras él. Los soldados que acordonaban el cerco de carromatos empezaron a cruzar miradas de inquietud, al notar que los carromatos comenzaban a temblar y crujir a sus espaldas a causa de la inexorable presión del gentío. Contagiaron su preocupación a los caballos de los carros, que estaban cada vez más nerviosos, y que a su vez hacían tambalearse a los actores.

César iba sentado con la espalda apoyada contra los almohadones negros del féretro. Lucía todo el esplendor de sus galas pontificales, con la corona cívica en la cabeza, el semblante sereno y los ojos cerrados. Avanzaba en alto como un poderoso rey, ya que sus seis portadores eran de una estatura imponente y parecían los grandes nobles que eran.

Los portadores subieron ágilmente los peldaños, manteniendo el féretro en posición horizontal. A continuación lo colocaron en la plataforma para que César quedara a la vista de todos.

Marco Antonio fue a la parte delantera de aquel templo improvisado y contempló aquel mar de gente, notando con aprensión la presencia de muchos judíos con sus tirabuzones y barbas, de extranjeros de todas las procedencias... y de los veteranos, que habían decidido prenderse una ramita de laurel en las togas negras. Lo que siempre había sido una multitud de blanco vestida, ya que los romanos acudían togados a los actos públicos, se había convertido en una muchedumbre negra. Muy adecuado, pensó Antonio, dispuesto a pronunciar el mejor discurso de su vida ante el público más numeroso que había tenido un orador desde Saturnino.

Pero no llegó a pronunciarlo. Antonio sólo consiguió decir las palabras iniciales invitando a Roma a guardar luto por César. Gritos de terrible dolor surgieron de incontables gargantas, y el gentío se movió como por efecto de una convulsión. Los de la primera fila empujaron los cientos de carromatos cargados de sustancias aromáticas; asustados, los caballos se encabritaron y los actores huyeron en desbandada. De pronto volaron por el aire pedazos de madera, cortezas de árbol, trozos de resina que iban siendo lanzados sobre la plataforma y dentro y alrededor del santuario. Los portadores del féretro, incluido Antonio, lo abandonaron de inmediato y corrieron hacia la *Domus Publica*.

Alguien lanzó una antorcha, y se alzó una columna de llamas. Al igual que su hija antes que él, César ardió por voluntad del pueblo, no por un decreto del Senado.

Y después de muchos días de silencio, la multitud pidió a gritos la sangre de los Libertadores.

«¡Matadlos! ¡Matadlos! ¡Matadlos!», repetían una y otra vez.

Sin embargo, no se produjeron alborotos. Mientras clamaban por la sangre de los Libertadores, las masas contemplaron cómo la plataforma, el féretro y el santuario se convertían en una nube de fuego, y nadie se movió hasta que el resplandor se hubo extinguido y toda Roma quedó impregnada por el embriagador olor de las sustancias aromáticas quemadas.

Sólo entonces la indignación estalló en forma de violencia. Haciendo caso omiso a los soldados de Lepido, la muchedumbre corrió en todas direcciones en busca de víctimas. ¡Libertadores! ¿Dónde están los Libertadores? ¡Muerte a los Libertadores! Muchos subieron hacia el Palatino, hacia los estrechos callejones bordeados de hileras de casas anónimas cuyas puertas estaban cerradas, de modo que nadie sabía en cuál de ellas vivía un Libertador. Un asiduo del Foro, enloquecido de dolor, vio a Cayo Helvio Cina, senador y poeta, correr como un poseso, y lo confundió con el otro Cina, Lucio Cornelio Cina, que en otro tiempo había sido yerno de César y de quien se rumoreaba que era uno de los Libertadores. Inocente de todo crimen, Helvio Cina fue literalmente hecho pedazos.

Al anochecer, y sin ninguna otra presa a la vista, la muchedumbre, llorosa y afligida, se dispersó.

El Foro Romano quedó desierto bajo un manto de humo dulzón.

Por la mañana, los miembros del servicio funerario fueron a buscar las cenizas de César y guardaron los pequeños fragmentos de hueso chamuscado en una urna de oro con piedras preciosas engastadas.

Y al día siguiente el amanecer reveló que los restos ennegrecidos de lo que habían sido el santuario y la plataforma se hallaban cubiertos de pequeños ramos de flores de primavera, muñecas y pelotas de lana. Pronto esas ofrendas formaron una capa de más de treinta centímetros. Las flores las dejaban las mujeres; las muñecas, los ciudadanos de Roma; y las pelotas, los esclavos. Estas ofrendas tenían un significado religioso específico y demostraban hasta qué punto el amor a César estaba presente en todos los estratos de la ciudad. De las cinco Clases sólo la Primera no lo amaba mayoritariamente. Y el censo por cabezas, demasiado miserable incluso para formar una Clase, era el que más lo amaba. Los esclavos ni siquiera tenían cabezas que contar, de ahí las pelotas, pero había tantas pelotas de lana como muñecas.

¿Quién puede decir por qué unos hombres son amados y otros no? Para Marco Antonio, furioso, era un misterio que no tenía esperanzas de resolver, pero si se lo hubiera preguntado a Aulo Hirtio, éste le habría dicho que todo aquel que posaba la mirada en César lo recordaba, que César irradiaba una poderosa fuerza de atracción imposible de definir, y que quizás era simplemente la personificación del héroe legendario.

Antonio, encolerizado, ordenó que se retiraran las flores, las muñecas y las pelotas, pero resultó inútil. Cada vez que las quitaban, el lugar volvía a cubrirse de esos obsequios, el doble de numerosos. Desconcertado, Antonio tuvo que desistir, cerrar los ojos a los cientos y cientos de personas que siempre rondaban el lugar donde César había sido incinerado, para rezarle y hacerle ofrendas.

Tres días después del funeral, la luz del amanecer reveló un magnífico altar de mármol allí donde César había ardido, y las flores, muñecas y pelotas se extendieron por todo el Foro hasta la tribuna.

Ocho días después del funeral, junto al altar se alzaba una columna de mármol blanco proconesio de seis metros de altura. Había sido erigida en la oscuridad de la noche. Los soldados de Lepido sostenían no haber visto nada; también ellos amaban a César. César, que era venerado como un dios por casi toda Roma.

Lucio César no se quedó en Roma para presenciar aquello. Con los miembros doloridos, subió con dificultad a una litera y partió hacia su villa cercana a Neapolis. De camino visitó a Cleopatra.

En el palacio habían desaparecido ya casi todos los muebles, y sólo se veían las paredes de piedra pulida y unas cajas de madera en el sur: las barcas estaban trasladando los enseres río abajo hacia Ostia.

¿Estás enfermo, Lucio? -preguntó Cleopatra con inquietud.

-Mi enfermedad es del espíritu, Cleopatra. Simplemente no soporto estar en una ciudad que permite a dos asesinos flagrantes envueltos en togas orladas de púrpura seguir ejerciendo de pretores...

-Bruto y Casio. Pero creo que aún no han reunido el valor necesario para continuar realizando sus tareas pretorianas.

-No se atreverán hasta que los veteranos hayan abandonado Roma. ¿Te has enterado de la muerte del pobre Helvio Cina? Piso está desolado.

-Lo confundieron con el otro Cina. Sí. ¿Era el otro Cina realmente uno de los asesinos?

-¿Ese ingrato? No. Se limitó a agradecer el fin de su exilio arrancándose la insignia de pretor en público porque se la había concedido César.

-Es el fin de todo, ¿no? -preguntó Cleopatra.

-El fin, o un principio.

-Y César adoptó a Cayo Octavio. -Se estremeció-. Ésa fue una medida inteligente, Lucio. Cayo Octavio es muy peligroso.

Lucio se echó a reír.

-¿Un muchacho de dieciocho años? No lo creo.

-Lo sería también a los ocho o a los ochenta.

Se la nota desolada pero conserva la entereza, pensó Lucio. Creció en un ambiente cruel. Sobrevivirá.

-¿Dónde está Cesarión? -preguntó Lucio.

-Se ha ido con sus doncellas y Hapd'efan'e. No es prudente que dos Tolomeos viajen a bordo del mismo barco, o ni siquiera de la misma flota. Viajaremos separados. Yo esperaré otras dos *nundinae*. Carmian e Iras se han quedado, y Servilia viene a visitarme. ¡No sabes cuánto sufre, Lucio! Culpa a Porcia de que Bruto tomara parte en el asesinato, y probablemente con razón. Pero es la muerte de César lo que la consume. Lo amó más que nadie.

-¿Más de lo que tú lo amaste?

-¿En pasado? No, siempre en presente. El amor de Servilia es distinto del mío. Yo debo cuidar de un país, y del hijo de César.

¿Volverás a casarte?

-Tendré que hacerlo, Lucio. Soy faraona, debo tener descendencia para el Nilo y para mi pueblo.

Así que Lucio Julio César siguió hacia Neapolis, y su dolor por la pérdida de César se hizo aún más agudo que en los primeros momentos. Matio tiene razón. Si César, con todo su genio, no pudo encontrar una salida a esta situación, ¿quién queda para intentarlo? ¿Un muchacho de dieciocho años? Nunca. Los lobos de la Primera Clase de Roma reducirán a Cayo Octavio a pedazos aún más pequeños que en los que quedó reducido Helvio Cina a manos del populacho. Nosotros, los de la Primera Clase, somos nuestros peores enemigos.

IX

EL HEREDERO DE CÉSAR

Desde abril hasta diciembre del 44 a. C.

Capítulo 1

Los legados, los tribunos militares y los prefectos de todos los rangos, incluso los *contubernales* -puesto que procedían de familias con influencia o se habían distinguido de algún modo-, no estaban sujetos a las restricciones y la disciplina que regían la vida de los soldados y sus centuriones. Tenían, por ejemplo, el derecho a dejar el servicio militar en cualquier momento.

Así, a su llegada a Apolonia a principios de marzo, Cayo Octavio, Marco Agripa y Quinto Salvidieno no se vieron obligados a vivir en el enorme campamento de tiendas de campaña de cuero que se extendía desde Apolonia en dirección norte hasta Dirraquio. Las quince legiones que César había reunido para su campaña se dedicaban a sus obligaciones, ajenas a la presencia de los hombres de clase alta que después asumirían el mando en las batallas, un mando que en ocasiones era puramente nominal. Excepto en el combate, unos y otros rara vez se encontraban.

Para Octavio y Agripa, el alojamiento no ofrecía ninguna dificultad. Fueron a la casa de Apolonia reservada para César y se instalaron en una habitación pequeña y poco deseable. El paupérrimo Salvidieno, ocho años mayor que ellos, que no conocía muy bien sus responsabilidades ni su rango mientras César no los definiera, se presentó ante el general de intendencia, Publio Ventidio, que le asignó una habitación en una casa alquilada para los tribunos militares subalternos cuyos pocos años no les permitían ser elegidos tribunos de los soldados. El problema fue que en la habitación había ya un ocupante, otro tribuno militar inferior llamado Cayo Mecenas, que fue a ver a Ventidio y le comunicó que no quería compartir su habitación ni su vida con otro hombre, y menos con un picentino.

Ventidio, de cincuenta años, era también picentino, y tenía una historia personal mucho más ignominiosa que la de Salvidieno. De niño había

participado como cautivo en un desfile triunfal con el que el padre de Pompeyo Magno había celebrado sus victorias contra los itálicos en la guerra de Italia. Su infancia como huérfano a partir de ese punto había consistido en una calamidad tras otra, y sólo el matrimonio con una viuda rica de Rosea Rura le había permitido ascender. Como en Rosea Rura se criaban las mejores mulas del mundo, se dedicó al negocio de criar y vender mulas para el ejército a generales como Pompeyo Magno. De ahí le venía el desdeñoso apodo de Mullo, "el mulero". Sin educación ni la familia adecuada, había codiciado en vano un mando militar, presintiendo que era capaz de capitanear una tropa. Cuando César cruzó el Rubicón, éste lo conocía ya bien; Ventidio se unió a la causa de César y aguardó su oportunidad. Por desgracia César prefirió asignarle responsabilidades de intendente a darle el mando de una legión, pero él se entregó a este trabajo organizativo con adusta eficiencia. Ya fuera regular las vidas de los tribunos militares inferiores o repartir comida, equipo y armas a las legiones, Publio Ventidio cumplió bien su cometido, albergando aún la esperanza de llegar a general. La ocasión se acercaba. César le había prometido una pretoría para el año siguiente, y los pretores ocupaban el mando en los ejércitos, no servían como intendentes.

Comprensiblemente, cuando Cayo Mecenas, rico y privilegiado, acudió a quejarse por el hecho de que un insignificante picentino se instalara en su habitación, Ventidio no se dejó impresionar.

-La respuesta es sencilla, Mecenas -dijo-. Haz lo que hacen otros en la misma situación: alquila una casa a tu propia costa.

-¿Crees que no lo haría si hubiera alguna que alquilar? -replicó Mecenas-. ¡Mis criados están viviendo en una casucha!

-Mala suerte -respondió Ventidio sin contemplaciones.

La reacción de Mecenas ante esta falta de cooperación oficial fue la propia de un joven rico y privilegiado: no podía impedir la entrada a Salvidieno, pero tampoco estaba dispuesto a dejarle mucho espacio.

-De modo que estoy viviendo en la quinta parte de una habitación en la que hay sitio suficiente para dos tribunos -dijo Salvidieno, disgustado, a Octavio y a Agripa.

-Me sorprende que no lo hayas obligado a quedarse en su mitad, le guste o no -comentó Agripa.

-Si lo hago, irá directo al tribunal de legados y me acusará de crear problemas, y no puedo permitirme una reputación de persona conflictiva. No conocéis a ese Mecenas: tiene contactos en todas las altas esferas.

-Mecenas -repitió Octavio pensativamente-. Un nombre extraordinario. Diría que se remonta a los etruscos. Tengo curiosidad por conocer a ese Cayo Mecenas.

-Una magnífica idea -convino Agripa-. Vamos.

-No -dijo Octavio-, preferiría ocuparme yo personalmente. Vosotros dos podéis dedicar el día a pasear o ir a comer al campo.

Así pues, cuando Cayo Octavio entró solo en la habitación de uno de los edificios destinados a los tribunos militares subalternos, Cayo Mecenas apartó la vista de la hoja que estaba escribiendo con cara de perplejidad.

Las cuatro, quintas partes del espacio contenían los enseres de Mecenas: una buena cama con un colchón de plumas, casilleros portátiles llenos de pergaminos enrollados y papeles, una mesa de nogal con taracea de excelente marquetería, una butaca a juego, un triclinio y una mesa baja para comer, una consola para el vino, el agua y tentempiés, un camastro para su ayuda de cámara y una docena de grandes baúles de madera y hierro.

El dueño de todo aquello tenía un aspecto muy poco marcial. Mecenas era bajo, regordete y feo; vestía una túnica de un caro tejido de lana y calzaba unas zapatillas de fieltro. Tenía el cabello oscuro y lo llevaba exquisitamente cuidado, sus ojos eran oscuros, y en sus húmedos labios rojos se veía un mohín permanente.

-Saludos -dijo Octavio, sentándose en un baúl.

Obviamente, Cayo Mecenas advirtió a simple vista que se encontraba ante un igual, ya que se levantó con una sonrisa de bienvenida.

-Saludos. Yo soy Cayo Mecenas.

-Y yo Cayo Octavio.

-¿De los Octavios cónsules?

-La misma familia, sí, pero de una rama distinta. Mi padre murió siendo pretor cuando yo tenía cuatro años.

-¿Vino? -ofreció Mecenás.

-Gracias, pero no. No bebo vino.

-Lamento no poder ofrecerte una silla, Octavio, pero tuve que sacar de la habitación mi silla para los invitados para dejar sitio a un palurdo picentino.

-¿Te refieres a Quinto Salvidieno?

-El mismo. ¡Bah! -dijo Mecenás con aversión-. No tiene dinero y sólo lo acompaña un criado. De él pocas aportaciones conseguiré para celebrar cenas decentes.

-César tiene un alto concepto de él -dijo Octavio como sin darle importancia.

-¿De un don nadie picentino? ¡Tonterías!

-Las apariencias engañan. Salvidieno capitaneó la carga de la caballería en Munda y ganó nueve *phalerae* de oro. Se unirá al séquito personal de César cuando nos pongamos en marcha. -¡Qué cómodo resultaba tener más información que los demás en cuestiones de mando!, pensó Octavio, cruzando las piernas y entrelazando los dedos en torno a una rodilla. Con delicadeza preguntó:- ¿Tienes experiencia militar?

Mecenás se sonrojó.

-Fui el *contubernalis* de Marco Bibulo en Siria -contestó.

-¡Ah, un republicano!

-No. Bibulo era amigo de mi padre, sencillamente -dijo Mecenás un tanto tenso-. Decidimos quedarnos al margen de la guerra civil, así que regresé de Siria a mi casa de Arretio. Sin embargo, ahora que Roma está más tranquila, tengo intención de dedicarme a la vida pública. Mi padre pensó que sería... esto... conveniente... que adquiriera más experiencia militar en una guerra extranjera. Así que aquí estoy -concluyó con displicencia-, en el ejército.

-Pero has empezado con mal pie -dijo Octavio.

-¿Con mal pie?

-César no es Bibulo. En su ejército, los altos rangos tienen pocos privilegios. Los legados superiores como su sobrino Quinto Pedio no viajan con el lujo que yo veo aquí. Seguramente tienes también una cuadra de

caballos, pero como César va a pie, los demás también caminan, incluso sus legados superiores. Un caballo para la batalla es obligatorio, pero tener más de uno está mal visto. Como también lo está un gran carromato lleno de pertenencias personales.

Los ojos húmedos de Mecenas permanecían fijos en aquel insólito joven con una expresión cada vez más aturdida, mientras su cara se iba sonrojando.

-¡Pero yo soy un Mecenas de Arretio! Mi ascendencia me obliga a poner de relieve mi posición.

-No en el ejército de César. Fíjate en su ascendencia.

-¿Quién te has creído que eres para criticarme?

-Un amigo a quien le gustaría ver que no sigues con mal pie -respondió Octavio-. Si Ventidio ha decidido que tú y Salvidieno debéis compartir habitación, continuaréis compartiéndola durante muchas lunas. La única razón por la que Salvidieno no te ha molido a palos es que no quiere ganarse la reputación de hombre conflictivo antes de iniciarse la campaña. Piénsalo bien, Mecenas -prosiguió Octavio en tono persuasivo-. En cuanto hayamos entrado en acción un par de veces, Salvidieno gozará aún más que ahora de la estima de César. Cuando eso ocurra, te molerá a palos. Quizá bajo tu blanda apariencia seas un gran militar, pero lo dudo.

-¿Tú qué sabes? ¡Eres sólo un niño!

-Sí, pero no ignoro qué clase de general, o de hombre, es César. Estuve con él en Hispania, ¿sabes?

-¡Un *contubernalis*!

-Exactamente. Y más importante aún, uno que conoce su lugar. No obstante, me gustaría que reinara la paz en nuestro pequeño rincón de la campaña de César, lo cual significa que tú y Salvidieno tendréis que aprender a llevaros bien. Salvidieno nos importa mucho. Tú eres un esnob mimado -comentó Octavio cordialmente-, pero por alguna razón me caes bien. -Señaló con la mano los centenares de pergaminos-. Por lo que veo, eres un hombre de letras, no de armas. Si sigues mi consejo, cuando llegue César, le solicitarás un puesto de secretario entre sus ayudantes personales.

Cayo Trebatio no viene con él, así que puedes ascender en la carrera pública como hombre de letras con la ayuda de César.

-¿Y tú quién eres? -preguntó Mecenas, desconcertado.

-Un amigo -contestó Octavio con una sonrisa, y se levantó-. Piensa en lo que te he dicho, es un buen consejo. Procura que tu riqueza y educación no te impulsen a despreciar a hombres como Salvidieno. Roma necesita a toda clase de hombres, y redundará en beneficio de Roma el que las distintas clases de individuos se toleren mutuamente sus rarezas y humores. Envía todos esos muebles a tu casa de Arretio, guarda sólo tu literatura y cédele a Salvidieno la mitad de la habitación. Sobre todo, no vivas como un sibarita en el ejército de César. No es tan estricto como Cayo Mario, pero es estricto.

Tras hacer una inclinación de cabeza, se marchó.

Cuando Mecenas recobró la respiración, contempló sus enseres a través de las lágrimas. Varias rodaron por sus mejillas cuando sus ojos se posaron en la cama grande y cómoda, pero Cayo Mecenas no era estúpido. Aquel encantador muchacho, Octavio, transmitía una extraña autoridad. No arrogancia, ni altivez, ni frialdad. Tampoco le había hecho la menor insinuación, pese a que era patente su alto grado de percepción del carácter humano y sin duda había adivinado que Cayo Mecenas, amante de las mujeres, era también amante de los hombres. Octavio no había hecho alusión a ello ni de palabra ni con la mirada, pero obviamente comprendía que la principal razón por la que Mecenas quería librarse de Salvidieno era la necesidad de intimidad más allá de su mera actividad literaria. En esta campaña tendría que conformarse con mujeres, sólo mujeres.

Así pues, cuando Salvidieno regresó unas horas más tarde, encontró la habitación despojada de enseres, y a Cayo Mecenas sentado ante una sencilla mesa plegable, su amplio trasero sobre una banqueta plegable.

Éste le tendió una cuidada mano.

-Te pido disculpas, mi querido Quinto Salvidieno -dijo Mecenas-. Si tenemos que convivir durante muchas lunas, será mejor que aprendamos a llevarnos bien. Soy débil pero no estúpido. Si te molesto, dímelo. Yo haré lo mismo.

-Acepto tus disculpas -respondió Salvidieno, quien también comprendía alguna que otra cosa respecto al comportamiento humano-. Te ha visitado Octavio, ¿verdad?

-¿Quién es? -preguntó Mecenas.

-El sobrino de César. ¿Te ha dado órdenes?

-Ah, no -dijo Mecenas-. Ése no es su estilo.

El hecho de que César no llegara a Apolonia hacia finales de marzo se atribuyó a los vientos equinocciales, que por entonces soplaban a rachas. En general se daba por supuesto que su flota había quedado inmovilizada en Brindisi.

En las calendas de abril, Ventidio hizo llamar a Cayo Octavio.

-Acaba de llegar esto para ti a través de un mensajero especial -dijo con tono de desaprobación. En la lista de prioridades de Ventidio, los simples cadetes no recibían cartas mediante mensajeros especiales.

Octavio cogió el pergamino -que llevaba el sello de Filipo- con un mal presentimiento que no tenía nada que ver con su madre ni con su hermana. Pálido, se desplomó sin pedir permiso en una silla junto a la mesa de Ventidio y miró al leal mulero con una impotente expresión de sufrimiento que hizo que Ventidio no le reprendiera.

-Lo siento, me han flaqueado las rodillas -dijo Octavio, y se humedeció los labios-. ¿Puedo abrir esto ahora, Publio Ventidio?

-Adelante. Probablemente no será nada -contestó Ventidio, malhumorado.

-No, son malas noticias sobre César. -Octavio rompió el sello, desplegó la única hoja y la leyó con esfuerzo. Al acabar, sin levantar la vista, se limitó a arrojar el papel sobre la mesa-. César ha muerto, ha sido asesinado.

Lo sabía antes de abrirla, pensó Ventidio, agarrando la carta. Tras leerla con incredulidad, miró a su receptor, horrorizado.

-Pero ¿por qué te la dan a ti, una noticia como ésta? ¿Y cómo lo sabías de antemano? ¿Eres adivino?

-Hasta ahora no lo era, Publio Ventidio. No sé por qué lo sabía.

-¡Por Júpiter! ¿Qué será de nosotros ahora? ¿Y por qué la noticia no se nos ha comunicado a mí o a Rabidio Póstumo? -Las lágrimas asomaron a

los ojos del mulero, que hundió el rostro entre los brazos y lloró con amargura.

Octavio se puso en pie, notando de pronto el silbido de su propia respiración.

-He de volver a Italia. Dice mi padrastro que me espera en Brindis. Lamento que la noticia me haya llegado a mí primero, pero quizás algún acontecimiento haya retrasado la notificación oficial.

-¡César, muerto! -exclamó Ventidio con voz ahogada-. ¡César, muerto! El mundo se ha acabado.

Octavio salió del despacho y del edificio y se dirigió a los muelles para alquilar un barco. Tras el breve paseo respiraba con dificultad, cosa que no le ocurría desde hacía meses. Vamos, Octavio, no puedes sufrir un ataque de asma ahora. César ha muerto y el mundo se acaba. Debo saberlo todo cuanto antes; no puedo quedarme aquí en Apolonia jadeando y dando boqueadas.

-Parto hoy hacia Brindis -anunció a Agripa, Salvidieno y Mecenas una hora más tarde-. César ha sido asesinado. Quien quiera acompañarme será bienvenido. He alquilado una embarcación con espacio suficiente. No habrá expedición a Siria.

-Yo te acompaño -dijo Agripa al instante, y salió de la sala común para guardar sus cosas en su único baúl y avisar a su único criado.

-Mecenas y yo no podemos marcharnos -dijo Salvidieno-. Tendremos trabajo que hacer si el ejército ha de quedarse aquí acampado. Quizá volvamos a reunirnos en Roma.

Salvidieno y Mecenas contemplaban a Octavio como si fuera un desconocido; había entrado resollando y con una sombra azul en torno a los labios, pero por lo demás, sereno.

-No tengo tiempo para tratar con Epidio y mis otros tutores -dijo Octavio, sacando una gruesa bolsa-. Ten, Mecenas, dale esto a Epidio y dile que envíe a todo el mundo a Roma.

-Se acerca una tormenta -dijo Mecenas con nerviosismo.

-Las tormentas nunca detuvieron a César. ¿Por qué habrían de detenerme a mí?

-No te encuentras bien -dijo Mecenias con resolución-, por eso.

-Esté en el Adriático o en Apolonia, no me encontraré bien, pero la enfermedad no detuvo a César, y no me detendrá a mí.

Se marchó a supervisar a los criados mientras llevaban su baúl, dejando a Salvidieno y Mecenias mirándose uno al otro.

-Está demasiado sereno -dijo Mecenias.

-Quizá tenga más de su tío de lo que parece a primera vista -comentó Salvidieno pensativamente.

-Ah, eso lo he sabido desde que lo conocí. Pero hace equilibrios en una cuerda floja que, según los libros de historia, César nunca hizo. ¡Los libros de historia! Es horrible, Quinto, pensar que ahora César esté relegado a los libros de historia.

-No te encuentras bien -dijo Agripa mientras se dirigían a los muelles con un viento de cara cada vez más fuerte.

-Ese tema está prohibido. Te tengo a ti, y con eso me basta.

-¿Quién se habrá atrevido a asesinar a César?

-Los herederos de Bibulo, Catón y los *boni*, imagino. No quedarán impunes. -Bajó la voz hasta un susurro inaudible para Agripa-. ¡Por Sol Indiges, Tellus y Liber Pater, juro que me vengaré!

La embarcación se adentró en el encrespado mar, y Agripa se convirtió en la niñera de Octavio, ya que Scylax, el ayuda de cámara de Octavio, sucumbió al mareo aun antes que su amo. Por lo que a Agripa se refería, Scylax podía morir, pero no sería ése el destino de Octavio. Entre las violentas arcadas y un ataque de asma que habían dado a su rostro una coloración morada grisácea, Agripa tuvo la impresión de que su amigo podía morir, pero no les quedaba más alternativa que navegar en dirección oeste hacia Italia; el viento y el mar insistían en empujarlos en esa dirección. En todo caso, Octavio no era un paciente exigente ni problemático. Simplemente yacía en el fondo de la embarcación, sobre una tabla para no estar en contacto directo con el agua sucia que ahí se había acumulado. Lo único que Agripa podía hacer por él era mantenerle el mentón en alto y la cabeza a un lado para que no aspirase el fluido casi transparente que vomitaba.

Agripa descubrió en sí mismo convicciones que no había conocido hasta el momento que aquel muchacho enfermizo solo unos meses menor que él no iba a morir, ni a desaparecer en las sombras, ahora que su poderoso tío no estaba allí para ayudarlo a ascender. En algún momento del futuro lejano, Octavio sería importante para Roma, cuando alcanzara la madurez y pudiera emular a los anteriores miembros de su familia incorporándose al Senado. Necesitará militares como Salvidieno y yo, necesitará un hombre de letras como Mecenas, y debemos estar con él para ayudarlo, pase lo que pase durante los años que transcurran entre este momento y la época en que Cayo Octavio ocupe su lugar. Mecenas es demasiado exaltado para ser un ayudante, pero en cuanto mejore el estado de Octavio voy a pedirle que me acepte como su primer ayudante, y aconsejaré a Salvidieno que sea su segundo ayudante.

Cuando Octavio trató de sentarse, Agripa lo cogió entre sus brazos y lo colocó allí donde, con débiles gestos, el joven le indicaba que respiraría más fácilmente, un *sagum* que lo protegía de la lluvia y de la espuma. Al menos, pensó Agripa, no será una larga travesía. Antes de que nos demos cuenta estaremos ya en Italia, y una vez ya en tierra firme el asma quizá no desaparezca, pero sí el mareo. ¿Quién había oído hablar de una enfermedad llamada asma?

Pero el lugar de desembarco fue una amarga decepción; la tormenta los había arrastrado hasta Barium, a casi cien kilómetros al norte de Brindisi.

A cargo de la bolsa de Octavio -ya que él no tenía dinero propio- Agripa pagó al dueño de la embarcación y llevó a su amigo a la orilla, dejando que Scylax lo siguiera con el propio criado de Agripa, Formión, quien para su amo representaba la diferencia entre la absoluta miseria y ciertas pretensiones de refinamiento.

-Debemos alquilar dos calesas y llegar a Brindisi de inmediato -dijo Octavio, cuyo aspecto había mejorado notablemente por el solo hecho de apartarse del mar.

-Mañana -dijo Agripa con firmeza.

-Acaba de amanecer. Hoy, Agripa, y sin discusión.

El asma mejoró sólo un poco durante el viaje por la Via Minucia en una calesa tirada por dos mulas de postas, pero Octavio se negó a parar más tiempo del necesario para cambiar de animales; llegaron a la casa de Aulo Plautio al anochecer.

-Filipo no ha podido venir; tiene que quedarse cerca de Roma; pero ha enviado una carta, y también hay otra de Atia. Respirando con mayor facilidad a cada momento, Octavio yacía reclinado contra unos almohadones sobre un cómodo triclinio y extendió la mano hacia el nervioso Agripa.

-¿Lo ves? -preguntó, con una sonrisa tan hermosa como la de César-. Sabía que con Marco Agripa estaría a salvo. Gracias.

-¿Cuándo habéis comido por última vez? -preguntó Plautio.

-En Apolonia -contestó Agripa, muerto de hambre.

-¿Dónde están mis cartas? -quiso saber Octavio, más interesado en leer que en comer.

-Dáselas para que estemos en paz -dijo Agripa, ya acostumbrado a él-. Puede leer y comer al mismo tiempo.

La carta de Filipo era más larga que la breve nota enviada a Apolonia e incluía la lista completa de los Libertadores así como la noticia de que César había nombrado heredero a Cayo Octavio y lo había adoptado también en su testamento.

No entiendo por qué Antonio tolera a esos hombres despreciables a no ser que, como parece, apruebe su acción. Les han concedido una amnistía, y aunque Bruto y Casio aún no han aparecido en sus tribunales para reanudar sus funciones pretorianas, se dice que lo harán en breve. De hecho, imagino que habrían vuelto ya al trabajo de no ser por la llegada hace tres días de un individuo que apareció en el lugar donde se incineró el cadáver de César. Se hace llamar Cayo Amatio, e insiste en que es nieto de Cayo Mario. Desde luego posee notables dotes oratorias, lo cual descarta un origen puramente campesino.

Primero informó a la multitud -la gente sigue congregándose a diario en el Foro- de que los Libertadores son unos villanos y deben morir. Centra su ira en Bruto, Casio y Décimo Bruto más que en los otros, aunque en mi

opinión Cayo Trebonio es el mayor villano. No participó en el asesinato en sí, pero fue el cerebro de la conspiración. Ese primer día Amatio despertó la indignación de la multitud, que, como en la fecha del funeral, empezó a clamar por la sangre de los Libertadores. Su segunda aparición fue aún más eficaz, y la multitud adoptó una actitud francamente hostil.

Pero la aparición de ayer, la tercera de Amatio, fue la más efectiva. Acusó a Marco Antonio de complicidad. Dijo que el acuerdo de Antonio con los Libertadores (curiosamente, Antonio utilizó en efecto la palabra "acuerdo") fue fruto de un plan, que Antonio dio palmadas en la espalda públicamente a los Libertadores en un gesto de reconocimiento. Van por ahí libres como pájaros y sin embargo asesinaron a César. Antonio estaba muy unido a Bruto y Casio, ¿acaso la gente no se había dado cuenta de eso? De eso, y de mucho más. Así que la multitud se alborotó.

Parto hacia mi villa en Neapolis, donde te esperaré, pero acabo de oír que algunos de los Libertadores han decidido abandonar Italia desde la aparición de ese tal Cayo Amatio. Cimbro se ha ido apresuradamente a su provincia, y lo mismo han hecho Estayo Murco, Trebonio y Décimo Bruto.

El Senado se reunió para hablar de las provincias, y Bruto y Casio asistieron, esperando saber adónde los mandarían a gobernar el próximo año. Pero Antonio habló sólo de su provincia, Macedonia, y de la provincia de Dolabela, Siria. Sin embargo, no se planteó la posibilidad de proseguir con la guerra de César contra los partos. Antonio ha reclamado las seis legiones de veteranos acampadas en el oeste de Macedonia; insiste en que ahora son suyas. ¿Para declarar la guerra a los Burbistas y los Dacios? No lo dijo. Pienso que simplemente pretende asegurarse su propia supervivencia si se produce otra guerra civil. No se tomó decisión alguna sobre las otras nueve legiones, cuyo regreso a Italia no se ha solicitado.

El Senado, auxiliado y secundado por Cicerón -que volvió a la cámara en cuanto César murió, y que puso por las nubes a los Libertadores-, se dedica a aclarar las leyes de César, lo cual es una tragedia. Actúan de manera irreflexiva. Me recuerdan a un niño echando mano a la labor de costura de su madre y desbaratando una manga a medio hacer. Otro asunto que debo mencionar antes de despedirme: tu herencia. Octavio, te ruego que

no la aceptes. Llega a un acuerdo con los herederos de la octava parte respecto a la manera más equitativa de repartirse el legado, y rechaza la adopción. Aceptar la herencia es tentar a la muerte. Entre Antonio, los Libertadores y Dolabela, no llegarás vivo a fin de año. No eres más que un muchacho de dieciocho años y te aplastarán. Antonio está fuera de sí por haber quedado excluido del testamento y más por culpa de un simple muchacho. No digo que conspirase con los asesinos de César, ya que no hay prueba de ello, aunque sí afirmo que tiene pocos escrúpulos y ningún sentido ético. Así que cuando nos veamos, espero oírte decir que has decidido renunciar al legado de César. De este modo llegarás a viejo, Octavio.

Octavio dejó la carta, y empezó a devorar una pata de pollo. Gracias a los dioses el asma remitía por fin. Se sentía curiosamente revigorizado, capaz de hacer frente a todo.

-Soy el heredero de César -anunció a Plautio y Agripa.

Engullendo aquella generosa comida como si fuera la última, Agripa se detuvo, y sus ojos brillaron bajo las cejas pobladas y prominentes. Plautio, que obviamente ya estaba enterado, tenía una expresión lúgubre.

-Heredero de César -repitió Agripa-. ¿Qué significa eso exactamente?

-Significa -contestó Plautio- que Cayo Octavio hereda todas las propiedades y todo el dinero de César, que será inimaginablemente rico. Pero Marco Antonio esperaba heredar, y no está contento.

-Además, César me ha adoptado. Ya no soy Cayo Octavio; soy Cayo Julio César *Filius*. -Al anunciar esto, Octavio pareció hincharse, sus ojos grises tan luminosos como su sonrisa-. Lo que Plautio no ha dicho, es que heredo su enorme influencia... y sus súbditos. Al menos una cuarta parte de los pobladores de Italia serán mis subordinados, mis seguidores legales, comprometidos a someterse a mi voluntad, y también casi todos los pobladores de la Galia Cisalpina, porque César se quedó con los prosélitos que tenía allí Pompeyo Magno, sumándolos a los suyos propios, que eran muchos.

-¡Y por eso tu padrastro no quiere que aceptes esa terrible herencia! -exclamó Plautio.

-Pero la aceptarás -dijo Agripa sonriendo.

-Claro que sí. César confiaba en mí, Agripa. Al darme su nombre, César quiso decir que consideraba que tengo la fuerza y el espíritu necesarios para proseguir su esfuerzo por levantar a Roma. Sabía que no soy capaz de heredar sus dotes militares, pero eso a él le preocupaba menos que Roma.

-Es una sentencia de muerte -gimió Plautio.

-El nombre de César nunca morirá, yo me ocuparé de eso. -¡No aceptes, Octavio! -imploró Plautio-. ¡No aceptes! -César confiaba en mí -repitió Octavio-. ¿Cómo voy a traicionar esa confianza? Si él tuviera mi edad y le encomendaran este cometido, ¿renunciaría? ¡No! Y yo tampoco lo haré.

El heredero de César rompió el sello de la carta de su madre, le echó un vistazo y la lanzó al brasero.

-Es tonta -comentó, y dejó escapar un suspiro-. Pero siempre lo ha sido.

-¿Supongo que te ruega también que rechaces la herencia? -preguntó Agripa, que había reanudado la comida.

-Quiere un hijo vivo, dice. ¡Bah! No tengo intención de morir, Agripa, por más que ése sea el deseo de Antonio. Aunque no sé por qué habría de desear una cosa así. Por más que se reparta la herencia, él no es heredero. Quizá nos equivocamos con Antonio -prosiguió Octavio-. Quizá su principal deseo no es el dinero de César, sino la influencia y los seguidores de César.

-Si no tienes intención de morir, come -dijo Agripa-. Vamos, César, come. Tú no eres un hombre recio y fibroso como tu tocayo, y tienes el estómago vacío. ¡Come!

-No puedes llamarlo César -gimoteó Plautio-. Aunque sea adoptado, su nombre pasará a ser César Octaviano, no sólo César.

-Yo voy a llamarlo César -insistió Agripa.

-Y yo nunca olvidaré que la primera persona que me llamó César fue Marco Agripa -dijo el heredero de discutido nombre con una mirada amable-. ¿Me serás fiel sean cuales sean las circunstancias?

Agripa cogió la mano que le tendía.

-Te seré fiel, César.

-Entonces ascenderás conmigo, te lo prometo. Serás famoso y poderoso, y podrás elegir entre las hijas de Roma.

-Sois los dos demasiado jóvenes para saberlo que hacéis -protestó Plautio retorciéndose las manos.

-No lo somos, y tú lo sabes -replicó Agripa-. Y creo que César también sabía lo que hacía. Eligió sabiamente a su heredero.

Consciente de que Agripa tenía razón, Octaviano

* comió, apartando de su mente ese extraordinario destino para concentrarse en una preocupación más inmediata y acuciante: su asma. Una vez más César había acudido en su rescate proporcionándole a Hapd'efan'e, que le había explicado su enfermedad en términos simples pero poco optimistas, cosa que ningún médico había hecho antes. Para sobrevivir, debía seguir a rajatabla los consejos de Hapd'efan'e, desde evitar alimentos como la miel y las fresas hasta aprender a canalizar sus emociones de manera positiva. El polvo, el polen, el heno y el pelo de animal serían siempre un riesgo, y lo único que podía hacer al respecto era evitar la proximidad de esas cosas, lo cual no siempre era posible. Tampoco sería nunca buen marino a causa de la humedad del aire marino y del mareo. Lo que debía controlar era el miedo, tarea difícil para alguien cuya madre se lo había inculcado tan firmemente. El heredero de César no debía conocer el miedo, del mismo modo que César no lo había conocido. ¿Cómo voy a asumir el nombre y la gran *dignitas* de César si aparezco en público resollando como un fuelle y con la cara amoratada? Superaré esta limitación porque debo hacerlo. Ejercicio, había recomendado Hapd'efan'e, buena comida. Y un estado de ánimo tranquilo. ¿Cómo puede tener un estado de ánimo tranquilo quien lleva el nombre de César?

Muy cansado, durmió profundamente desde poco después de aquella tardía cena hasta dos horas antes de amanecer, sin lamentar que la espaciosa casa de Plautio les permitiera a él y a Agripa ocupar habitaciones separadas. Cuando despertó, se encontraba bien y respiraba con facilidad. Se acercó a la ventana atraído por un repiqueteo, y allí advirtió que llovía en Brindisi.

Lanzando un vistazo al tenue perfil de las nubes supo que eran jirones impulsados por un fuerte viento. Ese día no habría nadie en las calles, porque el tiempo no cambiaría. Ese día no habría nadie en las calles...

Esa idea vagó por su mente y tropezó con un hecho que no había recordado hasta ese momento. Por lo que Plautio había dicho, todo Brindisi sabía que él era el heredero de César, al igual que el resto de Italia. La noticia de la muerte de César se había propagado como el fuego, y con la misma velocidad se había extendido la noticia de la existencia del heredero de César, este sobrino de dieciocho años (olvidaría que en realidad era sobrino "nieto"). Eso significaba que cuando se dejara ver, la gente lo trataría con deferencia, sobre todo si se anunciaba como Cayo Julio César. Bueno, era Cayo Julio César. Nunca volvería a usar otro nombre, excepto quizá para añadirle «Filius». En cuanto a Octaviano, sería una manera útil de distinguir a amigos de enemigos. Quienes lo llamaran Octaviano serían quienes se negaban a reconocer su elevada posición.

Permaneció ante la ventana contemplando cómo los gruesos hilos de lluvia se inclinaban por efecto del viento, sin que su rostro, ni siquiera sus ojos, revelara sus pensamientos. Dentro de aquella amplia cabeza -tenía el mismo cráneo enorme que César y Cicerón- sus pensamientos estaban acelerados pero no en desorden. Marco Antonio tenía una desesperada necesidad de dinero, y no recibiría nada de César. El contenido del Erario probablemente estaba a salvo, pero a un paso de allí, en las cámaras acorazadas de Cayo Opio -el principal banquero de Brindisi y uno de los seguidores más leales a César- había una gran suma de dinero. Los fondos para la guerra de César. Posiblemente alrededor de treinta mil talentos de plata, a juzgar por lo que César había dicho. Llévatelo todo, pensó; no confíes en enviar una solicitud al Senado porque quizá no te la concedería. Treinta mil talentos ascendían a setecientos cincuenta millones de sestercios.

¿Cuántos talentos puede arrastrar uno de esos enormes carromatos que vi en Hispania tirados por diez bueyes? Éstos serán los carromatos de César, los mejores desde la grasa de los ejes hasta las robustas ruedas galas revestidas de hierro. ¿Podría un carromato acarrear trescientos,

cuatrocientos talentos? Ésa es la clase de cosas que César sabría en el acto, pero yo no. ¿A qué velocidad viaja un chirriante carromato?

Primero debo sacar de las cámaras los fondos para la guerra. ¿Cómo? Sin inmutarme. Basta con entrar y pedirlos. Al fin y al cabo, soy Cayo Julio César. Tengo que hacerlo. Sí, debo hacerlo. Pero aun suponiendo que consiguiera llevarme el dinero, ¿dónde lo escondería? Muy fácil, en mi propia heredad más allá de Sulmo, heredad que consiguió mi abuelo como botín de la guerra de Italia. Útil sólo por la madera que da, cortada y enviada a Ancona para su exportación. Así que taparé la plata con una capa de tablas de madera. Tengo que hacerlo. Debo hacerlo.

Cogiendo un candil, fue a la habitación de Agripa y lo despertó. Un auténtico guerrero, Agripa dormía como un tronco, y sin embargo estaba totalmente despabilado nada más oír el menor sonido.

-Levanta, te necesito.

Agripa se puso una túnica, se peinó, se ató las sandalias e hizo una mueca al oír la lluvia.

-¿Cuántos talentos puede transportar un sólido carromato del ejército, y cuántos bueyes se necesitan para tirar de él? -preguntó Octaviano.

-Uno de los carromatos de César lleva al menos cien, con diez bueyes, pero depende en gran medida de cómo se distribuya la carga: cuanto más pequeñas y uniformes sean las unidades, más fácil será el transporte. Los caminos y el terreno también son factores a tener en cuenta. Si supiera lo que te propones, César, podría hablarte con más precisión..

-¿Hay carromatos y yuntas de bueyes en Brindisi?

-Forzosamente. Los pertrechos pesados aún están transportándose.

-¡Claro! -Octaviano se dio una palmada en el muslo, molesto por su propia estupidez-. César habría llevado los fondos de guerra desde Roma en persona, y están aún aquí porque él tenía previsto ocuparse de ellos en persona, así que los carromatos y los bueyes también están aquí. Encuéntralos, Agripa.

-¿Puedo preguntar por qué y para qué?

-Voy a apropiarme de los fondos para la guerra antes de que Antonio pueda echarles el guante. Es dinero de Roma, pero Antonio lo utilizaría para

pagar sus deudas. Cuando encuentres los bueyes y los carromatos, tráelos a Brindisi en fila y luego despide a los cocheros. Contrataremos otros después de cargar los vehículos. Detén el primero frente al banco de Opio, en el edificio contiguo. Yo organizaré el trabajo -dijo Octaviano con tono enérgico-. Hazte pasar por un cuestor de César.

Agripa se marchó envuelto en su capote circular impermeable, y Octaviano fue a desayunar con Aulo Plautio.

-Marco Agripa se ha ido -dijo, con aspecto de estar indispuesto.

-¿Con este tiempo? -preguntó Plautio, e hizo un gesto de desdén-. Habrá ido a buscar un burdel, sin duda. Espero que tú tengas más sentido común.

-Por si no tuviera bastante con el asma, Aulo Plautio, noto que va a venirme un dolor de cabeza, así que necesito quedarme en la cama con un silencio absoluto. Siento no poder disfrutar de tu compañía en un día tan horrendo.

-Ah, me acomodaré en el triclinio de mi estudio y leeré un libro, que es la razón por la que he enviado a mi esposa y mis hijos a mi hacienda, para leer en paz y silencio. Pienso vencer a Lucio Piso... ¡Oh, no has comido nada! -exclamó Plautio-. Ve, Octavio.

El joven se fue, y salió bajo la lluvia. La zona habitable de la casa daba a un camino trasero para evitar el ruido de los carromatos que pasaban por la calle principal; si Plautio estaba inmerso en su libro, no oiría nada. Fortuna es mi aliada en esta empresa, pensó Octaviano; hace el tiempo perfecto para esto, y la Señora de la Buena Suerte me ama, y velará por mí. Brindisi es una ciudad acostumbrada a las filas de carromatos y el movimiento de tropas.

En las afueras de la ciudad había acampadas dos cohortes de soldados, todos veteranos pero no incorporados aún a las legiones por haberse alistado demasiado tarde o viajado desde demasiado lejos para llegar a Capua antes de que partieran las legiones. Fuera quien fuese el tribuno militar responsable de ellas las había abandonado a su suerte, y con un día como aquél todos se dedicaban a jugar a los dados, las tabas, los juegos con tablero y a charlar; desde los amotinamientos de la Décima y la Duodécima el vino se había excluido de la dieta de los legionarios. Aquellos hombres,

que habían pertenecido a la antigua Decimotercera, no tenían propensión a amotinarse y se habían alistado de nuevo sólo por su amor a César y por la perspectiva de una larga y gloriosa campaña contra los partos. Tras enterarse de la horrible muerte de César, se lamentaban y se preguntaban qué sería de ellos.

Poco conocedor de la distribución de un campamento legionario, el visitante, un hombre de baja estatura con capote y capucha, tuvo que preguntar a los centinelas dónde vivía el centurión *primipilus* y luego recorrer las hileras de cabañas de madera para llamar a la puerta de una estructura ligeramente más grande. Dentro, se interrumpió el rumor de voces y la puerta se abrió. Octaviano se encontró ante un individuo alto y fornido que vestía una túnica roja acolchada. En torno a la mesa estaban sentados otros once hombres, todos con la misma indumentaria, lo cual significaba que el visitante tenía ante sí a todos los centuriones de dos cohortes.

-Un tiempo horroroso -comentó el hombre que había abierto la puerta-. Marco Coponio, a tu servicio.

Ocupado en quitarse el *sagum*, Octaviano no contestó hasta que hubo acabado. A continuación se irguió con su coraza de cuero y su faldellín, húmedo el dorado cabello. Algo en su porte hizo que los once centuriones se pusieran en pie, aunque ninguno sabía la razón.

-Soy el heredero de César, así que me llamo Cayo Julio César -dijo Octaviano, recorriendo los curtidos rostros con sus ojos grandes y grises, y una sonrisa en los labios que resultaba inquietantemente familiar. Todos ahogaron una exclamación al unísono y se pusieron en posición de firmes.

-¡Por Júpiter! ¡Eres idéntico a él! -exclamó Coponio.

-En una versión más pequeña -dijo Octaviano en tono irónico-, pero aún espero crecer un poco.

-¡Es terrible, es terrible! -se lamentó uno desde la mesa, con lágrimas en los ojos-. ¿Qué haremos sin él?

-Cumpliremos con nuestro deber para con Roma -dijo Octaviano con tono práctico-. Para eso he venido, para pedirlos que cumpláis con vuestro deber hacia Roma.

-Cualquier cosa, joven César, cualquier cosa -dijo Coponio.

-Debo sacar los fondos de guerra de Brindisi cuanto antes. No habrá campaña en Siria, como sin duda ya habréis imaginado, pero hasta el momento los cónsules no han dicho qué va a pasar con las legiones acampadas en Macedonia, o con hombres como vosotros, que aún esperáis para embarcar. Mi misión es recoger los fondos de guerra en nombre de Roma. Mi ayudante, Marco Agripa, está reuniendo los carromatos y los bueyes que transportarán los fondos, pero necesito brazos para cargar los carromatos, y no confío en los civiles. ¿Cargarían vuestros hombres el dinero en los carromatos por mí?

-Con mucho gusto, joven César, con mucho gusto. No hay nada peor que el mal tiempo cuando no se tiene nada que hacer.

-Os lo agradezco -dijo Octaviano con la sonrisa que recordaba a la de César-. En este momento soy lo más parecido que tiene Brindisi a un oficial al mando, pero no querría que pensarais que tengo *imperium*, porque no es así. Por tanto no os ordeno sino que os pido humildemente que me ayudéis.

-Si César te nombró su heredero, joven César, y te dio su nombre, no necesitamos órdenes -dijo Marco Coponio.

Aquellos mil hombres que se pusieron a disposición de Octavio cargaron casi simultáneamente muchos de los sesenta carromatos. César había ingeniado un astuto modo de transportar su dinero: eran monedas, no lingotes sin acuñar. Cada talento, en forma de 6.250 denarios, iba guardado en bolsas de lona con asas, de manera que dos soldados podían llevar fácilmente una bolsa con un talento. Mientras caía la intensa lluvia y todo Brindisi permanecía en sus casas, incluso en aquella calle por lo general muy transitada los carromatos avanzaron sin cortapisas hasta un aserradero donde se cubrieron las bolsas cuidadosamente con tablas, para que los carromatos parecieran transportar únicamente madera.

-Es sensato esconder la carga -explicó Octaviano a Coponio-, porque no tengo *imperium* para exigir una escolta militar. Mi ayudante está contratando a los cocheros, pero no queremos que sepan qué llevamos realmente, así que no llegarán aquí hasta que os hayáis marchado. -Señaló una carretilla de mano con unas cuantas bolsas de tela más pequeñas-. Eso

es para ti y tus hombres, Coponio, como muestra de mi gratitud. Si os gastáis algo en vino, sed discretos. Si César puede ayudaros de algún modo en el futuro, no dudéis en decirlo.

Así que los mil soldados se llevaron la carretilla al campamento, y allí descubrieron que el heredero de César les había dado doscientos cincuenta denarios para cada soldado, mil para cada centurión y dos mil para Marco Coponio. La unidad monetaria era el sestercio, pero el denario era mucho más cómodo de acuñar, y su valor equivalía a cuatro sestercios.

-¿Te has creído todo eso, Coponio? -preguntó uno de los complacidos centuriones.

Coponio lo miró con desdén.

-¿Por quién me tomas, por un palurdo apulio? No tengo la menor idea de qué se trae entre manos el joven César, pero es digno hijo de su padre, eso desde luego. Es mil veces más astuto que la oposición. Y sean cuales sean sus intenciones, no es asunto nuestro. Somos los veteranos de César. Por lo que a mí se refiere, lo que el joven César haga bien hecho está. -Se llevó el dedo índice de la mano derecha a un lado de la nariz y guiñó un ojo-. Punto en boca, muchachos. Si alguien pregunta, no sabemos nada, porque no hemos salido a mojarnos bajo la lluvia.

Los once centuriones se mostraron por completo de acuerdo.

Así que los sesenta carromatos se pusieron en marcha bajo la lluvia torrencial por la desierta Via Minucia. Casi a la altura de Barium, abandonaron la carretera y siguieron a campo traviesa por un terreno duro y pedregoso hacia Larinum, con Marco Agripa vestido de paisano al frente de la preciosa carga de tablas. Los cocheros, que caminaban junto a las bestias de cabeza en lugar de llevar las riendas sentados, estaban muy bien pagados, pero no tanto como para despertar su curiosidad; simplemente se alegraban de tener trabajo en esa época de inactividad. Brindisi era el puerto con mayor tráfico de toda Italia; cargamentos y tropas iban y venían incesantemente.

Octaviano partió de Brindisi un *nundinum* después y enfiló la Via Minucia hasta Barium. Allí se desvió para unirse a los carromatos, que seguían hacia el norte en dirección a Larinum a una velocidad sorprendente,

teniendo en cuenta que a partir de Barium ya no viajaban por carretera. Cuando los encontró, supo que Agripa los había estado obligando a marchar tanto de día como de noche si había luna.

-Es terreno llano sin obstáculos -le informó Agripa-. No será tan fácil cuando lleguemos a las montañas.

-Entonces, sigue la costa y no vuelvas tierra adentro hasta que veas una carretera sin pavimentar a unos quince kilómetros al sur de la vía a Sulmo. Por esa carretera viajarás seguro, pero no tomes ninguna otra. Yo me adelantaré para asegurarme de que en mis tierras no hay lugareños chismosos y para localizar un escondrijo bueno pero accesible.

Afortunadamente, los lugareños chismosos eran pocos y vivían dispersos, ya que la hacienda era un bosque en una tierra de bosques. Tras descubrir que Quinto Nonio, el administrador de su padre, ocupaba aún los aposentos del personal en la cómoda villa a la que Atia acostumbraba llevar a su hijo enfermo para que respirara el aire de montaña durante el verano, Octaviano decidió que los carromatos estarían a salvo en un claro a varios kilómetros de la villa. La tala, explicó Nonio, se llevaba a cabo en otra zona, y no rondaba nadie por allí, porque había muchos osos y lobos.

Incluso ahí, averiguó Octaviano atónito, la gente sabía ya que César había muerto y que Cayo Octavio era el heredero de César. Este hecho complació a Nonio, que siempre había amado a aquel muchacho callado y enfermizo y a su nerviosa madre. Sin embargo eran pocos los lugareños que estaban enterados de quién era el dueño de aquella finca maderera, y aún la llamaban "el sitio de Papio" por el anterior propietario itálico.

-Los carromatos pertenecen a César, pero hay gente sin ningún derecho a ellos que los buscará por todas partes, así que nadie debe saber que están aquí -explicó a Nonio-. Posiblemente mandaré de vez en cuando a Marco Agripa (ya lo conocerás cuando lleguen los carromatos) a recoger un par de ellos. Haz lo que consideres oportuno con los bueyes, pero ten siempre veinte a mano. Por suerte utilizas bueyes para arrastrar los troncos hasta Ancona, así que la presencia de los animales no extrañará a nadie. Es un asunto importante, Nonio, tan importante que quizá mi vida dependa de tu silencio y el de tu familia.

-No te preocupes, pequeño Cayo -dijo el viejo administrador-. Yo me encargaré de todo.

Convencido de que Nonio así lo haría, Octaviano desanduvo el camino hasta el cruce de la Vía Minucia y la Vía Apia en Beneventum, y desde allí prosiguió el viaje por la Vía Apia hacia Neapolis, a donde llegó a finales de abril para encontrar a Filippo y su madre muy inquietos.

-¿Dónde has estado? -gritó Atia, abrazándolo y mojándole la túnica con sus lágrimas.

-Tuve que guardar reposo debido al asma en una miserable posada de la Vía Minucia -explicó Octaviano, zafándose de su madre con una irritación que le costaba ocultar-. No, no, déjame en paz; ahora estoy bien. Filippo, cuéntame qué ha pasado; no tengo noticias desde que recibí tu carta en Brindisi.

Filippo lo llevó a su estudio. Hombre de buen color y atractivo aspecto, parecía haber envejecido mucho en dos meses. La muerte de César le había afectado sobremanera, entre otras razones porque, al igual que Lucio Piso, Servio Sulpicio y otros varios cónsules, Filippo intentaba mantener una posición neutral que asegurara su supervivencia en cualquier circunstancia.

-¿Y qué hay de Amatio, el supuesto nieto de Cayo Mario? -preguntó Octaviano.

-Ha muerto -contestó Filippo con una mueca de pesar-. En su cuarto día en el Foro, Antonio llegó con una centuria de soldados de Lepido, dispuesto a escuchar. Amatio lo señaló y lo acusó a voz en cuello de ser el verdadero asesino de César, tras lo cual los soldados lo prendieron y se lo llevaron al Tullianum. -Filippo se encogió de hombros-. Amatio no volvió a aparecer, de modo que finalmente la multitud volvió a sus casas. Antonio fue derecho a una reunión del Senado en el templo de Cástor, donde Dolabela le preguntó qué había sido de Amatio. "Lo he ejecutado", respondió Antonio. Dolabela protestó aduciendo que aquel hombre era un ciudadano romano y debería haber sido procesado, pero Antonio alegó que Amatio no era romano, sino un esclavo griego fugitivo llamado Hierófilo. Y ahí se zanjó la cuestión.

-Lo cual prueba qué clase de gobierno tiene Roma -comentó Octaviano pensativamente-. Resulta obvio que no es prudente acusar de nada a nuestro

querido Marco Antonio.

-Eso pienso yo -concedió Filipo con expresión sombría-. Casio intentó plantear otra vez el tema de las provincias de los pretores, y le hicieron callar. Él y Bruto trataron varias veces de ocupar sus tribunales, pero desistieron. Aun después de la ejecución de Amatio, y pese a la amnistía, la multitud no los aceptó. Ah, y Marco Lepido es el nuevo pontífice máximo.

-¿Se celebró una elección? -preguntó Octaviano, sorprendido. -No. Fue nombrado por los otros pontífices. -Eso es ilegal.

-Ya no hay legalidad, Octavio.

-Ya no me llamo Octavio, sino César.

-Eso aún no se ha decidido. -Filipo se levantó, fue a su mesa y extrajo un pequeño objeto de un cajón-. Ten, esto es para ti..., sólo de momento, esperó.

Octaviano lo cogió y le dio vueltas entre sus dedos temblorosos, impresionado. Era un anillo de sello de singular belleza, formado por una impoluta amatista púrpura engastada en oro rosa, en cuya superficie se había grabado una esfinge y la palabra CÉSAR en mayúsculas invertidas sobre la cabeza humana de la esfinge. Octaviano se lo puso en el dedo anular, descubriendo que se le ajustaba perfectamente. Los dedos de César habían sido más estilizados; los suyos eran más cortos, más gruesos, más anchos. Experimentó una curiosa sensación, como si la esencia de César hubiera estado en aquel sello y de pronto fuera insuflada en su cuerpo.

-¡Un augurio! Me viene como hecho a medida.

-Lo hicieron para César, regalo de Cleopatra, creo.

-Y yo soy César.

-¡Aplaza esa decisión, Octavio! -exclamó Filipo-. El asesino Cayo Casca, tribuno de la plebe, y el edil plebeyo Critonio retiraron las estatuas de César de sus plintos y pedestales en el Foro y las mandaron al Velabrum para ser destruidas. La multitud lo descubrió, fue al taller del escultor y las rescató, incluso las dos que ya habían sido atacadas con mazos. A continuación, la muchedumbre prendió fuego al taller, y las llamas se extendieron al Vicus Tuscus. ¡Un horrible incendio! Ardió medio Velabrum. ¿Le importó a la multitud? No. Las estatuas intactas volvieron a colocarse,

y las dos rotas se llevaron a otro escultor para repararlas. Poco después el gentío empezó a gritar, exigiendo a los cónsules la presencia de Amatio. Naturalmente eso era imposible. Se produjo un gran alboroto, el peor que recuerdo. Resultaron muertos varios cientos de ciudadanos y cincuenta de los soldados de Lepido antes de que la turba se dispersara. Se detuvo a un centenar de alborotadores entre ciudadanos y no ciudadanos. Después, los ciudadanos fueron arrojados desde la Roca Tarpeya y los no ciudadanos fueron azotados y decapitados.

-Así que reclamar justicia para César es traición -dijo Octaviano, y respiró hondo-. Nuestro Antonio está poniéndose en evidencia.

-¡Octavio, es una bestia! Dudo que se le ocurra pensar que quizás algunos interpreten sus acciones como reacción contra César. Ya ves lo que hizo en el Foro cuando Dolabela desplegó sus bandas callejeras. La respuesta de Antonio a la violencia pública es la matanza, porque matar forma parte de su naturaleza.

-Creo que aspira a ocupar el lugar de César.

-En eso no estoy de acuerdo. Él mismo abolió el cargo de dictador.

-Si «Rex» es una simple palabra, también lo es «dictador». Supongo que nadie se atreve a alabar a César, ni siquiera la multitud. Filipo soltó una áspera carcajada.

-Eso quisieran Antonio y Dolabela. No, nada disuade a la gente corriente. Dolabela hizo retirar el altar y la columna del lugar donde ardió César al descubrir que la gente llamaba a César abiertamente «Divus Julius». ¿Te lo imaginas, Octavio? Empezaron a venerar a César como un dios antes de que se enfriaran las piedras donde fue incinerado.

-Divus Julius -repitió Octaviano sonriendo.

-Una etapa pasajera -dijo Filipo, a quien no había gustado aquella sonrisa.

-Quizá, pero ¿cómo es posible que no veas su importancia, Filipo? El pueblo ha empezado a venerar a César como un dios. ¡El pueblo! No lo ha promovido nadie desde el gobierno; de hecho, desde el gobierno intentan poner fin a eso. El pueblo amaba tanto a César que no acepta la idea de haberlo perdido, así que lo resucitan como dios, una figura a la que puedan

rezarle, a la que pueden acudir en busca de consuelo. ¿No te das cuenta? Están diciendo a Antonio, Dolabela y los Libertadores... ¡cómo odio ese nombre!... y a todos los demás en la cúpula del poder romana que se niegan a separarse de César.

-No permitas que esas ideas se te metan en la cabeza, Octavio.

-Me llamo César.

-Yo nunca te llamaré así.

-Llegará un día en el que no tendrás más remedio. Cuéntame qué más ha pasado.

-Por si te interesa, te diré que Antonio ha prometido la hija que tuvo con Antonia Híbrida al primogénito de Lepido. Como los dos niños están muy lejos de la edad casadera, sospecho que eso durará sólo mientras sus padres estén a partir un piñón. Lepido fue a gobernar a la Hispania Citerior y la Galia Narbonesa hace dos *nundinae*. Sexto Pompeyo está reuniendo seis legiones, por tanto los cónsules decidieron que era mejor que Lepido mantenga en paz su provincia hispánica mientras le sea posible. Polio mantiene la Hispania Ulterior en orden, según he oído. Si es que podemos dar crédito a lo que oímos.

-¿Y ese magnífico par, Bruto y Casio?

-Han abandonado Roma. Bruto ha dejado las responsabilidades de pretor urbano en manos de Cayo Antonio mientras él... esto... se recupera de una aguda tensión emocional. Casio, por su parte, puede al menos simular que continúa con sus obligaciones de pretor en el extranjero mientras va de un lado a otro de Italia. Bruto se llevó consigo a Porcia y a Servilia. He oído decir que las batallas entre las dos mujeres son homéricas: dientes, pies, uñas. Casio pretextó que tenía que estar cerca de su esposa embarazada, Tertula, en Antium, pero en cuanto él se marchó, Tertula regresó a Roma, así que ¿quién sabe cuál es la verdadera historia de ese matrimonio?

Octaviano lanzó a su padrastro una mirada inquietantemente sagaz.

-Se cuecen problemas en todas partes y los cónsules no están resolviéndolos, ¿no es así?

Filipo suspiró.

-No, hijo, no están resolviéndolos. Pero se llevan mejor entre sí de lo que los demás considerábamos posible.

-¿Y cómo están las legiones, respecto a Antonio?

-Las traen de Macedonia gradualmente, según me han dicho, a todas excepto las seis mejores, que Antonio mantiene allí para cuando vaya a gobernar. Los veteranos que aún esperan sus tierras en Campania están cada vez más inquietos porque en cuanto César murió...

-Fue asesinado... -le interrumpió Octaviano.

-Murió, los comisarios encargados del reparto de tierras dejaron de asignar parcelas a los veteranos, recogieron sus bártulos y se marcharon. Antonio se ha visto obligado a viajar a Campania y convencer a los comisarios para que reanuden su trabajo. Aún está allí. Dolabela está ahora al frente de Roma.

-¿Y el altar de César? ¿Y la columna de César?

-Ya te lo he dicho: desaparecieron. ¿En qué piensas, Octavio?

-Me llamo César.

-Después de haber oído todo esto, ¿crees aún que sobrevivirás si aceptas la herencia?

-Sí, tengo la suerte de César -contestó Octaviano con una sonrisa misteriosa, enigmática. Si tu sello llevaba una esfinge, era forzoso ser un enigma.

Octaviano fue a su antigua habitación y descubrió que le habían asignado unos aposentos más cómodos. Aunque Filipo intentara disuadirlo de aceptar la herencia, aquel maestro de la neutralidad era lo bastante sagaz para comprender que uno no alojaba al heredero de César en una habitación apta únicamente para el hijastro del señor de la casa.

El joven no dejó que sus pensamientos se desmandaran, aunque conservó cierto grado de fantasía. El resto de lo que Filipo le había contado era interesante, relacionado con el modo en que el propio Octaviano se comportaría en el futuro, pero palidecía ante la historia de Divus Julius. Un nuevo dios designado por el pueblo de Roma para el pueblo de Roma. Frente a la obstinada oposición de los cónsules Antonio y Dolabela, incluso a costa de muchas vidas, el pueblo de Roma insistía en que se le permitiera

venerar a Divus Julius. Para Octaviano constituía un faro hacia el que se sentía atraído. Ser Cayo Julio César Filius era maravilloso. Pero ser Cayo Julio César *Divi Filius* (el hijo de un dios) era un milagro.

Pero eso queda para el futuro. Primero, debo darme a conocer como el hijo de César. El centurión Coponio dijo que era su viva imagen. No lo soy, lo sé. Pero Coponio me miró a través de los ojos del puro sentimiento. El hombre recio y de edad avanzada bajo cuyo mando había servido -y a quien probablemente nunca había visto de cerca- tenía el cabello dorado y los ojos claros, era apuesto e imperioso. Lo que debo hacer es convencer al pueblo, incluidos los soldados de Roma, de que César, a mi edad, era como yo. No puedo llevar el pelo tan corto porque mis orejas no se parecen en nada a las de César, pero la forma de mi cabeza es similar a la suya. Puedo aprender a sonreír como él, caminar como él, saludar con la mano exactamente al igual que él, irradiar accesibilidad y una despreocupada consciencia de mi alta cuna. El icor de Marte y Venus fluye también por mis venas.

Pero César era muy alto, y en el fondo sé que yo ya apenas creceré. Quizá tres o cuatro centímetros, pero aun así seguiré muy por debajo de su estatura. Por tanto calzaré sandalias con unas suelas de diez centímetros, y para que el truco se note menos, serán siempre sandalias cerradas por delante. A lo lejos, que es como me verán los soldados, pareceré tan alto como César..., o no tanto, pero sí cerca del metro ochenta. Me aseguraré de rodearme de hombres más bajos y si los de mi propia clase se ríen, allá ellos. Comeré los alimentos que, según Hapd'efan'e, alargan los huesos - carne, queso, huevos- y haré estiramientos como ejercicio. Será difícil caminar con suelas tan altas, pero éstas me proporcionarán un andar atlético porque necesitaré una gran habilidad para usarlas. Rellenaré los hombros de mis túnicas y corazas. Forma parte de mi suerte de César el hecho de que él no fuera una mole como Antonio. Sólo tengo que ser un actor.

Antonio intentará impedir mi acceso a la herencia. La *lex curiata* de adopción no se aprobará enseguida ni con facilidad, pero la ley será intrascendente siempre y cuando me comporte como el heredero de César; me comporte como el propio César. Y será difícil retener el dinero, porque Antonio pondrá obstáculos a la autenticación del testamento. Yo tengo

mucho dinero propio, pero quizá necesite mucho más. Poder apropiarme de los fondos para la guerra fue un golpe de suerte. Me pregunto cuándo se acordará el patán de Antonio de su existencia y enviará hombres a buscarlos. El viejo Plautio vive en la ignorancia, y aunque el administrador de Opio diga que recogió el dinero el heredero de César, lo negaré. Alegaré que alguien muy astuto usurpó mi identidad. Al fin y al cabo, la apropiación tuvo lugar el día después de mi llegada de Macedonia, ¿cómo podría haber actuado tan deprisa? Imposible. ¿Cómo iba a ocurrírsele una acción tan audaz, tan asombrosa, a un muchacho de dieciocho años? Es cómico. Soy asmático y además tengo propensión a la jaqueca.

Sí, me andaré con pies de plomo y mantendré una actitud reservada. A Agripa puedo confiarle mi vida; Salvidieno y Mecenas me inspiran menos confianza, pero serán una buena ayuda para recorrer este precario camino con mis sandalias de suela alta. En primer lugar y por encima de todo, debo poner de relieve mi parecido con César. Debo concentrarme en eso con prioridad absoluta. Y esperar a que Fortuna me proporcione mi siguiente oportunidad. Lo hará.

Filipo se instaló en su villa de Cumas, donde empezó a acudir un torrente de visitas que, movido por la impaciencia de ver al heredero de César, no parecía tener fin.

El primero fue Lucio Cornelio Balbo el Viejo, que llegó convencido de que el joven no estaría a la altura de la misión encomendada por César, pero que al marcharse ya no pensaba lo mismo. Aquel muchacho tenía la sutileza de un banquero fenicio, y su parecido con César era tan asombroso como incuestionable, pese a las diferencias de facciones y estatura: idéntica manera de mover las rubias pestañas, la misma curva socarrona en los labios,, y mucho de César en las expresiones de la cara, así como en los gestos de las manos. Su voz ya no era tan aguda como la recordaba Balbo, que sólo le arrancó un dato: su clara determinación de ser el heredero de César.

-Me ha fascinado -le contó a su sobrino y socio comercial Balbo el Joven-. Aunque posee un estilo propio, te aseguro que su temple no tiene nada que envidiar al de César. Pienso volver.

A continuación aparecieron Cayo Vibio Pansa y Aulo Hirtio, que al año siguiente estaban destinados a ser cónsules; eso si Antonio y Dolabela no decidían revocar los nombramientos de César, posibilidad que les traía muy inquietos. Aunque ya conocían a Octaviano (Hirtio de Narbona, y Pansa de Placentia), y en el primer encuentro no les había impresionado, para ambos fue una gran sorpresa volver a verle. ¿Entonces ya les había recordado a César? No, decididamente no. El problema era que César, en vida, oscurecía a cualquier otra persona, y que el *contubernalis* procuraba pasar desapercibido. Hirtio acabó encantado con Octaviano, mientras que a Pansa el recuerdo de la cena de Placentia le hizo reservarse su opinión, sobre todo porque estaba seguro de que Antonio haría trizas las ambiciones del muchacho. Lo que no advirtieron en él, ni el uno ni el otro, fue miedo; ni atribuyeron tampoco esa falta de temor a la ignorancia sobre lo que se avecinaba. La determinación de Octaviano a llegar hasta el final era tan férrea como la de César. Por otro lado, la ecuanimidad con la que sopesaba su destino más probable parecía cualquier cosa menos juvenil.

La villa de Cicerón, que era donde se alojaban Pansa e Hirtio, quedaba justo al lado. Octaviano no cometió el error de esperar la visita de Cicerón. Prefirió tomar él la iniciativa.

La acogida fue bastante fría. Si algo conmovió a Cicerón, fue la sonrisa del joven (¡qué parecida a la de César!). Mientras que en el caso del difunto esa sonrisa era irresistible, y en consecuencia había que esforzarse mucho en resistir, en el caso de un simple, inofensivo y simpático muchacho como Cayo Octavio podía ser correspondida sin reservas.

-¿Estás bien, Marco Cicerón? -preguntó Octaviano, preocupado.

-He estado mejor, Cayo Octavio, pero también peor. -Cicerón, incapaz de frenar aquella lengua traicionera, suspiró; cuando se había nacido para hablar, se hablaba hasta con las paredes, cosa que no era el heredero de César-. Me pillas en plena agitación personal, que se suma a la del Estado. Mi hermano Quinto acaba de divorciarse de Pomponia después de un largo matrimonio.

-¡Vaya! ¿No era hermana de Tito Ático?

-En efecto -respondió amargamente Cicerón.

-Y supongo que habrá sido muy desagradable-dijo Octaviano, compadecido.

-Un horror. Mi hermano no puede devolverle la dote.

-Te debía mi pésame por la muerte de Tulia.

Los ojos pardos se empañaron.

-Gracias. Te lo agradezco mucho. -Cicerón suspiró-. Parece que haya pasado media vida.

-Claro, es que ha habido tantos cambios...

-Muchos, muchos. -La mirada de Cicerón se llenó de cautela-. Mi pésame por la muerte de César.

-Gracias.

-Ya sabes que nunca me cayó bien.

-Es comprensible -dijo Octaviano con afabilidad.

-Su muerte era una noticia demasiado positiva para entristecerme.

-No tenías motivos para reaccionar de otra manera.

Así pues, al término de una visita que se alargó lo estrictamente necesario, Cicerón llegó a la conclusión de que Octaviano era una persona encantadora, no era lo que él había esperado. Sus ojos grises, lejos de contener frialdad o arrogancia, eran puro terciopelo. Un joven simpatiquísimo, sí, y con la debida humildad.

Por eso las siguientes visitas de Octaviano fueron objeto de una cálida acogida, y por eso Cicerón le invitaba a sentarse y le obsequiaba cada vez con unos minutos de oratoria del Gran Abogado.

-Te diré -comentó a su último y recién llegado huésped, Lentulo Spinter el Joven- que le veo muy encariñado conmigo. -Se le veía ufano-. Cuando volvamos a estar todos en Roma, tomaré a Octavio bajo mi protección. Cuando se lo... mm... insinué, quedó arrobado. ¡Qué diferencia con César! El único parecido que les veo es la sonrisa, aunque he oído que hay gente que le considera como la viva imagen de su protector. En fin, Spinter, no todos gozan de mi capacidad de observación.

-En todas partes se comenta que piensa quedarse con la herencia -dijo Spinter.

-Eso dalo por hecho; pero en fin, a mí no me preocupa. ¿Por qué me iba a preocupar? -preguntó Cicerón, entre pequeños mordiscos a un higo confitado-. La identidad del heredero de la gran fortuna y las propiedades de César tiene la misma importancia que... -enseñó el fruto- que un higo. Lo importante es quién herede su legión de fieles, que es muchísimo mayor. Además, ¿qué te crees, que seguirían a un chaval de dieciocho años que está tan crudo como la carne recién salida del matadero, tan verde como la hierba, y tiene la ingenuidad de un zagal? Ojo, no te niego que Octavio tenga posibilidades, pero hasta yo, niño prodigio reconocido, tardé unos cuantos años en madurar.

El niño prodigio reconocido fue invitado a cenar a la villa de Filipo, junto con Balbo el Viejo, Hirtio, Cicerón y Pansa.

-Confío en que los cuatro nos ayudéis a Atia y a mí a convencer a Cayo Octavio de que rechace la herencia -dijo Filipo al principio de la cena.

A pesar de que Octaviano se moría de ganas de corregir a su padrastro, calló su deseo de ser llamado César. Reclinado en la parte menos destacada del *lectus imus*, hizo el esfuerzo de comer pescado, carne, huevos y queso en el mayor silencio, menos cuando le invitaban a hablar; lo cual, naturalmente, sucedía alguna vez, puesto que por algo (pesase a quien pesase) era el heredero de César.

Yo, francamente, no te lo aconsejo -dijo Balbo-. Es demasiado arriesgado.

-Estoy de acuerdo -dijo Pansa.

-Y yo -dijo Hirtio.

-Escucha a estas personas tan augustas, pequeño Cayo -suplicó Atia, sentada en la única silla-. ¡Hazles caso, por favor!

-Tonterías, Atia -se burló Cicerón-. Estoy seguro de que a Cayo Octavio no le disuadirá nada de lo que digamos. Porque ¿verdad que estás decidido a aceptar tu herencia?

-Verdad -dijo plácidamente Octaviano.

Atia se levantó y se marchó casi llorando.

-Antonio espera heredar la enorme "clientela" de César -dijo Balbo con su característico ceceo-. Si hubiera sido nombrado heredero de César, eso

recaería en él automáticamente, pero el joven Octavio, aquí presente..., digamos que ha complicado la situación. Seguro que Antonio ya ha hecho ofrendas a Fortuna para agradecerle que César no nombrase a Décimo Bruto.

-No lo dudes -dijo Pansa-. Octavio, querido, cuando tengas edad para enfrentarte a Antonio él ya estará muy granado.

-La verdad, me sorprende bastante que Antonio no haya venido a felicitar a su joven primo -dijo Cicerón, mientras hundía una mano en la montaña de ostras que al amanecer aún estaban vivas en las cálidas aguas de Bayas.

-Está demasiado ocupado en repartir las tierras de los veteranos -dijo Hirtio-. Por eso su hermano Cayo promulga nuevas leyes agrarias en Roma. Ya conocéis al bueno de Antonio; como es demasiado impaciente para esperar, ha decidido recurrir a la legislación para que los propietarios reticentes cedan sus fincas a los veteranos; y con poca compensación económica, o ninguna.

-César no actuaba así-dijo Pansa, frunciendo el entrecejo.

-¡César! -La mano de Cicerón hizo un gesto de desdén-. Mira, Pansa, el mundo ha cambiado, y demos gracias a todos los dioses de que César ya no forme parte de él. Yo diría que casi toda la plata del Erario acabó destinada a los fondos para la guerra de César, y el oro, lógicamente, Antonio no puede tocarlo. Si está tomando medidas más draconianas, es porque no hay suficiente dinero para mantener el sistema de compensaciones de César.

-Entonces ¿por qué no recupera los fondos para la guerra? -preguntó Octaviano.

Balbo rió entre dientes.

-Se le habrá olvidado que existen.

-Pues tendría que recordárselo alguien-dijo Octaviano.

-Los tributos de las provincias están por llegar -señaló Hirtio-. Sé que César planeaba utilizarlos para seguir comprando tierras. Os recuerdo que impuso multas astronómicas a las ciudades republicanas. De hecho, ya tendrían que haber llegado las nuevas cuotas a Brindisi.

-Sería hora de que Antonio fuera a Brindisi -dijo Octaviano.

-Tú no te preocupes de si Antonio consigue o no consigue el dinero -le reprendió Cicerón-. Más vale que te llenes la cabeza de retórica, que es la vía para el consulado.

Octaviano le sonrió y siguió comiendo.

-Bueno, al menos tenemos el consuelo de que ninguno de los seis posea tierras entre Teanum y el río Volturno -dijo Hirtio, que sorprendía por sus conocimientos sobre todos los temas imaginables-. Supongo que es de donde está sacando Antonio las tierras; sólo *latifundia*, nada de viñedos. - Hizo una pausa y dejó caer una bomba-. De todos modos, lo que menos le preocupa a Antonio es la tierra. Cuando lleguen las calendas de junio, tiene la intención de pedir permiso a la Cámara para cambiar Macedonia por dos de las Galias: la Cisalpina y la Transalpina, excluyendo la provincia narbonense, que el año que viene seguirá gobernada por Lepido. Parece que en la Hispania Citerior también seguirá gobernando Polión durante otro año, mientras que a Planco y Décimo Bruto se les pedirá que abandonen el cargo. -Viendo tantas miradas concentradas en él, y tan horrorizadas, lo empeoró añadiendo-. También piensa pedir permiso a la Cámara para mantener las seis legiones de elite en Macedonia, pero trasladarlas a Italia en junio.

-Señal de que Antonio no se fía ni de Bruto ni de Casio -dijo lentamente Filipo-. Reconozco que han promulgado edictos en los que el asesinato de César se presenta como un gran favor a Roma e Italia, y se pide el apoyo de las comunidades italianas, pero yo, en el lugar de Antonio, de quien tendría más miedo es de Décimo Bruto en la Galia Cisalpina.

-Antonio -dijo Pansa- le tiene miedo a todo el mundo.

-¡Oh, dioses! -exclamó Cicerón, palideciendo-. ¡Qué gran insensatez! ¡No estoy bastante seguro de Décimo Bruto como para hablar en su nombre, pero lo que puedo garantizar es que a Bruto y a Casio jamás se les ocurriría provocar una revuelta contra el presente Senado y Pueblo de Roma! ¡El mero hecho de que yo vuelva a formar parte del Senado es prueba suficiente de que apoyo al actual gobierno, y Bruto y Casio son patriotas hasta la médula! ¡Un levantamiento en Italia no lo instigarían jamás!

-Estoy de acuerdo-dijo inesperadamente Octaviano.

-Entonces ¿qué hay de la campaña con Vatinio contra Burebista y sus dacios? -preguntó Filipo.

-Bah, eso ha muerto con César-dijo Balbo con cinismo.

-En tal caso, a Dolabela le corresponderían por derecho las mejores legiones, para Siria; que en el fondo es donde están haciendo falta -dijo Pansa.

-Antonio está decidido a que las seis mejores se queden aquí, en suelo italiano -dijo Hirtio.

-¿Quedarse? ¿Para qué? -preguntó Cicerón, lívido y sudoroso.

-Para protegerle contra cualquier intento de derribarle de su pedestal -dijo Hirtio-. Probablemente tengas razón, Filipo; el problema, si surge, vendrá de Décimo Bruto, en la Galia Cisalpina. Le bastará con encontrar unas cuantas legiones.

-Pero ¿es que nunca vamos a librarnos de la guerra civil? -exclamó Cicerón.

-Sí, eso fue posible antes del asesinato de César -dijo Octaviano sin contemplaciones-. No se puede discutir que hasta entonces no había guerra. Ahora, muerto César, el liderato fluctúa.

Cicerón frunció el entrecejo. En labios del joven se había oído claramente la palabra «asesinato».

-He oído que la reina extranjera y su hijo se han marchado -añadió Octaviano-. Algo es algo.

-¡Y que no vuelvan! -saltó ferozmente Cicerón-. ¿Quién, sino ella, le llenaba a César la cabeza con ideas de ser rey? Seguro que además le drogaba, porque César se pasaba todo el día bebiendo medicamentos preparados por aquel médico egipcio tan sospechoso.

-Lo que no estaba en su mano -dijo Octaviano- era incitar al vulgo a adorar a César como un dios. Eso fue idea del propio vulgo.

Los demás hombres reaccionaron con incomodidad.

-Sí, hasta que lo remedió Dolabela llevándose el altar y la columna-dijo Hirtio, y se rió-. ¡Y luego se cubrió las espaldas! En lugar de destruirlos, los relegó al almacén. ¡Palabra!

-¿Hay algo que no sepas, Aulo Hirtio? -preguntó Octaviano, sumándose a sus risas.

-Soy escritor, Octaviano, y la tendencia innata de los escritores es escucharlo todo, desde las habladurías hasta los pronósticos. Sin olvidar las reflexiones en voz alta de los cónsules sobre la situación política... -Elegió ese momento para escandalizar con otra noticia-. También me he enterado de que Antonio está legislando para que todos los sicilianos sean ciudadanos de pleno derecho.

-¡Eso es que ha aceptado un soborno exorbitante! -rugió Cicerón-. ¡Ah! ¡Cada vez me desagrada más este... monstruo!

-Lo del soborno siciliano no lo puedo asegurar-dijo Hirtio con una mueca burlona-. En cambio, lo que me consta es que el rey Deyotaro ha ofrecido uno a los cónsules para que restituyan a Galacia sus dimensiones anteriores a César. De momento no han dicho ni que sí ni que no.

-Conceder la plena ciudadanía a los sicilianos equivale a granjearse todo un país de partidarios -dijo Octaviano, pensativo-. Mi juventud me impide conocer los planes de Antonio, pero puedo afirmar que se está haciendo un magnífico regalo: los votos de nuestra provincia granera más cercana.

En ese momento entró Scylax, el criado de Octaviano, y, tras una reverencia a los demás del grupo, se acercó a su amo con respeto.

-César -dijo-, vuestra madre quiere veros. Dice que es urgente.

-¿César? -preguntó Balbo, incorporándose en cuanto vio salir al joven.

-Sí, así es como le llama toda la servidumbre -se quejó Filipo-. Atia y yo nos hemos quedado roncós intentando disuadirle, pero insiste en ello. ¿No os habéis fijado? Escucha, dice que sí con la cabeza, sonríe dulcemente... y al final siempre hace lo que ya pensaba hacer.

-En todo caso -dijo Cicerón, acallando la inquietud que producían en él las palabras de Filipo-, doy gracias de que te tenga a ti de guía. Confieso que al principio, cuando me enteré de lo deprisa que había vuelto a Italia después de la muerte de César, lo primero que pensé fue que encarnaba la bandera perfecta para cualquier persona con planes de derribar el Estado. Hablar con él en persona ha disipado mis temores. Es de una humildad exquisita, ciertamente, pero no tan tonto como para dejarse utilizar.

-A mí lo que me da miedo es que sea él quien utilice a los demás -dijo
Filipo, extremadamente serio.

Capítulo 2

Después de que Décimo Bruto, Cayo Trebonio, Tilio Cimbrio y Estayo Murco emprendieran el viaje a sus provincias, la atención de Roma se centró en los dos pretores superiores: Bruto y Casio. Tras algunas comparecencias en el Foro, tímidas incursiones de sondeo con vistas a presidir sus respectivos tribunales, ambos habían llegado a la conclusión de que lo más sensato era ausentarse. El Senado les había puesto a cada uno una guardia personal de cincuenta lictores sin *fascas*, pero sólo servía para llamar todavía más la atención.

-Salid de Roma hasta que se calmen los ánimos -fue el consejo de Servilia-. La mejor manera de que la gente olvide vuestras caras es que no las vea. -Soltó algo a medio camino entre una risa y un bufido-. En dos años podréis presentaros a cónsules, y ya no se acordará nadie de que asesinasteis a César.

-¡Fue un acto de justicia, no un asesinato! -exclamó Porcia.

-Tú calla -dijo Servilia sin alterarse. Ahora que la guerra se inclinaba claramente a su favor, podía permitirse ser generosa. Porcia, a fuerza de exasperarse cada vez más, le había servido la victoria en bandeja.

-Marcharnos de Roma es como reconocernos culpables -dijo Casio-. Yo propongo que aguantemos.

Bruto estaba escindido. Su parte pública estaba de acuerdo con Casio, pero la privada soñaba con verse lejos de su madre, que desde que había despachado a Poncio Aquila seguía de un humor de perros.

-Me lo pensaré -contestó.

Su manera de pensárselo fue concertar un encuentro con Marco Antonio, que parecía capaz de frenar cualquier oposición. Esto último se lo explicaba Bruto como que el Senado, lleno de acólitos de César, había buscado en Marco Antonio a su nueva estrella. ¡Qué alivio, en

consecuencia, que Antonio fuera tan complaciente con los Libertadores! Estaba de su lado.

-¿Qué te parece, Antonio? -le preguntó, con la tristeza de siempre en sus grandes ojos marrones-. Nosotros no tenemos ninguna intención de cuestionarte, ni a ti ni a un gobierno como tiene que ser, republicano y ético. Si consideras que nuestra ausencia redundaría a favor de un gobierno de esas características, convenceré a Casio de que nos marchemos.

-Casio no tiene más remedio -dijo Antonio, frunciendo el entrecejo-. Ya ha pasado un tercio de su periodo como pretor en el extranjero, y de momento los únicos pleitos que ha juzgado han sido en Roma.

-Sí, me doy cuenta -dijo Bruto-, pero en mi caso es distinto. Como pretor urbano, no puedo estar más de diez días seguidos fuera de Roma.

-Bueno, eso... no es una dificultad insuperable -dijo Antonio, flemático-. Desde los idus de marzo, el que ejerce de pretor urbano es mi hermano Cayo, y la verdad es que con tus *edicta* le cuesta muy poco. A propósito, dice que son excelentes. En fin, que no hay ninguna razón para que no siga como hasta ahora.

-¿Cuánto tiempo? -preguntó Bruto, con la sensación de estar siendo arrastrado por una marea irresistible.

-¿Entre tú y yo?

-Sí.

-Como mínimo otros cuatro meses.

Bruto, indignado, protestó.

-¡Pero entonces no podría estar en Roma en *quinctilis*, para celebrar los *ludi Apollinares*!

-Se dice *julius*, no *quinctilis*-le corrigió Antonio con afabilidad.

-¡Cómo! ¿Va a seguir llamándose *julius*?

Los dientecitos blancos de Antonio brillaron.

-No lo dudes.

-¿Estaría dispuesto Cayo Antonio a celebrar los juegos de Apolo en mi nombre? Pagando yo, naturalmente.

-¡Cómo no!

-¿Y montaría las obras que le especificase? Lo tengo muy pensado.

-Tú tranquilo.

Bruto tomó una decisión.

-Entonces, si no es mucho pedir, solicita al Senado de mi parte una exención indefinida de mis funciones.

-Lo haré mañana a primera hora -dijo Antonio-. En el fondo es lo mejor -añadió mientras le acompañaba a la puerta-. Así no habrá recordatorios mientras el pueblo está de luto por César.

-Tenía curiosidad por saber cuánto aguantaría Bruto -le dijo Antonio a Dolabela, unas horas más tarde-. Cada día quedan menos Libertadores dentro de Roma.

-Los únicos que valen algo son Décimo Bruto y Cayo Trebonio -dijo Dolabela con desprecio.

-Te doy la razón en ambos casos, aunque, ahora que Trebonio se ha refugiado en su provincia de Asia, ya no supone ningún problema. A mí el que me preocupa es Décimo; descuella sobre todos por su talento y su cuna, y nos conviene no olvidar que dentro de dos años, por dictado de César, será cónsul con Planco. -El entrecejo de Antonio se contrajo-. Podría resultar muy peligroso. El hecho de ser uno de los herederos de César le da poder para quedarse como mínimo con algunos de los partidarios de César, y allá, en la Galia Cisalpina, no son partidarios lo que falta.

-*Cacat!* -exclamó Dolabela-. ¡Es verdad!

-César consiguió la ciudadanía para todos los que viven al otro lado del Padus, y, desde que Pompeyo el Grande ya no cuenta en lo de tener partidarios, César también ha heredado a los de este lado del Padus. ¿Tú apostarías a que Décimo no se los ganará con halagos?

-No -dijo Dolabela con gran seriedad-, ni un sestercio. ¡Por Júpiter! ¡Pensar que no me había dado cuenta de que la Galia Cisalpina hierve de veteranos de César, porque sólo me fijaba en la ausencia de legiones! Y no son unos veteranos cualesquiera, no. ¡Los mejores! Los que ya han recibido tierras, y los que tienen patrimonio familiar. La Galia Cisalpina era la mejor fuente de reclutas para César.

-Exacto. Además, me he enterado de que los que se habían alistado en las Águilas de César para la guerra parta ya están volviendo a sus casas.

Mis mejores legiones todavía aguantan, pero está claro que en las otras nueve hay un goteo de desertores de la Galia Cisalpina; y no vuelven por Brindisi, sino por Illyricum, en grupos pequeños.

-¿Quieres decir que Décimo ya ha empezado a reclutar?

-Sinceramente, no lo sé. Lo único que me atrevo a decir es que me conviene vigilar de muy cerca la Galia Cisalpina.

Bruto salió de Roma el noveno día de abril, pero no iba solo. Porcia y Servilia habían insistido en acompañarle. Después de una noche de pesadilla en la principal hostería de Bovilas (a sólo veintidós kilómetros de las Murallas Servias de Roma por la Via Apia), Bruto estaba harto.

-Me niego a viajar un minuto más contigo -le dijo a Servilia-. Mañana tienes dos opciones: o subes al carruaje que he alquilado para que te conduzca a Antium, con Tertula, o le ordenas al cochero que te lleve a Roma. El resto del viaje lo haremos solos Porcia y yo.

La respuesta de Servilia fue una sonrisa torcida.

-Iré a Antium, y esperaré a que reconozcas que sin mí no eres capaz de tomar decisiones acertadas -dijo-. Tú sin mí eres tonto perdido, Bruto. Sólo hay que ver lo mal que te ha salido todo desde que le haces más caso a la hija de Catón que a tu madre.

Así pues, Servilia se reunió con Tertula en Antium, mientras Bruto y Porcia, merced a un corto viaje desde Bovilas, llegaban a la villa del primero en las afueras de la pequeña población de Lanuvium, en el Lacio. Si hubieran querido contemplar las montañas, habrían tenido ocasión de admirar la atrevida villa de César, con sus grandes pilares.

-La elección de un joven de dieciocho años como heredero me parece muy inteligente por parte de César -le dijo Bruto a Porcia, mientras cenaban los dos solos.

-¿Qué? ¿Inteligente? Pues a mí me parece una soberana tontería -dijo Porcia-. Antonio hará picadillo a Cayo Octavio.

-Claro, es que de eso se trata, de que ni siquiera tendrá que molestarse -dijo Bruto con paciencia-. Aunque yo, personalmente, aborreciera a César, reconozco que su único error fue despachar a sus lictores. ¿No te das cuenta, Porcia? Se decidió por alguien tan joven y con tan poca experiencia

que nadie le verá como rival, ni siquiera los que más se engañan con persecuciones imaginarias. Por otro lado, el heredero se queda con todo el dinero y las propiedades de César. Pueden pasar hasta veinte años sin que Cayo Octavio sea visto como un peligro para nadie. Tendrá tiempo de crecer y madurar. En vez de elegir el árbol más grande del bosque, César plantó una semilla pensando en el futuro. Su dinero y sus propiedades la irán regando y, al nutrirla, permitirán que crezca sin sobresaltos, libre de cualquier tentativa de tala. En el fondo, el mensaje que les deja tanto a Roma como a su heredero es que con el tiempo habrá otro César. -Se estremeció-Supongo que Octavio tiene muchos rasgos en común con César, y muchas cualidades de las que él se dio cuenta, y que admiraba. En definitiva, que dentro de veinte años surgirá otro César de la oscuridad del bosque. Muy inteligente, sí.

-Dicen que Cayo Octavio es un pelele, un afeminado -dijo Porcia, mientras besaba la fruncida frente de su marido.

-Lo dudo mucho, querida. Conozco a César más a fondo que a Homero.

-¿Piensas acatar este destierro sin ninguna protesta? -quiso saber ella, volviendo a su tema preferido.

-No -dijo Bruto con calma-. He enviado un mensaje a Casio exponiéndole mis planes de redactar una declaración en nombre de los dos, dirigida a todas las ciudades y pueblos de Italia. En ella se dirá que actuamos pensando en sus intereses, y se implorará su apoyo. No quiero que Antonio piense que no tenemos seguidores sólo porque hayamos cedido y ya no estemos en Roma.

-¡Muy bien! -dijo Porcia, contenta.

No todas las poblaciones y distritos rurales de Italia habían compartido la adoración a César. En determinadas zonas, los sentimientos republicanos habían hecho perder muchas tierras públicas, mientras que en otras eran los romanos en general los que no merecían aprecio ni confianza. En suma, que hubo lugares donde el manifiesto de los Libertadores fue bien acogido. Hubo, incluso, jóvenes que se ofrecieron como soldados, en caso de que Bruto y Casio decidiesen alzarse en armas contra Roma y todo lo que representaba.

La situación tenía preocupado a Antonio, sobre todo desde su viaje a la Campania para el reparto de tierras a los veteranos. Las partes samnitas de aquella fértil región eran un hervidero de rumores sobre otra guerra de Italia, encabezada esta vez por Bruto y Casio. Para solucionarlo, envió a Bruto una carta muy seca en la que le comunicaba que él y Casio, consciente o inconscientemente, estaban instigando una rebelión, y se exponían a un juicio por traición. Bruto y Casio respondieron mediante otra declaración pública en la que suplicaban a las partes descontentas de Italia que no siguieran brindándoles tropas, sino que dejaran la situación tal como estaba.

Aparte del odio samnita contra Roma, todavía quedaban nidos de republicanos fervientes que en Bruto y Casio saludaban a sus salvadores; algo completamente opuesto a los intereses de la pareja, ya que ellos dos estaban muy lejos de querer fomentar una rebelión. En uno de esos nidos estaba el amigo de Pompeyo el Grande, *praefectus fabrum* y banquero Cayo Flavio Hemicilo, que abordó a Ático y le pidió que se pusiera al frente de un consorcio de magos de las finanzas dispuesto a prestar dinero a los Libertadores para fines no especificados. El sagaz plutócrata se negó educadamente.

-Una cosa es lo que esté dispuesto a hacer a título privado por Servilia y Bruto -dijo a Hemicilo-, y otra muy distinta suscitar el odio público.

Acto seguido, informó a los cónsules de las propuestas que le había hecho Hemicilo.

-Decidido -dijo Antonio a Dolabela y Aulo Hirtio-. El año que viene no gobernaré Macedonia. Me quedaré en Italia con mis seis legiones.

Hirtio arqueó las cejas.

-¿Tomando la Galia Cisalpina como provincia a tu cargo?

-Ni más ni menos. En las calendas de junio pediré a la Cámara las Galias Cisalpina y Trasalpina, aparte de la provincia narbonense. Seis legiones de elite acampadas alrededor de Capua disuadirán a Bruto y Casio... y harán que Décimo Bruto se lo piense mejor. Además, he escrito a Polión, Lepido y Planco preguntando si estarían dispuestos a poner sus

legiones a mi disposición en caso de que Décimo tratara de levantar a la Galia Cisalpina. Está claro que ninguno de los tres respaldará a Décimo.

Hirtio sonrió, pero se calló lo que pensaba: que se mantendrían a la expectativa hasta ver llegado el momento de apoyar al más fuerte.

-¿Y Vatinio, en Illyricum? -fue lo único que preguntó.

-Vatinio me respaldará -dijo Antonio, confiado.

-¿Y el gobierno provisional de Hortensio en Macedonia? Entre él y los Libertadores existen lazos muy antiguos -dijo Dolabela.

-¿Qué puede hacer Hortensio? Todavía es más insignificante que nuestro amigo y *Pontifex maximus* Lepido. -Antonio hizo una mueca de satisfacción-. No, no habrá ningún levantamiento. ¿Vosotros os imagináis a Bruto y Casio marchando sobre Roma? ¿O a Décimo? En todo el mundo no hay nadie con agallas como para marchar sobre Roma; menos yo, claro, y ya me diréis qué falta me hace...

Desde la muerte de César, el mundo, para Cicerón, había entrado en una espiral de locura, y no se explicaba por qué. A lo máximo que llegaba era a pensar que si los Libertadores no habían sabido tomar el poder era porque no le habían pedido consejo. ¡Cómo! ¡No consultar nadie a un personaje de la sabiduría, la experiencia y el conocimiento de las leyes de Marco Tulio Cicerón!

Nadie le había consultado, ni siquiera su hermano. Libre de Pomponia, pero sin recursos para devolverle la dote, Quinto había rechazado los consejos fraternos y se había casado con Aquilia, una heredera joven y núbil. Ello le permitía zanjar las deudas con su primera esposa y mantener un buen pasar, pero a costa de indignar a su hijo y hacerle perder los estribos. Al principio Quinto el joven se había refugiado en su tío Marco, pero sin callarse (a tanto llegaba su estupidez) que seguía admirando a César, que jamás dejaría de admirarle, y que estaba dispuesto a matar a cualquiera de sus asesinos si tenían la insensatez de aproximarse a él; de ahí que Cicerón, no menos indignado, le hubiera echado con cajas destempladas, y que el joven, por falta de otros puertos, hubiera agravado el insulto convirtiéndose en secuaz de Marco Antonio.

Después de algo así, lo único que podía hacer Cicerón era escribir cartas, muchas cartas: a Ático (en Roma), a Casio (de viaje), y por último a Bruto (todavía en Lanuvium), preguntando cómo era posible que la gente no se diera cuenta de que Antonio era un tirano todavía mayor que César, y que sus leyes se reducían a abominables farsas.

«En ningún caso, Bruto -escribía en una de sus cartas-, dejes de regresar a Roma para ocupar tu puesto en la Cámara durante las calendas de junio. Tu ausencia marcaría el final de tu carrera pública, y el principio de desastres todavía peores.»

Pero no todo eran malas noticias. Corrían rumores de un desastre que le llenaba de satisfacción: por lo visto Cleopatra, su hermano Ptolomeo y Cesarión habían naufragado en su viaje de regreso, y habían estado a punto de ahogarse.

-Ah -preguntó en su villa de Pompeya (inveterado nómada como era) a Balbo, que había venido a visitarle-, ¿sabes lo último que cuentan de Servilia? -Hizo ver que el horror le cortaba la respiración.

-No. ¿Qué? -preguntó Balbo con labios temblorosos.

-¡Que está en la villa de Poncio Aquila, sin nadie más en toda la casa, y que duermen en la misma cama!

-¡Madre mía! Me habían dicho que había roto con él al enterarse de que era un Libertador-dijo Balbo, comedido.

-Sí, pero luego Bruto la echó, y ella lo hace para avergonzarles a él y Porcia. ¡Imagínate! ¡Una mujer de más de sesenta años con un hombre que es más joven que su hijo!

-De todos modos, lo peor, con diferencia, es lo mal que pinta la paz en Italia -dijo Balbo-. Empiezo a darla por perdida, Cicerón.

-¡No! ¿Tú también? Ten en cuenta que ni Bruto ni Casio pretenden empezar otra guerra civil.

-Pues Antonio no estaría de acuerdo.

Cicerón suspiró, y se le encorvaron los hombros. De repente parecía un octogenario.

-Sí, es verdad que todo juega a favor de la guerra -reconoció con tristeza-. La principal amenaza, naturalmente, es Décimo Bruto. ¡Ah!

¿Porqué no me pedirían consejo?

-¿Quiénes?

-¡Los Libertadores! Lo que hicieron, lo hicieron con un valor de hombres, pero con la misma previsión que un niño de cuatro años. Como críos matando a puñaladas a una muñeca de trapo.

-El único que podría ayudarles es Hirtio.

Cicerón se animó.

-Pues vamos tú y yo a verle.

Capítulo 3

Octaviano entró en Roma en las nonas de mayo, con la única compañía de sus dos criados. Su madre y su padrastro se habían negado a participar en semejante locura. A la cuarta hora del día cruzó la puerta Capena y emprendió el camino a pie hacia el Forum Romanorum, vestido con una toga de un blanco inmaculado y, en el hombro derecho de la túnica (que quedaba al descubierto), la estrecha cinta púrpura de caballero. Gracias a sus muchas horas de práctica con botas de tacón alto, impresionaba bastante a los demás transeúntes como para que se volviesen a mirarle, admirados por su estatura, su dignidad y una postura muy erguida que excluía cualquier afectación o contoneo en los andares (afectación o contoneo que, por otro lado, le habrían hecho dar de bruces en el suelo). Con la cabeza en alto, los reflejos del sol en su abundante y ondulado pelo rubio, y un esbozo de sonrisa en los labios, avanzó por la Sacra Vía con la misma naturalidad y simpatía en el semblante que habían caracterizado a César.

-¡Es el heredero de César! -susurraba uno de sus dos criados a los que le veían pasar.

-¡Ha llegado a Roma el heredero de César! -murmuraba el otro.

Hacía un buen día, de cielo despejado, pero con una humedad asfixiante. El aire estaba tan saturado de vapor que la bóveda celeste se veía más blanca que azul. El sol aparecía rodeado a cierta distancia por un brillante halo que hacía que la gente lo señalara y se preguntara en voz alta por el significado del augurio. En la luna llena eran bastante normales los anillos, pero ¿en el sol? ¡Jamás! Un augurio completamente anómalo.

El sitio donde habían quemado a César se dejaba reconocer con gran facilidad a causa de las flores, muñecas y pelotas de que seguía cubierto. Al llegar al Clivus Sacer, Octaviano se desvió para acercarse a aquel lugar.

Ahí, mientras seguía acudiendo gente, se tapó la cabeza con un pliegue de la toga y rezó en silencio.

Cerca, bajo el templo de Cástor y Pólux, había una serie de oficinas ocupadas por el Colegio de tribunos de la Asamblea de la Plebe. Uno de estos últimos, Lucio Antonio, salió por la puerta del sótano del templo justo a tiempo de ver que Octaviano se descubría los cabellos que se había tapado con la toga.

El menor de los Antonios solía ser considerado el más inteligente de los tres, pero sus posibilidades de llegar tan alto como el mayor en el favor del público se veían lastradas por una serie de inconvenientes, entre ellos su tendencia a engordar, su calvicie y su falta de sentido del ridículo, que le había metido en más de un lío con Marco.

Se detuvo, y al observar al joven orante tuvo que aguantarse las carcajadas. ¡Menudo espectáculo! ¡Conque ése era el famoso heredero de César! Al igual que sus hermanos, nunca había frecuentado el círculo del tío Lucio, ni recordaba haber visto jamás a Cayo Octavio, pero tenía que ser él. ¿Quién si no? Lucio Antonio tenía constancia de que su hermano Cayo, pretor urbano en funciones, había recibido una carta de Cayo Octavio solicitando permiso para hablar en público desde la tribuna del Foro cuando llegara a Roma en las nonas de mayo.

Sí, era el heredero del César. ¡Menudo hazmerreír! ¡Qué botas! ¿A quién creía engañar? Además, ¿no tenía barbero? Llevaba el pelo todavía más largo que Bruto. Tan jovencito, y hecho un dandi. ¡Qué manera de volver a arreglarse la toga! ¿No se te ocurrió nadie mejor, César? ¿Este perfecto mariquita te pareció preferible a mi hermano? Pues eso, primo Cayo, es que al hacer testamento estabas mal de la cabeza.

-*Ave* -dijo, acercándose tranquilamente a Octaviano con la mano tendida.

-¿Eres Lucio Antonio? -preguntó Octaviano con la sonrisa de César (inquietante parecido), mientras soportaba sin la menor alteración un apretón de manos como para desmenuzarle los huesos.

-Sí, Octavio, el mismo -respondió Lucio alegremente-. Somos primos. ¿Ya te ha visto el tío Lucio?

-Sí, le visité en Neapolis hace algunas *nundinae*. Está mal de salud, pero se alegró de verme. -Después de una pausa, Octaviano preguntó:- ¿Tu hermano Cayo está en su tribunal?

-No, hoy no; se ha concedido un día de fiesta.

-¡Vaya! Lástima -dijo el joven, sin dejar de sonreír en atención a un público embelesado-. Le escribí pidiendo permiso para hablar desde la tribuna del Foro, pero no me ha contestado.

-Ya te lo doy yo -lo tranquilizó Lucio, con un brillo en sus ojos pardos. Como Antonio que era, no podía evitar que le gustara el descaro de aquel fatuo, en cuyos grandes ojos, por otra parte, no se leía nada. El heredero de César se guardaba sus pensamientos.

-¿Podrás caminar a mi ritmo, con esas botas de burdel? -preguntó, señalando el calzado de su primo.

-Claro que sí-dijo Octaviano al empezar a seguirle-. Llevo alzas porque tengo la pierna derecha más corta que la izquierda.

Lucio se rió a carcajadas.

-¡Lo importante es que dé la talla la tercera pierna!

-Pues eso ya no lo sé, porque soy virgen -dijo Octaviano, tan tranquilo.

Lucio parpadeó de sorpresa.

-No es un secreto como para ir soltándolo así, a lo tonto.

-No lo suelto, lo digo. Además, ¿qué tiene de secreto?

-¡Ah, conque insinuando que te gustaría sacarla a pasear! Pues cuenta conmigo para llevarte a donde haga falta.

-No, gracias. Lo que insinuaba es que soy muy exigente, y que tengo mis manías.

-Pues entonces no eres ningún César. Él se tiraba lo que fuera.

-No, en ese aspecto no soy César.

-Oye, Octavio, ¿qué quieres, que se rían de ti con esa ropa?

-No, querer no, pero me da igual. Tarde o temprano, más que ganas de reír las tendrán de llorar.

-¡Muy bien, muy bien! -exclamó Lucio, riéndose de sí mismo-. ¡Buen contraataque! Se han vuelto las tornas.

-Eso, Lucio Antonio, el tiempo lo dirá.

-Venga, lisiadito, ve saltando por los escalones y plántate entre las dos columnas.

Octaviano obedeció, y al volverse hacia el primer público que tenía en el Foro vio que era considerable. Pensó que era una lástima que la orientación de la tribuna impidiese al orador tener el sol detrás, porque le habría encantado aparecer con el halo en torno a la cabeza.

-¡Soy Cayo Julio César *Filius*! -anunció a la multitud, con una voz que sorprendía por su fuerza y su alcance-. ¡En efecto, así me llamo! Soy el heredero de César, que me adoptó oficialmente en su testamento. -Levantó la mano para señalar el sol, que estaba casi encima de él-. ¡Y hoy César ha enviado un augurio para mí, su hijo!

Sin embargo, sus siguientes palabras no estuvieron dedicadas al trascendental significado del augurio, sino a analizar los términos del legado de César ante el pueblo de Roma. Dedicó al tema todo el tiempo necesario, y lo remató con la promesa de que, en cuanto se hubiera autenticado el testamento, procedería a distribuir los dones de César en su nombre, puesto que él era César.

Lucio Antonio observó con inquietud que el público lo escuchaba embelesado. Ninguno de los que pisaban las losas del Foro prestaba atención al alza de la bota derecha (la izquierda quedaba oculta por el corte de la toga, que casi caía hasta el suelo), ni se burlaba de Octaviano. Estaban demasiado ocupados en admirar su belleza, su porte varonil, su lozana cabellera y su asombroso parecido con César, desde la sonrisa hasta las expresiones de la cara. La noticia debía de haber corrido como la pólvora, porque ya se habían congregado muchos de los leales al difunto: judíos, extranjeros, censo por cabezas...

No era el aspecto la única baza de Octaviano. Hablaba francamente bien, dejando adivinar que con el tiempo se convertiría en uno de los grandes oradores de Roma. El final de su discurso fue acogido con una larga ovación. Entonces Octaviano bajó de la escalinata y se mezcló sin temor con el gentío, tendiendo la mano derecha y sin perder ni un segundo la sonrisa. Las mujeres le tocaban la toga. Algunas estaban al borde del desmayo. Si es verdad que es virgen (porque empiezo a pensar que me ha

tomado el pelo), podría remediarlo con cualquiera de las de aquí, pensó Lucio Antonio. ¡No es listo ni nada, el pequeño *mentula*! ¡Cómo me ha engañado!

-¿Qué, te vas a casa de Filipo? -preguntó a Octaviano, que se dirigía hacia la Escalera Vestal por donde se subía al Palatino.

-No, a la mía.

-¿La de tu padre?

Las cejas rubias se arquearon en perfecta imitación de las de César.

-Mi padre vivía en la *Domus Publica*, que era su única casa. Yo me he comprado una.

-¿Casa o palacio?

-Me conformo con poco, Lucio Antonio. Las obras de arte que me gustan las donaría a los templos públicos de Roma. Soy frugal, no bebo vino y tampoco tengo vicios. Vale -dijo Octaviano, y empezó a subir ágilmente por la Escalera Vestal. Empezaba a notar una presión en el pecho. Ya había superado el suplicio, y con éxito. Ahora el asma se lo haría pagar.

Lucio Antonio, ceñudo, se quedó donde estaba.

-¡No es listo ni nada! ¡Cómo me ha engañado! -le dijo Lucio a Fulvia, algo más tarde.

Fulvia volvía a estar encinta, y de mal humor por lo muchísimo que echaba de menos a Antonio.

-No deberías haberle dejado hablar -dijo, bastante seria como para que se le vieran unas cuantas arrugas muy poco favorecedoras-. Francamente, Lucio, a veces eres tonto. Si me has repetido bien su discurso, de lo que ha dicho al señalar el anillo del sol se deducía que César es un dios, y él hijo de un dios.

-¿Tú crees? Sólo me he fijado en el recurso oratorio -dijo Lucio, entre risitas-. Tú no le has visto, Fulvia; yo sí, y la única conclusión que hay que sacar es que es un actor nato.

-Como Sila. Además, ¿a qué venía informarte de que es virgen? En general, los jóvenes preferirían morirse antes que reconocerlo.

-Sospecho que lo que quería decirme es que no es homosexual. Viéndole tan guapo lo pensaría cualquiera, pero me ha negado que tenga

vicios, y dice que se conforma con poco. Eso sí, buen orador lo es. La verdad es que me ha impresionado.

-Pues mira, Lucio, le veo peligroso.

-¿Peligroso? ¡Fulvia, que tiene dieciocho años!

-Pero como si tuviera ochenta. Lo que busca no son colegas nobles. Lo que busca son los partidarios y acólitos de César. -Fulvia se levantó-. Escribiré a Marco. Considero que tiene que saberlo.

Cuando la carta de Fulvia sobre el heredero de César se vio seguida, dos *nundinae* después, por otra del edil plebeyo Critonio en la que informaba de que el joven había intentado exhibir la silla curul y la corona de oro con incrustaciones de piedras preciosas de César durante los juegos dedicados a Ceres, Marco Antonio decidió que ya era hora de volver a Roma. Por suerte la exhibición había sido prohibida por Critonio, como responsable de los *ludi cerialis*. ¡Pero entonces a Octaviano no se le había ocurrido nada mejor que pedir que el desfile pasara la diadema rechazada por César! Y ni siquiera la segunda negativa del edil le había hecho arrepentirse. ¡Según Critonio, insistía en que le llamasen César! ¡Se paseaba por Roma hablando con el vulgo y presentándose como «César»! ¡Y se negaba a que le llamasen, no ya «Octavio», sino «Octaviano»!

El vigesimoprimer día de mayo, acompañado por una guardia personal compuesta por varios centenares de veteranos, Antonio protagonizó una ruidosa entrada en Roma, a lomos de un caballo reventado. Más aún que las posaderas, le dolía el alma; de un lado a causa de lo duro del viaje, y del otro por haber tenido que interrumpir una labor importantísima: si no se aseguraba el apoyo de los veteranos, ¿de qué podían ser capaces los Libertadores?

Aún había otra preocupación que alimentaba (y mucho) su ira. Había mandado enviar desde Brindisi los tributos provinciales y los fondos para la guerra de César. Los tributos habían llegado correctamente a Teanum, su base de operaciones, y habían supuesto un gran alivio: gracias a ellos podría seguir comprando tierras, y zanjando una parte de sus deudas. (Antonio no tenía reparos en gastarse el dinero de Roma en asuntos personales. Como cónsul, se limitó a enviar a Marco Cuspido, del Erario, un documento donde

se declaraba deudor de veinte millones de sestercios a dicha institución.) En cambio los fondos para la guerra no habían llegado a Teanium, por la sencilla razón de que no estaban en Brindisi. Los había requisado, en nombre de César, el heredero de César, o eso dijo el sorprendidísimo administrador del banco al legado de Antonio, Cafón. Éste, consciente de que no podía volver a la Campania con las manos vacías, investigó a fondo Brindisi, sus suburbios e incluso la campiña, pero sin resultado. Como el día de la desaparición del dinero había llovido a cántaros, todo el mundo había estado en casa. Dos cohortes de veteranos de un campamento dijeron que con un tiempo así había que estar loco para salir, y que no tenían constancia del paso de ninguna comitiva de sesenta carromatos. Consultado Aulo Plautio, expresó la mayor ignorancia, y no tuvo reparo en jurar por las cabezas de sus familiares que Cayo Octavio no tenía nada que ver con ningún robo en el banco de al lado. Sólo hacía un día que éste había vuelto de Macedonia, y estaba fatal de salud, con la cara amoratada. Cafón, por lo tanto, no tuvo más remedio que regresar a Teanium, dejando a varios de sus hombres el encargo de preguntar por una comitiva de carromatos que hubiera ido al norte, hacia Barium, al oeste, hacia Tarentum, o al sur, hacia Hydruntum, mientras otros se informaban de si al finalizar la tormenta se había hecho a la mar algún barco cargado.

Cuando Antonio emprendió el camino de Roma, seguía sin haber averiguado nada nuevo. Nadie había visto nada, ni carromatos ni barco. Parecía que los fondos de guerra hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

Como ya era demasiado tarde para convocar a su presencia a Cayo Octavio, Antonio alivió el dolor de posaderas con un baño de sales. Tras un segundo baño (pero de cuerpo entero, con Fulvia y toda suerte de caricias), vio a Antilo dormido, comió y bebió en sobreabundancia y se acostó.

Al amanecer, le informaron de que Dolabela se había ausentado unos días de la ciudad. Durante el desayuno llegó Aulo Hirtio, que tampoco parecía de muy buen humor.

-Oye, Antonio, ¿cómo se te ocurre entrar en Roma con soldados armados hasta los dientes? -exigió saber-. Ni hay disturbios civiles, ni tienes

privilegios de Maestro del Caballo. De lo único que se habla en toda la ciudad es de que piensas arrestar a los Libertadores que aún no se hayan marchado. ¡Ya han venido siete a verme, y piensan escribir a Bruto y Casio! ¡Estás provocando una guerra!

-Sin guardia me siento desprotegido -rugió Antonio.

-¿Por qué? ¿A quién temes? -preguntó Hirtio, sorprendido.

-¡A esa serpiente de Cayo Octavio!

Hirtio se dejó caer en una silla.

-¿Cayo Octavio? -Se le escapó la risa-. ¡Pero bueno, Antonio!

-El muy *Cunnus* ha robado de Brindisi los fondos para la guerra de César.

-*Gerrae!*-dijo Hirtio, riéndose aún más.

Apareció un criado.

-Amo, está aquí Cayo Octavio.

-Pues dile que pase -dijo Antonio con mala cara. Si algo había logrado la franca incredulidad de Hirtio era empeorar su mal humor. La pega era que no osaba enemistarse con él, porque era el más leal e influyente de los seguidores romanos de César, gozaba de un peso enorme en el Senado y también tenía prometido el consulado a un año vista.

Las botas con alzas fueron una sorpresa para ambos, Hirtio y Antonio. No se prestaban mucho a comparaciones con serpientes. ¿Peligroso aquel joven con toga, tan recatado y con unas pretensiones tan extrañas? ¿Tanto como para protegerse de él con centenares de soldados? Tras una mirada de lo más elocuente a Antonio, Hirtio se apoyó en el respaldo de su silla y se dispuso a presenciar el duelo de titanes.

Antonio no se molestó ni en levantarse ni en tender la mano.

-Octavio.

-César -le corrigió Octaviano amablemente.

-¡Tú no eres César! -bramó Antonio.

-Sí que lo soy.

-¡Te prohíbo usar este nombre!

-Es mío por adopción legal, Marco Antonio.

-Falta que se apruebe la *lex curiata* de adopción, cosa que no veo muy cercana. Yo, sin ir más lejos, que soy el cónsul superior, no tengo ninguna prisa por acudir a la asamblea curiada para ratificarla. ¡De hecho, Cayo Octavio, en lo que de mí dependa, nunca conseguirás que se apruebe ninguna *lex curiata*!

-Tranquilízate, Antonio -dijo Hirtio en voz baja.

-¡Y un cuerno! ¿Por quién te tomas para desafiarme, mariquita de ocho cuartos? -rugió Antonio.

Octaviano no delataba ninguna emoción, ni en la cara ni en los ojos muy abiertos. Nada en su postura daba a entender que estuviera asustado o tenso. Tenía los brazos caídos, y con las manos acariciaba distraídamente los pliegues de la toga. Tampoco le sudaba la piel.

-Soy César -dijo-, y como tal reclamo la parte de la fortuna de César destinada en calidad de herencia al Pueblo de Roma.

-No puedes, porque el testamento aún no está autenticado. Al pueblo, Octavio, págale con los fondos para la guerra de César -dijo Antonio con desprecio.

-¿Cómo dices? -preguntó Octaviano, adoptando una expresión de sorpresa.

-Se lo robaste a Opio en Brindisi.

Hirtio se irguió con los ojos brillantes.

-¿Cómo dices? -repitió Octaviano.

-¡Que has robado los fondos para la guerra de César!

-Te aseguro que no.

-Hay testigos: el administrador de Opio.

-No puede testificar lo que no he hecho.

-¿Niegas que compareciste ante el administrador de Opio, te presentaste como heredero de César y solicitaste los treinta mil talentos de los fondos para la guerra de César?

Octaviano empezó a sonreír con deleite.

-*Edepol!* ¡Pero qué ladrón más listo! -Rió entre dientes-. Seguro que no presentó ninguna prueba, porque en Brindisi no las tengo ni siquiera yo.

Puede que lo robara el propio administrador de Opio. Madre mía, pero qué vergüenza para el Estado... Espero que lo encuentres, Marco Antonio.

-Puedo mandar torturar a tus esclavos, Octavio.

-Te será fácil, porque en Brindisi sólo me acompañaba uno. Eso si me acusas, claro. ¿Cuándo fue cometido el vil delito? -preguntó Octaviano con toda la calma del mundo.

-Un día en que diluviaba.

-¡Ah, pues tengo coartada! A mi esclavo todavía le duraba el mareo del barco, y a mí el asma, las náuseas y el dolor de cabeza. En definitiva, que estábamos los dos en cama. Ah -dijo Octaviano-, y te agradecería mucho que reconocieras mis derechos y me llamasés César.

-¡Yo a ti nunca te llamaré César!

-Como eres el cónsul superior, Marco Antonio, me veo obligado a comunicarte mi intención de celebrar los juegos triunfales de César después de los *ludi Apolinales*, pero antes de que acabe julio. A eso venía.

-Lo prohíbo -dijo Antonio con saña.

-¡No puedes! -se indignó Hirtio-. ¡Yo estoy entre los amigos de César dispuestos a poner dinero! ¡Es más, Antonio, confío en tu contribución! Tiene razón este joven: es el heredero de César, y le corresponde celebrarlos.

-¡Vete, Octavio, que no quiero ni verte! -exclamó Antonio.

-Me llamo César -dijo Octaviano al marcharse.

-Has estado más maleducado de la cuenta -dijo Hirtio-. ¿A qué venía despoticar de esa manera? Ni tan siquiera le has ofrecido asiento.

-¡El único asiento que le ofrecería sería una pica!

-Por otro lado, no puedes negarle la *lex curiata*.

-Se la concederé cuando devuelva los fondos para la guerra.

A Hirtio volvió a escapársele la risa.

-*Gerrae, Gerrae, Gerrae!* Si es verdad que robaron los fondos, Antonio (y no te digo nada que no sepas), es una empresa que exige *nundinae* de preparativos, y ya has oído a Octaviano: acababa de volver de Macedonia, y estaba enfermo.

-¿Octaviano? -preguntó Antonio, todavía ceñudo.

-Sí, Octaviano. Te guste o no, se llama Cayo Julio César Octaviano. Le llamaré Octaviano. Tranquilo, que no llegaré al extremo de llamarle César. De todos modos, llamándole Octaviano ya se le reconoce la condición de heredero de César-dijo Hirtio-. ¿A que parece mentira lo tranquilo y listo que es?

Cuando salió al peristilo del palacio de las Carenas, Hirtio encontró reunida a la veterana escolta de Antonio. Parecían esperar las órdenes del cónsul superior. ¿Y quién estaba entre ellos sino el mismísimo Octaviano, con idéntica sonrisa e idénticos movimientos de manos que César? También debía de tener su ingenio, ya que muchas risas acogían los comentarios que profería con aquella voz grave que a Hirtio le sonaba cada vez más parecida a la de César.

Antes de que Hirtio alcanzara al grupo, Octaviano se había despedido con un gesto cesáreo.

-¡Qué encantador! -suspiró un veterano, secándose los ojos.

-¿Le has visto, Aulo Hirtio? -preguntó otro, también con los ojos empañados-. ¡Es la viva imagen de César! ¡César de joven!

Hirtio, con el alma en los pies, se preguntó a qué jugaba Octaviano. Cuando llegue su hora, porque llegará, ya no estarán en activo ninguno de estos hombres. Deben de interesarle sus hijos. ¿Hasta ese punto es capaz de hacer planes?

La desaparición de los fondos para la guerra de César influyó profundamente en los planes de Antonio, que no estaba dispuesto a revelárselos del todo a personas como Aulo Hirtio. El problema de las tierras para los veteranos tenía solución. Siempre cabía la posibilidad de enajenarlas por la ley de la propiedad privada y transferirlas al *Ager publicus*. Ni siquiera los caballeros más poderosos de la Dieciocho, que (junto con muchos senadores) serían las víctimas de esas leyes, se hacían notar ni se quejaban mucho desde la muerte de César. La principal preocupación de Antonio tampoco eran sus deudas personales.

Desde el paso del Rubicón por César, un nuevo factor había ido cobrando más y más relieve, llegando al extremo de que en esos momentos todos los soldados de todas las legiones esperasen una prima generosa a

cambio de luchar. Vendicio estaba reclutando dos legiones nuevas en Campania, y cada alistado pedía mil sestercios en efectivo por el mero hecho de engrosar las filas. La formación de esas legiones, aparte de costarle al Estado las inevitables sumas en equipamiento, exigiría el pago inmediato de diez millones de sestercios. Las seis legiones de elite que seguían en Macedonia no habían perdido cohesión, pero ahora sus representantes estaban en Teanum, lanzando indirectas. Perdido el botín parto, ¿valdría la pena ser soldado? ¿Estaría el botín dacio a la altura del parto? ¿Cómo decirles que tampoco habría tal botín, porque estaban a punto de regresar a Italia para respaldar el poder del cónsul? Antes de dar la noticia, era necesario conseguir seis mil sestercios en efectivo para cada legionario, que se les pagarían cuando desembarcasen en Brindisi. El total, sin contar el coste suplementario de los centuriones, serían trescientos millones de sestercios.

Por desgracia Antonio no tenía tanto dinero, ni podía conseguirlo. Los tributos provinciales servían para cubrir muchos más gastos ordinarios del gobierno, no sólo para sufragar las legiones. Muerto César, no quedaba nadie capaz de conservar la lealtad de los legionarios sin primas en efectivo. Si algo había aprendido Antonio de sus esfuerzos en la Campania, era eso.

-¿Y la reserva de emergencia del templo de Ops? -preguntó Fulvia, a quien se lo confiaba todo.

-No existe -dijo él, cariacontecido-. La ha saqueado todo el mundo, desde Cina y Carbón hasta Sila.

-Sí, pero Clodio dijo que la habían restituido. Si no hubiera conseguido que aprobaran su ley de anexionar Chipre para pagar el subsidio de grano, sus planes eran sacar el dinero de Ops. Después de todo, era el resultado de la abundancia de Roma, de los frutos de la tierra, de modo que la consideraba una fuente legítima de grano gratuito. El caso es que al final le aprobaron la ley, y que no le hizo falta saquear el templo.

Antonio se echó sobre Fulvia y le dio un fogoso beso.

-¿Qué haría sin ti? ¡Tú sí que eres mi personificación de Ops!

El templo de Ops consistía en el Capitolio no era muy antiguo. Pese a tratarse de un numen, y por lo tanto de una divinidad sin rostro, incorpórea,

que se remontaba a los primeros tiempos de la ciudad, su primer templo había sido destruido por el fuego; de ahí que el que sobrevivía lo hubiese erigido Cecilio Metelo tan sólo un siglo y medio atrás. Si bien no era muy grande, los Cecilio Metelo lo habían mantenido limpio y bien pintado. Sólo constaba de una *cella*, que ni albergaba una imagen ni servía para sacrificios, debido a que Ops tenía un altar en la Regia, de mayor importancia para la religión del Estado. Como todo los templos romanos, el de Ops en el Capitolio estaba erigido sobre una plataforma de gran altura. Por su carácter sacrosanto, protegido por la deidad de la parte superior, sus sótanos solían usarse para guardar objetos de alto valor, categoría en la que también podían entrar el dinero o los lingotes.

Marco Antonio esperó a que anoheciera para forzar la puerta del sótano del templo de Ops sin otra ayuda que la de sus esbirros, y al iluminar con su linterna el amontonamiento de bloques de plata ennegrecida se le cortó la respiración. ¡Ops había recuperado con creces lo suyo! Ya tenía el dinero.

Decidió trasladarlo en pleno día, pero de forma gradual, y no muy lejos; concretamente al otro lado del Capitolio, por el Asylum. Ahí, en el sótano de Juno Moneta, donde estaba la ceca, se trabajó noche y día para convertir los lingotes en denarios de plata. Antonio ya estaba en situación de pagar durante mucho tiempo a sus legiones, y aun de zanjar sus deudas personales. El valor de la reserva de Ops ascendía a veintiocho mil talentos de plata, equivalentes a setecientos millones de sestercios.

Empezaba a estar todo preparado para las calendas de junio, la fecha en la que pediría el trueque de provincias al Senado. Después de eso haría que su hermano Lucio utilizara la Asamblea de la Plebe para, de una vez por todas, librar a la Galia Cisalpina de Décimo Bruto.

Una carta de Bruto y Casio le arrancó rugidos de cólera:

Nos complacería muchísimo hallarnos presentes en el Senado para las calendas de junio, Marco Antonio, pero no tenemos más remedio que solicitarte ciertas garantías de seguridad. Nos entristece que, siendo como somos ambos pretores superiores, ni tú ni ningún otro magistrado nos mantenga informados sobre la situación en Roma. Nos alegra que te preocupes por nuestro bienestar, y te damos nuevamente las gracias por

haber sido tan comprensivo desde los idus de marzo. No obstante, ha llegado a nuestro conocimiento que la ciudad está llena de antiguos soldados de César, y que pretenden volver a erigir el altar y la columna a César, que con tanta justicia desmanteló el cónsul Dolabela.

Nuestra pregunta es la siguiente: ¿es seguro para nosotros ir a Roma? Humildemente te rogamus garantías de que nuestras amnistías no sean revocadas, y de que seamos bienvenidos en Roma.

Como la solución a sus problemas financieros le había dejado de mucho mejor humor, Antonio dio respuesta a aquel ruego (que rozaba lo obsequioso) con escasa consideración hacia los sentimientos de los Libertadores:

A Marco Bruto y Cayo Casio: no puedo garantizar vuestra seguridad. En efecto, la ciudad está llena de antiguos soldados de César. Se hallan aquí de vacaciones, mientras esperan recibir sus tierras o se plantean volver a alistarse en las legiones que estoy reclutando en la Campania. En cuanto a sus intenciones sobre lo que llamo yo la "cesarolatría", tenéis mi palabra de que es un culto que no será fomentado.

Venid a Roma para la asamblea de las calendas de junio, o no vengáis. La decisión es enteramente vuestra.

¡Muy bien! ¡Que aprendieran qué lugar les correspondía en los planes de Antonio! Así, además, estarían avisados de que si decidían aprovechar el descontento samnita habría legiones en la zona capaces de sofocar cualquier rebelión. ¡Excelente, sí, por Ops!

Las calendas de junio le deparaban otro cambio de humor, pero a peor: el que sintió cuando, al entrar en la Curia Hostilia, vio que había tan poca gente que le faltaba quórum. Con Bruto, Casio y Cicerón lo habría superado por pelos, pero no estaban.

-Bueno -dijo entre dientes a Dolabela-, pues iré directamente a la Asamblea de la Plebe. -Llamó a su hermano, que se iba del brazo con Cayo Antonio-. ¡Lucio! ¡Convoca a la Asamblea de la Plebe para dentro de dos días!

La Asamblea de la Plebe, donde la asistencia tampoco era muy lucida, carecía de regulaciones de quórum. Sólo con que compareciese un miembro

por tribu se podía llevar adelante la reunión; y se habían presentado algo más de doscientos, repartidos entre treinta y cinco tribus. Como todo se hacía muy deprisa, y Antonio estaba que trinaba, nadie de la plebe se atrevió a discutir con Lucio Antonio. Entre los colegas de Lucio, los demás tribunos de la plebe, tampoco hubo ninguno con arrestos para ejercer el veto. Al cabo de poco rato, pues, la plebe había acordado a Marco Antonio las Galias Cisalpina y Trasalpina, con excepción de la provincia narbonense: para un periodo de cinco años, y sin límites de *imperium*. El siguiente trámite fue acordar Siria a Dolabela, para cinco años y sin límites de *imperium*. La vigencia de aquella *lex Antonia de permutatione provinciarum* era inmediata. En suma, que Décimo Bruto quedaba despojado de su provincia.

Pero la labor de la Asamblea de la Plebe aún no había terminado. Los primeros frutos del pacto de Antonio con las legiones quedaron de manifiesto cuando Lucio Antonio presentó otra ley, destinada a instituir una figura de jurado que se sumaba a las dos preexistentes en los tribunales: ex centuriones de alto rango, que no necesitaban ingresos de caballero para aspirar al cargo. A continuación, el hermano menor de Antonio presentó otra ley de tierras por la que se distribuía *Ager publicus* a los veteranos a través de una comisión de siete miembros compuesta por Marco Antonio, el propio Lucio, Dolabela y cuatro adláteres, entre ellos el Libertador Cesenio Lento, que daba caba sin descanso a Marco Antonio.

Hirtio vio confirmados los rumores de que el rey Deyotaro de Galacia estaba sobornando a Antonio cuando la Armenia Parva fue separada de la Capadocia e incorporada a la Galacia.

Ya no había quien parase a los dos cónsules, cuyo estilo de gobierno no podía estar más claro: corrupción e interés personal. Las calendas de junio habían sido el pistoletazo de salida para un intenso comercio de exenciones y de privilegios. Las personas que habían sido despojadas a perpetuidad de su ciudadanía por César (al descubrir que Faberio la vendía) ya podían volver a comprarla. Mientras tanto, la ceca seguía acuñando lingotes de plata de Ops.

-¿De qué sirve el poder -le preguntó Antonio a Dolabela sino para sacarle provecho?

El quinto día de junio volvió a reunirse el Senado, esta vez con quórum. ¡Cuál no fue la sorpresa de Lucio Pisón, Filipo y los pocos ocupantes de los bancos delanteros al ver entre ellos a Publio Servilio Vatia Isaurico! El mejor amigo de Sila, su gran aliado político, llevaba tanto tiempo retirado de la política que la mayoría de ellos le habían olvidado. Ahora era su hijo, amigo de César, quien vivía en su casa de Roma, recién llegado de gobernar la provincia de Asia. Mientras tanto, Vatia el Viejo se dedicaba a contemplar las bellezas de la naturaleza, el arte y la literatura en su villa de Cumas.

Tras las oraciones y la lectura de los auspicios, Vatia el Viejo se puso en pie, señal de que deseaba tomar la palabra. Como mayor y más augusto de los cónsules, estaba en su derecho.

-Más tarde -le cortó Antonio, suscitando un coro de exclamaciones ahogadas.

Dolabela se volvió para mirarle con ferocidad.

-¡En junio las *fascēs* las ostento yo, Marco Antonio! ¡La reunión, por lo tanto, soy yo quien la presido! Publio Vatia el Viejo, es un honor volver a darte la bienvenida a la Cámara. Habla, por favor.

-Gracias, Publio Dolabela -dijo Vatia el Viejo con una voz un poco débil pero que se oía perfectamente-. ¿Cuándo está previsto plantear el tema de las provincias para los pretores?

-Hoy no -contestó Antonio, anticipándose a Dolabela.

-Convendría debatirlo, Marco Antonio -dijo Dolabela, tenso y decidido a no dejarse atropellar.

-¡He dicho que hoy no! Queda pospuesto -bramó Antonio.

-En ese caso -dijo Vatia el Viejo-, solicito especial consideración para dos de los pretores, Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino. Si bien no puedo aprobar que se tomaran la justicia por su mano para matar al dictador César, me preocupa su integridad física. Mientras permanezcan en Italia, sus vidas correrán peligro. Por eso propongo conceder provincias lo antes posible a Marco Bruto y Cayo Casio, al margen de lo que deban esperar los otros pretores. Es más, propongo que Marco Bruto reciba la provincia de

Macedonia, ya que Marco Antonio ha renunciado a ella, y Cayo Casio la de Cilicia, además de Chipre, Creta y la Cirenaica.

Vatia el Viejo calló, pero no volvió a sentarse. Reinaba un silencio hecho de desasosiego y, en las filas superiores (donde los senadores nombrados por César no sentían el menor aprecio por sus asesinos) se oían murmullos que no presagiaban nada bueno.

Cayo, el Antonio pretor, se puso en pie con cara de enfado.

¡Honorables cónsules, etcétera, etcétera -exclamó con desfachatez-, estoy de acuerdo con el cónsul Vatia el Viejo en que ya va siendo hora de que se marchen Bruto y Casio! Mientras sigan en Italia, serán una amenaza para el gobierno. ¡Puesto que esta Cámara aprobó por votación una amnistía, no se les puede juzgar por traición, pero me niego a concederles provincias mientras a otras personas, inocentes como yo, sin ir más lejos, se nos exige esperar! ¡Propongo atribuirles funciones de cuestores! Que se les encomiende comprar grano para Roma e Italia. Bruto podría ir a Asia Menor, y Casio a Sicilia. ¡Ser cuestores es lo máximo que se merecen!

Siguió un debate que demostró a Vatia el Viejo lo impopular que era su causa. Si necesitaba alguna prueba más, se la dio la Cámara al votar que Bruto y Casio recibieran el encargo de comprar grano en Asia Menor y Sicilia. Para colmo, Antonio y sus secuaces se dedicaron a burlarse de él, de su edad y de lo anticuado de sus ideas. Nada más concluir la reunión, volvió a su villa de la Campania.

Al llegar a casa pidió a sus criados que le llenaran la bañera. A continuación, Publio Servilio Vatia Isaurico el Viejo se metió en el agua con un suspiro de gozo, se cortó las dos muñecas con una lanceta y se deslizó en los brazos cálidos e infinitamente acogedores de la muerte.

-¡Ay! ¿Cómo sobreviviré a un recibimiento así? -preguntaba Vatia el joven a Aulo Hirtio-. César asesinado, mi padre suicidado... -Se quedó sin voz y derramó amargas lágrimas.

-Y Roma en las garras de Marco Antonio -dijo Hirtio, abatido-. Ojalá se me ocurriera una salida, Vatia, pero no. A Antonio no hay quien se le resista. Es capaz de todo, desde la más flagrante ilegalidad a una ejecución sumaria sin juicio. Además tiene a las legiones de su lado.

-Sí, porque las compra-dijo Junia, contentísima de volver a tener a su marido en casa-. Me dan ganas de matar a mi hermano Bruto por haber empezado todo esto, pero es un simple títere de Porcia.

Vatia se secó los ojos y se sonó la nariz.

-Hirtio, ¿el año que viene Antonio y su Senado amaestrado te dejarán ser cónsul?

-Eso dice. Yo procuro que me vea lo mínimo. La postura más prudente es la invisibilidad. En esto Pansa está de acuerdo conmigo; por eso no asistimos a muchas reuniones.

-¿O sea, que no hay nadie con agallas para plantarle cara?

-Nadie en absoluto. Antonio está desatado.

Capítulo 4

Y así pensaban los principales hombres de negocios y políticos de Roma e Italia durante la terrible primavera y el terrible verano que siguieron a los idus de marzo.

Bruto y Casio iban de un lugar a otro por la costa de Campania; Porcia no se separaba de Bruto. La única vez que se encontraron en la misma villa que Servilia y Tertula, los cinco no pararon de discutir. Habían llegado noticias de las comisiones del grano que los ofendieron gravemente: ¿Cómo se atrevía Antonio a imponerles funciones propias de simples cuestores?

Cicerón, al pasar a visitarlos, encontró a Servilia convencida de que todavía tenía suficiente poder en el Senado para revocar la decisión, a Casio dispuesto a entrar en guerra, a Bruto totalmente abatido, a Porcia criticando y protestando como siempre, y a Tertula sumida en la desesperación porque había perdido a su niño.

Se fue destrozado. Esto es un barco que se hunde. No saben qué hacer, no ven una salida, sólo viven al día a la espera de que ocurra algo. Italia entera se está hundiendo porque está en manos de unos hijos malignos, y nosotros, hijos menos malignos, no tenemos ninguna defensa frente a semejante caos. Nos hemos convertido en herramientas de soldados profesionales y de la implacable bestia que los controla. ¿Era esto lo que preveían los Libertadores cuando conspiraron para acabar con César? No, claro que no. No pudieron ver más allá de la muerte de César; realmente creyeron que una vez muerto, todo volvería a la normalidad. No entendieron que ellos mismos tendrían que tomar el timón de la nave del Estado. Y al no tomarlo, la dejaron zozobrar y chocar contra las rocas. Un barco que se hunde. Roma está acabada.

Las dos series de juegos organizados en el nuevo mes de julio, primero los de Apolo y después los dedicados a las victorias de César, distrajeron y

entretuvieron a la gente, que llegó en tropel a Roma desde lugares tan lejanos como Brutium en una punta de Italia y Galia Cisalpina en la otra. Era pleno verano, muy seco y caluroso, tiempo para irse de vacaciones. La población de Roma prácticamente se duplicó.

Bruto, el oficiante ausente de los *ludi Apollinares*, lo había apostado todo por una representación de *Tereo*, una obra del autor latino Accio. Aunque la gente corriente prefería las carreras de cuadrigas que inauguraban y clausuraban los siete días de juegos, y entre medias acudía en tropel a los grandes teatros donde se representaban las pantomimas atelanas y las farsas con elementos musicales de Plauto y Terencio, Bruto estaba convencido de que *Tereo* le serviría como indicador de lo que la gente pensaba del asesinato de César. La obra trataba del tiranicidio y de las razones para cometerlo: una tragedia de proporciones épicas. De modo que no atrajo en absoluto a la gente corriente, que no fue a verlo, un hecho que Bruto no comprendió porque desconocía a la gente corriente. El público estaba formado por una elite, con intelectuales como Varro y Lucio Piso, y acogió la obra con una aprobación casi histérica. Cuando Bruto se enteró, estuvo varios días convencido de que tenía razón, de que la gente corriente aprobaba el asesinato de César, de que pronto los Libertadores se verían plenamente rehabilitados. Cuando lo cierto era que la puesta en escena de *Tereo* había sido brillante, la actuación magnífica, y la propia obra se había representado tan pocas veces que los paladares elitistas, hartos de ver siempre lo mismo, acogieron el cambio con agrado.

Octaviano, el oficiante de los *ludi Victoriae Caesaris*, no disponía de ningún indicio para valorar la respuesta popular a sus juegos, pero la propia Fortuna le dio uno. Sus juegos duraron once días, y tenían una estructura un tanto distinta de los demás juegos que veía Roma con cierta regularidad en los meses más calurosos. Los primeros siete días se dedicaron a las obras cortas y episodios, y la obra corta del día de la inauguración fue una recreación de Alesia, en el Circo Máximo, con un reparto de miles de personas, numerosas batallas fingidas, un espectáculo emocionante y novedoso organizado y dirigido por Mecenas, que demostró un raro talento para este tipo de actividad.

El honor de dar la señal para que empezaran los juegos correspondía a su principal patrocinador, y Octaviano, de pie en el palco, parecía a la enorme multitud una reencarnación de César; la gente le ovacionó durante al menos un cuarto de hora, lo que irritó a Antonio. Aunque Octaviano se sintió muy complacido, sabía muy bien que eso no significaba que Roma le perteneciera; significaba que Roma había pertenecido a César. Fue eso lo que molestó a Antonio.

Después, alrededor de una hora antes de que se pusiera el sol el día de la inauguración, justo cuando se representaba el episodio en que Vercingetorix estaba sentado con las piernas cruzadas a los pies de César, apareció un enorme cometa en el cielo septentrional por encima del Capitolio. Al principio nadie lo vio, luego unos cuantos dedos señalaron la *stella critina*, y de pronto las veinte mil personas que abarrotaban el Circo se pusieron en pie y gritaron a voz en cuello:

-¡César! ¡Esa estrella es César! ¡César es un dios!

Los episodios y las obras nuevas del día siguiente, al igual que las de los siguientes cinco días, quedaron relegados a los espacios más pequeños de la ciudad, pero todos los días el cometa aparecía alrededor de una hora antes de la puesta de sol y resplandecía casi toda la noche con un brillo inquietante. Tenía la cabeza del tamaño de la luna y arrastraba tras de sí dos colas relucientes por el cielo septentrional. Y durante las cacerías de bestias salvajes, las carreras de caballos, las carreras de cuadrigas y otros magníficos espectáculos que se celebraron en el Circo Máximo los últimos cuatro días de los juegos, la estrella de larga cabellera que personificaba a César siguió brillando. En cuanto terminaron los juegos, desapareció.

Octaviano reaccionó rápidamente. El segundo día de los juegos, todas las estatuas de César de la ciudad lucían estrellas doradas en la frente.

Gracias a la estrella de César, Octaviano ganó más que perdió, pues el propio Antonio había prohibido exhibir la silla y la corona doradas de César en el desfile, y no llevaron la estatua de marfil de César a la procesión de los dioses. El segundo día de los juegos, Antonio pronunció un emocionante discurso ante el público del teatro de Pompeyo, defendiendo con ardor a los

Libertadores y minimizando la importancia de César. Pero con ese extraño cometa brillando, todo lo que hizo Antonio no sirvió de nada.

A los que le comentaron algo o hicieron preguntas, Octaviano contestó que seguro que la estrella señalaba la divinidad de César; si no, ¿por qué apareció el primer día de sus juegos de la victoria y desapareció en cuanto concluyeron? No había otra respuesta posible. Era indiscutible. Ni siquiera Antonio podía contradecir una prueba tan evidente, mientras Dolabela se mordía las uñas hasta dejárselas en carne viva y daba las gracias a su intuición por no haber destruido el altar y la columna de César. Aunque tampoco los reconstruyó.

En su fuero interno, Octaviano pensaba otra cosa de la estrella de César. Por supuesto, dotaba al heredero de César de parte del misterio divino de César; si César era un dios, entonces él era hijo de un dios. Vio esa idea reflejada en muchos ojos mientras paseaba deliberadamente por los barrios menos recomendables de Roma. Ese hijo de la elite palatina no tardó en darse cuenta de que para inspirar amor en la gente corriente no podía seguir siendo elitista. Como tampoco se le habría ocurrido que la representación de una obra con un argumento terrorífico y un diálogo altisonante le diría algo sobre la gente que vivía en los barrios menos recomendables de Roma. No, él paseaba y conversaba, y decía a los que se cruzaban por su camino que quería saber cosas de su padre, César: ¡Por favor, cuéntame tu historia! Y muchas de esas personas que encontró en Roma durante las dos series de juegos eran veteranos de César. Octaviano les cayó muy bien; lo consideraron humilde, agradecido y muy dispuesto a escuchar todo lo que tuvieran que decir. Lo más importante fue que Octaviano se enteró de que la gente se había dado cuenta de que Antonio había sido grosero con él en público y lo condenaba severamente por ello.

Octaviano empezó a sentirse seguro e invulnerable, pues sabía muy bien lo que en realidad significaba la estrella de César. Era un mensaje de César para él mediante el que le anunciaba que su destino era dominar el mundo. Siempre había deseado dominar el mundo, pero había sido un deseo tan tenue, tan manifiestamente imposible que lo había considerado un sueño, una fantasía. Pero a partir del momento en que apareció la estrella de larga

cabellera, supo que no era así. La sensación de destino de pronto se convirtió en certeza. César quería que él dominara el mundo. César le había asignado la tarea de curar a Roma, de reforzar su imperio, de dotarla de un poder inimaginable. Bajo sus cuidados, bajo su égida. Yo soy el hombre. Dominaré el mundo. Tengo tiempo para ser paciente, tiempo para aprender, tiempo para rectificar los errores que seguro que cometeré, tiempo para reducir la oposición, tiempo para tratar con todos, desde los Libertadores hasta Marco Antonio. César me nombró heredero no sólo de su dinero y sus propiedades, sino de sus vasallos y partidarios, de su poder, su destino, su divinidad. Y por Sol *Indiges*, por *Tellus* y por *Liber Pater*; no lo defraudaré. Seré un hijo digno. Seré César.

Al final del octavo día de los juegos, que fue el primero en que se volvió a utilizar el Circo Máximo, una delegación de centuriones arrinconó a Antonio cuando salía del Circo tras haber hecho todo lo posible para dejar claro a la multitud que despreciaba al heredero de César.

-Esto se tiene que acabar, Marco Antonio -dijo el portavoz, que resultó ser Marco Coponio, centurión jefe de las dos cohortes que estaban en Brindisi cuando Octaviano había necesitado ayuda para retirar los fondos para la guerra. Las dos cohortes ahora habían sido destinadas a unirse a la Cuarta.

-¿Qué tiene que acabar? -gruñó Antonio.

-La manera en que tratas al joven César. No está bien.

-¿Acaso estás buscando un consejo de guerra, centurión?

-No, claro que no. Sólo digo que hay una gran estrella en el cielo que se llama César, que se ha ido a vivir con los dioses. Alumbra a su hijo, el joven César, y creemos que es como una señal de agradecimiento por la celebración de estos juegos tan increíbles. No soy yo quien se queja, Marco Antonio. Somos todos nosotros. Aquí tengo a cincuenta hombres, todos centuriones o antiguos centuriones de las legiones de los veteranos. Algunos se han vuelto a alistar, como yo. Algunos poseen tierras que les regaló César. Yo mismo tengo tierras que me regaló César la última vez que me di de baja. Y vemos cómo tratas al pobre chico. Como si fuera basura. Pero no

es basura. Es el joven César. Y creemos que esto se tiene que acabar. Tienes que tratar bien al joven César.

Al darse cuenta de que vestía una toga y no la armadura, e impresionaba menos a los legionarios, el rostro feo pero atractivo de Antonio reflejó una tormenta de sentimientos, unos sentimientos que la delegación fingió no ver. Su frustración había podido más que él, su impaciencia le había llevado a comportarse de una manera que no había pensado que sería ofensiva para hombres a los que necesitaba desesperadamente. El problema era que se había considerado el heredero natural de César, y había creído que los veteranos de César habrían creído lo mismo. Un error. En el fondo eran como niños. Valientes y fuertes, excelentes soldados. Pero niños. Que querían que su adorado Marco Antonio adulara y abrazara a un invertido con suelas altas porque ese invertido era el hijo adoptivo de César. Ellos no veían lo que él veía. Veían a alguien que creían que era igual a como debió de ser César a los dieciocho años.

Yo no conocía a César cuando tenía dieciocho años, pero a lo mejor sí que parecía un invertido. A lo mejor era un invertido, si hay algo de cierto en la historia sobre el rey Nicomedes. ¡Pero me niego a creer que Cayo Octavio sea un César en estado embrionario! Nadie puede cambiar tanto. Octavio no tiene la arrogancia, el estilo ni el genio de César. No, consigue lo que quiere mediante engaños, palabras melosas, simpatía y sonrisas. Él mismo dice que no puede estar al mando de las tropas. Es un peso ligero. Pero estos idiotas quieren que sea amable con él por culpa de un dichoso cometa.

-¿Y qué significa para ti tratar bien a Cayo Octavio? -preguntó, mostrándose más interesado que enfadado.

-Bueno, para empezar, creemos que deberías proclamar en público que sois amigos -contestó Coponio.

-En ese caso todos los interesados deben presentarse en el Capitolio, al pie de la escalinata de Júpiter óptimo Máximo, en la segunda hora, al día siguiente de acabar los juegos -manifestó Antonio con toda la cortesía que le fue posible-. Vamos, Fulvia -dijo a su mujer, que aguardaba temerosa detrás de él.

-Más vale que te andes con cuidado con ese pequeño gusano -dijo Fulvia mientras subía con esfuerzo la Escalera de Caco, pues la criatura en su vientre había crecido lo suficiente como para ser un obstáculo-. Es peligroso.

Antonio le puso la mano en la espalda y la empujó para ayudarla a subir. Eso era lo bueno que tenía; cualquier otro marido habría ordenado a un criado que la ayudara, pero para Antonio no era una pérdida de dignidad hacerlo él mismo.

-Mi error fue pensar que no necesitaba a mi escolta para los juegos. Los lictores son unos inútiles -dijo en voz alta, pero prosiguió en voz baja-. Creía que las legiones estarían de mi lado en esto. Son más.

-Antes eran de César -dijo Fulvia, resoplando.

Así que un día después de acabar los juegos, más de mil veteranos acudieron al Capitolio y se colocaron en lugares que les permitieran ver la escalinata de Júpiter óptimo Máximo. Desafiante con su armadura, Marco Antonio fue el primero en llegar; acudió temprano porque quería pasear entre los hombres, conversar y bromear con ellos. Octaviano llegó con una toga y un calzado normal. Imitando la sonrisa de César, atravesó rápidamente las filas de soldados hasta detenerse delante de Antonio.

¡Vaya, qué astuto!, pensó Antonio, reprimiendo el impulso de partirle la cara. Hoy quiere que todo el mundo vea lo pequeño que es, lo inofensivo e inocente. Y quiere hacerme quedar como un matón, como un patán.

-Cayo Julio César Octaviano -empezó a decir Antonio, odiando con toda su alma pronunciar ese nombre-, estos buenos hombres me han llamado la atención porque... esto... no siempre te he mostrado el debido respeto. Por lo tanto, te pido sinceras disculpas. Lo hice sin querer; es que tengo demasiadas cosas en la cabeza. ¿Me perdonas?

-¡Por supuesto, Marco Antonio! -exclamó Octaviano con una gran sonrisa, y le tendió la mano.

Antonio se la estrechó como si fuera de vidrio, dirigiendo los ojos enrojecidos hacia los rostros de Coponio y sus cincuenta hombres para ver cómo reaccionaban ante esa asquerosa actuación. Bien, pero no es suficiente, decían sus caras. De modo que, conteniendo las náuseas,

Antonio apoyó las manos en los hombros de Octaviano, lo estrechó entre sus brazos y le dio un sonoro beso en las dos mejillas. Eso fue definitivo. Se oyeron suspiros de satisfacción y luego toda la multitud aplaudió.

-Esto sólo lo hago para tenerlos contentos -susurró Antonio al oído derecho de Octaviano.

-También yo -susurró Octaviano.

Los dos abandonaron el Capitolio pasando entre los hombres, Antonio iba con el brazo alrededor de los hombros de Octaviano, que quedaban tan por debajo de los suyos que el gusano parecía un niño inocente y adorable.

-¡Qué hermoso! -dijo Coponio, llorando sin pudor.

Los grandes ojos grises se encontraron con los suyos, con el asomo de una sonrisa distinta en sus límpidas profundidades.

Sextilis llegó con una nueva y desagradable sorpresa para Antonio. Bruto y Casio promulgaron en todas las ciudades y comunidades de Italia un edicto pretoriano cuyo contenido difería mucho de los dos que habían promulgado en abril. Expresado en una prosa que hizo la boca agua a Cicerón, anunciaba que, si bien deseaban ausentarse de Roma para gobernar las provincias, no estaban dispuestos a ejercer tareas propias de cuestores como la compra de grano. Hacerles comprar grano, decían, era un grave insulto a dos hombres que ya habían gobernado provincias, y las habían gobernado bien. Con sólo treinta años, Casio no había gobernado únicamente Siria, sino que también había derrotado y expulsado a un gran ejército parto. Bruto había sido elegido personalmente por César para gobernar la Galia Cisalpina con un *imperium* proconsular, a pesar de que en ese momento todavía no había sido nombrado pretor. Además, proseguía el edicto, había llegado a sus oídos que Marco Antonio los acusaba de impulsar a la sedición a las legiones macedonias que regresaban a Italia. Era una acusación falsa de la que, insistían, Antonio debía retractarse. Ellos siempre habían actuado en aras de la paz y la libertad, en ningún momento habían intentado provocar una guerra civil.

La respuesta de Antonio fue una carta devastadora.

¿Quién os creéis que sois, para exponer vuestros anuncios en todas las ciudades, desde Brutium y Calabria hasta Umbría y Etruria? He

promulgado un edicto cónsul que se pondrá allí donde se arranque el vuestro, desde Brutium y Calabria hasta Umbría y Etruria. Dirá al pueblo de Italia que los dos actuáis en función de vuestros propios intereses personales y que vuestro edicto no tiene autoridad pretoriana. Advertirá a quien lo lea que si ve más avisos no oficiales que lleven vuestro nombre, deberán considerar dichos avisos como traiciones potenciales, y que sus autores podrían muy bien ser designados enemigos públicos.

Eso es lo que diré en público. Pero en esta carta iré más lejos. Es verdad que os estáis comportando como traidores, y no tenéis derecho a exigir nada al Senado ni al Pueblo de Roma. En lugar de gimotear y quejaros por vuestras comisiones de grano, deberíais estar a los pies del Senado dando mil gracias abyectas por haberos asignado cualquier tipo de responsabilidad oficial. Al fin y al cabo, asesinasteis al hombre que era el legítimo gobernante del Estado romano. ¿De verdad creísteis que os regalarían sillas curules y coronas de oro con incrustaciones de piedras preciosas por cometer una traición? ¡Creced, adolescentes estúpidos y mimados!

¿Y cómo os atrevéis a acusarme en público de haber dicho que intentasteis agitar a mis legiones macedonias? ¿Por qué demonios iba a hacer correr esos rumores, decidme? Callad y sentad la cabeza, o tendréis aún más problemas de los que ya tenéis.

El cuarto día de *sextilis*, Antonio recibió una respuesta de Bruto y Casio, dirigida a él en privado. Había esperado que se deshicieran en disculpas, pero no fue así. En cambio, Bruto y Casio sostenían tenazmente que eran pretores legales, que podían promulgar todos los edictos que quisieran y que no se les podía acusar de nada salvo de trabajar sistemáticamente por la paz, la armonía y la libertad. Las amenazas de Antonio, decían, no los asustaban. ¿Acaso su propia conducta no había demostrado que su libertad era más preciosa para ellos que cualquier clase de amistad con Marco Antonio?

Y para acabar, añadían: «Te recordamos que el problema no es lo que duró la vida de César, sino la brevedad de su reinado.»

¿Qué había sido de su suerte?, se preguntó Antonio, sintiendo cada vez más que los acontecimientos conspiraban en contra de él. Octaviano lo

había arrinconado en público de tal manera que se dio cuenta de que su control de las legiones no era tan firme como creía; y ahora dos pretores le decían que estaba en sus manos acabar con su carrera de la misma manera que habían acabado con la de César. Al menos así interpretó la desafiante carta, que leyó mordiéndose los labios y echando chispas. Conque la brevedad de un reinado, ¿eh? Bueno, ya se las vería con Décimo en la Galia Cisalpina, pero no podía librar una guerra en dos frentes, uno en el norte con Décimo y el otro en la Italia Samnita con Bruto y Casio, siempre dispuestos a volver a intentarlo en Roma.

Octaviano habría podido decirle por qué se le había acabado la suerte, pero por supuesto a Antonio ni se le ocurrió preguntárselo a su enemigo más acérrimo. La suerte se le había acabado en esa primera ocasión en que había sido grosero con Octaviano. Al dios César no le había gustado.

Había llegado, pues, el momento, decidió Antonio, de hacer suficientes concesiones a Bruto y Casio para quitárselos de encima y concentrarse en Décimo Bruto. De modo que convocó el Senado al día siguiente de recibir la carta y consiguió que el Senado les concediera una provincia a cada uno. Bruto debía gobernar Creta, y Casio Cirenaica. Ninguna de las dos tenía una legión. ¿Querían provincias? Pues ya las tenían. Adiós, Bruto y Casio.

Capítulo 5

Cicerón estaba desesperado y cada día más deprimido. Eso a pesar de que Ático y él por fin habían conseguido expulsar a los pobres urbanos de la colonia de César en Butrotum. Habían recurrido a Dolabela, que, tras una larga conversación con Cicerón, se mostró dispuesto a aceptar de Ático un enorme soborno que le aseguraba el monopolio de los abonos, el sebo y el cuero en Épiro. Ático necesitaba recibir buenas noticias, pues su mujer había contraído la parálisis estival y estaba gravemente enferma. La pequeña Ática se lamentaba porque nadie le dejaba ver a su madre, que tuvo que permanecer en Roma mientras Ático enviaba a su hija y sus criados a su villa de Pompeya para aislarla.

El dinero había vuelto a ser un problema terrible para Cicerón, debido en gran medida al joven Marco, que seguía con su gran viaje y no paraba de escribirle pidiendo más fondos. Ninguno de los Quintos se dignaba hablarle, su breve matrimonio con Publilia no le había reportado tantos ingresos como había pensado por culpa de los miserables de su hermano y su madre, y el agente de Cleopatra en Roma, el egipcio Amonio, se negaba a abonar el pagaré de la reina. ¡Y eso después de que él se hubiera tomado la molestia de hacer copiar todos sus discursos y disertaciones en el mejor papel, incluyendo ilustraciones en los márgenes y una escritura exquisita! Le había costado una fortuna que el pagaré de Cleopatra dijera claramente que ella estaba dispuesta a pagar. La excusa de Amonio para negarse a hacerlo era que la muerte de César había obligado a la reina a marcharse antes de que le entregaran las obras ciceronianas. Pues aquí están, ¡envíaselas!, contestó Cicerón. Amonio se limitó a enarcar las cejas y replicó que estaba seguro de que la reina, que volvía a estar a salvo en Egipto (el rumor del naufragio era falso), tenía mejores cosas que hacer que

leer miles de páginas de parloteos en latín. De modo que ahí estaba, con la mejor edición de sus obras completas, ¡y nadie quería comprarla!

Decidió que lo que quería era marcharse de Italia, ir a Grecia, enfrentarse al joven Marco y luego deleitarse con la cultura ateniense. Su querido liberto Tiro trabajaba incansablemente a ese fin, pero ¿de dónde sacaría el dinero? Terencia, tan amargada como siempre, se dedicaba a apilar los sestercios, pero cuando Cicerón le pidió dinero, ella le contestó que a fin de cuentas él tenía diez villas fabulosas desde Etruria hasta Campania, todas repletas de obras de arte envidiables, así que si andaba mal de dinero, podía vender unas cuantas villas y estatuas, y que no le escribiera para pedirle que le financiara sus ridículas locuras.

En sus encuentros con Bruto dio vueltas y más vueltas sin llegar a ningún lado; Bruto también estaba pensando en ir a Grecia. Pero se negó en redondo a aceptar una comisión para la compra de grano. Después el muy tonto se fue con Porcia a la pequeña isla de Nesis, no muy lejos de la costa de Campania. Casio, por su parte, había decidido aceptar la comisión para la compra del grano en Sicilia y estaba reuniendo una flota; se acercaba la cosecha.

Luego Dolabela, encantado por la prontitud con que Ático había pagado el soborno, aceptó dar permiso a Cicerón para abandonar Italia. ¡Qué vergüenza, que un cónsul de su categoría tuviera que pedir permiso para ir al extranjero! Así lo había ordenado César, y los cónsules no habían revocado la orden. Tragándose la ira, Cicerón vendió una villa en Etruria que nunca había visitado; ahora ya tenía el dinero y también el permiso.

En realidad lo que lo impulsó a irse fue el cambio de nombre del mes de *quinctilis* al mes de julio. Cuando ya no pudo soportar recibir cartas fechadas en julio, Cicerón contrató un barco y zarpó desde Puteoli, donde se reunía la flota para el transporte del grano de Casio. Pero el viaje no iba a transcurrir sin percances. Cuando el barco de Cicerón llegó a Vibo, delante de la costa de Brittium, no pudo seguir avanzando a causa de los fuertes vientos en contra. Interpretándolo como una señal de que no estaba destinado a abandonar Italia en ese momento, Cicerón desembarcó en el pueblo de pescadores de Leucoptera, un lugar horrible, apestoso. Siempre le

pasaba lo mismo; de algún modo, cuando llegaba el momento de irse de Italia, no soportaba marcharse. Su vida estaba demasiado arraigada en suelo italiano.

Cansado y necesitado de verdadera hospitalidad, Cicerón se presentó ante las puertas de las antiguas propiedades de Catón en Lucania, pensando que no encontraría a nadie. Las tierras habían pasado a manos de uno de los tres senadores y antiguos centuriones condecorados de César, que no había querido una propiedad tan alejada de su hogar en Umbría y la había vendido a un desconocido. De modo que el decimosexto día de *sextilis* la litera de Cicerón atravesó las puertas de la finca; por fin ese terrible verano empezaba a declinar. Una vez dentro, vio las lámparas de los jardines encendidas. ¡Había alguien en casa! ¡Compañía! ¡Una buena comida!

Y allí, en la puerta, estaba Marco Bruto para recibirlo. Con los ojos empañados en lágrimas, Cicerón se abalanzó sobre Bruto y lo abrazó con fervor. Bruto había estado leyendo, pues todavía sostenía un rollo en la mano, y le sorprendió la efusión de Cicerón al saludarlo hasta que éste le explicó su odisea y su dolor. Porcia estaba con Bruto, pero no cenó con ellos, lo que fue un alivio para Cicerón. Una pequeña dosis de Porcia era más que suficiente.

-No debes de saber que el Senado nos concedió provincias a Casio y a mí -dijo Bruto-. Yo tengo Creta y Casio Cirenaica. La noticia llegó justo cuando Casio estaba a punto de zarpar, de modo que decidió no ser comisario del grano y entregó su flota a un prefecto. Ahora está en Neapolis con Servilia y Tertula.

-¿Estás contento? -preguntó Cicerón, cariñoso y satisfecho.

-No mucho, no, pero al menos tenemos una provincia cada uno. -Bruto suspiró-. Últimamente Casio y yo no nos hemos llevado muy bien. Ridiculizó mi interpretación de la recepción de *Tereo*; no podía hablar de nada salvo del joven Octaviano, que puso realmente a prueba el temple de Antonio en los juegos de la victoria en honor a César. Y, por supuesto, desde que la *stella critica* apareció por encima del Capitolio, las ingentes hordas de Roma dicen que César es un dios, azuzadas por Octaviano.

-La última vez que vi al joven Octaviano me sorprendió el cambio que se había operado en él -intervino Cicerón, instalándose cómodamente en el triclinio. ¡Qué maravilla disfrutar de una buena comida con uno de los pocos hombres civilizados de Roma!-. Estaba muy vivaz, muy agudo, muy seguro de sí mismo. Filipo no parecía nada contento; me confió que el muy necio se estaba insolentando.

-Casio cree que es peligroso -comentó Bruto-. Intentó exhibir la silla y la corona de oro de César en los juegos, y cuando Antonio no le dejó, ¡se enfrentó al cónsul superior como si fuera un igual! Es un joven muy temerario, sin pelos en la lengua.

-Octaviano no durará porque no puede durar -dijo Cicerón. Se aclaró la garganta y añadió:- ¿Y qué hay de los Libertadores?

-Aunque nos concedieron las provincias, creo que las perspectivas no son buenas -contestó Bruto-. Vatia Isaurico ha vuelto de Asia y está mal, entre la muerte de César y el suicidio de su padre... Octaviano insiste en que hay que castigar a los Libertadores, y Dolabela es el enemigo de todo el mundo, y también su propio enemigo.

-En ese caso, partiré hacia Roma al amanecer -dijo Cicerón.

Fiel a su palabra, Cicerón estaba listo para marcharse al rayar el alba, sin alegrarse demasiado de que Porcia también estuviera allí para despedirse de él. Sabía perfectamente que lo despreciaba, que ella lo consideraba un fanfarrón, un afectado, un hombre de paja. Bueno, él la consideraba un marimacho que, como casi todas las mujeres, no tenía ninguna opinión que no procediera de un hombre; en su caso, su padre.

La villa de Catón no era pretenciosa, pero tenía unos murales magníficos. Cuando estaban en el atrio, la creciente luz iluminó una pared cubierta de una tremenda pintura de Héctor despidiéndose de Andrómaca antes de partir a luchar con Aquiles. El artista había atrapado a Héctor en el momento en que entregaba a su hijo, Astianax, a su madre, pero ella, en lugar de mirar al niño, miraba a Héctor con cara de pena.

-¡Qué maravilla! -exclamó Cicerón, contemplando la pintura con avidez.

-¿Tú crees? -preguntó Bruto, mirándola como si no la hubiera visto antes.

Cicerón recitó:

Espíritu inquieto, ¡no te alteres
pensando en mí! Ningún hombre me envía
al infierno antes de tiempo;
pero tampoco puede ningún hombre escapar de su destino,
ya sea cobarde o héroe.
Vete a casa y ocúpate de tu oficio,
teje e hila. Vigila a tus criados
para que también ellos tejan e hilen. La guerra
es trabajo de hombres, y los troyanos
deben ser fieles a Troya, sobre todo yo.

Brutus se echó a reír.

-Ah, vamos, Cicerón, no pretenderás que le diga eso a la hija de Catón, ¿verdad? Porcia está a la altura de cualquier hombre en lo que se refiere a valor y determinación.

Porcia, a quien se le iluminó el rostro, se volvió hacia Bruto para cogerle la mano y llevársela a la mejilla. Él se sintió avergonzado delante de Cicerón, aunque no hizo el menor gesto para retirar la mano.

Con un brillo de locura en los ojos, Porcia dijo:

-Ya no tengo padre ni madre... De modo que tú, Bruto, eres para mí tanto mi padre como mi madre, así como mi querido esposo.

Bruto retiró la mano y, apartándose de Porcia, hizo en dirección a Cicerón una mueca que era lo más parecido a una sonrisa.

-¿Ves lo erudita que es? No se conforma con parafrasear; es capaz de arrancar los ojos a Homero, que no tenía ojos. Eso tiene mérito.

En medio de una carcajada, Cicerón le lanzó un beso a Andrómaca en la pintura.

-Si puede arrancarle los ojos al ciego Homero, querido Bruto, entonces ella y tú formáis una buena pareja. Adiós, mis dos "epitomadores", y espero

que volvamos a vernos en tiempos más propicios.

Ninguno de los dos esperó en la puerta para verlo subir a su litera.

Hacia finales de *sextilis*, Bruto embarcó en Tarentum para ir a Patrás en Grecia y dejó a Porcia con Servilia.

Cuando Cicerón llegó a Roma, Marco Antonio le mandó un mensaje diciéndole que debía presentarse en el senado para la reunión obligatoria del primer día del mes. Al ver que Cicerón no aparecía, Antonio, furioso, se fue a Tibur a atender un asunto urgente.

Con la tranquilidad de saber que Antonio estaba fuera de la ciudad, Cicerón se dirigió al Senado al día siguiente; la Cámara había prorrogado la reunión para poder tratar todos los asuntos de principios de septiembre. Y en el interior de la Cámara, el vacilante y jactancioso cónsul Marco Tulio Cicerón por fin se armó de valor para embarcarse en lo que sería la obra de su vida: una serie de discursos contra Marco Antonio.

Nadie esperaba ese primer discurso; todo el mundo se quedó de piedra, y muchos se sobresaltaron. Fue el más suave y sutil de toda la serie, pero también el más contundente, en parte porque los cogió a todos desprevenidos.

Al principio estuvo bastante comedido. Las acciones de Antonio después de los idus de marzo habían sido moderadas y conciliadoras, dijo Cicerón; no se había aprovechado de la posesión de los papeles de César, no había perdonado a ningún exiliado, había abolido la dictadura para siempre y reprimido los disturbios entre la gente corriente. Pero a partir de mayo, Antonio empezó a cambiar, y en las calendas de junio demostró ser un hombre muy distinto. Ya no se hacía nada a través del Senado, todo se hacía a través de las tribus del Pueblo, y a veces incluso se hacía caso omiso de la voluntad del Pueblo. Los cónsules electos, Hirtio y Pansa, ya no se atrevían a entrar en el Senado; los Libertadores estaban prácticamente exiliados de Roma y a los soldados veteranos se les animaba activamente a buscar nuevas bonificaciones y más privilegios. Cicerón protestó por los honores conferidos al recuerdo de César y dio las gracias a Lucio Piso por su discurso en las calendas de *sextilis*, deplorando el hecho de que Piso no hubiera encontrado apoyo a su moción de convertir la Galia Cisalpina en

parte de Italia. Aprobó la ratificación de las acciones de César, pero condenó la ratificación de las simples promesas o los comunicados informales. Pasó luego a enumerar las leyes de César que Antonio había transgredido, e hizo hincapié en el hecho de que Antonio tendía a infringir las leyes buenas de César y a defender las malas. En su perorata, exhortó a Antonio y a Dolabela a buscar la auténtica gloria en lugar de intentar dominar a sus conciudadanos a través de un reinado de terror.

Vatia Isaurico habló después de Cicerón y se expresó en términos parecidos, aunque no lo hizo ni la mitad de bien. El viejo maestro había vuelto, y no había nadie a su altura. Significativamente, la Cámara se atrevió a aplaudir.

Así, cuando Antonio volvió a Roma desde Tibur, se encontró con el Senado de un humor distinto y toda clase de rumores en el Foro, donde los asiduos comentaban incansablemente el brillante y valiente discurso, oportuno y muy bien recibido.

Antonio reaccionó con virulencia y exigió la presencia de Cicerón en la Cámara para oír su respuesta el decimonoveno día de septiembre; pero la rabia de Antonio contenía un miedo palpable, poseía cierta bravuconería que nadie le había visto ni oído antes. Pues Antonio sabía que si dos cónsules del prestigio de Cicerón y Vatia Isaurico se atrevían a hablar abiertamente contra él en la Cámara, significaba que su influencia declinaba. Una conclusión que se vio confirmada a mediados de ese mismo mes cuando erigió en el Foro una nueva estatua de César, con la estrella en la frente y con una inscripción negando que César fuera un dios. El tribuno de la plebe Tiberio Canutio criticó la inscripción en un discurso ante la multitud, y de pronto Antonio se dio cuenta de que hasta los ratones sacaban los dientes.

Si alguien tenía la culpa por el cambio de actitud, pensó Antonio, era Octaviano, no Cicerón. Ese chico tan dulce, recatado y guapo estaba tramando contra él en todos los frentes. A partir del día en que los centuriones lo obligaron a disculparse en público ante Octaviano, Antonio se había dado cuenta de que no se las estaba viendo con un invertido; se las estaba viendo con una cobra.

Así pues, cuando la Cámara se reunió el decimonoveno día de septiembre, lanzó una diatriba contra Cicerón, Vatia, Tiberio Canutio y todos los que de pronto se habían atrevido a criticarlo abiertamente. No mencionó a Octaviano -habría hecho el ridículo-, pero sí abordó el tema de los Libertadores. Por primera vez los condenó por haber segado la vida de un gran romano, por haber actuado de manera inconstitucional, por haber cometido un flagrante asesinato. Este cambio de actitud no pasó desapercibido; la balanza empezaba a inclinarse en contra de los Libertadores si hasta Marco Antonio veía la necesidad de hablar mal de ellos.

Y Marco Antonio atribuía la culpa de todo única y exclusivamente a Octaviano. El heredero de César proclamaba en términos inequívocos, para cuantos estuvieran dispuestos a escucharle, que mientras los Libertadores siguieran impunes, el espíritu de César no descansaría en paz. ¿Acaso la *stella critica* no anunció con la fuerza de un trueno que César era un dios? ¡Un dios romano! ¡De un poder y una trascendencia enormes para Roma, pero que no descansaba en paz! Y Octaviano tampoco se limitaba a pronunciar sus afirmaciones categóricas ante el pueblo llano. También se manifestaba ante las clases altas. ¿Qué pensaban hacer Antonio y Dolabela con los Libertadores? ¿Acaso iban a aprobar una traición evidente, incluso a ensalzarla? En los meses transcurridos desde los idus de marzo, dijo Octaviano a todos, sólo hubo pasividad y permisividad; los Libertadores se paseaban como hombres libres a pesar de haber matado a un dios romano. A un dios que no recibía sacrificios oficiales y que no descansaba en paz.

Hacia finales del primer *nundinum* de octubre, el creciente complejo de persecución de Antonio lo llevó a expulsar de su escolta a los soldados veteranos. Arrestó a unos cuantos acusándolos de intento de asesinato, e incluso llegó a decir que Octaviano había pagado para que lo mataran. Octaviano, indignado, se subió a la tribuna del Foro ante un público sospechosamente numeroso y negó la acusación con vehemencia. Fue un excelente discurso. Cuantos lo escucharon le creyeron a pies juntillas. Antonio captó el mensaje y tuvo que conformarse con destituir a los hombres a los que había acusado, sin atreverse a ejecutarlos. De haberlos

castigado, él mismo se habría hecho un daño irreparable a los ojos de soldados y civiles por igual. Al día siguiente del discurso de Octaviano, nuevas comisiones de las legiones y los veteranos acudieron a verlo para informarle de que no consentirían que Antonio tocara un solo pelo de la hermosa cabeza dorada de Octaviano. De algún modo -Antonio no entendía cómo- el heredero de César se había convertido en un talismán de la buena suerte para el ejército; formaba ya parte del culto legionario junto con las Águilas.

-¡No me lo puedo creer! -gritó Antonio a Fulvia, dando vueltas como una bestia enjaulada-. ¡Si es un niño! ¿Cómo lo hace? ¡Porque te aseguro que no tiene a ningún Ulises susurrándole consejos al oído sobre cómo tiene que hacerlo!

-¿Y Filippo? -sugirió ella.

Antonio resopló despectivamente.

-¡Imposible! Le preocupa demasiado salvar su propio pellejo, como lo ha hecho toda su familia desde hace muchas generaciones. ¡No hay nadie, Fulvia, nadie! ¡Esa astucia, esa malicia...! ¡Sale todo de él! ¡Ni siquiera entiendo cómo César pudo adivinar su verdadera naturaleza!

-Te estás cavando tu propia fosa, querido -dijo Fulvia, muy convencida-. Si te quedas en Roma, acabarás matando a todos, desde Cicerón hasta Octaviano, y eso sería tu perdición. Lo mejor que puedes hacer es irte a luchar contra Décimo Bruto en la Galia Cisaipina. Con una victoria o dos contra el principal instigador de los Libertadores recuperarás tu posición. Es imprescindible que te hagas con el control del ejército, así que concéntrate en eso. Asume que no tienes madera de político. El político es Octaviano. Haz que saque los colmillos ausentándote de Roma y el Senado.

Seis días antes de los idus de octubre, Marco Antonio y Fulvia, con el vientre muy abultado, partieron juntos de Roma para ir a Brindisi, donde debían desembarcar cuatro de las seis legiones macedonias de veteranos.

Antonio tenía como mínimo un *casus belli* parcial, ya que Décimo Bruto, desoyendo las directrices del Senado y de la Asamblea de la Plebe, insistía en que él era el legítimo gobernador de la Galia Cisalpina, y seguía reclutando soldados. Antes de abandonar Roma, Antonio mandó una

enérgica orden a Décimo Bruto para que dejara su provincia, porque él iría a sustituirlo como nuevo gobernador. Si Décimo se negaba a obedecer, Antonio tendría un *casus belli* completo. Y Antonio estaba seguro de que Décimo no obedecería. Si no lo hacía, su carrera pública habría acabado y debería afrontar inevitablemente la perspectiva de un juicio por traición.

Para que no le ganaran la partida, al día siguiente de marcharse Antonio y Fulvia, Octaviano dejó Roma con destino a los campamentos legionarios de Campania. Varias legiones embarcadas en Macedonia acampaban allí, junto con miles de veteranos y hombres jóvenes que se habían alistado cuando Ventidio empezó a reclutar.

Octaviano se llevó a Mecenas, Salvidieno y Marco Agripa, que acababa de regresar con dos carromatos cargados de tablas. También los acompañaba el banquero Cayo Rabidio Póstumo, junto con el ciudadano más eminente de las Velitras Latinas, un tal Marco Mindio Marcelo, un acaudalado pariente de Octaviano.

Empezaron la leva en Casilinum y Calatia, dos pueblos pequeños del norte de Campania situados en la Via Latina. Los hombres de la zona que se habían alistado, fueran veteranos o jóvenes, recibieron dos mil sestercios en el acto, y se les prometieron otros veinte mil si juraban adherirse al heredero de César. En el espacio de cuatro días, Octaviano contaba con cinco mil soldados dispuestos a marchar a cualquier parte con él. Era maravilloso disponer de fondos para la guerra.

-No creo que sea necesario reclutar a todo un ejército -dijo Octaviano a Agripa- No tengo la experiencia ni el talento para enfrentarme a Marco Antonio en una guerra. Lo que hago es dar la impresión al resto de las legiones de que necesito una sola legión para protegerme de Antonio. Y eso harán Mecenas y sus agentes: correr la voz de que el heredero de César no quiere entrar en combate, sino simplemente sobrevivir.

En Brindisi a Antonio le iban peor las cosas. Cuando ofreció a los hombres de las cuatro legiones veteranas recién desembarcadas cuatrocientos sestercios por cabeza a modo de bonificación, se rieron de él y dijeron que podían obtener más del joven César. Para Antonio, aquello fue una extraordinaria conmoción; no tenía la menor idea de que aquellas dos

cohortes bajo el mando del centurión Marco Coponio aún acampadas en las afueras de Brindisi confraternizaban con los recién llegados... y les hablaban del dinero del heredero de César.

-¡Ese miserable! -dijo Antonio a Fulvia, indignado-. En cuanto me vuelvo de espaldas, se dedica a comprar a mis soldados. Pagándoles con dinero contante y sonante, ¿no es increíble? ¿De dónde lo ha sacado? Yo te lo diré: robó los fondos para la guerra de César.

-No necesariamente -contestó Fulvia con sensatez-. Tu mensajero dice que Rabidio Póstumo va con él, lo cual significa que tiene acceso al dinero de César, aunque el testamento no haya sido autenticado.

-Bueno, yo sé cómo atajar un motín -gruñó Antonio-, y no me andaré con tantas delicadezas como César.

-Marco, no te precipites.

Antonio no le hizo caso. Hizo formar a la Legio Martia, degradó a la décima parte de los hombres, y ejecutó a la quinta parte de éstos por insubordinación. No los diezmó, pero murieron veinticinco legionarios, tan al azar que todos eran inocentes por completo. La Legio Martia y las otras tres legiones de veteranos quedaron acalladas, pero Marco Antonio pasó a ser un hombre odiado.

Cuando llegó de Macedonia otra legión de veteranos, Antonio mandó a la Legio Martia y otras dos hacia la Galia Cisalpina por la costa adriática de la península. A las dos restantes, una de las cuales era la Legio Alauda, la antigua quinta legión de César, las envió por la Via Apia en dirección a Campania, esperando sorprender a Octaviano en flagrante delito de sobornar a los soldados del cónsul.

Pero en las dos legiones corrían historias sobre el joven César y su audacia, y también su extraordinaria generosidad. Y conocían mejor que Marco Antonio las actividades del joven César, ya que sabían que no estaba sobornando a las legiones del cónsul, sino que se había conformado con una sola legión de soldados novatos a fin de protegerse. Desde la acción de Antonio con la Legio Martia, estas dos legiones simpatizaban con el joven César. Así que volvieron a surgir problemas poco después de iniciarse la marcha por la Via Apia. Una vez más Antonio resolvió la situación

ejecutando víctimas indefensas a ciegas, no a los cabecillas. No obstante, las sombrías miradas que le dirigían mientras cabalgaba al frente de sus tropas lo llevaron a decidir que no era sensato entrar en Campania. En lugar de eso, se dio media vuelta y avanzó por la costa adriática.

Ha sido una pesadilla, pensó Cicerón. Habían ocurrido tantas cosas entre octubre y noviembre que la cabeza le daba vueltas. Octaviano era increíble. A su edad y sin ninguna experiencia soñaba con presentar batalla a Marco Antonio. En Roma corrían rumores de la inminente guerra, de que Antonio marchaba sobre Roma con dos legiones, mientras Octaviano y sus tropas desorganizadas, una sola legión, deambulaban por el norte de Campania sin un objetivo claro. ¿Realmente se proponía Octaviano enfrentarse a Antonio en Campania, o tenía intención de marchar hacia Roma? En sus adentros, Cicerón albergaba la esperanza de que marchara hacia Roma; era lo más inteligente. ¿Cómo estaba tan bien informado Cicerón? Porque Octaviano le escribía continuamente.

-Oh, Bruto, ¿dónde estás? -se lamentó Cicerón-. Estás perdiendo una oportunidad de oro.

También llegó a Roma noticia de inquietantes acontecimientos en Siria, por mediación de un esclavo del rebelde Cecilio Baso, todavía inmovilizado en Apameia. El esclavo había viajado con el director de las empresas de Bruto, Escaptio, y se lo dijo a Servilia, que fue a ver a Dolabela. En Siria había ahora seis legiones, dijo Servilia al cónsul de Roma, todas concentradas en torno a Apameia. En primer lugar, explicó a Dolabela, eran tropas desafectas, como lo eran las cuatro legiones acuarteladas en la Alejandría egipcia. Y un segundo hecho, más asombroso: todas aquellas legiones esperaban que Casio fuera el nuevo gobernador. Si podía darse crédito al esclavo de Baso, continuó Servilia, las diez legiones deseaban a toda costa que Casio gobernara Siria.

El pánico se adueñó de Dolabela. En el transcurso de un día, había empacado y partido hacia Siria, dejando Roma a cargo del pretor urbano, Cayo Antonio, y sin molestarse siquiera en escribir una nota a Antonio o comunicar al Senado su partida. Dolabela sospechaba que Casio había estado haciendo proposiciones en secreto a las legiones sirias y

alejandrinas, así que era de vital importancia llegar a su provincia antes que Casio. Servilia insistió en que estaba equivocado, que Casio no había expresado el menor deseo de usurpar ilegalmente el gobierno de Siria, pero Dolabela se negó a escucharla. Mandó zarpar hacia Alejandría a su legado Aulo Alieno con la orden de llevarle esas cuatro legiones a Siria, y él se embarcó en Ancona en dirección a la Macedonia occidental. No era buena época para navegar, por lo tanto desde allí viajó por tierra.

Cicerón sabía tan bien como Servilia que Casio no se dirigía a Siria, pero cuando llegó noviembre, estaba mucho más preocupado por la situación en Campana. Las cartas de Octaviano daban a entender que efectivamente se proponía marchar sobre Roma, ya que una y otra vez suplicaba a Cicerón que permaneciera en la ciudad. Necesitaba a Cicerón en el Senado; quería actuar constitucionalmente a través del Senado para librarse de Antonio, y le pedía que en cuanto él llegara ante las Murallas Servias, el Senado se reuniera para poder exponer ante él su caso contra Antonio.

-Su corta edad me inspira desconfianza, y francamente no sé cuál es su estado de ánimo -dijo Cicerón a Servilia, tan preocupado que no había encontrado una confidente mejor que aquella mujer-. Bruto no podría haber elegido momento más inoportuno para marcharse a Grecia. Debería estar aquí para defenderse él mismo y al resto de los Libertadores. De hecho, si estuviera aquí, es posible que él y yo juntos pudiéramos predisponer al Senado y al pueblo contra Antonio y Octaviano, y restaurar la República.

Servilia lo observó con cierto cinismo. No estaba de buen humor porque la inmundia Porcia había vuelto a casa, más loca que nunca.

-Mi querido amigo -dijo con hastío-, Bruto no está a favor de Roma ni de sí mismo. Está a favor de Catón, pese a que Catón lleva muerto más de dos años. Acepta el hecho de que Antonio se ha pasado de la raya, y Roma está harta de él. No posee la inteligencia ni el carisma de César; es un toro que embiste a ciegas. En cuanto a Octaviano, no es nadie. Astuto como una rata, lo admito, pero no le llega a César ni a la suela de la sandalia. Me recuerda al joven Pompeyo Magno, con la cabeza llena de sueños.

-El joven Pompeyo Magno engañó a Sila para que lo admitiera en el mando conjunto y se convirtió finalmente en el indiscutible primer hombre de Roma -dijo Cicerón con aspereza-. César, si nos detenemos a pensar, tardó más en madurar. No hizo nada digno de mención hasta que fue a la Galia Transalpina.

-César era fiel a la Constitución -replicó Servilia, irritada-. Todo *in suo anno*, todo según la ley. Cuando actuó fuera del marco de la Constitución, fue sólo porque, de lo contrario, habría sido su final, y su patriotismo no llegaba a ese límite.

-Bueno, bueno, no discutamos por un muerto, Servilia. Su heredero está muy vivo, y para mí es un misterio. Sospecho que para mí y para todo el mundo, incluso para Filipo.

-Ese misterioso muchacho está muy ocupado en Campania organizando a sus soldados en cohortes, según me han dicho -comentó Servilia.

-Con la ayuda de otros muchachos. A ver, dime, ¿quién ha oído hablar de Cayo Mecenas o Marco Agripa? -Cicerón se rió-. En muchos sentidos, los tres me parecen unos absolutos palurdos. Octaviano cree que el Senado se reunirá cuando él lo ordene si marcha sobre Roma, pese a que le digo una y otra vez en mis cartas que el Senado no puede reunirse si ninguno de los dos cónsules está en Roma.

-Confieso que me muero de ganas por conocer al heredero de César.

-Cambiando de tema, te habrás enterado sin duda, como madre de la esposa del nuevo pontífice máximo, que la pobre Calpurnia ha comprado una casita en la periferia del Quirinal y vive allí nada menos que con la viuda de Catón.

-Naturalmente -dijo Servilia, cuyo cabello era ahora una fascinante mezcla de mechones negros y blancos; se lo atusó con una de sus preciosas manos-. César la dejó bien provista, y Piso no puede convencerla para que vuelva a casarse, así que él se ha desentendido de ella, él o más bien su esposa. En cuanto a Marcia, es otra fiel viuda, como Cornelia, la madre de los Gracos.

-Y tú has heredado a Porcia.

-No por mucho tiempo -contestó Servilia enigmáticamente.

Cuando Octaviano descubrió que Antonio había cambiado de idea, y no se dirigiría a Roma a través de Campana sino que seguiría a sus primeras tres legiones por la costa hacia la Galia Cisalpina gobernada por Décimo Bruto, decidió marchar sobre Roma. Aunque todos, desde su padrastro, Filipo, hasta su consejero epistolar, Cicerón, lo consideraban un joven irresponsable sin la menor comprensión de la realidad, Octaviano sabía bien lo peligrosa que era esa determinación. No se hizo ilusiones al asumirla, ni estaba seguro de cuál sería el resultado. Pero tras largas horas de reflexión se había convencido de que un error fatal era quedarse sin hacer nada. Si permanecía en Campania mientras Marco Antonio avanzaba hacia el norte por el otro lado de los Apeninos, tanto las legiones como Roma llegarían a la conclusión de que el heredero de César era más un charlatán que un hombre de acción.

Siempre tomaba como modelo a César, y César no le temía a nada. El último de sus deseos era entrar en combate, porque sabía que carecía de los efectivos y la destreza para derrotar a un avezado militar como Marco Antonio. Sin embargo, si se dirigía a Roma, demostraba con ello a Antonio que seguía activo en el juego, que era una fuerza que debía tomarse en consideración.

Sin ejército alguno que le opusiera resistencia, marchó por la Via Latina, tomó por el *diverticulum* que rodeaba las Murallas Servias hacia el Campo de Marte, acampó allí, dejó a sus cinco mil hombres y luego, al frente de dos cohortes, entró en Roma y ocupó pacíficamente el Foro.

Allí lo recibió el tribuno de la plebe Tiberio Canutio, que dio la bienvenida a este nuevo patricio en nombre de la Asamblea de la Plebe y lo invitó a subir a la tribuna y hablar a los escasos circunstantes. -¿No se ha reunido el Senado? -preguntó Octaviano a Canutio.

Canutio lo miró con expresión de desdén.

-Han huido, César, hasta el último de ellos, incluidos todos los cónsules y los magistrados superiores.

-Así pues, no puedo solicitar la destitución legal de Antonio.

-Le tienen demasiado miedo para actuar contra él.

Tras indicar a Mecenas que enviara a sus agentes e intentara congregar a una multitud aceptable, Octaviano fue a su casa y se puso la toga y las sandalias de suela alta. Luego regresó al Foro, donde encontró a un millar de asiduos asistentes al Foro. Subió a la tribuna y pronunció un discurso que sorprendió gratamente al público: lírico, preciso, bien estructurado, acompañado de toda clase de gestos y recursos retóricos. Fue un placer escucharlo. Comenzó con un elogio á César, cuyas hazañas encomió por lo que eran: realizadas para mayor gloria de Roma, siempre para la mayor gloria de Roma.

-Pues ¿qué es el hombre más grande de Roma sino la gloria de la propia Roma? Hasta el día de su asesinato fue el más fiel servidor de Roma, le trajo riquezas, amplió el imperio, fue la viva personificación de Roma.

Cuando se acallaron los histéricos vítores, pasó a hablar de los Libertadores y exigió justicia para César, atacado por un grupo de hombres mezquinos que, obsesionados por conservar las prebendas de sus cargos y los privilegios de su clase, no actuaban en pro de la mayor gloria de Roma. Revelándose tan buen actor como Cicerón, los enumeró uno por uno, empezando por Bruto e imitando su cobarde conducta en Farsalia; habló de la ingratitud de Décimo Bruto y Cayo Trebonio, quienes se lo debían todo a César; remedió a Minucio Basilo torturando a un esclavo; contó que él mismo había visto la cabeza seccionada de Cneo Pompeyo después de que Cesenio Lento cometiera su fechoría. Ninguno de los veintitrés asesinos escapó a su implacable burla, su afilado ingenio.

Después preguntó a la multitud por qué Marco Antonio, que era primo de César, había sido tan compasivo, tan tolerante, con los Libertadores. ¿Acaso no había visto él, César Filius, a Marco Antonio en compañía de Cayo Trebonio y Décimo Bruto en Narbo, donde se urdió la conspiración? ¿No era cierto que Marco Antonio se había reunido una vez más con Cayo Trebonio fuera de la Curia Pompeya mientras los demás entraban y apuñalaban a César? ¿No había asesinado Antonio a centenares de ciudadanos romanos desarmados en el Foro? ¿No lo había acusado Antonio a él, César Filius, de atentar contra su vida sin ninguna prueba? ¿No había arrojado Antonio desde la Roca Tarpeya a muchos ciudadanos romanos?

¿No había abusado Antonio de su autoridad vendiendo desde la ciudadanía romana hasta exenciones tributarias?

-Pero ya os he aburrido más de la cuenta -concluyó-. Sólo me queda decir que soy César, que me propongo obtener la posición pública y los cargos legales que consiguió mi amado padre. Mi amado padre, que ahora es un dios. Si no me creéis, contemplad el lugar donde fue incinerado César y veréis que Publio Dolabela admitió la divinidad de César volviendo a erigir allí su altar y su columna. La estrella de César en el firmamento lo dijo todo. César es Divus Julius, y yo soy su hijo, soy *Divi Filius* y estaré a la altura de todo lo que representa el nombre de César.

Respirando hondo se volvió en medio de la ovación y se encaminó hacia el altar y la columna de César, donde se cubrió la cabeza con un pliegue de la toga y oró a su padre.

Fue una interpretación memorable, que las tropas que lo habían acompañado al interior de la ciudad nunca olvidarían y que contaron a todos los soldados con quienes hablaron posteriormente.

Era el décimo día de noviembre. Dos días después llegó la noticia de que Marco Antonio se acercaba rápidamente a Roma por la Via Valeria con la Legio Alauda, que acampó en Tibur, no lejos de la ciudad. Al enterarse de que Antonio sólo tenía una legión, los hombres de Octaviano empezaron a albergar esperanzas de entrar en combate.

No fue así. Octaviano fue al Campo de Marte, explicó que se negaba a luchar contra compatriotas romanos, levantó el campamento y se encaminó con sus tropas hacia el norte por la Via Casia. En Arretium, lugar de origen de Cayo Mecenas, que pertenecía a su familia, fue a esconderse entre amigos y esperar a ver cómo actuaba Marco Antonio.

La primera maniobra de Antonio fue convocar al Senado con la intención de que se declarara *hostis* a Octaviano (un enemigo público que quedaba despojado de la ciudadanía, no tenía derecho a un juicio y podía ser condenado a muerte de manera sumaria). Pero el Senado no se reunió. Antonio recibió una catastrófica noticia que lo obligó a abandonar la ciudad de inmediato. La Legio Martia se había sumado al bando de Octaviano, se

había desviado de la carretera adriática y se dirigía a Roma por la Via Valeria, pensando que Octaviano estaba aún en la capital.

Habiendo actuado con tal precipitación que ni siquiera llevó consigo soldados, Antonio no estaba en situación de castigar a la Legio Martia como había hecho en Brindisi cuando la encontró en Alba Fucentia. Buen orador, se vio obligado a intentar hacer entrar en razón a los legionarios, disuadirlos de su actitud. Fue en vano. Los hombres lo calificaron de cruel y mezquino y declararon categóricamente que sólo lucharían al servicio de Octaviano. Cuando Antonio les ofreció dos mil sestercios por cabeza, se negaron a aceptar el dinero. Así que Antonio se conformó con decirles que no valían ni la pizca de sal que llevaba encima un legionario y regresó a Roma desacreditado, mientras la Legio Martia iba a reunirse con Octaviano en Arretium. Lo único que Antonio averiguó de la Legio Martia fue que ninguno de los soldados de su bando o del bando de Octaviano lucharían entre sí si él intentaba librar batalla. La pequeña serpiente que ahora se hacía llamar sin pudor *Divi Filius* podía quedarse a salvo en Arretium. De regreso en Roma, Antonio violó una vez más la Constitución: convocó al Senado a una sesión nocturna en el templo de Júpiter óptimo Máximo. El Senado tenía prohibido celebrar asambleas tras ponerse el sol, pero la sesión tuvo lugar de todos modos. Antonio prohibió asistir a los tribunos de la plebe, Tiberio Canutio, Lucio Casio y Décimo Carfuleno, y de nuevo propuso que se declarara *hostis* a Octaviano. Antes de que pudiera solicitar una votación, llegó otra noticia catastrófica. La Cuarta legión también se había unido al bando de Octaviano, y con ella el cuestor de Antonio, Lucio Egnatuleyo. Por segunda vez Antonio fue incapaz de proscribir al heredero de César, y para colmo Tiberio Canutio le hizo llegar el mensaje de que en caso de presentar una petición de privación de derechos contra Octaviano, él tendría el placer de vetarla cuando se pasara a la Asamblea de la Plebe para su ratificación.

Así pues, mientras la Cuarta legión iba a reunirse con Octaviano en Arretio, la sesión del Senado convocada por Antonio acabó tratando de asuntos insignificantes. Antonio elogió encarecidamente a Lepido por llegar a un acuerdo con Sexto Pompeyo en la Hispania Citerior y arrebatarse luego

la provincia de Creta a Bruto y la provincia de Cirenaica a Casio. Su antigua provincia de Macedonia (ahora sin la mayor parte de sus quince legiones) la cedió a su hermano pretor, Cayo Antonio.

Y lo peor era que Antonio no tenía a Fulvia para aconsejarle. Había roto aguas mientras él hablaba en la Cámara, y por primera vez en una larga sucesión de partos, sufrió mucho. El segundo hijo que tuvo con Antonio nació por fin, dejando a Fulvia gravemente enferma. Decidió llamar al niño Iulo, que era un insulto directo a Octaviano, ya que ponía de relieve la sangre juliana de los Antonios. Iulo era hijo de Eneas, el fundador de Alba Longa, el pueblo romano, y de los Julianos.

Todos los interesados compinches de Antonio habían ido a esconderse, abandonándolo a los consejos de sus hermanos, que no eran gran ayuda ni consuelo. Los acontecimientos habían tomado un curso tan complejo e inquietante que Antonio era incapaz de controlarlos, sobre todo en esos momentos en que el miserable Dolabela había abandonado su puesto para marcharse a Siria. Al final, Antonio decidió que la única actuación posible era marchar hacia la Galia Cisalpina para expulsar a Décimo Bruto, que había contestado con una contundente negativa a su orden de dejar la provincia. Ésa había sido desde el principio la sugerencia de Fulvia, y normalmente tenía razón.

Octaviano tendría que esperar hasta que él derrotara a Décimo; Antonio había pensado que en cuanto aplastara a Décimo, heredaría sus legiones, que no sentirían la menor lealtad hacia el heredero de César. Entonces actuaría.

No había tenido la sensatez y la paciencia de comportarse como debía cuando Octaviano entró en escena, pues no le había dado la bienvenida ni aprendió a conocerlo. En lugar de eso había rechazado al muchacho, que cumplió diecinueve años el vigesimotercer día de septiembre. Ahora se encontraba con un adversario cuya valía no se había demostrado ni era fácil de prever. Lo mejor que podía hacer antes de partir hacia la Galia Cisalpina era promulgar una serie de edictos denunciando al ejército de Octaviano como ejército privado, y por tanto traicionero, y calificándolo de espartaquista más que de catilinario, presentando así a los hombres

totalmente romanos de Octaviano como una chusma de esclavos. Los edictos también contenían jugosas pullas sobre la homosexualidad de Octaviano, la gula de su padrastro, la falta de castidad de su madre, la fama de ramera de su hermana y la pueril inutilidad de su verdadero padre. Roma leyó esos edictos y rió con incredulidad, pero Antonio ya no estaba presente para ver cómo eran acogidos. Iba camino del norte.

En cuanto Antonio se hubo ausentado Cicerón inició su segundo ataque contra él. No podía llamarse discurso, porque no llegó a pronunciarlo; en lugar de eso lo publicó. Pero contestaba a todas las acusaciones contra Octaviano, y proporcionaba a sus ávidos lectores una larga retahíla de torpezas del cónsul superior: sus amigos íntimos eran famosos gladiadores como Mustela y Tiro, libertos como Formio y Cnato, actrices de mala vida como Citeris, actores como Hirpias, mimos como Sergio, y jugadores como Licinio Dentículo. Insinuaba asimismo que Antonio había tomado parte en la conspiración para asesinar a César, y de ahí su posterior reticencia a procesar a los culpables. Acusaba a Antonio de robar los fondos para la guerra de César así como setecientos millones del templo de Ops, y afirmaba que lo había destinado todo a pagar sus deudas. Después de eso enumeraba con todo detalle los testamentos de hombres que se lo habían dejado todo a Antonio, y respondía al infundio de la homosexualidad de Octaviano describiendo pormenorizadamente la larga relación de Antonio con Cayo Curio, más tarde uno de los maridos de su ex esposa. Señalaba después sus actos de libertinaje y sus excesos, desde la multitud de queridas hasta el carro tirado por leones, pasando por sus vomitonas en la tribuna del Foro y en otros lugares públicos. Roma disfrutó leyendo el panfleto. Con Antonio ausente -estaba atacando la ciudad de Mutina, donde Décimo Bruto se había hecho fuerte- y Octaviano aún en Arretium, Roma estaba por fin en manos de Cicerón, que seguía lanzando sus diatribas contra Antonio con creciente audacia y vehemencia. En ellas empezó a traslucirse cierta admiración por Octaviano: si Octaviano no hubiera marchado sobre Roma, Antonio habría asesinado a todos los cónsules que quedaban y asumido el poder absoluto, así que Roma estaba en deuda con Octaviano. Como ocurría

con la retórica de Cicerón, por escrito o de viva voz, la información era imprecisa en la medida de su conveniencia, y la verdad elástica.

La influencia de los seguidores de Catón y los Libertadores casi había desaparecido por completo del Senado, que ahora se dividía en dos nuevas facciones: los partidarios de Antonio y los de Octaviano. Y esto pese a que uno era cónsul superior y el otro ni siquiera había llegado al Senado. Mantener la neutralidad era cada vez más difícil, como estaban comprobando Lucio Piso y Filipo. Naturalmente, gran parte de la atención de Roma se centraba en la Galia Cisalpina, a la que se le echaba encima un crudo invierno; por tanto la acción militar sería lenta y poco decisiva hasta la primavera.

A finales de diciembre, acampadas sus tres legiones cómodamente en los aledaños de Arretium, Octaviano regresó a Roma, donde su familia lo recibió con intranquila alegría. Filipo, que se negaba rotundamente a comprometerse en público con Octaviano, no era tan reacio en privado, y pasaba horas y horas con su hijastro descarriado aconsejándole cautela, diciéndole que no debía embarcarse en una guerra civil contra Antonio, que no debía insistir en que lo llamaran César o, peor aún, Divi Filius. El marido de Octavia, Marcelo el joven, había llegado a la conclusión de que Octaviano poseía una gran fuerza política y no tenía que esperar a la madurez para reclamar un alto cargo, y empezó a cultivar su relación con él. Los dos sobrinos de César, Quinto Pedio y Lucio Pinario, expresaron su firme apoyo a Octaviano. Había otros tres hombres en la periferia de la familia, ya que el padre de Octaviano había estado casado antes de su matrimonio con Atia, y había tenido una hija, llamada también Octavia. Esta Octavia había contraído nupcias con Sexto Apuleyo, y tenía dos hijos adolescentes, Sexto y Marco. También los Apuleyos comenzaron a rondar al muchacho de diecinueve años que había asumido el liderazgo de la familia.

Lucio Cornelio Balbo padre y Cayo Rabirio Póstumo habían sido los primeros banqueros de César que respaldaron la causa de Octaviano, pero a finales de año los demás estaban también de su lado: Balbo hijo, Cayo Opio (que estaba convencido de que Octaviano había robado los fondos para la guerra) y el plutócrata Cayo Mario, el más viejo amigo de César. También

contaba Octaviano con las simpatías de Marco Mindio Marcelo, pariente de su verdadero padre. Incluso Tito Ático, individuo sumamente cauto, tomaba muy en serio a Octaviano y recomendó a sus colegas que trataran bien al heredero de César.

-Lo primero que tengo que hacer es salir elegido para el Senado -dijo Octaviano a Agripa, Mecenas y Salvidieno-. Hasta entonces debo actuar como un *privatus*.

-¿Es posible? -preguntó Agripa. Estaba disfrutando de aquello enormemente, ya que sobre él y Salvidieno recaían las responsabilidades militares, y empezaba a descubrir en sí una aptitud comparable a la de Salvidieno, de mayor edad. Los soldados de la Cuarta y de la Legio Martia sentían ya gran aprecio por él.

-Sí, muy posible -contestó Mecenas-. Recurriremos a Tiberio Canutio, pese a que ya ha concluido su periodo como tribuno de la plebe. Compraremos también a un par de los nuevos senadores. Por otra parte, César, tienes que entrar en contacto con los nuevos cónsules en cuanto ocupen sus cargos el día de Año Nuevo. Hirtio y Pansa están del lado de César, no de Antonio. En cuanto Antonio cese en el consulado, reunirán más valor. El Senado ha reforzado el nombramiento de Hirtio y Pansa y ha despojado a Cayo Antonio de Macedonia. La situación es prometedora para ti, César.

-En tal caso sólo tenemos que esperar y ver qué nos trae el nuevo año. Tengo la suerte de César, así que no voy a hundirme. La única dirección posible es hacia arriba.

Capítulo 6

Cuando Bruto llegó a Atenas a finales de *sextilis*, encontró por fin la adulación que esperaba por haber asesinado a César. Los griegos sentían simpatía por los tiranicidas, y eso consideraban que era Bruto. Para su bochorno, descubrió que estaban ya esculpiendo su estatua y la de Casio, que ambas se colocarían sobre imponentes pedestales en el ágora junto a las estatuas de los grandes tiranicidas griegos, Aristogeitón y Harmodio.

Bruto había llevado consigo a sus tres filósofos, Estratón de Épiro, Estatilo y el académico latino Publio Volumnio, que escribía poco y bebía mucho. Los cuatro entraron en la vida intelectual de Atenas con entusiasmo y satisfacción, se dedicaron a ir de charla en charla, y se sentaron a los pies de los ídolos filosóficos contemporáneos, Teomnesto y Crático.

Aquello sorprendió mucho en Atenas. Allí estaba el tiranicida comportándose como cualquier otro romano con inquietudes intelectuales, yendo de los teatros a las bibliotecas y conferencias. Atenas había supuesto que Bruto se encontraba allí para organizar el alzamiento de Oriente y expulsar a los romanos. Y sin embargo no hacía nada.

Un mes más tarde también llegó a Atenas Casio, y se mudaron los dos a una cómoda casa; de la enorme fortuna de Bruto apenas quedaba nada en Roma o Italia. Se la había llevado a Oriente con él, y Escaptio era tan buen administrador como Matinio. De hecho, Escaptio intentaba ser mejor que Matinio. Así pues, no les faltaba dinero, y los tres filósofos vivían de maravilla. Para Estatilo, acostumbrado a Catón, fue un cambio bien acogido.

-Lo primero que tienes que hacer es venir a ver nuestras estatuas en el ágora -propuso Bruto con impaciencia, casi obligando a Casio a salir por la puerta-. Estoy impresionado. Son un magnífico trabajo. Parezco un dios. No, no padezco de la dolencia de César, pero te aseguro que una buena

estatua griega de uno mismo es muy superior a todo lo que producen los talleres de Velabrum.

Cuando Casio posó los ojos en ellas, le dio tal ataque de risa que tuvo que apartarse hasta un sitio donde no las viera para recuperar la ecuanimidad. Las estatuas los representaban a ambos de cuerpo entero, y totalmente desnudos. Bruto, que era flaco, de hombros redondeados y poco atlético, parecía un púgil de Praxíteles, lleno de músculos y adecuadamente dotado de un pene imponente y un largo escroto. No era extraño que su efigie le pareciera maravillosa. En cuanto a él..., en fin, quizás él estuviera tan bien dotado como su estatua, y tuviera un cuerpo igual de espléndido, pero le resultaba muy gracioso verse así -mismo allí, para que toda la homofílica Atenas babeara. Bruto, ofendido, guardó silencio y volvieron a casa sin cruzar una sola palabra.

Después de un día en compañía de Bruto, Casio vio que su cuñado era feliz llevando la vida de un romano rico en la capital cultural del mundo, en tanto que él ardía en deseos de hacer algo, de ocuparse de algún asunto importante. La misiva en la que Servilia le decía que Siria lo esperaba a él como gobernador le había dado la idea: iría a gobernar Siria.

-Si conservas tu innata sensatez -dijo Casio a Bruto-, irás a Macedonia y gobernarás allí antes de que Antonio se lleve todas las legiones. Aprópiate de las legiones mientras están aún allí, y serás imbatible. Escribe a Quinto Hortensio a Tesalónica y pregúntale qué está ocurriendo.

Pero antes de que Bruto tuviera ocasión de escribir, le llegó una carta de Hortensio en la que le comunicaba que por lo que a él se refería, Marco Bruto sería bien recibido si iba a gobernar Macedonia. Antonio y Dolabela no eran auténticos cónsules; unos tipos voraces. Instigado por Casio, Bruto contestó a Hortensio diciéndole que sí, que iría a Tesalónica acompañado por un par de jóvenes que actuarían como legados suyos: el hijo de Cicerón, Marco, y el hijo menor de Bibulo, Lucio. Y por otros más.

Al cabo de un *nundinum* Casio había zarpado ya para navegar de isla en isla por el Egeo hasta la provincia de Asia, dejando a Bruto en la duda entre lo que consideraba su deber -ir a Macedonia- y su verdadera inclinación: quedarse en Atenas. Así que no se apresuró a partir hacia el norte, como

debería haber hecho, sobre todo después de enterarse de que Dolabela atravesaba apresuradamente la provincia camino de Siria.

Y por supuesto tenía que escribir cartas desde Atenas antes de irse; el hecho de que Servilia y Porcia estuvieran juntas le preocupaba. Por consiguiente, escribió a Servilia y le advirtió de que en adelante sería difícil ponerse en contacto con él, pero que siempre que le fuera posible mandaría a Escaptio a visitarla. Escribir a Porcia fue más difícil. Lo único que pudo hacer fue rogarle que intentara llevarse bien con su suegra, y decirle que la amaba y la echaba de menos. Su pilar de fuego.

Así pues, Bruto no llegó a Tesalónica, la capital de Macedonia, hasta finales de noviembre. Hortensio lo recibió con entusiasmo y le prometió el apoyo de la provincia. Pero Bruto vaciló. ¿Era correcto ocupar el lugar de Hortensio antes de Año Nuevo? Hortensio debía abandonar el cargo en esa fecha, pero si actuaba prematuramente, el Senado podría decidir mandar un ejército para enfrentarse con el falso gobernador. Se habían marchado ya cuatro de las legiones de veteranos de Antonio, pero las otras dos, explicó Hortensio, permanecerían probablemente en Dirraquio durante un tiempo. Aun así, Bruto tardó en decidirse, y se marchó una quinta legión de veteranos.

La única noticia fascinante llegada de Roma era la marcha de Octaviano sobre la ciudad, que sorprendió mucho a Bruto. ¿Quién era aquel joven? ¿Cómo se le ocurría pensar que podía desafiar a una bestia como Marco Antonio y quedar impune? ¿Estaban todos los césares cortados por el mismo patrón? Al final decidió que Octaviano era una nulidad, que sería eliminado antes de Año Nuevo.

Muy al margen de todo aquello, Publio Vatinio, gobernador de Ilírico, permanecía en Salona con sus dos legiones y esperaba instrucciones de Marco Antonio para entrar en las tierras del Danubio. Finalmente, en las postrimerías de noviembre, recibió una carta de Antonio en la que le ordenaba que marchara con sus hombres hacia el sur para ayudar a Cayo Antonio a administrar la Macedonia Occidental. Sin conocer la escasa popularidad de Antonio, Vatinio obedeció, alarmado por lo que éste le

contaba: que Bruto pretendía apoderarse de Macedonia y que Casio iba camino de Siria para arrebatarse la provincia a Dolabela.

De modo que Vatinio se dirigió hacia el sur para ocupar Dirraquio a finales de diciembre, entorpecido por la nieve y el hielo. El invierno se había adelantado y era anormalmente crudo. Vatinio descubrió que se habían marchado todas las legiones menos dos, una veterana y la otra no tanto, pero al menos Dirraquio era una base cómoda. Se dispuso a esperar a Cayo Antonio, el legítimo gobernador de Macedonia, por lo que él sabía.

Bruto aún esperaba noticias de Roma, que Escaptio le llevó a mediados de diciembre. Octaviano se había refugiado en Arretium, y se estaba creando una extraña situación. Dos legiones de Antonio se habían amotinado y pasado al bando de Octaviano; sin embargo los soldados de uno y otro lado no estaban dispuestos a luchar. Casi todo el mundo, dijo Escaptio, llamaba ya César al heredero de César, y éste presentaba un claro parecido con aquél. Los dos intentos de Antonio para conseguir que Octaviano fuera declarado *hostis* habían fracasado, así que Antonio había partido hacia la Galia Cisalpina para asaltar Mutina, donde se escondía Décimo Bruto. Una situación extraordinaria.

Más directamente le afectaba el hecho de que el Senado lo había despojado de Creta, y a Casio le había quitado Cirenaica. Aún no habían sido declarados enemigos públicos, pero el gobierno de Macedonia había pasado a manos de Cayo Antonio, y Vatinio tenía órdenes de ayudarlo.

Según Servilia y Vatia ILaurico, las ambiciones de Antonio eran desmedidas. Provisto de un *imperium maius* de cinco años, aplastaría a Décimo Bruto y se establecería después al norte de la frontera itálica con las mejores legiones romanas durante esos cinco años, habiéndose asegurado una frontera continua al oeste con la ayuda de Planco y Lepido y Polio, y al este con Vatinio y Cayo Antonio. Ambicionaba gobernar Roma, sí, pero comprendía que la presencia de Octaviano excluía esa posibilidad durante quizás otros cinco años.

Finalmente Bruto actuó. Dejó a Hortensio en Tesalónica y marchó hacia el oeste por la Via Egnatia con la única legión de Hortensio y unas cuantas cohortes de veteranos de Pompeyo Magno que se habían establecido en los

aledaños de la capital. Lo acompañaron el joven Marco Cicerón y Lucio Bibulo, así como sus filósofos.

Pero hacía un tiempo pésimo y el avance de Bruto era muy lento. Yendo a paso de caracol, seguía en las tierras altas de Candavia a finales del año en que murió César.

Casio llegó a Esmirna, en la provincia de Asia a principios de noviembre, encontrando allí a Cayo Trebonio bien establecido como gobernador. Estaba con él otro de los asesinos, Casio Parmensis, que actuaba como legado de Trebonio.

-No es ningún secreto -les anunció Casio-. Me propongo llegar antes que Dolabela a Siria y arrebatarle la provincia.

-Así se habla -dijo Trebonio con una sonrisa de aprobación-. ¿Tienes dinero?

-Ni un sestercio -admitió Casio.

-Entonces puedo proporcionarte un poco como punto de partida para tus fondos de guerra -dijo Trebonio-. Aún es más, puedo proporcionarte una pequeña flota de galeras y los servicios de dos competentes legados, Sextilio Rufo y Patisco. Los dos son buenos almirantes.

-También yo soy buen almirante -dijo Casio Parmensis-. Si tienes trabajo para mí, te acompañaré.

-¿Realmente puedes prescindir de tres buenos profesionales? -preguntó Casio a Trebonio.

-Sí, claro. La provincia de Asia está en paz. Les vendrá bien un poco de actividad.

-Tengo información menos agradable, Trebonio. Dolabela se dirige a Siria por tierra, así que forzosamente tendrás que verlo.

Trebonio se encogió de hombros.

-Que venga. No tiene autoridad en mi provincia.

-Puesto que voy a seguir camino lo antes posible, te agradecería que me prepararas esas galeras -añadió Casio.

Las embarcaciones aparecieron a finales de noviembre. Casio zarpó con sus tres almirantes, resuelto a adquirir más naves durante el viaje. Lo

acompañaban un primo, uno de los muchos Lucios Casios, y un centurión llamado Fabio. Cayo Casio no necesitaba filósofos.

En Rodas, sin embargo, no le sonrió la suerte. La ciudad le negó barcos y dinero, aduciendo que no querían tomar parte en los conflictos internos romanos.

-Algún día pagaréis por esto -advirtió al etnarca y al capitán del puerto de Rodas-. Cayo Cásio es un mal enemigo, y Cayo Casio no olvida un insulto.

En Tarso encontró la misma respuesta, y reaccionó de la misma manera. Después navegó hacia el norte de Siria, pero era demasiado astuto para dejar su flota amarrada en un lugar donde pudiera encontrarla la flota de Dolabela a su llegada.

Cecilio Baso ocupó Apameia, pero el asesino Lucio Estayo Murco ocupó Antioquía y se adueñó de aquellas seis legiones inquietas y desafectas. Cuando Casio apareció, Murco le entregó gustosamente las riendas e hizo formar a sus tropas para mostrarles que tenían ya al gobernador que deseaban, Cayo Casio.

"Tengo la sensación de haber llegado a casa -dijo éste en una carta a Servilia, siempre su corresponsal favorita-. En Siria es donde tengo el corazón."

Todo ello fue un sutil inicio de la guerra civil, si realmente podía surgir una guerra civil en aquella confusa mezcolanza de provincias y aspirantes a gobernador. Todo dependía de cómo manejaran la situación desde Roma. En esos momentos, ni Bruto ni Casio ni siquiera Décimo Bruto representaban una verdadera amenaza para el Senado y el pueblo de Roma. Dos buenos cónsules y un Senado fuerte podían sofocar todas aquellas ansias de poder, y de hecho nadie había desafiado al gobierno central en su propio terreno.

Pero ¿tenían Cayo Vibio Pansa y Aulo Hirtio la influencia necesaria para controlar al Senado, o a Marco Antonio, o a sus aliados militares al este y al oeste, o a Bruto, o a Casio, o al heredero de César?

Cuando murió el viejo año, aquel horrible año de los idus de marzo, nadie sabía qué iba a ocurrir.

X

EJÉRCITOS POR TODAS PARTES

Desde enero hasta sextilis (agosto) del 43 a.C.

Capítulo 1 —

Quien marchó hacia dónde

Exactamente veinte años después de su memorable consulado, durante el cual (como contaría a todo aquel dispuesto a escucharlo) había salvado a su país, Marco Tulio Cicerón volvió a encontrarse en el centro de los acontecimientos. El miedo por su seguridad lo había hecho callar en muchas ocasiones durante el transcurso de aquellos veinte años, y la única ocasión en la que había tratado desesperadamente de salvar la República - cuando casi había disuadido a Pompeyo Magno de entablar una guerra civil- había fracasado por culpa de Catón. Sin embargo en aquellos momentos, con Marco Antonio en el norte, Cicerón no encontraría en toda Roma a nadie con el temple o los arrestos necesarios para evitar que él arrasara con todo. ¡Por fin la elocuencia resultaría más contundente que el ejército y la fuerza bruta!

A pesar de haber odiado a César y trabajado con tesón para socavar su autoridad, una parte de Cicerón siempre había sabido que éste era el ave fénix, capaz de resurgir de sus cenizas. Irónicamente, César había sido aclamado tras su incineración, cuando aquella estrella se había alzado para decirle a todo el mundo romano que César nunca, nunca se iría. Sin embargo, era más sencillo obrar en contra de Antonio porque éste le facilitaba argumentos: era ordinario, intemperante, cruel, impulsivo, irreflexivo. Arrastrado por la fuerza de su propia retórica, Cicerón se dispuso a destruir a Antonio con el convencimiento de que era un objetivo que carecía de la capacidad para volver a levantarse.

En su mente se agolpaban imágenes de la República restituida a su forma tradicional, a cargo de hombres que reverenciaran sus instituciones, que se alzaran como campeones del *mos maiorum*. Lo único que tenía que

hacer era convencer al Senado y al pueblo de que los Libertadores eran los verdaderos héroes, que Marco Bruto, Décimo Bruto y Cayo Casio -los tres que Antonio había señalado como los peores enemigos de Roma- habían hecho lo correcto. Es decir, que Antonio estaba equivocado. Y si en esta ecuación tan simple Cicerón se descuidó de incluir a Octaviano fue porque tenía una buena razón: Octaviano era un joven de diecinueve años, una pieza menor que usar como señuelo en el tablero, y que llevaba dentro el germen de su propia destrucción.

Cuando Cayo Vibio Pansa y Aulo Hirtio fueron investidos como nuevos cónsules el día de Año Nuevo, el estatus de Marco Antonio varió. Ya no era cónsul, sino ex cónsul, y podía verse privado de todo el poder que hubiera acumulado. Como otros que le precedieron, no se había preocupado de obtener su cargo de gobernador y su *imperium* a través del cuerpo constitucionalmente habilitado para concedérselo, el Senado. Se había dirigido a la Asamblea de la Plebe. Por consiguiente, cabía argumentar que no todo el pueblo había consentido, pues los patricios estaban excluidos de la Asamblea de la Plebe. A diferencia de los otros *comitia* y del Senado, la Asamblea de la Plebe no estaba constreñida por tradiciones religiosas; no se rezaban las plegarias, los auspicios no se llevaban a cabo. A pesar de ser un razonamiento endeble, después de que hombres como Pompeyo Magno, Marco Craso y César hubieran obtenido provincias e *imperium* gracias a la Asamblea de la Plebe, Cicerón lo utilizó de todas formas.

Entre el segundo día de septiembre y el de Año Nuevo, había hablado en contra de Marco Antonio en cuatro ocasiones con un efecto contundente. El Senado, abarrotado de los títeres de Antonio, comenzaba a vacilar puesto que la conducta de éste los colocaba en una difícil situación. Aunque Cicerón no lo acompañó de una prueba tangible, el alegato de que Antonio había conspirado con los Libertadores para asesinar a César contenía suficiente lógica como para perjudicarlo, y la descortesía de Antonio para con el heredero puso a sus seguidores en un apuro ya que en su mayoría se trataba de personas nombradas por César. Antonio había llegado al poder como sucesor de César, aun cuando éste no hacía mención de él en su testamento. Era un hombre maduro, heredero natural del formidable ejército

de súbditos de César y se había retirado con un número suficiente de éstos como para consolidar su posición. Sin embargo, en aquellos momentos el verdadero heredero de César estaba atrayéndolos a su servicio, del primero al último. Octaviano todavía no podía decir que la mayoría de senadores se arrepentía de su relación con Antonio, no obstante Cicerón estaba concentrado en ayudarlo en aquella tarea... por el momento. Una vez que los senadores se hubieran distanciado de Antonio, él, Cicerón, poco a poco los empujaría hacia los Libertadores, no hacia Octaviano. Lo que significaba que debía conseguir que pareciera que Octaviano prefería a los Libertadores antes que a Marco Antonio, dada la inaceptabilidad de éste. En esa tarea, a Cicerón le resultaba una valiosa ayuda el hecho de que Octaviano no fuera senador y, por consiguiente, no pudiera contrarrestar la actitud que Cicerón adoptaba respecto a él en su propio beneficio.

El gran abogado había emprendido aquella empresa durante una reunión del Senado celebrada hacia finales de diciembre, en la que se había creado una corriente enfrentada a Antonio contra la que éste no pudo luchar porque no se encontraba en Roma. De modo que tanto Octaviano como Antonio se vieron en el mismo aprieto, a merced de un estratega senatorial de primera categoría.

Cicerón contaba con un aliado poderoso en Vatia Isaurico, quien acusó a Antonio del suicidio de su padre y quien creía sin reservas que Antonio era uno de los conspiradores del asesinato. La influencia de Vatia era enorme, incluso entre los escaños del fondo, puesto que había sido, junto con Cneo Domitio Calvino, el más incondicional de los partidarios aristocráticos de César.

Al inicio del segundo día de enero, Cicerón se dispuso a desacreditar a Antonio de tal forma que el Senado refrendara a Décimo Bruto como el verdadero gobernador de la Galia Cisalpina, votara para echar a Antonio y lo declarara hostil, enemigo público. Tras los discursos de Cicerón y Vatia, los senadores quedaron sumidos en la mayor indecisión. Lo que todos y cada uno de ellos quería en realidad era continuar conservando el poco poder que poseían, y éste peligraría si se adherían a una causa perdida.

¿Estaban ya maduros? ¿Estaban preparados? ¿Era aquél el momento para pedir que se sometiera a voto la moción para declarar a Marco Antonio *hostis*, enemigo oficial del Senado y del pueblo de Roma? El debate parecía haber llegado a su fin y tras observar los rostros de cientos de *pedarii* de las gradas superiores era fácil adivinar hacia dónde se iba a decantar el voto: contra Antonio.

Lo que Cicerón y Vatia no tuvieron en cuenta fue el derecho de los cónsules a pedir a otros que se pronunciaran antes de una votación. El cónsul superior era Cayo Vibio Pansa, quien por tanto ostentaba las *fascēs* para el mes de enero, y presidía la reunión. Estaba casado con la hija de Quinto Fufio Caleno, hombre de Antonio hasta la muerte, y la lealtad dictaba que debía hacer lo posible para proteger al amigo de su suegro, Marco Antonio.

-¡Quisiera que Quinto Fufio Galeno nos diera su opinión! -voceó Pansa desde su escaño.

Ahí estaba. Él había hecho lo que había podido, a partir de entonces todo dependía de Caleno.

-Sugiero -dijo Galeno, con astucia- que, antes de que la Cámara lleve a cabo la votación sobre la moción de Marco Cicerón, se envíe una delegación a Marco Antonio. Deberíamos dar poder a sus integrantes para que ordenaran a Antonio levantar el sitio de Mutina y someterse a la autoridad del Senado y el pueblo de Roma.

-¡Bien dicho! -exclamó Lucio Piso, un neutral.

Los *pedarii* se agitaron, comenzaron a sonreír. ¡Una salida!

-¡Enviar una delegación a un hombre al que hace doce días esta Cámara declaró fuera de la ley es una locura! -bramó Cicerón.

-Eso es distorsionar un poco las cosas, Marco Cicerón -le advirtió Caleno-. La Cámara consideró la posibilidad de declararlo fuera de la ley, sin embargo no fue formalmente acordado. Si así fuera, ¿qué sentido tendría la votación de hoy?

-¡Sutilezas semánticas! -espetó Cicerón-. ¿Acaso ese día la Cámara no elogió a los generales y a los soldados que se oponían a Marco Antonio? Es

decir, los hombres de Décimo Bruto. O sea, el propio Décimo Bruto. ¡Sí, lo hizo!

A partir de aquello Cicerón se enzarzó en su usual diatriba contra Marco Antonio: éste había redactado leyes sin validez legal; había invadido el Foro con tropas armadas; había falsificado decretos, dilapidado grandes sumas de dinero público, vendido reinos, ciudadanías y exenciones tributarias; había mancillado los tribunales, introducido bandas de forajidos en el templo de la Concordia; había masacrado centuriones y tropas tanto en los alrededores de Brindisi como dentro de la ciudad, y había amenazado con matar a todo aquel que osara oponerse a él.

-¡Enviar una delegación a ver a un hombre así es posponer una guerra inevitable y debilitar la indignación latente de Roma! ¡Propongo que se declare un estado de *tumultus*! ¡Que se suspendan los tribunales y otros asuntos gubernamentales! ¡Que los civiles vestan su atuendo militar! ¡Que se instituya una leva para formar soldados por toda Italia! ¡Que la suerte del Estado se confíe a los cónsules mediante un decreto supremo!

Cicerón hizo una pausa durante el alboroto que produjo aquella perorata altisonante. Se estremeció exultante, totalmente ajeno al hecho de que su oratoria estaba lanzando a Roma hacia una nueva guerra civil. ¡Sí, aquello era vida! ¡Volvía a producirse lo ocurrido durante su consulado, cuando había dicho más o menos lo mismo acerca de Catilina!

-También propongo -continuó cuando pudo hacerse oír- que se le conceda un voto de agradecimiento a Décimo Bruto por su paciencia y un segundo voto de agradecimiento a Marco Lepido por hacer las paces con Sexto Pompeyo. De hecho -añadió-, creo que debería erigirse una estatua de oro de Marco Lepido en la tribuna del Foro, pues lo último que necesitamos es una guerra civil doble.

Debido a que nadie sabía si lo estaba diciendo en serio o no, Pansa pasó por alto lo de la estatua de oro de Marco Lepido y con gran astucia desechó las mociones de Cicerón.

-¿Existe algún otro asunto que la Cámara debiera considerar?

Vatia se alzó de inmediato y dio comienzo a un largo discurso en loor de Octaviano que tuvo que ser pospuesto a la caída del sol. Pansa dijo que la

Cámara volvería a reunirse al día siguiente y todos los días que hicieran falta para dejar zanjado aquel asunto.

Vatia retomó su panegírico de Octaviano a la mañana siguiente.

-Admito que Cayo Julio César Octaviano es muy joven -dijo-, sin embargo no podemos soslayar ciertos hechos. Primero, que es el heredero de César. Segundo, que ha demostrado mayor madurez que la que corresponde a su edad. Y tercero, que cuenta con la lealtad de gran parte de las tropas veteranas de César. Propongo que sea admitido en el Senado de inmediato y que se le permita ostentar el consulado diez años antes de la edad usual. Puesto que es un patricio, la edad usual es de treinta y nueve años. Eso significa que estará cualificado como candidato de aquí a diez años, cuando cumpla los veintinueve. ¿Por qué recomiendo estas medidas extraordinarias? Porque, padres conscriptos, vamos a necesitar el servicio de todos los soldados veteranos de César que no sean partidarios de Marco Antonio. César Octaviano posee dos legiones de tropas veteranas y una tercera legión de tropas mixtas. Por consiguiente, también solicito que se le conceda a César Octaviano, en posesión de un ejército, el *imperium* de propretor, así como un tercio del mando contra Marco Antonio.

Aquello levantó un gran revuelo entre los presentes. Sin embargo demostró a muchos de los ocupantes de los escaños del fondo que no podían seguir apoyando a Marco Antonio de una manera tan incondicional como habían esperado, lo máximo que podían hacer era negarse a declararlo *hostis*. De modo que el debate siguió hasta el cuarto día de enero, fecha en que se aprobaron varias resoluciones. A Octaviano se le permitió la entrada en el Senado y tras concedérsele un tercio del mando de los ejércitos de Roma, también se votó otorgarle el dinero que Octaviano había prometido a sus tropas en concepto de bonificaciones. El gobierno de todas las provincias de Roma iba a seguir como en el mandato de César, lo que significaba que Décimo Bruto era oficialmente el gobernador de la Galia Cisalpina, y su ejército el oficial.

Aquel cuarto día el ambiente se animó con la aparición de dos mujeres en el pórtico, junto a las puertas de la Curia Hostilia: Fulvia y Julia Antonia. La madre y la mujer de Antonio iban vestidas de negro de pies a cabeza,

igual que los dos hijos pequeños de Antonio, Antilo agarrado de la mano de su abuela y el recién nacido Iulo en los brazos de su madre. Los cuatro lloraban y berreaban, pero cuando Cicerón pidió que se cerraran las puertas, Pansa no lo permitió. Se percató de que la actuación de la madre, la mujer y los hijos de Antonio estaba haciendo mella entre los escaños del fondo y no quería que Antonio fuera declarado *hostis*, sino que se enviara una delegación.

Los delegados escogidos fueron Lucio Piso, Lucio Filipo y Servio Sulpicio Rufo, tres eminentes ex cónsules. Sin embargo, Cicerón luchó en contra de aquella delegación con uñas y dientes e insistió en que se sometiera a votación. Ante lo cual el tribuno de la plebe, Salvio, vetó una votación, y por consiguiente la Cámara tuvo que aprobar la delegación. Marco Antonio seguía siendo ciudadano romano, pero un ciudadano que actuaba desafiando al Senado y al pueblo de Roma.

Hartos de permanecer sentados en sus escaños, los senadores organizaron la delegación con prontitud. Piso, Filipo y Servio Sulpicio recibieron instrucciones de visitar a Antonio en Mutina e informarle de que el Senado deseaba que se retirara de la Galia Cisalpina, que no se acercara con su ejército a menos de trescientos kilómetros de Roma y que se sometiera a la autoridad del Senado y el Pueblo. Tras transmitir su mensaje a Antonio, la delegación debía solicitar una audiencia ante Décimo Bruto para garantizarle que era el gobernador legítimo y contaba con el beneplácito del Senado.

-Pensándolo bien -dijo Lucio Piso con pesimismo a Lucio César, quien volvía a estar presente en la Cámara-, sinceramente no sé cómo ha sucedido todo esto. Antonio actuó con estupidez y arrogancia, sí; sin embargo, dime una sola cosa que haya hecho él que otro no haya hecho antes.

-Culpa a Cicerón -contestó Lucio César-. Las emociones obnubilan el sentido común de los hombres y nadie sabe agitar las emociones como Cicerón. Aunque dudo que aquel que lea lo que dice pueda hacerse la menor idea de lo que es escucharle. Es un portento.

-Tú te habrías abstenido, claro.

-¿Qué otra cosa podría haber hecho? Aquí estoy, Piso, entre el chacal de mi sobrino y un primo para quien no encuentro comparación en todo el reino animal. Octaviano es una creación completamente nueva.

Consciente de lo que se le venía encima, Octaviano marchó al norte desde Arretium hasta la Via Flaminia y había alcanzado Spoletium cuando la comisión del Senado dio con él. El *imperium* propretoriano del senador de diecinueve años estaba allí a la vista de sus tres legiones: seis lictores con túnicas rojas con las hachas en sus *fascēs*. Los dos lictores que iban en cabeza eran Fabio y Cornelio y todos habían servido a César desde sus días de pretor.

-No está mal, ¿eh? -les comentó Octaviano a Agripa, Salvidieno y Mecenas con aire complaciente.

Agripa sonrió con orgullo, Salvidieno comenzó a planear la acción militar y Mecenas preguntó:

-¿Cómo te las has arreglado, César?

-¿Te refieres a Vatia Isaurico?

-Bueno, sí, supongo que es eso lo que quiero decir.

-Propuse unirme en matrimonio con la hija mayor de Vatia tan pronto como ésta alcance la mayoría de edad -contestó Octaviano, sin darle importancia-. Por fortuna, eso no ocurrirá hasta dentro de unos años y pueden suceder muchas cosas durante ese tiempo.

-Es decir, que no deseas casarte con Servilia Vatia.

-No deseo casarme con nadie, Mecenas, hasta que esté locamente enamorado, aunque puede que resulte de otra forma.

-¿Acabaremos luchando contra Antonio? -preguntó Salvidieno.

-¡De todo corazón, espero que no! -contestó Octaviano sonriendo-. Y aún menos mientras yo sea magistrado superior de la zona. Me contento con delegar en un cónsul: Hirtio, imagino.

Aulo Hirtio había comenzado su consulado en mal estado de salud, había aguantado toda la ceremonia de inauguración y luego se había retirado a su cama para recuperarse de una infección pulmonar.

De modo que cuando el Senado le notificó que debía comandar tres legiones más tras los pasos de Octaviano, atrapar al nuevo y joven senador

y asumir el mando compartido de sus fuerzas combinadas, Hirtio no se encontraba en la mejor de las condiciones para salir a campo abierto. Lo cual no detuvo a aquel hombre leal y desinteresado. Se arrebujó en pieles y mantas, escogió una litera como medio de transporte y comenzó el largo viaje hacia el norte por la Via Flaminia hacia las fauces de un crudo invierno. Igual que Octaviano, no deseaba una batalla contra Antonio, estaba dispuesto a tomar cualquier otro camino que se le presentara.

Octaviano y él unieron sus fuerzas en la Via Emilia dentro de la provincia de la Galia Cisalpina, al sudeste de la gran ciudad de Bononia, y acamparon entre Claterna y Forum Cornelii para regocijo de aquellas dos ciudades, que así se aseguraban jugosos beneficios procedentes del ejército.

-Y aquí nos quedaremos hasta que el tiempo mejore -dijo Hirtio a Octaviano, mientras le castañeteaban los dientes.

Octaviano le miró, preocupado. No entraba en sus planes dejar que el cónsul muriera; lo último que deseaba era un papel demasiado preponderante. De modo que accedió a aquel programa con entusiasmo y procedió a vigilar la recuperación de Hirtio armado con el conocimiento de las dolencias pulmonares sobre las que tanto había aprendido de Hapd'efan'e.

La movilización en Italia iba viento en *popa*; en Roma casi nadie había reparado en la enemistad que Antonio había generado en amplios grupos de las comunidades itálicas que habían sufrido más en sus manos que la propia Roma. Firmum Piceno prometió dinero, los marrucinos del Samnio adriático septentrional amenazaron con desposeer de sus propiedades a los objetores marrucinos, y cientos de ricos caballeros itálicos subvencionaron el equipamiento de las tropas. La agitación era mayor fuera de Roma que dentro.

Cicerón, extasiado, aprovechó la oportunidad de volver a hablar en público contra Antonio a finales de enero, cuando la Cámara se reunió para discutir banalidades. Para entonces, el compromiso de Octaviano y la hija mayor de Vatia era conocido por todo el mundo y las cabezas asentían mientras los labios sonreían. La vieja costumbre de pactar alianzas políticas

mediante el matrimonio todavía era corriente, una idea reconfortante cuando tantas cosas habían cambiado.

Las noticias habían volado: la delegación que estaba de vuelta no había llegado a ningún acuerdo con Antonio, aunque lo dicho por Antonio era un misterio. Lo cual no impidió a Cicerón pronunciar su séptima alocución contra éste. En esa ocasión atacó con saña a Fufio Galeno y a otros partidarios de Antonio por inventar razones por las que Antonio no podría estar de acuerdo con las condiciones del Senado.

-¡Se le ha de declarar *hostis*! -bramó Cicerón.

-Ésa es una palabra que no debemos considerar a la ligera -objetó Lucio César-. Declarar a un hombre *hostis* es privarle de su ciudadanía y ponerle en peligro de ser atravesado por la espada del primer patriota que se encuentre con él. Estoy de acuerdo en que Marco Antonio ha sido un mal cónsul, que ha hecho muchas cosas que perjudicaron y desacreditaron a Roma, pero ¿*hostis*? Seguro que *inimicus* es castigo suficiente.

-¡Por supuesto que piensas así! Eres tío de Antonio -replicó Cicerón-. ¡No voy a permitir que el ingrato conserve su ciudadanía!

La discusión continuó hasta el día siguiente, Cicerón se negó a echarse atrás. Tenía que ser *hostis*.

Regresaron entonces dos de los tres delegados. Servio Sulpicio Rufo había sucumbido al crudo invierno.

-Marco Antonio se niega a acatar las condiciones del Senado -anunció Lucio Piso, con mala cara y extenuado-, y ha presentado las suyas. Dice que entregará la Galia Cisalpina a Décimo Bruto... si se le permite conservar la Galia Trasalpina hasta cuatro años después de que Marco Bruto y Cayo Casio hayan terminado su consulado.

Cicerón se sentó, estupefacto. ¡Marco Antonio le estaba robando su primicia! ¡Proclamaba ante el Senado que cambiaba de bando, que reconocía los derechos de los Libertadores, quienes debían obtener todo lo que César les hubiera concedido antes de que lo asesinaran! ¡Pero si aquélla era su estratagema, la de Cicerón! Oponerse a Antonio era oponerse a los Libertadores.

La interpretación de Cicerón no fue la única. El Senado prefirió considerar la estratagema de Antonio como una repetición de la de César antes de que diera aquel paso fatídico y cruzara el Rubicón. Por consiguiente, se opuso a Antonio y pasó por alto las referencias a Bruto y a Casio, porque la opción era la misma que con César: acceder a las exigencias de Antonio era admitir que el Senado era incapaz de controlar a sus magistrados. De modo que la Cámara declaró un estado de *tumultus*, lo que significaba guerra civil, y autorizó a los cónsules Pansa e Hirtio a enfrentarse a Antonio en el campo de batalla mediante la aprobación del decreto supremo. Sin embargo, el Senado se negó a declarar *hostis* a Antonio. Fue *inimicus*. Una victoria para Lucio César, si bien una victoria pírrica. Todas las leyes de Antonio como cónsul fueron derogadas, lo que conllevó que su hermano pretor, Cayo, dejara de ser gobernador de Macedonia, que su apropiación de la plata de Ops fuera considerada ilegal, que su distribución de la tierra entre los veteranos se quedara a mitad de camino... Las repercusiones continuaron.

Justo antes de los idus de febrero llegó una carta de Marco Bruto en la que informaba al Senado de que Quinto Hortensio lo había ratificado como gobernador de Macedonia y que Cayo Antonio estaba arrestado en Apolonia como prisionero de Bruto. Todas las legiones de Macedonia, según Bruto, lo habían aclamado como gobernador y comandante.

¡Noticias *nefastas*! ¡Terroríficas! Aunque, bien mirado... Ante aquello, el Senado se encontró totalmente desconcertado, no sabía qué hacer. Cicerón abogó por que la Cámara ratificara oficialmente a Marco Bruto como gobernador de Macedonia y les preguntó a los partidarios de Antonio por qué estaban en contra de los dos Brutos, Décimo y Marco.

-¡Porque son asesinos! -vociferó Fufio Caleno.

-Son patriotas -repuso Cicerón-. Patriotas.

En los idus de febrero el Senado proclamó a Bruto gobernador de Macedonia, le concedió un *imperium* proconsular y luego añadió Creta, Grecia e Ilírico a sus provincias. Cicerón estaba extasiado. En aquellos momentos sólo le quedaban dos cosas por hacer. La primera, ver a Antonio derrotado en un campo de batalla en la Galia Cisalpina. La segunda, ver a

Dolabela desposeído de Siria, y ésta entregada a Casio en calidad de gobernador.

El primer aniversario del asesinato de César trajo consigo un nuevo horror, pues en esos idus de marzo Roma supo de las atrocidades cometidas por Publio Cornelio Dolabela. De camino a Siria, Dolabela había saqueado las ciudades de la provincia de Asia. Cuando alcanzó Esmirna, donde residía el gobernador Trebonio, entró en la ciudad furtivamente por la noche, hizo prisionero a Trebonio y exigió saber dónde se almacenaba el dinero de la provincia. Trebonio se negó a dárselo aun después de que Dolabela recurriera a la tortura. Ni el dolor más intenso que Dolabela pudiera infligirle consiguió soltar la lengua de Trebonio; Dolabela perdió los estribos, asesinó a Trebonio, le cortó la cabeza y la clavó en el pedestal de la estatua de César en el ágora. De este modo Trebonio fue el primer asesino en morir.

Las noticias desolaron a los partidarios de Antonio. ¿Cómo iban a defenderlo cuando su acólito se había comportado como un bárbaro? Cuando Pansa convocó una reunión inmediata de la Cámara, Fufio Galeno y sus compinches no tuvieron más remedio que votar, como todos los demás, que Dolabela fuera desposeído de su *imperium* y declarado *hostis*. Se confiscaron todas sus propiedades, aunque no eran gran cosa; Dolabela nunca había conseguido saldar sus cuentas.

Entonces estalló una nueva disputa por el hecho de que Siria contaba en aquellos momentos con una vacante en el puesto de gobernador. Lucio César propuso que le fuera concedida una comisión especial a Vatia Isaurico para llevar un ejército al este y negociar con Dolabela. Aquello irritó en grado sumo al cónsul superior Pansa.

-A Aulo Hirtio y a mí ya se nos habían concedido las provincias del este para el año que viene -le dijo a la Cámara-. Hirtio gobernará la provincia de Asia y Cilicia y yo, Siria. Este año nuestros ejércitos están embarcados en la lucha contra Marco Antonio en la Galia Cisalpina, no podemos luchar contra Dolabela en Siria al mismo tiempo. Por consiguiente, recomiendo que este año nos dediquemos a la guerra en la Galia y el año que viene, a la guerra en Siria contra Dolabela.

Los partidarios de Antonio consideraron aquella propuesta como su mejor baza. Antonio aún tenía que ser derrotado y estaban convencidos de que aquello no ocurriría. La proposición de Pansa haría que las legiones que se encontraban en Italia permanecieran allí durante lo que quedaba de año, y para entonces Antonio habría destrozado a Hirtio, Pansa y Octaviano, y todas las legiones le pertenecerían. Entonces él podría ir a Siria.

Cicerón contaba con una solución diferente: conceder el gobierno de Siria a Cayo Casio de inmediato. Puesto que nadie conocía el paradero de Casio, aquella propuesta fue una sorpresa para todos. ¿Acaso Cicerón sabía algo que el resto del Senado desconocía?

-¡No le encomendéis esta tarea a un gusano como Vatia Isaurico, ni tampoco esperéis al año que viene para encomendársela a Pansa! -dijo Cicerón, olvidando el protocolo y la educación-. ¡Siria necesita nuestra ayuda ahora, no más tarde, la de un hombre joven y vigoroso, en todo su esplendor! Un hombre joven y vigoroso que conozca Siria en profundidad y que haya tratado con los partos. ¡Cayo Casio Longino! Es el mejor y el único para ese cargo de gobernador. Y más aún: concededle el poder de llevar a cabo requisas militares en Bitinia, Ponto, la provincia de Asia y Cilicia. Concededle un *imperium* ilimitado durante cinco años. ¡Nuestros cónsules Pansa e Hirtio tienen un trabajo hecho a medida en la Galia Cisalpina!

Por descontado, después se refirió a Antonio.

-¡No olvidéis que Marco Antonio es un traidor! -bramó Cicerón-. Cuando el día de la Lupercalia tendió a César una corona, demostró al mundo entero que él era su verdadero asesino.

Un vistazo a los rostros de los asistentes le demostró que no había insistido lo suficiente en lo de Casio.

-¡Considero a Dolabela igual de bárbaro que Antonio! ¡Conceded Siria a Cayo Casio de inmediato!

Sin embargo, Pansa no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Forzó una votación de la Cámara que les concedía a Hirtio y a él el mando de la guerra contra Dolabela para cuando la guerra en la Galia Cisalpina hubiera concluido. En aquellos momentos él estaba totalmente entregado a la guerra

de la Galia Cisalpina y tenía que ponerle fin cuanto antes, de modo que por lo menos pudiera emprender la marcha hacia Siria aquel mismo año, no al siguiente. Con esta maniobra Pansa hizo recaer el cuidado de Roma en los pretores y se llevó más legiones a la Galia Cisalpina.

Al día siguiente de la partida de Pansa, el gobernador de la Galia Trasalpina, Lucio Munatio Planco, y el de la Hispania Citerior y de la Galia Narbonense, Marco Emilio Lepido, enviaron cartas al Senado en las que decían que agradecerían profundamente que el Senado llegara a un acuerdo con Marco Antonio, un romano tan leal como cualquiera de ellos. El mensaje estaba implícito: el Senado no debía olvidar que había dos ejércitos colosales acampados en la vertiente más alejada de los Alpes y que estaban bajo el mando de los gobernadores favorables a Marco Antonio.

¡Chantaje!, se dijo Cicerón, y asumió la responsabilidad de sentarse a escribir a Planco y a Lepido, aun sin contar con la autoridad para hacerlo. Con once discursos pronunciados en contra de Marco Antonio, había entrado en un estado de exaltación que le impedía ceder de ninguna de las maneras, de modo que lo que dijo a Planco y a Lepido fue imprudentemente arrogante: "¡Manteneos al margen de cosas acerca de las cuales apenas sabéis nada, preocupaos de vuestros propios problemas en vuestras provincias y no metáis las narices en los asuntos de Roma!" Como no pertenecía a la alta aristocracia, Planco se tomó la reprimenda de Cicerón con su sangre fría habitual, mientras que Lepido reaccionó como si lo hubieran pinchado con un aguijón. ¡Cómo osaba aquel mero hombre nuevo reprender a un Emilio Lepido!

Capítulo 2 —

Después de marzo, el tiempo en Italia mejoró ligeramente; Hirtio y Octaviano levantaron el campamento y se trasladaron cerca de Mutina, con lo que obligaron a Antonio, quien tenía el control de Bononia, a abandonar la ciudad y a concentrar todas sus legiones alrededor de Mutina.

Cuando recibieron la noticia de que Pansa había salido de Roma con tres legiones de reclutas, Hirtio y Octaviano prefirieron esperarlo antes de lanzarse a la batalla contra Antonio. Sin embargo, Antonio también sabía que Pansa se aproximaba y cayó sobre él antes de que pudiera unir sus fuerzas con las de los otros dos comandantes. El combate tuvo lugar en Forum Gallorum, a poco más de diez kilómetros de Mutina, y se decidió a favor de Antonio. El propio Pansa resultó herido de muerte, aunque consiguió hacer llegar a Hirtio y a Octaviano el aviso de que estaba siendo atacado. Los posteriores despachos oficiales a Roma dijeron que Hirtio había ordenado a Octaviano permanecer en la retaguardia y defender el campamento mientras él acudía en ayuda de Pansa. Sin embargo, la verdad era que Octaviano había tenido un ataque de asma.

Antonio demostró con total claridad qué tipo de general era en el Forum Gallorum. Tras haber derrotado a Pansa de forma aplastante, no hizo intento alguno por reagrupar sus tropas y marchar en busca de refugio, sino que dejó que sus hombres se comportaran como unos salvajes, que saquearan los carromatos de aprovisionamiento de Pansa y que se desperdigaran en todas direcciones. Al llegar Hirtio por sorpresa, Antonio no estaba en condiciones de presentar batalla y sufrió una derrota tan estrepitosa que perdió la mejor parte de su ejército y él se salvó a duras penas. De modo que los honores absolutos del día fueron para Aulo Hirtio, el apreciado y cultivado mariscal de César.

Días después, el vigesimoprimer de abril, Hirtio y Octaviano empujaron a Antonio a una segunda batalla y la derrota fue tan aplastante que no le quedó más remedio que levantar el sitio de sus campamentos en Mutina y huir hacia el oeste por la Vía Emilia. Aunque Hirtio había estado al mando y suyo había sido el plan de ataque seguido por Octaviano, éste dividió sus legiones en dos y puso a Salvidieno al mando de una mitad y a Agripa al frente de la otra. No se le había escapado el hecho de que no era general, pero tampoco tenía intención de poner al frente de sus legiones legados que por nacimiento y antigüedad pudieran reclamar la mitad de la victoria para sí.

Pese a que habían ganado -y que el asesino Lucio Pontio Aquila, que luchaba en el bando de Antonio, había muerto- la Fortuna no estuvo completamente de parte de Octaviano. Mientras supervisaba la batalla desde un montículo a lomos de su caballo, Aulo Hirtio fue derribado por una lanza y falleció allí mismo. Al día siguiente, Pansa pereció a causa de sus heridas, lo que dejó a César Octavia no como único comandante que les quedaba al Senado y al Pueblo. A excepción de Décimo Bruto, liberado del sitio de Mutina y muy preocupado por no haber tenido la oportunidad de luchar contra Antonio.

-La única legión que Antonio consiguió salvar ilesa es la Quinta Alauda -le informó Octaviano a Décimo Bruto cuando se reunieron en Mutina-, pero cuenta con algunas cohortes del resto de sus fuerzas y avanza hacia el oeste con mucha rapidez.

Para Octaviano aquél era un encuentro desagradable; como comandante legítimo del Senado, estaba obligado a mostrarse cordial y cooperativo en su trato con aquel asesino. Por eso se mostró estirado, reservado y frío.

-¿Tienes intención de seguir a Antonio? -preguntó.

-Sólo después de ver qué ocurre -contestó Décimo, al que le gustaba tanto Octaviano como él a éste-. Has llegado muy lejos desde que eras el *contubernalis* personal de César, ¿no? Heredero de César, senador, *imperium* propretor... ¡Caramba, caramba!

-¿Por qué le mataste? -preguntó Octaviano.

-¿A César?

-¿Qué otra muerte podía interesarme más?

Décimo cerró sus ojos claros, inclinó hacia atrás su cabeza rubia y habló con distraída indiferencia.

-Lo maté porque todo lo que yo o cualquier otro noble romano tenía era por obra y gracia de su voluntad. Se imbuyó de la autoridad de un rey, por no decir del título, y se consideró el único hombre capaz de gobernar Roma.

-Tenía razón, Décimo.

-No la tenía.

-Roma -dijo Octaviano- es un imperio mundial. Eso significa una nueva forma de gobierno. La elección anual de un grupo de magistrados ya no funciona, ni siquiera los *imperia quinquenales* para gobernar en las provincias, solución de Pompeyo Magno, y de César también, al principio. Sin embargo, César vio lo que tenía que hacerse mucho antes de ser asesinado.

-¿Acaso aspiras a ser el nuevo César? -preguntó Décimo, con malicia.

-Soy el próximo César.

-De nombre, nada más. No te desharás tan fácilmente de Antonio.

-Pero lo conseguiré tarde o temprano -aseguró Octaviano.

-Siempre habrá un Antonio.

-No estoy de acuerdo. A diferencia de César, no tendré clemencia con aquellos que se opongan a mí, Décimo. Eso te incluye a ti y a los otros asesinos.

-Eres un mocoso engreído que necesita una buena azotaina, Octaviano.

-No lo soy. Soy César. Y el hijo de un dios.

-Ah, sí, la *stella critica*. Bien, César es menos peligroso ahora que es un dios que cuando era un hombre de carne y hueso.

-Cierto. Sin embargo, como dios, sigue ahí para sacarle provecho. Y yo se lo sacaré... como dios.

Décimo estalló en carcajadas.

-¡Espero vivir lo suficiente para ver cómo Antonio te propina esa azotaina!

Aunque Décimo Bruto le ofreció su casa de Mutina con aparente sinceridad, Octaviano rehusó alojarse en ella; permaneció en el

campamento para celebrar los funerales de Pansa y de Hirtio y devolver sus cenizas a Roma.

Dos días después, Décimo fue a verlo, muy agitado.

-He oído que Publio Ventidio se ha puesto en marcha para reunirse con Antonio con tres legiones que ha reclutado en Piceno -dijo.

-Interesante -observó Octaviano, con indiferencia-. ¿Qué crees que debería hacer al respecto?

-Detener a Ventidio, por supuesto -contestó Décimo, desconcertado.

-No depende de mí, depende de ti. Tú eres quien posee el *imperium* proconsular, tú eres el gobernador designado por el Senado.

-¿Has olvidado, Octaviano, que mi *imperium* no me permite entrar en Italia? Aquel que detenga a Ventidio tendrá que entrar en Italia, porque está atravesando Etruria y avanza hacia la costa toscana. Además -añadió Décimo con franqueza-, mis legiones están formadas por reclutas inexpertos incapaces de hacer frente a los picentinos de Ventidio. Las tuyas están formadas por veteranos de Pompeyo Magno que éste estableció en sus propias tierras, en Piceno. Tus hombres son veteranos y los reclutas que trajeron Hirtio y Pansa o bien son veteranos o bien se han curtido aquí. De modo que has de ser tú el que vaya tras Ventidio.

La mente de Octaviano trabajó a toda velocidad. Sabe que no puedo actuar como general, desea que me propinen esa azotaina. Bien, creo que Salvidieno podría hacerlo, pero no es mi problema. No me atrevo a moverme de aquí. Si lo hago, el Senado me considerará otro joven Pompeyo Magno, engreído y desmesuradamente ambicioso. A menos que me ande con cuidado, me lo quitarán todo, y no me refiero sólo al mando. La vida misma. ¿Cómo lo hago? ¿Cómo le digo que no a Décimo?

-Me niego a lanzar a mi ejército contra Publio Ventidio -resolvió con frialdad.

-¿Por qué? -preguntó estupefacto Décimo con un grito ahogado.

-Porque me lo pide uno de los asesinos de mi padre.

-¡Bromeas! ¡En esto estamos en el mismo bando!

-Nunca estoy en el mismo bando que los asesinos de mi padre.

-¡Pero se ha de detener a Ventidio en Etruria! ¡Si se reúne con Antonio, volveremos a estar en las mismas!

-Si es así, que así sea -sentenció Octaviano.

Suspirando con alivio, miró a Décimo marcharse lleno de indignación. Ahora tenía una excusa perfecta para no moverse. Un asesino le había dicho lo que tenía que hacer y sus tropas le apoyarían en su negativa a seguir la recomendación de Décimo.

No confiaba en absoluto en el Senado. Los hombres que conformaban aquel cuerpo deseaban con fervor un pretexto para declarar *hostis* al heredero de César, y si el heredero de César entraba en Italia, aquello sería un pretexto. Cuando entre en Italia con un ejército, se dijo Octaviano, será para marchar sobre Roma por segunda vez.

Un *nundinum* después recibió la confirmación de que su intuición había sido correcta. Llegó una misiva del Senado en la que se aclamaba Mutina como una gran victoria. Sin embargo, el triunfo recayó sobre Décimo Bruto, que no había tomado parte en la batalla. Además el Senado dio instrucciones a Décimo para que tomara el mando en la guerra contra Antonio y le concedió todas las legiones, incluyendo aquellas que pertenecían a Octaviano, cuya recompensa fue algo mucho menor e ignominiosa: la ovación. Las *fascas* de los cónsules muertos, dijo el Senado, permanecerían de nuevo en el templo de Venus Libitina hasta que se eligieran nuevos cónsules... Aunque no mencionaba ninguna fecha para la elección y Octaviano tenía la impresión de que dicha elección nunca se llevaría a cabo. Para mayor contrariedad de Octaviano, el Senado faltó a su promesa de pagar las bonificaciones de sus tropas. Finalmente se nombró un comité para negociar con los representantes de la legión cara a cara, pasando por encima de sus comandantes, y ni Octaviano ni Décimo iban a formar parte de aquel comité.

-¡Bien, bien, bien! -dijo el heredero de César a Agripa-. Ya sabemos a qué atenernos, ¿no?

-¿Qué piensas hacer, César?

-*Nihil*. Nada. Cruzarme de brazos. Esperar. Y dicho sea de paso -añadió-, no veo por qué tú y otros cuantos no podéis informar con

discreción a los representantes de la legión de que el Senado se ha reservado arbitrariamente el derecho de decidir por sí mismo la cantidad que mis soldados percibirán. Y poned de relieve que los comités senatoriales son escandalosamente mezquinos.

Las legiones de Hirtio habían acampado por su cuenta, mientras que las tres legiones de Pansa estaban acampadas con las tres de Octaviano. Décimo tomó el mando de las legiones de Hirtio a finales de abril y pidió que Octaviano le entregara las suyas y las de Pansa. Octaviano, con educación, pero inflexible, se negó, manteniendo con firmeza que el Senado le había concedido su cargo y que su misiva no era lo bastante específica como para convencerle de que Décimo estuviera autorizado a tomar el mando de sus legiones.

Muy enojado, Décimo envió una orden directa a las seis legiones cuyos representantes le dijeron sin tapujos que pertenecían al joven César y que preferían quedarse con el joven César. Éste pagaba bonificaciones decentes. Además, ¿por qué deberían prestar sus servicios a un hombre que había asesinado al viejo general? Se mantendrían fieles a un César, no querían verse involucrados con un asesino.

De este modo, Décimo se vio obligado a marchar hacia el oeste tras los pasos de Antonio con algunas de sus propias tropas de Mutina y las tres legiones de reclutas itálicos de Hirtio que, curtidos en Mutina, eran por consiguiente los mejores hombres de los que disponía. Aunque ¿qué no daría por tener las seis legiones de Octaviano!

Octaviano se retiró a Bononia y allí acampó con la esperanza de que Décimo encontrara su ruina. Puede que Octaviano no fuera un general, pero sin duda era un estudiante de la política y las luchas por el poder. Sus propias perspectivas eran pocas y desfavorables si Décimo no fracasaba. Octaviano sabía que si Antonio se unía a Ventidio y conseguían atraer a Planco y a Lepido a su bando, lo único que Décimo tenía que hacer era llegar a un acuerdo con Antonio. Una vez conseguido aquello, todos juntos se volverían contra él, Octaviano, para destruirlo. Su única esperanza era que Décimo fuera demasiado orgulloso y demasiado corto de vista para ver que negarse a unirse a Antonio anunciaba su ruina.

Nada más recibir la presuntuosa carta de Cicerón en la que le decía que se preocupara de sus propios asuntos en sus provincias, Marco Emilio Lepido reunió sus legiones y las trasladó a las inmediaciones de la orilla occidental del río Ródano, la frontera de la provincia narbonense. Fuera lo que fuese lo que ocurriera en Roma y en la Galia Cisalpina, su intención era estar en posición de demostrar a los advenedizos como Cicerón que los gobernadores de provincia formaban una parte igual de grande del *tumultus* que cualquier otro. Era el Senado de Cicerón el que había declarado *inimicus* a Marco Antonio, no el Senado de Lepido.

Lucio Munatio Planco en la Galia Trasalpina no estaba muy seguro de a qué Senado servía, pero un estado de *tumultus* en Italia era lo bastante grave como para reunir sus diez legiones al completo y dirigirse hacia el sur a lo largo del Ródano. Cuando alcanzó Arausio, se detuvo en seco; sus exploradores le informaron de que Lepido y su ejército de seis legiones estaban acampados a tan sólo cuarenta millas de allí.

Lepido envió a Planco un mensaje cordial que rezaba: «¡Ven a visitarme!»

Aunque conocía que Antonio había sido derrotado en Mutina, el precavido Planco no sabía nada de Ventidio y de las tres legiones de picentinos que marchaban en auxilio de Antonio, o de la negación de Octaviano a cooperar con Décimo Bruto. De este modo, Planco decidió hacer caso omiso de la cordial tentativa de acercamiento de Lepido. Dio media vuelta y avanzó un poco hacia el norte para ver qué ocurría a continuación.

Entretanto, Antonio se había apresurado a llegar a Dertona y allí tomó la Vía Emilia Escauri hacia la costa del mar toscano de Genua, donde se encontró con Ventidio y las tres legiones picentinas. Entonces dejaron una pista falsa para el perseguidor Décimo Bruto con la intención de hacerle creer que avanzaban por la Via Domitia en dirección a la Galia Trasalpina en vez de dirigirse hacia la costa. La treta surtió efecto. Décimo pasó Placentia y tomó la Via Domitia a través de los Alpes, mucho más al norte de Antonio y Ventidius, quienes siguieron el camino de la costa y se asentaron en el Foro Julio, una de las recientes colonias de veteranos de

César. Lepido, marchando hacia el este desde el río Ródano, llegó a la orilla opuesta del riachuelo del Foro Julio y asentó su ejército con toda tranquilidad. Al verse y encontrarse, las tropas de ambos ejércitos confraternizaron... con ayuda de dos de los legados de Antonio. La Décima legión, que servía con Lepido, era por tradición partidaria de Antonio desde los días en que éste había promovido un motín en Campania. Así que Antonio lo tuvo fácil en el Foro Julio, Lepido aceptó lo inevitable y unió fuerzas con él y con Ventidio.

Por entonces, mayo estaba tocando a su fin e incluso hasta el Foro Julio llegaron los rumores de que Cayo Casio estaba invadiendo Siria. Interesante, pero de poca importancia. Los movimientos de Planco y su ingente ejército en el Ródano eran más preocupantes que Casio en Siria.

Planco había estado acercando poco a poco sus legiones a Antonio, pero cuando sus exploradores le informaron de que Lepido también se encontraba en el Foro julio, a Planco le invadió el pánico y se retiró hasta Cularo, bien al norte de la Via Domitia, y envió un aviso a Décimo Bruto, que todavía estaba allí. Cuando Décimo recibió aquella misiva, se dirigió de inmediato hacia Cularo y se reunió con Planco a principios de junio.

Allí ambos decidieron que juntarían sus ejércitos y que serían fieles al Senado del momento, el de Cicerón. Al fin y al cabo, Décimo tenía el mando completo y Planco era un gobernador legítimo. Cuando luego se enteró de que Lepido también había sido declarado *inimicus* por el Senado de Cicerón, Planco se felicitó por haber escogido con acierto.

El problema era que Décimo había cambiado sobremanera, había perdido su antiguo brío, aquella asombrosa capacidad militar que había demostrado con tanta contundencia durante la guerra de César contra los galos. Se negó a abandonar las inmediaciones de Cularo, alegando estar preocupado por la inexperiencia de la mayoría de sus tropas, e insistió en que no debían hacer nada para provocar una confrontación con Antonio. Sus catorce legiones no eran suficientes..., ¡distaban mucho de ser suficientes!

De modo que todo el mundo se limitó a esperar, los dos bandos estaban poco seguros del éxito si acababa por estallar una batalla campal. No era

una contienda ideológica bien definida entre dos facciones cuyos soldados creyeran fervorosamente en la causa por la que luchaban, y no había héroes en ninguna parte.

A principios de *sextilis*, la balanza se inclinó a favor de Antonio. Polio y sus dos legiones llegaron de la Hispania Ulterior para unirse a él y a Lepido. ¿Por qué no?, se preguntó Polio, sonriendo. Nada interesante ocurría en su provincia desde que el Senado de Cicerón concedió el mando del Mare Nostrum a Sexto Pompeyo... ¡Qué estupidez!

-Francamente -dijo Polio, sacudiendo la cabeza con desesperanza-, van de mal en peor. Cualquiera con un mínimo de sentido común se daría cuenta de que lo único que Sexto Pompeyo está haciendo es reunir fuerzas para chantajear a Roma con el abastecimiento de grano. Además, ha hecho que la vida sea sumamente aburrida para un historiador como yo. Tendré más tema sobre el que escribir si estoy contigo, Antonio. -Miró alrededor, extasiado-. ¡Escoges buenos campamentos! El pescado y la temperatura del agua son magníficos, los Alpes marítimos son un estupendo telón de fondo... ¡Mucho más bonito que Corduba!

Si la vida sonreía a Polio, no hacía otro tanto con Planco. Para empezar, él tenía que soportar las eternas quejas de Décimo Bruto. Y además, cuando al indiferente Décimo no le apetecía, recaía sobre él la tarea de escribir al Senado tratando de explicar por qué Décimo y él no se habían lanzado contra Antonio y su colega *inimicus* Lepido. Tenía que dirigir todos los tiros contra Octaviano, culparlo por no haber detenido a Ventidius y condenarlo por negarse a entregar sus tropas.

Nada más llegar Polio, los dos *inimici* propusieron a Planco que se uniera a ellos. Abandonando a Décimo Bruto a su suerte, Planco aceptó con alivio. Marchó hacia el Foro Julio y su ambiente festivo, sin reparar, a medida que descendía las laderas orientales del valle del Ródano, en que todo estaba anormalmente seco, que los cultivos de aquella región fértil no producían espigas.

El pánico sobrecogedor y la depresión que había experimentado tras la muerte de César volvían a atormentar de nuevo a Décimo Bruto; después de que Planco lo abandonara, alzó las manos al cielo y renunció a sus deberes

militares y a su *imperium*. Tras dejar a sus desconcertadas legiones en Cularo, él y un pequeño grupo de amigos emprendieron la marcha por tierra para unirse a Marco Bruto en Macedonia. No era un empeño imposible, pues Décimo hablaba varias lenguas galas con fluidez y no preveía problemas durante el camino. Estaban en pleno verano, todos los pasos alpinos estaban abiertos y cuanto más al este viajaban, más bajas eran las montañas y más transitables.

Las cosas le fueron bien hasta que entró en las tierras de los *brenni*, quienes poblaban las alturas más allá del paso hacia la Galia Cisalpina que llevaba su nombre, Brenni. Allí la partida fue hecha prisionera por los *brenni* y fueron conducidos ante su jefe, Camilo. Convencido de que todos los galos detestarían a César, su conquistador, y con la intención de impresionar a Camilo, uno de los amigos de Décimo le dijo al jefe que aquél era Décimo Bruto, el que había asesinado al gran César. El problema era que César había pasado a formar parte junto con Vercingetorix, del folclore de los galos, y era idolatrado como un supremo héroe marcial.

Camilo estaba al tanto de todo lo que ocurría, de modo que envió una misiva a Antonio al Foro julio en la que le informaba de que tenía a Décimo Junio Bruto cautivo. ¿Qué era lo que el gran Marco Antonio deseaba que hiciera con él?

«Mátalo» fue la seca respuesta de Antonio, acompañada de una abultada bolsa llena de monedas de oro.

Los *brenni* mataron a Décimo Bruto y enviaron su cabeza a Antonio como prueba de que se habían ganado el dinero.

Capítulo 3

El último día de junio, el Senado declaró a Marco Emilio Lepido *inimicus* por unirse a Antonio y confiscó sus propiedades. El hecho de que fuera el *pontifex maximus* generó algo de confusión, puesto que el sacerdote supremo de Roma no podía ser despojado de su alto sacerdocio ni el Senado podía negarle el gran emolumento que recibía del Erario cada año. Si le hubieran declarado *hostis* no habría habido problema; pero siendo *inimicus*, sí. Aunque Bruto, cuando escribía desde Macedonia, se lamentaba de la situación de indigencia de su hermana Junila, la verdad era que ella continuaba viviendo con todas las comodidades en la Domus Publica, y que podía utilizar cualquier villa que le apeteciera entre Antium y Surrentum. Nadie se apropió de las joyas, el vestuario o los sirvientes de Junila, ni Vatia Isaurico, casado con su hermana mayor, habría aprobado ninguna medida fiscal por parte del Estado que afectara a su bienestar. Lo único que Bruto estaba haciendo era jugar a la política al modo tradicional, algunos asnos le creerían y llorarían.

Los Libertadores que quedaban en Roma iban siendo cada vez menos numerosos. Lucio Minucio Basilo, tan aficionado a torturar a sus esclavos, acabó torturado y asesinado cuando sus esclavos se alzaron en masa contra él. Su muerte no se consideró una pérdida, especialmente entre los Libertadores que quedaban, desde los hermanos Cecilio hasta los hermanos Casca. Seguían asistiendo al Senado, aunque en privado se preguntaban durante cuánto tiempo podrían hacerlo. César Octaviano los acechaba mediante sus agentes. Roma parecía plagada de ellos y lo único que hacían era preguntar a la gente por qué los Libertadores seguían sin castigo.

De hecho, Antonio, Lepido, Ventidio, Planco, Polio y sus veintitrés legiones preocupaban a los de Roma mucho menos de lo que les preocupaba Octaviano. El Foro Julio parecía encontrarse lejísimos

comparado con Bononia, que se hallaba justo en el cruce de la Via Emilia y la Va Annia, dos caminos que conducían a Roma. Incluso Bruto, en Macedonia, consideraba a Octaviano una amenaza aún mayor para la paz que Marco Antonio.

El objeto de toda aquella preocupación descansaba plácidamente en Bononia y no hacía ni decía nada. El resultado fue que acabó envuelto en misterio: nadie podía decir con certeza qué se traía entre manos César Octaviano. Los rumores decían que deseaba el consulado -que seguía vacante-, pero cuando se les preguntaba a Filipo, su padrastro, y a Marcelo el joven, su cuñado, éstos no soltaban prenda.

Por entonces la gente sabía que Dolabela estaba muerto y que Casio gobernaba Siria, pero, como el Foro Julio, Siria estaba a una distancia enorme comparada con Octaviano en Bononia.

Entonces, para horror de Cicerón (aunque en secreto acariciaba la idea), se levantó un nuevo rumor: que Octaviano quería ser el cónsul subalterno con Cicerón como cónsul superior. El hombre joven sentado a los pies del hombre sabio, venerable y mayor, para aprender sus artimañas. Romántico. Delicioso. Sin embargo, todavía exhausto por la larga serie de discursos contra Marco Antonio, Cicerón conservaba suficiente sentido común como para intuir que la imagen que sus palabras evocaban era totalmente falsa. No se podía confiar en Octaviano en lo más mínimo.

Hacia finales de julio, cuatrocientos centuriones y veteranos llegaron a Roma y solicitaron audiencia con el Senado al completo; traían consigo un mandato del ejército y propuestas de Cayo Julio César *Filius*. Para ellos, las bonificaciones prometidas. Para César *Filius*, el consulado. El Senado se negó en rotundo a una cosa y la otra.

El último día del mes rebautizado en honor a su padre adoptivo, Octaviano cruzó el Rubicón en dirección a Italia con ocho legiones y luego continuó su camino con dos legiones de tropas cuidadosamente seleccionadas. El pánico cundió en el Senado, el cual envió una delegación para rogar a Octaviano que detuviera su marcha. Se le permitiría optar al consulado sin necesidad de presentarse en la ciudad, así que no había ninguna razón para que continuase.

Mientras tanto, dos legiones de veteranos de la provincia de África llegaron a Ostia. El Senado se hizo con ellas de inmediato y las colocó en la fortaleza del Janículo desde donde podían contemplar los jardines de César y el palacio desocupado de Cleopatra. Los caballeros de la Primera Clase y los miembros del escalafón más alto de la Segunda Clase se revistieron de sus corazas y una milicia de jóvenes caballeros fue reclutada para que se encargara de las Murallas Servias.

Todo aquello no fue más que aferrarse a un clavo ardiendo; quienes supuestamente estaban al mando no sabían qué hacer y aquellos con un estatus inferior al de la Segunda Clase se dedicaron con tranquilidad a sus propios asuntos. Cuando los poderosos cayeran, sería la sangre de éstos la que se derramaría. La única ocasión en la que el pueblo llano sufría era cuando se sublevaba y ni siquiera los más humildes tenían intención de hacerlo. Se seguían emitiendo los subsidios de cereales, el comercio continuaba con su actividad habitual, por lo tanto los puestos de trabajo estaban asegurados, al mes siguiente vendrían los *ludi Romani* y nadie en su sano juicio se atrevería a entrar en el Foro Romano, que era donde por lo general se derramaba la sangre de los poderosos.

Los poderosos siguieron aferrándose a un clavo ardiendo. Cuando se extendió el rumor de que dos de las legiones originales de Octaviano, la Martia y la Cuarta, estaban a punto de abandonarlo y ayudar a la ciudad, se produjo un enorme suspiro de alivio... que se convirtió en un grito de desesperación cuando se descubrió que el rumor era infundado.

El decimoséptimo día de *sextilis*, el heredero de César entró en Roma sin encontrar oposición. Las tropas apostadas en la fortaleza del Janículo retiraron sus espadas y pilla y se pasaron a las filas del invasor entre vítores y flores. La única sangre que se derramó fue la del pretor urbano, Marco Cecilio Cornuto, quien se dio muerte con su propia espada cuando Octaviano entró en el Foro. El pueblo llano lo aclamó con júbilo exultante, pero del Senado no hubo señal alguna. Con mucha corrección, Octaviano se retiró junto con sus hombres al Campo de Marte, donde recibiría a todo aquel que solicitara verle.

Al día siguiente, el Senado capituló, preguntó con humildad si César Octaviano se presentaría como candidato a las elecciones cónsules que iban a tener lugar de inmediato. Como segundo candidato, los senadores propusieron con timidez al sobrino de César, Quinto Pedio. Octaviano se dignó aceptar y fue elegido cónsul superior con Quinto Pedio como su inferior.

El decimonoveno día de *sextilis*, cuando aún le faltaba más de un mes para cumplir veinte años, Octaviano ofrendó su propiciatorio toro blanco en el Capitolio y fue investido. Doce buitres volaron en círculo por encima de su cabeza, un augurio tan profético e impresionante como no se había visto en Roma desde los tiempos de Rómulo. Aunque su madre y su hermana estaban excluidas de aquella reunión de hombres, Octaviano contó encantado los rostros presentes, desde su escéptico padrastro hasta los consternados, senadores. Lo que el perplejo Quinto Pedio pensara, su joven primo lo ignoraba... O no le importaba.

Aquel César había llegado al escenario del mundo y no lo iba a dejar a destiempo.

XI

EL SINDICATO

Desde sextilis (agosto) hasta diciembre del 43
a.C.

Capítulo 1

A Marco Vipsanio Agripa le había tocado en suerte el papel del seguidor más leal, un papel que continuó desempeñando con mucho gusto. Agripa no sentía las punzadas de la envidia ni la ambición de ser el primero; sus sentimientos por Octaviano seguían siendo de amor absoluto, total admiración, tierna protección. Puede que otros condenasen a Octaviano, lo odiasen o lo ridiculizasen, pero sólo Agripa comprendía exactamente quién y qué era Octaviano, no tenía peor opinión de él por las excentricidades de su carácter. Si el intelecto de César lo había elevado al éter, Agripa consideraba que la mentalidad de Octaviano, completamente diferente, le permitía descender hasta el averno. No se le escapaba ningún defecto humano, no pasaba por alto ninguna debilidad, no dejaba ningún comentario fortuito sin sopesar. Sus instintos eran de reptil, en el sentido de que permanecía inmóvil mientras que otros cometían el error de moverse. Cuando él actuaba, lo hacía tan deprisa que era como un torbellino o, por el contrario, tan despacio que parecía una ilusión.

Agripa interpretaba que su trabajo era asegurarse de que Octaviano sobreviviera para alcanzar el gran destino que él percibía como su derecho, como el resultado natural de quién y qué era. Y para Agripa, la mayor recompensa era ser el mejor amigo de Octaviano, aquel en quien éste confiaba. No hacía nada para evitar que su ídolo fijara la atención en hombres como Salvidieno y Mecenas, ni en otros como Cayo Estatilio Tauro, que se elevaban al rango de amigo íntimo; no tenía necesidad, puesto que la intuición del propio Octaviano los mantenía lejos de sus pensamientos y sus deseos más íntimos. Ésos los reservaba para el oído de Agripa y de nadie más.

-Lo primero que debo hacer -dijo Octaviano a Agripa- es conseguir que tú, Mecenas, Salvidieno, Lucio Cornificio y Tauro entréis en el Senado. No

hay tiempo para elecciones a cuestor, de modo que tendrá que ser por designación. Filipo puede encargarse de eso. Después organizamos un tribunal especial para enjuiciar a los asesinos. Tú acusarás a Casio, Lucio Cornificio acusará a Marco Bruto. Uno de mis amigos para cada asesino. Naturalmente, espero que todos los jurados emitan un veredicto de CONDEMNO. Si algún jurado votase ABSOLVO, quiero conocer su nombre. Para referencias futuras, como comprenderás. Siempre va bien saber qué hombres son fieles a sus convicciones. -Se rió-. O a sus exoneraciones.

-¿Legislarás el tribunal en persona? -preguntó Agripa.

-Oh, no, eso no sería sensato. Quinto Pedio puede hacerlo.

-Parece -añadió Agripa con expresión ceñuda- que tu intención es que todo eso suceda pronto, pero ya va siendo hora de que yo regrese a cierto lugar a por otro cargamento de tablas.

-Basta de madera por el momento, Agripa. El Senado estuvo de acuerdo en pagar a cada uno de mis primeros legionarios veinte mil en bonificaciones, por lo tanto el dinero saldrá del Erario.

-Pensaba que el Erario estaba vacío, César.

-No del todo. Pero no es mi intención saquearlo. Por tradición, el oro nunca se toca. No obstante, los informes de los ediles plebeyos son alarmantes -dijo Octaviano, revelando que no pensaba malgastar el tiempo entrando en materia; era un cónsul que tenía la intención de ser práctico-. La cosecha del año pasado fue pobre, pero la de este año ha sido desastrosa. No sólo en nuestras provincias de cereales, sino desde el mar occidental hasta el mar oriental. El Nilo no se está inundando, el Éufrates y el Tigris fluyen con poco caudal y no ha habido lluvias primaverales en ningún sitio. Una sequía colosal. Por eso estoy bastante mal del asma.

-Estás mejor que antes -repuso Agripa para tranquilizarlo-. Quizás estás superándola con la edad.

-Eso espero. Detesto tener que aparecer en la Cámara con la cara amoratada y resollando, pero debo hacer acto de presencia. Aunque sí me parece que esos ataques extremos son menos frecuentes.

-Le haré una ofrenda a Salus.

-Eso hago yo, cada día.

-¿La cosecha? -apuntó Agripa, tomando nota del mensaje: también él debía hacerle una ofrenda a Salus cada día.

-Parece que, literalmente, no tendremos ninguna. El poco cereal que se recoja alcanzará unos precios astronómicos, o sea que Quinto Pedio tendrá que aprobar por ley unas medidas de emergencia para prohibir que se venda cereal a comerciantes privados antes que al Estado. Por eso no puedo saquear el Erario. No forma parte de mi estrategia arruinar el negocio, pero el cereal tendrá que ser un caso especial. A pesar de las colonias creadas por mi padre para los pobres urbanos, todavía hay emitidos ciento cincuenta mil bonos de cereal gratuito, y eso debe continuar. Cicerón y Marco Bruto no estarían de acuerdo conmigo, pero yo valoro la estima del censo por cabezas. Ese extracto le da a Roma la mayoría de sus soldados.

-¿Por qué no pagas las bonificaciones de la legión en madera, César?

-Porque se trata de una cuestión de principios -dijo Octaviano en un tono que no admitía discusión-. O bien gobierno al Senado, o bien el Senado me gobierna a mí. Si fuese un organismo de hombres sabios, estaría agradecido de recibir su consejo, pero el Senado está compuesto de facciones y fricciones.

-¿Has pensado abolirlo? -preguntó Agripa, fascinado.

Octaviano pareció sinceramente asombrado.

-¡No, jamás! Lo que debo hacer es reeducarlo, Agripa, si bien no es eso algo que se consiga en un solo día... ni en un solo consulado. La correcta función del Senado es la de recomendar leyes decentes y dejar el gobierno ejecutivo a los magistrados electos.

-Entonces, ¿qué ocurrirá con los carros de madera?

-Se quedarán donde están. Las cosas van a empeorar mucho antes de que-empiecen a mejorar, y yo quiero tener una reserva de dinero para hacer frente a situaciones mucho más desalentadoras que una sequía y peores que Marco Antonio. Mañana a estas horas me convertiré en Hijo de César ante la ley, se aprobará la *lex curiata*. Eso significa que obtendré la fortuna de César, menos lo que donó al pueblo, que pagaré de inmediato. Sin embargo, no pretendo despilfarrar lo que reciba de mi padre, ya sea en madera o en

inversiones. Por el momento tengo Roma para mí, pero ¿crees que no me doy cuenta de que eso habrá de terminar? El capital del Erario tendrá que pagarlo todo mientras existan vagos como Antonio. -Se despidió con satisfacción, sonriendo con la sonrisa de César, sólo para los ojos de Agripa-. Quisiera tener la *Domus Publica* como despacho. Mi casa es demasiado pequeña.

Agripa sonrió.

-Cómprate una más grande, César. O celebra unas elecciones como es debido y haz que te nombren *pontifex maximus*.

-No, Lepido puede seguir siendo el *pontifex maximus*. Me apetece vivir en una casa más grande, no en la *Domus Publica*. A diferencia de mi padre, no tengo ningún deseo de perturbar las aguas de la balsa de Roma. Él se deleitó en el esplendor porque así cuadraba con su naturaleza. Disfrutaba de la notoriedad. Yo no -dijo Octaviano.

-Pero -objetó Agripa, todavía atormentado por la idea de las bonificaciones de los legionarios- tienes que pagar a las legiones más de trescientos millones. Eso son doce mil talentos de plata. No veo cómo vas a hacerlo, César, sin echar mano de la madera.

-No tengo intención de pagarlo todo -dijo Octaviano con indiferencia-. Sólo la mitad. El resto se lo deberé.

-¡Cambiarán de bando!

-No después de que hable con ellos y les explique que el pago fraccionado en varios plazos les garantiza unos ingresos futuros. En especial con un interés pagadero del diez por ciento. No te inquietes tanto, Agripa, sé lo que me hago. Hablaré con ellos, los convenceré y, además, mantendré su lealtad.

Agripa, sobrecogido, pensó que lo lograría. ¡Qué gran plutócrata sería! Ático tendría que cuidar de sus laureles.

Dos días después, Filipo celebró una cena familiar en honor de los nuevos cónsules, amedrentado ante la perspectiva de tener que informarles de que su hijo menor, Quinto, estaba intentando bienquistarse con Cayo Casio en Siria. ¡Ay, qué no daría por una vida dedicada a los placeres de la mesa, de los libros, de una esposa hermosa y cultivada! En lugar de eso, lo

habían cargado con un joven arribista que parecía no tener freno. Recordó con vaguedad que eso era lo que la madre de César, Aurelia, siempre había dicho de su César: que no tenía freno. Como tampoco no lo tenía esa segunda edición. ¡Qué niño más encantador, inofensivo, tranquilo y enfermizo había sido! Y ahora era él, Filipo, el que estaba enfermo. Ese largo viaje diplomático a la Galia Cisalpina durante lo más crudo del invierno no sólo había matado a Servio Sulpicio, también amenazaba con matarlos a él y a Lucio Piso. La dolencia de Piso era pulmonar, la de él era la putrefacción de los dedos de los pies. La congelación que había sufrido se había convertido en algo tan desagradable que los médicos sacudían la cabeza de un lado a otro y los cirujanos recomendaban la amputación, lo cual Filipo había rechazado con horror. De manera que el Filipo que recibía a sus invitados calzaba unas zapatillas que cubrían los calcetines llenos de hierbas de dulces aromas para disimular el hedor de sus dedos ennegrecidos.

Los hombres sobrepasaban en número a las mujeres, porque tres de ellos eran solteros: su hijo mayor, Lucio, que rechazaba con obstinación a todas las novias que le proponía Filipo; Octaviano; y Marco Agripa, a quien Octaviano había insistido en llevar al banquete. Cuando Filipo vio por primera vez al desconocido Agripa, se quedó sin habla. ¡Tan bello, pero al tiempo tan hombre! Era casi tan alto como lo había sido César, sus hombros eran como los de Antonio, y tenía un porte militar que le confería una prestancia enorme. ¡Oh, Octaviano -exclamó Filipo para sí-, este joven te lo quitará todo! No obstante, cuando la cena hubo concluido ya había cambiado de opinión. Agripa pertenecía por completo a Octaviano. No es que Filipo pudiera acusarlo de falta de castidad ni de indecencia; no se tocaron una sola vez, ni siquiera al caminar juntos, y no se lanzaron ninguna mirada mimosa ni lánguida. Fuera lo que fuese lo que ese líder de hombres veía en Octaviano, invalidaba por completo sus propias ambiciones. Mi hijastro está reuniendo un grupo de partidarios entre hombres de su misma edad, y con más astucia que César, que siempre permaneció distante y no se permitió anudar amistades íntimas con hombres. Bueno, eso se debía a aquel viejo bulo sobre el rey Nicomedes, desde luego, pero si César hubiese

tenido a su lado a Agripa, nadie habría podido asesinarlo. Mi hijastro es muy diferente. A él no le importan los bulos, le rebotan como piedras lanzadas a un hipopótamo.

La cena fue una delicia para Octaviano, porque a ella asistía su hermana. Entre todas las personas de su vida, incluida su madre, Octavia era, con diferencia, a la que más quería. ¡Cuánto había embellecido aquella niña! Su cautivadora hermosura deslucía la de Atia, pese a que su nariz no era tan perfecta, ni sus pómulos tan marcados. Todo residía en sus ojos, los ojos más maravillosos que cualquier mujer hubiese tenido jamás, muy separados, muy abiertos, del color del aguamarina, tan reveladores como impenetrables eran los de su hermano. La naturaleza de Octavia estaba hecha por entero de amor y compasión, y eso se leía en sus ojos. En cuanto aparecía en el Porticus Margaritaria para comprar, todo el mundo se quedaba prendado de ella sólo con verla. Mi padre tenía a su hija, Julia, como vía de acceso a la gente corriente; yo tengo a Octavia. La cuidaré y la protegeré todos los días de mi vida como si fuera mi espíritu protector.

Las tres mujeres se mostraban muy animadas, Atia porque su querido hijo estaba demostrando ser todo un prodigio ¿Por qué ella nunca lo había sospechado? Después de casi veinte años de preocuparse hasta la extenuación por ese chico a quien había creído demasiado frágil para aferrarse a la vida, estaba empezando a descubrir que su pequeño Cayo era una fuerza enorme a tener en cuenta. A pesar de todos sus resuellos, Atia comprobaba con asombro que probablemente sobreviviría a todo el mundo, incluso al espléndido Marco Agripa.

Octavia estaba muy animada porque su hermano estaba allí; el afecto que él sentía por ella era del todo correspondido. Era tres años mayor que él, y contaba con una salud de hierro; él siempre había sido una especie de muñequito adorable que la seguía a todas partes mirándola con una sonrisa deslumbrante, la mareaba con preguntas, buscaba refugio en ella cuando su madre, angustiada, le prodigaba sus desvelos de un modo insoportable. Octavia siempre había visto lo que Roma y su familia sólo empezaban a ver ahora: la fuerza de Octaviano, su determinación, su inteligencia, su sensación indeleble de ser especial. Suponía que todo eso era la herencia

julia de su hermano, pero también comprendía que éste poseía un lado práctico, frugal, realista, que procedía de la estirpe impecablemente latina de su progenitor. ¡Cuán sereno es! Mi hermano gobernará el mundo.

Valeria Mesala estaba muy animada porque de pronto su vida había tomado un nuevo rumbo. Era hermana de Mesala Rufo, el augur, y hacía treinta años que estaba casada con Quinto Pedio, a quien había dado dos hijos y una hija; uno ya era mayor, el más joven estaba en edad *contubernalis*, y la chica tenía dieciséis años. El rasgo más bello de Valeria era su mata de cabello pelirrojo, si bien sus pantanosos ojos verdes también llamaban la atención. El matrimonio entre ella y Quinto Pedio había formado parte de la red de conexiones políticas de César. Ella era patricia, de familia por tanto mucho mejor que los Pedios de Campania, aunque no de los Julios, y Valeria había descubierto que ella y Quinto hacían muy buena pareja. Si algo había inquietado a Valeria Mesala, era la absoluta lealtad de su marido hacia César, que no lo había ascendido tan deprisa como ella creía conveniente. Ahora que ya Quinto Pedio era cónsul inferior, ese deseo suyo se había visto cumplido. Sus hijos descendían de un linaje consular por ambas partes, y su hija, Pedía Mesalina, contraería un matrimonio de veras esplendoroso.

Ajenas a la conversación masculina, las mujeres charlaban sobre niños. Octavia había dado a luz a una niña, Claudia Marcela, el año anterior, y volvía a estar embarazada. Esta vez esperaba que fuera un varón.

Su marido, Cayo Claudio Marcelo el joven, se encontraba en una curiosa posición para alguien cuya familia se había opuesto a César con tanto empeñamiento y persistencia. Había salvado su futuro -y había conservado su enorme fortuna- casándose con Octavia, a quien amaba con locura, porque eso no se podía evitar. Sin embargo, ¿quién habría soñado jamás que el hermano pequeño de su mujer sería cónsul superior a los diecinueve años? ¿Y adónde llevaba todo eso? Seguramente, pensó, a unas alturas vertiginosas. Octaviano irradiaba éxito, aunque no al estilo ampuloso de su tío abuelo.

-¿Creéis que es el momento adecuado para enjuiciar a los Libertadores?
-preguntó Marcelo el joven a Octaviano y a Pedio. Notó la mirada de

enfado en los ojos de Octaviano cuando empleó ese nombre detestado, y se corrigió con premura-. Quiero decir los asesinos, claro. En Roma, la mayoría utiliza "Libertador" como recurso irónico, no con sinceridad. Pero, para seguir con lo que iba diciendo, César Octaviano, tienes que vértelas con Marco Antonio y los gobernadores occidentales, de modo que ¿es el momento adecuado para los juicios, que son tan interminables?

-Y, por lo que he oído -dijo Filipo, acudiendo en ayuda de Marcelo el Joven-, Vatinio no va a enfrentarse a Marco Bruto en Ilírico, sino que regresa a casa. Eso fortalece la posición de Bruto. Luego está Casio en Siria, otra amenaza para la paz. ¿Por qué enjuiciar a los asesinos y exacerbar la situación? Si Bruto y Casio son juzgados y declarados culpables, serán proscritos y no podrán regresar a casa. Eso puede tentarlos a declarar una guerra, y Roma no necesita otra guerra en estos momentos. Antonio y los gobernadores occidentales ya son guerra suficiente.

Quinto Pedio escuchaba, pero no tenía ninguna intención de responder. Era un hombre muy desgraciado, estaba permanentemente envuelto en los asuntos de los Julios, cosa que detestaba. Había heredado el modo de ser de su padre, un hacendado, pero su destino lo había heredado de su madre, la hermana mayor de César. Todo cuanto quería era una vida tranquila en sus extensas propiedades de Campania, no el consulado. En ese instante su mirada recayó sobre su esposa, tan pletórica, y suspiró. Los patricios siempre serán patricios, reflexionó con ironía. A Valeria le encanta ser la esposa del cónsul, no habla más que de celebrar la Bona Dea.

-Los asesinos deben ser enjuiciados -estaba diciendo Octaviano-. El escándalo reside en el hecho de que no fueron juzgados el día después de haber cometido el acto. De haber sido así, la situación presente no se habría producido nunca. Cicerón y el Senado son responsables de haber legalizado la posición de Bruto, lo cual repercute en la de Casio, pero fueron Antonio y su Senado quienes no los juzgaron.

-Que es lo que yo decía -terció Marcelo el joven-. Al no enjuiciarlos inmediatamente después, de hecho les concedieron la amnistía. ¿Comprenderá la gente que se los juzgue ahora?

-No me importa que no lo entiendan, Marcelo. El Senado y la Asamblea del Pueblo deben saber que un grupo de nobles no puede excusar el asesinato de otro noble con un cargo público por motivos patrióticos. Un asesinato es un asesinato. Si los asesinos tuvieron razones para creer que mi padre intentaba proclamarse rey de Roma, deberían haberlo enjuiciado ante un tribunal -dijo Octaviano.

-¿Cómo podrían haber hecho eso? -preguntó Marcelo-. César era *dictator perpetuus*, estaba por encima de la ley, era inviolable.

-No tenían más que despojarlo de su dictadura, a fin de cuentas la obtuvo por votación. Sin embargo, ni siquiera intentaron hacerlo. Los asesinos votaron a favor del *dictator perpetuus*.

-Le tenían miedo -dijo Pedio. También él lo había tenido.

-¡Qué disparate! ¿Miedo de qué? ¿Cuándo se cobró mi padre una vida romana más que en la batalla? Su política era la de la clemencia; un error, pero no obstante una realidad. Pedio, él había perdonado a la mayoría de sus asesinos, ¡a algunos incluso dos veces!

-Aun así, le tenían miedo -dijo Marcelo.

El joven y bello rostro se endureció, adoptó la expresión de un verdugo frío y curtido.

-¡Tienen más motivos para tenerme miedo a mí! No descansaré hasta que el último de los asesinos esté muerto, su reputación destrozada, sus propiedades confiscadas y sus mujeres y sus hijos abocados a la indigencia.

Se hizo un extraño silencio entre los comensales. Filipo lo rompió.

-Cada vez son menos los que quedan por enjuiciar -dijo-. Cayo Trebonio, Aquila, Décimo Bruto, Basilo...

-Pero ¿por qué hay que enjuiciar a Sexto Pompeyo? -le interrumpió Marcelo-. Él no fue un asesino, y ahora es oficialmente el procónsul de los mares de Roma.

-Su categoría proconsular está a punto de terminar, como bien sabes. Tengo una docena de testigos que declararán que sus barcos asaltaron la flota de cereales hace dos *nundinae*.-Eso lo convierte en un traidor. Además, es el hijo de Pompeyo Magno -dijo Octaviano con rotundidad-. Me desharé de todos los enemigos de César.

Sus oyentes sabían que el César al que se refería era él mismo.

Los juicios de los Libertadores tuvieron lugar el primer mes del consulado de Cayo Julio César Octaviano y Quinto Pedio; aunque se celebraron veintitrés vistas por separado (los muertos también fueron enjuiciados), todo el proceso hubo concluido en un solo *nundinum*. Los jurados condenaron por unanimidad a cada uno de los Libertadores, que fueron declarados *nefas*. Todas sus propiedades fueron confiscadas por el Estado. Los Libertadores que todavía estaban en Roma, como el tribuno de la plebe Cayo Servilio Casca, huyeron, pero la persecución fue lenta. De pronto Servilia y Tertula se habían quedado sin hogar, aunque no por mucho tiempo. Siempre habían invertido su fortuna privada por medio de Ático, que le compró a Servilia una casa nueva en el Palatino, y todos le atribuyeron un grande e inmerecido mérito por prestar apoyo a las dos mujeres.

Cuando la acusación subsidiaria condenó a Sexto Pompeyo por traición, uno de los treinta y tres jurados entregó una losa marcada con una A, de ABSOLVO; los demás escribieron C, de CONDEMNO, con obediencia.

-¿Por qué has hecho eso? -le preguntó Agripa al disidente, un caballero.

-Porque Sexto Pompeyo no es un traidor -fue la respuesta.

Octaviano tomó nota de su nombre, bastante satisfecho por la magnitud de la fortuna de aquel hombre. Aguardaría.

Los legados fueron distribuidos entre el pueblo, y los parques y los jardines de César abrieron sus puertas; a los romanos de todas las condiciones les encantaba pasear y sentarse a comer algo en lugares verdes y bien cuidados. Octaviano se alegró de arrendar el palacio de Cleopatra a ambiciosos miembros de la Primera Clase deseosos de ofrecer espléndidos banquetes a sus clientes. Sus nombres también acabaron en su archivo de «Datos de Interés».

Se aseguró de que dos íntimos suyos fueran escogidos como tribunos de la plebe: Marco Agripa y Lucio Cornificio, puesto que la huida de Casca había dejado dos vacantes en el Colegio. Publio Titio, que ya era tribuno de la plebe y estaba ansioso por destacar junto a Octaviano, salvó la vida de éste cuando un pretor extranjero, Quinto Galo, intentó asesinarlo. Galo fue

destituido de su cargo, el Senado se vio empujado a condenarlo a muerte sin juicio, y al pueblo de a pie se le permitió saquear su casa. Pequeñas oleadas de conmoción se extendieron entre la Primera Clase, que empezó a preguntarse entonces si Octaviano era mejor que Antonio.

Fiel a su palabra, el nuevo cónsul superior tomó dinero suficiente del Erario para pagar diez mil sestercios a cada una de sus tres legiones originarias. Los representantes de los militares habían aceptado sin objeción alguna su propuesta de que la otra mitad esperase y acumulase intereses como garantía de ingresos futuros. No obstante, con los extras de los centuriones, eso sumaba menos de cuatro mil talentos, y él se hizo con seis mil -a más no se atrevió, con los precios del grano aumentando por momentos-, y repartió el resto entre sus últimas tres legiones. También reclutó a sesenta humildes soldados rasos de cada legión para que trabajaran como sus agentes privados, un hombre por centuria; su trabajo sería hacer correr la voz de la generosidad y la constancia de César e informar también de cualquier alborotador. Les ordenó que hablaran del ejército como de una carrera a largo plazo que sin duda convertiría a un soldado en un hombre relativamente acomodado al final de quince o veinte años de servicio. La generosidad estaba bien, pero un empleo seguro, regular y bien pagado era mejor, ése era el mensaje de Octaviano. Sé leal a Roma y a César, y Roma y César siempre cuidarán de ti, incluso cuando no haya ninguna guerra que luchar. Las tareas de guarnición permitían la vida familiar en el puesto. ¡El ejército era una carrera más que atractiva! Así, incluso en esa etapa muy temprana, Octaviano comenzó a preparar a los legionarios para la idea de un ejército permanente.

El vigesimotercer día de septiembre, que era el de su vigésimo cumpleaños, Octaviano marchó con once legiones hacia el norte para enfrentarse con Marco Antonio y los gobernadores occidentales.

Con él se llevó al tribuno de la plebe Lucio Cornificio -un acto extraordinario- para que cuidara de los intereses de sus tropas, todos plebeyos, según explicó. En Roma dejó a Pedio para que gobernara, y a sus otros dos tribunos de la plebe, Agripa y Titio, para forzar la aprobación de las leyes de Pedio en la Asamblea de la Plebe. Su ayudante menos visible,

Cayo Mecenas, se quedó en Roma encargado de un asunto menos evidente, sobre todo ocupado en reclutar a hombres innovadores de las clases más bajas.

A Agripa no le había gustado abandonar a Octaviano.

-Tendrás problemas si no voy contigo -le advirtió.

-Me las arreglaré, Agripa. Te necesito en Roma para que adquieras experiencia en asuntos no bélicos y aprendas acerca de la legislación. Créeme, en esta campaña no corro ningún peligro. -Pero te llevas a un tribuno de la plebe -objetó Agripa.

-Pero no a uno conocido por ser mi más leal seguidor -repuso Octaviano.

La marcha fue bastante pausada y terminó en Bononia, donde Octaviano montó el campamento y ordenó que vinieran de Mutina las seis legiones de reclutas primerizos, aquellas que Décimo Bruto había estimado tan indefensas que las había dejado atrás al perseguir a Antonio hacia el oeste. Salvidieno se había quedado, encargado de entrenar y formar a fondo a todos los reclutas, mientras el ejército aguardaba a que Marco Antonio lo encontrase.

Octaviano no tenía intención de luchar contra Antonio cuando éste llegara, y había urdido un plan que creía con bastantes más probabilidades de éxito, si lograba persuadir de ello a los suyos. Lo que sabía era que de él dependía unir todas las facciones de la vieja alianza de César durante la guerra civil; si no lo conseguía, Roma quedaría en manos de Bruto y Casio, que ya controlaban todas las provincias al este del Adriático. Una situación a la que había que poner fin, pero era imposible terminar con ella a menos que todos los partidarios de César se unieran.

A principios de octubre, Marco Antonio salió de su campamento del Foro Julio con diecisiete legiones y dejó allí a seis, con Lucio Vario Cotila para guarnecer el oeste. Después de un verano idílico, los hombres estaban en forma, bien descansados y deseosos de entrar en acción. Los tres gobernadores marcharon con él: Planco, Lepido y Polio. No obstante, no tenían ningún plan maestro. Antonio sabía muy bien que Bruto y Casio estaban en el este, y comprendía que tendría que eliminarlos, pero en su

pensamiento unía a Octaviano con los dos Libertadores como otro jugador inaceptable y detestable del juego de poder. No le entusiasmaba la idea de perder tropas valiosas en una batalla contra Octaviano, pero no veía otra alternativa. En cuanto Octaviano quedara fuera de juego, se haría con las tropas de éste, aunque sabía que su lealtad siempre estaría bajo sospecha. Si la Martia y la Cuarta podían abandonar a Marco Antonio por un muchacho que les recordaba a César, ¿qué pensarían de ese mismo Marco Antonio cuando su César, ese muchacho, cayera muerto a manos de éste?

De manera que tomó la Via Domitia y cruzó a la Galia Cisalpina en Ocelum con un humor avinagrado que no mejoró con sus lecturas del final del día: la serie de discursos que Cicerón había pronunciado en su contra. Si despreciaba a Octaviano, a Cicerón lo odiaba. De no ser por éste, su postura habría sido segura, su condición de enemigo público no existiría y Octaviano no supondría ningún problema. Había sido Cicerón quien había alentado al heredero de César, Cicerón quien había vuelto al Senado en contra de Marco Antonio hasta el punto de que ni siquiera Fufio Caleno se atrevía a hablar en su defensa. La confiscación de su propiedad no había sido gran cosa, puesto que, aunque sus deudas estaban pagadas, no tenía dinero que mereciera la pena considerar. Por muy ansiosos que estuvieran, los senadores no se atrevieron a tocar a Fulvia ni su palacio de las Carinae: era la nieta de Cayo Sempronio Graco y estaba bajo la protección de Ático.

Fulvia. La añoraba, y añoraba a sus hijos junto a ella. Llenas de noticias y bien escritas, las cartas de Fulvia lo habían mantenido informado de todos los acontecimientos de Roma, y tenía motivos para estarle agradecido a Ático. El odio que Fulvia le tenía a Cicerón era aún mayor que el de él, si es que eso era humanamente posible.

Cuando Antonio llegó a Mutina, a veinte millas del campamento de Octaviano a las afueras de Bononia, fue recibido por el tercer tribuno de la plebe, Lucio Cornificio. Alguien que poseyera ese cargo era el mejor de los enviados; incluso un Marco Antonio tenía suficiente discernimiento para comprender que su causa no mejoraría por maltratar a un tribuno de la plebe. Eran sacrosantos e inviolables cuando actuaban por la plebe, como

Cornificio insistió en decir, a pesar del hecho de que su jefe pertenecía al patriciado.

-El cónsul César -dijo Cornificio, de veintiún años de edad desea consultar con Marco Antonio y Marco Lepido.

-¿Consultar o rendirse? -apuntó Antonio con sorna. -Consultar, sin duda consultar. Traigo una rama de olivo, no un estandarte invertido.

Planco y Lepido se mostraban bastante contrarios a la idea de cualquier encuentro con Octaviano, mientras que Polio la consideraba excelente; lo mismo que opinó Antonio, tras reflexionar sobre la situación.

Dile a Octaviano que consideraré su propuesta -repuso Antonio.

Lucio Cornificio galopó mucho de uno a otro bando durante los días que siguieron, pero al fin se llegó al acuerdo de que Antonio, Lepido y Octaviano se encontrarían para consultar en una isla en mitad del raudal y caudaloso río Lavinus, cerca de Bononia. Fue Cornificio quien designó el lugar en su última misión.

-De acuerdo, ahí está bien -dijo Antonio tras considerarlo desde todas las perspectivas-, siempre que Octaviano traslade su campamento a la ribera del río donde queda Bononia, mientras que yo trasladaré el mío a la de Mutina. Si hay alguna traición, podemos luchar en ese mismo lugar.

-Deja que Polio y yo os acompañemos a Lepido y a ti -dijo Planco, molesto porque sabía que cualquier cosa de la que hablaran afectaría a todo su futuro-. El encuentro debería ser más público, Antonio.

Con un brillo irónico en los ojos, Cayo Asinio Polio miró fijamente a Planco. ¡Pobre Planco! Un maravilloso escritor, un hombre erudito, pero incapaz de ver lo que él, Polio, veía con tanta claridad. ¿Qué importan hombres como Planco y Polio? En realidad, ¿qué importa el necio de Lepido? El debate es algo entre Antonio y Octaviano. Un hombre de cuarenta frente un hombre de veinte. Lo conocido frente a lo desconocido. Lepido no es más que un pedazo de carne que ambos echan al buen cancerbero, su forma de entrar en el Hades sin ser devorados. ¡Qué maravilloso es ser testigo de grandes acontecimientos cuando uno es historiador! Primero el Rubicón, ahora el Lavinus. Dos ríos, y Polio estuvo allí.

La isla era pequeña, estaba cubierta de hierba y tenía la sombra de varios nobles álamos; también había contado con algunos sauces, pero una partida de zapadores los talaron para que los observadores de ambas orillas pudieran disfrutar de la vista de los acontecimientos sin obstáculos. El punto de encuentro de los tres negociadores -marcado por tres sillas curules bajo un álamo- estaba bastante alejado del grupo de criados y secretarios que ocupaban el extremo más apartado de la isla y que estaban allí para repartir refrigerios o esperar a ser llamados para anotar algo por escrito.

Antonio y Lepido llegaron en una barca de remos desde su orilla, ambos revestidos de armadura, mientras que Octaviano escogió su toga de ribete púrpura y su calzado granate senatorial con hebillas de media luna consulares, en lugar de sus botas especiales. El público era inmenso, puesto que ambos ejércitos estaban formados a lo largo de las orillas del Lavinus y contemplaban embelesados mientras las tres figuras se sentaban, se ponían de pie, daban unos pasos, gesticulaban, se miraban unas a otras o miraban pensativamente las aguas revueltas.

Los saludos fueron los típicos: Octaviano estuvo oportunamente deferente; Lepido, agradable; Antonio, cortante.

-Entremos en materia -dijo Antonio, y tomó asiento.

-¿Cuál crees que es la materia, Marco Antonio? -preguntó Octaviano, mientras esperaba a que Lepido se sentase antes de ocupar él su silla.

-Ayudarte a salir a rastras de la fosa que te has cavado -dijo Antonio-. Sabes que, si se produce una batalla, la perderás.

-Cada uno tenemos diecisiete legiones, las mías contienen más o menos la misma cantidad de veteranos, tengo entendido -repuso Octaviano con frialdad, las bellas cejas alzadas-. No obstante, tú tienes la ventaja de contar con un mando más experimentado.

-Dicho de otro modo, quieres salir a rastras de esa fosa.

-No, no estoy pensando en mí. A mi edad, Antonio, puedo permitirme sufrir alguna humillación ocasional sin que mancille el resto de mi carrera. No, en quienes pienso es en ellos. -Octaviano señaló a los soldados que los contemplaban-. He solicitado esta conferencia para ver si podemos encontrar una forma de evitar derramar una gota de su sangre. De tus

hombres o de los míos, Antonio, eso no importa. Todos son ciudadanos de Roma, y todos tienen derecho a vivir, a engendrar hijos e hijas para Roma y para Italia, que a juicio de mi padre eran la misma entidad. ¿Por qué habrían de derramar su sangre simplemente para decidir si eres tú o soy yo el líder de la manada?

Una pregunta tan difícil de responder que Antonio cambió de postura con incomodidad y, con incomodidad también, respondió: -Porque tu Roma no es mi Roma.

-Roma es Roma. Ninguno de nosotros es su dueño. Los dos somos sus sirvientes. Todo lo que haces tú, todo lo que hago yo, debería ser para mayor gloria suya, para incrementar su poder. Eso es igual de cierto para Bruto y Casio. Si tú, yo y Marco Lepido pugnamos por algo, debería ser por la distinción de ser el que más contribuya a la mayor gloria de Roma. Nosotros somos mortales, ya muramos aquí en el campo de batalla o más tarde, en paz los unos con los otros. Roma es eterna. Pertenecemos a Roma.

Apareció una media sonrisa en el rostro de Antonio.

-Algo diré en tu favor, Octaviano: sabes hablar. Es una pena que no sepas ser general de tus tropas.

-Si las palabras son mi especialidad, entonces escojo bien mi campo de acción -dijo Octaviano, sonriendo con la sonrisa de César-. Ciertamente, Antonio, no quiero un derramamiento de sangre. Lo que quiero es vernos a todos los que seguimos a César unidos de nuevo bajo un solo estandarte. Los asesinos no nos hicieron ningún favor eliminando a nuestro líder indiscutible. Desde su muerte, nos hemos dividido. Una parte nada pequeña de culpa la tiene Cicerón, que es enemigo de todo partidario de César, igual que fue enemigo de César.

Para mí, si derramamos sangre aquí, habremos traicionado a César. Y también a Roma. Los verdaderos enemigos de Roma no están aquí, en la Galia Cisalpina. Están en Oriente. El asesino Marco Bruto domina toda Macedonia, Ilírico, Grecia, Creta y, a través de adláteres, Bitynia, Pontus y la provincia de Asia. El asesino Cayo Casio domina Cilicia, Chipre, Cirenaica, Siria, tal vez incluso Egipto ya.

-Estoy de acuerdo contigo acerca de Bruto y Casio -dijo Antonio, que a todas luces se estaba relajando-. Continúa, Octaviano.

-Lo que pido, Marco Antonio, Marco Lepido, es una alianza. Una reunificación de todos los leales partidarios de César. Si somos capaces de superar nuestras diferencias y conseguir eso, podremos enfrentarnos a los verdaderos enemigos, Bruto y Casio, desde una posición de poder igual a la suya. De no ser así, Bruto y Casio ganarán, y Roma será historia. Porque Bruto y Casio devolverán las provincias a los *publicani* y apretarán tanto a los *socii* que preferirán un gobierno bárbaro o parto al gobierno romano.

Lepido escuchaba mientras Octaviano se explayaba sobre el tema y Antonio interpolaba algún comentario ocasional. De algún modo, todo aquello sonaba muy razonable y lógico cuando lo explicaba Octaviano, aunque Lepido no sabía por qué era eso, ya que nada de lo que decía el joven era nuevo ni extraordinario.

-No es que tenga miedo de luchar, es más bien que simplemente no quiero luchar -repitió Octaviano-. Deberíamos reservar hasta el último ápice de nuestra fuerza conjunta para nuestros auténticos adversarios.

-Golpearlos con tanta fuerza que no tendrán oportunidad de hacer lo que sucedió tras Pharsalus -dijo Antonio, animándose-. Lo que agotó a Roma fue la prolongación de la lucha contra los republicanos. Pharnaces, luego África, después Hispana.

Y así empezaron a entenderse, si bien necesitaron todo el día para llegar al acuerdo incondicional de que todos los partidarios de César deberían reunirse, porque debían contar con más líderes que los tres que estaban conferenciando. Tanto Antonio como Octaviano sabían muy bien que, en cuanto Antonio se cansara de estar dominado por César, ya no querría acceder a compartir el liderazgo con un recién llegado de veinte años cuyas únicas bazas eran su relación con César y el poder que se derivaba de ella. Lo mejor que podían conseguir era un cese temporal de la competición por la supremacía definitiva. Lo que podía hacer Octaviano, e hizo en la isla del río Lavinus, era darle a Antonio la impresión de que el heredero de César cedería la supremacía hasta que la edad de Antonio le impidiera ejercerla. Si

cree eso, se dijo Octaviano, los dos aguantaremos hasta que Bruto y Casio sean derrotados. Después, ya veremos. Cada cosa a su tiempo.

-Desde luego, mis legiones no consentirán un acuerdo que dé la impresión de que habéis ganado vosotros -dijo Antonio, cuando reanudaron las discusiones el segundo día.

-Ni las mías un acuerdo que dé la impresión de que he perdido -replicó Octaviano, con aspecto pesaroso.

-Y mis legiones, y las de Planco, y las de Polio -dijo Lepido querrán que nosotros tengamos parte del liderazgo.

-Planco y Polio tendrán que contentarse con consulados en el futuro próximo -dijo Antonio con aspereza-. El escenario ya está bastante lleno con los tres que estamos aquí sentados. -Se había pasado la mayor parte de la noche pensando, y no era ni mucho menos estúpido; las mayores flaquezas de su intelecto eran la impulsividad, el hedonismo y la falta de interés en el arte de la política-. ¿Qué os parece pregunto- si repartimos el dominio sobre Roma más o menos en partes iguales entre nosotros tres?

-Eso suena interesante -dijo Octaviano-. Continúa.

-Mmm... Bueno, ninguno de nosotros debería ser cónsul, aunque todos deberíamos ser algo más que cónsul. En fin, como una dictadura compartida entre tres.

-Tú aboliste la dictadura -dijo Octaviano en tono amable.

-Cierto, ¡y no quiero dar a entender que me arrepiento! -espetó Antonio, crispado-. Lo que intento decir es que Roma no puede ser gobernada por una sucesión de meros cónsules hasta que hayamos terminado con los Libertadores, si bien un verdadero dictador es demasiado ofensivo para cualquiera que crea en la democracia. Si los tres compartimos el mando con poderes parcialmente dictatoriales, nos controlaremos mutuamente además de gobernar Roma como necesita ser gobernada por el momento.

-Un sindicato -dijo Octaviano-. Tres hombres. *Triumviri rei publicae constituendae*. Tres hombres que forman un sindicato para poner orden en los asuntos de la República. Sí, no suena mal. Tranquilizará al Senado y atraerá mucho al pueblo. Toda Roma sabe que hemos emprendido una acción militar. Imagina cuán espléndido será cuando los tres regresemos a

Roma como los mejores amigos, nuestras legiones a salvo e incólumes. Le demostraremos a todo el mundo que los romanos pueden superar sus diferencias sin recurrir a la espada, que nos importan más el Senado y el pueblo que nosotros mismos.

Se reclinaron en sus asientos y se miraron unos a otros con gran satisfacción. ¡Sí, era esplendoroso! Una nueva era.

-Además -dijo Antonio-, también se le demostrará al pueblo que somos su verdadero gobierno. No protestarán diciendo que se trata de una guerra civil como tal cuando vayamos a Oriente a luchar contra Bruto y Casio. Fue buena idea intentar condenar a los Libertadores por traición, Octaviano. Podemos decir que no estamos luchando contra otros romanos, estamos luchando contra los hombres que han derogado su ciudadanía.

-Haremos más que eso, Antonio. Mantendremos a agentes circulando por toda Italia para reforzar la indignación por el asesinato del amado César. Y cuando la prosperidad disminuya, podremos culpar a Bruto y a Casio, que se han apropiado de las rentas públicas de Roma.

-¿Cuando disminuya la prosperidad? -preguntó Lepido con consternación.

-Ya está disminuyendo -dijo Octaviano rotundamente-. Tú eres gobernador, Lepido. Sin duda habrás notado que las cosechas de tus provincias no han llegado este año.

-No he ido a mis provincias desde principios de verano -se excusó Lepido.

-Me he dado cuenta de que de pronto es muy caro alimentar a mis legiones-dijo Antonio-. ¿Sequía?

-Por todas partes, también en Oriente. De modo que Bruto y Casio también deben de estar sufriendo.

-Lo que dices en realidad es que vamos a quedarnos sin dinero -saltó Antonio, fulminando a Octaviano con la mirada-. Bueno, ¡tú te has quedado las arcas de César, así que puedes financiar nuestra campaña en Oriente!

-Yo no robé el fondo, Antonio. Gasté todo mi patrimonio en bonificaciones para mis legiones cuando llegué a Italia, y he tenido que coger dinero del Erario para pagar parte de las bonificaciones que debo

todavía a mis hombres. Estoy en deuda con ellos, y lo estaré durante largo tiempo. No tengo idea de quién se quedó con el fondo, pero a mí no me culpes.

-Entonces tuvo que ser Opio.

-No puedes estar seguro. También puede haberlo hecho cualquier samnita. La solución no está en el pasado, Antonio. Es vital que mantengamos a Roma y a Italia alimentadas y entretenidas, dos labores muy costosas, y también tenemos que mantener un gran número de legiones en el campo. ¿Cuántas crees que necesitaremos?

-Cuarenta. Veinte que nos acompañen y otras veinte para deberes de guarnición en Occidente, en África, y para irlos dejando a nuestro paso a medida que avancemos. Más diez o quince mil hombres montados.

-Incluidos no combatientes y caballos, eso hace más de un cuarto de millón de hombres. -Los grandes ojos grises de Octaviano parecían vidriosos-. Piensa en las cantidades de grano, garbanzos, lentejas, panceta, aceite..., un millón y un cuarto de *modii* de trigo al mes a quince sestercios el *modius* suma setecientos cincuenta talentos mensuales sólo en trigo. Los otros alimentos básicos doblarán esa cantidad, tal vez más, con esta sequía.

-¡Serías un *praefectus fabrum* maravilloso, Octaviano! -exclamó Antonio, con ojos chispeantes.

-Tómalo a broma si quieres, pero lo que digo, Antonio, es que no podemos hacerlo. No si queremos alimentar también a Roma y a Italia.

-Oh, yo conozco una forma -declaró Antonio con exagerada despreocupación.

-Soy todo oídos -repuso Octaviano.

-¡Eso es cierto, Octaviano!

-¿Ya has terminado con tus chanzas?

-Sí, porque la solución no es una broma. Proscribiremos -dijo Antonio.

Esa última palabra cayó en un silencio roto sólo por el tenue susurro del río, el temblor de las hojas doradas de los álamos que esperaban que los vientos invernales las hicieran caer, el lejano murmullo de miles de tropas, el relinchar de los caballos.

-Proscribiremos -repitió Octaviano.

Lepido parecía al borde del vahído: estaba pálido, temblaba.

-¡Antonio, no nos atreveremos! -exclamó.

Los ojos pardo rojizos lo miraron y lo sometieron con fiereza.

-¡Oh, vamos, Lepido, no seas más necio de lo que te hicieron tu madre y tu padre! ¿Cómo, si no, vamos a financiar un Estado y un ejército durante una sequía? ¿Cómo, si no, podríamos financiarlos, aunque no hubiese sequía alguna?

Octaviano seguía sentado, con aspecto meditabundo.

-Mi padre-dijo-fue famoso por su clemencia, pero fue su clemencia la que lo mató. La mayoría de sus asesinos eran hombres perdonados. De haberlos matado, no tendríamos necesidad de preocuparnos de Bruto y de Casio, Roma tendría todas las rentas públicas de Oriente y nosotros podríamos navegar con libertad a Euxine para comprar cereales en Cimeria si no encontráramos en ningún otro lugar. Estoy de acuerdo contigo, Marco Antonio. Proscribiremos, exactamente igual que hizo Sila. Una recompensa de un talento por la información que nos aporte un hombre libre o un liberto, una recompensa de medio talento más la libertad para un esclavo. Pero no cometeremos el error de documentar las recompensas. ¿Por qué darle a algún aspirante a tribuno de la plebe la oportunidad de obligarnos a castigar a nuestros informantes? Las proscripciones de Sila recaudaron dieciséis mil talentos para el Erario. Ése es nuestro objetivo.

-Eres una continua sorpresa, querido Octaviano. Creía que la tarea de convencerte sería más ardua -dijo Antonio.

-Antes que nada, soy un hombre sensato. -Octaviano sonrió-. La proscripción es la única solución. También nos permitirá deshacernos de enemigos, reales o potenciales; todos los que tienen sentimientos republicanos o simpatía por los asesinos.

-¡No puedo acceder! -exclamó Lepido-. ¡Mi hermano Paulo es republicano acérrimo!

-Entonces proscribimos a tu hermano Paulo -dijo Antonio-. Yo tengo algunos parientes que tendrán que ser proscritos, algunos en común con el primo Octaviano, aquí presente. El tío Lucio César, por ejemplo. Es un hombre muy rico, y no me ha sido de ayuda.

-A mí tampoco -dijo Octaviano, asintiendo. Frunció el ceño-. No obstante, sugiero que no resultemos detestables por ejecutar a nuestros familiares, Antonio. Ni Paulo ni Lucio son una amenaza para nuestra vida. Sólo confiscaremos sus propiedades y su dinero. Creo que ambos tendremos que sacrificar a algunos primos terceros.

-¡Conforme! -Antonio asintió con presteza-. Pero Opio ha de morir. Sé que se hizo con las arcas de César.

-No tocaremos a ningún banquero ni a ningún alto plutócrata -declaró Octaviano con tono intransigente.

-¿Qué? ¡Pero si ahí es donde está el dinero de verdad! -objetó Antonio.

-Precisamente, Antonio. Piénsalo, por favor. La proscripción es una medida a corto plazo para llenar el Erario, no puede mantenerse para siempre. Lo último que queremos es una Roma despojada de sus genios financieros. Vamos a necesitarlos siempre. Si crees que un liberto griego como ese Crisogono de Sila es un buen sustituto de un Opio o un Ático, estás mal de la cabeza. Mira a ese liberto de Pompeyo Magno, Demetrio, que nada en la abundancia pero no le llega a Ático a la suela del zapato cuando se trata de entregar dinero. De modo que proscribiremos a Demetrio, pero no a Ático. Ni a Sexto Perquitieno, ni a los Balbo, ni a Opio, ni a Rabirio Póstumo. Admito que Ático y Perquitieno juegan a dos bandas, pero los banqueros que he mencionado han sido adeptos de César desde que César se convirtió en una fuerza política. No importa lo tentadora que sea la magnitud de sus fortunas, no tocaremos a los nuestros. En especial si tienen la habilidad de generar dinero. Podemos permitirnos proscribir a Flavio Hemicilo, y tal vez a Fabio... Ambos son adláteres de Bruto en la banca. Pero los banqueros de Roma habrán de ser sacrosantos en el futuro.

-Tiene razón, Antonio -terció Lepido sin mucha convicción.

Hasta entonces Antonio había escuchado, ahora era el momento de reflexionar, se le iban moviendo los labios, las cejas de un castaño rojizo se juntaban. Al cabo, dijo:

-Veó qué quieres decir. -Hundió la cabeza entre los hombros y fingió estremecerse-. Además, si tocara a Ático, Fulvia me mataría. Ha sido muy

bueno con ella desde el decreto que me declaraba fuera de la ley. Pero a Cicerón sí... y quiero decir por el cuello, ¿entendido?

-Por completo -dijo Octaviano-. Nos concentramos en los ricos, pero sólo en algunos de los fabulosamente ricos. Si proscribimos a suficientes hombres, la cantidad de dinero efectivo aumentará con rapidez. Claro está que, cuando se trate de propiedades, no cosecharemos ni mucho menos el verdadero valor de la propiedad que subastemos. Las subastas de César lo han demostrado tanto como las de Sila. Pero podremos hacernos con algunas buenas fincas para nosotros y nuestros amigos a precios irrisorios. Lepido tiene que recibir una compensación por la pérdida de sus villas y sus fincas, de modo que no debería pagar un solo sestercio por nada hasta que sus pérdidas hayan sido subsanadas.

El consternado Lepido empezó a parecer menos consternado; ése era un aspecto de las proscripciones que no se le había ocurrido.

-Tierra para nuestros veteranos -dijo Antonio, que odiaba la actividad agraria-. Sugiero que confiscemos las tierras públicas de las ciudades y municipia que podamos clasificar como hostiles a César o que intentaron unirse a Bruto y Casio cuando éstos publicaron sus edictos. Venusia, nuestra vieja Capua otra vez, Beneventum y otros cuantos reductos samnitas. Cremona no ha puesto mucho de su parte en la Galia Cisalpina, y sé cómo impedir que Brutium ofrezca ayuda a Sexto Pompeyo. Apostaremos algunas colonias de soldados alrededor de Vibo y Regium.

-¡Excelente! -exclamó Octaviano-. Yo también recomiendo que no disolvamos a todas las legiones una vez acabada la guerra contra Bruto y Casio. Deberíamos conservar cierto número de ellas como ejército permanente, hacer que los hombres se alisten por un periodo de, pongamos, quince años. Puede que esta práctica de recurrir al reclutamiento cada vez que necesitamos tropas sea la manera romana de hacer las cosas y que forme parte del *mos maiorum*, pero es un engorro muy costoso. Cada vez que se da de baja del ejército a un hombre, éste recibe una parcela de tierra. Algunos hombres se han incorporado y luego se han dado de baja tantas veces a lo largo de los últimos veinte años que han acumulado un número ingente de terrenos que luego arriendan a los agricultores o a los pastores.

Un ejército permanente puede guarnecer las provincias, estar ahí para ser movilizado cuando y donde sea necesario sin los gastos perpetuos que conlleva reclutar y equipar a las legiones nuevas, o encontrar tierras en el momento de disolverlas.

Sin embargo, aquel discurso fue demasiado para Marco Antonio, quien se limitó a encogerse de hombros con gesto de aburrimiento; su capacidad para prestar atención no era como la de Octaviano, minuciosa y obsesiva con los detalles.

-Sí, sí, pero se nos echa el tiempo encima y quiero acabar con esto hoy, no el mes que viene. -Adoptó una expresión astuta-. Por supuesto, tendremos que disponer de alguna prueba de la buena fe de cada uno. Lepido y yo hemos dispuesto el matrimonio de dos de nuestros hijos. Tú eres soltero, Octaviano. ¿Por qué no estableces un vínculo matrimonial con mi familia?

-Estoy prometido a Servilia Vatia -repuso Octaviano, impasible.

-¡Bah! Pero a Vatia no le importará que rompas el compromiso. La hija mayor de mi Fulvia, Claudia, tiene dieciocho años. ¿Qué te parece? ¡Un ilustre linaje de ancestros para tus hijos! Juliano, Graco, Claudio, Fulvio... No puedes aspirar a contraer matrimonio con alguien mejor que una hija de Fulvia y Publio Clodio, ¿no crees?

-No, no puedo -contestó Octaviano sin dudarlo-. Considérame comprometido con Claudia, siempre contando con el beneplácito de Vatia.

-No sólo comprometido, te considero ya casado -repuso Antonio con firmeza-. Lepido puede llevar a cabo la ceremonia en cuanto regresemos a Roma.

-Si ése es tu deseo...

-Tendrás que abandonar el consulado -anunció Antonio, autoritario.

-Sí, ya había supuesto que tendría que hacerlo. ¿A quiénes propones como cónsules sustitutos para el resto del año?

-A Cayo Canina como superior y a Publio Ventidio como inferior.

-Tus hombres. Haciendo caso omiso de aquel comentario, Antonio siguió hablando.

-Lepido para un segundo mandato el próximo año, con Planco como su cónsul inferior.

-Sí, decididamente tendremos que tener a uno de los triunviros como cónsul superior el año próximo. ¿Y el año siguiente? Vatia como superior, mi hermano Lucio como inferior.

-Siento mucho lo de Cayo Antonio.

Con los ojos anegados en lágrimas, Antonio tragó saliva convulsivamente.

-¡Haré pagar a Bruto el asesinato de mi hermano! -gritó con furia.

Octaviano pensó para sí que Bruto había prestado un gran servicio tanto a la eficiencia como al éxito al librar a Roma de Cayo Antonio, un perfecto inepto, pero fingió aflicción y compasión por Antonio antes de cambiar de tema.

-¿Has pensado en cuál va a ser el mejor modo de legislar para nuestro triunvirato? -preguntó.

-Mediante la Asamblea de la Plebe; eso se ha convertido en costumbre. Otorgándonos poderes supraconsulares (*imperium maius*, aun dentro de Roma) durante cinco años, junto con el derecho de nombrar a los cónsules. Dentro de Italia los tres deberíamos ostentar los mismos poderes y gobernar de forma equitativa, pero fuera de ella creo que deberíamos repartirnos las provincias. Yo me quedaré con la Galia Trasalpina y la Galia Cisalpina. Lepido puede quedarse con la Galia Narbonense y con ambas Hispanias, porque yo voy a utilizar a Polio como mi legado en mis provincias, dejaré que se ocupe del gobierno en sí.

-Lo cual me deja a mí -intervino Octaviano, en un tono especialmente dulce y humilde- las Áfricas, Sicilia, Cerdeña y Córcega, las... cómo diría yo... reservas de cereales. No es un grupo de provincias muy halagüeño, por lo que tengo entendido. El gobernador de África, Vetus, está librando una pequeña guerra privada con el gobernador de África Nova, y Sexto Pompeyo ha estado utilizando todos esos barcos que le proporcionó el Senado para asaltar nuestras flotas de cereales desde mucho antes de que lo condenara el tribunal de Pedio.

-¿Acaso no estás satisfecho con tu parte, Octaviano? -le preguntó Antonio.

-Digámoslo del siguiente modo, Antonio: no voy a quejarme de mi parte correspondiente siempre y cuando compartamos el mando en igualdad de condiciones cuando nos dirijamos al este para saldar cuentas con Bruto y Casio.

-No, no pienso aceptar eso.

-No tienes elección, Antonio. Mi propia legión insistirá en ello y no puedes partir hacia el este sin ella.

Antonio se levantó de un salto y se acercó a la orilla del agua seguido de un asustado Lepido.

-Vamos, Antonio -le susurró Lepido al oído-, no puedes hacerlo todo a tu manera. Octaviano ha hecho grandes concesiones y tiene razón con respecto a sus legiones, no te seguirán.

Se sucedió una larga pausa, durante la que Antonio permaneció contemplando el río con el ceño fruncido, con la mano de Lepido asiéndole del brazo. Acto seguido, Antonio se volvió y regresó junto al joven.

-Está bien, podrás compartir el mando en plenas condiciones de igualdad, Octaviano.

-De acuerdo. En ese caso, cerremos el trato -dijo Octaviano con cordialidad, y extendió la mano-. Estrechémonos la mano para enseñarles a los hombres que hemos llegado a un acuerdo y que no habrá batalla.

Los tres caminaron justo hacia el centro de la isla, donde se estrecharon las manos. Todos los presentes prorrumpieron en vítores jubilosos: el Triunvirato era una realidad.

Sólo se produjo una discrepancia de opiniones, al día siguiente, concretamente acerca del orden en que los triunviros entrarían en Roma.

-Juntos -sugirió Lepido.

-No, en tres días consecutivos -lo contradijo Antonio-. Yo iré primero, Octaviano irá segundo y tú, Lepido, entrarás el tercero.

-Yo entraré primero -replicó Octaviano, categórico.

-No, lo haré yo -dijo Antonio.

-Yo iré primero, Marco Antonio, porque soy el cónsul superior y todavía no se ha aprobado ninguna ley que os otorgue a ti o a Marco Lepido ninguna clase de derechos. Todavía sois enemigos públicos, y aunque no lo fueseis, en el momento en que atravesaseis el *pomerium* para entrar en Roma, perderíais vuestra autoridad y os convertiríais en meros privati. No hay nada más que discutir: yo debo entrar primero para presidir la supresión de vuestro actual estado de ilegalidad.

Pese a sentirse muy molesto y ofendido, Marco Antonio no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo: Octaviano debía entrar en Roma el primero.

Capítulo 2 —

La mayor parte de la Galia Cisalpina era una llanura aluvial regada por las aguas del río Padus y de sus numerosos afluentes. En las épocas de escasez de lluvia, los agricultores locales podían regar de forma extensiva, por lo que la región disponía de muchos cultivos, era un auténtico granero. Lo más exasperante de la zona, tan cercana a la mismísima Italia, era que no podía abastecer a Italia propiamente dicha, pues la cordillera de los Apeninos, que atravesaba de este a oeste la parte superior de la bota para fusionarse con los Alpes Marítimos en Liguria, formaba una barrera demasiado imponente para el transporte de las mercancías por la vía terrestre. Las cosechas de grano y legumbres de la Galia Cisalpina tampoco se podían transportar por mar, pues los vientos siempre soplaban en contra de la travesía, que se hacía de norte a sur. Por dicha razón, los triunviros decidieron dejar sus legiones en la Galia Cisalpina y partieron hacia Roma acompañados tan sólo por unos cuantos hombres escogidos a dedo.

-Sin embargo -le dijo Octaviano a Polio (compartían el mismo carro)-, puesto que me ha sido designado el abastecimiento alimenticio de Roma e Italia, empezaré a enviar cargamentos de trigo del oeste de la provincia a través de Dertona a lo largo de la costa toscana. Las pendientes no son infranqueables en esa ruta, es sólo que no se ha hecho nunca.

Polio lo miró con fascinación, pues ya desde que salieran de Bononia se había dado cuenta de que el joven nunca dejaba de pensar. Su mente, decidió Polio, era precisa, pragmática, más preocupada por la logística que por la lógica: lo que le interesaba era cómo conseguir que se hiciesen las cosas rutinarias. Por ejemplo, si alguien le daba un millón de garbanzos para que los contase, pensó Polio, se concentraría en la tarea hasta terminarla, y no cometería ni un solo error en su recuento. ¡No es de extrañar que Antonio lo desprecie tanto!, exclamó para sí. Mientras que

Antonio sueña con la gloria militar y con ser el Primer Hombre de Roma, Octaviano sueña en cómo alimentar al pueblo. Mientras que Antonio derrocha el dinero a espuertas, Octaviano siempre busca la manera más barata de hacer las cosas. Octaviano no urde conspiraciones, sino que trama planes. Espero vivir lo suficiente para ver en qué se convierte al final.

Así, Polio incitó a Octaviano a hablar de muchos temas, incluyendo el destino de Roma.

-¿Cuál es tu mayor ambición, Octaviano? -le preguntó.

-Ver cómo en todo el mundo romano reina la paz.

-¿Y qué serías capaz de hacer para conseguirlo?

-Cualquier cosa -se limitó a contestar Octaviano-. Sea lo que sea.

-Es una meta loable, pero poco factible.

Los ojos grises se volvieron para mirar a los ojos ambarinos de Polio, con una expresión de sorpresa genuina.

-¿Por qué?

-Bueno, quizá porque los romanos están muy acostumbrados a que haya guerra. La mayoría de los hombres piensan que la guerra y la conquista realizan una contribución muy importante a las arcas de Roma.

-Las arcas de Roma -repuso Octaviano- ya son lo bastante ricas para sus necesidades. La guerra deseca el Erario hasta dejarlo vacío.

-¡Eso no es pensar como un romano! La guerra nutre el Erario, y si no, mira a César y a Pompeyo Magno, por no mencionar a Paulo, los Escipiones, Mumio... -dijo Polio con regocijo.

-Esos días han terminado, Polio. Los grandes tesoros ya han sido todos absorbidos por Roma excepto uno.

-¿El tesoro parto?

-¡No! -exclamó Octaviano con desdén-. Ésa es una guerra que sólo César pudo haberse planteado. Las distancias son enormes y el ejército tendría que vivir a base de forraje durante años, rodeado por el enemigo y por terrenos inconmensurables por los cuatro costados. Me refería al tesoro egipcio.

-¿Y aprobarías que Roma se apoderase de él?

-Yo mismo lo haré. A su debido tiempo -respondió Octaviano con aire de suficiencia-. Es un objetivo factible, por dos razones.

-¿Y cuáles son?

-La primera, que para ello no es necesario que un ejército romano se aleje del Mare Nostrum. La segunda, que aparte del tesoro, Egipto produce cereales, que nuestra población cada vez más numerosa acabará necesitando.

-Muchos dicen que ese tesoro no existe.

-Oh, sí, ya lo creo que existe -le aseguró Octaviano-. César lo vio. Él mismo me lo contó todo al respecto cuando estuve con él en Hispania. Sé dónde está y cómo conseguirlo. Roma lo necesitará porque la guerra la deseca hasta vaciarla por completo.

-Te refieres a la guerra civil.

-Bueno, piensa en ello, Polio. Durante los últimos sesenta años, hemos librado más guerras civiles que extranjeras propiamente dichas. Romanos contra romanos, conflictos por ideas acerca de lo que constituye la República de Roma, de lo que constituye la libertad.

-Si fueras griego, ¿no irías a batallar por una idea?

-No, no lo haría.

-¿Y qué me dices de ir a una guerra para garantizar la paz?

-No si eso significa combatir contra mis compatriotas romanos. La guerra que entablemos contra Bruto y Casio debe ser la última guerra civil.

-Es posible que Sexto Pompeyo no esté de acuerdo contigo. No hay duda de que coquetea con Bruto y Casio, pero no se comprometerá con ellos del todo. Terminará librando su propia guerra.

-Sexto Pompeyo es un pirata, Polio.

-Entonces, ¿tú no crees que reunirá al resto de las fuerzas de los Libertadores una vez que Bruto y Casio hayan sido derrotados?

-Ha escogido su territorio, y es el agua. Eso significa que nunca podrá organizar una campaña a gran escala -dijo Octaviano.

-Hay otra posibilidad de guerra civil -añadió Polio con malicia-. ¿Y si los triunviros riñen entre sí?

-Como Arquímedes, moveré el mundo con tal de evitarlo. Te aseguro, Polio, que nunca, jamás, iré a la guerra contra Antonio.

Y, ¿por qué -se preguntó Polio para sus adentros- creo en sus palabras? Porque de veras le creo.

Octaviano entró en Roma hacia finales de noviembre, a pie y con toga, escoltado por cantores y bailarines que entonaban cánticos en loor de la paz entre los triunviros y rodeado de hordas de ciudadanos exultantes de alegría, ante los que esbozó la sonrisa de César y a los que saludó con el saludo de César, con los pies enfundados en aquellas botas de suela alta. Se dirigió directamente a la tribuna del Foro y allí proclamó la formación del *triumviri rei publicae constituendae* con un discurso breve y emotivo que no dejó lugar a dudas entre la multitud acerca del papel fundamental que había desempeñado en la conciliación de las partes implicadas en el pacto. Él era César el Hacedor de Paz, y no César el Hacedor de Guerras.

A continuación se dirigió al Senado, esperando en la Curia Hostilia a oír las noticias con mayor comodidad e intimidad. Publio Titio recibió instrucciones de reunir a la Asamblea de la Plebe inmediatamente y revocar el decreto que dejaba fuera de la ley a Antonio y Lepido. Aunque Quinto Pedio se enteró así, públicamente, de que su consulado estaba a punto de tocar a su fin, Octaviano reservó para más tarde las noticias de las proscripciones.

-Titio promulgará las leyes que instaurarán el Triunvirato ante la Asamblea de la Plebe -le dijo a Pedio en el despacho de éste-, pero también aprobará otras medidas igual de necesarias.

-¿Y cuáles son esas otras medidas igual de necesarias? -preguntó Pedio con cautela, desconfiando de la expresión del rostro de su primo, que era forzada.

-Roma está en bancarrota, y por lo tanto proscribimos.

Estremeciéndose, Pedio levantó las manos como si quisiera protegerse de una amenaza invisible.

-Me niego a aprobar la proscripción -dijo con un hilo de voz-. Como cónsul, me pronunciaré en contra.

-Como cónsul, te pronunciarás a favor. Si te opones, Quinto, tu nombre será el primero en aparecer en la lista que Titio colgará en la tribuna del Foro y en el Regia. Vamos, querido amigo, sé razonable -insistió Octaviano con voz suave-. ¿Quieres que Valeria Mesala se quede viuda y sin casa, y que sus hijos tengan prohibido heredar, además de tener prohibido ocupar los lugares que les corresponden por derecho en la vida pública? ¿Los sobrinos nietos del mismísimo César? Tu hijo Quinto pronto se presentará a la elección como tribuno de los soldados, y si te proscribimos a ti, también tendremos que proscribir a Mesala Rufo. -Octaviano se levantó-. Piénsatelo bien antes de decir nada, primo, te lo ruego.

Quinto Pedio se lo pensó muy bien. Aquella noche, cuando toda su familia estaba durmiendo, se dio muerte con su propia espada.

Cuando le comunicaron la noticia al amanecer, Octaviano tenía palabras serenas que decirle a Valeria Mesala, quien lloraba desconsoladamente, así como al hermano augur de ésta.

-Haré saber al pueblo que Quinto Pedio murió mientras dormía, extenuado por sus obligaciones como cónsul. Por favor, entended que tengo poderosas razones para querer que su muerte sea así descrita. Si valoráis vuestras vidas, las vidas de vuestros hijos y vuestras propiedades, obedeced mis deseos. Sabréis el por qué muy pronto.

Antonio entró en la ciudad con más ceremonia que Octaviano, consciente de que éste le había robado el protagonismo. Montado en su nuevo Caballo Público, *Clemencio*, vestía su coraza de gala y su capa de piel de leopardo, e iba escoltado por su guardia de caballería germana. Se quedó extremadamente complacido ante la calurosa acogida que Roma le dispensó. Octaviano tenía razón: el pueblo romano no quería enfrentamientos militares entre facciones. Así, cuando Lepido entró al día siguiente, también fue recibido con júbilo.

Hacia finales de noviembre, Octaviano abandonó su consulado, y le sucedieron dos víctimas avejentadas de la guerra de Italia, Cayo Carrinas y Publio Ventidio. En cuanto los cónsules sustitutos hubieron tomado posesión de su cargo, Publio Titio fue a la Asamblea de la Plebe. Primero redactó unas leyes que dotaban al Triunvirato de existencia oficial con el

consentimiento de todas las tribus y luego promulgó diversas leyes referentes a los enemigos públicos que recordaban a las de Sila en casi todos los detalles, desde las recompensas por proporcionar información hasta la lista anunciada públicamente de los proscritos. En la primera lista figuraban ciento treinta nombres, encabezados a petición de Antonio por Marco Tulio Cicerón. La mayor parte de los mencionados ya habían muerto o huido; Bruto y Casio también aparecían en la lista. La razón de la proscripción era por «simpatizar con los Libertadores».

El anuncio cogió desprevenidas a la Primera y la Segunda Clase, entre las que cundió el pánico, sobre todo cuando supieron del arresto y la ejecución del tribuno de la plebe, Salvio, en cuanto hubo acabado la reunión comicial. No se exhibieron las cabezas de las víctimas, sino que simplemente las arrojaron con los cuerpos a las fosas de cal de la necrópolis de Campus Esquilinus. Octaviano había convencido a Antonio de que el clima de terror sería más soportable si no quedaban recordatorios a la vista. La única excepción sería Cicerón, si es que todavía lo encontraban en Italia.

Lepido había proscrito a su hermano Paulo, Antonio a su tío Lucio César y a los primos de Octaviano, aunque ninguno de ellos fue ejecutado, condición que no se dio en el caso del suegro de Polio o del hermano pretor de Planco, quienes fueron ejecutados. Otros tres pretores proscritos murieron, así como el tribuno de la plebe Publio Apuleyo, quien no tuvo tanta suerte como Cayo Casca, que huyó con su hermano al este. El antiguo legado de Vatinio, el incombustible Quinto Cornificio, fue incluido en la lista y ejecutado.

Ático y los banqueros habían sido informados en privado de que no les iban a proscribir, cosa que contribuyó en gran medida a impedir que el dinero desapareciese, siempre un peligro en tiempos difíciles. Las celdas del Erario, completamente vacías salvo por el precioso oro y por diez mil talentos de plata, empezaron a llenarse poco a poco con las reservas en metálico y las inversiones líquidas de Lucio César, varios Apuleos, Paulo Emilio Lepido, los dos hermanos asesinos Cecilio, el venerable cónsul Marco Terencio Varro, el inmensamente rico Cayo Lucilio Hirro y cientos de personajes más.

Pero no todos murieron: Quinto Fufio Caleno retuvo al anciano Varro y amenazó a las autoridades encargadas de llevar a cabo las proscripciones (que se ejecutaban, como en la época de Sila, de forma burocrática) con matarlo hasta que consiguió llegar hasta Antonio y así salvaguardar su vida. Lucilio Hirro huyó del país con sus esclavos y asociados abriéndose paso hasta el mar, y la ciudad de Cales cerró sus puertas y se negó a entregar al hermano de Publio Sítio. Marco Favonio, el favorito de Catón, fue proscrito, pero consiguió escapar de Italia, al igual que otros. Siempre y cuando los fugitivos dejasen atrás el dinero, a los triunviros les importaba muy poco el destino de sus poseedores, excepto, claro está, en el caso de Cicerón, a cuya vida Antonio estaba dispuesto a poner fin de la manera más cruenta posible.

Con esta misión, el tribuno de los soldados Cayo Popilio Lenas (un nombre muy famoso) salió de Roma con una hueste de soldados y un centurión, Herenio, para registrar las villas de Cicerón. Quinto Cicerón y su hijo, leales a César, habían aparecido en la segunda lista de proscritos, denunciados por un esclavo que juraba que las simpatías de éstos habían cambiado, que ahora pretendían huir del país para sumarse a las filas de los Libertadores. Así pues, Lenas tenía tres objetivos, aunque el gran Marco Cicerón era, con diferencia, el más importante de ellos; era con él con quien había que ajustar cuentas primero.

Las consecuencias de la segunda marcha sobre Roma de Octaviano habían dejado atónito a Cicerón, quien había acudido al nuevo cónsul superior y le había suplicado que le excusase de asistir a las futuras reuniones del Senado.

-Estoy cansado y enfermo, Octaviano -le había explicado-, y me gustaría mucho poder retirarme a mis propiedades cuando lo desee. ¿Es eso posible?

-¡Pues claro que sí! -había respondido Octaviano afectuosamente-. Si puedo excusar a mi padrastro de las reuniones, está claro que puedo excusaros a ti y a Lucio Piso. Filippo y Piso todavía están padeciendo las consecuencias de aquel terrible viaje invernal, ¿sabes?

-Que conste que yo me opuse enérgicamente al envío de esa misión diplomática.

-Ciertamente te opusiste. Es una pena que el Senado hiciese caso omiso de tus palabras.

Al mirar a aquel joven tan apuesto, cuyo exterior no había cambiado un ápice desde que llegase a Brindisi tantos meses atrás, Cicerón advirtió de pronto que Octaviano se había dedicado a alcanzar el poder a toda costa. ¿Cómo podía haberse engañado pensando que podría influir en aquel bloque de hielo sin compasión? César había tenido sentimientos, incluyendo un mal genio espantoso, pero Octaviano fingía tenerlos. Su parecido con César era una completa farsa.

Desde aquel momento, Cicerón había abandonado toda esperanza, incluso la de persuadir a Bruto para que volviese a casa. En sus últimas cartas Bruto se había vuelto tan crítico y mordaz que Cicerón no sentía ningún deseo de escribirle, de informarle sobre lo que pensaba del consulado de César Octaviano y Quinto Pedio.

Después de su entrevista con el nuevo cónsul superior, Cicerón había ido directamente a ver a Ático.

-Ya no voy a volver a visitarte -le había dicho-, como tampoco voy a escribirte. Te lo aseguro, Tito, es mejor así, por el bien de ambos. Cuida de Pilia, de la pequeña Ática y de ti mismo. ¡No hagas nada que haga enojar a Octaviano! Cuando se nombró a sí mismo cónsul, la República murió para siempre. Ni Bruto ni Casio, y ni siquiera el propio Marco Antonio, prevalecerán. Nuestro viejo y clemente maestro ha sido quien ha reído el último, pues sabía muy bien qué estaba haciendo cuando nombró a Octaviano su heredero. Octaviano completará su trabajo, créeme.

Ático lo había contemplado con los ojos empañados por las lágrimas, ¡cuánto había envejecido! Se había quedado en los huesos, estaba demacrado. Y ahora estaba rodeado por una manada de lobos hambrientos. De la imponente presencia que tanto había dominado y maravillado a los tribunales de Roma durante cuarenta años, no quedaba absolutamente nada. Cuando ese amigo tan querido, exasperante e impulsivo había empezado a lanzar aquella serie de invectivas contra Marco Antonio, Ático había

esperado que ese desahogo restableciera el buen ánimo de Cicerón, que volviese a ser el mismo de siempre, después de haber sufrido tan amargas decepciones, después de tanto dolor, y de esa soledad constante sin hija ni esposa, sin afecto fraternal. No obstante, la llegada de Octaviano había acabado para siempre con su recuperación. Ahora es a Octaviano, pensó Ático, a quien más teme Cicerón.

-Echaré de menos nuestra correspondencia epistolar -había señalado Ático, sin saber qué otra cosa decir-. No hay carta tuya que no guarde o que no sea para mí un tesoro.

-Bien. Publícalas cuando te atrevas, por favor.

-Lo haré, Marco, lo haré.

Cicerón se había retirado por completo de la vida pública, y tampoco había vuelto a escribir una sola carta. Cuando llegó a sus oídos la noticia del pacto triunviral en Bononia, se marchó de Roma, dejando atrás al fiel Tiro para que le enviase informes de todo cuanto sucediese.

Primero fue a Tusculum, pero la vieja casa de campo estaba demasiado llena de recuerdos de Tulla y Terencia y de su hijo intrépido y amante de los placeres. ¡Gracias a todos los dioses porque el joven Marco estuviera en ese momento con Bruto! ¡Y quieran los dioses que sea Bruto quien obtenga la victoria!

Cuando Tiro envió un aviso urgente para anunciarle que había entrado en vigor la proscripción y que el suyo era el primer nombre de la lista, Cicerón hizo su equipaje y emprendió el camino hacia su villa de Formias, viajando en su litera, un medio de transporte penosamente lento, pero el único que Cicerón podía soportar. Tenía intención de subir a bordo de un barco en el puerto más cercano, Caieta, para huir hasta donde estaba Bruto o quizá con Sexto Pompeyo, en Sicilia, aunque no estaba seguro, no podía decidirse.

Parecía que la diosa Fortuna obraba en su favor, pues había un barco en alquiler en el puerto de Caieta, y su patrón se avino a llevarlo a pesar de su condición de proscrito, ya que los anuncios de proscripción habían aparecido en todas las ciudades de Italia.

-Tú eres un caso especial, Marco Cicerón -le dijo el patrón-. No puedo aceptar que se persiga a uno de los hombres más ilustres de Roma.

Sin embargo, estaban ya a principios de diciembre, y el rigor invernal había hecho acto de presencia con vientos fuertes y una ligera aguanieve. El barco zarpó y se vio forzado a regresar a puerto varias veces, aunque su patrón se negaba a rendirse e insistía en que podían llegar al menos hasta Cerdeña.

Una terrible depresión se apoderó de Cicerón, un cansancio tan extenuante que comprendió su mensaje de inmediato: iba a ser imposible abandonar Italia para Marco Tulio Cicerón, cuyas mismísimas vísceras estaban ligadas a ella.

-Amarra el barco en Caieta y déjame en tierra -ordenó.

Envío a un sirviente a pie a su villa, a menos de dos kilómetros de distancia en lo alto de Formias, y éste regresó tres horas después de anochecer en el séptimo día de diciembre, con la litera y los porteadores de Cicerón. Sudoroso y temblando, Cicerón se subió a su acogedor refugio, rodeado de cojines, y se tumbó a esperar lo que le deparase el destino.

Voy a morir, pero al menos moriré en el país por el que tanto y tantas veces he luchado. Conseguí salvarlo de las garras de aquel bellaco, Catilina, pero luego César empañó mi victoria con su discurso. ¡No actué inconstitucionalmente ejecutando a los enemigos de Roma sin someterlos a un juicio! ¡Hasta Catón lo dijo! Sin embargo, el discurso de César fue un duro golpe, y algunos hombres me contemplaron con desdén a partir de entonces. Por todo ello, la vida a partir de ahí ha sido una sombra, un fantasma, salvo por mis discursos en contra de Marco Antonio. Estoy cansado de vivir. Ya no quiero soportar las crueldades de la existencia ni sus farsas.

Cayo Popilio Lenas y sus hombres alcanzaron la litera en su lento ascenso por la colina, desmontaron de sus caballos y la rodearon. El centurión Herenio desenfundó su espada, medio metro de eficacia de doble filo muy afilado. Cicerón asomó la cabeza desde el interior de la litera para ver qué ocurría.

-¡No, no! -les gritó a sus sirvientes-. ¡No intentéis luchar! Rendíos con calma y no pongáis en peligro vuestras vidas, por favor.

Herenio se acercó a él y levantó la espada hacia el cielo sombrío y revuelto. Al contemplarla, Cicerón advirtió que el gris del arma era más apagado y oscuro que el de la bóveda del cielo, y que no relucía. Colocó las palmas de las manos a ambos lados de la litera, desplazó los hombros hacia delante y a continuación extendió el cuello tanto como le fue posible.

-Que el golpe sea certero -dijo.

Cayó la espada y arrancó de cuajo la cabeza de Cicerón, separándola del cuerpo con un corte limpio; del tronco empezó a manar sangre, y el cuerpo se tensó y fue sacudido por unas breves convulsiones mientras la cabeza caía sobre el camino enlodado y echaba a rodar un momento antes de detenerse por completo. Los sirvientes estaban de rodillas, sollozando, pero los hombres de Popilio Lenas hicieron caso omiso de ellos. Herenio se agachó para recoger la cabeza, agarrándola por el pelo de la parte posterior, que Cicerón se había dejado crecer para peinárselo hacia delante y ocultar así su calvicie. Un soldado extrajo una caja y metieron la cabeza en ella.

Tan concentrado estaba supervisando esta tarea, que Lenas no vio cómo dos de sus hombres sacaban a rastras de la litera el cuerpo sangrante hasta que oyó el chirrido de las espadas al desenfundarse de su vaina.

-Eh, ¿qué creéis que estáis haciendo? -exclamó.

-¿Era zurdo o diestro? -preguntó un soldado.

Lenas parecía perplejo.

-No lo sé-dijo.

-En ese caso, le cortaremos las dos manos. Con una de ellas escribió auténticas atrocidades acerca de Marco Antonio.

Lenas reflexionó un momento y luego asintió con la cabeza.

-Adelante. Ponedlas en la caja y emprendamos la marcha.

Los militares realizaron el camino de vuelta a Roma sin detenerse ni una sola vez, de modo que los caballos estaban reventados y soltaban espuma por la boca para cuando llegaron al palacio de Marco Antonio en Carinae, donde un asustado criado los condujo al peristilo.

Con la caja en las manos, Lenas entró en el atrio y encontró a Antonio y a Fulvia esperando, envueltos todavía en su ropa de dormir y frotándose los ojos para eliminar los últimos rastros de sueño.

-Me parece que querías esto -dijo Popilio Lenas, al tiempo que le entregaba a Antonio la caja.

Antonio extrajo la cabeza y la sostuvo en alto, riendo.

-¡Por fin he acabado contigo, maldito viejo *Cunnus* vengativo! -gritó.

Lejos de sentirse asqueada por semejante espectáculo, Fulvia quiso atrapar la cabeza en sus manos.

-¡Dámela, dámela, dámela! -chilló mientras Antonio seguía manteniéndola lejos de su alcance, riéndose y provocándola.

-Mis hombres te han traído algo más -añadió Lenas-. Mira dentro de la caja, Marco Antonio.

Así, Fulvia consiguió al fin sujetar la cabeza en sus manos, pues Antonio estaba ocupado sacando y examinando las dos manos.

-No sabíamos si era diestro o zurdo, por lo tanto te hemos traído las dos manos para asegurarnos. Tal como dijeron mis hombres, con una de ellas escribió auténticas atrocidades sobre ti.

-Te has ganado un talento extra. -Antonio esbozó una sonrisa radiante. Miró a Fulvia, quien había depositado la cabeza sobre una consola y estaba enfrascada en la tarea de rebuscar entre el contenido desordenado de sus cajones: pergaminos, papeles, tinta, plumas y barras de lacre-. ¿Qué haces? -le preguntó.

-¡Ajá! -exclamó ella, al tiempo que sujetaba un estilo de acero.

Los ojos de Cicerón estaban cerrados, mientras que su boca estaba completamente abierta. La esposa de Antonio metió sus largas uñas entre los labios y empezó a hurgar en el interior de la boca; a continuación, soltó un chillido triunfal y tiró de algo hacia fuera. De la boca salió la lengua de Cicerón, sostenida entre las uñas de Fulvia. Ésta agarró el grueso pedazo de carne con más fuerza y lo ensartó en el estilo, que colocó horizontalmente en la boca de tal forma que de ésta colgaba la lengua hacia fuera.

-Ésa es la opinión que me merecen sus dotes como orador -dijo, contemplando su obra con enorme satisfacción.

-Prepara un marco de madera y clávalo en la tribuna del Foro -ordenó Antonio a Lenas-. La cabeza en el centro y una mano a cada lado.

Así pues, cuando Roma se despertó al alba, vio la cabeza y las manos de Cicerón clavadas en la tribuna del Foro en un marco de madera.

Los asistentes al Foro estaban consternados; desde su duodécimo cumpleaños, Cicerón se había paseado por las losas de piedra del Foro Romano sin que su retórica fuese nunca igualada por otro orador. ¡Los juicios! ¡Los discursos! ¡La pura maravilla de sus palabras!

-Pero nuestro querido Marco Cicerón -dijo uno de los presentes, enjugándose las lágrimas- sigue siendo el héroe del Foro.

Los dos Quintos Cicerones perecieron poco después, aunque sus cabezas no fueron expuestas en público. Una horrorizada Roma descubrió enseguida lo que sentía la divorciada Pomponia, al menos por su hijo. Ésta raptó al criado que los había denunciado y antes de matarlo le obligó a cortarse pedazos de su propio cuerpo, a asarlos y comérselos.

El modo bárbaro en que Antonio se vengó de Cicerón no sentó bien a Octaviano, pero como no podía hacer nada al respecto, no aludió a la cuestión ni en público ni en privado, sino que se limitó a evitar la compañía de Antonio siempre que le fue posible. La primera vez que vio a Claudia, pensó que tal vez podría llegar a aprender a amarla, pues era muy hermosa, muy morena (le gustaban las mujeres morenas) y virgen, como era debido. Sin embargo, después de ver la lengua ensartada de Cicerón y de escuchar a Fulvia relatar el placer que había experimentado al realizar aquella vejación tan particular a la carne del orador, Octaviano decidió que Claudia no iba a ser la madre de ningún hijo suyo.

-Por lo tanto -le dijo a Mecenas-, será mi esposa sólo nominalmente. Busca a seis esclavas germanas robustas y grandes, y asegúrate de que Claudia nunca se quede sola. Quiero que siga siendo virgen hasta el día en que la pueda devolver a Antonio y a esa arpía vulgar que tiene por madre.

-¿Estás seguro? -preguntó Mecenas, frunciendo el ceño.

-Créeme, Cayo, preferiría mil veces tocar a un perro negro en descomposición que a cualquier hija de Fulvia.

Puesto que Filipo decidió morir el mismo día, la boda en sí fue un acontecimiento muy tranquilo. Atia y Octavia no pudieron acudir, y en cuanto terminó la ceremonia, Octaviano fue a reunirse con su madre y hermana y dejó a su esposa a solas con sus guardianas germanas. El duelo por Filipo le proporcionó la excusa perfecta para no consumir el matrimonio.

Sin embargo, a medida que fue transcurriendo el tiempo, a Claudia le resultó cada vez más obvio que la consumación no iba a tener lugar jamás. La actitud de su marido -y de sus guardianas- se le antojaba inexplicable. Al conocerlo, le había parecido un hombre apuesto y deliciosamente distante, pero ahora ella vivía casi como una prisionera, intacta y, por lo visto, no deseada.

-Y qué quieres que haga yo? -le preguntó Fulvia cuando su hija le pidió ayuda.

-¡Mamá, llévame a casa!

-No puedo hacer eso: eres una ofrenda de paz entre Antonio y tu marido.

-¡Pero él no me desea! ¡Si ni siquiera quiere hablar conmigo!

-Eso ocurre a veces en los matrimonios de conveniencia. -Fulvia se levantó y le dio un pellizco a su hija en la barbilla para animarla-. Entrará en razón con el tiempo, hija. Espera y verás.

-¡Pídele a Marco Antonio que interceda por mí! -le suplicó Claudia.

-No pienso hacer tal cosa. Está demasiado ocupado como para molestarlo con semejantes trivialidades. -Y, acto seguido, Fulvia se marchó, absorta en su familia más reciente; lo de Clodio había sido mucho tiempo atrás.

Sin nadie más a quien recurrir, Claudia no tuvo otra opción que seguir padeciendo su existencia, que de hecho mejoró después de que Octaviano adquiriera la enorme mansión de Quinto Hortensio en las subastas de las propiedades de los proscritos. El tamaño de la casa permitió a Claudia disponer de una serie de habitaciones para ella sola, que la alejaron por completo de la presencia de Octaviano. Gracias a que la juventud goza de

una enorme capacidad de recuperación, se hizo amiga de las mujeres germanas y se dispuso a ser todo lo feliz que una virgen casada podía ser.

Octaviano no dormía solo, pues había tomado una amante.

Dado que nunca lo había dominado un fuerte impulso sexual, el más joven de los triunviros se había contentado con la masturbación hasta después de su matrimonio, cuando el perspicaz y agudo Mecenas decidió tomar cartas en el asunto.

Decidió que había llegado la hora de que Octaviano conociese lo que era estar con una mujer, de modo que inspeccionó el establecimiento de Mercurio Estico, famoso por sus esclavas sexuales, y encontró a la mujer ideal para Octaviano: una muchacha de veinte años con un hijo pequeño. Natural de Cilicia, la joven había sido el juguete del cabecilla de unos piratas en Panfilia, y se hacía llamar Safo, igual que la poetisa. De una belleza deslumbrante, morena de pelo y con ojos también oscuros, de formas redondas y adorables, tenía, según dijo Mercurio Estico, un carácter dulce. Mecenas se la llevó a casa y la metió en la cama de Octaviano la primera noche que éste dormía en la antigua mansión de Hortensio. El ardid funcionó: una esclava no era ninguna vergüenza, y era imposible que ejerciese alguna influencia sobre un amo como Octaviano. A él le gustaba su dócil sumisión, comprendía su situación y le dejaba pasar muchos ratos con su hijo; Octaviano valoraba la nueva madurez que le daba el hecho de tomarse libertades sexuales.

En realidad, de no haber sido por Safo, la vida de Octaviano durante los primeros días del Triunvirato habría sido extremadamente desagradable; controlar a Antonio era siempre difícil y, a veces, como en el caso de la muerte de Cicerón, imposible. Las subastas de las proscripciones no estaban produciendo los resultados económicos esperados y era labor de Octaviano cribar las listas de los informadores para ver quién disponía de suficiente dinero contante y sonante para ser un buen candidato a simpatizante de los Libertadores. Había que encontrar impuestos adicionales y lanzar indirectas a los plutócratas y banqueros de intachable reputación aconsejándoles que empezasen a realizar generosas donaciones para la compra de cereales, cuyo precio no dejaba de subir vertiginosamente. No había pasado la mitad

de diciembre cuando todas las Clases, de la Primera a la Quinta, descubrieron que tenían que pagar al Estado los ingresos de un año en metálico de manera inmediata.

Sin embargo, ni siquiera bastó con eso. A finales de diciembre, el tribuno de la plebe Lucio Clodio, un esbirro de Antonio, introdujo una *lex Clodia* que obligaba a todas las mujeres que fuesen *sui iuris* (libres de disponer de su propio dinero) a pagar los ingresos de un año inmediatamente.

Esto disgustó sobremanera a Hortensia. Viuda del hermanastro de Catón, Cepio, y madre de la única hija de éste (casada con el hijo de Ahenobarbo), Hortensia había heredado las famosas dotes retóricas de su padre mucho más que su hermano, ahora proscrito porque le había ofrecido Macedonia a Bruto. Con la viuda de Cicerón, Terencia, y un grupo de mujeres que incluía a Marcia, Pomponia, Fabia, la antigua *vestal massima*, y Calpurnia, Hortensia irrumpió en el Foro y se subió a la tribuna, seguida de las demás. Y permanecieron allí de pie, ataviadas con camisas de malla, con cascos en la cabeza, escudos a sus pies, en el suelo, y con las espadas en ristre. Era un espectáculo tan extraordinario que acudieron todos los asiduos al Foro, así como -a pesar de que al principio pasaron inadvertidas- un buen número de mujeres de todas clases, entre ellas una nutrida representación de prostitutas profesionales vestidas con togas de colores vivos, maquilladas y con pelucas chillonas.

-¡Soy una ciudadana romana! -vociferó Hortensia con un grito tan atronador que resonó en el Portico Margaritaria-. ¡También soy una mujer! ¡Una mujer de la Primera Clase! ¿Y qué significa eso exactamente? Pues ¿qué va a ser? ¡Que me acuesto en mi lecho de matrimonio virgen y luego me convierto en una de las posesiones de mi marido! ¡Él puede ejecutarme por adulterio, aunque yo no puedo reprocharle que se acueste con otras mujeres... ni con otros hombres! Y cuando enviudo, no puedo volver a casarme. En lugar de eso, debo depender de la caridad de mi familia para que me proporcione un techo bajo el que vivir, pues según la *lex Voconia* no puedo heredar ninguna fortuna, y si mi marido quiere despojarme de mi dote, ¡es muy difícil impedirselo!

¡Pam! Fue el ruido de la hoja de su espada al golpear el tachón de su escudo. El público se levantó del asiento de un salto.

-¡Ésa es la suerte que corre una mujer de la Primera Clase! Pero ¿cambiaría la situación si fuese una mujer de una clase inferior, o si no perteneciese a ninguna clase en absoluto? ¡Seguiría siendo una ciudadana romana! ¡Seguiría siendo virgen cuando me acostase en mi lecho nupcial y seguiría siendo propiedad de mi marido! Seguiría teniendo que depender de la caridad de mi familia al quedarme viuda... ¡pero al menos tendría la oportunidad de casarme con algo más que con un hombre! Podría casarme con una profesión, con un oficio, con una labor. Podría ganarme la vida por mí misma como pintora o carpintera, como médica o herbolaria. Podría vender los productos de mi jardín o mi gallinero. Si quisiese, podría vender mi cuerpo trabajando de meretriz. ¡Podría ahorrar una parte de lo que ganase y reservarlo para mi vejez!

¡Pam! Esta vez, todas las espadas de la tribuna del Foro chocaron contra los tachones de los escudos. El sector femenino del público se puso en pie, embelesado, y el sector masculino escuchó escandalizado.

-¡Por lo tanto, como ciudadana romana y mujer, me siento con pleno derecho a dejar constancia del atropello que se quiere cometer contra toda ciudadana romana y mujer que obtiene ingresos de cualquier clase y que tiene la capacidad de controlar dichos ingresos! ¡Hablo aquí en nombre de mi propia Primera Clase, cuyos ingresos proceden de la dote o de exiguas herencias, así como en nombre de todas las mujeres de clase inferior o que no pertenecen a ninguna clase en absoluto y cuyos ingresos proceden de la venta de huevos, hortalizas, de los trabajos de fontanería, pintura, construcción, prostitución, etcétera, etcétera! ¡Pues todas nosotras vamos a perder los ingresos de un año para financiar las insensateces de los hombres romanos! ¡He dicho insensateces y lo repito: insensateces!

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! Esta vez, al estruendo de las espadas al chocar contra los escudos se sumaron los címbalos de las prostitutas, los pies de las mujeres de la multitud, y el ruido prosiguió, incesante. Los asistentes al Foro parecían cada vez más furiosos, lanzaban gruñidos y alzaban los puños.

Hortensia enarboló su espada y empezó a blandirla alrededor de su cabeza.

-¿Acaso votamos las mujeres de Roma? -gritó-. ¿Elegimos a los magistrados? ¿Votamos a favor o en contra de las leyes? ¿Tuvimos acaso ocasión de votar en contra de esta deplorable *lex Clodia* que dice que debemos pagar los ingresos de un año al Erario? ¡No, lo cierto es que no tuvimos la opción de votar contra esta insensatez! Una insensatez promovida por un trío de hombres petulantes, privilegiados e imbéciles llamados Marco Antonio, César Octaviano y Marco Lepido! ¡Si Roma quiere cobrarnos impuestos, entonces Roma debe darnos el derecho al voto así como la ciudadanía! ¡Si Roma quiere cobrarnos impuestos, entonces Roma tendrá que permitirnos elegir a los magistrados, votar a favor o en contra de las leyes!

La mujer esgrimió la espada de nuevo, y esta vez todas las demás espadas imitaron su ejemplo, acompañadas por las estridentes aclamaciones de las mujeres presentes y por los bramidos de cólera de los asistentes al Foro.

-¿Y cómo van a recaudar este impuesto infame esos idiotas que gobiernan Roma? -preguntó Hortensia-. Los censores inscriben en una lista a los hombres de las cinco clases, junto con sus ingresos; pero nosotras, las ciudadanas romanas, no estamos inscritas en ninguna lista, ¿a que no? Entonces, ¿cómo van a decidir cuáles son nuestros ingresos esos idiotas que gobiernan Roma? ¿Acaso alguno de los necios de los agentes del Erario va a acercarse a una pobre viejecilla del mercado que esté vendiendo sus bordados, sus mechas para las lámparas de aceite o sus huevos y preguntarle cuánto gana al año? O, aún peor, ¿va a decidir de forma arbitraria lo que ella gana a la luz de su propia misoginia machista? ¿Acaso van a intimidarnos y a fastidiarnos, acaso van a amenazarnos y a coaccionarnos? ¿Van a hacer eso? ¿Es eso lo que van a hacer?

-¡No! -gritaron al unísono un millar de voces femeninas-. ¡No, no! -Las voces masculinas se quedaron mudas de repente: los asistentes al Foro acababan de caer en la cuenta de que las féminas los superaban en número de forma escandalosa.

-¡Pues yo creo que no! ¡Todas cuantas estamos en la tribuna de este Foro somos viudas, entre ellas la viuda de César, la Viuda de Catón y la viuda de Cicerón! ¿Acaso César cobraba impuestos a las mujeres? ¿Cobraba Catón impuestos a las mujeres? ¿Cobraba Cicerón impuestos a las mujeres? ¡No, no lo hacían! ¡Cicerón, Catón y César entendían que las mujeres no tenían voz pública! ¡El único poder legal del que disfrutamos es el derecho a disponer de nuestro propio dinero libremente, y ahora esta *lex Clodia* va a despojarnos incluso de eso! ¡Bueno, pues nos negamos a pagar este impuesto! ¡Ni un solo sestercio! ¡A menos que nos otorguen distintos derechos, como el derecho a votar, el derecho a sentarnos en el Senado y el derecho a presentarnos a las elecciones como magistrados!

Una ensordecedora aclamación sofocó sus palabras.

-¿Y qué hay de la esposa del triunviro Marco Antonio, Fulvia? -gritó Hortensia, advirtiendo con la mirada que la totalidad del Colegio de Lictores hacía su aparición por el fondo del Foro y se abría paso hacia la tribuna entre la multitud-. ¡Fulvia es la mujer más rica de Roma, y *sui iuris*! ¿Pero tiene ella que pagar este impuesto? ¡No, ella no! ¿Y por qué no? ¡Porque le ha dado a Roma siete hijos! ¡Y añadido, nada menos que tres de ellos son los villanos más repugnantes que hayan estado dentro del Foro o de una mujer! ¡Mientras que nosotras, que hemos obedecido el *mos maiorum* y hemos seguido siendo viudas, tenemos que pagar!

Avanzó hacia el borde de la tribuna y se enfrentó a los lictores, que se estaban acercando por delante.

-¡No os atreváis a detenernos! -rugió-. ¡Volved con vuestros amos y decidles de parte de la hija de Quinto Hortensio que las mujeres *sui iuris* de Roma, de las clases más altas hasta las más bajas, no piensan pagar este impuesto! ¡Y no lo pagarán! ¡Venga, marchaos! ¡Fuera! ¡Fuera!

Las mujeres de la multitud siguieron su ejemplo: -¡Fuera! ¡Fuera!

-¡Haré que proscriban a esa cerda! ¡Proscribiré a todas las cerdas! -rugió Antonio, lívido de ira.

-¡No lo harás! -repuso Lepido-. ¡No harás nada!

-Ni dirás nada -añadió Octaviano con un gruñido.

Al día siguiente, Lucio Clodio, con el rostro encendido, regresó a la Asamblea de la Plebe para revocar su ley y aprobar una nueva que obligaba a todas las mujeres *sui iuris* de Roma, incluyendo a Fulvia, a pagar al Erario una decimotercera parte de sus ingresos, pero dicha ley nunca llegó a aplicarse.

XII

AL ESTE DEL ADRIÁTICO

Desde enero hasta diciembre del 43 a.C.

Capítulo 1

El tercer día de enero, después de atravesar laboriosamente los montes Candavios en pleno invierno, Bruto y su pequeño ejército llegaron a las afueras de Dirraquio. Siguiendo las instrucciones de Marco Antonio, que se encontraba en Salona, el gobernador de Ilírico, Publio Vatinio, había ocupado el campamento de Petra con una legión. Sin dejarse intimidar, Bruto llevó sus tropas a una de las muchas fortalezas de los alrededores de la ciudad, construidas cinco años atrás, cuando César y Pompeyo Magno la habían sitiado. Pero al final la intervención de Bruto no fue necesaria. Cuando apenas habían transcurrido cuatro días, los soldados de Vatinio abrieron las puertas de Petra, se dirigieron al lugar donde estaba Bruto, y declararon que su comandante Vatinio se había marchado de regreso a Ilírico.

Bruto, de pronto, se vio al frente de un ejército compuesto por tres legiones y una caballería de doscientos hombres. Nadie estaba más sorprendido que él, ni nadie se sentía más inseguro que él ante la responsabilidad de capitanear un ejército. Sin embargo, comprendió que para dirigir a quince mil hombres se necesitaban los servicios de un *praefectus fabrum* que se ocupara de alimentarlos y equiparlos. Escribió a su viejo amigo, el banquero Cayo Flavio Hemicilo, que había cumplido con este cometido en las campañas de Pompeyo Magno, preguntándole si podría hacer lo mismo para él. Una vez resuelto este trámite, el nuevo señor de la guerra decidió avanzar hacia el sur de Apolonia, donde se encontraba la sede del gobernador de Macedonia, Cayo Antonio.

El dinero le llegaba a raudales. Primero vino el cuestor de la provincia de Asia, el joven Lentulo Spinter, con los tributos para el Tesoro. Spinter no apreciaba demasiado a Marco Antonio, por lo que después de entregar rápidamente el dinero a Bruto fue a ver a su jefe, Cayo Trebonio, para

informarle de que los Libertadores al final no iban a quedarse quietos. En cuanto hubo partido Spinter, llegó el cuestor de Siria, Cayo Antisio Veto, que se dirigía a Roma con los tributos de Siria. También él entregó el dinero a Bruto, y luego decidió quedarse. ¿Quién sabía qué pasaba en Siria? Se estaba mucho mejor en Macedonia, sin duda.

A mediados de enero, la ciudad de Apolonia se rindió sin oponer resistencia y sus legiones anunciaron que preferían a Bruto antes que al odioso Cayo Antonio. Aunque Cicerón y Antistio Veto instaron a Bruto a ejecutar al menos talentoso y afortunado de los tres hermanos Antonio, Bruto se negó. Por el contrario, le permitió a Cayo Antonio administrar el campamento y lo trató con gran cortesía.

La suerte le sonrió todavía más a Bruto cuando Creta, la provincia que le había sido adjudicada originariamente por orden del Senado, y Cirenaica, asignada a Casio, le informaron de que estarían dispuestas a actuar en función de los intereses de los Libertadores si, a cambio, les enviaban gobernadores adecuados. Bruto, encantado, les complació sin demora.

En ese momento poseía seis legiones, una caballería de seiscientos hombres y nada menos que tres provincias, Macedonia, Creta y Cirenaica. Casi antes de que pudiera asimilar tanta magnificencia, Grecia, Épiro y la Tracia Exterior también se declararon aliadas. Aquello era asombroso.

Entusiasmado, Bruto escribió al Senado de Roma, informándole de estos hechos. El resultado fue que en los idus de febrero el Senado ratificó oficialmente su cargo de gobernador de todos esos territorios, y luego añadió a sus dominios la provincia de Ilírico, que había gobernado Vatinio. ¡De pronto se encontró convertido en gobernador de casi la mitad del Imperio romano de Oriente!

Entonces llegaron noticias de la provincia de Asia. Al parecer, Dolabela había torturado y decapitado a Cayo Trebonio en Esmirna, un hecho terrible. Pero ¿qué había sido del gallardo Lentulo Spinter? Poco después le llegó una carta de Spínter en la que le decía que Dolabela había llegado inesperadamente a Éfeso para averiguar dónde había escondido Trebonio el dinero de la provincia. Pero Spínter se había hecho el tonto y Dolabela,

frustrado, simplemente le echó de allí antes de iniciar su marcha a Capadocia.

Ahora Bruto temía por Casio, de quien no tenía noticia. Le escribió a varios lugares advirtiéndole que Dolabela se dirigía a Siria, pero no tenía modo de saber si le había llegado alguna de las cartas.

En medio de todo esto, Cicerón escribió varias veces a Bruto para rogarle que regresara a Italia, una alternativa tentadora ahora que Bruto gozaba del favor oficial. Al final Bruto decidió que lo mejor que podía hacer era mantener el control de la vía romana que atravesaba Macedonia y Tracia en dirección este: la Via Egnatia. Además, si Casio lo necesitaba, podría acudir rápidamente en su ayuda.

Bruto había conseguido rodearse de un pequeño grupo de seguidores nobles, entre los que se encontraban el hijo de Ahenobarbo y el de Cicerón. También estaban Lucio Bibulo, el hijo que había tenido el gran Lúculo con la hermana menor de Servilia, y otro cuestor que había desertado, Marco Apuleyo. Aunque la mayoría estaba en la veintena y algunos ni siquiera llegaban a esa edad, Bruto los nombró a todos legados, los distribuyó por las legiones y se consideró muy afortunado.

Lo peor de no estar en Italia era la ambigüedad de las noticias que llegaban de Roma. Aunque una docena de personas escribía a Bruto regularmente, lo que decía una contradecía lo que decían las demás. Las perspectivas eran diferentes, a veces contradictorias; a menudo presentaban los rumores como si fueran hechos incontrovertibles. Después de la muerte de Pansa e Hirtio en los campos de batalla de la Galia Cisalpina, le comunicaron que Cicerón sería nombrado cónsul superior y Octaviano, que tenía diecinueve años, cónsul inferior. A continuación le llegó otra carta que afirmaba que Cicerón ya era cónsul. El tiempo vino a corroborar que ninguna de las dos noticias era cierta, pero ¿cómo distinguir la verdad de la ficción hallándose tan lejos? Porcia lo importunaba con las historias de sus infortunios a manos de Servilia, mientras que ésta le envió una de sus infrecuentes y lacónicas misivas donde le informaba de que su esposa estaba loca, que Cicerón había insistido en que no quería ser cónsul, pero que estaban colmando de honores al joven Octaviano. Así que cuando el

propio Senado ordenó a Bruto que regresara a Roma, él hizo caso omiso de la orden. ¿Quién decía la verdad? ¿Cuál era la verdad?

Indiferente a la cortesía de Bruto, Cayo Antonio había comenzado a crear problemas; le había dado por ponerse la toga con la cenefa púrpura y por arengar a los soldados de Bruto sobre la injusticia de su cautividad y su rango de gobernador. Cuando Bruto le prohibió usar la toga con la cenefa púrpura, él se la cambió por una blanca y siguió predicando a las tropas, obligando a Bruto a recluirlo en sus dependencias y ponerle una guardia permanente. De momento, Cayo Antonio no había impresionado a las fuerzas armadas, pero Bruto se sentía demasiado inseguro de su poder para dejar de vigilarlo.

Cuando el hermano mayor, Marco Antonio, envió tropas de choque a Macedonia para ayudar a Cayo, las tropas se rindieron a Bruto en vez de combatirlo, con lo que ahora Bruto contaba con siete legiones y mil caballos.

Envalentonado por su poderío militar, Bruto decidió que había llegado el momento de ir hacia el este para rescatar a Casio de las manos de Dolabela. Como guarnición dejó en Apolonia la legión original de Macedonia y encargó la custodia del hermano de Antonio a Cayo Claudio, uno de los muchos Claudios de ese díscolo clan de patricios que conformaban la familia de los Claudios.

Aunque comenzó su marcha desde Apolonia en los idus de mayo, no alcanzó el Helesponto hasta finales de junio, señal de que Bruto no sabía moverse con rapidez. Tras cruzar el Helesponto, se dirigió a Nicomedia, la capital de Bitinia, donde se alojó en el palacio del gobernador. Su compañero Libertador, el gobernador Lucio Tilio Cimbro, había cogido sus bártulos y se había dirigido hacia el este, a Ponto, mientras que el cuestor de Cimbro, el Libertador Décimo Turulio, había desaparecido misteriosamente; nadie, pensó Bruto con amargura, quiere verse envuelto en una guerra civil.

Entonces llegó una carta de Servilia.

Tengo malas noticias para ti, aunque sean buenas para mí. Porcia ha muerto. Como te dije en mi correspondencia anterior, desde que te fuiste no

ha estado bien. Imagino que otros ya te lo habrán contado.

Al principio comenzó a descuidar su aspecto, después se negó a comer. Cuando la amenacé con atarla y alimentarla por la fuerza si fuera necesario, cedió y accedió a comer apenas lo suficiente para sobrevivir, aunque acabó en los huesos. Más tarde empezó a sufrir ataques en los que hablaba sola. Deambulaba por la casa parloteando y farfullando, aunque nadie podía entender qué decía. Palabras absurdas, sin el menor sentido.

Aunque la vigilaba de cerca, debo confesar que ella era demasiado astuta para mí. ¿Cómo habría podido adivinar yo para qué había pedido un brasero? Habían transcurrido tres días desde los idus de junio y el tiempo era más bien fresco. Simplemente creí que tenía frío debido a lo poco que comía. Desde luego temblaba y le castañeteaban los dientes.

Su criada Silvia la encontró muerta alrededor de una hora después de que le hubieran instalado el trípode con el brasero encendido en su cuarto de estar. Se había comido los carbones al rojo vivo y, cuando la encontraron, aún tenía uno en la mano. Al parecer ésa era la comida que deseaba, ¿no?

Tengo sus cenizas, pero no sé qué querrás hacer con ellas; quizá desees mezclarlas con las de Catón, ahora que han traído las de él desde Itaca, o bien prefieras guardarlas para mezclarlas con las tuyas. ¿O quieres construir una tumba para ella sola? Puedes pagarla, si ése es tu deseo.

Bruto soltó la carta como si también quemara, con los ojos muy abiertos pero sin ver lo que tenía delante. Imaginó la escena en la que Servilia ataba a su esposa a una silla, le abría la boca al máximo y le metía los trozos de carbón por la garganta.

¡Ah, sí, madre, fuiste tú! ¡Tú concebiste esta idea cuando amenazaste con que obligarías a comer a mi pobre y atormentada niña! Esa horrible crueldad te habrá encantado; eres la persona más cruel que conozco. ¿Es que me tomas por tonto, madre? Nadie, por muy loco que esté, puede suicidarse de este modo. Los propios reflejos del cuerpo impedirían hacer algo así. ¡Tú la ataste y la obligaste a tragar los trozos de carbón! ¡Qué agonía! ¡Ah, Porcia, mi pilar, mi pasión! Mi amada, el centro de mi ser. La hija de Catón, tan valiente, tan vital, tan apasionada.

Bruto no lloró. Ni siquiera destruyó la carta. En cambio, salió al balcón y se quedó mirando los bosques que cubrían las colinas lejanas. Te maldigo, madre. Ojalá te visiten las Furias todos los días de tu vida. Ojalá nunca tengas un momento de paz. Me consuela saber que tu amante Aquila murió en Mutina, aunque nunca has sentido nada por él. Aparte de César, la única pasión de toda tu vida ha sido tu odio a Catón, tu propio hermano. Pero el hecho de que hayas matado a Porcia es una señal para mí de que no esperas volver a verme. De que crees que mi causa no tiene futuro y de que no tengo la menor posibilidad de éxito. Pues si vuelvo a verte alguna vez, ten por seguro que morirás igual, atada y obligada a comer carbones ardientes.

Cuando el rey Dejotaro le envió a Bruto una legión de infantería y le dijo que haría todo lo que estuviera en sus manos para ayudar a los Libertadores, Bruto escribió (en vano, como luego se comprobaría) a todas las ciudades de la provincia de Asia exigiendo tropas, barcos, y también dinero. A Bitinia le pidió doscientos barcos de guerra y cincuenta de transporte, pero no había nadie capaz de realizar el envío, y los *socii* locales tampoco cooperaron. El cuestor de Cimbro, Turulio, según descubrió Bruto, se había llevado todo lo que podía ofrecer la provincia y se había puesto a las órdenes de Casio.

Las novedades de Roma seguían siendo alarmantes. Marco Antonio era un enemigo público de segunda clase y lo mismo ocurría con Lepido. Fue entonces cuando Cayo Claudio, el legado que Bruto había dejado a cargo de Apolonia, le escribió para decirle que había oído de fuentes absolutamente fidedignas que Marco Antonio estaba preparando una invasión a gran escala de Macedonia occidental para rescatar a su hermano. Claudio reaccionó aislándose, junto con la Legio Macedonica, en Apolonia y matando a Cayo Antonio, siguiendo una lógica muy típica de los Claudio: en cuanto Marco Antonio supiera que su hermano estaba muerto, detendría la invasión.

Oh, Cayo Claudio, ¿por qué has hecho eso? Marco Antonio es sólo un *inimicus*, ¿no está en condiciones de organizar una invasión para rescatar a nadie!

De todas formas, Bruto se sintió aterrorizado. Nadie podía adivinar lo que haría Marco Antonio cuando se enterara de que su hermano estaba

muerto. Bruto apostó a unas cuantas de sus legiones en un campamento junto al río Gránico, en Bitinia, y ordenó que el resto regresara hacia el oeste, hasta Salónica, mientras él avanzaba con rapidez para ver qué ocurría en la costa adriática de Macedonia.

No ocurría nada. Cuando llegó a Apolonia a finales de julio, se encontró con que la Legio Macedonica estaba investigando con entusiasmo los rumores de que las tropas de Antonio habían aparecido en un sitio o en otro.

-Pero todos los informes son falsos -dijo Cayo Claudio.

-Claudio, ¿no has debido ejecutar a Cayo Antonio!

-¡Claro que sí! -dijo Cayo Claudio, sin arrepentirse-. Desde mi punto de vista, el mundo está mucho mejor sin el *Cunnus*. Además, como ya te dije en mi carta, seguro que si Marco se entera de la muerte de su hermano, no se molestará en venir a rescatar un cadáver. Yo habré hecho bien.

Bruto alzó las manos al cielo. ¿Quién podía hacer razonar a un Claudio? Estaban todos locos. Por consiguiente, regresó a Salónica, donde se encontró con sus legiones y con Cayo Flavio Hemicilo, que ya se habían puesto manos a la obra.

Casio por fin dio señales de vida, informando al sorprendido Bruto de que Siria ya era definitivamente suya. Dolabela había muerto y Casio estaba planeando invadir Egipto y castigar a la reina por no haberlo ayudado. Eso le llevaría dos meses, decía Casio, después de lo cual comenzaría a organizar una expedición para invadir el reino de los partos. Había que arrancar de los pedestales de Ecbatana aquellas siete águilas romanas que Craso se había llevado de Carres.

-Casio ya tendrá qué hacer por lo menos durante algún tiempo -dijo Hemicilo, uno de esos hombres que la noble Roma producía por docenas: meticoloso, eficiente, astuto-. Mientras esté ocupado, a tus tropas les sentaría muy bien que las entretuvieras con una breve campaña.

-¿Una breve campaña? -preguntó Bruto con cautela.

-Sí, contra los tracios besios.

Resultaba que Hemicilo se había hecho amigo de un príncipe tracio llamado Rascupolis, cuya tribu era súbdita del rey Sadala de los besios, el pueblo más granae de la Tracia interior.

-Quiero la independencia para mi tribu -dijo Rascupolis cuando se lo presentaron a Bruto-, y el título de Amigo y Aliado del Pueblo Romano. A cambio, os ayudaré a conseguir la victoria contra los besios.

-Pero los besios son unos guerreros formidables, objetó Bruto.

-Sin duda, lo son, Marco Bruto. Sin embargo, tienen sus debilidades y yo conozco cada una de ellas. Utilízame como mentor y te prometo una victoria sobre los besios en un solo mes, así como un buen botín de guerra.

Como tantos otros tracios de la costa, Rascupolis no parecía un bárbaro; vestía bien, no tenía tatuajes, hablaba griego ático y se comportaba como cualquier hombre civilizado.

-¿Tú eres el jefe de tu tribu, Rascupolis? -preguntó Bruto, intuyendo que el otro le escondía algo.

-Lo soy, pero tengo un hermano mayor, Rascus, que cree que él debería ser el jefe -confesó Rascupolis.

-¿Y dónde está ese Rascus?

-Se ha marchado, Marco Bruto. No constituye ningún peligro para nosotros.

Tampoco él representaba ningún peligro. Bruto condujo sus legiones hasta el corazón de Tracia, una zona enorme que se extendía desde los ríos Danubio y Estrimón hasta el mar Egeo, formada en su mayoría por tierras bajas y, como pronto descubrió Bruto, capaz de producir trigo aun en medio de aquella sequía que asolaba toda la región. Para Bruto alimentar a las tropas se había transformado en una obligación muy cara, pero con el grano besio que llegaba transportado en un interminable desfile de enormes carros tirados por bueyes, podía encarar el futuro invierno con mejor ánimo.

La campaña había durado hasta el mes de *sextilis* y, al final, Marco Junio Bruto, aquel poco marcial administrador de César, había logrado entretener a su ejército con una batalla en la que hubo el menor número de bajas posibles. Ese mismo ejército lo había vitoreado como emperador en el campo de batalla, lo que le permitió celebrar el triunfo; el rey Sadala se había rendido e iba a aparecer en el desfile de la victoria. Rascupolis se transformó en el dirigente indiscutible de toda Tracia y se le aseguró que recibiría el título de Amigo y Aliado tan pronto como el Senado contestara

al informe de Bruto. Ni a Rascupolis ni a Bruto se les ocurrió pensar qué había sido de Rascus, el hermano mayor expulsado del liderazgo. Y Rascus tampoco tenía la intención, de momento, de comunicarles desde su escondite que estaba buscando la manera de resolver el problema de cómo convertirse en el rey Rascus de Tracia.

Ese año, a mediados de septiembre, Bruto cruzó por segunda vez el Helesponto y recogió a las legiones que había dejado apostadas junto al río Gránico.

En esto se enteró de que Octaviano y Quinto Pedio habían sido nombrados cónsules, y enseguida escribió a Casio, instándolo a abandonar rápidamente cualquier campaña que tuviera entre manos contra Egipto o los partos. Debía dirigirse al norte y reunirse con sus propias fuerzas, puesto que ahora que el monstruoso Octaviano controlaba Roma, todo había cambiado. Un niño destructivo tenía en sus manos el juguete más complejo y poderoso del mundo.

En Nicomedia, Bruto se enteró de que el gobernador y Libertador Lucio Tilio Cimbrio había partido del Ponto para unirse a Casio, pero había dejado a Bruto una flota de sesenta barcos de guerra.

Éste entonces decidió ir a Pérgamo, donde exigió un tributo, aunque no intentó modificar las disposiciones de César en lo concerniente al rey Mitrídates de Pérgamo, al que permitió mantener su pequeño feudo siempre que hiciera una importante donación al voraz cofre de guerra de Bruto. Atrapado, Mitrídates entregó el tributo.

En noviembre Bruto por fin llegó a Esmirna y se instaló a esperar a Casio. El dinero contante de la provincia de Asia se le había acabado hacía tiempo, sólo quedaban las riquezas de los templos: estatuas de oro o plata, objetos de arte, orfebrería. Reprimiendo sus escrúpulos, Bruto lo confiscó todo, fundió el botín y acuñó monedas. Si César había puesto su perfil en las monedas que se acuñaron cuando vivía, pensó, lo mismo podía hacer él. De ese modo, las monedas de Bruto lo mostraban de perfil, con diversas alabanzas a los idus de marzo en el reverso: un gorro de la libertad, un puñal, las palabras EID MAR.

Cada vez más hombres se habían adherido a su causa. Marco Valerio Mesala Corvino, hijo de Mesala Níger, había llegado a Esmirna para unirse a Bruto junto con Lucio Gelio Poplicola, antiguo amigo íntimo de Antonio. También aparecieron los hermanos Casca, y Tiberio Claudio Nerón, el menos apreciado de todos los incompetentes que habían rodeado a César, que vino acompañado por un pariente cercano de los Claudios, Marco Livio Druso Nerón. Pero, sobre todo, Sexto Pompeyo, que controlaba los mares al oeste de Grecia, les había dejado saber que no pondría trabas a los Libertadores.

El único problema que había tenido Bruto con sus hombres se lo había causado el hijo de Labieno, Quinto, quien había dado indicios de superar a su padre en todo lo referente a salvajismo bárbaro. Bruto se preguntaba qué podía hacer con Quinto Labieno antes de que la conducta del joven lo perjudicara. Fue Hemicilo, el banquero, el que le dio la solución.

-Envíalo de embajador a la corte del rey de los partos. Allí se sentirá como en su propia casa.

Y así lo hizo Bruto, una decisión que tendría consecuencias de largo alcance en un futuro bastante lejano.

Pero lo más inquietante eran las noticias de que los cónsules de Roma habían juzgado a los Libertadores, declarándolos *nefas* y desposeyéndolos de su ciudadanía y sus propiedades. Se lo habían contado los hermanos Casca. Ahora Bruto ya no podía retroceder, ni podía confiar en la posibilidad de llegar a un acuerdo con el Senado de Octaviano.

Capítulo 2

Hacia mediados de enero, Casio tenía seis legiones y la provincia de Siria bajo sus órdenes, salvo la región de Apameia, donde el rebelde Cecilio Baso todavía resistía. Al final Baso abrió las puertas de Apameia y ofreció a Casio sus dos excelentes legiones, lo que aumentó el ejército de Casio a ocho legiones. En cuanto los diferentes distritos de la provincia supieron que el legendario Cayo Casio había regresado, cesaron las luchas entre las facciones locales.

Antipater vino a toda prisa desde Judea para asegurarle a Casio que los judíos estaban de su parte. Bruto lo envió de regreso a Jerusalén con la orden de recoger dinero y asegurarse de que ningún elemento hostil entre los judíos creara problemas. Los judíos siempre habían estado de parte de César, que había sido amante de los judíos, mientras que Casio nunca había sido afín a ellos, pero quería sacar el máximo provecho a este pueblo torpe y rebelde.

Cuando Antipater se enteró de que Aulo Alieno, que había ido a Alejandría para conseguir las cuatro legiones de la región para Dolabela, se dirigía al norte con dichas legiones, envió un mensaje a Casio, en Antioquía. Casio fue al sur, se reunió con Antipater y entre los dos enseguida persuadieron a Alieno de que se rindiera con las cuatro legiones. El ejército de Casio ahora contaba con doce legiones muy experimentadas y una caballería de cuatro mil hombres, la fuerza más formidable del mundo romano. Si también hubiera tenido barcos, su felicidad habría sido perfecta, pero no tenía ni uno. O eso pensaba.

Sin que Casio lo supiera, el joven Lentulo Spinter se había reunido con los almirantes Pastico, Sextilio Rufo y el Libertador Casio Parmensio, y habían atacado la flota de Dolabela, que navegaba hacia las costas de Siria. El propio Dolabela había viajado por tierra, atravesando Capadocia. Cuando

Dolabela cruzó las montañas Amanos y llegó a Siria, ignoraba que Spinter, Pastico y los otros estaban derrotando a su flota y haciéndose con la mayoría de los buques para ponerlos a las órdenes de Casio.

Horrorizado, Dolabela se encontró con que toda Siria estaba en contra de él; incluso Antioquía le cerró las puertas y anunció que pertenecía a Cayo Casio, el verdadero gobernador de Siria. Apretando los dientes, Dolabela intentó negociar una salida con los ancianos de la ciudad portuaria de Laodicea: si Laodicea le prestaba ayuda y le concedía refugio, él la convertiría en capital de Siria en cuanto le hubiera dado a Casio una merecida lección. Los ancianos aceptaron la oferta con presteza. Mientras Dolabela fortificaba Laodicea, envió agentes para sobornar a las tropas de Casio, pero no tuvo ningún éxito. Todos los soldados se mantuvieron fieles a su héroe, Cayo Casio. ¿Quién era ese Dolabela? Un borracho camorrista que había torturado y decapitado a un gobernador romano.

En abril, Casio todavía ignoraba el éxito marítimo que Spinter y los demás estaban consiguiendo. Convencido de que Dolabela pronto iba a disponer de cientos de barcos. Casio envió embajadores a la reina Cleopatra para exigirle, sin demora, una gran flota de barcos de guerra y de transporte. Cleopatra se negó: Egipto estaba sufriendo una pestilencia y una hambruna y, en consecuencia, no se encontraba en disposición de ayudar. Pero el regente de Cleopatra en Chipre sí envió barcos a Casio, y lo mismo hicieron Tiro y Arado en Fenicia, pero no en número suficiente como para satisfacer a Casio, que decidió invadir Egipto y demostrar a la reina que un Libertador no debía ser tomado a la ligera.

Dolabela se atrincheró en Laodicea, seguro de que su flota estaba a punto de llegar y de que Marco Antonio ya le habría enviado tropas de refuerzo. No sabía que Antonio ahora era un *inimicus* en lugar de ser el procónsul de la Galia Cisalpina.

Laodicea se encontraba en el extremo más elevado de un promontorio bulboso que se unía a la Siria continental por un istmo de menos de cuatrocientos metros de ancho. Esta situación geográfica hacía que fuera muy difícil sitiar la ciudad. Las legiones de Dolabela estaban apostadas alrededor de las murallas de la población, parte de las cuales habían sido

demolidas y reconstruidas a lo ancho del istmo. A mediados de mayo empezaron a llegar unos cuantos barcos, y los capitanes aseguraron a Dolabela que el resto de la flota no tardaría en aparecer.

Pero en realidad nadie sabía lo que hacían los demás, lo que contribuyó a los avatares de la guerra en Siria tanto como cualquier proeza de los altos mandos. Spinter se había ido a la ciudad panfilia de Perga para recoger el alijo del difunto Trebonio a fin de dárselo a Casio. Mientras tanto, sus colegas Pastico, Sextilio Rufo y Casio Parmensio perseguían a la flota de Dolabela por el mar. Una situación que tanto Dolabela como Casio desconocían por completo mientras Casio llevaba a parte de su ejército a Laodicea, donde se puso a construir un terraplén impresionante que atravesaba el istmo; justo delante de la muralla. Una vez construido el terraplén, dispuso la artillería sobre él y atacó a Dolabela despiadadamente.

En ese momento, Casio por fin se enteró de que le pertenecía toda la flota. Casio Parmensio llegó con una flotilla de quinqueremes, atravesó la cadena que impedía el paso hacia el puerto de Laodicea, entró en él y hundió cada uno de los barcos de Dolabela que estaba fondeado allí. El bloqueo era total. Ningún abastecimiento podía llegar a Laodicea.

El hambre asoló la ciudad, al igual que las enfermedades, pero la ciudad aguantó hasta principios de julio, cuando el comandante al mando de las murallas abrió las puertas y permitió que las tropas de Casio entraran en la ciudad. Cuando las tropas llegaron, Publio Cornelio Dolabela se había suicidado.

Ahora Siria pertenecía a Casio, desde la frontera con Egipto hasta el río Éufrates, tras el cual se escondían los partos, que no sabían qué ocurría y se sentían reacios a invadir Siria sabiendo que Casio andaba cerca de allí.

Sorprendido de su buena suerte, pero convencido de que se la merecía, Casio escribió a Roma y a Bruto, tan satisfecho de sí mismo que llegó a creerse invencible. El era mejor que César.

Ahora, sin embargo, tenía que encontrar el dinero para mantener su empresa en funcionamiento, una tarea nada fácil en una provincia que primero había sido expoliada por Metelo Escipión al servicio de Pompeyo Magno, y luego por César a modo de venganza. Casio decidió adoptar la

técnica de César, y pidió a la ciudad y a los distritos la misma cantidad que habían pagado a Pompeyo, a sabiendas de que no le darían ni de cerca una suma parecida a la estipulada. Sin embargo, cuando se conformó con lo que le dieron, quedó como un hombre clemente y moderado.

Como habían sido tan leales a César, los judíos fueron castigados con más encono. Casio exigió setecientos talentos de oro, cantidad que el pueblo de Judea sencillamente no tenía. Craso les había robado el oro del Gran Templo y desde entonces los romanos no les habían permitido acumular más. Antipater hizo lo que pudo, repartiendo la tarea de obtener el oro entre sus dos hijos, Fasael y Herodes, y también un cierto Málico, partidario secreto de una facción que se había propuesto liberar a Judea del rey Hircanio y su adulator Antipater de Idumea.

De los tres recaudadores, Herodes fue el que tuvo más éxito. Llevó cien talentos de oro a Casio, que estaba en Damasco, y se presentó ante el gobernador de una manera de lo más humilde y encantadora. Casio lo recordaba muy bien de los tiempos en Siria; aunque entonces Herodes era muy joven, le había causado una profunda impresión, y ahora se quedó fascinado al ver lo que había sido del feo muchacho. Decidió que le gustaba el idumeo astuto, que nunca sería rey porque su madre era gentil. Lástima, pensó Casio. Herodes abogaba ardientemente por la presencia de Roma en Oriente y, de haber sido rey de los judíos, habría hecho de los judíos unos súbditos romanos leales. Al menos, Roma tenía afinidad con Judea; la alternativa, el poder en manos del rey de los partos, era de lejos mucho más espantosa.

Los otros dos recaudadores tuvieron mucho menos éxito que Herodes. Antipater recolectó lo suficiente como para que la contribución de Fasael pareciera respetable, pero Málico fracasó estrepitosamente porque no estaba dispuesto a dar nada a los romanos. Casio, que quería demostrar que iba en serio, mandó llamar a Málico para que fuera a Damasco y lo condenó a muerte. Antipater llegó corriendo con otros cien talentos y rogó a Casio que no ejecutara la condena; Casio, apaciguado, perdonó a Málico y Antipater se lo llevó de vuelta a Jerusalén, sin saber que a Málico le hubiera encantado ser mártir.

Algunas comunidades como Gomfa, Laodicea, Emaús y Tamna, fueron saqueadas y destruidas hasta los cimientos y, sus habitantes, vendidos en los mercados de esclavos de Sida y Antioquía.

Así, ahora Casio tenía tiempo libre para pensar en la invasión de Egipto. No sólo porque pretendía castigar a Cleopatra; también porque se decía que Egipto era el país más rico del mundo, exceptuando quizás el reino de los partos. Casio pensó que en Egipto encontraría los fondos para gobernar Roma. ¿Y Bruto? Bruto podría ser el jefe de la burocracia. Casio ya no creía en la causa de la República, la consideraba más muerta que César. Él, Cayo Casio Longino, sería el nuevo rey de Roma. Entonces llegó la carta de Bruto.

He recibido terribles noticias de Roma, Casio. Te envío esto urgentemente con la esperanza de que te lo entreguen antes de que inicies la invasión de Egipto. Eso, de momento, es imposible.

Octaviano y Quinto Pedio son cónsules. Octaviano marchó sobre Roma y la ciudad se rindió sin un murmullo de protesta. Parece muy probable que estalle una guerra civil entre los nuevos cónsules y Marco Antonio, que se ha aliado con los gobernadores de las provincias occidentales. A Antonio y Lepido los han declarado proscritos, y a los Libertadores nos han juzgado y declarado *nefas* en las cortes de Octaviano. Nos han confiscado todas nuestras propiedades, aunque Ático me ha escrito asegurándome que se ha hecho cargo de Servilia, Tertulia y Junia. Vatia Isaurico y Junia no quieren saber nada de ellos. Décimo Bruto ha sido vencido en la Galia Cisalpina y ha huido, nadie sabe adónde.

Ésta es nuestra oportunidad de conquistar Roma. Si Antonio y Octaviano liman sus diferencias -aunque no creo que lo hagan-, seremos proscritos el resto de nuestra vida. Por lo tanto, si todavía no has partido hacia Egipto, no lo hagas. Tenemos que mantenernos unidos y tratar de tomar Italia y Roma. Puede que seamos capaces de reconciliarnos con Antonio algún día, pero ¿con Octaviano? Jamás. El heredero de César es obstinado y ya decidió que todos nosotros debemos morir en la pobreza y ser desposeídos de todos nuestros derechos.

Deja las legiones que estimes necesario para defender Siria durante tu ausencia y ven a reunirme conmigo tan pronto como puedas. Ya he conquistado a los besios y tengo una cantidad importante de grano y comida en general, con lo que nuestros ejércitos podrán alimentarse. Algunas zonas de Bitinia y Ponto han dado cosechas, que serán para nosotros y no para Octaviano, que las necesita para pacificar a Roma. He oído que Italia y Occidente están tan secos como Grecia, África o Macedonia. Debemos actuar ahora, Casio, mientras podamos dar de comer a nuestros hombres, y mientras tengamos dinero en nuestros cofres de guerra.

Porcia ha muerto. Mi madre dice que se ha suicidado. Estoy desolado.

Casio le contestó inmediatamente. Sí, él iría a la provincia de Asia, probablemente atravesando Capadocia y Galacia. ¿Acaso Bruto pretendía librar una guerra contra Octaviano y luego llegar a un acuerdo con Antonio?

Rápidamente le llegó una respuesta: sí, esas eran las intenciones de Bruto. Ponte en marcha, Casio, nos encontraremos en Esmirna en diciembre. Envía tantos barcos como te sea posible.

Casio eligió a sus dos mejores legiones y apostó una en Antioquía y la otra en Damasco; después nombró gobernador provisional a su seguidor más leal, un antiguo centurión llamado Fabio. Por experiencia Casio sabía que dejar a un noble al mando sólo significaba problemas a corto plazo, una idea que César hubiera aprobado con entusiasmo.

Poco antes de que Casio abandonara los alrededores de Antioquía para dirigirse al norte, se enteró por Herodes de que el ingrato Málico había envenenado a su benefactor Antipater en Jerusalén y que, además, se vanagloriaba de ello.

«Lo tengo prisionero -escribió Herodes-. ¿Qué hago con él?»

«Véngate», contestó Casio.

Y eso hizo Herodes. Llevó al judío fanático Málico a Tiro, el enclave de la industria del tinte púrpura y la cuna del odiado dios Baal. Era, por lo tanto, un lugar execrable para cualquier judío. Dos soldados de Casio condujeron a Málico, desnudo y descalzo, hasta una masa putrefacta de conchas de mariscos, y allí, muy lentamente, lo mataron delante de

Herodes. El cuerpo de Málico fue abandonado para que se pudriera entre los murex.

Cuando Casio se enteró de la venganza de Herodes, se rió por lo bajo y pensó que Herodes era un hombre muy interesante.

Al pasar por el desfiladero de las montañas de Amano que se llama las Puertas de Siria, Tilio Cimbro, el Libertador y gobernador de Bitinia y Ponto, se unió a Casio con una legión de tropas del Ponto. Esta nueva adición elevó el número de legiones a once y agregó tres mil soldados en la caballería: el mismo número de caballos que Casio calculaba que los pastizales podrían alimentar de ese lado de la verde Galacia.

Cimbro y Casio decidieron que debían avanzar lentamente para exprimir el máximo de dinero de todos los lugares que atravesaran.

En Tarso, Cimbro y Casio exigieron a la ciudad la fantástica suma de quince mil talentos de oro e insistieron en que se les pagara antes de partir. Los aterrorizados consejeros de la ciudad derritieron cada uno de los objetos preciosos de los templos y luego vendieron como esclavos a los tarsos libres pobres. Como ni siquiera con eso consiguieron acercarse a la suma que se les exigía, siguieron vendiendo a tarsos como esclavos, ascendiendo en la escala social. Cuando lograron reunir quinientos talentos de oro, Casio y Cimbro se declararon satisfechos y partieron a través de las Puertas de Cilicia hacia Capadocia.

Habían enviado la caballería para que los precediera y exigiera dinero al rey Ariobarzanes, que contestó llanamente que no tenía dinero y les mostró los agujeros en las puertas y los postigos de las ventanas, allí donde en su día había habido clavos de oro. El viejo rey fue asesinado en el acto y su palacio, así como los templos de Eusebia Mazaca, fueron saqueados con poco provecho. Dejotaro de Galacia aportó infantería y caballería en vez de dinero, y luego tuvo que presenciar cómo saqueaban sus templos y palacios. Se nota, pensó Dejótaro cansado, que Bruto y Casio se dedican a ejercer de prestamistas. Para ellos no hay nada sagrado excepto el dinero.

A principios de diciembre, Casio, Cimbro y el ejército llegaron a la provincia de Asia por las hermosas y salvajes montañas de Frigia, luego siguieron el curso del río Hermo hasta el mar Egeo. La reunión con Bruto

tendría lugar muy cerca de allí, en un sitio al que se accedía por una buena vía romana. Decidieron no fijarse en que todas las personas con que se cruzaban parecían pobres y oprimidas, en que cada templo y cada edificio público tenía un aspecto viejo y abandonado. Mitrídates el Grande había sembrado más caos en Asia que cualquier romano.

Capítulo 3

Cuando Cleopatra llegó a Alejandría en junio, tres meses después de la muerte de César, encontró a Cesarión sano y salvo bajo la custodia de Mitrídates de Pérgamo, lloró en el regazo de su tío, le agradeció cariñosamente todos los cuidados que había prestado a su reino y lo envió de regreso a Pérgamo cargado con mil talentos de oro. Un oro que le fue muy útil cuando Bruto le exigió tributo: Mitrídates pagó la cantidad exigida y no dijo nada del resto de lingotes que aún tenía en sus arcas secretas.

El hijo de Cleopatra tenía a la sazón tres años de edad, era alto, rubio, con los ojos azules y cada día se parecía más a César. Sabía leer y escribir, hablar un poco de asuntos de Estado y estaba fascinado con la suerte que le había correspondido por nacimiento. Una feliz casualidad. Había llegado, pues, el momento de decir adiós a Ptolomeo XIV Filadelfo, el hermanastro y esposo de Cleopatra. El niño de catorce años fue entregado a Apolodoro, que lo mandó estrangular y anunció a los ciudadanos alejandrinos que la muerte de su rey se había debido a una enfermedad hereditaria. Lo que no dejaba de ser cierto. Cesarión ascendió al trono como Ptolomeo XV César Filópator Filométor, es decir, Ptolomeo César, amante de su padre y de su madre. Cha'em, alto sacerdote de Ptah, lo ungió faraón, y fue nombrado Señor de las dos Damas, el de la juncia y la Abeja; también se le adjudicó su propio médico, Hapd'efan'e.

Pero Cesarión no podía casarse con Cleopatra. El incesto entre padre e hija o madre e hijo era religiosamente inaceptable. Cleopatra se lamentó por la hija que César nunca le había dado. Un misterio y claramente la voluntad de los dioses, pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Ella, la personificación del Nilo, no había concebido, ni siquiera esos últimos meses, cuando César y ella pasaron juntos en Roma tantas noches de amor. Cuando le vino la menstruación en el momento en que su barco zarpaba de Ostia, se tiró al

suelo en el puente del barco y se puso a chillar, a arrancarse el cabello y golpearse los pechos. ¡Se había retrasado y estaba segura de estar embarazada! Ahora Cesarión ya nunca tendría una hermana o hermano del mismo padre.

En el tiempo en que habría tardado en llegar a Cilicia desde Alejandría la noticia de que Egipto tenía un nuevo rey, Cleopatra recibió una carta de su hermana Arsinoe. A pesar de los planes de César de que Arsinoe pasara el resto de sus días al servicio de Artemisa de Éfeso, ésta se había escapado en cuanto supo que César había sido asesinado. Se había refugiado en el reino de Olba, donde se decía que seguían gobernando los descendientes de Teucro, el arquero y hermano de Áyax. Lo explicaban los textos de la biblioteca de Alejandría que Cleopatra había consultado en cuanto se enteró del paradero de Arsinoe, con la esperanza de encontrar la manera de eliminar a su hermana. Los textos describían el reino como un lugar extraordinariamente hermoso, con desfiladeros, ríos blancos y rápidos y picos serrados de muchos colores; sus habitantes vivían en casas espaciosas, excavadas en el interior de las rocas, que eran cálidas en invierno y frescas en verano. Este pueblo también fabricaba exquisitos encajes que eran una importante fuente de ingresos de Olba. Tras leer esta información, Cleopatra se desanimó. En ese lugar Arsinoe estaba lo suficientemente segura como para sentirse inviolable, intocable.

En la carta Arsinoe preguntaba si podía volver a Egipto y ocupar otra vez el puesto que le correspondía de princesa de la casa de los Ptolomeos. Y no pretendía, juró Arsinoe, usurpar el trono. No tenía ninguna necesidad de eso. Le rogaba que la dejara volver para casarse con su sobrino Cesarión. Así habría hijos de sangre regia para el trono de Egipto en el curso de poco más de una década.

Cleopatra contestó una sola palabra: ¡No!

Luego promulgó un edicto para todos sus súbditos en el que prohibía a la princesa Arsinoe regresar a Egipto. En caso de que lo hiciera, debía ser ejecutada inmediatamente y su cabeza enviada a los faraones. El edicto fue bien recibido por sus súbditos del Nilo, pero no tanto por los súbditos macedonios y griegos de Alejandría, a los que César había quitado

cualquier veleidad de insurrección, pero que todavía pensaban que Cesarión debía tener una esposa ptolemaica. Después de todo Cesarión no podía casarse con alguien que no tuviera exactamente su misma sangre.

En los idus de julio, los sacerdotes leyeron el nilómetro en Elefantina, en la frontera Nubia. La noticia fue enviada río abajo, a lo largo del curso sagrado, hasta Menfis, en un sobre sellado que Cleopatra abrió con el corazón cargado de presagios. Ya sabía lo que iba a leer: que el Nilo no se desbordaría, que el año de la muerte de César vería el río en los Codos de la Muerte. El presentimiento se vio confirmado. El nivel del Nilo era sólo de tres metros, estaba definitivamente en los Codos de la Muerte.

César estaba muerto, y el Nilo había fallado. Osiris había vuelto al oeste y al Reino de los Muertos, despedazado en veintitrés trozos, que Isis buscaba en vano. Aunque no mucho después Cleopatra vio el espléndido cometa en el horizonte septentrional, no sabía que el cometa había coincidido con los juegos por los funerales de César en Roma; no se enteraría de ello hasta al cabo de dos meses y, para entonces la relevancia espiritual del hecho ya se había difuminado.

Bueno, debía seguir con sus obligaciones, y la obligación de un gobernante era gobernar, pero a medida que avanzaba el año Cleopatra se sentía cada vez más desanimada. Su única alegría era Cesarión, que compartía su vida cada vez más. Necesitaba un nuevo marido y más hijos desesperadamente, pero ¿con quién podía casarse? Tenía que ser alguien de sangre ptolemaica o de los Julios. Durante un tiempo contempló la posibilidad de desposarse con su primo Asander, de Cimeria, pero desechó la idea sin mucho pesar; nadie entre su gente, ya fueran egipcios o alejandrinos, aceptaría de buen grado al nieto de Mitrídates el Grande como esposo de la nieta de Mitrídates el Grande. Demasiado pónico, demasiado ario. La línea dinástica de los Ptolomeos estaba acabada. Por lo tanto, su esposo tendría que tener sangre julia. ¡Imposible! Los Julios eran romanos y toda una institución por sí mismos.

Lo único que podía hacer era enviar agentes para sacar a Arsinoe de Olba, lo que finalmente consiguió por medio de un buen regalo de oro. Primero la embarcaron hacia Chipre, luego la llevaron de vuelta al templo

de Artemisa en Éfeso, donde Cleopatra podía vigilarla de cerca. Matarla era imposible; sin embargo, mientras Arsinoe viviera, habría alejandrinos que la preferirían a Cleopatra. Arsinoe podía casarse con el rey, y Cleopatra no. Algunos podían preguntarse por qué Cleopatra se oponía tanto a la boda de su hermana con Cesarión: la respuesta era simple. En cuanto Arsinoe fuera la esposa del faraón, le habría sido muy fácil deshacerse de su hermana mayor. Un veneno, un puñal en la oscuridad, una cobra real, y hasta un golpe de Estado. En el mismo momento en que Cesarión tuviera una esposa aceptable para Egipto, su madre dejaría de ser imprescindible.

En el Recinto Real nadie esperaba que la hambruna fuera tan terrible, ya que el recurso habitual era comprar grano en otras partes de Egipto. Sin embargo ese año se habían perdido todas las cosechas en el litoral del Mare Nostrum, así que no había grano para alimentar a Alejandría, aquel enorme parásito. Cleopatra, desesperada, envió barcos al mar Euxino y consiguió comprar un poco de trigo a Asander de Cimeria, pero cuando una persona desconocida -¿Arsinoe?- le contó a éste que su prima Cleopatra no le consideraba digno de compartir su trono, el suministro cimerio se interrumpió. ¿Adónde más podía acudir, adónde? Los barcos enviados a Cirenaica, una región que por lo general producía grano cuando otros lugares no lo hacían, regresaron vacíos con la noticia de que Bruto se había llevado el grano cirenaico para dar de comer a su colosal ejército, y que su cómplice, Casio, había arrebatado luego por la fuerza lo que los cirenaicos se habían guardado para ellos.

En marzo, cuando la cosecha debería de estar llenando los graneros a rebosar, las ratas y los ratones del valle del Nilo no tenían nada con que alimentarse, ni trigo ni cebada ni legumbres. Así que abandonaron los campos y se trasladaron a las aldeas del Alto Egipto entre Nubia y el principio del ramal del Nilo que rodeaba la tierra de Tache. Todas las viviendas eran de adobe y tenían el suelo de tierra, desde la casucha más miserable hasta la mansión del monarca. En todas ellas entraron los roedores y su cargamento de pulgas, que saltaron de sus huéspedes anémicos y huesudos a las camas, las esteras y la ropa para darse un festín de sangre humana.

Los campesinos del Alto Egipto fueron los primeros en enfermar, padeciendo escalofríos y fiebre alta, intensas jaquecas, dolor de huesos, inflamación de vientre. Algunos murieron en menos de tres días escupiendo una flema abundante y putrefacta. Otros no escupían pero desarrollaban bultos duros del tamaño de un puño, calientes y enrojecidos, en las ingles y las axilas. La mayoría de quienes contraían esta variante de la enfermedad morían al aparecer aquellas hinchazones, pero algunos sobrevivían lo suficiente para que los bultos reventaran y produjeran gran cantidad de pus inmundada. Éstos eran los afortunados, y casi todos se recuperaban. Pero nadie, ni siquiera los médicos sacerdotes del templo de Sejmet, tenía la menor idea de cómo se transmitía aquella terrible epidemia.

En Nubia y el Alto Egipto murieron miles y miles de personas, y la peste empezó a propagarse lentamente río abajo. La pequeña cosecha obtenida permaneció en ánforas en los muelles del río; los lugareños eran pocos y estaban demasiado enfermos para cargarla en las barcazas y enviarla a Alejandría y el Delta. Cuando en Alejandría y el Delta se tuvo noticia de la epidemia, nadie se atrevió a navegar por el río para cargar el grano.

Cleopatra se hallaba ante un difícil dilema. En Alejandría y sus alrededores vivían tres millones de personas y en el Delta otro millón. Debido a la peste el río estaba cerrado para estas famélicas muchedumbres, y ni con todo el oro de las bóvedas del tesoro podía comprarse grano en el extranjero. Entre los árabes del sur de Siria corrió la voz de que habría grandes recompensas para aquellos dispuestos a bajar por el Nilo y cargar el grano, pero los rumores de la terrible epidemia disuadieron también a los árabes. El desierto era su protección contra lo que ocurría en Egipto; los viajes entre el sur de Siria y Egipto se redujeron y finalmente cesaron, incluso por mar. Cleopatra podía dar de comer a sus millones de súbditos urbanos durante muchos meses con el contenido de los graneros de la cosecha del año anterior, pero si la siguiente inundación del Nilo permanecía en los Codos de la Muerte, Alejandría se moriría de hambre, aunque sobreviviera la población más rural del Delta.

Uno de los pocos consuelos fue la aparición de Aulo Alieno, legado de Dolabela, para llevarse las cuatro legiones acuarteladas en Alejandría. Previendo oposición, Alieno quedó desconcertado al descubrir a la reina más que dispuesta a complacerlo: sí, sí, llévatelas. Llévatelas mañana mismo. Sin ellas, habría treinta mil bocas menos que alimentar.

Cleopatra debía tomar ciertas decisiones. César la había aleccionado sobre la necesidad de pensar con vistas al futuro, pero eso no iba con su naturaleza. Además, nadie, y menos una mimada monarca, conocía la dinámica de la peste. Cha'em le había dicho que los sacerdotes contendrían la enfermedad, que no se extendería al norte de Tolomeo, donde se había detenido todo el tráfico tanto por el río como por carretera. Pero naturalmente el tráfico de roedores continuó, aunque a un ritmo menor. Comprensiblemente, Cha'em estaba demasiado ocupado al frente de su ejército de sacerdotes para ir a Alejandría a ver a la faraona, quien tampoco viajó al sur para verlo a él. Cleopatra no tenía a nadie que la aconsejara, ni la menor idea de qué debía hacer.

Apesadumbrada por la muerte de César, no conseguía la objetividad necesaria para tomar decisiones. Deduciendo de las pautas habituales que al año siguiente la inundación tampoco superaría los Codos de la Muerte, promulgó un edicto por el cual dentro de la ciudad sólo podían comprar grano las personas con la ciudadanía alejandrina. Los habitantes del Delta estarían autorizados a comprar grano sólo si se dedicaban a actividades agrícolas o a la producción de papel, un monopolio real que no debía interrumpirse.

En Alejandría vivían un millón de judíos y métricos. César les había concedido la ciudadanía romana, y Cleopatra había igualado su generosidad otorgándoles la ciudadanía alejandrina. Pero tras la marcha de César el millón de griegos de la ciudad había insistido en que si judíos y métricos tenían la ciudadanía, también ellos debían tenerla. Al final los únicos habitantes de la ciudad desprovistos de la ciudadanía -en otro tiempo restringida exclusivamente a los trescientos mil macedonios- eran los egipcios híbridos. Si la ciudadanía se mantenía tal como estaba, los graneros tendrían que proporcionar más de dos millones de *medimni* de

trigo o cebada al mes. Si esa cantidad podía recortarse a poco más de un millón de *medimni* mensuales, la perspectiva mejoraría notablemente. Así que Cleopatra renegó de su promesa y despojó a los judíos y los métricos de la ciudadanía alejandrina aunque permitió que los griegos la conservaran. Eso fue un paso atrás en el intento de gobernar con sensatez: nunca había seguido el consejo de César de entregar grano gratuitamente a los pobres, y ahora retiraba la concesión a un tercio de la población de la ciudad a fin de salvar, tal como ella lo veía, las vidas de aquellos que más derecho tenían a habitar en Alejandría por razones de sangre. En el Recinto Real nadie se opuso al edicto; la autocracia engendraba sus propias desventajas, siendo una de ellas que los autócratas preferían tratar con personas que les daban la razón, y no les gustaban las personas que discrepaban de ellos a menos que estuvieran a la altura de César, ¿y quién lo estaba en Alejandría a los ojos de Cleopatra?

El edicto cayó como un mazazo entre los judíos y los métricos. Su soberana, a cuyo servicio habían trabajado afanosamente, por quien tanto habían dado, incluidas preciosas vidas, iba a dejarlos morir de hambre. Aunque vendieran todo lo que tenían, serían incapaces de pagar el grano, su alimento básico. Éste se reservaba a los alejandrinos de origen macedonio y griego. ¿Y qué otra cosa podía comer la población urbana en época de hambruna? ¿Carne? En tiempo de sequía no había animales. ¿Fruta? ¿Verdura? Los mercados carecían de ellas durante una sequía, y pese a la proximidad del lago Mareotis, en aquel terreno arenoso no crecía nada.

Alejandría, el injerto artificial del árbol egipcio, no podía autoabastecerse. La gente del Delta comería algo; la gente de Alejandría no.

Los habitantes empezaron a marcharse, sobre todo los de los distritos Delta y Épsilon, pero ni siquiera eso era fácil. En cuanto el rumor sobre la epidemia llegó a los puertos del Mare Nostrum, Alejandría y Pelusium dejaron de ver barcos extranjeros en sus muelles, y los mercantes alejandrinos que viajaban a otros países se encontraron con que no les permitían atracar en los puertos. En su pequeño rincón del mundo, Egipto permanecía en cuarentena, no por un edicto sino por el ancestral terror a la peste.

Los alborotos empezaron cuando los alejandrinos de extracción macedonia y griega levantaron barricadas en torno a los graneros y apostaron un gran número de vigilantes allí donde se almacenaba comida. Los distritos Delta y Épsilon estaban indignados y el Recinto Real se convirtió en una fortaleza.

Para colmo de males Cleopatra también tenía que preocuparse por Siria. Cuando Casio mandó un mensaje para solicitarle barcos de guerra y de transporte, tuvo que negarse porque aún esperaba encontrar suministro de grano en algún lugar del mundo, y necesitaría todas las naves disponibles, incluidas las galeras de guerra. ¿Cómo, si no, iba a asegurarse de que permitieran atracar y cargar a sus barcos de transporte?

A principios del verano, supo que Casio se proponía iniciar la invasión. Poco después llegó la noticia desde el primer nilómetro de que, como ella preveía, la inundación volvía a hallarse en el nivel de los Codos de la Muerte. No habría cosecha aunque en las orillas del Nilo quedara gente viva suficiente para sembrar, lo cual era dudoso. Cha'em le comunicó en un mensaje que el sesenta por ciento de la población del Alto Egipto había muerto. También le anunció que, según creía, la peste había traspasado la frontera establecida por los sacerdotes en el valle de Tolomeo, aunque ahora confiaba en detenerla por debajo de Menfis. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

A finales de septiembre la situación mejoró un poco de manera imprevista. Con gran alivio, Cleopatra se enteró de que Casio y su ejército habían ido al norte de Anatolia; no habría invasión. Como nada sabía de la carta de Bruto, dio por supuesto que Casio estaba al corriente de la gravedad de la peste y había decidido no correr riesgos. Casi al mismo tiempo, llegó un enviado del rey de los partos y ofreció vender a Egipto una gran cantidad de cebada.

Tan alterada estaba Cleopatra que al principio sólo fue capaz de hablar a los enviados, balbuceando, de las dificultades que encontraría para importarla. Con Siria, Pelusium y Alejandría cerradas, la cebada debería transportarse en barcazas por el Éufrates hasta el mar de Persia, luego en torno a Arabia y por el mar Rojo, y por último en dirección norte hasta el golfo que separaba el Sinaí de Egipto. Con la peste extendida a lo largo de

todo el Nilo, explicó a los inexpresivos enviados, no podía descargarse en Mios Hornos ni en los habituales puertos del mar Rojo, porque no era posible llevarla por tierra hasta el río. Balbuceos y más balbuceos.

-Divina faraona-dijo el jefe de la delegación parta cuando Cleopatra le dejó intervenir-, eso no es necesario. El gobernador en funciones de Siria es un tal Fabio, a quien es posible comprar. Cómpralo. Así podremos enviar la cebada por tierra hasta el Delta del Nilo.

Cambió de manos una enorme cantidad de oro, pero oro era lo que a Cleopatra le sobraba. Fabio aceptó cortésmente su parte de ese oro, y la cebada viajó por tierra hasta el Delta.

Alejandro tendría comida durante unos meses más.

Llegaban pocas noticias de Roma, debido a la prohibición que pesaba sobre Pelusium y Alejandro, pero no mucho después de que los enviados partos se marcharan (para decirle a su rey que la reina de Egipto era una necia incompetente), Cleopatra recibió una carta de Amonio, su agente en Roma.

Boquiabierto, se enteró de que Roma estaba al borde de como mínimo dos guerras civiles independientes: una entre Octaviano y Marco Antonio; la otra entre los Libertadores y quienquiera que tuviera Roma bajo su control cuando sus ejércitos llegaran a Italia. Nadie sabía qué iba a ocurrir, decía Amonio, salvo por el hecho de que el heredero de César era el cónsul superior y todos los demás estaban fuera de la ley.

¡Cayo Octavio! No, César Octaviano. ¿Un muchacho de veinte años? ¿Cónsul superior de Roma? Era indescriptible. Cleopatra lo recordaba bien: un joven agraciado que se parecía ligeramente a César. Ojos grises, tranquilo y callado, y sin embargo ella había sentido una fuerza latente en él. Era sobrino nieto de César, y por tanto primo de Cesarión.

¡Primo de Cesarión!

Con las ideas arremolinándose en la mente, Cleopatra fue a su mesa, se sentó, sacó papel y una pluma de junco.

César, mi enhorabuena por tu elección como cónsul superior de Roma. Resulta maravilloso pensar que la sangre de César perdura en una persona tan incomparable como tú. Te recuerdo bien de cuando venías con tus

padres a mis recepciones. Espero que tu madre y tu padrastro estén bien. ¡Qué orgullosos deben de sentirse!

¿Qué noticias puedo darte que te sirvan de ayuda? En Egipto atravesamos una época de hambruna, pero lo mismo ocurre, por lo visto, en el resto del mundo. Sin embargo acabo de recibir la buena nueva de que puedo comprar cebada al rey de Partia. Hay también una terrible epidemia en el Alto Egipto, pero Isis ha librado de ella al Bajo Egipto del Delta y Alejandría, ciudad desde la que te escribo en un hermoso día de sol y aire templado. Ruego porque el aire otoñal de Roma sea igualmente saludable.

Sabrás ya que Cayo Casio ha abandonado Siria en dirección a Anatolia, probablemente, pensamos, para unirse con su cómplice, Marco Bruto. Si en algo podemos contribuir a que se haga justicia con los asesinos, cuenta con ello.

Quizá cuando termine tu consulado elijas Siria como provincia para gobernar. Sería para mí un placer tener a tan encantador vecino. Egipto está cerca, y bien merece una visita. Sin duda César te habló de sus viajes por el Nilo, de los monumentos y prodigios únicos de Egipto. Querido César, considera la posibilidad de visitar Egipto en un futuro próximo. Todo lo que aquí hay está a tu disposición. Placeres inimaginables. Repito: todo lo que aquí hay está a tu disposición.

La carta salió ese mismo día en un veloz trirreme, sin reparar en gastos, directo hacia Roma. Acompañaba a la misiva una pequeña caja de hojalata que contenía una perla marina rosa enorme y perfecta.

Querida Isis, rezó la faraona postrada en el suelo como la más humilde de sus súbditos, mándame a este nuevo César. Devuélvele a Egipto la vida y la esperanza. Permite que la faraona dé a luz a hijos e hijas con la sangre de César. Protege mi trono. Protege mi dinastía. Mándame a este nuevo César, y concédeme todas las artes y estratagemas de las incontables diosas que os han servido a ti, Amón-Ra y a todos los dioses de Egipto.

Podía esperar una respuesta al cabo de dos meses, pero primero llegó una carta de Cha'em que le decía que la peste había llegado a Menfis produciendo miles de víctimas. Por alguna inexplicable razón, los sacerdotes del recinto de Ptah no se veían afectados; sólo estaban

enfermando los médicos sacerdotes regidos por Sejmet, y eso porque habían entrado en la ciudad para atender a los enfermos. El marcado carácter contagioso de la epidemia los había disuadido de regresar al templo de Ptah, y se habían quedado donde estaban. Eso había entristecido mucho a Cha'em. Pero debía advertirla, añadía, de que la enfermedad se propagaba ahora hacia el Delta y Alejandría. El Recinto Real debía aislarse de la ciudad.

-Quizá tenga que ver con la piedra -dijo Hapd'efan'e pensativamente cuando Cleopatra le mostró la carta de Cha'em-. El recinto del templo es de piedra, con los suelos embaldosados. Sea lo que sea lo que transmite la peste, probablemente no está a gusto en un medio tan estéril. Si es así, este palacio de piedra servirá de protección. Y si es así, el jardín será peligroso. Debo consultar con los jardineros e indicarles que planten ajeno en los arriates.

La respuesta de Octaviano llegó a Alejandría a finales de noviembre, antes que la peste.

Gracias por tus buenos deseos, reina de Egipto. Tal vez te complazca saber que el número de asesinos vivos disminuye. No descansaré hasta que acabe con el último.

Preveo ocuparme de Bruto y Casio en el próximo año.

Mi padraastro, Filipo, agoniza lentamente. No esperamos que viva más allá de este mes. Se le han podrido los dedos de los pies y el veneno ha llegado a su sangre. Lucio Piso también agoniza, a causa de una inflamación de los pulmones.

Te escribo desde Bononia en la Galia Cisalpina, donde el aire otoñal es frío y cae aguanieve. Estoy aquí para reunirme con Marco Antonio. Dado que no me gusta viajar, nunca visitaré Egipto por placer. Tu ofrecimiento es muy amable, pero debo declinarlo.

La perla es preciosa, la he engastado en oro y la colgaré del cuello de la Venus Genetrix en su templo del Foro de César.

¿Reunirse con Marco Antonio? ¿Reunirse? ¿Qué significa eso exactamente? ¡Y vaya una respuesta! Cleopatra, considéralo una bofetada.

Octaviano es un hombre de hielo, y no le interesan los asuntos egipcios, ni siquiera los del corazón.

No puede ser heredero de César, pues. Me ha rechazado. Adoro a Lucio César, pero él nunca haría el amor con quien lo hizo César. ¿Quién más lleva sangre juliana? Quinto Pedio. Sus dos hijos. Lucio Pinarío. Los tres hermanos Antonio, Marco, Cayo y Lucio. Un total de siete hombres. Tendrá que ser el primero que llegue a este lado de su mar, porque yo no puedo viajar a Roma. Siete hombres. Seguramente no todos son tan fríos como Octaviano. Rogaré a Isis que me envíe a un juliano, y me dé hermanos y hermanas para Cesarión.

La peste llegó a Alejandría en diciembre, y redujo la población de la ciudad en un setenta por ciento; macedonios, griegos, judíos, métricos y egipcios híbridos perecieron poco más o menos en igual proporción. Los supervivientes tendrían comida de sobra. Cleopatra había atraído sobre sí los odios de un millón de personas por nada.

-Dios no discrimina -dijo Simeón el judío.

XIII

FINANCIAR UN EJÉRCITO

Desde enero hasta sextilis (agosto) del 42 a.C.

Capítulo 1

-No os planteéis invadir Italia sin una cantidad mucho mayor de dinero - advirtió Hemicilo a Bruto y a Casio.

-¿Más dinero? -preguntó Bruto con un grito entrecortado-. ¡Pero si ya no hay de dónde sacar más!

-¿Por qué? -preguntó Casio, frunciendo el entrecejo-. Entre lo que le he exprimido a Siria y lo que Cimbro y yo hemos recolectado en el camino hacia aquí, debo de tener dos mil talentos de oro. -Se volvió, malhumorado, hacia Bruto-. ¿Es que no has podido hacerte con nada, Bruto?

-Nada más lejos -contestó Bruto con frialdad, molesto por el tono-. Lo mío está todo en monedas, alrededor de dos tercios en plata y un tercio en oro que en total suman... -se volvió hacia Hemicilo con mirada inquisitiva.

-Doscientos millones de sestercios.

-Pues listo, tenemos cuatrocientos millones de sestercios -dijo Casio-. Suficiente para organizar una expedición de conquista al Hades.

-Olvidas -le indicó Hemicilo con paciencia- que no habrá botín, ése es el problema de la guerra civil. César optó por entregar a sus tropas donativos en dinero en lugar de botín. Sin embargo, lo que él les dio no es nada en comparación con lo que los soldados piden ahora. Octaviano prometió a sus legiones veinte mil por cabeza, cien mil para los centuriones de los rangos más altos y hasta cuarenta mil para los centuriones inferiores. El mundo avanza. Los hombres esperan grandes sumas.

Bruto se levantó y se dirigió hacia la ventana; contempló el puerto abarrotado de cientos de barcos de guerra y de transporte.

La apariencia de Bruto había sorprendido a Casio, acostumbrado a su aspecto de ratón triste y oscuro. Aquel Bruto era más energético, más... marcial. Su éxito contra los besios le había dado la confianza que necesitaba y la muerte de Porcia lo había endurecido. Como destinatario de la mayoría

de las cartas de Servilia, Casio también se había sentido consternado por la insensibilidad con que ésta había aceptado el horrible suicidio de Porcia. Sin embargo, a diferencia de Bruto, Casio sí creía que había sido un suicidio. La Servilia que él amaba no era la mujer que Bruto había conocido y temido desde que tenía uso de razón. Y Bruto tampoco había confesado al favorito de Servilia, quien lo hubiera negado de forma categórica, su convicción de que se había tratado de un asesinato.

-¿Qué le ha ocurrido a Roma? -preguntó Bruto contemplando la aglomeración de barcos-. ¿Dónde queda el patriotismo? ¿La lealtad?

-Sigue aquí -contestó Casio con sequedad-. ¡Por Júpiter, eres un necio, Bruto! ¿Qué saben los soldados rasos sobre las facciones antagónicas entre sus líderes? ¿Qué definición de patriotismo va a creer un soldado raso? ¿La tuya o la de los triunviros? Lo único que saben los hombres es que cuando desenfundan sus espadas, será contra iguales romanos.

-Sí, claro -admitió Bruto, volviéndose con un suspiro. Tomó asiento y miró a Hemicilo-. ¿Qué es lo que hacemos entonces, Cayo?

-Buscar más dinero -contestó Hemicilo, con sencillez.

-¿Dónde?

-Para empezar, en Rodas -intervino Casio-. He estado hablando con Lentulo Spinter, que trató en varias ocasiones de arrancar barcos y dinero a los rodios sin conseguir ninguna de las dos cosas. Lo mismo que yo. Según las autoridades de Rodas, sus tratados con Roma no incluyen brindar ningún tipo de ayuda a un bando específico en una guerra civil.

-Y en otra parte de Asia Menor que nunca se ha explotado: Licia -añadió Hemicilo-. Los gobernadores de la provincia de Asia encuentran demasiado complicado llegar hasta allí como para molestarse en intentarlo.

-Rodas y Licia -repitió Bruto-. ¿He de suponer que tendremos que entrar en guerra para persuadirlos de que nos ayuden en nuestra empresa?

-En el caso de Rodas, sin duda alguna -asintió Casio-. Puede que una simple petición a, digamos, Xanthus, Patara y Mira sea suficiente si saben que la alternativa es la invasión.

-¿Cuánto podríamos exigirle a Licia? -preguntó Bruto a Hemicilo.

-Doscientos millones de sestercios.

-Rodas -afirmó Casio con gravedad- puede entregarnos el doble y seguir conservando suficiente para ella.

-¿Crees que mil millones bastarán para Italia? -preguntó Bruto. -Haré cálculos luego, cuando sepa con exactitud con qué efectivos contaremos -respondió Hemicilo.

Pasar el invierno en Esmirna era agradable, incluso en aquel año tan seco. No había nieve, tampoco hacía mucho viento y el ancho valle del Hermus permitía a los Libertadores extender su formidable ejército en una zona de cien kilómetros en campamentos separados, cada uno de los cuales pronto se hizo con una comunidad satélite que lo proveía de vino, prostitutas y entretenimiento para los soldados. Los pequeños granjeros llevaban verduras, patos, gansos, pollos y huevos para vendérselos a los compradores impacientes; dulces empalagosos de masa aceitosa y almíbar, y caracoles comestibles de la región, incluso ranas rollizas de los pantanos. Aunque los grandes mercaderes de los asentamientos urbanos no sacaban demasiado provecho de un ejército que contaba con sus propios alimentos, aquellos campesinos no versados en el comercio, aunque emprendedores y hundidos en la pobreza por las cargas fiscales, comenzaron a prever que les sería posible recuperar su prosperidad.

Para Bruto y Casio, quienes se alojaban en la residencia del gobernador junto al puerto de Esmirna, la ventaja principal de aquel emplazamiento invernal residía en la prontitud con la que llegaban las noticias procedentes de Roma. Así, habían sabido, aterrorizados, de la formación del Triunvirato y comprendieron que Octaviano consideraba a los Libertadores una amenaza mucho mayor para su Roma que Marco Antonio. La intención del Triunvirato era clara: Bruto y Casio deberían ser eliminados. Los preparativos para la guerra estaban llevándose a cabo en toda Italia y la Galia Cisalpina, y ninguna de las cuarenta y tantas legiones que los triunviros podían llamar a las armas habían sido retiradas del servicio. Los rumores decían que Lepido, en aquellos momentos cónsul superior junto a Planco como su inferior, se quedaría en Roma para gobernar, mientras que Antonio y Octaviano tratarían con los Libertadores. El plazo de inicio que más se barajaba para aquella campaña era mayo.

Aún más terrorífico que todo aquello eran las noticias de que César había sido oficialmente proclamado dios y que el culto de Divus Julio, como iba a ser conocido, sería propagado por toda Italia y la Galia Cisalpina con templos, sacerdotes y festividades. Octaviano se hacía llamar, ya sin reservas, *Divi Filius*, y Marco Antonio no había hecho ninguna objeción. ¡Si uno de los triunviros era el hijo de un dios, su causa tenía que ser la justa! La actitud de Antonio había cambiado tanto desde su propio y desastroso consulado que ahora se unía a Octaviano para forzar al Senado a jurar que respetaría y defendería todas las leyes y dictados de Divus Julio. Además, se estaba erigiendo un templo imponente a Divus Julio en el Foro, allí donde su cuerpo había sido incinerado. El Pueblo de Roma había ganado la batalla y podía adorar a César.

-Aun cuando derrotemos a Antonio y nos hagamos con Roma, tendremos que soportar a Divus Julio para siempre -dijo Bruto con abatimiento.

-Roma ha ido de mal en peor -respondió Casio con el ceño fruncido-. ¿Podéis imaginaros a un patán violando a una virgen vestal?

También habían llegado ciertas noticias acerca de que las mujeres más reverenciadas de toda Roma, acostumbradas a pasear solas y en libertad por la ciudad, ahora tenían que llevar un lictor en calidad de guardaespaldas. Cornelia Merula había estado dirigiéndose sola a casa de Fabia en el Quirinal, cuando alguien la atacó y abusó sexualmente de ella; aunque "violación" era una palabra de Casio, y no se mencionaba en la carta de Servilia. En toda la historia de Roma, las vestales, envueltas en sus inconfundibles túnicas y velos blancos, habían sido libres de ir de un lado a otro sin temor.

-Representa un hito -opinó Bruto, con tristeza-. Los viejos valores y tabúes ya no se respetan. Ni siquiera estoy seguro de querer volver a entrar en Roma nunca más.

-Si Antonio y Octaviano tienen algo que decir sobre eso, tú no podrás entrar, Bruto. Lo único que sé es que tendrán que luchar para evitar que yo entre en Roma -sentenció Casio.

Con diecinueve legiones, cinco mil soldados de caballería y setecientos barcos a su disposición, Casio tomó asiento para estudiar el modo de extraer seiscientos millones de sestercios de Rodas y de las ciudades de Licia. Bruto estaba presente; no obstante, durante los últimos *nundinae* había aprendido a ser adecuadamente deferente cuando Casio estaba concentrado en planear las operaciones militares. Para Casio, Bruto sólo había disfrutado de un golpe de suerte en Tracia, en lugar de encabezar una verdadera campaña.

-Tomaré Rodas -anunció-, lo que, para empezar, como mínimo significa una guerra naval. Tú invadirás Licia, aunque tendrás que llevar tus tropas por mar. No creo que los caballos vayan a sernos de gran utilidad en ninguno de los dos casos, por eso sugiero que los enviemos a todos, menos a mil soldados de caballería, a Galacia a pasar la primavera y el verano. -Sonrió-. Que Dejotaro cargue con el coste.

-Ha sido muy generoso y servicial -apuntó Bruto con timidez.

-Ahora podrá ser aún más generoso y servicial -respondió Casio.

-¿Por qué no puedo marchar por tierra desde Caria? -preguntó Bruto.

-Supongo que podrías, pero ¿por qué quieres hacerlo?

-Porque la infantería romana odia los viajes en barco.

-Está bien, haz lo que quieras, pero avanzarás a paso de tortuga y tendrás que superar unas cuantas montañas peliagudas.

-Ya lo sé -contestó Bruto con paciencia.

-Diez legiones y quinientos soldados de caballería para reconocer el terreno.

-Nada de carros de aprovisionamiento si hay montañas peliagudas. Las tropas tendrán que emplear mulas de carga, lo cual significa que no podrán estar en marcha durante más de seis *nundinae*. Tendré que confiar en que en Xanthus existan víveres suficientes para alimentarme cuando llegue allí. Creo que Xanthus debería ser mi primer objetivo, ¿no?

Casio pestañeó, un poco desconcertado. ¿Quién hubiera esperado tanto sentido común militar en un hombre como Bruto?

-Sí, Xanthus será el primero -concedió-. Sin embargo, no hay nada que te impida enviar comida por mar y recogerla cuando llegues a Xanthus.

-Buena idea -reconoció Bruto, sonriendo-. ¿Y tú?

-Como ya he dicho, batallas navales, aunque necesitaré cuatro legiones... que embarcarán en los barcos de transporte y soportarán el piélago tanto si les gusta como si no -decretó Casio.

Capítulo 2 —

Bruto emprendió la marcha con sus diez legiones y quinientos soldados de caballería en marzo, por un camino romano en buenas condiciones en dirección sur, a través del valle del río Meander hacia Ceramus, evitando la costa todo lo que pudo. La ruta le ofrecía forraje en abundancia, pues los graneros todavía contenían trigo de la pobre cosecha del año anterior y no le preocupaba si al confiscarlo dejaba a la gente del lugar hambrienta, pese a que era lo bastante sensato como para atender a sus ruegos y dejarles las semillas necesarias para plantar las cosechas del año siguiente. Por desgracia, las lluvias primaverales no habían llegado, un mal presagio; los campos tendrían que regarse a mano desde los ríos. Los granjeros preguntaron lastimeramente cómo iban a hacerlo si el hambre los debilitaba.

-Comed huevos y aves de corral -dijo Bruto.

-¡Entonces no permitas que tus hombres nos roben los pollos!

Bruto consideró aquello razonable y endureció sus medidas contra la rapiña ilegal de animales de granja por parte de sus tropas, las cuales estaban comenzando a descubrir que su comandante era más duro de lo que parecía.

Los montes Solima de Licia eran formidables, se alzaban hasta ocho mil pies desde la orilla del río. Gracias a éstos, ningún gobernador de la provincia de Asia se había molestado en poner orden en Lidia, fijar un tributo o enviar legados para hacer cumplir sus edictos. Refugio de piratas durante largo tiempo, era un lugar donde los poblados sólo estaban ubicados en una serie de estrechos valles fluviales y toda comunicación entre ellos se llevaba a cabo por mar. La tierra de Sarpedón y Glauco daba comienzo en la ciudad de Telmessus, donde la calzada romana en buenas condiciones se detenía. Desde Telmessus en adelante lo único que había era un sendero de cabras.

Bruto, sencillamente, fue haciendo su propio camino a medida que avanzaba, obligando a sus legionarios a turnarse en la tarea de abrirse paso a machetazos y cavar con picos y palas. Sus hombres gruñían y se quejaban ante el trabajo, aunque se ponían manos a la obra en cuanto sus centuriones les azotaban con los extremos nudosos de sus varas de vid.

La sequía significaba buen tiempo, ningún riesgo de deslizamientos de tierras o presencia de barro que retrasara a las mulas de carga, aunque los campamentos eran cosa del pasado. Todas las noches, los hombres se hacían un ovillo allí donde se encontraran, sobre el camino de cascajos de diez pies de ancho, indiferentes al manto de estrellas titilantes del firmamento, a las espumosas cascadas de los borboteantes arroyuelos, a las cimas adornadas por pinos y en cuyas laderas se veían agujeros imponentes allí donde se habían desprendido faldas enteras, a las brumas perladas que se arremolinaban alrededor de los árboles verduscos al amanecer. Por otro lado, todos se habían fijado en los enormes y brillantes fragmentos de roca negra como el azabache que sus picos y palas descubrían en el suelo, aunque sólo porque los habían tomado por gemas raras. En cuanto les informaron de que se trataba de cristales sin valía alguna, los maldijeron y maldijeron a todo lo que tuviera que ver con aquella extenuante tarea de construir un camino a través de los montes Solima.

Sólo Bruto y sus tres filósofos contaban con el temperamento -y el tiempo libre- para apreciar la belleza que se revelaba durante el día y que continuaba cuando caía la noche misteriosa, cuando ciertas criaturas chillaban en el bosque, los murciélagos batían sus alas y las aves nocturnas planeaban recortadas contra la bóveda plateada por la luna. Además de apreciar el entorno, todos ellos disfrutaban de sus actividades preferidas: Estatilo y Estrato de Épiro, de las matemáticas; Romano Volumno, de un diario; mientras que Bruto escribía cartas a la difunta Porcia y al difunto Catón.

Apenas treinta kilómetros separaban Telmessus del valle del río Xanthus. Sin embargo, aquellos treinta kilómetros les ocuparon más de la mitad de los treinta días de marcha en los que tenían que recorrer doscientos cincuenta kilómetros. Las dos ciudades más grandes de Licia, Xanthus y

Patara, se alzaban a la orilla del río; Patara; en la desembocadura; Xanthus, veinticinco kilómetros río arriba.

El ejército de Bruto prolongó aquel camino hecho a golpe de pico hacia el valle más cercano a Patara que a Xanthus, la población que era el primer objetivo de Bruto. Por desgracia para él, un pastor solitario había alertado a las dos ciudades, cuyos habitantes aprovecharon aquellas horas de ventaja: arrasaron los campos, evacuaron los barrios de las afueras y cerraron las puertas. Todos los graneros estaban en el interior, había arroyos de agua fresca y las murallas de Xanthus eran unos bastiones lo bastante macizos como para contener a los romanos.

Los dos jefes legados de Bruto eran Aulo Alieno, un soldado experimentado procedente de una sencilla familia de picentinos, y Marco Livio Druso Nerón, un aristócrata claudio adoptado por el clan de los Livio. Su hermana, Livia, había sido prometida a Tiberio Claudio Nerón, aunque todavía no contaba con la edad necesaria para casarse con aquel insufrible imbécil a quien César había aborrecido y Cicerón había deseado por yerno. Bruto, después de pedir consejo tanto a Alieno como a Druso Nerón colocó su máquina militar en la modalidad de asedio. Los campos quemados lo habían contrariado, pues eso eliminaba las verduras del menú de sus legionarios; no tenía intención de matar a los xanthianos de hambre, sino que trataría de hacerse con la ciudad de forma rápida.

Estimado por sus colegas como un erudito extraordinario, en realidad Bruto estaba muy versado sólo en unas cuantas materias: filosofía, retórica, algo de literatura... La geografía le aburría, al igual que la historia que no tenía que ver con Roma, salvo la escrita por maestros como Tucídides, de modo que nunca leía a viajeros como Herodoto. Por tanto, sabía poco acerca de Xanthus, aparte de que según la tradición había sido fundada por el rey homérico Sarpedón, que era adorado como el dios principal de la ciudad y que contaba con el templo más imponente. Sin embargo, Xanthus también gozaba de otra tradición que Bruto desconocía. Había sido asediada en dos ocasiones anteriores: la primera, por un general de Ciro el Grande de Persia llamado Harpago el Medo, y la segunda, por Alejandro Magno. Cuando cayó, pues lo hizo, toda la población de Xanthus se suicidó. Entre

las actividades frenéticas a las que los xanthianos se habían dedicado durante el periodo de gracia que el aviso del pastor les había concedido, estuvo el aprovisionamiento de una enorme cantidad de leña. Mientras los romanos ponían en marcha el sitio, la gente de la ciudad apiló la leña en todos los espacios abiertos.

Las torres y los trabajos de preparación del terreno se llevaron a cabo a la manera romana de rigor, y las diversas piezas de artillería se colocaron en posición: ballestas y catapultas lanzaron una lluvia de proyectiles de todo tipo salvo fardos en llamas. La ciudad tenía que caer intacta. A continuación llegaron los tres arietes, las últimas piezas, arrastradas, por el camino nuevo. Estaban hechos de roble curado balanceado sobre sogas gruesas, aunque flexibles, unidas a un armazón portátil que fue rápidamente armado. Todos ellos tenían en la parte delantera una formidable cabeza de carnero de bronce bellamente esculpida, desde los cuernos curvados y la sonrisa socarrona hasta los ojos entornados y amenazadores.

Sólo había tres puertas en las murallas, aunque eran a prueba de arietes porque constaban de unos poderosos rastrillos de roble recubierto con hierro muy pesado. Cuando se las golpeaba, rebotaban como muelles. Impertérito, Bruto colocó los arietes en las propias murallas, pero como éstas no habían sido construidas para soportar aquella tensión, poco a poco comenzaron a desmoronarse, aunque muy lentamente porque eran de gran grosor.

Cuando Alieno y Druso Nerón juzgaron que los xanthianos ya se sentían lo suficiente amenazados como para caer en la desesperación, Bruto retiró sus fuerzas dando a entender que estaba cansado de intentarlo y simuló dirigirse a Patara para ver lo que podía hacer allí. Pertrechados con antorchas, un millar de atribulados hombres salieron de Xanthus con la intención de prender fuego a la artillería y a las torres de asalto. El acechante Bruto saltó sobre ellos y los xanthianos huyeron en desbandada, aunque se encontraron atrapados fuera de la ciudad, pues los prudentes guardianes de la puerta habían bajado los rastrillos. El millar de asaltantes pereció.

Al mediodía del día siguiente, los xanthianos volvieron a intentarlo, esa vez asegurándose de que las puertas permanecían abiertas. Ejecutando una rápida retirada nada más lanzar las antorchas, descubrieron que la maquinaria de los rastrillos era demasiado lenta; los romanos, pisándoles los talones, entraron como un torrente hasta que los que manejaban las puertas cortaron las sogas del cabestrante y los rastrillos cayeron con estrépito. Aquellos que se encontraban debajo murieron al instante; sin embargo, dos mil legionarios habían conseguido entrar. No se dejaron llevar por el pánico. Se reagruparon en formación de tortuga y se dirigieron hacia la plaza principal para refugiarse en el templo de Sarpedón, en el que se atrincheraron.

La visión de aquellos rastrillos caídos causó una profunda consternación en los sitiadores. La camaradería legionaria era muy fuerte, la idea de que había dos mil compañeros atrapados dentro de Xanthus sacó de quicio al ejército de Bruto, que actuó movido por una rabia sensata y fría.

-Se habrán reagrupado y habrán buscado refugio -dijo Alieno a un grupo de centuriones superiores-, de modo que, por el momento, asumiremos que se encuentran a salvo. Lo que tenemos que hacer es encontrar la manera de entrar y rescatarlos.

-Por los rastrillos, no -advirtió *primipilus* Maleo-. Los arietes son inútiles y no disponemos de nada con lo que abrírnos paso a través de ese blindaje de hierro.

-Aun así podemos hacer ver que creemos que podemos atravesarlos -sugirió Alieno-. Lanio, tú primero. -Enarcó las cejas-. ¿Alguna otra idea?

-Escaleras y garfios por todas partes. No pueden cubrir todas las murallas con ollas de aceite hirviendo y esos idiotas no cuentan con suficientes lanzas para evitar el asedio -expuso Sudis.

-Adelante. ¿Qué más?

-Tratar de encontrar algún lugareño que quede por ahí fuera y... mmm... preguntarle, con toda cortesía, si existe alguna otra forma de entrar -propuso el *pilus prior* Cayo.

-¡Así se habla! -exclamó Alieno, con una sonrisa.

Poco después, la partida de Cayo volvió con dos lugareños de una aldea cercana. No fue necesaria ninguna «cortesía», estaban muy enojados porque los de Xanthia habían arrasado sus huertas.

-¿Veis allí? -preguntó uno, al tiempo que señalaba a lo lejos.

Una de las razones principales por la cual los bastiones de Xanthus eran tan inexpugnables radicaba en el hecho de que un tercio de la ciudad había sido construido contra los riscos de un precipicio.

-Lo veo, pero no veo a qué te refieres -repuso Alieno.

-El precipicio no es ni la mitad de peligroso de lo que parece. Os podemos mostrar unos cuantos senderos que os llevarán hasta la cara del despeñadero que da a la ciudad. Eso no equivale a entrar, lo sé, pero es un comienzo para tipos tan inteligentes como vosotros. No encontraréis patrullas, aunque sí defensas. -El hortelano escupió-. Unos cabrones de mierda, eso es lo que son. Nos han quemado los manzanos en flor y todos los repollos y las lechugas. Lo único que nos queda son cebollas y pastinacas.

-Amigo, ten por seguro que cuando nos hayamos apoderado del lugar, tu poblado será el primero en coger lo que sea que haya dentro -dijo Cayo-. Todo lo comestible, quiero decir. -Se protegió la frente del sol con los tupidos flecos de crin escarlata que colgaban del casco y se golpeó la pierna con la vara de vid-. De acuerdo, necesitaremos a los más ágiles para esta misión. Macro, Pontio, Cafo, vuestras legiones son jóvenes, pero no quiero alfeñiques que se mareen en las alturas. ¡Vamos, moveos!

A mediodía, numerosos soldados se habían encaramado a las rocas, a suficiente altura como para atisbar por encima de las murallas y ver lo que les esperaba dentro: una tupida empalizada de puntiagudos pilotes, de varios pies de ancho. Algunos hombres clavaron en la pared rocosa unas estacas de hierro a las que ataron unas cuerdas largas que quedaron colgando sobre el fondo del precipicio. Si un hombre se agarraba al extremo de la cuerda y sus compañeros se dedicaban a darle impulso -como un padre empujaría a un niño en un columpio-, conseguirían que ese péndulo humano trazara un arco tan grande que le permitiera salvar la mortífera empalizada y saltar al suelo detrás de ésta.

Durante toda la tarde, los soldados se fueron colando uno a uno tras las defensas interiores de la ciudad y se reagruparon formando un cuadrado. Cuando consideraron que su número era suficiente, se dividieron en dos cuadrados, se abrieron paso hasta las dos puertas más cercanas al ejército que esperaba al otro lado y comenzaron a derribar los rastrillos por medio de sierras, hachas, cuñas y mazas. La parte interior de aquellas rejas no estaba reforzada con placas de hierro, de modo que trabajaron con frenesí para tallar y trocear los barrotes de roble en un asalto soberbiamente organizado, hasta que el hierro del exterior quedó al desnudo. A continuación, armados de largas palancas doblaron las barras hasta que todo el rastrillo se vino abajo. El ejército lanzó ensordecedores gritos de júbilo y penetró en la ciudad.

Sin embargo, los xanthianos quisieron ser fieles a su tradición. Habían amontonado pilas de leña en todas las calles, así como en los patios de luces de todas las manzanas de casas y en los peristilos de todos los edificios. Los hombres mataron a sus mujeres e hijos, arrojaron sus cuerpos a las pilas de leña, les prendieron fuego y luego treparon hasta lo alto para darse muerte a sí mismos con los mismos cuchillos sanguinolentos.

Toda Xanthus ardió en llamas, no se salvó ni un pie cuadrado. Los soldados parapetados en el templo de Sarpedón consiguieron extraer casi todos los objetos de valor y otros grupos los imitaron, aunque de hecho Bruto obtuvo menos de Xanthus de lo que el sitio le había costado en tiempo, comida y vidas. Decidido a que su campaña lisa no comenzara cubierta de total ignominia, esperó a que las llamas se extinguieran e hizo que sus hombres peinaran pulgada a pulgada los restos chamuscados en busca de oro y plata fundidos.

Obtuvo mejor resultado en Patara, la cual desafió a los romanos cuando la artillería y el equipamiento de asalto apareció a la vista. Sin embargo, no contaba con una tradición suicida como Xanthus y acabó por rendirse sin tener que soportar un sitio prolongado. La ciudad resultó ser muy rica y proporcionó cincuenta mil hombres, mujeres y niños para la venta de esclavos.

El apetito mundial de esclavos era insaciable puesto que, como decía el refrán, o poseías esclavos o eras uno de ellos. Nadie desaprobaba la esclavitud, cuyas características variaban dependiendo del lugar y del individuo. Un esclavo doméstico romano recibía un salario y, por lo general, se le concedía la libertad al cabo de diez o quince años; mientras que un esclavo de las minas o de las canteras, al cabo de un año, por lo general, moría trabajando. La esclavitud también contaba con sus gradaciones sociales: si eras un griego ambicioso con alguna habilidad, te vendías como esclavo a un amo romano sabiendo que prosperarías y que acabarías siendo ciudadano romano; si eras un germano descomunal o cualquier otro bárbaro derrotado y capturado en el campo de batalla, acababas en las minas o en las canteras, donde perecías. Sin embargo, el mayor mercado de esclavos era, con diferencia, el reino de los partos, un imperio más extenso que las tierras del Mare Nostrum y la Galia juntas. El rey Orodes estaba impaciente por recibir tantos esclavos como Bruto quisiera enviarle, pues los licios estaban helenizados, eran cultos, hábiles en muchos oficios y eran tan bien parecidos que sus mujeres y niñas estarían muy solicitadas. Su majestad pagó en dinero contante y sonante a través de sus propios tratantes, que seguían a todos lados al ejército de Bruto (como los buitres siguen los despojos que va dejando una horda bárbara), en su propia flota de barcos.

Entre Patara y Mira, el siguiente puerto de escala, mediaban ochenta kilómetros del mismo exuberante, aunque difícil, terreno que las tropas habían atravesado para llegar hasta allí. Construir una nueva carretera estaba descartado. Bruto comprendía ahora por qué Casio había abogado por el transporte por mar, y requisó todos los barcos del puerto de Patara así como los de transporte que había enviado desde Mileto con comida. De aquel modo partió hacia Mira, en la desembocadura del bien llamado río Cataractus.

Aparte de la comodidad, desplazarse en barco desveló otra ventaja añadida. La costa licia era tan famosa a causa de los piratas como las de Panfilia y Cilicia Tracheia, pues en las entrañas de las majestuosas montañas se escondían cuevas cruzadas por arroyuelos idóneas para

convertirse en guaridas de piratas. Allí donde veía una guarida de piratas, Bruto mandaba desembarcar una patrulla y recaudaba gran cantidad de botín. En realidad, el botín fue tan cuantioso que decidió no preocuparse por Mira, hizo dar media vuelta a su flota y puso rumbo hacia el oeste.

Con trescientos millones de sestercios recaudados en la campaña licia, la mayoría de éstos aportados por los piratas, Bruto llevó a su ejército de vuelta al valle del Hermus en junio. Aquella vez, sus legados y él se instalaron en la preciosa ciudad de Sardis, a setenta kilómetros tierra adentro y estéticamente más grata que Esmirna.

Capítulo 3

La costa de la provincia de Asia no sólo era escarpada, sino que también poseía una serie de penínsulas que salían hacia el mar Egeo, circunstancia que hacía muy fastidiosos los viajes para los mercaderes que navegaban bordeando el litoral, pues no les quedaba más remedio que sortear las prominencias rocosas una y otra vez. La última de esta clase de penínsulas en la ruta a Rodas era la de Cnidan Cheronese, en cuyo mismísimo extremo se hallaba el puerto de Cnidus; pero todo el mundo conocía la totalidad de la fina y alargada lengua de tierra simplemente con el nombre de la ciudad, Cnidus.

A Casio, Cnidus le vino muy bien. Llevó cuatro legiones procedentes del valle del Hermus y las hizo acampar allí mientras él dirigía a su flota de Mindus hacia el norte de la siguiente península, justo al oeste de la fabulosa ciudad de Halicarnaso. Empleaba un número ingente de enormes y lentas galeras, de quinquerremes hasta trirremes, pero ningún barco más pequeño que éstos, puesto que sabía que los rodios, verdaderos maestros en el arte de las guerras navales, los considerarían una presa fácil. Sus almirantes eran los mismos hombres de confianza que habían hecho picadillo a los hombres de Dolabella: Pastico, los dos Libertadores Casio Parmensis y Décimo Turulio, y Sextilio Rufo. Compartían el mando de su ejército de tierra Cayo Fanio Cepio y Lentulo Spinter.

Por supuesto, esta intensa actividad llegó a oídos de los rodios, quienes enviaron una pinaza de aspecto inofensivo para que espiese a Casio. Cuando la tripulación de ésta regresó e informó de la gigantesca flota capitaneada por Casio, los almirantes rodios se rieron de buena gana. Preferían tensos y esbeltos trirremes y birremes, por lo general sin cubierta, con dos hileras de remos en los costados y espolones de bronce muy eficientes para embestir. Los rodios nunca utilizaban marineros o soldados

para abordar al enemigo, sino que se limitaban a dar vueltas a toda velocidad alrededor de los torpes navíos de guerra y, o bien obligaban a aquellos titanes a estrellarse unos contra otros, o bien tomaban una buena carrerilla y los embestían con tanta fuerza que les abrían una brecha en el casco. También eran expertos en acercarse a un barco y quebrarle los remos.

-Si Casio es lo bastante estúpido como para atacar con esos elefantes que tiene por barcos -le dijo el magistrado en jefe para asuntos de guerra, Alexander, al almirante en jefe Mnaseas- acabará igual que Poliorketes y que el rey Mitrídates, el llamado Magno, ¡ja, ja, ja! ¡Una derrota ignominiosa! Estoy de acuerdo con los viejos cartagineses: no ha nacido el romano capaz de combatir en el mar cuando el enemigo es un pueblo de marineros.

-Sí, pero al final los romanos aplastaron a los cartagineses -apuntó Arquelao el Retor, quien había sido llamado a la ciudad de Rodus de su idílico retiro rural porque había impartido retórica a Casio cuando éste era un joven en el Foro.

-¡Sí, claro! -exclamó Mnaseas con sorna-. ¡Pero sólo tardaron ciento cincuenta años y tres guerras! Y además, los vencieron en tierra.

-No del todo -insistió tozudamente Arquelao-. Una vez que los romanos inventaron el puente con *corvus* y consiguieron transportar en los barcos un gran número de legionarios, las flotas de Cartago no salieron ya tan bien paradas.

Los dos líderes navales miraron a aquel viejo pedante y empezaron a desear haberlo dejado en sus bucólicos parajes.

-Enviad a Cayo Casio una misión diplomática -imploró Arquelao.

Así, los rodios enviaron una misión diplomática a Casio en Mindus, más para hacer callar a Arquelao que porque creyesen que la reunión fuese a dar frutos. Casio recibió a la delegación con arrogancia y les dijo con altivez a sus miembros que iba a darles una paliza.

-De modo que cuando volváis a casa -prosiguió-, decidle a vuestro Consejo que empiece a pensar en negociar un acuerdo de paz.

Los enviados regresaron para contarles a Alexander y a Mnaseas que Casio parecía completamente seguro de su victoria. ¿No sería quizá mejor

negociar? Alexander y Mnaseas se echaron a reír a carcajadas, desdeñosamente.

-Nadie va a vencer a Rodas en el mar, eso es imposible -sentenció Mnaseas. Levantó el labio con gesto asqueado y se puso pensativo-. Para ilustrar lo que acabo de decir, quiero señalar que Casio saca a hacer maniobras a sus barcos todos los días, así que ¿por qué no le enseñamos lo que Rodas es capaz de hacer? Lo pillamos sentado en su letrina, soñando con que la instrucción romana puede vencer a la pericia roda.

-Eres un poeta-dijo Arquelao, quien de veras era un incordio.

-¿Por qué no vas a ver a Casio personalmente? -le sugirió Alexander.

-De acuerdo, así lo haré -convino Arquelao.

Éste tomó una pinaza hasta Mindus para ver a su antiguo alumno, y desplegó ante él toda su brillantez retórica, sacándola de la chistera mágica de su oratoria, pero todo fue en vano. Casio lo escuchó sin inmutarse.

-Vuelve y dile a esos amigos tuyos que tienen los días contados. -Ésas fueron las palabras más prometedoras que Arquelao logró arrancarle.

-Casio dice que tenéis los días contados -les transmitió a los comandantes de guerra, y éstos lo enviaron de vuelta a su villa rústica como castigo.

Casio sabía exactamente lo que estaba haciendo, por difícil de creer que les resultase a los rodios. Su instrucción y sus maniobras proseguían de manera inexorable: las supervisaba él mismo, e infligía a sus hombres un severo castigo cada vez que sus barcos no estaban a la altura esperada. Empleaba buena parte de su tiempo yendo y viniendo entre Mindus y Cnidus, cosa que podía hacer mientras realizaba sus labores de supervisión, pues el ejército de tierra también debía estar preparado para la acción, y creía en el toque personal.

A principios de abril, los rodios escogieron sus treinta y cinco mejores barcos y les encomendaron la misión de atacar por sorpresa a la ajetreada flota de pesados quinquerremes de Casio, que seguía realizando continuas maniobras. Al principio pareció que los rodios iban a ganar sin dificultad, pero Casio, que de pie en su pinaza lanzaba órdenes a sus capitanes, no estaba en absoluto nervioso. Tampoco sus capitanes se dejaron arrastrar por

el pánico ni chocaron unos contra otros ni les pusieron las cosas fáciles al enemigo. A continuación, los rodios advirtieron que los barcos romanos los estaban empujando hacia unas aguas cada vez menos profundas, de tal modo que al final ya no podían dar media vuelta, embestir al enemigo ni ejecutar ninguna de las brillantes maniobras que los habían hecho tan célebres. La oscuridad permitió a los rodios escurrirse y dirigirse a casa a toda velocidad, pero tras ellos dejaron dos barcos hundidos y tres capturados.

Rodas estaba magníficamente situada en el extremo inferior oriental del mar Egeo. Con una longitud total de ciento veinte kilómetros, la fértil y accidentada isla en forma de rombo era lo bastante grande como para autoabastecerse, así como para formar una barrera frente al tráfico marítimo que se dirigía a Cilicia, Siria, Chipre y todos los demás territorios situados hacia el este. Los rodios habían explotado aquella ventaja natural saliendo al mar y confiaban en su superioridad naval para proteger su isla.

El ejército terrestre de Casio zarpó en las calendas de mayo en cien barcos de transporte, con el propio Casio al frente de ochenta galeras de guerra que también transportaban legionarios navales. Estaba listo en todos los frentes.

Al ver acercarse aquella gigantesca armada, la totalidad de la flota roda salió a hacerle frente para sucumbir de inmediato ante las mismas tácticas que Casio había empleado en Mindus. Mientras la batalla naval se recrudecía, los barcos de transporte se deslizaban por su lado incólumes, permitiendo así a Fanio Cepio y a Lentulo Spinter desembarcar sin incidentes a sus cuatro legiones en la costa occidental de la ciudad de Rodus. Los veinte mil hombres completamente equipados y vestidos con cotas de malla no sólo avanzaban formados en filas y columnas, sino que mediante pasarelas y cabrestantes estaban descargando cantidades asombrosas de artillería y máquinas para proceder al sitio de la ciudad. ¡Oh, oh, oh! Los aterrorizados rodios no tenían ejército de tierra propio, ni tampoco la menor idea sobre cómo resistir a un sitio.

Alexander y el Consejo rodio quisieron enviar una misiva desesperada a Casio declarando que capitulaban, pero todavía no la habían despachado

cuando el pueblo del interior de Rodus se puso a abrir todas las entradas y las puertas de las murallas para dejar paso a la legión romana.

La única víctima fue un soldado que se cayó y se rompió el brazo.

Y fue así cómo la ciudad de Rodus no fue saqueada y cómo la isla de Rodas sufrió escasos daños.

Casio formó un tribunal en el ágora. Con una corona de laureles sobre su cabello corto y claro, lo presidió ataviado con su toga de ribetes de color púrpura. Con él eran doce los lictores que llevaban túnicas carmesíes con las *fascēs* entrecruzadas, y dos centuriones veteranos *primipilus* de pelo cano condecorados y vestidos con jubones de escamas doradas, uno de ellos empuñando una lanza ceremonial. Ante una seña de Casio, el centurión clavó la lanza en la mesa del tribunal, señalando con ese gesto que Rodas era prisionera de la máquina de guerra romana.

Casio ordenó al otro centurión, dueño de una voz célebre por estentórea, que leyera en voz alta una lista de cincuenta nombres en la que estaban incluidos los de Mnaseas y Alexander. Los cincuenta fueron conducidos ante aquel tribunal y ejecutados en el acto. A continuación, el centurión leyó veinticinco nombres más; éstos fueron condenados al exilio y sus propiedades fueron confiscadas, junto con las de los cincuenta hombres sacrificados. Tras esto, el improvisado heraldo de Casio anunció a voz en grito y en pésimo griego que toda clase de joyas, toda moneda, todo lingote de oro, plata, bronce, cobre u hojalata, todo tesoro del templo y toda pieza valiosa de mobiliario o tela debían ser traídos al ágora. Quienes obedeciesen por voluntad propia y con honradez no serían importunados, pero los que tratasen de huir u ocultar sus posesiones serían ejecutados. Se ofrecieron recompensas a cambio de información a los hombres libres, a los libertos y a los esclavos.

Fue un acto de terrorismo perfecto que cumplió los objetivos de Casio de inmediato. El ágora se abarrotó por completo con el botín, hasta el extremo de que los soldados no podían llevárselo con la rapidez suficiente. Casio tuvo la gentileza de permitir que Rodas conservara su obra de arte más venerada, el Carro de Fuego, pero nada más. Un legado entró en todas las viviendas de la ciudad para asegurarse de que sus habitantes habían

llevado hasta el último objeto de valor al ágora, mientras el propio Casio conducía a tres de las legiones hacia el interior rural de la isla para saquearlo por completo, como aves carroñeras despojando un cadáver. Arquelao el Retor no perdió nada por una razón muy sencilla: no tenía nada.

Rodas aportó un increíble botín de ocho mil talentos de oro, que Casio tradujo como seiscientos millones de sestercios.

A su regreso a Mindus, Casio proclamó un edicto para toda la provincia de Asia por el que cada ciudad y distrito debía pagarle los tributos o impuestos de diez años por adelantado, y eso incluía a todas las comunidades que hasta entonces habían disfrutado de la condición de exentas de impuestos. El dinero debía serle entregado en Sardis.

Sin embargo, no salió de inmediato para Sardis. A través del regente de Chipre, el aterrorizado Serapion, habían llegado rumores de que la reina Cleopatra había reunido una enorme flota de barcos de guerra y mercantes para los triunviros, llegando a incluir en ella un lote de la preciosa cebada que les había comprado a los partos. Ni el hambre ni la peste le había impedido tomar aquella decisión, según Serapion, que se contaba entre quienes deseaban ver a Arsinoe en el trono.

Casio puso a Lucio Estafo Murco el Libertador al mando de sesenta enormes galeras y le ordenó que aguardase la llegada de los barcos egipcios en el cabo Tenarum, al pie del Peloponeso griego. Estaio Murco era un hombre eficiente y obedeció con celeridad, pero esperó en vano. Al final, recibió el mensaje de que la flota de Cleopatra había sido sorprendida por una terrible tormenta en la costa de Catabatmos y había dado media vuelta para iniciar el regreso a Alejandría.

Sin embargo, Estaio Murco envió una misiva a Casio en la que le decía que no creía poder ser muy útil en el extremo oriental del Mare Nostrum, por lo que iba a poner rumbo con sus sesenta galeras al Adriático, alrededor de Brindisi. Allí, aseguraba, podría crearles numerosos problemas a los triunviros cuando tratasen de cruzar el mar con sus tropas para llegar hasta la Macedonia occidental.

Capítulo 4

Sardis había sido la capital del antiguo reino de Lidia, y tan inmensamente rica que Creso, que había sido su rey quinientos años antes, seguía siendo el parámetro de referencia por el que se medía la riqueza. Lidia cayó ante los persas y luego pasó a manos de los atálidas de Pérgamo, cuyo último rey, Atalo, la legó en su testamento a Roma. En aquellos tiempos, buena parte de los territorios del Imperio romano le habían sido legados en testamentos.

A Bruto le hacía más bien gracia escoger la ciudad del rey Creso como cuartel general, el lugar desde el cual su ejército y el de Casio se embarcarían en su larga marcha hacia el oeste para cumplir su fabuloso proyecto liberador. A Casio, por el contrario, le resultó un inconveniente muy fastidioso en cuanto llegó.

-¿Por qué no estamos en el mar? preguntó nada más despojarse de la coraza y el faldellín de cuero que utilizaba para viajar.

-¡Estoy harto de ver barcos y de oler pescado! -exclamó Bruto, al que pilló desprevenido.

-¡Y por eso tengo que hacer un viaje de ida y vuelta de ciento sesenta kilómetros cada vez que quiera visitar a mi flota, sólo para aliviar a tu olfato!

-¡Si no te gusta, vete a vivir con tu dichosa flota!

No era el mejor principio para el fabuloso proyecto liberador.

Sin embargo, Cayo Flavio Hemicilo estaba de un humor excelente.

-Dispondremos de fondos suficientes -anunció tras estar varios días ocupado en compañía de numerosos empleados y muchos ábacos.

-Lentulo Spinter va a enviar más de Licia -dijo Bruto-. Escribe que Mira rindió numerosas riquezas antes de que la quemara. No sé por qué la quemó. Es una pena, la verdad... Era un lugar bonito.

Una razón más por la que Bruto le crispaba los nervios a Casio. ¿Qué importaba que Mira fuese bonito?

-Spinter parece haber sido mucho más eficiente de lo que fuiste tú -comentó Casio en tono malhumorado y agresivo-. A ti los licios no te ofrecieron pagar diez años de impuestos.

-¿Cómo iba a pedir algo que los licios no han pagado nunca? No se me ocurrió -se quejó Bruto.

-Entonces se te debería haber ocurrido. A Spinter sí se le ocurrió.

-Spinter -dijo Bruto con altivez- es un tarugo insensible.

Pero ¿qué le pasa a este hombre?, se preguntó Casio. Tiene la misma idea sobre cómo dirigir una guerra que una vestal, y si vuelve a quejarse por la muerte de Cicerón una sola vez más, ¡juro que lo estrangulo! No tenía ni una sola cosa buena que decir sobre Cicerón meses antes de su muerte, y ahora, su fallecimiento es una tragedia que supera a la mejor de Sófocles. Bruto vive en su propio mundo, mientras que yo tengo que hacer todo el trabajo de verdad.

Sin embargo, no era sólo Bruto quien irritaba a Casio, sino que éste irritaba a Bruto de manera directamente proporcional, sobre todo porque no dejaba de insistir en el asunto de Egipto.

-Tendría que haber ido al sur a invadir Egipto cuando quise hacerlo -dijo, frunciendo el ceño-. Y en su lugar, me endilgaste Rodas: ¡unos míseros ocho mil talentos de oro, cuando Egipto nos habría dado un millar de millares de talentos de oro! ¡Pero no, no invadas Egipto! Ven al norte a reunirme conmigo, escribiste, como si Antonio fuese a llegar a las puertas de Asia en un *nundinum*. ¡Y yo te creí!

-Yo no dije eso. ¡Dije que era nuestra oportunidad de invadir Roma! Y de todos modos, tenemos dinero suficiente de Rodas y Licia -respondió Bruto fríamente.

Y así un día tras otro, discutían sin tregua el uno con el otro. Parte de las desavenencias se debían a la preocupación, y parte a las diferencias manifiestas de sus caracteres: Bruto, precavido, ahorrativo y poco realista; y Casio, en cambio, osado, ostentoso y pragmático. Puede que fuesen cuñados, pero en el pasado apenas habían residido varios días seguidos en

la misma casa, y no demasiado a menudo, dejando aparte el hecho de que Servilia y Tertula siempre habían estado allí para echar agua sobre el fuego que encendía aquella mezcla explosiva.

Aunque no tenía ni idea de que no estaba contribuyendo a mejorar la situación, el pobre Hemicilo metía la pata al aparecer constantemente para comunicar los últimos rumores de cuánto dinero en metálico esperaban recibir las tropas. Él mismo estaba nervioso e inquieto porque tendría que volver a calcular sus gastos.

Más adelante, hacia finales de julio, Marco Favonio apareció en Sardis con la intención de sumarse a la aventura de los Libertadores. Tras escapar de las proscripciones, había ido a Atenas, donde había permanecido durante meses cavilando sobre lo que debía hacer. Cuando se le terminó el dinero, se dio cuenta de que lo único que podía hacer era volver a guerrear en nombre de la República de Catón. Su queridísimo Catón llevaba muerto cuatro años, él no tenía familia que mereciese la pena mencionar y tanto el hijo de Catón como el yerno de éste estaban en el ejército. Bruto se había alegrado enormemente de verlo, Casio no tanto, pero su presencia obligó a los dos Libertadores a encarar mejor sus diferencias constantes; esto es, hasta que Favonio se interpuso en medio de una terrible pelea.

-Algunos de nuestros legados inferiores se comportan de un modo espeluznante con los sardios -estaba diciendo Bruto, enfadado-. Su conducta no tiene excusa, Casio, ¡ninguna excusa en absoluto! ¿Quiénes se creen que son para expulsar a los sardios con malos modos de sus propios caminos? ¿Quiénes se creen que son para entrar en las tabernas, tragar litros y litros de vino carísimo y luego negarse a pagarlo? ¡Deberías castigarlos!

-No tengo ni la más mínima intención de castigarlos -contestó Casio, gruñendo-. Los sardios necesitan que les den una lección, pues son arrogantes y desagradecidos.

-Cuando mis legados y oficiales se comportan así, yo los castigo, y tú deberías castigar a los tuyos -insistió Bruto.

-¡Métete tu castigo... -soltó Casio- por el culo!

Bruto se quedó boquiabierto.

-¡Muy... muy... muy propio de un Casio! No hay un solo Casio vivo que no sea un zoquete... ¡pero tú eres el mayor de todos!

Favonio, que hasta entonces había pasado desapercibido junto a la puerta, decidió que era el momento de interrumpir la pelea, pero cuando se disponía a acercarse a ellos, Casio lanzó un puñetazo a Bruto, quien esquivó el golpe.

-¡No, por favor! ¡Por favor, por favor! -gritó Favonio, agitando violentamente los brazos mientras Casio perseguía al encogido Bruto con evidentes intenciones asesinas. Desesperado por detener a Casio, Favonio correteó y gesticuló hasta interponerse entre los dos hombres, en una maravillosa e inconsciente imitación de un ave de corral presa del pánico.

O al menos fue así cómo el temperamental Casio vio a Favonio cuando se aplacó su ira; se echó a reír a carcajadas mientras el aterrorizado Bruto corría a esconderse tras una mesa.

-¡La casa entera os ha oído! -gritó Favonio-. ¿Cómo podéis controlar un ejército cuando ni siquiera sois capaces de controlar vuestros propios sentimientos?

-Tienes toda la razón, Favonio -repuso Casio, al tiempo que se secaba las lagrimas de risa de los ojos.

-¡Eres insoportable! -lo insultó Bruto, que seguía paralizado por el miedo.

-Insoportable o no, Bruto, no te queda más remedio que soportarme, igual que yo tengo que aguantarte a ti. Personalmente, opino que eres un cabrón sin agallas... ¡Siempre ofrecerás el orificio! Al menos yo soy quien empuja, cosa que me convierte en un hombre.

Como respuesta, Bruto salió de la habitación.

Favonio miró a Casio con gesto impotente.

-Anímate, Favonio, se le pasará -dijo Casio, dándole una palmadita en la espalda.

-Será mejor que se le pase, Casio, o vuestros planes se irán al garete. Toda Sardis habla de vuestras peleas.

-Por suerte, viejo amigo, muy pronto toda Sardis tendrá otras cosas de las que hablar. Gracias a todos los dioses, estamos listos para emprender la

marcha.

La gran aventura de los Libertadores tuvo comienzo a los dos días de empezado *sextilis*, y el ejército avanzó por tierra hacia el Helesponto mientras las flotas navales zarpaban hacia la isla de Samotracia. Habían llegado noticias de Lentulo Spinter en el sentido de que se reuniría con ellos en el Helesponto en Abidos, así como de Rascupolis de los tracios, quien decía haber encontrado un lugar espléndido para acampar todas las tropas junto al golfo de Melas, a sólo un día de marcha de los estrechos.

Como no eran precisamente César cuando de moverse rápido se trataba, Bruto y Casio condujeron a sus tropas terrestres hacia el norte y hacia el oeste a un ritmo que les hizo tardar un mes entero en alcanzar el golfo de Melas, a apenas trescientos kilómetros de distancia de Sardis. Sin embargo, sólo necesitaron un *nundinum* para cruzar el Helesponto en barco. Una vez al otro lado, tomaron un paso que al nivel del mar discurría entre las escarpadas laderas del Chersonese tracio, y así bajaron a la maravillosa extensión del valle del río Melas, fabulosamente exuberante, donde establecieron un campamento más permanente. Los almirantes de Casio abandonaron sus buques insignia para incorporarse a la conferencia que mantenían los dos comandantes en la pequeña ciudad de Melan Afrodisias.

Y fue allí donde Hemicilo hizo su suma final, pues allí, según habían resuelto los Libertadores, era donde iban a pagar a sus fuerzas terrestres y navales las primas en metálico.

Pese a que ninguna de sus legiones se encontraba en condiciones de pleno rendimiento, Bruto y Casio tenían noventa mil soldados de infantería distribuidos en diecinueve legiones; también disponían de diez mil soldados de infantería extranjeros bajo las Águilas Romanas. En cuanto a la caballería, eran extremadamente poderosos, pues contaban con ocho mil caballos galos y germanos dirigidos por romanos, con cinco mil caballos gálatas del rey Dejotaro, con cinco mil caballos de la Capadocia del nuevo rey Ariarates, y con cuatro mil arqueros de caballería de los pequeños reinos y satrapías que había a lo largo del Éufrates. Un total de cien mil soldados de infantería y veinticuatro mil caballos. En el mar, disponían de quinientos barcos de guerra y seiscientos barcos de transporte amarrados alrededor de

Samotracia, además de la flota de Murco de sesenta barcos y de la de Cneo Ahenobarbo de ochenta, que permanecían en el Adriático en los alrededores de Brindisi. Murco y Ahenobarbo en persona habían acudido a la conferencia en representación de sus hombres.

En la época de César, había costado veinte millones de sestercios equipar una legión completa con todo: ropa, armas y armaduras personales, artillería, mulas de carga, carros, parejas de bueyes, arreos, herramientas e instrumentos para los artificieros, suministros de madera, hierro, ladrillos refractarios, moldes, cemento y otros artículos que una legión podía necesitar para la fabricación de aparatos durante la marcha o el estado de sitio. Costaba doce millones más mantener una legión en el campo durante doce meses consecutivos en los años en que la cosecha de cereales había sido buena y abundante, en concepto de comida, prendas adicionales, reparaciones, recambios en general y pagos a la legión. La caballería era menos cara porque la mayor parte de los soldados de caballería eran regalos de reyes o jefecillos extranjeros, quienes pagaban para equiparlos y mantenerlos en el campo de batalla. En el caso de César, esto no había sido así a partir del momento en que decidió prescindir de los eduos y depender cada vez más de la caballería germana, que debía financiar él mismo.

Bruto y Casio tuvieron que sufragar los costes de formar y equipar por completo a la mitad de sus legiones, así como los gastos de los ocho mil soldados de caballería dirigidos por los romanos y los cuatro mil arqueros de caballería. Así pues, el dinero del que habían dispuesto antes de las campañas contra Rodas y Licia había sido utilizado para equipar las tropas. Pero con los frutos de estas dos campañas pudieron pagar a las tropas en Melas; de modo que juntando lo que Lentulo Spinter había logrado exprimir a Licia tras el paso de Bruto y lo que las ciudades y regiones del este habían conseguido reunir, los Libertadores contaban con mil quinientos millones de sestercios en sus arcas de guerra.

Sin embargo, además de remunerar a los legionarios y a los soldados de caballería, también tenían que pagar a los no combatientes del ejército, así como a los miembros de la flota, que incluía a remeros, marineros, infantes de marina, capitanes, marineros especialistas, artificieros y no

combatientes. Alrededor de cincuenta mil hombres en total en el mar y de veinte mil no combatientes en tierra.

Si bien era cierto que Sexto Pompeyo no cobraba nada en absoluto por su ayuda en el oeste, donde ahora prácticamente controlaba las vías de tráfico marítimo de cereales que iban de las provincias productoras de grano hasta Italia, sí cobraba por el grano que vendía a los Libertadores a diez sestercios el *modius* (a los triunviros les cobraba quince por *modius*). Eran necesarios cinco *modii* para alimentar a un soldado durante un mes. Entre venderle a Roma el mismo trigo que le robaba a su flota de cereales y lo que les vendía a los Libertadores, Sexto Pompeyo se estaba haciendo inmensamente rico.

-He calculado -informó Hemicilo al Consejo, reunido en Melan Afrodisias- que podemos permitirnos pagar a los soldados rasos romanos seis mil a cada uno y hasta cincuenta mil a un centurión *primipilus*, por ejemplo, con lo que nos saldría una media (contando las complicadas gradaciones del rango de centurión) de veinte mil por centurión, y hay sesenta de ellos por legión. Seiscientos millones para los soldados rasos, ciento catorce millones para los centuriones, setenta y dos millones para la caballería y doscientos cincuenta millones para las flotas. Esto suma un total aproximado de mil millones, lo que nos deja con algo menos de cuatrocientos millones en las arcas de guerra para las provisiones y los gastos corrientes.

-¿Cómo has calculado los seiscientos millones para los soldados rasos?
-preguntó Bruto, frunciendo el ceño mientras realizaba las sumas mentalmente.

-Hay que pagar a los no combatientes mil por cabeza, y tenemos diez mil soldados de infantería no ciudadanos a los que también debemos retribuir. Lo que quiero decir es que las tropas necesitan agua para la marcha, sus necesidades deben ser cubiertas, porque no querrás correr el riesgo de que los no combatientes descuiden sus obligaciones, ¿verdad que no, Marco Bruto? También son ciudadanos romanos libres, no lo olvides. Las legiones romanas no utilizan esclavos -puntualizó Hemicilo, un tanto ofendido-. He hecho bien mis cálculos y te aseguro que, habiendo tenido

muchas más cosas en cuenta de las que aquí he enumerado, mis cifras son del todo correctas.

-No te quejes, Bruto -intervino Casio en tono cansino-. Al fin y al cabo, el premio es Roma.

-El Erario estará vacío -repuso Bruto con desaliento.

-Pero en cuanto volvamos a poner a punto a las provincias, enseguida se llenará -aseguró Hemicilo. Lanzó una mirada furtiva a su alrededor para asegurarse de que no estaba presente ningún representante de Sexto Pompeyo y se puso a toser con disimulo-. Supongo que os dais cuenta de que, en cuanto hayáis derribado a Antonio y a Octaviano, tendréis que rastrear los mares en busca de Sexto Pompeyo, que puede que se llame a sí mismo patriota, pero se comporta como un burdo pirata ¡cobrándoles a los patriotas por el grano!

-Cuando derrotemos a Antonio y a Octaviano, dispondremos del contenido de sus arcas de guerra -dijo Casio con satisfacción.

-¿Qué arcas de guerra? -exclamó Bruto, decidido a llevar la contraria-. Tendremos que registrar las pertenencias de todos los legionarios para encontrar su dinero, porque será ahí donde esté nuestro dinero: en los pertrechos de los legionarios.

-Pues, ahora que lo mencionas, precisamente iba a hablar de eso -terció el incansable Hemicilo, tosiendo de nuevo-. Recomiendo que, una vez hayáis pagado a vuestras legiones terrestre y naval, pidáis en préstamo esa misma cantidad a un interés simple del diez por ciento. De ese modo, yo podré invertirlo en ciertas empresas y ganar algo con él. Si simplemente lo pagáis, se quedará ahí, en los pertrechos de los legionarios sin arrojar ningún tipo de beneficios, lo cual sería una tragedia.

-¿Quién puede permitirse el lujo de prestar dinero con semejante panorama económico? -preguntó Bruto con pesimismo.

-Dejotaro, para empezar. Ariarates, también. Hircano en Judea y montones de pequeños sátrapas en Oriente. Sé de unas cuantas empresas romanas que buscan activos líquidos y si pedimos un quince por ciento, ¿quién lo va a saber aparte de nosotros? -Hemicilo soltó una risita nerviosa-. A fin de cuentas, no va a resultarnos muy difícil recaudar las

deudas, ¿verdad que no? No si nuestras tropas terrestres y navales son nuestros acreedores. También he oído que el rey Orodes de los partos está teniendo problemas de liquidez. El año pasado le vendió a Egipto un buen lote de cebada, aunque en sus propias tierras también reina la escasez. Creo que su crédito es suficientemente bueno como para considerarlo un posible candidato.

Bruto se había animado mucho al oír aquellas palabras.

-¡Hemicilo, eso es fantástico! Entonces hablaremos con los representantes del ejército terrestre y naval y veremos lo que dicen. -Lanzó un suspiro-. ¡Nunca habría imaginado lo caro que es hacer la guerra! No me extraña que a los generales les gusten los botines.

Una vez zanjado ese asunto en particular, Casio se dispuso a dar sus órdenes.

-La base principal de las flotas será Taso -dijo con tono de eficiencia-. Es lo más cerca de Calcídica a lo que pueden llegar los barcos, sea cual sea su número.

-Mis patrullas -intervino Aulo Alieno con soltura, a sabiendas de que Casio lo respetaba, aunque Bruto lo considerase un arribista picentino- me han informado de que Antonio está avanzando hacia el este por la Vía Egnacia con unas cuantas legiones, pero que no está en condiciones de presentar batalla hasta que reciba refuerzos.

-Y hay pocas posibilidades -continuó Cneo Ahenobarbo con aire de suficiencia- de que eso vaya a ocurrir pronto. Murco y yo tenemos al resto de su ejército paralizado en Brindisi con nuestro bloqueo.

No es extraño, pensó Casio para sus adentros, que el hijo haya salido al padre; a Lucio Ahenobarbo también le gustaban el mar y los barcos de guerra.

-Buen trabajo. Seguid así -lo felicitó, guiñándole el ojo-. En cuanto a nuestra escuadra en Taso, intuyo que dentro de poco veremos a la armada del Triunvirato tratando de interrumpir nuestras líneas de suministros para quedarse con la comida. La sequía del año pasado ya fue lo bastante mala, pero este año no hay cereales en Macedonia ni Grecia, razón por la que

espero no tener que librar ninguna batalla. Si adoptamos las tácticas de Fabio, conseguiremos que Antonio y los suyos se mueran de inanición.

XIV

FILIPPOS: TODO A MEDIAS

Desde junio hasta diciembre del 42 a.C.

Capítulo 1

Marco Antonio y Octaviano tenían cuarenta y tres legiones bajo su mando, veintiocho de ellas en Italia. Las otras quince estaban distribuidas entre las provincias controladas por los triunviros, excepto África, que estaba tan aislada y absorta en su guerra local que por el momento tenía que esperar.

-Tres legiones en la Hispania Ulterior y dos en la Hispania Citerior -dijo Antonio a su consejo de guerra en las calendas de junio-. Dos en la Galia Narbonesa, tres en la Galia Trasalpina, tres en la Galia Cisalpina y dos en Ilírico. Eso pone una buena barrera entre nuestras provincias y los germanos y dacios; disuadirá a Sexto Pompeyo de entrar en las Hispanias, y si surge la ocasión, Lepido, tendrás tropas a tu disposición para África. -Dejó escapar un gruñido-. La comida, naturalmente, será lo más difícil de administrar, entre las legiones y los tres millones de habitantes de Italia, pero tendrás que arreglártelas en nuestra ausencia, Lepido, en cuanto atrapemos a Bruto y Casio, nuestra situación económica mejorará.

Octaviano escuchó en silencio mientras Antonio pasaba a exponer sus planes con mayor detalle, satisfecho de los seis primeros meses de aquella dictadura de tres hombres. Las proscripciones habían aumentado en casi veinte mil talentos de plata los fondos del Erario, y Roma estaba muy tranquila, demasiado ocupada en lamerse las heridas para crear problemas, incluso entre los elementos menos cooperativos del Senado. Gracias a la venta de aquellas características sandalias de piel marrón a los hombres deseosos de rango senatorial, este organismo volvía a alcanzar los mil miembros previstos por César. Si alguno de ellos era de las provincias, ¿qué más daba?

-¿Cuál es la situación en Sicilia? -preguntó Lepido.

Antonio esbozó una adusta sonrisa y enarcó las cejas expresivamente mirando a Octaviano.

-Sicilia es tu provincia, Octaviano. ¿Qué propones en nuestra ausencia?

-Sentido común, Marco Antonio -contestó Octaviano tranquilamente. Nunca se molestaba en pedirle a Antonio que lo llamara César; sabía cuál sería la respuesta. Antonio haría caso omiso.

-¿Sentido común? -repitió Fufio Caleno sin comprender.

-Desde luego. De momento debemos permitir que Sexto Pompeyo vea Sicilia como su feudo privado, y seguir comprándole grano como si fuera un legítimo vendedor de cereales. Tarde o temprano los enormes beneficios que obtenga volverán a las arcas de Roma, es decir, cuando tengamos la posibilidad de tratar con él como un elefante trata con un ratón: aplastándolo. Entre tanto propongo que lo alentemos a invertir parte de sus fraudulentas ganancias dentro de Italia. Incluso dentro de Roma. Si eso lo induce a suponer que algún día podrá regresar y disfrutar del antiguo estatus de su padre, tanto mejor.

Antonio lo miró con ira.

-¡No me gusta pagarle! -exclamó.

-Tampoco a mí, Antonio, tampoco a mí. Sin embargo, dado que el Estado no es dueño del grano de Sicilia, a alguien debemos pagarle por él. El Estado siempre ha cobrado el diezmo, pero eso ahora no podemos hacerlo. En esta época de malas cosechas, Sexto Pompeyo exige quince sestercios por *modius*, lo cual es extorsión, estoy de acuerdo. -Desplegó su amable y encantadora sonrisa no desprovista de coquetería-. Bruto y Casio pagan diez sestercios el *modius*; es una rebaja, pero desde luego tampoco les sale gratis. Sexto Pompeyo, como otros que conozco, tendrá su merecido.

-El muchacho tiene razón-dijo Lepido.

Otra pulla contra Octaviano. ¡"El muchacho"! También tú tendrás tu merecido, arrogante don nadie. Algún día todos me llamaréis por mi legítimo nombre. Si es que os dejo vivir, claro está.

Lucio Decidio Saxa y Cayo Norbano Flaco se habían llevado ya ocho de las veintiocho legiones a Apolonia a través del Adriático, con órdenes de

marchar hacia el este por la Via Egnatia hasta encontrar un refugio inexpugnable en el que poder esperar al grueso del ejército. Era una buena estrategia por parte de Marco Antonio. Cuando Bruto y Casio marcharon hacia el oeste por la misma carretera, tuvieron que ser atajados muy al este del Adriático, y una fuerza de ocho legiones formidablemente atrincheradas los obligaría a detenerse por grande que fuera su ejército.

Las noticias procedentes de la provincia de Asia eran fragmentarias y poco fiables, algunas fuentes insistían en que a los Libertadores les faltaban aún muchos meses para poder iniciar su invasión, otras sostenían que la iniciarían en cualquier momento. Bruto y Casio estaban en Sardis, después de haber obtenido un éxito asombroso en sus campañas de primavera. ¿Qué los retrasaba? El tiempo era oro cuando uno estaba en guerra.

-Debemos enviar otras veinte legiones a Macedonia -prosigue Antonio-, y habremos de hacerlo en dos partes: no tenemos barcos de transporte suficientes para mandarlas a la vez. No me propongo utilizar las veintiocho en mi fuerza de ataque. En Macedonia occidental y Grecia propiamente dicha ha de haber tropas que nos garanticen el suministro de alimentos.

-Apenas hay alimentos allí -objetó Publio Ventidio.

-Me llevaré las siete legiones restantes directamente a Brindisi por la Via Apia-dijo Antonio sin prestar atención a Ventidio-. Octaviano, tú conducirás tus trece legiones por la Via Popilia al oeste de Italia, junto con todos los barcos de guerra que consigamos. No quiero a Sexto Pompeyo en las inmediaciones de Brindisi mientras transportamos las tropas, así que tu misión consiste en mantenerlo en el mar de Toscana. No creo que le interesen demasiado los acontecimientos al este de Sicilia, pero tampoco quiero tentarlo. Le sería más fácil volver a establecerse en una Roma de los Libertadores que en una Roma triunviral.

-¿Quién será el almirante? -preguntó Octaviano.

-Elígelo tú, estás al mando.

-Salvidieno, pues.

-Buena elección -dijo Antonio con manifiesta aprobación, y lanzó una mirada burlona a los veteranos militares como Caleno, Ventidio, Carrinas,

Vatinio y Polio.

Volvió a casa junto a Fulvia, complacido por la marcha de los acontecimientos.

-El muchacho no ha puesto ningún reparo -dijo, con la cabeza apoyada en los pechos de Fulvia mientras compartían un triclinio durante la cena; por una vez cenaban solos, un agradable cambio.

-Está demasiado tranquilo -comentó ella, llevándose un camarón a la boca.

-Eso pensaba yo, pero he cambiado de idea, *meum mel*. Puede hacerme la vida imposible, y está dispuesto a ello. Es astuto y retorcido, lo admito, pero no está a la altura de César cuando se trata de apostar todo a una sola carta. Octaviano es un Pompeyo Magno: no le gusta correr riesgos.

-Tiene paciencia -dijo ella pensativamente.

-Pero desde luego no está en situación de desafiarme.

-Me pregunto si alguna vez ha creído que lo estaba -dijo ella y succionó una ostra-. ¡Están deliciosas! Pruébalas.

-¿Cuando marchó sobre Roma y se autoproclamó cónsul superior, quieres decir? -Antonio se echó a reír y sorbió una ostra-. ¡Es verdad! ¡Están exquisitas! Sí, pensó que me había derrotado, el muchacho.

-Yo no estoy tan segura -dijo Fulvia lentamente-. Octaviano realiza extrañas maniobras.

-Desde luego no estoy en posición de desafiar a Antonio -decía Octaviano a Agripa en ese mismo momento.

También ellos estaban cenando, pero sentados en duras sillas a ambos lados de una pequeña mesa donde había un plato con pan crujiente, un poco de aceite en cuencos para untar y un montón de sencillas salchichas asadas.

-¿Cuándo planeas desafiarlo? -preguntó Agripa con el mentón reluciente a causa de la grasa de las salchichas. Había pasado la mayor parte del día haciendo ejercicio con Estatilio Tauro, y estaba muerto de hambre. Aquella simple comida era de su agrado, pero nunca dejaba de sorprenderle que un miembro de la alta aristocracia como César prefiriera también la comida sencilla.

-No diré nada hasta que regrese a Roma en igualdad de condiciones con él por lo que se refiere al ejército y al pueblo. Mi principal obstáculo es la codicia de Antonio. Intentará apropiarse de todos los laureles de la victoria cuando venzamos a Bruto y Casio. Y los venceremos, de eso no tengo la menor duda. Pero cuando los dos bandos se enfrenten, mis tropas tendrán que contribuir a la victoria tanto como las de Antonio... y yo he de estar al frente -dijo Octaviano respirando con dificultad.

Agripa ahogó un suspiro. Aquel tiempo espantoso, con tanto polvo y heno en el aire estaba pasándole factura a César. Éste no se encontraba bien, no estaría bien hasta que una buena lluvia hiciera posarse el polvo y crecer la hierba. No obstante, Agripa sabía que no debía aludir a los resuellos. Lo único que podía hacer era estar a su servicio.

-Hoy he oído que Cneo Domitio Calvino ha abandonado su retiro -comentó Agripa, apartando los extremos tostados de una salchicha y reservándolos para el final. Se había criado en una familia frugal y valoraba esos placeres.

Octaviano irguió la espalda.

-¿Ah, sí? ¿Para aliarse con quién, Agripa?

-Con Antonio.

-Una lástima.

-Eso mismo pienso yo.

Octaviano se encogió de hombros y arrugó la nariz. -Bueno, son camaradas de viejas campañas.

-Calvino está al frente de la operación de embarque en Brindisi. Todos los barcos de transporte han regresado de Macedonia indemnes, pero no pasará mucho tiempo antes de que la flota enemiga intente asediarnos.

Cneo Pompeyo Ahenobarbo apareció para bloquear el puerto de Brindisi cuando Antonio partió de Capua con sus siete legiones, y a aquél se le unió Estayo Murco antes de que Antonio llegara a su destino. Con casi ciento cincuenta galeras frente a la costa y la flota triunviral acompañando a Octaviano y sus hombres a lo largo de la costa occidental de Italia, Antonio no tuvo más alternativa que esperar una ocasión para romper el cerco. Lo que necesitaba era un viento continuo del suroeste, ya que le daría la

oportunidad de poner mucha distancia entre él y sus perseguidores, siempre y cuando Murco y Ahenobarbo estuvieran donde solían situarse las naves para un bloqueo, al sur. Pero el viento no sopló del suroeste.

Consciente de que el heredero de César debía emular a su divino padre en velocidad de movimiento, Octaviano apremió a sus trece legiones y llegó al tramo inferior de la Via Popilia en Brutium a mediados de junio, seguido por la flota de Salvidieno a dos kilómetros mar adentro. Aparecieron algunos de los rápidos trirremes de Sexto Pompeyo, pero Salvidieno se desenvolvió asombrosamente bien en la serie de escaramuzas que tuvieron lugar entre Bibo y Regium. Para quienes avanzaban por tierra, la marcha era agotadora; la ruta era tres veces más larga que la Vía Apia hasta Brindisi, ya que costaba el litoral desde la bota italiana hasta Tarento.

Cuando Octaviano tenía Sicilia claramente a la vista al otro lado del estrecho de Mesana, llegó una lacónica nota de Antonio: Ahenobarbo y Murco lo tenían acorralado; no podía sacar una sola mula ni un solo legionario a través del Adriático. Por tanto Octaviano tendría que abandonar su intento de contener a Sexto Pompeyo y enviar la flota a Brindisi de inmediato.

Lo único que impidió satisfacer este deseo de Antonio fue Sexto Pompeyo, cuya flota principal había decidido bloquear la salida sur del estrecho poco después de que Octaviano hubiera enviado a Salvidieno a toda vela hacia Brindisi. Atrapado en medio de un caos, el desafortunado Salvidieno colocó a sus naves en formación de combate con demasiada lentitud, y se encontró con que las galeras más rápidas de Sexto Pompeyo se habían deslizado entre las suyas antes de que él pudiera alinear la siguiente fila de naves. En consecuencia, la primera etapa del conflicto se decantó por completo del lado de Sexto Pompeyo, pero no de manera tan decisiva como él esperaba; el joven militar pizantino tampoco era perezoso en el mar.

-Yo podría hacerlo mejor -masculló Agripa.

-¿Cómo? -preguntó Octaviano, fuera de sí de inquietud.

-Quizá sea porque estoy viendo el combate desde la orilla, César, pero sé cómo debería actuar Salvidieno. Para empezar, mantiene detrás a su

escuadrón de liburneas cuando debería situarlo en primera fila; son más rápidas y ágiles que cualquiera de los barcos de Sexto Pompeyo -explicó Agripa.

-La próxima vez el mando de la flota es tuyo. ¡Qué mala suerte! ¡Quinto Salvidieno, sal de ahí! ¡Necesitamos tu flota en Brindisi, no en el fondo del mar! -gritó Octaviano, con los puños apretados.

¡Está deseando con todas sus fuerzas que Salvidieno salga de ese atolladero!, pensó Agripa.

De pronto se levantó el viento del noroeste e impulsó a los barcos más pesados de Salvidieno a través de las filas de Sexto Pompeyo permitiendo que las naves más pequeñas siguieran su estela; la flota triunfante se encaminó hacia el sur para recalar en Regium con dos trirremes averiados, aunque las demás galeras no habían sufrido graves daños.

-Estatilo -ordenó bruscamente Octaviano a Cayo Estatilo Tauro-, coge un bote y alcanza a Salvidieno. Dile que debe ir a Brindisi cuanto antes y luego volver aquí. El ejército seguirá adelante como pueda. ¡Heleno! ¿Dónde está Heleno? -gritó llamando a su liberto preferido, Cayo Julio Heleno.

-Aquí, César.

-Toma nota de esta carta: «Esto es absurdo, Sexto Pompeyo. Soy Cayo Julio César *Divi Filius*, al mando de ese ejército que, como sin duda te habrán informado los capitanes de tus naves, avanza por la Via Popilia acompañado por mar de una flota. Con mucho gusto te concedo que has vencido en el enfrentamiento naval, pero me pregunto si hay alguna posibilidad de que nos reunamos a conferenciar. Nosotros dos solos. Es preferible que no sea ni en el mar ni en un lugar al que deba accederse por vía marítima. Con esta nota te envío a cuatro rehenes con la esperanza de que accedas a reunirme conmigo en Caulonia dentro de un *nundinum*.»

Cayo Cornelio Galo, los hermanos Cocceyo y Cayo Sosio fueron designados para ir en calidad de rehenes; Cornelio Galo, que no era un patricio Cornelio sino de una familia de la Galia Liguria, era una de las personas más cercanas a Octaviano, como sabía todo el mundo; incluso un exiliado como Sexto Pompeyo sería consciente del valor que tenía para

Octaviano. La nota, Galo y los demás subieron a bordo de una pequeña embarcación que surcó las aguas engañosamente plácidas donde acechaban los horrendos monstruos Escila y Caribdis.

El ejército tenía ahora que llegar a Caulonia, en la suela de la bota que formaba Italia, en sólo ocho días; eran únicamente ciento veinte kilómetros, pero ¿quién sabía cómo estaría la carretera? Aquella no era una ruta de legionarios, y los Apeninos, que llegaban hasta el mar de Sicilia, constituían un territorio elevado y escabroso. Las carretas de bueyes y la artillería se habían trasladado a Ancona con el resto de pertrechos para ser embarcadas desde allí, así que sólo marchaban hombres y mulas.

Finalmente fue un recorrido fácil. La carretera se hallaba en buen estado salvo por algún que otro desprendimiento de tierras, y el ejército llegó a Caulonia en tres días. Octaviano mandó que siguiera adelante bajo las órdenes de otro hombre apodado también Galo, Lucio Caninio Galo. Inicialmente había designado a Agripa para la misión, pero éste se negó a dejarlo al cuidado de quienes, como él mismo dijo, eran "Criados y necios".

-¿Quién sabe si ese hijo de Pompeyo Magno es un hombre de honor? -agregó-. Me quedo contigo, y también se quedan Tauro y una cohorte de la Legio Martia.

Sexto Pompeyo llegó a Caulonia el octavo día, justo después del amanecer, lo que hizo pensar al comité de recepción que había pasado la noche fondeado en los alrededores. Su barco solitario, un elegante birreme, era más veloz que cualquiera de los que se encontraban en el supuesto puerto. Tras arribar a la playa de guijarros en un bote pequeño con unos cuantos remeros, partió en busca de un buen desayuno.

Octaviano se acercó a recibirlo con una sonrisa y le tendió la mano derecha.

-Ahora entiendo las habladurías -dijo Sexto, estrechándosela. -¿Qué habladurías? -preguntó Octaviano, acompañando a su invitado a la casa del *duumvir*, seguidos por Agripa. -Dicen que eres muy joven y guapo.

-Los años ya se ocuparán de eso.

-Cierto.

-Tú te pareces mucho a las estatuas de tu padre, aunque tienes la piel más oscura.

-¿No lo has visto nunca, César?

¡Le llamaba «César»! Aunque ya estaba predispuesto a que Sexto le cayera bien, Octaviano lo miró aún con mejores ojos.

-Lo vi de lejos, cuando yo era pequeño, pero él no trataba con Filipo y los epicúreos.

-Sí, es verdad.

Entraron en la casa, donde los recibió un sobrecogido *duumvir* que los acompañó a la sala de recepciones.

-Tú y yo somos más o menos de la misma edad, César -dijo Sexto, sentándose-. Yo tengo veinticinco años, ¿y tú? -Cumpló veintiuno en septiembre.

Heleno los atendía, y el atento Agripa permanecía junto a la puerta, con la espada envainada y el semblante adusto.

-¿Es necesario que Agripa esté aquí? -preguntó Sexto mientras partía el pan con avidez.

-No, pero él cree que sí -contestó Octaviano con tranquilidad-. No es ningún cotilla. Lo que digamos no saldrá de aquí.

-¡Ah, no hay nada mejor que pan fresco después de cuatro días en alta mar! -exclamó Sexto, partiéndolo y mascando con fruición-. A ti no te gusta el mar, ¿no es así?

-Lo odio -repuso Octaviano con franqueza, estremeciéndose. -Sí, hay hombres que lo odian, lo sé. A mí me pasa todo lo contrario, soy el hombre más feliz cuando el mar está agitado.

-¿Quieres un poco de vino caliente?

-Sí, pero sólo un poco -contestó Sexto con cautela.

-Me aseguré de que el hierro con que lo entibiaron estuviera al rojo, así que no se te subirá a la cabeza, Sexto Pompeyo. A mí me gusta tomar algo caliente a primera hora de la mañana, y esto es mucho mejor que el vinagre con agua caliente de mi padre.

Así siguieron conversando mientras comían, de manera agradable y sin provocaciones. De pronto Sexto Pompeyo puso las manos entre las rodillas

y miró fijamente a Octaviano.

-¿Por qué querías hablar conmigo, César?

-Verás, quería aprovechar que estoy aquí; es posible que pasen años antes de que tenga otra oportunidad de hablar contigo -contestó Octaviano sin inmutarse-. He venido aquí con mi ejército y nuestra flota a fin de mantenerte en el mar Toscano. Como es lógico, queremos enviar a nuestras fuerzas a través del Adriático para detener a los Libertadores en Macedonia, y Marco Antonio cree que prefieres los Libertadores al Triunvirato. Por eso no quiere que merodees por Brindisi ni te acerques a las escuadras de los Libertadores.

-Hablas como si tú tampoco supieras muy bien si apoyo a los Libertadores -dijo Sexto con una sonrisa.

-Yo estoy abierto a todas las posibilidades, Sexto Pompeyo, y sospecho que tú también. Por lo tanto, no deduzco automáticamente que apoyas a los Libertadores. Intuyo que tú sólo te apoyas a ti mismo. Por eso he pensado que dos jóvenes tan abiertos como nosotros debíamos hablar a solas, sin esos veteranos guerreros, tan experimentados en el campo de batalla y el foro, que nos recuerdan lo jóvenes e ingenuos que somos. -Octaviano esbozó una amplia sonrisa-. Podría decirse que tú y yo tenemos competencias bastante parecidas. Se supone que yo debo ocuparme del suministro de grano, cuando en realidad quien se ocupa eres tú.

-¡Bien dicho! Sigue, me tienes intrigado.

-La facción de los Libertadores es numerosa y augusta -dijo Octaviano, mirando a Sexto a los ojos-. Tanto que incluso un Sexto Pompeyo podría verse enterrado bajo una plétora de junios, Casios, Claudios y Cornelios patricios, Calpurnios, Emilios, Domitios, ¿sigo?

-No -repuso Sexto Pompeyo entre dientes.

-Es verdad que puedes proporcionar una flota numerosa y competente a los Libertadores, pero poco más aparte del grano (que, según mis agentes, los Libertadores tampoco necesitan, ya que arrasaron el interior de Tracia y toda Anatolia) y has llegado a un buen acuerdo con el rey Asander de Cimeria. Por lo tanto creo que lo mejor que puedes hacer es no aliarte con

los Libertadores. De hecho, debes desear que Roma no acabe en sus manos. Ellos no te necesitan tanto como yo.

-Eso en cuanto a ti, César. Pero ¿y Marco Antonio y Marco Lépido?

-Son guerreros veteranos, con mucha experiencia en el campo de batalla y el Foro. Mientras Roma e Italia tengan qué comer, y nosotros podamos comprar grano para nuestras fuerzas, no les importa lo que yo haga. O con quién llego a pactar, Sexto Pompeyo. ¿Puedo hacerte una pregunta?

-Adelante.

-¿Tú qué quieres?

-Sicilia -contestó Sexto-. Quiero Sicilia. Sin una pelea. Octaviano asintió sabiamente.

-Una ambición práctica para un hombre de mar que está en la ruta del grano. Y factible.

-Estoy en ello -dijo Sexto-. Ya tengo las costas y he obligado a Pompeyo Bitínico a aceptarme como gobernador.

-Claro, es un Pompeyo -observó Octaviano con suavidad. La piel aceitunada de Sexto se sonrojó.

-¡Pero no es de mi familia! -espetó.

-No, es hijo del cuestor de Junio Junco. Cuando Junco era gobernador de la provincia de Asia y mi padre se hizo con Bitinia, Pompeyo y Junco llegaron a un acuerdo. Éste se quedó con el botín, y Pompeyo se llevó la fama. El primer Pompeyo Bitínico tampoco era gran cosa.

-¿He de pensar que, si yo asumiera el mando de la milicia siciliana y matara a Pompeyo Bitínico hijo, me nombrarías gobernador de Sicilia, César?

-Por supuesto -contestó Octaviano con afabilidad-. Siempre y cuando aceptes vender el grano de Sicilia a la Roma de los triunviros a diez sestercios el *modius*. Al fin y al cabo, ya no tendrás intermediarios si los *latifundia* y los medios de transporte son de tu propiedad. Supongo que eso es lo que quieres, ¿no es cierto?

-Ah, sí. Tanto la cosecha como la flota del grano serán míos.

-Bien, pues..., tendrás tan pocos gastos indirectos, Sexto Pompeyo, que ganarás más vendiendo al Erario a diez sestercios el *modius* que lo que

ganas ahora, vendiendo a cualquiera a quince sestercios el *modius*.

-Es verdad.

-Otra pregunta muy importante: ¿Este año habrá cosecha en Sicilia? -preguntó Octaviano.

-Sí. No será abundante, pero algo habrá.

-Eso nos deja con la polémica cuestión de África. Si Sextio en la provincia nueva consigue vencer a Cornificio en la provincia vieja y el grano africano vuelve a invadir Italia, por supuesto tú lo interceptarás. ¿Aceptarías vendérmelo también por diez sestercios el *modius*?

-Si me dejan tranquilo en Sicilia, y si se suprimen las viejas colonias en torno a Vibo y Rhegium en Brutium, sí -contestó Sexto Pompeyo-. Vibo y Rhegium necesitan sus tierras públicas.

Octavio tendió la mano.

-¡Trato hecho!

Sexto Pompeyo se la estrechó.

-¡Trato hecho!

-Escribiré a Marco Lepido de inmediato y haré que trasladen las viejas colonias a Bradanus alrededor del Metapontum y al Aciris alrededor de Heracleia -dijo Octaviano, muy satisfecho-. En Roma tendemos a olvidar esas tierras; ¡están tan lejos! Pero los habitantes son de origen griego, y no tienen poder político.

Los dos jóvenes se despidieron con suma cordialidad, ambos conscientes de que ese acuerdo verbal amistoso duraría poco; cuando los acontecimientos lo permitieran, los triunviros (o los Libertadores) tendrían que arrebatarse Sicilia a Sexto Pompeyo y expulsarlo de la zona marítima. Pero de momento, bastaba. Roma e Italia se alimentarían con el grano al precio antiguo, y habría suficiente para todos. Era el mejor acuerdo que Octaviano habría podido imaginar en una época de sequía tan terrible. Lo que sería de Aulo Pompeyo Bitínico no le preocupaba en absoluto, pues su padre había ofendido a Divus Julio. En cuanto a África, Octaviano también se había ocupado de eso y escrito a Publio Sitio y su familia en su feudo de Numidia para pedir a Sitio que, por Divus Julio, ayudara a Sextio; a

cambio, el hermano de Sitio sería tachado de la lista de proscritos y se le restituirían sus propiedades. Cales podía abrir sus puertas.

Tras liberar a los cuatro rehenes, Sexto Pompeyo se hizo a la mar.

-¿Qué piensas de él? -preguntó Octaviano a Agripa.

-Que es el digno hijo de un gran hombre. Y ésta es su perdición, así como una ventaja. No compartirá el poder, incluso aunque crea que cualquiera de los triunviros o los asesinos están a su altura en el mar.

-Lástima que no haya podido convertirlo en un partidario leal.

-Eso no lo harás -dijo Agripa con énfasis.

-Ahenobarbo ha desaparecido, no sé dónde está ni cuándo volverá -dijo Calvino a Octaviano cuando éste llegó a Brindisi-. Eso significa que los sesenta barcos de Murco están bloqueados. Son muy buenos, y también lo es Murco, pero Salvidieno anda por ahí, medio escondido. Tenemos razones para creer que Murco no lo sabe. De modo que en mi opinión, y Antonio está de acuerdo, deberíamos cargar todos nuestros barcos de transporte hasta los topes y ponernos en marcha.

-Como quieras -dijo Octaviano. Se dio cuenta de que no era el mejor momento para anunciar el éxito de sus negociaciones con Sexto; decidió volver a escribir a Lepido en Roma para asegurarse de que ese gusano captaba el mensaje.

El puerto de Brindisi tenía una bahía maravillosa, con muchos malecones y un número casi ilimitado de embarcaderos, de modo que los soldados, refunfuñando y gimiendo, tan sólo tardaron dos días en embarcar en los cuatrocientos barcos de transporte disponibles. Los malhumorados centuriones se las arreglaron para que cupieran dieciocho de las veinte legiones; hombres y mulas estaban tan apretados que los barcos menos sólidos no habrían resistido el menor temporal.

En ausencia de Ahenobarbo, la técnica de Estayo Murco consistió en esconderse detrás de la isla en la bocana del puerto y abalanzarse sobre los barcos que se aventuraran a salir. Tenía la ventaja del viento de esa época del año, pues el único que habría favorecido al Triunvirato era el de poniente, y aquella era la temporada de los etesios, no la del céfiro.

Los barcos de transporte zarparon a centenares en las calendas de *sextilis*, saliendo del puerto a tan poca distancia los unos de los otros que los remos casi se tocaban. En el mismo momento en que se inició el éxodo masivo, Salvidieno trajo su flota del noreste con un viento favorable y la hizo formar un semicírculo en torno a la isla para acorralar a Murco. Éste podía salir, pero no sin una batalla naval, y no estaba en Brindisi para librar batallas navales, sino para hundir los barcos de transporte. Ah, ¿por qué Ahenobarbo se había ido a toda prisa a la caza de una supuesta segunda expedición egipcia?

Sin poder hacer nada, Murco tuvo que ver cómo zarpaban los cuatrocientos barcos de transporte de Brindisi a lo largo del día y parte de la noche, a la luz de las fogatas en lo alto de las elevadas torres que sobre almadías había construido Antonio con intenciones ofensivas; nunca habían servido, pero ahora tuvieron su utilidad. El oeste de Macedonia estaba a ochenta millas; la mitad de los barcos iba a Apolonia y la otra a Dirraquio, donde, con suerte, les esperaba la caballería, el equipo pesado, la artillería y el equipaje, llegados de Ancona.

Si Italia estaba seca, Grecia y Macedonia estaban mucho peor, incluso la húmeda costa epirota. Las lluvias que habían perseguido a otros generales, desde Paulo hasta César, no habían caído ni caerían, y los cascos de los caballos de Antonio, junto con los bueyes y las mulas sueltas, habían pisado la poca hierba que quedaba convirtiéndola en una fina paja que los vientos etesios levantaron y enviaron hacia Italia.

Cuando el barco de transporte todavía no había salido del puerto, Octaviano empezó a jadear tan sonoramente que sus resuellos acabaron formando parte de los ruidos propios de un barco destartado en una travesía peligrosa. Agripa, siempre atento, decidió que no era el mareo lo que contribuía a la enfermedad de Octaviano; el mar estaba como una balsa de aceite y el barco tan cargado que parecía un trozo de corcho, y apenas se balanceaba incluso cuando viró hacia el noreste impulsado por los remos. No, Octaviano sólo padecía de asma.

Como ninguno de los dos quiso mostrarse demasiado exigente cuando su barco se llenó de soldados rasos, se instalaron en una pequeña sección

del puente justo detrás del mástil, donde no estorbaban a los timoneles y al capitán, pero estaban rodeados de hombres. Agripa insistió en que Octaviano mandara colocar allí una cama de aspecto extraño, uno de cuyos extremos estaba levantado en un ángulo abrupto; tenía varias mantas para amortiguar la dureza de la madera, pero no un colchón. Ante la mirada asustada de legionarios a los que no conocía (la Legio Martia era una de las dos unidades que se habían quedado en Brindisi), Agripa instaló a Octaviano incorporado en la cama para que pudiera recuperar el aliento. Una hora después, cuando navegaban por el Adriático, Octaviano, sostenido por Agripa, pugnaba tenazmente por respirar, apretándole las manos a Agripa con tanta fuerza que éste tardó dos días en recuperar toda la sensibilidad. Los ataques de tos sacudían de tal modo al enfermo que al final vomitó, lo que pareció aliviarlo temporalmente, pero tenía el rostro lívido y ceniciento, y los ojos apagados.

-¿Qué le pasa, Marco Agripa? -preguntó un centurión subalterno.

Conocen mi nombre, así que saben quién es.

-Una enfermedad del dios Marte de las Legiones -contestó Agripa, pensando velozmente-. César es el hijo del dios julio, y parte de su herencia consiste en acaparar sobre su persona todas las enfermedades.

-¿Por eso no nos mareamos? -preguntó un soldado raso, estupefacto.

-Claro -mintió Agripa.

-¿Y si prometemos hacer ofrendas a Marte y Divus Julio por él? -preguntó otro soldado.

-Eso le ayudará -contestó Agripa muy serio. Miró alrededor-. Y también le iría bien algo que lo resguarde del viento.

-Pero si no sopla viento-objetó el centurión subalterno.

-Hay mucho polvo en el aire -explicó Agripa, improvisando otra vez-. Toma, coge estas dos mantas. -Sacó dos mantas de debajo del cuerpo de Octaviano, que estaba casi inconsciente-. Cuélgalas alrededor. Así no nos llegará el polvo. Ya sabéis lo que decía Divus Julio: el polvo es el enemigo del soldado.

Las mantas no le harán ningún daño, pensó Agripa. Lo importante es que estos hombres no menosprecien a su comandante porque esté enfermo;

tienen que creer en él, no despreciarlo por débil. Si es verdad lo que dijo Hapd'efan'e sobre el polvo en el aire, Octaviano no va a mejorar mucho conforme avance la campaña. Así que insistiré con eso de que es hijo de Divus julio, y diré que es una víctima universal para llevar la victoria al ejército, pues Divus Julio no sólo es un dios para el pueblo de Roma, sino también para sus tropas.

Hacia el final de la travesía y tras una larga noche en medio de la desierta inmensidad del mar, Octaviano empezó a recuperarse. Salió de su trance y, tras contemplar las caras que lo rodeaban, sonrió y tendió la mano derecha al centurión subalterno.

-Ya casi hemos llegado -dijo sin aliento-. Estamos a salvo.

El soldado le cogió la mano y se la apretó ligeramente.

-Gracias a ti, César. Qué valiente eres, al enfermar por nosotros. Sorprendido, Octaviano miró a Agripa. Al ver una severa mirada de advertencia en los profundos ojos verdes de Agripa, volvió a sonreír.

-Hago todo lo que sea necesario -dijo- por el bien de mis legiones. ¿Están los demás barcos a salvo?

-Perfectamente, César -contestó el centurión.

Tres días después, cuando todas las legiones ya habían llegado sanas y salvas porque, según se rumoreaba, César *Divus Filius*se había sacrificado por ellas, los dos triunviros se dieron cuenta de que se habían interrumpido las comunicaciones con Brindisi.

-Es probable que continúen interrumpidas para siempre -dijo Antonio cuando fue a visitar a Octaviano a su casa en lo alto de la colina del campamento de Petra-. Supongo que la flota de Ahenobarbo ha vuelto, así que ningún barco podrá salir de allí, ni siquiera uno pequeño. Eso significa que las noticias de Italia tendrán que venir por Ancona. -Entregó a Octaviano una carta sellada-. Esto te ha llegado así, junto con una carta de Calpurnio y Lepido. Me han dicho que has llegado con Sexto Pompeyo a un acuerdo que garantiza el suministro de grano. ¡Muy astuto por tu parte! -exclamó, irritado-. Lo peor es que un legado estúpido de Brindisi retuvo la Legio Martia y diez cohortes de tropas hasta el último momento, así que ahora no las tenemos.

-Lástima -se lamentó Octaviano, sujetando la carta. Estaba tumbado en un triclinio, con la espalda apoyada en varios cojines, y se le veía muy enfermo. Aunque seguía respirando con dificultad, había menos polvo en el aire gracias a la altura de la casa sobre el campamento de Petra. No obstante, había adelgazado y tenía los ojos hundidos y un aspecto agotado-. Necesitaba la Legio Martia.

-No me sorprende, ya que se amotinó y se puso de tu lado.

-Eso es agua pasada, Antonio. Los dos estamos en el mismo bando -replicó Octaviano-. ¿Nos olvidamos de lo que queda en Brindisi y nos dirigimos hacia el este por la Via Egnatia?

-Sin duda. Norbano y Saxa no están muy al este de Filipos, ocupan dos puertos de las montañas costeras. Parece que Bruto y Casio se han puesto definitivamente en marcha desde Sardis y el Helesponto, pero tardarán un tiempo antes de encontrarse con Norbano y Saxa. Nosotros llegaremos antes. O al menos yo. -Los ojos de color castaño rojizo observaron a Octaviano con atención-. Si quieres que te dé un consejo, quédate aquí, talismán de la suerte de las legiones. Estás demasiado enfermo para viajar.

-Acompañaré a mi ejército -afirmó Octaviano con obstinación.

Antonio se golpeó el muslo con los dedos, frunciendo el entrecejo.

-Tenemos dieciocho legiones aquí y en Apolonia. Las cinco con menos experiencia tendrán que quedarse para guarnecer el oeste de Macedonia: tres en Apolonia y dos aquí. Si te quedas, las tendrás bajo tu mando.

-Insinúas que habrán de ser mis legiones las que se queden.

-Si las tuyas son las que tienen menos experiencia, sí -espetó Antonio.

-De modo que, de las trece que emprendan la marcha, ocho serán tuyas y cinco mías. Bien está, pues, que las cuatro legiones de Norbano que ya han salido sean mías -dijo Octaviano-. Tú tienes la mayoría.

Antonio soltó una pequeña carcajada.

-¡Ésta es la guerra más extraña de todas las guerras! Dos mitades contra dos mitades; me han dicho que Bruto y Casio no se llevan mucho mejor que nosotros.

-Es lo que suele suceder cuando hay dos comandantes, Antonio. Algunas mitades son más grandes que otras, nada más. ¿Cuándo piensas

ponerte en camino?

-Me llevaré a mis ocho legiones dentro de un *nundinum*. Tú me seguirás al cabo de seis días.

-¿Cómo están nuestras provisiones de comida? ¿El grano?

-Bien, pero no tenemos suficiente para una guerra muy larga, y no nos llegará nada de Grecia o Macedonia, pues no se ha recolectado absolutamente nada. Este invierno habrá hambruna en la región.

-En ese caso -dijo Octaviano pensativamente-, lo lógico es que Bruto y Casio libren una guerra al estilo de Fabio, ¿no te parece? Evitarán a toda costa una batalla decisiva y esperarán a que nos muramos de hambre.

-Exacto. Así que debemos provocar una batalla, ganarla y comernos los alimentos de los Libertadores.

Tras despedirse con un brusco movimiento de cabeza, Antonio se alejó.

Octaviano dio la vuelta a la carta para mirar el sello, que era de Marcelo el Joven. ¡Qué extraño! ¿Por qué le habría escrito su cuñado? Sintió una punzada de preocupación: Octavia debía de estar a punto de dar a luz a su segundo hijo. ¡No, mi Octavia no!

Pero la carta era de Octavia.

Te alegrará saber, mi querido hermano, que he dado a luz a un niño hermoso y sano. Apenas he sufrido, y estoy bien.

Ay, pequeño Cayo, mi marido dice que debo escribirte antes de que lo haga alguien que te quiere. Sé que debería hacerlo nuestra madre, pero no lo hará. Siente demasiado su vergüenza, aunque es más una desgracia que una vergüenza, y yo la quiero igual.

Los dos sabemos que nuestro hermanastro Lucio ha estado enamorado de nuestra madre desde que ella se casó con Filipo. Ella prefirió pasarlo por alto o realmente no se dio cuenta. Sin duda, no tiene nada que reprocharse en todos los años que estuvo casada con Filipo. Pero tras la muerte de su marido, se sintió muy sola, y Lucio siempre se hallaba presente. Tú estabas muy ocupado, o bien ni siquiera estabas en Roma, y yo tenía a la pequeña Marcela, y luego volví a quedarme embarazada, así que confieso que no he estado lo suficientemente atenta. De modo que debo culparme a mí misma de lo ocurrido. La culpa es mía. Sí, la culpa es mía.

Nuestra madre espera un hijo de Lucio, y se han casado.

Octaviano soltó la carta y sintió un creciente hormigueo en la mandíbula, que sus labios se separaban en una mueca de asco, de vergüenza, rabia, angustia. La sobrina de César era poco más que una prostituta. ¡La sobrina de César! La madre de César *Divus Filius*.

Lee el resto, César. Acaba la carta, y acaba con ella.

Como tiene cuarenta y cinco años, no se dio cuenta de que estaba embarazada, querido hermano, de modo que cuando lo supo ya era tarde para evitar un escándalo. Por supuesto, Lucio enseguida se mostró dispuesto a casarse con ella. De todos modos ya tenían pensado hacerlo cuando concluyera su duelo por Filippo. La boda se celebró ayer, muy discretamente. El querido Lucio César se ha portado muy bien con ellos, pero aunque su *dignitas* no se ha visto mermada entre sus amigos, no tiene la menor influencia sobre las mujeres que "mandan en Roma", no sé si me entiendes. Los cotilleos han sido maliciosos y amargos; tanto más, dice mi marido, por tu elevada posición.

Nuestra madre y Lucio se han ido a vivir a la villa de Miseno, y no volverán a Roma. Te escribo con la esperanza de que entiendas, como yo, que estas cosas pueden pasar, y no son una señal de depravación. ¿Cómo no voy a quererla, cuando ella siempre ha sido todo lo que debe ser una madre? Y todo lo que debe ser una matrona romana.

¿Le escribirás, pequeño Cayo, y le dirás que la quieres, que lo entiendes?

Cuando Agripa entró poco después, encontró a Octaviano tumbado en el triclinio, apoyado en los almohadones, con el rostro empapado de lágrimas y respirando mucho peor.

-César, ¿qué ocurre?

-Una carta de Octavia. Mi madre ha muerto.

Capítulo 2 —

Bruto y Casio se desplazaron hacia el oeste desde el golfo de Melas en septiembre, sin esperar encontrarse con los ejércitos triunvirales hasta llegar a Macedonia, en algún lugar entre Tesalónica y Pela. Casio estaba convencido de que el enemigo no avanzaría al este de Tesalónica en tan mal año, ya que con eso prolongaría sus canales de aprovisionamiento de manera insostenible, dado que la armada de los Libertadores era dueña del mar.

Entonces, justo después de que Bruto y Casio cruzaran el río Hebro por Aeno, el rey Rascupolis apareció con algunos de sus nobles a lomos de un hermoso caballo y vestido de púrpura tirio.

-He venido a avisaros de que hay un ejército romano de unas ocho legiones repartido entre los dos pasos que atraviesan las montañas al este de Filipos -dijo. Tragó saliva con semblante apesadumbrado-. Mi hermano Rascus va con ellos y los asesora.

-¿Cuál es el puerto más cercano? -preguntó Casio sin alterarse por lo que ya no tenía remedio.

-Neapolis. Está comunicado con la Via Egnatia por una carretera que desemboca en ella entre los dos pasos de montaña.

-¿Está Neapolis lejos de la isla de Tasos?

-No, Cayo Casio.

-Entiendo la estrategia de Antonio -comentó Casio tras un momento de reflexión-. Se propone impedirnos la entrada a Macedonia, y para eso ha enviado ocho legiones. No para presentar batalla, sino para evitar nuestro avance. No creo que Antonio quiera combatir; no le conviene. Y ocho legiones no son suficientes, eso lo sabe. ¿Quién está al mando de esa avanzadilla?

-Decidio Saxa y Cayo Norbano -hijo Rascupolis-. Están muy bien situados y no será fácil desalojarlos.

La escuadra de los Libertadores recibió órdenes de ocupar el puerto de Neapolis, así como la isla de Tasos, asegurando así el rápido transporte de provisiones al ejército cuando éste llegara.

-Porque debemos llegar-dijo Casio al reunirse con sus legados, almirantes y con Bruto, quien, callado, volvía a estar abatido por alguna inexplicable razón-. Murco y Ahenobarbo tienen controlado el Adriático y bloquean Brindisi, así que Patisco, Parmensis y Turulio se encargarán de las operaciones marítimas en las inmediaciones de Neapolis. ¿Existe algún riesgo de que aparezca una flota triunviral?

-Ninguno -dijo Turulio categóricamente-. Su única escuadra, muy numerosa pero no lo suficiente, les permitió sacar a la mayor parte de su ejército de Brindisi, pero cuando regresó Ahenobarbo, su flota se vio obligada a retirarse a Tarentum. Su ejército no conseguirá más que padecimientos en el Egeo, puedes estar tranquilo.

-Lo cual confirma mi hipótesis de que Antonio no traerá el grueso de su ejército al este de Tesalónica-continuó Casio.

Más tarde Bruto preguntó a Casio en privado:

-¿Por qué estás tan seguro de que los triunviros no querrán librar batalla?

-Por la misma razón por la que no lo queremos nosotros -contestó Casio, esforzándose para no perder la paciencia-. No les conviene.

-No entiendo por qué, Casio.

-Entonces acepta mi palabra. Acuéstate, Bruto. Mañana marcharemos hacia el oeste.

Muchos kilómetros cuadrados de marismas y una sierra alta y escarpada obligaban a la Via Egnatia a adentrarse más de quince kilómetros en la llanura del río Ganga, en la cual se alzaba el antiguo pueblo de Filipos sobre una meseta rocosa. En el cercano monte Pangeo, Filipo, padre de Alejandro Magno, había encontrado los fondos necesarios para financiar sus guerras, destinadas a unir Grecia y Macedonia: el Pangeo había sido muy rico en oro, pero los filones se habían agotado hacía mucho tiempo. Filipos aún

sobrevivía gracias a sus fértiles tierras, fértiles si las inundaciones eran favorables, pero su población se había reducido a no más de un millar de almas cuando los Libertadores y los triunviros se encontraron allí dos años y medio después de la muerte de César. Saxa se había apostado con cuatro legiones en el paso de Corpilano, el que se hallaba más al este de los dos, en tanto que Norbano ocupaba el paso Sapeano con sus cuatro legiones.

Cabalgando junto a Casio, Rascupolis y los legados para ver cómo se había atrincherado Saxa, Bruto advirtió que Saxa no veía el mar, en tanto que Norbano, más al oeste, tenía dos torres de vigilancia desde las que se avistaba cualquier movimiento en el agua. Tímidamente, Bruto sugirió a Casio:

-¿Por qué no inducimos a Saxa a salir del paso Corpilano embarcando una de nuestras legiones en los barcos de transporte y haciéndola navegar cerca de la costa para que dé la impresión de que la mitad de nuestro ejército se dirige a Neapolis para marchar desde allí por la carretera y atacarlo por el flanco?

Asombrado ante aquella inesperada prueba de sagacidad militar, Casio parpadeó.

-Bueno, si alguno de ellos tiene la talla de César como comandante, no dará resultado, porque situarse entre ellos no obligará a ninguno de los dos a moverse, pero si no están a la altura de César, quizá se dejen llevar por el pánico. Lo intentaremos. Enhorabuena, Bruto.

Cuando una numerosa flota cargada de soldados estuvo a la vista de las torres de vigilancia de Norbano y puso rumbo a Neapolis, Norbano mandó un desesperado mensaje a Saxa rogándole que se retirara apresuradamente.

Saxa siguió el consejo.

Los Libertadores atravesaron el paso Corpilano, lo cual significaba que tenían comunicación directa con Neapolis, pero allí se quedaron. Unidos en el paso Sapeano, Saxa y Norbano habían fortificado su posición en tal medida que era imposible desalojarlos.

-No están a la altura de César, pero saben que no podemos desembarcar nuestras fuerzas al oeste de su posición y antes de Anfípolis -dijo Casio-. Seguimos inmovilizados.

-¿No podemos simplemente soslayarlos y desembarcar en Anfípolis? - preguntó Bruto, estimulado por su brillante idea anterior.

-¡Cómo! ¿Y situarnos en medio de una tenaza? Antonio se desplazaría al este de Tesalónica si supiera que tenía ocho legiones para atacarnos por la retaguardia-dijo Casio con tono de paciente tolerancia.

-Ah.

-Ejem..., si se me permite hablar, Cayo Casio, os informaré de que hay un camino de cabras que atraviesa las cumbres por encima del paso Sapeano -terció Rascupolis.

Nadie prestó mucho caso al comentario durante tres días, pues ambos comandantes habían olvidado sus lecciones de historia sobre las Termópilas, donde finalmente logró reducirse a Leónidas y sus espartanos a través de un camino de cabras llamado Anopea. Por fin Bruto lo recordó, porque Catón el Censor había hecho lo mismo en ese mismo desfiladero, sorprendiendo a los defensores por el flanco.

-Es un auténtico camino de cabras -explicó entonces Rascupolis-, así que deberá ensancharse para el paso de las tropas. Eso puede hacerse, pero sólo si los excavadores trabajan en total silencio y llevan agua consigo. Creedme, no hay agua hasta que el camino termina en un arroyo.

-¿Cuánto tiempo llevaría esa tarea? -preguntó Casio, sin tener en cuenta el hecho de que los nobles tracios no eran expertos en los trabajos manuales.

-Tres días -contestó Rascupolis, calculando a bulto-. Yo personalmente acompañaré a los hombres para demostrar que no miento.

Casio encargó la misión al joven Lucio Bibulo, que partió con un grupo de avezados zapadores, cada uno de los cuales llevaba agua para tres días. El trabajo era sumamente peligroso, ya que debía realizarse justo por encima de las fuerzas de Saxa y Norbano, pero Lucio Bibulo, en cuanto empezó, no se planteó siquiera volver atrás. Ésa era su oportunidad de destacar. Al final de los tres días se les acabó el agua pero no vieron ningún arroyo. Muertos de sed y asustados, los hombres hubieran necesitado que se les animara y persuadiera para seguir trabajando cuando amaneció el cuarto día, pero el joven Lucio Bibulo se parecía demasiado a su difunto padre

para recurrir a la paciencia y la persuasión. En lugar de eso les ordenó que siguieran so pena de ser azotados, y ante esto los hombres se sublevaron y empezaron a arrojar piedras al desdichado Rascupolis. Sólo un leve rumor de agua les devolvió la sensatez; los zapadores corrieron a beber y luego acabaron el camino y regresaron al campamento de los Libertadores.

-¿Por qué no enviaste a alguien a por más agua? -preguntó Casio, atónito por la estupidez de Lucio Bibulo.

-Dijiste que había un arroyo.

-En el futuro recuérdame que te ponga en un puesto más acorde con tu mentalidad -gruñó Casio-. ¡Los dioses me libren de los nobles sin cerebro!

Puesto que ni Bruto ni Casio deseaban entrar en combate, su ejército marchó por la nueva carretera haciendo el mayor ruido posible. El resultado fue que Saxa y Norbano se retiraron ordenadamente a Anfípolis, un gran puerto maderero a ochenta kilómetros al oeste de Filipos. Allí, bien instalados -pero maldiciendo al príncipe Rascus, que no les había hablado del camino de cabras-, enviaron un mensaje a Marco Antonio, que se acercaba rápidamente.

Así, a finales de septiembre, Bruto y Casio tenían controlados los dos pasos de montaña, y pudieron avanzar hasta la llanura del río Ganga para levantar un amplio campamento. Ese año no había peligro de inundaciones.

-Filipos es una buena posición -dijo Casio-. Controlamos el Egeo y el Adriático; Sicilia y las aguas cercanas están en manos de nuestro amigo y aliado Sexto Pompeyo; la hambruna seguía generalizada y los triunviros no encontrarán comida en ninguna parte. Permaneceremos aquí durante algún tiempo; esperaremos a que Antonio se dé cuenta de que está derrotado y se retire a Italia. En ese momento iniciaremos la invasión. Pero por entonces sus tropas estarán tan famélicas, y toda Italia tan harta del Triunvirato, que conseguiremos una victoria incruenta.

Levantaron un campamento debidamente fortificado, pero dividido en dos partes. Casio ocupó la colina al sur de la Via Egnatia, quedando su otro flanco protegido por kilómetros de marisma más allá de la cual se extendía el mar. Bruto se apostó en las dos colinas gemelas al norte de la Via Egnatia, su otro flanco protegido por escarpadas paredes de roca y

desfiladeros intransitables. Ambos compartían una puerta principal en la propia Via Egnatia, pero una vez superada esa entrada común, había dos campamentos independientes con fortificaciones independientes. No existía libre acceso entre ambos, lo cual significaba que los soldados no podían desplazarse de uno a otro lado de la carretera.

La distancia entre la cima de la colina de Casio y la cima de la colina de Bruto era de alrededor de un kilómetro y medio, así que entre estas dos elevaciones construyeron una muralla sólidamente fortificada en el lado oeste. Esta muralla no formaba una línea recta; se curvaba hacia atrás en el centro, allí donde cruzaba la carretera ante la puerta principal, dibujando un gran arco. Dentro de la muralla, cada campamento tenía sus propias líneas interiores de fortificación, que se extendían a cada lado de la Via Egnatia hasta el comienzo del paso Sapeano.

-Nuestro ejército es demasiado numeroso para un único campamento -explicó Casio durante una reunión con sus legados y los de Bruto-. Al disponer de dos campamentos separados, si el enemigo penetra en uno, no podrá entrar en el otro. Eso nos da tiempo para organizar la ofensiva. La carretera de Neapolis nos permite traer provisiones fácilmente. Sí, bien pensado, en el improbable caso de que seamos atacados, estaremos en disposición de defendernos.

Ninguno de los presentes lo contradijo. Lo que preocupaba a todos los presentes era la noticia de que Marco Antonio había llegado a Anfípolis con ocho legiones más y miles de hombres a caballo. No sólo eso, sino que además Octaviano estaba en Tesalónica y tampoco tenía intención de detenerse, pese a que llegaban informes de que estaba tan enfermo que debía viajar en litera.

Casio cedió lo mejor de todo a Bruto. Lo mejor de la caballería, las mejores legiones de veteranos de César, la mejor artillería. No sabía cómo apuntalar a su timorato, vacilante y poco marcial compañero en aquella gran empresa. Bruto tenía todos esos defectos por más que de vez en cuando mostrara alguna inspiración en cuestiones de táctica. Sardis había demostrado a Casio que a Bruto le interesaban más las abstracciones que las necesidades prácticas generadas por la guerra. El problema de Bruto no era

exactamente la cobardía, no era sólo que la guerra y las batallas lo horrorizaran, sino más bien su incapacidad para interesarse por las cuestiones militares. Cuando debería haber estado estudiando mapas y visitando a sus hombres para levantarles la moral, estaba acurrucado con sus tres filósofos discutiendo sobre tal o cual tema, o escribiendo una de aquellas escalofriantes cartas a su esposa muerta. Sin embargo, cuando se le reprochaban sus estados de ánimo y su depresión crónica, negaba que los padeciera. O a veces hablaba del asesinato de Cicerón y de que se lo haría pagar a los triunviros, por poco apto que fuera para ese cometido. Tenía una especie de fe ciega en la justicia tal como él la entendía, y no daba crédito a que hombres malvados como Antonio y Octaviano tuvieran oportunidad de vencer. Él defendía la restauración de la antigua República y las libertades de los nobles romanos, causas que no podían perderse. Hombre muy distinto, Casio se encogía de hombros y simplemente hacía lo que estaba en sus manos para proteger a Bruto de sus debilidades. Que Bruto tuviera lo mejor de todo, y que Vediovis, dios de las dudas y las decepciones quisiera que fuera bastante.

Bruto ni siquiera llegó a darse cuenta de lo que Casio había hecho por él.

Antonio llegó a la llanura del río Ganga el último día de septiembre y levantó el campamento a unos dos kilómetros de la muralla occidental en forma de arco de los Libertadores.

Tomó clara conciencia de lo desventajosa que era su posición. No tenía leña y las noches eran muy frías, los mejores alimentos de la caravana tardarían aún varios días en llegar, y el agua de los pozos que excavaron era más sucia y salobre que la del río. Los Libertadores, dedujo, debían de tener acceso a buenos manantiales en la sierra rocosa que se alzaba a sus espaldas, así que envió hombres a explorar el monte Pangeo, donde encontró agua potable, que inicialmente tuvo que transportar al campamento hasta que sus ingenieros, utilizando soldados como peones, construyeron un acueducto improvisado.

No obstante, hizo lo que haría cualquier general romano competente: proteger y fortificar su posición con murallas, parapetos, torres y zanjas.

Luego dispuso la artillería. A diferencia de Bruto y Casio, construyó un solo campamento para sus soldados de a pie y los de Octaviano, y añadió un pequeño campamento a cada lado para la caballería, cuyos animales beberían el agua salobre. A continuación colocó a sus dos legiones peores en el pequeño campamento del lado del mar, donde estaba localizado su propio cuartel, y dejó espacio suficiente en el otro campamento pequeño para las dos legiones que Octaviano traería consigo. Éstas actuarían como reserva.

Después de estudiar el terreno, decidió que allí cualquier batalla tendría que ser librada por la infantería, así que en plena noche y en secreto mandó a todos sus soldados de caballería, excepto a tres mil, de regreso a Amfipolis. Al situar el cuartel y los aposentos de Octaviano en el otro campamento pequeño, simétricamente situado con respecto al suyo, no se le ocurrió pensar que la enfermedad de Octaviano se vería agravada por la proximidad de los caballos. Sencillamente le indignaba que las legiones siguieran admirando a aquel insignificante cobarde pese a sus afeminadas quejas, y que de hecho parecieran pensar que Octaviano intercedía ante Marte en nombre de ellos.

Todavía en litera, Octaviano llegó con sus cinco legiones a primeros de octubre, y la caravana de pertrechos apareció un día después. Cuando Octaviano vio el campamento que Antonio le había destinado, miró a Agripa con desesperación, pero tuvo el sentido común de no presentar una protesta a Antonio.

-En todo caso no lo entendería; él tiene una salud excelente. Plantaremos mi tienda al fondo, junto a las empalizadas exteriores, donde, espero, la brisa marina que llega a través de esas marismas quizá se lleve el polvo que levantan los cascos de los caballos.

-Será lo mejor -convino Agripa, asombrado ante el temple de que hacía gala César. Tiene una voluntad, pensó, muy superior a la de un simple mortal. Se resiste a rendirse, y más aún a morir, aunque sólo sea porque en cualquiera de los casos Antonio sería el principal beneficiario.

-Si cambia el viento o aumenta el polvo, César -añadió Agripa-, puedes salir por esa pequeña puerta y acercarte a las marismas en busca de alivio.

En Filipos ambos bandos disponían de diecinueve legiones y podían poner en combate a unos cien mil soldados de infantería, pero los Libertadores contaban con más de veinte mil caballos, en tanto que Antonio había reducido los suyos de trece mil a sólo tres mil.

-Las cosas han cambiado desde la época de César en la Galia -dijo Antonio a Octaviano mientras cenaban-. Él se consideraba con ventaja si tenía dos mil caballos que lanzar contra media Galia, y además unas cuantas levass de sugambros. Creo que en el campo de batalla nunca dispuso de más de un jinete por cada tres o cuatro del enemigo.

-Sé que haces ir de un lado para otro a tus soldados de caballería, como si aún tuvieras miles y miles, Antonio, pero no los tienes -dijo Octaviano, que comió con desgana un trozo de pan-. En cambio, tus oponentes tienen un gran campamento de caballería en lo alto del valle, por lo que me ha dicho Agripa. ¿Eso por qué? ¿Tiene algo que ver con César?

-No encuentro forraje -contestó Antonio, limpiándose el mentón-, así que tendré que contentarme con la caballería de que dispongo, como hacía César. Va a ser una laboriosa batalla centrada en la infantería.

-¿Crees que los hombres combatirán?

-No quieren, lo sé. Pero al final tendrán que luchar, porque no vamos a marcharnos hasta que lo hagan.

La repentina llegada de Antonio había desconcertado a Bruto y Casio, convencidos como estaban de que se quedaría en Anfípolis hasta darse cuenta de que su presencia en Tracia no servía de nada. Y sin embargo allí estaba, al parecer deseoso de batalla.

-No presentaremos batalla-dijo Casio, observando con expresión ceñuda las marismas.

Al día siguiente empezó a trabajar en el flanco expuesto del lado de las marismas, con la idea de prolongar sus fortificaciones hasta el centro de las propias marismas, impidiendo así a las tropas de los triunviros rodearlos para atacar por la retaguardia. Simultáneamente empezaron a añadirse zanjass, murallas y empalizadas a la puerta de la Vía Egnatia; hasta ese momento Casio había pensado que el río Ganga, cuyo cauce pasaba frente a sus dos colinas, proporcionaría protección suficiente, pero era evidente que

el nivel del agua descendía a diario en aquel otoño frío y seco de un año frío y seco. Los hombres no sólo podían vadearlo, sino que podían luchar en él. Por tanto se requerían más defensas, más fortificaciones.

-¿Por qué están tan ajetreados? -preguntó Bruto a Casio desde lo alto de la colina de Casio, señalando con la mano el campamento triunviral.

-Porque se preparan para un importante combate.

-Ah -dijo Bruto con voz ahogada, y tragó saliva.

-No habrá combate -añadió Casio con tono tranquilizador.

-¿Por eso has prolongado tus defensas hasta el interior de las marismas?

-Sí, Bruto.

-Me pregunto qué pensarán de todo esto los habitantes de Filipos.

Casio lo miró con cara de perplejidad.

-Tiene alguna importancia lo que piensen los habitantes de Filipos?

-Supongo que no -respondió Bruto con un suspiro-. Era simple curiosidad.

A lo largo de octubre no se produjeron más que unas cuantas escaramuzas menores entre grupos que salían en busca de forraje. A diario los triunviros permanecían alerta en espera de la batalla; a diario los Libertadores los ignoraban.

Casio pensaba que el ritual diario de blandir las armas realizado por el enemigo era lo único que hacían los triunviros, pero se equivocaba. Antonio había decidido atacar a Casio por el flanco de las marismas, y había concentrado en ello aun tercio de todo su ejército. Ordenó a los no combatientes y los auxiliares de la caravana de pertrechos que se endosaran la armadura e imitaran a los soldados en la exhibición ritual de las armas mientras los soldados se entregaban con ahínco a sus tareas. Para ellos el trabajo era señal de que la batalla se acercaba, y cualquier soldado que se preciara esperaba con entusiasmo la batalla. La moral era alta y predominaba el optimismo, porque sabían que tenían buenos generales y que la mayoría de los hombres sobrevivirían al combate. No sólo los dirigía el gran Marco Antonio, sino también César *Divi Filius*, que era la víctima expiatoria del ejército y la niña de sus ojos.

Antonio empezó a abrir un canal transitable a través de las marismas y a lo largo de las defensas construidas por Casio, con la intención de rodear el campamento para llegar a la retaguardia y bloquear la carretera de Neapolis, además de atacar el punto vulnerable de Casio. Durante diez días seguidos fingió llamar a sus hombres para la batalla mientras más de un tercio de ellos trabajaban en las marismas, ocultos a la vista de Casio por los juncos y la hierba alta. Éstos construyeron una firme pasarela, llevando incluso pilares para levantar sólidos puentes por encima de las zonas pantanosas más profundas, y todo en completo silencio. Mientras avanzaban equiparon la pasarela con salientes que servirían de base para unas fortificaciones que, dotadas de torres y parapetos, serían casi inexpugnables.

Pero Casio no vio nada ni oyó nada.

El vigesimotercer día de octubre, Casio cumplió cuarenta y dos años; Bruto tenía cuatro meses y medio menos que él. Por derecho Casio debería haber sido cónsul ese año; en lugar de eso, estaba en Filipos esperando a un ejército resuelto. Hasta qué punto era un ejército resuelto lo descubrió al amanecer del día de su cumpleaños. Antonio abandonó su actitud secreta y mandó una columna de tropas de asalto a ocupar todos los salientes y utilizar los materiales allí acumulados para convertirlos en fortalezas.

Consternado, Casio se apresuró a contrarrestar la maniobra de Antonio intentando prolongar sus fortificaciones hasta el mar; utilizó a todo su ejército y lo obligó a trabajar sin contemplaciones. No pensó en nada más, ni siquiera en la posibilidad de que aquella ocasión de Antonio fuera algo más importante que la tentativa de un ejército por superar al otro por el flanco. Si se hubiera detenido a pensar, acaso habría comprendido lo que se avecinaba, pero no fue así. De modo que no se dedicó a preparar a sus tropas para la batalla, y se olvidó totalmente de Bruto y sus legiones, a quienes no mandó mensaje alguno, y menos aún órdenes. Como no sabía nada de Casio, Bruto, viendo todo aquel alboroto, supuso que él debía quedarse de brazos cruzados.

A mediodía Antonio atacó por dos frentes, utilizando la mayor parte de los ejércitos de ambos jefes; sólo dejó en reserva dentro del pequeño campamento a las dos legiones más inexpertas de Octaviano. Antonio

dispuso a sus hombres en línea de cara al este frente al campamento de Casio; luego orientó hacia el sur a la mitad de sus hombres para arremeter contra los de Casio mientras éstos trabajaban denodadamente en las marismas. Entretanto la otra mitad atacó la puerta principal desde la carretera, pero por el lado de Casio. Los soldados apostados ante la puerta principal tenían escalas y garfios, y entraron en combate con gran entusiasmo, contentos de que por fin se hubiera iniciado la batalla.

Lo cierto era que incluso mientras Antonio atacaba, Casio seguía convencido de que Antonio no quería guerrear. Pese a que él y Antonio eran prácticamente de la misma edad, nunca habían coincidido en los mismos círculos ni en la infancia ni en la adolescencia ni en la vida adulta. Antonio, el demagogo fanfarrón plagado de vicios; Casio, el vástago marcial de una familia plebeya igualmente antigua y noble, que siempre tomaba el camino correcto. Cuando se encontraron en Filipos ninguno de los dos conocía la manera de pensar del otro. Así pues, Casio no tomó en consideración la temeridad de Antonio, dando por supuesto que su rival actuaría como él. En ese momento, la batalla ya iniciada, era ya demasiado tarde para organizar su resistencia o avisar a Bruto.

Las tropas de Antonio corrieron hacia la muralla de Casio bajo una lluvia de proyectiles e hicieron retroceder a la primera línea de Casio, que formó ante la muralla en terreno seco. En cuanto cayó la primera línea, los soldados triunvirales se abalanzaron contra las defensas exteriores de Casio y dejaron aislados a quienes aún trabajaban en las marismas. Éstos, buenos legionarios como eran, llevaban consigo sus armas y sus armaduras, de modo que se aprestaron rápidamente para el combate y corrieron a sumarse a la lucha, pero Antonio mandó contra ellos unas cuantas cohortes y los obligó a volver, sin jefes, a las marismas. Allí intervinieron las tropas de asalto instaladas en las fortalezas del puente, que rodearon a los hombres de Casio como si fueran corderos. Algunos consiguieron evitar la captura, se escabulleron por detrás de la colina de Casio y fueron a refugiarse en el campamento de Bruto.

Habiéndose asegurado el éxito en la marisma, Antonio se concentró en el asalto de la puerta principal, donde sus hombres habían derribado parte

de la muralla y se disponían a arremeter contra la línea interior de las fortificaciones de Casio.

En el campamento de Bruto, miles de soldados, dispuestos a lo largo de la muralla de la Via Egnatia, esperaban atentos el sonido de una corneta o las órdenes de un legado. En vano. Nadie les dio instrucciones de acudir al rescate de Casio. Así que a las dos de la tarde, los soldados expectantes tomaron la iniciativa. Sin aguardar órdenes, desenvainaron sus espadas, saltaron desde la muralla de Bruto y atacaron a los hombres de Antonio mientras éstos intentaban destruir las defensas interiores de Casio. Su esfuerzo dio resultado hasta que Antonio movilizó a parte de sus fuerzas de reserva y las dispuso entre sus soldados y los de Bruto, que estaban en situación de desventaja porque atacaban cuesta arriba.

Aquellos hombres de Bruto eran los valerosos veteranos de César; en cuanto vieron perdida su causa, la abandonaron e iniciaron otra lucha. Se dieron media vuelta y atacaron el pequeño campamento de Octaviano, irrumpiendo en él sin la menor dificultad. Contenía las dos legiones de reserva, el grueso de la caravana de pertrechos y unos cuantos soldados de caballería. No eran rival para los atacantes. Los veteranos de César tomaron el campamento, mataron a los defensores que se resistieron y penetraron en el campamento principal donde no había un solo defensor. A las seis de la tarde, tras saquear por completo el campamento triunviral, se dieron media vuelta y regresaron a la colina de Bruto en la oscuridad.

Al principio del conflicto se levantó una gran nube de polvo, de tan seco como estaba el terreno fuera de las marismas; nunca estuvo el aire tan turbio en una batalla como en aquel primer enfrentamiento de Filipos. Gracias a eso se libró Octaviano de la ignominia de ser capturado; notando que su asma empeoraba, salió por la pequeña puerta con la ayuda de Heleno y se encaminó hacia las marismas, donde pudo ponerse de cara al mar y respirar.

Pero para Casio aquella opaca nube significó una total pérdida de contacto con lo que ocurría, ahora que el combate en la marisma se había decantado claramente del lado de Antonio. Ni siquiera desde lo alto de la colina de su campamento Casio veía nada; el campamento de Bruto, a tan

corta distancia, se había perdido de vista. Sí sabía, no obstante, que el enemigo penetraba en sus defensas por la Via Egnatia, y que su campamento estaba inevitablemente condenado a sucumbir. ¿Se hallaba Bruto bajo un asalto igual de feroz? ¿Estaba también condenado el campamento de Bruto? Tenía que suponer que así era, pero no lo veía.

-Voy a buscar un lugar elevado -dijo a Cimbro y Quinctilio Varo-. Marchaos, creo que nos han derrotado. Creo..., pero no lo sé. Titinio, ¿me acompañas? Quizá desde Filipos veamos qué ocurre.

Así, pues, a las cuatro y media de la tarde, Casio y Lucio Titinio montaron en sus caballos y salieron por la puerta trasera. Rodearon la colina de Bruto y llegaron al camino que ascendía a la meseta de Filipos. Una hora después, ya al anochecer, se elevaron por encima de la nube de polvo y contemplaron la llanura. Vieron que abajo reinaba la oscuridad y que la nube parecía una segunda llanura, plana y uniforme, por encima de la otra.

-Bruto también debe de haber sido derrotado -dijo Casio a Titinio con voz apagada-. Hemos venido hasta aquí, y para nada.

-Aún no podemos estar seguros -contestó Titinio a modo de consuelo.

En ese momento un grupo de jinetes surgió de la bruma parda, ascendiendo al galope hacia ellos por la ladera del monte.

-Caballería triunviral-dijo Casio, mirándolos con atención. -Podrían ser de los nuestros. Permíteme que los intercepte y lo averigüe -dijo Titinio.

-No, parecen germanos. No vayas, por favor.

-Casio, también nosotros tenemos soldados germanos. Allá voy. Espoleando a su montura, Titinio se dio media vuelta y descendió para salir al paso a los jinetes. Casio, que lo observaba, vio cómo rodeaban a su amigo y lo prendían. Los gritos llegaron hasta él.

-Lo han atrapado -dijo a Píndaro, el liberto que le llevaba el escudo, y después desmontó y se desabrochó la coraza-. Como liberto, Píndaro, no me debes nada excepto mi muerte.

Desenfundó el puñal, el mismo que había hundido tan cruelmente en el rostro de César. Curiosamente, en ese momento sólo recordó lo mucho que había odiado entonces a César. Tendió el puñal a Píndaro.

-Clávalo bien -dijo, descubriendo su costado izquierdo para recibir el golpe.

Píndaro lo clavó bien. Casio se desplomó de bruces en el camino. Sollozando, su liberto lo contempló y luego montó a lomos de su caballo y lo espoléó en dirección al pueblo.

Pero los soldados de caballería germanos eran de los Libertadores, e iban hacia allí con la intención de informar a Casio de que los hombres de Bruto habían irrumpido en el campamento triunviral y obtenido una victoria. El primer enfrentamiento de Filipos había sido un empate. Con Titinio en medio del grupo, los jinetes ascendieron por la cuesta y encontraron a Casio muerto en el camino, mientras su caballo le acariciaba el rostro con el hocico. Saltando de la silla Titinio corrió hacia él, lo abrazó y lloró.

-¡Casio, Casio, era una buena noticia! ¿Por qué no has esperado?

No le vio sentido a seguir vivo si Casio había muerto. Titinio sacó su espada y se dejó caer sobre ella.

Bruto había pasado casi toda aquella tarde aterradora en lo alto de su colina, intentando en vano ver el campo de batalla. No sabía qué ocurría; no sabía que varias de sus legiones habían tomado la iniciativa y conseguido una victoria; no sabía qué esperaba Casio que él hiciera. Nada, suponía.

-Nada, supongo -fue lo que dijo a sus legados, a sus amigos, y a todos aquellos que acudieron a él para apremiarle a que hiciera algo, cualquier cosa.

Fue Cimbri, con el cabello alborotado y sin aliento, quien le anunció la victoria y le informó del botín que sus legiones, gritando de júbilo, habían traído de la otra orilla del río Ganga.

-Pero... pero Casio no... no ha ordenado eso -dijo Bruto tartamudeando, con una mirada de consternación.

-Lo han hecho de todos modos, y ha sido lo mejor para ellos. Y lo mejor también para nosotros, plañidero -replicó Cimbri, agotada su paciencia.

¿Dónde está Casio? ¿Y los demás?

-Casio y Titinio han subido a Filipos para intentar ver qué ocurría en medio de esta nube de polvo. Quintilio Varo ha creído que todo estaba

perdido y se ha arrojado sobre su propia espada. En cuanto a los demás, no sé nada. ¿Ha habido alguna vez batalla más confusa?

Oscureció y lentamente el polvo empezó a posarse. En ninguno de los dos bandos nadie sería capaz de evaluar los resultados del día hasta la mañana siguiente, así que los Libertadores supervivientes se reunieron a comer en la casa de madera de Bruto, se bañaron y se cambiaron de ropa.

¿Quién ha muerto hoy? -preguntó Bruto antes de servirse la cena.

-El joven Lúculo -contestó Quinto Ligario, uno de los asesinos.

-Lentulo Spinter, luchando en las marismas -dijo Pacuvio Antistio Labeo, otro asesino.

-Y Quinctilio Varo -añadió Cimbrio, también asesino.

Bruto lloró, sobre todo por el imperturbable innovador Spinter, hijo de un hombre más torpe y menos valioso.

En el exterior se oyó un alboroto, y el joven Catón irrumpió con la mirada enloquecida.

-¡Marco Bruto! -exclamó-. ¡Ven! ¡Sal!

El tono de su voz impulsó a la docena de hombres presentes a levantarse y acercarse a la puerta. Fuera, en el suelo, yacían los cadáveres de Cayo Casio Longino y Lucio Titinio en una tosca litera. Bruto dejó escapar un débil chillido, cayó de rodillas y, cubriéndose el rostro con las manos, empezó a balancearse de atrás hacia delante.

-¿Cómo ha sido? -preguntó Cimbrio asumiendo el control.

-Los han traído unos soldados de caballería germanos -explicó Marco Catón, muy rígido, en actitud marcial; su padre no le habría reconocido-. Por lo visto, Casio los tomó por soldados de Antonio que iban en su búsqueda para tomarlo prisionero, cuando él y Titinio estaban en el camino de Filipos. Titinio salió al paso de los militares y averiguó que eran de los nuestros, pero cuando volvió para comunicárselo a Casio, éste ya se había suicidado. Entonces Titinio se dejó caer sobre su espada.

-¿Y dónde estabas tú mientras ocurría todo esto? -bramó Marco Antonio, de pie entre las ruinas de su campamento.

Apoyado en Heleno, y sin querer mirar al callado Agripa, que tenía la mano en el puño de la espada, Octaviano, sin achicarse, fijó la vista en los

ojos pequeños y coléricos de Antonio.

-En las marismas, intentando respirar.

-¡Mientras esos *cunni* nos robaban los fondos para la guerra!

-Estoy seguro de que los recuperarás, Marco Antonio -resolló Octaviano, bajando sus pestañas largas y claras.

-En eso tienes razón, bobo inútil, los recuperaré. ¡Niño mimado, nunca serás un buen comandante! Yo me consideraba ya vencedor, cuando unos cuantos renegados del campamento de Bruto estaban saqueando mi campamento. ¡Mi campamento! ¡Y para colmo han muerto varios miles de hombres! ¿De qué vale matar a ocho mil hombres de Casio si yo pierdo otros muchos en mi propio campamento? ¡No serías capaz de organizar ni una pelea de broma!

-Yo nunca he pretendido ser capaz de organizar una pelea de broma -respondió Octaviano con serenidad-. Tú has tomado las decisiones de hoy, no yo. Apenas te has molestado en anunciarme que atacabas, y desde luego no me has invitado a participar en tu Consejo.

-¿Por qué no lo dejas y te vas a casa, Octaviano?

-Porque soy co-comandante en esta guerra, Antonio, te guste o no. He aportado el mismo número de hombres (hoy ha muerto mi infantería, no la tuya) y más dinero que tú, por más que grites y fanfarronees. En el futuro, te recomiendo que me incluyas en tus consejos de guerra y planifiques mejor la defensa de tu campamento.

Con los puños apretados, Antonio expectoró y escupió en el suelo a los pies de Octaviano. A continuación se marchó hecho una furia.

-Déjame matarlo, por favor -rogó Agripa-. Lo vencería, César, estoy seguro. Está haciéndose viejo y bebe demasiado. Déjame matarlo. Puedo hacerlo en una lucha justa: lo retaré a un duelo.

-No, hoy no -contestó Octaviano, y se dio media vuelta con intención de regresar a su maltrecha tienda. Los no combatientes cavaban fosas a la luz de las antorchas porque había muchos caballos que enterrar. Un caballo muerto equivalía a un soldado de caballería que no podía combatir, como los hombres de Bruto bien sabían-. Has participado en lo más enconado del combate, Agripa. Tauro me lo ha dicho. Lo que necesitas es dormir, no

batirte en duelo con un vulgar gladiador como Antonio. Tauro me ha contado que has ganado nueve *phalerae* de oro por ser el primero en saltar al otro lado de la muralla de Casio. Tu recompensa debería haber sido una *corona vallaris*, pero, según Tauro, Antonio se ha negado porque había dos murallas y tú no has sido el primero en saltar las dos. Estoy orgulloso de ti. Cuando combatamos contra Bruto, tú estarás al frente de la Cuarta legión.

Aunque muy complacido por el elogio, a Agripa le preocupaba más César que su propia suerte. Después de la inmerecida reprensión del animal de Antonio, pensó, César debería tener la cara amoratada y estar agonizando. En lugar de eso, la discusión había actuado, al parecer, como una medicina mágica, mejorando su estado. ¡Qué tranquilo se le veía! No se había alterado en absoluto. Poseía su propia clase de valentía. Antonio no llegará a ninguna parte si intenta minar la reputación de César entre las legiones mofándose de él y tachándolo de cobarde. Saben que César está enfermo, y creen que hoy su enfermedad les ha ayudado a conseguir una gran victoria. Porque es una gran victoria. Las tropas que hemos perdido eran las peores, mientras que los hombres que han perdido los Libertadores eran los mejores de Casio. No, las legiones no creerán que César es un cobarde. Serán los compinches de Antonio y los falsos generales del Senado que están en Roma, los que creerán las mentiras de Antonio. Allí se olvidará de mencionar la enfermedad de César.

El campamento de Bruto estaba lleno a rebosar. Unos veinticinco mil soldados de Casio habían conseguido refugiarse en su interior. Algunos estaban heridos, la mayoría estaban sólo exhaustos, primero por el trabajo en las marismas y luego por el combate. Bruto hizo sacar raciones extra de intendencia, obligó a los panaderos no combatientes a trabajar con el mismo ahínco con el que se habían afanado los soldados en las marismas, y ofreció a éstos pan recién hecho y sopa de lentejas con abundante tocino. Hacía frío, y no era fácil encontrar leña porque los árboles talados de las colinas aún estaban demasiado verdes para arder. La sopa y el pan con aceite les serviría para entrar en calor.

Al imaginarse cómo reaccionarían los soldados al conocer la muerte de Casio, Bruto sintió pánico. Cargó los nobles cadáveres en una carreta y en

secreto los mandó a Neapolis bajo la supervisión del joven Catón, que recibió instrucciones de incinerarlos allí y enviar las cenizas a Roma antes de regresar. ¡Qué terrible, qué irreal era ver el rostro de Casio privado de vida! Aquél había sido el rostro más vivo que había visto jamás. Habían sido amigos desde la escuela, se habían convertido en cuñados, sus vidas habían estado inseparablemente ligadas aun antes de que la acción de matar a César los uniera para bien o para mal. Ahora estaba solo. Las cenizas de Casio serían entregadas a Tertula, que tanto había deseado tener hijos sin conseguirlo. Parecía el destino de las mujeres julianas; en eso, ella había salido a César. Ya era demasiado tarde para tener hijos. Demasiado tarde para ello, demasiado tarde también para Marco Bruto. Porcia está muerta, mi madre viva. Porcia está muerta, mi madre viva. Porcia está muerta, mi madre viva.

Cuando el cadáver de Casio estuvo en camino, Bruto notó que le invadía una peculiar sensación de fuerza; la empresa había quedado plenamente en sus manos, era él el único Libertador superviviente que importaba para los libros de Historia. Así que envolvió su cuerpo flaco y encorvado en una capa y se dispuso a hacer lo posible por reconfortar a los hombres de Casio. Sentían hondamente la derrota, descubrió Bruto yendo de grupo en grupo para hablar con ellos y calmarlos. No, no, no ha sido culpa vuestra, no os ha faltado valor ni determinación. Antonio, militar sin principios, os atacó por sorpresa, no actuó como un hombre de honor. Lógicamente deseaban saber cómo estaba Casio, por qué no los visitaba él. Convencido de que la noticia de su muerte los desmoralizaría por completo, Bruto mintió: Casio estaba herido, tardaría unos días en poder levantarse otra vez. El engaño dio resultado.

Cuando se acercaba el amanecer, convocó a sus propios legados, tribunos y centuriones superiores para celebrar una conferencia.

-Marco Cicerón-dijo Bruto al hijo de Cicerón-, es tu misión hablar con mis centuriones e incorporar a los soldados de Casio a mis legiones, aunque éstas queden demasiado nutridas. Pero averigua si algunas de sus legiones ha sufrido tan pocas bajas que no hará falta disolverla.

El joven Cicerón asintió con entusiasmo; el aspecto más doloroso de ser el hijo del gran Cicerón era que en justicia debería haber sido el hijo de Quinto Cicerón, mientras que el joven Quinto debería haber sido el vástago del gran Cicerón. Porque Marco el joven era un guerrero y tenía pocas inquietudes intelectuales, en tanto que Quinto el Joven había sido estudioso e idealista. La tarea que Bruto acababa de encomendarle era idónea para sus aptitudes.

Pero después de reconfortar a los hombres de Casio, Bruto perdió aquella súbita energía y volvió a caer en su desaliento habitual.

-Pasarán unos días antes de que podamos presentar batalla -dijo Cimbro.

-¿Presentar batalla? -repitió Bruto sin comprender-. No, Lucio Cimbro, no vamos a presentar batalla.

-¡Pero debemos hacerlo! -exclamó Lucio Bibulo.

Los tribunos y centuriones cruzaron entre sí miradas de despecho; era obvio que todos deseaban ir a la batalla.

-Permaneceremos aquí sin movernos -contestó Bruto, irguiéndose con toda la dignidad de que pudo hacer acopio-. No presentaremos batalla. Repito: no presentaremos batalla.

Sin embargo al amanecer Antonio había hecho formar a sus tropas para la batalla. Molesto, Cimbro reunió al ejército de los Libertadores para hacer lo mismo. Se produjo de hecho un conato de enfrentamiento, interrumpido por la retirada de Antonio, ya que sus hombres estaban cansados, y sus campamentos necesitaban atención inmediata. Sólo había pretendido demostrar a Bruto que iba en serio, que no pensaba rendirse.

Al día siguiente Bruto convocó una asamblea general de toda su infantería y pronunció un breve discurso que sembró el desánimo entre la tropa. Bruto anunció que no tenía intención de presentar batalla en el futuro. No era necesario, y la prioridad era proteger sus valiosas vidas. Marco Antonio había actuado por encima de sus posibilidades, porque no quedaban cultivos ni animales en Grecia, en Macedonia y en el oeste de Tracia, así que iba a morir de hambre. Las flotas de los Libertadores controlaban los mares, y Antonio y Octaviano no podrían obtener provisiones en ninguna parte.

-Así que relajaos, tenemos comida suficiente hasta la cosecha del próximo año si es necesario -concluyó-. Sin embargo, mucho antes de eso, Marco Antonio y César Octaviano habrán muerto de inanición.

Más tarde Cimbro dijo entre dientes:

-Eso ha sentado muy mal, Bruto. Quieren luchar. No quieren quedarse de brazos cruzados y comer mientras el enemigo se muere de hambre. Quieren luchar. Son soldados, no asiduos al Foro.

En respuesta, Bruto requirió sus fondos para la guerra y entregó a todos y cada uno de sus soldados cinco mil sestercios en efectivo en agradecimiento por su valor y lealtad. Pero el ejército lo interpretó como un soborno y perdió el poco respeto que sentía por Marco Bruto. Él intentó suavizar la situación prometiéndoles una campaña breve y lucrativa en Grecia y Macedonia después de que los triunviros se dispersaran para ir en busca de algo que comer, ya fuera paja, insectos o semillas. Bruto también apuntó la posibilidad de saquear Lacedemonia o Tesalónica, las dos ciudades más ricas todavía intactas.

-El ejército no quiere saquear ciudades, quiere combatir -insistió Quinto Ligario, furioso-. Quiere combatir aquí.

Pero por más que se lo repitieran, Bruto se negó a luchar.

A principios de noviembre el ejército triunviral estaba en un grave aprieto. Antonio envió grupos en busca de alimentos a lugares tan alejados como Tesalia y el valle del río Axio, mucho más allá de Tesalónica, pero regresaron con las manos vacías. Sólo una incursión en el territorio de los besios, en las orillas del río Estrimón, les proporcionó grano y legumbres, ya que Rascus, sintiéndose culpable por no haberse acordado del camino de cabras del paso Sapeano, se ofreció a guiarlos. La presencia de Rascus no había mejorado las relaciones entre Antonio y Octaviano: el príncipe tracio se negaba a tratar con Antonio e insistía en hablar con César, quien lo trataba con una deferencia de la que Antonio habría sido incapaz. Las legiones octavianas regresaron con víveres suficientes para resistir otro mes, pero no más.

-Ya es hora de que hablemos, Octaviano -dijo Antonio poco después.

-Siéntate, pues -respondió Octaviano-. ¿De qué tenemos que hablar?

-De estrategia. Como comandante eres un inepto, muchacho, pero desde luego eres un político hábil, y quizás un político hábil es lo que necesitamos. ¿Tienes alguna idea?

-Unas cuantas -contestó Octaviano con rostro inexpresivo-. Para empezar, creo que deberíamos prometer a nuestras tropas una gratificación de veinte mil sestericios.

-¡Estás de broma! -exclamó Antonio, irguiéndose de inmediato-. Aunque hemos perdido bastantes hombres, esa paga ascendería a ocho mil talentos de plata, y no hay tal cantidad de dinero a este lado del Mare Nostrum.

-Eso es cierto. No obstante creo que debemos prometérsela. Por ahora con eso basta, mi querido Antonio. Nuestros hombres no son estúpidos; saben que no tenemos el dinero. Sin embargo, si podemos tomar el campamento de Bruto intacto y cerrar la carretera de Neapolis, encontraremos muchos miles de talentos de plata. Nuestras tropas son lo bastante inteligentes para darse cuenta de eso. Un incentivo más para forzar la batalla.

-Te entiendo. Muy bien, estoy de acuerdo. ¿Algo más?

-Según mis agentes, Bruto está sumido en un mar de confusiones.

-¿Tus agentes?

-Uno hace lo que está al alcance de sus aptitudes físicas y mentales, Antonio. Como tú repites una y otra vez, mis aptitudes físicas y mentales no son las de un general. Sin embargo, hay en mí mucho de Ulises, y como ese héroe astuto, tengo hombres en nuestra propia Ilium, uno o dos en altas posiciones de la cadena de mando. Me facilitan información.

Antonio lo miró boquiabierto.

-¡Eres listo, por Júpiter!

-Sí, lo soy -admitió Octaviano sin darle importancia-. Según mis agentes, a Bruto le preocupa que tantos de sus soldados estuvieran antes al servicio de César. Duda de su lealtad. Los hombres de Casio también le inquietan; piensa que no confían en él.

-¿Y en qué medida el estado de ánimo de Bruto se debe a los comentarios de tus agentes? -preguntó Antonio con sagacidad.

César sonrió.

-En cierta medida, sin duda. Es vulnerable, nuestro Bruto. Un filósofo y un plutócrata en una sola persona. Ninguna de sus dos mitades cree en la guerra: el filósofo porque la considera repugnante y destructiva; el plutócrata porque es mala para los negocios.

-¿Qué tiene eso que ver con lo que intentas hacer?

-Que Bruto es vulnerable. Puede obligársele a presentar batalla, creo. - Octaviano se reclinó con un suspiro-. En cuanto a cómo debemos provocar a sus hombres para que insistan en luchar, lo dejo en tus manos.

Antonio se levantó y contempló con el entrecejo fruncido la cabeza dorada.

-Una pregunta más.

-¿Sí? -dijo Octaviano, mirándolo con un tenue brillo en los ojos.

-¿Tienes agentes en nuestro ejército?

Otra de las sonrisas de César.

-¿Tú qué crees?

-Creo que eres un retorcido, Octaviano. Y eso era algo que no podía decirse de César. Él siempre era recto como una flecha. Te desprecio.

A medida que avanzaba noviembre se iba agudizando el dilema de Bruto. Mirara adonde mirara, encontraba muestras de oposición, ya que todos deseaban una sola cosa: la batalla. Para aumentar aún más sus tribulaciones, Antonio hacía formar cada día a su ejército, y los hombres de las primeras filas empezaban a gañir como perros hambrientos, a aullar como perros en celo, a gimotear como perros apaleados. Luego insultaban a gritos a los soldados de los Libertadores, les decían que eran cobardes, débiles, que les daba miedo luchar. El alboroto penetraba en todos los rincones del campamento de Bruto, y cuantos oían las voces de los soldados triunvirales hacían rechinar los dientes, aborrecían aquellas ofensas... y aborrecían a Bruto por no aceptar la batalla.

El décimo día de noviembre Bruto empezó a flaquear. Al acoso a que lo sometían los demás asesinos, sus legados y sus tribunos, se había sumado el coro de los centuriones y soldados. Sin saber qué hacer, Bruto cerró su puerta y se quedó dentro de la casa con la cabeza entre las manos. La

caballería asiática se marchaba en tropel sin molestarse siquiera en disimular. Desde antes del primer enfrentamiento de Filipos, para que los caballos pudieran pastar y beber había que conducirlos a los montes al menos una vez al día. Al igual que Antonio, Casio había previsto que el combate no requeriría mucha caballería, así que había empezado a enviar a casa a parte de la fuerza montada. Ahora, después del primer enfrentamiento de Filipos, en lugar de marcharse en pequeños grupos, la caballería abandonaba el campamento en tropel. Si llegaba el enfrentamiento, Bruto no podría poner en el campo de batalla a más de cinco mil caballos, pero no entendía que incluso esa cantidad sería excesiva. A él se le antojaba muy escasa.

Cuando se aventuraba a salir de la casa, sólo porque consideraba que era su obligación de vez en cuando, los cuchicheos y los gritos parecían darle a entender que muchos de sus soldados habían servido antes a César, y que a diario distinguían los rubios cabellos del heredero de César cuando éste pasaba revista ante la primera línea sonriendo y bromeando con sus hombres. Así que Bruto volvía a esconderse, sentándose con la cabeza entre las manos.

Finalmente, un día antes de los idus, Lucio Pilio Cimbro irrumpió en la casa sin previo aviso, se acercó al sorprendido Bruto y lo obligó a ponerse en pie.

-¡Bruto, te guste o no, vas a luchar! -gritó Cimbro, fuera de sí a causa de la ira.

-No, sería el final. Deja que el enemigo se muera de hambre -gimió Bruto.

-Da la orden de que tus hombres se dispongan a combatir mañana, Bruto, o te relevaré del mando y la daré yo mismo. Y no creas que esto sólo es cosa mía; tengo el respaldo de todos los Libertadores, los otros legados, los tribunos, los centuriones y los soldados -dijo Cimbro-. Decídetes, Bruto: ¿deseas conservar el mando o vas a cedérmelo?

-Que así sea -dijo Bruto en voz apagada-. Da las órdenes necesarias. Pero cuando todo haya acabado y estemos derrotados, recuerda que no era mi deseo.

Al amanecer, el ejército de los Libertadores salió del campamento de Bruto y formó a ese lado del río. Nervioso y asustado, Bruto había dado instrucciones a los tribunos y centuriones para que los soldados nunca se alejaran demasiado del campamento, con objeto de que pudieran entrar en él de nuevo, y de que todos tuvieran una vía segura para la retirada. Tribunos y centuriones, asombrados, hicieron caso omiso de esa orden. ¿Qué pretendía, decir a los hombres que la batalla estaba perdida antes de empezar?

Pero Bruto consiguió hacer llegar el mensaje a la tropa de todos modos. Mientras Antonio y Octaviano pasaban revista a sus hombres estrechándoles la mano, sonriendo, bromeando y deseándoles la protección de Marte Invicto y *Divus Julius*, Bruto, a lomos de un caballo, trotó ante sus soldados diciéndoles que si ese día perdían la batalla, la culpa sería de ellos. Eran ellos quienes habían insistido en combatir, él personalmente no quería saber nada de la batalla, se había visto obligado a aceptarla contra su propio sentido común. Lo decía con el semblante afligido, los ojos llorosos y los hombros encorvados. Cuando acabó su discurso, la mayoría de los soldados se preguntaban por qué se habían alistado en un ejército capitaneado por aquel derrotista.

Tuvieron tiempo de sobra para expresarse mutuamente ese sentimiento, dado que no sonó ninguna corneta con el toque de combate. Desde el amanecer permanecían en sus filas, apoyados en su escudo y sus *pila*, alegrándose de que fuera un día nublado de finales de otoño. A mediodía los no combatientes repartieron comida y los hombres de los dos ejércitos comieron en sus puestos, y luego siguieron apoyados en su escudo y sus *pila*.

¡Qué farsa!! Plauto no podía haber escrito una comedia más ridícula.

-Da la orden de batalla, Bruto, o despójate de la capa de general -dijo Cimbro a las dos de la tarde.

-Dame una hora más, Cimbro, sólo una hora más. Así será ya demasiado tarde para entablar una batalla decisiva, porque quedará poca luz del día. Las batallas que sólo duran dos horas no tienen demasiadas bajas, ni son

decisivas -dijo Bruto, convencido de que ésa era una de las inspiraciones tácticas que habían impresionado incluso a Casio.

Cimbro lo miró, desconcertado.

-¿Y qué me dices de Farsalia? Tú estabas allí, Bruto. Bastó con menos de una hora.

-Sí, pero murieron muy pocos. Haré sonar las cornetas dentro de una hora, ni un segundo antes -insistió Bruto con obstinación.

Así pues, a las tres sonaron las cornetas. El ejército triunviral lanzó vítores y cargó; el ejército de los Libertadores lanzó vítores y cargó. Volvía a ser una batalla de infantería; en la periferia del campo de batalla la caballería de ambos bandos hizo poco más que observarse.

Las dos grandes masas de soldados de a pie chocaron ferozmente, con gran fuerza y vigor. No hubo incursiones preliminares con *pila* o flechas, tal era el deseo de los hombres de abalanzarse unos sobre otros, de herirse con las cortas espadas. Desde el principio fue un combate cuerpo a cuerpo, ya que ambos bandos habían esperado demasiado. La matanza fue inmensa; ninguno de los bandos cedió un solo palmo. Cuando los hombres de las primeras filas caían, los siguientes ocupaban sus puestos pasando sobre los muertos y heridos con los escudos en alto, roncos de tanto gritar, asestando un golpe tras otro con la espada.

Las cinco mejores legiones de Octaviano formaron el ala derecha de Antonio, mientras que Agripa y su Cuarta legión se situaron más cerca de la Via Egnatia. Puesto que habían sido las huestes de Octaviano las que habían perdido el campamento, aquellas cinco legiones tenían una deuda pendiente con los veteranos de Bruto, colocados frente a ellos en el ala izquierda del ejército de éste. Después de casi una hora de lucha en la que nadie cedió ni ganó terreno, las cinco legiones de Octaviano empezaron a presionar de tal modo que obligaron al flanco izquierdo de Bruto a retroceder por pura fuerza bruta.

-¡Oh! -exclamó Octaviano a Heleno, observando extasiado lo que ocurría-. Da la impresión de que empujan una máquina enorme. ¡Empuja, Agripa, empuja!

Lentamente los antiguos veteranos de César, ahora al servicio de Bruto, empezaron a ceder terreno, y cuando la presión que el enemigo ejercía sobre sus filas se hizo inaguantable, tuvieron que dispersarse. Aun así, no cundió el pánico, nadie huyó del campo de batalla. Cuando las filas de retaguardia se dieron cuenta de que las delanteras cedían, simplemente empezaron a retroceder también.

Pero una hora después del choque inicial, la tensión se hizo insufrible. De pronto la lenta retirada del ala izquierda de Bruto se convirtió en una desbandada, y las legiones de Octaviano siguieron al enemigo tan de cerca que estaba al alcance de sus espadas. Ajenos a la lluvia de piedras y dardos que llegaba de las murallas, los hombres de la Cuarta legión, con Agripa al frente, atravesaron la Via Egnatia y corrieron hacia la puerta principal y sus fortificaciones, cerrando el paso a los soldados fugitivos que buscaban refugio en el campamento de Bruto. Éstos, desperdigándose, escaparon a las marismas o a los barrancos de detrás de la colina.

El segundo enfrentamiento de Filipos duró muy poco más que la batalla de Farsalia, pero el número de bajas fue muy elevado; perecieron la mitad de los hombres del ejército de los Libertadores, o no volvió a saberse de ellos en el ámbito del Mare Nostrum. Más tarde correría el rumor de que algunos sobrevivieron para entrar al servicio del rey de los partos, pero diez mil soldados de Carres acabaron vigilando la frontera de Sogdiana contra las hordas esteparias de los masagetas, ya que el hijo de Labieno, Quinto Labieno, un acólito de confianza del rey Orodes, los invitó a ayudarlo a adiestrar al ejército parto en las técnicas de combate romanas.

Bruto y su grupo habían observado las hostilidades desde lo alto de su colina; ese día habían gozado de buena visibilidad porque el polvo no se levantó por encima de la densa multitud de cuerpos. Cuando resultó evidente que la batalla estaba perdida, los tribunos de sus cuatro legiones veteranas acudieron a Bruto y le preguntaron qué debían hacer.

-Salvad vuestras vidas -dijo Bruto-. Intentad llegar hasta la flota de Neapolis, o a Tasos.

-Debemos escoltarte, Marco Bruto.

-No, prefiero ir solo. Ahora dejadme, por favor.

Estatilo, Estratón de Épiro y Publio Volumnio estaban con él; también lo acompañaban sus tres libertos más apreciados -sus secretarios Lucilio y Cleito y su escudero Dárdano- y otros más. Quizá serían veinte en total, incluidos los esclavos.

-Todo ha terminado -dijo Bruto, observando cómo la Cuarta de Agripa asaltaba las murallas-. Vale más que nos apresuremos. ¿Está hecho el equipaje, Lucilio?

-Sí, Marco Bruto. ¿Puedo pedirte un favor?

-Sí.

-Dame tu armadura y tu capa escarlata. Somos de la misma estatura y el mismo color de pelo. Puedo hacerme pasar por ti, y si cabalgo hasta sus filas y digo que soy Marco Junio Bruto, retrasaré la persecución -propuso Lucilio.

Bruto reflexionó por un momento y finalmente asintió.

-Muy bien, pero con una condición: ríndete a Marco Antonio. Bajo ningún concepto permitas que te lleven ante Octaviano. Antonio es un animal sin educación pero tiene sentido del honor. No te hará daño cuando descubra que ha sido engañado. Sospecho que Octaviano, en cambio, te haría matar en el acto.

Se intercambiaron la ropa. Lucilio montó a lomos del caballo público de Bruto y cabalgó ladera abajo hacia la puerta principal, en tanto que Bruto y su grupo descendían hacia la puerta trasera. Ya oscurecía, y los hombres de Agripa seguían destruyendo las murallas del campamento. Nadie los vio marcharse, penetrar en el desfiladero más cercano y alejarse por él hasta salir a la Vía Egnatia mucho más al este de la carretera de Neapolis, que Antonio había tomado unos días después de la primera batalla de Filipos.

Al acercarse el crepúsculo, Bruto optó por abandonar la carretera en el paso Corpilano, y subir por las pendientes densamente arboladas que bordeaban la garganta.

-Sin duda Antonio habrá enviado algunas partidas de caballería en busca de fugitivos -explicó Bruto-. Si pasamos la noche en estas alturas rocosas, por la mañana veremos mejor el camino.

-Si dejamos a alguien de guardia, podremos encender una fogata -dijo Volumnio, tiritando-. Está demasiado nublado para ver sin antorchas, de modo que sólo tendremos que apagar el fuego cuando nuestro vigilante vea acercarse la luz de unas teas.

-El cielo está despejándose -observó Estatilo, desolado.

Se apiñaron en torno a una viva hoguera de ramas secas y descubrieron que tenían demasiada sed para comer; pero nadie se había acordado de llevar agua.

-El Harpeso debe de estar cerca -dijo Rascupolis, levantándose-. Me llevaré dos caballos de reserva y traeré agua, si es que consigo vaciar el grano de estas ánforas y meterlo en sacos.

Bruto, tan abstraído que percibía la actividad a su alrededor como si la viera a través de una espesa niebla y la oyera con los oídos tapados, apenas se enteró de la propuesta del rey tracio.

Éste es el final de mi camino, el final de mi tiempo en este horrible y atormentado mundo. Nunca he tenido madera de guerrero, no lo llevo en la sangre. Ni siquiera conozco cómo funciona la mente militar. De lo contrario, habría comprendido mejor a Casio. ¡Tenía un espíritu tan entregado y agresivo! Por eso mi madre siempre lo prefirió a él, porque ella es la persona más agresiva que conozco. Más orgullosa que las torres de Ilium, más fuerte que Hércules, más dura que el *adamas*. Está destinada a sobrevivirnos a todos: a Catón, César, Silano, Porcia, Casio y yo. Nos sobrevivirá a todos menos, quizás, a esa serpiente de Octaviano. Fue él quien obligó a Antonio a perseguir a los Libertadores. De no ser por Octaviano, todos viviríamos en Roma, y habríamos sido cónsules a su debido tiempo. Este mismo año.

Octaviano posee la astucia de un hombre cuatro veces mayor. ¡El heredero de César! La tirada de dados de la Fortuna que ninguno de nosotros tomó en consideración. César, que fue quien inició todo esto cuando sedujo a mi madre, me avergonzó a mí, me arrebató a Julia para casarla con un viejo. César el interesado. Estremeciéndose, recordó una frase de la Medea de Eurípides y la pronunció en voz alta:

-«¡Zeus todopoderoso, recuerda quién es la causa de tanto dolor!»

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó Volumnio, intentando grabárselo todo en la memoria hasta que tuviera ocasión de anotarlo en su diario.

Bruto no contestó, así que Volumnio tuvo que dar vueltas a la cita hasta que Estratón de Épiro lo ilustró. Pero Volumnio supuso que Bruto se refería a Antonio y no consideró siquiera que pudiera tratarse de César.

Rascupolis regresó con el agua. Excepto Bruto, todos bebieron ansiosamente, sedientos como estaban. Después comieron.

Un rato más tarde oyeron un ruido a lo lejos y apagaron precipitadamente la fogata. Permanecieron tensos mientras Volumnio y Dárdano iban a investigar. Una falsa alarma, dijeron al regresar.

De pronto Estatilo se levantó de un brinco y empezó a darse palmadas por el cuerpo para entrar en calor.

-¡No lo soporto más! -exclamó-. Voy a volver a Filipos para ver qué ocurre. Si encuentro desierta la colina del campamento, encenderé la gran hoguera de señales. Desde esta altura la veréis bien. Al fin y al cabo, fue pensada para advertir a los vigilantes de estos dos pasos si los triunviros atacaban Neapolis. ¿Qué distancia hay, ocho kilómetros? Si me doy prisa, la veréis dentro de una hora. Entonces sabréis si los hombres de Antonio duermen o nos persiguen.

Se marchó, y los demás se apretujaron para ahuyentar el frío. Sólo Bruto se quedó aparte, sumido en sus pensamientos.

Éste es el final de mi camino, y todo ha sido en vano. Estaba convencido de que si César moría, recuperaríamos la República. Pero no ha sido así. Su muerte sólo ha servido para dar rienda suelta a enemigos aún peores. Mi corazón está ligado a la República; es lógico que yo muera.

-¿Quiénes han muerto hoy? -preguntó de repente.

-Hemicilo -contestó Rascupolis desde la oscuridad-. El joven Marco Porcio Catón, peleando con gran valor. Pacuvio Labeo, quitándose la vida él mismo, creo.

-Livio Druso Nerón -añadió Volumnio.

Bruto se echó a llorar en silencio mientras los demás permanecían muy quietos, deseando estar en otra parte. Bruto no supo cuánto tiempo duró su llanto, pero cuando se secaron sus lágrimas, tuvo la sensación de haber

salido de un sueño para entrar en otro sueño más hermoso y fascinante. Ya de pie, se dirigió al centro del claro y alzó la cabeza para mirar el cielo, donde las nubes se habían disipado y las estrellas brillaban a miles. Sólo Homero tenía las palabras adecuadas para describir el imponente espectáculo que contemplaban sus ojos:

-«Hay noches -dijo- en las que el viento no mueve el aire y las estrellas del firmamento lucen con todo su esplendor en torno a la brillante luna; noches en que las cumbres de las montañas, los cabos y los desfiladeros quedan a la vista a la vez que las infinitas profundidades del cielo se abren al firmamento.»

Aquellas palabras ponían fin a una transición, todos lo supieron. Tensos y abriendo mucho los ojos ya perfectamente adaptados a la oscuridad, siguieron la sombra de Bruto que regresaba hacia ellos. Se acercó a los fardos que contenían sus pertenencias, cogió su espada y la desenvainó. Se la tendió a Volumnio.

-Hazlo, viejo amigo -dijo.

Sollozando, Volumnio negó con la cabeza y retrocedió.

Bruto ofreció la espada a todos ellos uno por uno, y todos se negaron a empuñarla. El último fue Estratón de Épiro.

-¿Lo harás tú? -preguntó Bruto.

Todo acabó en un instante. Estratón de Épiro cogió el arma con un rápido movimiento y, como si prolongara ese mismo gesto, asestó una súbita estocada. La hoja penetró, hasta la empuñadura en forma de águila, bajo la caja torácica de Bruto por el costado izquierdo. Un golpe perfecto. Bruto murió antes de que sus rodillas tocaran la tierra cubierta de hierba.

-Me voy a casa -dijo Rascupolis-. ¿Quién viene conmigo?

Nadie, al parecer. El tracio se encogió de hombros, fue a por su caballo, montó y desapareció.

Cuando la herida dejó de sangrar -y de hecho sangró muy poco-, una lengua de fuego iluminó el oeste: Estatilo había encendido la hoguera del campamento. Así que esperaron allí mientras las constelaciones se desplazaban por el cielo y Bruto yacía plácidamente en la fragante hierba,

con los ojos cerrados y la moneda en la boca: un denario de oro con su propio perfil en el anverso.

Finalmente Dárdano, el escudero, se movió.

-Estatilo no vuelve -dijo-. Llevémosle el cuerpo de Marco Bruto a Marco Antonio. Es lo que él habría deseado.

Cuando despuntaba ya el alba, cargaron el cadáver en el caballo de Bruto, e iniciaron el regreso hacia el campo de batalla de Filipos.

Les salió al paso un escuadrón de caballería que los escoltó hasta la tienda de Marco Antonio, donde el vencedor de Filipos estaba ya en pie, su robusta salud intacta tras el festejo de la noche anterior.

-Dejadlo ahí-ordenó Antonio señalando un triclinio.

Dos soldados germanos llevaron el pequeño fardo hasta el triclinio y lo depositaron en él con delicadeza, extendiendo los miembros hasta que de nuevo presentó forma humana.

-Mi *paludamentum*, Marsias-dijo Antonio a su ayuda de cámara.

El criado le llevó la capa escarlata del general y Antonio la extendió sobre Bruto, dejando al descubierto sólo su cara pálida, salpicada de las cicatrices de muchas décadas de acné, el cuero cabelludo coronado por sus rizos negros y despeinados como plumas de seda.

-¿Tenéis dinero para volver a casa? -preguntó Antonio a Volumnio.

-Sí, Cayo Antonio, pero nos gustaría llevarnos también a Estatilo y Lucilio.

-Estatilo ha muerto. Unos centinelas lo sorprendieron en el campamento de Bruto y pensaron que había ido a saquear. He visto su cadáver. En cuanto al falso Bruto, tengo intención de tomar a Lucilio a mi servicio. La lealtad es difícil de encontrar -Antonio se volvió hacia su ayuda de cámara-. Marsias, prepara salvoconductos para todos los hombres de Bruto que deseen ir a Neapolis.

Dicho esto se quedó a solas con Bruto, mudo acompañante. Bruto y Casio estaban muertos. También Aquila, Trebonio, Décimo Bruto, Cimbro, Basilo, Ligario, Labeo, los hermanos Casca, unos cuantos más del grupo de asesinos. ¡Que todo hubiera acabado así cuando las cosas en Roma podrían haber seguido de la manera descuidada e imperfecta de siempre! Pero no,

eso no complacía a Octaviano, el gran manipulador; aquel César, aquel mal sueño, había surgido de la nada para obtener una venganza completa y sangrienta.

Como si el pensamiento generara la realidad, Antonio alzó la vista y vio a Octaviano en el triángulo de luz formado por la entrada de la tienda, con su impasible y atractivo coetáneo Agripa justo detrás. Iba envuelto en una capa gris, y el cabello le brillaba a la luz de los candiles como la irregular superficie de un montón de monedas de oro.

-He oído la noticia -dijo Octaviano, acercándose al triclinio y mirando a Bruto. Con un dedo, rozó la mejilla exangüe como para verificar que era de carne y hueso y luego lo retiró y se lo limpió cuidadosamente en la capa gris-. Está encogido.

-La muerte nos consume a todos, Octaviano.

-A César no. A él la muerte le ha dado realce.

-Por desgracia eso es verdad.

-¿De quién es ese *paludamentum*? ¿Suyo?

-No, es mío.

Octaviano se puso tenso, y sus grandes ojos grises se entornaron despidiendo llamas de fuego.

-Le rindes demasiados honores a este perro, Antonio.

-Es un noble romano, comandante de un ejército romano. Hoy le rendiré aún mayores honores en su funeral.

-¿Funeral? No merece un funeral.

-Aquí mandó yo, Octaviano. Será incinerado con todos los honores militares.

-¡No mandas tú! Es uno de los asesinos de César -respondió Octaviano con voz sibilante-. Échase a los perros, como Neoptoleno hizo con Príamo.

-Me da igual que aúlles, gimas, grites o maúlles -replicó Antonio con hosquedad-. Bruto será incinerado con todos los honores militares, y espero que tus legiones estén presentes.

El rostro joven y hermoso de Octaviano se tornó de piedra, y de pronto su parecido con César cuando estaba enojado fue tal que Antonio, sin

querer, dio un paso atrás, horrorizado.

-Mis legiones pueden hacer lo que gusten -contestó-. Y si insistes en tu honorable funeral, llévalo a cabo. Pero la cabeza no. La cabeza es mía. ¡Entrégamela!

Antonio vio a César en el apogeo de su poder, vio una voluntad inquebrantable. Desconcertado, fue incapaz de imponerse, de gritar, de intimidar.

-Estás loco -dijo simplemente.

-Bruto asesinó a mi padre. Bruto fue el cabecilla de los asesinos de mi padre. Bruto es mi trofeo, no el tuyo. Enviaré su cabeza a Roma, donde la empalaré en una lanza y la colocaré a los pies de la estatua de *Divus Julius* en el Foro -declaró Octaviano-. Entrégame la cabeza.

-¿Quieres también la cabeza de Casio? Llegas tarde, no está aquí. Puedo ofrecerte unas cuantas más de los que murieron ayer.

-Me basta con la cabeza de Bruto -respondió Octaviano en tono inflexible.

Perdida toda su ventaja sin saber cómo, Antonio se vio obligado a suplicar, luego a exhortar con su mejor oratoria y por último a llorar. Recurrió a toda la gama de las más tiernas emociones, ya que si había una cosa que aquella expedición conjunta le había demostrado era que Octaviano, el muchacho débil y enfermizo, no se dejaba dominar ni amilanar. Y con Agripa siempre tras él como su sombra, tampoco era posible matarlo. Además, las legiones no se lo perdonarían.

-¡Si la quieres, llévatela! -dijo por fin.

-Gracias. ¡Agripa!

Agripa llevó a cabo la tarea con la velocidad de un rayo. Sacó la espada, dio un paso al frente, y partió el cuello de un solo tajo; el filo se hundió hasta los almohadones en los que reposaba la cabeza, provocando una lluvia de plumas de oca. Luego agarró los rizos negros entre los dedos y sostuvo la cabeza colgando a su costado sin cambiar de expresión en ningún momento.

-Se pudrirá antes de llegar a Atenas, y no digamos ya antes de llegar a Roma -dijo Antonio con repugnancia.

-He pedido una vasija con salmuera a los carniceros -contestó Octaviano fríamente, encaminándose hacia la entrada de la tienda-. No importa que el cerebro se deshaga mientras la cara sea reconocible. Roma debe saber que el hijo de César se ha vengado del principal asesino.

Agripa y la cabeza desaparecieron. Octaviano se quedó aún un momento.

-Ya sé quiénes han muerto, pero ¿quiénes han caído prisioneros? -preguntó.

-Sólo dos: Quinto Hortensio y Marco Favonio. Los demás optaron por arrojar sobre sus espadas... y no es difícil saber por qué -añadió Antonio señalando el cuerpo decapitado de Bruto.

-¿Qué piensas hacer con los cautivos?

-Hortensio cedió el gobierno de Macedonia a Bruto, así que Hortensio ha de morir sobre la tumba de mi hermano Cayo. Favonio es inofensivo; puede volver a casa.

-Insisto en que Favonio sea ejecutado de inmediato.

-En nombre de todos nuestros dioses, Octaviano, ¿por qué? -exclamó Antonio, mesándose los cabellos-. ¿Qué te ha hecho?

-Era el mejor amigo de Catón. Ésa es razón suficiente, Antonio.

Morirá hoy.

-No, se irá a casa.

-Ejecución, Antonio. Me necesitas, amigo mío. No puedes prescindir de mí. E insisto.

-¿Alguna otra orden?

-¿Quiénes han escapado?

-Mesala Corvino. Cayo Clodio, que asesinó a mi hermano. El hijo de Cicerón. Y todos los almirantes de la flota, claro está.

-Así pues, aún quedan unos cuantos asesinos con los cuales hay que hacer justicia.

-No descansarás hasta que estén todos muertos, ¿verdad?

-Así es.

Octaviano apartó la cortina de la entrada y desapareció.

-¡Marsias! -bramó Antonio.

-¿Sí, *domine*?

Antonio tiró de la capa escarlata para cubrir con un pliegue el horrendo cuello que rezumaba fluidos.

-Busca al tribuno superior de servicio y dile que prepare una pira funeraria. Incineraremos a Marco Bruto hoy con todos los honores militares..., y no digas a nadie que Marco Bruto está decapitado. Busca una calabaza o algo así y haz venir ahora a diez de mis germanos. Ellos pueden colocarlo en el féretro dentro de esta tienda, poner la calabaza en lugar de la cabeza y sujetar firmemente la capa. ¿Comprendido?

-Sí, *domine* -dijo Marsias, pálido.

Mientras los germanos y el tembloroso ayuda de cámara se ocupaban del cadáver de Marco Bruto, Antonio permaneció sentado de espaldas en silencio.

Sólo cuando sacaron a Bruto de la tienda volvió a moverse, parpadeando para limpiarse unas repentinas y inexplicables lágrimas.

El ejército tendría comida hasta su regreso a casa. Había alimentos de sobra en los dos campamentos de los Libertadores, y muchos más en Neapolis. Los almirantes habían zarpado al enterarse del resultado de la segunda batalla de Filipos, dejándolo todo allí: una casa llena de lingotes de plata, graneros a rebosar, saladeros, toneles de carne de cerdo escabechada, un almacén de garbanzos y lentejas. El botín ascendería como mínimo a cien mil talentos en monedas y lingotes, así que sería posible pagar las gratificaciones prometidas. Veinticinco mil soldados del ejército de los Libertadores se ofrecieron a unirse a las legiones de Octaviano. Nadie quería servir con Antonio, pese a que fue éste quien ganó las dos batallas.

¡Cálmate, Marco Antonio! No permitas que esa cobra de sangre fría hinque tus colmillos en ti. Tiene razón, y lo sabe. Lo necesito, no puedo prescindir de él. Tengo un ejército que llevar a Italia, donde los tres triunviros tendremos que empezar otra vez. Un nuevo pacto, una comisión ampliada para poner en orden Roma. Y será para mí un gran placer dejar todo el trabajo sucio en manos de Octaviano. Dejarle que encuentre tierras para cien mil veteranos y dé de comer a tres millones de ciudadanos romanos aunque Sexto Pompeyo sea el dueño de Sicilia y de los mares.

Hace un año habría dicho que era incapaz de conseguirlo. Ahora no estoy tan seguro. ¡Agentes, por todos los dioses!

Octaviano ha soltado un pequeño ejército de serpientes para que propaguen rumores, espíen y pregonen sus deseos, que van desde imponer la veneración a César hasta asegurarse su propia posición. Pero no puedo vivir en la misma ciudad que él. Voy a buscar un lugar de residencia más agradable, unas tareas más placenteras que las de lidiar con un Erario vacío, con hordas de veteranos y con el aprovisionamiento de cereales.

-¿Está preparada la cabeza para el viaje a Roma? -preguntó Octaviano a Agripa cuando éste entró en su tienda.

-Perfectamente, César.

-Dile a Cornelio Galo que la lleve a Anfípolis y alquile un barco. No quiero que viaje con las legiones.

-Sí, César -contestó Agripa, volviéndose para irse.

-¡Agripa!

-¿Sí, César?

-Has sido un excelente comandante al frente de la Cuarta. -Sonrió, relajado y respirando con facilidad-. Un valiente Diómedes para acompañarme en mi papel de Ulises. Ojalá sea siempre así.

-Así será siempre, César.

Y hoy también yo he conseguido una victoria. Me he enfrentado a Antonio y lo he derrotado. Dentro de un año no tendrá más elección que llamarme César ante todo el mundo romano. Yo me quedaré el oeste y le cederé a Antonio Oriente, donde labrará su ruina. Lepido puede quedarse con África y la *Domus Publica*; él no representa una amenaza para ninguno de los dos. Sí, tengo un sólido grupo de seguidores: Agripa, Estatilio Tauro, Mecenas, Salvidieno, Lucio Cornificio, Titio, Cornelio Galo, los Coceos, Sosio..., el núcleo de una nueva nobleza en expansión. Ése fue el gran error de mi padre. Quería conservar la antigua nobleza, quería que los de su partido llevaran todos los grandes apellidos de abolengo. No pudo establecer su autocracia dentro de un marco claramente democrático. Pero yo no cometeré ese error. Ni mi salud ni mis gustos me empujan al esplendor; nunca alcanzaré su magnificencia cuando se paseaba por el Foro

ataviado de pontífice máximo con la corona del valor en la cabeza y aquel inimitable halo de invencibilidad. Las mujeres lo miraban y se derretían. Los hombres lo miraban y su propia inferioridad los corroía, su impotencia los impulsaba al odio.

Yo, en cambio, seré su *pater familias*, un padre amable, firme, afectuoso y sonriente. Les dejaré creer que son ellos mismos quienes gobiernan, y controlaré todas sus palabras y actos. Cambiaré los ladrillos de Roma por mármol. Llenaré los templos de Roma de grandes obras de arte, volveré a pavimentar las calles, engalanaré las plazas, plantaré árboles y construiré baños públicos, procuraré que las gentes del censo por cabezas tengan siempre el estómago lleno y todos los entretenimientos que deseen. Me llevaré el oro de Egipto para revitalizar la economía de Roma, soy muy joven y tengo tiempo para hacerlo.

Pero primero debo encontrar la manera de eliminar a Marco Antonio sin asesinarlo ni declararle la guerra. Todo es posible: la solución se esconde en las brumas del tiempo, esperando para manifestarse.

Capítulo 3 —

Cuando ningún capitán de barco de Anfípolis accedió a zarpar rumbo a Roma en pleno invierno a cambio de una succulenta suma, Cornelio Galo volvió con la gran vasija al campamento de Filipos, que el ejército aún seguía adecentando.

-En ese caso llévala hasta Dirraquio y contrata un barco allí-dijo Octaviano con un suspiro-. Ve ya, Galo, no quiero que la cabeza viaje con el ejército. Los soldados son supersticiosos.

Cornelio Galo y su escuadrón de caballería germana llegaron a Dirraquio a finales de ese memorable año. Allí encontró un barco cuyo capitán estaba dispuesto a atravesar el Adriático hasta Ancona. Brindisi no se hallaba ya bajo bloqueo, pero en los alrededores había muchas flotas que navegaban sin rumbo mientras los almirantes Libertadores discutían qué hacer. En su mayoría se unieron a Sexto Pompeyo.

Galo no tenía órdenes de viajar con la vasija. La dejó en manos del capitán y volvió con Octaviano. Pero antes de marcharse, un miembro de su grupo había revelado en qué consistía aquella carga, pues el recipiente había suscitado no poco interés. ¿Todo un barco, con el gran coste que eso suponía, sólo para transportar a Italia una gran vasija de loza? Aquello no adquirió sentido hasta que el rumor se propagó. ¡La cabeza de Marco junio Bruto, el asesino de *Divus Julius*! ¡Que los *Lares Permarini* nos protejan de tan perversa carga!

En alta mar el barco mercante sufrió los rigores de la peor tempestad que la tripulación hubiera visto nunca. ¡La cabeza! ¡Era la cabeza! Cuando apareció una grieta considerable en el robusto casco, la tripulación no tuvo ya dudas de que la cabeza estaba decidida a matarlos también a ellos. Así que los remeros y los marineros arrebataron la vasija de las manos del

capitán y la tiraron por la borda. En cuanto ésta desapareció, amainó la tempestad.

Y la vasija que contenía la cabeza de Marco Junio Bruto se hundió como la pesada piedra que era, hasta yacer para siempre en el lecho lodoso del mar Adriático, en algún lugar entre Dirraquio y Ancona.

Epílogo de la autora —

Centrada en torno al fallecimiento de Cayo Julio César, el último gran agitador republicano, *El caballo de César* pone fin a mi serie de novelas sobre la Roma republicana.

En rigor, Octavio/Octaviano/Augusto pertenece más al Imperio que a la República, por lo que, tras abordar su infancia y su aparición en el escenario mundial, considero oportuno poner fin a lo que ha sido un ejercicio creativo enormemente gratificante: hacer que la historia cobre vida sin distorsionarla más allá de lo que imponían las limitaciones de mi erudición.

Siempre que el autor permanezca fiel a la historia y se resista a la tentación de volcar sus propias actitudes, ética, moral e ideales modernos sobre el periodo histórico concreto y sus personajes, la novela es un medio excelente para explorar una época distinta. Permite adentrarse en la mente de los personajes y recorrer el laberinto de sus pensamientos y emociones, un lujo prohibido para los historiadores profesionales pero que puede hacer comprensibles acontecimientos que de otro modo resultan inexplicables, misteriosos o incoherentes. A lo largo de estos seis libros he tomado los acontecimientos externos de algunas vidas muy famosas y he tratado de crear seres humanos creíbles, dotados de todas las complejidades que el sentido común dicta que debieron de poseer.

Lo que me atrajo del periodo fueron tres aspectos distintos: en primer lugar, que no había sido recreado hasta la saciedad por otros escritores; en segundo lugar, su relevancia para la civilización occidental moderna en el sentido de que buena parte de nuestros sistemas de justicia, gobierno y comercio tienen su origen en la República romana; y por último, aunque no por ello menos importante, el hecho de que rara vez han subido al escenario de la historia personajes de tan extraordinario talento en tan breve espacio de tiempo, hasta el punto de haberse conocido entre sí en vida. César

conoció a Mario, Sila y Pompeyo Magno, y todos, de una forma u otra, dieron forma al curso de su vida, como hicieron otras figuras históricas famosas como Catón el Uticense y Cicerón. Sin embargo, hacia el final de *El caballo de César*, han desaparecido todos, incluido el propio César, y lo que permanece es su legado a la experiencia romana que les sucede: el sobrino nieto de César, Cayo Octavio, quien iba a convertirse en César Imperator y luego en Augusto. ¡Si no me detengo ahora, no lo haré nunca!

Y ahora vayamos a algunos aspectos concretos.

El espectro de William Shakespeare siempre está presente en nuestras ideas preconcebidas acerca de Bruto, Casio, Marco Antonio y el asesinato de César. No sin antes pedir disculpas al Bardo, he decidido seguir las fuentes antiguas que afirman que César no dijo nada antes de morir, y que Marco Antonio no tuvo ocasión de pronunciar una gran oración funeraria antes de que la multitud acudiese en tropel.

La etimología de la palabra «asesino» es posterior a este periodo, pero he decidido utilizarla en mi texto por su especificidad para el lector moderno. En ocasiones, un vocablo más moderno es más satisfactorio que cualquier palabra que un hablante de latín pudiera haber empleado, pero he intentado que esto ocurriera lo menos posible. Algunas palabras son intraducibles, y aparecen en el texto en latín, como *pomerium*, *mos maiorum* y *contio*.

Puede que el lector se sienta intrigado por algunos de los acontecimientos menos difundidos de estos años en general bien conocidos: la marcha de Catón hacia la provincia de África y el destino de la cabeza de Bruto, por ejemplo. Otros, como la batalla de Filipos, son tan confusos que intentar esclarecerlos es poco menos que imposible. Las fuentes antiguas más leídas, Plutarco y Suetonio, deben complementarse con la lectura de muchísimas otras, como Apiano, Dión Casio y las cartas, discursos y ensayos de Cicerón. Hay una bibliografía disponible en el caso de que cualquier lector interesado desee escribirme a P.O. Box 333, Norfolk Island, vía Australia.

Una de las libertades que me he tomado con la historia tiene que ver con la famosa cobardía de Octaviano durante la campaña que culminó en la

batalla de Filipos. Cuanto más ahondaba en los primeros años de su vida, más inverosímil me parecía esa supuesta cobardía. Hay muchos otros aspectos de su carrera en esta época de su vida que indican que no le faltaba valor: poseía una capacidad de resistencia asombrosa y acometió difíciles empresas, como dos marchas sobre Roma en la adolescencia, con todo el aplomo de un Sila o un César. Y por cierto, no estoy sola cuando hago que el muchacho robe los fondos para la guerra de César, pues sir Ronald Syme también opina que fue él quien lo hizo.

Volviendo a la pretendida cobardía de Octaviano, se me ocurrió que quizás hubiese una razón física para explicar su comportamiento. Lo que me intrigaba era la afirmación de que Octaviano «se escondió en las marismas» durante el primer enfrentamiento de Filipos, una batalla que, nos consta, produjo tanto polvo que Casio ni siquiera podía ver el campamento de Bruto desde el suyo. En esa conducta se halla, a mi juicio, la respuesta al enigma. ¿Y si Octaviano padecía asma? El asma es una enfermedad en ocasiones peligrosa para la vida, puede aplacarse (o agravarse) con la edad, y se ve afectada por los cuerpos extraños del aire, desde el polvo al polen pasando por el vapor de agua, además de por el estrés emocional. Se ajusta muy bien a lo que sabemos del joven César Augusto. Es probable que, después de haberse cimentado su poder, cuando disfrutaba de una vida privada más estable y disponía del oro de Egipto para levantar de nuevo el Imperio, padeciese menos ataques de asma o ninguno en absoluto. A pesar de que viajaba, no era un viajero empedernido como César ni tampoco parece haber gozado de la buena salud de éste. En el caso de que, efectivamente, Octaviano hubiese padecido asma, este hecho convierte en lógico todo cuanto le ocurrió durante esa campaña en Macedonia, incluyendo su huida hacia las brisas marinas y el aire más limpio de las marismas mientras la zona de tierra firme quedaba bajo una impenetrable nube de polvo. Mi decisión de recurrir al asma no es ninguna excusa con el objetivo de hacer que Octaviano parezca bueno, sino que se trata, sencillamente, de un intento de explicar su conducta de un modo razonable y verosímil.

En cuanto a la cuestión de la «epilepsia», dispongo de experiencia profesional en mi auxilio. En una época en que no existía medicación contra las convulsiones, la agudeza mental de César, incluso al final de su vida, incide negativamente en una condición de epiléptico de larga duración y naturaleza generalizada, aunque el único ataque descrito en las fuentes antiguas parece haber sido uno generalizado. Muchos estados fisiológicos alterados pueden provocar un raro ataque en personas que suelen padecerlos con regularidad, pues la epilepsia es más un síntoma que una enfermedad. Los traumatismos, las lesiones cerebrales que ocupan mucho espacio, la inflamación cerebral, los desequilibrios electrolíticos graves y la hipoglucemia aguda, entre otras causas, pueden provocar ataques. Puesto que las fuentes antiguas insisten en la indiferencia de César a la comida, decidí atribuir su crisis epiléptica a un ataque de hipoglucemia (bajo nivel de azúcar en la sangre) tras una enfermedad sistémica en la que podía haber estado relacionado el páncreas.

Se ha escrito tanto acerca del significado de que César llevase las botas rojas altas de los reyes albanos en los últimos dos meses de su vida que un espíritu travieso me empujó a dotarlo de venas varicosas. El calzado romano era bajo y poco adecuado para las varices, en tanto que una bota alta y de cordones bien atados aliviaría ese problema. ¡Tengo las mismas posibilidades de haber dado en el clavo que de haberme equivocado!

No resulta extraño que los historiadores, cuyas inclinaciones académicas están orientadas hacia terrenos más bien alejados de la medicina, a menudo malinterpreten la salud y la enfermedad. Es sólo que me parece -sobre todo en una época en que el conocimiento y el tratamiento de las dolencias no estaba tan extendido como ahora- que muchos personajes históricos famosos debieron sin duda de padecer enfermedades corrientes como diabetes, asma, venas varicosas, fallos cardíacos y las famosas hemorroides de Napoleón. El cáncer era muy común, la pulmonía muchas veces mortal, y la poliomielitis asolaba las siete colinas de Roma todos los veranos. La descripción de la peste de Egipto recuerda sospechosamente a la peste negra, y es muy posible que lo fuera.

Existen aspectos de la relación de Cleopatra con César y su posterior relación con Marco Antonio que se suelen pasar por alto, aunque no deberían.

Siempre hay que mantenerse escépticos frente a la figura de Cleopatra. Para Octaviano/Augusto, calumniarla era una cuestión política, y puesto que no osaba enfrentarse en una guerra civil con Antonio, encontró en ella a su enemiga extranjera. En su calidad de primer gran maestro en propaganda política, Octaviano es responsable de la reputación de Cleopatra como mujer sexualmente promiscua, hasta el extremo de negar que Cesarión fuese hijo de César. La verdad es que las condiciones de su reinado la habrían llevado a mantenerse virgen, y aún es más, como descendiente de la estirpe de los Tolomeos se habría visto obligada a no rebajarse nunca a emparejarse con un simple mortal. Circunstancias como las inundaciones en los Codos de la Muerte y un marido ptolemaico no disponible convirtieron a César en un esposo idóneo; en general, se lo consideraba un dios en toda la franja oriental del Mediterráneo cuando desembarcó en Alejandría.

Sin embargo, tras introducir una nueva línea de sangre divina en su linaje, Cleopatra debió enfrentarse con el problema de reforzar esa nueva sangre juliana. Su primera opción para conseguirlo habría sido concertar el matrimonio de Cesarión con una hermana, pero cuando eso no sucedió, tuvo que encontrar otra fuente de sangre juliana. La madre de Marco Antonio era una Julia, de modo que él sí reunía los requisitos. No hay duda de que, de haber vivido, Cesarión se habría casado con su hermanastra por parte de Marco Antonio, Cleopatra Selene. La única alternativa al dilema de Cleopatra, aparte de una esposa juliana para Cesarión, era el matrimonio con su otra hermanastra, Arsinoe, una alternativa que no podía aprobar, pues habría conducido a su propio asesinato.

Así, había excelentes razones dinásticas por las que Cleopatra se casó con Marco Antonio y tuvo hijos con él. De este modo aseguraba la estirpe de Tolomeo César, pero Octaviano acabó con todas las esperanzas de Cleopatra matando a Cesarión antes de que su pequeña hermanastra alcanzase la edad de casarse. Aquella niña, Cleopatra Selene, fue criada por Octaviana y al final se unió en matrimonio con el rey Juba II de Numidia.

Octaviana también crió a su hermano mellizo, Tolomeo Helios, y al hermano pequeño de ambos, Tolomeo Filadelfo.

Y ahora, los dibujos. **[No recogidos en esta versión]**

Pocas veces un pueblo anterior a la fiel cámara fotográfica ha dejado un legado tan inmensamente rico de retratos, «con todas sus imperfecciones», como los romanos. La identificación de los bustos depende en gran medida de los perfiles de las monedas, pues los bustos casi nunca llevaban nombre. Estos retratos tan poco favorecedores se pintaban como si de una figura de cera se tratara, lo que significa que no los vemos hoy como eran en la antigüedad. Es por esta razón por lo que he intentado que los bustos cobren vida dibujándolos. Puesto que no soy ninguna artista, ruego que me perdonen sus defectos. La mayoría han perdido el cuello, y esa parte me creó no pocos problemas. He mantenido el cabello estilizado para poner de relieve el genio del barbero romano, que por lo visto sofocaba asombrosamente bien la rebelión del pelo de sus clientes.

En primer lugar, los bustos autenticados.

Todos los buenos bustos de César poseen ciertas similitudes: las arrugas de la frente, las comisuras de los ojos, las orejas, los pómulos extraordinarios y los labios ligeramente curvados hacia arriba.

Casio está dibujado a partir del busto de Montreal y confirma la impresión que se obtiene de la famosa carta del «naufragio» de Cicerón: que Casio no estaba flaco ni tenía aspecto famélico.

Hay muchos bustos de César Augusto, y de todas las edades salvo de la vejez. Aunque sí poseen ciertas reminiscencias de Alejandro Magno, un examen minucioso siempre revela las orejas prominentes y la nariz no clásica.

El Catón que conocemos es Catón gracias a un busto encontrado en el norte de África, donde se lo adoraba.

La joven Cleopatra está dibujada a partir de la cabeza de mármol de Berlín, pero ninguno de sus retratos existentes hacen justicia a la enorme nariz aguileña que aparece en sus retratos en monedas: era verdaderamente gigantesca.

Lepido, Cicerón y Agripa son auténticos.

El busto de Bruto está en el Museo del Prado de Madrid, y cabe señalar el fascinante músculo de la mejilla derecha.

Marco Antonio es un personaje escurridizo, puede que ningún otro romano tenga tantos supuestos retratos como él, todos muy distintos unos de otros, así como perfiles en moneda, que representan una nariz grande y una barbilla que apuntan la una hacia la otra por encima de una boca de labios gruesos. He decidido dibujar a partir del busto que más se parece al perfil de la moneda.

Y ahora viene un grupo de tres dibujos que no son auténticos pero que guardan ciertas similitudes con algunas personas cuya existencia está suficientemente documentada: se dice que el Lucio César es un busto del gran César, pero no lo es, pues las arrugas de la frente han desaparecido, así como las de las comisuras de los ojos; la forma del cráneo y la cara no se corresponden con la realidad y se produce una asimetría general que el rostro de César no posee. No sé si es realmente Lucio César, pero el individuo sin duda parece juliano.

Calpurnia me recordó a un busto auténtico de su padre, Lucio Calpurnio Piso. Puedo decir lo mismo de Porcia.

El resto de los dibujos se inspiran en bustos de la época, pero anónimos. Están ahí porque tiene su gracia ponerle nombre a un rostro, y sostengo que mi *casting* es mejor que el de Hollywood.

Glosario —

ABSOLVO: Término empleado por el jurado de un tribunal cuando pronunciaba un veredicto de absolución.

adamas: Diamante, conocido por ser el mineral más duro.

académico: Adepto a la filosofía de Platón.

aedes: Edificio destinado al culto de un dios. No se lo llama templo porque en el momento de su consagración no se llevaron a cabo los augurios.

ager publicus: Tierra adjudicada a la propiedad pública romana. Dio pie a un contencioso político cuando Graco (*véase*) y Mario (*véase*) comenzaron a confiscarla para repartirla entre los pobres o los soldados venidos a menos como una especie de pensión. El Senado en pleno se opuso a ello.

ágora: Espacio abierto en la ciudad griega, normalmente rodeado de columnatas, que se utilizaba como lugar de reunión.

agrario: Perteneciente a la tierra. En este libro, tierra de cultivo.

águila: Emblema plateado que mostraba un águila con las alas extendidas que Cayo Mario (*véase*) otorgó a todas las legiones para proveer a sus soldados, carentes de propiedades, de un símbolo patriótico. Era prácticamente idolatrada.

Alejandro Magno: Rey de Macedonia, el tercero con dicho nombre. Nació en el año 356 a.C. y sucedió a su padre, Filipo II, a la edad de veinte años. Perseguido por el fantasma de los persas, prometió asestarles un golpe tan fuerte que no fueran capaces de invadir Europa. En el año 334 a.C. encabezó un ejército a través del Helesponto. Su odisea entre esta fecha y su muerte en Babilonia a la edad de treinta y dos años, le llevó, siempre victorioso, hasta el río Indo, en el actual Pakistán. Cuando trató de adentrarse en tierras más al este, su ejército se amotinó, forzándolo a dar

media vuelta. De niño, su tutor fue Aristóteles. Murió sin sucesor y su imperio no lo sobrevivió como una entidad única. Antes nombró reyes helénicos a sus mariscales, quienes se repartieron la mayor parte de Asia Menor, Egipto, Siria, Media y Persia.

amicus, amici: Amigo, amigos.

Amisus: Actual Samsun, en el mar Negro, en Turquía.

amo, amas, amar: Amo, amas, ama.

amygdalae: Objetos o espacios con forma de almendra.

Anatolia: Región de la actual Turquía asiática.

animus: Citando el *Oxford Latin Dictionary*: «La mente en contraposición al cuerpo, la mente o el alma que constituyen, junto al cuerpo, la persona.» Para un romano seguramente no significaba un alma inmortal, sino sólo la fuerza que animaba, que daba vida.

Apolonia: Terminal meridional de la Va Egnatia en la costa occidental (adriática) de Macedonia. Descansaba cerca de la desembocadura del actual río Vijose, en Albania.

Apulia: Región al sudeste de Italia donde los Apeninos pierden altura y se encuentra la «espuela» de la bota. Los romanos consideraban a sus habitantes campesinos atrasados.

aquilifer: El mejor soldado de una legión, portaba el águila plateada y su función consistía en evitar que ésta cayera en manos del enemigo. Como señal de su distinción, llevaba una piel de lobo o de león.

árabes esquenitas: Tribu árabe que vivía al este del río Éufrates, en las proximidades del río Bilechas. Nómadas del desierto, los esquenitas recibieron como regalo el derecho de tránsito del Éufrates después de que el rey Tigranes de Armenia conquistara Siria en el 83 a.C. Esto provocó la enemistad entre los esquenitas y los helenos de Siria, y condujo a la posterior alianza de aquéllos con los partos. Su rey, Abgaro, condujo a Marco Craso a la trampa de Carres.

Arabia Felix: La Arabia Feliz o Afortunada. Región de la península arábiga en el extremo sur del mar Rojo.

Arelate: Actual Arles, en Francia.

Armenia Parva: La Pequeña Armenia. Se encontraba al oeste de la actual Armenia, alrededor de las cabeceras y el curso superior del río Éufrates, a gran altura. Región extremadamente montañosa e inhóspita.

Arretium: Actual Arezzo, situada junto al río Arno, en Italia.

Asamblea: En latín, *comitium*, *comitia*. Cualquier reunión de ciudadanos romanos, hombres, convocada para tratar asuntos gubernativos, legislativos, electorales o judiciales. Existían tres asambleas principales: la de las Centurias, la del Pueblo y la de la Plebe.

La **Asamblea Centuriada** estaba formada por el Pueblo según sus Clases, las cuales se definían mediante un examen de medios que era de carácter económico. Se reunía para elegir a los cónsules, a los pretores y (cada cinco años) a los censores. Asimismo, presidía los juicios por alta traición o *perduellio* (véase).

Las otras dos asambleas no eran de carácter económico sino tribal.

La **Asamblea del Pueblo** o **Asamblea Popular** permitía la participación de todos los patricios. Reunía las treinta y cinco tribus entre las cuales se distribuían todos los ciudadanos romanos. La convocaba un cónsul o un pretor, podía promulgar leyes y elegir los ediles curules, los cuestores y los tribunos de los soldados. También presidía juicios. Al igual que la Asamblea Centuriada, estaba condicionada por la religión, y antes de que se reuniera debían llevarse a cabo las oraciones y los auspicios.

La **Asamblea de la Plebe** no permitía la participación de los patricios y sólo podía convocarla un tribuno de la plebe. No se llevaban a cabo ni oraciones ni auspicios. Tenía la capacidad de promulgar leyes y de presidir juicios, y elegía a los tribunos de la plebe y a los ediles plebeyos.

Ninguna asamblea romana utilizaba directamente el voto individual de un ciudadano. En la Asamblea Centuriada, su voto era adscrito a la centuria de su clase; el único voto de su centuria representaba el voto mayoritario de todos sus miembros. En las Asambleas Popular y de la Plebe, el voto individual se adscribía a su tribu; el único voto de la tribu representaba el voto mayoritario de sus miembros. El voto de un hombre sólo contaba directamente en un tribunal.

Atropos: Existían tres diosas del Destino, o Parcas. Cloto hilaba el hilo de la vida, Láquesis lo devanaba y Átropos lo cortaba con sus tijeras. De este modo regulaban el origen, el transcurso y el final de la existencia humana.

augur, auspicios: El augur era un sacerdote cuyos deberes entrañaban más la adivinación que la pronosticación. Estudiaba el objeto adecuado o las señales para determinar si el proyecto que se iba a llevar a cabo contaba con la aprobación o no de los dioses, ya se tratara de una reunión, una guerra, una propuesta de ley o cualquier otro asunto público. Existía un protocolo que regía la interpretación, de modo que un augur «se guiaba por el libro» en vez de proclamar que poseía poderes físicos.

auxiliares: Tropas que servían en el ejército romano, pero que no poseían la ciudadanía romana. Los soldados de caballería solían ser auxiliares.

ballesta: En los tiempos de la República, pieza de artillería diseñada para lanzar piedras y rocas. El proyectil se colocaba en un brazo con forma de cuchara que se sometía a una tensión extrema mediante un resorte fuertemente atado con una cuerda; cuando el resorte se liberaba, el brazo salía disparado hacia delante y caía sobre unas gruesas almohadillas al tiempo que arrojaba el proyectil a una distancia considerable. En manos expertas se trataba de un arma muy certera.

bárbaro: Derivado de una palabra griega que contenía un fuerte deje onomatopéyico. Los griegos imaginaron, al oír hablar a las gentes de las tribus del norte, que ladraban como perros: «bar-bar». La palabra no se aplicaba a los habitantes del Mediterráneo o de Oriente Medio. Se refería a los de las estepas y los bosques quienes apenas estaban civilizados y carecían de una cultura digna de admiración o siquiera atractiva.

Barium: Actual Bari, en la costa adriática de Italia.

basílica: Edificio consagrado a actividades públicas, tales como tribunales, o comerciales. La basílica recibía su luz a través del triforio y se erigía gracias a la financiación de algún noble romano con conciencia cívica, por lo general de estatus consular. La basílica llevaba su nombre.

belgas: La temible confraternidad de tribus que poblaban el noroeste y la Galia Renana. De sangre germanocéltica, comprendían tribus como los nervios, quienes luchaban a pie, y los treverios, quienes luchaban a caballo.

Betis, río: Actual río Guadalquivir, en España. Según el geógrafo Estrabón, el valle del Betis era la tierra más fértil y productiva del mundo.

biga: Carruaje tirado por dos caballos.

birreme: Galera construida como navío de guerra propulsada mediante dos hileras de remos aunque, como todas las galeras de guerra, estaba equipada con mástil y vela (que se dejaba en tierra si la batalla estaba en ciernes). Algunos birremes tenían cubierta o parte de ésta; sin embargo, la mayoría eran abiertos.

Parece ser que los remeros se disponían en dos niveles, en hileras de remos separadas; la superior estaba acomodada en un balancín y la inferior asomaba del casco formando portillas que se recubrían de piel. Contaba con un máximo de cien remeros, a razón de uno por remo. Era más largo que ancho (en una proporción aproximada de 7:1) y, probablemente, medía unos cien pies (treinta metros) de largo. El tajamar era obligatorio. El birreme no estaba diseñado para transportar marineros o artillería, ni luchaba para atraer otros barcos a la batalla.

Hecho de abeto o de cualquier otra clase de pino ligero, el birreme debía tripularse con buen tiempo y sólo podía participar en la lucha cuando el mar estaba en calma. Como el resto de barcos de guerra, no se dejaba en el agua ni siquiera para pasar la noche, sino que se resguardaba en la orilla en cobertizos contruidos a tal fin o se arrastraba hasta la playa. A lo largo de las épocas griegas y romanas, todos los barcos de guerra empleaban remeros profesionales, nunca esclavos. Los esclavos enviados a las galeras fueron una característica de la época cristiana.

boni: Literalmente, «los hombres buenos». Se cita por vez primera en una obra de Plauto titulada *Los cautivos*. El término pasó al uso político durante la época de Cayo Graco (*véase*). En los tiempos de Cicerón y César, los *boni* eran hombres de inclinaciones ultraconservadoras.

Bononia: Actual Bolonia, en el norte de Italia.

Brundisium: Actual Brindisi, en la costa adriática de Italia.

Brutium: En tiempos antiguos, el dedo del pie de la bota italiana.

Burdigala: Actual Burdeos, en Francia.

Butrotum: En la actual Albania, hoy en día es un lugar deshabitado llamado Butrinto.

caballeros: El *Ordo Equester*, o Primera Clase de ciudadanos romanos. En los días de los Reyes de Roma y los albores de la República, estos hombres constituían la caballería del ejército romano. En los últimos días de la República, la palabra «caballero» indicaba su estatus económico y, por tanto, social.

caballo público: Caballo que pertenecía al Senado y al pueblo de Roma. Durante la época de los Reyes, los caballos escaseaban y eran muy caros, así que el Estado donaba uno a cada soldado de caballería. Esta práctica se mantuvo hasta el fin de la República, aunque se limitó a los hombres de las Dieciocho. Poseer un caballo público era un signo de distinción.

cacat!: ¡Mierda!

Calabria: En tiempos antiguos, el «tacón» de la bota italiana.

calendas: Según el cómputo romano, el primer día de cada mes.

calesa: vehículo de dos ruedas del que tiraban de una a cuatro mulas y, por lo general, no del todo cerrado. A menudo llevaba una capota de piel.

cáliga: Calzado de las legiones, abierto aunque más resistente que una sandalia. La gruesa suela de piel estaba claveteada de tachuelas de modo que alzara el pie lo suficiente del suelo para evitar que se colara grava o arenilla, mientras que por tratarse de un calzado abierto contribuía a la salud del pie. Durante las épocas invernales, el legionario se protegía los pies con calcetines gruesos, pieles de conejo o similares.

Campania: La fabulosamente rica y fértil cuenca volcánica que descansa entre las montañas de Samnium y Apulia y el mar Toscano (Tirreno), y que se extendía desde Tarracina, en el norte, hasta un punto al sur del golfo de Nápoles. Muy bien regada, creció, mejoró y se desarrolló mucho más que cualquier otra región de Italia. Colonizada en un primer momento por los griegos, cayó bajo la dominación etrusca, luego perteneció a los samnitas y, finalmente, acabó bajo jurisdicción romana. La fuerte

resistencia griega y samnita hicieron de ella una súbdita reticente, siempre proclive a la insurrección.

Campos Elíseos: Los romanos republicanos no creían en la supervivencia del individuo tras la muerte, a pesar de que creían en un inframundo habitado por «sombras», efigies de los muertos sin personalidad, mecánicas. En los Campos Elíseos se hallaban las sombras más virtuosas, al parecer, porque en ellos una sombra podía revivir apetitos y emociones humanas tras una ingestión de sangre.

campus: Extensión de terreno llano.

Capua: La ciudad más grande de Campania. Tenía una larga historia de tratados incumplidos con Roma, lo que condujo a represalias por parte de ésta que acabaron por despojarla de sus extensas e inmensamente valiosas tierras públicas. Éstas incluían el *ager Falernus*, de donde procedían los mejores vinos de Italia. Durante la época de César, Capua se había convertido en el centro de una formidable industria militar, pues se encargaba de satisfacer las necesidades de los ejércitos acampados y de las escuelas de gladiadores que había a su alrededor.

Carres: Actualmente, una diminuta aldea llamada Narran en el extremo sur de Turquía, cerca de la frontera con Siria. Fue el escenario de una gran derrota romana cuando los partos atacaron al ejército de Marco Craso.

carpentum: Carruaje cerrado de cuatro ruedas tirado por cuatro u ocho mulas. Su conductor era el *carpentarius*.

Cartago: Civilización fenicia centrada en la actual Túnez, en el norte de Africa. En su apogeo, fundamentalmente marítimo, Cartago contó con un imperio que incluía Sicilia, Cerdeña y toda España. Durante el curso de las tres guerras con Roma, que duraron ciento cincuenta años, su poder fue decayendo y acabó por desaparecer. Su ciudadano más famoso fue Aníbal. El adjetivo que corresponde a Cartago es «púnico» (fenicio).

casus belli: Una razón para la guerra.

Catabathmos: La costa deshabitada entre Egipto y Cirenaica.

catapulta: En los tiempos de la República, pieza de artillería diseñada para lanzar proyectiles de madera o troncos afilados. El principio era el

mismo que el de una ballesta. Las catapultas pequeñas se llamaban *scorpions*.

Cefalenia: Isla en el mar Jónico, al oeste de Grecia.

celta: Habitación sin función específica. A menudo se aplica esta palabra a la estancia de un templo.

Cenabum: Actual Orleans, en Francia.

Censo por cabezas: En latín, *capite censi*. Eran los *proletarii*, los ciudadanos romanos empobrecidos pertenecientes al estatus más bajo. Durante un censo se les contaba por cabezas, de ahí el nombre. Pertenecían a una tribu (por lo general, una de las cuatro tribus urbanas), pero no estaban cualificados para pertenecer a las Clases. Cayo Mario (*véase*) abrió el ejército para ellos como carrera.

censor: Magistrado superior de Roma, aunque no contaba con un *imperium*, por tanto no disfrutaba de la escolta de los lictores. Para ser candidato a censor, un hombre tenía que haber sido cónsul y sólo los famosos se molestaban en presentarse. La Asamblea Centuriada elegía dos censores para que sirvieran durante un periodo de cinco años, llamado *lustrum*. Los censores inspeccionaban y regulaban la afiliación al Senado y a las Clases y tribus de los ciudadanos romanos. También llevaban a cabo un censo de todos los ciudadanos romanos del mundo. Arrendaban los contratos estatales y llevaban a cabo varios trabajos públicos. Por lo general no se llevaban demasiado bien y tendían a dimitir mucho antes de que acabara el *lustrum*.

centurias: En realidad, cualquier grupo de cien hombres. Aquí, los grupos de hombres en las Clases. Salvo las dieciocho centurias superiores, estos grupos llegaron a aceptar hasta más de cien hombres.

centurión: Oficial profesional regular de la legión. No podría compararse con un suboficial actual, puesto que disfrutaba de un estatus elevado que no se veía afectado por la distinción social. La promoción debía conseguirse desde lo más bajo, y de hecho todos los centuriones comenzaban como soldados rasos. La graduación de los centuriones se escalonaba de una manera tan compleja que ningún investigador actual ha descubierto cuántos grados existían o cómo se ascendía de categoría. El

centurión normal y corriente, encabezaba la centuria, formada por ochenta soldados y veinte siervos no combatientes, quienes también eran ciudadanos. Ha sobrevivido la designación de dos de los grados superiores: el *pilus prior* era el centurión superior de su cohorte, y el *primus pilus* (acortado por César a *primipilus*) era el superior de una legión al completo.

Las insignias de oficio de los centuriones eran inconfundibles: una camisa de escamas metálicas en vez de una cota de malla; espinilleras o canilleras; una cresta de crin dura que se abría en abanico hacia un lado, no de adelante hacia atrás; y una especie de resistente porra hecha de madera de vid. A menudo se le concedía condecoraciones por su valor.

Cercina: Isla frente a la costa de Túnez.

cerda: Trozo de metal fundido que debió de recordarle la forma de una cerda a algún herrero romano. Los romanos utilizaban cerdas de diferente peso de hierro, cobre, plata, oro, estaño y aleaciones.

Cimeria: Situada sobre el mar Negro, en los tiempos antiguos no sólo incluía la península de Crimea, sino gran parte del territorio a su alrededor.

circo: Lugar al aire libre diseñado para las carreras de carros, por tanto más larga que ancha, y equipada con gradas de madera para los espectadores. Una estrecha isleta llamada *spina* dividía el circo por la mitad. Los accidentes ocurrían cuando los carros trataban de rodear el *metae* (el extremo de la *spina*) en un ángulo cerrado.

circunvalación: Muro de sitio con el que se rodeaba por completo al enemigo.

Clases: Existían cinco Clases de ciudadanos romanos, numeradas de la Primera a la Quinta, todas compuestas de centurias. Los censores imponían a los hombres un examen de medios basado en sus ingresos. Muchos ciudadanos romanos eran demasiado pobres para poder optar a una Clase (*véase Censo por cabezas*). Electoralmente, a las Clases se les daba mucho peso, sobre todo a la más próspera, la Primera, a la que pertenecían los miembros del Senado. *Véase también Dieciocho.*

cliente, clientela: El hombre libre o liberto (no tenía por qué ser ciudadano romano) que se entregaba en garantía a otro hombre al que llamaba patrón, era cliente de la clientela de éste. El cliente se

comprometía, de la manera más solemne, a obedecer los deseos y servir a los intereses de su patrón a cambio de favores diversos (por lo general, dinero, trabajo o asistencia legal). El esclavo liberado era automáticamente cliente de su antiguo amo. La relación cliente-patrón era tan importante que se promulgaron leyes formales para regularla. Pueblos, ciudades e incluso reinos enteros podían ser clientes y no necesariamente de Roma. Romanos como Pompeyo Magno contaron con reyes y sátrapas entre sus clientes.

cognomen: Apellido de un hombre romano ansioso por distinguirse de aquellos iguales que compartieran el mismo nombre de pila y de familia que él. En algunos casos, un hombre podía poseer varios *cognomina*, como Cayo Julio César Estrabón Vopisco Sesquiculus. César: «una buena cabellera». Estrabón: «bizco». Vopisco: «el gemelo superviviente». Sesquiculus: «tonto del culo y medio». Lo que indica que el *cognomen* era un apodo, a menudo tanto sarcástico como descriptivo de alguna imperfección física.

cohorte: Unidad táctica de la legión que comprendía seis centurias de tropas. En circunstancias normales, una legión contaba con diez cohortes. Los ejércitos romanos en ocasiones se enumeraban en cohortes en vez de hacerlo en legiones, lo que indicaba que las tropas no habían servido juntas como estos últimos.

comitium, comitia: véase **Asamblea**.

CONDEMNO: Palabra empleada en un tribunal con la que se anunciaba un veredicto de «culpabilidad».

confarreatio: La más antigua y estricta de las tres modalidades matrimoniales romanas. Por lo general, la practicaban los patricios, aunque no revestía obligatoriedad. La *confarreatio* era muy poco popular por dos razones: no otorgaba a la mujer ningún tipo de libertad o independencia y, prácticamente, impedía el divorcio, el cual, si *diffarreatio*, era tan terrible que pocos podían pasar por algo semejante.

cónsul: El cónsul era el magistrado superior de Roma en posesión de *un imperium* (véase). Los expertos en la materia se refieren al consulado, tal como se entiende hoy en día, como una institución diplomática.

La Asamblea Centuriada elegía anualmente dos cónsules que duraban un año en su cargo. El superior era el que obtenía en primer lugar el número requerido de centurias. Cada uno de ellos iba precedido de doce lictores. Tomaban posesión de su cargo el 1 de enero, el día de Año Nuevo. El cónsul superior ostentaba las *fascas* (véase) durante el mes de enero, lo que significaba que su colega menor se limitaba a mirar. A continuación se turnaban mensualmente para ostentar las *fascas*.

Los cónsules podían ser tanto patricios como plebeyos, aunque en el caso de estos últimos sólo podían cubrir uno de los cargos. La edad adecuada era cuarenta y dos años, mientras que para entrar en el Senado ésta era de treinta. El *imperium* de un cónsul no tenía límites; no sólo operaba en Roma,, sino en todos los territorios romanos, e invalidaba el *imperium* de un gobernador en su provincia. Si los ejércitos se dirigían a la batalla, los cónsules tenían la primera opción de encabezarlos.

consular: Título concedido a un hombre que ha sido cónsul.

cónsul sufecto: Si un cónsul moría en el ejercicio de su cargo, el Senado podía elegir un sustituto, el sufecto, sin convocar elecciones.

consultum, consulta: Nombre correcto para un decreto senatorial. Estos decretos no tenían fuerza de ley. Para poder llegar a convertirse en una ley, un decreto senatorial tenía que ser aprobado en una Asamblea, y en ocasiones era rechazado. Sin embargo, muchos decretos no se enviaban a la Asamblea pues se aceptaban con espíritu de ley: las decisiones acerca de quién gobernaba una provincia, la declaración y el seguimiento de una guerra, y los asuntos exteriores formaban parte de los cometidos del Senado.

contio, contiones: El *contio* era una reunión preliminar de una Asamblea en la que se debatían las leyes promulgadas.

contubernalis: Subalterno de rango inferior en la cadena de comandancia militar, excluyendo a los centuriones. Los *contubernales* eran jóvenes de la nobleza que debían llevar a cabo un año de servicio militar obligatorio con vistas a una futura carrera pública antes que de una carrera militar.

Corcira: Actual isla de Kérkyra o Corfú, en el Adriático.

Corduba: Actual Córdoba, en España.

Cornelia, madre de los Graco: Hija de Escipión el Africano y Emilia Paula, se casó con el eminente ex cónsul Tiberio Sempronio Graco, mucho mayor que ella, y le dio un total de doce hijos. Sólo consiguió criar tres niños hasta la edad madura: los famosos Graco (*véase*) y una hija, Sempronia, quien se casó con Escipión Emiliano (*véase*). Cuando su marido falleció, declaró que no era propio de una noble romana volver a contraer matrimonio y rechazó, entre otros pretendientes, a Tolomeo Evergetes de Egipto. Uno de sus hijos fue asesinado, el otro se suicidó y se decía que su hija había envenenado a su marido, pero Cornelia era increíblemente vital y vivió hasta avanzada edad.

Se convirtió en el ideal de la feminidad romana al que debían pretender las nobles posteriores, por su heroísmo ante la tragedia y su espíritu indomable. Sus cartas y ensayos se tenían en gran consideración. Tras su muerte, su tumba jamás careció de flores. Aunque nunca se le concedió una autorización oficial al culto, las mujeres romanas la veneraron como a una diosa.

corona civica: Corona hecha de hojas de roble con la que se premiaba al soldado que salvaba las vidas de sus compañeros, conquistaba campo enemigo en una batalla y lo defendía hasta que ésta finalizaba.

corona vallaris: Corona de oro con la que se premiaba al primer hombre que asaltaba las murallas de un campamento enemigo. Las coronas de oro, por extraño que parezca, eran concedidas por proezas de valor menores. Las coronas de mayor importancia estaban hechas de plantas.

Costa malabar: En la punta suroeste del Deccan indio. Anualmente recibía la visita de la flota arábiga nabatea que iba en busca de sus especias, en particular la pimienta.

cuadriga: Carro tirado por cuatro caballos.

cuadrirreme: *Véase quinquerre.*

Cuestor: Último peldaño del *cursus honorum*, el escalafón para ascender al consulado. A pesar de que se podía entrar en el Senado mediante la propuesta de los censores y sin pasar por un cargo previo, método que se mantuvo durante la dictadura de César para completar

rápídamamente la institución, durante su mandato la forma más usual de acceder a él era ser elegido cuestor. El cuestor debía tener veintinueve años, de modo que pudiera pasar a formar parte del Senado a los treinta. Ejercía como tal durante un año, y ocupaba su cargo el 5 de diciembre. Sus principales funciones eran de tipo fiscal. Podía ser trasladado al Erario, en Roma, o a alguna provincia a colaborar con el gobernador, a algún puerto importante de Italia o a encargarse del suministro de grano. Si se le destinaba a una provincia, el periodo de vigencia de su cargo podía ampliarse, en calidad de procuestor.

Cularo: Actual Grenoble, en la Francia alpina.

cunnus, cunni: Aceptación latina obscena para los genitales femeninos.

cursus honorum: El «camino del honor» en referencia al camino que había que recorrer desde senador nuevo a cónsul. También comprendía los cargos de cuestor y pretor, pero no el de edil o tribuno de la plebe.

Dagda y Dann: Dios y diosa principales del panteón druida. El elemento de Dagda era el agua; el de Dann, la tierra.

Danubio, río: Actual Danubio, Doanu o Duraea.

Decreto extraordinario: Véase *Senatus Consultum Ultimum*.

demagogo: En su origen, concepto griego referido al político que quería apelar a las masas. El demagogo romano era casi inevitablemente un tribuno de la plebe (*véase*), aunque no formaba parte de su programa el «liberar a las masas», ni los hombres que le escuchaban eran de los rangos de los humildes. El término lo empleaban los políticos ultraconservadores en sentido peyorativo.

denarius, denarii: Denario. La denominación más extendida de la moneda romana. De plata (salvo por alguna emisión excepcional de oro), tenía el valor de cuatro sestercios y era del tamaño aproximado de una moneda de cinco céntimos. Cada talento estaba compuesto de 6.250 *denarii*.

Dertona: Actual Tortona, en el noroeste de Italia.

diadema: Símbolo helenístico de soberanía; algo más costoso se tomaba por signo de ostentación. Consistía en una cinta blanca de una

pulgada de ancho que se llevaba en torno a la cabeza y atada al occipucio. Ambos extremos, a veces con flecos, caían sobre los hombros.

dictador: Magistrado romano que no era elegido sino nombrado por el cónsul, siguiendo instrucciones del Senado, para que manejara una crisis extraordinaria en el gobierno, en su origen una guerra que amenazaba con la invasión del territorio. Sus obligaciones, por tanto, se suponían militares. Su otro título era *magister populi*, Maestro de la Infantería, y su primer acto era nombrar a su subordinado, el *magister equitum*, o Maestro del Caballo. Durante los albores de la República, su función consistía en gestionar la guerra y dejar como mínimo un cónsul para que continuara con el gobierno civil. El cargo se ejercía durante seis meses, lo que duraba la temporada de campaña. El nombramiento se llevaba a cabo mediante la *lex curiata* (véase). El dictador estaba precedido por veinticuatro lictores cuyas *fascēs* sostenían las hachas, incluso en el *pomerium* (véase). De los magistrados, el dictador era el único que gozaba de impunidad durante su mandato; no se le podía llevar a juicio por sus acciones hasta que dejara su puesto. No obstante, poco a poco, y a medida que los enemigos históricos de Roma fueron subyugados, la necesidad de un dictador disminuyó. Esto, combinado con la desconfianza del Senado hacia el cargo, dio como resultado los intentos de resolver las crisis de una forma menos individualmente autoritaria empleando para ello el *Senatus Consultum Ultimum* (véase).

Cuando en el año 81 a.C. fue nombrado dictador tras marchar sobre Roma, Sila se arrogó de forma deliberada poderes con suficiente entidad legal, aunque en modo alguno tradicionales. Inviolable e inmune, utilizó el cargo para promulgar leyes y elaborar una nueva constitución para llenar el Erario, que estaba vacío, y deshacerse de sus enemigos haciéndolos ajusticiar. Cuando al cabo de seis meses no dimitió de su cargo, muchos supusieron que nunca lo haría; no obstante, en el 79 a.C., renunció a la vida pública. Por tanto, cuando César se convirtió en dictador (también tras marchar sobre Roma), encontró el camino allanado por el ejemplo de Sila y llevó incluso más allá los poderes dictatoriales.

Dieciocho: Las dieciocho centurias superiores de la Primera Clase entre las que se contaban aquellos hombres que esperaban por derecho de familia y nacimiento entrar en la carrera pública, o adornar los rangos superiores del mundo empresarial. Las centurias de las Dieciocho estaban limitadas a cien hombres cada una.

dignitas: Concepto casi intraducible. La participación personal de un hombre en cuanto a la posición pública que ocupaba en Roma y que implicaba su valía ética y moral, su reputación, su derecho a respetar a sus iguales y a recibir un trato correcto por parte de éstos y de los libros de historia. Se trataba de una acumulación del peso personal como producto de las cualidades y obras propias y únicas.

Dionisio: Dios griego, antes de serlo romano. Al parecer su culto se inició en Tracia, donde conllevaba una orgía de sangre. Con el tiempo, su culto se volvió más moderado, y en él sólo se derramaba vino.

Dirraquio: Actual Durrës, en Albania.

diverticulum: Camino que entrelazaba los caminos más importantes que salían en forma radial de las puertas de Roma. Carretera de circunvalación.

Doce Tablas: Las veneradas tablas de la ley romana que datan de mediados del siglo V a.C. Las tablas originales se quemaron cuando los galos saquearon Roma, pero volvieron a elaborarse en bronce y, desde ese momento, constituyeron la base de la totalidad de la legislación romana. Hacia finales de la República, su valor ya era más testimonial que oficial.

domine, domina: *Mi señor, mi señora* (caso vocativo).

Druidismo: Principal religión celta, mística y animista. No se extendió por los pueblos mediterráneos, que deploraban sus cualidades extrañas, en particular los sacrificios humanos.

duumvir. Uno de los dos hombres que encabezaban el gobierno local de un pueblo o un municipio en una región latinohablante.

Ecastor!: Exclamación aceptada socialmente que utilizaban las mujeres. Hacía referencia al dios Cástor.

Ecbatana: Actual Hamadan, en Irán.

Edepol!: Exclamación aceptada socialmente que utilizaban los hombres. Hacía referencia al dios Pólux, el gemelo menos querido de

Cástor.

edicta: Principios de procedimiento dictados por un magistrado cuando tomaba posesión del cargo. Directrices que ayudaban a aquellos que se dirigían a él en busca de decisiones legales o administrativas.

edil: Magistrado romano. Existían cuatro: dos plebeyos y dos curules.

Los ediles plebeyos se instituyeron en el año 493 a.C. para asistir a los tribunos de la Asamblea de la Plebe (*véase*) y en especial para asegurar el derecho de la Asamblea de la Plebe a su cuartel general en el templo de Ceres. Los elegía la Asamblea de la Plebe, su cargo tenía un año de duración y éste no les daba derecho a sentarse en la silla curul o tener lictores.

En el año 367 a.C. se instituyeron dos ediles curules para proporcionar a los patricios parte de aquel cargo. Los elegía la Asamblea de la Plebe, su cargo tenía un año de duración y sí tenían derecho a sentarse en la silla curul. Los precedían dos lictores. Los cuatro eran responsables del cuidado de las calles y plazas de Roma, el suministro de agua, el alcantarillado y las cloacas, el tráfico, los edificios públicos, los reglamentos de construcción y la regulación de las construcciones privadas, los monumentos y los centros públicos, los mercados, los pesos y medidas (cuyos patrones se encontraban en el sótano del templo de Cástor y Pólux), algunos juegos y el suministro público de grano.

Disfrutaban del poder de multar tanto a los ciudadanos como a los que no lo eran por infringir los reglamentos, y utilizaban el dinero obtenido para ayudar a sufragar sus juegos.

Eneas: Hijo del rey de la Dardania troyana, Anquises, y de la diosa Venus/Afroditas. Huyó de la ciudad de Troya (Ilium) en llamas con su anciano padre sobre los hombros y el paladión bajo el brazo. Tras muchas aventuras, alcanzó Latium y fundó una raza que dio como fruto a los romanos. Su hijo Iulo, de madre latina, Lavinia, se convirtió en el primer rey de Alba Longa. La ascendencia de los julianos se remonta hasta Venus a través de éste.

epicúreo: Adepto a la escuela filosófica fundada por el griego Epicuro. Defendía una rama del hedonismo tan exquisitamente refinado que se

acercaba al ascetismo por su vertiente izquierda, por así decirlo. El hombre debía saborear los placeres de la vida; cualquier exceso mancillaba tal propósito.

Epiro: Zona al oeste de Grecia aislada de la corriente dominante de la cultura griega por el golfo de Corinto y las altas montañas de la Grecia central. En los tiempos de César estaba casi totalmente despoblada y se había convertido en el feudo de los terratenientes romanos absentistas, quienes lo utilizaban para que pastorease el ganado para la obtención de pieles, sebo y abono. Era una tierra muy húmeda, por tanto poco idónea para las ovejas.

epítome: Sinopsis o compendio muy breve de una obra larga que se concentraba en contener el máximo de información en un número mínimo de palabras. Su propósito era permitir que los lectores adquirieran saber enciclopédico sin necesidad de abrirse camino a través de una obra completa. Bruto era bien conocido como epitomador.

Escipión el Africano: Publio Cornelio Escipión Africano nació en el 236 a.C. y murió alrededor del 184 a.C. De joven, demostró su valor en el campo de batalla y a los veintiséis años, sin ser todavía senador, el pueblo de Roma le encomendó que emprendiese la guerra contra Cartago en Hispania. Cumplió con creces su misión y, en cinco años, derrotó a los cartagineses y conquistó las dos provincias españolas. Fue elegido cónsul en el 205 a.C., a los treinta y un años, cuando invadió África a través de Sicilia. Finalmente, ambos lugares se rindieron ante él. Escipión adoptó el nombre de Africano, fue elegido censor y se convirtió en *princeps Senatus*.

Inteligente, culto y con visión de futuro, se ganó la enemistad de Catón el Censor, quien lo acosó implacablemente por supuesta corrupción contra Roma. Se dice que Escipión el Africano murió de pena después de que Catón arruinara la carrera de su hermano, el Asiático. Eso sería sólo el principio: después, Catón iniciaría su arremetida contra César. El fanático abogado de la virtud concentró una vez más sus energías contra uno de los hombres más brillantes y aristocráticos de Roma. Todo un caso de tradición familiar.

Escipión Emiliano: Publio Cornelio Escipión Emiliano el Africano y Numantino nació en el 185 a.C. Adoptado por los Escipiones, era hijo del igualmente prestigioso Lucio Emilio Paulo. Tras una distinguida carrera militar durante la tercera guerra Púnica, fue elegido cónsul en el 147 a.C. a pesar de que, según la ley, no tenía la edad suficiente, y de una fuerte oposición. Al mando de las tropas contra Cartago, tomó la ciudad y la arrasó.

A un frustrado cargo de censor le siguió un segundo consulado en el 134 a.C. durante el que, en ocho meses, destruyó la ciudad española de Numancia, que había resistido a varios generales romanos durante cincuenta años. Su cuñado, Tiberio Graco, vulneraba la *mos maiorum* como tribuno de la plebe, y a pesar de que murió antes de que Escipión Emiliano regresara a Roma, éste fue culpado de su muerte. En el 129 a.C. murió, a la edad de cuarenta y cinco años, de forma tan súbita que se rumoreó que su mujer, hermana de Graco, lo había envenenado.

Intelectual apasionado por la cultura griega, Escipión Emiliano lideró un grupo de mecenas que protegía a hombres como Polibio Panetino o el dramaturgo Terencio. Como amigo era fiel; como enemigo, cruel y despiadado.

Esmirna: Actual Izmir, en Turquía.

estoico: Partidario de la escuela filosófica fundada por el fenicio chipriota Zenón. Su principio básico estaba relacionado con la ética y su contrario, la debilidad de espíritu. El dinero, el dolor, la muerte y otras preocupaciones del ser humano no les parecían importantes.

Estrimón: Actual río Struma, en Bulgaria; en Grecia, Strimon.

éter: Parte superior de la atmósfera impregnada de fuerzas místicas o el aire que rodeaba a un dios. También designaba el cielo azul del amanecer.

etnarca: Término general para designar a un magistrado de un pueblo o distrito griego.

Etruria: Nombre latino con el que se designaba a lo que había sido el reino de los etruscos. Incluía las vastas llanuras y las colinas de la Italia nororiental, desde el río Tíber hasta el Arno. Actual Toscana.

Euxino, mar: Actual mar Negro.

Farsalia: Pequeño valle del río Enipeo, en Tesalia, cercano a la ciudad de Larisa, donde Pompeyo Magno se enfrentó a César.

***fascēs*:** Herencia de los etruscos. Las *fascēs* eran haces cilíndricos de varas de abedul teñidas de rojo y atadas fuertemente en forma entrecruzada mediante correas de piel roja. Las llevaban unos hombres llamados *lictōres* quienes precedían a un magistrado *curul* como indicación de su *imperium*. Dentro del *pomerium* de Roma, sólo las varas (probablemente treinta por haz, por los treinta *curiae*) componían el haz, pero fuera del *pomerium* se insertaba un hacha de una sola hoja para indicar que el magistrado no sólo tenía el poder de castigar, sino también el de ejecutar.

***fellatio* (y *términos afines*):** Excitación del pene con la boca. A aquel que recibía la acción se le denominaba *irrumator*. *Fellator* era masculino; *fellatrix*, femenino.

***femina mentula*:** Mujer con pene. Grave insulto. ***feriae*:** Vacaciones. Dependiendo de la gradación de la festividad, las actividades públicas tendían a suspenderse.

***fiscus*:** Bolsa o monedero para las monedas. Se refería a las sumas de dinero público.

***flamen*:** Sacerdote, aunque no pontífice. Existían tres principales: *Dialis* (Júpiter Optimo Máximo), *Martialis* (Marte) y *Quirinalis* (Quirino). *Martialis* y *Quirinalis* eran puestos a tiempo parcial; no obstante, el *flamen Dialis* era un sacerdote a tiempo completo sometido a toda clase de prohibiciones: no podía llevar nudos, tocar hierro o cualquier otro metal, comer pan con levadura, ser testigo de una muerte, cruzarse con un perro, montar a caballo y 'muchas otras cosas. No era el sacerdocio adecuado para César, quien ocupó el cargo desde los trece años hasta los diecinueve, cuando Sila lo ayudó a librarse de él. Los *flamines* más importantes tenían que ser patricios.

foro: Lugar público de reunión romano.

Foro Boarium: Mercados de carne.

Foro Holitorium: Mercados de verduras localizados la mitad dentro de las Murallas Servias y la mitad fuera de éstas, en la orilla del Tíber, cerca del Circus Flaminius.

Foro Julii: Actual Fréjus, en la Costa Azul francesa.

Foro julio: El nuevo foro de César en Roma.

Foro Romano: El antiguo y original foro de Roma localizado debajo del Capitolio. Contenía los edificios públicos romanos más importantes y era el corazón político de la República.

Gades: Actual Cádiz, en España.

Galacia: En latín, Galatia. Enclave de galos que se asentaron en Anatolia, en las verdes regiones entre Bitinia y el río Halys. Su antigua ciudad, Ancira, es hoy en día la capital de Turquía, Ankara.

gálbano: Resina obtenida de la savia del Bubo *galbanum*, planta procedente de Siria. Se utilizaba en la medicina antigua.

Galia: Cualquier región habitada por los pueblos celtas era la Galia. El adjetivo era galo.

Galia Cisalpina: La Italia al norte de 'los ríos Arno y Rubicón, delimitada por el norte, el este y el oeste por los Alpes. Galia Cisalpina significaba «Galia a este lado de los Alpes», y sus gentes, los galos, eran considerados inferiores por los romanos.

Galia Trasalpina: En latín, Gallia Comata. Roma había contenido a los galos a través de los Alpes alrededor del curso inferior del río Ródano durante muchos años; la llamaba la Provincia. La Galia más allá de los límites de la Provincia era la Galia Trasalpina, una vasta región habitada por tribus «incivilizadas» que se dividían entre celtas y belgas. Llevaban el pelo largo y se lo estiraban con marga. Esos pueblos no compartían un espíritu nacional unificador, eran druídicos en cuanto a culto, y no deseaban ningún trato con los pueblos alrededor del Mare Nostrum. César, en una guerra de ocho años de duración, obligó a los galos a someterse a Roma y a aceptar su continuada presencia. La Galia se extendía desde el Rin hasta los Pirineos, y desde el Atlántico hasta el Ródano.

garum: Condimento muy apreciado hecho a base de pescado mediante un proceso que garantizaba que cualquier hombre o mujer actual cayera enfermo. ¡Apestaba!

Garumna, río: El Garona, en Francia.

gens: Familia. El gentilicio de un hombre era el de su familia. En el caso de César, por ejemplo, su *gens* era el *gens Julia*, de ahí que se lo llamara Juliano.

gens humana: La familia humana de todas las gentes del mundo.

Genua: Actual Génova, en Italia.

Gerrae!: ¡Completa necedad! ¡Completa tontería!

gladiador: Luchador profesional que exhibía su arte para entretener a la concurrencia. Tradición heredada de los etruscos, siempre floreció por toda Italia. Se le contrataba para que actuara en juegos funerarios que se llevaban a cabo en las plazas de los mercados de los pueblos o en el foro, no en un anfiteatro. Su origen puede ser muy variado: un desertor de las legiones, un criminal condenado, un esclavo, incluso un hombre libre dispuesto a luchar como gladiador. Vivía en una escuela en la que no se le encerraba o se le trataba mal. Con las miras puestas en sacar provecho económico de él, es más probable que su dueño lo mimara. Los gladiadores no tenían que luchar hasta la muerte y el veredicto imperial del «pulgar hacia abajo» no existía todavía. El gladiador republicano era una inversión muy provechosa y atractiva. Por lo general, luchaba durante seis años o treinta combates, lo que primero resultara; algunos se convirtieron en auténticas estrellas. Una vez se retiraban, solían ofrecerse como matones o guardaespaldas. César poseía miles de soldados de este tipo, con base en escuelas alrededor de Capua o Rávena, que alquilaba por toda Italia.

Gracos, los: Tiberio y Cayo Sempronio Graco fueron altos nobles romanos procedentes de una eminente familia. Su madre fue la hija de Escipión el Africano; su padre fue censor y cónsul. Ambos sirvieron bajo Escipión Emiliano (*véase*); Tiberio, en la Tercera Guerra Púnica; Cayo, en Numancia. Su valentía fue legendaria.

Casi diez años mayor que Cayo, Tiberio fue elegido tribuno de la plebe en el año 133 a.C., y se dispuso a enmendar las injusticias que el Senado estaba perpetrando contra los elementos más pobres de la población romana. La oposición se extendió y Tiberio cometió el imperdonable pecado de tratar de presentarse por segunda vez al cargo de tribuno de la plebe. Fue asesinado durante un altercado en el Capitolio.

La agitación disminuyó hasta que el hermano menor, Cayo, fue elegido tribuno de la plebe en el 123 a.C. Las reformas de Cayo fueron aún más amplias y de mayor trascendencia para los pobres, por lo que topó con una oposición aún más férrea en los elementos ultra-conservadores del Senado. Cuando aún no había finalizado sus reformas al final de su mandato, se presentó por segunda vez y fue elegido.

Posteriormente, en el año 121 a.C., resultó elegido por tercera vez.

Cuando fue derrotado, él y su amigo Marco Fulvio Flaco recurrieron a la violencia. La respuesta del Senado fue la de evitar la tradicional recurrencia a un dictador y promulgar por primera vez el *Senatus Consultum Ultimum*, o Decreto Supremo. Fulvio Flaco y dos de sus hijos fueron asesinados, y se dice que Cayo Graco se suicidó.

Los elementos conservadores del Senado puede que salieran triunfantes, pero los propios romanos sostenían que los hermanos Graco fueron el principio del fin de la República.

El único descendiente directo de los Graco era Fulvia, hija de la única hija de Cayo Graco, Sempronia. Significativamente, fue la mujer de tres demagogos: Publio Clodio, Curio y Marco Antonio.

Hades: Nombre del soberano del inframundo y de su reino. No se ha de confundir con el concepto cristiano de infierno.

Halys, río: Actual río Kizil Irmak, en la Turquía central.

Héctor: Hijo de Príamo, rey de Troya (Illium), condujo a los troyanos contra Agamenón y los griegos hasta que cayó en el campo de batalla a manos de Aquiles. Su mujer fue Andrómaca; su hijo, Astianacte.

helenización: Término utilizado para describir las influencias culturales griegas presentes en el mundo antiguo del Mediterráneo y Asia Menor tras la conquista de Alejandro Magno.

Helesponto: Actual Dardanelos, estrecho entre el mar Egeo y el mar de Mármara y la puerta hacia el mar Negro.

hermed: Un pedestal adornado con genitales masculinos estaba «hermed».

hidromiel: Solución de agua y miel.

Hispania Citerior: Región de la península Ibérica que se extendía desde los Pirineos hasta la ciudad de Cartagena, y en el interior hasta Segovia.

Hispania Ulterior: Región suroeste de la península Ibérica, más fértil y próspera que su vecina, la Citerior. Era enormemente rica en oro, plata, plomo y hierro.

Homero: Según la tradición, poeta griego ciego procedente de la costa egea de Asia Menor quien compuso *La Ilíada* y *La Odisea*, los dos poemas épicos de mayor fama, admiración y estima de toda la Antigüedad.

hostis: Enemigo. El término se imponía a un hombre declarado enemigo del Estado romano. Se lo desposeía de su ciudadanía y de sus propiedades y, por lo general, también de la vida, presentándolo como *nefas*, sacrílego.

Ibero, río: Actual Ebro, en España.

icor: Fluido que corría por las venas de un dios o diosa. No se trataba de sangre.

idus: En el cómputo romano correspondía al día 13 de enero, febrero, abril, junio, *sextilis* (agosto), septiembre, noviembre y diciembre, y el día 15 de marzo, mayo, *quinctilis* (julio) y octubre.

Ilírico: Las tierras salvajes y montañosas en la parte nororiental del mar Adriático. Incluía Istria y Dalmacia.

Ilium: Nombre romano para Troya.

imperator: Propiamente dicho, comandante o general de un ejército romano. Con el tiempo, el término sólo se le otorgaba al general que obtenía una gran victoria. Para ser honrado con un triunfo por el Senado, tenía que haber sido aclamado «*imperator* en el campo de batalla» por su ejército. Es, por supuesto, el origen de la palabra «emperador».

imperium: Grado de autoridad concedido a un magistrado curul o promagistrado. Poseer un *imperium* significaba que un hombre poseía la autoridad de su cargo y no podía ser refutado dentro de los parámetros de éste. Se confería mediante una *lex curiata* (véase) y duraba un año salvo que se legislara específicamente para prolongarlo. El número de lictores indicaba el grado del *imperium*.

imperium maius: *imperium* ilimitado. El nivel del *imperium* de su poseedor era tan elevado que sobrepasaba en poder incluso a los cónsules de ese año. Hasta los tiempos de Pompeyo Magno, era relativamente infrecuente. Después, todo el mundo trató de hacerse con él.

in absentia: En ausencia. Tal como se utiliza en este libro, candidato a un cargo oficial que se presentaba para dicho cargo (o trataba de hacerlo) sin cruzar el *pomerium* de Roma para proclamar su candidatura.

ineptes: bobos, idiotas, incompetentes.

infra dignitatem: Indigno.

inimicus: Hostil, oponente.

in loco parentis: Poseer la autoridad de un padre ante la ley.

insula: Isla. También era el nombre que se daba a los altos edificios de viviendas siempre que estuvieran rodeados en su totalidad de calles o callejones.

in suo anno: «En su año». Utilizado para describir a un hombre que había sido elegido para un cargo magisterial a la edad apropiada.

Isis: Diosa egipcia. También, deidad helenizada. En Roma era adorada principalmente por los libertos griegos, que sumaban varios miles. Puesto que sus ritos incluían la flagelación, la mayoría de los romanos encontraban a Isis y su culto altamente ofensivos.

Italia: Península al sur de los ríos Arno y Rubicón.

iugerum, iugera: Unidad de medida romana para la tierra. En términos actuales, un *iugerum* equivaldría a 0,252 (un cuarto) de hectárea.

juegos: En latín, *ludi*. Comenzaron modestamente bajo los Reyes; sin embargo, en los tiempos de la República tardía habían crecido hasta convertirse en festejos que duraban varios días. Al principio consistían en carreras de carros, aunque llegaron a incluir cazas de animales salvajes, competiciones atléticas, obras de teatro y pantomimas, concursos y desfiles. Los más populares eran los *ludi romani*, que se llevaban a cabo en septiembre. No incluían combates de gladiadores. Los ciudadanos romanos libres, tanto hombres como mujeres, eran admitidos; los libertos y aquellos que no eran ciudadanos, estaban excluidos. A las mujeres se les permitía sentarse junto a los hombres en el circo, pero no así en los teatros.

Lares Permarini: Los lares eran dioses paganos de origen puramente romano que habitaban todas las esferas de la existencia, desde la seguridad doméstica y las encrucijadas, hasta los mojones. Los Lares Permarini eran las fuerzas, en número indefinido, que protegían al viajero romano de los peligros del mar.

laserpicium: Sustancia obtenida de una planta norteafricana, el *silphium*. Se utilizaba como digestivo para aliviar los excesos en las comidas.

latifundium, latifundia: Un *latifundium* era una gran extensión de tierra pública arrendada por una persona y dirigida al modo de una granja de hoy en día. La actividad no era agrícola sino ganadera.

Latium: La tierra natal romana, el Lacio. Limitaba al norte con el río Tíber, y al sur con una línea que corría hacia el interior desde Tarracina. Al este confluía con las montañas de Samnium.

lectus: Triclinio. Un comedor normalmente contenía tres triclinios, el *lectus summus*, *lectus medius* y el *lectus imus*, dispuestos en forma de U.

legado: *Legatus*. Los miembros más antiguos del personal de un general. Para ser cualificado como legado un hombre tenía que pertenecer por completo al rango senatorial. Los legados sólo respondían ante su general y a menudo ostentaban un *imperium*.

leges Clodiae: Hubo muchas, pero las relevantes para este libro las promulgó Publio Clodio en el 58 a.C. para regular las actividades religiosas de los cónsules, de otros magistrados y de los asambleístas.

legión: Unidad más pequeña de un ejército romano con capacidad para luchar en una guerra sin más ayuda; es decir, era autosuficiente en términos de recursos humanos, equipamiento y función. Una legión al completo constaba de 4.800 soldados divididos en diez cohortes de seis centurias cada una. También constaba de 1.200 ciudadanos no combatientes, así como de artificieros y una unidad de artillería.

lémur, lémures: Criaturas del inframundo, sombras.

lex curiata: Ley promulgada en la Asamblea especial de los treinta *curiae* que proporcionaba de un *imperium* a un magistrado curul. También era la ley que permitía que una adopción fuese legal.

lex Genucia: Ley promulgada el año 342 a.C. que estipulaba que un hombre debía dejar pasar diez años antes de ser elegido por segunda vez para un mismo cargo.

lex, leges: Ley, leyes.

lex Voconia de mulierum hereditatibus: Promulgada en el 169 a.C. recortaba seriamente el derecho de la mujer a heredar mediante testamento.

liberto: Esclavo liberado. Estaba obligado a llevar el gorro de la libertad. Aunque técnicamente era libre (y poseía la ciudadanía romana si su antiguo amo lo era), permanecía bajo el mecenazgo de su antiguo amo y contaba con muy pocas posibilidades, dada la estructura electoral timocrática republicana, de ejercer su voto en una asamblea tribal, puesto que era automáticamente adscrito a la Esquilina o a la Suburana, dos de las cuatro tribus urbanas. Sin embargo, si contaba con los requisitos económicos, tal como algunos libertos hicieron, podía ascender en la escala de Clases.

Liguria: Región montañosa entre Génova y la Galia Trasalpina, a través de los Alpes, que se extiende tierra adentro hasta la cresta de los Alpes Marítimos. Pobre, era principalmente famosa por su lana grasa, con la que se confeccionaban prendas impermeables.

lingua mundi: Lengua común a todos los seres humanos. En esta época, el griego. Más adelante, el latín.

litera: Cubículo cubierto, con unas varas que se proyectaban hacia delante y hacia atrás a cada lado, era transportada por un grupo de hombres, por lo general seis u ocho. Algunas literas iban suspendidas entre mulas dóciles. Era un medio de transporte muy lento, pero el más cómodo conocido por el mundo antiguo, puesto que los carruajes no disponían de amortiguadores.

locus consularis: Lugar de honor durante una comida. Se encontraba en el extremo derecho del lecho medio del anfitrión, a la derecha de éste.

ludi: Los juegos (véase).

Lugdunum: Actual Lyon, en Francia.

lusitanos: Los pueblos celtíberos de la España occidental. (Portugal).

Macedonia: En los tiempos de César, mucho más extensa que en el presente. En el Adriático, iba desde del pueblo de Lissus hasta el sur de Epiro; allí, sus dos asentamientos principales eran los puertos de Dirraquio y Apolonia. Luego continuaba hacia el este, a través de las montañas de Candavia, en las cuales se encontraban los ríos Morava, Axius, Estrimon y Nestus. Finalizaba en el Estrimon. Al norte se extendían Ilírico y Moesia. Al sur, Grecia. Lo más probable es que sus primeros habitantes fueran germanocélticos, que sucesivas invasiones mezclaron con otras poblaciones de origen dóricogriego, tracio e ilírico.

Ya existía una Macedonia unida en los tiempos de Filipo II, pero fueron éste y su hijo, Alejandro Magno, quienes lanzaron a Macedonia a hacerse con la hegemonía del mundo. Tras la muerte de Alejandro, los sueños de grandeza se esfumaron. Derrotada por Emilio Paulo en el 167 a.C., Roma no quiso hacerse responsable de Macedonia, así que trató de convertirla en cuatro repúblicas autogobernadas. Cuando todo el experimento fracasó, en el 146 a.C. se incorporó al Imperio como una provincia. La construcción de la Via Egnatia (*véase*) comenzó poco después.

Maestro del Caballo: Título concedido al lugarteniente de un dictador.

magistrados: Ejecutivos electos de la República romana. Pertenecían al Senado en los tiempos de César.

Mare Nostrum: Mar Nuestro, mar Mediterráneo.

Mario, Cayo: Tercer fundador de Roma. Hombre nuevo de Arpino, nació alrededor del 157 a.C. en el seno de una familia acomodada. De muy joven ejerció de tribuno militar en Numancia, donde despertó el interés de Escipión Emiliano (*véase*), que le animó a emprender la carrera pública a pesar de su oscuro pasado. Contó con el apoyo de Cecilio Metelo (quien más tarde se arrepentiría de' ello), y entró en el Senado como tribuno de la plebe, aunque su modesto origen no parecía predestinarle a las altas magistraturas. En el 115 a.C., fue nombrado pretor gracias a un soborno, pero el consulado seguía fuera de su alcance.

En el año 110 a. C. se casó con Julia, tía del gran César, cuya patricia cuna e influencias favorecían su aspiración al puesto de cónsul. Luchó en el

norte de Africa contra el rey Yugurta como legado de Metelo el Numídico, lo que le valió un consulado en el 107 a.C., para gran disgusto de Metelo.

Las legiones romanas, formadas por hacendados, sufrieron una serie de graves derrotas que causaron un gran número de bajas en sus filas y, durante algunos años, Mario tuvo que recurrir al censo por cabezas y alistar a personas sin propiedades. Por otro lado, el gran éxodo germánico suponía una amenaza para Roma, lo que se tradujo en nada más y nada menos que seis consulados para Mario, tres de ellos *in absentia*.

En el 100 a.C., los germanos fueron finalmente derrotados y Mario se retiró de la vida pública por un tiempo. Sin embargo, la sublevación de los aliados italianos de Roma y una serie de nuevas derrotas le obligaron a volver. Convencido de que la profecía que aseguraba que sería nombrado cónsul por séptima vez era cierta, se afanó en verla cumplida y, en el 86 a.C. y con el apoyo de Cina, logró de nuevo su objetivo. Murió a los pocos días de ocupar el cargo y de iniciar la matanza de sus enemigos, que horrorizó a toda Roma. Su antiguo aliado y fiel legado, Sila (*véase*), también se había convertido en su enemigo. La historia de Cayo Mario se narra en los dos primeros libros: *El primer hombre de Roma* y *La corona de hierba*.

Masilia: Actual Marsella, en Francia.

Mauritania: Región occidental del norte de África que se extendía desde el río Muluchath, en la actual Argelia, hasta el océano Atlántico.

medimnus, medimni: Medida para el grano y otros sólidos que podían verse. Correspondía a cinco *modii* (*véase*), ocupaba un volumen equivalente a cuarenta litros y tenía un peso de unos treinta kilos.

Menfis: Ciudad cercana a El Cairo, Egipto.

mentula, mentulae Expresión latina vulgar para referirse al pene.

meretrix mascula: Prostituta de aspecto masculino.

mesapios: Antiguos habitantes del sureste de Italia.

mete-en-sa: Sacerdote egipcio al que no le estaba permitido llevar encima objetos de oro.

meum mel: Expresión de cariño: «cariño mío».

miles gloriosus: Soldado fanfarrón.

modius, modii: Medida tradicional romana para el grano equivalente a un volumen de ocho litros y seis kilos de peso. El subsidio de grano estaba establecido en cinco *modii* mensuales para los poseedores de los vales correspondientes. Esta medida era suficiente para amasar una gran hogaza de pan diaria.

Monnolyce: Personaje imaginario femenino, de aspecto terrorífico, con que se asustaba a los niños.

mos maiorum: Expresión difícil de definir. Orden establecido para las cosas, costumbres y tradiciones de los antepasados. El *mos maiorum* significaba cómo se habían hecho las cosas tradicionalmente, y cómo deberían seguir haciéndose. Normalmente se utilizaba con sentido público, para describir el Gobierno y sus instituciones.

municipia: Distritos que no disfrutaban de plena autonomía ante Roma. Podían estar situados tanto en Italia como en las provincias.

Murallas Servias: La muralla que ven los turistas no es la que existía en tiempos de la República que, enterrada en la actualidad, supuestamente mandó construir el rey Servio Tulio. Con todo, como abarcaba más extensión de la ciudad que el *pomerium*, probablemente se construyó después del saqueo de Roma por parte de los galos en el 390 a.C. Era enorme, y se conservaba en buen estado, en especial cuando los germanos amenazaron con tomar por asalto la ciudad en tiempos de Cayo Mario. César mandó reconstruirla alrededor del perímetro de su nuevo foro.

murex: Molusco con el que se fabricaba el tinte llamado púrpura.

murus Gallicus: Muralla de bloques de piedra, reforzada con largas vigas de madera; gracias a la combinación de ambos materiales podía soportar la embestida de un ariete. Los galos fueron precursores de este tipo de construcción.

Mutina: Actual Módena, en el norte de Italia.

Narbo: Actual Narbona, en Francia.

Neapolis: Hubo muchas ciudades llamadas Neapolis; en este libro se hace referencia a la actual Nápoles, en Italia.

nefas: Sacrilego.

Nicomedia: Actual Izmit, en Turquía.

nomarca. Administrador de un nomo, o división territorial egipcia.

nomen: Nombre propio de la familia o estirpe (Julio, Claudio...).

nonas: En el calendario romano, una de las tres fechas numeradas a partir de las cuales se contaba para designar el resto de días del mes. Si los idus (*véase*) caían en día 15, las nonas lo hacían el 7; si los idus caían en día, 13, las nonas lo hacían en 5.

numen, numina: Palabra utilizada por los estudiosos actuales para designar la peculiar naturaleza incorpórea de los primitivos dioses italianos y romanos, si es que puede hablarse de dioses; quizás el término «fuerzas espirituales» fuese más apropiado. Estos antiguos dioses numinosos eran las fuerzas que lo gobernaban todo, desde la lluvia y el viento hasta el abrir y cerrar de una puerta. No tenían rostro, sexo, ni mitología. A pesar de que la asimilación de las costumbres griegas era signo de cultura y de que muchos de estos dioses adquirieron nombre, sexo e incluso rostro, es incorrecto calificar la religión romana de forma bastarda del culto griego. A diferencia de la griega, la religión romana estaba tan intrínsecamente relacionada con todos los estratos del Gobierno que se necesitaban mutuamente para sobrevivir. Aunque externamente se asemejase a la griega, la religión romana estaba estrechamente vinculada a las fuerzas y sus distintas manifestaciones; era una especie de profunda relación de intercambio entre el universo de los hombres y el de los dioses.

Numidia: Región del norte de África entre el actual Túnez y el río Muthul, en Argelia.

nundinae, nundinum: Los ocho días de la semana romana (*nundinum*) se contaban a partir de los días de mercado (*nundinae*).

oppidum: Fortaleza gala.

opus incertum: El muro romano más antiguo y utilizado. Para construirlo, se levantaban dos caras de piedras irregulares, revestidas con argamasa en la parte exterior, y se dejaba un hueco en el interior que se rellenaba con mortero, hecho con puzolana negra y barro mezclado con grava y piedras (*caementa*).

osco: Lengua de la península italiana hablada por los samnitas, apulios, calabreses, lucanios y brut s. Era lo suficientemente diferente del latín como

para que los romanos se burlaran de los que la hablaban.

padres conscriptos: En los días de César, título de cortesía para los senadores. Su origen se remonta a los Reyes de Roma, quienes llamaban a los miembros de su consejo «padres». Tras haber sido admitidos por los censores, se convirtieron en «padres conscriptos». Una vez implantado el acceso al Senado mediante elección, el término perdió todo significado.

Padus: Actual río Po, en el norte de Italia.

Palus Asphaltites: Lago Asphaltites, o mar Muerto. En aquellos tiempos, era la principal reserva de asfalto del mundo. El asfalto subía a la superficie y era dragado; el que se depositaba en las orillas resultaba demasiado sulfuroso y duro como para comercializarlo. Se trataba de un material muy apreciado y caro, ya que con él se embadurnaban las cepas de las vides para prevenir el mildiu y otras plagas, y también tenía propiedades medicinales. Los nabateos disfrutaban de su concesión, que protegían con gran celo.

Palus Cerolias: A pesar de su avanzada ingeniería, los romanos de la República nunca consiguieron drenar esta ciénaga, situada en el lugar en el que más tarde se alzaría el Coliseo.

panem et circenses: «Pan y circo». Los romanos adoptaron la política de alimentar y entretener a los pobres para prevenir los disturbios y el descontento.

papel fano: Entre el año 150 y el año 130 a.C., un romano llamado Fanio cogió el papel de papiro de peor calidad y lo sometió a un tratamiento que lo convirtió en un papel tan bueno como el mejor, que se usaba para fines religiosos. Su bajo precio lo puso al alcance del bolsillo de todas las personas letradas.

Paraetonium: Posiblemente Mersa Matruh, en el noroeste de Egipto.

partos: Nunca se hacía referencia a Partia, sino al Reino de los Partos, ya que Partia era una región desconocida que quedaba al este del mar Caspio. A pesar de que la palabra «partos» pueda sugerir la pertenencia a una misma sangre, era un pueblo tan políglota como remoto; el Reino de los Partos, una flexible confederación militar, abarcaba tierras y pueblos que iban desde el río Indo, en Pakistán, hasta el Éufrates, en Siria. Al norte limitaba con las montañas y mesetas de Asia central, y al sur con el océano

Indico y el golfo Pérsico. En tiempos de César, el rey arsácida era un parni adorador de Mazda, que gobernaba desde Ecbatana (Hamadan) hasta Seleucia (Bagdad). A pesar de que la clase dirigente parni sabía hablar y escribir griego, desechaba cualquier pretensión con respecto a Grecia, ya que ni el clima ni el terreno le permitía poseer un ejército de infantería. Los ejércitos partos eran de caballería. Los nobles luchaban protegidos por una cota de malla, y los campesinos escasamente vestidos. Estos últimos dieron origen al dicho «disparar la flecha del parto».

paterfamilias: Cabeza de la unidad familiar romana.

Patrás: Actual Patras, en el golfo de Corinto.

patratio: Según J. N. Adams, esta palabra se utilizaba para designar el orgasmo masculino, y no la eyaculación en sí.

patricios: Antigua aristocracia romana. Los patricios eran ciudadanos distinguidos antes de que Roma tuviera reyes; a partir de entonces, se convirtieron en sus consejeros y, durante los primeros tiempos de la República ocuparon puestos en el Senado y en todas las magistraturas. Disfrutaban de un prestigio que no podían alcanzar los plebeyos, por muy nobles que afirmaran ser. Sin embargo, cuando el poder y la riqueza de los plebeyos aumentaron, los de los patricios comenzaron un inexorable declive. En tiempos de César, ser patricio significaba simplemente tener antepasados ilustres. No todos los clanes patricios tenían la misma antigüedad; por ejemplo, los julianos y fabios eran anteriores a los claudios. En los últimos tiempos de la República, algunas familias patricias como la de Emilio, Claudio, Cornelio, Fabio (aunque sólo por adopción), Julio, Manlio, Papirio, Pinario, Póstumo, Quintiliano, Sergio, Servilio, Sulpicio o Valerio seguían proporcionando senadores.

patrono: Véase **cliente**.

pedarii: Véase **Senado**.

perduellio: La forma más grave de traición. Las personas acusadas de *perduellio* no eran juzgadas en los tribunales, sino en la Asamblea Centuriada.

peripatético: Seguidor de la filosofía enunciada por Aristóteles, pero desarrollada por su alumno Teofrasto. Debe su nombre al paseo cubierto

que había en las cercanías del Liceo, en el que los filósofos solían hablar mientras caminaban.

peristilo: Jardín o patio cerrado por todos sus lados, normalmente por una columnata.

persona: La *persona* era la forma en la que el ser humano se proyectaba a sí mismo. Literalmente «máscara», o el modo en que uno se presentaba ante los demás.

phalerae: Medallas de oro o plata, cinceladas y decoradas, de 75 a 100 mm de diámetro. Condecoración militar al valor, montada con tres filas de tres medallas cada una, sobre un elaborado arnés de cuero que se colocaba sobre la cota de malla o coraza.

Piceno: Región de la península italiana, más o menos a la altura de la «pantorrilla». Limita al este con el Adriático, al norte con Umbría y al sur con Samnio. Sus habitantes eran menospreciados, como los galos.

pilum, pila: Arma arrojadiza de los soldados romanos, diferente del asta y de la lanza. Tenía un arpón metálico que ocupaba la mitad de su longitud, un largo mango de madera fácil de asir, y acababa en una punta pequeña y afilada. Cayo Mario (*véase*) la modificó de modo que se partiera por la juntura de la madera y el metal al impactar contra el cuerpo o escudo de los enemigos, para evitar que éstos pudieran utilizarla a su vez. Los artificieros las recuperaban y reparaban rápidamente.

pinaza. Embarcación rápida y descubierta impulsada por ocho remeros.

Placentia: Actual Piacenza, en el norte de Italia.

plebeyo, plebe: Todos los ciudadanos romanos que no eran patricios. A comienzos de la República, ningún plebeyo podía ser senador, magistrado o sacerdote. Sin embargo, cuando los plebeyos comenzaron a acumular riqueza y poder, se apoderaron de los derechos tradicionales de los patricios y minaron su supremacía. Para pertenecer a la aristocracia, crearon el título de *nobilis*, hombre que ennoblecía a su familia por convertirse en cónsul.

plebiscito: Ley aprobada en la Asamblea de la Plebe.

pomerium: Límites sagrados de la ciudad de Roma que, según se dice, fueron establecidos por el rey Servio Tulio. Marcados por unos mojones llamados *cippi* (cipos), permanecieron inalterados hasta tiempos de Sila

(véase), quien los amplió al ganar nuevos territorios. En cuestiones religiosas, Roma sólo existía dentro del pomerium, todo lo que quedaba fuera de éste eran simplemente tierras que le pertenecían.

pontifex: Magistrado sacerdotal miembro del Colegio de Pontífices. En tiempos de César, era un cargo electo (vitalicio).

pontifex maximus: Sumo sacerdote de Roma. Cargo instituido por la República para reducir el poder del *Rex sacrorum*, antiguo sumo sacerdote que, también había sido rey de Roma. El *pontifex maximus*, cuyo cargo era electivo (vitalicio), tenía asignada la mitad del Domus Publica como vivienda y su sede religiosa se encontraba en la Regia.

Ponto: Extenso estado en el norte de Anatolia, bordeado por el mar Uxino y relativamente cercado por el río Halys.

Portus Itius: Pueblo en el estrecho de Dover; no se sabe con certeza si se trata de Calais o de Wissant.

praefectus fabrum: Técnicamente no formaba parte del ejército, sino que era un civil (a menudo un banquero) designado por el general para equipar y abastecer el ejército. Se encargaba de proveer desde ropa y comida, hasta mulas y armas. Como él mismo se adjudicaba los contratos, su situación era especialmente privilegiada y propiciaba el enriquecimiento; sin embargo, no estaba mal visto, siempre y cuando no sobrepasara el presupuesto y la calidad de sus suministros fuera adecuada.

praefectus urbi: Prefecto urbano nombrado por los cónsules para ocuparse del tribunal del pretor urbano durante los festejos. De hecho, su cometido era cuidar de Roma cuando los cónsules y los pretores se hallaban ausentes. Ser elegido prefecto urbano constituía todo un honor.

pretor: Segundo magistrado romano con mayor *imperium*. Como presidían los juzgados, el número de pretores aumentó durante la República, ya que se los necesitaba para mantenerlos en funcionamiento. Eran elegidos por la Asamblea Centuriada para ejercer su cargo durante el periodo de un año a partir del día 1 de enero.

El *praetor urbanus*, o pretor urbano, era el cargo superior. Se ocupaba de los juicios civiles y decidía si un caso debía juzgarse en uno de los tribunales permanentes creados por Sila.

El *praetor peregrinus*, o pretor para extranjeros, se ocupaba de los pleitos con litigantes extranjeros; a diferencia del resto de pretores, que permanecían en Roma, éste viajaba por toda Italia además de llevar casos en Roma.

***privatus*:** Ciudadano privado. En este libro se utiliza para designar a los miembros del Senado que no ocupaban ninguna magistratura.

pro (promagistrado, procónsul, propretor, procuestor): Persona que ejercía con la categoría *e imperium* de estos cargos cuando su mandato había finalizado. En principio, la promagistratura debía durar un año como máximo. Asimismo, la función primera del procónsul o del propretor era el gobierno de una provincia, aunque en la práctica podía ejercer como legado mayor de un general. Perdía su *imperium* en el momento en el que cruzaba el *pomerium* y entraba en Roma.

***proletarii*:** Ciudadanos romanos de la clase más baja, demasiado pobres para dar al Estado otra cosa que no fueran *proles*, o niños (*véase Censo por cabezas*).

Propontis: Actual mar de Mármara, ente el mar Egeo y el mar Negro.

proscripción: Nombre romano para una práctica que no se limitó a esa época; se trataba de incluir el nombre de una persona en una lista desposeyéndola de todo, a veces incluso de la vida. No implicaba ningún proceso legal, ni el proscrito tenía derecho a juicio o vista en la que alegar su inocencia. Era un *nefas*. Sila (*véase*) fue el primer político en usar, y ampliamente, este sistema; después, la sola mención de esta palabra hacía temblar incluso a los romanos de clase alta.

provincia: Ámbito de responsabilidad de un magistrado o promagistrado con *imperium*. Por extensión, acabó designando el lugar en el que el titular ejercía su *imperium*.

***publicanus, publicani*:** Recaudador de impuestos entre los granjeros. Se trataba de hombres organizados en compañías que pactaban con el Erario la recaudación de impuestos en las provincias. En sus acuerdos con el Estado, quedaba implícito su derecho a recaudar más dinero entre los provincianos del que exigía el erario; así, llegaban a obtener beneficios muy elevados, ya

que el Estado no se preocupaba del valor de la recaudación, siempre y cuando recibiera lo que estaba estipulado.

Pueblo de Roma: Los ciudadanos de Roma, de cualquier estrato social, que no eran miembros del Senado.

púrpura tirio: El púrpura era el color más apreciado en el mundo antiguo, y de entre todos sus tonos, el tirio era el más caro. Denotaba realeza y, por lo tanto, era mal visto por los romanos. El púrpura tirio sólo se encontraba en la ciudad de Tiro, en Fenicia. Era tan oscuro que parecía negro, pero con reflejos carmesíes.

Puteoli: La actual Pozzuoli. Un bullicioso y eficazmente administrado puerto en la bahía de Nápoles, también famoso por su cristal.

quersoneso: Palabra griega que significa «península».

Quersoneso Címbrico: Península de Jutlandia (Dinamarca).

quinctilis: Julio. El nombre de este mes se cambió durante la dictadura de César, en su honor.

quinquerreme: Antigua galera de guerra muy habitual, de tamaño y peso enormes, aunque demasiado lenta y difícil de maniobrar. También se la conocía como «cinco». Al igual que sus hermanas pequeñas, era mucho más larga que anchos sus baos, y fue concebida exclusivamente para combates navales.

Se pensaba que el cuadirreme tenía cuatro bancadas de remos, y el quinquerreme cinco, pero en la actualidad está universalmente aceptado que ninguna galera contaba con más de tres bancadas, y que normalmente eran dos. Las denominaciones «cuatro» y «cinco» responden muy probablemente al número de hombres que había en cada remo o a que ese número se dividía entre las bancadas de remos que había en el mismo nivel a cada lado de la galera. La bancada más elevada siempre estaba colocada en un botalón; si la embarcación tenía tres bancadas, los remos de la fila del medio asomaban por unas portillas muy por encima de la línea de flotación, mientras que los de la fila más baja estaban tan cerca del agua que tenían que cerrar sus portillas con válvulas de cuero.

El quinquerreme siempre tenía cubierta, y disponía de espacio para infantería de marina y artillería. Transportaba a 270 remeros, 30 marineros

y 120 infantes de marina. Era impulsada por remeros profesionales, nunca por esclavos, una práctica de la era cristiana.

Existían embarcaciones más grandes, cuyos nombres dependían del número de hombres que se sentaba en cada remo, como la «sexta», que popularizó Mitrídates el Grande en el ataque a Rodas.

Quin taces!: ¡Calla!

Quirino: Dios numinoso de origen sabino, espíritu de la ciudadanía romana y dios de las reuniones de los romanos. Su templo se hallaba en Quirinal, asentamiento original de los sabinos.

quiris, quirites: Ciudadano, ciudadanos. Según las pruebas existentes del trato que César daba a las tropas amotinadas, era un término que se reservaba a los civiles romanos que no habían servido en las legiones.

reducto: Pequeña fortificación que formaba parte del muro defensivo, pero quedaba fuera de él. Normalmente era cuadrado, aunque también podía ser poligonal.

Regia: El templo más antiguo de Roma, situado en el Foro romano, cercano a la Domus Publica. De extraña forma y orientado hacia el norte, albergaba los santuarios y altares de los dioses más antiguos y numinosos de Roma: Vesta, Opsiconsiva y Marte, el de los escudos y lanzas sagrados. Las dependencias del *pontifex maximus* y las del Colegio de Pontífices estaban unidas al edificio.

República: Forma de gobierno que adoptó Roma después de que el último rey, Tarquino el Soberbio, fuera desterrado en el 510 a.C. En apariencia democrático, ya que las elecciones eran uno de sus rasgos distintivos, se trataba más bien de una timocracia, puesto que el sufragio no era igual entre todos los votantes. Se aplicaban restricciones económicas y a las personas de origen humilde de las ciudades se les privaba del derecho al voto ya que sólo se las agrupaba en cuatro de las treinta y cinco tribus romanas. Con ello, el voto se decantaba a favor de las clases adineradas y de los miembros de las treinta y una tribus rurales.

Republicanos: Término utilizado en este libro para designar al grupo de hombres que se opuso a César después de que éste cruzara el Rubicón. Dirigidos por los ultraconservadores *boni*, nombraron líder a Cneo

Pompeyo Magno y se embarcaron en una guerra civil para derrocar a César. A pesar de que fueron severamente castigados en Farsalia, continuaron su revuelta en la provincia de África antes de sufrir la derrota final en Munda, en la Hispania Ulterior.

No deben confundirse con los asesinos de César, los Libertadores, muchos de los cuales nunca habían sido republicanos, mientras que otros (Bruto, Casio) habían abandonado la causa republicana hacía tiempo.

res publica: Literalmente «cosa pública». Gobierno de Roma, tanto legislativo como ejecutivo.

rey-cliente: Rey que se entregaba en garantía a Roma o a un romano.

Rhegium: Actual Reggio, en Calabria.

Rhenus: Actual río Rin.

Rhodanus: El actual río Ródano.

rostra: Tribuna del orador en la parte inferior del Foro romano. Significa «mascarón»; recibió esta calificación por las dos majestuosas columnas que había en ella, las cuales sostenían los mascarones de barcos capturados. Originalmente situado en el muro del Pozo de los Comitias, César mandó construir un rostra más alto e imponente cuando decidió utilizar el pozo para construir la nueva sede del Senado.

rostrum: En latín, *rostrum*. El rostro, o espolón, de roble o bronce, se proyectaba hacia delante desde los baos de los barcos de guerra, justo debajo de la línea de flote. Se utilizaba para agujerear o dañar el navío enemigo durante una maniobra llamada «embestida».

Rubicón: La frontera adriática entre Italia y la Galia Cisalpina había sido el río Metauro, pero cuando Sila incorporó el ager Gallicus a Italia, llevó la frontera hacia el norte y la situó en el río Rubicón. Aunque la mayoría de los expertos aseguran que se trata de un riachuelo de poca longitud y profundidad, es decir el actual Rubicón o Pisciatello, en mi opinión se hace referencia a un río largo, cuyo nacimiento se situaría cerca del Arno, frontera de Italia en la parte occidental de la península. Debido a los exhaustivos trabajos de drenaje realizados cerca de Ravena en la Edad Media, nadie puede saberlo a ciencia cierta, pero mi teoría es que se trataba

del actual río Ronco, que en aquellos tiempos podría haber tenido su desembocadura un poco más al sur.

***saepta*:** «Redil de ovejas». Zona del Campo de Marte en la que se instalaban hileras de maderos para organizar las votaciones en las reuniones de la Asamblea Centuriada.

***sagum*:** Capa circular parecida al poncho, con una abertura en el centro por la que se pasaba la cabeza. Era impermeable, e imprescindible en el equipo de un legionario; también se utilizaba como manta para dormir. Los mejores estaban confeccionados con lana de Liguria.

Salona: Actual Split, en Dalmacia.

***saltatrix tonsa*:** Literalmente, «danzarina afeitada». Homosexual vestido de mujer que se prostituía.

Salus: Dios romano de la salud.

Samnio: El enemigo más contumaz de Roma en la península italiana. Región predominantemente montañosa más allá de Lacio, en la que se hablaba el osco, y que se extendía hasta el Adriático, cerca de Apulia.

sátrapa, satrapía: Término persa adoptado por Alejandro Magno, que lo utilizó para designar al gobernador y la región sometidos a un rey.

***scurra*:** Bufón.

Senado: Originalmente consejo consultivo compuesto por cien patricios durante el periodo de la Monarquía, se amplió a trescientos a comienzos de la República. Unos años más tarde, abrió sus puertas a los plebeyos.

Dada su antigüedad, la definición legal de sus poderes, derechos y deberes sólo puede ser, en el mejor de los casos, parcial. El cargo de senador era vitalicio, lo que condujo rápidamente esta institución a la oligarquía y, a lo largo de su existencia, sus miembros lucharon denodadamente por mantener su supremacía y exclusividad. Podía entrarse en el Senado a propuesta de los censores, sin pasar por un cargo previo, aunque en tiempos de César solía hacerse a través del cargo de cuestor, a menos que las circunstancias permitieran hacerlo de otro modo.

Los senadores llevaban una banda de color púrpura en el hombro derecho de la túnica, zapatos cerrados de cuero granate y un anillo característico. Las reuniones debían realizarse en lugares especialmente

dedicados a ello. El Senado contaba con edificio propio, la Curia Hostilia, pero también celebraba sus sesiones en algunos templos. El turno de palabra era estrictamente jerárquico, aunque esta jerarquía podía variar. A los senadores de origen humilde, llamados *pedarii*, les estaba prohibido hablar, ya que no habían ejercido ninguna magistratura, aunque tenían derecho al voto. Si la cuestión era unánime o poco importante, la votación podía reducirse a un mero levantamiento de manos, pero el voto formal se hacía por escrito. La presidencia del Senado se adjudicaba al patricio más relevante, normalmente el de mayor edad, el *princeps Senatus*.

El Senado siempre fue un cuerpo consultivo, nunca tuvo poder para dictar leyes, y sólo las recomendaba a las asambleas. En las sesiones, era necesario que hubiera quórum, pero se desconoce el número de miembros que eso implicaba. En tiempos de Sila, sus miembros pasaron de trescientos a seiscientos, y César los aumentó hasta mil. En algunas cuestiones, el Senado tenía poder absoluto. Controlaba el *fiscus*, y con ello el Erario, y era especialmente conocido por rechazar la financiación de leyes aprobadas por las asambleas si no estaba de acuerdo con ellas. Podía opinar sobre los asuntos extranjeros y las guerras.

Senatus Consultum Ultimum: Decreto extraordinario del Senado, creado para solucionar la crisis que desencadenó Cayo Graco en el 121 a.C., y de esa forma evitar el nombramiento de un dictador. Este decreto invalidaba los cuerpos legislativos y los magistrados, y era comparable a la ley marcial. Esta denominación se atribuye con frecuencia a Cicerón, que debió de buscar una alternativa más sencilla al verdadero nombre: *senatus consultum de republica defenda*.

Serapis: Dios macedonio y egipcio, con el que, según se dice, soñaron el primer Tolomeo y el entonces sumo sacerdote de Ptah, un tal Manetón. Serapis era una mezcla de Zeus, Osiris y la deidad tutelar del buey Apis, inventado para captar a los ciudadanos helenizados de Alejandría y el Delta reacios a los tradicionales dioses zoomorfos egipcios.

Sertorio: Quinto Sertorio, familiar de Cayo Mario; nació alrededor del 120 a.C. Fue uno de los grandes mariscales de Mario. Tras la muerte de éste, en el 86 a.C, se enfrentó a Sila. En el 83 a.C. fue nombrado

gobernador de toda Hispania, pero fue expulsado por dictado de Sila y tuvo que refugiarse en Mauritania; más tarde, los lusitanos, que le tenían gran aprecio, le invitaron a volver. De regreso en Hispania, forzó su secesión de Roma y estableció su propio «Senado y pueblo», en el que se daba prioridad a los nativos hispanos, aunque también intentó atraer a los romanos contrarios a Roma a su redil. Era tal su genio militar que derrotó a varios generales romanos, incluido el joven Pompeyo Magno, al que humilló en el campo de batalla entre el 76 y el 72 a.C. Ese mismo año, el desesperado Pompeyo puso precio a su cabeza, y Sertorio fue asesinado por un compatriota, Perpenna. Se dice que Sertorio poseía una magia animal.

sestercios, sestercio: A pesar de que el denario era una moneda más común, la unidad monetaria de los romanos era el sestercio, abreviado «HS». Se trataba de una diminuta moneda de plata; un talento equivalía a 2 5.000 sestercios.

Sila: Lucio Cornelio Sila Felix, nació alrededor del 138 a.C. en el seno de una familia patricia, pero vivió en la más abyecta pobreza y no pudo entrar en el Senado debido a su falta de recursos. Según Plutarco, asesinó a su amante y a su madrastra para obtener el dinero suficiente y acceder a él. Su primera esposa fue una Julia, posiblemente pariente cercana de la mujer de, Cayo Mario, tía del gran César, ya que Sila mantuvo una alianza con Mario durante muchos años. Lucharon juntos en la guerra contra el rey Yugurta de Numidia y fue el propio Sila quien lo capturó, aunque no le dio ninguna importancia hasta que escribió sus memorias. Continuó trabajando durante los consulados de Mario para derrotar a los germanos, y al parecer llevó a cabo actividades secretas para él.

Tras votar el Senado en contra de Mario, Sila no podía ser elegido pretor; fue por ello por lo que no alcanzó el cargo hasta el 97 a.C. Como propretor gobernó Cilicia, y cruzó el río Éufrates con un ejército -fue el primero en hacerlo- para firmar un tratado con los partos. Durante la guerra contra los aliados italianos, sirvió con brillantez en el campo de batalla meridional.

Fue elegido cónsul en el 88 a.C., año en el que Mitrídates el Grande invadió la provincia de Asia y solicitó liderar esa guerra, al igual que hizo el

envejecido Mario. El Senado le concedió el mando, pero el tribuno de la plebe Sulpicio se lo arrebató para concedérselo a Mario, mientras Sila, que estaba en Capua, marchó sobre Roma. Mario se exilió y Sila se dirigió hacia el este para luchar contra Mitrídates. Después de que Mario muriera y Cina obtuviera el control sobre Roma, Sila aceleró la guerra y volvió a casa en el 82 a.C. Cina lo había proscrito, de modo que marchó sobre Roma por segunda vez y se nombró a sí mismo dictador. A partir de entonces, proscribió sin piedad y mantuvo su dictadura el tiempo suficiente para alterar la constitución romana y convertirla en algo que amordazaba a los tribunos de la plebe, a quienes veía como los peores enemigos de Roma. Abandonó la dictadura en el 79 a.C. y se retiró para entregarse a una vida disipada. Murió en el 78 a.C. Su vida se detalla en los primeros tres libros: *El primer hombre de Roma, La corona de hierba y Favoritos de la Fortuna*.

silfio: Arbusto del norte de África nunca identificado con precisión que prácticamente constituía la única vegetación de las vastas tierras costeras entre Cirenaica y la provincia de África. De él se extraía el *laserpicium*, una sustancia muy apreciada como digestivo.

silla curul: Los magistrados curules eran aquellos con derecho a sentarse en una silla curul. Ésta estaba hecha de marfil, tenía patas curvadas que se cruzaban en una amplia equis, brazos bajos y carecía de respaldo. Parece ser que se plegaba para facilitar su transporte.

socios: En latín, *socii*. Aquellos que sin ser ciudadanos de Roma eran aliados de ella.

Sol Indiges, Tellus y Liber Pater: Tres dioses numinosos romanos cuyos nombres invocaban un terrible juramento, imposible de quebrantar. Sol Indiges era representación del sol, Tellus de la Tierra y Liber Pater de la fertilidad, asociada a la vida.

sorteo: Proceso de elección de personas echándolo a suertes.

Spes: Dios romano de la esperanza.

SPQR: *Senatus Populusque Romanus*. Senado del pueblo de Roma.

stella critina: La estrella de larga melena: cometa.

stibium: Polvo negro hecho con antimonio, soluble en agua, utilizado para pintar los párpados y las pestañas, o perfilar los ojos. Incluso los

campesinos egipcios más pobres se pintaban una línea en los ojos; se dice que quizá lo hicieran para espantar a las moscas.

subsidio de grano: Desde hacía tiempo era costumbre entre los políticos romanos famosos ganarse el favor, de las clases más bajas subsidiándoles cereales (trigo). En términos de votos, apenas ganaban nada con ello salvo una reputación de filántropos que resultaba muy útil con los electores. (*Véase tribu.*) La filantropía se consideraba digna de admiración.

Posteriormente, en el 58 a.C., el tribuno de la Asamblea de la Plebe, Clodio, legisló un subsidio gratuito de grano que garantizaba cinco *modii* de trigo gratuito por mes para todos los ciudadanos romanos (una ración que permitía a una familia cocer un pan al día). Clodio financió su programa anexando la isla de Chipre, que era propiedad de Tolomeo de Egipto. No se aplicaba ningún examen de medios. Sin embargo, cuando César asumió el cargo de dictador, redujo el subsidio de grano de trescientos mil a ciento cincuenta mil con la introducción de un examen de medios.

Subura: Las laderas de las colinas Viminal y Esquilina, en Roma, albergaban el barrio más popular en tiempos de la República, habitado por gente pobre y en donde se hablaban muchas lenguas. En él se encontraba la única sinagoga de la ciudad. Según Suetonio, César vivió allí hasta que fue elegido *pontifex maximus* y se trasladó a la *Domus Publica*.

sui iuris: Control sobre los propios asuntos y el destino. Término utilizado especialmente para referirse a las mujeres que tenían el control de su dinero.

tacete!: ¡Callad!

talento: Carga que podía transportar un hombre, equivalente a unos veinticinco kilos.

Taprobane: Actual Sri Lanka.

Tarpeya: La situación exacta de esta roca todavía no está clara, pero se sabe que era visible desde la parte baja del Foro romano, y que probablemente era un saliente del monte Capitolino. Tenía una caída de veinticinco metros y desde ella se arrojaba a los ciudadanos romanos culpables de traición y asesinato.

Tártaro: Otro nombre para el Hades. Para los griegos platónicos, lugar de tormento eterno para las almas malvadas.

tata: «Papá» en latín.

Taurasia: Actual Turín, en el norte de Italia.

Tesalia: Norte de Grecia, entre Domokos y el paso de Tempe.

Tibur: Actual Tívoli, Italia.

Tingis: Actual Tánger, Marruecos.

tingitanio, simio: Macaco terrestre desprovisto de cola.

toga: Prenda que sólo podían llevar los ciudadanos de Roma. Durante la infancia, los niños de ambos sexos vestían togas con una orla de color púrpura; al llegar a la mayoría de edad, las mujeres dejaban de llevarla y los hombres portaban la toga blanca. Las prostitutas llevaban una toga de color rojo intenso.

Hecha de lana ligera, tenía una forma muy peculiar, como. un rectángulo con alas cortas. Para que le quedara bien a un hombre de talla media, debía medir cinco metros de ancho y dos y medio de largo.

togado: Forma correcta de describir al hombre ataviado con una toga.

toga praetexta: Toga con orla de color púrpura que llevaban los niños y los magistrados curules.

toga trábea: Toga del *pontifex* o del augur, con rayas púrpuras y carmesíes.

toga virilis: Toga blanca de adulto, también llamada «toga alba».

Tolosa: Actual Toulouse, Francia.

Tracia: Aproximadamente la zona de la Europa balcánica entre la parte occidental de los Dardanelos y el río Struma. En la Antigüedad, los mares Egeo y Euxino (mar Negro) bañaban sus costas, y se extendía por el norte hasta Sarmatia (Rumania) y Dacia (Hungría). Estaba habitada por tribus germano-celtas-ilirias, incluidos los besios y dardanios.

transporte: Término utilizado en este libro para designar un barco de transporte de tropas. Estas embarcaciones estaban diseñadas exclusivamente para ese cometido, eran muy largas y con baos más anchos que los de las naves de guerra. Tenían una o dos bancadas de remos. No se sabe si eran impulsadas por remeros profesionales o si lo hacían los

soldados; quizás éstos, con lo que tendrían una razón más para odiar los viajes por mar. Con toda seguridad, los prácticos romanos se habrían negado a llevar con ellos a un gran número de hombres sólo para que remaran, aunque en el caso de que los transportes tuvieran que volver vacíos a puerto, en vez de esperar a los soldados solían llevar un reducido grupo de remeros. Cuando no había batallas en perspectiva, los soldados realizaban tareas como ésta.

Transtiberim, transtiberinos: Actual Trastevere, al otro lado del Tíber, desde Roma. Sus habitantes se denominaban transtiberinos.

tribu: A comienzos de la República, para un romano la tribu no era un grupo étnico, sino una agrupación política. Había treinta y cinco tribus romanas, treinta y una de ellas rurales y cuatro urbanas. Aunque hubieran nacido y residido siempre en Roma, los miembros de Primera y Segunda Clase casi siempre pertenecían a una tribu rural; las clases más bajas atestaban las tribus urbanas. Los libertos sólo pertenecían a dos de las cuatro tribus urbanas: la Subura y la Esquilina.

Todos los miembros de una tribu podían votar, pero el voto carecía de importancia en sí mismo. Se contaban los votos de cada tribu y, a continuación, se emitía un solo voto, el de la mayoría de sus miembros. Con este sistema se evitaba que un gran número de votantes de una sola tribu influyera en el resultado final de una asamblea de tribus. Así, si en la urbana Subura votaban cinco mil hombres y en la rural Fabia sólo setenta y cinco, los dos votos tribales tenían el mismo peso.

tribuno de la plebe: La figura de este magistrado comenzó a existir poco después de la República, cuando los plebeyos estaban en continuo desacuerdo con los patricios. Elegidos por la Asamblea de la Plebe, estos tribunos juraban defender la vida y propiedades de los miembros de la plebe. En el 450 a.C. su número ascendía a diez, y ejercían su cargo (del que tomaban posesión el 10 de diciembre) durante un año.

Como no eran elegidos por todo el pueblo de Roma (los patricios estaban excluidos), carecían de poder según la constitución de ésta -en gran parte no escrita-. Su poder real residía en el juramento que la plebe hacía de defender el carácter sacrosanto e inviolable de los tribunos elegidos, y en su

derecho a ejercer el veto contra las medidas tomadas por otros tribunos de la plebe o cualquier magistrado, la celebración de elecciones, la aprobación de una ley o plebiscito, y los decretos del Senado, incluso sobre la guerra o asuntos extranjeros. Sólo la figura del dictador escapaba al veto de un tribuno. Si alguien impedía el ejercicio de sus funciones, un tribuno de la plebe podía recurrir incluso a la pena de muerte.

La *lex Atinia*, de alrededor del año 149 a.C., estableció que el tribuno de la plebe electo pasara a ser automáticamente miembro del Senado, con lo que se abría una vía de acceso, a pesar de la posible oposición de los censores. El cargo no comportaba *imperium* ni tenía competencias más allá del primer mojón fuera de Roma. Según la tradición, un hombre no debía presentarse a la reelección, pero dado que no había ley que lo impidiese, Cayo Graco fue reelegido en el 122 a.C. Como el verdadero poder del cargo residía en el veto, las funciones de los tribunos solían ser más obstructoras que innovadoras. Este cargo resultaba muy atractivo para hombres con tendencias demagógicas, en tanto que para un plebeyo ambicioso podía ser un peldaño muy útil en su ascensión hacia el consulado.

tribuno de los soldados: Todos los años, la Asamblea de la Plebe elegía a veinticuatro hombres de entre veinticinco y treinta y nueve años para ejercer este cargo en las legiones de los cónsules. Como eran elegidos por todo el pueblo, se trataba de magistrados auténticos y legales, aunque no poseyesen *imperium*. A aquellos cónsules que no tenían legiones se los destinaba a otras legiones.

tribuno militar: En la escala de mando de un ejército romano, los oficiales de rango medio recibían el nombre de *tribunus militum*. Era un término reservado a los tribunos no electos, y se aplicaba a un gran número de grados y funciones.

tribunus aerarius: Tribuno del Erario. Al parecer se trataba de una categoría económica de los censores: se cree que tenían unos ingresos de entre trescientos mil y cuatrocientos mil sestercios al año. Es de suponer que los funcionarios que administraban el Erario eran *tribunus aerarius*, pero no se sabe con seguridad.

trirreme: Junto con la birreme, la más común y preferida de las galeras de guerra. A pesar de que su nombre sugiere tres bancadas de remos, parece ser que sólo tenía dos y simplemente indica que posiblemente los remos de la bancada más baja estaba escalonada.

Un trirreme normal tenía unos cuarenta metros de eslora, y sus boas no sobrepasaban los cuatro metros, sin contar los botalones. Su proporción era de diez por uno. Tenía remos relativamente cortos, de unos cinco metros, cada uno de ellos manejado por un solo hombre. En la fila inferior había 108 remeros, y otros 62 se sentaban en botalones externos, lo que sumaba 170 remeros por cada embarcación. Los remeros de los botalones tenían que hacer más fuerza, puesto que sus remos entraban en el agua desde un ángulo más cerrado.

Los trirremes eran muy apropiados para embestir, y por ello llevaban espolones que con el tiempo se hicieron con dos puntas más grandes, más pesadas y mejor blindadas. La mayoría tenían cubierta y podían transportar hasta cincuenta infantes de marina, además de artillería. Construidos con madera de abeto o de pino poco pesada, eran lo bastante ligeros para arrastrarlos sobre rodillos durante largas distancias y sacarlos fácilmente del agua por la noche. Esta operación debía realizarse prácticamente todos los días, ya que de lo contrario la madera se impregnaba de agua. Si se cuidaban bien y se guardaban en un cobertizo, estos barcos podían durar unos veinte años.

Tuliano: La única mazmorra de Roma. En realidad se trataba de una cámara de ejecuciones que se encontraba al pie del Arx del Capitolio.

tumultus: En este libro, estado de guerra civil.

túnica: La omnipresente prenda en todos los pueblos mediterráneos, que despreciaban los Pantalones por considerarlos bárbaros. La túnica romana era más bien holgada y sin forma, confeccionada sin pinzas y a menudo las mangas estaban hechas con la misma pieza que el cuerpo. La griega tenía pinzas, se ajustaba al cuerpo con mayor comodidad y tenía las mangas cosidas. En aquellos tiempos sabían muy bien cómo cortar, coser y confeccionar, así que podían añadir mangas y hacer prendas con mangas largas. El género más utilizado en las túnicas era la lana, y el color más

habitual el beige crudo, aunque hay pruebas de que las había de muchos colores y diseños.

Uxellodunum: *Oppidum* galo; quizá sea el actual Puy d'Issolu.

vale: Despedida.

veneficae: Brujas.

verpa: En latín, obscenidad usada como insulto. Se refiere al pene erecto, con el prepucio hacia atrás, y tiene connotaciones homosexuales.

Vesta: Diosa romana del hogar.

via: Carretera principal o calle.

Via Aemilia: Construida en el 187 a.C. Unía Ariminum, en la costa adriática, con Placentia, en la región occidental de la Galia Cisalpina.

Via Aemilia Scauri: Construida en el 103 a.C. Unía Placentia con Genua pasando por Dertona, y después seguía la costa toscana hasta llegar a Pisa, en el Arno.

Via Annia: Construida en el 153 a.C. Conectaba Florencia, en el Arno, con Verona, en el norte de la Galia Cisalpina, y se cruzaba con la Via Aemilia en Bononia.

Via Apia: Construida entre el 312 y el 244 a.C. La carretera más larga entre Roma y los puertos adriáticos de Tarento y Brindisi.

Via Aurelia Nova: Construida en el 118 a.C. Unía Pisa con Populonia, en la costa toscana de Etruria.

Via Aurelia Vetus: Construida en el 241 a.C. Enlazaba Populonia con Roma y se extendía a lo largo de la costa toscana de Etruria.

Via Casia: Construida en el 154 a.C. Iba de Roma a Arretium y Florencia, en el río Arno, cruzando Etruria.

Via Domitia: Construida en el 121 a.C. Larga carretera que llegaba hasta la Hispania Ulterior. Comenzaba en Placentia, en la Galia Cisalpina, cruzaba los Alpes y los Pirineos y terminaba en Corduba.

Via Egnatia: Construida en el 130 a.C. Conectaba Dirraquio y Apolonia, en la parte occidental de Macedonia, con el Helesponto y Bizancio.

Via Flaminia: Construida en el 220 a.C. Salía de Roma y cruzaba los Apeninos hasta llegar a Fanum Fortunae, en la costa adriática.

Via Julia: Construida entre el 105 y el 103 a.C. Carretera costera entre Genua y Masilia.

Via Minucia: Construida en el 225 a.C. Conectaba Beneventum con Barium, en el Adriático; a continuación recorría la costa hasta llegar a Brindisi.

Via Popilia: Construida en el 131 a.C. Se extendía desde Capua hasta Rhegium, en la punta de la bota de Italia, frente a la siciliana Mesina.

Via Salaria: Demasiado antigua para fecharla, fue la primera carretera larga de Roma. Cruzaba la parte central de los Apeninos desde Roma hasta el Adriático.

Via Valeria: Construida en el 307 a.C. Cruzaba los Apeninos desde Roma hasta el Adriático.

Vibo: Pequeño puerto en el mar de Toscana, al norte de Rhegium.

vicus: Calle de ciudad.

Vírgenes Vestales: Sacerdotisas de Vesta. Seis en total, eran investidas a los siete años y ejércían su sacerdocio durante tres décadas. Ser virgen era requisito indispensable, y se creía que su castidad traía buena suerte a Roma. Si se las juzgaba y declaraba culpables por infringir el voto de castidad, eran quemadas vivas. Vivían en la *Domus Publica*. Cuando acababan su servicio podían casarse, pero pocas lo hacían.

vir militaris: Militar, normalmente de origen humilde, que lograba alcanzar las magistraturas gracias a sus hazañas como general del ejército. Publio Ventidio fue un buen ejemplo de ello, al igual que Cayo Mario y Quinto Sertorio.



books

Libre es el derecho de pensar...
La educación es esencial para la felicidad social;
es el principio en el que descansan la felicidad
y el engrandecimiento de los pueblos.